815

№ 79-41

3879

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

EN FRANCIA.

II

573

R. 7053.
Registro 7053

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

EN FRANCIA,

POR M. A. THIERS.

TRADUCIDA

por D. P. X. y M. O.

Tomo Segundo.

BIBLIOTECA PROVINCIAL

Málaga.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARTINEZ DE AGUILAR,—EDITOR.
calle del Marqués, Núm. 10 y 12.

1845.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

EN FRANCIA,

POR M. A. THIERS.

TRADUCIDA

por D. J. F. y M. C.

Tomo Segundo.

Málaga.

IMPRENTA DE D. JOSE MARTINEZ DE AGUILAR.—EDITOR.

calle del Marqués, Núm. 10 y 12.

1845.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO.

LIBRO DÉCIMO

EVACUACION DEL EGIPTO

Interés general que excitan las negociaciones entabladas en Londres.—Pregúntase por todas partes qué influencia ejercerá en dichas negociaciones la muerte de Pablo I. —Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Forma con sus jóvenes amigos un gobierno secreto que dirige todos los negocios del Estado.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en Paris por M. de Kalitcheff en nombre de Pablo I.—Recibe á Duroc con benevolencia.—Reitera sus promesas de seguir en armonía con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Londres. —Condiciones anticipadas de ambas partes.—Conquistas de ambos paises por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir una parte de sus conquistas marítimae, pero lo hace depender todo de la cuestion de saber si la Francia conservará el Egipto.—Ambos gobiernos están tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de aguardar el resultado de los acontecimientos de la guerra.—Advertido el primer Cónsul de que la negociacion depende de aquellos acontecimientos, apremia á España para que penetre en Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer á Egipto.—Destino de las fuerzas navales.—Varios proyectos de expediciones.—Navegacion de Ganteaume al salir de Brest.—Este almirante pasa con felicidad el estrecho.—Pronto ya á hacer rumbo hácia Alejandria se asusta con peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto despues de la muerte de Kleber.—Sumision del pais, y situacion próspera de la Colonia bajo su aspecto material.—Incapacidad y anarquía en el mando.—Funesta division de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, quien quiere abacarlo todo á la vez.—A pesar de los anuncios reiterados que recibe acerca de una expedicion inglesa no toma precaucion alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Aboukir el 8 de Marzo.—El general Friant que solo tiene 1500 hombres hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Si se hubieran agregado dos batallones á la division de Alejandria se hubiera salvado el Egipto.—Tardia reconcentracion de fuerzas mandada por Menou.—Llegada de la division de Lanusse, y segundo combate dado con fuerzas insuficientes el dia 13 de Marzo.—Llega al fin Menou con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la division de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canopo dada el 21 de Marzo, la cual queda indecisa.—Los ingleses quedan dueños de la playa de Alejandria.— Larga dilacion, durante la cual hubiera podido mejorar Menou el estado de los franceses, maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo.—No hace nada. —Intentan los ingleses una operacion sobre Rosetta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—En seguida penetran en lo interior.—Ultima ocasion de salvar el Egipto en Ramanieh, perdida por la incapacidad del general Menou.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh, y separan la division del Cairo de la de Alejandria. —Cortado el ejército frances en dos partes no tiene otro recurso que capitular.—

Rendicion del Cairo por el general Belliard.—Menou, encerrado en Alejandria sueña con la gloria de una defensa semejante á la de Génova.—Los franceses pierden definitivamente el Egipto.

Abril de 1801.

La paz va á ser general en Europa.

En breve iba á lograrse el objeto que se propuso el primer Cónsul al subir al poder, porque reinaba en Francia la tranquilidad, una inmensa satisfaccion llenaba los ánimos, y la paz firmada en Luneville con Austria, Alemania y las potencias italianas, y restablecida de hecho con Rusia, iba á negociarse en Londres con Inglaterra. Una vez firmada formalmente con las dos últimas potencias, la paz era general, y en veinte y dos meses el jóven Bonaparte habia cumplido su noble tarea, y hecho á su patria, la potencia mas grande y feliz del universo. Pero necesitaba concluir tan grande obra, y especialmente terminar la paz con Inglaterra; porque mientras esta potencia no depusiese las armas, permanecia el mar cerrado, y lo que era mas grave aun, la guerra continental podia renacer bajo la influencia corruptora de los subsidios británicos. Verdad es, que el cansancio universal dejaba á la Inglaterra pocas probabilidades de que pudiese armar de nuevo el continente, pues hasta acababa de ver á la mayor parte unida con nosotros contra su poder marítimo, y sin la muerte de Pablo quizas hubiera expiado cruelmente sus violencias contra los neutrales; pero esta misma muerte impensada era un hecho nuevo y grave, que debia modificar la situacion. ¿Qué influencia iba á ejercer sobre los negocios de la Europa la catástrofe de San Petersburgo? Esto era lo que todavia se ignoraba, y lo que el primer Cónsul deseaba con impaciencia saber; para lo cual habia enviado á Duroc á San Petersburgo.

Dificultades diplomáticas con la Rusia nacidas de las pretensiones de Pablo I.

Poco antes de la muerte de Pablo, las relaciones con Rusia habian presentado grandes dificultades á causa del excesivo orgullo de aquel Emperador, y del no menos excesivo de su Embajador en Paris M. de Kalitcheff. Como ya lo hemos dicho en otra parte, el Czar difunto queria dictar por sí mismo las condiciones de la Francia con Baviera, Wurtemberg, el Piamonte y las dos Sicilias, de cuyos Estados se habia declarado protector, bien espontáneamente ó por obligacion, á consecuencia de los tratados que habian formado la segunda coalicion; queria tambien arreglar nuestras diferencias con la Puerta, y pretendia que el primer Cónsul devolviese el Egipto, porque esta provincia pertenecia al Sultan, y segun su opinion no habia motivo para arrebatársela.

Asi, pues, á pesar de ser este aliado un poderoso enemigo contra la Inglaterra, presentaba grandes peligros y no era extraño que renaciese de nuevo su enemistad contra la Francia. Por lo demas, lo que solo puede parecer como producto de la locura del Emperador Pablo, era un singular síntoma de los progresos de la ambicion rusa hacia tres cuartos de siglo. En efecto, apenas habia ochenta años que Pedro el Grande, llamando por la primera vez la atencion de la Europa, se limitaba á influir en el Norte del continente, luchando contra Cárlos XII para dar un Rey á Polonia. Cuarenta años despues, extendiendo ya la Rusia, su ambicion hasta Alemania, combatia contra Federico con el Austria y la Francia, para impedir la formacion de la potencia prusiana. Algunos años despues, en 1772, dividia la Polonia. En 1778 daba un paso mas, y arreglando á medias con la Francia los negocios alemanes, interponia su mediacion entre Prusia y Austria, prontas á venir á las manos por la sucesion de Baviera, y tenia el insigne honor de garantir en Techen la constitucion germánica. Por último, antes que el siglo hubiese concluido, en 1779, enviaba á Italia 100,000 rusos, no por una cuestion de territorio, sino por una cuestion moral, para conservar, segun decia, el equilibrio europeo y el órden social, amenazados por la revolucion francesa.

Progresos de la ambicion rusa y de su poder hacía un siglo.

Nunca habia tenido una misma potencia en tan pocos años tal aumento de influencia; y al querer Pablo hacerse el árbitro de todas las cosas, no era sino un loco que seguia aquella politica profun-

damente reflexionada por el gabinete ruso. Su representante en Paris exigia con una gravedad fria y sostenida, lo que su dueño solicitaba con el desórden acostumbrado de sus deseos, y hasta afectaba con muy poca habilidad ser el protector de las pequeñas potencias que estaban al presente á merced de la Francia despues de haberla ofendido. La corte de Nápoles habia querido colocarse bajo aquella proteccion, lo que no habia logrado, pues Mr. Gallo se habia visto obligado á salir de Paris, y su corte á sufrir en Florencia las condiciones que el primer Cónsul quiso imponerle. M. de Saint-Marsan, encargado de representar la casa de Saboya cerca de la República francesa, tambien habia sido despedido de la misma manera, por haber querido imitar la conducta de M. Gallo.

M. de Kalitcheff se habia apresurado á reclamar en favor de las córtes de Nápoles y de Turin, de cuyos estados era garante su Señor, y al firmar un tratado con Francia, esperaba no limitarse á estipular el restablecimiento de relaciones entre dos imperios que nada tenian que disputarse ni por mar ni por tierra, sino arreglar los negocios de Alemania é Italia, casi en todos sus pormenores, y hasta los del Oriente, porque insistia en pedir la restitucion del Egipto á la Puerta.

Firmeza del gabinete frances respecto á las pretensiones de Rusia.

Apesar del deseo que tenia el gabinete frances de contemplar al Emperador Pablo, habia contestado con firmeza á su Embajador. Consintió, sí, en agregar al tratado público que restablecia pura y sencillamente la paz y la amistad entre los dos estados, un convenio secreto, en el cual se comprometeria á ponerse de acuerdo con la Rusia para el arreglo de las indemnizaciones germánicas; á que saliesen mejor libradas las córtes de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, que eran sus aliados ó sus parientes, y á reservar una indemnizacion para la casa de Saboya, si no se le devolvian sus estados; pero sin decir ni donde, ni cuando, ni como, pues el primer Cónsul tenia ya formado el proyecto de conservar á la Francia el Piamonte. En cuanto á Nápoles se declaraba irrevocable el tratado de Florencia; y respecto al Egipto se habia tomado la resolucion de no escuchar ni una palabra sobre este asunto.

Insistiendo Mr. de Kalitcheff con un tono y unas maneras bastante extrañas, se habia concluido por no contestarle dejándole en Paris bastante embarazado con su papel y con los compromisos que habia contraido con las pequeñas potencias. En tal estado se hallaban las cosas, cuando se supo la trágica muerte de Pablo. M. de Kalitcheff, sin aguardar las órdenes de su nuevo Soberano, y queriendo salir de la falsa posicion en que se hallaba, dirigió el 26 de Abril una nota perentoria á Mr. de Talleyrand, en la cual exigia una respuesta inmediata sobre todos los puntos de la negociacion, quejándose al mismo tiempo de que cuestiones convenidas en Berlin, segun decia, entre el general Beurnonville y M. de Krudener, fuesen disputadas en Paris. Hasta parecia insinuar que si los estados débiles no eran mejor tratados por la Francia, se rebajaria mucho la gloria del primer Cónsul, y su gobierno se confundiria con los gobiernos revolucionarios que le habian precedido.

Leccion severa dada á Mr. de Kalitcheff.

M. de Talleyrand le contestó inmediatamente que su nota estaba fuera de su lugar, que faltaba á las consideraciones que se deben entre sí dos potencias independientes; que no la presentaria al primer Cónsul para que no se ofendiese su dignidad; que, por lo tanto, Mr. Kalitcheff podia considerarla como no recibida, y que no se le daria la contestacion que solicitaba en nombre de su gabinete, hasta que se renovase la peticion en otros términos y en otra nota.

Esta severa leccion impuso á M. de Kalitcheff, el cual pareció inquieto de las consecuencias que podia tener el paso que habia dado; y hasta las pequeñas potencias protegidas que se guarecian á su sombra, temian su protectorado, y sentian haberle encomendado sus intereses. Reducido Mr. de Kalitcheff á quedarse sin respuesta ó á reproducir sus reclamaciones en distinta forma, escribió un segundo despacho, en el cual reiteraba se le diese una explicacion, acerca de los puntos que enumeraba, pero sin hacer sobre ellos ninguna reflexion, ni producir ninguna queja, ni ningun cumplimiento; de modo que aunque el

despacho era frio, era decoroso. Entónces le contestó M. de Talleyrand, que sus preguntas, redactadas en la nueva forma que las habia presentado, serian sometidas al primer Cónsul, y obtendrian en breve contestacion. M. de Talleyrand añadió que el último despacho se conservaria en los archivos de la cancilleria francesa, y que el primero seria destruido.

Algunos dias despues, M. de Talleyrand contestó á M. de Kalitcheff en términos políticos pero muy positivos, renovando sobre todos los puntos lo dicho anteriormente por el gabinete frances, y añadiendo esta reflexion muy natural; que si la Francia habia consentido ponerse amistosamente de acuerdo con la Rusia sobre varios de los asuntos mas importantes de Europa, era en consideracion á la íntima alianza contraida con Pablo I contra la política británica; pero que desde el advenimiento del Czar Alejandro, necesitábase antes de conceder las mismas cosas, saber si el nuevo Emperador tendria las mismas miras, y tener la certeza de hallar en él un aliado tan decidido como el Emperador difunto.

Desde este dia, M. de Kalitcheff permaneció pasivo aguardando las instrucciones de su nuevo Soberano.

El Emperador Alejandro.—Su persona y su carácter.

El príncipe que acababa de subir al trono de los Czares, era tan singular como la mayor parte de los príncipes que han reinado en Rusia de un siglo á esta parte. Alejandro tenia veinte y cinco años, una estatura elevada, un rostro noble y apacible, aunque algo irregular, un entendimiento perspicaz, un corazon generoso y una gracia cumplida. No obstante podian notarse en él algunas señales de las dolencias y achaques de su padre. Su imaginacion viva, fácil á impresionarse, y mudable, se adheria sucesivamente á las ideas mas contrarias; pero no todo era ímpetu en aquel príncipe notable; y en su vasta y mudable inteligencia habia profundidades que se ocultaban á los mejores observadores. Era honrado y disimulado á un tiempo, y capaz de artificio, y ya se habian podido traslucir algunas de sus buenas cualidades y de sus defectos, en los trágicos acontecimientos que habian precedido su subida al trono. Guardémonos, no obstante de calumniar á aquel príncipe ilustre, pues se habia ilusionado completamente acerca de los proyectos del conde Páhlen: en la inexperiencia de su edad habia creido que la abdicacion de su padre era el solo objeto, y que seria el único resultado de la conjuracion que se le habia propuesto; y que accediendo á ella iba á salvar al imperio, á su madre, á sus hermanos y á sí mismo de extrañas violencias. Ilustrado hoy dia por lo acontecido, detestaba su yerro y á los que se le habian hecho cometer. Aquel jóven Emperador, en fin, de aspecto noble, de maneras graciosas, ingenioso, entusiasta, variable, artificioso y difícil de dominar, estaba dotado de un encanto personal infinito, y destinado á ejercer sobre sus contemporáneos la mayor seduccion é influjo, y hasta sobre el hombre extraordinario que dominaba entonces á la Francia, á quien tan difícil era engañar, y con el cual habia de tener algun dia tan grandes y tan terribles contiendas.

Educacion de Alejandro.

La educacion dada á este jóven príncipe habia sido muy extraña. Educado por el coronel Laharpe, que le habia inspirado los sentimientos y las ideas de un republicano suizo, Alejandro habia recibido, con su facilidad ordinaria la influencia de su preceptor, y de ello se resentia visiblemente al subir al trono. Sujeto mientras fue príncipe imperial á un yugo bastante duro, ya al de Catalina, ya al de Pablo, habia contraido relaciones amistosas con algunos jóvenes de su edad, tales como M. Pablo Strogonoff, M. de Nowosiltzoff, y sobre todo con el príncipe Adam Czartorisky. Vástago este último de una de las familias mas nobles y mas ilustres de Polonia, y muy amante de su patria, estaba en San Petersburgo como en calidad de rehenes, servia en el regimiento de guardias, y vivia en la corte con los jóvenes Grandes-duques. Inclinado á él Alejandro por cierta analojía de sentimientos y de ideas, le comunicaba los sueños de su juventud. Ambos lloraban en secreto las desgracias de Polonia, cosa muy natural en un descendiente de los Czartorisky, pero muy asombrosa en un nieto de Catalina, y Alejandro juraba á su amigo, que en cuanto subiese al trono devol-

Sus amigos.

vería á la desdichada Polonia sus leyes y su libertad.

Habia notado Pablo aquella intimidad, y como concibiese cierto recelo, desterró al Príncipe Czartorisky, nombrándole ministro de Rusia cerca de un Rey sin Estado cual lo era el Rey de Cerdeña; pero apenas se vió Alejandro Emperador, llamó á su amigo, que entonces residia en Roma, y le hizo partir para San Petersburgo. Tambien reunió en torno suyo á MM. Pablo Strogonoff y de Nowosiltzoff, formando de este modo una especie de gobierno oculto, compuesto de jóvenes sin experiencia, animados de sentimientos generosos que no conservaron todos, llenos de ilusiones, y poco apropósito, necesario es decirlo, para dirigir un grande Estado en las difíciles circunstancias del siglo. Estaban impacientes por librarse de los viejos rusos que habian gobernado hasta entónces y con los cuales no simpatizaban bajo ningun aspecto. Un solo personage de mas edad, y mas circunspeccion, el Príncipe de Kotschoubey, que formaba parte de aquella sociedad de jóvenes, era el que moderaba con su experiencia la viveza y los ímpetus de sus compañeros. Habia visitado la Europa, y adquirido conocimientos preciosos, y siempre que conferenciaba con su Soberano, le hablaba acerca de las mejoras que creia conveniente introducir en el régimen interior del imperio. Unidos todos censuraban la política que habia consistido en hacer primero la guerra á Francia á causa de la Revolucion, y despues á Inglaterra por la cuestion del derecho de gentes; pues no querian ni una guerra por principios con la Francia, ni una guerra marítima con la Inglaterra. Segun ellos, el grande imperio del Norte debia mantener la balanza entre aquellas dos potencias que amenazaban devorar al mundo en su lucha, y ser de esta suerte el árbitro de la Europa y el apoyo de los estados débiles contra los fuertes. Pero en general, menos les preocupaba la política exterior que la regeneracion interior del imperio; y meditaban nada menos que darle instituciones nuevas, imitando en parte las de los paises civilizados: en suma, tenian la generosidad, la inexperiencia y la vanidad de la juventud.

Gobierno oculto compuesto de los jóvenes amigos de Alejandro.

Los ministros ostensibles de Alejandro eran antiguos rusos, prevenidos contra la Francia, encaprichados á favor de la Inglaterra, y desagradables á su Soberano. Solo el conde Páhlen, gracias á la firmeza de su juicio, no participaba de las preocupaciones de sus cólegas, y queria que no se decidiesen por ninguna influencia, permaneciendo neutrales entre Francia é Inglaterra; y con relacion á esto sus ideas se adaptaban á las del nuevo Emperador y á las de sus amigos. Pero el conde Páhlen cometia el yerro de tratar á Alejandro como si fuese un príncipe adolescente, al cual habia colocado sobre el trono, habia dirigido y queria dirigir aun; por cuyo motivo se resentia muy á menudo la susceptibilidad de su jóven amo. El conde Páhlen trataba sobre todo con la mayor dureza á la Emperatriz viuda, la cual manifestaba un dolor fastuoso, y un odio ardiente contra los asesinos de su esposo. En un establecimiento religioso que dependia de ella, habia mandado colocar una efigie de la Virgen, con el Emperador Pablo á sus pies implorando la venganza del cielo contra sus asesinos; pero el conde Páhlen hizo quitar la estatua, á pesar de los clamores de la Emperatriz y del descontento de su hijo. Un ascendiente ejercido con tanta dureza no podia ser duradero.

Primeras medidas del nuevo Emperador.

En los primeros dias del nuevo reinado continuó el conde Panin con la presidencia del despacho de las relaciones exteriores, y el conde Páhlen permaneció siendo el ministro influyente, y mezclándose en todos los negocios. Alejandro, despues de haberse puesto de acuerdo con sus amigos, trabajaba con sus ministros ostensibles; y bajo estas diversas influencias, á veces contrarias, resolvióse tratar con la Inglaterra, empezando por levantar el embargo que pesaba sobre el comercio británico, y que, segun Alejandro, era una medida injusta.

Se levanta el embargo que pesaba sobre el comercio ingles.

Se decidió que debia hacerse con lord Saint-Hélens un reglamento marítimo, que salvase, si no los derechos de los neutrales, al menos los intereses de la navegacion rusa. Poniendo Alejandro en el número de las ideas poco juiciosas de

Lo que habia conquistado durante la guerra.

Se habia apoderado de la isla de Ceylan perteneciente á los holandeses, de aquella isla tan vasta y tan rica, que situada en un extremo de la península indiana, forma su mas hermoso complemento. Tambien habia conquistado las demás posesiones de los holandeses en el mar de las Indias, á excepcion de la gran colonia de Java, y entre los dos Océanos les habia usurpado el Cabo de Buena-Esperanza, una de las estaciones marítimas del globo mejor situadas. Todos sus esfuerzos no habian podido proporcionarle la isla de Francia que estaba en nuestro poder. En la América meridional habia arrancado del poder de los pobres holandeses, los mas maltratados en aquella guerra, los territorios de la Guayana, que se extienden entre el rio de las Amazonas y el Orinoco, tales como Surinam, Berbice, Demerari y Essequibo, paises soberbios que no presentaban ni presentan todavia un desarrollo notable agrícola y mercantil, pero que están destinados á gozar algun dia de una inmensa prosperidad, y que tenian entonces la ventaja de ser un paso dado hácia las grandes colonias españolas del continente americano, codiciadas por la Inglaterra, la cual abrigaba la idea de impulsarlas cuando menos á que se declarasen independientes, para vengarse de lo que le habia sucedido en la América del Norte, y se vanagloriaba, con razon, que una vez declaradas independientes, en breve serian presa de su comercio. Por el mismo motivo daba mucha importancia á una conquista hecha á los españoles en las Antillas, la hermosa isla de la Trinidad, situada cerca de la América del Sur, como una especie de apeadero, muy bien dispuesto, ya para hacer el contrabando, ó para hostilizar á las posesiones españolas. En las Antillas habia hecho otra adquisicion de gran valor, apoderándose de la Martinica, perteneciente á los franceses. Los medios empleados para lograrlo no habian sido muy legítimos, porque temiendo los colonos de la Martinica que se sublevasen los esclavos, se habian puesto bajo la proteccion de los ingleses, y de un depósito voluntario se habian hecho estos una propiedad. Interesábales la Martinica á causa del vasto puerto que tiene aquella isla. Tambien habian tomado en las Antillas á Santa Lucía y Tabago, islas medianas en comparacion de las precedentes, y San Pedro y Miguelon hácia el pais de la pesca. Por último, en Europa habia usurpado á los españoles la isla mas preciosa de las Baleares, y á los franceses, quienes la habian conquistado á los caballeros de San Juan de Jerusalen, la isla de Malta, la reina del Mediterráneo.

Despues de estas conquistas, bien puede decirse, que no quedaba gran cosa que disputar á las naciones marítimas, á excepcion de las posesiones continentales de los españoles en las dos Américas. Verdad es que los ingleses amenazaban indemnizarse, apoderándose del Brasil, del perjuicio que les podia ocasionar la ocupacion de Portugal por sus enemigos.

Conquistas de la Francia durante la presente guerra. Sus pretensiones.

En cambio de aquellas vastas adquisiciones marítimas, la Francia se habia apoderado de las comarcas mas hermosas del continente europeo, y de mucha mas importancia que todos aquellos territorios lejanos; pero las habia restituido, salva la parte comprendida entre las grandes líneas de los Alpes, del Rhin y de los Pirineos. Ademas habia conquistado una colonia, que por sí sola era una indemnizacion suficiente de toda la grandeza colonial añadida á la Inglaterra, pues ninguna posesion valia lo que el Egipto. Si se queria conmover de nuevo el imperio británico en las Indias, el Egipto era el camino mas seguro para llegar á ellas; y si, lo que era mas prudente, solo se queria llevar á los puertos de Francia una parte del comercio del Oriente, el Egipto era tambien el conducto mas natural de aquel comercio. Para la paz lo mismo que para la guerra, era, pues, la colonia mas preciosa del globo. Si en aquel momento, solo hubiera pensado el gefe del gobierno frances en la Francia y no en sus aliados, podia haber aceptado las proposiciones de la Inglaterra; porque la Martinica, única pérdida de consideracion que habia experimentado la Francia en aquella guerra, era poca cosa al lado del Egipto, verdadero imperio colocado entre el Oriente y el Occidente, que domina á la vez y abrevia el camino de aquellos mares. Pero el primer Cónsul tenia á ho-

nor que se devolviesen á los aliados de la Francia la mayor parte de sus posesiones. No dependia de él excusar á la Holanda todos los sacrificios á que la condenaba la desercion de su marina que habia seguido, como ya se sabe, el Stathouder á Inglaterra, pero aspiraba á que se les devolviese el Cabo y la Guayana; y queria que la España que nada habia adquirido en la guerra tampoco perdiese, y que por lo tanto volviesen á su poder la Trinidad y las Baleares; por último estaba decidido á no ceder á Malta á ningun precio, porque lo contrario equivaldria á debilitar desde luego la conquista de Egipto, y hacerla precaria en nuestras manos. Su intencion era, pues, dejar á los ingleses en el Indostan; aun con las pequeñas factorias de Chandernagor y de Pondichery, las cuales ningun interes tenian para nosotros, y concederles á Ceylan, propiedad de los holandeses, pero exigirles la restitucion del Cabo, las Guayanas, la Trinidad, la Martinica, las Baleares y Malta, y conservar el Egipto, considerando esta conquista como el equivalente para la Francia, de la adquisicion del continente de las Indias por la Inglaterra. Ahora se verá de qué modo se condujo para llegar á aquel objeto, durante una negociacion que duró cinco meses.

Modo de razonar de los dos negociadores.

A la pretension de adoptar el *Uti possidetis* como base del futuro tratado, el negociador frances tuvo encargo de contestar con argumentos perentorios. Quereis sentar como principio, dijo á lord Hawkesbury, que cada una de las dos naciones conserve lo que ha conquistado: pero entonces la Francia deberia conservar en Alemania á Baden, Wurtemberg, Baviera y las tres cuartas partes del Austria; y en Italia, toda ella, es decir los puertos de Génova, Liorna, Nápoles y Venecia; deberia conservar la Suiza que se propone evacuar, cuando se haya restablecido un órden de cosas razonable; y la Holanda ocupada por sus ejércitos, donde se organizarian bajo su influencia las escuadras mas poderosas. Podria apoderarse del Hannover y darle como compensacion á ciertas potencias del continente, y por este medio atraérselas para siempre. Por último, podria llevar á cabo la campaña empezada contra Portugal, indemnizar á España con los despojos de aquel Estado, y asegurarse á si misma nuevos puertos. Tambien son importantes posiciones marítimas las que se extienden desde el Texel hasta Lisboa y Cádiz, desde Cádiz hasta Génova, desde Génova hasta Otranto, y desde Otranto hasta Venecia. Si se pretende sentar principios absolutos en la negociacion, toda paz es imposible. La Francia ha devuelto la mayor parte de sus conquistas á los gobiernos vencidos por ella: al Austria ha vuelto una parte de la Italia; á la corte de las dos Sicilias el reino de Nápoles; al Papa todo el Estado Romano; ha dado á España la Toscana, que podia haberse reservado; ha restablecido á Génova en su independencia; se limita á hacer de la Lombardia una república amiga, y se prepara á evacuar la Suiza, la Holanda y hasta el Hannover. Necesario es, pues, que la Inglaterra restituya tambien una parte de sus conquistas. Las que la Francia reclama no le tocan directamente, pero pertenecen á sus aliados, y la Francia se hace un deber de recobrarlas para devólverselas á aquellos. Por otra parte, cuando se conceden á la Inglaterra la India y Ceylan ¿qué valen al lado de estas posesiones las que se le piden que restituya? Si no se quiere conceder nada, debe decirse, y declarar francamente que la negociacion no es mas que un engaño. Entonces sabrá el Universo quien tiene la culpa de que la paz sea imposible; entónces hará la Francia un postrer esfuerzo, y este esfuerzo difícil, peligroso, sin duda, será quizas mortal para la Inglaterra, porque el primer Cónsul no desespera poder pasar el estrecho de Calais á la cabeza de cien mil hombres.

El gabinete ingles presenta proposiciones mas moderadas.

Lord Hawkesbury y M. Addington negociaban con el deseo de alcanzar, como es natural, una paz ventajosa para ellos, pero próxima. Asi es que no desatendiendo los argumentos del gabinete frances, pues les habia dado en que pensar la resolucion que manifestaba en sus palabras, presentaron proposiciones mas moderadas, que produjeron un avenimiento. En primer lugar contestaron al argumento del primer Cónsul relativo á la restitucion que habia hecho la Francia de sus conquis-

tas, que si las habia abandonado seria por no poderlas conservar, mientras que ninguna marina del mundo podia arrebatar á la Inglaterra las colonias que habia conquistado; que si la Francia devolvia una parte de los territorios ocupados por sus ejércitos, conservaba á Niza, Saboya y las márgenes del Rhin, y sobre todo las bocas del Escalda, y Amberes, lo que la engrandecia considerablemente no solo por tierra sino tambien por mar; que era necesario restablecer el roto equilibrio europeo, y restablecerlo sino en el continente donde estaba enteramente destruido, al menos en el Océano; que si la Francia queria conservar el Egipto, la India no era una compensacion suficiente para la Inglaterra, y por lo tanto el gabinete británico queria retener una gran parte de sus nuevas adquisiciones. Sin embargo, añadia lord Hawkesbury, solo hemos hecho una primera proposicion, y estamos dispuestos á desistir de lo que hay en ella de mas rigoroso. Restituiremos algunas de nuestras conquistas; pero decidnos cuales teneis mas empeño en que se restituyan.

El primer Cónsul dió una enérgica contestacion á las razones de los ministros ingleses. Segun él no era exacto, que la Inglaterra pudiese conservar todas sus conquistas maritimas, y que la Francia no hubiera podido guardar sus conquistas continentales. Habiendo concluido la guerra continental, bien por el aniquilamiento absoluto de una parte de los aliados de Inglaterra, bien por el disgusto que causaba á las otras su alianza, la Francia ayudada de los recursos de Holanda, España é Italia, hubiera hecho cuanto hubiese querido en el continente; hallándose al mismo tiempo en estado de hacer por mar mucho mas de lo que creian los ministros británicos. Es verdad que la Francia no hubiera podido conservar el centro de la Alemania y las tres cuartas partes del Austria sin causar un trastorno en la Europa, pero habria podido concluir una paz menos moderada que la de Luneville; pues hallándose el Austria agoviada y aniquilada despues de la batalla de Hohenlinden, habria sido fácil á la Francia conservar toda la Italia, y hasta la Suiza, sin que nadie se atreviera á oponerse. En cuanto al equilibro continental, habia sido roto el dia en que Prusia, Rusia y Austria se repartieron entre sí, sin equivalente para ninguna otra potencia, el dilatado y hermoso reino de Polonia. Las orillas del Rhin y las vertientes de los Alpes eran apenas para la Francia un equivalente de lo que sus rivales habian adquirido en el continente. Por mar apenas era el Egipto una compensacion de la conquista de las Indias; y aun era dudoso que con aquella colonia, conservase Francia sus antiguas proporciones de dominios maritimos respecto á Inglaterra.

Queda admitido que la Inglaterra restituirá parte de sus conquistas marítimas.

Estos argumentos tenian el poder de la razon, y tambien, por fortuna, el de la fuerza, porque no basta una de las dos cuando se está negociando. Pronto se pusieron de acuerdo sobre las bases de la negociacion, conviniéndose que al quedar Inglaterra en posesion de la India, restituiria una parte de las conquistas hechas á Francia, España y Holanda. En seguida se entró en los pormenores acerca de lo que se debia conservar ó restituir.

Pormenores acerca de las posesiones que se deben restituir.

Sin acceder formalmente á que Francia conservase el Egipto, acerca de lo cual el negociador ingles siempre dejaba pendiente alguna duda, proponia, no obstante, dos hipotesis; la de conservar Francia el Egipto, ó la de renunciar á su posesion, ya lo perdiese por la fuerza de las armas, ó ya porque lo abandonase voluntariamente. En la primer hipótesis, la de conservar la Francia á Egipto, no solo queria la Inglaterra permanecer dueña de la India y de Ceylan, sino tambien del Cabo de Buena-Esperanza y de una parte de las Guayanas, es decir, de Berbice, Demerari y Essequibo, de Trinidad y la Martinica en las Antillas, y especialmente, en fin, de la isla de Malta; devolviendo tan solo las pequeñas posesiones holandesas de las Indias, Surinam, las islas insignificantes de Santa Lucia y Tabago, San Pedro y Miguelon, y por último Menorca. En la segunda hipótesis, la de no continuar los franceses en posesion de Egipto, Inglaterra queria siempre la India y Ceylan, pero se avenia á entregar las pequeñas factorías de Pondichery y de Chandernagor, el Cabo de Bue-

na-Esperanza, la Martinica ó la Trinidad, una de las dos á nuestra eleccion, conservando la otra; y por último, reclamaba asimismo á Malta, pero no tan decisivamente.

Ultimas pretensiones que parecen definitivas de una y otra parte.

A juicio del primer Cónsul no bastaban aquellas restituciones. Aviniéronse algo mas, y despues de un mes de discusion, se presentaron al fin las proposiciones siguientes, que eran en el fondo lo que pensaban los dos gobiernos.

La Inglaterra queria de todos modos quedarse con la India y Ceylan. Si los franceses evacuaban á Egipto aquella les dejaria las pequeñas factorias de Chandernagor y Pondichery, restituiria el Cabo á los holandeses con la condicion que seria declarado puerto franco, y les dejaria á mas de Berbice, Demerari, y Essequibo en el continente americano, el establecimiento de Surinam; tambien abandonaria una de las dos grandes Antillas, la Martinica ó la Trinidad, y á Santa Lucia, Tabago, San Pedro y Miguelon, y por último la isla de Menorca y de Malta. Asi, por resultado de la guerra obtenia, si no conservábamos el Egipto, el continente de la India, Ceylan y una de las dos principales Antillas, la Trinidad ó la Martinica, y si permaneciamos en posesion de aquel, obtenia ademas á Chandernagor y Pondichery, el Cabo, la Martinica y la Trinidad, y por último á Malta; es decir, que en el segundo caso, necesitaba, como precaucion quitarnos los puntos de escala de Chandernagor y Pondichery, situados en la peninsula indiana, y como indemnizacion la Trinidad, que amenazaba la América española; la Martinica que es el primer puerto de las Antillas, y por último, á Malta que es el primer puerto del Mediterráneo.

Aun cuando el Cabo, la Martinica ó la Trinidad, y Malta, pedidas como un excedente en el caso de que conservásemos á Egipto, estuviesen muy lejos de valer lo que esta importante posesion, y aunque hubiese sido conveniente cederlas en seguida, si aquella condicion hubiera sido inevitable, el primer Cónsul esperaba conservar el Egipto, pagando menos cara esta concesion. Confiaba que si el ejército ingles dirigido hácia el Nilo sucumbia, y los españoles llevaban adelante con vigor la guerra contra Portugal, podria á la vez de conservar á Egipto exigir que se restituyese el Cabo á los holandeses, la Trinidad á los españoles, Malta á la Órden de San Juan de Jerusalen, y obligar á la Inglaterra, á contentarse con la India, Ceylan, una parte de las Guayanas, y una ó dos de las Antillas menores.

Términos á que se halla reducida la negociacion.

Todo dependia, pues, de los acontecimientos de la guerra; y tampoco disgustaba á los ingleses aguardar, porque esperaban que les fuese favorable el resultado, que solo podia tardar un mes ó dos en ser conocido, pues únicamente se trataba de saber si se atreverian los españoles á marchar sobre Portugal, y si las tropas inglesas que se hallaban á bordo de los buques de la escuadra del almirante Keith en el Mediterráneo, podrian desembarcar en Egipto. De este modo, á la vez que una y otra parte tenia el mayor empeño en no romper las negociaciones, pues se deseaba sinceramente la paz, tomaron ambas el partido de ganar tiempo, y la multitud y complicacion de los objetos que habia que debatir, proporcionaron un medio muy natural, sin que fuese preciso desplegar mucho tacto diplomático.

Todo depende de los acontecimientos de Portugal y de Egipto.

«Todo depende, escribia M. Otto, de dos cosas: ¿Será vencido el ejército ingles en Egipto? ¿Marchará decididamente la España contra Portugal? Apresuraos á obtener ambos resultados, ó uno solo, y alcanzareis la paz mas lisonjera que se puede desear. Pero, debo deciros, añadia, que si los ministros ingleses temen mucho á nuestros soldados del ejército de Egipto, no temen nada la resolucion de la corte de España.»

Esfuerzos del primer Cónsul para asegurar el mejor resultado de los acontecimientos de Egipto y de Portugal.

Asi, pues, el primer Cónsul hacía los mayores esfuerzos para despertar á la antigua corte de España, y para que tomára parte en sus dos grandes designios, que consistian, el uno en apoderarse de Portugal, y el otro en dirigir hácia el Egip-

to las fuerzas navales de ambas naciones. Desgraciadamente estaban gastados los resortes de esta antigua monarquia. Un Rey honrado, pero alucinado, y absorto en los cuidados mas vulgares, y menos dignos de un monarca; una Reina entregada á los mas vergonzosos pasatiempos, y un favorito vano, superficial é incapaz, consumian en la indolencia y el desenfreno los últimos recursos de la monarquia de Cárlos Quinto. Nombrado Luciano Bonaparte Embajador en Madrid, para indemnizarle de la pérdida del ministerio de lo interior, envidioso de los triunfos diplomáticos obtenidos por su hermano José, se esforzaba en España á fin de servir con cierto brillo á la politica de su hermano; y habia logrado adquirir alguna influencia, merced á su nombre y á la osadia afortunada con que habia dejado á un lado á los ministros titulares, para ponerse en relaciones directas con el verdadero gefe del gobierno, es decir, con el Principe de la Paz. Dando á elegir á este principe entre el resentimiento y el favor del primer Cónsul, habia excitado en él un celo poco comun por los intereses de la alianza, haciéndole adoptar completamente el proyecto de la guerra contra Portugal. Luciano habia dicho á la corte de España:—Si deseais la paz, y una paz ventajosa, ó al menos no funesta, y quereis terminarla sin perder ninguna de vuestras colonias, ayudadnos á coger prendas, de las que nos serviremos para arrancar á la Inglaterra la mayor parte de sus conquistas maritimas.—Semejantes razones eran excelentes y no tenian contestacion, pero no eran las que mas influian en el ánimo del Principe de la Paz; y para este habia imaginado Luciano otras mas eficaces.—Aqui lo sois todo, habia dicho al valido; mi hermano lo sabe, y á nadie culpará sino á vos del mal resultado que tengan los proyectos de la alianza. ¿Quereis tener á los Bonapartes por amigos, ó por enemigos?—Estos argumentos empleados ya para decidirle á la guerra contra Portugal, se empleaban diariamente para acelerar los preparativos. Por lo demas, cualesquiera que fuesen los argumentos que influyesen en el Príncipe de la Paz para hacer aquella guerra, no comprometia en nada los intereses de su patria; y antes, al contrario, de ningun modo podia servirla mejor, porque la guerra contra Portugal era el único medio de obligar á la Inglaterra á que restituyese las colonias españolas.

Preparativos hechos en España para la expedicion de Portugal.

Los preparativos se aceleraban todo lo posible, empleándose para ello todos los recursos de la monarquia. ¿Quién creeria que esa nacion grande y noble, cuya gloria ha llenado el mundo, y cuyo patriotismo debia mostrarse en breve con estrépito, y por desgracia contra nosotros, quién creeria que apenas pudiese reunir 25,000 hombres; que con puertos magnificos y un gran número de buques, restos del brillante reinado de Cárlos III, estuviese apurada para pagar á unos pocos obreros en sus arsenales para carenar sus embarcaciones, y que se viese al fin en la imposibilidad de procurarse víveres para abastecer sus escuadras? ¿Quién creeria que los quince navios españoles encerrados habia dos años en Brest, componian toda su marina, al menos la que se hallaba en estado de servicio? La falta de metálico, consecuencia de haberse interrumpido las relaciones con Mégico, la habian reducido al papel-moneda, y este habia llegado al último grado de descrédito. Se acababa de apelar al clero, que aun cuando entonces no poseia los fondos que se necesitaban, gozaba de mayor crédito que la corona, y sirviéndose de él habian logrado concluir los preparativos empezados.

Al fin se habian adelantado hácia Badajoz 25,000 hombres, no muy mal equipados, pero esto no bastaba, y el Príncipe de la Paz habia declarado que no podia aventurarse á entrar en Portugal sin el auxilio de una division francesa. El primer Cónsul habia acelerado la reunion de esta division en Burdeos, y en breve habia pasado los Pirineos y se dirigia á marchas forzadas hácia Ciudad-Rodrigo. El Principe de la Paz queria entrar con los españoles por Alentejo, mientras que la division francesa lo verificaba por las provincias de Tras-os-Montes y de Beira. El general Saint-Cyr, que debia mandar á los franceses, habia ido á Madrid para concertar con el Principe de la Paz el plan de las operaciones, y aunque fuese poco apropó-

sito para contemplar la susceptibilidad de otro, siendo por sí mismo muy susceptible, habia logrado que el Príncipe admitiese sus buenos consejos, y concertó con él un buen plan de operaciones.

Viéndose el Portugal estrechado tan de cerca habia mandado á Madrid al Señor de Araujo, pero como el gobierno español le negase el pase, se dirigió á Francia donde encontró la misma negativa. Portugal decia, que estaba pronto á cumplir todas las condiciones que se le impusiesen, con tal de que no se le obligase á cerrar sus puertos á los buques mercantes ingleses. Se rechazaron sus proposiciones y se convino, que se le pediria la total expulsion de los buques ingleses asi de guerra como mercantes; que se conservarian en depósito tres de sus provincias hasta la paz, y que por último se le haria pagar los gastos de la expedicion.

Las tropas españolas marchan hácia Portugal.

Las tropas de ambas naciones se pusieron en marcha, y el príncipe de la Paz dejó á Madrid con la cabeza llena de los mas hermosos sueños de gloria. La corte y el mismo Luciano debian acompañarle. El primer Cónsul habia recomendado la mas exacta disciplina á las tropas francesas, mandándoles que oyesen misa todos los Domingos, que visitasen á los Obispos cuando atravesasen la capital de alguna diócesis, y que se conformasen en un todo con las costumbres de los españoles. Queria que la vista de los franceses, en vez de causar odio á los españoles, los hiciese aun mas amigos de la Francia.

Destino de las fuerzas navales de Francia, España y Holanda.

Todo iba, pues, por este lado, conforme á los deseos del primer Cónsul, y del modo mas adecuado para obtener un éxito feliz de las negociaciones entabladas en Lóndres, pero quedaba mucho que hacer relativo al empleo de las fuerzas navales. Ya se ha visto de qué modo debian concurrir al objeto comun las tres marinas de Holanda, Francia y España. Cinco navios holandeses, cinco franceses y cinco españoles en todo quince, cargados de tropa, debian amenazar el Brasil ó ver si podian recobrar la Trinidad: y todas las demas fuerzas navales estaban destinadas á Egipto. Ganteaume que habia salido de Brest con siete navios, llevando un socorro considerable, hacia rumbo para Alejandría. Los otros buques españoles y franceses habian permanecido en Brest, para inspirar continuos temores acerca de una expedicion á Irlanda, mientras que saliendo de Rochefort una segunda expedicion, y dando la mano á cinco navios españoles armados en el Ferrol, y á otros seis armados en Cádiz, debian seguir á Ganteaume á Egipto; pero como no se habian atrevido á comunicar este proyecto al gabinete español temiendo su indiscrecion, se le pidió, sin darle ningunas explicaciones, comunicase sus órdenes para que pasase á Cádiz la division naval preparada en el Ferrol. La corte de España, se opuso al pronto, alegando el peligro de atravesar por medio de los cruceros ingleses muy numerosos á la entrada del estrecho y en las aguas de Gibraltar. Por otra parte, los navios del Ferrol apenas se hallaban en estado de salir á la mar por lo mucho que se habia atrasado su armamento. Sin confesar Luciano el proyecto concebido respecto á Egipto, habló de la necesidad que habia de dominar el Mediterráneo, de la posibilidad de emprender en este mar alguna operacion útil á los dos paises; é intentar acaso una expedicion para recobrar á Menorca. Al fin logró que se diesen las órdenes oportunas, y la division española del Ferrol debió ser conducida á Cádiz por la escuadra francesa de Rochefort. No era esto todo: como se recordará, la España habia prometido á Francia seis navios. Habianse suscitado disputas acerca de la época en que debia verificarse aquella donacion, pero como iba á entregarse la Toscana, aun antes de que se devolviese la Luisiana á Francia, justo era que España cediese inmediatamente los navios prometidos. El ministerio español se decidió, al fin, á elegir seis en el arsenal de Cádiz, y entregarlos al momento, pero desarmados y desprovistos de víveres. Sin embargo no podian enviarse de Francia ni cañones ni galletas, y estas eran cuestiones mezquinas, en presencia del enemigo comun, á quien era necesario vencer por todos los medios, si se queria obligarle á reducir sus pretensiones. Todas estas dificultades fueron al fin re-

sueltas como lo deseaba el primer Cónsul. Ya se ha visto que el almirante frances Dumanoir habia salido en posta para Cádiz, con el fin de cuidar del equipo de estos navios españoles, que ya pertenecian á la Francia, y de tomar el mando. Este almirante habia visitado los puertos de España, y habia hallado en ellos toda la confusion y escasez de la opulencia descuidada y desordenada. Con restos de un magnifico material, con numerosos y excelentes buques, pero desarmados, y con establecimientos soberbios, no habia en Cádiz por falta de paga ni un marinero, ni un trabajador para poner aquella marina en estado de servicio, hallándose todo entregado al despilfarro y al abandono (1). El ministerio frances habia enviado al almirante Dumanoir creditos sobre las casas mas ricas de Cádiz, y á fuerza de dinero, este oficial habia logrado vencer las principales dificultades. Despues de haber elegido los buques que habian sufrido menos por el tiempo y por el descuido de los españoles, los armó, sirviéndose del material tomado de los otros; y se procuró marineros franceses, los unos emigrados á consecuencia de la Revolucion, y los otros escapados de las prisiones de Inglaterra; recibió cierto número de ellos enviados de los puertos de Francia en buques ligeros; pidió y obtuvo permiso para matricular algunos españoles, y enganchó, merced á una paga crecida, á algunos suecos y dinamarqueses. Enviáronle en posta atravesando la Peninsula los oficiales necesarios para organizar sus estados mayores, y se hicieron marchar por Cataluña destacamentos de infanteria francesa para completar sus tripulaciones. Esta division, la del Ferrol y la de Rochefort, componiendo una fuerza de diez y ocho navios, debia ir á Egipto, despues de haber tocado en Otranto, para tomar los 10,000 hombres de desembarco. Estos proyectos, que hemos explicado en otro lugar, estaban ahora puestos en ejecucion.

Para obtener de España los débiles esfuerzos que se acababan de conseguir con tanto trabajo, el primer Cónsul habia cumplido con la mayor fidelidad todas las promesas que la habia hecho y hasta las habia sobrepujado. Habiendo recibido la casa de Parma en lugar de su ducado, el hermoso pais de Toscana, lo cual era, hacia mucho tiempo, el deseo mas ardiente de la corte de Madrid, se necesitaba para tal substitucion el consentimiento del Austria, y el primer Cónsul habia procurado obtenerle, y lo habia logrado. Ademas habia sido erigido el ducado de Toscana en reino de Etruria. El duque reinante de Parma, príncipe anciano, devoto, enemigo de todas las novedades del tiempo, era, como hemos dicho, hermano de la reina de España. Su hijo, jóven mal educado, se habia casado con una infanta y vivia en el Escorial; á estos dos jóvenes esposos se habia destinado el reino de Etruria. No obstante, como el primer Cónsul solo habia prometido aquel reino en cambio del ducado de Parma, no estaba obligado á entregar el uno, sino cuando vacase el otro; y esto solo podia verificarse con la muerte ó la abdicacion del anciano duque reinante; pero este anciano ni moria ni queria abdicar, y á pesar del interés que el primer Cónsul tenia en librarse de tal huésped en Italia, consintió en tolerarle en Parma, colocando en seguida á los infantes en el trono de Etruria, exigiendo solamente que fuesen á Paris á recibir la corona de sus manos, como iban otras veces los monarcas tributarios á la antigua Roma á recibir la corona de manos del pueblo rey. Era este un espectáculo grande y extraño que queria dar á la Francia republicana. Los jóvenes príncipes dejaron, pues, á Madrid para dirigirse á Paris, al mismo tiempo que sus padres se encaminaban á Badajoz, á fin de dar á su privado el gusto de ser visto por ellos á la cabeza de un ejército.

Complacencia del primer Cónsul respecto á España para excitar su celo en favor de la causa comun.

En aquel momento todo era para Egipto; hácia allí iban dirigidos los esfuerzos, las miradas, los temores y las esperanzas de las dos grandes naciones beligerantes, Francia é Inglaterra. Parecia que antes de deponer

Atencion general en estas circunstancias hácia las cosas de Egipto.

(1) Los partes de este almirante que existen no en los archivos de la marina, sino en los de los negocios extrangeros, presentan el cuadro mas curioso de lo que puede llegar á ser un grande Estado en malas manos.

las armas, querian servirse de ellas por la última vez, para concluir con brillo y en su mayor ventaja, la terrible guerra que hacia diez años ensangrentaba el globo.

Navegacion de Ganteaume que habia salido del puerto de Brest en medio de una borrasca.

Dejamos á Ganteaume procurando salir del puerto de Brest, el 3 de Pluvioso (23 de Enero de 1801) en medio de una borrorosa tempestad. Los vientos habian sido por largo tiempo flojos ó contrarios; pero habiendo soplado al fin una ráfaga del Noroeste, que llevaba sobre la costa, se habian dado á la vela para obedecer al ayudante de campo del primer Cónsul Savary, que se hallaba en Brest, con el encargo de vencer todas los inconvenientes. Sin duda era esto una imprudencia muy grave, pero ¿cómo se habia de obrar en presencia de una escuadra enemiga, que bloqueaba incesantemente y en todos tiempos la rada de Brest, y solo se retiraba cuando era imposible hacer el crucero? Era necesario no salir nunca, ó verificarlo en medio de una borrasca que alejase á los ingleses. La escuadra fuerte de 7 navios, 2 fragatas y un bergantin, buques todos ligeros, llevaba 4000 hombres de tropa, un inmenso material, y muchos empleados con sus familias que creian ir á Santo Domingo. Apagáronse las luces de la escuadra, á fin de no ser apercibidos, y se aparejó con las mayores precauciones. El viento del Noroesto era para salir de Brest el mas peligroso de todos, y reinaba en aquel momento con mucha violencia; pero por fortuna no adquirió toda su fuerza hasta que ya la escuadra habia pasado la barra y navegaba mar adentro. Tuvieron que aguantar ráfagas horribles y una mar espantosa. La escuadra marchaba en órden de batalla, con el navio almirante á la cabeza, que era el *Indivisible*. Seguiale el *Formidable*, que llevaba el pabellon del contra-almirante Linois. Despues iba el resto de la division, pronto cada navio á combatir si se presentaba el enemigo. Apenas se hallaban mar adentro, cuando el viento, cada vez mas fuerte se llevó las tres gabias del *Formidable*. El navio *Constitucion*, perdió su mastelero mayor de gabia: el *Diez de Agosto* y el *Juan Bart*, que le seguian de cerca, se colocaron á derecha é izquierda, manteniéndose á la vista hasta la mañana siguiente, para socorrerle en caso de necesidad. El bergantin *Buitre* estuvo á punto de zozobrar y fue socorrido en el momento de sumergirse. En medio del temporal y de las tinieblas toda la escuadra se habia dispersado. A la mañana siguiente al apuntar el dia, Ganteaume, que montaba el *Indivisible*, estuvo algun tiempo á la capa á fin de reunir su division; pero temiendo que volviesen los ingleses, que hasta entonces no se habian presentado, y confiando en la cita dada á cada navio, dirigió su rumbo hácia el punto convenido, que era á cincuenta leguas al Oeste del Cabo de San Vicente, uno de los mas salientes de la costa meridional de España. Los demas buques de la division, despues de haber aguantado el temporal, repararon sus averías en medio del mar, con el material que llevaban de respeto, y se reunieron todos, á escepcion del navio Almirante, que despues de haberles aguardado, habia hecho rumbo hácia el lugar de la cita. El único accidente de la travesia fue un encuentro que tuvo la fragata francesa la *Valentia* con la fragata inglesa la *Concordia*, que habia ido á observar la marcha de la division. El capitan Dordelin, que mandaba la *Valentia*, se fue directamente á la fragata inglesa, y le presentó el combate. Púsose á su costado y le disparó varias andanadas, que hicieron un horrible destrozo sobre su puente, y en el momento que el capitan Dordelin daba sus disposiciones para tomarla al abordage, la fragata inglesa maniobró para librarse del peligro, salvándose á fuerza de vela (1).

La fragata francesa se unió á la division, y en breve, por el meridiano indicado, todos los navios se reunieron al rededor del pabellon almirante. Asi se dirigieron al estrecho de Gibraltar, despues de haber escapado, casi de milagro, de los peligros del mar y de los del enemigo. La escuadra estaba animada del mayor entusiasmo, pues empezaba á adivinar su destino, y cada cual deseaba llenar la gloriosa mision de salvar el Egipto.

(1) Los ingleses han pretendido que la fragata francesa fue la que abandonó el campo de batalla. Las noticias adquiridas de dos oficiales superiores que aun existen, y que formaban parte de la escuadra, no me han dejado ninguna duda acerca de la veracidad del hecho que refiero.

Importaba apresurarse, porque en aquel momento, reunida la escuadra del almirante Keith en la bahia de Macri, en la costa del Asia menor, solo aguardaba los últimos preparativos de los turcos, siempre muy lentos, para darse á la vela y conducir un ejército inglés á las bocas del Nilo. Era preciso, pues, adelantarla, y las circunstancias se brindaban felizmente á ello. El almirante ingles Saint-Vincent, que mandaba el bloqueo de Brest, advertido demasiado tarde de la salida de Ganteaume, habia enviado en su seguimiento al almirante Calder con una fuerza igual á la division francesa, es decir con 7 navios y 2 fragatas. No imaginándose los ingleses que los franceses se hubiesen atrevido á penetrar en el Mediterráneo, enmedio de tantos cruceros, y engañados, por otra parte con las noticias adquiridas, creyeron que los franceses habian hecho rumbo hácia Santo Domingo; y en su consecuencia, el almirante Calder se dirigió hacia las Canarias, para desde allí pasar á las Antillas. Mientras tanto Ganteaume habia penetrado en el estrecho, aproximándose á la costa de Africa para no ser visto de los cruceros ingleses de Gibraltar; y si bien los vientos no le favorecian bastante, la ocasion era muy propicia para que desempeñase su encargo, porque el almirante inglés Warren, que cruzaba sin cesar de Gibraltar á Mahon, solo tenia 4 navios, porque todas las demas fuerzas inglesas se hallaban con el almirante Keith, empleadas en el transporte del ejército de desembarco. Por desgracia ignoraba Ganteaume estos pormenores, y la grave responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, le causaba una turbacion involuntaria, que nunca habian producido en su intrépido corazon las balas enemigas. Molestado por dos buques ingleses que habian venido á observarle muy de cerca la balandra *Sprightly* y la fragata *Succès*, les dió caza y se apoderó de ambos. Al fin pasó el estrecho y entró en el Mediterráneo; ya no tenia mas que hacer fuerza de velas y dirigirse á Oriente; pues, en efecto, el almirante Warren estaba metido en la rada de Mahon; y el almirante Keith, embarazado con 200 transportes, aun no habia abandonado las costas del Asia menor. Las playas de Egipto se hallaban pues libres, y podian llevarse al ejército frances los socorros que aguardaba con impaciencia, y que hacia tanto tiempo se le habian anunciado. Pero Ganteaume, siempre inquieto por la suerte de su escuadra, y mucho mas por la de los numerosos soldados que llevaba á bordo, se turbaba á la vista de los buques mas pequeños; suponia entre él y el Egipto una escuadra enemiga que no existia, y sobre todo estaba temeroso por el estado de sus navios, y recelaba que si era preciso precipitar su marcha ante un enemigo superior, no podria hacerlo con arboladuras maltratadas por el temporal, y reparadas de prisa en la mar: en una palabra, habia perdido toda su confianza. Descontento de la fragata *Valentía*, que no andaba muy á su gusto, quiso deshacerse de ella y mandarla á Tolon, pero en vez de darle órden para que se dirigiese sola hácia aquel punto, y continuar él á lo largo de la costa de Africa, navegando de Oeste á Este, cometió el yerro de subir hácia el Norte, y situarse casi á la altura de Tolon. Su idea era escoltar á la *Valentía* durante una parte de la travesía, á fin de salvarla de los cruceros enemigos; mala razon seguramente, porque valia cien veces mas comprometer la suerte de una fragata, que la de su mision. Por causa de esta falta, le avistó el almirante Warren y se apresuró á salir de Mahon. Ganteaume, para imponerle fingió darle caza, y el intrépido capitan Bergeret, comandante del navío frances el *Diez de Agosto*, adelantándose mas aprisa que los demas, fue á reconocer á los ingleses muy de cerca, y solo vió cuatro navios y dos fragatas. Lleno de alegria á su vista, creyó que siendo superiores á los ingleses ibamos á marchar sobre ellos, para darles caza y combatirlos; pero de pronto notó la señal que le mandaba cesase en la persecucion y se reuniese á la escuadra. Afligido este valiente oficial se puso en seguida en comunicacion con Ganteaume, le repitió que sus vigias le habian engañado, y que solo tenian en su presencia cuatro navios: ¡vanos esfuerzos! Ganteaume, creyó que habia siete ú ocho, y resolvió hacer rumbo al Norte. Sin embargo,

Ganteaume pasa felizmente el estrecho de Gibraltar.

Engañado Ganteaume acerca de las fuerzas de la division de Warren entra en Tolon en vez de dirigirse á Egipto.

era cierto (como lo ha probado despues el mismo almirante Warren en sus despachos) que solo teniamos delante cuatro navíos enemigos (1). Ganteaume se aproximó, pues, al golfo de Leon para despachar á la *Valentía*, y habiendo descubierto de nuevo á la escuadra inglesa, entró aturdido en Tolon. Allí le esperaban otras inquietudes, nacidas del temor que le inspiraba la cólera del primer Cónsul, indignado al ver comprometida tan importante expedicion, en el mismo momento en que debia esperar el mejor resultado. Esta fatal resolucion perdió al Egipto en el mismo dia en que quizas pudo ser salvado.

Unas fragatas salidas de Tolon y de Rochefort llegan sin obstáculo á Alejandría.

En efecto, mientras que Ganteaume bordeaba entre la costa de Africa y Mahon, dos fragatas, la *Justicia* y la *Egipciaca* salidas de Tolon con municiones y 400 hombres de tropa, habian hecho rumbo hácia el Este, y entrado en Alejandría sin encontrar á un solo navio ingles. Otras dos fragatas la *Regenerada* y la *Africana*, salidas de Rochefort, acababan de atravesar el Océano, y penetrar por el estrecho en el Mediterráneo, sin experimentar ningun contratiempo: por desgracia se habian separado: la *Regeneradora*, llegó con felicidad á Alejandría el 2 de Marzo de 1801 (11 de Ventoso del año IX); pero la *Africana*, alcanzada durante la noche por una fragata inglesa, se detuvo para combatirla. Conducia á bordo 300 soldados, los cuales queriendo tomar parte en el combate, causaron un espantoso desórden, y despues de una lucha heróica fueron causa de su derrota, y de que quedase en poder de la fragata inglesa. Pero se ha visto que de cuatro fragatas que habian salido de Tolon y de Rochefort, tres habian llegado sin contratiempo, y encontrado la costa de Egipto libre de enemigos, y tan facil de abordar á ella, que habian entrado en el puerto de Alejandria sin disparar un tiro. ¡Tan dificiles son los encuentros en la inmensidad de los mares, y de tal modo puede servir la audacia á un oficial que quiere arriesgar su pabellon por cumplir un gran deber.

Ganteaume habia entrado en Tolon el 19 de Febrero (30 de Pluvioso) agoviado de fatiga, inquieto en extremo, y sufriendo, segun escribia al primer Cónsul, todos los tormentos á la vez (2): y asi debia ser, porque acababa de comprometer intereses de primer órden. El primer Cónsul, violento de suyo, contenia poco su enojo cuando hacian abortar sus proyectos; pero conocia á los hombres, sabia que en el momento de la accion no conviene manifestarles señales de descontento, porque obrando asi se les trastorna en vez de reanimarlos, y sabia que Ganteaume necesitaba ser alentado, sostenido y no desesperado por los impetus de una cólera, que todos temian entónces como la mayor de las desgracias. Así, pues, lejos de abrumarle con sus reconvenciones le envió á su ayudante de campo Lacuée, á fin de consolarle y reanimarle, poner á su disposicion tropas, víveres y dinero, y lograr que inmediatamente saliese de nuevo; limitando su severidad á censurarle con cierto miramiento por haberse venido de la costa de Africa á las aguas de las Baleares, y por haber asi atraido al almirante Warren á perseguirle.

Ganteaume era un hombre valiente, buen marino y excelente soldado, pero su falta de energia en estas circunstancias prueba que la responsabilidad trastorna á los hombres mucho mas que el peligro de las balas; y esto es honroso para ellos, pues manifiesta que temen todavía mas comprometer los planes que deben llevar á cabo, que su vida propia. Alentado Ganteaume por el primer Cónsul, puso manos á la obra, pero perdió tiempo, ya en reparar las averias de sus navios, ya esperando vientos favorables. Quedaban, no obstante, todavia algunos momentos propicios. El almirante Warren se habia dirigido hácia Nápoles y Sicilia; y si bien es cierto que el almirante Keith se aproximaba á Aboukir con el ejército inglés, no era dificil engañar su vigilancia, y desembarcar las tropas francesas ó mas allá de Aboukir, es decir en Damieta, ó mas acá á veinte ó veinte y cinco le-

(1) Véase un parte del almirante Warren de 23 de Abril de 1801, inserto en el *Moniteur* del 27 de Mesidor del año IX (número doble 296 y 297.)

(2) Carta escrita el 19 de Febrero (30 de Pluvioso) dia mismo de su entrada en Tolon, y conservada en los archivos de marina.

guas al Oeste de Alejandria, desde donde hubieran podido nuestros soldados penetrar en el Egipto, haciendo algunas marchas por medio del desierto.

Nueva salida de Ganteaume.

Mientras que las instancias del primer Cónsul obligaban á Ganteaume á salir otra vez, nuevas cartas llegadas de Paris apresuraban la organizacion de las escuadras de Rochefort, el Ferrol y Cádiz, para enviar socorros á Egipto simultáneamente por varios conductos. Por último, reanimado Ganteaume por las exhortaciones del primer Cónsul, mezcladas con pruebas numerosas de bondad, se hizo de nuevo á la vela el 19 de marzo (28 de Ventoso), pero en el momento de salir, varó el navio *Constitucion*, y se necesitaron dos dias para desencallarlo. El 22 de Marzo (1.° de Germinal) la escuadra aparejó de nuevo con siete navios y varias fragatas, y se dirigió hácia Cerdeña, sin ser vista de los ingleses.

Era muy de desear que tantos esfuerzos tuviesen un buen resultado, al menos mediano, porque entregado nuestro ejército de Egipto á sus solos recursos, iba á tener que lidiar á la vez con los soldados reunidos de Oriente y de Occidente. Sin embargo, aun reducido á sus propias fuerzas, hubiera vencido á la multitud de sus enemigos, como lo habia hecho en los campos de Aboukir y de Heliópolis, si hubiera estado bien dirigido. Por desgracia no se hallaba á su cabeza el general Bonaparte, y Desaix y Kleber habian muerto.

Estado del Egipto despues de la muerte de Kleber.

Necesario es manifestar ahora la situacion de Egipto, desde que el puñal de un asesino tendió sin vida al noble Kleber, cuyo solo aspecto bastaba, asi en las márgenes del Rhin como en las del Nilo, para enardecer el corazon de nuestros soldados, y para hacerles olvidar los peligros, la miseria y el sentimiento de la expatriacion. En primer lugar es menester describir el próspero estado de la colonia, y despues su repentina decadencia y sus desastres, porque es bueno presentar á la vista de una nacion, asi el espectáculo de sus reveses como el de sus triunfos, para que saque de ello lecciones útiles. Es verdad, que en medio de las inauditas prosperidades del Consulado, fruto de una acertada y prudente conducta, no podria una desgracia empañar el brillo del cuadro que tenemos que trazar, pero debemos ofrecer á nuestros guerreros, y mas bien á nuestros generales que á los soldados, la cruel leccion que se encierra en los últimos dias de la ocupacion de Egipto. ¡Ojalá los haga ella reflexionar en su inclinacion, demasiado frecuente, á desunirse, sobre todo cuando una mano poderosa no los domina, y no vuelve contra el enemigo comun la actividad de su espíritu y el ímpetu de sus pasiones!

Resignacion de los egipcios á sufrir la dominacion francesa.

Cuando Kleber murió, ya el Egipto parecia sometido; pues despues de haber visto al ejército del gran visir disperso en un abrir y cerrar de ojos, y reprimida en pocos dias por un puñado de soldados la insurreccion de los 300,000 habitantes del Cairo, los egipcios miraban á los franceses como invencibles, y consideraban su establecimiento en las orillas del Nilo como un decreto del destino. Por otra parte, empezaban á familiarizarse con sus huéspedes europeos, y á conocer que el nuevo yugo era mucho menos pesado que el antiguo, pues pagaban menos contribuciones que bajo el dominio de los Mamelucos, y no recibian palos en la época de la percepcion del *miri*, como cuando sus correligionarios, actualmente desposeidos, mandaban. Murad-Bey, ese príncipe mameluco, de un carácter tan brillante y tan caballeresco, y que habia concluido por aliarse con los franceses, tenia en feudo el Egipto superior, mostrándose vasallo fiel, pagando su tributo con exactitud, y desempeñando con mucho cuidado la policía de aquella parte del Nilo. Era un aliado con el cual se podia contar, de modo que con una simple brigada de 2,500 hombres situada en los alrededores de Beni-Souef, siempre en disposicion de replegarse sobre el Cairo, bastaba para contener el Egipto superior, lo que era una gran ventaja en vista del número reducido de nuestros soldados.

Por su parte el ejército frances, que habia participado del error de su general en la época del convenio de El-Arisch, y que le habia reparado con el mismo en la llanura de Heliópolis, conocia su falta, y no estaba dispuesto á

cometerla de nuevo. Comprendiendo que debian dar cuenta á la República de una posesion tan hermosa ya no pensaban en evacuarla: por otra parte, veian al general Bonaparte en el poder, y esto les explicaba los motivos de su partida, de modo que lejos de considerarle como un desertor, se creian siempre á la vista de su antiguo general, y no alimentaban la menor inquietud respecto á su suerte. En efecto, gracias á la prevision del primer Cónsul, que mandaba fletar buques mercantes en todos los puertos, no se pasaba una semana sin que entrasen en el de Alejandria algunas embarcaciones mas ó menos grandes, conduciendo municiones, géneros de Europa, periódicos, correspondencia de las familias, y despachos del gobierno; y merced á dichas comunicaciones, la patria estaba como presente en la generalidad de los ánimos. No hay duda que el pesar despertaba al punto en todos los corazones cuando alguna nueva causa venia á conmoverlos, como, por ejemplo, cuando despues de la muerte de Kleber tomó el mando el general Menou; todas las miradas se dirigieron de nuevo hácia la Francia. Un general de brigada al presentar sus oficiales á Menou le preguntó si pensaria al fin en volverlos á su patria. Menou le reprendió con vigor, y en la órden del dia anunció su resolucion formal de conformarse con las intenciones del gobierno, que eran conservar la colonia para siempre, y todos los ánimos se sometieron de nuevo. Pero sobre todo esto veian al general Bonaparte ocupando el poder, lo que era siempre para los antiguos soldados de Italia la mejor razon que tenian para confiar y esperar.

Excelentes disposiciones del ejército frances.

Las pagas estaban al corriente, y los generos baratos, y en vez de pagarle al soldado en víveres se le pagaba en dinero, dándoles solo en especie el pan. Asi gozaban del beneficio de la baratura, y vivian en la mayor abundancia, comiendo mas á menudo aves que carne de reses. El paño escaseaba, pero visto lo caluroso del clima suplian su falta para una parte del vestuario con telas de algodon muy abundantes en Egipto. Por lo demas, se habia tomado todo el paño llevado por el comercio á Oriente, sin reparar en el color; resultando alguna variedad en el uniforme, pues se veian, por ejemplo, regimientos vestidos de azul, á la vez que otros lo estaban de colorado y otros de verde; pero, al fin, el soldado estaba vestido, presentando al mismo tiempo buena vista. El entendido coronel Conte, prestaba al ejército grandes servicios por la fecundidad de sus invenciones. Habia llevado consigo la compañia de aeróstatas, resto de los aeróstatas de Fleurus, que era una reunion de obreros en todas las profesiones, organizados militarmente. Con su ayuda se habian establecido en el Cairo máquinas para teger, batanar y tundir el paño, y como no faltaba lana, esperábase que en breve podrian suplir completamente con sus tejidos los de Europa. Lo mismo sucedia con la pólvora, y las fábricas establecidas en el Cairo por M. Champy, producian ya una cantidad suficiente para cubrir todas las necesidades de la guerra. El comercio interior se restablecia visiblemente. Las caravanas, bien protegidas, empezaban á venir del centro del Africa; y los árabes del mar Rojo se dirigian á los puertos de Suez y de Cosseir, donde cambiaban el café, perfumeria y dátiles, con los trigos y el arroz de Egipto; á la vez que los griegos, aprovechándose del pabellon turco, y mas ágiles que los cruceros ingleses, desembarcaban en Damieta, Roseta y Alejandria aceite, vino y otros varios artículos. En una palabra, nada faltaba al presente, y se preparaban grandes recursos para el porvenir. Viendo los oficiales que la ocupacion definitiva del Egipto era cosa resuelta, daban sus disposiciones para pasarlo lo menos mal y tristemente que les fuera posible. Los que habitaban en Alejandria y en el Cairo, y era el mayor número, habian encontrado cómodos alojamientos, y vivian con mugeres sirias, griegas y egipcias, unas compradas á los mercaderes de esclavos, y otras que arrastradas por una inclinacion voluntaria habian ido á dividir con ellos sus moradas; viéndose á todos alegres. Dos ingenieros habian construido un teatro en el Cairo, y los mismos oficiales repre-

El ejército vive en la abundancia.

Esfuerzos ingeniosos de la colonia para bastarse á sí misma.

Restablecimiento del comercio con Africa, Arabia y Grecia.

sentaban piezas francesas. Los soldados vivian tambien como sus gefes, y gracias á la facilidad con que el carácter frances se familiariza con todas las naciones, se les veia fumar, y beber café en compañia de los turcos y árabes.

Buen estado de la hacienda.

Los recursos rentísticos de Egipto, bien administrados bastaban para satisfacer todas las necesidades del ejército. Bajo el dominio de los mamelucos habia pagado el Egipto de 135 á 150 millones de reales, segun el mayor ó menor rigor con que se ejecutaban las recaudaciones; y ahora no pagaba mas que 75 á 95 millones de reales, y la recaudacion no se verificaba con tanta violencia. Estos 75 á 95 millones bastaban para los gastos de la colonia, porque todos ellos reunidos no ascendian de 1,700,000 francos al mes, es decir de 20,400,000 francos al año. Mejorando el tiempo, el sistema de recaudacion, haciéndola mas exacta y moderada á la vez, debia aliviar las cargas de la poblacion, y aumentar la riqueza del ejército, no siendo imposible poder crear un excedente de 3 á 4 millones de francos al año, que hubiera servido á crear un pequeño tesoro, bien para subvenir á los gastos que se necesitasen hacer en circunstancias extraordinarias, ó bien para construir obras de utilidad y de defensa. El ejército se componia aun de 25 á 26,000 individuos, contando con el cuerpo administrativo, las mugeres y los hijos de muchos militares y empleados. De este número podian sacarse 23,000 soldados, 6000 algo inválidos, pero en estado de defender las ciudadelas, y de 17 á 18,000 útiles y capaces de soportar el mas activo servicio. La caballería era soberbia, é igualaba á los mamelucos en valentia, sobrepujándoles en disciplina. La artillería de campaña era ligera y estaba muy bien servida; y el regimiento montado en dromedarios habia llegado al mas alto grado de perfeccion, pues recorria el desierto con una rapidez extraordinaria, habiendo quitado á los árabes su aficion al pillage. La pérdida comun en hombres era de poca consideracion, porque de 26,000 personas solo se contaban 600 enfermas. Sin embargo, suponiendo una larga guerra, quizas hubieran faltado los hombres, pero los griegos se alistaban á porfia y tambien los cophtos. Hasta los negros comprados á un precio infimo, y notables por su adhesion, formaban excelentes reclutas. Con el tiempo hubiera podido recibir el ejército en sus cuadros, 10 á 12,000 soldados, valientes y fieles. Confiando tambien este ejército excesivamente en su arrojo y su experiencia militar, no dudaba podria impedir que desembarcasen los ingleses ó los turcos que le enviarian del Asia ó de Europa. Es cierto, que aquellos 18,000 hombres, bien mandados, reunidos á tiempo, y dirigidos en masa sobre las tropas que se desembarcasen, debian quedar en cualquier circunstancia, dueños de la playa de Egipto; pero se necesitaba para ello que fuesen bien dirigidos, siendo esta condicion indispensable para el triunfo de aquel ejército, asi como para el de cualquier otro.

Efectivo del ejército.

Supongámonos que Kleber, ó, lo que hubiera sido mejor, que Desaix, el prudente y valiente Desaix, hubiera quedado en Egipto de donde le sacó, por desgracia, la tierna amistad del primer Cónsul, y supongámosle libertado del puñal musulman, y gobernando al Egipto por espacio de algunos años: ¿quien podria dudar que no lo hubiera convertido en una colonia floreciente, fundando en ella un soberbio imperio? Con un clima saludable, sin conocerse una sola calentura, con un terreno de inagotable fertilidad, poblado de campesinos sumisos y como adheridos á su suelo, con reclutas voluntarios para nuestro ejército, ¡cuán superior no era, por todas estas condiciones al establecimiento que estamos fundando hoy en el Africa!

El general Menou.—Razones por que obtuvo el mando.

Pero en lugar de Kleber ó de Desaix, era Menou quien habia llegado á ser general en gefe por derecho de antigüedad; lo cual fue una desgracia irreparable para la colonia, y una falta de parte del primer Cónsul por no haberle reemplazado. No teniendo la seguridad de que llegase á Egipto ninguna órden, temia, que si el decreto que contuviese el nombramiento de un nuevo general, caia en manos de los ingleses, se sirviesen de él para desorganizar el mando; pues podian publicar la destitucion de Menou sin transmitir la órden en que se nombrase al que habia de sucederle, por cuyo medio hu-

bieran dejado al ejército por mas ó menos tiempo, en la incertidumbre acerca de quien habria sido el elegido para encargarse del mando. Sin embargo, no bastaria este motivo para disculpar al primer Cónsul, si hubiera conocido la profunda incapacidad de Menou, en lo relativo á la parte militar. La razon que le decidió á favor de este general, fue su conocido celo por la conservacion y colonizacion de Egipto. En efecto, Menou, habia combatido fuertemente el proyecto de evacuacion y la influencia de los oficiales del Rhin, haciéndose, en una palabra, gefe del partido colonista, llevando su entusiasmo hasta el punto de convertirse al islamismo, tomar por esposa á una muger turca, y hacer que le llamasen Abdallah Menou. Estas rarezas provocaban la risa de nuestros soldados naturalmente burlones; pero en nada perjudicaban al establecimiento en el ánimo de los egipcios. Menou era hombre de inteligencia, é instruido; muy aplicado al trabajo, aficionado á los establecimientos coloniales, y con todas las cualidades precisas para la administracion, pero con ninguna de las de general: desprovisto de experiencia, de golpe de vista y de resolucion, era ademas muy desgraciado en cuanto á su físico, pues estaba muy grueso, era corto de vista, y montaba muy mal á caballo; circunstancias todas que manifestaban la mala eleccion que se habia hecho de este gefe para ponerle al frente de soldados tan despiertos y arrojados como los nuestros. Ademas era un hombre sin carácter, y, bajo su débil mando, se dividieron los gefes del ejército, introduciéndose en breve entre ellos las mas funestas disensiones.

Mandando el general Bonaparte no hubo en Egipto mas que un pensamiento y una voluntad. Bajo el mando de Kleber, se formaron en breve dos partidos, los colonistas y los anticolonistas, los que querian quedarse y los que querian irse; pero desde la afrenta que intentaron los ingleses hacer sufrir á nuestros soldados, afrenta vengada gloriosamente en Heliópolis; desde que se reconoció la necesidad de permanecer, todo volvió á entrar en órden. Bajo la imponente autoridad de Kleber hubo union, pero transcurrió poco tiempo entre la victoria de Heliópolis y la muerte de Kleber; y desde que Menou tomó el mando desapareció la union.

El general Reynier. El general Reynier, buen oficial de estado mayor, que en calidad de tal habia servido bien en los ejércitos del Rhin, pero de un exterior frio que no se captaba las voluntades, y sin influjo sobre los soldados, gozaba, sin embargo, del aprecio universal, y se le consideraba como uno de los gefes mas dignos de figurar á la cabeza del ejército, siendo el de mas antigüedad despues de Menou. El mismo dia de la muerte de Kleber, se suscitó un vivo altercado entre Reynier y Menou, no para disputarse el mando, sino, por el contrario, para deshacerse de aquella carga. Ninguno queria aceptarla, y en efecto, la situacion era espantosa aquel dia. Creíase que la muerte de Kleber era la señal de una sublevacion general, organizada en todo el Egipto por la influencia de los turcos y de los ingleses, y por lo tanto todos temian la pesada responsabilidad del mando en tan críticas circunstancias. Sin embargo, accedió Menou á las instancias de Reynier y de otros generales, y se puso al frente de la colonia. En breve se conoció mejor la situacion por la profunda tranquilidad que siguió á la muerte de Kleber: el mando antes rehusado vino á ser apetecido, y el general Reynier deseó lo que no habia querido en un principio, pues bajo un exterior frio, modesto y hasta tímido, ocultaba una profunda vanidad. La autoridad de Menou llegó á serle insoportable; y de tranquilo y subordinado que habia sido hasta entonces, se convirtió en murmurador y quisquilloso; encontrando en todo motivo de réplica y de censura. Menou habia aceptado el mando á instancias de sus mismos compañeros de armas, llamándose *General en gefe interino*, y Reynier criticaba que hubiese tomado tal título. En los funerales de Kleber, Menou habia señalado los cuatro ángulos del féretro á generales de division, colocándose él detras á la cabeza del estado mayor; y Reynier decia que habia querido ostentar el papel de Virey. Menou habia encargado al ilustre Fourier que hiciese el panegírico de Kleber; y Reynier pretendia que era tener á menos la memoria de Kleber mandar que otro la alabase. Alguna tardanza notada en una suscricion abierta, para erigir con su pro-

ducto un monumento á Kleber, y algunas dificultades ocurridas en la herencia de este General, muy reducida, como la de todos los guerreros de aquella época, unidas á otras puerilidades, fueron interpretadas por Reynier y por los que seguian su ejemplo, de la manera mas injusta. Citamos estas miserias que serian indignas de la historia, si su misma pequeñez no las hiciese instructivas, mostrando hasta donde puede descender el descontento cuando no está motivado. Reynier llegó, pues, á ser un lugarteniente insubordinado, poco cuerdo y culpable; y uniéndosele el general Damas, amigo de Kleber, gefe del estado mayor general, y que abrigaba en su corazon todos los celos y rivalidades del ejército del Rhin contra el de Italia, la oposicion cundió hasta el mismo seno de las oficinas del estado mayor. Menou no quiso tenerla tan cerca de sí, y resolvió separar al general Damas del destino que habia desempeñado bajo el mando de Kleber.

Discordias en el seno del ejército.

Desconcertados los descontentos, intentaron parar el golpe, enviando á Menou, para entrar en negociaciones al prudente y denodado general Friant, hombre dedicado únicamente á cumplir con sus deberes, extraño á todas las divisiones, y que solo se mezclaba en ellas para hacerlas desaparecer; pero Menou mas firme, que lo que acostumbraba á serlo, no cedió, y el general Damas fue reemplazado por el general Lagrange. Desde entónces no le incomodaban tan de cerca sus enemigos, pero estos se irritaron mas, y la discordia y desunion entre los gefes del ejército vino á ser mas escandalosa y alarmante. Las personas sensatas lamentaban el trastorno que podia resultar en el mando; trastorno, siempre sensible y funesto, pero mucho mas cuando la autoridad suprema está lejos y se vive en medio de continuos peligros.

Menou, mal general, pero administrador laborioso, trabajaba noche y dia en lo que él llamaba la organizacion de la colonia; haciendo cosas buenas y malas, pero sobre todo haciendo mucho. En primer lugar se ocupó de que las pagas estuviesen corrientes, invirtiendo en ello la contribucion de diez millones impuesta por Kleber á las ciudades de Egipto en castigo de su última rebelion. Este era un medio para mantener al ejército contento y subordinado, porque en el momento de verificarse el convenio de El-Arisch se habian notado algunos síntomas de insubordinacion, provocados en parte por el atraso de las pagas. Por lo tanto reputaba Menou el pago regular de lo perteneciente al soldado como una garantia de órden, y en ello tenia razon; pero contrajo el compromiso temerario de pagar el prest, siempre y con preferencia á otras obligaciones, olvidando el caso forzoso en que la guerra las crease. Tambien se ocupó del pan de las tropas, hasta lograr que se amasase de excelente calidad. Organizó los hospitales, y se aplicó cuidadosamente á introducir el órden en la contabilidad. Menou era hombre de suma integridad, pero un poco inclinado á la declamacion, y tantas veces expresó en las órdenes del dia su deseo de restablecer la moralidad en el ejército, que concluyó por ofender á todos los Generales. Preguntaban estos con amargura, si todo estaba entregado al pillage antes de que mandase Menou, y si no habian tenido honradez hasta su advenimiento al mando. En efecto, era verdad que muy pocas malversaciones se habian cometido desde la ocupacion del Egipto. Con motivo de haberse roto el convenio de El-Arisch, se habia hecho una aprehension considerable en el puerto de Alejandria, la cual consistia en el gran número de buques que habian llegado con pabellon turco para transportar al ejército á Francia, y casi todos cargados de mercaderías que se encargaron á una comision para venderlas en beneficio del tesoro de la colonia; pero descontento Menou de las operaciones de dicha comision, y del general Lanusse que mandaba en Alejandria, llamó á este de una manera que ofendió su carácter, y le reemplazó con el general Friant. El general Lanusse quedó ofendido, y de vuelta al Cairo fue á aumentar el número de los descontentos. Menou no paró ahí, sino que quiso tambien cambiar el sistema de las contribuciones, y en esto cometió graves faltas. No hay duda que mas tarde podria haberse hecho una reforma en el sistema rentístico de Egipto, y que con un reparto equitativo de la contri-

Trabajos administrativos de Menou.

bucion territorial, y algunos derechos bien entendidos sobre los consumos, hubiera sido fácil aliviar á la poblacion de Egipto y aumentar considerablemente las rentas de la autoridad pública; pero en aquella época, expuestos como estaban á los ataques del exterior, no debian crearse dificultades en el interior, y hacer sufrir á la poblacion cambios, cuyo beneficio no podia apreciar desde luego. Bastaba percibir con mas órden y equidad los antiguos impuestos, para establecer entre los mamelucos y los franceses, comparaciones ventajosas á estos últimos, y para alimentar con desahogo el ejército. Menou ideó un catastro general de las propiedades, un nuevo sistema de contribuciones, y especialmente la exclusion de los cophtos, que en Egipto eran los arrendadores de las rentas, y que desempeñaban sobre poco mas ó menos el papel que representan los judios en el norte de Europa. Estos proyectos, buenos para el porvenir, eran muy malos en la actualidad. Por fortuna, no tuvo tiempo Menou para poner en ejecucion todos sus planes, pero sí para crear contribuciones nuevas. Los jeques *El-Beled* magistrados municipales de Egipto, recibian en ciertas épocas la investidura del poder municipal, y obtenian de la autoridad que los investia algun regalo, que consistia en ropones forrados de pieles ó chales, y correspondian á estos dones con ricos presentes de caballos, de camellos y de reses. Los mamelucos renovaban esta ceremonia lo mas á menudo posible, á causa del producto que les reportaba, y algunos hasta la habian convertido en una prestacion en dinero. Menou imaginó generalizar esta medida en todo el Egipto, é impuso á los jeques *El-Beled* una contribucion que ascendia á dos millones y medio. Es cierto que eran bastante ricos para pagarla, y tambien que para muchos de ellos, esta contribucion regular era un verdadero alivio, pero tenian mucha influencia en los 2,500 pueblos que dependian de su autoridad, y someterlos al pago de una contribucion absoluta, uniforme y sin compensacion, que por otra parte, traia consigo la supresion de una costumbre de muy útil efecto moral, era exponerse á tenerlos por adversarios. Poseido Menou del deseo de asemejar el Egipto á la Francia, á lo cual llamaba él civilizarle, imaginó ademas un sistema de arbitrios. Tenia Egipto sus derechos de consumo que se cobraban en los *okels*, especie de depósitos en los cuales se depositan en Oriente todas las mercaderias que se transportan de un lugar á otro, y este método de recaudacion era sencillo y fácil. Menou quiso convertirle en un impuesto que habia de recaudarse en las puertas de las ciudades, poco numerosas en Egipto. A mas del trastorno introducido en las costumbres del pais, el efecto inmediato fue aumentar el precio de los géneros en las guarniciones, hacer que recayese parte de esta carga sobre el ejército, y excitar nuevas hablillas. Por último, Menou resolvió sugetar al pago de contribuciones á los comerciantes ricos que se libraban de las cargas públicas, que eran los cophtos, los griegos, los judios, los damasquinos, los francos, &c., y les impuso una capitacion de 2,500,000 francos al año. De seguro, no era la carga muy pesada, especialmente para los cophtos enriquecidos con el arriendo de las contribuciones; pero estos últimos habian sido muy maltratados en la postrer rebelion del Cairo, y necesitándose ademas de ellos, pues forzosamente habia que recurrir á sus arcas siempre que se necesitase tomar prestada alguna cantidad de dinero, no era prudente descontentarlos, como tampoco á los comerciantes griegos y europeos, quienes bastante adheridos á nuestras costumbres, á nuestros usos y á nuestro espíritu, debian ser nuestros naturales intermediarios con los egipcios. En fin, Menou creó un derecho sobre las herencias, que quiso extenderle hasta el ejército, lo que fue un nuevo motivo de queja para los malcontentos.

Aquella mania de asemejar una colonia á la metrópoli, y de creer que hiriéndola en sus intereses y costumbres se la civilizaba, dominaba á Menou como á todos los colonizadores poco ilustrados, y que tienen mas empeño en hacer las cosas de prisa que en hacerlas bien. Para concluir su obra, creó Menou un consejo privado, no compuesto de cuatro ó cinco gefes del servicio, sino de unos cincuenta empleados y militares de diferentes grados y categorias. Era un verdadero parlamento, á quien el ridículo que le acompañaba impidió que llegára á reunirse. Para complemento, instituyó

un periódico árabigo destinado á poner en conocimiento de los egipcios y del ejército los actos de la autoridad francesa.

Poco se cuidaban los soldados de estas creaciones, pues vivian en la abundancia y se reian de Menou, si bien apreciaban su bondad natural y el cuidado que se tomaba por ellos. Los habitantes estaban sumisos, y hallaban el yugo de los franceses mucho mas tolerable que el de los mamelucos. Sin embargo, habia personas muy irritadas, y eran los descontentos del ejército, quienes solo hubieran dejado de censurar á Menou, en el caso que este nada hubiese hecho absolutamente que presentase un solo acto á su envenenada crítica; y aun asi hubieran censurado su inaccion. Pero Menou estaba demasiado poseido de la mania de organizar, para no suministrar materia á su crítica. De ello se aprovecharon, llegando hasta concebir el proyecto de deponer al General en gefe, acto insensato que hubiera trastornado la colonia y convertido el ejército de Egipto en un ejército de pretorianos. Sondeóse el espíritu de los cuerpos de oficiales en varias divisiones, pero le hallaron tan cuerdo y tan poco dispuesto á favor de los revoltosos, que les fue preciso renunciar á su plan. Reynier y Damas habian arrastrado consigo á Lanusse; los tres comprometieron en su causa á Belliard y Verdier, y en breve todos los generales de division, á excepcion de Friant, formaron parte de aquella funesta oposicion. Dos antiguos convencionales, á los cuales habia conducido el general Bonaparte á Egipto para no tenerlos ociosos, Tallien é Isnard se hallaban en el Cairo, y vueltos á sus antiguos hábitos se mostraban los agitadores mas ardientes. En defecto de la deposicion del General en gefe, reconocida como imposible, idearon los Generales presentarse ante él en corporacion y hacerle sus observaciones acerca de varias medidas que habia tomado, muy dignas en verdad de ser criticadas. Dirigiéronse, pues, al alojamiento de Menou, y se presentaron sin hacerse anunciar, sorprendiéndole mucho con su repentina aparicion. Expusiéronle sus quejas y sus resentimientos, y él los oyó con bastante disgusto, pero con cierta dignidad, prometiéndoles tener en cuenta algunas de sus observaciones, y teniendo la debilidad de no reprenderles en aquel instante por el paso que daban tan ageno de sus deberes militares. Este hecho causó en el ejército un gran escándalo, y fue censurado por todos con la mayor severidad. Por lo demas Isnard y Tallien pagaron por todos, y fueron embarcados para Europa.

Entretanto llegó la órden del primer Cónsul que confirmaba á Menou en su posicion, y le investia del mando en gefe de una manera definitiva. Esta expresion de la voluntad suprema llegó muy á tiempo, é hizo entrar en su deber á una parte de los descontentos; pero por desgracia sobrevinieron nuevas desavenencias, y volvieron las cosas á su primer estado. Aquellos ánimos disgustados, exasperados por el destierro, propensos á la discordia por la debilidad del mando, emplearon en miserables disputas y rencillas el tiempo transcurrido desde la batalla de Heliópolis hasta aquella fecha, es decir, un año: tiempo precioso que debia haberse invertido en vivir unidos, para prepararse por la union á vencer al temible enemigo, próximo á desembarcar en Egipto.

El Nilo menguaba, las aguas volvian á entrar en su cauce, y las tierras inundadas empezaban á secarse: habia, pues, llegado la época de los desembarcos; ya casi se estaba á primeros de Febrero de 1801 (Ventoso del año IX,) y los ingleses y los turcos se disponian á dar nuevos asaltos á la colonia. El gran Visir, el mismo que Kleber habia batido en Heliópolis, no habiéndose atrevido á presentarse en Constantinopla despues de su derrota, se hallaba en Gaza entre la Palestina y el Egipto con unos 10 á 12,000 hombres, devorados por la peste, viviendo del pillage, y teniendo diariamente que sostener combates con los montañeses de Palestina, incomodados con la presencia de tales huéspedes. Asi, pues, estos no eran de temer. El capitan-bajá, enemigo del Visir, y favorito del Sultan, cruzaba con algunos navios entre Siria y Egipto. Hubiera renovado con gusto el convenio de El-Arisch, pues tenia poca confianza en reconquistar al Egipto por la fuerza, y tenia poca fe en los ingleses, sospechando que estos solo que-

Medios preparados para atacar al Egipto.

rian arrojar á los franceses de aquel soberbio territorio para apoderarse de él. En fin 18,000 hombres reunidos en Macri en el Asia menor, los unos ingleses y los otros hesseses, suizos, malteses y napolitanos, mandados por oficiales todos ingleses, y sometidos á una excelente disciplina iban á embarcarse á bordo de la escuadra de lord Keith, y á saltar á tierra en Egipto á las órdenes del distinguido general sir Ralph Abercromby.

A estos 18,000 soldados europeos debian añadirse 6,000 albaneses que el capitan-bajá transportaba entonces en su escuadra; 6,000 cipayos llegados de la India por el mar Rojo, y unos 20,000 hombres, malos soldados de Oriente, prontos á unirse á los 10,000 hombres del gran Visir en Palestina. Todo esto componia un total de cerca de 60,000 soldados que iban á atacar al egército frances de Egipto. Este solo podia oponerles 18,000 combatientes; y no obstante eran bastantes, y aun mas de los que se necesitaban, si se les dirigia con habilidad y acierto.

Numerosos avisos anunciando una próxima expedicion.

En primer lugar no habia el peligro de ser sorprendidos, porque las noticias llegaban de todas partes; del Archipiélago por las embarcaciones griegas; del Egipto superior por Murad-Bey, y de Europa por las frecuentes expediciones que disponia el primer Cónsul. Todos estos avisos anunciaban una próxima expedicion compuesta á la vez de orientales y europeos; pero Menou, sordo á todas las advertencias, no hizo en tan crítico momento nada de lo que debia, y tan indicado estaba por la situacion.

La sana política aconsejaba en primer lugar que se alhagase con esmero la fidelidad de Murad-Bey, tratándole con ciertas consideraciones, porque guardaba el Egipto superior, y preferia, por otra parte, los franceses á los turcos y á los ingleses. Menou no lo hizo asi, antes al contrario, contestó á las comunicaciones de Murad-Bey, de un modo capaz de habernos enagenado su buena voluntad, si hubiese sido posible. Tambien aconsejaba la sana política aprovecharse de la desconfianza con que los turcos miraban á los ingleses, y sin renovar el escándalo del convenio de El-Arisch, detenerlos por medio de una negociacion engañosa, que ocupándolos hubiera disminuido sus esfuerzos, pero Menou no pensó en este medio mas de lo que habia pensado en los otros.

No toma ninguna de las medidas reclamadas por las circunstancias.

Tampoco supo tomar á tiempo ninguna de las medidas administrativas y militares que reclamaban las circunstancias. En primer lugar debian reunirse en Alejandria, Roseta, Diameta, Ramanieh, el Cairo, y en todos los puntos donde el ejército pudiese estar acampado, grandes provisiones de guerra, lo que era fácil en un pais tan abundante como es Egipto. Menou se negó á ello no queriendo distraer ni un maravedí del servicio de las pagas, que habia prometido satisfacer con puntualidad, y que por la dificultad de cobrar las nuevas contribuciones, casi no podia verificarlo en aquel momento. Se necesitaba remontar la caballeria y la artilleria, principal recurso contra un ejército de desembarco; y tambien se negó á hacerlo alegando la misma falta de medios. Llevó su imprevision hasta el punto de elegir aquel momento para castrar á los caballos de la artilleria, que estaban enteros, y no podian manejarse bien á causa de su fogosidad.

Por último, Menou se opuso á la concentracion de las tropas, oportuna en aquella estacion á la salud del soldado, aun cuando ningun peligro hubiese amenazado el Egipto. En efecto, se habia notado algun síntoma de peste, y por lo tanto le urgia sacar las tropas de las ciudades y acamparlas, aun prescindiendo de la necesidad de hacerlas mas movibles; pues repartidas como se hallaban en las guarniciones, ó reunidas inútilmente en el Cairo, ó empleadas en la recaudacion del *miri*, en ninguna parte se hallaban en disposicion de obrar. Y, no obstante, disponiendo bien de los 23,000 hombres que le quedaban, y de los cuales 17 ó 18,000 podian servir activamente, se hallaba Menou en estado de defender por todas partes el Egipto con notable ventaja. Podia ser atacado por Alejandria, á causa de la rada de Aboukir, situada en sus inmediaciones, y preferida siempre para los desembarcos; por Damieta, punto tam-

Puntos de ataque contra el Egipto y medios de rechazarlos.

bien apropósito para fondeadero, aunque mucho menos favorable que el de Aboukir; por último, por la frontera de Siria, donde se hallaba el Visir con los restos de su ejército. De estos tres puntos solo habia uno formalmente amenazado, y era Alejandria y la rada de Aboukir, cosa fácil de preveer, porque todos lo pensaban asi, y asi se decia en el ejército. Por el contrario, la playa de Damieta era de dificil acceso, y se enlazaba tan poco con el Delta que desembarcado el ejército enemigo hubiera sido fácil bloquearle, obligándole á volverse á embarcar. No era, pues, probable que viniesen los ingleses por Damieta. Por el lado de Siria el Visir debia inspirar pocos temores, pues era demasiado débil, y estaba muy reciente el recuerdo de Heliópolis para que se atreviese á tomar la iniciativa: asi es que no pensaba avanzar hasta que los ingleses hubiesen desembarcado. En todo caso era un cálculo excelente dejarle avanzar, porque mientras mas se adelantase mas comprometido se veria. El objeto único de la atencion del General en gefe debia ser, pues, el ejército ingles cuyo desembarco se anunciaba como muy próximo. En aquella situacion, debia colocarse una fuerte division en Alejandria, es decir 4 ó 5,000 hombres de tropas activas, ademas de los marinos y de los destacamentos destinados á la guarnicion de los fuertes. En Damieta bastaban 2,000 hombres; y el regimiento de los dromedarios era suficiente para observar la frontera de la Siria. Una guarnicion de 3,000 hombres en el Cairo, á los que pudieran reunirse los 2,000 del Egipto superior, y reforzada por algunos miles de franceses de los depósitos, bastaban para contener la poblacion de la capital, aun cuando el Visir se hallase al frente de sus muros. Estos diversos servicios absorverian de 11 á 12,000 hombres de los 17 ó 18,000 de tropas activas. Quedaba, pues, una reserva de 6,000 hombres escogidos, con los cuales podia formarse un gran campamento á igual distancia de Alejandria y Damieta. En efecto, existia un punto que reunia todas las condiciones apetecibles, y era Ramanieh, lugar sano, á las márgenes del Nilo, no muy lejos del mar, abundante en víveres, situado á una jornada de Alejandria, á dos de Damieta y á tres ó cuatro de la frontera de Siria. Si Menou hubiese establecido en Ramanieh su reserva de 6,000 hombres, hubiera podido trasladarla al primer aviso en veinte y cuatro horas á Alejandria, en cuarenta y ocho á Damieta, y en tres ó cuatro dias á la frontera de Siria, caso de ser necesario. Semejante fuerza hubiera hecho impotentes por todas partes las tentativas del enemigo.

Los lugartenientes de Menou le proponen en vano, las disposiciones militares oportunas.

Menou no pensaba en ninguno de estos medios, y lo que es peor, hasta desechó los consejos de todos los que quisieron persuadirle de lo que debia hacer. De todas partes se le dirigieron excelentes consejos, especialmente de la de los generales que le hacian la oposicion, y á los cuales, contándose á Reynier mas acostumbrado que ningun otro á las grandes operaciones militares, debe hacerse la justicia de que olvidaron sus rencillas para indicarle el peligro, y las medidas que debia tomar; pero habian perdido todo su crédito para con el General en gefe, por su oposicion intempestiva, y al presente que tenian razon eran desoidos lo mismo que cuando no la tenian.

Debilidad de los medios del general Friant en Alejandria.

El valiente Friant, extraño á las fatales discordias del ejército, se ocupaba con el mayor celo en la defensa de Alejandria. Habia organizado á los marinos y á los hombres de los depósitos, de modo que se les pudiese confiar la defensa de los fuertes, pero despues de esto solo podia reunir 2,000 hombres de tropas activas en el lugar donde se verificase el desembarco; y aun de estos tenia que destinar una parte para guardar los puntos principales de la playa, tales como el fuerte de Aboukir, y los puestos de la Casa cuadrada, de Edko y de Roseta, de modo que guarnecidos estos puntos no podian quedarle mas de 1,200 hombres. Por fortuna la fragata *Regenerada*, procedente de Rochefort habia traido un refuerzo de 300 hombres con un aumento considerable de municiones; y gracias á esta circunstancia inesperada, la fuerza móvil del general Friant ascendia á 1,500 hombres. Véase, pues, de cuanto socorro no habria sido en aquel momento la escuadra de Ganteaume, si contando aquel al-

mirante algo mas con la fortuna, hubiese desembarcado los 4,000 soldados escogidos que se encontraban á bordo de sus navios.

El general Friant, se limitaba en medio de su apuro á pedir dos batallones mas, y un regimiento de caballería. Acaso hubiera bastado esta fuerza, pero en tales circunstancias era muy temerario, confiar en un refuerzo de 1,000 hombres. Necesario es decir que la confianza del ejército en si mismo contribuyó mucho á su pérdida, pues habiendo adquirido en Egipto la costumbre de batirse uno contra cuatro, y á veces uno contra ocho; no se formaba una idea exacta de los medios de los ingleses en materia de desembarcos; y creia que solo podrian desembarcar á la vez algunos centenares de hombres sin artillería y sin caballeria, á quienes se imaginaba seria facil destruir con sus bayonetas. Esto era una fatal ilusion; y no obstante, aquel refuerzo pedido por Friant, aquel refuerzo, por débil que fuese, todo lo hubiera salvado, como podrá juzgarse por los mismos acontecimientos.

Noticia cierta del próximo desembarco por un bote que se apresa.

El 28 de Febrero de 1801 (9 de Ventoso del año IX), se divisó no lejos de Alejandria un bote ingles, al parecer ocupado en hacer un reconocimiento. Al momento salieron algunas lanchas á perseguirle, y lograron apresarle con los oficiales que venian en él y que estaban encargados de preparar el desembarco, de lo cual no dejaron ninguna duda los papeles que se les hallaron. Poco despues se presentó á la vista de Alejandria la escuadra inglesa compuesta de 70 velas; pero habiendo arreciado el viento, tuvo que hacerse de nuevo mar adentro. De este modo proporcionaba la fortuna otra ocasion para preservar el Egipto de los ingleses, porque era probable que no verificasen el desembarco hasta pasados unos dias. Esta noticia, transmitida por Friant al Cairo llegó el 4 de Marzo (13 de Ventoso) por la tarde; y si Menou hubiera tomado una resolucion pronta y sensata todo se habria remediado; pues dirigiendo todo el ejército hácia Alejandria, la caballeria hubiera llegado en cuatro dias y la infanteria en cinco, es decir que del 8 al 9 de Marzo (17 y 18 de Ventoso) podian haber estado 10,000 hombres en las playas de Aboukir. Era posible que para esta fecha hubiesen desembarcado los ingleses sus tropas; pero no que hubiesen tenido tiempo de desembarcar el material, ó hacerse fuertes en su posicion, de modo que se llegaba á tiempo para obligarles á embarcarse de nuevo. Reynier, que se hallaba en el Cairo, escribió aquel mismo dia á Menou una carta muy razonada, aconsejándole que no se cuidase del Visir, pues no se atreveria á tomar la iniciativa; que descuidase á Damieta, punto que no parecia amenazado, y que se dirigiese con la masa de sus fuerzas hácia Alejandria. Nada podia resolverse mejor, pues nada se comprometia en ningun caso con dirigirse hácia Ramanieh, pues desde aquí se podia acudir facilmente á Damieta ó á Siria, si se llegaba á saber que el peligro era por alguno de estos puntos, y sin perder un solo dia, se habrian aproximado á Alejandria, donde amagaba el peligro verdadero. Pero, de cualquier modo, era preciso decidirse al momento, y marchar aun de noche. Menou no quiso oir nada, y se hizo absoluto en sus órdenes, quedando incierto en sus resoluciones. No sabiendo distinguir el punto verdaderamente amenazado, envió un refuerzo al general Rampon hácia Damieta; dirigió á Reynier con su division hácia Belbeis, para hacer frente al Visir por el lado de la Siria, y mandó la division de Lanusse hácia Ramanieh con solo la 17 media brigada de cazadores, pues hasta detuvo en el Cairo á la 88. El general Lanusse tenia órden de dirigirse hácia Ramanieh, y desde allí á Alejandria segun las noticias que adquiriese. Menou permaneció en el Cairo, con el grueso de sus fuerzas, aguardando noticias ulteriores en aquella posicion tan alejada del litoral. No podia llevarse mas lejos la incapacidad.

Malas disposiciones de Menou al saber la aproximacion de los ingleses.

Mientras tanto se adelantaban los sucesos con notable rapidez. La escuadra inglesa estaba compuesta de 7 navios de línea y de un gran número de fragatas, bergantines y barcos de la compañia de las Indias en todo 70 velas; conduciendo á bordo una

Fuerza de la escuadra inglesa.

porcion considerable de lanchas. Como ya hemos dicho, lord Keith mandaba las fuerzas de mar y sir Ralph Abercromby las de tierra. El punto que eligieron para desembarcar, fue el que habian elegido siempre en todas ocasiones, es decir, la rada de Aboukir, donde ancló nuestra escuadra en 1798; donde fue hallada y destruida por Nelson; y donde la escuadra turca desembarcó á los valientes genízaros, arrojados al mar por el general Bonaparte en la gloriosa jornada de Aboukir. Despues de haberse visto obligada la escuadra inglesa á mantenerse en alta mar por espacio de algunos dias, dilacion funesta para ella, y dichosa para nosotros, si Menou la hubiera sabido aprovechar, vino á situarse en la rada de Aboukir el 6 de Marzo (15 de Ventoso), á cinco leguas de Alejandria.

Carácter del territorio del Egipto inferior.

El Egipto inferior, asi como la Holanda y Venecia, es un pais lleno de lagunas. Como todos los terrenos de esta clase, presenta un carácter que se debe examinar con cuidado, si se quieren comprender bien las operaciones militares de que puede llegar á ser teatro. En los parages en que todos los rios caudalosos desaguan en el mar, se forman bancos de arena alrededor de sus embocaduras, ocasionados por las arenas que arrastran los rios, que repelidas por el mar, y oprimidas entre ambas fuerzas contrarias, se extienden paralelamente por las orillas, formando esas barras, tan temidas de los navegantes, y tan difíciles de atravesar cuando se quiere entrar ó salir del cauce de los rios. Asi se elevan sucesivamente hasta el nivel de las aguas, despues, las sobrepujan con el tiempo, y presentan largas playas arenosas, batidas por la parte de afuera por las olas del mar, y bañadas por la de dentro por las aguas fluviales cuya salida estorban. Al desaguar el Nilo en el Mediterráneo ha formado delante de sus numerosas embocaduras un vasto semicírculo de bancos de arena, que tendrá una extension de setenta leguas desde Alejandria hasta Pelusa, y que apenas se halla interrumpido cerca de Roseta, de Bourloz y de Damieta, en algunas aberturas por las cuales salen al mar las aguas del Nilo. Báñanle por un lado el Mediterráneo y por el otro los lagos Maréotis, Madieh, Edko, Bourloz y Menzaleh. Asi, pues, cualquier desembarco que se intentase en Egipto habia de efectuarse por uno de estos bancos de arena. Guiados los ingleses por el ejemplo y la necesidad habian elegido el que forma la playa de Alejandria, que tiene unas quince leguas de extension, y que dilatándose entre el Mediterráneo por una parte, y los lagos Maréotis y Madieh por otra, tiene en una de sus extremidades la ciudad de Alejandria, y en la otra presenta una entrada semicircular que forma la rada de Aboukir. Uno de los lados de esta rada estaba defendido por el fuerte de Aboukir, levantado por los franceses, que barria con sus fuegos la playa circunvecina. Despues se hallaban algunos montecillos de arena alrededor de la orilla que terminaban al otro lado de la rada en una llanura arenosa y firme. El general Bonaparte habia mandado que se construyesen algunas obras de defensa en aquellos montecillos, y á haberlo obedecido hubiera sido imposible un desembarco por aquel sitio.

La rada de Aboukir.

En medio de esta rada vino á fondear la escuadra inglesa formada en dos líneas; y aguardó al ancla que la marejada fuese menos recia para poder botar al mar sus lanchas. Por último el 8 por la mañana (17 de Ventoso), habiendo calmado el tiempo, lord Keith distribuyó 5,000 hombres escogidos en 320 lanchas, las cuales formadas en dos filas y mandadas por el capitan Cochrane se adelantaron llevando en cada una de sus alas una division de cañoneras que hacian y recibian un vivo fuego.

Desembarco de los ingleses, verificado el 8 de Marzo.

Habiendo acudido á aquel punto el general Friant, se habia situado á alguna distancia de la orilla á fin de poner á sus tropas al abrigo de la artillería inglesa. Entre el fuerte de Aboukir y el punto que ocupaba habia situado un destacamento de la 25 media brigada con algunas piezas de artilleria. A su izquierda la 75, fuerte de dos batallones, y oculta por los montecillos de arena; en el centro dos escuadrones de caballeria, uno del 18 y otro del 20 de dragones, y por último, á su derecha la 61 media brigada, fuerte tambien de dos batallones, encargada de defender la parte ba-

ja de la orilla. Todos estos diversos cuerpos solo ascendian á 1,600 hombres: algunas avanzadas ocupaban la orilla del mar, y la artilleria francesa, situada en los puntos salientes del terreno, barria la playa con sus fuegos.

Combate brillante pero infructuoso para rechazar á los ingleses.

Adelantábanse los ingleses á fuerza de remos, tendidos los soldados en el fondo de las lanchas, y los marineros en pie, manejando con vigor sus palos de virar, y arrostrando con la mayor serenidad el fuego de la artilleria. Los marineros que sucumbian eran al momento reemplazados por otros, y aquella masa, movida por un impulso uniforme se aproximaba á la playa. Al fin llega, y los soldados ingleses se levantan del fondo de las lanchas, y saltan en tierra, se forman, y corren á las alturas arenosas que limitaban la rada. Advertido el general Friant por sus avanzadas que se retiraban, llega un poco tarde, mas no obstante, manda la 75 á la izquierda sobre las alturas de arena, y la 61 á la derecha hácia la parte baja de la playa. Esta se adelanta con ardor y ataca á bayoneta calada á los ingleses que se encuentran sin apoyo, los rechaza hasta sus lanchas, y entra en ellas envuelta con sus enemigos. Los granaderos de esta media brigada se apoderan de doce embarcaciones, y se sirven de ellas para hacer un mortífero fuego contra los ingleses. La 75, que advertida algo tarde, habia dejado á los ingleses tiempo para ocupar las alturas de la izquierda, se adelanta precipitadamente para arrebatárselas; pero este movimiento la descubre, y expuesta al fuego de las lanchas cañoneras, recibe una horrorosa descarga de metralla, que de un golpe mata á 32 hombres y hiere á 20; y es recibida al mismo tiempo por el temible fuego de la infanteria inglesa. Sorprendida por un instante aquella valiente media brigada y situada, en un tereno desigual, ataca con cierta confusion. El general Friant quiere sostenerla, mandando dar una carga de caballeria sobre el centro de los ingleses, que ya se desplegaban en la playa, despues de haber vencido los primeros obstáculos, y al efecto llama repetidas veces al comandante de dragones, quien se hace esperar largo rato. Por último llega, y el general Friant en medio de una lluvia de balas le indica con precision el punto del ataque; pero este oficial, poco resuelto por desgracia, no ataca directamente al enemigo, pierde tiempo en dar un rodeo, lanza mal su regimiento, lo que hace que mueran muchos ginetes y caballos, sin desordenar á los ingleses, y sin librar á la 75 empeñada en recobrar las alturas de arena de la izquierda. Quedaba el escuadron del 20, mandado por un valiente oficial llamado Boussart, quien á la cabeza de sus dragones, carga á su vez, y arrolla cuanto encuentra al paso. Entonces la 61 que hácia la derecha habia quedado dueña de la orilla, sin poder, no obstante, vencer por si sola la masa de sus enemigos, se reanima, se lanza en pos del 20 de dragones, arroja la izquierda de los ingleses sobre su centro, y los obliga á reembarcarse. Por su parte la 75 hacia nuevos esfuerzos sufriendo un fuego espantoso. Si en aquel momento decisivo hubiera tenido el general Friant los dos batallones de infanteria y el regimiento de caballeria que habia solicitado tantas veces, la accion estaba concluida, y los ingleses habrian sido arrojados al mar. Pero un cuerpo de 1,200 hombres escogidos compuesto de suizos y de irlandeses, da vuelta á los montecillos de arena y flaquea la izquierda de la 75, la cual viéndose obligada á replegarse, se retira dejando á nuestra derecha á la 61, empeñada en vencer, pero comprometida por sus mismos triunfos.

Viendo el general Friant, que hallándose la 75 obligada á replegarse, podria ser envuelta la 61, manda la retirada, la cual se efectua con buen órden. Enardecidos los granaderos de la 61 con la matanza y con sus triunfos, obedecen con sentimiento las órdenes de su general, y al retirarse contienen aun á los ingleses con cargas vigorosas.

Esta desgraciada jornada del 8 de Marzo (17 de Ventoso) trajo consigo la pérdida del Egipto. Quizas el valiente general Friant habia elegido su primera posicion algo lejos de la orilla; quizas tambien habia contado mucho con la superioridad de sus soldados, y supuesto con demasiada facilidad que los ingleses no podrian desembarcar mucha gente á la vez; pero su confianza era muy digna de excusa, y, despues de todo, justificada, pues si hubiera tenido

tan solo uno ó dos batallones de mas, los ingleses habrian sido rechazados, salvándose en su consecuencia el Egipto. Pero ¿qué diremos de aquel general en gefe, que advertido del peligro dos meses antes, no habia concentrado sus fuerzas en Ramanieh, lo que le hubiera permitido reunir 10,000 hombres delante de Aboukir el dia decisivo? ¿que advertido de nuevo el 4 de Marzo, por una noticia positiva llegada al Cairo, no habia mandado que marchasen las tropas, que hubieran podido llegar la mañana misma del 8, y por consiguiente á tiempo para rechazar á los ingleses? ¿Qué diremos tambien del almirante Ganteaume, que hubiera podido desembarcar 4,000 hombres en Alejandria el dia mismo en que la fragata *Regenerada* desembarcaba 300 que combatieron en la playa de Aboukir? ¿y qué de tantas timideces, y descuidos y faltas de todo género, sino que hay dias en que todo se acumula para perder las batallas y los imperios?

El combate habia sido mortífero: los ingleses contaban 1,100 hombres muertos ó heridos de los 5,000 que habian desembarcado, y por nuestra parte habiamos tenido de los 1,500 hombres 400 fuera de combate. Habiase, pues, peleado con denuedo. El general Friant se retiró bajo los muros de Alejandria, y expidió prontos avisos, ya á Menou, y ya á los generales que se hallaban mas próximos, para que acudiesen á su socorro.

Sin embargo, todo podia repararse, si se aprovechaba el tiempo que quedaba, las fuerzas de que se podia disponer, y el embarazo en que iban á hallarse los ingleses, una vez desembarcados en aquella playa arenosa.

En primer lugar tenian que desembarcar el grueso de su ejército, y despues todo su material, operacion que exigia mucho tiempo. En seguida, debian adelantarse á lo largo de aquel banco de arena, para aproximarse á Alejandria, teniendo el mar á la derecha, y á la izquierda los lagos de Madieh y Maréotis, y si bien tenian el apoyo de sus lanchas cañoneras, faltábales caballeria, sin tener mas artilleria de campaña que la que arrastrasen á brazo. Era evidente que todas estas operaciones debian ser lentas, y dificiles cuando se viesen delante de Alejandria, pues para salir de aquella especie de callejon sin salida, tenian que verse en la necesidad ó de tomar aquella plaza, ó de caminar por los diques estrechos que comunican con el interior del Egipto. Para detenerlos no habia necesidad de sostener esos combates parciales y desiguales, que aumentaban la confianza del enemigo, y hacian perder á nuestros soldados su acostumbrada seguridad, reduciendo nuestras fuerzas, ya poco numerosas; pues con solo situarse bien habia la certidumbre de detenerlos en el camino aun sin combatir. No habia, pues, mas que un partido prudente que adoptar, cual era el aguardar á que Menou, cuya obcecacion habia desaparecido en vista de los hechos, hubiese reunido todo el ejército bajo los muros de Alejandria.

El general Lanusse, que se dirigia hácia Ramanieh con su division, fuerte de 3,000 hombres, se apresuró á marchar hácia Alejandria en cuanto supo lo ocurrido en Aboukir. El general Friant habia perdido 400 hombres de los 1,500 que tenia en la jornada del 8 de Marzo, pero habiendo llamado á sí todos los pequeños destacamentos que habia desde Roseta hasta Alejandria contaba con 1,700 á 1,800 hombres. Los fuertes de Alejandria estaban defendidos por los marinos y los soldados de los depósitos. Así, pues, con la division de Lanusse que acababa de llegar se juntaban sobre unos 5,000 hombres. Los ingleses habian desembarcado 16,000, sin contar 2,000 marinos; y por lo tanto no debia arriesgarse ningun combate. Sin embargo, una circunstancia movió á los dos generales franceses á obrar de distinto modo.

La division de Lanusse llega á Alejandria.

Aquel largo banco de arena en que desembarcaron los ingleses, separado del interior del Egipto por los lagos Madieh y Maréotis, solo se unia á él por un largo dique, que pasaba entre los dos lagos y que iba á parar á Ramanieh. Este dique contenia á la vez el canal que lleva el agua dulce del Nilo á Alejandria y la carretera que une á Alejandria y Ramanieh. En aquel momento habia el peligro de que ocupasen el dique los ingleses, porque estaban ya próximos al punto en que se une al banco de arena en que está Alejandria. Los ingleses habian empleado los dias 9, 10 y 11 de Marzo (18, 19 y 20 de Ventoso) en de-

sembarcar y organizarse. El 12 se pusieron en marcha, caminando con trabajo por la arena, haciendo arrastrar su artilleria por los marinos de la escuadra, y apoyados á derecha é izquierda por las lanchas cañoneras; hallándose por la tarde próximos al parage en que el dique se une al terreno de Alejandria.

Causas que decidieron á los generales Lanusse y Friant á sostener un nuevo combate.

Los generales Friant y Lanusse temieron que los ingleses ocupasen aquel punto, que les hacia dueños del camino de Ramanieh, por el cual debia llegar Menou. No obstante, aunque se hubiese perdido este camino, quedaba otro, largo, es verdad, y muy malo para la artilleria, y era el lago Mareotis. Este lago mas ó menos inundado segun la crecida del Nilo y la estacion del año, dejaba descubiertos algunos parages pantanosos, por los cuales podia abrirse un camino seguro aunque con algun rodeo; de modo que no habia una razon poderosa para combatir, y mas habiendo tantas probabilidades en contra.

Sin embargo, los generales Friant y Lanusse se exageraron el peligro que corrian sus comunicaciones, y se decidieron á combatir. Habia medio de disminuir la gravedad de aquella falta, permaneciendo los franceses sobre las alturas arenosas que dominaban en toda su anchura el banco de arena sobre el cual se iba á combatir, y que caian justamente á la misma cabeza del dique. Conservando esta posicion y empleando bien la artilleria, superior á la de los ingleses, habia la ventaja de la defensiva, pudiendo compensar asi la inferioridad del número, y probablemente defender con buen éxito el punto, por cuya posesion iba á darse otro combate.

Esto fue lo que se convino entre los generales Friant y Lanusse. Lanusse tenia talento natural, y era valiente y arrojado; pero, por desgracia, poco dispuesto á escuchar los consejos de la prudencia. Mezclado, por otra parte, en las divisiones del ejército, habria sido para él la mayor felicidad vencer antes de la llegada de Menou.

Nuevo combate dado el 13 de Marzo para conservar el camino de Ramanieh.

El 13 de Marzo por la mañana (22 de Ventoso) aparecieron los ingleses, distribuidos en tres cuerpos: el que marchaba á la izquierda, seguia la orilla del lago de Madieh amenazando la cabeza del dique, y apoyado por las lanchas cañoneras: el del centro se adelantaba formado en cuadro, con dos batallones en columna cerrada á sus flancos, á fin de resistir á la caballeria francesa muy temida de los ingleses: el que formaba la derecha, costeaba el mar, apoyado como el primero por las lanchas cañoneras.

El cuerpo destinado á apoderarse de la cabeza del dique habia adelantado á los otros dos. Viendo Lanusse al ala izquierda de los ingleses aventurada sola á lo largo del lago, no pudo resistir al deseo de precipitarse sobre ella, y cometió el yerro de bajar de las alturas para atacarla; pero en aquel mismo instante el formidable cuadro del centro, oculto al principio por montecillos arenosos apareció de pronto, despues de haberlos pasado. Obligado entónces Lanusse á separarse de su objeto, marchó en derechura á aquel cuadro que estaba precedido á alguna distancia por una línea de infanteria, y echó delante al 22 de cazadores, el cual precipitándose al galope sobre aquella línea, la cortó en dos é hizo rendir las armas á dos batallones: adelantándose la 4.ª ligera para sostener al 22, concluyó este primer triunfo. Entretanto el cuadro que se habia aproximado á tiro de fusil, rompió ese fuego nutrido que ya habia experimentado nuestro ejército en el desembarco de Aboukir. La 18 ligera acudió al punto, pero fue recibida con descargas mortíferas que causaron algun desórden en sus filas. En aquel momento se vió adelantarse el cuerpo ingles de la derecha que abandonaba la orilla del mar para venir en socorro del centro, y Lanusse que no tenia mas que la 69 para apoyar á la 18 mandó verificar la retirada, temiendo empeñar un combate demasiado desigual. Por su parte, Friant, sorprendido de ver á Lanusse bajar á la llanura, habia bajado tambien para apoyarle, dirijiéndose hácia la cabeza del dique para hacer frente á la izquierda de los ingleses. Ya habia rato que recibia un vivo fuego, al que contestaba del mismo modo, cuando notando la retirada de su cólega, siguió su ejemplo, para no verse combatiendo solo con los ingleses. Despues de esta corta refriega,

volvieron ambos á ocupar las posiciones, que habian cometido el yerro de abandonar.

Esto no fue mas que un reconocimiento demasiado superfluo, que debió haberse excusado al ejército porque de él resultó una nueva pérdida de 500 á 600 hombres; pérdida muy sensible, pues no se tenia, como los ingleses, el medio de recibir refuerzos, y se estaba reducido á la necesidad de combatir con cuerpos de 5 á 6,000 soldados. Si las pérdidas de los ingleses hubieran podido ser una indemnizacion suficiente para los nuestros, eran bastantes grandes para satisfacernos, pues habian tenido de 1,300 á 1,400 hombres fuera de combate.

Menou se decide al fin á marchar sobre Alejandria con el grueso de sus fuerzas.

Resolvióse aguardar la venida de Menou el cual se habia decidido, al fin, á dirigir el ejército hácia Alejandria, dando órden al general Rampon para dejar á Damieta y dirigirse hácia Ramanieh, llevando consigo la mayor parte de sus fuerzas. Sin embargo, aun quedaban en la provincia de Damieta, en los alrededores de Belbëis y de Salahié, en el mismo Cairo, y en el Egipto superior, algunas tropas que no eran tan útiles en los puntos en que se las dejaba, como lo hubieran sido delante de Alejandria. Si Menou hubiera mandado evacuar el Egipto superior confiando su custodia á Murad-Bey, y hubiera encargado la guarnicion del Cairo, ciudad poco dispuesta á sublevarse, á los soldados de los depósitos, habria tenido 2,000 hombres mas que presentar al enemigo; y este aumento de fuerzas no era por cierto de desdeñar, porque lo mas interesante y lo primero de todo era vencer á los ingleses. Distantes los egipcios en aquel momento de toda idea de rebelion, no merecian las precauciones que se tomaban contra ellos, pues no eran de temer mientras los franceses no fueran decididamente vencidos.

Cuando Menou llegó á Ramanieh, conoció toda la gravedad del peligro. El general Friant habia enviado á su encuentro dos regimientos de caballeria, pensando con razon que encerrado por algunos dias dentro de los muros de Alejandria no necesitaba aquellos regimientos, los cuales serian, por el contrario de gran utilidad á Menou para desembarazar su marcha.

Menou se vió obligado á dar largos rodeos por el lago mismo de Mareotis, para llegar á la playa de Alejandria, lográndolo al fin con mucha dificultad, sobre todo para la artilleria. Las tropas llegaron los dias 19 y 20 de Marzo (28 y 29 de Ventoso) y Menou en persona el 19, pudiendo entónces apreciar por sus mismos ojos, cuan grande falta habia cometido en dejar tomar tierra á los ingleses.

Estos habian recibido algun refuerzo, y mucho material, y se habian establecido en las mismas alturas arenosas que Lanusse y Friant ocupaban el 13 de Marzo, fortificándolas y armándolas con artilleria de grueso calibre; de modo que era dificil arrebatárselas.

Por otra parte, los ingleses eran muy superiores en número, pues contaban 17 ó 18,000 hombres, contra menos de 10,000. Friant y Lanusse, despues del combate del 22 apenas tenian 4,500 hombres en estado de combatir; y Menou traia cuando mas 5,000; de modo que juntaban solo unos 10,000 que oponer á 18,000 situados en una posicion atrincherada. Todas las probabilidades que habian sido favorables en el primero y segundo encuentro, eran contrarias ahora; y, sin embargo, la resolucion mas natural era combatir. En efecto, despues de haber intentado repeler á los ingleses y obligarlos á reembarcarse, primero con 1500 hombres, y despues con 5,000, habria sido extraordinario no intentarlo con 10,000, que eran sobre poco mas ó menos todos los que se podian reunir en un mismo punto.

Dos partidos pueden tomarse: combatir ó ganar tiempo.

Es necesario no desconocer que se podia haber tomado otro partido, preferible sobre todo á haberle adoptado despues del desembarco y antes del inutil combate dado por los generales Lanusse y Friant: consistia en dejar á los ingleses en el callejon sin salida que ocupaban; ejecutar rápidamente en derredor de Alejandria trabajos que hiciesen el ataque muy dificil; confiar su custodia á los marinos y á los soldados de los depósitos, reforzados con un cuerpo de 2,000 soldados escogidos sacados de las tropas activas; evacuar en seguida todos los puestos militares, excepto el Cairo, donde se hubieran de-

jado 3,000 hombres de guarnicion acuartelados en la ciudadela; y sostener la campaña con lo restante del ejército, es decir con 9 ó 10,000 hombres, á fin de arrojarse sobre los turcos si penetraban por la Siria ó sobre los ingleses si querian dar un paso hácia el interior por los estrechos diques que atraviesan el bajo Egipto. Habia sobre ellos la ventaja de reunir todas las armas, caballería, artillería é infantería, y de disfrutar exclusivamente de los víveres del pais. Podia, pues, habérseles bloqueado, y probablemente se hubieran visto obligados á reembarcarse: pero para ello se necesitaba un general mas hábil que Menou, y mas versado que él en el arte de mover las tropas; y, en fin, un gefe, distinto del que teniendo todas las probabilidades en su favor al principio de la campaña, se habia conducido de tal manera, que ahora todas estaban en contra suya.

Sin embargo, combatir á los ingleses desembarcados era en aquel momento una resolucion natural, y consecuente á todo lo que se habia hecho desde el principio de la campaña. Pero una vez resueltos á intentar un esfuerzo decisivo, convenia hacerlo cuanto antes para no dar á los turcos que venian de Siria tiempo de estrecharlos demasiado.

Para presentar la batalla era necesario convenir en algun plan, y Menou no era capaz de concebirle, no hallándose tampoco con sus generales en relaciones que le facilitasen recurrir á sus consejos. Sin embargo, el gefe de estado mayor Lagrange pidió un plan á Lanusse y á Reynier, quienes le formaron de comun acuerdo, enviándole á la aprobacion de Menou, el cual le adoptó casi maquinalmente.

Posicion de los dos ejércitos al frente de Alejandría.

Ambos ejércitos estaban á la vista uno de otro, ocupando aquel banco de arena de una legua de ancho, y de quince ó diez y ocho de largo, sobre el cual habian desembarcado los ingleses. El ejército frances se hallaba al frente de Alejandria sobre un terreno bastante elevado. Ante él se extendia una llanura arenosa, y acá y allá algunos montecillos que el enemigo habia atrincherado cuidadosamente, y que formaban una continua cadena de posiciones desde el mar al lago de Mareotis. A nuestra izquierda, y muy próximo al mar se veia un campamento antiguo de los romanos, especie de edificio cuadrado, que se conservaba intacto, y un poco mas adelante del mismo, un montecillo de arena sobre el cual habian construido los ingleses algunas obras de defensa. Alli habian situado su derecha protegida por el doble fuego de las baterías colocadas en aquel sitio, y de una division de lanchas cañoneras. En medio del campo de batalla y á igual distancia del mar y del lago Mareotis se hallaba otro montecillo de arena, mas elevado y de mas extension que el precedente y coronado tambien de atrincheramientos, en el cual apoyaban los ingleses su centro. En fin, á nuestra derecha y del lado de los lagos, se inclinaba el terreno é iba á dar á la cabeza del dique, por cuya posesion se habia combatido algunos dias antes. Una serie de reductos unia la posicion del centro con la cabeza de aquel dique, donde tenian los ingleses su izquierda, protegida como la derecha por una division de lanchas cañoneras que habian entrado en el lago de Mareotis. Este frente de ataque, presentaba en conjunto una legua de largo poco mas ó menos, y estaba defendido por artillería de grueso calibre, que habian arrastrado á brazo, y por una parte del ejército ingles. Pero el grueso de este ejército se encontraba formado en dos lineas de batalla, detras de las obras de defensa.

Batalla de Canopo, dada el 21 de Marzo.

Convinose en que el ejército se pondria en movimiento en la madrugada del 21 de Marzo (30 de Ventoso) á fin de ocultar mejor sus disposiciones, y estar menos expuesto al fuego de los atrincheramientos del enemigo. La intencion de los generales franceses era sorprender aquellas trincheras, tomarlas al paso, y despues rebasarlas para atacar de frente al ejército ingles formado en batalla á la espalda. En su consecuencia, nuestra izquierda, á las órdenes de Lanusse debia dirigirse en dos columnas sobre el ala derecha de los ingleses que se apoyaba en el mar. La primera debia atacar en derechura y á paso de carga la obra construida sobre el montecillo de arena, delante del campamento romano, mientras que la segun-

da, pasando con rapidez entre aquella obra y el mar, debia asaltar dicho campamento, y apoderarse de él. El centro de nuestro ejército, mandado por el general Rampon, tenia la órden de ir mas allá de este ataque, pasar entre el campo romano, y el gran reducto del centro, y atacar al ejército ingles del otro lado de las fortificaciones. Nuestra ala derecha, compuesta de las divisiones de Reynier y Friant, pero al mando del primero, tenia el encargo de desplegarse á la derecha de la llanura, y fingir un ataque hacia el lago Mareotis, para persuadir á los ingleses que por este lado amenazaba el peligro verdadero. A fin de confirmarles en esta idea, los dromedarios, siguiendo el fondo del lago de Mareotis, debian hacer una tentativa sobre la cabeza del dique, creyéndose que esta diversion facilitaria el ataque de Lanusse por la parte del mar.

El 21 antes del dia (30 de Ventoso) se puso el ejército en marcha. El regimiento montado en dromedarios ejecutó puntualmente lo que se le habia prevenido, pues atravesando con velocidad las partes secas del lago Mareotis, pusieron pie á tierra ante la cabeza del dique, tomaron los reductos, y volvieron la artilleria contra el enemigo. Esto era bastante para llamar la atencion de los ingleses, y atraerlos hacia el lago Mareotis; pero para ejecutar con buen èxito el plan convenido por el lado del mar, era necesario una precision dificil de obtener cuando se maniobra durante la noche, y mas dificil todavia, cuando no dirige los movimientos un gefe único, que calcula exactamente el tiempo y las distancias.

Ataque afortunado de los dromedarios sobre la izquierda de los ingleses.

La division Lanusse, maniobrando en la oscuridad, se adelantó sin órden, juntándose á veces con nuestras tropas del centro. La primera columna, á las órdenes del general Silly, marchó resueltamente hácia el reducto situado delante del campamento romano. Dirigíala Lanusse en persona, y la conducia al mismo reducto; pero notando de pronto que la segunda columna hacia una marcha falsa, y que en vez de costear el mar para asaltar el campamento romano, se aproximaba demasiado á la primera, corrió hácia ella á fin de dirigirla hácia su objeto. Por desgracia, en aquel momento le alcanzó una bala en un muslo y cayó herido mortalmente: ¡acontecimiento funesto que iba á tener las consecuencias mas lastimosas! Arrebatado de improviso á sus tropas este oficial esforzado, el ataque se debilitó; y el dia que empezaba á nacer, indicó á los ingleses donde debian dirigir sus golpes. Combatidos nuestros soldados á la vez por el fuego de las lanchas cañoneras, por el del campamento romano y por el de los reductos, mostraron una constancia admirable; pero heridos en breve todos los oficiales superiores, quedaron sin direccion, y se replegaron detras de algunos montones de arena, que apenas bastaban para ponerlos á cubierto. Mientras tanto, la primera columna que Lanusse habia dejado para correr hácia la segunda, acababa de apoderarse de la primera estrella del reducto situada sobre una eminencia, y se dirigia en derechura contra el cuerpo de la obra; pero rechazada en su ataque de frente, se volvió para atacar por el flanco. Viendo el centro del ejército mandado por Rampon el apuro de aquella columna, se separó tambien de su objeto para socorrerla, y destacó á la 32 media brigada, para que asaltase el fatal reducto. Esta concurrencia de esfuerzos causó cierta confusion; encarnizáronse contra aquel obstáculo, y la rápida operacion que debia consistir en arrebatar de paso la línea de fortificaciones se cambió en un ataque largo y obstinado que hizo perder un tiempo precioso. La 21 media brigada que pertenecia al centro, dejando á la 32 ocupada ante el reducto tan vivamente disputado, ejecutó sola el plan proyectado, pasó mas allá de la línea de los atrincheramientos, y fue á desplegarse con el mayor arrojo enfrente del ejército inglés, haciendo y recibiendo un fuego espantoso. Pero era necesario sostenerla, y Menou entretanto incapaz de mandar, se paseaba por el campo de batalla, sin dar ninguna órden, y dejando á Reynier extenderse inútilmente á la derecha de la llanura, con una fuerza considerable que en nada se ocupaba.

Ataque desgraciado del general Lanusse contra el campamento romano.

Aconsejóse entónces á Menou, que cargase con la caballeria, cuya fuerza era de 1,200 caballos y de un valor in-

Escelente carga de la caballeria francesa que queda sin resultado

comparable, sobre la masa de la infanteria inglesa, á quien solo hacia frente la 21. Acogió Menou el consejo, y dando las órdenes oportunas, al momento el valiente general Roize, se pone á la cabeza de aquellos 1,200 ginetes, atraviesa rápidamente el mal paso formado á derecha é izquierda por los reductos que en vano atacaba nuestra infanteria, desemboca al otro lado, halla á la 21 media brigada combatiendo con los ingleses, y cae impetuosamente sobre ellos. Esta caballeria heróica salta primero un foso que la separa del enemigo, y en seguida se precipita con un arrojo sin igual sobre la primera linea de la infanteria inglesa, la rompe, la arrolla, acuchilla á un gran número de infantes y la obliga á retroceder. Si en aquel momento, Menou ó Reynier, supliendo á su gefe, hubiera llevado nuestra ala derecha á apoyar á nuestra caballeria, arrollando el centro del ejército ingles, mas allá de los atrincheramientos nos hubiera asegurado la victoria; y las fortificaciones aisladas y privadas de todo apoyo hubieran caido en nuestro poder. Pero nada de esto se hizo, y viendo la caballeria francesa que despues de haber roto la primera linea enemiga, quedaban otras que romper, para lo cual no contaba con mas apoyo que con la 21 media brigada, se retiró, volviendo á pasar bajo el mortífero fuego de los reductos.

Desde aquel momento ya no podia tener la batalla ningun resultado. La izquierda, privada de todo impulso y direccion desde la muerte de su general, hacia un fuego inútil sobre las posiciones atrincheradas, de las cuales recibia descargas mortiferas. La derecha, desplegada en la llanura, cerca del lago Mareotis, para hacer una diversion que no tenia objeto desde que la accion se habia hecho general fijando á cada uno en su posicion, no prestaba ningun servicio. No hay duda, que si un general animoso la hubiera conducido contra el centro, y renovando con ella el ataque del general Roize hubiera procurado hacer una segunda tentativa sobre el grueso de los ingleses, quizas habria cambiado la suerte de la batalla. Pero el general Menou no ordenaba nada, y Reynier, que en aquella ocasion hubiera podido tomar la iniciativa, como lo hacia muy á menudo fuera de caso en los negocios civiles, se limitaba á quejarse porque no recibia ninguna órden del general en gefe.

Retirada del ejército.

En tal situacion no habia mas medio que retirarse: asi lo mandó Menou, y las divisiones se replegaron guardando el mejor órden, pero sufriendo nuevas pérdidas por el fuego de las fortificaciones.

¡Triste espectáculo es el de la guerra, cuando la vida de los hombres y la suerte de los Estados se halla confiada á gefes ineptos ó divididos, y se derrama la sangre á proporcion de la ineptitud ó de la mala voluntad de los que los mandan!

Consecuencias desgraciadas de la batalla de Canopo.

No podia decirse que la batalla se habia perdido, porque el enemigo no habia adelantado ni un paso; pero se habia perdido, porque no se habia ganado completamente, pues asi hubiera sido necesario, para arrojar á los ingleses hácia Aboukir, y obligarles á que se embarcasen otra vez. Ambos ejércitos habian experimentado perdidas considerables. Los ingleses habian tenido como unos 2,000 hombres fuera de combate, y entre otros al valiente general Abercromby, á quien trasladaron moribundo á bordo de la escuadra. La pérdida de los franceses habia sido, sobre poco mas ó menos, la misma, pues expuestos durante todo el dia á un fuego mortifero de frente y de flanco, habian sufrido mucho, mostrando una extraordinaria sangre fria. El arrojado ataque de la caballeria habia llenado á los ingleses de sorpresa y de admiracion. El número de oficiales y generales que habian sido heridos era fuera de lo comun: los generales Lanusse y Roize habian muerto; el general de brigada Silly, que mandaba una de las columnas de Lanusse habia perdido una pierna; el general Baudot, estaba herido mortalmente; el general Destaing tambien lo estaba de gravedad, y el general Rampon tenia todo su uniforme acribillado á balazos.

El efecto moral que habia producido tan desgraciada jornada, era aun mas sensible que la pérdida material. Ya no quedaba ninguna esperanza de poder obligar á los ingleses á que se reembar-

casen; y el ejército frances, iba á tener sobre, si ademas de los ingleses desembarcados por la parte de Alejandria, á los turcos que venian de Siria, al capitan-bajá que llegaba con la escuadra turca y se disponia á desembarcar 6,000 albaneses, por la parte de Aboukir, y por último á los 6,000 cipayos, que venian de la India por el mar Rojo, y en breve debian tocar en Cosseir, en las costas del Egipto superior. ¿Qué se podia hacer en medio de tantos enemigos, con un ejército, cuyo valor, era, sin duda, siempre el mismo en el campo de batalla, pero que, cuando los negocios de la colonia iban mal, estaba siempre pronto á decir que la expedicion habia sido una brillante locura, y que se le sacrificaba inutilmente á una pura quimera?

En los tres combates de los dias 8, 13 y 21 de Marzo, habia tenido el ejército cerca de 3,500 hombres fuera de combate; una tercera parte de ellos muertos, otra de heridos de gravedad, y otra de imposibilitados á incorporarse en las filas hasta despues de algunas semanas; pero aunque el ejército se hallase en la actualidad muy debilitado, podia aun, como al principio de la campaña, maniobrar rápidamente entre los diversos cuerpos enemigos que propendian á reunirse, derrotar al Visir si entraba por la Siria, al capitan-bajá si procuraba penetrar por Rosetta, y á los ingleses si querian marchar por las estrechas lenguas de tierra que comunican con el interior de Egipto. Sin embargo, los 3,500 hombres que se habian perdido, hacian este plan mas difícil que nunca, pues si se dejaban 3,000 hombres en el Cairo y de 2 á 3,000 en Alejandria, apenas quedaban de 7 á 8,000 para combatir en campo raso, suponiendo que se reuniese todo el número de hombres disponibles, evacuando todos los puntos secundarios sin excepcion. Con un general atrevido y hábil el triunfo hubiera sido posible aunque incierto, pero ¿qué se podia esperar de Menou y de sus lugartenientes?

No obstante, quedaba todavia otro recurso, en el que todos confiaban, y que se anunciaba diariamente, y era el de Ganteaume con sus navios y las tropas de desembarco que traia á bordo. En efecto, 4,000 hombres que llegasen en aquel momento podian salvar el Egipto. Habíase enviado al almirante un aviso para indicarle un punto de la costa de Africa á veinte ó treinta leguas al oeste de Alejandria, en el cual podia verificar el desembarco léjos de la vista de los ingleses. Entonces se hubiera podido dejar 3,000 hombres en Alejandria, y reuniendo al cuerpo del ejército los que habia de mas en el Cairo, maniobrar en campo raso con 10 á 11,000 hombres.

Nuevas é inútiles salidas de Ganteaume.

Pero Ganteaume, aunque superior á Menou, no obraba mucho mejor que este en circunstancias apremiantes. Despues de haber reparado en Tolon las averías que habia sufrido su escuadra al dejar á Brest, habia salido de nuevo, como ya hemos visto, el 19 de Marzo (28 de Ventoso) habia entrado otra vez á causa de haber encallado el navio Constitucion, y dado á la vela de nuevo el 22 de Marzo (1.° de Germinal). En aquel momento hacia rumbo hácia Cerdeña; y desde allí una ráfaga de viento favorable, una inspiracion atrevida, podian llevarle hácia las costas de Egipto, pues ya habia burlado con habilidad al almirante Warren haciendo rumbo hácia donde no pensaba ir. Hallábase ya á quince leguas del cabo de Carbonara, punto extremo de la Cerdeña, y pronto á engolfarse en el canal que separa la Sicilia del Africa, cuando, por desgracia, en la tarde del 26 de Marzo (5 de Germinal) uno de sus capitanes que mandaba el navio *Diez de Agosto*, en ausencia del capitan Bergeret, que estaba enfermo, tuvo la torpeza de abordar al *Formidable*, recibiendo considerable averia, y causándola no menor al navio abordado. Asustado Ganteaume, no creyó podía permanecer por mas tiempo en alta mar, y volvió á Tolon el 5 de Abril (15 de Germinal) quince dias despues de la batalla de Canopo.

Ignorábanse en Egipto estos pormenores, y á pesar del tiempo transcurrido, todos conservaban un vislumbre de esperanza. A la vista de la menor vela corrian todos para asegurarse si era Ganteaume, y en medio de aquella ansiedad, no se tomaba ningun partido, permaneciendo en una inaccion funesta; pues Menou únicamente habia mandado hacer algunos trabajos al rededor de Alejandria para resistir á un ataque de los

ingleses. Tambien habia dado órden para que se evacuase el Egipto superior, sacando de allí á la brigada de Donzelot para que se le reuniese en el Cairo, y dirigido algunas tropas desde Alejandria á Ramanieh, para observar los movimientos que hiciesen los enemigos por el lado de Roseta. Para colmo de desgracia, Murad-Bey, cuya fidelidad habia sido inalterable, acababa de morir de la peste, dejando sus mamelucos á Osman-Bey, con cuya fidelidad no podia contarse; y la peste empezaba á causar algunos estragos en el Cairo. Todo iba, pues, de mal en peor, y anunciaba un desenlace funesto.

Operacion de los ingleses sobre Roseta

Temiendo los ingleses por su parte al ejército que tenian á su frente, no querian arriesgar nada, y preferian marchar lentamente aunque con seguridad; aguardando sobre todo que los turcos, de quienes desconfiaban mucho, se hallasen en estado de secundarlos. Hacía un mes que habian desembarcado, y en todo ese tiempo solo habian intentado apoderarse del fuerte de Aboukir, el cual aunque se defendió con denuedo, tuvo al fin que sucumbir bajo el fuego asolador de los navios ingleses. Por último, hácia principios de Abril (mediados de Germinal), pensaron salir de su inaccion y de aquella especie de bloqueo en que vivian, y al efecto se encargó al coronel Spencer, que con algunos miles de ingleses y los 6,000 albaneses del capitan-bajá atravesase el mar por la rada de Aboukir, y desembarcarse al frente de Roseta. Su intencion era abrirse de este modo una entrada en el interior del Delta, procurarse los víveres frescos que necesitaba, y darse la mano con el Visir, que se adelantaba por la frontera de Siria hácia el otro extremo del Delta. En Roseta solo habia algunos centenares de franceses, los cuales no pudieron oponer ninguna resistencia á aquella tentativa, y se replegaron subiendo por el Nilo, hasta reunirse á un pequeño cuerpo de tropas enviado de Alejandria, que se hallaba en El-Aft poco antes de Ramanieh. Componia este cuerpo la 21 media brigada ligera y una compañia de artilleria. Viéndose al fin los ingleses y los turcos dueños de una de las bocas del Nilo, por donde podian recibir víveres, y penetrar en el interior de Egipto, pensaron aprovecharse de sus triunfos, pero sin apresurarse demasiado, pues se detuvieron otros veinte dias mas, antes de marchar adelante. Para un enemigo pronto y advertido hubiera sido esta una ocasion favorable de batirlos. El general Hutchinson, sucesor de Abercromby, no se habia atrevido á levantar su campamento de frente de Alejandria, y con trabajo habia dirigido 6,000 ingleses y 6,000 turcos hácia Roseta, aunque habia recibido refuerzos que reparaban sus pérdidas, haciendo subir á 20,000 hombres las fuerzas de que podia disponer. Si el general Menou, empleando bien su tiempo, y dedicando el mes transcurrido á hacer alrededor de Alejandria las obras de defensa indispensables, se hubiera proporcionado asi los medios de dejar allí poca gente; si hubiera dirigido 6,000 hombres sobre Ramanieh, y atraido hácia el mismo punto todos los que no se necesitaban en el Cairo, hubiera podido oponer 8 ó 9,000 combatientes á los ingleses que acababan de penetrar por Roseta, lo cual hubiera bastado para arrojarlos de las bocas del Nilo, reanimar el espiritu del ejército, asegurar la sumision, algo resentida, de los egipcios, detener la marcha del Visir, colocar á los ingleses en un verdadero estado de bloqueo sobre las playas de Alejandria, y obligar de nuevo á la fortuna á que se mostrase propicia. Esta ocasion fue la última para lograrlo, pero Menou la desperdició; pues aunque le aconsejaron este movimiento, él siempre timido solo le adoptó á medias. Primero envió al general Valentin á Ramanieh, con un refuerzo, que declarado insuficiente, fue seguido de otro mandado por el gefe de estado mayor, el general Lagrange; sin que estas fuerzas reunidas ascendiesen á mas de 4,000 hombres. Pero no mandó bajar las tropas del Cairo, y aunque el general Lagrange era un oficial valiente, no era hombre capaz de sostenerse con tales medios en presencia de 6,000 ingleses y de 6,000 turcos. Menou hubiera debido reunir allí 8,000 hombres al menos, con su mejor general, lo que le habria sido fácil concentrando todas sus fuerzas, y sacrificando por todas partes lo accesorio á lo principal.

Mayo de 1801.

El general Morand que mandaba el primer destacamento dirigido sobre Roseta, se habia situado en El-Aft á las márgenes del Nilo, cerca de la ciudad de Foûéh, en una posicion que presentaba algunas ventajas decisivas, y en la cual se le reunió el general Lagrange. Dueños los ingleses y los turcos de Roseta y de la embocadura del Nilo, habian cubierto el rio con sus lanchas cañoneras, y en breve se apoderaron de la pequeña ciudad abierta de Foûéh. Por tanto fue necesario replegarse sobre Ramanieh en la noche del 8 de Mayo (18 de Floreal). Este puesto no presentaba grandes ventajas decisivas, y la fuerza de la posicion no podia contrabalancear la superioridad numérica del enemigo: sin embargo, en caso de oponer en alguna parte una resistencia desesperada debia haber sido en Ramanieh; porque perdida esta posicion, el cuerpo destacado del general Lagrange iba á verse separado de Alejandria, y obligado á replegarse sobre el Cairo. Asi quedaba cortado el ejército frances, mitad encerrado en Alejandria, y la otra mitad en el Cairo; y si cuando estaba reunido no habia podido disputar el terreno á los ingleses, era imposible que dividido les opusiese una gran resistencia; y en este caso no le quedaba otro recurso que firmar una capitulacion. La pérdida de Ramanieh, era, pues, la pérdida definitiva del Egipto. Menou escribió al general Lagrange que iba á llegar á su socorro con 2,000 hombres lo que prueba que al menos podia disponer de este número; y como habia 3,000 en el Cairo, bien podian haberse reunido en Ramanieh 9,000 hombres ó cuando menos 8,000. Entonces, en campo abierto con una caballeria excelente, con una artilleria ligera bien servida, y con la firme resolucion de vencer ó de morir, se hubiera asegurado el triunfo. Pero Menou no acudió, ni Belliard, que mandaba en el Cairo, recibió ninguna órden. El general Lagrange á la cabeza de los 4,000 hombres de que disponia apoyaba su espalda en Ramanieh y en el Nilo, que baña al pasar las casas de aquella pequeña ciudad, y en aquella posicion tenia á sus espaldas las lanchas cañoneras inglesas que ocupaban el rio, y lanzaban una lluvia de balas sobre el campamento de los franceses; y al frente, en la llanura, y sin otro abrigo para cubrirse que algunas obras de campaña muy medianas, el grueso de los enemigos compuesto de turcos y de ingleses, que ascendia á unos 12,000 hombres, y á los cuales solo podia oponérseles 4,000. El peligro era grande, y sin embargo mas valia combatir, y si eran vencidos entregarse prisioneros á la tarde en el mismo campo de batalla, despues de haber combatido durante todo el dia, que abandonar semejante posicion sin haberla disputado. Cuatro mil hombres tan aguerridos, bien podian defenderse con probabilidades de buen éxito; pero el gefe de estado mayor de Menou, aunque partidario de las ideas de su general y de la conservacion de la colonia, no calculando toda la extension de aquella retirada, abandonó á Ramanieh el 10 de Mayo (20 de Floreal) para retirarse hácia el Cairo, adonde llegó el 14 de Mayo por la mañana (24 de Floreal). Perdiase en Ramanieh un convoy de un valor inmenso, y lo que era mas grave todavía las comunicaciones del ejército.

Pérdida de Ramanieh y de las comunicaciones entre Alejandria y el Cairo.

Desde este dia nada aconteció en Egipto que fuese digno de crítica ni aun de interes. Con la fortuna bajaron tambien los hombres hasta hacerse inferiores á sí mismos; notándose por todas partes la debilidad mas vergonzosa y la incapacidad mas lamentable. Y entiéndase, que al hablar de los hombres solo lo hacemos de los gefes, porque los soldados y los simples oficiales, siempre dignos de ser admirados delante del enemigo, se hallaban prontos á morir desde el primero hasta el último. Ni una sola vez desmerecieron de su antigua gloria.

Nada quedaba que hacer en el Cairo y Alejandria sino capitular; y sin que en ello se pudiese desplegar otro mérito que hacer mas tardia la capitulacion, lo que siempre es ventajoso. Los gefes que asi obran parece que solo defienden su honor, pero á veces salvan en la realidad á su pais. Al prolongar Massena la defensa de Génova, hizo posible la victoria de Marengo. Los generales que ocupaban el Cairo y Alejandria al hacer durar una resistencia sin esperanza, podian todavia secundar con utilidad las graves negociaciones que Francia habia

entablado con Inglaterra. Es cierto que ellos no lo sabian, y por esto, en la ignorancia de los servicios que se pueden hacer prolongando una defensa, es necesario escuchar la voz del honor, que impone el deber de resistirse hasta el último momento. De estos dos generales bloqueados, Menou, que era el mas desdichado porque habia cometido mas faltas, fue todavía útil, como vamos á manifestar, á los intereses de la Francia, obstinándose en retardar la rendicion de Alejandria, lo cual fue mas tarde su consuelo, y la excusa que hizo valer para con el primer Cónsul.

El general Belliard queda encerrado en el Cairo.—Delibérase acerca del partido que se debe adoptar.

Cuando las tropas destacadas en Ramanieh volvieron al Cairo, se deliberó acerca de la conducta que debia seguirse. El general Belliard que por su graduacion tenia el mando en gefe, era hombre de talento, pero mas avisado que resuelto, y para adoptar una resolucion en aquellas circunstancias convocó un consejo de guerra. Quedaban como unos 7,000 hombres de tropas, activas y de 5 á 6,000 entre enfermos, heridos y empleados del ejército: la peste hacia progresos; faltaba el dinero y los víveres, y habia que defender una ciudad que tenia una circunferencia inmensa, para lo cual no bastaban 7,000 hombres. El recinto por ninguna parte era capaz de resistir al arte de los ingenieros europeos. Es verdad que la ciudadela tenia un reducto pero no bastante para contener á 12,000 franceses, ni demasiado fuerte para resistir á la artilleria de grueso calibre de los ingleses, pues solo era bueno para ponerse á cubierto contra la poblacion del Cairo. Era evidente que solo quedaban dos partidos: ó bajar por medio de una marcha atrevida al Egipto inferior, sorprender el paso del Nilo, y unirse con Menou hácia Alejandria; ó retirarse á Damieta, que era lo mas seguro y mas fácil, sobre todo á causa de la multitud de personas que tenia el ejército que llevar consigo. Allí debian hallarse en medio de lagunas que solo comunicaban con el Delta por medio de lenguas de tierra muy estrechas, y que 7,000 soldados del ejército de Egipto podian defender por mucho tiempo contra un enemigo dos ó tres veces superior en número. Habia la seguridad de vivir en una gran abundancia de todo, porque la provincia estaba llena de ganados; la ciudad de Damieta abundaba en granos, y el lago de Menzaleh daba muchos y exelentes peces, muy buenos para alimentar á las tropas: y puesto que ya solo se trataba de capitular, la posesion de Damieta permitia que se retardase al menos seis meses aquel triste resultado. El oficial de ingenieros d'Hautpoul, propuso este prudente partido; pero para seguirlo era necesario tomar la resolucion de evacuar el Cairo, y el general Belliard, que algunos dias despues fue capaz de entregar aquella ciudad á los enemigos por medio de una capitulacion lamentable, no se atrevió entonces á evacuarla voluntariamente por una medida militar fuerte y hábil; decidiéndose, pues, á permanecer en la capital del Egipto sin saber lo que iba á hacerse. Los ingleses y los turcos subian por la orilla izquierda del Nilo desde Ramanieh al Cairo; y por la orilla derecha venia del lado de la Siria, y adelantándose tambien sobre el Cairo por el camino de Belbeïs, el gran Visir seguido de 25 á 30,000 hombres de malas tropas orientales. Acordándose el general Belliard del triunfo de Heliópolis, quiso salir al encuentro del Visir por el camino que habia seguido Kleber, como lo verificó á la cabeza de 6,000 hombres, adelantándose hasta la altura de Elmenaïr, á la distancia poco mas ó menos de dos marchas. Envuelto á menudo por una nube de ginetes, enviaba contra ellos su artillería ligera que aquí y allí alcanzaba á algunos con sus disparos; pero este fue el único resultado que pudo obtener, pues los turcos, bien dirigidos ahora, no quisieron aceptar otra batalla como la de Heliópolis. Solo habia una manera de alcanzarlos, y era la de atacarles en su campamento de Belbeïs; pero recibido el general Belliard á balazos en su tránsito por las poblaciones, veia á cada paso aumentarse el número de sus heridos, y la distancia que le separaba del Cairo, donde temia que los ingleses y turcos entrasen en su ausencia. Debia haberse previsto este peligro antes de salir, y asegurarse si habria tiempo para llegar á Belbeïs; pero habiendo salido el general Belliard del Cairo, sin saber qué haria, volvió á entrar del mismo modo, despues de

una operacion inútil, que hizo creyese toda la poblacion que habia sido derrotado. Como todos los pueblos recientemente sometidos, las egipcios se inclinaban al lado donde soplaba la fortuna, y aunque no estaban descontentos de los franceses se disponian á abandonarlos. Sin embargo, no era de temer ninguna insurreccion, á menos que no se quisiese condenar á la ciudad del Cairo á todos los horrores de un sitio.

Disgustado el ejército frances de las humillaciones á que le exponia la incapacidad de sus generales, habia vuelto completamente á las ideas que ocasionaron el convenio de El-Arisch; y se consolaba de sus desgracias, soñando en volver á Francia. Si un general resuelto y hábil le hubiera dado el ejemplo que dió Massena á la guarnicion de Génova, es seguro que le hubiera seguido, pero nada de esto podia esperarse del general Belliard. Estrechado en la orilla izquierda del Nilo por el ejército anglo-turco llegado de Ramanieh, y en la derecha por el gran Visir que le habia seguido paso á paso, ofreció al enemigo una suspension de armas que fue aceptada con diligencia, porque los ingleses mas querian la utilidad, que el brillo, y ante todo deseaban la evacuacion de Egipto, cualquiera que fuese el medio por que se verificase. El general Belliard reunió un consejo de guerra, en cuyo seno se promovió una discusion tempestuosa. Quejarónse mucho del comandante de la division del Cairo; dijose que ni habia sabido abandonar esta plaza á tiempo para tomar una posicion en Damieta, ni sostenerse en aquella capital del Egipto por medio de operaciones bien concertadas; que lo que únicamente habia sabido hacer era verificar una ridícula salida para combatir al Visir, sin haberlo logrado, y que no sabiendo ahora qué hacer ni á donde volver la cabeza, venia á preguntar á sus oficiales si se debia entrar en negociaciones ó hacerse matar, cuando ya él mismo habia resuelto la cuestion con haber abierto expontaneamente las negociaciones. Todas estas reconvenciones le fueron hechas con amargura, especialmente por el general Lagrange, amigo de Menou y partidario ardiente de la conservacion de Egipto. Al general Lagrange se unieron los generales Valentin, Duranteau y Dupas, que sostuvieron con calor, que por el honor de sus banderas, era absolutamente necesario combatir. Por desgracia no podia seguirse este parecer sin mostrarse demasiado crueles para con el ejército, y sobre todo con los numerosos enfermos y empleados que llevaba consigo. Tenian al frente mas de 40,000 enemigos, sin contar los cipayos, que desembarcados en Cosséir, iban á bajar el Nilo con los mamelucos, ya convertidos en desleales desde la muerte de Murad-Bey. Detras tenian una poblacion semi-bárbara de 300,000 almas, afligida por la peste, amenazada por el hambre, y dispuesta ahora á sublevarse contra los franceses. El recinto que habia que defender era demasiado extenso para ser guarnecido por 7,000 hombres, y demasiado débil para resistir á los ingenieros europeos; de modo que habia el peligro de que fuese tomado por asalto, y pasada á cuchillo la guarnicion, perdiéndose asi la colonia. En vano algunos oficiales valientes hacian oir la voz del honor indignado: rendirse era el único recurso. Queriendo el general Belliard mostrarse dispuesto á todo, hizo examinar de nuevo la cuestion de saber si se retirarian á Damieta, cuestion demasiado tardia en la actualidad; y la no menos extraña de saber si se retirarian al Egipto superior. Este último partido era insensato; é ideado solamente por las astucias de que se vale la debilidad, cuando procura ocultar su confusion, bajo un falso aspecto de temeridad. Resolvióse, pues, que se capitularía, y no podia hacerse otra cosa, si no se queria que fuesen todos pasados á cuchillo, á consecuencia de un ataque á viva fuerza.

Negociaciones entabladas por el general Belliard.

Consejo de guerra celebrado para tratar de la evacuacion del Cairo.

Enviáronse comisionados al campo de los ingleses y de los turcos á fin de negociar una capitulacion. Los generales enemigos aceptaron la propuesta con júbilo, pues temian, aun en aquel momento, que les abandonase la fortuna. Asi, pues, accedieron á las condiciones mas ventajosas para el ejército, conviniéndose que se retiraria con los honores de la guerra, con armas y bagages, con su artillería, sus caballos, y en fin, con todo lo que poseia, y que seria transportado á Francia y alimen-

tado durante la travesia á costa de la Inglaterra. Los egipcios que quisieran seguir al ejército (y habia cierto número de comprometidos, por sus relaciones con los franceses) estaban autorizados para hacerlo; teniendo ademas la facultad de vender sus bienes.

Capitulacion del Cairo.

Esta capitulacion se firmó el 27 de Junio de 1801, y fue ratificada el 28 (8 y 9 de Messidor del año IX). El orgullo de los antiguos soldados de Egipto y de Italia sufria cruelmente, al considerar que iban á volver á Francia no como entraron en 1798, despues de los triunfos de Castiglione, de Arcola y de Rivoli, orgullosos con su gloria, y por los servicios que habian hecho á la República, sino vencidos y humillados; pero iban á volver, y aquellos corazones, lacerados con los sufrimientos de un largo destierro, sentian un júbilo extraordinario que los aturdia hasta el punto de hacerles olvidar sus reveses. En el fondo de sus almas habia cierta satisfaccion que no se confesaba, pero que se leia en todos los rostros. Solo los gefes estaban tristes, pensando en el juicio que formaria el primer Cónsul de su conducta. Los despachos que acompañaban á la capitulacion descubrian la ansiedad vergonzosa de que estaban llenos; y para conducirlos á Francia se eligieron al oficial de ingenieros d'Hautpoul, y al director de la fábrica de pólvora Champy, hombres que por sus actos personales estaban exentos de toda censura, y que tan útiles habian sido á la colonia.

Junio de 1801. — Situacion de Menou en Alejandria.

Menou estaba encerrado en Alejandria y como á Belliard, no le quedaba mas remedio que rendirse, sin que entre uno y otro pudiese mediar otra diferencia que la del tiempo. La peste causaba algunas víctimas en Alejandria; y los víveres faltaban á consecuencia del yerro que habian cometido en no hacer las provisiones de sitio. Es verdad que las caravanas árabes, atraidas por la ganancia, aun llevaban allí carnes, lacticinios y algunos granos, pero faltaba trigo, y era necesario amasar el pan con arroz. El escorbuto disminuia diariamente el número de los hombres destinados al servicio. Los ingleses para aislar completamente la plaza, habian imaginado dar caida á las aguas del lago de Madieh en el de Mareotis, medio seco, y envolver asi á Alejandria en una masa igual de aguas, circumbalándola al mismo tiempo con una division de lanchas cañoneras. Para lograrlo habian hecho una cortadura en el dique que va de Alejandria á Ramanieh, y que forma la separacion de los dos lagos; pero como la diferencia del nivel, no era mas que de nueve pies, el derramen de las aguas de un lago en el otro, se hacia lentamente, y por otra parte no reportaba gran utilidad al enemigo despues de los acontecimientos del Cairo, pues solo habria sido oportuna en el caso de separar al general Belliard del general Menou. Es verdad que aumentaba la accion de las lanchas cañoneras, pero tambien tenia para los franceses la ventaja de estrechar el frente de ataque, sin privarles de sus comunicaciones con las caravanas; porque la larga playa de arena en que está situada Alejandria, comunica por su extremidad occidental con el desierto de la Libia. Pero en breve quisieron los ingleses completar el cerco; y para ello embarcaron algunas tropas en sus lanchas, y á mediados de Agosto (fin de Thermidor) verificaron un desembarco no lejos de la torre de Marabout, emprendiendo al mismo tiempo el sitio en regla del fuerte de aquel nombre. Desde este momento, sitiada completamente la plaza, no podia tardar en rendirse.

Agosto de 1801.

Reducido asi el desdichado Menou á á la inaccion, sin tener mas que hacer que meditar sus faltas, y rodeado de la censura universal, se consolaba, sin embargo, con la idea de una resistencia heróica, como la de Massena en Génova; y asi se lo escribió al primer Cónsul anunciándole una defensa memorable. Los generales Damas y Reynier que habian quedado en Alejandria sin tener ninguna fuerza á sus órdenes, usaban de un lenguaje poco comedido, sin conservar siquiera en aquellos últimos instantes una actitud decorosa. Menou, los hizo arrestar una noche, con grande estrépito, y mandó embarcarlos para Francia. Este acto de energía, muy tardio ya, casi no produjo efecto; pues el buen juicio del ejército hacia que censurase severamente á Reynier y Damas, pero

sin que por eso estimase mucho mas á Menou, pues el único favor que le hacia era no odiarle. Escuchando friamente sus proclamas, en las cuales le anunciaba la resolucion de morir antes que rendirse, se hallaba dispuesto el ejército á combatir hasta lo último, si era preciso, pero sin que creyese en aquella necesidad; pues comprendia demasiado bien las consecuencias de lo que habia pasado en el Cairo, para no entrever una próxima capitulacion; y asi en Alejandria como en el Cairo se consolaba de sus reveses, con la esperanza de volver en breve á Francia.

Desde este dia, nada de importante señaló la permanencia de los franceses en Egipto, y la expedicion quedó en cierto modo concluida. Admirada como un prodijio de audacia y de habilidad por unos, habia sido considerada por otros como una brillante quimera, especialmente por los que afectaban pesar todas las cosas en la balanza de una fria razon.

Este último juicio con las apariencias de prudente, es en el fondo poco sensato y justo.

Nada imaginó Napoleon en su larga y prodigiosa carrera que fuese mas grande, ni que pudiese ser mas verdaderamente util. Sin duda, al pensar que ni aun hemos conservado el Rhin y los Alpes, debe decirse que aun cuando hubiésemos disfrutado la posesion del Egipto por espacio de diez años, al fin la habriamos perdido, como perdimos, nuestras fronteras continentales, y aquella hermosa isla de Francia que no debiamos por cierto á nuestras guerras de la revolucion. Pero juzgando asi las cosas, seria preciso preguntarse, si la conquista de la línea del Rhin, no habia sido tambien una locura y una quimera. Para resolver juiciosamente semejante cuestion es necesario suponer por un instante que nuestras largas guerras hubiesen concluido de otro modo, y preguntarse si en tal caso la posesion del Egipto era posible, digna de desearse, y de grandes consecuencias. Planteada asi la cuestion, la respuesta no podria ser dudosa. En primer lugar la Inglaterra, en 1801, estaba casi resignada á concedernos el Egipto por medio de compensaciones, que nada tenian do exorbitantes, segun lo habian manifestado á nuestro negociador. Está fuera de duda, que durante la paz marítima que se siguió, y que pronto daremos á conocer, previendo el primer Cónsul lo poco que habia de durar, habria enviado á las bocas del Nilo inmensos recursos en hombres y en material; y el excelente ejército mandado á Santo Domingo en busca de una indemnizacion de la pérdida de Egipto, hubiera puesto por muchos años á nuestro establecimiento al abrigo de todo ataque. Un general, como Decaen ó Saint-Cyr, que hubiese unido á la experiencia de la guerra la ciencia administrativa, y que ademas de los 22,000 hombres que quedaban en Egipto de la primera expedicion, hubiese contado con los 30,000 que perecieron inutilmente en Santo Domingo; situado con 50,000 franceses y un inmenso material, bajo un clima perfectamente sano, sobre un terreno de una fertilidad inagotable y cultivado por campesinos sumisos á todos los que los dominan, y sin tener ganas jamas de cambiar el arado por el fusil; un general, repetimos, como Decaen ó Saint-Cyr hubiera podido con tales medios defender victoriosamente el Egipto, y fundar una colonia soberbia.

El buen éxito era posible sin ningun género de duda, y aun añadiremos que en la lucha marítima y mercantil que sostenian Francia é Inglaterra, semejante tentativa era, en cierto modo, reclamada por la necesidad. En efecto, la Inglaterra acababa de conquistar el continente de las Indias, adquiriendo asi la supremacia en los mares del Oriente; y ¿podia la Francia, su rival hasta entonces, cederle sin oposicion semejante supremacia? ¿No estaba obligada por su gloria y su destino á sostener la lucha? A esto no pueden responder los políticos de otra manera que los patriotas. Sí, preciso le era luchar en aquellas regiones del Oriente, vasto campo de la ambicion de los pueblos marítimos, y adquirir alguna posesion que pudiese contrabalancear las de la Inglaterra. Admitida esta verdad, búsquese en todo el globo, y digasenos despues, si ninguna adquisicion es mas adaptada que el Egipto para el fin que se proponia. Ella valia en sí tanto como los mas hermosos territorios; y confinaba con los mas ricos, con los mas fecundos, con los que proporcionan mas amplia materia al comercio lejano. Traia

tambien al Mediterráneo, que era nuestro mar entonces, el comercio de Oriente, y era, en una palabra, un equivalente de la India, para la cual servia en cualquier caso de camino. La conquista del Egipto era, pues, un servicio inmenso prestado á la Francia, á la independencia de los mares y á la civilizacion general; y por eso, como puede verse en otra parte, nuestro triunfo fue deseado mas de una vez en la Europa, en aquellos cortos intérvalos de tiempo, en que el odio no turbaba el espíritu de los gabinetes. Bien merecia semejante objeto, que por alcanzarle se perdiese un ejército, y no solo el que se envió la primera vez á Egipto, sino tambien los que se enviaron á perecer inutilmente, á Santo Domingo, á las Calabrias y á España. ¡Pluguiese al cielo que en los ímpetus de su vasta y fecunda imaginacion, no hubiese Napoleon concebido ningun plan mas temerario!

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

PAZ GENERAL.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar 2,000 hombres que tenia á bordo, y vuelve á Tolon.—Se apodera en la travesia del navío Swiftsure.—*El Almirante Linois, enviado desde Tolon á Cádiz, se ve obligado á anclar en la bahía de Algeciras.—Combate brillante de Algeciras.—Una escuadra compuesta de franceses y españoles sale de Cádiz para socorrer á la division de Linois.—Vuelven á Cádiz las escuadras combinadas.—Combate de retaguardia con el Almirante inglés Saumarez.—Horrorosa equivocacion de dos navios españoles, que engañados por la noche, se toman mutuamente por enemigos, se combaten hasta el último extremo, y se vuelan ambos.—Glorioso hecho de armas del Capitan Troude.—Corta campaña del Príncipe de la Paz contra Portugal.—La Córte de Lisboa se apresura á enviar un negociador á Badajoz, para someterse al deseo de Francia y España.—Curso de los negocios europeos despues del tratado de Luneville.—Influencia creciente de la Francia.—Permanencia en París de los infantes de España, destinados á reinar en Etruria.—Continuan las negociaciones en Londres entre M. Otto y lord Hawkesbury.—Nueva manera de proponer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden á Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas, y Malta en el Mediterraneo.—El primer Cónsul contesta á semejantes pretensiones, amenazando conquistar á Portugal, y hacer en caso necesario un desembarco en Inglaterra.—Acalorada polémica entre el* Moniteur *y los periódicos ingleses.—El gabinete británico renuncia á Malta, y reasume todas sus pretensiones en la isla española de la Trinidad.—El primer Cónsul ofrece la isla francesa de Tabago, á fin de salvar las posesiones de una córte aliada.—El gabinete británico se niega á admitirla.—Loca conducta del Príncipe de la Paz que suministra medios para un desenlace inesperado.—Este Príncipe trata con la Córte de Lisboa sin ponerse de acuerdo con Francia, y priva á la legacion francesa del argumento que empleaba fundado en los peligros que corria Portugal.—Irritacion del primer Cónsul, y amenazas de guerra á la Córte de Madrid.—M. de Talleyrand propone al primer Cónsul concluir las negociaciones á costa de los españoles, entregando la isla de Trinidad á los ingleses.—Es autorizado M. Otto para hacer aquella concesion, pero solo en el último caso.—Mientras se siguen las negociaciones hace Nelson los mayores esfuerzos para destruir la escuadrilla de Boloña.—Brillantes combates delante de Boloña, sostenidos por el Almirante Latouche Treville contra Nélson.—Derrota de los ingleses.—Gozo en Francia é inquietudes en Inglaterra á consecuencia de aquellos dos combates.—Disposiciones recíprocas de los dos paises á una avenencia.—Prescíndese de las últimas dificultades y se concluye la paz, bajo la forma de preliminares, con el sacrificio de la isla de la Trinidad.—Alegria extremada en Inglaterra y Francia.—El coronel Lauriston, encargado de llevar á Londres la ratificacion del primer Cónsul, es conducido en triunfo por espacio de muchas horas.—Reunion de un congreso en la ciudad de Amiens, para concluir la paz definitiva.—Serie de tratados firmados unos despues de otros.—Paz con Portugal, con la Puerta Otomana, con la Baviera, con la Rusia, etc.—Fiesta á la paz, fijada para el 18 de Brumario.—Asiste á ella lord Cornwallis, plenipotenciario en el Congreso de Amiens.—Acojida que le hace el pueblo de París.—Banquete de la Cité en Londres.—Testimonios extraordinarios de simpatía que se dan en aquellas circunstancias las dos naciones.*

Mayo de 1801.

—

Tercera salida de Ganteaume.

Mientras que el ejército de Egipto sucumbia no solo por faltarle un gefe hábil, sino tambien socorros, el almirante Ganteaume intentaba su tercera salida del puerto de Tolon. Apenas le habia dejado el primer Cónsul tiempo para reparar las averias ocasionadas por el choque del *Diez de Agosto* y del *Indomable*,

obligándole á partir casi inmediatamente; como lo verificó dándose á la vela el 25 de Abril (5 de Floreal). Llevaba la órden de costear la isla de Elba, haciendo al paso una demostracion contra Porto-Ferrajo, con el fin de facilitar su ocupacion á las tropas francesas; pues el primer Cónsul tenia empeño en recobrar aquella isla, cuya posesion aseguraban á la Francia los tratados concluidos con Nápoles y la Etruria, y en la cual habia una pequeña guarnicion mitad toscana y mitad inglesa. El almirante obedeció, se presentó ante la isla de Elba, hizo algunos disparos sobre Porto-Ferrajo, y pasó adelante para no exponerse á daños que le habrian imposibilitado el cumplir su mision. Si entonces hubiera hecho rumbo directamente á Egipto, quizás habria sido de alguna utilidad; porque, como ya hemos visto, la posicion de Ramanieh no se perdió hasta el 10 de Mayo (20 de Floreal), y habiendo partido Ganteaume el 25 de Abril podia haber llegado á tiempo para impedir que el ejército fuese cortado, y reducido á capitular una division despues de otra. Para lograrlo se habria necesitado no perder un instante; pero cierta especie de fatalidad se mezclaba á todas las operaciones del almirante Ganteaume. Se le ha visto salir con felicidad de Brest, entrar con mas fortuna aun en el Mediterráneo, y faltándole en seguida el ánimo creer que cuatro navios eran ocho y entrar en Tolon. Se le ha visto tambien salir de este puerto en Marzo, burlar la vigilancia del almirante Warren, pasar el punto meridional de Cerdeña, y detenerse de nuevo á causa del choque que tuvieron entre sí los dos navios el *Diez de Agosto* y *el Indomable*; pero aun no habia llegado el término de sus desgracias. Apenas dejó las aguas de la isla de Elba, se declaró una enfermedad contagiosa en su escuadra. Sea que las tropas estuviesen fatigadas de estar embarcadas tanto tiempo; sea por mala suerte, esta enfermedad se extendió en breve á gran parte de los soldados y de las tripulaciones. Juzgóse imprudente é inútil llevar á Egipto tan gran número de enfermos, y el almirante Ganteaume tomó el partido de dividir su escuadra, dando al contra-almirante Linois tres navios, en los cuales puso los marineros y soldados enfermos, mandándolos á Tolon: él continuó su rumbo hácia Egipto con cuatro navios y dos fragatas, que conducian á bordo 2,000 hombres de tropa; pero ya no era tiempo, pues estábamos á mediados de Mayo, y en dicha época el ejército frances estaba perdido, porque los generales Belliard y Menou se hallaban separados á consecuencia del abandono de Ramanieh. El almirante Ganteaume lo ignoraba, y siguiendo su empresa dejó atras la Cerdeña y la Sicilia, se presentó en el canal de Candia, logró ocultarse varias veces de la vista del enemigo, adelantándose hasta casi el mismo Archipiélago para huir de él, y llegó, por último á anclar en la costa de Africa, á algunas leguas de Alejandria, y en el punto de Derne, señalado en sus instrucciones como propio para verificar un desembarco. Creiase que dando á las tropas víveres, y dinero para alquilar los camellos de los árabes, podrian atravesar el desierto y llegar á Alejandria en pocas marchas; pero esto no era mas que una conjetura demasiado atrevida. Hacia algunas horas que el almirante Ganteaume habia anclado y botado al mar algunas lanchas, cuando acudieron á la orilla los habitantes de aquellos alrededores, y rompieron sobre nuestras tropas de desembarco, entre las cuales se hallaba Gerónimo Bonaparte, hermano menor del primer Cónsul, un vivo fuego de fusileria; siendo inútiles los esfuerzos que se emplearon para atraer á aquellos naturales y avenirse con ellos. Hubiera sido necesario destruir el pueblo de Derne y marchar sobre Alejandria sin agua, casi sin víveres y combatiendo siempre, lo cual hubiera sido una empresa loca, y por otra parte sin objeto, porque de los 2,000 hombres solo 1,000 á lo mas habrian llegado al término de su viage; y no merecia la pena que se sacrificasen tantas víctimas por un socorro tan mezquino. Por lo demas, un acontecimiento, fácil de preveer, terminó todas las dudas. El almirante creyó apercibir la escuadra inglesa y desde aquel momento ya no dudó: al punto mandó izar las lanchas á bordo, no tomó tiempo siquiera para retirar las anclas, prefiriendo el picar los cables, y se dió á la vela sin ser alcanzado por el enemigo.

Junio de 1801.

Repentina entrada del almirante Ganteaume.

La fortuna que le habia abandonado, porque solo secunda, como se ha di-

cho con frecuencia, á los espíritus bastante arrojados para confiarse á ella, le reservaba una especie de indemnizacion; de los males que habia sufrido. Al atravesar el canal de Candía avistó al *Swiftsure*, navio inglés de alto bordo, al que dió caza, envolvió, combatió y apresó en breves instantes. Este acontecimiento, feliz para el almirante Ganteaume, tuvo lugar el 24 de Junio (5 de Messidor); de modo que volvió á entrar en Tolon con aquel trofeo, débil compensacion del mal éxito que habia tenido la empresa que le estaba confiada. Inclinado el primer Cónsul á la indulgencia hácia los hombres que habian corrido con él graves peligros, aceptó dicha compensacion y mandó publicar el hecho en el *Moniteur*.

Sin embargo, todos aquellos movimientos de las escuadras debian concluir de una manera mas alhagüeña para nosotros. Mientras el almirante Ganteaume volvia á Tolon, el almirante Linois que habia llegado antes para desembarcar los soldados y marineros atacados del contagio, habia vuelto á salir por órden del primer Cónsul. Despues de haberse apresurado á lavar con cal las tablazones interiores de sus navios, á cambiar las tropas enfermas con otras frescas; y renovar sus tripulaciones con marineros hábiles para el servicio, habia dado á la vela para su nuevo destino. Un oficio que solo debia abrir en la mar, le mandaba que se dirigiese al momento á Cádiz para unirse á los seis buques armados en aquel puerto por el almirante Dumanoir, y á los cinco españoles del Ferrol, con los cuales, y los tres que llevaba debia formarse una division de catorce buques mayores. Era posible que la escuadra del almirante Bruix hubiese tambien llegado, y entonces podia reunirse una escuadra de mas de veinte navios, que debia ser dueña del Mediterráneo durante algunos meses, tomar á su bordo las tropas de Otranto, y llevar inmensos socorros á Egipto. Ignorábase entonces en Francia que era demasiado tarde, y que solo la plaza de Alejandria continuaba aun defendiéndose. Sin embargo, no era cosa muy indiferente salvar este último punto.

Salida de Tolon del almirante Linois.

El almirante Linois se apresuró á obedecer y dirigió su rumbo hácia Cádiz. En la travesía dió caza á algunas fragatas inglesas, faltando poco para que se apoderase de ellas; y despues de ser contrariado por los vientos á la entrada del estrecho, logró al fin penetrar en él hácia principios de Julio (mediados de Messidor). Habiendo divisado á la escuadra inglesa de Gibraltar, que observaba á Cádiz, ancló en el puerto español de Algeciras el 4 de Julio por la tarde (15 de Messidor.)

Fondea en Algeciras.

Cerca del estrecho de Gibraltar, es decir hácia la punta meridional de la Península, se abren las costas montañosas de España, y formando como una herradura, hacen una bahía extensa, con la boca al mediodia. A un lado de esta bahía se encuentra Algeciras, y en el otro Gibraltar; de modo que se hallan en frente una de otra, y á cuatro mil toesas de distancia, cerca de legua y media. Con el auxilio de un anteojo comun se ve claramente desde Algeciras lo que pasa en Gibraltar: á la sazon no habia en esta bahía, ni un solo navio inglés, pero el almirante Saumarez no estaba lejos, pues se hallaba con siete navios en observacion de Cádiz, donde estaban reunidas entonces varias divisiones navales, francesas y españolas. Advertido de la venida de Linois se apresuró á aprovecharse de la ocasion que se le ofrecia de destruir aquella division, pues podia oponer siete navios contra tres. De estos habia enviado uno, el *Soberbio*, para observar la embocadura del Guadalquivir, pero no uniéndosele, á pesar de haberle dado la señal, porque se lo impedia el viento contrario, se dirigió hácia Algeciras con seis navios y una fragata.

Bahía de Algeciras.

El almirante Linois, por su parte, habia recibido de las autoridades españolas, aviso del peligro que le amenazaba, y recurrió á las únicas precauciones que le permitia tomar la naturaleza de aquellos parages. La costa de Algeciras, en la bahía de este nombre, situada, como hemos dicho, frente á frente de Gibraltar, presenta mas bien un fondeadero que un puerto. Es una costa poco saliente, toda derecha, que se prolonga del sur al norte, sin tener donde los navios puedan abrigarse. Unicamente á los dos extremos del fondea-

dero se encontraban dos baterías: la una al norte de Algeciras sobre un parage elevado de la costa, conocida con el nombre de bateria de Santiago, y la otra al mediodia de dicha ciudad en un islote llamado isla Verde. La bateria de Santiago estaba armada con cinco piezas de á 18, y la de la isla Verde con siete de á 24. No era esto un gran socorro, especialmente á causa del descuido de los españoles que habian dejado todos los puntos fortificados de la costa sin artilleros ni municiones. Sin embargo, el almirante Linois se puso en relaciones con las autoridades locales, que hicieron cuanto estaba á sus alcances para socorrer á los franceses; y en seguida formó sus tres navios y su fragata á lo largo de la costa, apoyando los extremos de aquella línea tan corta en las dos posiciones fortificadas de Santiago y de la isla Verde. Primero se hallaba el *Formidable*, fondeado mas al norte y apoyándose en la bateria de Santiago; despues el *Desaix*, que ocupaba el centro, y por último el *Indomable*, fondeado mas al mediodia hácia la isla Verde. Entre el *Desaix* y la isla Verde se hallaba la fragata *Muiron*, y algunas lanchas cañoneras españolas estaban mezcladas con los navios franceses.

Combate de Algeciras dado el 6 de Julio.

El 6 de Julio de 1801 (17 de Messidor del año IX) hácia las siete de la mañana, viniendo de Cádiz el contra-almirante Saumarez con viento de oeste-noroeste, dirigió su rumbo hácia Algeciras, dobló el cabo Carnero, entró en la bahía, y se dirigió hácia la línea en que se hallaban anclados los buques franceses. El viento que era contrario á los navios ingleses separó los unos de los otros, y por fortuna no les permitió obrar con toda la unidad que hubieran deseado. El *Venerable* que se hallaba á la cabeza de la columna se quedó atrasado; y ocupando su lugar el *Pompeyo*, subió á lo largo de nuestra línea, pasó sucesivamente bajo el fuego de la bateria de la isla Verde, de la fragata *Muiron* y de los navios *Indomable*, *Desaix* y *Formidable*, disparando sus andanadas á cada uno, y tomó posicion á tiro de fusil de nuestro navio almirante el *Formidable*, montado por Linois; empeñándose en aquel momento entre ambos adversarios un combate encarnizado casi á quemaropa. El *Venerable*, alejado al principio del lugar de la accion, trató de aproximarse para unir sus esfuerzos á los del *Pompeyo*. El *Audaz*, que era el tercero de los navios ingleses, y que estaba destinado á combatir el *Desaix*, no pudiendo llegar á su altura se detuvo al frente del *Formidable*, que era el último hácia el sur, y rompió contra él un vivo cañoneo. El *César* y el *Spencer*, cuarto y quinto de los navios ingleses, se habia quedado el uno atras, y el otro habia sido arrastrado al fondo de la bahía por el viento que soplaba del oeste al este. Por último, el sexto que era el *Annibal*, impulsado por el viento en un principio hácia Gibraltar, habia conseguido á fuerza de maniobras acercarse á Algeciras, y hacia los mayores esfuerzos para flanquear nuestro navio almirante el *Formidable*, y situarse entre él y la costa. El combate entre los buques que habian podido unirse era muy obstinado; y los ingleses habian echado un ancla para no ser arrastrados hácia Gibraltar. Nuestro navio almirante el *Formidable* tenia dos enemigos, el *Pompeyo* y el *Venerable*, y en breve iba á tener otro mas con quien luchar si el *Annibal* llegaba á tomar posicion entre él y la costa. El valiente Lalonde, capitan del *Formidable*, acababa de ser arrebatado por una bala, y el cañoneo continuaba con ardor á los gritos de *viva la República, viva el primer Cónsul*! El almirante Linois, que se hallaba á bordo del *Formidable*, mostrando oportunamente su costado al *Pompeyo*, que no le presentaba mas que la proa, habia logrado desmantelarle y ponerle casi fuera de combate. Aprovechándose al mismo tiempo del cambio de la brisa que se habia vuelto al este, y soplaba hácia Algeciras, hizo señal á sus capitanes para que picasen los cables, y se dejasen varar, para impedir á los ingleses que se situasen entre nosotros y la costa, y nos pusiesen entre dos fuegos, como lo habia verificado Nélson en la batalla de Aboukir. Este varamiento no podia tener grandes inconvenientes á la seguridad de los buques franceses, porque era entonces la baja mar, y al subir la marea estaban seguros de flotar con facilidad. Esta órden dada á tiempo salvó la division. El *Formidable*, despues de haber puesto al *Pompeyo* fuera de combate, varó sin sacudida, porque el viento habia caido al mudarse, y librándose

asi del peligro con que le amenazaba el *Aníbal* adquirió sobre este una posicion temible. En efecto, habiendo querido el *Annibal* ejecutar su maniobra, habia encallado tambien, y permanecia inmóvil bajo el doble fuego del *Formidable* y de la bateria de Santiago. En tan peligrosa situacion hace esfuerzos el *Annibal* para ponerse á flote, pero bajando la marea se encuentra irrevocablemente clavado en su posicion; y en ella recibe por todos lados un espantoso fuego de artilleria, asi de tierra como del *Formidable* y de las lanchas cañoneras españolas. Por su parte echa á pique una ó dos de dichas lanchas, pero recibe mas fuego que el que puede hacer. Creyendo el almirante Linois que la bateria de Santiago no estaba bastante bien servida, desembarca al general *Devaux* con un destacamento de tropas francesas que traia á bordo, y desde entonces redobla el fuego de aquella bateria aniquilando al *Annibal*. Un nuevo adversario viene á concluir su derrota. El segundo navío frances, el *Desaix*, que estaba situado cerca del *Formidable*, obedeciendo la órden de varar en la costa y habiendo ejecutado su maniobra con lentitud, por lo que habia caido el viento, se hallaba un poco fuera de la línea, igualmente á la vista del *Annibal* y del *Pompeyo*, que al varar el *Formidable* habia dejado descubierto á sus fuegos. Aprovechando el *Desaix* aquella posicion, dispara una andanada al *Pompeyo*, á quien maltrata hasta el punto de hacerle arriar bandera; y en seguida dirige todos sus golpes sobre el *Annibal*. Sus balas rozando los costados de nuestro navio almirante el *Formidable* van á causar en el *Annibal* un terrible destrozo; y este no pudiendo ya sostenerse arria tambien su bandera. Por consecuencia, de los seis navios ingleses, dos se habian ya visto obligados á rendirse. Los cuatro restantes, habian entrado en línea á fuerza de maniobras, lo bastante para combatir al *Desaix*, y al *Indomable*. El *Desaix*, antes de varar les habia hecho frente, mientras que el *Indomable* y la fragata *Muiron*, al dirigirse lentamente hácia la costa, les contestaban con un fuego bien dirigido. Estos dos últimos buques se habian situado bajo la bateria de la isla Verde, cuya artilleria estaba servida por algunos soldados franceses que habian desembarcado.

Hacia algunas horas que duraba el combate con el mayor ardor. Habiendo perdido el almirante Saumarez dos navios de los seis que tenia, y no esperando obtener ningun resultado de aquella accion, porque abordar á los franceses mas de cerca era exponerse á encallar con ellos, dió la señal de retirada, dejándonos el *Annibal*; pero proponiéndose llevárse el *Pompeyo*, que desmantelado, permanecia inmóvil en el lugar del combate: el almirante Saumarez habia mandado venir de Gibraltar algunas embarcaciones, las cuales lograron remolcar el casco de este navio, que no podian recobrar nuestros buques varados. El *Annibal* quedó en nuestro poder.

Excelentes resultados del combate de Algeciras.

Tal fue el combate de Algeciras, en el que tres navios franceses combatieron contra seis ingleses, destruyeron dos, y se quedaron con uno de ellos prisionero. Los franceses estaban ebrios de alegria, aunque habian tenido pérdidas considerables. El capitan del *Formidable* Lalonde habia muerto, y Moncousu, capitan del *Indomable* habia sucumbido gloriosamente. Contábamos unos 200 muertos y 300 heridos, en todo 500 oficiales y marineros fuera de combate, de los 2,000 que montaban la escuadra. Pero los ingleses habian tenido 900 hombres entre muertos y heridos, y sus navios estaban acribillados.

Peligro de Linois en el fondeadero de Algeciras.

Por muy gloriosa que fuese aquella accion no estaba todo concluido. Nuestros navios necesitaban salir, maltratados como estaban del fondeadero de Algeciras; pero el almirante Saumarez, jurando vengarse en cuanto Linois dejase su asilo para pasar á Cádiz, hacia grandes preparativos; utilizaba los inmensos recursos de Gibraltar para poner sus buques en estado de combatir, y hasta preparaba brulotes, resuelto á incendiar los navios franceses, si no lograba atraerlos mar adentro. El almirante Linois solo tenia para reparar sus averias los recursos casi nulos de Algeciras; pues aunque el arsenal de Cádiz estaba cerca, no era fácil traer los materiales necesarios ni por mar á causa de los ingleses, ni por tierra á causa de la dificultad de los trasportes; y entretanto estaba destruido el aparejo de los

navios franceses, y mucha parte de su arboladura rota ó muy maltratada. El almirante Linois hizo cuanto pudo para ponerse en estado de darse á la mar. Apenas teniamos medios para curar á los heridos, siendo necesario que los cónsules franceses de los puertos vecinos, mandasen en posta cirujanos y medicinas.

La escuadra franco-española de Cádiz sale para socorrer á la division de Linois que se hallaba en Algeciras.

Hallábase á la sazon en Cádiz la escuadra española llegada del Ferrol, y ademas los seis navios dados á la Francia y equipados en breve tiempo por el almirante Dumanoir. La fuerza de estas dos divisiones en relacion á su número era sin duda, bastante capaz de inspirar confianza; pero la marina española, digna siempre por su valor de la nacion ilustre cuyo nombre llevaba, se resentia de la incuria general que paralizaba todos los recursos de la monarquia. La division del almirante frances Dumanoir, tripulada apenas con marinos de todos paises, no podia inspirar mucha confianza; y ninguno de los buques que la componian podia compararse con los de la division de Linois, amaestrados por largos cruceros, y entusiasmados por la última victoria que habian conseguido.

Necesitáronse emplear vivas instancias con el almirante Mazarredo, que mandaba la escuadra de Cádiz, y que no nos manifestaba la mejor voluntad, para que se decidiese á salir en socorro del almirante Linois. El 9 de Julio (20 de Messidor) destacó al almirante Moreno, excelente oficial, muy valiente y experimentado, y le mandó á Algeciras con los cinco navios españoles venidos del Ferrol, con uno de los seis dados á Dumanoir que era el *San Antonio*, y con tres fragatas. Esta escuadra conducia el material destinado á la division de Linois, y llegó en un dia al fondeadero de Algeciras.

La division auxiliar unida á la de Linois deja á Algeciras el 12 de Julio y se dirige á Cádiz.

Trabajóse dia y noche en reparar los tres navios que habian sostenido un combate tan glorioso. A la primera marea habian vuelto á flotar, y su aparejo se compuso lo mejor y lo mas pronto posible, supliendo sus masteleros de gavia con otros de juanete, y el 12 por la mañana ya estaban prontos para darse á la vela. Los mismos cuidados se emplearon en reparar el navio *Annibal* apresado á los ingleses, y que querian trasladar á Cádiz.

El 12 por la mañana levó anclas la escuadra combinada, favorecida por un viento este-nordeste que la impulsó fuera de la bahia de Algeciras hácia el estrecho. Navegaba en órden de batalla, formando la retaguardia los dos navios mayores españoles el *San Cárlos* y el *San Hermenegildo* que eran de 112 cañones. Los dos almirantes, siguiendo la costumbre de la marina española, montaban una fragata, que era la *Sabina*. Hácia la caida del dia amainó el viento, pero no se quiso entrar en el fondeadero de Algeciras, porque no se podia tomar aquella posicion sin riesgo en presencia de una division enemiga, y era de temer ademas que llegasen refuerzos que por instantes aguardaba la escuadra inglesa. Resolvióse, entretanto dejar atras el *Annibal* que no podia marchar ni aun remolcado por la fragata *Indiana*, y se le envió de nuevo al fondeadero de Algeciras. La escuadra combinada se puso al pairo esperando que en el transcurso de la noche arreciaria algo el viento. Por su parte el almirante Saumarez se dió tambien á la vela. Habia perdido el *Annibal*, el *Pompeyo* estaba fuera de servicio, y de los seis navios que habian combatido en Algeciras solo quedaban cuatro; pero acababa de unírsele el *Soberbio*, y contaba ya con una division de cinco navios, y ademas varias fragatas y algunos buques ligeros, provistos de materias incendiarias, pues habia llevado su encarnizamiento hasta el punto de poner en sus navios hornillos de bala roja. Aunque no tenia mas que cinco buques mayores y los aliados nueve, queria arrostrar por todo, para reparar la humillante derrota de Algeciras, y evitar de este modo el ser juzgado por el almirantazgo inglés. En su consecuencia siguió á corta distancia á la escuadra franco-española, expiando el momento favorable de arrojarse sobre su retaguardia.

Hácia la media noche el viento habia refrescado, y la escuadra combinada seguia su rumbo hácia Cádiz. El órden en que navegaba habia cambiado un poco. Componian la retaguardia tres na-

vios formados en una sola linea, el *San Cárlos* á la derecha, el *San Hermenegildo* en el centro, y el *San Antonio*, navio de 74, que era uno de los cedidos á los franceses, á la izquierda. Asi navegaban unos al lado de los otros, separados por una pequeña distancia, y enmedio de la oscuridad mas profunda. El almirante Saumarez mandó al *Soberbio*, navio muy velero, que forzase velas y atacase nuestra retaguardia. En breve se acercó el *Soberbio* á la escuadra franco-española, apagando sus luces, para no ser apercibido, y situándose de costado un poco detras del *San Cárlos*, le disparó una andanada, y continuando el fuego sin cesar le envió segunda y tercera, haciéndole tambien algunos disparos de bala roja. Al punto prendió el fuego en el navio San Cárlos, y notándolo el *Soberbio* disminuyó su velámen, y permaneció á alguna distancia. Presa de las llamas el *San Cárlos* y maniobrando desordenadamente, amainó á impulsos del viento, y en lugar de permanecer en linea, en breve se halló algo detras de los buques inmediatos. Disparando entónces en todas direcciones llegaron algunas de sus balas al *San Hermenegildo*, quién tomándole por la cabeza de la columna inglesa disparó sobre él todos sus fuegos. Presa entónces de un lastimoso engaño las tripulaciones de ambos buques, y tomándose por enemigos se abordaron con furor y aproximándose hasta mezclar sus vergas, empeñaron un combate encarnizado. El incendio cada vez mas en aumento del *San Cárlos* se comunicó el punto al *San Hermenegildo* y ambos navios en semejante estado continuaron cañoneándose con violencia. Las escuadras enemigas estaban igualmente sumidas en las tinieblas é ignorando lo que pasaba, y á excepcion del *Soberbio* que debia comprender aquella funesta equivocacion, porque era el autor de ella, ningun buque se atrevia á aproximarse no sabiendo cual era el español ó ingles á quien se debia socorrer ó atacar. El navio frances *San Antonio* se habia alejado de aquel lugar peligroso. A poco el incendio se hizo general, y arrojó sobre el mar un resplandor siniestro. Entónces pareció desvanecerse la fatal ilusion que habia armado á aquellos valientes españoles unos contra otros; pero ya era tarde: el *San Cárlos* voló con un estruendo espantoso; y algunos instantes despues le siguió el *San Hermenegildo*, difundiendo el terror en ambas escuadras, que ignoraban á quien acontecia aquel desastre.

Combate de retaguardia entre las escuadras inglesa y franco-española.

Una equivocacion causada por la oscuridad hace que se combatan los dos navios españoles *San Cárlos* y *San Hermenegildo*.

Vuélanse ambos navios.

Viendo el *Soberbio* al *San Antonio* separado de los otros dos navios, se dirigió hácia él y le atacó osadamente. Este navio recien armado se defendió sin el órden y la sangre fria que son indispensables para mover estas grandes máquinas de guerra, y fue horriblemente maltratado. Otros dos adversarios el *César*, y el *Venerable* acudieron al instante, é hicieron inevitable su derrota, obligándole á arriar bandera, despues de haber sido destrozado.

Los ingleses apresan al San Antonio.

El almirante Saumarez se habia vengado cruelmente sin mucha gloria para él, pero con daño para la escuadra española. Los almirantes Linois y Moreno que montaban la *Sabina*, habian permanecido lo mas cerca posible de aquella escena horrorosa: pero no pudiendo distinguir enmedio de la oscuridad lo que pasaba, ni dar ninguna órden oportuna se hallaban en la mayor ansiedad. Al nacer el dia se vieron á corta distancia de Cádiz, con su escuadra reunida, pero con tres navios menos, el *San Cárlos* y el *San Hermenegildo* que habian volado, y el *San Antonio* que habia quedado en poder de los ingleses.

El *Formidable*, navio del almirante Linois, que se habia cubierto de gloria en el combate de Algeciras, pero que estaba bastante estropeado de las averias que habia recibido en aquella jornada, y privado de parte de su velámen navegaba con lentitud, se habia quedado atras; pues por otra parte no queria tampoco aproximarse mucho á los dos navios incendiados, temiendo las funestas equivocaciones á que da lugar la oscuridad, y creyendo no poder ser útil á ninguno de los combatientes. Por lo tanto se hallaba algo separado de la es-

Combate del *Formidable* mandado por el capitan Troude, contra tres navios y una fragata inglesa.

cuadra. Al punto que los ingleses le vieron al nacer el dia, tan solo y aislado, le rodearon atacándole á la vez tres navios y una fragata. Al pasar el almirante Linois á bordo de la fragata *Sabina* habia entregado el mando del *Formidable* al capitan Troude, oficial experimentado y valiente, quien juzgando con una rara presencia de ánimo que no podria salvarse á fuerza de velas, pues le adelantarian los navios contrarios mejor aparejados que el suyo, resolvió buscar su salvacion en una buena maniobra y en un combate vigoroso. La tripulacion del *Formidable* participaba de sus sentimientos, y ningun individuo de los que la componian queria perder los laureles de Algeciras. Eran aquellos marineros veteranos, experimentados por una larga navegacion, y acostumbrados á los combates, circunstancia mas necesaria en el mar que en la tierra. Su digno capitan Troude sin aguardar á que se reuniesen los adversarios que perseguian al *Formidable*, se dirige en derechura á la fragata *Támesis*, que era la que se hallaba mas cerca, se aproxima á ella y haciendo un fuego terrible y superior, en breve la quita el deseo de sostener aquella lucha desigual. Tras ella venia á todas velas el *Venerable*, navio ingles de 74. Creyéndose el capitan Troude superior á este nuevo enemigo (el *Formidable* era navio de 80), le aguarda para combatirle, mientras que los otros dos navios ingleses procuran cortarle el paso. Maniobrando con habilidad, presenta su temible costado armado de cañones á la proa del *Venerable*, y uniendo á la superioridad de su artillería la ventaja de la maniobra, le acribilla á balazos, le derriba primero un mástil, en seguida otro y otro, y despues de dejarle raso como un ponton le dirige algunos otros disparos á flor de agua que le exponen al peligro de zozobrar. Este desdichado navio, horriblemente maltratado, llena de alarma al resto de la division inglesa. La fragata *Támesis* vuelve para socorrerle, y los otros dos navios ingleses que habian procurado interponerse entre Cádiz y el *Formidable* vuelven al momento atras, queriendo á la vez salvar la tripulacion del *Venerable* que se iba á fondo, y destruir al navio frances que hacia una resistencia tan brillante. Este, confiando en su maniobra y en su buena fortuna, les dispara andanadas repetidas y bien dirigidas, los desanima, y los obliga á ir al socorro del *Venerable*, próximo á sumegirse si no es socorrido prontamente.

Desembarazado el valiente capitan Troude de sus numerosos enemigos, se dirige en triunfo hácia el puerto de Cádiz, á cuyas murallas, habia acudido una gran parte de la poblacion española, atraida por el cañoneo y las explosiones de la noche. Habia visto el peligro y el triunfo del navio frances, y á pesar del dolor que debia sentir por serle ya conocida la desgracia de los dos navios españoles, prorrumpió en aclamaciones al aspecto del *Formidable*, que entraba victorioso en la rada.

Resultado de estos combates.

Los ingleses no podian disputarnos la gloria de estos combates; y en cuanto á las pérdidas materiales tampoco tenian de que lisonjearse. Si los franceses habian perdido un navio y los españoles dos, los ingleses habian dejado en nuestro poder un navio, y habian sacado dos maltratados hasta el punto de no poder servir mas; y sin el funesto acontecimiento sucedido durante la noche, acaso se hubieran considerado enteramente vencidos en aquellos diferentes encuentros. El combate de Algeciras y la entrada en Cádiz del *Formidable* debian contarse en el número de los mas notables hechos de armas conocidos en los anales marítimos. Pero los españoles estaban tristes, porque aunque su almirante Moreno se habia conducido bien, no se hallaban indemnizados por ninguna accion brillante de la pérdida de los navios *San Cárlos* y *San Hermenegildo*.

Entretanto los acontecimientos de Portugal les ofrecian un consuelo. Dejamos al príncipe de la Paz disponiéndose á empezar la guerra de Portugal á la cabeza de las fuerzas combinadas de ambas naciones, con el designio, ampliamente expuesto, de influir en las negociaciones de Lóndres.

Marcha de los españoles hácia Portugal.

Segun el plan convenido, debian los españoles empezar sus operaciones por la izquierda del Tajo y los franceses por la derecha. Mas allá de Badajoz y en la frontera de la provincia de Alentejo se hallaban reunidos 30,000 españoles; á la

vez que por Salamanca se dirigian 15,000 franceses á la provincia de Tras-os-montes. Gracias á esfuerzos precipitados, al empréstito hecho por el clero, y al abandono en que quedaron otras atenciones, se habia provisto al equipo de aquellos 30,000 españoles; pero el tren de artillería estaba muy atrasado. Sin embargo, contando el príncipe de la Paz, y con razon, con el efecto moral que debia producir la reunion de los franceses y de los españoles, quiso romper sin mas detencion las hostilidades, y apresurarse á cojer los primeros laureles. Pensaba llevarse solo todo el honor de aquella campaña, reservando á los franceses únicamente como un recurso en caso de sufrir algunos reveses. Bien podia dejarse semejante satisfaccion al príncipe de la Paz, porque los franceses no corrian en aquel momento tras la gloria, sino en busca de útiles resultados, y estos consistian en ocupar una ó dos provincias de Portugal para tener nuevos gages contra la Inglaterra. Aunque la guerra pareciese fácil, era sin embargo de temer se hiciese peligrosa, pues podia convertirse en nacional por parte de los portugueses; y el odio de estos hácia los españoles quizas hubiera producido aquel sensible resultado, si la aproximacion de los franceses, que se hallaban á corta distancia, no hubiera dado al traste con toda idea de resistencia. Apresuróse, pues, el príncipe de la Paz á pasar la frontera, y á sitiar las plazas de Portugal con artillería de campaña, á falta de la de sitio. Ocupó sin dificultad á Olivenza y Jurumenha, pero las guarniciones de Elvas y de Campo-Mayor se encerraron tras de sus muros é hicieron alarde de defenderse. El príncipe de la Paz mandó bloquearlas, y marchó al encuentro del ejército portugues, mandado por el duque de Alafoëns. Los portugueses no hicieron ninguna resistencia y huyeron hácia el Tajo; entonces las plazas bloqueadas abrieron sus puertas; Campo-Mayor se rindió, y se emprendió en regla el sitio de Elvas con un parque de artillería llegado de Sevilla. El príncipe de la Paz siguió triunfalmente al enemigo, atravesó con rapidez á Azumar, Alegrete, Portalegre, Castello-de-Vide, y Flor-de-Rosa, y llegó al fin al Tajo, detras del cual se apresuraron los portugueses á buscar un asilo. De este modo habia logrado hacerse dueño de casi toda la provincia de Alentejo. Aun no habian pasado los franceses la frontera de Portugal, y era evidente que si los españoles solos habian obtenido semejante resultado, unidos con los franceses debian quedar en breve dueños de Lisboa y de Oporto. La corte de Portugal que no habia querido creer que fuese formal la guerra que se le hacia, viendo por los hechos todo lo contrario, se apresuró á someterse, y envió á M. Pinto de Souza al cuartel general español, para que aceptase todas las condiciones que quisiesen imponerle los dos ejércitos combinados. Queriendo el príncipe de la Paz que sus amos fuesen testigos de su gloria, hizo venir á Badajoz al Rey y á la Reina de España, para distribuir recompensas al ejército y celebrar una especie de congreso. De este modo, aquella corte tan grande en otro tiempo, y deshonrada entónces por una reina disoluta y por un privado incapaz y poderoso, trataba de alucinarse tomando parte en los grandes negocios. Luciano Bonaparte habia seguido á los reyes á Badajoz. Tales eran los acontecimientos á fines de Junio y principios de Julio.

Rinden los Portugueses las armas. Negóciase en Badajoz.

Los combates de Algeciras y de Cádiz, propios para restituir la confianza á nuestra marina, y la corta campaña de Portugal que probaba el influjo decisivo del primer Cónsul en la Península, y que le era posible tratar á Portugal como á Nápoles, Toscana ó la Holanda, compensaban hasta cierto punto los acontecimientos que se sabian del Egipto. Por otra parte, ignorábase todavia la batalla de Canopo, la capitulacion ya firmada del Cairo, y la capitulacion inevitable de Alejandria. En aquella época las comunicaciones por mar no eran tan rápidas como ahora, pues se necesitaba al menos un mes y á veces algo mas para saberse en Marsella lo que acontecia en el Nilo. De los asuntos de Egipto no se sabia mas que el desembarco de los ingleses, y los primeros combates sobre la playa de Alejandria; y ninguna idea se tenia de lo acontecido despues, estando todos en duda acerca del resultado definitivo de la lucha. El peso que tenia la Francia en la balanza de las negociaciones, no se habia dismi-

nuido nada, y si al contrario, se aumentaba con la influencia que cada dia mas adquiria en Europa.

Influencia de la Francia en la Europa, despues de la paz de Luneville.

El tratado de Luneville producia efectivamente sus inevitables consecuencias. El Austria desarmada y claramente sin fuerzas para en adelante, dejaba un campo abierto á nuestros proyectos. La Rusia, desde la muerte de Pablo I y del advenimiento de Alejandro, es cierto que no se hallaba dispuesta á tomar medidas vigorosas contra la Inglaterra, pero tampoco lo estaba á contrarestar los designios de la Francia en Occidente. Asi, pues, el primer Cónsul no se tomaba el menor trabajo en disimular sus miras. Acababa de convertir, por medio de un simple decreto, al Piamonte en departamentos franceses, sin inquietarse al parecer de las reclamaciones del negociador ruso. En cuanto á Nápoles habia declarado que el tratado de Florencia seria la ley impuesta á aquella corte. Génova acababa de someterle su constitucion á fin de que hiciese en ella ciertas reformas destinadas á dar mas fuerza al poder ejecutivo. La República Cisalpina, compuesta de la Lombardia, del ducado de Módena y de las Legaciones, constituida la primera vez por el tratado de Campo-Formio y la segunda por el de Luneville, se organizaba de nuevo como un estado aliado y dependiente de la Francia. La Holanda, á ejemplo de la Liguria sometia su constitucion al primer Cónsul, para que diese mas fuerza á su gobierno, especie de reforma que se introducia en aquel tiempo en todas las Repúblicas, hijas de la República francesa. Por último, los estados pequeños que ha poco buscaban un apoyo al lado del orgulloso embajador de Pablo I, M. de Kalitcheff, sentian ya haber solicitado su protectorado, y solo esperaban mejorar su condicion del favor del primer Cónsul. Los que particularmente se hallaban en este caso eran los representantes de los príncipes de Alemania, que manifestaban sobre este punto el mayor empeño, pues habiendo consignado el tratado de Luneville el principio de la secularizacion de los estados eclesiásticos, y la division de estos entre los príncipes hereditarios, se habian despertado todas las ambiciones; y las potencias grandes y pequeñas aspiraban á tener la mejor parte. El Austria y la Prusia aunque habian perdido muy poco en la izquierda del Rhin, querian participar de las indemnizaciones prometidas. Baviera, Wurtemberg, Baden y la casa de Orange, asediaban con sus instancias al nuevo gefe de la Francia, porque conceptuándose como partes principales del tratado de Luneville, debian tener la mayor influencia en su ejecucion. Hasta la misma Prusia, representada en Paris por M. de Lucchesini, no se desdeñaba de desempeñar el papel de pretendiente, y de realzar con sus pretensiones el poder del primer Cónsul. Asi, pues, á los seis meses transcurridos desde la firma del tratado de Luneville, aunque señalados por los reveses de Egipto, reveses poco conocidos, en verdad, de la Europa, habia crecido el ascendiente del gobierno frances; porque el tiempo solo hacia su poder mas efectivo y evidente. Aquel conjunto de circunstancias debia influir en las negociaciones de Lóndres, que se habian dejado paralizadas por un momento; pero que de comun acuerdo y por una singular conformidad de ideas entre los dos gobiernos iban á continuarse con nueva actividad. Al ver el primer Cónsul los primeros actos de Melnou, habia juzgado perdida la campaña, y queria firmar un tratado en Lóndres antes del desenlace de los sucesos de Egipto, desenlace que él adivinaba. Incapaces los ministros ingleses de preveer el resultado de aquellos acontecimientos, temian algun golpe desesperado de aquel ejército de Egipto, tan famoso por su valor, y querian aprovecharse de la primera apariencia de triunfo que obtuviesen, para negociar: de suerte, que despues de haber estado acordes para ganar tiempo, lo estaban tambien ahora para concluir de una vez.

Nueva actividad dada á las negociaciones de Lóndres.

Pero antes de entrar de nuevo en el dédalo de aquella extensa negociacion, en la cual iban á debatirse los intereses mas grandes del universo, es necesario hacer mencion de un acontecimiento que ocupaba en estas circunstancias la curiosidad de Paris, y que completa el singular espectáculo que enton-

ces presentaba la Francia consular.

Los infantes de España en París.

Los infantes de Parma, destinados á reinar en Toscana, habian dejado á Madrid al mismo tiempo que la familia real salia para Badajoz, y acababan de llegar á la frontera de los Pirineos. El primer Cónsul habia tomado un gran empeño en hacerles pasar por Paris, antes de enviarlos á Florencia á que tomasen posesion del nuevo trono de Etruria. Todos los contrastes agradaban á la viva y grande imaginacion del general Bonaparte. Complacíale aquella escena verdaderamente romana, de un rey hecho por él con sus manos republicanas; y le complacia sobretodo demostrar que no temia la presencia de un Borbon, y que su gloria le ponia fuera de toda comparacion con la antigua dinastía, cuyo lugar ocupaba. Complacíale tambien desplegar á los ojos de todo el mundo y en aquel París, reciente teatro de una revolucion sangrienta, una pompa y una elegancia dignas de los reyes.

En aquellas pomposas solemnidades en que debia figurar su persona y su gloria, no se desdeñaba desplegar la atenta y minuciosa prevision que empleaba en una grande maniobra militar. Tomaba á su cargo arreglar los pormenores mas minuciosos; satisfacer todas las exigencias y poner cada cosa en su lugar; y esto era necesario en un órden sócial enteramente nuevo, creado sobre los restos de una sociedad destruida. Era preciso rehacerlo todo, hasta la etiqueta, y ésta es necesaria aun en las repúblicas.

El rey y la reina de Etruria, son recibidos bajo el título de conde y de condesa de Liorna.

Los tres cónsules discutieron largamente sobre la manera con que serian recibidos en Francia el rey y la reina de Etruria, y acerca del ceremonial que debia usarse en aquella ocasion. Para evitar muchas dificultades se convino que se les recibiera bajo el nombre supuesto de conde y de condesa de Liorna, tratándolos como á unos huéspedes ilustres, á semejanza de lo que se habia hecho en el siglo anterior, con el jóven Czar, despues Pablo I, y con el emperador de Austria Jose II. Asi desaparecian, por medio del *incógnito*, las dificultades que hubiera suscitado el carácter oficial de rey y de reina; y en su consecuencia se dieron las órdenes á todas las autoridades civiles ó militares de los departamentos por donde habian de pasar los príncipes.

La novedad siempre encanta á los pueblos; y despues de doce años de una revolucion que habia destruido ó amenazado tantos tronos, era una novedad, y de las mas sorprendentes, la presencia en Francia de un rey y de una reina, al mismo tiempo que muy lisongera para el pueblo frances, porque aquellos reyes eran la obra de sus victorias. Asi es que por todas partes estallaban vivos transportes de alegria á vista de los infantes; y en todas los recibieron con infinitas consideraciones y respetos. Ni el mas leve disgusto pudo darles á conocer que viajaban en medio de un pais que acababa de ser trastornado hasta sus cimientos. Los realistas, á quienes no lisongeaba aquella obra monárquica de la revolucion francesa, fueron los únicos que aprovecharon la ocasion para mostrar su mala voluntad, gritando en el teatro de Burdeos con violencia y afectacion, *Viva el Rey!* á cuyo grito contestaron otro: *abajo los Reyes!*

Hasta el primer Cónsul tuvo que moderar por medio de cartas escritas por su gobierno, el celo un poco excesivo de los prefectos, y no quiso que de esta aparicion real se hiciese un acontecimiento demasiado grande. Los príncipes llegaron el mes de Junio á Paris, donde debian permanecer un mes entero, y se alojaron en casa del embajador de España. El primer Cónsul, aunque simple magistrado temporal de una república, representaba á la Francia, y ante esta prerogativa, desaparecian todos los privilegios de la sangre real. Por lo tanto se convino que los dos jóvenes monarcas, anticipándose al primer Cónsul le harian la primer visita, y que él se la devolveria al dia siguiente. El segundo y tercer Cónsul, que no podian considerarse en el mismo grado como representantes de la Francia, debian ser los primeros en visitar á los infantes; y de este modo se hallaba establecida en cuanto á estos la distancia del nacimiento y del rango. Al dia siguiente de la llegada de los condes de Liorna, los condujo á la Malmaison el embajador de España, conde de Azara, en donde fueron recibidos por el primer Cónsul á la cabeza de aquella corte enteramente mi-

litar que se habia formado. Algo cortado el conde de Liorna á la vista del primer Cónsul se arrojó sencillamente en sus brazos, y este le estrechó entre los suyos; tratando á aquellos jóvenes esposos con una bondad paternal y con consideraciones llenas de delicadeza, en medio de las cuales se traslucia, sin embargo, toda la superioridad del poder, de la edad y de la gloria. Al dia siguiente el primer Cónsul les devolvió su visita en la embajada española. Los cónsules Cambaceres y Lebrun cumplieron por su parte lo que se habia dispuesto, y obtuvieron de los príncipes los testimonios de consideracion que se les debian.

El primer Cónsul debia presentar al público de Paris en el teatro de la Opera á los condes de Liorna; pero hallándose indispuesto en el momento en que debia verificarse aquella presentacion, le reemplazó el cónsul Cambaceres, y condujo á los infantes á la Ópera. Ya dentro del palco de los Cónsules, tomó al conde de Liorna de la mano y le presentó al público, el cual le saludó con unánimes aclamaciones, pero sin que se trasluciese por parte de nadie el deseo de ofender ni de herir la dignidad de aquel príncipe. Sin embargo, los ociosos, acostumbrados á agotar los recursos de su ingenio en busca de sutiles interpretaciones, hasta con motivo de los sucesos mas comunes, interpretaban de cien modos el viage á Paris de los príncipes de España. Los que solo buscaban el placer de lucir sus agudezas, decian que el Cónsul Cambaceres acababa de presentar á la Francia los Borbones. Los realistas que se obstinaban en esperar del general Bonaparte lo que ni podia ni queria hacer, se figuraban que hacia aquello para preparar los ánimos á la vuelta de la antigua dinastía. Los republicanos, por el contrario aseguraban, que en todas aquellas ceremonias reales, no llevaba otro objeto que acostumbrar á la Francia al restablecimiento de la monarquía, pero en su propio provecho.

Diversos modos de interpretar la presencia en Paris de los príncipes de España.

Los ministros tuvieron órden de hacer á los príncipes viageros toda clase de festejos. No necesitaba M. de Talleyrand que se le comunicase tal órden! modelo de elegancia y gusto bajo el antiguo régimen, lo era con mas justo título bajo el nuevo, y dió una fiesta magnífica en el castillo de Neuilly, á la cual asistió la parte mas escogida de la sociedad francesa, figurando en ella nombres que hacia mucho tiempo no se oian pronunciar en los círculos de la capital. Por la noche, y en medio de una brillante iluminacion, se vió aparecer de pronto la ciudad de Florencia, representada de una manera asombrosa. El pueblo toscano cantando y bailando en la célebre plaza del *Palazzo Vecchio* ofreció flores á los jóvenes soberanos y coronas triunfales al primer Cónsul. Esta magnificencia habia costado sumas inmensas; y era una prodigalidad semejante á las del Directorio, pero con la elegancia de los tiempos antiguos, y con el decoro nuevo que un dominador severo se esforzaba en imprimir á las costumbres de la Francia revolucionaria. El ministro de la guerra imitó al de negocios extrangeros, y dió una fiesta militar consagrada á celebrar el aniversario de la batalla de Marengo. El ministro de lo interior y el segundo y tercer Cónsul, se esmeraron tambien en recibir con magnificencia á los príncipes viageros, y por espacio de un mes presentó la capital el aspecto de una fiesta continua. Sin embargo el primer Cónsul no queria que los infantes asistiesen á las solemnidades republicanas del mes de Julio, y dió las órdenes oportunas para que saliesen de Paris antes del aniversario del 14 de Julio.

Fiestas brillantes dadas á los condes de Liorna.

En medio de aquellas brillantes exterioridades no habia descuidado dar algunos consejos á la pareja real que iba á reinar en Toscana; pero quedó asombrado al notar la incapacidad del jóven príncipe, que cuando estaba en la Malmaison, se entregaba en el salon de los ayudantes de campo, á juegos dignos, cuando mas, de un adolescente. Solo la princesa se mostraba inteligente y prestaba atencion á los consejos del primer Cónsul. Este auguró mal de aquellos nuevos soberanos dados á una parte de Italia, y comprendió la necesidad que tendria de mezclarse muy á menudo en los negocios de su reino.—Ya veis, dijo públicamente á muchos individuos del gobierno; ya veis lo que son esos príncipes, descendientes de antigua sangre, y sobre todo los que han sido educados en

las córtes de Mediodia. ¡Cómo ha de confiársele el gobierno de los pueblos! Por lo demas, no me parece muy mal haber presentado á la Francia esa muestra de los Borbones. Asi habrá podido juzgar si esas antiguas dinastias están al nivel de las dificultades de nuestro siglo. En efecto, todos al ver á aquel jóven príncipe habian hecho la misma observacion que el primer Cónsul. Este nombró al general Clarke para que acompañase á los jóvenes soberanos en la calidad de mentor, bajo el título de ministro de Francia, cerca del rey de Etruria.

Renuévanse las negociaciones de Londres.

Enmedio del movimiento de aquel cúmulo de negocios; enmedio de aquellas fiestas, que casi eran tambien negocios, no se habia descuidado la grande obra de la paz marítima. Las negociaciones entabladas en Londres entre lord Hawkesbury y M. Otto, eran ya públicas, pues habia en ellas menos reserva desde que mas interesados estaban en concluirlas. Como ya hemos manifestado en otra parte, al deseo de ganar tiempo habia sucedido el deseo de ponerlas fin; porque el primer Cónsul auguraba mal de los acontecimientos que tenian lugar en las márgenes del Nilo, y el gobierno británico temia siempre una inesperada hazaña del ejército de Egipto. Sobre todo el nuevo ministerio inglés queria la paz, porque era la única razon de su existencia. En efecto, si la guerra habia de continuar, M. Pitt valia mucho mas á la cabeza de los negocios que M. Addington. Todos los acontecimientos sobrevenidos ya en el Norte, ya en el Oriente, aunque hubiesen mejorado la situacion de la Inglaterra, le parecian medios para hacer una paz mas favorable y mas fácil de defender en el Parlamento, pero no motivos para desearla menos. Reputaban, al contrario, como excelente aquella ocasion, y no querian cometer la falta, que tanto se habia censurado á M. Pitt, de no haber tratado con Francia antes de Marengo y de Hohenlinden. El rey de Inglaterra habia vuelto, como se ha visto, á las ideas pacíficas, no solo por la estimacion en que tenia al primer Cónsul, sino tambien por mostrar en algun modo su desagrado á M. Pitt. Oprimido el pueblo por la miseria y aficionado á las novedades, esperaba que finalizando la guerra mejorase su suerte. Las personas sensatas, sin excepcion, decian que bastaban diez años de lucha sangrienta, y que no debia proporcionarse á la Francia, obstinándose en continuar la lucha, la ocasion de engrandecerse todavia mas. Por otra parte no dejaban de causar alguna inquietud en Londres los preparativos de desembarco que se notaban á lo largo de las costas del canal de la Mancha. Solo una clase de hombres habia en Inglaterra que no se hallaban muy conformes con el sistema de M. Addington; y eran los que verificaban grandes especulaciones marítimas, y habian tomado parte en los enormes empréstitos de M. Pitt, pues veian, que la paz, al abrir el mar al pabellon de todas las naciones, y en particular al de la Francia, les quitaria el monopolio de su comercio, y al mismo tiempo las grandes operaciones rentísticas. Estos hombres eran partidarios acérrimos de M. Pitt y de su política; y hasta tal punto llevaban su obstinacion, que defendian el sistema de la guerra, cuando aun hasta el mismo M. Pitt empezaba á mirar la paz como necesaria. Pero estos ricos especuladores de la Cité estaban obligados á callarse ante los clamores del pueblo y de los arrendatarios, y sobre todo ante la opinion unánime de los hombres juiciosos de su pais.

Motivos que tienen todas las clases de Inglaterra para desear la paz.

El ministerio inglés estaba, pues, no solo resuelto á negociar, sino á hacerlo al momento, para poder presentar el resultado de sus trabajos en la próxima reunion del Parlamento, es decir en el otoño. Acababa de tratar con Rusia, con condiciones ventajosas, pues con esta córte solo tenia pendiente una cuestion de derecho marítimo. Por lo tanto, habia hecho algunas concesiones al nuevo emperador, y exijido en cambio otras, que aquel príncipe jóven, inexperto, deseoso de satisfacer al partido que le habia colocado en el trono, y mas deseoso aun de poderse entregar con tranquilidad á sus ideas de reforma interior, habia tenido la debilidad de conceder. De los cuatro principios esenciales del derecho marítimo, sostenidos por la liga del Norte y por la Francia, habia abandonado dos la Rusia y hecho

Tratado entre Inglaterra y Rusia, relativo al derecho de los neutrales.

prevalecer los otros dos. Por un convenio firmado el 17 de Junio por el vice-canciller Panin y lord Saint-Helens, se habia estipulado lo siguiente:

1.° Los neutrales podian navegar libremente por todos los puertos del globo, aun en los de las naciones beligerantes. Podian, segun costumbre, conducir toda clase de mercaderias, excepto las de contrabando de guerra, cuya definicion era favorable á los intereses rusos. En su consecuencia, los cereales, y las materias navales, antes prohibidas á los neutros, no estaban comprendidas en el contrabando de guerra; lo que era de mucha importancia para la Rusia, que produce cáñamo, brea, hierro, maderas de construccion y trigo. Respecto á este punto, uno de los mas importantes del derecho marítimo, la Rusia habia defendido las libertades del comercio general, defendiendo los intereses de su comercio particular.

2.° El pabellon no cubriria la mercaderia, á menos que esta no fuese comprada por cuenta del comercio neutral. Asi, pues, el café que procedia de las colonias francesas y las barras de metales exportados de las colonias españolas, no podian ser aprehendidas si habian pasado á ser propiedad de un dinamarqués ó de un ruso. Es cierto que aquella reserva, salvaba en la práctica una parte del comercio neutral; pero la Rusia sacrificaba el primer principio del derecho marítimo, *el pabellon cubre la mercaderia*, y no sostenia el noble papel que se habia comprometido á representar bajo los reinados de Pablo y Catalina. Aquella proteccion hácia el débil tan ambicionada por ella en el continente, quedaba tristemente abandonada en las mares.

3.° Los neutrales, aunque podian navegar libremente, debian, segun costumbre, detenerse á la entrada de un puerto bloqueado, pero *bloqueado en realidad*, y corriéndose un *peligro inminente de forzar el bloqueo*. Con respecto á esto, se habia sostenido con estremado vigor el gran principio del bloqueo efectivo.

4.° Por último, el derecho de visita, objeto de tantas contestaciones, y causa principal de la última liga del Norte, se entendia de una manera poco honrosa para el pabellon neutral. Jamás se habia querido admitir, que los buques mercantes convoyados por un buque del Estado, que atestiguaba con su presencia su nacionalidad, y sobretodo que no llevaba contrabando á bordo, pudiesen ser visitados; porque, en efecto, la dignidad del pabellon militar no admitia que un capitan de un navio, acaso un almirante, pudiese ser detenido por un corsario provisto de una simple patente de corso. El gabinete ruso creyó salvar la dignidad del pabellon por medio de una restriccion, quedando decidido que el derecho de visita respecto á los buques mercantes convoyados, no se ejerceria por todos los buques indistintamente, sino solo por los de guerra. Un corsario provisto de una simple patente de corso, no tenia, pues, el derecho de detener é interpelar á un convoy escoltado por un buque de guerra; de modo que el derecho de visita solo podia ejercerse de igual á igual. No hay duda que por este medio se evitaba una parte del inconveniente, pero en el fondo quedaba el principio sacrificado, y era tanto menos honroso para la córte de Petersburgo, cuanto que este principio era, de los cuatro que se habian disputado, por el que Copenhague habia sido bombardeada tres meses antes, y por el cual habia querido Pablo I sublevar á la Europa contra la Inglaterra.

Asi, pues, la Rusia habia sostenido dos de los grandes principios del derecho marítimo, sacrificando otros dos, pero necesario es reconocer que la Inglaterra habia hecho concesiones, y que en su deseo de obtener la paz habia desistido de una parte de las orgullosas pretensiones de M. Pitt. Los dinamarqueses, los suecos y los prusianos habian sido invitados para que se adhiriesen á aquel convenio.

Libre de la Rusia, y habiendo obtenido algunas ventajas en Egipto, el único resultado que la Inglaterra queria sacar de aquel cambio favorable de situacion, era la pronta paz con la Francia. Lord Hawkesbury mandó llamar á M. Otto á Foreing-Office, y le encargó presentase al primer Cónsul la siguiente proposicion. El Egipto, le dijo, se halla en este momento invadido por nuestras tropas; de un instante á otro recibirán nuevos socorros, y su triunfo es probable. Sin embargo confesamos que la lucha no está terminada. Hagamos cesar la efu-

Nueva proposicion de lord Hawkesbury á M. Otto.

sion de sangre y convengamos en que ni una parte ni otra permanecerá en Egipto, evacuándole ambas para devolverle á la Puerta.

A esta proposicion añadió lord Hawkesbury la pretension de conservar á Malta, porque, decia que Malta no debia ser evacuada por la Inglaterra sino en el caso de que la Francia abandonase voluntariamente el Egipto; y en la actualidad no era este abandono una consecuencia voluntaria sino forzosa de los acontecimientos de la guerra; y no era razon de pagarle con la restitucion de Malta.

En las Indias Orientales, queria el ministro inglés conservar siempre á Ceylan, pero se contentaba con ella; y ofrecia devolver el cabo de Buena Esperanza á los holandeses y ademas las posesiones del continente de América meridional que les habia tomado, como Surinan, Demerari, Berbice y Essequibo. En cambio pedia en las Antillas la grande isla de la Trinidad ó la de Martinica, á eleccion de la Francia.

La Inglaterra quiere el Indostan y Ceylan en las Indias; Martinica ó la Trinidad en las Antillas, y Malta en el Mediterráneo.

De este modo, el resultado definitivo de aquellos diez años de guerra hubiera sido para la Inglaterra ademas del Indostan, la isla de Ceylan en el mar de las Indias; la isla de Martinica ó la de la Trinidad en el mar de las Antillas, y la isla de Malta en el Mediterráneo. Asi podia hacer el gabinete un buen regalo al orgullo inglés en cada uno de los tres mares principales.

Al momento contestó el primer Cónsul á las proposiciones del gabinete inglés; y si este daba mucha importancia á los acontecimientos de Egipto para aumentar sus pretensiones, aquel hacia lo mismo respecto á los de Portugal para rechazarlas. Lisboa y Oporto, contestó á lord Hawkesbury por al órgano de M. Otto, caerán en nuestro poder en cuanto queramos. En este momento se trata en Badajoz para salvar las provincias del aliado mas fiel de Inglaterra. Para rescatar sus estados propone Portugal excluir á los ingleses de todos sus puertos y pagar ademas una gran contribucion de guerra, y la España parece bastante dispuesta á consentir en ello; pero todo depende del primer Cónsul: puede aprobar ó rechazar aquel tratado; y le desaprobará, y mandará ocupar las principales provincias de Portugal, si Inglaterra no consiente en hacer la paz con condiciones razonables y moderadas. Se pide, añadió, que la Francia evacue el Egipto; sea en buen hora; pero por su parte, la Inglaterra abandonará á Malta: no exigirá ni la Martinica ni Trinidad, y se contentará con la isla de Ceylan, adquisicion magnifica, y que completa suficientemente el soberbio imperio de las Indias.

Respuesta del primer Cónsul. No concede ni la Martinica, ni Trinidad ni Malta.

Al contestar el negociador inglés á aquellas proposiciones se esplicó de una manera poco satisfactoria para el Portugal, y que probaba, lo que ya se sabia; es decir, que la Ingtaterra se cuidaba poco de los aliados que habia comprometido. Si el primer Cónsul, contestó lord Hawkesbury, invade los estados de Portugal en Europa, la Inglaterra invadirá los estados de Portugal del otro lado de los mares. Tomará las Azores y el Brasil, y obtendrá prendas, que en sus manos valdrán mas que el continente portugués en las de los franceses. Lo que significaba que en lugar de defender á un aliado, la Inglaterra pensaba vengarse á costa de aquel mismo aliado de las nuevas adquisiciones qne pudiera hacer su rival.

El primer Cónsul conoció que debia tomar en aquella ocasion un tono enérgico y mostrar lo que habia en el fondo de su corazon; es decir la resolucion de luchar cuerpo á cuerpo con la Inglaterra hasta conseguir que moderase sus pretensiones. Declaró que jamas y de ningun modo concederia la isla de Malta á los ingleses; que la de la Trinidad pertenecia á un aliado, cuyos intereses defendia como los suyos propios; que por lo tanto no dejaria esta colonia en poder de la Inglaterra que debia contentarse con Ceylan; complemento mas que suficiente de la conquista de las Indias; y que por otra parte, ninguno de los puntos disputados, á excepcion de la isla de Malta, valian ni uno solo de los males que se iban á causar al mundo, ni una sola gota de la sangre que se iba á derramar.

Resolucion enérgica del primer Cónsul.

A estas explicaciones diplomáticas añadió declaraciones públicas en el *Moni-*

El primer Cónsul hace temer á los ingleses un desembarco en sus costas.

teur y la relacion detallada de los armamentos que se hacian en la costa de Boloña. En efecto, varias divisiones de lanchas cañoneras, salian de los puertos de Calvados, del Sena-Inferior, del Somme y del Escalda para dirijirse, costeando, á Boloña, lo cual se habia logrado ya muchas veces á pesar de los cruceros ingleses. Todavia no se habia resuelto el primer Cónsul, como sucedió mas tarde, (1) acerca de un proyecto de desembarco en Inglaterra, pero queria intimidar á esta potencia, con el ruido de sus preparativos, y finalmente estaba resuelto á completar sus disposiciones y á pasar de las amenazas á los hechos, si definitivamente se rompian las negociaciones. Con este motivo se explicó largamente en un consejo al que solo asistieron los cónsules. Lleno de confianza en la adhesion de sus cólegas Lebrun y Cambaceres, les reveló todo su pensamiento, declarándoles que con los armamentos que existian entonces en Boloña no habia medios suficientes para probar á hacer un desembarco, operacion la mas dificil de la guerra, pero que queria por medio de aquellos armamentos hacer comprender á la Inglaterra lo que se trataba, es decir un ataque directo, por cuyo buen éxito no titubearia él en arriesgar su vida, su gloria y su fortuna: que por lo tanto, sino lograba obtener del gabinete británico sacrificios mas razonables, tomaria su partido, completaria la escuadrilla de Boloña hasta el punto que pudiese transportar 100,000 hombres, y se embarcaria él mismo en aquella flotilla, para arrostrar los azares de una operacion terrible, pero decisiva.

Artículos publicados en el *Moniteur* con motivo de aquella negociacion.

Queriendo tener á su favor la opinion de la Inglaterra y de toda Europa, unió á las notas de su negociador, que solo se dirigian á los ministros ingleses, artículos en el *Moniteur* que se dirigian al público europeo. En estos artículos, modelos de una polémica clara y apremiante, que eran escritos por él y devorados por los lectores de todas las naciones, atentos á aquella singular escena, albagaba á los ministros ingleses de aquella época, los presentaba como hombres prudentes, de juicio y de buena intencion, pero intimidados por las violencias de los ministros caidos, M. Pitt, y especialmente M. Windham, sobre el cual descargaba sus sarcasmos á manos llenas, porque le consideraba como el gefe del partido de la guerra. En aquellos artículos, procuraba asegurar á la Europa acerca de la ambicion de la Francia, esforzándose en probar que sus conquistas apenas eran un equivalente de las adquisiciones que la Prusia, Austria y Rusia habian hecho al dividirse la Polonia; que no obstante habia devuelto territorios tres ó cuatro veces mayores que los que habia conservado; que en cambio, la Inglaterra debia restituir una gran parte de sus conquistas; que con el continente de la India quedaba en posesion de un soberbio imperio, á cuyo lado nada valian las islas disputadas; que por estas islas no debia derramarse por mas tiempo la sangre de los hombres; que si la Francia se mantenia resuelta á no cederla era por honor, por defender á sus aliados, y por conservar cuando mas, algunos puntos de arribada en los mares lejanos; que por lo demas, si se queria continuar la guerra, no hay duda que la Inglaterra podria conquistar aun nuevas colonias, pero que ya tenia mas de las que necesitaba para su comercio; que la Francia tenia alrededor de sus fronteras, adquisiciones muy preciosas que hacer, conocidas por todos (sin designarlas) puesto que sus tropas ocupaban la Holanda, la Suiza, el Piamonte, Nápoles y Portugal; y que por último, todavia se podia simplificar la lucha y hacerla menos onerosa á las naciones, reduciéndola á un combate cuerpo á cuerpo entre Francia é Inglaterra. El general escritor tenia mucho cuidado en no herir el orgullo británico, pero daba á entender que un desembarco seria su último recurso; y que si los ministros ingleses querian que la guerra concluyese con la destruccion de una de las dos naciones, no habia ni un frances que no se hallase dispuesto á hacer un postrer y vigoroso esfuerzo para concluir aquella larga

(1) Es necesario distinguir el ensayo de esta escuadrilla que fue en 1801 de la grande organizacion naval y militar conocidacon el célebre nombre de Campo de Boloña, que fue despues en 1804.

lucha en gloria eterna y en eterno provecho de la Francia. Pero ¿para qué, decia, para qué colocar la cuestion en esos términos extremos? ¿Por qué no se ha de poner fin á los males de la humanidad? ¿Por qué, arriesgar de este modo la suerte de dos grandes pueblos?— El primer Cónsul concluia una de aquellas alocuciones con estas palabras tan singulares y bellas, y que algun dia habian de tener tan triste aplicacion: »Di»chosas, escribia, dichosas las nacio»nes, que habiendo llegado á un alto pun»to de prosperidad, tienen gobiernos sá»bios que no exponen tantas ventajas á »los caprichos y á las visicitudes de un »solo golpe de la fortuna!"

Aquellos articulos notables por una lógica vigorosa y por un estilo apasionado, atraian la atencion general y producian la mayor sensacion en todos los ánimos. Jamas ningun gobierno habia usado un lenguage tan franco y tan atractivo.

El lenguage del primer Cónsul, acompañado de demostraciones demasiado formales en las costas de Francia, debia influir, y en efecto influyó mucho del otro lado del canal de la Mancha. La declaracion formal que la Francia no concederia jamas á Malta, habia causado la mayor impresion, y el gobierno británico contestó que estaba pronto á renunciarla, con tal que se restituyese á la órden de San Juan de Jerusalen, pero que en su defecto pedia el Cabo de Buena Esperanza. Tambien renunciaria á la isla de la Trinidad y aun á la de la Martinica, si obtenia una parte del continente holandés de América, es decir Demerari, Berbice ó Essequibo.

El ministerio inglés renuncia a la isla de Malta.

El abandono de Malta era ya un paso en las negociaciones. El primer Cónsul insistió en no ceder ni Malta ni el Cabo, ni las posesiones continentales de los holandeses en América. A sus ojos Malta no debia haber sido mas que una compensacion del Egipto cedido á los franceses; y pues que ya no existia la cuestion de Egipto para los franceses, no debia existir la de Malta para los ingleses ni otras equivalentes.

El gabinete inglés reduce sus pretensiones, y solo pide la isla de la Trinidad.

El gabinete inglés cesó al fin de insistir en conservar á Malta, y en pedir el Cabo como compensacion de Malta, limitándose á exijir una de las grandes Antillas; y como no se atrevia á hablar de la isla francesa de la Martinica, solicitó la isla española de la Trinidad.

El primer Cónsul no queria ceder ni la una ni la otra. La isla de la Trinidad era una colonia española que proporcionaba á los ingleses un apeadero peligroso en el vasto continente de la América del Sud; y llevando el primer Cónsul hasta lo último su lealtad hácia la aliada de la Francia, ofreció la pequeña isla francesa de Tabago para rescatar á Trinidad. Es verdad que no era de gran importancia, pero interesaba á la Inglaterra, porque todos los plantadores eran ingleses. El primer Cónsul, con un noble orgullo que solo es permitido al que ha colmado á su pais de gloria y de grandeza, añadió: Es una colonia francesa; y esta adquisicion deberá alhagar al orgullo británico, que quedará lisongeado con obtener uno de nuestros despojos coloniales; y de este modo será mucho mas fácil la conclusion de la paz (1).

---

(1) El ministro de relaciones exteriores á M. Otto, comisionado de la República francesa en Londres.

20 de Termidor del año IX (8 de Agosto de 1801.)

.....En cuanto á la América, á las observaciones perentorias que contiene la nota, añadiré estas:

El gobierno británico solicita conservar en las Antillas una de las islas que ha adquirido nuevamente, y esto bajo el pretexto de que le es necesario para la conservacion de sus antiguas posesiones. Por ningun concepto puede entenderse esta conveniencia con la isla de la Trinidad. No admitais pues, sobre este punto discusion alguna. La Trinidad seria por su posicion, no un medio de defensa para las colonias inglesas, sino un medio de ataque contra el continente español. Por otra parte esta adquisicion seria de una importancia y de un valor inmenso para el gobierno británico. La discusion no puede recaer sino sobre Curazao, Tabago, Santa Lucia ó cualquiera otra isla de la misma especie. Aunque las dos últimas sean francesas, el gobierno podrá al fin consentir en abandonar una, y quizas el orgullo nacional inglés quede lisongeado al conservar alguno de nuestros despojos coloniales. No dejareis, ciudadano, de realzar el valor de las islas cuya cesion podemos consentir, y particularmente el de la de Tabago. Esta isla, que pertenecia ha poco

Agosto de 1801.

Hallábanse entónces hácia fines de Julio y principios de Agosto de 1801. La animacion era grande de una y de otra parte; y los preparativos que se hacian en la costa de Francia eran imitados en la de Inglaterra. Instruiase á las milicias, y se construian carros, para trasladar con mayor rapidez á las tropas al punto amenazado. Los periódicos ingleses del partido de la guerra usaban un lenguaje violento; y hasta algunos, cuya redaccion, segun se decia, era inspirada por M. Windham, se permitieron excitar las pasiones del pueblo ingles contra M. Otto, y contra los prisioneros franceses. M. Otto pidió al momento sus pasaportes, y el primer Cónsul mandó publicar en el *Moniteur* artículos amenazadores.

Lord Hawkesbury corrió en casa de M. Otto, é insistió en detenerle, lográndolo, al fin, aunque con mucho trabajo, y haciéndole esperar un pronto avenimiento. Entretanto la animosidad nacional parecia despertarse, y se temia que se rompiesen las negociaciones. Todos los hombres juiciosos de Inglaterra estaban en la mayor zozobra, y procuraban prevenir la tempestad; pero desesperábase del buen éxito de sus esfuerzos, porque el primer Cónsul no queria ceder á ningun precio las posesiones de sus aliados, y los ingleses se obstinaban en pedirlas.

Pero mientras que el primer Cónsul defendia tan lealmente las colonias españolas, el príncipe de la Paz, con la inconsecuencia propia de un privado frívolo y ligero, hacia que su señor siguiese una marcha desgraciada, y libraba al primer Cónsul de todos sus compromisos de amistad hácia la España.

Abandonando el príncipe de la Paz la expedicion de Portugal apenas comenzada, proporciona al primer Cónsul la solucion de las últimas dificultades.

No se habrá olvidado que M. Pinto, enviado de Portugal, habia llegado al cuartel general de los españoles, para someterse á la voluntad de Francia y España. El príncipe de la Paz tenia los mayores deseos de concluir una campaña, cuyos principios habian sido tan brillantes y fáciles, pero cuya continuacion, podia presentar dificultades que solo seria posible vencer con el auxilio de los franceses. Sí, por ejemplo, era necesario ocupar á Lisboa y á Oporto, era indispensable que tomasen los franceses parte en aquella empresa, la cual, de un simple negocio de ostentacion y de aparato, podia llegar á ser un asunto serio y formal, que requiriese la presencia de un nuevo cuerpo de tropas francesas. Previendo al mismo tiempo el primer Cónsul esta necesidad hacia que se adelantasen 10,000 hombres mas; de modo que iba á ascender á 25,000 hombres el número de los franceses que se hallaban en España. Al conocer esto el príncipe de la Paz, que habia llamado sin reflexion á los franceses, se asustó tambien, sin causa, de su llegada. Sin embargo, los franceses habian observado la mas exacta disciplina, mostrando hácia el clero, las iglesias y todas las ceremonias del culto, un respeto que no les era comun, y que solo el general Bonaparte podia obtener de ellos. Pero al tenerlos ahora cerca, estaban en España ridículamente espantados de su presencia. Debiase ó no haberlos llamado, ó ya que asi no se hizo, servirse de sus esfuerzos para alcanzar el fin que se habian propuesto. Este objeto no podia consistir en dispersar algunas partidas portuguesas, ni en obtener algunos millones de contribucion, ni aun tampoco en cerrar los puertos de Portugal á los buques ingleses; y siendo asi, era evidente que consistia en apoderarse de prendas preciosas, que pudiesen servir para arrancar á los ingleses las restituciones que no querian hacer. Para esto era necesario ocupar algunas provincias del Portugal, particularmente, aquella de que es capital Oporto; y este era seguramente el medio de influir sobre el gabinete británico, influyendo sobre los fuertes comerciantes de la Cité, muy interesados en el comercio de Oporto. Asi se habia convenido entre los gobiernos de Paris y de Madrid. Sin embargo, á pesar de todo lo que se habia estipulado, el príncipe de la Paz ideó aceptar las condiciones de Portugal, y contentarse con obtener la plaza de Olivenza para España, de 15 á 20 millones de francos para Francia, y para ambas potencias aliadas que Portu-

a la Inglaterra, no está habitada todavia mas que por plantadores ingleses, y todas sus relaciones son inglesas. Su terreno es virgen, y su comercio susceptible de un gran incremento.

gal cerrase todos sus puertos á los buques ingleses, bien de guerra ó mercantes. Con semejantes condiciones, la campaña que acababa de hacerse no podia menos de ser pueril; pues no debia considerarse mas que como un pasatiempo inventado para distraer á un privado harto de los favores de sus reyes, y que buscaba la gloria militar por sendas ridículas, como era propio de su culpable y loca ligereza.

El príncipe de la Paz ecxitó en sus amos los sentimientos paternales, fáciles de conmover en ellos, pero es necesario decir que se conmovieron, ó demasiado tarde ó demasiado pronto. El príncipe les hizo temer la presencia de los franceses; temor, que es necesario convenir tambien era sobremanera tardío y quimérico; porque no podia tener cabida en la inteligencia de nadie que 15,000 franceses quisiesen conquistar la España, ni aun siquiera prolongar su permanencia de una manera alarmante. Todo esto suponia proyectos que ni aun en gérmen existian en la cabeza del primer Cónsul, y que tampoco entraron despues, sino á fuerza de acontecimientos inauditos que ni él ni nadie podia preveer entonces. En aquel momento no queria mas que una cosa, y era arrancar á la Inglaterra una isla de mas, y esta isla era española.

Al aceptar las condiciones propuestas por la corte de Lisboa, que solo consistian en ceder la plaza de Olivenza á los españoles, veinte millones de francos á los franceses, y la exclusion del pabellon ingles de los puertos de Portugal, se habia cuidado de preparar dos copias del tratado; una que debia firmar la España, y otra la Francia. El príncipe de la Paz autorizó con su firma la que estaba destinada á su corte, y que fue fechada en Badajoz, donde todo esto sucedia. En seguida hizo que la ratificase el Rey que tambien se hallaba allí. Luciano firmó por su parte la copia destinada á la Francia, y la envió á la ratificacion de su hermano.

El primer Cónsul recibió aquellos documentos en el momento mismo en que se seguian con mas calor las negociaciones de Lóndres; y fácil es de concebir la irritacion que debieron producirle. Aunque era sensible á los afectos de familia, á veces hasta la debilidad, menos reprimia su mal humor con sus parientes que con otras personas, y seguramente podia perdonársele en aquella ocasion el que se dejase arrebatar. Hízolo así sin reserva entregándose á una violenta cólera contra su hermano.

Esperando, sin embargo, que el tratado no estaria aun ratificado, despachó correos extraordinarios á Badajoz para anunciar que la Francia negaba su ratificacion, y para prevenir la de la España. Pero estos hallaron ratificado el tratado por Cárlos IV, y por lo tanto irrevocable ya el compromiso. Luciano quedó consternado del papel embarazoso y hasta humillante que le estaba reservado en España, en vez del brillante que habia esperado representar, y contestó á la cólera de su hermano en un acceso de mal humor, muy frecuente en él, enviando al mismo tiempo su dimision al ministro de negocios extrangeros. Por su parte el príncipe de la Paz se hizo mas arrogante, y se permitió un lenguage que era ridículo é insensato, respecto á un hombre como el que entonces gobernaba la Francia. Primero anunció la cesacion de las hostilidades con Portugal, y despues la retirada de los franceses, añadiendo á aquella imprudente declaracion que si nuevas tropas pasaban la frontera de los Pirineos, se consideraria como una violacion de territorio. Reclamó, ademas, la restitucion de la escuadra fondeada en Brest, y una conclusion pronta de la paz general, para hacer cesar lo mas pronto posible una alianza onerosa ya á la corte de Madrid (1). Semejante conducta era tan poco decorosa como contraria á los verdaderos intereses de España. Sin embargo, debe decirse, que la horrorosa desgracia que acababa de suceder á los dos navios españoles, habia causado mucha tristeza en todos los ánimos, y contribuido á aquella disposicion de disgusto, que se manifestaba de un modo tan intempestivo y perjudicial á la política de los dos gabinetes.

El primer Cónsul en el colmo ya de la irritacion, contestó al momento que los franceses permanecerian en la península hasta la paz particular de Portugal con Francia; (2) que si el ejér-

(1) Nota de 26 de Julio.

(2) Diga lo que quiera Mr. Thiers, este lenguaje y esta conducta de su héroe para con España seria muy oportuna y conveniente para la Francia, pero no era igual ni decorosa para con una nacion aliada é independiente que habia sacrificado hasta entonces en

cito del príncipe de la Paz, daba un solo paso para aproximarse á los 15,000 franceses que se hallaban en Salamanca, lo consideraria como una declaracion de guerra; y que si á un lenguage indecoroso se atrevian añadir un solo acto de hostilidad, sonaria la última hora de la monarquia española (1). Tambien encargó á Luciano que volviese á Madrid, y que desplegando su carácter de Embajador, aguardase las órdenes posteriores que se le comunicasen. Todo esto era bastante para intimidar y contener al indigno cortesano que comprometia con tanta ligereza los intereses mas grandes del mundo. En efecto, en breve escribió cartas sumisas, á fin de volver á entrar en la gracia del hombre, cuya influencia y autoridad personal sobre la

su obsequio los intereses mas caros. ¡ A tal estado de abatimiento y de nulidad habia llegado la brillante monarquia de Cárlos III en manos de unos príncipes ineptos y de un privado fatuo, animado de una ambicion insensata. *(Nota del traductor.)*

(1) El primer Consul escribia notas ó apuntes cortos y enérgicos destinados á dar una idea de las instrucciones que sus ministros debian transmitir á los embajadores. He aqui la nota enviada al ministerio de negocios extrangeros, para que sirviese de base á la redaccion del despacho que iba á expedirse á Madrid. M. de Talleyrand que se hallaba á la sazon en los baños, habia sido reemplazado entre tanto por M. Caillard.

Al ministro de relaciones exteriores.

21 de Messidor del año IX (10 de Julio de 1801)

Haced entender, ciudadano ministro, al embajador de la República en Madrid que debe volver á la corte, y desplegar la energia necesaria en estas circunstancias. En ella hará conocer:

Que he leido el billete del príncipe de la Paz, y que le juzgo tan ridículo que no merece una contestacion formal; pero que si este príncipe, comprado por la Inglaterra, inclinase á sus Reyes á tomar medidas contrarias al honor y á los intereses de la República, sonaria la última hora de la monarquia española:

Que mi intencion es que las tropas francesas permanezcan en España, hasta el momento en que la República concluya la paz con Portugal:

Que el menor movimiento que hagan las tropas españolas para aproximarse á las francesas, será considerado como una declaracion de guerra:

Que, sin embargo, deseo hacer cuanto sea posible, para conciliar los intereses de la República con la conducta y las inclinaciones de Su Magestad Católica:

Que por nada de cuanto pueda suceder consentiré nunca en los artículos tercero y sexto:

Que no me opongo á que se vuelvan á empezar las negociaciones entre el embajador de la República y M. Pinto, llevándose diariamente un protocolo de ellas:

Que el embajador debe procurar hacer comprender bien al príncipe de la Paz y tambien á los Reyes, que las palabras y aun las notas injuriosas pueden considerarse, en el estado de amistad y buena armonia en que nos hallamos, como disputas de familia, pero que la menor accion ó el menor ruido causaria un mal irremediable:

Que en cuanto al Rey de Etruria se le ha ofrecido un ministro porque no tiene nadie á su alrededor, y porque para gobernar á los hombres se necesita saber algo; pero que, no obstante, en vista de la esperanza que tiene de hallar en Parma hombres capaces de ayudarle, yo no he insistido:

Que en cuanto á las tropas francesas de Toscana, es necesario dejarlas allí durante dos ó tres meses, hasta que el Rey de Etruria haya organizado los suyas:

Que los negocios del Estado pueden tratarse sin pasion, y que por lo demás, mi deseo de agradar á la corte de España, y de hacer algo en su favor, seria muy mal pagado, si el Rey permitiese que el oro corruptor de la Inglaterra, pudiese, en el momento en que llegamos al puerto despues de tantas angustias y fatigas, desunir dos grandes naciones, lo cual atraeria terribles y funestas consecuencias:

Que si en este momento hubiese habido menos precipitacion en hacer la paz con Portugal, habria considerablemente servido para acelerar la paz con la Inglaterra &c. &c.

Ya conoceis á ese gabinete; y por lo tanto, direis en vuestro despacho cuanto pueda ser útil para ganar tiempo, impedir las medidas precipitadas, hacer que se comienzen de nuevo las negociaciones, y al mismo tiempo para imponer, poniendo á la vista la gravedad de las circunstancias y las consecuencias que podrian resultar de un paso inconsiderado.

Manifestad tambien al embajador de la República, que si Portugal consiente en dejar á España la provincia de Alentejo hasta la paz, esto podrá ser un *mezzo-término*, pues para la España se hallaria ejecutado á la letra el tratado preliminar.

Lo mismo me da no tomar nada que quince millones en quince meses.

Despachad directamente á Madrid el correo que os envio.

BONAPARTE.

corte de España era para el príncipe de la Paz un motivo de temor.

Entretanto era necesario tomar un partido acerca de la extraña é inconcebible conducta del gabinete de Madrid. Hallándose M. de Talleyrand en los baños por razon de su salud, el primer Cónsul le comunicó todos los documentos concernientes á aquel negocio, y recibió una respuesta muy sensata, que contenia su parecer sobre tan grave asunto.

Una guerra de notas diplomáticas, segun el parecer de M. de Talleyrand, no conduciria á nada, por mas que se creyese probable el buen resultado, fundándose en los compromisos contraidos y en las promesas hechas de una y otra parte. La guerra contra España, ademas de alejar el fin que se proponia el primer Cónsul, que era la pacificacion general de la Europa, y ademas de ser contraria á la verdadera política de la Francia, vendria á ser una cosa irrisoria en el lastimoso estado de la monarquia española, hallándose nuestras tropas enmedio de sus provincias, y teniendo nosotros su escuadra en Brest. Habia un medio mas natural de castigarla, y era ceder á los ingleses la isla española de la Trinidad, sola y última dificultad que retardaba la paz del mundo. En efecto, la España nos habia dispensado de que guardásemos consideraciones hácia ella. En este caso, añadia M. de Talleyrand, será necesario perder tiempo en Madrid y ganarle en Londres, acelerando la negociacion con Inglaterra, cediéndola la isla de la Trinidad. (1)

Para castigar el primer Cónsul á España cede la Trinidad.

Este parecer estaba fundado en la razon y no disgustó al primer Cónsul. No obstante, reputando como un honor el defender hasta lo último á un

(1) Vamos á trasladar la curiosa carta de M. de Talleyrand:

20 de Messidor del año IX (9 de Julio de 1801.

General.

Acabo de leer con toda la atencion de que soy capaz las cartas de España. Si se quiere darles una respuesta de controversia, nos es fácil pues tenemos la razon, aun refiriéndonos á la letra de tres ó cuatro tratados que hemos hecho este año con esa potencia, pero esto no seria más que algunas páginas de alegato. Lo que hay que ver es si ha llegado el momento de adoptar el plan definitivo de conducta con esa infeliz aliada.

Me fundo en los datos siguientes: La España, sirviéndome de una de sus expresiones, ha hecho *con hipocresía* la guerra contra Portugal, y ahora quiere hacer definitivamente la paz.—El príncipe de la Paz, á lo que se nos dice y á lo que yo creo sin trabajo, está en comunicacion con la Inglaterra; el Directorio le creia vendido á esta potencia.—El Rey y la Reina dependen del príncipe; tanto que el que solo era privado, se ve por ellos hecho un hombre de Estado, y un gran guerrero.—Luciano se halla en una posicion embarazosa, y es necesario sacarle de ella.—El príncipe emplea con bastante habilidad en sus notas la siguiente frase: *El Rey está decidido á hacer la guerra á sus hijos.* Este dicho influiria algo en la opinion.—El romper con la España es una amenaza irrisoria cuando tenemos en Brest sus navios, y nuestras tropas se hallan en el corazon de ese reino.—Me parece que esta es nuestra situacion respecto á España: sentado esto, ¿qué debemos hacer?

He aquí el momento en que conozco que de dos años á esta parte no estoy acostumbrado á pensar solo. No veros deja mi imaginacion y mi espíritu sin guia; y así probablemente voy á exponer unas razones muy pobres; pero no es mia la falta, pues no soy el mismo léjos de vuestro lado.

Paréceme que la España, que siempre que se ha tratado de hacer la paz ha molestado al gabinete de Versalles con sus pretensiones enormes, nos ha librado de muchos compromisos en esta circunstancia. Ella misma nos ha señalado la conducta que debemos seguir; y nosotros podemos hacer con Inglaterra lo que ella ha hecho con Portugal; pues el sacrificar los intereses de su aliada, ha sido poner á nuestra disposicion la isla de la Trinidad en las estipulaciones con Inglaterra: si adoptais esta opinion será necesario apresurar un poco la negociacion en Londres, mientras que en Madrid se juega á la diplomacia, ó mas bien, se emplean sofismas, permaneciendo siempre en discusiones suaves, en explicaciones amistosas, dando seguridades sobre la suerte del Rey de Toscana, y no hablando mas que de los intereses de la alianza &c. &c En suma, perder tiempo en Madrid, y ganarlo en Londres.

Cambiar de embajador en tales circunstancias, seria llamar la atencion, y es preciso evitar que tal suceda, si adoptais, como propongo, el sistema de contemporizacion. ¿Por qué no habeis de permitir que vaya Luciano á Cádiz á ver los armamentos y á viajar por los puertos? Mientras él viajaba se adelantarian los negocios con Inglaterra;

aliado, que no le guardaba fidelidad, informó á M. Otto de sus nuevas disposiciones relativas á la isla de la Trinidad, y se mostró dispuesto á sacrificarla, pero no al momento, sino solo en el último caso, y cuando ya no se pudiese pasar por otro punto sin ocasionar un rompimiento; mandándole, en su consecuencia que insistiese para que se aceptase la isla francesa de Tabago en cambio de la Trinidad.

Por desgracia la extraña conducta del príncipe de la Paz, habia disminuido la fuerza de nuestro negociador; y la noticia llegada poco despues, de la capitulacion del general Belliard en el Cairo, la disminuyó aun mas. Sin embargo, la resistencia del general Menou en Alejandria, hacia que se conservase todavia una duda favorable á nuestras pretensiones; pero á nuestra escuadrilla de Boloña estaba reservado el honor de poner término á todas las dificultades de aquella larga negociacion.

Decídese la cuestion por dos combates que sostiene la escuadrilla de Boloña.

En Inglaterra estaban bastante preocupados los ánimos acerca de los preparativos que se hacian en las costas de la Mancha.

Para tranquilizarlos, el almirantazgo inglés habia llamado á Nélson que cruzaba en el Báltico, y le habia confiado el mando de las fuerzas navales que habia en dicha costa. Componianse estas fuerzas de fragatas, bergantines, corbetas y otros buques ligeros de todas dimensiones. El ánimo emprendedor del célebre marino inglés hacia esperar que pronto destruiria la escuadrilla francesa por medio de algun golpe atrevido. El 4 de Agosto (16 de Termidor) se presentó al nacer el dia al frente de la playa de Boloña, con unos treinta buques pequeños, enarbolando su pabellon en la fragata *Medusa*, y tomó posicion á 1,900 toesas de nuestra línea, es decir, fuera del alcance de nuestra artillería, y solo al de los morteros de grueso calibre. Su intencion, era bombardear nuestra flotilla. Tenia esta por gefe á un valiente marino, el almirante Latouche-Treville, hombre de talento natural y aficionado á la guerra; llamado, si hubiese vivido, á ocupar los puestos mas encumbrados. Diariamente ejercitaba á nuestras lanchas cañoneras, y acostumbraba á nuestros soldados y marinos á subir rápidamente á bordo de los buques, á bajar con la misma rapidez y á maniobrar juntos con celeridad y precision. El dia 4 de Agosto se hallaba nuestra flotilla formada en tres divisiones, y anclada en una sola línea paralela á la orilla á 500 toesas de la costa. Componiase de lanchas cañoneras grandes, sostenidas de distancia en distancia por algunos bergantines. Tres batallones de infantería se habian embarcado para secundar el valor de nuestros marinos.

Línea donde se hallaba fondeada nuestra escuadrilla frente de Boloña.

Nélson situó delante de su escuadrilla una division de bombardas, y rompió el fuego á las cinco de la mañana, esperando destruir con sus bombas nuestra flotilla, ó al menos obligarla á que entrase en el puerto. En su consecuencia hizo un inmenso número de disparos durante todo el dia. Lanzados los proyectiles con morteros de grueso calibre, pasaban la mayor parte por encima de nuestra línea é iban á caer sobre la playa, en tanto nuestros soldados y marineros inmóviles bajo aquel fuego incesante, y mas espantoso que mortífero, mostraban una sangre fria y un contento admirables. Por desgracia no tenian medios para contestar al fuego del enemigo, porque nuestras bombardas, construidas de prisa, no podian resistir al estremecimiento de los morteros, y apenas hacian algunos disparos mal dirigidos. La pólvora, tomada de las antiguas provisiones de nuestros arsenales tampoco tenia fuerza y no arrojaba los proyectiles á la distancia necesaria. Las tripulaciones pedian ir mas adelante, bien para ponerse á tiro de cañon, bien para precipitarse al abordage; pero nues-

Nélson bombardea nuestra escuadrilla por espacio de seis horas, sin causarle ningun daño.

---

no dejariais que esta estipulase en favor del Portugal, y él volveria á Madrid para tratar definitivamente de la paz.

Temo mucho, general, halleis que mi opinion se resiente algo de los chorros de agua y de los baños que tomo con la mayor exactitud. Dentro de diez y siete dias valdré mas que ahora: y entonces me conceptuaré dichoso de poderos renovar la seguridad de mi afecto y de mi respeto.

Cu—Maur. Talleyrand.

tras lanchas cañoneras, construidas sin la experiencia que se adquirió mas tarde en este género de construccion, eran muy pesadas, y no podian maniobrar con facilidad con el viento nordeste que soplaba en aquella ocasion; pues impulsadas ahora por el viento y la corriente hácia la línea inglesa, se hubieran visto obligadas al volver á presentarles la popa, lo cual las habria dejado sin defensa, pues solo tenian cañones en la proa. Por lo tanto, era preciso permanecer inmóviles bajo aquella lluvia de proyectiles, que duró diez y seis horas, y que nuestros soldados y marinos soportaron con el mayor ánimo, y mirando con la risa en los labios cómo pasaban las bombas sobre sus cabezas. Enmedio de ellos se hallaba su valiente gefe Latouche-Tréville, con el coronel Savary, ayudante de campo del primer Cónsul. Aunque les arrojaron mas de mil bombas, por una especie de milagro no hubo ningun herido de gravedad. Dos de nuestras embarcaciones fueron echadas á pique, sin que pereciera ni un solo hombre; y una lancha cañonera, la *Perversa*, mandada por el capitan Margoli, fue atravesada por medio. Este valiente oficial trasladó su tripulacion á otras embarcaciones, y quedándose con dos marineros, condujo la lancha, que hacia agua por todas partes, á la orilla, y la hizo encallar antes que tuviese tiempo de irse á fondo.

Apesar de la desventaja de nuestra posicion y de la mala calidad de nuestre pólvora, habian quedado los ingleses mas maltratados que nosotros, teniendo tres ó cuatro hombres heridos ó muertos.

Nélson se retiró muy mortificado en su orgullo y prometió vengarse dentro de algunos dias, volviendo con medios seguros de destruccion.

Aguardábase verle aparecer de un momento á otro, y el almirante frances se ponia en estado de recibirle como era debido. Al efecto, reforzó su línea, cambió sus municiones con otras mejores, animó á sus marineros y soldados, que por cierto no lo necesitaban, pues estaban llenos de ardor y orgullo de haber hecho frente á los ingleses en su elemento, y se trasladaron á bordo de la escuadrilla tres batallones escogidos sacados de las 46, 57 y 108 medias brigadas, para que prestasen el servicio que habian hecho en la jornada del dia 4.

Segundo ataque al abordage contra la escuadrilla, dado el 16 de Agosto.

Doce dias despues, el 16 de Agosto (28 de Termidor) se presentó Nélson con una division naval, mucho mas considerable que la primera. Todo anunciaba su intencion de dar un ataque formal y al abordage, y esto era lo que deseaban los franceses.

Nélson traia 35 velas, muchas lanchas y 2,000 hombres escogidos. Hácia la caida del dia reunió sus lanchas al rededor de la *Medusa*, distribuyó en ellas su fuerza y dió sus instrucciones. Aquellas lanchas, montadas por soldados de la marina inglesa, debian adelantarse á remo, durante la noche, y apoderarse de nuestra línea. Hallábanse formadas en cuatro divisiones, y una quinta, compuesta de bombardas, debia situarse, no enfrente de nuestra escuadrilla, cuya posicion habia dado de sí pocos resultados en el bombardeo del 4 de agosto, sino á uno de sus costados para tenerla enfilada.

Hácia la media noche aquellas cuatro divisiones mandadas por otros tantos intrépidos oficiales, los capitanes Sommerville, Párker, Cotgrave y Jones, se adelantaron rápidamente hácia la costa de Boloña. Una pequeña embarcacion francesa, montada por solo ocho hombres, que habia quedado de avanzada, fue abordada y envuelta, pero se defendió con valentía antes de sucumbir, y el ruido de sus disparos sirvió para avisar la llegada del enemigo.

Las cuatro divisiones inglesas se aproximaban á fuerza de remos; pero desde que fueron descubiertas se rompió sobre ellas un nutrido fuego de fusilería y de metralla. La primera division, mandada por el capitan Sommerville, arrastrada por el movimiento de la marea hácia el este, fue contrariada en su direccion, y llevada mucho mas allá de nuestra ala derecha, cuyo ataque le estaba encomendado. Las dos divisiones del centro mandadas por los capitanes Parker y Cotgrave, encaminadas directamente al medio de nuestra línea, llegaron las primeras hácia la una de la madrugada, y la atacaron con decision. La que se hallaba á las órdenes del capitan Párker, despues de haberse tiroteado con nuestras embarcaciones, se arrojó sobre uno de los bergantines que estaban mezcla-

dos con nuestras lanchas para sostenerlas. Este bergantin era el *Etna*, mandado por el capitan Pevrieu, el cual se vió rodeado por seis peniches para tomarlo al abordage. Los ingleses le escalaron atrevidamente con sus oficiales á la cabeza, pero fueron recibidos por doscientos hombres de infanteria y arrojados á la mar á bayonetazos. El valiente Pevrieu, atacado sucesivamente por dos marineros ingleses los mató á ambos, aunque se hallaba herido de una puñalada y de una lanzada. En pocos instantes fueron arrollados los enemigos, en seguida de lo cual hicieron los franceses un fuego tan nutrido, que dejaron fuera de combate al mayor número de los marineros empleados en las maniobras de los peniches. Con la misma valentia recibieron nuestras lanchas á los enemigos que quisieron tomarlas al abordage, y se defendieron librándose de ellos á hachazos y bayonetazos. Un poco mas lejos, la division mandada por el capitan Cotgrave, abordó la línea de las embarcaciones francesas, pero sin obtener ningun resultado. Una lancha cañonera de gran porte, la *Sorpresa*, que se hallaba rodeada de cuatro peniches, echó á pique uno, apresó otro, y puso en fuga á los dos restantes. Los soldados rivalizaron con los marineros en este género de combate que tan bien cuadraba á su caracter vivo y audaz.

Mientras que la segunda y la tercera division inglesa eran así acogidas, la primera que debia atacar nuestra ala derecha, arrastrada por la marea hácia el este, no habia podido llegar á tiempo al lugar de la accion. Haciendo esfuerzos para volver del este al oeste parecía amenazar el extremo de nuestra línea, y querer situarse entre la tierra y nuestras embarcaciones, siguiendo una maniobra muy comun á los ingleses. Esto era mas bien el efecto de su posicion que un cálculo; pero algunos destacamentos de la 108 media brigada, situados en la orilla, hicieron sobre ella un fuego mortífero. Los marineros ingleses no se desalentaron, y se arrojaron sobre la cañonera, el *Volcan* que formaba el extremo derecho de nuestra línea. El alferez que la mandaba llamado Guéroult, oficial de mucho brio y energia, recibió el abordage á la cabeza de sus marineros y de algunos soldados de infanteria, y sostuvo un combate obstinado. Mientras que se defendia sobre el puente de su lancha cañonera, las embarcaciones inglesas que la rodeaban trataron de romper los cables para llevársela, pero por fortuna se hallaba tambien sugeta con una cadena, que pudo resistir todos los esfuerzos que hicieron para romperla. Por último el fuego que hacian de las otras lanchas y desde la orilla obligaron á los ingleses á abandonar su presa; y el ataque sobre este punto fue rechazado con tanta felicidad como en los otros dos.

La aurora empezaba á nacer; y la cuarta division enemiga, destinada á atacar á nuestra izquierda, obligada á hacer una gran maniobra hácia el oeste contra la marea que la llevaba al este, no habia podido llegar á tiempo. Por su parte las bombardas de Nélson no nos habian causado mucho daño, gracias á la noche. Los ingleses habian sido rechazados por todas partes; el mar estaba cubierto de sus cadáveres flotantes, y muchas de sus embarcaciones habian sido echadas á pique ó apresadas. La claridad del dia, que aumentaba por instantes, hacia necesaria su retirada, la que verificaron hácia las cuatro de la mañana, apareciendo el sol para alumbrar su fuga. Esta vez no era de su parte una tentativa infructuosa, sino una derrota verdadera.

Nuestras tripulaciones estaban contentas y satisfechas, pues no habian tenido mucha pérdida, al contrario la de los ingleses habia sido de consideracion; pero lo que aumentaba el gozo que les causaba una accion tan brillante, era haber vencido á Nélson en persona, haciendo vanas todas las amenazas de destruccion que públicamente habia proferido contra nuestra escuadrilla.

Un efecto totalmente contrario debia producir al otro lado del estrecho, y si bien aquel combate al ancla no probaba todavia lo que semejante escuadrilla podria hacer en alta mar, cuando tuviera que transportar á 100,000 hombres, sin embargo, se habia disminuido mucho la confianza de los ingleses en el genio emprendedor de Nélson, y el peligro desconocido de que se hallaban amenazados les preocupaba hasta lo sumo.

Pero las vicisitudes de aquella grande negociacion tocaban á su término. En vista de la conducta del gabinete español se habia decidido, al fin, el

primer Cónsul, y autorizado á M. Otto para que concediese la isla de la Trinidad. Esta concesion y los dos combates de Boloña debian hacer cesar las dudas del gabinete británico. Así, pues, consintió en las bases propuestas salvo algunas dificultades en los pormenores que quedaban todavia por vencer. Al devolver el gabinete ingles la isla de Malta á la órden de San Juan de Jerusalen, queria estipular que se pusiese la isla bajo la proteccion de una potencia, porque no creia que la órden tuviese fuerzas para defenderla, aunque se lograse reorganizarla; y no estaba de acuerdo con nosotros acerca de la potencia que debia garantirla; habiendo sido propuestos y rechazados sucesivamente el Papa, la corte de Nápoles, y Rusia. Finalmente la misma forma de la redaccion presentaba algunas dificultades. Como el efecto de aquel tratado sobre la opinion pública debia ser grande en ambos paises, por ambos lados ponian tanto interes en las apariencias cómo en la realidad. La Inglaterra no tenia inconveniente en enumerar en el tratado las numerosas posesiones que devolvia á la Francia y á sus aliados, pero queria hacer mencion de las que definitivamente le eran adjudicadas. Esta pretension era justa, mas justa que la del primer Cónsul que queria se hiciese mencion de todo lo que se devolvia á Francia, España y Holanda, y que el silencio que se observase respecto á las otras posesiones, fuese para Inglaterra el solo medio de obtener la propiedad.

Los dos combates de Boloña y la cesion de la Trinidad ponen término á las negociaciones.

A estas dificultades, poco graves en su esencia, se unieron otras, relativas á los prisioneros, á las deudas, á los embargos, y sobre todo á los aliados de las dos partes contratantes, y al papel que se les designaria en el protocolo. Sin embargo interesaba concluir de una vez, y poner fin á la ansiedad del mundo. Por una parte, el gabinete ingles queria tenerlo todo concluido para la época en que se reuniese el Parlamento, y el primer Cónsul, por la suya, temia de un instante á otro saber la rendicion de Alejandria, porque la prolongada resistencia de esta plaza hacia nacer algunas sospechas útiles á la negociacion. Impaciente por obtener grandes resultados, suspiraba por el dia en que pudiese pronunciar á la Francia la palabra paz, tan nueva y tan mágica; y no ya la paz con Austria, Prusia ó Rusia, sino la paz general con todo el mundo.

En su consecuencia, se convino en sancionar inmediatamente los grandes resultados obtenidos, dejando para despues el arreglo de las dificultades de formas y otros pormenores. Imaginóse para ello, redactar preliminares de paz, é inmediatamente que fuesen firmados, nombrar plenipotenciarios que formasen á su placer un tratado definitivo. Cualquiera dificultad que no fuese fundamental, y cuya solucion trajese consigo demoras, debia dejarse para aquel mismo tratado. Para asegurarse mas el primer Cónsul de su pronta conclusion, quiso sujetar el término de las negociaciones á un plazo determinado. Estábamos á mediados de Septiembre de 1801 (fin de Fructidor del año IX) y puso por término hasta el 2 de Octubre (10 de Vendimiario del año X.) Pasado este término, estaba decidido, segun decia, á aprovecharse de las nieblas del Otoño para llevar á cabo su proyecto contra las costas de Irlanda é Inglaterra. Todo esto se dijo con las consideraciones debidas á una nacion grande y orgullosa, pero con ese tono decisivo que no deja ningun género de duda.

Septiembre de 1801 — Conviénese en firmar la paz bajo la forma de preliminares.

Ambos negociadores, M. Otto y lord Hawkesbury, eran hombres honrados y querian la paz; deseándola no solo por lo que ella valia, sino tambien por la ambicion natural y justa de poner su nombre al pie de uno de los mas grandes tratados de la historia del mundo. Así, pues, hicieron cuanto era compatible con sus instrucciones para facilitar la redaccion de los preliminares.

Convinose en que la Inglaterra restituiria á Francia y á sus aliados, es decir, á España y Holanda, todas las conquistas marítimas que habia hecho, *á excepcion de las islas de Ceylan y de la Trinidad, que se le habian adjudicado definitivamente.*

Tal era la forma admitida para conciliar el justo amor propio de las dos naciones. En definitiva la Inglaterra conservaba el continente de la India que ha-

bia conquistado á los príncipes indios; la isla de Ceylan tomada á los holandeses y apéndice necesario de aquel vasto continente, y finalmente la isla de la Trinidad, tomada en las Antillas á los españoles. Bien habia con esto para satisfacer la mayor ambicion de un pueblo. Restituia el Cabo, Demerari, Berbice, Essequibo y Surinam á los holandeses; la Martinica y Guadalupe á los franceses; Menorca á los españoles, y Malta á la órden de San Juan de Jerusalen. En cuanto á este último punto, la potencia garante habria de designarse en el tratado definitivo. Tambien evacuaba la Inglaterra á Porto-Ferrajo, que con la isla de Elba volvia á poder de los franceses. En cambio debian los franceses evacuar el Estado de Nápoles, es decir el golfo de Tarento.

Por último, el Egipto debia ser abandonado por las tropas de ambas naciones y restituido á la Puerta. Los estados de Portugal serian garantidos.

Resultados de la guerra para ambas naciones.

Si se quiere considerar únicamente los grandes resultados, que casi nada aumentaban ni disminuian las restituciones tan disputadas de aquellas islas, he aquí lo que arrojaba de sí el tratado. En aquella lucha de diez años habia adquirido la Inglaterra el imperio de las Indias, sin que le sirviese de contrapeso la conquista de Egipto por los franceses. Pero en cambio habia variado Francia en su beneficio la faz del continente; habia conquistado la formidable línea de los Alpes y del Rhin; alejado para siempre al Austria de sus fronteras con la adquisicion de los Paises Bajos, y arrancádole el eterno objeto de su codicia, es decir la Italia, que casi toda habia pasado al dominio de la Francia. Por el principio sentado de las secularizaciones, habia debilitado considerablemente la casa imperial en Alemania, en beneficio de la de Brandeburgo; tambien habia hecho experimentar á la Rusia desagradables contratiempos por haber querido mezclarse en los negocios de Occidente. Dominaba á Suiza, Holanda, España é Italia. Ninguna potencia tenia en el mundo tanto influjo como ella, y si la Inglaterra se habia engrandecido por mar, la Francia entretanto habia añadido á la extension de sus costas las de Holanda, Flandes, España é Italia, paises enteramente sometidos á su influjo y dominio. Estos eran tambien grandes elementos de poder marítimo.

Grandeza extraordinaria de la Francia.

Hé aquí todo cuanto sancionaba la Inglaterra al firmar los preliminares de Lóndres, por precio, es verdad, del continente de las Indias. Bien podia la Francia consentir en ello. Nuestros aliados, defendidos con energía, recobraban casi todo lo que la guerra les habia hecho perder. España, por su falta, se veia privada de la Trinidad, pero adquiria la plaza de Olivenza en Portugal y la Toscana (1), en Italia. La Holanda abandonaba á Ceylan, pero recobraba sus colonias de la India, el Cabo y las Guayanas, y se veia libre del Stathouder.

Tales eran las consecuencias de aquella paz tan bella y la mas gloriosa que la Francia ha concluido jamás. Natural era que el negociador frances anhelase concluir. Era llegado el 30 de Setiembre y aun se hallaban detenidos por algunas dificultades de redaccion. Déjanse á un lado todas, y por último el 1.° de Octubre por la tarde, víspera del dia fijado como término improrrogable por el primer Cónsul, M. Otto tuvo la satisfaccion de poner su firma al pie de los preliminares de paz, satisfaccion profunda, sin igual, porque jamás ningun negociador habia tenido la dicha de asegurar con su firma, tantas grandezas á su patria!

Octubre de 1801.

Fírmase el tratado el 1.° de Octubre.

Convínose que esta terminacion seria un secreto en Lóndres por espacio de veinte y cuatro horas, á fin que el correo de la legacion francesa fuese el primero en anunciarla al gobierno. Este afortunado correo partió el 1.° de Octubre por la noche, y llegó á la Malmaison el 3 (11 de Vendimiario) á las cuatro de la tarde. En aquel momento se hallaban reunidos los tres Cónsules y celebraban un consejo de gobierno. Al abrir los despachos experimentaron una sensacion extraordinaria, y abandonando

(1) Admiramos cuan pronto ha olvidado Mr. Thiers que la Toscana nos habia costado la Luisiana y una escuadra de seis navíos. *(Nota del Traductor.)*

el trabajo se abrazaron. El primer Cónsul que no disimulaba con los hombres de su confianza, manifestó los sentimientos que le dominaban. ¡Tantos resultados obtenidos en tan poco tiempo, el órden, la victoria y la paz devueltos á la Francia por su genio y un incesante trabajo de dos años, eran beneficios que debian hacerle feliz y llenarle de orgullo! En aquellos desahogos de una satisfaccion comun, le dijo M. Cambaceres: Ahora que hemos concluido un tratado de paz con la Inglaterra, debemos hacer otro de comercio, y con eso desaparecerá todo motivo de division entre los dos paises.—No váyamos tan de prisa, le respondió el primer Cónsul con vivacidad. La paz politica está hecha, tanto mejor, gocemos de ella. En cuanto á la paz comercial la haremos si es posible; pero por nada quiero sacrificar la industria francesa, pues me acuerdo de las desgracias de 1786.—Necesario era que aquella singular é instintiva pasion por los intereses de la industria francesa fuese muy grande, cuando asi se manifestaba en aquel momento. Pero el Cónsul Cambaceres con su sagacidad ordinaria habia tocado la dificultad que mas tarde habia de indisponer de nuevo á los dos pueblos.

La noticia fue enviada inmediatamente á Paris para su publicacion. Hácia la caida del dia los cañonazos retumbaban en las calles de la capital, y todos se preguntaban cual era el feliz acontecimiento que motivaba aquellas manifestaciones. Acudian para informarse á los sitios públicos, donde los dependientes del gobierno tenian órden de manifestar haberse firmado los preliminares. En efecto, se anunciaba en aquel momento la conclusion de la paz en todos los teatros, en medio de una alegria que hacia mucho tiempo no se experimentaba; y esta alegria era natural, porque la paz con Inglaterra era la verdadera paz general que consolidaba la tranquilidad del continente, destruia la causa de las coaliciones europeas, y abria todo el mundo al vuelo de nuestro comercio y de nuestra industria. Aquella noche se vió Paris iluminado expontáneamente.

El primer Cónsul ratificó inmediatamente los preliminares, y encargó á su ayudante de campo Lauriston para que llevase á Lóndres aquella ratificacion. Si la alegria era grande y general en Francia, en Inglaterra habia llegado hasta el delirio. La noticia ocultada al principio por los negociadores, habia llegado á traslucirse, y fue preciso ponerla en conocimiento del lord corregidor de Lóndres, por medio de un mensage que produjo tanto mas efecto, cuanto que hacia algunas horas circulaba el rumor de que se habian roto las negociaciones. Al punto se entregó el pueblo sin reserva, á esos arrebatos violentos, propios del carácter apasionado de la nacion inglesa. Los carruages que salian de Lóndres llevaban escritas, con letras de gran tamaño, las siguientes palabras: *Paz con la Francia.* Por todas partes los detenian, desenganchaban sus caballos y los llevaban en triunfo; y en su loca alegria y entusiasmo se figuraban que todos los males producidos por la carestia y el hambre iban á cesar á la vez; sustituyéndoles bienes desconocidos, inmensos, imposibles. Hay dias, en que cansados de odiarse, lo mismo los pueblos que los individuos, sienten la necesidad de una reconciliacion, aunque sea pasagera y engañosa. En esos instantes, por desgracia bien cortos, el pueblo ingles casi creia amar á la Francia; adoraba al héroe, al sabio que la gobernaba, y gritaba con júbilo y entusiasmo: *Viva Bonaparte!*

Dase al coronel Lauriston el encargo de llevar á Lóndres la ratificacion de los preliminares de paz.

Tal es la alegria humana: solo puede ser viva, sincera y profunda con la condicion de ignorar el porvenir. ¡Demos, pues, gracias á Dios por haber cerrado á los hombres el libro del destino! ¡Cuán frios y yertos se hubieran quedado aquel dia todos los corazones, si cayendo de improviso el velo que ocultaba el porvenir, hubieran podido ver ante sí los franceses y los ingleses, quince años de odio atroz, de guerra encarnizada, y al continente y los mares inundados con la sangre de los dos pueblos! ¡Y cuan consternada no hubiera quedado la Francia, si, mientras que se creia grande, y grande para siempre, hubiera entrevisto en una de las páginas de aquel temible libro del destino, los tratados de 1815! ¡Y cuán sorprendido y espantado no hubiera quedado el héroe victorioso y prudente que la gobernaba, si enmedio de sus mas hermosas obras, hubiera podido distinguir sus inmensas

faltas; si en medio de su mas gloriosa prosperidad hubiera entrevisto su espantosa caida y su martirio! Oh! si, la Providencia, en sus inescrutables designios, ha hecho bien en no descubrir al hombre sino lo presente, que es bastante para su débil corazon! Y nosotros, que al presente sabemos todo lo que sucedia entónces, y lo que aconteció despues, procuremos, por un momento, volver á la ignorancia de aquella época, para comprender y participar de sus vivas y profundas emociones.

Quedaba aun una leve duda en Londres, que turbaba algo la alegria inglesa, pues no habia llegado todavia la ratificacion del tratado por el primer Cónsul, y se temia alguna resolucion imprevista de aquel carácter violento, orgulloso, y tan exigente en las cosas de su nacion. Semejante duda era penosa; pero de pronto, se sabe en Londres, que un ayudante del primer Cónsul, uno de sus compañeros de armas, el coronel Lauriston, se ha apeado en casa de M. Otto, y que es portador del tratado ratificado. Desvanecida la última duda que le inquietaba, la alegria no conoció entónces límites. Todos corren á casa de M. Otto, y llegan á ella en el momento en que este y el coronel Lauriston subian á un carruage para trasladarse á casa de lord Hawkesbury, y verificar el cambio de las ratificaciones. El pueblo desengancha los caballos, y tira del carruage en que iban los dos franceses hasta el alojamiento de lord Hawkesbury.

Alegria del pueblo ingles al recibir la noticia de las ratificaciones.

Desde aqui debian dirigirse ambos negociadores á casa del primer ministro M. Addington; y en seguida al almirantazgo en casa del lord Saint-Vincent. La multitud se obstina y quiere tirar del carruage, desde la casa de un ministro á la de otro. Por último, al llegar al palacio del almirantazgo, era tal la multitud que se habia agolpado, y tan extraña la confusion que reinaba, que temiendo lord Saint-Vincent no resultase algun acontecimiento desgraciado á consecuencia de aquella alegria convulsiva, se puso á la cabeza de aquel cortejo popular. Varios dias transcurrieron en esta clase de desahogos, y en testimonios de un contento extraordinario.

El coronel Lauriston es llevado en triunfo por el pueblo por las calles de Londres.

Es digno de notarse que algunas horas despues de haberse firmado los preliminaros, llegó un correo de Egipto con la noticia de la rendicion de Alejandria, la cual tuvo efecto el 30 de Agosto de 1801 (12 de Fructidor).—Este correo, dijo lord Hawkesbury á M. Otto nos ha llegado ocho horas despues de la firma del tratado: tanto mejor! si hubiera llegado antes nos hubieramos visto obligados, por complacer á la opinion pública, á ser mas exigentes, y probablemente se hubieran roto las negociaciones. Mejor es la paz que una isla de mas ó de menos.—Este honrado ministro tenia razon. Pero esto prueba que la resistencia de Alejandria habia sido útil, y que aun en las causas mas desesperadas, es bueno dar oidos á la voz del honor que aconseja la resistencia hasta el último extremo.

La noticia de la rendicion de Alejandria llega ocho horas despues de haberse firmado el tratado.

Convínose que los plenipotenciarios se reunieran en la ciudad de Amiens, punto intermedio entre Londres y Paris, para redactar el tratado definitivo. El gabinete británico eligió al efecto á lord Cornwallis, uno de los personages mas apreciados en la Gran Bretaña, militar antiguo y respetable, que se habia honrado empuñando por largo tiempo las armas por su patria, pero creia haber llegado el momento de poner término á los males del mundo, Lord Cornwallis habia mandado los ejércitos ingleses en la América y en los Indias, y habia sido gobernador general de Bengala y virey de Irlanda, hácia el fin del siglo pasado. Quedó acordado que lord Cornwallis se dirigiria á Paris para cumplimentar al primer Cónsul antes de trasladarse al lugar de las negociaciones.

Acuérdase que se reunan los plenipotenciarios en la ciudad de Amiens, para concluir un tratado difinitivo.

Elígese á lord á Cornwallis como representante de la Inglaterra en el congreso de Amiens.

Por su parte el primer Cónsul eligió á su hermano José, á quien queria particularmente, y el cual

Elígese á José Bonaparte para que represente á la Francia.

por lo ameno de su trato y por la dulzura de su carácter, era á propósito para desempeñar el papel de pacificador que siempre le estaba reservado. José habia firmado la paz con América en Morfontaine, y con Austria en Luneville; y ahora iba á firmarla con Inglaterra en Amiens. De este modo hacia el primer Cónsul que su hermano cojiese los frutos que él habia cultivado con sus triunfantes manos. Al ver M. de Talleyrand que todo el honor aparente de aquellos tratados de paz estaba reservado á un personaje, extraño á los trabajos de nuestra diplomacia, no pudo contener un movimiento de despecho, muy pasagero y contenido, pero no lo bastante para que se ocultase á la vista perspicaz y maliciosa de los diplomáticos residentes en Paris, los cuales llenaron con sus observaciones sobre este particular mas de un despacho. Pero el hábil ministro sabia que no era muy cuerdo enagenarse la voluntad de la familia del primer Cónsul, y tambien, que si, despues de haber adjudicado al general Bonaparte lo que le correspondia de la gloria adquirida en aquellas felices negociaciones, quedaba alguna parte de gloria para alguien, el público europeo solo la concederia al ministro de negocios extrangeros.

Serie de tratados, firmados unos tras otros, con todas las potencias de Europa.

Las negociaciones entabladas con diversos estados, que aun no estaban concluidas, lo fueron casi inmediatamente. El primer Cónsul entendia el arte de producir grandes efectos en la imaginacion de los pueblos, porque era hombre de grande imaginacion: asi es, que hizo desaparecer todas las dificultades que existian con las córtes extrangeras, como si quisiese abrumar á la Francia con satisfacciones de todo género, y aturdirla y embriagarla á fuerza de resultados extraordinarios.

Tratado con Portugal.

El primer Cónsul concluyó un tratado con Portugal, y mandó á su hermano Luciano, que firmase las condiciones de Badajoz, desechadas en un principio, salvo algunas modificaciones poco importantes. Dejó de insistir acerca de la ocupacion de una provincia portuguesa, porque habiéndose acordado las bases de la paz con Inglaterra, despues de haberle cedido la Trinidad, no tenia ningun interes en conservar las prendas de que habia querido proveerse. Convinose en una indemnizacion por los gastos de la guerra, en algunas ventajas comerciales para nuestra industria, tales por ejemplo, como la introduccion inmediata de nuestros paños, y el ser tratados como la nacion mas favorecida, respecto á todas nuestras producciones. Tambien se estipuló formalmente la exclusion de los buques ingleses de guerra y mercantes, hasta la conclusion de la paz.

Tratados con la Puerta, Argel y Tunez.

La evacuacion del Egipto ponia fin á todas las dificultades con la Puerta Otomana. M. de Talleyrand, concluyó en Paris con un ministro del Sultan, los preliminares de la paz que estipulaban la restitucion del Egipto á la Puerta, el restablecimiento de las antiguas relaciones entre ambas potencias, y el de todos los tratados anteriores de comercio y de navegacion.

Otros convenios de igual naturaleza se hicieron con las regencias de Tunez y de Argel.

Tratado con Baviera.

Firmóse un tratado con Baviera, para anudar de nuevo, las relaciones de alianza que habian existido otras veces entre aquella córte y la antigua monarquia francesa, cuando esta protegia á todas las potencias alemanas de segundo órden, contra la ambicion de la casa de Austria. Era esto una verdadera reproduccion de los tratados de Westfalia y de Teschen. La Baviera abandonaba directamente á la Francia todo lo que en otro tiempo habia poseido en la orilla izquierda del Rhin; y en cambio, prometia la Francia emplear su influjo en las negociaciones que se entablarian pronto con motivo de los asuntos germánicos, para procurar á la Baviera una indemnizacion suficiente y situada en parage á propósito. La Francia, ademas, le garantizaba la integridad de sus estados.

Tratado con la Rusia.

Finalmente, para concluir la obra de aquella pacificacion general, firmóse, despues de largos debates entre M. de Talleyrand y M. de Markoff el tratado con la Rusia, que restablecia de derecho una paz existente

ya de hecho. El nuevo Emperador, habia mostrado, como ya se ha visto, menos energía en su resistencia á las pretensiones marítimas de la Inglaterra, pero tambien menos ostentacion y exigencia en la proteccion concedida á los pequeños estados alemanes é italianos, que habian formado parte de la coalicion contra la Francia. Alejandro no habia suscitado dificultades respecto al Egipto, pero en cualquier caso, habrian desaparecido á consecuencia de los últimos acontecimientos. Tampoco pretendia ser nombrado gran Maestre de los caballeros de Malta, lo que facilitaba la reconstitucion de la órden bajo su antiguo pie, como se habia convenido con la Inglaterra. Así, pues, no habia cuestiones formales con Alejandro, mas que sobre Nápoles y el Piamonte. Persistiendo y ganándose tiempo, se habian vencido las principales dificultades relativas á aquellos estados. Habiéndose prometido á la Inglaterra la evacuacion de la rada de Tarento, la Rusia se daba por satisfecha, viendo cumplirse una condicion esencial á su honor, cual era la integridad de los Estados de Nápoles: de modo que habia dejado de hablar acerca de la isla de Elba. En cuanto al Piamonte, cada dia transcurrido sin que la Inglaterra dijese nada durante la negociacion de Londres, habia afirmado al primer Cónsul en su propósito de no devolver al Rey de Cerdeña aquella importante provincia. La Rusia invocaba las promesas que se le habian hecho sobre este asunto, y el primer Cónsul contestaba, que tambien se le habia prometido defender el verdadero derecho marítimo en toda su extension, y á pesar de esto se habia abandonado una parte á la Inglaterra. Por último, se convino en un artículo por el cual se prometian tratar amigablemente los intereses de S. M. el Rey de Cerdeña, y *tenerle las consideraciones compatibles con el estado actual de cosas.* De este modo se quedaba en gran libertad relativamente á aquel príncipe, y especialmente acerca de la manera de indemnizarle un dia, con el ducado de Parma ó de Plasencia, segun pensaba entonces el primer Cónsul. La conducta del Rey de Cerdeña y su decision por los ingleses durante la última campaña de Egipto, habian irritado en gran manera al Gefe del gobierno frances: sin embargo, éste tenia mejores razones que la cólera para obrar de aquel modo: conceptuaba el Piamonte como una de las provincias italianas mas preciosas é interesantes para nosotros; porque nos permitia desembocar siempre en Italia, y tener continuamente en ella un ejército; y finalmente, porque venia á ser para la Francia, lo que por tanto tiempo habia sido el Milanesado para el Austria.

Como siempre se habia estado de acuerdo con la Rusia acerca de los asuntos de Alemania, no existia por lo tanto ninguna dificultad sobre este último punto.

Redactóse, pues, el tratado sobre estas bases, de acuerdo con el nuevo negociador M. Markoff, que acababa de llegar de San Petersburgo. Primero, se firmó un tratado público en el cual se dijo pura y sencillamente que la buena inteligencia se habia restablecido entre los dos gobiernos, y que no sufririan que los súbditos emigrados de ambos paises, se entretuviesen en fraguar planes criminales contra su antigua patria. Este artículo se referia por una parte á los polacos, y por la otra á los Borbones. A este tratado público se añadió un convenio secreto, en el cual se estipulaba, que estando contentos ambos imperios de su intervencion respectiva en los asuntos de Alemania en la época del tratado de Teschen, reunirian de nuevo su influjo para convenir en Alemania los arreglos territoriales que fuesen mas favorables al mejor equilibrio de la Europa; que especialmente la Francia se dedicaria á procurar una indemnizacion ventajosa al elector de Baviera, al gran duque de Wurtemberg y al gran duque de Baden, (habíase añadido este último á la lista de los protegidos de la Rusia, á causa de la nueva Emperatriz que era una princesa de Baden), que se evacuarian los Estados de Nápoles en cuanto se concluyese la paz marítima, y gozarian de la neutralidad en caso de guerra, y por último, que se entenderian amistosamente acerca de los intereses del Rey de Cerdeña cuando hubiese tiempo para ello, *y de la manera mas compatible con el estado actual de las cosas.*

El primer Cónsul envió inmediatamente á San Petersburgo á su ayudante de campo Caulaincourt, para que entregase al jóven Emperador una carta,

escrita hábil y cariñosamente, en la cual se felicitaba por haber concluido la paz, le informaba con cierta especie de complasencia de una multitud de pormenores, y se presentaba, como si en adelante quisiera caminar de acuerdo con él respecto á los grandes negocios del mundo. Entretanto que se enviaba un embajador, M. de Caulaincourt, debia reemplazar á Duroc, que se habia apresurado á dejar á San Petersburgo. El primer Cónsul habia remitido á este último una cantidad considerable de dinero, con órden de asistir á la coronacion del Emperador, y representar á la Francia con la mayor brillantez; pero no habia tenido tiempo de recibir aquella carta, y se habia marchado, decidiéndole á ello otra causa. Alejandro habia mandado que se le invitase para que asistiese á su coronacion, pero M. de Panin no le habia transmitido la invitacion. Habiendo mediado algo mas tarde algunas explicaciones sobre este punto, incomodado el Emperador de que no se hubieran ejecutado sus órdenes, mandó á M. de Panin que se retirase á sus posesiones, y le reemplazó con M. de Kotschoubey, uno de los individuos de su consejo privado. De este modo empezaba el jóven emperador á desembarazarse de los hombres que habian contribuido á su subida al trono, y que querian arrastrarle á seguir su política, exclusivamente inglesa. Todo hacia, pues, presagiar buenas relaciones con la Rusia, y las consideraciones delicadas y lisonjeras del primer Cónsul, contribuian á hacer mas positivo este resultado.

Fiesta por la paz general.

Aquellos diversos tratados que completaban la paz del mundo, fueron firmados casi al mismo tiempo que los preliminares de Lóndres. La satisfaccion pública habia llegado á su colmo, y para celebrar la paz general se dispuso una gran fiesta, que se fijó para el 18 de Brumario. No podia hacerse una eleccion mas acertada, porque á la revolucion del 18 de Brumario era á la que se debian tan hermosos resultados. Lord Cornwallis debia asistir á aquella solemnidad. En efecto, llegó á Paris el 16 de Brumario (7 de Noviembre) con muchos de sus compatriotas; pues apenas se firmaron los preliminares, se multiplicaron las solicitudes de pasaportes, de tal modo, que no siendo suficientes 300 que se habian enviado á M. Otto, fue necesario remitirle un número ilimitado. El mismo empeño en obtener salvos conductos manifestaron los buques destinados á venir á nuestros puertos á cargar géneros franceses, y á traernos mercancias inglesas. Todas aquellas peticiones fueron satisfechas de buena fé, y al punto se hallaron restablecidas las relaciones con una prontitud y un ardor increibles. El 18 de Brumario estaba Paris lleno de ingleses, impacientes de ver aquella Francia tan nueva, y que de pronto se habia vuelto tan brillante, y sobre todo por ver al hombre que era entonces la admiracion de la Inglaterra y del mundo. El ilustre Fox se contaba en el número de los ingleses impacientes por visitar á la Francia. El dia en que se verificó aquella solemnidad, que fue hermoso, por la alegria serena y entrañable que animaba á todas las clases de la sociedad, quedó prohibida la circulacion de carruages, sin exceptuar ningun otro que el de lord Cornwallis. La multitud abria paso con celo y respeto ante aquel ilustre representante de los ejércitos ingleses, que venia á hacer la paz de su nacion con la nuestra; y que estaba sorprendido al encontrar aquella Francia tan diferente de los odiosos y repugnantes cuadros que trazaban en Lóndres los emigrados. Todos sus compatriotas participaban del mismo sentimiento, y lo expresaban con ingenua admiracion.

Noviembre de 1801. — Lord Cornwallis en Paris.

Mientras se verificaba en Paris esta fiesta, se daba un soberbio banquete en la Cité de Lóndres, y se acogian y contestaban con ruidosas aclamaciones, los siguientes brindis:

Al Rey de la Gran Bretaña!

Al príncipe de Gales!

A la libertad, á la prosperidad de los Reinos-Unidos de la Gran Bretaña y de la Irlanda!

Al primer Consul Bonaparte, á la libertad, á la dicha de la Republica francesa!

Ruidosas y unánimes aclamaciones acompañaron á este último brindis.

Francia habia hecho la paz con todas los potencias de la tierra; pero quedábale por concluir la paz con la Iglesia, paz mas dificil quizas que las pre-

cedentes, pues exigia otro genio que el de las batallas, y era muy deseada, porque debia restablecer el sosiego en las almas y la union en las familias. Ha llegado, pues, el momento en que debemos narrar las laboriosas negociaciones seguidas con el representante de la Santa Sede.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

CONCORDATO.

La Iglesia Católica durante la Revolucion francesa.—Constitucion civil del Clero, decretada por la Asamblea Constituyente.—Aquella Constitucion habia querido asemejar la administracion del culto á la del reino, establecer una diócesis por departamento, hacer que los fieles eligiesen á los Obispos, y dispensar á estos dela institucion canónica.—Juramento á esta Constitucion que se exigió del Clero.—Oposicion á prestarle, y cisma.—Diversas categorías de sacerdotes, su representacion y su influencia.—Inconveniente de aquel estado de cosas.—Medios que proporcionó á los enemigos de la Revolucion para turbar el sosiego del Estado y de las familias.—Varios sistemas propuestos para remediar el mal.—El sistema de la inaccion.—El sistema de una Iglesia francesa, cuyo gefe seria el primer Cónsul.—El sistema de proteccion al protestantismo.—Opinion del primer Cónsul sobre los varios sistemas propuestos.—Forma el proyecto de restablecer la Religion Católica, acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.—Quiere deponer á los antiguos Obispos titulares, reducir á 60 sedes las 158 existentes, crear un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas sectas, apropiar al Estado la policía de los cultos, señalar un sueldo á los sacerdotes, en vez de una dotacion territorial, y por último, que la Iglesia apruebe la venta de los bienes nacionales.—Relaciones amistosas del Papa Pio VII con el primer Cónsul.—Monseñor Spina, encargado de negociar en Paris, retarda dicha negociacion atendiendo al interes temporal de la Santa Sede.—Deseo secreto de recobrar las Legaciones.—Monseñor Spina conoce al fin la necesidad de apresurarse.—Se avista con el clérigo Bernier, encargado de tratar por Francia.—Dificultades del plan propuesto á la corte romana.—El primer Cónsul envia su proyecto á Roma, y pide su respuesta al Papa.—Son consultados tres cardenales.—Despues de esta consulta quiere el Papa, que la Religion católica sea declarada Religion del Estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares, y tambien de aprobar de otro modo que con su silencio la venta de los bienes de la Iglesia, &c.—Debates con M. de Cacault, ministro de Francia en Roma.—Cansado el primer Cónsul de aquella tardanza manda á M. de Cacault que deje á Roma en el término de cinco dias, si durante aquel plazo no se adopta el Concordato.—Temores del Papa y del Cardenal Consalvi.—M. de Cacault sugiere al gobierno pontificio la idea de enviar á Paris al cardenal Consalvi.—Salida de este para Francia, y sus temores.—Su llegada á Paris.—Buena acogida que le hace el primer Cónsul.—Conferencias con el clérigo Bernier.—Pónense de acuerdo acerca del principio de la Religion del Estado.—Declárase la Religion Católica, como la de la mayoría de los franceses.—Acéptanse con algun cambio en la redaccion, las demas condiciones propuestas por el primer Cónsul, relativas á que sean depuestos los antiguos Obispos titulares, á la nueva demarcacion, y á la venta de los bienes de la Iglesia.—Pónense definitivamente de acuerdo sobre todos los puntos.—Esfuerzos intentados en el último momento por los adversarios del restablecimiento del culto, á fin de impedir que el primer Cónsul firme el Concordato.—El primer Cónsul persiste en su idea.—Fírmase el Concordato el 15 de Julio de 1801.—Vuelve á Roma el cardenal Consalvi.—Satisfaccion del Papa.—Solemnidad de las ratificaciones.—Elige al Cardenal Caprara como legado á látere.—El primer Cónsul deseaba celebrar el 18 de Brumario la paz con la Iglesia, al mismo tiempo que con todas las potencias de Europa.—La necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para obtener sus dimisiones lo retarda.—El Papa pide á todos los antiguos obispos constitucionales ó no constitucionales que hagan su dimision.—Prudente sumision de los constitucionales.—Noble resignacion de los individuos del antiguo clero.—Admirables respuestas.—Solo se resisten los Obispos retirados en Londres.—Todo está pronto para el restablecimiento del culto en Francia, pero una viva oposicion en el seno del Tribunado causa nuevas dilaciones.—Necesidad de vencer aquella oposicion antes de pasar adelante.

Marzo de 1801.

Negociaciones con la Santa Sede.

El primer Cónsul hubiera deseado que en el aniversario del 18 de Brumario, destinado á celebrar la reconciliacion de Francia con Europa, se hubiese tambien celebrado la reconciliacion de Francia con la Iglesia. Con este objeto habia hecho los mayores esfuerzos para terminar en tiempo oportuno las negociaciones pendientes con la Santa Sede, pues deseaba que las ceremonias religiosas se mezclasen á las fiestas populares. Pero todavia es menos fácil tratar con el poder espiritual que con el temporal; porque no bastan para con el primero las batallas ganadas, y á mas, es honor de la razon humana no dejarse vencer sino con la fuerza acompañada de la persuacion.

Este era el difícil trabajo que el vencedor de Rivoli y de Marengo habia emprendido para reconciliar á la Iglesia romana con la República francesa.

La Revolucion, como ya lo hemos dicho mas de una vez, habia ido en muchas cosas mas lejos de donde debiera. Hacerla retroceder, en cuanto á estas cosas solamente, era una reaccion justa y bienhechora que el primer Cónsul habia emprendido, y que á la sazon llevaba á cabo admirablemente por la prudencia y habilidad de los medios que empleaba al efecto.

La Religion era evidentemente una de las cosas, respecto á las cuales habia traspasado la Revolucion todos los límites justos y razonables. En ninguna otra cosa habia tanto que reparar.

Estado del Clero durante la revolucion.

Bajo la antigua monarquia habia existido un clero poderoso, en posesion de una gran parte del territorio; exento de contribuir á las cargas públicas, y haciendo, solo cuando lo tenia á bien, algunos donativos voluntarios al tesoro real; constituido en poder político y formando uno de los tres órdenes que expresaban la voluntad nacional en los Estados generales. La Revolucion habia hecho desaparecer al clero con su riqueza, su influjo y privilegios, de la misma manera que la nobleza, los parlamentos y hasta el mismo trono; siendo imposible que sucediese de otro modo. Un clero propietario y constituido en un poder político, podria convenir en la sociedad de la edad media, y ser entónces útil á la civilizacion, pero era inadmisible en el siglo XVIII. La Asamblea Constituyente habia hecho bien en abolirle, y reemplazarle con un clero dedicado únicamente á las funciones del culto; extraño á las deliberaciones del Estado, y asalariado en vez de ser propietario. Pero pedir á la Santa Sede que aprobase todos aquellos cambios era exigirle demasiado. Si se queria lograrlo, se necesitaba obrar con cierta prudencia, y no suministrarle un pretexto legítimo para decir que se atacaba á la misma Religion en lo que tenia de inmutable y sagrado. Impulsada la Asamblea Constituyente por su aficion á la regularidad, tan natural del espíritu de los reformadores, asemejó, sin vacilar, la administracion de la Iglesia á la del Estado. Habia diócesis muy extensas y otras muy reducidas, y por lo tanto quiso que la demarcacion eclesiástica fuese la misma que la administrativa, para lo cual creó una diócesis por departamento. Como habia hecho electivos todos los empleos civiles y judiciales, quiso tambien que lo fuesen los cargos eclesiásticos, pareciéndole, por otra parte, una disposicion muy análoga á los tiempos de la Iglesia primitiva, en que los Obispos eran elegidos por los fieles. Tambien suprimió de un golpe la institucion canónica, es decir, la confirmacion de los Obispos por el Papa; y con todas estas disposiciones formó lo que se ha llamado la Constitucion civil del clero. Los hombres que obraban asi estaban animados de las intenciones mas piadosas, y eran verdaderos creyentes, y jansenistas fervorosos, pero de espíritu limitado, y preocupados de cuestiones teológicas; y por lo tanto muy peligrosos en los negocios humanos. Para completar su falta, exigieron del clero frances que prestase juramento á la Constitucion civil, lo cual era crear un caso de conciencia para los sacerdotes sinceros y sencillos, y un pretexto para los malcontentos; y en una palabra, preparar un cisma. Roma, sensible ya á las desventuras del trono, se irritó en breve con las desdichas del altar, y prohibió el juramento. Fiel á su mandato una parte del clero rehusó prestarle; pero la otra con-

Constitucion civil del Clero.

Lo que era este juramento.

sintió en ello, y formó bajo el título de clero *juramentado* ó constitucional, el solo admitido á ejercer las funciones del culto. No se proscribió entónces á los sacerdotes, contentándose con prohibir el ejercicio del sacerdocio á los unos, y facultar á los otros para que lo desempeñasen; pero los fieles prefirieron generalmente á los sacerdotes separados, porque la conciencia religiosa es susceptible, pronta á alarmarse, y dispuesta sobre todo á desconfiar del poder. Así, pues, miraban con preferencia á los eclesiásticos que pasaban por ortodoxos, y parecian perseguidos, y se alejaban por instinto de aquellos cuyo catolicismo se ponia en duda, y eran apoyados por el gobierno; resultando de aquí un culto público y otro clandestino; este mas seguido que el primero. Las pasiones enemigas de la Revolucion se ligaron entonces con la Religion ofendida, y la precipitaron en las faltas del espíritu de partido. En breve se pasó de un cisma á la mas espantosa guerra civil en los campos de la Vendée; la Revolucion no se quedó atras, y de la simple privacion de las funciones eclesiásticas llegó en breve á la persecucion, proscribiendo á los sacerdotes y deportándolos. Despues se siguió la abolicion de todos los cultos, y el proclamarse al Ser Supremo; y desde entónces los sacerdotes sometidos ó no á las leyes, y los *juramentados* ó no *juramentados*, fueron tratados de un mismo modo, y enviados todos á aquel mismo cadalso, en donde iban á morir juntos realistas y constituyentes, girondinos y montañeses.

Cisma y persecucion en tiempo de la Legislativa y la Convencion.

En tiempo del Directorio cesó la sangrienta proscripcion; pero el incierto sistema que seguia, inclinándose tan pronto á la indiferencia como al rigor, mantuvo aun en cierto estado de ansiedad á la Iglesia proscripta. El primer Cónsul por su poder y por la evidencia de sus intenciones reparadoras, tranquilizando á todos los que habian sufrido, bajo cualquier título que fuese, hizo que saliesen de sus ocultos retiros, ó volviesen del destierro, los ministros del culto; pero al sacarlos de nuevo de su obscuridad, hizo mas patente el cisma, y acaso mas chocante. Para evitar la dificultad del juramento cesó de exigirlo, sustituyéndole con una simple promesa de sumision á las leyes, y aunque esta promesa, que no podia alarmar la conciencia de los sacerdotes, habia facilitado su vuelta, habia añadido en cierto modo, nuevas divisiones á las que existian ya, creando en el seno del clero una categoria mas.

Estado de los cultos en tiempo del Directorio.

Habia sacerdotes constitucionales ó *juramentados*, legalmente investidos de las funciones sacerdotales, que se les habian devuelto en virtud de un decreto del primer Cónsul. Habia sacerdotes *no juramentados*, que no habian querido prestar ninguna clase de juramento, y que despues de haber vivido, ó desterrados ó presos, acababan de aparecer en masa en los primeros dias del Consulado, y oficiaban en casas particulares, declarando malo el culto público que se practicaba en las iglesias. Finalmente, estos sacerdotes *no juramentados* se dividian en sacerdotes que no habian hecho la *promesa*, y sacerdotes que se habian resignado á hacerla. Estos últimos no eran enteramente del agrado de los ortodoxos. Acudióse á Roma, quién, por consideraciones al primer Cónsul, rehusó explicarse; pero el Cardenal Maury, retirado en los Estados de la Santa Sede, donde habia recibido el Obispado de Montefiascone, y mediador del partido realista cerca del Papa, no queriendo, al menos entónces, favorecer la sumision de los sacerdotes al nuevo gobierno, interpretó el silencio de Roma, é hizo llegar á Francia, con motivo de la *promesa*, cartas de desaprobacion que aumentaron la turbacion de las conciencias.

Diferentes clases de sacerdotes á consecuencia del cisma.

Todos estos sacerdotes divididos tenian sus respectivas gerarquías. Los sacerdotes constitucionales obedecian á los Obispos elegidos bajo el régimen de la Constitucion civil: de estos Obispos habia algunos que habian muerto, unos naturalmente, y otros á mano airada, los que habian sido reemplazados por otros, elegidos irregularmente, y que en medio de la proscripcion que pesaba sobre todos los cultos, habian usurpado sus poderes, ó se habian

A quién obedecian los juramentados y los no juramentados.

hecho elegir por cabildos clandestinos, especie de juntas religiosas sin ninguna autoridad ni legal ni moral. De aquí resultaba que aun los poderes de los Obispos constitucionales, segun la Constitucion civil, eran algunos bastante dudosos, y no gozaban de ningun crédito; y si bien habia entre las personas que componian este clero, algunas muy respetables, en lo general habian perdido la confianza de los fieles, porque se sabia que estaban en desacuerdo con Roma, y porque al mezclarse en las cuestiones religiosas y políticas de aquella época, habian perdido su dignidad sacerdotal. En efecto, muchos de ellos eran furibundos individuos de los clubs, y hombres inmorales; y los mejores eran sacerdotes sinceros y piadosos, á quienes el furor del jansenismo habia impulsado hácia el cisma.

El clero que se llamaba ortodoxo tenia tambien sus Obispos que ejercian una autoridad menos pública, pero mas efectiva, y muy peligrosa. Casi todos los Obispos *no juramentados* habian emigrado á Italia, España, Alemania, y sobre todo á Inglaterra, atraidos por el socorro que les suministraba el gobierno británico. Siguiendo desde estos diversos puntos una correspondencia con sus diócesis por medio de los vicarios elegidos por ellos y aprobados por Roma, gobernaban su iglesia desde el seno del destierro, bajo la inspiracion de las pasiones que crea la expatriacion, y á veces hasta en beneficio de los enemigos de la Francia. Los que habian fallecido, que no eran pocos al cabo de diez años, habian sido reemplazados por todas partes con gobernadores ocultos, provistos de poderes de la corte de Roma; de modo, que una de las precauciones mas prudentes y antiguas de la iglesia galicana, la de que las sedes vacantes se gobernasen por los cabildos, y no por los agentes de la Santa Sede, se hallaba enteramente olvidada. Asi habia perdido la iglesia francesa su independencia, porque se veia gobernada directamente por Roma, desde el momento en que dejaba de serlo por los Obispos cómplices de la emigracion. Pasado algun tiempo mas, todos los Obispos emigrados habrian muerto, y toda la iglesia de Francia hubiera quedado sometida á la autoridad ultramontana.

Hay hombres á quienes afecta poco el aspecto moral de una sociedad desgarrada por mil sectas, y quieren que el gobierno desprecie como cosas que le son extrañas, ó que respete como sagradas para él, esas divergencias religiosas; sin embargo, hay algo que no permite esta presuntuosa indiferencia, y es el desórden profundo de la sociedad, sobre todo cuando está siempre dispuesto á cambiarse en un desórden material.

Influjo del clero enemigo del gobierno

Estas diversas clases del clero, se esforzaban por atraerse las conciencias. El clero constitucional tenia poco poder, y solo servia de motivo á las recriminaciones de los jacobinos, que tenian por costumbre decir, que se sacrificaba por todas partes á la Revolucion, especialmente en la persona de los únicos sacerdotes que se habian adherido á su causa; en lo cual era evidente que nada podia hacer el gobierno, porque no dependia de él inclinar el ánimo de los fieles en favor de este ó del otro clero. Pero el clero llamado ortodoxo obraba sobre los ánimos en un sentido enteramente contrario al órden establecido; y procuraba alejar del gobierno á todos los que, cansados de las disensiones civiles, iban aproximándose al primer Cónsul. Si les hubiera sido posible despertar las pasiones de la Vendée lo hubieran hecho; pues aun daban pábulo á sordas desconfianzas, y á cierta especie de descontento. Inquietaban la parte del mediodia, menos sometida que la Vendée, y en las montañas del centro de la Francia, reunian tumultuosamente las poblaciones alrededor de los curas ortodoxos. Por todas partes inquietaba este clero las conciencias, y sembraba la agitacion en las familias, persuadiendo á todos los que habian sido bautizados ó casados por los *juramentados*, que no se hallaban en el seno de la verdadera comunion católica; y debian bautizarse ó casarse de nuevo, si querian ser verdaderos cristianos, ó salir del estado de concubinato. Asi, pues, se ponia en duda el estado de las familias, no bajo el punto de vista legal, pero si bajo el religioso. Tambien existian mas de 10.000 eclesiásticos casados, los cuales arrastrados por el vértigo de aquella época, ó dominados por el terror, habian buscado en el matrimonio, ó el medio de sa-

tisfacer pasiones que no habian sabido reprimir, ó una abjuracion que los salvase del cadalso, y todos estos que ya eran esposos y padres de familias numerosas, se veian objeto de la censura pública, mientras no alcanzasen el perdon de Roma.

Los compradores de bienes nacionales, á quienes el gobierno estaba mas interesado en protejer que á los demas ciudadanos, vivian tambien con la misma agitacion y zozobra. Asediábanlos en el lecho de la muerte con sugestiones pérfidas, y los amenazaban con la condenacion eterna si no consentian en verificar ciertos convenios por medio de los cuales quedaban despojados de sus bienes, viniendo á ser asi la confesion un arma poderosa de la que se servian los emigrados para atacar la propiedad, el crédito público, y en una palabra, uno de los principios mas esenciales de la Revolucion, cual era la inviolabilidad de la venta de los bienes nacionales. Contra males de este género eran igualmente impotentes la policía del Estado y las leyes.

Todos estos desórdenes no eran de esos que un gobierno puede mirar con indiferencia. Cuando las sectas religiosas no dan de sí otra consecuencia que pululur en un territorio tan extenso como el de América, y sucederse hasta lo infinito, no dejando tras de sí mas que el recuerdo pasagero de invenciones ridículas ó de prácticas inmundas, se concibe, hasta cierto punto, que el Estado permanezca tranquilo é indiferente. La sociedad presenta entónces un triste aspecto moral, pero el órden público no se altera. No sucedia asi en 1801 enmedio de la antigua sociedad francesa, pues no podia abandonarse sin correrse un peligro inmenso la direccion de las almas á las facciones enemigas, ni dejarse en sus manos las teas de la guerra civil, con facultad de agitarlas cuando quisiesen sobre la Vendée, la Bretaña y las Cévenas. No podia permitirseles que turbasen la tranquilidad de las familias, que asediasen el lecho de los moribundos para arrancarles estipulaciones inicuas, que pusiesen en duda el crédito del Estado, y que, finalmente, conmoviesen toda una clase de propiedades, justamente las mismas que la Revolucion habia prometido serian inviolables.

Las ideas dal primer Cónsul acerca de la constitucion de las sociedades eran demasiado exactas y profundas, para que pudiese ver con indiferencia los desórdenes religiosos de la Francia en aquella época; y por otro lado, tenia para ocuparse de ellos motivos mas elevados que los que acabamos de indicar, si puede haberlos mas que el órden público y la tranquilidad de las familias.

Necesidad que tienen todos los pueblos de una religion.

Toda asociacion humana necesita tener una creencia religiosa y un culto. Arrojado el hombre en medio del mundo, sin saber ni de donde viene, ni á donde va, por qué sufre, ni aun por qué existe; ignorando que recompensa ó que castigo recibirán los continuos trabajos y agitaciones de su vida; asediado con las contradicciones de sus semejantes, de los cuales unos le dicen que hay un Dios, autor sapientísimo y eterno de todas las cosas, y otros que no le hay; estos que hay un bien y un mal que debe servir de norma á su conducta; aquellos que no hay ni bien ni mal, y que estas son palabras inventadas por el interes de los grandes de la tierra; en medio de estas contradicciones, siente el hombre la necesidad imperiosa, irresistible, de crearse una creencia invariable sobre todos aquellos objetos. Asi es, que verdadera ó falsa, sublime ó ridícula se forma una. Por todas partes, en cualquier época y en todos los paises, asi en la antigüedad como en los tiempos modernos, en los paises civilizados como en los salvages, se encuentra al hombre al pie de los altares, venerables los unos, innobles ó sanguinarios los otros. Cuando no reina una creencia establecida, mil sectas encarnizadas en sus disputas, como en América, mil supersticiones vergonzosas, como en China, agitan ó degradan el entendimiento humano; ó bien, si, como en Francia en 1793, una conmocion pasagera ha destruido la antigua Religion del pais, el hombre despues de haber prometido no creer nada, se desmiente pasados algunos dias, y el culto insensato de la diosa de la Razon, erigido junto al cadalso, viene á probar que aquella promesa era tan vana como impía.

A juzgar, pues, por su conducta comun y constante, el hombre necesita una creencia religiosa; y siendo esto asi

¿qué puede desearse mejor para una sociedad civilizada que una Religion nacional, fundada en los verdaderos sentimientos del corazon humano, conforme á las reglas de una moral pura, consagrada por el tiempo, y que sin intolerancia y sin persecuciones reuna, si no la totalidad, al menos la gran mayoria de los ciudadanos, al pie de un altar antiguo y respetado?

Semejante creencia no puede inventarse cuando no cuenta muchos siglos de existencia. Los filósofos mas sublimes pueden crear una filosofia, y agitar con su ciencia el siglo que honran; pueden hacer pensar, pero no creer. Un guerrero cubierto de gloria puede fundar un imperio, pero no sabria fundar una religion. Que en los tiempos antiguos haya habido sábios ó héroes, que atribuyéndose relaciones con el cielo, hayan podido someter á los pueblos é imponerles una creencia, es cosa reconocida; pero en los tiempos modernos, se reputaria como un impostor al fundador de una Religion; y bien se hallase rodeado de terror como Robespierre, ó de gloria como el jóven Bonaparte, al fin no lograria mas que cubrirse de ridículo.

Nada podia inventarse en 1800, pues existia una creencia pura, moral, antigua; la Religion de Cristo, obra de Dios segun unos, de los hombres segun otros, pero segun todos, obra profunda de un reformador sublime: reformador comentado durante diez y ocho siglos por los concilios, por esas grandes asambleas de los talentos eminentes de cada época, ocupados en discutir bajo el titulo de heregías todos los sistemas filosóficos, adoptando sucesivamente sobre cada uno de los problemas del destino del hombre, las opiniones mas plausibles, las mas sociales; adoptándolas, por decirlo asi, por la mayoria del género humano, y llegando, en fin, á producir ese cuerpo de doctrina invariable, atacado con frecuencia, pero siempre triunfante, que se llama UNIDAD CATÓLICA, á cuyo pie han llegado á someterse los mas bellos ingenios. Existia esa Religion que habia colocado bajo su imperio á todos los pueblos civilizados, formado sus costumbres, inspirádoles sus cantos, y los asuntos de sus poesias, de sus cuadros y de sus estátuas, perpetuándose sus huellas en todos los recuerdos nacionales, y grabando su signo en sus banderas, alternativamente vencidas ó victoriosas. Habia desaparecido por un momento á impulsos de una gran tempestad del entendimiento humano; pero disipada aquella, y reproducida la necesidad de creer, habia vuelto á encontrarse en el fondo de las almas, como la creencia natural é indispensable de la Francia y de la Europa.

Motivos que inducen al primer Cónsul á restablecer el culto Católico.

¿Qué cosa mas indicada ni mas necesaria en 1800 que levantar de nuevo el altar de San Luis, de Carlo-Magno y de Clodoveo, por un momento destruido? El general Bonaparte que habria parecido ridículo, si hubiera querido hacerse profeta ó revelador, desempeñaba el verdadero papel que le designaba la Providencia, levantando con sus victoriosas manos aquel altar venerable, y atrayendo á él con su ejemplo á los pueblos por algun tiempo descaminados. ¡Y necesaria era toda su gloria para acometer semejante empresa! Algunos genios eminentes no solo entre los filósofos sino tambien entre los Reyes, Voltaire y Federico, habian derramado el desprecio sobre la Religion católica, y acostumbrado á los pueblos á que se mofasen de ella por espacio de cincuenta años; y por lo tanto solo el general Bonaparte que tenia tanto genio como Voltaire, y habia adquirido una gloria mucho mayor que la de Federico, podia, con su ejemplo y su nombradia hacer olvidar las bufonadas del último siglo.

Respecto á este punto, ninguna duda habia nacido en su pensamiento. Aquel doble motivo de restablecer el órden en el Estado y en las familias, y de satisfacer la necesidad moral de las almas, le habia inspirado el firme propósito de restablecer la Religion católica bajo su antiguo pie, á excepcion de las atribuciones politicas que juzgaba incompatibles con el estado actual de la sociedad francesa.

Sabiendo ya los motivos que le dirijian ¿será necesario saber si obraba por una inspiracion de fe religiosa, ó bien por politica ó por ambicion? Obraba asi con prudencia y sabiduría, es decir, á consecuencia de un profundo conocimiento de la naturaleza humana, y esto basta. Lo demás es un misterio, que la curiosidad, siempre natural cuando se trata de un grande hombre, puede ocuparse

en penetrar, pero que importa poco. No obstante, debemos decir, respecto á esto, que la constitucion moral del general Bonaparte le inducia á las ideas religiosas. Una inteligencia superior queda prendada, á proporcion de su superioridad, de las bellezas de la creacion, siendo estas las que descubre la inteligencia en el Universo, y un talento privilegiado es mas capaz que uno mediano de descubrir á Dios por medio de sus obras. El general Bonaparte sostenia con gusto algunas discusiones filosóficas y religiosas con Monge, Lagrange y Laplace, sábios á quienes honraba y amaba, y á quienes confundia á menudo en su incredulidad, por la precision y vigor natural de sus argumentos. A esto se debe añadir, que criado en un pais inculto y religioso, y cerca de una madre piadosa, la vista del antiguo altar católico despertaba en él los recuerdos de la infancia, tan poderosos siempre en una imaginacion sensible y grande. Respecto á la ambicion; que ciertos detractores han querido dar como único móvil de su conducta en aquella circunstancia, no abrigaba por cierto entonces otra, que la de hacer el bien en todas las cosas; y no hay duda que, si como recompensa de su buena conducta y del bien que proporcionaba, veia algun aumento de poder, se le debe perdonar; pues no hay ambicion mas noble ni mas justa que la que procura fundar su poder satisfaciendo las verdaderas necesidades de los pueblos.

Dificultades que ofrecia en 1801 el restablecimiento del culto católico.

La tarea que se habia impuesto, fácil en la apariencia, porque se trataba de satisfacer una necesidad pública muy efectiva, era, no obstante, espinosa en extremo. Casi todos los hombres que le rodeaban, se hallaban poco dispuestos al restablecimiento del antiguo culto; y estos hombres, magistrados, guerreros, literatos ó sábios, eran los autores de la Revolucion francesa, los verdaderos y únicos defensores de aquella Revolucion, ya tan denigrada, y con ayuda de los cuales era necesario terminarla, reparando sus faltas, y sancionando difinitivamente sus resultados benéficos y legítimos. El primer Cónsul tenia, pues, por contrarios, á sus colaboradores, á sus sostenedores y amigos, los cuales si bien como pertenecientes al partido revolucionario moderado no habian hecho derramar sangre, como Robespierre y Saint-Just, y desaprobaban los grandes excesos de la Revolucion, habian participado, sin embargo, de los errores de la Asamblea Constituyente, y repetido sonriéndose, los chistes de Voltaire, y no era fácil hacerles confesar que habian desconocido por mucho tiempo, las mas altas verdades del órden social. Los sábios como Laplace, Lagrange, y sobre todo Monge, decian al primer Cónsul, que iba á abatir ante Roma la dignidad de su gobierno y de su siglo. M. Rœderer, el monárquico mas fogoso de aquella época, que deseaba ver restablecida la monarquia lo mas pronto y completamente que fuese posible, veia, no obstante, con sentimiento el proyecto de restablecer el antiguo culto. Hasta el mismo M. de Talleyrand, panegirista constante de cuanto podia apróximar el presente con lo pasado, y la Francia con la Europa, M. de Talleyrand, segundo agente, pero zeloso y útil de la paz general, veia sin embargo, con bastante frialdad lo que se llamaba la paz religiosa. Queria que no se persiguiese á los sacerdotes, pero incomodado por recuerdos personales, no deseaba ni lo mas mínimo el restablecimiento de la antigua Iglesia católica con su regla y su disciplina. Los compañeros de armas del general Bonaparte, los generales que habian combatido á sus órdenes, faltos la mayor parte de la primitiva educacion, y empapados con las vulgares chanzonetas de los campamentos, y algunos con las declamaciones de los clubs, mostraban cierta repugnancia á que se restaurase el culto; porque aunque rodeados de gloria, parecia como que recelaban el ridículo que podia alcanzarles al pie de los altares. Por último, los hermanos del general Bonaparte, que trataban mucho con los letrados de aquella época, y estaban imbuidos en los escritos del último siglo, temiendo á todo lo que al parecer presentaba una resistencia formal al poder de su hermano, y no sabiendo distinguir que tras la resistencia interesada ó poco ilustrada de los partidarios del gobierno, habia la necesidad real que empezaban á sentir las masas populares, aconsejaban que desistiese de lo que ellos miraban como una reaccion imprudente ó prematura.

Opiniones diversas que sostenian las personas que rodeaban al primer Cónsul.

Asi, pues, rodeaban al primer Cónsul dándole consejos y pareceres de todas clases. Decianle los unos que no se mezclase en los asuntos religiosos, y se limitase á no perseguir á los sacerdotes, dejando á los *juramentados y no juramentados* que se entendiesen entre sí. Reconociendo otros el peligro de mostrarse indiferentes sobre este asunto, le instaban para que aprovechase la ocasion y se hiciese al momento gefe de una iglesia francesa, quitando asi de las manos de una autoridad extraña el inmenso poder de la Religion. Otros, en fin, le proponian que impulsase la Francia hácia el protestantismo, diciéndole que si él se hacia protestante todos seguirian con ardor su ejemplo.

A estos consejos vulgares, oponia el primer Cónsul todas las fuerzas de su razon y de su elocuencia. Habia juntado una biblioteca religiosa compuesta de pocos pero excelentes libros, la mayor parte relativos á la historia de la Iglesia, y sobre todo á las relaciones de la Iglesia con el Estado; habia mandado que le tradujesen los escritos latinos de Bossuet sobre esta materia, y devoraba su lectura en los cortos instantes que le dejaban libre la direccion de los negocios; y supliendo con su genio lo que ignoraba, como en la formacion del código civil, asombraba á todos con la exactitud, precision y variedad de su saber en materia de cultos. Segun su costumbre, cuando tenia una idea fija, hablaba de ello diariamente con sus colegas, con sus ministros, con los miembros del Consejo de Estado ó del Cuerpo Legislativo, y finalmente, con todos los hombres, cuya opinion creia útil rectificar, impugnando sucesivamente los sistemas erróneos que le proponian, y haciéndolo con argumentos precisos, claros y decisivos.

Respuestas del primer Cónsul á los diferentes sistemas que le proponian.

Al sistema que consistia en no mezclarse en los negocios religiosos, contestaba que la indiferencia tan decantada por ciertos espíritus desdeñosos, era poco adaptable en un pueblo, al cual, por ejemplo, acaba de vérsele invadir una iglesia y amenazar saquearla porque se habia negado la sepultura en ella á una actriz muy querida del público. ¿Cómo permanecer indiferente en un pais que pretendiendo serlo, lo era tan poco? El primer Cónsul preguntaba ademas ¿cómo podria conducirse para no mezclarse en los asuntos religiosos, cuando los sacerdotes *juramentados y no juramentados* se disputaban entre si los edificios del culto, y á cada instante invocaban la intervencion de la autoridad pública para que se les quitasen á los unos y se les diesen á los otros? Tambien preguntaba ¿qué haria, cuando el clero constitucional, que tan poco partido tenia ya entre los fieles, se viese abandonado enteramente por ellos, y el clero que se habia negado á hacer el juramento, único á quien se escuchaba y se seguia, se hallase exclusivamente en posesion del culto, como asi sucedia ya, practicándole en reuniones clandestinas? ¿No seria, al fin, necesario restituir las temporalidades del culto á los que ya habrian conquistado el poder espiritual? ¿y no seria esto mezclarse en los asuntos religiosos? Ademas, era necesario atender á la subsistencia de aquellos eclesiásticos, á quienes la Revolucion habia desposeido de su propiedad territorial, y para esto señalarles ciertas dotaciones que figurasen en el presupuesto del Estado, ó bien consentir que ellos organizasen, á título de contribuciones voluntarias, un vasto sistema de impuestos, cuyo producto ascenderia á una suma de 30 ó 40 millones de francos, cuya distribucion perteneceria á ellos solos, quizas á una autoridad extraña, y acaso tambien servirian un dia para alimentar en la Vendée, sin que el gobierno pudiese sospecharlo, á los antiguos soldados de la guerra civil. De cualquier modo se veria obligado el gobierno, á pesar suyo, á salir de su inaccion, sea porque tuviese que sostener el órden, sea porque debiera disponer de los edificios del culto, ó bien porque le fuese necesario pagar por sí mismo á los eclesiásticos: ó vigilar sobre el modo con que lo hiciesen ellos. De esta suerte tendria que sufrir todas las cargas del gobierno, sin gozar ninguna de sus ventajas, y sin poder, á no apoderarse de la administracion de

Respuesta á los que pretenden que no conviene mezclarse en los asuntos del culto.

la Iglesia, en virtud de un convenio prudente con la Santa Sede, poner al clero de parte del gobierno, asociarle á sus intenciones reparadoras, restablecer el sosiego en las familias, y tranquilizar á los moribundos, á los compradores de bienes nacionales, á los eclesiásticos casados, &c., y finalmente á todos los hombres comprometidos por la Revolucion.

La inaccion era, pues, un sueño, segun el primer Cónsul, y ademas una tontería imaginada por hombres que no tenian ninguna idea práctica en materia de gobierno.

Opinion del primer Cónsul acerca de crear una iglesia francesa, independiente de Roma, y de la que habia de ser él gefe.

En cuanto á la idea de crear una iglesia francesa independiente, como la inglesa, de toda supremacia extrangera, y que en vez de un gefe espiritual, existente fuera, tuviese un gefe temporal residente en Paris, cuyo gefe no podia ser otro que el mismo gobierno, es decir que el primer Cónsul, la consideraba tan inútil como digna de desprecio. ¡Como habia de hacerse Gefe de la iglesia, especie de Pontífice, y arreglar la disciplina y el dogma, un guerrero que ceñia espada y calzaba espuelas, y tenia que lidiar en los campos de batalla! ¡Sin duda queria hacérsele por este medio tan odioso como Robespierre, inventor del culto del Ser Supremo, ó tan ridículo como Larèveillére-Lepeaux, inventor de la teofilantropia! ¿Quién le hubiera seguido en tal caso? ¿Quienes hubieran formado el rebaño de fieles? No serian por cierto los cristianos ortodoxos que componian la mayoria de los católicos, y que ni aun querian seguir á sacerdotes virtuosos, solo porque habian prestado el juramento que les exigieron las leyes, sino algunos malos eclesiásticos, y algunos monges escapados de sus conventos y acostumbrados á los clubs, que habiendo vivido en el mayor escándalo quisieran continuar asi, y esperasen del gefe de la nueva iglesia que autorizase el matrimonio de los sacerdotes. Ni aun tendria en su favor al padre Gregoire, que á la vez que deseaba volver á los tiempos de la primitiva Iglesia, queria, sin embargo, permanecer en comunicacion con el sucesor de San Pedro! Ni tampoco podria contar con Larèveillére-Lepeaux que queria reducir el culto á algunos cánticos religiosos, y á depositar algunas flores sobre un altar! ¡Y era esta la iglesia de la que se pretendia hacerlo gefe! ¡era este el papel á que queria reducirse al vencedor de Marengo y de Rivoli, al restaurador del órden social! ¡Y eran los recelosos amigos de la libertad los que le proponian tal proyecto! Pero, aun suponiendo que se llevase á cabo, lo que era imposible, reuniendo el primer Cónsul á su poder temporal, ya inmenso, el poder espiritual, llegaria á ser el mas temible de todos los tiranos, y el señor de vidas y almas, ni mas ni menos que el Sultan de Constantinopla, que es á la vez gefe del Estado, del ejército y de la Religion. Por lo demas, esto era solo una vana hipótesis, pues únicamente conseguiria ser un tirano despreciable, por que solo lograria producir el mas estúpido de los cismas. ¡Y él, que queria ser el pacificador de la Francia y del mundo, y terminar todas las divisiones politicas y religiosas, seria el autor de un nuevo cisma mas absurdo y no menos peligroso que los que le habian precedido! Si, decia el primer Cónsul, no hay duda que necesito un Papa, pero un Papa que una en vez de dividir, que reconcilie los ánimos y los atraiga al gobierno nacido de la Revolucion, en pago de la proteccion que obtenga. Y para esto necesito al verdadero Papa católico, apostólico, romano, aquel que tiene en el Vaticano su asiento. Con los ejércitos franceses y las consideraciones debidas, siempre seré yo suficientemente el dueño en estos negocios. Cuando haya levantado de nuevo los altares, protegido á los sacerdotes, y se encuentren estos sustentados y tratados como los ministros de la Religion deben serlo en cualquier pais, él hará cuanto yo le pida para el sosiego general. Calmará los ánimos, los reunirá bajo su mano, y los pondrá en las mias. Fuera de esto no veo mas que la continuacion y aumento del espantoso cisma que nos destroza, y para mí particularmente, un ridículo inmenso y que nada podria borrar.

El primer Cónsul desecha la idea de impulsar la Francia hácia el protestantismo.

Respecto á la idea de impulsar la Francia al protestantismo, parecia al primer Cónsul no solo ridícula sino odiosa. En primer lu-

gar creia que era una cosa imposible, porque segun él se equivocaban mucho los que creian que en Francia podia hacerse todo lo que se quisiese. Esto era un error que honraba poco á los que participaban de él, porque suponian á la Francia sin conciencia y sin opinion. Decian que él haria lo que quisiera. Si, contestaba el primer Cónsul, pero será satisfaciendo las verdaderas necesidades de la Francia. Hallábase esta en la mayor agitacion y él le habia proporcionado una perfecta tranquilidad; librándola al mismo tiempo de los anarquistas que ni aun sabian ya defenderla contra el extrangero; restableciendo el órden; arrojando lejos de sus fronteras á los austriacos y á los rusos; dándole la paz que con tantas ansias deseaba, y en una palabra, haciendo cesar los escándalos que daba un gobierno débil y disoluto: ¿qué tiene, pues, de extraño que le dejasen hacer tales cosas? Sin embargo, no hacia mucho que la oposicion del Tribunado habia querido negarle los medios que necesitaba para librar los caminos de los bandidos que los infestaban; y ¡tras de esto pretendiase aun que le era posible hacerlo todo! Esto era un error: podia, si, llevar á cabo cuanto reclamaban las necesidades y la opinion que en aquellas circunstancias reinaba en Francia, pero no otra cosa. Podia hacer lo mejor; y tenia para ello mas poder que otro alguno, pero hubieran sido inútiles todos sus esfuerzos contra las ideas reinantes, y esta tendencia de los ánimos iba encaminada al restablecimiento de todas las cosas esenciales en una sociedad, siendo la Religion la primera de ellas. Soy muy poderoso en la actualidad, esclamaba el primer Cónsul: pues bien, si tratara de cambiar la antigua Religion de Francia se sublevaria esta contra mí y me venceria. ¿Sabeis cuando el pais se mostraba contrario á la Religion católica? Cuando el gobierno, de acuerdo con ella, quemaba los libros y enviaba al tormento á Calas y Labarre; pero creed que si yo me hiciese enemigo de la Religion, todo el pais se pondria de su parte. Yo cambiaria los indeferentes en creyentes y en católicos sinceros. Acaso se mofarian menos de mí tratando de impulsarla al protestantismo que si me hiciese el patriarca de una iglesia galicana, pero en breve seria el objeto del odio público. ¿Es por ventura el protestantismo la antigua Religion de la Francia? ¿Es esa, acaso, la Religion que tras largas guerras civiles y multiplicados combates, quedó vencedora como la mas conforme á las costumbres y al genio de nuestra nacion? ¿No conocen cuan violento es ponerse en lugar de un pueblo para crearle gustos, costumbres y recuerdos que no existen? El principal encanto de una Religion son sus recuerdos. De mi puedo asegurar, decia un dia el primer Cónsul á uno de sus interlocutores, que no oigo ninguna vez en Malmaison la campana del pueblo cercano, sin conmoverme; y ¿quien se conmoveria en Francia en esas iglesias calvinistas, que nadie ha visto en su infancia, y cuyo aspecto frio y severo se adapta tan poco á las costumbres de nuestro pais? Quizas crean, seria una ventaja no depender de una cabeza extrangera; pero se equivocan, pues en todo se necesita un gefe. No hay institucion mas admirable que la que conserva la unidad de la fe, y previene, al menos cuanto es posible, las cuestiones religiosas; á la vez que no hay nada mas odioso que un tropel de sectas, disputando entre sí, lanzándose invectivas, y combatiéndose á mano armada si estan en los primeros momentos de calor, ó bien mirándose con recelo, si se han acostumbrado á vivir juntas, formando en el Estado parcialidades que se sostienen, protegen á sus individuos, abandonan á los de las sectas rivales, y dan al gobierno cuidados sin número. Las disensiones de las sectas son las mas insoportables que se conocen. La disputa es propia de la ciencia, pues la anima, la sostiene y la conduce á nuevos descubrimientos: pero la disputa en materia de Religion ¿á qué conduce sino á la incertidumbre y á la ruina de todas las creencias? Por otra parte, cuando la actividad del entendimiento se dirige hácia las controversias religiosas, le absorven de tal manera que impiden al hombre se dedique á otros conocimientos útiles; pues rara vez se ve unida una gran controversia religiosa, con un profundo trabajo del entendimiento. Las cuestiones religiosas son ó crueles y sanguinarias, ó secas, estériles y amargas, sin que haya nada que sea mas odioso. El exámen en asuntos de ciencias, y la fe en materia de Religion, es lo verdadero y útil. La insti-

tucion que sostiene la unidad de la fe, es decir, al Papa, guardian de la unidad católica, es una institucion admirable. Censúrase que este Gefe sea un soberano extrangero; cuando por el contrario, debemos dar gracias al cielo. ¡Pues qué! ¿puede figurarse en un mismo país semejante autoridad al lado del gobierno del Estado? Reunida esta autoridad al gobierno seria el despotismo de los sultanes; separada, y quizas hóstil, produciria una rivalidad horrorosa é intolerable. El Papa está fuera de Paris, y esto es muy bueno: no reside ni en Madrid ni en Viena, y por esto soportamos su autoridad espiritual. En Viena, y en Madrid dirán con fundamento otro tanto. ¿Acaso, se cree que si existiese en Paris, consentirian los españoles ó los austriacos someterse á sus decisiones? Asi, pues, es una felicidad que resida fuera de donde uno vive: y que no resida donde viven los rivales; es una felicidad que habite en esa antigua Roma, lejos del poder de los Emperadores de Alemania, y lejos del de los Reyes de Francia y de España; teniendo la balanza entre los Soberanos católicos, inclinándola siempre un poco hácia el mas fuerte, pero aligerando su peso al momento que el mas fuerte se convierte en opresor. Los siglos son los que han hecho esto, y lo han hecho del modo mas conveniente. Para la direccion de las almas es la institucion mejor y mas benéfica que ha podido imaginarse. Yo no sostengo estas cosas, añadia el primer Cónsul, por preocupaciones de devoto, sino por convencimiento. Mirad, decia una vez á Monge que era de los sabios de la época al que mas apreciaba y á quien continuamente tenia al lado; mirad, mi Religion, por lo que á mi hace, es muy sencilla. Contemplo este universo tan vasto, tan complicado, tan magnífico, y me digo que no puede ser producto del acaso, sino la obra de un Ser desconocido, poderoso, superior al hombre, tanto como el universo es superior á nuestras mas hermosas máquinas. Buscad, Monge, buscad con ayuda de vuestros amigos matemáticos y filosófos, y no hallareis una razon mas fuerte y decisiva; y por mas esfuerzos que hagais por destruirla, ni aun lograreis debilitarla. Pero esta verdad es demasiado sucinta para el hombre que quiere saber algo acerca de su suerte, de su porvenir y de una multitud de cosas que el universo no le enseña. Suframos, pues, que la Religion le diga todo lo que tiene necesidad de saber, y respetemos lo que le haya dicho. Es verdad que lo que una Religion asegura otras lo niegan, pero yo saco una deduccion distinta de la de M. de Volney. De las diferentes religiones que naturalmente se contradicen, concluye contra todas, y á todas las juzga malas; pero yo las reputaria á todas buenas, porque todas dicen en el fondo una misma cosa. Ninguna de ellas es mala, mientras no traten de proscribirse; y esto es justamente lo que debe evitarse por medio de buenas leyes. La Religion católica es la de nuestra patria, y en la que hemos nacido; tiene un gobierno sabio y profundo que impide las disputas, tanto cuanto es posible impedirlas, en medio de la propension de los hombres á ellas; este gobierno está fuera de Paris, de lo que debemos alegrarnos: y no está tampoco en Viena ni en Madrid, sino en Roma, y he aquí la razon porque es preferible. Si despues de la institucion del Pontificado hay algo tan perfecto, son las relaciones con la Santa Sede de la iglesia galicana, sumisa é independiente á la vez: sumisa en las materias de fe, independiente en cuanto á la policia de los cultos. La unidad católica y los artículos de Bossuet, forman el verdadero régimen religioso y es el que debemos restablecer. En cuanto al protestantismo, no hay duda que merece toda la proteccion del gobierno; y los que le profesan tienen un derecho absoluto á la participacion igual de las ventajas sociales; pero no es la religion de Francia. Asi lo han decidido los siglos; y al proponer al gobierno que le de la preferencia y le haga prevalecer, se le propone una violencia y una cosa imposible. Por otra parte; ¿hay algo mas odioso que el cisma? ¿hay algo que debilite mas á una naeion? De todas las guerras civiles, ¿no es la religiosa la que penetra mas profundamente en los corazones y turba de un modo mas sensible las familias? Pues bien, es necesario concluirla. Hemos hecho la paz con la Europa, y debemos mantenerla cuanto podamos; pero la paz religiosa es la mas urgente de todas, y nada tendremos que temer cuando se haya verificado. Es muy dudoso que la Europa

nos deje en tranquilidad por largo tiempo, ni que nos tolere siempre tan poderosos como en la actualidad; pero cuando la Francia se vea unida como un solo hombre, cuando los Vendeanos y los Bretones marchen en nuestros ejércitos con los Borgoñones, Loreneses y los del Franco-Condado, no tendremos porque temer á la Europa, aunque se reuna toda contra nosotros.

Tales eran los discursos que el primer Cónsul pronunciaba sin cesar en las conversaciones que tenia con sus consejeros íntimos, MM. Combaceres y Lebrun, que eran de su opinion; con MM. de Talleyrand, Fouché y Rœderer, que no lo eran, y con muchos miembros del Consejo de Estado y del Cuerpo Legislativo, que en general participaban de otras ideas. Hablábales con calor, y con una constancia sin igual, no viendo nada mas útil ni mas urgente que concluir las divisiones religiosas, y ocupándose en ello con aquel ardor que le animaba cuando queria llevar á cabo aquellas cosas que consideraba como capitales.

Habia ya formado su plan que era sencillo y estaba combinado con mucha sabiduria, y que logró terminar las divisiones religiosas de la Francia; porque las desgraciadas cuestiones que el primer Cónsul, ya Emperador, sostuvo mas tarde con la corte de Roma, pasaron entre él, el Papa y los Obispos, y en nada alteraron la paz religiosa restablecida en las poblaciones. Nadie vió renacer, ni aun cuando el Papa estuvo prisionero en Fontainebleau dos cultos, dos cleros, dos clases de fieles.

Plan del primer Cónsul para el restablecimiento del culto católico.

El primer Cónsul formó el proyecto de reconciliar la República francesa y la Iglesia romana, tratando con la Santa Sede sobre la misma base de los principios sentados por la Revolucion. Un clero constituido en poder politico, y un clero propietario, era cosa imposible en 1800: un clero únicamente dedicado á las funciones del culto, pensionado por el gobierno, nombrado por él y confirmado por el Papa; una nueva demarcacion de diócesis que comprendiese sesenta Sedes en vez de las ciento cincuenta y ocho que existian en el territorio de la antigua y moderna Francia; la policia de los cultos conferida ó la autoridad civil, y la jurisdiccion sobre el clero al Consejo de Estado, en cambio de los parlamentos abolidos; tal era el plan del primer Cónsul, igual á la Constitucion civil, decretada en 1790, con las modificaciones que podian hacer que la aceptase Roma; es decir, con Obispos nombrados por el gobierno é instituidos por el Papa, en vez de Obispos elegidos por los fieles, y con la promesa general de sumision á las leyes, en vez del juramento á tal ó cual institucion religiosa; juramento que habia servido de pretexto á los eclesiásticos malcontentos ó timoratos para suscitar casos de conciencia; era, en una palabra la verdadera reforma del culto; la reforma á que debió haberse limitado la Revolucion para que el Papa la hubiese tolerado, circunstancia que no debia despreciarse, porque era imposible acordar definitivamente nada en asuntos religiosos sin un convenio sincero con el Papa.

Se ha dicho (1) que en este plan faltaba alguna cosa esencial, cual era la de exigir que los Obispos nombrados por el poder civil, fuesen aceptados de grado ó forzosamente por el Papa. En este caso se hubiera debilitado extraordinariamente el poder espiritual de Roma, lo que no debia desearse. Al nombrar el poder civil á un Obispo, designa el individuo en quien reconoce ademas de las calidades morales de un pastor, las politicas de un buen ciudadano que respeta y hará respetar las leyes del pais: pero al Papa toca decir, si en aquel sujeto, reconoce al sacerdote ortodoxo, que debe enseñar las verdaderas doctrinas de la Iglesia Católica. El querer fijar un término de algunos meses, pasado el cual se considerase como otorgada la institucion del Papa, habria sido violentar la misma institucion, usurpar al Papa su autoridad espiritual, y renovar nada menos que la memorable y terrible cuestion de las investiduras. En materia de Religion existen dos autoridades: la autoridad civil del pais donde se ejerce el culto, encargada de velar en la conservacion de las leyes y los poderes establecidos; y la autoridad espiritual de la Santa Se-

(1) M. de Pradt, en los *Cuatro Concordatos*.

de encargada de velar en la conservacion de la unidad de creencia; y es necesario que ambas concurran á la formacion del clero. Verdad es que la autoridad religiosa de la Santa Sede, rehusa á veces instituir á los Obispos elegidos, sirviéndose de este medio para violentar al poder temporal; como, en efecto, se ha visto, y es un abuso; pero pasagero é inevitable, y de los que no está tampoco libre de cometer la autoridad civil, como sucedió al mismo Napoleon, á ese tan ilustrado y decidido restaurador de la antigua Iglesia Católica.

El plan del primer Cónsul nada dejaba, pues, que desear respecto al establecimiento definitivo del culto; pero era necesario ocuparse de la transicion; es decir, del modo como habia de pasarse del estado presente al estado próximo que se queria crear. ¿Cómo se habia de proceder respecto á las sedes existentes? ¿De qué modo entenderse con aquellos eclesiásticos de todas clases, Obispos y simples sacerdotes, los unos *juramentados* y adictos á la Revolucion, practicando públicameute el culto en las iglesias, y los no *juramentados*, emigrados ó que habian vuelto, ejerciendo clandestinamente las funciones de su ministerio, y enemigos en su mayor parte? El primer Cónsul ideó un sistema, cuya adopcion ofrecia inmensas dificultades en Roma, porque en los diez y ocho siglos que contaba la Iglesia, no habia visto cosa igual á lo que iba á proponérsele. Segun este sistema debian abolirse todas las diócesis existentes; para lo cual se dirigirian á los antiguos titulares que aun viviesen, y el Papa les pediria que hiciesen dimision. Si se negaban á ello pronunciaria su destitucion, y cuando ya no existiese ninguna Sede, se demarcarian en el mapa de Francia sesenta diócesis nuevas, de las cuales cuarenta y cinco serian obispados y quince arzobispados. Para proveerlas nombraria el primer Cónsul sesenta prelados, elegidos indistintamente entre los *juramentados* y *no juramentados*, con especialidad entre estos últimos, que eran los mas numerosos, y los que merecian mas consideracion y aprecio de los fieles. Unos y otros habian de ser eclesiásticos dignos de la confianza del gobierno, respetables por sus costumbres y algo afectos á la Revolucion francesa. Estos prelados nombrados por el primer Cónsul, serian instituidos por el Papa, y entrarian inmediatamente en sus funciones, bajo la vigilancia de la autoridad civil y del Consejo de Estado.

Sistema del primer Cónsul, para pasar del estado antiguo al nuevo.

Quiere la supresion de las antiguas Sedes, y que el Papa deponga á los titulares que las poseen.

En el presupuesto de Estado debia figurar una asignacion proporcionada á sus necesidades; pero en cambio el Papa reconoceria como válida la enagenacion de los bienes de la Iglesia, prohibiria las sugestiones que se permitian emplear los sacerdotes en el lecho de los moribundos, reconciliaria con Roma á los eclesiásticos que habian contraido matrimonio, y en una palabra, ayudaria al gobierno á poner término á todas las calamidades de la época.

Este plan era completo, y á excepcion de algunos pormenores, excelente no solo para entonces sino para lo venidero. Reorganizaba en lo posible la Iglesia por el mismo sistema que el Estado; y procedia respecto á los individuos por via de fusion, eligiendo de todos los partidos los hombres de talento y moderados, que preferian el bien público, á un fanatismo revolucionario ó religioso. Pero ahora veremos hasta que punto es dificil practicar el bien, aun cuando sea preciso, y aun cuando sea una necesidad manifiesta y urgente; pues por desgracia no siempre resulta de lo que es necesario una notoriedad clara, evidente é incontestable.

Existia en Paris el partido de los satíricos, de los sectarios de la filosofía del siglo XVIII que aun vivian, de los antiguos jansenistas que se habian hecho sacerdotes constitucionales, y finalmente, de los generales, imbuidos en las preocupaciones vulgares; y estos eran el obstáculo que se presentaba por parte de la Francia. En Roma habia por el contrario la fidelidad á los precedentes antiguos; el temor de tocar al dogma tocando á la disciplina; los escrúpulos religiosos sinceros ó afectados; los resentimientos, sobre todo, contra nuestra Revolucion, y particularmente cierta adhesion al partido realista frances, compuesto de emigrados, sacerdotes ó nobles, residentes

los unos en Roma, y los otros en correspondencia con ellos; y todos enemigos apasionados de la Francia, y del nuevo órden de cosas que empezaba á consolidarse: estos eran los obstáculos por parte de la Santa Sede.

El primer Cónsul insistió en su plan con una firmeza y una paciencia invencibles, durante una de las negociaciones mas largas y difíciles que se conocen en la historia de la Iglesia. Nunca los poderes temporal y espiritual se habian encontrado en circunstancias mas extraordinarias, ni nunca se habian visto mas dignamente representados.

Pio VII y el primer Cónsul; sus disposiciones recíprocas.

Aquel jóven, que gobernaba á la Francia, tan sensato, tan profundo en sus miras pero tan impetuoso en sus voluntades, se hallaba colocado en la escena del mundo en presencia de un Pontífice de rara virtud y de una fisonomía y de un carácter angelicales, pero de una tenacidad capaz de arrostrar hasta el martirio, cuando creia comprometidos los intereses de la fe ó los de la córte romana. Su semblante expresivo y amable á la vez, manifestaba bien la sensibilidad algo exaltada de su alma. Su edad era de unos sesenta años, y su salud estaba debilitada aunque vivió largo tiempo; llevaba la cabeza inclinada; estaba dotado de una mirada fina y penetrante, y de un lenguaje gracioso y seductor; y era el digno representante, no de esa Religion imperiosa que en tiempo de Gregorio VII mandaba y merecia mandar á la Europa bárbara, sino de esa Religion perseguida, que no teniendo ya en sus manos los rayos de la Iglesia, no podia ejercer sobre los hombres otro poder que el de una suave persuacion.

Un impulso secreto le inclinaba al general Bonaparte. Ambos se habian encontrado, como ya lo hemos dicho, durante las guerras de Italia, y en vez de aquellos guerreros feroces, arrojados por la Revolucion francesa, á quienes pintaban como profanadores de los altares, y como asesinos de los eclesiásticos emigrados, Pio VII, entonces Obispo de Imola, habia encontrado un jóven lleno de genio, que hablaba como él la lengua italiana, que mostraba sentimientos moderados, sostenia el órden, hacia respetar los templos, y que, lejos de perseguir á los eclesiásticos franceses, hacia uso de su poder para obligar á las iglesias italianas á recibirlos y sustentarlos. Sorprendido y encantado el Obispo de Imola, contuvo el espíritu de rebelion de su diócesis, y devolvió al general Bonaparte los servicios que habia recibido de él su iglesia. La impresion producida por aquellas primeras relaciones, no se borró jamas del corazon del Pontífice, é influyó en toda su conducta respecto al general, ascendido á Cónsul y luego á Emperador: prueba notable de que en todas las cosas pequeñas ó grandes, jamas se ha perdido el bien que se ha hecho. En efecto, mas tarde, y cuando se reunió el cónclave en Venecia para dar un sucesor á Pio VI, que murió prisionero en Valencia del Delfinado, el recuerdo de los primeros actos del general del ejército de Italia influyó de una manera, por decirlo así, providencial, en la eleccion del nuevo Papa.

Debe recordarse que en los mismos dias en que el cónclave elegia á Pio VII, esperando hallar en él un conciliador que uniese á Roma con Francia, y diese fin, quizas, á los males de la Iglesia, ganaba el primer Cónsul la batalla de Marengo, quedaba de un golpe dueño de la Italia, y dominador de la Europa, y enviaba al sobrino del Obispo de Verceil para manifestar sus intenciones al Pontífice recien elegido, diciéndole, que mientras se verificaban convenios posteriores, la paz entre Francia y Roma existiria de hecho, sobre la base del tratado de Tolentino, firmado en 1793; que no se hablaria mas de la República romana ideada por el Directorio; que se restableceria la Santa Sede, y seria reconocida por los franceses, como en otro tiempo. Respecto á la cuestion de saber si se devolverian á la Iglesia las tres grandes provincias que habia perdido, Bolonia, Ferrara y la Romania, no se habló ni una palabra. Pero el Papa se veia colocado de nuevo sobre su trono y quedaba en paz, abandonando lo demas al cuidado de la Providencia. El primer Cónsul habia mandado ademas á los napolitanos que evacuasen los Estados romanos, como en efecto lo verificaron á excepcion de los territorios de Benevento y Ponte-Corvo. Así mismo habia ordenado á sus ejércitos que en todos los movimientos que hiciesen en

las cercanias de Nápoles y de Otranto, se guardasen todas las consideraciones debidas con los Estados romanos; y hasta habia enviado á Murat, que mandaba el ejército frances de la Italia inferior, fuese á doblar la rodilla ante el trono pontificio. Asi, pues, Monseñor Consalvi habia pensado bien, y fue recompensado con prodigalidad, porque llegado el Papa á Roma, le nombró cardenal secretario de Estado, primer ministro de la Santa Sede, destino que conservó durante la mayor parte del pontificado de Pio VII.

A consecuencia de estos acontecimientos, en cierto modo milagrosos, y á ruegos del primer Cónsul, habia enviado el Papa á Paris á Monseñor Spina, eclesiástico genovés, sagaz, devoto y ambicioso, para que tratase todos los asuntos tanto políticos como religiosos. En un principio no habia tomado Monseñor Spina ningun título oficial, por lo mucho que temia el Papa confesar sus relaciones con la República francesa, á pesar de la aficion que tenia al general Bonaparte, y de su ardiente deseo por arreglar las diferencias religiosas; pero en breve, viendo llegar á Paris, ademas de los ministros de Prusia y España, que se hallaban en dicha capital, los de Austria, Rusia, Baviera, Nápoles, y de todas las córtes, en fin, el Santo Padre no vaciló mas, y mandó á Monseñor Spina tomase un carácter oficial y publicase el objeto de su mision. El partido emigrado frances puso el grito en el cielo, é hizo inútiles esfuerzos para impedir con estas demostraciones el avenimiento de la Iglesia con Francia, sabiendo bien que si le faltaba el medio de la Religion para agitar los ánimos, en breve perderia la mejor de sus armas. Pero Pio VII, aunque disgustado, y á veces hasta intimidado por aquellas demostraciones, se mostraba decidido á anteponer el interés de la Religion y de la Santa Sede, á toda consideracion de partido. Solo una razon enfriaba un poco sus excelentes propósitos, y era la esperanza vaga y poco sensata de recobrar las Legaciones, perdidas por el tratado de Tolentino (1).

Secreto deseo que tiene la Córte romana de recobrar las Legaciones.—Demoras que esto ocasiona.

Trasladado Monseñor Spina á Paris, tenia órden de ganar tiempo, para ver si entretanto el primer Cónsul, dueño de la Italia, y pudiendo disponer de ella á su voluntad, tenia la feliz idea de restituir las Legaciones á la Santa Sede. Una expresion que pronunciaba á menudo el primer Cónsul, habia hecho concebir mas esperanzas que las que él queria dar. Que el Santo Padre, decia frecuentemente, confie en mí, y se eche en mis brazos, y yo seré para la Iglesia un nuevo Carlo-Magno.—Si ha de ser un nuevo Carlo-Magno, respondian aquellos eclesiásticos poco instruidos en los negocios del siglo, que nos lo pruebe, devolviéndonos el patrimonio de San Pedro. Por desgracia se hallaban muy lejos de penetrar las intenciones del primer Cónsul, pues éste creia haber hecho mucho restableciendo al Papa en Roma, devolviéndole con su trono pontifical el Estado romano, y ofreciéndole entrar en negociaciones para el restablecimiento del culto católico. Y en efecto habia hecho mucho, si se considera el estado de los ánimos en Francia y en Italia, pues si los patriotas franceses, imbuidos aun en las ideas del siglo XVIII, veian con poco gusto el próximo restablecimiento de la Iglesia católica, los patriotas italianos veian con desesperacion instalarse otra vez entre ellos el gobierno clerical. Era, pues, imposible que el primer Cónsul llevase su deferencia hasta devolver á la Santa Sede las Le-

(1) No existe ninguna negociacion mas curiosa, ni mas digna de ser meditada que la del Concordato, ni hay otra tampoco que haya enriquecido mas de documentos los archivos franceses, pues ademas de la correspondencia diplomática de nuestros agentes, y sobre todo de la particular del clérigo Bernier, poseemos la correspondencia de Monseñor Spina y del cardenal Caprara, con el Papa y el cardenal Consalvi. La última ha quedado en nuestro poder en virtud de un artículo del Concordato, por el cual los archivos de la Legacion romana debian quedar en Francia en caso de rompimiento. Las cartas de Monseñor Spina y del cardenal Caprara, escritas en italiano, son uno de los monumentos mas curiosos de la época, y son las únicas que contienen el secreto de las negociaciones religiosas de la misma, secreto que aun hoy dia no se conoce del todo, á pesar de las diferentes obras publicadas sobre este particular.

gaciones, que no podian tolerar el gobierno clerical, y que por otra parte, estaban prometidas á la República Cisalpina. Pero como la córte de Roma se hallaba en bastante decadencia, desde que se veia privada de las rentas de Bolonia, Ferrara y la Romania, discurria de otro modo. Por lo demas, el Papa, que en medio de las pompas del Vaticano, vivia como un anacoreta, pensaba menos en aquellos intereses terrestres que el cardenal Consalvi, y éste mucho menos que Monseñor Spina, quien caminaba con mucha cautela en la negociacion, y escuchando cuanto le decian relativo á las cuestiones religiosas, manifestando darles una importancia exclusiva, aprovechaba la ocasion para aventurar de vez en cuando algunas palabras acerca de la miseria en que se hallaba la Santa Sede, y ver si podia lograr que se fijase la atencion en las Legaciones. Pero como no habia podido darse á entender, daba largas á las negociaciones por si lograba alguna cosa que justificase las falsas esperanzas imprudentemente inspiradas á su córte.

Ya hemos dicho que el primer Cónsul habia elegido para que tratase con Monseñor Spina, al famoso clérigo Bernier, pacificador de la Vendée. Este eclesiástico, simple cura en la provincia de Anjou, desprovisto de las exterioridades que presta una educacion esmerada, pero dotado de un conocimiento profundo de los hombres, y de una prudencia superior, ejercitada por largo tiempo en medio de las dificultades de la guerra civil, y muy instruido ademas en materias canónicas, era el autor principal del restablecimiento de la paz en las provincias del Oeste. Adherido á esta paz, que era su obra, deseaba naturalmente todo lo que podia consolidarla, y consideraba la avenencia, entre Francia y Roma como uno de los medios mas seguros para hacerla completa y definitiva. Asi, pues, no cesaba de dirigir al primer Cónsul las mas vivas instancias para que apresurase las negociaciones con la Iglesia. Provisto, al fin, de sus instrucciones, puso en conocimiento del Arzobispo de Corinto las proposiciones del gobierno frances, ya anunciadas, la dimision impuesta á todos los Obispos, antiguos titulares; la nueva demarcacion diocesana; las sesenta Sedes en lugar de las ciento cincuenta y ocho; la formacion de un nuevo clero compuesto de eclesiásticos de todos los partidos; el nombramiento de este clero por el primer Cónsul, y su confirmacion por el Papa; la promesa de sumision al gobierno establecido; la dotacion del clero por el Estado; la renuncia de los bienes de la Iglesia, y el reconocimiento completo de la venta de los mismos; la policía de los cultos conferida á la autoridad civil, representada por el Consejo de Estado y por último, el perdon de la Iglesia para los eclesiásticos que habian contraido matrimonio, y su reunion á la comunion católica.

El clérigo Bernier y Monseñor Spina se avistan para dar principio á las negociaciones.

Al oir Monseñor Spina estas condiciones, manifestó el mayor asombro, las calificó de exorbitantes y de contrarias á la fe, y sostuvo que el Sauto Padre no consentiria jamas en admitirlas.

Resistencia de Monseñor Spina a las condiciones propuestas por el primer Cónsul.

En primer lugar exigia que en el preámbulo del Concordato se declarase que la Religion Católica seria la *Religion del Estado* en Francia; que los Cónsules hiciesen profesion pública de ella, y que se revocasen todas las leyes y actos contrarios á aquella declaracion de *Religion del Estado*.

Proposiciones de la Santa Sede.

Respecto á la nueva demarcacion de las Diócesis, estaba conforme en el número de las Sedes, pero pretendia que el Papa no tenia el derecho de deponer á los Obispos; que ninguno de sus antecesores desde que existia la Iglesia romana se habia atrevido á hacerlo, y que, por lo tanto, si el Santo Padre se permitia semejante innovacion, crearia un segundo cisma, contrario al mismo Sumo Pontifice; que lo mas que podia hacer sobre este punto, era entenderse amistosamente con el primer Cónsul; que aquellos antiguos titulares que mostraban buenos sentimientos hacia el gobierno frances serian llamados pura y simplemente á sus diócesis, ó al menos á otras análogas á las que habian ocupado antes, y que por el contrario, los que se habian conducido ó se portaban aun, de manera que no mereciesen la confianza del go-

bierno, quedarian á un lado, administrándose sus diócesis, mientras viviesen (que no podia ser mucho, si se atendia á su avanzada edad) por gobernadores elegidos por el Papa y el primer Cónsul.

Monseñor Spina no admitia, pues, la idea de la formacion de un nuevo clero, elegido entre todas las clases de eclesiásticos y entre todos los partidos, sino para las Sedes vacantes. Ademas, tampoco queria que fuesen admitidos los constitucionales, á menos que no hiciesen una de esas retractaciones solemnes que son para Roma un triunfo, y una indemnizacion del perdon que concede.

En cuanto al nombramiento de los Obispos por el gefe de la República, y á su confirmacion por parte del Papa, no ponia muchas dificultades. Partiase naturalmente del principio que el nuevo gobierno gozaria en Roma de todas las prerogativas del antiguo, y que el primer Cónsul representaria en todo á los Reyes de Francia, y bajo este concepto le correspondia el nombramiento de los Obispos. Sin embargo, como el cargo del primer Cónsul, al menos en aquel entonces, era electivo, podia suceder que asi como habian elegido al general Bonaparte que era católico; eligiesen despues un sucesor que no lo fuese, y en Roma no se concebia que un príncipe protestante pudiese nombrar los Obispos. En su consecuencia, solicitó M. Spina que se tuviese presente esta excepcion.

Respecto á los curatos estaban acordes. El Obispo debia proveerlos con beneplácito de la autoridad civil.

Admitiase tambien la promesa de sumision á las leyes, salva la redaccion de ella.

La sancion por el Papa de la venta de los bienes de la Iglesia, era muy dura para el negociador romano. Reconocia bien la imposibilidad absoluta de declarar nulas las ventas, pero pedia que no se obligase á la Santa Sede á hacer una declaracion, que pareceria llevar en sí la aprobacion moral de todo lo que habia pasado en este asunto. Concedia el renunciar á toda reclamacion ulterior, pero rechazaba el reconocimiento formal del derecho de enagenacion. Esos bienes, decia monseñor Spina, llamados *vota fidelium*, *patrimonium pauperum*, *sacrificia peccatorum*, son bienes que ni aun la misma Iglesia tendria derecho para enagenar. Sin embargo, puede renunciar á pedir que se le devuelvan. En cambio pedia la restitucion de las posesiones no enagenadas, y que se concediese á los que muriesen, la facultad de testar en favor de los establecimientos religiosos, lo cual equivalia á la renovacion de los bienes de manos muertas, y dar principio otra vez al antiguo órden de cosas, es decir á un clero propietario.

Finalmente el perdon solicitado para los eclesiásticos que habian contraido matrimonio, y su reconciliacion con la Iglesia, era un asunto de indulgencia, fácil por parte de la corte de Roma, que está siempre dispuesta á perdonar, cuando el que comete la falta la reconoce y confiesa. No, obstante exceptuaba del perdon á dos clases de eclesiásticos; á los antiguos religiosos que habian hecho ciertos votos, y á los prelados; y por cierto, que no era este un medio muy oportuno para que la Santa Sede se captase la benevolencia del ministro de negocios extrangeros, M. de Talleyrand.

Aunque estas pretensiones de la corte de Roma no implicasen una imposibilidad verdadera de entenderse con el gobierno frances, dejaban conocer, sin embargo, graves diferencias de una y otra parte.

El primer Cónsul sentia la mayor impaciencia, sin que le fuese posible disimularla. Habia visto muchas veces á Monseñor Spina, y él mismo le habia declarado que no se separaria ni un ápice del principio fundamental de su proyecto, que consistia en variarlo todo, en formar una nueva demarcacion de diócesis y un nuevo clero, y en deponer á los antiguos Obispos titulares, eligiendo sus sucesores entre todas las clases de sacerdotes. Tambien le habia dicho, que el principio de su gobierno era la fusion de los hombres honrados y entendidos de todos los partidos, que aplicaria dicho principio lo mismo á la Iglesia que al Estado, que era segun su modo de pensar el único medio de concluir las discordias y los males de la Francia, y que por lo tanto persistiria en él invariablemente.

El primer Cónsul persevera en sus ideas.

Esfuerzos del clérigo Bernier para llevar á cabo la negociacion entablada con la Santa Sede.

El clérigo Bernier que á la ambicion, por cierto digna de disculpa, de ser el principal instrumento del restablecimiento de la Religion, unia un sincero amor por el bien, instaba vivamente á M. Spina para que zanjase las dificultades que la corte de Roma oponia al proyecto del primer Cónsul. Declarar, decia él, la Religion Católica como *Religion del Estado*, era imposible, contraria á las ideas que dominaban en Francia, y jamas seria admitida en la redaccion de una ley, ni por el Tribunado ni por el Cuerpo Legislativo. Segun su modo de pensar, podia sustituirse esta declaracion con la mencion de un hecho, á saber, que la Religion Católica era la de la mayoria de los franceses; cuya mencion era tan útil como la declaracion que se deseaba. Insistir sobre una cosa imposible, mas bien por orgullo que por principios, era comprometer los verdaderos intereses de la Iglesia. El primer Cónsul podria asistir á las solemnes ceremonias del culto, y la presencia de un hombre como él, era ya un acto bastante notable; pero debia renunciarse á exigir que se sometiese á ciertas prácticas como la confesion y la comunion, cosas que no convenian á la mesura con que debia obrar á la vista del público frances; siéndole necesario ganarse los ánimos y no chocar con ellos, ni provocarlos á risa. La dimision de sus cargos que debian exigirse á los antiguos titulares era muy sencilla, y una consecuencia del paso que habian dado con el Papa Pio VI en 1790. En aquella época, á fin de mostrar los prelados franceses que solo ponian resistencia por el interes de la fé, y no por el suyo particular, habia declarado que aceptarian al Papa por árbitro de su conducta, para lo cual ponian sus sedes en sus manos, y que si el Sumo Pontífice creia que debian abandonarlas en favor de la Constitucion civil, se someterian gustosos. Asi, pues, no habia al presente mas que aprovecharse de su palabra; y exigirles el cumplimiento de una oferta solemne; y si algunos por motivos personales, impedian que se realizase un bien tan grande como el restablecimiento del culto en Francia, no debia considerárseles como tales Obispos, sino tener en cuenta que habian hecho su dimision en 1790. El clérigo Bernier, añadia que la historia de la Iglesia ofrecia un ejemplo de este género, cual era la renuncia que hicieron trescientos obispos de Africa, y que les fue admitida para poner fin al cisma de los Donatistas; si bien es cierto que no fueron destituidos. En cuanto á las nuevas elecciones, era necesario conceder al primer Cónsul el principio de la fusion, principio que aplicaria especialmente en beneficio de los sacerdotes *no juramentados*, pues solo elegiria dos ó tres constitucionales para satisfacer la opinion, nombrando á todos los demas entre los ortodoxos. El negociador frances adelantaba aqui por su cuenta, mas de lo que hubiera debido. Es verdad que el primer Cónsul apreciaba poco á los Obispos constitucionales, que en su mayor parte eran jansenistas declarados, ó declamadores de clubs; es cierto que en este clero solo estimaba á los simples eclesiásticos, los cuales, en general habian prestado juramento por su sumision á las leyes, y por el deseo de continuar su santo ministerio, sin que se hubiesen aprovechado de las agitaciones de la época para medrar en la carrera del sacerdocio; pero aunque profesase poca estimacion á los Obispos constitucionales, permanecia inalterable en su principio de fusion, y no trataba de descuidar tanto, como parecia anunciarlo el clérigo Bernier, los derechos del clero *juramentado*. Pero el clérigo Bernier lo manifestaba asi, para que la negociacion tuviese buen éxito. En cuanto al nombramiento de los Obispos por el primer Cónsul, no debia pensarse en una dificultad tan lejana é improbable, como la de que hubiese un dia un primer Cónsul protestante; y, segun él, no debia fijarse la atencion en un porvenir tan inverosimil. En lo relativo á los bienes del clero, estando admitido el principio, solo faltaba que se pusiesen de acuerdo acerca de la redaccion; y respecto á la devolucion de los bienes no vendidos, y á las donaciones testamentarias de bienes raices, eran proposiciones inconciliables con los principios politicos reconocidos entonces en Francia, principios absolutamente contrarios á los bienes de manos muertas; y por lo tanto debian contentarse con que se les concediesen las donaciones constituidas en

rentas sobre el Estado.

Habia llegado el tiempo, decia finalmente el clérigo Bernier, de concluir, porque el primer Cónsul empezaba á estar descontento; pues creia que el Papa no tenia resolucion bastante para romper con el partido emigrado, y entregarse del todo á la Francia, y concluiria por renunciar al bien que se habia propuesto hacer, y sin perseguir á los sacerdotes, los abandonaria á sí mismos, y dejaria que la Iglesia de Francia se manejase como pudiese; á mas de que entonces obraria en Italia como enemigo de la corte de Roma. Esto, segun el clérigo Bernier, era haber perdido el discernimiento, pues no se concebia cómo no se quisiesen aprovechar las disposiciones favorables de tan gran hombre, el único capaz de salvar la Religion. Tambien tenia él que superar muchas dificultades respecto al partido revolucionario, y lejos de oponerse á sus miras debia ayudársele á vencerlas, haciéndole las concesiones que necesitaba para ganarse los ánimos, poco dispuestos en Francia en favor del culto católico.

Monseñor Spina empezaba á hallarse en una posicion muy embarazosa. Tenia verdadera fé, pero era mas codicioso que creyente. No cesaba de pedir dinero á su corte, y su mas ardiente deseo era elevarla al grado de riqueza y prodigalidad de otros tiempos; pero el poco éxito que habian tenido sus insinuaciones, respecto á las provincias perdidas le desanimaba en extremo. Conocia que el primer Cónsul, tan astuto como los clérigos italianos, no queria explicarse con gentes que tampoco se explicaban. Veia ademas, por decirlo asi, á todas las cortes á sus pies: al negociador ruso M. de Kalitscheff, que con tanta audacia habia querido proteger á los príncipes pequeños de Italia, le veia fuera de Paris, sin haber recibido mas que desaires: á toda la Alemania dependiente de la Francia por la reparticion de las indemnizaciones territoriales: al Portugal sometido; y á la misma Inglaterra, negociando la paz fatigada de una larga lucha. En presencia de tal estado de cosas, se convencia que no habia otro remedio que someterse, y aguardar todo lo que se deseaba de la sola voluntad del primer Cónsul. Sin embargo, aunque dispuesto á ceder, no se atrevia Monseñor Spina á admitir las condiciones tan absolutas que habia sentado el gabinete frances, pero con la evidente resolucion de no desecharlas tampoco, porque estaban fundadas en la imperiosa necesidad de la situacion.

Abril de 1801. — El primer Consul para concluir, redacta un proyecto de Concordato y le envia á Roma.

El primer Cónsul con su acostumbrado vigor, sacó del apuro al negociador de la Santa Sede. Eran justamente aquellas circunstancias ya mencionadas antes, en que se seguian á la vez todas las negociaciones, especialmente la de Inglaterra; y pensando con cierto placer el efecto prodigioso que causaria una paz general, que comprendiese hasta la misma Iglesia, queria concluir ésta por una determinacion pronta y decisiva. Al efecto mandó redactar un proyecto de concordato para ofrecerlo definitivamente á M. Spina. Los encargados de este asunto en el ministerio de negocios extrangeros, eran dos eclesiásticos que habian dejado de serlo, M. de Talleyrand y M. de Hauterive, pero por fortuna entre ellos y M. Spina se hallaba el hábil y ortodoxo Bernier. El proyecto escrito por M. de Hauterive, y revisado por el clérigo Bernier, era sencillo, claro y absoluto; y comprendia, redactado en forma de ley, todas las proposiciones de la legacion francesa. Presentóse este proyecto á M. Spina, quien asombrado, prometió enviarle á su corte; pero declaró que no podia firmarle.—Y ¿porqué os negais á firmarlo? le dijeron, acaso ¿no tendriais poderes para ello? Entonces ¿qué haceis en Paris hace seis meses? ¿Por qué os revestis con el caracter de negociador, sino podeis seguir desempeñándolo hasta su término necesario, es decir, hasta la conclusion del negocio? O es ¿qué hallais el proyecto inadmisible? Si es asi declaradlo; y el gabinete frances que no puede acceder á otras condiciones, dejará de comunicar con vos; y bien rompa ó no con la Santa Sede, concluirá de una vez con monseñor Spina.—

El astuto prelado no supo que contestar. Afirmó que tenia poderes; y no atreviéndose á confesar que juzgaba inadmisibles las proposiciones francesas, alegó que en materias religiosas, solo el Papa rodeado de los cardenales podia acep-

tar un tratado; renovando, en su consecuencia, el ofrecimiento de enviar el proyecto del primer Cónsul á Su Santidad.—Sea así, le dijeron, pero al enviarlo, declarad al menos, que lo aprobais. —Monseñor Spina, se negó de nuevo á toda declaracion afirmativa, y contestó que dirigiria sus instancias al Santo Padre, para que adoptase un tratado, que debia traer á Francia el restablecimiento de la Fé Católica.

Despachóse un correo para Roma, con el proyecto de Concordato, con órden á M. de Cacault, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, para que le sometiese á la inmediata y definitiva aprobacion del Papa. El correo era tambien portador de un regalo, que debia causar mucha alegria en Italia, y era el de la famosa efigie de Ntra. Sra. de Loreto, sacada de su mismo Santuario en tiempo del Directorio, y trasladada á la Biblioteca nacional de Paris, como un objeto de curiosidad.

El primer Cónsul sabia que era un motivo de escándalo para muchos fieles sinceros é intolerantes el que semejante reliquia se hallase depositada en la Biblioteca real, y quiso que precediese al Concordato esta restitucion piadosa.

De que modo acoje el Papa el proyecto de Concordato.

Este regalo fue recibido en la Romanía con un gozo dificil de comprender en Francia. El Papa recibió el Concordato mejor que se esperaba. Este digno Pontífice, á quien preocupaba mucho mas el bien de la Fé que sus intereses personales, no veia en el proyecto nada que fuese absolutamente inadmisible; y creia que con algun cambio en la redaccion, lograria satisfacer al primer Cónsul, que le parecia á él lo mas importante; pues el restablecimiento de la Religion en Francia era á sus ojos, el mas grande y el mas esencial de los asuntos de la Iglesia.

Nombró á los cardenales Cavandini, Antonelli y Gerdil, para que hiciesen el primer exámen del proyecto enviado de Paris. Los cardenales Antonelli y Gerdil eran reputados como los dos personages mas sábios de la Iglesia; y aun el segundo habia venido á ser frances, por ser natural de Saboya. Encargóse á los tres la mayor brevedad, y concluido el primer exámen, presentaron su informe á una congregacion de doce cardenales, elegidos entre los que se hallaban en Roma, por ser los que comprendian mejor los intereses de la Iglesia romana. Hizoseles que jurasen sobre los Santos Evangelios guardar el secreto, porque temiendo el Papa á las maquinaciones y á las quejas de los emigrados franceses, queria sustraer la decision del Sagrado Colegio á toda influencia de partido, pues procedia por su parte, con la mayor sinceridad y buena fe. Tenia á su lado un ministro frances á quien apreciaba mucho, que era M. de Cacault, hombre sensible, bien intencionado y de talento, que participaba de los recuerdos del siglo XVIII, al que pertenecia por su edad y su educacion, y de los sentimientos que inspira Roma á todos los que viven en medio de las ruinas de sus grandezas, y de sus pompas religiosas. Al dejar M. Cacault á Paris habia pedido al primer Cónsul sus instrucciones, y este le contestó las siguientes notables palabras: Tratad al Papa como si tuviese doscientos mil soldados.—M. de Cacault amaba á Pio VII y al general Bonaparte, y con sus buenos oficios disponia á ambos para que se apreciasen.—Confiad en el primer Cónsul, decia sin cesar el Papa; él arreglará vuestros negocios. Pero haced todo lo que os pida, porque le es necesario pasa lograr lo que desea.—Y al primer Cónsul le escribia: Tened un poco mas de paciencia. El Papa es el mas santo y mas amable de todos los hombres. Quiere complaceros, pero es menester que le deis tiempo. Es necesario acostumbrar su ánimo y el de sus cardenales, á las proposiciones absolutas que mandais. En Roma hay mas fé, que la que os podeis figurar. Es menester manejar esta corte con dulzura: si la irritamos, haremos que pierda la cabeza; y se empeñará en una resolucion que le haga hasta arrostrar el martirio, como el único recurso de su situacion.—Tan sábios y prudentes consejos templaban la impetuosidad del primer Cónsul, y le disponian á que sufriese con paciencia el meticuloso exámen de la corte de Roma.

Finalmente, terminado este trabajo, el Papa y el cardenal Consalvi tuvieron varias conferencias con M. de Cacault, y le manifestaron el proyecto romano. M. de Cacault le halló muy distante del proyecto frances, é hizo esfuerzos reiterados para que se modificase algo. Fue

necesario recurrir por segunda vez á la congregacion de los doce cardenales, lo que causó bastante demora; de modo, que sin obtener ningun resultado notable, contribuyó el mismo M. de Cacault á que se perdiera un mes entero. Por último, pusiéronse de acuerdo, en cuanto era posible, y se formó un proyecto, cuyas variaciones con el del primer Cónsul eran las siguientes:

Contra-proyecto de Concordato enviado por la corte de Roma al primer Cónsul.

La Religion Católica seria declarada en Francia como la Religion del Estado; los Cónsules la practicarian públicamente; se haria una nueva demarcacion diocesana, y solo habria sesenta sedes como lo deseaba el primer Cónsul. El Papa se dirigiria á los antiguos titulares para que renunciasen voluntariamente, en virtud de la promesa que habian hecho á Pio VI en 1790. Era probable que muchos presentasen su dimision, y entonces las sedes vacantes por muerte ó por dimision proporcionarian al gobierno frances el medio de formar una larga lista de nombramientos. Respecto á los que se negasen, el Papa tomaria las medidas convenientes para que no permaneciese en sus manos el gobierno de sus sedes.

Este excelente Pontifice decia al primer Cónsul en una carta muy afectuosa que le escribió: Dispensadme el declarar públicamente que destituiré á antiguos prelados que han sufrido crueles persecuciones por la causa de la Iglesia. En primer lugar mi derecho para ello es dudoso; y en segundo me es muy doloroso tratar asi á ministros del altar, desgraciados y proscriptos. ¿Qué responderiais á los que os pidiesen que sacrificárais esos generales que os rodean, y cuya adhesion os ha proporcionado tantas victorias?..... El resultado que deseais obtener será el mismo, porque la mayor parte de las sedes quedarán vacantes por muerte ó por dimision. Vos las proveereis, y en cuanto al corto número que queden ocupadas, porque se nieguen algunos á hacer dimision, no nombraremos todavia propietarios, pero haremos qne las gobiernen vicarios dignos de vuestra confianza y de la nuestra.

En los demas puntos estaba casi conforme el proyecto del gobierno romano con el del frances. Concedia los nombramientos al primer Cónsul, salvo el caso en que el primer Cónsul fuese protestante; contenia la aprobacion de la venta de los bienes nacionales, pero insistia en que pudieran hacerle al clero donaciones testamentarias en bienes raices, y concedia la absolucion de la Iglesia á los sacerdotes que habian contraido matrimonio.

Era evidente que la única dificultad formal consistia en deponer á los antiguos Obispos que se negasen á presentar su dimision; y semejante sacrificio era muy cruel para el Papa, pues equivalia á inmolar á los pies del primer Consul al antiguo clero frances. Sin embargo, era un sacrificio indispensable para que el primer Cónsul pudiese suprimir á su vez el clero constitucional, y formar de todos aquellos diferentes cleros uno solo, compuesto de personas apreciables de todas las sectas; y esta era una de esas ocasiones en las que no ha titubeado en todas épocas la Santa Sede en tomar grandes resoluciones para salvar la Iglesia: pero en los momentos de resolverse, el alma compasiva y timorata del Pontifice, se sentia oprimida por las mas dolorosas incertidumbres.

Mayo de 1801. — Resolucion que toma el primer Cónsul para poner fin á las vacilaciones de la córte de Roma.

Mientras que asi se empleaba el tiempo en Roma, ya conferenciando los cardenales entre sí, y ya haciéndolo el secretario de Estado con con M. de Cacault, se apuraba en Paris la paciencia del primer Cónsul, quien empezaba á temer que la córte de Roma se hallase siguiendo alguna intriga, ó con los emigrados, ó con las córtes extrangeras, especialmente con el Austria. A su natural desconfianza se unian las sugestiones de los enemigos de la Religion, que procuraban persuadirle le estaban engañando, y que á pesar de su habilidad y penetracion era víctima de la astucia italiana. Mucho dudaba que pudiesen engañarle, pero con todo quiso arrojar la sonda en aquel mar que, segun le decian, era tan profundo, y el mismo dia (13 de Mayo) en que salia de Roma el correo que conducia los despachos de la Santa Sede, dió en Paris un paso amenazador.

Llamando al clérigo Bernier, á Mon-

señor Spina y á M. de Talleyrand á la Malmaison; les declaró que no tenia la mas mínima confianza en las buenas disposiciones de la córte de Roma; que era mas el deseo en esta de llevarse bien con los emigrados que el de avenirse con la Francia, siguiendo mas el interés de partido que el de la Religion; que no queria consentir que consultase á las córtes enemigas, y quizas á los gefes de la emigracion, para saber si habia de tratar con la República francesa; que la Iglesia podia recibir de él inmensos beneficios, y que así debia aceptarlos ó reusarlos al momento, y no retardar el bien de los pueblos con inútiles vacilaciones, ó con consultas mas inútiles aun; que se pasaria sin la Santa Sede puesto que no se queria secundarle; que es cierto no volveria á dar á la Iglesia los dias de persecucion, pero que abandonaria á los eclesiásticos á sí mismos, limitándose á castigar á los turbulentos, y dejando á los demas vivir como pudiesen; que se consideraria libre de todo compromiso respecto á la córte romana, y aun de lo estipulado en el tratado de Tolentino, pues de hecho habia desaparecido este tratado desde el dia en que se declaró la guerra entre Pio VII y el Directorio. Al pronunciar estas palabras, el tono del primer Cónsul era tranquilo, firme, é imponente, pero al extenderse sobre esta declaracion dió á entender que su confianza en el Santo Padre era siempre la misma, y que solo el cardenal Consalvi y los demas que rodeaban á su Santidad, eran los causantes de las lentitudes y demoras que sufrian las negociaciones.

El primer Cónsul habia alcanzado su objeto, pues el desdichado Spina dejó la Malmaison sumamente trastornado, y volviendo apresuradamente á Paris; escribió á su corte despachos llenos del espanto que le dominaba. M. de Talleyrand, por su parte, escribió á M. de Cacault un despacho conforme á las ideas que el primer Cónsul habia manifestado en la Malmaison. Ordenábasele que se avistase con el Papa y el cardenal Consalvi, y les declarase, que si bien el primer Cónsul tenia la mayor confianza en el Santo Padre, no le sucedia lo mismo respecto á su gobierno; que por lo tanto estaba resuelto á romper una negociacion tan poco sincera, y que él mismo tenia órden de dejar á Roma en el término de cinco dias, si no se aprobaba inmediatamente el proyecto del Concordato, sin ningunas modificaciones. En efecto, M. de Cacault debia dejar á Roma cumplido aquel plazo, retirarse á Florencia, y aguardar allí las instrucciones del primer Cónsul.

Orden á M. de Cacault para que salga de Roma en el término de cinco dias, si durante ellos no se acepta el Concordato.

Este despacho llegó á Roma á últimos de Mayo, y disgustó mucho á Mr. de Cacault, pues temia no solo que turbasen aquellas nuevas al gobierno romano, sino que le impulsasen á resoluciones desesperadas, y temia sobre todo afligir á un Pontífice, á quien no habia podido dejar de amar. Sin embargo, las órdenes del primer Cónsul eran tan absolutas, que no habia medio de eludir su ejecucion. M. de Cacault se personó, pues, con el Papa y el cardenal Consalvi y les manifestó sus instrucciones, dejando á ambos en extremo afligidos, especialmente al cardenal Consalvi, que viéndose claramente señalado en los despachos del primer Cónsul, como autor de las interminables dilaciones de aquella negociacion, se llenó de espanto. Sin embargo, no era culpable, pues solo las rancias formalidades de aquella cancilleria, la mas antigua del mundo, eran causantes, al menos desde que el negocio se habia llevado á Roma, de las lentitudes de que se quejaba el primer Cónsul.

M. de Cacault, propuso al Papa y al cardenal Consalvi, una idea que los sorprendió y turbó al principio, pero que despues reputaron como la sola via de salvacion.—No quereis, les dijo, adoptar el Concordato venido de Paris, al menos en toda su latitud; pues bien, que el mismo cardenal pase á Francia revestido de vuestros poderes. Se hará conocer del primer Cónsul, le inspirara confianza, y obtendrá los cambios de redaccion que sean indispensables. Si se presenta alguna dificultad, allí podrá zanjarla, y se evitará tambien la pérdida de tiempo que es lo que mas incomoda al carácter impaciente del gefe de nuestro gobierno. De este modo saldreis de un gran peligro, y se salvarán los asuntos de la Religion. Mucho sentimiento costaba al Papa separarse de un ministro, sin el cual no se hallaba, y

El cardenal Consalvi se decide á trasladarse á Paris.

que era el que le animaba á soportar el peso de la soberania; por lo tanto estaba sumido en las mayores perplegidades, pues á la vez que juzgaba muy conveniente la idea de M. de Cacault, le parecia cruel la separacion que se le proponia.

Aquella faccion implacable, compuesta no solo de emigrados, sino de todas las personas que en Europa odiaban á la Revolucion francesa; aquella faccion que hubiera deseado una guerra eterna con la Francia, que habia visto con dolor el fin de la guerra civil en la Vendée, y que veia con no menos pesar y sentimiento, el próximo fin del cisma, asediaba á Roma con cartas, hacia circular las mas absurdas especiotas, y cubria sus calles de pasquines. Decian, por ejemplo, en uno de ellos, que Pio VI habia perdido la Santa Sede por salvar la fe, y que Pio VII perderia la fe por salvar la Santa Sede (1). Las invectivas, de que era objeto, no separaron á este Pontífice sensible, pero consagrado á sus deberes, de la resolucion que habia tomado de salvar la Iglesia, á pesar de todos los partidos, y del mismo partido de la Iglesia, pero sufria cruelmente; y el tener que separarse del cardenal Consalvi, su amigo, y confidente era para él una amarga pena. El cardenal á su vez se estremecia con á la idea de verse en Paris, en aquel golfo revolucionario, que, segun le decian, habia devorado tantas victimas; y temblaba al pensar habia de verse en presencia de aquel temible general, objeto á la vez de admiracion y de temor, y al que habia pintado Monseñor Spina, como particularmente irritado contra el secretario de Estado. Estos infelices sacerdotes se formaban mil ideas falsas acerca de la Francia y de su gobierno, y á pesar de la seguridad que tenian de que se habia mejorado, se estremecian al pensar iban á hallarse por un momento entre sus manos. El cardenal se decidió, pues; pero como un hombre que se decide á arrostrar la muerte.=Puesto que es necesario una víctima, decia, me sacrifico y me pongo en manos de la Providencia.=Hasta tuvo la imprevision de escribir á Nápoles algunas cartas en este sentido, que llegaron á conocimiento de nuestro ministro cerca de aquella corte, y fueron comunicadas al primer Cónsul, quien, por fortuna, las juzgó, mas ridículas que ofensivas.

Sobresalto del Papa, y terror del cardenal Consalvi.

Pero el viage á Paris del secretario de Estado, estaba muy lejos de zanjar todas las dificultades, y de prevenir todos los peligros. La salida de Roma de M. de Cacault y su retirada á Florencia, donde residia el cuartel general del ejército frances, iba á ser una manifestacion, quizás funesta para los dos gobiernos de Roma y de Nápoles. En efecto, estos dos gobiernos se hallaban continuamente amenazados por las pasiones reprimidas y siempre ardientes de los patriotas italianos. El del Papa era odioso á los hombres que no querian ser gobernados por eclesiásticos, y su número era grande en los Estados de Roma; y el de Nápoles era aborrecido con justicia por la sangre que habia derramado. La partida de M. de Cacault, podia ser considerada como una especie de permiso dado á las malas cabezas italianas, para intentar alguna tentativa peligrosa; y temiéndolo asi el Papa, se convino, para prevenir cualquiera interpretacion desagradable, que M. de Cacault y el cardenal Consalvi, harian juntos el viaje hasta Florencia. Al salir M. de Cacault de Roma, dejó en ella al secretario de la legacion.

Junio de 1801.

Partida del cardenal Consalvi para Paris.

El 6 de Junio (17 de Pradial) salieron de Roma MM. Consalvi y de Cacault, y se dirigieron hácia Florencia, ambos en un mismo carruage; á su tránsito por las poblaciones el cardenal presentaba á todos á M. de Cacault, y les decia: Este es el ministro de Francia; pues tal era el deseo que le animaba de que todos supiesen que no se habian roto las relaciones. La agitacion de los ánimos en Italia fue bastante viva; y sin embargo no produjo por el momento ningun resultado desagradable; pues para intentar alguna cosa, aguardaban conocer mas á las claras las disposiciones del gobierno frances. El car-

(1) Fio VI per conservar la fede perde la sede
Pio VII per conservar la sede perde la fede.

denal Consalvi se separó de M. de Cacault en Florencia, y siguió lleno de miedo su viage á Paris. (1)

Entretanto habia recibido el primer Cónsul el proyecto reformado de la Corte de Roma, y conociendo que la diferencia consistia mas bien en la forma que en el fondo se habia calmado; dejándole completamente satisfecho la noticia de que el mismo cardenal Consalvi pasaba á Paris para acabar de poner de acuerdo á la Santa Sede con el gabinete frances. Veia ya con certeza un próximo arreglo, y ademas el brillo y nombre que de él debia resultar á su gobierno, y asi se preparó para hacer una acogida brillante al primer ministro de la corte romana.

El cardenal Consalvi llegó á Paris el 20 de Junio (1.° de Messidor.) El clérigo Bernier y monseñor Spina, acudieron para recibirle, y tranquilizarle acerca de las disposiciones del primer Cónsul, y conviniéndose en el trage con que se presentaria en la Malmaison, se trasladó á ella muy conmovido con la idea de ver al general Bonaparte. Advertido este de antemano, procuró no aumentar la turbacion del cardenal; y al efecto, desplegó todo el arte de la palabra con que la naturaleza le habia dotado para ganar el ánimo de su interlocutor, mostrarle á fondo sus intenciones, francamente favorables hácia

Llegada del cardenal Consalvi, y entrevista con el primer Cónsul.

(1) Florencia 19 de Pradial del año IX.

Francisco Cacault, ministro plenipotenciario de la República francesa en Roma, al ciudadano ministro de relaciones exteriores.

Ciudadano ministro:

Héme aquí ya en Florencia. El cardenal secretario de Estado salió de Roma conmigo. Vino á buscarme á mi alojamiento, y hemos hecho el camino en un mismo carruage: en otro iban nuestras respectivas servidumbres, y el gasto de cada uno lo pagaba su respectivo correo.

Por todas partes nos miraba la gente como atontada. El cardenal tenia mucho miedo de que se imaginasen que yo me retiraba a causa de algun rompimiento, y decia sin cesar, á todo el mundo: *Hé aquí al ministro de Francia.* Este pais, aniquilado con los males de la pasada guerra, se estremece á la menor idea de movimiento de tropas. El gobierno romano, teme aun mucho mas á sus propios súbditos descontentos, especialmente á los que se han aficionado al mando y al pillage, en la especie de revolucion última. Asi hemos podido disipar á la vez temores mortales y esperanzas temerarias; y creo que no se alterará la tranquilidad que disfruta Roma.

El cardenal ha pasado aquí el dia 18, en íntima y ostensible amistad con el general Murat; quien le ha mandado dar alojamiento y le puso una guardia de honor. Lo mismo ha hecho conmigo, pero yo no lo he aceptado, alojándome en una hospederia.

Esta mañana salió el cardenal para Paris, y llegará poco despues que mi despacho, porque va muy de prisa. El infeliz conoce bien que si no logra nada, quedará perdido sin remedio, asi como todo se perderá para Roma; y por lo tanto desea con ansia saber su suerte. Yo le he dicho que uno de los grandes medios para salvarlo todo consiste en usar de diligencia, porque el primer Cónsul tiene motivos graves para concluir al momento y obrar con prontitud.

Intenté en Roma que el Papa firmase solamente el Concordato, y si me lo hubiera concedido, no habria salido de dicha capital, pero esta idea no tuvo buen éxito.

Ya comprendereis, pues, que el Cardenal no va á Paris para firmar lo que el Papa ha rehusado hacer en Roma; pero es el primer ministro de Su Santidad, y su privado, es el alma del Papa, en una palabra; en este concepto va á tratar con vos. Espero que de las entrevistas resultará que os pondreis de acuerdo en las modificaciones; pues solo se trata de frases y de palabras, á las que pueden darse tantas vueltas, que al fin se encuentren las mas oportunas.

El cardenal lleva una carta confidencial del Papa para el primer Cónsul, y un deseo ardiente de concluir el negocio. Es hombre de ilustracion y de talento; sin embargo, su aspecto es poco magestuoso, y no á proposito para la grandeza: Tiene mucha verbosidad, pero no seduce: su carácter es afable, y su alma se abrirá á desahogarse, si se le anima con dulzura á la confianza.

He escrito á Madrid al embajador Luciano Bonaparte, manifestándole en que consiste el notable suceso del viage á Paris del cardenal Consalvi, y de mi retirada á Florencia. Tambien he hecho conocer á los ministros del Emperador y del Rey de España en Roma, que no hay todavia ningun motivo de guerra con el Papa.

Os saludo respetuosamente:

CACAULT.

la Iglesia, y darle á conocer las graves dificultades que iban unidas al restablecimiento del culto público en Francia, y sobre todo para hacerle comprender, que el interes con que se debia considerar al pueblo frances, era mucho mayor que el que podian tener en satisfacer los resentimientos de los eclesiásticos, de los emigrados, y de la familia arrojada del trono, y despreciada entonces y abandonada de la Europa. Tambien declaró al cardenal Consalvi que estaba pronto á transigir sobre ciertos pormenores de redaccion que ofuscaban á la corte de Roma, con tal que en el fondo le concediese lo que reputaba como indispensable, como era el crear una organizacion eclesiástica enteramente nueva, que fuese su obra, y que reuniese á los sacerdotes entendidos y respetables de todos los partidos.

El Cardenal quedó completamente satisfecho de aquella entrevista con el primer Cónsul. Presentóse poco en Paris, y observó una prudente reserva, tan distante de una severidad excesiva, como de aquella familiaridad italiana, tan censurada á los eclesiásticos romanos. Aceptó algunos convites en casa de los Cónsules y de los ministros, pero rehusó constantemente presentarse en los parages públicos. Púsose á trabajar con el clérigo Bernier para resolver las últimas dificultades de la negociacion, y principalmente los dos puntos en que mas en desacuerdo se hallaban ambos gobiernos, relativo el uno al título de *Religion de Estado*, con que se queria calificar la Religion Católica, y el otro á la destitucion de los antiguos titulares. El cardenal Consalvi pretendia que, para justificar á los ojos de la cristiandad las grandes concesiones hechas al primer Cónsul, pudiesen alegar la solemne declaracion de la República francesa en favor de la Iglesia Católica, y queria que por lo menos se proclamase la Religion Católica como *Religion dominante*, derogándose las leyes que fuesen contrarias, y que el primer Cónsul se comprometiese á profesarla públicamente; pues se creia que su ejemplo produciria un efecto poderoso en el ánimo del pueblo.

Ultimas pretensiones de la Santa Sede.

El clérigo Bernier manifestaba que proclamar una *Religion de Estado* ó una *Religion dominante*, era alarmar á los demas cultos, y hacerles temer la vuelta de una Religion para ellos invasora, opresora, intolerante, &c., &c., y que por lo tanto, era imposible poder hacer otra cosa fuera de la declaracion de un hecho, á saber, que la mayoria de los franceses era católica. Añadia que, para derogar las leyes anteriores se necesitaba la concurrencia del poder legislativo, lo cual pondria al gabinete frances en graves apuros; que el gobierno, como tal, no podia profesar una Religion; que los Cónsules podian profesarla, pero que este hecho individual, y en cierto modo privado, no debia figurar en un tratado. En cuanto á la conducta personal del primer Cónsul, el clérigo Bernier decia en voz baja, que asistiria á un *Te Deum*, á una misa, pero que no debia esperarse de él que hiciese otro tanto con otras prácticas del culto, y que habia cosas que no debia exigir el buen discernimiento del cardenal, porque producirian un efecto mas desagradable que provechoso. Convínose al fin, en un preámbulo, que ligado con el artículo primero, llenaba casi del todo las miras de las dos legaciones.

La Religion Católica declarada religion de la mayoria de los franceses.

Reconociendo el gobierno, se decia, *que la Religion Católica era la de la gran mayoria de los franceses*..... *Reconociendo el Papa por su parte que esta Religion habia obtenido en Francia, y esperaba aun obtener en aquel momento los mayores bienes del restablecimiento del culto católico, y de la profesion particular que de ella hacian los cónsules de la República*, &c.....

Con este doble motivo, por el bien de la Religion y por la conservacion del órden interior, establecian las dos autoridades: (artículo primero), *que se ejerceria en Francia la Religion Católica, y que su culto seria público, conformándose con los reglamentos de policía que se creyesen necesarios para la conservacion de la tranquilidad*; (artículo segundo) *que habria una nueva demarcacion*, &c.

Este preámbulo llenaba suficientemente la intencion de todas las opiniones, porque proclamaba altamente el restablecimiento del culto; hacia su profesion pública en Francia, como antiguamente; mencionaba como un hecho particular, y personal á los tres Cónsules en ejercicio, la profesion de aquel culto;

y ponia esta claúsula en la boca del Papa, y no en la del gefe de la República. Parecia, pues, que estas primeras dificultades, quedaban por fortuna vencidas. Venia en seguida la cuestion de la destitucion de los antiguos titulares. Hallábanse conformes en el fondo, pero el cardenal Consalvi, pedia que se eviase al Papa el dolor de pronunciar en un acto público la destitucion de los antiguos Obispos franceses. Prometia que á los que se negasen á hacer dimision, no se les consideraria como titulares, y que el Papa les daria sucesores; pero no queria que esto constase formalmente en el Concordato. El primer Cónsul se mostró inflexible sobre este punto, y salvo en lo concerniente á la redaccion, exigió que se dijese en términos positivos, que el Papa se dirigiria á los antiguos titulares, solicitando que hiciesen dimision de sus Sedes, como esperaba que asi lo hiciesen, de su amor á la Religion; y que si rehusaban, *se proveeria con nuevos titulares al gobierno de los obispados de la nueva demarcacion.* Tales eran las expresiones del tratado.

El cardenal Consalvi solicita que se dispense al Papa de destituir á los antiguos titulares.

En las demas condiciones no habia dificultad. El primer Cónsul debia nombrar los Obispos, y el Papa debia confirmarlos. Sin embargo, el cardenal Consalvi reclamó, otorgándolo el primer Cónsul, una excepcion, en que se decia, que en el caso de ser protestante el primer Cónsul, se haria un nuevo convenio, para arreglar el modo de los nombramientos. Quedó estipulado que los Obispos nombrarian á los curas, eligiéndolos entre los sugetos que fuesen del agrado del gobierno. La cuestion del juramento estaba resuelta, adoptándose pura y sencillamente el juramento que los Obispos prestaban en lo antiguo á los Reyes de Francia. La Santa Sede habia reclamado con razon, y se le habia concedido sin dificultad, la autorizacion para establecer seminarios para el reemplazo del clero, pero sin dotacion del Estado. La seguridad de no turbar á los poseedores de bienes nacionales, era formal, quedando expresamente reconocida la propiedad de los bienes que habian comprado. Tambien se estipuló que el gobierno tomaria las medidas convenientes para dotar al clero como era debido, y para que se les devolviesen todos los antiguos edificios del culto, y todas las rectorias, que no se hubiesen enagenado. Convínose asimismo, que se concederia á los fieles permiso para hacer donativos piadosos, pero que el Estado arreglaria la forma como habian de hacerse; conviniéndose secretamente en dicha forma, que consistia en rentas sobre el gran libro, visto que el primer Cónsul no queria acceder de ningun modo al restablecimiento de los bienes de manos muertas. Esta disposicion debia hallarse en los reglamentos ulteriores de la policia de los cultos, los cuales solo el gobierno tenia derecho para hacerlos.

En cuanto á los eclesiásticos que habian contraido matrimonio, el cardenal daba su palabra de que inmediatamente se publicaria un breve de indulgencia, pero solicitaba, que emanando este acto de caridad religiosa de la clemencia del Santo Padre, conservase su carácter libre y espontáneo, y no se reputase como una condicion impuesta á la Santa Sede. Esta consideracion fue acogida.

Hallábanse, al fin, de acuerdo sobre todos los puntos, partiendo de bases razonables, que garantizaban á la vez la independencia de la Iglesia francesa, y su perfecta union con la Santa Sede. Nunca se habia hecho con Roma un convenio mas liberal, y al mismo tiempo mas ortodoxo; y es necesario reconocer, que se habia obtenido del Papa una resolucion grave, pero justificada en extremo por las circunstancias, cual era la de destituir á los antiguos titulares que rehusasen hacer su dimision. Necesitábase, pues, darse por satisfechos, y concluir aquel asunto.

Conformidad sobre todos los puntos disputados.

Entretanto se agitaban algunos al rededor del primer Cónsul para impedir que diese su consentimiento definitivo. Los hombres que ordinariamente estaban á su lado, y que tenian el privilegio de darle sus consejos, combatian su determinacion. El partido del clero constitucional trabajaba tambien mucho, temiendo ser sacrificado al clero *no juramentado.* Estaba autorizado para reunirse y formar en Paris una especie de concilio nacional; cuya autoriza-

Ultimos esfuerzos intentados por los adversarios del Concordato para impedir que se firmase.

cion se la habia concedido el primer Cónsul, para estimular el celo de la Santa Sede, haciéndole sentir los peligros que se corrian de dilatar mas las negociaciones. En aquella reunion se pronunciaron discursos poco juiciosos acerca de las costumbres de la Iglesia primitiva, á la cual quisieron asemejar la Iglesia francesa los autores de la Constitucion civil.

Concilio del clero Constitucional.

Se hizo valer la idea de que las funciones episcopales debian conferirse por eleccion, y que ya que asi no fuese, era necesario que el primer Cónsul eligiese las personas, de una lista de ellas que presentasen los fieles de cada diócesis; que el nombramiento de los Obispos debia ser confirmado por los Metropolitanos, es decir, por los Arzobispos, y solo el de estos últimos por el Papa; pero que la institucion papal no podia dejarse al arbitrio de la Santa Sede, y que pasado cierto término debia ser obligatoria; lo que equivalia á la completa abolicion de los derechos de la corte de Roma. Sin embargo, no todo lo que se dijo en aquella especie de concilio estaba tan desprovisto de razon. Presentáronse algunas ideas provechosas, acerca de la demarcacion de las diócesis, de la emision de las bulas, y de la necesidad que habia de no sufrir ninguna publicacion emanada de la autoridad pontificia, sin el expreso permiso de la autoridad civil. Acordóse reunir todas aquellas varias observaciones en forma de súplica, que se presentaria al primer Cónsul, para ilustrar sus resoluciones. Lo que se repitió con bastante gusto y con mucha frecuencia en aquella asamblea, fue que, durante el terror el clero constitucional habia prestado inmensos servicios á la Religion proscripta; que no habia huido, ni abandonado las iglesias, y que por lo tanto no era justo que se le sacrificase á los que durante la persecucion, habian tomado la ortodoxia por pretexto, para sustraerse á los peligros del sacerdocio. Todo esto era exacto, especialmente, respecto á los simples eclesiásticos; los cuales habian tenido en su mayor parte las virtudes que se atribuian. Pero los Obispos constitucionales, de los cuales, algunos merecian respeto, eran los mas de ellos hombres de partido, verdaderos sectarios, á quienes la ambicion en unos y el orgullo de las cuestiones teológicas en otros, habian arrastrado á excesos, y valian mucho menos que sus subordinados, hombres sencillos y sin pretensiones de ninguna clase. El que á su frente figuraba como mas revoltoso, era el clérigo Gregoire, heresiarca de costumbres puras, pero de talento limitado, vanidoso hasta el exceso, y cuya conducta política iba unida á un recuerdo desgraciado. Sin hallarse expuesto á las arrebatadas pasiones ni á los terrores que arrancaron á la Convencion un voto de muerte contra el desdichado Luis XVI, el clérigo Gregoire, ausente entonces, y libre por lo tanto para guardar silencio, dirigió á aquella asamblea una carta que respiraba sentimientos poco conformes á la humanidad y á la Religion. Era uno de aquellos á quienes menos convenia que se entrase en la senda del órden, y volviesen á adquirir influjo las sanas ideas, y por lo tanto intentaba, aunque en vano, luchar contra el sistema adoptado por el gobierno consular. Habia procurado adquirir relaciones con la familia de Bonaparte, y de este modo hacia llegar hasta el gefe de esta familia, una multitud de objeciones contra la resolucion que se preparaba. El primer Cónsul dejaba á los constitucionales que hiciesen y dijesen cuanto se les antojase, dispuesto, sin embargo, á ponerles un freno, si su agitacion llegaba hasta el escándalo; pero no le disgustaba que su presencia incomodase á la Santa Sede, y poder aplicar á su lentitud aquel género de estimulante. Aunque era poco aficionado á los individuos de aquel clero, porque en general eran teólogos disputadores, queria defender sus derechos, y proponer al Papa por Obispos á los que fueran conocidos por hombres de costumbres puras, y de dócil carácter. No pedia otra cosa el mayor número, porque estaban muy lejos de despreciar su reconciliacion con la Santa Sede, y hasta la deseaban, como el medio mas seguro y honroso que se les ofrecia, para salir de la vida agitada que llevaban, y del triste estado de descrédito en que se hallaban con respecto á los fieles. En efecto, los que se oponian á todo convenio con Roma, solo lo hacian temiendo ser sacrificados en masa á los antiguos propietarios.

El clérigo Gregoire.

Julio de 1801.

Oposicion al Concordato por parte de M. de Talleyrand.

Exsistia otra oposicion mas temible cerca del primer Cónsul, y en el seno mismo del ministerio. Resentido M. de Talleyrand con la corte de Roma, que se habia manifestado menos asequible é indulgente que se habia creido en un principio, le mostraba cierta frialdad y aversion, y hasta contrariaba á las claras la negociacion, despues de haberla comenzado con bastante buena voluntad, porque entonces solo veia una nueva paz que concluir. Habia salido para los baños, como ya hemos dicho, dejando redactado un proyecto al primer Cónsul, absoluto en la forma, ofensivo sin utilidad, y que la corte de Roma no queria admitir á ningun precio. Encargóse de continuar su papel M. de Hauterive, que habia sido ordenado de menores, y abandonado despues la carrera eclesiástica en tiempo de la Revolucion, y por lo tanto se mostraba poco favorable á los deseos de la Santa Sede, y oponia mil dificultades en la parte de redaccion, al proyecto convenido entre el clérigo Bernier y el cardenal Consalvi. Segun él, debia expresarse de un modo mas patente y terminante la destitucion de los antiguos titulares, y mencionar la condicion de que los legados piadosos solo podrian hacerse en rentas; y finalmente especificar en un artículo formal la rehabilitacion católica de los eclesiásticos casados, &c. De este modo hacia renacer M. de Hauterive las dificultades de redaccion, que habia faltado poco hiciesen fracasar la negociacion; y aun el mismo dia en que se firmó, envió aun al primer Cónsul una memoria muy ejecutiva sobre todos aquellos puntos.

Consejo de gobierno en que se aprueba el Concordato.

Concluidos todos los debates se celebró una reunion á la que asistieron los Cónsules y los ministros, y en la cual se discutió y resolvió definitivamente la cuestion. Repitiéronse las objeciones ya conocidas; se hizo valer el inconveniente de chocar con el espíritu frances; de añadir nuevas cargas al presupuesto, y hasta de poner en peligro, decian, los bienes nacionales, despertando en el antiguo clero, restablecido en sus funciones, esperanzas mayores que las que se debian satisfacer. Hablóse de un proyecto de simple tolerancia, que solo consistiria en devolver los edificios religiosos, asi á los eclesiásticos *juramentados* como á los *no juramentados*, y á permanecer espectador pacífico de sus disputas, salvo el derecho de intervenir, si el órden público llegaba á alterarse.

Opinion del Cónsul Cambaceres.

El Cónsul Cambaceres, ardiente partidario del Concordato, se expresaba acerca de él con calor, y contestaba victoriosamente á todas las objeciones. Sostuvo que no existia ese peligro que se manifestaba de chocar con el espíritu frances, sino respecto á ciertos genios turbulentos; pero que las masas recibirian con gusto el restablecimiento del culto, por el cual sentian ya una verdadera necesidad moral; que la consideracion de los nuevos gastos que ocasionaria, era despreciable, tratándose de semejante materia; y que en cuanto á los bienes nacionales, quedaban por el contrario mas garantidos que nunca, con la sancion de las ventas, obtenida de la Santa Sede. Al llegar aqui M. Cambaceres, le interrumpió el primer Cónsul, el cual, inflexible siempre, respecto á los bienes nacionales, declaró que llevaba á cabo el Concordato precisamente á causa de los compradores de dichos bienes, y por atender á sus intereses, y que castigaria terriblemente á los eclesiásticos que fuesen tan necios ó malévolos que abusasen del grande acto que iba á consumarse. Tomando de nuevo Cambaceres el hilo de su discurso, manifestó, cuanto habia de ridículo é impracticable en el proyecto de los que opinaban que el gobierno se manifestase indiferente entre los partidos religiosos que se disputarían la confianza de los fieles, los edificios del culto y los donativos voluntarios de la piedad pública; que ofrecerian al gobierno todos los sinsabores de una intervencion activa, sin ninguna de sus ventajas, y quizas sería el resultado la reunion de todas las sectas en una sola Iglesia enemiga, independiente del Estado, y dependiente de una autoridad extraña.

El Cónsul Lebrun habló en el mismo sentido, y por último el primer Cónsul se expresó en pocas palabras, de un modo claro, preciso y terminante. Conocia las dificultades y aun los peligros de su em-

presa, pero la profundidad de sus miras iba mas allá de todas las dificultades del momento, y estaba decidido á llevarla á cabo, como lo manifestó en sus palabras. Desde entonces cesó toda oposicion, salvo el desaprobar y aun el criticar fuera de la presencia del primer Cónsul. Sometiéronse todos, y se dió la órden para que se firmase el Concordato, tal como le habian redactado el clérigo Bernier y el cardenal Consalvi.

Queda encargado José Bonaparte de firmar el Concordato.

Siguiendo su costumbre de reservar á su hermano mayor la conclusion de todos los actos importantes, el primer Cónsul nombró por plenipotenciarios á José Bonaparte, al consejero de Estado Cretet, y finalmente al clérigo Bernier, que era muy digno de este honor por sus laboriosas tareas y la habilidad que habia desplegado en aquella larga y memorable negociacion. Por su parte nombró el Papa por plenipotenciarios al cardenal Consalvi, á Monseñor Spina y al padre Caselli, sábio Italiano que habia acompañado á la legacion romana, á fin de ayudarla con sus conocimientos teológicos. Reuniéronse todos en casa de José Bonaparte, volviéronse á leer las actas; hiciéronse esos pequeños cambios, siempre reservados para el último momento, y el 15 de Julio de 1801 (26 de Messidor) se firmó aquel gran acto, el mas importante que la córte de Roma halla llevado á cabo con la Francia, y acaso con las demas potencias cristianas, porque ponia fin á una de las tormentas mas horrorosas que ha sufrido la Religion católica; y por lo tocante á Francia, hacia tambien que cesase un cisma deplorable, estableciendo entre la Iglesia y el Estado las convenientes relaciones de union y de independencia.

Firmase el Concordato el 15 de Julio de 1801.

Mucho quedaba que hacer despues de la firma de aquel tratado, conocido con el nombre de Concordato. Necesitábase solicitar la ratificacion de Roma, y despues obtener las bulas que debian acompañar la publicacion, asi como los breves que debian dirigirse á todos los antiguos titulares, solicitando que hiciesen dimision; necesitábase hacer en seguida la nueva demarcacion, elegir sesenta prelados nuevos, y caminar en todas estas cosas de acuerdo con Roma. Era una negociacion no interrumpida hasta el dia en que pudiera cantarse un *Te Deum* en la iglesia de Nuestra Señora, para celebrar el restablecimiento del culto. Ansioso siempre el primer Cónsul de obtener los resultados, deseaba que todo se hiciese al momento, para celebrar á un mismo tiempo la paz con las potencias europeas y con la Iglesia; pero era muy difícil que se cumpliese su deseo, y no obstante se activaron todas aquellas diligencias, á fin de que no se retardase en cuanto fuese posible el gran acto de la restauracion religiosa.

Aunque el primer Cónsul no quiso publicar el tratado firmado con el Papa antes de que se ratificase, lo comunicó, sin embargo, al Consejo de Estado, en la sesion de 6 de Agosto (18 de Termidor; si bien no en toda su extension, contentándose con presentarle un análisis sustancial, y acompañando aquel análisis con la enumeracion de los motivos que habian decidido al gobierno. Los que en este dia le oyeron quedaron asombrados de la precision, vigor y nobleza de su lenguage, pues era la elocuencia del magistrado, gefe del gobierno: sin embargo, si quedaron asombrados de aquella elocuencia sencilla y robusta, que Ciceron, al hablar de César, llamaba *vim Cæsaris*, no se hallaron muy dispuestos en favor de la obra del primer Cónsul (1); permanecieron taciturnos y silenciosos, como si con el cisma hubie-

Agosto de 1801. — Sesion en que se comunica el Concordato al Consejo de Estado.

(1) Carta de Monseñor Spina al cardenal Consalvi, ministro de Estado.

PARIS 8 DE AGOSTO.

Estando el primer Cónsul en el Consejo de Estado el jueves último, como supiese que en Paris se hablaba del tratado que ha hecho con vuestra Santidad, y que ignorando todos lo cierto, hablan de ello y hacen comentarios segun el parecer de cada uno, tomó de aqui motivo para comunicar al mismo Consejo el tenor del tratado Sé que estuvo hablando hora y media demostrando su necesidad y utilidad, y me han dicho que habló perfectamente; pero como no pidiese el parecer del Consejo, todos guardaron silencio No he podido hasta

sen visto perecer una de las obras de la Revolucion mas dignas de sentirse. Como no se sometia aun aquel acto á la deliberacion del Consejo de Estado, no habia que discutirle ni votarle; y asi nada turbó la frialdad silenciosa de aquella escena. Retiráronse, pues, sin hablar ni una palabra, ni manifestar su opinion; pero el primer Cónsul habia mostrado su voluntad irrevocable, y esto era bastante para muchos; pues valia el silencio de aquellos que no querian desagradarle; y el de los que respetando su genio, y conociendo la inmensidad de los beneficios que derramaba sobre la Francia, estaban decididos á tolerarle aun sus faltas.

Disuélvese el Concilio formado por el clero constitucional.

Creyendo el primer Cónsul que ya habia estimulado bastante el celo de la córte de Roma, juzgó conveniente poner término á la especie de Concilio que celebraban los eclesiásticos constitucionales; y en su consecuencia dió las órdenes oportunas, que fueron obedecidas por todos; pues ninguno de ellos se hubiera atrevido á desobedecer á la autoridad que iba á distribuir sésenta Sedes, con acuerdo esta vez, de la autoridad pontificia. Al disolverse, presentaron al primer Cónsul una exposicion decorosa en la forma, y que contenia sus opiniones respecto á la nueva organizacion religiosa, y las proposiciones que ya hemos dado á conocer.

El cardenal Consalvi habia salido de Paris para volver á Roma, y llamar de nuevo cerca de la Santa Sede, á M. de Cacault, por cuyo doble regreso suspiraba el Papa, al ver la peligrosa agitacion que reinaba en la Italia inferior. Los patriotas italianos de Nápoles y del Estado romano aguardaban con impaciencia que se les presentase ocasion para verificar un nuevo trastorno, y los bandidos del antiguo partido de Ruffo, los sicarios de la Reina de Nápoles, no deseaban otra cosa sino un pretexto para arrojarse sobre los franceses; y estos hombres de opiniones tan diferentes, estaban dispuestos á unir sus esfuerzos para introducir en todo, el desórden y la confusion. Sin embargo, la noticia de haberse puesto de acuerdo los dos gobiernos frances y romano, y la certeza de la intervencion del general Murat, situado en aquellas cercanias á la cabeza de un ejército, contuvieron los ánimos y dieron al traste con aquellos siniestros proyectos. Por su parte sintió el Papa el mayor gozo al ver en Roma al cardenal Consalvi y al ministro de Francia; é inmediatamente convocó el consejo de cardenales, á fin de someterles el tratado, haciendo preparar al mismo tiempo, las bulas, breves, y demas actos en fin, que eran consecuencia del Concordato. El buen Pontifice estaba alegre, pero no tranquilo, pues aunque tenia la certeza de que obraba bien, y solo sacrificaba los intereses de partido, al bien general de la Iglesia, temia la censura del antiguo partido del trono y del altar que estallaba con violencia en Roma, y cuyas sátiras y punzantes sarcasmos llegaban á sus oidos, y le conmovian, á pesar de haber separado de su lado á todos los malcontentos. El cardenal Maury, juzgando, con su superior talento, perdida la causa de los emigrados, y viendo ya, acaso con secreta satisfaccion, llegado el momento de una reconciliacion general para todos los hombres que gemian lejos de su pais, permanecia retirado en su obispado de Montefiascone, ocupándose únicamente en una biblioteca que formaba todas las delicias de su destierro. Para no inspirar ningun recelo al primer Cónsul, habia prevenido el Papa á dicho cardenal, que al menos en aquellos momentos, convenia al gobierno pontificio que permaneciese en su retiro de Montefiascone.

Convócase á los cardenales para someter á su decision el Concordato.

El Papa, pues, estaba satisfecho; pero conmovido en extremo (1) hacia

ahora saber que impresion hizo esto en el animo de los consejeros en general Los buenos se alegraron, pero el número de ellos es muy corto. Procuraré averiguar como lo han recibido los que son de distinta opinion. Parece que el primer Cónsul quiere ir preparando los espíritus de los que son contrarios á este convenio, á fin de que no se opongan, pero nada obtendrá hasta que tome alguna medida mas enérjica contra los constitucionales, y mientras deje el culto católico expuesto á la mala voluntad del ministro de la policia.

(1) *Carta de M. Cacault, ministro pleni-*

los mayores esfuerzos para concluir con brevedad la empresa tan felizmente comenzada. El Consejo de cardenales, se manifestó favorable al Concordato nuevamente redactado, y se declaró difinitivamente á su favor. Pensando el Papa que en adelante necesitaba arrojarse en los brazos del primer Cónsul, y realizar con ostentacion una obra que tenia un objeto tan noble como el restablecimiento del culto católico en Francia, quiso celebrar con la mayor solemnidad las ceremonias de las ratificaciones. En su consecuencia, ratificó el Concordato en un gran Consistorio, y para dar mayor realce á aquel acto pontifical, creó tres cardenales. Recibió con la mayor pompa á M. de Cacault, y á pesar del miserable estado de su tesoro, desplegó todo el lujo que las circunstancias requerian. Teniendo que elegir un Legado para enviarle á Francia, nombró al cardenal Caprara, el mas eminente diplomático de la córte de Roma, personage distinguido por su nacimiento; pues era de la ilustre familia de los Montecuculli; por sus luces, su experiencia y su moderacion, y que siendo embajador cerca de José II, habia visto las tribulaciones de la Iglesia en el pasado siglo, y habia logrado á menudo, con su habilidad y espíritu de acierto, evitar mas de un conflicto á la Santa Sede. El mismo primer Cónsul habia manifestado el deseo de tener á su lado á aquel príncipe de la Iglesia; y el Papa se apresuró á satisfacerle, costándole no poco trabajo la resistencia que oponia el cardenal, ya anciano, enfermo y poco dispuesto á empezar de nuevo la laboriosa carrera de su primera juventud. Sin embargo, las repetidas instancias del Santo Padre y el interés de la Iglesia, vencieron su repugnancia, y el Papa le confirió al momento la mas alta dignidad diplomática de la córte de Roma, la de Legado á *Latere*, pues el que la ejerce reune los poderes mas amplios, va precedido por todas partes de la Cruz, y tiene todo el poder que puede tenerse lejos del Papa. Pio VII renovó en aquella ocasion, todas las antiguas ceremonias con que se entregaba á los representantes de San Pedro el signo venerado de su mision. Convocóse de nuevo un gran Consistorio, y en presencia de todos los cardenales y de los ministros extrangeros, recibió el cardenal Caprara la cruz de plata, que debia precederle por todas partes en aquella Francia republicana, extraña ya hacia mucho tiempo á las pompas católicas.

Setiembre de 1801. — Adopcion del Concordato por el sacro Colegio.

Eleccion del cardenal Caparra como Legado en Francia.

---

potenciario de la República francesa en Roma, al ministro de relaciones exteriores.

Roma 8 de Agosto de 1801 (20 de Termidor del año IX).

Ciudadano ministro:

Para poneros al corriente del estado en que se halla el negocio de la ratificacion del Concordato por el Papa, que se aguarda en Paris, nada puedo hacer mejor que transmitiros la carta original que acabo de recibir del cardenal Consalvi.

Hallándose obligado este cardenal á guardar cama, su Santidad ha trabajado hoy con su Secretario de Estado.

Todo el sacro Colegio debe asistir á la ratificacion; y todos los doctores de primer órden estan empleados y en continuo movimiento. El Santo Padre se halla con la misma agitacion, inquietud y deseo de una esposa jóven que no se atreve á regocijarse en el gran dia de su boda. Jamas se ha visto á la córte de Roma mas retirada, ni mas séria y secretamente ocupada de la novedad que está próxima á publicarse, sin que la Francia, de la cual se trata y por la cual se trabaja, tenga que intrigar, prometer, dar, ni brillar aqui segun se acostumbra. En breve tendrá la satisfaccion el primer Cónsul de ver cumplidos sus deseos, respecto á anudar las relaciones con la Santa Sede, y esto se habrá verificado de un modo nuevo, sencillo y verdaderamente respetable.

Esto será la obra de un héroe y de un santo, porque el Papa es virtuoso y piadoso hasta lo sumo.

Varias veces me ha dicho: "Creed que si en vez de ser Francia una potencia dominante, estuviese abatida y débil, respecto á sus enemigos, no haria menos de lo que ahora hago."

No creo que haya sucedido muchas veces, el haberse alcanzado sin violencia ni corrupcion, un resultado tan grande, y del cual dependerá en adelante en mucha parte la tranquilidad de la Francia, y la felicidad de la Europa.

Tengo el honor de saludaros respetuomente.

CACAULT.

Octubre de 1801.

Sensible el primer Cónsul á la conducta leal y afectuosa del Papa, le correspondió con las mayores muestras de consideracion y de respeto. Mandó al general Murat que hiciese lo posible para que no transitasen las tropas por los estados romanos; y á los cisalpinos que evacuasen el pequeño ducado de Urbino, que habian invadido bajo pretesto de una cuestion de límites; anunció la próxima evacuacion de Ancona, y mientras, remitió fondos para atender á las necesidades de la guarnicion, y aliviar de aquel gasto al tesoro pontifical; á los napolitanos que se obstinaban en permanecer ocupando los territorios de Benevento y Ponte-Corvo, mandó nueva órden para que los evacuasen; y finalmente, mandó el primer Cónsul que se preparase y amueblase con lujo uno de los edificios mas hermosos de Paris, para alojar en él, á expensas del gobierno frances, al cardenal Caprara.

Las ratificaciones se habian cangeado, estaban aprobadas las bulas, y se iban á expedir los breves á toda la cristiandad, para obtener las dimisiones de los antiguos titulares: el cardenal Caprara, á pesar de su edad, habia apresurado su viage á Francia. Habiase dado órden á todas las autoridades de los pueblos del tránsito, para que le recibiesen de un modo conforme á su elevada dignidad; lo cual habian verificado con gusto, secundando su celo las poblaciones de las provincias, y dando al representante de la Santa Sede infinitas pruebas de respeto, que probaban el imperio que ejercia el antiguo culto en el ánimo de los campesinos.

Llegada del cardenal Caprara á Paris.

Pero se temia someter á semejante prueba al satírico pueblo de Paris, y por lo tanto se dispuso todo, para que el cardenal entrase de noche, como se verificó, siendo recibido con las mayores atenciones, y conducido al edificio que se le habia preparado, donde le hicieron saber de una manera delicada, que una parte de los gastos de su mision quedaba á cargo del gobierno frances, lo que era una costumbre diplomática que se pensaba restablecer, respecto á la Santa Sede. El primer Cónsul puso además á disposicion del egado dos Lcarruages con sus mejores tiros de caballos.

El cardenal Caprara fue recibido como un embajador extrangero, pero no todavía como un representante de la Iglesia; pues se aplazó esta recepcion, hasta la época del restablecimiento definitivo del culto. Para el mismo dia se reservó instituir á los nuevos Obispos, cantar un *Te Deum*, y el verificar el juramento que debia prestar el cardenal Legado al primer Cónsul.

En las formalidades indispensables que debian preceder á la publicacion del Concordato, se habia invertido mas tiempo que el que se creyó en un principio, y aun no se habian concluido en la época en que acababan de firmarse los preliminares de la paz de Lóndres: el primer Cónsul hubiera querido que la fiesta consagrada el 18 de Brumario á la paz general, hubiese coincidido con la gran solemnidad religiosa de la restauracion del culto; pero era menester que las dimisiones de los antiguos titulares llegasen á Roma antes de que se pudiese aprobar la nueva demarcacion diocesana y las elecciones de los nuevos Obispos. Las dimisiones pedidas por el Papa al antiguo clero frances ocupaban en aquel momento la atencion general, pues todos deseaban saber cómo seria recibido aquel gran acto, en que dándose la mano el Papa y el primer Cónsul, se pedia á los antiguos ministros del culto, amigos ó enemigos de la Revolucion, y dispersos por Rusia, Alemania, Inglaterra y España, que sacrificasen su posicion, sus afecciones de partido, y hasta el orgullo mismo de sus doctrinas, para hacer triunfar la unidad de la Iglesia y restablecer la tranquilidad interior de la Francia. ¿Cuántos serian bastante sensibles á aquel doble motivo, para inmolar tantos sentimientos é intereses personales á la vez? El resultado probó toda la sabiduria del gran acto emanado del Papa y del primer Cónsul, y probó el imperio que ejerce sobre los ánimos el amor del bien, invocado con nobleza por un Santo Pontífice y un héroe.

Exígese su dimision á todos los antiguos titulares.

Los breves dirigidos á los Obispos ortodoxos, no eran iguales á los de los constitucionales. El breve destinado á los Obispos que se habian negado á reconocer la Constitucion civil del clero, los consideraba como legítimos titulares de

sus Sedes, y se les pedia que renunciasen en nombre del interes de la Iglesia, y en virtud del ofrecimiento que habian hecho ya á Pio VI, declarándolos destituidos en caso de que se negasen. El lenguaje de este breve era afectuoso y triste, pero lleno de autoridad. El breve dirigido á los constitucionales era tambien paternal y respiraba la mas benigna indulgencia, pero nada decia de dimision, pues la Iglesia jamás habia reconocido como legítimos á los Obispos constitucionales. Pedíales que abjurasen sus antiguos errores, volviesen al seno de la Iglesia, y diesen fin á un cisma que era á la vez un escándalo y una calamidad; y de este modo se provocaba su dimision sin solicitarla, pues esto habria sido reconocer un título, que la Santa Sede les habia negado siempre.

Todos los Obispos constitucionales hacen dimision.

Necesario es hacer justicia á todos los hombres que facilitaron aquel gran acto de reconciliacion. Los Obispos constitucionales, entre los cuales no faltaron algunos que quisieron resistirse, pero cuya mayoría bien aconsejada deseaba secundar al primer Cónsul, presentaron en masa su dimision. El breve, á pesar de los términos afectuosos en que estaba concebido, heria su amor propio, porque solo hablaba de sus errores, y no de su dimision. Así, pues, acordaron manifestar su adhesion al Papa, en términos, que sin que fuese una retractacion de lo pasado, contuviese su sumision y su dimision. Declararon que se adherian al nuevo Concordato, y que, por consecuencia, se despojaban de su dignidad episcopal. Eran en todos unos cincuenta, y todos se sometieron, á excepcion del Obispo Saurine, hombre de una imaginacion viva, de un celo religioso mas ardiente que ilustrado, sacerdote por otra parte de puras costumbres, y á quien el primer Cónsul llamó algo mas tarde á las funciones episcopales, despues de haberle hecho reconciliar con el Papa.

No era esta parte la mas difícil de este negocio, antes era la que debia considerarse como la mas realizable, porque casi todos los Obispos constitucionales estaban en Paris, cerca del primer Cónsul y bajo la influencia de amigos que se habian constituido sus defensores y sus guias.

Noble respuesta de los antiguos titulares del clero ortodoxo á la intimacion del Papa.

Los obispos no juramentados estaban esparcidos por toda la Europa, si bien algunos vivian en Francia; y la mayoría de ellos ofreció un noble ejemplo de piedad y de sumision evangélica. De los siete que residian en Paris, y ocho en las provincias, ni uno solo vaciló tocante á la respuesta que debian dar al Pontífice y al nuevo gefe del Estado, y la dieron en un lenguage digno de los mas hermosos tiempos de la Iglesia. El anciano Obispo de Belloy, prelado venerable, que habia reemplazado á M. de Belsunce en el obispado de Marsella, y que era el modelo del antiguo clero, se apresuró á dar á sus cofrades la señal de abnegacion: «Lleno, decia, de respeto y de obedien»cia hácia los decretos de Su Santidad, »y queriendo siempre estar unido con él »de corazon y espíritu, no vacilo en poner »en las manos del Santo Padre mi dimi»sion del obispado de Marsella. Me basta »para resignarme que Su Santidad lo crea »necesario para conservar la Religion en »Francia."

Uno de los Obispos mas sábios del clero frances, el historiador de Bossuet y de Fenelon, el Obispo de Alais, escribia: «Dichoso por poder contribuir con mi »dimision, en cuanto de mí depende, »á las miras de sabiduría, de paz y de »conciliacion que Su Santidad se ha pro»puesto, ruego á Dios bendiga sus pia»dosos intentos, y los libre de contradic»ciones que puedan afligir su paternal »corazon."

El Obispo de Acqs, escribia al Santo Padre: «No he titubeado un momento »en sacrificarme, desde que supe que »este doloroso sacrificio era necesario á »la paz de la patria y al triunfo de la »Religion.... ¡Ojalá salga ésta gloriosa de »sus ruinas! ¡ojalá se eleve, no diré so»bre los restos de todos mis mas caros »intereses, y de todos mis bienes tempo»rales, sino tambien sobre mis mismas »cenizas si pudiera servirle de víctima »expiatoria!..... Vuelvan mis conciudada»nos á la concordia, á la fé y á las san»tas costumbres. Estos serán todos los »votos de mi vida, y mi muerte será de»masiado feliz si alcanzo á verlos cum»plidos."

Confesamos que es una institucion muy divina la que inspira ó manda se-

mejantes sacrificios y lenguaje. En la lista de los dimisionarios figuraban los nombres mas ilustres del antiguo clero y de la antigua Francia, los Rohan, los Latour-du-Pin, los Castellane, los Polignac, los Clermont-Tonnerre y los Latour de Auvergne. Dominaba á todos un impulso general que recordaba los generosos sacrificios hechos por la antigua nobleza francesa en la noche del 4 de Agosto; y un mismo empeño en facilitar, por un gran acto de abnegacion, la ejecucion de aquel Concordato, que M. de Cacault habia llamado la obra de un héroe y de un santo.

Noviembre de 1801.

Resistencia de los obispos emigrados en Inglaterra.

La mayor parte de los Obispos refugiados en Alemania, Italia y España siguieron tan noble ejemplo; pero quedaba por saber la determinacion de los diez y ocho obispos que se habian retirado á Inglaterra; y se deseaba saber si podrian librarse de las influencias enemigas que les rodeaban. Ligada en aquel momento la Inglaterra á la Francia, quiso permanecer extraña á su determinacion, pero los príncipes de la casa de Borbon, los gefes de los chuanes, los instigadores de la guerra civil, y los cómplices de la máquina infernal, Jorge y sus compañeros que vivian en Londres, con los socorros que se daban á los emigrados, rodearon á los diez y ocho Obispos, bien resueltos á impedir que se completase con su adhesion la union de todo el clero frances, alrededor del Papa y del general Bonaparte. Con este motivo se celebraron muchas reuniones, y mediaron grandes conferencias, contándose entre los disidentes el Arzobispo de Narbona, á quien se suponia demasiado afecto á los intereses temporales, porque con su Sede perdia rentas inmensas, y al Obispo de Saint-Paul-de-Leon, quien segun decian habia tomado el cargo productivo de administrar los subsidios británicos á los sacerdotes deportados. Estos influyeron sobre los Obispos, y lograron seducir á trece, pero hallaron la mas noble resistencia por parte de cinco prelados, entre los cuales se encontraban dos individuos de los mas ilustres y mas respetables del antiguo clero, M. de Cicé, Arzobispo de Burdeos, antiguo guardasellos en tiempo de Luis XVI, y personage en el que se reconocia un superior talento político; y M. de Boisgelin, Obispo sabio y cumplido caballero, que habia mostrado anteriormente la dignidad de un sacerdote fiel á su Religion, pero no por eso enemigo de la ilustracion de su siglo. Estos enviaron su dimision con sus tres cólegas MM. de Osmond, de Noé, y du Plessis d'Argentré.

Casi todo el antiguo clero se habia pues sometido, y el Papa veia realizada su obra, con menos amargura para su corazon que lo que habia creido en un principio. Todas aquellas dimisiones, sucesivamente publicadas en el *Moniteur*, al lado de los tratados firmados con las cortes de Europa, con Rusia, Inglaterra, Baviera y Portugal, producian un efecto inmenso, y del cual han conservado los contemporáneos un recuerdo inolvidable. Si algo hubo que hiciese conocer la inmensa influencia del nuevo gobierno, fue sin duda aquella sumision respetuosa y solícita de las dos iglesias enemigas, adherida la una á la Revolucion, pero corrompida por el furor de las cuestiones: y la otra altiva, orgullosa con su ortodoxia y con la grandeza de sus nombres, pero infectada del espíritu de la emigracion, animada por un realismo sincero, y creida que el tiempo bastaria para darle la victoria. Este triunfo fue, pues, uno de los mas hermosos, de los mas merecidos y de los que mas universalmente hicieron sentir sus saludables efectos.

Aproximábase el 18 de Brumario, dia destinado á la solemne festividad de la paz general, y el primer Cónsul se dejó llevar de uno de esos sentimientos personales, que suelen apoderarse de los hombres enmedio de sus mas nobles resoluciones. Queria gozar de su obra, y poder celebrar el restablecimiento de la paz religiosa el mismo dia 18 de Brumario; pero para ello se necesitaba en primer lugar, que hubieran remitido de Roma la bula relativa á las nuevas demarcaciones, y en segundo, que el cardenal Caprara tuviese la facultad de instituir á los nuevos Obispos. Entónces se hubieran nombrado y consagrado los sesenta titulares, y cantado en su presencia un solemne *Te Deum* en la iglesia de Ntra. Señora. Por desgracia, se habia aguardado en Roma que contestasen cinco Obispos franceses, residentes en el norte de Alemania; y en cuanto

á la facultad de conceder la institucion canónica, no habia sido dada al cardenal Caprara, porque jamas se habia otorgado tal poder ni aun á los Legados *à látere*. Faltaban solo algunos dias para verificar la solemnidad de la paz, porque ya se estaba en 1.° de Noviembre (10 de Brumario) cuando el primer Cónsul, llamando al cardenal Caprara, le habló con bastante acritud, se quejó con cierta vivacidad, que no era digna ni justa, de lo poco que le auxiliaba el gobierno pontificio en el cumplimiento de sus proyectos, y causó un grave disgusto al respetable cardenal (1). Pero en breve notó su falta, y se apresuró á repararla, confesando que no tenia mucha razon, y queriendo aminorar el efecto que habia producido su vehemencia, detuvo al cardenal todo el dia en la Malmaison, le encantó con su agrado y su bondad, y le consoló del mal rato que le habia dado por la mañana.

Escribióse á Roma y se envió á Alemania á M. de Pancemont, sacerdote respetable, cura de San Sulpicio, y despues Obispo de Vannes, para que fuese á buscar á los cinco prelados y obtu-

(1) Carta del Cardenal Caprara al Cardenal Consalvi.

Paris 2 de Noviembre de 1801.

De vuelta de la Malmaison, cerca de las once de la noche, me pongo á escribir el resultado de la entrevista que acabo de tener con el primer Cónsul. Este no me ha hecho la menor mencion de los cinco artículos de que mandé una copia con mi comunicacion de 1.° de Noviembre, sino que al momento, con la vivacidad propia de su caracter, y mostrando estar muy irritado, ha empezado á darme las mas amargas quejas de todos los romanos; diciendo que lo traen entretenido, y que estan estudiando cómo hacerlo caer en sus redes. Que lo entretienen con las eternas demoras en expedir la bula de la demarcacion; á cuyo retardo han contribuido con no mandar los breves en tiempo oportuno á los Obispos, y con no mandarlos por medio de correos, como hubiera hecho cualquier otro gobierno á quien corriese prisa un negocio: que estudian cómo hacerlo caer en sus redes, porque se quiere ponerle en ridículo, induciendo al Papa á que no admita los nombramientos que él haga de los Obispos constitucionales; y prosiguiendo hablando á la manera de un torrente, me ha repetido sin omitir palabra, todo lo que en presencia de monseñor Spina me dijo ayer tarde el consejero Portalis.

Despues de un discurso tan vehemente y salpicado de expresiones bastante duras, he procurado justificar á los romanos, á quienes asi se acusaba, pero interrumpiéndome él, ha dicho: No admito justificaciones, y solo eceptuo de entre todos al Papa, á quien amo y venero. . . . . Pareciéndome entonces mas tranquilo que al principio, procuré darle á entender que amando á nuestro señor, debia dar una prueba de ello con evitarle el disgusto de nombrar Obispos constitucionales. A esta proposicion volviendo á tomar el tono anterior me ha respondido: Nombraré constitucionales, y en número de quince. He hecho cuanto he podido, y no volveré atras ni una linea de la determinacion que he tomado . . . . . En cuanto á los cabezas de secta, el consejero Portalis que estaba delante ha querido asegurarme que puedo estar tranquilo, y que por lo que toca á las personas quedaré contento; pero en cuanto á la sumision, ha dicho el primer Consul, que es soberbia el pedirla, y vileza el prestarla; y luego sin esperar respuesta se ha extendido largamente acerca de la institucion canónica, y no ya como militar, sino á la manera de un canonista ha pronunciado un largo discurso, no diré para persuadir, pero sí para hacer perder algun tiempo, y finalmente ha dicho: ¿Pero no hacen los obispos la profesion de fé, y prestan el juramento? Habiéndole respondido que sí, el mismo consejero Portalis, ha concluido diciendo: Esta muestra de obediencia al Papa vale por mil sumisiones. Y luego volviéndose á mí me ha dicho laconicamente: Procurad que venga pronto la bula de demarcacion, y que lo demas que debe venir en seguida, y sobre lo cual os he hablado, no se trate por parte de Roma, de la misma manera que lo han sido los breves expedidos á los Obispos, los que segun mis noticias, no habian sido enviados aun el 21 del pasado á ninguno de los que residen en Alemania.

Asi concluyó la conferencia, pero debo añadir, que despues de concluida, cerca de la una del dia, salió con Mad. Bonaparte, y estuvo fuera cosa de una hora, habiéndome obligado antes á que me quedase á comer con él, no obstante de que estaba ya comprometido á ir á casa de su hermano José, al cual él mismo avisó de esto. Ciertamente, sin exajeracion, estuvo hablando conmigo desde entonces hasta las diez de la noche, excepto el tiempo de la comida, paseando segun su costumbre la mayor parte del tiempo, y hablando de todos los asuntos posibles, asi económicos, como políticos, relativos á nuestro negocio.

viese de ellos la respuesta que se aguardaba con tanta impaciencia. Entretanto pasó el 18 de Brumario sin que el primer Cónsul lograse su deseo; pero el brillo y esplendor de la festividad de aquel dia era bastante grande para hacerle olvidar lo que todavia faltaba. Por último, llegaron noticias de Roma. Siempre inclinado el Papa á acceder á lo que deseaba aquel á quien llamaba hijo querido, envió la bula de demarcacion, y el poder para instituir á los nuevos Obispos, conferido al Legado de una manera no vista hasta entónces; no deseando por premio á tanta deferencia, sino lo que esperaba que obtendria la habilidad del cardenal Caprara, y era que se le evitase el sentimiento de instituir á obispos constitucionales.

Todo se halla dispuesto para la ceremonia del restablecimiento del culto, pero queda que vencer la oposicion del Tribunado.

Nada se oponia ya á la publicacion del grande acto religioso, tan laboriosamente terminado; pero se habia dejado pasar el momento propicio, y ya se hallaba abierta, segun costumbre, desde 1.° de Frimario (22 de Noviembre de 1801) la legislatura del año X. Se hallaban, pues, reunidos el Tribunado, el Cuerpo Legislativo y el Senado, y se anunciaba una viva oposicion y discursos escandalosos contra el Concordato. El primer Cónsul no queria turbar con semejantes demostraciones una ceremonia augusta, y determinó aguardar para celebrar el restablecimiento del culto, hasta que hubiese ganado ó disuelto la oposicion del Tribunado. Desde ahora las dilaciones debian depender de él, y á la Santa Sede tocaba mostrarse apremiante. Por lo demas los imprevistos obstáculos que iba á arrostrar, probaban el mérito y el arrojo de su resolucion. No solo se anunciaba una viva oposicion al Concordato sino tambien al Código civil, y á algunos de los tratados que acababan de asegurar la paz al mundo. Orgulloso de sus obras, y apoyado en la opinion pública, se habia decidido el primer Cónsul á arrojarse á los últimos extremos; pues hasta hablaba de destruir á los cuerpos que le resistiesen. Asi iban las pasiones humanas á mezclar sus arrebatos con las obras mas hermosas de un gran hombre y de una grande época.

FIN DEL LIBRO DUODÉCIMO.

LIBRO DECIMOTERCIO.

EL TRIBUNADO.

Administracion interior.—Quedan las carreteras libres de bandoleros, y reparadas.—Renace el comercio.—Exportaciones é importaciones del año 1801.*—Resultados materiales de la Revolucion francesa, respecto á la industria, agricultura y poblacion.—Influencia de los prefectos y subprefectos en la administracion.—Orden y celeridad en el despacho de los negocios.—Viages de los consejeros de Estado por los distritos.—Discusion del Código civil en el Consejo de Estado.—Brillante invierno de* 1801 *á* 1802.*—Afluencia extraordinaria de extrangeros en Paris.—Corte del primer Cónsul.—Organizacion de su servidumbre civil y militar.—La guardia consular.—Prefectos de palacio, y damas de honor.—Hermanas del primer Cónsul.—Hortensia de Beauharnais contrae matrimonio con Luis Bonaparte.—MM. de Fox y de Calonne en Paris.—Bienestar y lujo de todas las clases.—Aproxímase la legislatura del año X.—Suscítase una viva oposicion contra las mejores obras del primer Cónsul.—Causas de aquella oposicion, la cual se extiende no solo entre los miembros de las asambleas deliberantes, sino tambien entre algunos gefes del ejército.—Conducta de los generales Lannes, Augereau y Moreau.—Abrese la legislatura.—Dupuis, autor de la obra sobre el orígen de todos los cultos, es nombrado presidente del Cuerpo Legislativo.—Escrutinio para las plazas vacantes en el Senado.—Nombramiento del clérigo Gregoire, contrario á las propuestas del primer Cónsul.—Explosion violenta en el Tribunado acerca de la palabra* súbdito *escrita en el tratado con Rusia.—Oposicion al Código civil.—Irritacion del primer Cónsul.—Discusion en el Consejo de Estado sobre la conducta que se debe observar en aquellas circunstancias.—Se adopta el partido de aguardar á la discusion de los primeros títulos del Código civil.—El Tribunado los desecha.—Nuevos escrutinios para las plazas vacantes del Senado.—El primer Cónsul propone á antiguos generales, que no son del número de sus hechuras.—El Tribunado y el Cuerpo Legislativo los deshechan y se ponen de acuerdo para proponer á M. Daunou, conocido por su oposicion al gobierno.—Discurso vehemente del primer Cónsul en una reunion de senadores.—Amenazas de dar un golpe de Estado.—Intimidada la oposicion se somete, é imagina un subterfugio para anular el efecto de sus primeros escrutinios.—El Cónsul Cambaceres disuade al primer Cónsul de adoptar ninguna medida ilegal, y le persuade se libre de los que le hacen la oposicion, por medio del artículo* 38 *de la Constitucion, que fija para el año X la salida de la quinta parte del Cuerpo Legislativo y del Tribunado.—El primer Cónsul adopta aquella idea.—Se suspenden los trabajos legislativos.—Aprovéchase esta ocasion para reunir en Lyon bajo el título de consulta, una Dieta italiana.—Antes de dejar el primer Cónsul á París, envia á Santo Domingo una escuadra con tropas.—Proyecto de reconquistar aquella colonia.—Negociaciones de Amiens.—Objeto de la consulta convocada en Lyon.—Diversos modos de reconstituir la Italia.—Proyecto del primer Cónsul respecto á este punto.—Creacion de la República italiana.—Es proclamado el general Bonaparte presidente de aquella república.—Entusiasmo de los italianos y de los franceses, reunidos en Lyon.—Gran revista pasada al ejército de Egipto.—Vuelve á Paris el primer Cónsul.*

Noviembre de 1801.

Administracion interior por el primer Cónsul.

Ya queda visto con cuanta perseverancia y hábiles esfuerzos, habia logrado el primer Cónsul avenir á la Europa con la Francia por su política, despues de haberla vencido con sus victorias; ya queda visto á costa de cuantos esfuerzos, no menos meritorios, habia reconciliado á la Iglesia Romana con la República francesa, y puesto término á los males que traia consigo el cisma. No habian sido ni menos constantes, ni menos dichosos sus esfuerzos para restablecer la seguridad y la libre comunicacion en las carreteras; para dar nueva actividad al comercio y á

la industria; para desahogar la hacienda; para poner órden en la administracion; para redactar un código de leyes civiles, adecuado á nuestras costumbres, y, finalmente, para organizar en todas sus partes la sociedad francesa.

Buen éxito de la represion de los bandoleros.

La raza de bandidos formada con los desertores del ejército y los soldados licenciados de la guerra civil, que perseguia á los propietarios pudientes en los campos, y á los viageros en las carreteras, que saqueaba las cajas de fondos públicos, é infundia el espanto, acababa de ser reprimida con sumo rigor. Estos bandidos habian elegido para extenderse por todas partes, aquella época en que llevados casi todos los ejércitos á la vez fuera de Francia, no quedaban en el interior fuerzas necesarias para su seguridad. Pero desde la paz de Luneville y la entrada en Francia de una parte de las tropas, la situacion habia cambiado; y numerosas columnas movibles acompañadas primero de comisiones militares, y despues de esos tribunales especiales, cuyo establecimiento hemos dado á conocer, recorrian los caminos en todas direcciones, y castigaban con una energia terrible á los bandidos que los infestaban. En seis meses habian sido fusilados muchos centenares de ellos, sin que nadie reclamase en favor de estos malvados, restos fatales de la guerra civil: y los demas, completamente desanimados, habian dejado las armas, sometiéndose al gobierno. Hallábase, pues, restablecida la seguridad en los caminos reales; y asi como en los meses de Enero y de Febrero de 1801, apenas se podia ir de Paris á Rouen, ó de Paris á Orleans, sin correr el peligro de ser asesinado, al fin de este mismo año se podia atravesar toda la Francia sin verse expuesto á ningun accidente. Solo en el fondo de la Bretaña ó en el interior de las Cévenas, existian algunas reliquias de aquellas partidas, que en breve iban á ser completamente dispersadas.

Adelantos en la composicion de los caminos.

Se ha visto anteriormente, de qué modo diez años de turbulencias casi habian interrumpido la comunicacion en Francia; cómo se habia sustituido al antiguo trabajo corporal forzado el arbitrio de los portazgos; cómo bajo el sistema de un arbitrio tan incómodo é insuficiente á la vez, se habian inutilizado enteramente los caminos; y de qué modo, en fin, habia destinado el primer Cónsul en Nevoso último un subsidio extraordinario para reparar veinte calzadas de las principales que atravesaban el territorio de la República. Él mismo habia vigilado el destino que se daba á los fondos, y excitado hasta el mas alto grado, con su continua atencion, el celo de los ingenieros. Interrogaba á todos sus ayudantes de campo, y á los empleados superiores que viajaban por Francia, para saber si se ejecutaban sus órdenes. Los fondos se habian votado algo tarde aquel año, y el fin del mismo habia sido lluvioso, notándose ademas la falta de brazos, consecuencia de los repentinos é inmensos desmontes, y sobre todo de la larga guerra civil; causas todas que habian retardado los trabajos; si bien á pesar de estos las mejoras eran notables. El primer Cónsul acababa de destinar un nuevo subsidio, sacado de los gastos del año X (1801 á 1802) para reparar otros cuarenta y dos caminos; debiendo añadirse aquel subsidio, sacado de los fondos generales del tesoro, al producto del arbitrio. Contando dos millones no empleados en el año IX, diez millones de extraordinario, tomados del año X, y diez y seis, producto del arbitrio, ascendia á veinte y ocho millones la suma total destinada á la composicion de caminos en el año corriente; cantidad casi triple de la que se habia destinado al mismo objeto en épocas anteriores. Asi, pues, adelantaba con notable rapidez la reparacion de los caminos, y todo anunciaba que en el transcurso de 1802, quedarian los de Francia recompuestos y perfectamente transitables.

Abrénse nuevos caminos entre Francia é Italia, y Francia y Bélgica.

Se habian dado las órdenes oportunas para abrir nuevas comunicaciones, entre las diferentes partes de la Francia antigua y moderna. Entre Francia é Italia se preparaban cuatro carreteras: la del Simplon, ya mencionada muchas veces, adelantaba con notable rapidez; tambien se habia empezado la que debia unir el Piamonte y la Saboya, por el monte Cenis; estaba mandado se emprendiese la que debia juntar el Piamonte con el mediodia de la Francia, y los inge-

nieros recorrian ya los terrenos para poner en ejecucion estos proyectos. Por último se habia emprendido la reparacion de la carretera del puerto de Tenda que atravesaba los Alpes marítimos. De este modo la barrera de los Alpes entre Francia é Italia iba á ser como allanada, por medio de aquellos cuatro caminos, transitables para los mayores transportes, tanto comerciales como militares; de modo que no habia que repetir el paso del San Bernardo, cuando fuera necesario socorrer la Italia.

Canales de San Quintin de Ourcq y de Aguas-Muertas.

Se estaba trabajando en el canal de San Quintin: el primer Cónsul habia ido á ver el canal del Ourcq, mandando que volviesen á emprender los trabajos; y seguian los del canal de Aguas-Muertas en Beaucaire, confiado á una compañía, á la cual animaba el gobierno cediéndole grandes porciones de terreno. Los puentes nuevos sobre el Sena cuya construccion se habia concedido á una asociacion de capitalistas, estaban casi concluidos. Tan numerosas y grandes empresas llamaban en extremo la atencion pública, y los ánimos, siempre en movimiento en Francia, dejaban de admirar las grandezas de la guerra, para admirar con cierta especie de entusiasmo las grandezas de la paz.

Aumento en las importaciones y exportaciones comerciales.

Ya durante el año IX (1800 á 1801) habia tomado el comercio un gran vuelo, aunque la guerra marítima reinaba aun, en el curso de aquel año. Las importaciones que el año VIII habian sido tan solo de 225 millones (unos 1219 millones de reales), habian subido en el año IX á 417 (unos 1564 millones de reales); siendo esto un aumento de una cuarta parte en el espacio de solo un año; aumento debido á dos causas: al consumo, rápidamente aumentado de los géneros coloniales, y á la introduccion de una cantidad considerable de las materias primeras, necesarias para las fábricas, como algodones en rama, lanas y aceite; evidente señal del renacimiento de nuestras manufacturas. Mucho menos se habia notado este movimiento general de aumento en las exportaciones, porque nuestro comercio exterior aun no se habia restablecido en el año IX (1800 á 1801) y porque ademas era necesario que la fabricacion de los productos antecediese á la exportacion; y, sin embargo, la suma de las exportaciones que en el año VIII solo habia subido á 271 millones (1016 millones de reales) ascendia en el año IX á 305 (1144 millones de reales). Este aumento de 34 millones (unos 127 millones de reales), se debia particularmente á las salidas extraordinarias de nuestros vinos y de nuestros aguardientes; lo cual habia motivado en Burdeos una grande actividad comercial. Tambien se notará la diferencia que habian producido en nuestras exportaciones y nuestras importaciones aquellos diez años de guerra marítima, pues que acabábamos de recibir 417 millones de valores; sin haber exportado mas que 305; pero la restauracion de nuestra industria debia hacer en breve desaparecer aquella diferencia,

Restablecimiento de la industria de sederías.

Las sederias del Mediodia, empezaban á florecer otra vez. Lyon, la ciudad privilegiada del primer Cónsul se entregaba de nuevo á su bella industria. De quince mil talleres destinados en otros tiempos al tejido de sedas, solo habian quedado dos mil en actividad durante nuestras turbulencias; pero ya se habian restablecido siete mil. Lila, San Quintin y Ruan, participaban del mismo movimiento, y los puertos de mar que iban á verse libres del bloqueo, preparaban numerosos armamentos. El primer Cónsul hacia por su parte para el restablecimiento de nuestras colonias, preparativos cuyo objeto y extension pronto daremos á conocer.

Estado numérico de la poblacion despues de la Revolucion Francesa.

Se habia querido averiguar el estado en que la Revolucion dejaba la Francia, en cuanto á su agricultura y poblacion. Las investigaciones estadísticas, imposibles cuando las administraciones colectivas dirigian los negocios provinciales, habian llegado á ser practicables desde la institucion de las prefecturas y subprefecturas, de modo que habiéndose decretado se hiciese un censo, habia dado resultados singulares, los cuales se confirmaban tambien, por los consejos generales de los departamentos, reunidos el año IX

por primera vez. El trabajo relativo á la poblacion estaba entonces concluido en 67 departamentos de los 102, de que se componia la Francia en 1801. La poblacion de aquellos 67 departamentos que en 1789 era de 21,176,243 habitantes, ascendia en 1800 á 22,267,443; lo cual era un aumento de un millon y cien mil almas, es decir de una décimanona parte. Este resultado, increible sino estuviese confirmado por las declaraciones de una multitud de consejos generales, probaba, que en resumen el mal producido por las grandes revoluciones sociales, es mas aparente que efectivo, á lo menos en la parte material; y que ademas el bien que producen borra el mal con una rapidez asombrosa. La agricultura progresaba por todas partes; habiendo sido muy útil para la mayor parte de las provincias, la supresion de las llamadas alcaidias (*capitaineries*); y si la prohibicion de la caza habia destruido uno de los recreos mas licitos de las clases ricas, tambien habia librado á la agricultura de vejaciones ruinosas. La venta de una gran cantidad de tierras habia traido consigo desmontes de consideracion, y dado valor á una parte de terreno antes improductivo. Muchos de los bienes de la Iglesia, que habian pasado de las manos de un usufructuario perezoso á las de un propietario inteligente y activo, aumentaban diariamente la masa de los productos agrícolas. En aquel entonces se iba ya completando y daba de sí inmensos resultados, la revolucion hecha en Francia en la propiedad territorial, que dividiéndola en mil manos, ha aumentado tan prodigiosamente el número de los propietarios, asi como la extension de los terrenos cultivados. No hay duda que aun no se habian mejorado las operaciones del cultivo, pero la explotacion del terreno se habia extendido de una manera extraordinaria.

Estado de la agricultura.

Desmontes considerables.

Asi los bosques del Estado como los de los *comunes* se resentian del desórden administrativo de los últimos años; y era uno de los objetos á que se hacia urgente atender, porque se desmontaban terrenos plantados de árboles, sin que se respetasen ni las propiedades del Estado, ni las de los particulares. Apoderada la administracion de la hacienda de una gran cantidad de bosques, por la confiscacion de los bienes de los emigrados, no sabia aun vigilarlos ni esplotarlos ventajosamente. Ausentes ó atemorizados muchos de los propietarios, abandonaban la defensa de los bosques de que eran poseedores, unos realmente y otros ficticiamente, por cuenta de las familias proscriptas; siendo todo esto consecuencia de un estado de cosas, que por fortuna iba á cesar.-El primer Cónsul habia fijado una atencion particular á la conservacion de la riqueza de la Francia en montes, y habia empezado ya á restablecer el órden, y el respeto á las propiedades. Por todas partes se solicitaba un código rural, á fin de precaver los males que causaban los ganados.

Represion de los desórdenes en la administracion de los bosques.

La nueva institucion de los prefectos y subprefectos, creada por la ley de Pluvioso del año VIII, habia producido resultados inmediatos. Al desórden y á la incuria de las administraciones colectivas, habian sucedido la regularidad, y la prontitud en la ejecucion, consecuencias previstas y forzosas de la unidad del poder; y hasta los negocios del Estado y de las municipalidades habian sacado su provecho, porque habian hallado al fin agentes que se ocupasen de ellos con una aplicacion constante. La formacion de las listas de contribuciones, y la cobranza de los impuestos, tan descuidadas otras veces, no experimentaban el menor retraso; y de este modo empezaba á ponerse órden en los ingresos y gastos de las municipalidades. No obstante, aun se hallaban abandonadas muchas partes de la administracion; como por ejemplo los hospitales, que habian venido á parar á un estado lastimoso; pues la extincion de sus rentas, la venta de sus bienes, y la privacion de muchos arbitrios abolidos, los habian reducido á la mayor miseria. En algunas poblaciones se habian ideado arbitrios, y ensayado en pequeño el restablecimiento de las contribuciones indirectas; pero aquellos arbitrios, mal establecidos todavia, no eran suficientes, ni se empleaban en la generalidad. Tambien se resentia de la confusion ge-

Notables resultados de la institucion de los prefectos y subprefectos.

neral, el servicio de los niños expósitos, de los cuales se contaba ya cierto número enteramente abandonados á quienes no recogia la caridad pública, ó que se confiaban á infelices nodrizas cuyos salarios no se satisfacian. Por todas partes se solicitaba el restablecimiento de las antiguas hermanas hospitalarias para el servicio de los hospitales.

Esmero que se pone en los registros del Estado civil.

Los registros del estado civil se llevaban muy mal desde que se quitó este cargo á los sacerdotes, para confiarlo á los oficiales de las municipalidades; y para poner en órden esta parte de la administracion, tan importante para las familias, era necesario no solo el celo y la vigilancia de las autoridades, sino tambien que se mejorase la ley, todavia insuficiente ó mal hecha. Este era uno de los objetos que debia arreglar el Código civil, que se estaba discutiendo entónces en el Consejo de Estado.

Consejeros de Estado enviados á diferentes partes.

Quejábanse de la demasiada division de las municipalidades, y de su excesivo número, y se solicitaba la reunion de muchas de ellas en una sola. La excelente administracion francesa, que existe hoy completamente terminada, y que excede en regularidad, precision y vigor á todas las administraciones de Europa, se organizaba con suma rapidez, bajo la mano creadora y poderosa del primer Cónsul; quien habia imaginado un medio de los mas eficaces para estar instruido de todo, y para introducir en aquella gran máquina todas las perfecciones de que era susceptible, encargando á los consejeros de Estado de mas capacidad que recorriesen la Francia; y observasen la marcha de la administracion, en los mismos lugares donde mas debia sentirse su efecto. Estos consejeros llegaban á los departamentos principales, y llamaban á los prefectos de los departamentos cercanos, y á los gefes de los diversos ramos, y allí celebraban consejos, en los cuales, les manifestaban las dificultades que no se habian podido preveer, los inesperados obstáculos emanados de la naturaleza de las cosas; y las faltas que se notaban en las leyes y reglamentos formados en los últimos diez años. Al mismo tiempo examinaban, si aquella gerarquia de prefectos, subprefectos y maires, desempeñaban sus funciones con órden y facilidad; si habia sido acertada la eleccion de aquellos agentes del gobierno; si se mostraban penetrados de las intenciones de este, y si eran, como el mismo gobierno, rectos, laboriosos, imparciales y libres de todo espíritu de partido. Estas visitas producian efectos saludables; pues los consejeros comisionados estimulaban el celo de los empleados, y llevaban al consejo de Estado útiles conocimientos, ya para la decision de los negocios pendientes, y ya para la formacion ó mejora de los reglamentos administrativos. Alentados sobre todo por la energia del primer Cónsul, no titubeaban en denunciarle los agentes débiles ó ineptos, ó animados de un espíritu contrario á las ideas del gobierno.

No se limitaba la solicitud del primer Cónsul á la inspeccion del pais que hacian los consejeros de Estado; sino que tambien sus numerosos ayudantes de campo, despachados por él tan pronto á los ejércitos, como á los puertos de mar, para comunicar en todas partes la energia de su voluntad y de sus deseos, tenian órden de observarlo todo de paso; y dar parte de todo á su general. Los coroneles Lacuée, Lauriston y Savary, enviados á Amberes, Boloña, Brest, Rochefort, Tolon, Génova y Otranto, debian á su vuelta detenerse en todos los pueblos, y oir, ver, y tomar notas acerca del estado de los caminos, del movimiento mercantil, de la conducta de los funcionarios, de los deseos de las poblaciones, y del estado de la opinion pública. Ninguno dejaba de hacerlo, y ninguno temia decir la verdad á un gefe recto y poderoso. Este que solo pensaba entonces el modo de hacer bien, porque este bien, infinito en su extension y variedad, bastaba para absorver el ardor de su alma, acogia con celo la verdad que buscaba, aprovechándose ansiosamente de ella, bien fuese necesario castigar á un empleado culpable, reparar algun vacio en las nuevas instituciones, ó fijar su atencion en un objeto que hasta entonces se habia escapado á sus infatigables miradas (1).

---

(1) He aquí algunas muestras de las instrucciones que daba á sus ayudantes de cam-

Discusion del código civil en el seno del Consejo de Estado.

En aquel momento llamaba la atencion de todos la discusion del Código civil, que tenia lugar en el seno del Consejo de Estado; y cuya publicacion era una de las necesidades mas urgentes de la Francia. La antigua legislacion civil, compuesta del derecho feudal, del consuetudinario y del romano

---

po en comision.

Al ciudadano Lauriston, ayudante de campo.

Paris 7 de Pluvioso del año IX (27 de Enero de 1801.)

Saldreis, ciudadano, para Rochefort, y allí visitareis muy escrupulosamente el puerto y el arsenal, dirigiéndoos á este fin al prefecto marítimo.

Me traereis memorias sobre los asuntos siguientes:

1.° El número exacto de hombres que se hallen á bordo de las dos fragatas que van á darse á la vela, y el inventario de todos los objetos de artilleria ó de otra clase, de dichas dos fragatas. Permanecereis en Rochefort hasta que hayan levado anclas.

2.° Cuantas fragatas quedan en la rada.

3.° Una relacion particular sobre cada uno de los navios el *Fulminante*, el *Duguay-Trouin* y el *Aguila;* y en que tiempo estará cada uno en disposicion de darse á la vela.

4.° Una relacion particular sobre cada una de las fragatas la *Virtud*, la *Cibeles*, la *Voluntad*, la *Tetis*, la *Emboscada* y la *Franqueza*.

5.° Un estado de todos los fusiles, pistolas, sables y balas que hayan llegado á aquel puerto para las expediciones marítimas.

6.° ¿Existen en los almacenes de víveres de la marina los suficientes para proveer de ellos, por espacio de seis meses, á seis navios ademas de los tres arriba mencionados?

7.° Por último, ¿se han tomado todas las medidas para reclutar marineros, y hacer llegar de Burdeos y Nantes los víveres, cordeleria, y todo lo que se necesita para el armamento de una escuadra?

Si conoceis que habeis de estar en Rochefort mas de seis dias, me enviareis por el correo vuestra primer memoria. No descuideis decir al prefecto, pero reservadamente, que yo estoy persuadido que el ministro de marina ha tomado todas las medidas necesarias para que á principios de Ventoso puedan salir nueve navios del puerto de Rochefort.

Aprovechareis todas las circunstancias que se os presenten para recoger en todos los puntos por donde paseis, noticias acerca de la marcha de la administracion y del estado de la opinion pública.

Si se demora la salida de las fragatas, os autorizo para que váyais á Burdeos, y regreseis por Nantes. Me traereis una memoria acerca de las tres fragatas que se están armando.

Os saludo,

BONAPARTE.

Al ciudadano Lacuée, ayudante de campo.

Paris 9 de Ventoso del año IX (28 de Febrero de 1801.)

Os dirigireis, ciudadano, á Tolon sin perder tiempo; y entregareis la adjunta carta al contra-almirante Ganteaume. Examinareis todos los buques de la escuadra y los del arsenal; teniendo cuidado de aseguraros por vos mismo de la fuerza y del número de navios ingleses que bloqueen á Tolon; y si es menor que el del almirante Ganteaume, le obligareis á que no se deje bloquear por una fuerza inferior á la suya.

Si las circunstancias deciden al general Ganteaume á continuar su mision, le induciereis á que tome en Tolon el mayor número de tropas que pueda llevar. Al efecto os pondreis de acuerdo con el comandante militar para allanar los obstáculos, y que se le proporcionen las tropas.

Hareis conocer al contra-almirante Ganteaume que generalmente se ha censurado el crucero que ha hecho sobre Mahon, porque ha despertado la vigilancia del almirante Warren, cuyo único objeto era defender aquel puerto.

Si el contra-almirante Ganteaume se decide á llevar á cabo su mision, permanecereis en Tolon cuatro dias despues de su salida.

Si, por el contrario, las noticias que recibais del mar, diesen lugar á creer que se detendrá mucho tiempo, volvereis á Paris, *despues de haber pasado quince dias en Tolon, seis en Marsella, cuatro en Aviñon y cinco ó seis en Lyon.*

Cuidareis de traerme un estado de todo lo que se haya embarcado en cada navio; otro de los buques y fragatas que hayan salido de Tolon desde el 1.° de Vendimiario del año IX; apuntes sobre el estado del arsenal, y *notas sobre los principales empleados de las poblaciones por donde transiteis, asi como del espíritu que reina en ellas.*

Os aprovechareis de todos los correos que despache el prefecto marítimo para darme noticias acerca de la escuadra, del mar y de los ingleses.

no convenia á una sociedad revuelta hasta sus cimientos. Las antiguas leyes sobre el matrimonio, y las que se habian improvisado despues acerca del divorcio y las herencias, no se adecuaban ni al nuevo estado de la sociedad, ni á un órden de cosas moral y regular: una comision, compuesta de MM. Portalis, Tronchet, Bigot de Préameneu y Malleville, habian redactado un proyecto de código civil, el cual se habia remitido á todos los tribunales para que lo examinasen é hicieran las observaciones que creyesen justas. A consecuencia de esto el proyecto habia sufrido varias modificaciones, siendo sometido, por último, al Consejo de Estado, quien acababa de discutirle artículo por artículo, habiendo invertido en ello algunos meses. El primer Cónsul que asistia á todas las sesiones y que las presidia, habia acreditado tal método y claridad, y á veces tal extension de miras, que eran para todos un objeto de admiracion. Acostumbrado á dirigir los ejércitos y á gobernar las provincias conquistadas, no se admiraban de verle buen gobernador, porque esta es una cualidad indispensable de todo general ilustre; pero que tuviese la cualidad de legislador, era cosa que debia causar asombro. En esta clase de estudio pronto concluyó su educacion; pues interesándose en todo, porque lo comprendia todo, habia pedido al Cónsul Cambaceres algunos libros de derecho, y especialmente los materiales preparados por la Convencion para la redaccion del nuevo Código civil, y los habia devorado, como le sucedió con los libros de controversia religiosa, de que se habia provisto cuando el Concordato. En breve, clasificando en su mente los principios generales del derecho civil, y uniendo á algunas nociones rápidamente adquiridas, su profundo conocimiento de los hombres, y la perfecta claridad de su entendimiento, se habia hecho capaz de dirigir aquel importante trabajo, y hasta habia suministrado á la discusion muchas ideas justas, nuevas y profundas. A veces su conocimiento insuficiente de aquellas materias le exponia á sostener ideas extrañas, pero pronto volvia á lo verdadero, dejándose conducir por los sábios que le rodeaban, y hasta llegaba á ser maestro de todos, cuando del conflicto de opiniones contrarias, era necesario sacar la conclusion mas natural y puesta en razon. El principal servicio que prestaba el primer Cónsul, era contri-

---

Animareis con vuestras palabras á los capitanes de los buques, haciéndoles conocer cuan importante es para la paz general, el que se lleve á cabo la expedicion.

Os saludo,

BONAPARTE.

Al ciudadano Lauriston.

Paris 30 de Pluvioso del año X (19 de Febrero de 1802.)

He recibido, ciudadano, vuestras diferentes cartas, y la última de 25 de Pluvioso. Os ruego que adquirais, con reserva, noticias acerca de la administracion de víveres, cuyo servicio parece que excita algunas quejas.

A vuestro regreso procurad traerme un estado detallado de las mercaderías del Norte que ha suministrado la compañía de Lechie en el presente año; pues afirma tiene actualmente en sus almacenes por valor de 1,700,000 francos.

Qué cantidad de maderas ha llegado del Havre despues de la paz, y si se trabaja, en fin, para concluir los cinco buques que se están construyendo.

Al pasar por Lorient tomad nota de los navios que están en el astillero, y para cuando podrá cada uno darse al mar. Inspeccionad á todos los artilleros y granaderos guarda-costas, para que podais informarme qué clase de hombres son, y que podrá hacerse de ellos en el momento de la paz definitiva.

Por último, procurad asegurarnos en Nantes, que clases de mercaderías del Norte son las que se han recibido en el año X, el cáñamo que existe, y si el transporte de maderas á Brest se hace con actividad. *Deteneos dos dias en Vannes, á fin de hacer las observaciones oportunas acerca del espíritu público.*

En todo esto no os dejeis llevar de lo que os digan las autoridades, sino procurad vèrlo todo por vos mismo.

Procurad averiguar qué reputacion ha dejado en Lorient el llamado Charron, y permaneced tres ó cuatro dias *á fin de observar la marcha de la administracion en aquel puerto.*

Finalmente, no desperdicieis ninguna ocasion para examinarlo todo personalmente, y formar vuestra opinion sobre la administracion civil, marítima y militar.

Informaos en cada departamento qué tal se presenta la cosecha próxima.

Creo que me traereis notas sobre el modo con que están dotadas y vestidas las tropas, y sobre el estado de los principales hospitales de tierra.

Os saludo, BONAPARTE.

buir á la conclusion de aquel hermoso monumento, con un talento firme, y una continua aficion al trabajo, con lo cual vencia las dificultades, en que se habia estrellado todo hasta entonces, cuales eran la infinita variedad en las opiniones, y la imposibilidad de trabajar asiduamente enmedio de las agitaciones de la época. Cuando la discusion, segun acontecia á menudo, era larga, difusa y obstinada, el primer Consul sabia reasumirla, y cortarla con una palabra; y ademas obligaba á todos á trabajar dias enteros, dando él el ejemplo. Se imprimian y publicaban las actas de aquellas sesiones notables; pero antes de enviarlas al *Moniteur*, tenia cuidado el Cónsul Cambaceres de revisarlas, suprimiendo lo que no debia publicarse, ya porque el primer Cónsul hubiese emitido opiniones algo extrañas, ó bien tratado aquellas cuestiones de costumbres con una familiaridad de lenguage, que no debia salir del recinto de un Consejo privado. Así, pues, en las actas que se publicaban no quedaba mas que el pensamiento, á veces rectificado, y muchas desfigurado, pero siempre sorprendente, del primer Cónsul. El público quedaba lleno de asombro, y se acostumbraba á mirarle como el único autor de todo lo que se hacia bueno y grande en Francia; sintiendo además cierto placer en ver legislador al que habia visto general, diplomático y administrador, y siempre desempeñando con un talento superior tan diversos papeles.

Estaba terminado el primer libro del Código civil, y era uno de los numerosos proyectos que iban á someterse al Cuerpo Legislativo; de modo que la pacificacion de la Francia y su reorganizacion interior marchaban á un mismo paso; y aunque no se hallase todavia reparado todo el mal, ni cumplido todo el bien, no obstante, la comparacion de lo presente con lo pasado, llenaba las almas de satisfaccion y de esperanzas. Atribuiase todo el bien al primer Cónsul, y se le atribuia con razon, porque segun el testimonio de su asiduo colaborador el Cónsul Cambaceres, él era quien dirigia el conjunto, y cuidaba de los pormenores, y *en cada cosa hacia mucho mas que aquellos á quienes les estaba especialmente confiada.*

Espectáculo que presentaba la Francia á fines de 1801.

El hombre que ha regido los destinos de la Francia desde 1799 hasta 1815, tuvo sin duda, en su carrera dias de gloria embelesadores, pero ciertamente ni él, ni la Francia á quien habia entusiasmado, volvieron á contar dias semejantes á estos de que nos ocupamos; dias en que su grandeza y esplendor fuesen acompañados de mas sabiduria, y sobre todo de esa sabiduria que hace confiar en su duracion. El primer Cónsul acababa de dar á la Francia despues de la victoria, la paz mas hermosa que puede concebirse, y la paz marítima que despues no volvió á obtener; la habia sacado del caos, devolviéndole el órden mas completo, dejándole cierta libertad, no toda la que era de desear, pero sí, al menos, la que era posible despues de una revolucion sangrienta; habia hecho bien á todos los partidos, y habia respetado las leyes, si se exceptua la deportacion de los ciento y tantos revolucionarios que habian proscripto á todos los partidos, y á los cuales se habia condenado sin juzgarlos, á consecuencia del suceso de la máquina infernal; y aun en este acto, culpable porque era ilegal, no se pensaba en medio de aquellos bienes inmensos. Finalmente, la Europa, reconciliada con la República, y conociendo, sin confesarlo, que habia hecho mal en mezclarse en una revolucion que en nada le competia; y que la grandeza inaudita de la Francia era la justa consecuencia de una agresion injusta, heroicamente rechazada, se apresuraba á tributar sus homenages al primer Cónsul; dichosa de poder decir, por su dignidad propia, que solo hacia la paz con un revolucionario ilustre, con un hombre de genio, restaurador de los principios sociales.

Ciertamente hubiera sido bueno contentarse con las maravillas de esta primera época, y al hablar la historia de aquel reinado, habria dicho que nada se habia visto en el mundo ni mas grande ni mas completo. Todo esto se hallaba escrito en los semblantes solícitos y admirados de los hombres de todas clases y naciones, que se agolpaban al rededor del primer Cónsul. Un extraordinario número de extrangeros habia acudido á Paris para ver la Francia y al general Bonaparte, al cual se hacian

presentar por los embajadores de sus gobiernos respectivos. Su corte, porque ya se habia formado una, era á la vez militar y civil, severa y elegante. La habia añadido algo mas que lo que tenia el año anterior, organizando un servicio militar para sí, y para los Cónsules, y dando á Madama Bonaparte un séquito lucido.

Organizacion de la guardia consular, despues guardia imperial.

La guardia consular se componia de cuatro batallones de infanteria de á 1,200 hombres cada uno, parte de ellos de granaderos y otra parte de cazadores, y de dos regimientos de caballeria, el primero de granaderos y el segundo de cazadores. Todos ellos estaban compuestos de los soldados mas lucidos y valientes del ejército. Una artilleria, numerosa y bien servida completaba aquella guardia, y todo este cuerpo venia á ser una verdadera division de ejército, compuesta de todas armas, y como de unos 6,000 hombres. Al frente de esta soberbia tropa se hallaba un brillante estado mayor. Cada batallon era mandado por un coronel, y dos batallones reunidos por un general de brigada. Cuatro tenientes generales, uno de infanteria, otro de caballeria, otro de artilleria y otro de ingenieros, mandaban alternativamente el cuerpo durante una década, y hacian su servicio cerca de los Cónsules. Era un cuerpo escogido, en el cual hallaban los mejores soldados una recompensa de su buena conducta, y que daba al gobierno un brillo conforme á su carácter guerrero, y ofrecia en los dias de batalla una reserva invencible. Debe recordarse que el batallon de granaderos de la guardia consular casi habia salvado al ejército en Marengo. Al estado mayor particular de la guardia consular habia añadido un gobernador militar para el palacio de las Tullerias, acompañado de dos oficiales de estado mayor con el título de ayudantes. Este gobernador era el ayudante de campo Duroc, siempre empleado en comisiones delicadas, y el mas á propósito entre todos los oficiales, para hacer que reinase en el palacio del gobierno el órden y decoro que convenia á las aficiones del primer Cónsul y al espiritu de la época. Era oportuno templar aquel aparato todo militar, con cierto aparato civil. Un consejero de Estado, M. de Benezech estuvo encargado durante el primer año de presidir en las recepciones, y de recibir con las consideraciones debidas, ya á los ministros extrangeros, ya á los grandes personages admitidos á presencia de los Cónsules. Cuatro empleados civiles bajo el título de prefectos de palacio, reemplazaron en aquel oficio al consejero de Estado Benezech; y se concedieron á madama Bonaparte cuatro damas de palacio para que le ayudasen á hacer los honores del salon del primer Cónsul. Apenas se divulgó que se estaba preparando esta nueva organizacion del palacio, cuando se alzaron numerosas pretensiones, aun entre las familias pertenecientes á lo que se llamaba antiguo régimen. No fue todavia la alta nobleza, que llenaba otras veces los aposentos de Versalles, la que se presentó á solicitar, pues todavia no habia llegado para ella el momento de someterse; pero fueron familias distinguidas de los tiempos pasados, que no se habian señalado en la emigracion, y que se aproximaban, las primeras, á un gobierno fuerte, que por su gloria, hacia que se reputase honroso y noble el servirle. El general Bonaparte eligió para prefectos de palacio, á M. Benezech, que ya habia desempeñado un cargo semejante; á MM. Didelot y de Luçay, antiguos empleados de hacienda, y á M. de Rémusat, miembro de la magistratura. Las cuatro damas de palacio encargadas de hacer los honores al lado de Madama Bonaparte, fueron las señoras de Luçay, de Lauriston, de Talhouet y de Rémusat. Nada tenian que decir, respecto á la oportunidad de estos nombramientos, los personages mas murmuradores de los salones de los emigrados en Paris; y los hombres de juicio que no quieren en las cortes mas que lo que exige el decoro, no podian tampoco criticar aquella organizacion militar y civil. En efecto, lo mismo en una república que en una monarquia, se necesita guardar el palacio de los gefes del Estado, y rodearle del aparato imponente de la fuerza pública; mientras que en el interior del mismo debe haber hombres y mugeres, que pertenezcan á familias distinguidas, y que hagan los honores de él, ya á los ex-

Nueva organizacion dada á la dependencia civil del primer Cónsul.

trangeros ilustres y ya á los ciudadanos distinguidos, admitidos á la presencia de los primeros magistrados de la República. Encerrada en estos límites la corte del primer Cónsul era respetable, y enmedio de su dignidad tenia cierta gracia que le prestaban su esposa y sus hermanas, notables todas por sus modales, por su talento ó por su hermosura. Ya hemos hablado en otra parte de los hermanos del primer Cónsul, y este es el momento de dar á conocer á sus hermanas. La hermana mayor del primer Cónsul, madama Elisa Bacciochi, poco notable por su hermosura, lo era mucho por su talento, y atraia á su lado á los literatos mas distinguidos de aquella época, tales como MM. Suard, Morellet y Fontanes. La segunda, Carolina Murat, casada con el general de este nombre, ambiciosa y bella, embriagada con la fortuna de su hermano, y procurando grangearse para si y para su esposo la mejor parte de aquella fortuna, era una de las mugeres que daban á aquella corte nueva mas viveza y elegancia. La tercera, Paulina Bonaparte, casada primero con el general Leclerc, y despues con el príncipe Borghése, era una de las mugeres mas hermosas de su tiempo; y todavia no habia provocado la maledicencia, como lo hizo despues; y si su inconsiderada conducta afligia algunas veces á su hermano, la ternura apasionada que ella le profesaba, le conmovia, y desarmaba su severidad. Madama Bonaparte dominaba á todas por su calidad de esposa del primer Cónsul, y encantaba con su gracia á los franceses y extrangeros que eran admitidos en el palacio del gobierno. Las rivalidades inevitables, y ya visibles, entre los individuos de aquella familia tan inmediata al trono, estaban contenidas por el general Bonaparte, quien á la vez que amaba á sus parientes, trataba con una rudeza militar á los que turbaban la paz, que queria que reinase á su alrededor.

Hermanas del primer Cónsul.

Un acontecimiento de suma importancia acababa de ocurrir en la familia consular, y era el matrimonio de Hortensia de Beauharnais con Luis Bonaparte. El primer Cónsul, que amaba con ternura á los dos hijos de su esposa, habia querido casar á Hortensia con Duroc, creyendo que una inclinacion recíproca unia aquellos dos jóvenes corazones: pero este proyecto, poco favorecido por Madama Bonaparte, no se habia realizado. Atormentada siempre esta señora, con la idea de un divorcio, desde que habia perdido la esperanza de tener mas hijos, imaginó casar á su propia hija con uno de los hermanos de su esposo, lisonjeándose que los hijos que naciesen de este enlace, unidos con dobles vínculos al nuevo gefe de la Francia, podrian servirle de herederos. José Bonaparte estaba casado; Luciano vivia muy desarregladamente, y estaba enemistado con su cuñada; Gerónimo expiaba á bordo de la escuadra algunos estravios de la juventud; de modo que solo Luis convenia á las miras de madama Bonaparte, y por lo tanto fue elegido. Era cuerdo, instruido, pero de genio taciturno y melancólico, y poco adecuado por su carácter á la muger que le destinaban. Conociéndolo asi el primer Cónsul, se resistió al principio, pero al fin cedió, consintiendo que se llevase á efecto un enlace que no podia hacer la felicidad de los dos esposos; pero que por un momento estuvo á punto de dar herederos al imperio del mundo.

Matrimonio de Hortensia de Beauharnais con Luis Bonaparte.

Dió la bendicion nupcial á estos esposos el cardenal Caprara en una casa particular, segun se verificaba entónces en todas las ceremonias del culto, cuando oficiaban sacerdotes no juramentados. Al mismo tiempo se echó la bendicion al general Murat y á su esposa Carolina, los cuales aun no la habian recibido, en cuyo caso se hallaban otros muchos matrimonios de aquella época, que solo se habian contraido ante el magistrado civil; contándose en este número al general Bonaparte y Josefina. Esta instó vivamente á su esposo que añadiese el lazo religioso al civil, que ya los unia, pero bien fuese por prevision, ó bien por temor de manifestar al público que no estaba completo el contrato que le unia á madama Bonaparte, es lo cierto que no consintió en ello.

Tal era entónces la familia consular, despues imperial. Todos estos personajes, notables por mas de un título, dichosos con la gloria y la prosperidad del gefe que hacia su grandeza, contenidos por él, y no mimados aun por la fortu-

na, presentaban un espectáculo interesante, que no afligia la vista como aquella córte dictatorial, de la cual habia hecho los honores el director Barras por espacio de algunos años; y si algunos franceses envidiosos ó desdeñosos, que recibian á menudo favores de ella, la perseguian con sus sarcasmos, los extrangeros, mas justos, le pagaban un tributo de curiosidad y elogio.

Como ya lo hemos dicho en otra parte, el primer Cónsul recibia una vez por década á los embajadores y á los extrangeros que le presentaban los ministros de sus respectivas naciones. Recorria las filas de aquellas reuniones siempre numerosas, seguido de sus ayudantes de campo; y tras él venia Madama Bonaparte acompañada de sus damas de honor. Este ceremonial era semejante al que se observaba en las demas córtes; y si bien con menos cortejo de ayudantes de campo y de damas de honor, tenia á mas el incomparable brillo que rodeaba al general Bonaparte. Dos veces por década convidaba á comer á los personages mas eminentes de Francia y de Europa, y una vez al mes daba un banquete en la galería de Diana, llegando á veces á ciento el número de los convidados. Estos dias tenia tertulia por la noche en las Tullerias, en la que figuraban empleados superiores, embajadores y personas de la alta sociedad francesa, que se aproximaban al gobierno. Llevando su cálculo hasta las cosas mas insignificantes, prescribia á su familia ciertos trages para que se generalizase su uso por la imitacion. Mandó que usasen vestidos de seda para que reviviesen, en lo posible, las sederias de Lyon. Recomendaba á su esposa la tela conocida con el nombre de *linon*, á fin de favorecer las fábricas de San Quintin. (1)

En cuanto á él, sencillo en todo, vestia un modesto uniforme de cazador de la guardia consular: pero habia obligado á sus cólegas á vestir el uniforme bordado de Cónsul, y á tener tertulias en sus casas, para que imitasen, aunque no con tanta ostentacion y brillo, lo que se hacia en las Tullerias.

París durante el invierno de 1801 á 1802.

Brillante fue el invierno de 1801 á 1802 (año X) por la satisfaccion que reinaba en todas las clases, las unas dichosas por volver á Francia, las otras por gozar, en fin, de una entera seguridad, y otras por entrever en la paz marítima, perspectivas ilimitadas de prosperidad mercantil. La afluencia de extrangeros contribuyó al brillo de las fiestas de invierno. Entre los personages que se hallaban en París en dicha época, hubo uno ó dos que llamaron la atencion general: el uno era un inglés ilustre, y el otro un emigrado, cuyo nombre habia ocupado en otro tiempo á la fama.

Viage de M Fox á París.

El ingles ilustre era M. Fox, el orador mas elocuente de Inglaterra, y el famoso emigrado era M. de Calonne antiguo ministro de hacienda, cuya imaginacion viva y fecunda en arbitrios, supo ocultar por algun tiempo á los ojos de la córte de Versalles, el abismo en que iba á precipitarse. M Fox estaba sumamente deseoso por ver al hombre, hácia quien sentía una irresistible inclinacion, á pesar de su patriotismo británico. Vino á Paris al momento que se firmaron los preliminares de paz, y fue presentado al primer Cónsul por el ministro de Inglaterra. Venia para ver á la Francia y á su gefe, y tambien para registrar nuestros archivos diplomáticos, porque el grande orador whig, ocupaba entónces sus ratos de ocio en escribir la historia de los dos últimos Estuardos. El primer Cónsul mandó que se franqueasen á M. Fox todos los archivos, y le hizo una acogida que hubiera bastado para atraerle á

(1) *He aquí una carta escrita desde San Quintin al Cónsul Cambaceres.*

San Quintin 21 de Pluvioso del año IX (18 de Febrero de 1801.)

Las interesantes manufacturas de la ciudad de San Quintin y de sus alrededores que empleaban á 70,000 operarios y hacian entrar en Francia mas de quince millones de francos en metálico, han decaido en sus cinco sestas partes. Mucho agradecerian aquí que nuestras señoras pusiesen en moda el linon, y no concediesen á las muselinas una preferencia absoluta. En efecto, la idea de reanimar una de nuestras manufacturas mas interesantes, y que solo nosotros poseemos; y el dar pan á un gran número de familias francesas, me parece bastante para que se ponga el linon en moda: por otra parte, ¿no ha estado bastante tiempo el linon en desgracia?

un enemigo, pero que encantó á un amigo á quien habia adquirido tan solo por su gloria. El primer Cónsul dejó á un lado la etiqueta con aquel extrangero generoso, le introdujo en su trato íntimo, tuvo con él largas y frecuentes entrevistas; tratándole como si quisiese hacer en su persona la conquista de todo el pueblo inglés. Sin embargo mas de una vez discordaron en opiniones. M Fox estaba dotado de esa imaginacion viva, que hace á los oradores impetuosos, pero su talento no era ni positivo ni práctico; pues alimentaba nobles ilusiones, de las que nunca habia participado el primer Cónsul, á pesar de que poseia tanta imaginacion como profundidad de talento. El jóven general Bonaparte estaba desencantado, como se está despues de una revolucion empezada en nombre de la humanidad y que naufraga en un mar de sangre; y solo conservaba uno de los primeros encantos de la revolucion; el de la grandeza, el cual llevaba hasta el exceso. Era demasiado poco liberal para complacer al gefe de los whigs, y demasiado ambicioso para agradar á un inglés. Así, pues, chocaron mas de una vez, por sus contrarias opiniones. M. Fox hizo sonreir algunas veces al primer Cónsul por su sencillez é inexperiencia, cualidades raras en un hombre que tenia cerca de sesenta años. El primer Cónsul alarmó mas de una vez el patriotismo británico de M. Fox, por la grandeza y extension de sus miras, poco disimuladas. Sin embargo, ambos estaban acordes por el corazon y la cabeza, y quedaron prendados uno de otro. El primer Cónsul tuvo un cuidado especial en enseñar todo Paris á M. Fox, y amenudo quiso acompañarle á visitar los establecimientos públicos. Celebrábase entónces la segunda exposicion de los productos de la industria francesa despues de la Revolucion, y todos estaban admirados de los progresos de nuestras manufacturas, las cuales en medio de la turbulencia general, participando, sin embargo, del impulso dado á los ánimos, se hacian notables por la invencion de muchas mejoras y procedimientos enteramente nuevos. Los extrangeros quedaban sorprendidos, y particularmente los ingleses, buenos jueces en la materia. Condujo el primer Cónsul á M. Fox á los salones de aquella exposicion, dispuestos en el Louvre, y gozó algunas veces con la sorpresa de su ilustre huésped. M. Fox, en medio de las atenciones y caricias de que era objeto, soltó un dicho agudo que hace honor á los sentimientos y talento de tan noble personage, y que prueba que en él se conciliaba la justicia con que trataba á la Francia, con el patriotismo mas susceptible. En uno de los salones del Louvre habia un grande y magnífico globo terráqueo, destinado al primer Cónsul, y artísticamente construido. Uno de los personages que seguian al primer Cónsul, haciendo girar aquel globo, y poniendo la mano sobre Inglaterra, dijo con bastante inoportunidad, que la Inglaterra ocupaba un lugar muy reducido en el mapa del mundo.—Sí, exclamó M. Fox con viveza; si, en esa isla tan reducida es donde nacen los ingleses, y en ella es donde todos quieren morir; pero, añadió señalando los dos Oceanos y las dos Indias, durante su vida llenan todo el globo, y le ocupan con su poder.—El primer Cónsul aplaudió aquella respuesta tan orgullosa como oportuna.

M. de Calonne en Paris.

El personage que llamaba mas la atencion despues de M. Fox era M. de Calonne, que habia vuelto á Paris por empeño del príncipe de Gales; y que desde su llegada usaba un lenguage muy inesperado, que causaba la mayor sensacion entre los realistas. Yo no quiero servir, decia, al nuevo gobierno; no quiero ni puedo hacerlo por las relaciones que me unen á la casa de Borbon, pero debo decir la verdad á mis amigos. Nadie en Europa es capaz de competir con el primer Cónsul; generales, ministros, Reyes, todos son inferiores á él, y todos se le someten. La Inglaterra ha pasado respecto á él del odio al entusiasmo, y este sentimiento existe en todas las clases del pueblo británico, llevado al exceso, como acostumbran los ingleses llevarlo todo. Así, pues, no se debe contar con la Europa para derribar al general Bonaparte; no se debe deshonrar la causa realista por medio de tramas odiosas, que horrorizan á los hombres honrados de todos los paises. Es necesario, pues, someterse, y esperarlo todo del tiempo, y de la doble dificultad que hay en gobernar la Francia sin la monarquia, y fundar una monarquia sin la familia de

los Borbones; y asi, solo las infinitas vicisitudes de las revoluciones, pueden hacer nacer probabilidades que no existen hoy, en favor de los príncipes desterrados. Pero suceda lo que suceda, es necesario aguardarlo todo de la Francia; de la Francia ilustrada, atraida á mejores sentimientos; y nada del extrangero ni de las conspiraciones. Este lenguage, singular, á fuerza de ser prudente, y con especialidad, en boca de M. de Calonne, asombraba á todos y daba á entender que no estaba muy lejos M. de Calonne de entrar en relaciones con el gobierno consular. Habia visto al cónsul Lebrun, quien, con anuencia del primer Cónsul recibia á los realistas; y ambos habian hablado acerca de los asuntos de Francia, y hasta se decia, que iba á ser en la hacienda lo que M. de Talleyrand era en la diplomacia, un gran señor unido á sus contrarios, que prestaria sus conocimientos y la influencia de su nombre al genio del primer Cónsul. Sin embargo, nada de esto habia, pues el primer Cónsul necesitaba hombres que aunque no brillasen tanto como M. de Calonne, tuviesen mas aplicacion que la que él tenia manifestada, y habia encontrado lo que necesitaba en M. Gaudin, que habia introducido un perfecto órden en la hacienda. Bastó, no obstante este leve rumor, para que una multitud de pretendientes, que acababan de volver á Francia, y querian suplir á sus medios de fortuna con destinos, rodeasen á M. de Calonne, pensando que no podian elegir una persona mas adecuada para que los introdujese cerca del gobierno, y que justificase mejor con su ejemplo su adhesion al primer Cónsul (1).

Aumentase la oposicion en ciertos cuerpos del Estado contra la política del primer Cónsul.

¿Quien creeria que en presencia de tanto bien, hecho ya ó pronto á hacerse, pudiera levantarse una oposicion y una oposicion violenta? Sin embargo se preparaba una fuerte oposicion contra las mejores obras del primer Cónsul; y no ya entre los partidos extremos, bien realistas ó revolucionarios, radicalmente opuestos

(1) Existian en Paris agentes de los príncipes caidos, algunos de los cuales eran personas de talento, y á veces estaban muy bien informadas de lo que acontecia. Estos agentes daban partes casi diarios, segun queda ya dicho antes. He aquí un extracto de dichos partes, respecto a M. de Calonne.

«Hace cerca de un mes que M. de Calonne está de vuelta en París Antes de salir de Inglaterra tuvo una conferencia con los ministros y fue perfectamente acogido por ellos. Preguntáronle si al volver á Francia era su idea entrar de nuevo en la administracion, á lo que contestó que sus principios, su conducta durante la revolucion, y su adhesion á la Familia real, le imponian el deber de no aceptar ningun destino de manos del nuevo gobierno; pero que ligado á la Francia por inclinacion y por instinto, no se negaria á dar consejos, dado caso que se los pidieran, y se creyese que podian ser útiles á su patria.

«Su llegada á Paris ha causado la mayor sensacion; y diariamente se ve asediado con visitas, y rodeado de personas, lo mismo que en la época mas brillante de su fortuna y de su crédito. El rumor que circula de que va á ser nombrado ministro atrae á su alrededor un enjambre de pretendientes, y para librarse de ellos, ha tenido que irse al campo. Sin embargo, este rumor no parece fundado, y si llega á realizarse, no será ahora. Todo lo que se sabe es que debia ser presentado hace unos dias al general Bonaparte, y tener con él una conferencia secreta.

«Vé á todos sus antiguos amigos, y habla con ellos con la mayor franqueza. Testigo de la debilidad y nulidad de las potencias extrangeras, no cree que pueda encontrarse en ellas la menor garantia contra la invasion revolucionaria, y mucho menos aun una proteccion eficaz por la causa del Rey. Repite lo que hace tiempo sabiamos, que los hombres que gobiernan en la Europa, son hombres sin recursos y sin carácter, que no conocen la época en que viven, que no saben juzgar lo presente ni presentir lo venidero, y que se hallan á la vez desprovistos del ánimo que hace emprender, y de la firmeza que sabe perseverar. Los conceptua á todos como entregados á Bonaparte, temblando á su presencia, y prontos á ejecutar humildemente sus deseos. Por lo tanto, está persuadido que solo en Francia se puede trabajar por la restauracion de la monarquia, no precipitándose, ni fomentando tramas necias y ridículas, buenas solo para deshonrar su causa mas bien que para proporcionarle el triunfo, sino ocupándose sin ruido y sin llamar la atencion, en restablecer la opinion, en destruir las prevenciones, en debilitar los temores, y en reunir todos los partidarios del Rey, para que esten prontos á aprovecharse de los acontecimientos que el curso natural de las cosas debe traer consigo.

«M. de Calonne asegura que en Inglaterra el entusiasmo por Bonaparte, es, no solo general, sino llevado á un extremo, del

al gobierno del primer Cónsul, sino en el mismo partido que habia establecido y secundado la caida del Directorio como insuficiente para gobernar, y llamado á un gobierno nuevo que fuese á la vez hábil y fuerte. Los revolucionarios subalternos, hombres de desórden y de sangre, se hallaban contenidos, sumisos, ó deportados, y se sumergian cada dia mas en la oscuridad para no volver á salir de ella. Los bandidos realistas tenian necesidad de tomar aliento, y permanecian tranquilos despues del suceso de la máquina infernal: ademas acababan de ser pasados por las armas una gran parte de los que infestaban los caminos reales. Los realistas de categoria, seguian siempre criticando en los salones de Paris los actos del gobierno, y hablaban bien inoportunamente, pero ya dejaban traslucir la inclinacion que les llevó mas tarde á desempeñar, los hombres el papel de gentiles hombres, y las mugeres el de damas de honor en el palacio de las Tullerias, sin embargo que no eran los Borbones los que lo habitaban.

Division en el partido revolucionario moderado, con el cual se habia hecho el 18 de Brumario.

Pero el partido revolucionario moderado, llamado á componer el nuevo gobierno, estaba dividido, como acontece á todo partido victorioso que quiere constituir un gobierno, y se divide acerca del modo como ha de hacerse. Desde los primeros dias del gobierno consular, este partido, que de varios modos habia ayudado al 18 de Brumario, pareció dividido en dos bandos de tendencias contrarias; la del uno consistia en llevar la Revolucion á una República democrática, como la que Washington acababa de establecer en la América; y la del otro en que la Revolucion viniese á parar en una monarquia, igual sobre poco mas ó menos á la inglesa, y si necesario era, á la antigua monarquia francesa; pero sin las preocupaciones de aquellos tiempos, sin el régimen feudal y sin la grandeza. Entrábase en el año tercero del Consulado, y segun sucede, ambas tendencias iban exagerándose cada vez mas con la misma contradiccion que hallaban. Los unos volvian casi al estado de revolucionarios violentos, al ver lo que se hacia; al ver que se aumentaba la autoridad del primer Cónsul, que las ideas monárquicas se difundian, que se formaba una córte en las Tullerias, que el culto católico iba á restaurarse en breve, y que los emigrados volvian á Francia en gran número. Los otros eran ya casi como los antiguos realistas, por la prisa que se daban á rehacer una monarquia, y por lo dispuestos que se hallaban á acomodarse hasta con un despotismo ilustrado, por único resultado de la Revolucion. En materia de despotismo ilustrado, mostraba tanta habilidad y procuraba un descanso tan dulce, el que se levantaba en aquel entonces en Francia, que era indudablemente muy seductor. Entre tanto, llevada la contradiccion á tal punto por una y otra parte, su resultado debia ser una crisis.

La agitacion del Tribunado en las legislaturas precedentes, ya por las leyes de hacienda, y ya por la de los tribunales especiales, se aumentaba aun mucho mas este año al aspecto de lo que pasaba, y al ver á aquel gobierno caminar tan de prisa á su fin. Sobre todo le indignaba el Concordato como el acto mas contrarevolucionario que se podia imaginar. Tampoco el código civil era á su parecer muy conforme á la legalidad, y hasta aquellos tratados de paz, que hacian la grandeza y la gloria de Francia, les disgustaban en su redaccion, como en breve veremos.

Resultados de la Constitucion de M Sieyes.

Al querer M. Sieyes impedir las agitaciones y los alborotos con sus precauciones constitu-

cual no se puede formar una idea exacta. La corte y la ciudad, la capital y las provincias, y los ciudadanos de todas las clases desde los ministros hasta los artesanos, publican á porfia sus elogios, y ensalzan á quien mas sus victorias y el brillo de su poder. Ademas, este entusiasmo no es peculiar de la Inglaterra, sino que puede decirse que toda la Europa se halla infestada. De todas partes vienen á Paris para ver al gran hombre una vez en su vida, y la policia se ha visto obligada á amenazar con la prision á algunos dinamarqueses, que doblaban públicamente ante él la rodilla siempre que le veian.

«Esta es una de las principales causas de su fuerza y de su inmenso poder. ¿Como se han de atrever los franceses á luchar con él mientras vean á todas las potencias de la Europa postradas á sus pies?

cionales, no habia logrado, como se ve, su objeto, pues no son las constituciones las que crean las pasiones humanas, ni tampoco las que pueden destruirlas, sino solo la escena en que aquellas pasiones salen á luz. Depositando toda la parte formal y toda la actividad de los negocios en el Consejo de Estado, y el ruido, la palabra y la inútil crítica en el Tribunado, reduciéndole al papel de abogar en pro ó en contra de los actos del gobierno ante un Cuerpo Legislativo; sin mas encargo que decir sí ó no; colocando como superior á estos cuerpos un Senado ocioso, que solo de tarde en tarde nombraba á los hombres encargados de desempeñar aquellos papeles tan vanos en las dos asambleas legislativas; eligiendo de su mismo seno el personal del gobierno, y colocando los hombres propios para los negocios en el Consejo de Estado, los adecuados para hablar y hacer ruido en el Tribunado, los fatigados de aquellas luchas, pero que no brillaban, en el Cuerpo Legislativo, y los que se hallaban en el mismo caso, pero que pertenecian á una clase mas elevada en el Senado, M. Sieyes no habia podido impedir que estallasen las pasiones de la época, logrando solo, forzoso es decirlo, crear cierta rivalidad entre aquellos cuerpos. El Tribunado conocia la vanidad declamatoria de su papel; al Cuerpo Legislativo no se le ocultaba lo ridículo de su silencio; y en su seno habia ademas muchos antiguos eclesiásticos que habian abandonado su carrera, y que organizados por el clérigo Gregoire formaban una oposicion silenciosa, pero que no dejaba de incomodar: hasta el mismo Senado, del cual habia querido hacer M. Sieyes un anciano opulento y tranquilo, no lo estaba tanto como se podia suponer; y le incomodaba aquella dignidad ociosa, pues estando privados los senadores de ejercer cargos públicos, su poder electoral, ejercido muy de tarde en tarde, estaba muy lejos de ocupar su tiempo. Todos estos cuerpos reunidos envidiaban al Consejo de Estado, que era el único que compartia con el primer Cónsul la gloria de las grandes cosas que diariamente se llevaban á cabo.

Asi, pues, aquella sociedad, que M. Sieyes habia querido adormecer en una especie de régimen aristocrático, á ejemplo de Venecia ó Génova, se agitaba todavia como un enfermo que tiene un resto de calentura, y si bien podia someterse, contenida por un sueño, no gozaba de un sueño tranquilo, como lo habia creido su autor.

M. Sieyes y la oposicion del Senado.

Y, cosa extraña, M. Sieyes, inventor de todos aquellos arreglos constitucionales, y en virtud de los cuales reinaba tanta actividad de un lado y tan poca del otro, M. Sieyes habia llegado á cansarse de su propia inaccion. Moderado, y aun de opiniones monárquicas, hubiera debido aprobar los actos del primer Cónsul; pero causas, inevitables las unas y accidentales las otras, empezaban á conmoverle. Reducido aquel gran talento especulativo á verlo todo, y á no hacer nada, debia tener envidia al genio activo y poderoso, que se apoderaba cada dia mas de Francia y del mundo. En las magníficas obras del general Bonaparte veia ya M. Sieyes el gérmen de sus futuras faltas, y si no lo decia en voz alta, lo indicaba, unas veces con su silencio y otras con solo una expresion, profunda como su pensamiento. Acaso si le hubieran guardado infinitas consideraciones se hubiera calmado y unido al primer Cónsul; pero éste creia que habia cumplido con M. Sieyes haciendo que se le adjudicase la tierra de Crosne, y absorto, por otra parte, en sus inmensos trabajos, se habia olvidado demasiado del hombre superior que con tanta nobleza le habia cedido el primer puesto el 18 de Brumario. Asi, pues, M. Sieyes, ocioso, celoso y ofendido, encontraba que censurar aun en la inmensidad de los bienes que en aquel momento se gozaban, y se mostraba disgustado, desaprobándolo todo con la mayor frialdad. El primer Cónsul no era bastante dueño de sí mismo, para dejar toda la razon á sus adversarios, y por lo tanto hablaba sin consideracion alguna de la metafísica de M. Sieyes, y de su impotente ambicion, y á propósito de esto soltaba mil frases, que al momento eran repetidas y envenenadas por los mal contentos. M. Sieyes tenia á su lado algunos amigos, tales como M. de Tracy, talento distinguido, y carácter respetable pero irreligioso, filósofo original en una escuela que lo era poco; M. Garat, filósofo elocuente, pero

mas presuntuoso que profundo; M. Cabanis, consagrado al estudio material; y M. Lanjuinais, hombre sincero, honrado y vehemente, que habia defendido con nobleza á los girondinos, y que ahora se enardecia con la sola idea de resistir al nuevo César. Todos estos rodeaban á M. Sieyes, y formaban en el Senado una oposicion ya bastante notable. El Concordato les parecia, como á otros muchos, la prueba mas clara de una próxima contrarevolucion.

Modo con que el primer Cónsul sufre la oposicion.

Viendo el primer Cónsul á la Francia y á la Europa aplaudir sus trabajos y sus obras, no podia comprender que los únicos que las desaprobaban se hallasen precisamente en torno suyo. Despechado con esta oposicion llamaba á los que la hacian en el senado ideólogos, conducidos por un hombre mal humorado, que echaba de menos el ejercicio del poder, aunque era incapáz para él; llamaba á los miembros del Tribunado, díscolos y mal contentos, con los cuales sabria él muy bien romper lanzas, y probar que no se le asustaba con ruido; á los descontentos mas ó menos numerosos del Cuerpo Legislativo, calificaba de sacerdotes secularizados, de jansenistas, á quienes el clérigo Gregoire de acuerdo con el clérigo Sieyes procuraban organizar en oposicion contra el gobierno; y al fin decia que destruiria todas aquellas resistencias, y que no le detendrian tan fácilmente en el bien que queria llevar á cabo. No habiendo vivido en medio de las asambleas, ignoraba el arte de llevarse bien con los hombres; arte que el mismo César no habia descuidado emplear á pesar de su poder, y que habia aprendido en el Senado de Roma. El primer Cónsul expresaba su disgusto pública y atrevidamente, y no prestaba oidos al prudente Cambacérés, que muy versado en el arte de manejar á los cuerpos, le aconsejaba en vano que les guardase cierta mesura y consideraciones.—Es necesario, le contestaba el primer Cónsul, probar á esos hombres que no se les tiene miedo, y ellos le tendrán, si conocen que no los temen.—Esto era ya, como se deja ver, las costumbres y las ideas de la monarquía pura, á medida que se aproximaba el instante en que la monarquía iba á ser inevitable.

Oposicion militar.

No era solo en los cuerpos del Estado donde se manifestaba la oposicion sino tambien en el ejército. Conociendo la mayor parte de este, así como la mayoría de la nacion, los grandes resultados que se habian obtenido, en el espacio de dos años, era enteramente adicto al primer Cónsul; pero entre los gefes habia algunos descontentos, los unos sinceros, y los otros por envidia. Los descontentos sinceros eran los revolucionarios de buena fe, que veian con sentimiento la vuelta de los emigrados, y la obligacion en que iban á verse de mostrar sus uniformes en la iglesia. Los descontentos por envidia, eran los que veian con disgusto á un igual suyo, que no solo los habia sobrepujado en gloria, sino que estaba próximo á ser su señor. El mayor número de los primeros pertenecia al ejército de Italia, el cual siempre habia sido francamente revolucionario, y los segundos al ejército del Rhin, mas pacífico y moderado; pero algo envidioso.

Los gefes del ejército de Italia, adictos en su generalidad al primer Cónsul, pero ardientes en sus sentimientos, no querian ni á los sacerdotes ni á los emigrados, y se quejaban de que se les quisiese transformar en devotos y aficionados á la iglesia, usando para ello el lenguage original y poco decoroso de los soldados. Augereau y Lannes, malos políticos, pero guerreros heróicos, sobre todo el segundo que lo era cumplido, se permitian los mas extraños discursos. Lannes, comandante en gefe de la guardia consular, administraba la caja de esta, con una prodigalidad conocida y autorizada por el primer Cónsul. Una casa ricamente amueblada, servia para el estado mayor de aquella guardia, y Lannes tenia mesa franca para todos sus camaradas, y en sus festines de soldado no escaseaba las invectivas contra la marcha del gobierno. El primer Cónsul no temia que se alterase respecto á su persona, la adhesion de aquellos militares ociosos, y estaba seguro de que á la primera señal los encontraria á todos de su parte, y á Lannes mas que á ningun otro. No obstante, era peligroso dejar ir mas lejos aquellas cabezas y aquellas lenguas, y mandó á Lannes que viniese á su presencia. Acostumbrado este á usar de la mayor familiaridad con su general

en gefe, se permitió algunas libertades que en breve fueron reprimidas por la tranquila superioridad del primer Cónsul. Pesaroso Lannes de su falta, y de haber motivado el descontento de Bonaparte, quiso pagar en un momento de honrosa delicadeza, los gastos que habian pesado sobre la caja de la guardia, con consentimiento del primer Cónsul; pero este general, que habia hecho la guerra de Italia, no poseia casi nada. Augereau, tan imprudente como él, pero dotado de un corazon excelente, le prestó una cantidad que componia todo su haber, y le dijo: Toma este dinero; ve en busca de ese ingrato por quien hemos derramado nuestra sangre; paga lo que se deba á la caja, y no le estemos obligados ni los unos ni los otros.— El primer Cónsul no permitió á ninguno de sus antiguos compañeros de armas, heróes y niños á la vez, que se desprendiesen de todo afecto hácia él; y al efecto los separó destinando á Lannes á la ventajosa embajada de Portugal, de cuyo arreglo se encargó el Cónsul Cambacèrés, y mandando á Augereau que volviese á su ejército, y fuese mas circunspecto en lo sucesivo.

Lannes es alejado de París, y enviado á una embajada.

Entre tanto estas escenas, exageradas por la maledicencia que las desfiguraba al propalarlas, producian un efecto sensible en la opinion pública, especialmente en las provincias.

Es verdad que en ninguna parte hacia esto nacer ninguna contrariedad al primer Cónsul, pues en todas estaban dispuestos á darle la razon contra todos los que se le opusiesen; pero causaban cierta inquietud, y hacian temer graves dificultades para el poder, cuyo establecimiento se deseaba (1).

Las reyertas con los oficiales del ejército de Italia, eran reyertas de amigos, que si hoy se indispónian, mañana se abrazaban, pero las que tenian lugar con los generales del ejército del Rhin, mas frios y rencorosos, presentaban un carácter mucho mas serio. Por desgracia empezaba á manifestarse una funesta division entre el general en gefe del ejército de Italia y el general en gefe del ejército del Rhin, entre el general Bonaparte y el general Moreau.

Despues de la campaña de Austria, cuyo buen éxito se debia en mucha parte al primer Cónsul, que habia dado á mandar á Moreau el ejército mas brillante de Francia, pasaba este general por el segundo de la República: en el fondo nadie se engañaba acerca de lo que valia: sabíase que era un talento mediano, incapaz de grandes combinaciones, y que carecia totalmente de genio político. Pero se realzaban sus cualidades efectivas de general prudente, cauto y vigoroso, para reputarle como un capitan superior, capaz de hacer frente al vencedor de Italia y de Egipto. Los partidos tienen un maravilloso instinto para descubrir las debilidades de los hombres eminentes; los lisonjean y los ofenden á la vez, hasta dar con la entrada para penetrar en su corazon y derramar en él su veneno. En breve encontraron el lado vulnerable de Moreau, que era la vanidad; y al lisonjearle hicieron que concibiese hácia el primer Cónsul unos celos fatales, que algun dia debian perderle. Para aumen-

(1) He aquí el pasage de una carta de M. de Talleyrand, que habia ido á Lyon, para el arreglo de la Consulta italiana.

Lyon 7 de Nevoso del año X (28 de Diciembre de 1801).

„General:

„Tengo el honor de manifestaros que he llegado a Lyon hoy á la una y media de la mañana. El camino de Borgoña no es muy malo en seis ú ocho leguas, y los prefectos de esta línea de comunicacion se han aprovechado del entusiasmo que excita la esperanza de vuestro paso por aquí, para seguir con actividad la reparacion de los caminos. Por todas partes donde he encontrado algun pueblo ó algunas casas he oido *vivas á Bonaparte*. Durante las diez últimas leguas que he caminado enmedio de la noche, acudian todos á mi paso con una luz en la mano para repetir las mismas palabras. Es una expresion que estais destinado á oir constantemente.

„Mucho se ha extendido el cuento del general Lannes y parece que ha llamado la atencion de todos: el sub-prefecto de Autun y un ciudadano de Avallon me han hablado de él, pero con circunstancias diversas, que en cartas de Paris se las han referido como anecdotas. De nuevo he tenido ocasion de notar hasta qué punto ocupa la atencion pública cuanto atañe á vuestra persona, y como viene á ser al momento la ocupacion general de toda la Francia.

to de desgracia, Moreau acababa de contraer un matrimonio que habia contribuido á arrojarle en aquella senda funesta. Las mugeres de las dos familias de Bonaparte y de Moreau se habian incomodado entre si, por esas pequeñeces suficientes para enemistar á las señoras. La familia de Moreau procuraba persuadirle que debia ser el primero y no el segundo; que el general Bonaparte le miraba con prevencion, y procuraba despreciarle y hacerle representar un papel secundario. Falto Moreau de carácter habia dado oidos á tan peligrosas sugestiones. Sin embargo, el primer Cónsul le manifestaba la mayor deferencia, y le habia colmado de distinciones de todo género; y hasta procuraba hablar mejor que lo que creia justo, sobre todo acerca de la batalla de Hohenlinden, la cual proclamaba públicamente como una obra maestra del arte militar, mientras que para sí la reputaba como resultado mas bien de la fortuna que de una combinacion acertada y premeditada. Siempre, en fin, le habia tratado con miramientos estudiados, porque conocia sus debilidades, y el partido que sabrian sacar de la menor indiscrecion que sobre este particular se notase. Pero desde que Moreau cometió las primeras faltas, él no se quedó atras, y con la viveza ordinaria de su carácter le correspondió como merecia. Un dia invitó á Moreau para que le acompañase á pasar una revista; á lo cual se negó este con la mayor sequedad, para no verse confundido en el estado mayor del primer Cónsul, excusándose con que no tenia caballo. Ofendido el primer Cónsul de aquella negativa, en breve tuvo ocasion para dejarlo desairado. En una de las grandes fiestas que habia ocasion de dar muy á menudo, convidó á una comida en las Tullerias á todos los empleados de superior categoria. Moreau se hallaba en el campo, pero habiendo vuelto para un negocio la víspera del dia en que debia celebrarse el banquete, pasó á ver al Cónsul Cambacérés, para conferenciar con él acerca de aquel asunto. Cambacérés, que sin cesar se ocupaba en reconciliar á unos y otros, lo recibió muy bien, y sorprendido de verle en Paris, corrió á advertírselo al primer Cónsul, instándole vivamente para que convidase al general en gefe del ejército del Rhin á la gran comida del dia siguiente.—Me ha dado una negativa en público, dijo el primer Cónsul, y no me expondré á recibir la segunda,—Nada pudo disuadirle, y al dia siguiente mientras que todos los generales y los altos funcionarios de la República se hallaban en las Tullerias, sentados á la mesa del primer Cónsul, Moreau se vengó yendo á comer públicamente, vestido de paisano y acompañado de una turba de oficiales descontentos, á una de las fondas mas frecuentadas de la capital. Este suceso fue muy notable, y produjo muy mal efecto.

Desde este dia, es decir desde el otoño de 1801, los generales Bonaparte y Moreau se manifestaron la mayor frialdad é indiferencia. En breve lo supo todo todo el mundo, y los partidos se apresuraron á aprovecharse de ello. Pusiéronse á enaltecer al general Moreau á costa del general Bonaparte, y procuraron emponzoñar los corazones de ambos hasta lograr que se odiasen mútuamente. Acaso parezcan estos pormenores contrarios á la dignidad de la historia, pero todo lo que sirve para conocer á los hombres, y las lamentables pequeñeces de los mas esclarecidos, es digno de la historia, porque todo lo que puede instruir le pertenece. Nunca se podrá advertir demasiado á los personages elevados, especialmente cuando sus desavenencias llegan á ser divisiones en su patria, cuan fútiles son los motivos que á veces los indisponen.

Apertura de la legislatura del año X.

La apertura de la legislatura del año X se verificó el 1.° de Frimario (22 de Noviembre de 1801) segun lo dispuesto en la Constitucion. En verdad, que si alguna vez ha habido quien haya estado orgulloso por presentarse ante un Cuerpo Legislativo, ninguno ha podido estarlo como lo estaba entonces el gobierno consular; pues iba á presentar la paz concluida con Rusia, Inglaterra, las potencias alemanas é italianas, Portugal y la Puerta; y concluida con condiciones ventajosísimas: un proyecto de reconciliacion con la Iglesia, que ponia término á las turbulencias religiosas, y que á la par de reformar la Iglesia francesa segun los principios de la Revolucion, obtenia la adhesion de los ortodoxos á las consecuencias de aquella Revolucion; un código

civil, monumento admirado despues por todo el mundo: leyes de mucha utilidad acerca de la instruccion pública, de la Legion de Honor, y de otras materias importantes; y por último, proyectos de hacienda que equilibraban los gastos con los ingresos: ¡puede ofrecerse á una nacion un conjunto mas completo y mas extraordinario! Sin embargo, todas estas cosas fueron, como vamos á verlo, muy mal acogidas.

La apertura del Cuerpo Legislativo se verificó esta vez con cierta solemnidad, presidiendo dicho acto el ministro del interior, y pronunciándose de una y otra parte algunos discursos de aparato, que remedaban en algun modo las formas acostumbradas en Inglaterra cuando se abre el Parlamento por medio de comisarios. Este nuevo ceremonial sacado de una monarquía constitucional, fue reparado por la oposicion con cierta malevolencia. Constituyéronse el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, y se dió principio á ese género de manifestaciones, que se reducen á la eleccion de personas, por medio de la cual revelan las asambleas sus secretos pensamientos. El Cuerpo Legislativo nombró para presidente á M. Dupuis, autor del famoso libro sobre el *Origen de todos los cultos;* personage no tan de la oposicion como podia hacerlo creer su obra, porque en las conferencias que habia tenido con el primer Cónsul, habia reconocido la necesidad que habia de reconciliarse con la Santa Sede; pero su nombre significaba mucho en aquellas circunstancias, en que el Concordato era uno de los principales motivos de queja que habia contra la política del gobierno consular. La intencion era fácil de conocer y fue comprendida por el público, y especialmente por el primer Cónsul, que le dió mas valor de lo que merecia.

Es nombrado presidente del Cuerpo Legislativo Dupuis, autor del libro sobre el *Orígen de todos los cultos.*

Hallándose ya constituidos los dos cuerpos que ejercian potestad legislativa, es decir el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, tres consejeros de Estado presentaron un manifiesto acerca de la situacion de la República. Este documento, redactado por el primer Cónsul en un estilo sencillo y noble, era magnífico bajo el punto de vista de los asuntos que contenia, y causó un gran efecto en la opinion pública. Al dia siguiente varios consejeros de Estado fueron á presentar una serie de proyectos de ley, que rara vez habrá tenido ocasion de presentar ningun gobierno á las cámaras. Eran los proyectos destinados á convertir en leyes los tratados con Rusia, Nápoles, Portugal, América y la Puerta Otomana. El tratado con Inglaterra, concluido en Lóndres bajo la forma de preliminares de paz, iba á recibir en aquel momento en el Congreso de Amiens la forma de tratado definitivo, y aun no podia someterse á las deliberaciones del Cuerpo Legislativo. En cuanto al Concordato no se quiso exponerle en aquella ocasion á la mala voluntad que mostraban los que se proponian hacer la oposicion al gobierno. El consejero de Estado Portalis, leyó tambien un discurso, que ha llegado á ser célebre, relativo al Código civil; y al mismo tiempo otros tres consejeros de Estado, presentaron los tres primeros títulos de este código, relativo el primero *á la publicacion de las leyes;* el segundo, *al goce y á la privacion de los derechos civiles;* y el tercero, *á los actos del estado civil.*

Preséntanse al Cuerpo Legislativo los tratados de paz y el Código civil.

Cualquiera hubiera creido que semejante programa de trabajos legislativos desarmaria la oposicion; mas no sucedió asi. Cuando estos proyectos fueron comunicados, segun costumbre, al Tribunado, el tratado con Rusia provocó una escena sumamente violenta. Contenia el artículo 3 de dicho tratado una estipulacion importante, ideada por ambos gobiernos para garantirse contra las tramas y manejos secretos que hubieran podido permitirse el uno respecto del otro, en caso de obrar de mala fe, y se habian prometido, segun decia el artículo, *no sufrir que ninguno de sus súbditos mantuviese ninguna clase de correspondencia, ni directa ni indirecta, con los enemigos interiores del gobierno actual de los dos Estados; ni que propagase principios contrarios á sus constituciones respectivas, ni fomentase disturbios.* Al exigir esto habia tenido presente el gobierno frances, á los emigrados; y el gobierno ruso á los polacos; y nada mas

Escena violenta con motivo de la palabra *súbditos* introducida en el tratado con Rusia.

natural que semejante precaucion, especialmente por parte del gobierno frances que tenia por enemigos á los Borbones, á los cuales debia vigilar. Pero al querer calificar á los individuos que podrian atentar á la tranquilidad comun de los dos paises, se habia empleado la palabra que naturalmente se presenta como la mas frecuentemente usada en el estilo diplomático; á saber, la palabra *súbditos*, escrita sin ninguna intencion, porque es la comun en todos los tratados, pues lo mismo se dice *los súbditos* de una república, que *los súbditos* de una monarquia. Apenas se habia acabado la lectura del tratado, cuando pidió la palabra el tribuno Thibaut, uno de los miembros de la oposicion. Se ha escapado, dijo, en el texto de ese tratado una expresion inadmisible en nuestro idioma, que no debe tolerarse. Hablo de la palabra *súbditos* aplicada á los ciudadanos de uno de los dos Estados. Sin duda será una falta de redaccion, pero es indispensable repararla.—Estas palabras produjeron una viva agitacion, como sucede siempre en cualquier reunion dispuesta de antemano á conmoverse, que solo aguarda un acontecimiento, y á la que cualquiera circunstancia hace estremecer, solo con que tenga relacion con los objetos que preocupan los ánimos. El presidente impidió que tuviese efecto la explicacion que iba á empeñarse, manifestando que la discusion no estaba abierta, y por lo tanto, aquellas observaciones debian reservarse para el dia en que á la vista del dictámen de una comision, se discutiese el tratado que se presentaba. Este recuerdo de lo prescripto en el reglamento impidió que estallase entonces el tumulto, é inmediatamente se nombró una comision.

Escrutinios para las plazas vacantes en el Senado.

Aquella manifestacion aumentó la inquietud que reinaba en los grandes cuerpos del Estado, é irritó mas al primer Cónsul. Continuaban manifestándose las diferentes pasiones de unos y otros por medio de las elecciones de personas. Habia que llenar varias plazas en el Senado, una de ellas vacante por la muerte del senador Crassous, y otras que se debian proveer en virtud de la Constitucion; pues se recordará que no habiendo provisto esta al principio mas que sesenta plazas de senadores, de las ochenta que debian componer el Senado, se habia dispuesto que para llegar á dicho número se nombrarian dos senadores por año, por espacio de diez. De modo que eran tres las plazas que se tenian que llenar, contando la que acababa de quedar vacante por la muerte del senador Crassous. Segun la Constitucion el primer Cónsul, el Cuerpo Legislativo y el Tribunado presentaban un candidato cada uno, y el Senado elegia entre los tres.

Empezaron los escrutinios con este objeto en el Cuerpo Legislativo y en el Tribunado. En este último cuerpo presentó la oposicion á M. Daunou, que se habia indispuesto públicamente con el primer Cónsul cuando se discutió la ley de tribunales especiales en la última legislatura, y que no habia querido volver al Tribunado, diciendo que permaneceria extraño á todos los trabajos legislativos, *mientras que durase la tiranía*. En efecto, habia cumplido su palabra, y no se le habia vuelto á ver. La oposicion habia elegido, pues, á M. Daunou, como el candidato que habia de ser mas desagradable al primer Cónsul. Los partidarios del gobierno en el mismo cuerpo presentaron á uno de los autores del Código civil, M. Bigot de Préameneu. Ni uno ni otro reunió la mayoria de votos que recayeron sobre un candidato sin significacion, el tribuno Desmeuniers, personage moderado, y al que unian algunas relaciones con el primer Cónsul. Pero el Cuerpo Legislativo se pronunció mas abiertamente, y nombró por candidato para el Senado al clérigo Gregoire. Esta eleccion, despues de haber nombrado para presidente á M. Dupuis, era una doble manifestacion contra el Concordato. M. Bigot de Préameneu obtuvo tambien un cierto número de votos, como el de las dos quintas partes.

El clérigo Gregoire presentado por el Cuerpo Legislativo como candidato al Senado.

El primer Cónsul quiso por su parte hacer una proposicion significativa. Hubiera podido aguardar á que los dos Cuerpos encargados de presentar á los candidatos en concurrencia con el poder ejecutivo, los hubiesen elegido para las otras dos plazas que quedaban vacantes; y era probable, que no queriendo el Cuerpo Legislativo ni el Tribunado rom-

per definitivamente con un gobierno tan popular, como el del primer Cónsul, y entregados, por otra parte, á ese movimiento oscilatorio de esta clase de cuerpos, que siempre retroceden al dia siguiente, cuando en el anterior han adelantado demasiado, hicieran elecciones menos hostiles, y adoptáran, acaso, por candidatos á personas del agrado del gobierno. M. Desmeuniers, por ejemplo, era una eleccion que el primer Cónsul podia admitir sin reparo, porque habia prometido recompensarle sus servicios con una plaza de senador. Tambien era probable que M. Bigot de Préameneu fuese elegido, bien por el Tribunado ó por el Cuerpo Legislativo. Hubiera podido entonces el primer Cónsul presentar como candidato á los que mejor le hubieran convenido de los elegidos por aquellos cuerpos, y en este caso era probable que los candidatos elegidos por dos de las tres autoridades, fuesen aceptados por la mayoria del Senado. Asi lo aconsejaba el Cónsul Cambacérés; pero estas consideraciones muy usadas en el gobierno representativo, repugnaban en extremo al primer Cónsul. Extraño el general-magistrado á aquella forma de gobierno no queria seguir las huellas del Cuerpo Legislativo ni del Tribunado, ni aguardar sus decisiones para manifestar las suyas, y en su consecuencia presentó inmediatamente no solo un candidato, sino tres á la vez, nombrando á tres generales. Apesar de las esperanzas dadas anteriormente á M. Desmeuniers, descontento el primer Cónsul de él, porque no se habia decidido del todo en favor del Código civil, lo dejó á un lado, y presentó á los generales Jourdan, Lamartillière y Berruyer, y ciertamente el nombramiento de ellos era muy conforme á aquellas circunstancias. El general Jourdan, aunque contrario al parecer al 18 de Brumario, gozaba del respeto universal, y habia merecido por su prudente conducta que se le nombrase gobernador del Piamonte; asi, pues, al presentarle el primer Cónsul al Senado daba una prueba de la verdadera imparcialidad que conviene al gefe de un gobierno. El general Lamartillière era el oficial mas antiguo de artilleria, y habia hecho todas las campañas de la Revolucion; y el general Berruyer, era un antiguo oficial de infanteria, que despues de haber tomado parte en la guerra de los Siete Años acababa de ser herido en los ejércitos de la República. No eran, pues, hechuras suyas á las que el general Bonaparte proponia recompensar, sino á antiguos servidores de la Francia bajo todos los gobiernos. Una vez adoptada esta conducta arrogante, necesario es convenir que no se podian hacer elecciones mas dignas; y lo que es todavia mas singular, al hacerlas, se expresó el motivo en que se fundaban, en un preámbulo cuyo sentido tenia un significado muy elevado.—Si gozais la paz, decia el gobierno al Senado, la debeis á la sangre que los generales han derramado en cien batallas. Probadles, pues, admitiéndolos en vuestro seno, que la patria no es con ellos ingrata.=

Candidatos presentados por el primer Cónsul.

Al punto que se reunió el Senado, se vió conmovido por muchas intrigas, viniendo á mezclarse esta vez en ellas M. Sieyes, que acostumbraba vivir en sus posesiones de campo. Sedujeron á muchas personas honradas, como por ejemplo, al anciano Kellermann, diciéndoles que si se preferia el candidato del Cuerpo Legislativo, este pagaria la preferencia proponiendo para la segunda plaza vacante al general Lamartillière, uno de los tres candidatos del primer Cónsul, y que entónces, nombrando algo mas tarde á este general se serviria á dos autoridades á un tiempo, al Cuerpo Legislativo y al gobierno. Prevalecieron estas intrigas, y el clérigo Gregoire fue elegido senador por una gran mayoria.

Es nombrado senador el clérigo Gregoire por un escrutinio del Senado, prefiriéndole por lo tanto al candidato presentado por el primer Cónsul.

Mientras que estas elecciones traian agitados los ánimos causando, gran placer á los que formaban la oposicion, tomaban un carácter muy alarmante las discusiones en el Cuerpo Legislativo y el Tribunado. El tratado con Rusia, habia venido á ser, con motivo de la palabra *súbditos*, el objeto de las mas violentas discusiones en la comision del Tribunado. M. Costaz secretario de la misma, que no pertenecia á la oposicion, habia pedido al gobierno algunas explicaciones. El primer Cónsul, le habia re-

Discurso en el Tribunado sobre la palabra *súbditos*.

cibido, y explicándole el sentido de aquel artículo tan combatido, haciéndole conocer el motivo de su insercion en el tratado; y en cuanto á la palabra *súbditos*, le habia probado con el Diccionario en la mano, que dicha palabra empleada diplomáticamente se aplicaba á los ciudadanos de una república lo mismo que á los de una monarquia. Para acabar de convencerle, hasta le habia manifestado diferentes pormenores, sobre las relaciones de Francia con Rusia respecto á los emigrados. Convencido M. Costaz, por la evidencia de aquellas explicaciones extendió su informe en un sentido favorable al artículo en cuestion; pero intimidado por la violencia del Tribunado, censuró el uso de la palabra *súbditos*, y presentó las cosas con tanta torpeza, que podia dar á la Rusia la apariencia de un gobierno débil que entregaba al primer Cónsul los emigrados, y al primer Cónsul la apariencia de un gobierno implacable, que perseguia á los emigrados hasta en su asilo mas lejano. M. Costaz, como sucede á veces á los hombres circunspectos que quieren quedar bien con todos los partidos, disgustó al mismo tiempo á la oposicion y al primer Cónsul, á quien comprometia con la Rusia.

Diciembre de 1801.

Llegado el dia de la discusion que fue el 7 de Diciembre de 1801 (16 de Frimario) pidió el tribuno Jard-Panvilliers que el debate fuese en sesion secreta; proposicion prudente que fue adoptada. Asi que los tribunos se vieron libres de la presencia del público, el cual les era poco favorable, se entregaron á los mas inconcebibles arrebatos. Querian absolutamente desechar el tratado, y proponerlo asi al Cuerpo Legislativo. Si hubiera habido alguna vez una locura culpable, sin duda habria sido aquella; porque desechar por una palabra exacta y muy inocente un tratado semejante, tan prolijo y difícil de concluir, y que procuraba la paz con la primera potencia del continente, era obrar como insensatos y furiosos. MM. Chénier y Benjamin Constant se permitieron las declamaciones mas violentas; llegando el primero hasta pretender que tenia que decir muchas cosas importantes sobre aquella cuestion, pero que no las diria hasta que la sesion fuese pública, pues queria que toda la Francia se enterase. Contestáronle que mas valia que empezara por manifestárselas á sus cólegas. No se atrevió á ello; y entonces un tribuno desconocido, hombre sencillo y de buen juicio, trajo á todos á la razon pronunciando un corto discurso.—No entiendo nada, dijo, de diplomacia, ni conozco su artificio y lenguage; pero en el tratado que se propone veo un tratado de paz; y un tratado de paz es una cosa preciosa, que debemos adoptar por entero con todas las palabras que encierra. Creed que la Francia no os perdonaria que lo desecháseis, y la responsabilidad que pesaria sobre vosotros seria terrible. Pido, pues, que se de por terminada la discusion, que vuelva la sesion á ser pública, y que inmediatamente se proceda á la votacion del tratado.—Despues de estas palabras, pronunciadas con calma y sencillez, iba á procederse á votar, cuando uno de los individuos de la oposicion pidió que se dejara para el dia siguiente, atendiendo á lo avanzado de la hora. Asi se acordó. Al dia siguiente se repitió la misma escena que la del anterior. M. Benjamin Constant leyó un discurso muy extenso y lleno de sutilezas, y M. Chenier declamó de nuevo con violencia, diciendo que habian muerto cinco millones de franceses por no ser *súbditos*, y que la tal palabra debia quedar sepultada en las ruinas de la Bastilla. Cansada la mayoria de aquellas violencias, iba á concluir de una vez, cuando presentaron una carta del Consejero de Estado Fleurieu, dirigida al secretario Costaz, quien habia dado como oficiales las explicaciones presentadas en su informe, y habia querido dar á entender que emanaban del primer Cónsul. Presentad la prueba positiva le habian dicho. Entonces provocó la declaracion de M. Fleurieu que era el Consejero de Estado, encargado de apoyar el proyecto. Este, despues de tomar las órdenes del primer Cónsul, envió la deseada declaracion, rectificando de paso las muchas inexactitudes que habia cometido M. Costaz al extender su informe. Esto reanimó el debate, que concluyó con una proposicion epigramática y poco decorosa de M. Ginguené, quien reconociendo que por una palabra desagradable no se debia desechar un tratado de paz, pedia que se emitiera un voto motivado en estos términos: "Por amor á la paz aprueba

»el Tribunado el tratado concluido con »la córte de Rusia."

M. de Girardin que era uno de los miembros mas razonables y mas ingeniosos del Tribunado, hizo que se desechasen todas aquellas proposiciones, y se decidió pasar inmediatamente á la votacion. Es verdad que si bien la mayoria del Tribunado queria dar al primer Cónsul señales de descontento, en la eleccion de personas, no deseaba luchar con él, mucho menos siendo sobre un tratado cuya desaprobacion le hubiera atraido la animadversion pública. Asi, pues, se adoptó por 77 votos contra 14; y lo mismo hizo el Cuerpo Legislativo, pero sin escándalo, gracias á la forma de la institucion.

Aquel suceso produjo en Paris un doloroso efecto; nadie consideraba al primer Cónsul como un ministro expuesto á perder la mayoría, y por lo tanto nadie temia por su existencia política; pues se le consideraba como cien veces mas necesario que un Rey en una monarquia bien establecida; pero veian con pesar la menor apariencia de nuevos trastornos, y los amigos de una prudente libertad se preguntaban, cómo se concluiria semejante contienda, si es que llegaba á prolongarse, con un carácter semejante al del general Bonaparte, y con una Constitucion, en la que se habia descuidado admitir el poder de disolver los cuerpos legislativos.

En efecto, si hubiera sido posible disolver dichos cuerpos, la dificultad hubiera quedado resuelta, porque convocada la Francia no hubiera reelegido ni á uno solo de los adversarios del gobierno; pero obligados los poderes á vivir todos reunidos hasta la renovacion por quintas partes, se hallaban expuestos los unos á la violencia de los otros, como en tiempo del Directorio; y si esto sucedia, era evidente que ni el Tribunado ni el Cuerpo Legislativo podian resistir el golpe. Bastaba la voluntad del primer Cónsul para reducir á la nada la Constitucion y á los que hacian de ella tal uso; y por lo tanto todos los hombres cuerdos temblaban al considerar aquel estado de cosas.

Discusion del Código civil.

La discusion del Código civil aumentó la inquietud de los ánimos. Hoy que el tiempo ha hecho conocer y apreciar universalmente ese Código, nadie podrá figurarse las críticas de que fue objeto en aquella época En primer lugar manifestó la oposicion el mayor asombro al encontrar aquel Código tan sencillo y tan poco original.— Como! no es mas que eso! decian: pero en ese proyecto no hay ninguna idea nueva, ninguna gran creacion legislativa acomodada á la sociedad francesa, que pueda imprimirle un carácter propio y duradero; eso no es mas que una traduccion del derecho romano ó consuetudinario, extractada del Domat, Pothier y las Instituciones de Justiniano; redactando en francés cuanto contienen estas obras, dividiéndolo en artículos, y uniendo estos por números mas bien que por una deduccion lógica: ¡y vienen á presentar esta compilacion á la Francia como un monumento que tiene derecho á su admiracion y á su respeto.! M. M. Benjamin Constant, Chénier, Guinguené y Andrieux, dignos todos de emplear mejor sus talentos, se mofaban de los consejeros de Estado, diciendo; que eran solo unos procuradores guiados por un soldado, los que habian hecho aquella compilacion, á la cual daban el pomposo titulo de Código civil de Francia.

Crítica de que es objeto el Código civil.

M. Portalis y sus colaboradores, hombres todos de juicio, respondian que en materias de legislacion no se trataba de ser original sino claro, preciso y juicioso; que no habia que constituir ninguna sociedad nueva como hicieron Licurgo y Moises, sino reformar en algunos puntos y restaurar en otros una antigua sociedad; que el derecho francés contaba diez siglos de existencia, siendo á la vez producto de la ciencia romana, del feudalismo, de la monarquia y del espíritu moderno, que habian obrado en conjunto y por espacio de mucho tiempo sobre las costumbres francesas; que el derecho civil de Francia, como resultado de aquellas causas diversas debia ser acomodado en el dia á una sociedad que habia dejado de ser aristocrática para hacerse democrática: que se necesitaba, por egemplo, revisar las leyes sobre el matrimonio, sobre la patria potestad y sobre las herencias, para quitarles todo lo que repugnaba á la época presente; que era necesario purgar

Respuesta de M. Portalis á aquellas críticas.

las leyes relativas á la propiedad de toda servidumbre feudal; y redactar aquel conjunto de disposiciones en un lenguage claro y preciso, que no diese lugar á ambigüedades ni á interminables disputas; que este era el único monumento que se debia levantar, y que, si contra la intencion de sus autores, sucedia que llegase á sorprender por su estructura, y á agradar á alguuos literatos por sus ideas nuevas y originales, en vez de obtener la fria y silenciosa estimacion de los jurisconsultos, faltaria á su verdadero objeto, aun cuando gustase á algunos talentos mas singulares que sensatos.

Todo esto era sumamente razonable y exacto; y bajo este punto de vista, era el Código una obra maestra de legislacion. Graves jurisconsultos, llenos de sabiduría y de esperiencia, y dirigidos por un gefe, soldado, es verdad, pero talento superior, y hábil para desvanecer sus dudas y someterlos al trabajo, habian formado aquel hermoso resumen del derecho francés, libre de todo derecho feudal; y era imposible que nadie lo hiciera ni de otro modo ni mejor.

Es verdad que en aquel vasto Código se podia sustituir aquí y allí alguna palabra por otra; y trasladar un artículo de un lugar á otro, lo que se podía hacer sin mucho peligro, pero sin resultar utilidad de ello; y esto cabalmente es lo que procuran hacer aun los cuerpos mas juiciosos solo para poner su mano en la obra que se les somete. Algunas veces, en efecto, despues de la presentacion de un proyecto de ley importante, se ve á entendimientos medianos y de poco saber, reunirse á discutir una obra de legislacion, fruto de una profunda experiencia y un prolijo trabajo, y trocar esto, y cambiar lo otro, de un todo bien coordinado, haciendo un conjunto informe é incoherente sin relacion con las leyes que existen, ni con los hechos positivos. A veces obran así sin espíritu de oposicion, y solo por el placer de retocar la obra de otro. Ahora bien; figúrese á unos tribunos vehementes y poco instruidos, ejercitándose de esta manera en un código de algunos miles de artículos, y digasenos si no era esto suficiente para renunciar á tan gran proyecto.

El Tribunado descargó sus primeras críticas sobre el título preliminar, el cual

Título preliminar del Código Civil.

habia pasado á una comision de la que era secretario el tribuno Andrieux. Este título contenia, salvo algunas diferencias de redaccion poco importantes, las mismas disposiciones que han prevalecido definitivamente, y que forman en la actualidad como el prefacio de aquel hermoso monumento de legislacion. El primer artículo era relativo á la promulgacion de las leyes. Habíase abandonado el antiguo sistema, por el que la ley no era ejecutoria hasta despues de acordar que se tomase razon en los registros de los parlamentos y de los tribunales. Este sistema habia producido en otro tiempo la lucha de los parlamentos y del poder real, lucha que habia sido en su tiempo un útil correctivo de la monarquía absoluta, pero que hubiera sido un verdadero contrasentido en una época donde existian cuerpos representativos, con facultad de conceder ó de negar las contribuciones. Se habia sustituido á aquel sistema la sencilla idea de hacer promulgar la ley por el poder ejecutivo, y hacerla ejecutoria en la capital, residencia del gobierno, á las veinte y cuatro horas despues de publicada, y en los departamentos dentro de un plazo proporcionado á las distancias. El segundo artículo quitaba á las leyes todo efecto retroactivo; y esto era no solo útil sino necesario, teniendo en cuenta las graves faltas que habia cometido la Convencion. Necesitábase sentar el principio de que la ley no podria alterar lo pasado y solo arreglaria lo venidero. Despues de haber limitado la accion de las leyes en cuanto al tiempo, era necesario limitarla en cuanto á los lugares; determinando cuales serian las leyes que debian guardar los franceses fuera del territorio de Francia, y las que les habian de obligar en todos los lugares, como por ejemplo, los que arreglasen los matrimonios y las sucesiones; y cuales las que solo podian obligarles en el territorio de Francia, pero que en este serian extensivas lo mismo á los extrangeros que á los franceses. Debian incluirse en esta última categoria las leyes relativas á la policía y á la propiedad; y este era el objeto del artículo tercero. El artículo 4.º obligaba á los jueces á juzgar, aun cuando la ley no les pareciera suficiente. Este caso acababa de acontecer mas de una

vez en el tránsito de una legislacion á otra; pues, en efecto, por la falta de leyes se habian visto bastante apurados para pronunciar un fallo, y á menudo tambien se habian sustraido fraudulentamente de la obligacion de administrar justicia. El tribunal de Casacion y el Cuerpo Legislativo estaban abrumados de recursos en interpretacion de las leyes. Necesario era impedir semejante abuso obligando al juez á decidir en todos los casos; pero al mismo tiempo era preciso impedirle que se constituyese en legislador. Este era el objeto del artículo 5.° que prohibia á los tribunales decidir otra cosa que el caso especial que les estaba señalado, y solo por via de disposicion general. Finalmente, el artículo 6.° y último, limitaba la facultad natural que tienen los ciudadanos de renunciar al beneficio de ciertas leyes por convenios particulares, haciendo absolutas é imposibles de eludir las leyes relativas al órden público, á la constitucion de las familias y á las buenas costumbres, y decidiendo que nadie pudiera sustraerse de ellas por ningun convenio particular.

Estas disposiciones preliminares eran indispensables, porque se necesitaba decir en alguna parte de nuestra legislacion, cómo deben promulgarse las leyes, cuando deben ser ejecutorias, y hasta donde se extienden sus efectos en cuanto al tiempo y á los lugares. Era necesario prescribir á los jueces el modo general de aplicar las leyes, y obligarles á juzgar, pero prohibiéndoles constituirse en legisladores; era preciso, en fin, hacer inmutables las leyes que constituyen el órden social y moral, y sustraerlas á las variaciones de los convenios particulares. Y si era indispensable escribir todas estas cosas, ¿donde mejor podia hacerse que á la cabeza del Código civil, el primero, y el mas general é importante de todos los Códigos? Acaso ¿hubieran estado mejor á la cabeza de un Código de Comercio ó de procedimientos civiles? Era, pues, evidente la necesidad de estas máximas generales, bien redactadas, y en su lugar debido.

Con dificultad se podria formar hoy una idea de las críticas hechas por M. Andrieux en nombre de la comision del Tribunado, contra el título preliminar del Código civil. En primer lugar, aquellas disposiciones, podian, segun su dictámen, hallarse colocadas en todas partes, pues asi pertenecian al Código civil como á cualquier otro, y podian, por ejemplo, estar al frente de la Constitucion lo mismo que á la cabeza del Código civil. Esto era verdad, pero ya que no se habia pensado en ponerlas á lo cabeza de la Constitucion, que era natural, porque no tenian ningun caracter político ¿donde podian colocarse mejor que en aquel Código que podia llamarse social?

En segundo lugar; el órden de aquellos seis artículos era arbitrario, segun el parecer de M. Andrieux; pues podia hacerse del primero el último, y del último el primero. Esto no era del todo exacto, pues si se atiende bien, era fácil descubrir una verdadera deduccion lógica en el modo con que estaban dispuestos. Pero en todo caso ¿qué importaba el órden de aquellos artículos si tan bien estaban de un modo como de otro? ¿No era el mejor aquel que habian preferido jurisconsultos eminentes despues de un trabajo concienzudo? ¿No habia bastantes dificultades naturales en aquella gran obra sin tener que añadirla dificultades pueriles?

Por último, y segun M. Andrieux, aquellas eran máximas generales y teóricas, que mas bien pertenecian á la ciencia del derecho, que al derecho positivo que dispone y manda. Esto era falso, porque el modo con que se han de promulgar las leyes, el límite dado á sus efectos, la obligacion para los jueces, de juzgar y no reglamentar, y la prohibicion de ciertos convenios particulares contrarios á las leyes, todo esto era imperativo.

Aquellas críticas eran, pues, tan vanas como ridículas, y sin embargo hallaron acogida en el Tribunado, quien las juzgó dignas de la mayor atencion. El tribuno Thiessé, fue de opinion que la medida que prohibia á las leyes tener un efecto retroactivo, era en extremo peligrosa y contrarevolucionaria; pues segun él, era traer hasta cierto punto las consecuencias de la noche del 4 de Agosto; porque los individuos que habian nacido bajo el régimen del derecho de primogenitura y de las substituciones, podrian decir que la nueva ley so-

bre la igualdad de las particiones era retroactiva en cuanto á ellos, y por lo tanto nula en lo que á los mismos concernia.

Tales absurdos hallaron acogida, y se desechó el título preliminar por 63 votos contra 15. Gozosa la oposicion con aquel primer éxito quiso seguir adelante. Segun la Constitucion el Tribunado nombraba tres oradores para sostener la discucion de las leyes, ante el Cuerpo Legislativo contra tres Consejeros de Estado; y en esta ocasion MM. Thiessé, Andrieux y Favard quedaron encargados de pedir á aquel cuerpo que desechase el título preliminar, como se verificó por 142 votos contra 139.

El Tribunado y el Cuerpo Legislativo desechan el título preliminar del Código civil.

Este resultado, unido á las votaciones sobre la eleccion de candidatos para el Senado, y á la escena ocurrida con motivo de la palabra *súbditos*, era de mucha gravedad. Anunciábase como cosa cierta que serian tambien desechados los otros dos títulos acerca *del goce de los derechos civiles y de la forma de los actos del Estado civil*. El informe de M. Siméon acerca *del goce y de la privacion de los derechos civiles*, concluia en efecto, pidiendo que se desechase. Este personage de ordinario tan cuerdo y tan entendido, habia criticado, entre otras cosas la ley que se proponia, porque no hacia mencion de que los hijos de franceses nacidos en las colonias francesas eran franceses de derecho. Citamos tan singular crítica, porque habia excitado en el primer Cónsul cierto asombro mezclado de cólera. Convocó al Consejo de Estado para convenir en lo que se debia hacer en aquellas circunstancias; y si seria prudente persistir ó no en la marcha adoptada, ó variar el modo de presentar los trabajos al Cuerpo Legislativo, ó bien diferir aquella grande obra aguardada con tanta impaciencia, y reservarla para otra época. El primer Cónsul estaba exasperado:=¿Qué quereis que se haga, exclamaba, con hombres que antes de la discusion decian, que los consejeros de Estado y los Cónsules *no eran mas que pollinos*, y que era preciso arrojarles su obra á la cabeza? ¿Qué quereis que se haga, cuando un entendimiento como el de Siméon, dice que una ley está incompleta porque no declara que los hijos de franceses nacidos en las colonias francesas son franceses? Verdaderamente se confunde uno en presencia de tan extrañas aberraciones. Aun con la buena fé con que se ha discutido el Código en el Consejo de Estado, hemos tenido que trabajar mucho para ponernos de acuerdo; ¿cómo, pues, lograrse nada de un cuerpo cinco ó seis veces mas numeroso y que discute sin buena fe? ¿Cómo ha de redactarse de esta manera un Código entero? He leido el discurso que ha pronunciado Portalis en el Cuerpo Legislativo en contestacion á los oradores del Tribunado: nada ha dejado que decirles; *les ha hecho echar las muelas*. Pero por grande que sea la elocuencia, y aunque se hable veinte y cuatro horas seguidas, nada se logrará contra una asamblea prevenida, y dispuesta á no dejarse convencer.

Despues de estas quejas, expresadas en un lenguaje amargo y vehemente, consultó el primer Cónsul al Consejo de Estado, acerca del mejor partido que podia adoptarse, para asegurar la aprobacion del Código Civil en el Tribunado y en el Cuerpo Legislativo. No era este asunto nuevo en el Consejo de Estado, pues ya se habia previsto la dificultad, y propuesto diferentes medios para resolverla. Los unos habian imaginado no presentar mas que principios generales sobre los que hubiera de votar el Cuerpo Legislativo, y que despues se desenvolviesen y explanasen por medio de reglamentos. Esto era poco admisible, porque dificilmente se comprenden los principios generales de las leyes, cuando no se ven explanados en la misma ley, sino por separado. Otros proponian un plan mas sencillo, cual era el de presentar de una vez todo el Código; pues el mismo trabajo costaria presentar los tres libros de que constaba, que uno solo. Los tribunos se encarnizarian en los primeros títulos, y fatigados despues dejarian pasar los demas; encontrándose asi reducida la discusion por su misma inmensidad. Esta conducta era la mas prudente y la mas sabia; pero por desgracia para que tuviese buen éxito faltaban muchas condiciones, pues no habia entónces la fa-

Discusion en el Consejo de Estado para saber cómo se procederá para la presentacion de los otros títulos del Código Civil.

cultad de enmendar las proposiciones del gobierno, lo que permite esos pequeños sacrificios, por cuyo medio se satisface la vanidad de los unos, se desvanecen los escrúpulos de los otros, y se mejoran las leyes. Faltaba tambien á la oposicion una poca de buena fé, sin la cual es imposible llevar á cabo una discusion grave; y finalmente faltaba al mismo primer Cónsul esa paciencia constitucional, que inspira á los hombres amoldados al gobierno representativo la costumbre de sufrir contradicciones. No admitia que el bien, querido con sinceridad y laboriosamente preparado, se difiriese ó echase á perder, solo por agradar á los que él llamaba parlanchines.

Algunos espíritus, amigos de atropellarlo todo, llegaron hasta proponer que se presentase el Código civil como se presentan los tratados, con una ley adjunta que los aceptase ó desechase, haciéndolos asi votar en globo por *sí* ó *no*. Este modo de proceder era demasiado dictatorial, y no se pensó en él formalmente.

Conforme al dictámen de los miembros mas ilustrados y especialmente de Tronchet, se convino que era lo mejor aguardar á ver la suerte que tenian los otros dos títulos presentados al Tribunado.—Si, dijo el primer Cónsul, aun podemos arriesgar dos batallas: si las ganamos continuaremos la marcha emprendida, y si las perdemos entraremos en nuestros cuarteles de invierno, y conferenciaremos acerca del partido que se debe tomar.—

Determínase aguardar á ver la suerte que tienen los otros dos títulos presentados.

Adoptóse este plan de conducta y se aguardó el resultado de las discusiones. La opinion empezaba á pronunciarse abiertamente contra el Tribunado; y por lo tanto, los que llevaban la voz imaginaron un medio para atemperar el efecto de sus desaprobaciones sucesivas, cual fue el de aprobar alguno de los títulos presentados. Agradábales mucho el título relativo á *los actos del estado civil*, porque consagraba mas rigorosamente los principios de la Revolucion respecto al clero, prohibiéndole absolutamente el registro de los nacidos, muertos y matrimonios, que debian llevar los empleados municipales. Este título, presentado por el Consejero de Estado Thibaudeau era excelente, lo que no lo hubiera salvado á no contener disposiciones contrarias al clero; y asi se convinieron á adoptarle. Segun el órden de presentacion era el tercero; pero le colocaron en lugar del segundo y le aprobaron sin dificultad, para hacer mas evidente la desaprobacion del título relativo *al goce y á la privacion de los derechos civiles*. En efecto, puesto á discusion lo desechó el Tribunado por una inmensa mayoria; no siendo dudoso que corriese igual suerte en el Cuerpo Legislativo. La serie de dificultades previstas aparecia, pues, de nuevo por entero; y debian ser mucho mas graves cuando se tratara de las leyes sobre el matrimonio, sobre el divorcio, y sobre la patria potestad. En cuanto al Concordato y al proyecto relativo á la instruccion pública, no habia ninguna probabilidad de que fuesen aprobados.

Deséchase el título del Codigo civil sobre el goce y la privacion de los derechos civiles.

Pero lo que acabó de llevar las cosas al extremo, fue el nuevo escrutinio acerca de las personas, que tomó, respecto al primer Cónsul, el carácter de una hostilidad del todo directa. Ya se habia hecho prevalecer la eleccion del clérigo Gregoire como senador, contraria á las propuestas del gobierno, y para darle una muestra de desaprobacion á su política religiosa. Como se acaba de ver, quedaban dos plazas vacantes, y no solo se queria que fuesen ocupadas de una manera contraria á las propuestas ya conocidas del primer Cónsul en favor de tres generales, sino tambien que lo fuesen por las personas que mas le desagradasen. En su consecuencia, el nombramiento debia recaer en M. Daunou, y al efecto, se hicieron los mayores esfuerzos para lograr que las dos autoridades legislativas, es decir, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, le presentasen como candidato, lo que hacia casi inevitable su nombramiento por el Senado.

Nuevo escrutinio para la candidatura en el Senado.

Enero de 1802.

M. Daunou es votado candidato por el Tribunado y el Cuerpo Legislativo.

Diéronse los pasos mas activos, y se solicitaron los votos con un atrevimiento y descaro que asombraba, al considerar que se hacia en presencia de una

autoridad tan formidable como la del primer Cónsul.

Votóse en el Cuerpo Legislativo á M. Daunou y al general Lamartilliére, candidato del gobierno, y despues de reiterados escrutinios fue elegido M. Daunou por 135 votos, obteniendo 122 el general Lamartilliére, y quedando el primero por lo tanto proclamado candidato del Cuerpo Legislativo para una de las plazas vacantes en el Senado. Lo mismo sucedió en el Tribunado, en donde M. Daunou obtuvo 48 votos, y el general Lamartilliére 39. Este escrutinio tuvo lugar el 1.° de Enero de 1802 (11 de Nevoso), en el mismo dia en que fue desechado el título del Código civil acerca *del goce y la privacion de los derechos civiles*.

Segun las reglas comunes del sistema representativo hubiérase dicho que la mayoria estaba perdida. Pero en este caso, era el primer Cónsul quien debia haberse retirado, en atencion á que él solo era el objeto de la admiracion de la Francia como del odio de sus enemigos. Sin embargo, nadie pensaba en excluirle, porque ninguna persona poseia los medios de verificarlo: asi, pues, aquello era solo un verdadero medio de embrollarlo todo, indigno de hombres formales; y un despecho pueril y peligroso, porque reducia al último extremo á un carácter violento, que conocia perfectamente su fuerza, y capaz de todo. Hasta el cónsul Cambacérés, por lo comun tan moderado, viendo que era aquello un verdadero desórden, dijo que no se podian tolerar hostilidades tan directas, y que por su parte no respondia de poder calmar al primer Cónsul. En efecto, la cólera de este habia llegado á su colmo, y anunció en alta voz su resolucion de arrollar cuantos obstáculos se intentaban oponer á todos los bienes que queria llevar á cabo.

Irritado el primer Cónsul hasta el extremo piensa en dar un golpe de Estado.

El dia siguiente 2 de Enero (12 de Nevoso) era el de la década en que daba audiencia á los Senadores. Muchos acudieron á este acto, aun de los que hacian oposicion al gobierno, concurriendo unos por curiosidad, por debilidad los otros, y para desmentir con su presencia su participacion en lo que acontecia; hallándose M. Sieyes en el número de los concurrentes. El primer Cónsul vestia como de costumbre su uniforme, y su rostro, que parecia animado, hacia que todos formando círculo en torno suyo esperasen alguna escena violenta. ¿Con que no quereis, les dijo, nombrar generales? Sin embargo, les debeis la paz; y esta era la ocasion de que les manifestárais vuestro agradecimiento.—Despues de estas primeras palabras fueron rudamente interpelados los senadores Kellermann, Francisco de Neufchâteau y otros; quienes se disculparon bastante mal. En seguida haciéndose general la conversacion, volvió otra vez á hablar el primer Cónsul, dirigiendo sus miradas hácia donde estaba M. Sieyes.=Hay hombres, dijo en voz alta, que quieren darnos un gran Elector; y que para este cargo sueñan con un príncipe de la casa de Orleans. No ignoro que esta idea tiene partidarios hasta en el mismo Senado.—Estas palabras aludian á un proyecto verdadero ó falso que se atribuia á M. Sieyes, propagándolo asi los enemigos de este en presencia del primer Cónsul. Al oir M. Sieyes aquellas palabras ofensivas se retiró sonrojado. Dirigiéndose entonces el primer Cónsul á los Senadores allí reunidos, añadió: Os declaro que si nombrais senador á M. Daunou, lo tomaré por un agravio personal, y sabeis que jamas he sufrido ninguno.

Alocucion enérgica en una reunion de Senadores.

Esta escena asustó á la mayor parte de los senadores y afligió á los mas cuerdos, que sentian se excitase de aquel modo la irritacion de un hombre tan grande y tan necesario, pero tan poco dueño de contenerse cuando se veia ofendido. Los malcontentos se retiraron, clamando que jamas se habia tratado á los miembros de los cuerpos del Estado de un modo mas indecente y mas insoportable. Sin embargo, el golpe estaba dado, el temor habia penetrado en aquellas almas rencorosas, pero tímidas, y aquella ruidosa oposicion iba á humillarse vergonzosamente ante el hombre á quien habia querido desafiar.

Discutieron los cónsules entre sí el partido que deberian adoptar. El general Bonaparte estaba resuelto á llevar á cabo un acto violento y estrepitoso. Si hubiera tenido la facultad legal de disolver el Tribunado y el Cuerpo Legislativo,

El cónsul Cambacérés hace prevalecer la idea de una medida legal, la exclusion por escrutinio del quinquenio saliente en el año X.

habria sido fácil salir de aquel mal paso por las vias regulares, pues una eleccion general hubiera dado de sí una mayoria favorable á las ideas del primer Consul; si bien es verdad, que una eleccion general hubiera excluido en masa á los hombres de la Revolucion, sacando á luz otros enteramente nuevos, mas ó menos animados de ideas realistas, tales como aquellos contra los que fue preciso hacer el 18 de Fructidor, lo cual hubiera sido un mal de otro género. ¡Tan cierto es que despues de una revolucion sangrienta que habia irritado profundamente los ánimos unos contra otros, era imposible el libre juego de las instituciones constitucionales! Por salir de las manos de los revolucionarios irreflexivos, se hubiera caido en las de los realistas mal intencionados. Pero como quiera que la disolucion no estaba consignada en las leyes, fuerza era recurrir á otros medios.

El primer Cónsul queria retirar el Código civil, dejar en vacaciones el Cuerpo Legislativo y el Tribunado, no presentándoles mas que las leyes de hacienda; y despues, cuando hubiese hecho conocer bien á la Francia, que dichos cuerpos eran la única causa de haberse interrumpido los benéficos trabajos del gobierno, aprovechar la primera ocasion, y dar al traste con los instrumentos incómodos que le imponia la Constitucion. Pero el cónsul Cambacérés, hombre hábil en recursos, halló medios mas templados y mas fáciles de defender como legales, y que por otra parte eran los solos que se debian adoptar en aquellas circunstancias, y logró disuadir al general, su colega, de toda medida ilegal y violenta.—Todo lo podeis, le dijo, y todo lo que hagais se quedará hecho, pues el Directorio pudo cuanto quiso, y eso que no tenia ni vuestra gloria, ni vuestro ascendiente moral, ni vuestros inmensos triunfos militares y políticos. Pero el golpe de Estado del 18 de Fructidor, aunque era necesario, perdió al Directorio, pues hizo tan despreciable la Constitucion directorial, que nadie en adelante la tomó como cosa séria. La nuestra es mucho mejor; y sirviéndose con arte de ella bien puede sacarse algun bien. No la entreguemos, pues, al desprecio público, infringiéndola al primer obstáculo que nos presenta.—El Cónsul Cambacérés aprobó la idea de retirar el Código civil, suspender la legislatura, dejar en vacaciones á los cuerpos deliberantes, y hacer pesar sobre ellos como un grave motivo de censura, la inaccion forzada á que el gobierno iba á verse reducido. Pero semejante inaccion era un callejon sin salida, y debia buscarse un paso. M. Cambacérés le halló en el artículo 38 de la Constitucion, que estaba asi concebido: *La primera renovacion del Cuerpo Legislativo y del Tribunado, no tendrá lugar sino en el transcurso del año X.*

Hallábanse ya en el año X (1801 á 1802) y podian elegir á su gusto para hacer la renovacion la época del año que quisieran. Podian, por egemplo, proceder á ella durante el invierno en Pluvioso ó Ventoso; despedir entonces una quinta parte de los miembros del Tribunado y del Cuerpo Legislativo, la que componia un número de veinte miembros en el Tribunado y de sesenta en el Cuerpo Legislativo; excluir á los mas hostiles, reemplazarlos con personas prudentes y de juicio, y abrir una legislatura extraordinaria al principio de la Primavera, para que aprobase las leyes detenidas al presente por la mala fe de la oposicion. Este medio era evidentemente el mejor; pues excluyendo veinte individuos del Tribunado y sesenta del Cuerpo Legislativo, se separaba á los hombres revoltosos que arrastraban consigo á la masa inerte, y se intimidaba á los que todavia estuviesen en ánimo de resistirse. Pero para lograr esto era preciso disponer del Senado, pues sin él no se podian obtener dos cosas; primera la interpretacion del artículo 38 en el sentido del plan proyectado, y segunda, la exclusion de los opositores y su reemplazo por hombres adictos al gobierno. Conociendo M. Cambacérés aquel cuerpo, y sabiendo que su mayoría era tímida, y poco arrojados los que formaban la oposicion, decia, que asi que el Senado conociera lo querian arrastrar á un estremo, fuera de los límites de la prudencia y de la razon, se prestaria á todo lo que el gobierno desease de él. El artículo 38, que era el que se

trataba de interpretar, no señalaba el método que habia de emplearse para designar los individuos que habian de componer la quinta parte saliente, y por lo tanto el Senado, encargado de elegir, podia preferir á su gusto el escrutinio ó la suerte. Contra semejante interpretacion podia decirse que el uso constante cuando hay necesidad de renovar parcialmente una asamblea, es recurrir á la suerte pera señalar la parte que debe ser excluida primero; pero á esto podia responderse, que solo se recurre á la suerte cuando no se puede obrar de otro modo. En efecto, no es posible pedir á algunos centenares de colegios electorales que señalen la quinta parte de los individuos de un cuerpo, que han de salir de él, porque dirigirse solo á una parte de estos colegios, seria señalar por sí mismo quienes habian de ser los excluidos, y dirigirse á todos era recurrir á una eleccion general; y en una eleccion general no se puede fijar de antemano el número de los electores excluidos, porque tambien seria designar la quinta parte de ellos que se trataba de eliminar. La suerte es, pues, el solo recurso en el sistema ordinario de las elecciones por colegios electorales. Pero teniendo aquí el Senado la facultad de elegir, y pudiéndose hacer con facilidad que señalase por medio de un escrutinio los que habian de ser excluidos, era mas natural recurrir á la autoridad ilustrada de sus votos que á la autoridad ciega de la suerte; es verdad que con esto se hacia al Senado árbitro de la cuestion, pero tambien era conforme á la Constitucion, porque al conferir ésta al Senado todas las prerogativas de un cuerpo electoral, le habia hecho juez de todos los conflictos que pudieran originarse entre las mayorias legislativas y el gobierno. En una palabra, se establecia por medio de un subterfugio la facultad de disolucion, indispensable en todo gobierno regular.

El primer Cónsul adopta el plan propuesto por M. Cambacérés.

La razon mas plausible era que se salia del apuro sin infringir ostensiblemente la Constitucion. El primer Cónsul declaró que admitia aquel plan ó cualquiera otro, con tal que le desembarazase de los hombres que impedian hacer el bien de la Francia. M. Cambacérés se encargó de redactar una memoria sobre aquel asunto, y se escribió el mensage que debia anunciar al Cuerpo Legislativo que se retiraba el Código Civil, redactándole el general Bonaparte en un estilo noble y severo.

Ya empezaban á temerse los efectos de su cólera, y se decia que iba á manifestarse bien pronto. Al dia siguiente del suceso ocurrido con los senadores, 3 de Enero (13 de Nevoso) recibió un mensage el presidente del Cuerpo Legislativo, que fue leido en medio de un profundo silencio, en que se descubria cierta especie de terror. Dicho mensage estaba concebido en los siguientes términos:

«LEGISLADORES:

«El gobierno ha resuelto retirar los proyectos de ley del Código civil.

«Con sentimiento se ve obligado á dejar para otra época las leyes esperadas con tanto interes por la nacion; pero está convencido que no ha llegado el tiempo de que se verifiquen aquellas grandes discusiones con la calma y la unidad de intencion que de sí exigen.”

Se empieza por retirar el Código civil.

Esta severidad merecida produjo el mayor efecto. No todos los gobiernos pueden ni deben usar semejante lenguaje; sin embargo, es menester permitirle cuando se emplea con razon, y cuando el que lo hace ha dispensado á su pais una gloria inmensa, é inmensos beneficios, que son pagados con una oposicion inconsiderada.

Herido con este golpe, cayó el cuerpo Legislativo á los pies del primer Cónsul de un modo vergonzoso. Acto continuo se pidió en la misma sesion se pasase al escrutinio para la presentacion de un candidato á la tercera y última plaza vacante en el Senado. Y ¡cosa increible! los mismos hombres que se habian prestado con tan mala fe á presentar á MM. Gregoire y Daunou, votaron al instante mismo por el general Lamartillière, que obtuvo 233 votos de 252 votantes. No podian rendirse mas pronto á los deseos del primer Cónsul; y en su consecuencia el general Lamartillière fue decla-

Intimidados el Senado y el Cuerpo Legislativo, imaginan un subterfugio para anular sus primeros escrutinios, y hacer prevalecer los candidatos del primer Cónsul para las plazas vacantes en el Senado

rado candidato del Cuerpo Legislativo.

Esta presentacion suministró un expediente al Senado para satisfacer al primer Cónsul, sin humillarse en demasía. Desde lo ocurrido con los senadores en la audiencia del 2 de Enero, no volvió á pensarse en M. Daunou. No obstante, M. Daunou habia sido presentado por dos cuerpos á la vez, el Legislativo y el Tribunado, y preferir el candidato del gobierno á otro que tenia en su favor el haber sido presentado por dos cuerpos legislativos, era arrojarse de un modo demasiado manifiesto á los pies del primer Cónsul. Para salvar este inconveniente se imaginó un subterfugio bastante miserable, que lejos de salvar la dignidad del Senado, hizo mas patente su embarazo. Reunióse al dia siguiente 4 de Enero (14 de Nevoso); y como el Cuerpo Legislativo habia resuelto la presentacion de M. Daunou el 30 de Diciembre, y la del general Lamartillière el 3 de Enero, supuso el Senado que la resolucion del 30 de Diciembre no le habia sido comunicada, y sí solo la del 3 de Enero, siendo en su consecuencia, el general Lamartillière el único candidato conocido del Cuerpo Legislativo. A este subterfugio unió otra astucia mas mezquina todavia. Ibase á proveer la segunda de las tres plazas vacantes, y como en la lista del primer Cónsul el general Lamartillière era el primero y el general Jourdan el segundo; se creyó que se podia considerar al general Jourdan, como el candidato del gobierno para la plaza vacante en la actualidad. Entonces el Senado redactó su decision en estos términos.

«*Visto el mensage del primer Cónsul del 25 de Frimario por el cual presenta al general Jourdan; visto el mensage del Tribunado del 11 de Nevoso, por el cual presenta al ciudadano Daunou, y visto, en fin, el mensage del Cuerpo Legislativo del 13 de Nevoso, por el cual presenta al general Lamartillière, el Senado adopta al general Lamartillière, y le proclama miembro del Senado conservador.*" Por este medio parecia que el Senado adoptaba el candidato del Cuerpo Legislativo y no el del primer Cónsul; mas esto era añadir á la vergüenza de una sumision la de una mentira que á nadie engañaba. Es verdad, que hacian bien en cejar ante un hombre indispensable, y sin el cual se hubiera sumergido la Francia en un caos, en el que ninguno de los que hacian la oposicion, hubiera estado seguro de libertar su cabeza; pero por esto mismo no debia ofendérsele, sabiendo que era imposible llevar á cabo aquella ofensa.

La oposicion del Tribunado puso el grito en el cielo contra la debilidad del Senado, debilidad que en breve debian imitar y aun sobrepujar ellos mismos.

El primer Cónsul sale de París para presidir en Lyon la consulta de la República italiana.

Púsose inmediatamente en ejecucion el plan adoptado por el gobierno. Suspendiéronse los trabajos legislativos, y se anunció públicamente que el primer Cónsul iba á salir de Paris para Lyon, y que su ausencia duraria cerca de un mes. El objeto de aquel viage tenia la grandeza acostumbrada de los actos, del general Bonaparte; pues se trataba de constituir la República Cisalpina, y 500 diputados de todas edades y condiciones, atravesaban en aquel momento los Alpes enmedio de un invierno rigoroso, para formar en Lyon una gran dieta con el nombre de *Consulta*, y recibir de manos del general Bonaparte, sus leyes, sus magistrados, y en suma, un gobierno completo. Habiase convenido que se partiria la distancia, y se habia juzgado que Lyon era el punto mas adecuado despues de Paris, para que tuviese lugar aquella cita. Al mismo tiempo debia desplegarse un grande aparato militar, porque los 22,000 hombres que quedaban del ejército de Egipto, y que habian sido desembarcados en Marsella y en Tolon por la marina inglesa, se hallaban en marcha hácia Lyon, á fin de que su antiguo general les pasase revista.

El Cuerpo Legislativo y el Tribunado quedan en Paris en una ociosiedad embarazosa.

Nadie volvió á ocuparse del Cuerpo Legislativo ni del Tribunado, á los cuales se dejó en una completa ociosidad, sin explicarles los proyectos que el gobierno podia haber concebido. Asi como la Constitucion no contenia la facultad de disolver los Cuerpos Legislativos, tampoco decia nada respecto á la prorogacion de los mismos; de modo que no se despidió á los dos cuerpos, ni se les suministró ningun trabajo. Ademas de las leyes del Código civil habia retirado el gobierno una relativa al res-

tablecimiento de la marca para el castigo de los falsificadores; crimen, que á consecuencia de las circunstancias de la Revolucion, se habia extendido de un modo asombroso. Los muchos documentos que se exigian por las nuevas reglas de contabilidad; los certificados de civismo, indispensables para no ser considerados como sospechosos; los de residencia, exigidos á los emigrados que habian vuelto, para hacerles purgar el delito de la emigracion, y en fin tantos actos de todo género que se requerian por escrito, habian hecho que se fomentase una clase detestable de criminales, cuales lo eran los falsificadores, que infestaban la region de los negocios, como poco antes infestaban los bandoleros los caminos reales. El primer Cónsul queria aplicarles una pena especial, así como habia querido una jurisdiccion especial contra los devastadores de los caminos reales, y por lo tanto proponia que fuesen marcados. El crimen de falsificador enriquece, decia; y un delincuente de esta especie que haya concluido su condena, puede volver á la sociedad, y con el lujo hacer olvidar su crimen. Es necesario una marca indeleble impresa por mano del verdugo, que impida á los amigos obsequiosos que siempre rodean á la opulencia, sentarse á la mesa del falsificador enriquecido. Esta proposicion habia encontrado las mismas dificultades que el Código civil, y fue retirada, no quedando por lo tanto ningun asunto pendiente, pues las leyes relativas á la instruccion pública y al restablecimiento de los cultos, ni aun habian sido presentadas; y en cuanto á las de hacienda, se las reservaba para que sirviesen de pretexto para celebrar una legislatura extraordinaria en la primavera. Dejóse, pues, á aquella especie de parlamento no disuelto ni prorogado, sino ocioso, inútil, apurado con su inaccion, y siendo á los ojos de la Francia el responsable de una completa interrupcion en los buenos y útiles trabajos del gobierno.

Convinose que durante la ausencia del primer Cónsul, se encargaria M. Cambacérés, quien tenia un arte particular para manejar el Senado, de hacer que dicho cuerpo interpretase del modo que se queria el artículo 88 de la Constitucion, y que vigilaria por sí mismo la exclusion de los veinte y de los sesenta miembros, que se deseaba saliesen del Tribunado y del Cuerpo Legislativo.

Antes de partir de Paris el primer Cónsul, se habia ocupado de dos negocios importantes, uno de los cuales era la expedicion de Santo Domingo, y el otro el congreso de Amiens; deteniéndole este último aun despues del plazo señalado para su marcha.

Proyecto de una expedicion á Santo Domingo.

El deseo de adquirir posesiones lejanas, era una antigua ambicion francesa, despertada en el reinado de Luis XVI, favorable en extremo á la marina, y la cual no se habia enfriado á causa de no haber sufrido todavia grandes reveses marítimos. Las colonias eran entonces un objeto de ardiente codicia por parte de todas las naciones mercantiles. La expedicion de Egipto, ideada para disputar á los ingleses el imperio de la India, era una consecuencia de aquella inclinacion general, y el mal éxito que habia tenido, habia aumentado el deseo de indemnizarse de aquel contratiempo. El primer Cónsul preparaba dos indemnizaciones, la Luisiana y Santo Domingo; pues solo habia dado á la corte de España la Toscana, este hermoso territorio de la Italia, para obtener en cambio la Luisiana; y en aquel momento, exigia de dicha corte la ejecucion de su compromiso; estando resuelto al mismo tiempo á recobrar la isla de Santo Domingo, que era antes de la Revolucion la primera y mas importante de las Antillas, y la colonia mas envidiada de todas las que producian azúcar y café, pues proporcionaba á nuestros puertos y á nuestra marina un comercio muy considerable. La imprudencia de la Asamblea Constituyente habia hecho que los esclavos se revelasen, y causado los horrores tan tristemente célebres con que habian señalado los negros la aparicion de su libertad en el mundo. Un negro, dotado de un verdadero genio, Toussaint Louverture habia hecho en Santo Domingo algo parecido á lo que el primer Cónsul hacia en Francia, domando y gobernando á aquel pueblo, y restableciendo cierta especie de órden. Gracias á él ya no se degollaba en Santo Domingo y se empezaba á trabajar. Habia hecho una Constitucion, la cual sometió al primer Cónsul, y manifestaba hácia la metrópoli una especie de afecto nacional, al

paso que una aversion profunda á la Inglaterra, y solicitaba ser libre y frances. Al principio habia admitido el primer Cónsul aquel estado de cosas; pero en breve concibió sospechas acerca de la fidelidad de Toussaint Louverture, y sin querer reducir de nuevo á los negros á la esclavitud, pensaba aprovecharse del armisticio marítimo, resultado de los preliminares de Lóndres, para enviar á Santo Demingo una escuadra y un ejército. Respecto á los negros tenia el primer Cónsul el proyecto de conservar la situacion que habian creado los acontecimientos; pues si bien queria mantener la esclavitud, aunque suavizándola, en todas las colonias donde no habia penetrado el espíritu de insurreccion, conocia la necesidad que habia, de tolerar en Santo Domingo una libertad que habia llegado á ser indomable. Pero pretendia asegurar la dominacion de la metrópoli en esta isla, y para ello necesitaba un ejército. Sea que los negros libres se convirtiesen en súbditos infieles, ó bien que los ingleses empezasen la guerra, tenia la intencion, á la vez que respetaba la libertad de los negros, de devolver sus propiedades á los antiguos colonos, que llenaban á Paris con los clamores de su miseria, con sus quejas y con sus imprecaciones contra el gobierno de Toussaint Louverture. Una parte considerable de los nobles franceses, ya privados por la Revolucion de sus bienes en Francia, eran al mismo tiempo colonos en Santo Domingo, y tambien se veian despojados de las ricas posesiones que habian poseido en aquella isla; y si bien no se queria devolverles en Francia sus bienes, que habian venido á ser nacionales, podian devolvérseles sus ingenios y sus cafetales de Santo Domingo, y esto era una indemnizacion que parecia poder satisfacerles. Todos estos motivos influyeron en la determinacion del primer Consul. Recobrar la mayor de nuestras colonias, poseerla, no de la sospechosa fidelidad de un negro dictador, sino con la fuerza de las armas, y poseerla sólidamente contra los negros y los ingleses; devolver á los antiguos colonos sus propiedades, cultivadas por manos libres; y unir, en fin, á esta reina de las Antillas las bocas del Mississipi adquiriendo la Luisiana, tales fueron las combinaciones del primer Cónsul, combinaciones infaustas como se verá en breve, pero exigidas, por decirlo asi, por la disposicion de los ánimos, que era general en Francia en aquella época.

Importaba apresurarse, porque aunque era cosa casi cierta que se concluyese definitivamente la paz que en aquel entonces se negociaba en el congreso de Amiens, era necesario, por si los ingleses salian con pretensiones nuevas é inadmisibles, aprovechar algunos meses, durante los cuales iba á estar el mar libre, para enviar una escuadra. El primer Cónsul hizo en Flessinga, Brest, Nantes, Rochefort y Cádiz un inmenso armamento compuesto de 26 navios de linea y de 20 fragatas, capaces de trasportar 20,000 hombres. Dió el mando de la escuadra al almirante Villaret-Joyeuse y el mando de las tropas al general Leclerc uno de los buenos oficiales del ejército del Rhin, casado ya con su hermana Paulina. Exigió que esta acompañase á su esposo; y como le profesaba la mayor ternura y la amaba entrañablemente, probó, con enviarla allí, que no queria, como despues dijeron los partidos, deportar á un pais mal sano, y en el que reinaba la fiebre, á los soldados y á los generales del ejército del Rhin que le hacian sombra. Otra circunstancia prueba tambien la intencion que tuvo en la formacion del cuerpo enviado á Santo Domingo. Como la paz parecia ser general, y por lo mismo sólida, los militares temian verse detenidos en medio de su carrera, y un gran número de ellos solicitaba formar parte de la expedicion, de modo que fue un favor que se vieron obligados á distribuir entre ellos con cierta especie de justicia y de legalidad. El valiente Richepanse, el héroe del ejército de Alemania, fue nombrado como lugarteniente del general Leclerc.

El primer Cónsul se condujo en aquellos preparativos con su celeridad acostumbrada; é hizo cuanto estuvo de su parte para apresurar la salida de aquellas divisiones navales, esparcidas desde Holanda hasta el extremo meridional de la Península. Sin embargo, antes de que diesen á la vela, mediaron algunas explicaciones con los ministros ingleses, á quienes traia inquietos aquel vasto armamento; costando algun trabajo tranquilizarlos, aunque en realidad deseaban la expedicion. En aquella época no se mostraban todavia los minis-

tros ingleses tan ardientes partidarios de la emancipacion, como parecieron serlo despues; y el espectáculo de la libertad de los negros de Santo Domingo les hacia temer por sus colonias, especialmente por la Jamaica. Deseaban, pues, el buen éxito de nuestra empresa, pero les inquietaba la importancia de los medios empleados para ella, pues hubieran querido que las tropas se hubiesen embarcado en buques mercantes. Logróse, sin embargo, hacerles entrar en razon, y consintieron en dejar salir aquel inmenso armamento, enviando una escuadra para que le observase. Prometieron ademas poner á disposicion del ejército frances todos los recursos de la Jamaica, en víveres y municiones, en el bien entendido que se les satisfaria el valor de lo que suministrasen. La principal division naval formada en Brest, dió á la vela el 14 de Diciembre, siguiéndolas las otras á corta distancia; y á mediados de dicho mes toda la expedicion se hallaba en alta mar, debiendo por consiguiente llegar á Santo Domingo, cualquiera que fuese el resultado de las negociaciones de Amiens.

Salida de la expedicion para Santo Domingo.

Aquellas negociaciones, conducidas por lord Cornwallis y José Bonaparte, marchaban lentamente, sin que por esto hiciesen temer un rompimiento. La primera causa del retardo habia consistido en la misma composicion del congreso, que debia formarse no solo de los plenipotenciarios frances é ingles, sino tambien de los de Holanda y España, porque despues de los preliminares, debia concluirse la paz entre las dos grandes naciones beligerantes y todas sus aliadas. La España, que de una amistad extremosa, habia pasado á un estado casi de enemistad, contrariaba al primer Cónsul no enviando su plenipotenciario al Congreso. Como sabia que la paz era cosa segura, y que en el protocolo no tenia que figurar sino para el abandono de la Trinidad, no se apresuraba á enviar su negociador, cuya presencia reclamaban los ingleses para obtener una cesion en forma de la isla de la Trinidad, manifestando que no se llevarian á cabo las negociaciones si no se presentaba el plenipotenciario español. En su consecuencia se vió obligado el primer Cónsul á usar con España un tono que despertase su apatia, y mandó al general Saint-Cyr, nombrado embajador en vez de Luciano, que procurase hacer patente á los ojos de los Reyes la extravagante conducta del príncipe de la Paz, y declarase que *si continuaban en semejante sistema, vendria todo á acabar con un trueno.* (1)

Congreso de Amiens.

Demora causada por España, que rehusa enviar un plenipotenciario el congreso.

(1) He aquí la carta dirigida al embajador; muy importante para poder apreciar las relaciones de Francia con España en aquella época.

Al ciudadano Saint-Cyr, embajador en Madrid.

10 de Frimario del año X (1.° de Diciembre de 1801.)

Nada absolutamente comprendo, ciudadano embajador, acerca de la conducta del gabinete de Madrid. Os encargo especialmente que deis todos los pasos necesarios para abrir los ojos á ese gobierno, á fin de que siga una marcha regular y conveniente. Me parece este objeto de tanta importancia que he creido deber escribiros por mí mismo.

Reinaba entre Francia y España la union mas íntima, cuando S. M. juzgó á propósito ratificar el tratado de Badajoz.

El señor príncipe de la Paz pasó entonces una nota á nuestro embajador, cuya copia mando que se os remita. La nota estaba demasiado llena de groseras injurias para que yo fijase en ella mi atencion. Pocos dias despues remitió al embajador frances en Madrid una nota en la que declaraba que S. M. C. iba á celebrar una paz particular con Inglaterra, de cuya nota tambien mando que se os envie copia. Conocí entonces cuan poco podia contar con los esfuerzos de una potencia cuyo ministro se expresaba con tan pocas consideraciones, y mostraba tal desarreglo en su conducta. Conociendo bien la voluntad del Rey, le hubiera hecho saber directamente la mala conducta de su ministro, si no hubiera sobrevenido entretanto la enfermedad de S. M.

He prevenido varias veces á la corte de España que su negativa á ejecutar el convenio de Madrid, es decir, á ocupar la cuarta parte del territorio portugues, le atraeria la pérdida de la Trinidad, pero no ha hecho ningun caso de estas observaciones.

En las negociaciones que han tenido lugar en Lóndres, ha defendido Francia los intereses de España, como hubiera defendido los suyos propios, pero S. M. B. no ha querido desistir de su intento en conservar la Trinidad, y yo no he podido opo-

El señor de Campo Alange, ministro español nombrado para representar á su gobierno en el congreso de Amiens, se hallaba enfermo en Italia; y España se decidió al fin á dar órdenes al señor de Azara, embajador en Paris para que se dirigiese al Congreso. Zanjada esta dificultad con los españoles, quedaba por zanjar otra con los holandeses. El plenipotenciario holandés M. Schimmelpenninck no queria admitir la base de los preliminares, es decir, la cesion de Ceylan, antes de saber como seria tratada la Holanda en la parte relativa á la restitucion de sus escuadras que habian pasado á poder de los ingleses; en lo relativo á las indemnizaciones que se pretendia exijir para el Stathouder desposeido, y por último á ciertas cuestiones de límites con la Francia. José Bonaparte tuvo órden de notificar á M. Schimmelpenninck que no seria recibido en el Congreso sino con la condicion de reconocer de antemano como base de las negociaciones los preliminares de Londres. Habiéndose contentado lord Cornwallis con esta fórmula, se constituyó el Congreso.

Otras dificultades con los holandeses

Sin embargo los ingleses habian querido que entrase en él tambien Portugal, bajo el pretexto de que era la aliada de la Inglaterra, aunque con el motivo secreto de conseguir para la corte de Lisboa que se le eximiera de la contribucion de 20 millones que se le habia impuesto por el tratado de Madrid. El primer Cónsul se negó á ello, declarando que estaba hecha la paz entre Francia y Portugal, y nada habia que tratar acerca de ella. Dejada á un lado esta pretension, empezó el Congreso su tarea, y en breve se pusieron de acuerdo acerca de las bases.

Para evitar dificultades incalculables se convino rechazar cualquiera peticion que se separara de los preliminares: *Nada de mas ni de menos, que los artículos de Londres* fue la máxima reciprocamente admitida. En efecto, los ingleses habian intentado de nuevo poner á discusion que la Francia les entregase la isla de Tabago, y el primer Cónsul por su parte pedia una extension de territorio en Terra-Nova para mejorar las pesquerias francesas. Ambas pretensiones habian sido rechazadas por una y otra parte, y para concluir de una vez, se habia convenido no reclamar nada que excediese de las concesiones contenidas en el tratado de los preliminares, porque procediendo de otro modo era poner la paz en peligro, haciendo renacer dificultades felizmente resueltas. Adoptado este principio, solo quedaba redactar de un modo claro y preciso lo estipulado en Londres.

Tómanse los preliminares de Londres por bases invariables del tratado definitivo.

Dos puntos importantes quedaban por resolver: el pago de los gastos hechos por los prisioneros, y el régimen bajo que habia de gobernarse la isla de Malta.

---

nerme; tanto mas cuanto que España amenazaba á Francia en una nota oficial con llevar á cabo una negociacion particular; y por lo tanto no podiamos contar con su auxilio para la continuacion de la guerra.

El Congreso de Amiens está reunido, y la paz definitiva se firmará en breve; sin embargo, S. M. C. no ha mandado publicar aun los preliminares, ni dado á conocer de qué modo queria tratar con Inglaterra. Es esencial para su consideracion en Europa, y para los intereses de su corona, que tome pronto un partido, pues de no hacerlo asi, se firmará la paz cuanto antes, y sin su participacion.

Me han dicho que en Madrid se querian volver atras acerca de la cesion de la Luisiana; y como Francia no ha faltado á ningun tratado con ella, no sufrirá que ninguna potencia le falte en este punto. El Rey de Toscana está ya sentado en su trono, y en posesion de sus Estados, y S. M. C. conoce demasiado la fe que debe á sus compromisos, para que rehuse por mas tiempo entregarnos la Luisiana.

Deseo que hagais conocer á SS. MM. mi extremado descontento por la conducta injusta é inconsecuente del príncipe de la Paz.

Durante el último mes, este ministro no ha escaseado notas insultantes, ni pasos atrevidos; y ha hecho contra la Francia cuanto ha podido. Si se continua en ese sistema, decid resueltamente á la Reina y al príncipe de la Paz, que esto vendrá á acabar con un trueno (1).

(1) Parece imposible que se tratase asi á una nacion aliada é independiente; pero á tal estado de vergonzoso abatimiento pueden llegar las naciones en manos de príncipes ineptos, y de palaciegos sin instruccion ni capacidad, animados de ambiciones mezquinas é insensatas.

(Nota del Traductor.)

La Inglaterra habia tenido que mantener á muchos mas prisioneros franceses, que la Francia á prisioneros ingleses, y reclamaba el reembolso de la diferencia. La Francia respondia que el principio generalmente reconocido era que cada nacion alimentase á los prisioneros que habia hecho; pues de admitirse el principio contrario, tenia Francia que pedir un reembolso por los rusos, bávaros y otros soldados á sueldo de Inglaterra, á los cuales habia hecho prisioneros y mantenido; y que los combatientes pagados por la Inglaterra, debian figurar en el número de los prisioneros que tenia obligacion de mantener. Por lo demas, añadia el plenipotenciario frances, esta es solo una cuestion de dinero y debe resolverse por medio de comisarios liquidadores.

Dificultades relativas á los prisioneros.

En cuanto á Malta era la cuestion mas grave; franceses é ingleses desconfiaban mútuamente unos de otros, como si penetrasen el porvenir, y temiesen que la isla volviese algun dia á poder de una de las dos potencias. El primer Cónsul llevado de un singular instinto proponia destruir todos los establecimientos militares de Malta, sin dejar mas que la ciudad desmantelada; crear allí un gran lazareto neutral, comun á todas las naciones, y convertir la órden militar, en una puramente hospitalaria sin fuerza alguna.

Dificultades relativas á Malta.

Los ingleses no se tranquilizaban con esta proposicion, pues decian que aquel peñasco era tan fuerte, que aun desprovisto de las fortificaciones acumuladas en él por los caballeros de la órden, aun seria un punto muy temible. Alegaban tambien la resistencia de los malteses á que se destruyesen sus hermosas fortificaciones, y consentian que se constituyese de nuevo la órden en bases nuevas y mas sólidas; queriendo que quedase en ella una lengua francesa con tal que se crease una lengua inglesa y otra maltesa, concediendo esta última á la poblacion de la isla para darle parte en su gobierno; y colocando este nuevo establecimiento, bajo la garantía de una gran potencia, como por ejemplo la Rusia. Creian los ingleses, que con las lenguas inglesa y maltesa que estarian á su devocion, tendrian fácil entrada en la isla, é impedirian que penetrasen en ella los franceses.

El primer Cónsul insistió en que se demoliesen las fortificaciones, diciendo que era muy difícil constituir de nuevo la órden; que ya la Baviera se habia apoderado de sus propiedades en Alemania; que la España pensaba hacer otro tanto despues del establecimiento del protectorado ruso, y apoderarse de los bienes situados en su territorio; que la institucion de los caballeros protestantes, seria una razon poderosa para determinarla á obrar asi; que el Papa, muy contrario ya á todo lo que se hacia con la órden, no consentiria á ningun precio en los arreglos propuestos; y que, por último la Francia no podia suministrar una lengua francesa, atendiendo á que sus leyes actuales, no admitian de ningun modo el restablecimiento de una institucion de nobles. No tenia inconveniente, si habia empeño en ello, en que se restableciese la órden de Malta, sobre sus antiguas bases, conservando las fortificaciones existentes, pero sin lengua inglesa ni francesa, y bajo la garantía de la corte de Nápoles, como la mas vecina; pues él rechazaba la garantia de la Rusia.

Nada se habia hablado acerca de los arreglos del continente; pues lo habia expresamente prohibido el primer Cónsul á la legacion francesa. Sin embargo, como el Rey de Inglaterra tomaba un vivo interes por la casa de Orange, privada del stathouderato, el primer Consul no tenia inconveniente en procurarle una indemnizacion territorial en Alemania, cuando se tratase la gran cuestion de las indemnizaciones germánicas; pero en cambio solicitaba que los ingleses restituyesen la escuadra holandesa de que se habian apoderado, ó bien su equivalente en dinero.

En el fondo no habia en todo esto nada que fuese absoluto ni inconciliable; porque la cuestion de prisioneros era un negocio de dinero, fácil siempre de arreglar por medio de dos liquidadores. En la cuestion de Malta habia mas dificultad, por ser una cuestion de recíproca desconfianza; y sin embargo, era necesario, y posible, acertar con un sistema que asegurase á todo el mundo, contra la eventualidad de que fuese ocupada repentinamente por una de las dos grandes naciones marítimas. En

cuanto al asunto del Stathouder nada era mas fácil de arreglar, puesto que se hallaban conformes ambas partes.

El primer Cónsul manda á su hermano José que se muestre fácil para zanjar las dificultades que se presenten en todos aquellos pormenores.

El primer Cónsul deseaba concluir cuanto antes; porque queria tener el tratado acabado á su vuelta de Leon, para presentarlo como complemento de la paz general, con el Concordato y las leyes de hacienda, al Cuerpo Legislativo renovado. Por lo tanto dió órden á su hermano José para que no insistiese mucho en sus pretensiones, y se mostrase fácil en los pormenores que quedaban por resolver, á fin de que se llegase cuanto antes al acto de la firma.

Salida del primer Cónsul para Leon.

El 8 de Enero (18 de Nevoso) salió el primer Cónsul de Paris con su esposa y una parte de su servidumbre militar, con direccion á Leon. M. de Talleyrand se habia adelantado para disponerlo todo, de manera que á su llegada no tuviese mas que sancionar con su presencia los resultados que hubieran dado de sí las cosas. A pesar de que el invierno era rigoroso, todos los diputados se hallaban reunidos, impacientes de no ver llegar al general Bonaparte, objeto principal de su viaje.

Asuntos de Italia.

Habia llegado el momento de arreglar los asuntos de Italia constituyendo por segunda vez la República Cisalpina. M. de Talleyrand era muy opuesto á semejante creacion, pues alegaba lo dificultoso que era gobernar una República, citando á las Bátava, Helvética, Liguriense, Romana, y Partenopea, y los embarazos que habian causado y seguian causando. Decian que bastaban aquellas hijas de la República francesa, y que no era necesario crear una mas, proponiendo en cambio que se formase un principado ó una monarquía como la de Etruria; la cual podia darse á algun príncipe, amigo ó dependiente de la Francia; sin que tampoco se hallase muy distante de que se concediese aquel Estado á un príncipe de la casa de Austria, como por ejemplo al gran duque de Toscana, á quien se debia indemnizar en Alemania, si no se le indemnizaba en Italia. Esta combinacion, muy del gusto del Austria, la hubiera mantenido muy firme en la paz; habria satisfecho igualmente á las potencias alemanas, las cuales hubieran tenido por este medio un participe menos que indemnizar con las tierras de los príncipes eclesiásticos; y sobre todo hubiera agradado al Papa, que esperaba que se le devolviesen las Legaciones cuando el primer Cónsul dejase de estar ligado con las promesas hechas á la Cisalpina. Esta combinacion era en una palabra del gusto de toda la Europa, porque suprimia una República, dejaba un territorio mas que repartir, y ponia un estado menos bajo el dominio directo de la República francesa.

Diversas opiniones sobre el modo de constituir la República Cisalpina.

Seguramente era una razon de gran peso la de hacer mas soportable nuestra grandeza á la Europa, y dar mayores probabilidades á la duracion de la paz; pues teniendo Francia por fronteras el Rhin y los Alpes, y bajo su inmediato influjo la Suiza, Holanda, España é Italia; poseyendo directamente el Piamonte con el consentimiento general, aunque tácito, de todas las potencias, y habiendo llegado á tal grado de grandeza, la política moderada era desde aquel dia la mejor y la mas sensata que podia seguirse. Bajo este punto de vista M. de Talleyrand tenia razon; y no obstante, despues de todo lo que se habia hecho, se habia contraido la obligacion de constituir la Italia, y puesto que ya se habia arrebatado esta al Austria, era necesario pensar que no volviese á poseerla; resultado que solo podia obtenerse constituyéndola de una manera fuerte é independiente. De este modo solo se chocaba con el Austria, y una de las cien batallas dadas despues, para crear en todo el continente reinos franceses, hubiera bastado para hacer que la Europa tolerase definitivamente el estado de cosas que se queria crear en Italia.

Necesidad de constituir la Italia.

Modo de constituirla.

Conforme á este sistema era necesario renunciar á poseer el Piamonte; porque si bien los italianos preferian los franceses á los austriacos, en el fondo no querian ni á los unos ni á los otros, porque ambos eran extrangeros para ellos; y este es un sentimiento na-

tural y justo que se debe respetar. Protejiendo los franceses á la Italia, sin poseerla, se la atraian para siempre, sin prepararse para el porvenir esos bruscos cambios de que tantos ejemplos ha dado, desde que dominada y disputada por los franceses y los alemanes no ha hecho mas sino cambiar de señores. Con arreglo á este plan, no debia haberse cedido la Etruria á un príncipe español, sino que reuniendo entónces la Lombardia, el Piamonte, los ducados de Parma y de Módena, el Mantuano, las Legaciones y la Toscana, se hubiera constituido un estado soberbio, extendiéndose desde los Alpes marítimos hasta el Adige; y desde la Suiza hasta el estado Romano. Era fácil separar ya de la Toscana, ya de la Romania una porcion de territorio para indemnizar al Papa, cuya adhesion no podia ser duradera, si tarde ó temprano no se daba algun remedio á la pobreza en que se hallaba. Nècesitábase el reunir bajo un gobierno federativo aquellas provincias diversas, en el cual el poder ejecutivo se hallase constituido con la solidez suficiente, para que pudiese reunir con prontitud todas sus fuerzas, y dar tiempo á nuestros ejércitos para acudir á su socorro. En efecto, la alianza entre este Estado y la Francia debia ser íntima, porque solo así podria aquel sostenerse; y Francia, por su lado, debia tener un interés inmenso é invariable en su existencia.

Un estado italiano con diez ó doce millones de habitantes, poseyendo las mejores fronteras, bañado por dos mares, con la probabilidad de aumentarse con los estados venecianos á la primera guerra afortunada que tuviese, y de extenderse entónces á las fronteras naturales de Italia, es decir á los Alpes Julianos, pudiendo mas tarde comprender por medio de un sencillo lazo federativo que dejase á cada principado su independencia, á la república genovesa nuevamente constituida, al Papa con las condiciones necesarias á su existencia política y religiosa, y al Estado de Nápoles, libre ya de una córte inepta y sanguinaria; un Estado así constituido, y con los aumentos que el porvenir le preparase, era el fundamento de la regeneracion italiana, y daba á la Europa una tercera federacion, que unida á las dos que existian, la alemana y la suiza, debia prestar inmensos servicios al equilibrio general.

En cuanto á la dificultad de gobernar la Italia, podia resolverse por el protectorado de Francia, quien al velar sobre ella la conduciria por la mano en aquella primer senda de independencia y de libertad.

Plan actual del primer Cónsul respecto á la Italia.

El plan que se seguia en aquel momento no excluia tan hermoso porvenir, porque el Piamonte podia restituirse algun dia al nuevo estado italiano, y el ducado de Parma á la muerte del duque reinante, la cual, segun todas las probabilidades no se haria esperar mucho; tambien la Etruria podia devolvérsele en caso de necesidad. Era, pues, fácil emprender despues este plan, y para llevarlo á cabo servia de primer y robusto cimiento el constituir la Cisalpina en República independiente. Por otra parte, quizás valia mas en aquel entonces, no descubrir por entero el proyecto de una regeneracion italiana, á fin de no dar recelos á la Europa. Pero dividir las hermosas provincias que en la actualidad poseian los franceses, como lo proponia M. de Talleyrand, para constituir otra nueva pequeña monarquía en beneficio de un príncipe austriaco, era dar la Italia al Austria, porque aquel príncipe, cualquiera que fuese, seria siempre austriaco; y los mismos pueblos cuyas esperanzas quedarian indignamente burladas, concebirian hácia la Francia un odio merecido, y se arrojarian en brazos de los alemanes por resentimiento ó por despecho.

El general Bonaparte, que acaso habia, adquirido su mas hermosa gloria salvando á Italia de las manos del Austria, no podia cometer semejante falta; y adoptó un término medio que lejos de impedir que mas tarde se llevase á cabo un vasto sistema de independencia italiana, fuese por el contrario su principal fundamento.

Límites de la nueva República italiana.

En su consecuencia dió á la República cisalpina toda la Lombardia hasta el Adige, las Legaciones, el ducado de Módena, y en una palabra, todo lo que tenia cuando la paz de Campo-Formio. El ducado de Parma quedaba sin aplicacion; y el Piamonte pertenecia en aquel momento á Francia. La

cisalpina, tal como se la constituia, podia contar unos cinco millones de habitantes, y producir con mucho desahogo una renta de 70 á 80 millones (260 á 300 millones de reales), mitad de la cual podia destinarse á sostener un ejército de 40,000 hombres, habiendo suficiente con la otra mitad para sostener los gastos de su administracion. Estaba cubierta al frente por los Alpes y el Adige; á la izquierda tenia el Piamonte, que pertenecia á la Francia; á la derecha el Adriático, y á sus espaldas la Toscana, puesta bajo la dependencia de la Francia; de modo, que por todas partes se hallaba rodeada de la proteccion francesa. Inmensos trabajos de fortificacion dirigidos por el general Bonaparte con un acierto y un conocimiento del pais, que ninguna otra persona en el mundo podia poseer en el mismo grado, debian hacerla inaccesible á los austriacos, y ponerla en estado de ser siempre socorrida á tiempo por la Francia. El Adige estaba fortificado desde Rivoli hasta Legnago, de modo que no podia ser forzado; para evitar que esta línea fuese flanqueada se habian fortificado los alrededores del lago de Garda, y especialmente la posicion de la Roca de Anfo. El Mincio formaba una segunda línea á retaguardia, dando gran fuerza á este segundo baluarte las plazas de Peschiera y Mantua, cuyas fortificaciones habian sido considerablemente aumentadas, especialmente las de la segunda, bajo el aspecto defensivo y sanitario, hasta el punto de poder sostenerse sola aunque se forzase el paso del Adige. Otras obras tenian por objeto asegurar en todo tiempo la llegada de los ejércitos franceses, los cuales podian desembocar, primero por el Valais en el Milanesado, siguiendo el camino del Simplon; y en segundo lugar en el Piamonte, por la Saboya ó la Provenza, siguiendo los caminos del monte Cenis, del monte Ginevra y de la garganta de Tenda; pues ya hemos visto en otra parte los trabajos que se habian mandado ejecutar para hacer estos caminos transitables en breve á toda clase de transportes. Necesitábase crear sólidos puntos de apoyo, vastos establecimientos militares, destinados ya á acoger un ejército frances momentáneamente obligado á retirarse, ya á servir de salida á aquel mismo ejército, puesto en estado de volver á toma la ofensiva. Para esto se habian elegido dos plazas, en las que se hicieron grandes gastos, una á la desembocadura del camino del Simplon, y la otra á la de los tres caminos del monte Cenis, del monte Ginevra y de la garganta de Tenda. La primera y menor de las dos, debia estar situada á la extremidad del lago Mayor; y tal como se habia proyectado podia contener los enfermos, heridos y el material de las tropas en retirada, asi como tambien la escuadrilla del lago; y defenderse tres ó cuatro semanas, hasta que atravesando el Simplon pudiese llegar á su socorro un ejército. La segunda y la mayor, hecha para contener el Piamonte, para recibir todos los recursos de los ejércitos franceses, y para servirles de punto de apoyo y de medio para bajar en cualquier tiempo á Italia, debiendo ser tan fuerte y grande como Maguncia, Metz ó Lila, y capaz de resistir el mas largo sitio, debia construirse en el mismo Alejandria. Este punto inmediato al campo de batalla de Marengo, estaba reconocido como el mas á propósito para las grandes combinaciones militares, de que la Italia puede ser teatro. Turin se hallaba demasiado bajo la influencia de una poblacion numerosa, y en ciertos casos enemiga; Pavia estaba mas allá del Pô, pero Alejandria, situada entre el Pô y el Tanaro, en la verdadera salida de todos los caminos, reunia las mayores ventajas, y por esto fue preferida; ordenándose en su consecuencia inmensos trabajos, que fueron ejecutados á expensas del tesoro frances, por hallarse aquel punto en el Piamonte; los demas debian costearse con los fondos de la Cisalpina, porque la interesaban mas directamente.

Grandes trabajos de fortificacion para defender y contener á la Italia.

Creacion de la gran plaza de Alejandria.

Merced á estas disposiciones, estando siempre en estado Francia de socorrer á la cisalpina, tenia bajo su mano á la Italia superior y central, y dominaba con su influjo á la Italia meridional. Podia enviar á Roma y á Nápoles órdenes menos ostensibles, pero que serian tan obedecidas como en Turin ó Milan.

Preciso era dar un gobierno á la República cisalpina. Se habia em-

Gobierno dado á la cisalpina.

pezado por organizarle uno formado de autoridades provisionales, que consistia en una junta ejecutiva de tres individuos, MM. de Somma-Riva, Visconti y Ruga, y en una *Consulta*, especie de Cuerpo Legislativo poco numeroso, compuesto de hombres entendidos y afectos á la Francia; pero semejante estado de cosas no podia durar mucho.

Hallábanse al lado del primer Cónsul el ministro de la República cisalpina en Paris M. Marescalchi, y MM. Aldini, Serbelloni y Melzi, enviados para tratar de los asuntos de Italia, y personages de gran consideracion en el pais. A estos, pues, consultó acerca de la organizacion que se habia de dar á la nueva República, y de acuerdo con ellos redactó una Constitucion, tomada á la vez de la francesa y de las antiguas constituciones italianas.

Forma de la Constitucion ideada.

En lugar de la lista de notabilidades de M. Sieyes que empezaba á ser censurada en Francia, el primer Cónsul y sus colaboradores idearon tres colegios electorales, permanentes y vitalicios, y completándose á si mismos cuando la muerte de alguno de sus individuos dejase en ellos algun vacio. El primero debia componerse de ricos propietarios en número de 300; el segundo de comerciantes notables en número de 200, y el tercero de literatos, sabios y eclesiásticos distinguidos de Italia, en número de 200. Estos tres colegios debian elegir en su propio seno una comision de 21 miembros, llamada *Comision de censura*, que tenia la mision de elegir á todos los cuerpos del Estado, y desempeñar el papel electoral que el Senado desempeñaba en Francia.

Esta autoridad creadora debia nombrar en seguida bajo el titulo de *Consulta de Estado*, un Senado de ocho miembros, encargado como el Senado frances de vigilar sobre la observancia de la Constitucion; de resolver en circunstancias extraordinarias; de mandar la prision de todo individuo peligroso; de declarar fuera de la Constitucion al departamento en que fuese necesaria esta medida; de deliberar sobre los tratados, y de nombrar al presidente de la República. Uno de estos ocho individuos era de derecho ministro de negocios extrangeros.

Debia haber un Consejo de Estado, con el titulo de Consejo Legislativo, compuesto de diez miembros, que redactasen las leyes y los reglamentos, y las defendiesen ante el Cuerpo Legislativo; y por último, un Cuerpo Legislativo de 75 miembros que debian elegir 15 oradores de su seno, para que discutiesen en su presencia las leyes que debian votar en seguida.

Debia haber en fin al frente de la República un Presidente y un vice-Presidente nombrados por diez años; los cuales, segun se ha dicho, debian ser elegidos por la *Consulta de Estado* ó por el Senado; pero las demas autoridades debian ser elegidas por la *Comision de Censura*.

A todos estos diferentes empleados se les señalaban considerables sueldos.

Se ve por todo esto que era la Constitucion francesa con las modificaciones de aquellas partes que se criticaban en la obra de M. Sieyes. Las listas de notabilidad se reemplazaban por tres colegios electorales vitalicios: el Senado ó *Consulta de Estado*, no nombraba mas que al gefe del poder ejecutivo; pero deliberaba sobre los tratados, los cuales se sustraian por este medio del exámen tumultuoso de las asambleas. El Tribunado quedaba confundido en el Cuerpo Legislativo; y en vez de tres Cónsules habia un Presidente.

Personal del nuevo gobierno italiano.

Luego que el primer Cónsul se puso de acuerdo sobre aquel proyecto con MM. Marescalchi, Aldini, Melzi y Serbelloni, fue necesario ocuparse del personal de aquel gobierno.

Estas elecciones eran tanto mas importantes, cuanto mayor y mas permanente era la duracion de aquellos cuerpos principales; y porque el bien ó el mal que resultase de su composicion era mas duradero. Italia estaba dividida como Francia en partidos dificiles de conciliar. En un extremo se hallaban los partidarios de lo pasado, adictos al gobierno austriaco; y en el opuesto los patriotas exagerados, dispuestos como los de todas partes á cometer los mayores excesos pero sin que jamas hubiesen derramado sangre, por haber estado siempre contenidos por el ejército frances. En fin, entre ambos se hallaban los liberales moderados, cargados con el peso del gobierno y con la impopularidad que trae

consigo, especialmente en tiempo de guerra, porque es necesario gravar al pais con cargas muy pesadas. Con todos estos diferentes partidos, alli lo mismo que en Francia, no podian dar las elecciones un resultado satisfactorio. El primer Cónsul, para suplir en algun modo las elecciones, se propuso una idea, que no fue inspirada por la ambicion sino por el buen sentido, cual fue la de nombrar él mismo el personal de aquel gobierno, asi como habia formado su estructura; y por la primera vez hacer todos los nombramientos de su propia autoridad. En esta ocasion solo le animaba el deseo del bien, y en todo caso tenia sin contradiccion, derecho de proceder asi, porque aquel nuevo estado nacia puramente de su voluntad, y al crearle de un modo espontáneo, tenia el derecho de hacerlo conforme á su pensamiento, que en aquella ocasion era puro y elevado.

El primer Cónsul imagina hacerse presidente de la República italiana, y componer él mismo todo el personal de aquel gobierno.

Pero entre todos los nombramientos el mas dificil era el de presidente. Siempre gobernada la Italia por sacerdotes ó extrangeros no habia podido crear hombres de Estado, ni habia producido un solo nombre ante el cual pudiesen los otros consentir en quedar oscurecidos. El primer Cónsul imaginó, pues, hacer que le diesen el titulo de presidente, nombrando un vice-presidente, elegido entre los principales personages italianos, al cual delegaria el pormenor de los negocios, reservándose su direccion superior; y para los principios de esta República era aquel el único sistema de gobierno que le convenia, pues entregada á sus propias elecciones, y á un presidente italiano, en breve se hubiera abandonado á todos los vientos como una nave sin brújula, cuando, por el contrario, gobernada por italianos, y dirigida de lejos por el hombre que era su fundador, y por largo tiempo aun debia ser su protector, tenia grandes probabilidades de ser á la vez independiente, y bien gobernada con aquel sistema.

A todo esto habia que añadir una imponente solemnidad, en la cual se promulgára la nueva Constitucion de aquel estado, y se diesen á reconocer todas las autoridades. Este acto nunca podia tener demasiado brillo; pues se necesitaba hablar á la vez á Italia y á Europa. El primer Cónsul concibió el proyecto de celebrar una reunion muy numerosa de italianos en Leon, porque era para estos muy lejos ir á Paris, y Milan estaba demasiado distante para que fuese el primer Cónsul. La ciudad de Leon, situada á espaldas de los Alpes, y en la cual se habia reunido en otros tiempos la Italia en Concilio, era el lugar mas conveniente para celebrar la reunion. El primer Cónsul tenia por otra parte un verdadero interes en que se mezclasen los franceses con los italianos; y hasta creia servir por aquel medio al restablecimiento del comercio de los dos paises, porque en Leon era donde se cambiaban en otros tiempos los productos de la Lombardia con los de nuestras provincias del Este.

Una parte de estas ideas fue comunicada por M. de Talleyrand á los italianos que habia en Paris, es decir á MM. Marescalchi, Aldini, Serbelloni y Melzi; ocultándoles, sin embargo, la que consistia en nombrar presidente al primer Cónsul, pues se deseaba que le eligiesen en un arrebato de entusiasmo, en el mismo momento de la reunion de la *Consulta*. Las miras del primer Cónsul eran demasiado conformes á los verdaderos intereses de la nacionalidad italiana para que dejasen de ser acogidas. Enterados ya aquellos personages partieron de Paris, y en union con el ministro de Francia en Milan, M. Petiet, hombre cuerdo y de influjo, fueron á trabajar para que tuviese efecto el plan de organizacion que acababa de disponerse en Paris.

Los italianos se adhieren con entusiasmo á los proyectos del primer Cónsul.

El proyecto de Constitucion fue recibido hasta con satisfaccion por los italianos, porque tenian muchos deseos de salir del estado precario en que vivian, y adquirir una existencia segura y duradera. La Junta ejecutiva y la *Consulta*, encargadas del gobierno provisional, aceptaron con júbilo aquel proyecto, salvo algunas variaciones de poca monta que le hicieron, y las cuales transmitidas á Paris fueron aceptadas. Pero se hallaban en gran embarazo, acerca del modo como habia de ponerse en su fuerza y vi-

gor aquella nueva Constitucion, y en la eleccion de las personas que habian de ponerla en práctica. M. Petiet comunicó entónces con el mayor secreto á algunos personages influyentes la idea de conferir al primer Cónsul el nombramiento de todo el personal del gobierno, desde el presidente hasta los tres colegios electorales. Apenas se comunicó la idea de elegir un árbitro supremo, y en posicion tan buena, que no podia participar de ninguna de las pasiones que dividian la Italia, ni desear otra cosa que su felicidad, fue aprobada al instante, y el gobierno provisional confirió al primer Cónsul el poder para nombrar á todas las autoridades.

Enviósele un mensage para informarle que la Constitucion habia sido aceptada, y expresarle el deseo del pueblo cisalpino de ver al primer magistrado de la República francesa elegir á los magistrados de la República italiana.

Invítase á los italianos á que vayan en persona á recibir su Constitucion de las manos del primer Cónsul.

Atuviéronse á esto, y no se habló ni una palabra acerca de la presidencia. Pero era necesario disponer á los italianos á venir á Leon, y esto fue el objeto de una nueva comunicacion dirigida á los miembros del gobierno provisional. En ella se les hizo conocer lo dificultoso que era constituir la República cisalpina, permaneciendo él en Paris, y hacer setecientos ú ochocientos nombramientos lejos de los hombres y de los lugares; cuanta dificultad habia al mismo tiempo para que el primer Cónsul fuese de Paris á Milan, y la ventaja que por el contrario resultaria de partir la distancia, reuniéndose los italianos en cuerpo en Leon, y dirigiéndose allí el primer Cónsul; de modo que se formase en aquel punto una especie de Dieta italiana, donde se constituiria la nueva República con un aparato y brillo que daria mas solemnidad al compromiso que tomaba sobre sí el primer Cónsul al crearla, de mantenerla y defenderla. Esta idea tenia algo de grande que debia agradar á las imaginaciones italianas, y tuvo buen éxito como todas las anteriores, siendo adoptada al momento. Estaba ya preparado un proyecto de decreto, y fue convertido en decreto del gobierno provisional. Eligiéronse diputaciones del clero, de la nobleza, de los propietarios ricos, del comercio, de las universidades, de los tribunales y de la guardia nacional. Nombráronse cuatrocientos cincuenta y dos personas, entre las que se encontraban prelados venerables cargados de años, algunos de los cuales debian sucumbir á las fatigas del viage. Pusiéronse en camino en el mes de Diciembre, y atravesaron los Alpes en uno de los inviernos mas rigorosos que se habian experimentado hacia muchos años. Todos querian asistir á aquella proclamacion de la independencia de su patria, hecha por el héroe que la habia emancipado; y los caminos del Milanesado, de la Suiza y del Jura, se hallaban obstruidos con la multitud de transeuntes. El primer Cónsul que pensaba en todo, habia dado las órdenes oportunas, para que nada faltase ni en el camino ni en el mismo Leon á aquellos representantes de la nacionalidad italiana, que con su presencia venian á recordarle sus primeros y mas hermosos triunfos. El prefecto del Ródano habia hecho inmensos preparativos para recibirlos, y dispuesto grandes y magníficos salones para las solemnidades que debian celebrarse. Habiase enviado á Leon una parte de la guardia consular; y tambien acababa de llegar á dicha ciudad el ejército de Egipto, en otro tiempo ejército de Italia, al que se apresuraban á vestir con magnificencia, y de una manera conforme al clima de Francia, que parecia enteramente nuevo á aquellos soldados tostados por el sol de Egipto, y convertidos en verdaderos africanos. La juventud leonesa se habia reunido y formaba un cuerpo de caballeria con las armas y divisas antiguas de la ciudad. M. de Talleyrand, y M. Chaptal, ministro del interior habian precedido al primer Cónsul para recibir á los miembros de la *Consulta*. El general Murat y M. Petiet desde Milan, y M. Marescalchi desde Paris habian acudido á la comun reunion; hallándose tambien en Leon los prefectos y las autoridades de veinte departamentos. El primer Cónsul se hizo esperar á causa del Congreso de Amiens, cuyas negociaciones habian exigido su presencia en Paris algunos dias mas; y los diputados italianos empezaban á impacientarse. Para entretenerlos se les dividió en cinco secciones, una por pro-

Empeño de los italianos en ir á Leon.

vincia del nuevo Estado, y se les sometió el proyecto de Constitucion, sobre el cual hicieron útiles observaciones, las cuales M. de Talleyrand tenia órden de escuchar, de pesar y de admitir, con tal que no alterasen los principales fundamentos del proyecto; pero salvo algunas ligeras disposiciones que fueron modificadas, la nueva Constitucion fue aprobada por todos. Tambien se propuso á los diputados cisalpinos, para distraerlos de su impaciencia, formasen listas de candidatos, á fin de ayudar al primer Cónsul en los numerosos nombramientos que debia hacer: tarea en que invirtiéron útilmente el tiempo.

Llegada del primer Cónsul á Leon.

El primer Cónsul llegó á Leon el 11 de Enero de 1802 (21 de Nevoso). Aguardábale noche y dia la poblacion de los campos reunida en los caminos al rededor de grandes hogueras, y corria al encuentro de cuantos carruages venian de Paris, gritando: *Viva Bonaparte!* Al fin apareció el primer Cónsul, y llegó á Leon en medio de continuos arrebatos de entusiasmo. Entró de noche acompañado de su esposa, de sus hijos adoptivos, y de sus ayudantes de campo, y fue recibido por los ministros, las autoridades civiles y militares, una diputacion italiana, el estado mayor del ejército de Egipto, y la juventud leonesa á caballo. La ciudad completamente iluminada, estaba clara como si fuera de dia. Hiciéronle pasar por debajo de un arco de triunfo, que concluia con un noble emblema, representando á la Francia Consular en un leon dormido; y se apeó en la casa de ayuntamiento dispuesta convenientemente para que pudiese servirle de posada.

El dia siguiente lo invirtió el primer Cónsul en recibir todas las diputaciones departamentales, y despues á la *Consulta* italiana, que de cuatrocientos cincuenta y dos individuos que la componian, se hallaban presentes cuatrocientos y cincuenta: ejemplo de exactitud bien raro si se considera el número de las personas, la estacion y la distancia; y aun uno de los dos ausentes era el respetable Arzobispo de Milan que acababa de morir de un ataque de apoplegia en casa de M. de Talleyrand. Los italianos, á los cuales hablaba el primer Cónsul en su idioma, estaban encantados al volverle á ver, y al hallar en él á la vez un frances y un italiano. Los siguientes dias se emplearon en los últimos trabajos de la *Consulta*. Las modificaciones hechas á la Constitucion habian sido aceptadas por el primer Cónsul; y las listas de candidatos estaban concluidas. Imaginóse formar una junta de treinta individuos, elegidos entre todos los de la *Consulta*, para que ayudasen al primer Cónsul en la larga série de nombramientos que habia que hacer; trabajo que duró algunos dias, durante los cuales, se ocupó tambien el primer Cónsul de los asuntos de Francia, recibiendo á los prefectos y á las diputaciones de los departamentos, oyendo la expresion de sus deseos y necesidades, y enterándose por sí mismo del verdadero estado de la República. El entusiasmo iba cada dia en aumento, y enmedio de aquel impulso general que se comunicaban los franceses y los italianos, cundió la idea de nombrar al primer Cónsul presidente de la República cisalpina. MM. Marescalchi, Petiet, Murat y de Talleyrand, veian diariamente á los individuos de la Junta de los Treinta, y conferenciaban con ellos acerca de la eleccion de un presidente. Cuando se juzgó que se hallaban en el mayor embarazo, y muy divididos acerca de la persona que habian de elegir para aquel cargo, eleccion en efecto muy dificil, se les dejó entrever el medio de salir del conflicto confiriendo el cargo de vicepresidente al italiano que mas digno se creyera, y cubriendo su insuficiencia con la gloria del primer Cónsul que seria nombrado presidente. Esta idea tan sencilla, y mas útil á la cisalpina, á su existencia y á la buena administracion de sus negocios, que á la grandeza y gloria del primer Cónsul, fue conceptuada excelente, con la condicion, sin embargo, de que el vice-presidente seria italiano. Para este cargo quedó elegido el ciudadano Melzi. Ya todo dispuesto, uno de los miembros de la Junta de los Treinta, presentó dicha proposicion, la cual fue recibida con júbilo, y convertida al momento en proyecto de decreto. No se perdió tiempo, y al dia siguiente 25 de Enero (5 de Pluvioso) se presentó el proyecto á la *Consulta* reunida, quien le acogió por aclamacion, y proclamó á Napoleon Bona-

El primer Cónsul es proclamado presidente de la República italiana.

PARTE presidente de la República italiana; viéndose por la primera vez reunidos los nombres de NAPOLEON y de BONAPARTE. El general debia unir al título de primer Cónsul de la República francesa el de presidente de la República italiana. Enviósele una diputacion para que le expresase el deseo de que admitiese aquel cargo.

Revista del ejército de Egipto en Leon.

Mientras se deliberaba sobre su nombramiento, el general de los ejércitos de Italia y de Egipto pasaba revista á sus antiguos soldados. Las medias brigadas del ejército de Egipto, que se habian podido reunir, formaban al lado de la guardia Consular, de numerosos destacamentos de otras tropas y de la milicia leonesa. Se habian disipado por un instante en aquel dia las nieblas espesas del invierno, y en medio de un sol brillante y de un frio intenso recorrió el general Bonaparte el frente de aquellos antiguos tercios, que le recibieron con increibles arrebatos de alegria. Encantados los soldados de Egipto y de Italia al encontrar tan grande á aquel hijo de sus obras, le saludaban con aclamaciones, y procuraban darle á conocer que ni un momento habian cesado de ser dignos de él, aunque mandados por gefes indignos de ellos. El general hacia salir de sus filas á algunos antiguos granaderos, y les hablaba de los combates que habian presenciado, y de las heridas que habian recibido; y reconociendo aqui y alli oficiales que habia visto en mas de un encuentro, les estrechaba las manos á todos, y llenaba á todos de cierta especie de embriaguez, de la cual no podia librarse él mismo en presencia de aquellos valientes, que con su adhesion le habian ayudado á llevar á cabo las maravillas de que gozaba y hacia gozar á la Francia. Verificábase aquella escena sobre las ruinas de la plaza de Bellecour, borrando de ella la tristeza, asi como la gloria borra las desdichas.

Al volver á la casa del ayuntamiento despues de aquella escena, fue cuando el primer Cónsul halló á la diputacion de la *Consulta*, recibió su mensage, y declaró cuan satisfactorio le era, y que al dia siguiente responderia á aquel nuevo acto de confianza de la nacion italiana.

Al dia siguiente 26 de Enero (6 de Pluvioso) se dirigió al local destinado para las sesiones generales de la *Consulta*, el cual era una espaciosa iglesia dispuesta y adornada para aquel uso. Todo se hizo alli como en una sesion régia de Francia ó Inglaterra. Rodeado el primer Cónsul de su familia, de los ministros franceses, de un gran número de generales y de prefectos, y colocado en un estrado, pronunció en idioma italiano, que hablaba muy bien, un discurso sencillo y acertado, anunciando que aceptaba la dignidad que le ofrecian y sus deseos por el buen gobierno y prosperidad de la nueva República, y concluyó manifestando los principales nombramientos que habia hecho conforme á los deseos de la *Consulta*. Sus palabras fueron ahogadas con los gritos de *viva Bonaparte! Viva el primer Cónsul de la República francesa! Viva el Presidente de la República italiana!* En seguida se leyó la Constitucion, y la lista de ciudadanos de todas categorias que debian contribuir á ponerla en actividad; y prolongadas aclamaciones expresaron la conformidad de ideas y voluntades que existia entre el pueblo italiano y el héroe que le habia emancipado. Esta sesion fue solemne é imponente, y dió principio con la mayor dignidad á la existencia de la nueva República, que en adelante debia llamarse REPUBLICA ITALIANA. Esta vez, lo mismo que otras muchas, solo debia desearse al general Bonaparte, á este predilecto de la fortuna, que al genio creador que habia manifestado, acompañase el genio que sabe conservar.

Hacia veinte dias que el primer Cónsul se hallaba en Leon. El gobierno de Francia reclamaba su presencia en Paris, pues tenia que dar las últimas órdenes para que se firmase la paz definitiva que se negociaba en el congreso de Amiens. Mientras tanto el Cónsul Cambacérès y el Senado trabajaban para librarle de los hombres inconsiderados que hacian la oposicion, y con tanta violencia le habian contrariado en su carrera, justamente cuando menos lo merecia. Asi, pues, iba á hallarse en disposicion de volver á empezar aquella larga serie de trabajos que hacian la dicha y la grandeza de la Francia; y le interesaba volver á Paris á sus acostumbradas ocupaciones, y probablemente á recibir por premio de sus obras una

nueva grandeza; justa recompensa de la mas noble y fecunda ambicion que ha existido en el mundo.

Regresa el primer Cónsul a Paris.

Salió de Leon (1) el 28 de Enero (8 de Pluvioso) dejando á los italianos entusiasmados y llenos de esperanzas, y á los Leoneses ufanos por haber poseido algunos dias al varon extraordinario cuyo nombre llenaba el mundo, y que manifestaba hácia su ciudad tan marcada predileccion. El primer Cónsul habia recibido del Emperador Alejandro contestacion á una carta suya, solicitando de aquel monarca algunas ventajas para el comercio de Leon. Dicha carta que anunciaba las mejores disposiciones por parte de la Rusia, fue publicada y causó la mayor satisfaccion. Por último, al partir el primer Cónsul dió tres bandas á los tres mairies de Leon en memoria de aquella gloriosa visita. Los burdeleses le habian enviado una diputacion, rogándole que pasase por su ciudad; y él les prometió que asi lo haria en cuanto se concluyese la paz definitiva, con lo cual le quedaria algun tiempo libre. Pasó por San Esteban y Nevers, y llegó á Paris el 31 de Enero (11 de Pluvioso).

---

(1) He aquí parte de la correspondencia del primer Cónsul durante su permanencia en Leon.

A los Cónsules Cambacérès y Lebrun.

Leon 24 de Nevoso del año X (14 de Enero de 1802.)

He recibido, ciudadanos Cónsules, vuestra carta del 21. Aquí hace un frio excesivo, y paso los dias, desde el medio dia hasta las seis de la tarde, recibiendo á los prefectos y á las notabilidades de los departamentos inmediatos. Ya sabeis que en estas conferencias es necesario hablar largo.

Esta noche da la ciudad de Leon un concierto y un baile, al que me presentaré dentro de una hora.

Los trabajos de la Consulta adelantan.

Las tropas del ejército de Oriente llegan en bastante número á Leon; y tomo mis medidas para que las vayan vistiendo y uniformando. Pienso pasar la revista el dia 28.

Continuo muy satisfecho de cuanto observo, ya en el pueblo de Leon, ya en el mediodia de la Francia.

Me parece que van adelantando las negociaciones de Amiens.

Os felicito por el modo con que todo marcha en vuestras manos.

José me ha escrito desde Amiens que lord Cornwallis le ha manifestado que el gabinete britanico ha recibido noticias de Santo Domingo favorables al ejército frances, pues parece que ha empezado la division en el ejército de Toussaint.

A los mismos.

Leon 26 de Nevoso del año X (16 de Enero de 1802.)

He recibido, ciudadanos Cónsules, vuestros despachos de los dias 22 y 23 de Nevoso..... Los leoneses nos han obsequiado con una fiesta magnífica. Adjuntos van los pormenores, y los versos que se han cantado.

Voy con mucha lentitud en mis operaciones, porque pierdo todas las mañanas en recibir diputaciones de los departamentos inmediatos.

Hoy hace un dia muy hermoso pero muy frio.

Se conoce el bienestar de la República de dos años á esta parte. Durante los años VIII y IX se ha aumentado la poblacion de Leon en mas de 20,000 almas, y todos los fabricantes que he visto de San Esteban, Annonay, &c., me han dicho que sus fábricas trabajan con la mayor actividad.

Me parece que todas las cabezas estan llenas de ardor, no de ese que desorganiza los imperios, sino del que los crea y produce su prosperidad y su riqueza.

Dentro de algunos dias pasaré revista á unas seis medias brigadas del ejército de Oriente.

Al Cónsul Cambacérès.

Leon 28 de Nevoso del año X (18 de Enero de 1802.)

Acabo de recibir, ciudadano Cónsul, á la diputacion de Burdeos, la cual me ha entregado una peticion solicitando que pase á dicha ciudad, como lo he prometido hacer cuando esten en plena actividad sus relaciones con las Antillas y la isla de Francia.

Vuestra carta del 25 me ha instruido de las deliberaciones del Senado. Os ruego no descuideis que nos libre de los veinte y sesenta malos individuos que tenemos en los cuerpos constituidos en autoridad. La voluntad de la nacion es que no se impida al gobierno hacer el bien, y que la cabeza de Medusa no se presente en nuestras tribunas ni en nuestras asambleas.

La conducta de Sieyes en esta circunstancia me prueba perfectamente, que despues de haber concurrido á la destruccion de todas las constituciones desde 1791, quiere hacer un nuevo ensayo con esta. Es muy extraordinario que no conozca su locura. Debia encender un cirio á Nuestra Señora por

haber salido del paso con tanta fortuna y de un modo tan inesperado; pero mientras mas voy para viejo, mas conozco que cada uno tiene que llenar su destino.

Creo que habreis tomado todas las medidas necesarias para demoler el Chatelet.

Si el ministro de la Marina necesita las fragatas del Rey de Nápoles, puede servirse de ellas. Hasta seria conveniente que hiciese cuanto antes se diesen á la vela para América. Todo se arreglará despues con el Rey de Nápoles.

Hoy ha disminuido mucho el frio.

El general Jourdan que ha llegado hoy del Piamonte, me ha hecho una relacion bastante satisfactoria de aquella provincia.

Las operaciones de la *Consulta* adelantan, y se redactan todas sus leyes orgánicas.

Una parte de la mañana la he pasado en conferencias con los prefectos.

Os recomiendo que veais al ministro de Marina, y os asegureis si han salido ya los víveres para Santo Domingo.

A los Cónsules Cambacérés y Lebrun.

Leon 30 de Nevoso del año X (20 de Enero de 1802.)

Desearia, ciudadanos Cónsules, que el ministro del Tesoro público enviase al ciudadano Roger á la 16ª division militar, á fin de que revisase las cuentas del pagador y de los principales recaudadores de los departamentos que componen aquella division.

Igualmente desearia que el ministro del Tesoro público enviase á Rennes á una persona de las circunstancias del ciudadano Roger, para que verificase la misma operacion en la 13ª division militar.

Haced tambien que los consejeros de Estado Thibaudeau y Fourcroy marchen el uno á la 13.ª division militar y el otro á la 16.ª para inspeccionar dichas divisiones como lo han hecho ya en anterior comision. Una parte de las quejas nace de que el ministro de la guerra no ha hecho comun á los oficiales la indemnizacion del forrage y alojamiento por el primer trimestre del año X; de que los recaudadores conservan mucho tiempo los fondos en su poder, y de que los pagadores pagan lo mas tarde que pueden. Los pagadores y los recaudadores forman la peor plaga del Estado.....

A los mismos.

Leon 30 de Nevoso del año X (20 de Enero de 1802.)

He recibido, ciudadanos Cónsules, vuestras cartas del 27 y 28. En Leon lo mismo que en Paris se ha templado considerablemente el tiempo....

Ayer visité varios talleres; y he quedado satisfecho de la industria y de la severa economia que me ha parecido traslucir gastan las fábricas de Leon con sus jornaleros.

Hoy debia haberse verificado la parada, pero la he dejado para el 5 de Pluvioso, dia en que espero tenga sus uniformes nuevos el ejército de Oriente, lo que presentará un golpe de vista satisfactorio.

He visto con mucho placer la determinacion que habeis tomado respecto al Chatelet. Si los tiempos llegasen á ser rigorosos, no creo que sea suficiente la medida que habeis tomado de dar 4,000 francos al mes para los talleres extraordinarios.

Seria necesario que mandáseis que ademas de los 100,000 francos mensuales que da el ministro del Interior á las juntas de Beneficencia, se diesen 25,000 francos de extraordinario para que se pudiese distribuir leña á los pobres; y si vuelve el frio, será necesario, como en 89, encender hogueras en las iglesias y otros establecimientos grandes, para que se pueda calentar mucha gente

Pienso estar en Paris en toda la corriente década. Os ruego que penseis si seria conveniente insertar en el *Moniteur* el último mensage enviado al Senado, y poner al pié dos líneas manifestando que habiendo presentado su informe la comision nombrada por el Senado, en la sesion de..... se decidió que se procederia á la renovacion con arreglo al artículo 38 de la Constitucion &c. &c.

Varias noticias que he recibido me hacen creer que Caprara exige que los sacerdotes firmen fórmulas ó profesiones de fe, concebidas sobre poco mas ó menos en estos términos:

"Tenemos, tambien una satisfaccion en "hacer aquí una profesion solemne de res-"peto filial, de sumision perfecta; y de obe-"diencia puntual hácia...."

Estas noticias las he recibido, entre otras de Maëstricht. Os ruego que conferencieis con Portalis acerca de este asunto. Esta fórmula parece inconcebible.

A los mismos.

Leon 2 de Pluvioso del año X (22 de Enero de 1802.)

No he recibido, ciudadanos Cónsules vuestra carta del 29 de Nevoso hasta hoy á las tres de la tarde. La lluvia y las inundaciones han hecho que se atrase algunas horas vuestro correo.

El servicio de forrages está enteramente desorganizado en el departamento del Dróme, y hasta que este servicio se halle corriente bueno será retener 10,000 francos de las libranzas del mes de Pluvioso.

Los hospitales civiles á los cuales solo se ha señalado 14 sueldos por dia para ca-

da militar enfermo, se quejan de no haber recibido todavia nada para el año X. El de Valencia reclama, ademas del año X, el mes de Fructidor del año IX.

El trabajo de la organizacion de las tropas piamontesas que firmé hace mas de un mes, aun no ha llegado á Turin, lo cual tiene en incertidumbre á aquellas tropas. En general se nota mucho atraso y poca actividad en el departamento de la guerra; y tal es la opinion de todos los que tienen algun asunto pendiente en dicho departamento.

Es indispensable que el ministro de la guerra envie un antiguo y buen comisario ordenador á Turin.....

Todas las principales disposiciones de la Consulta están ya decretadas. Cuento siempre hallarme en Paris en toda la corriente década.

Seria de desear que el Senado nombrase una docena de prefectos ya para el Tribunado ó para el Cuerpo Legislativo. El de Mout-Blanc deberia ser de este número.

Desearia tambien que hicieseis publicar en los diarios algunos artículos para manifestar la estafa de Fouilloux, y ridiculizar á los papamoscas extrangeros que propalan rumores absurdos, fundados en el boletin manuscrito de un pilluelo, que no teniendo que comer los ha estafado. Es conveniente hablar varias veces de este asunto.

A los mismos.

Leon 5 de Pluvioso del año X (25 de Enero de 1802.)

He recibido, ciudadanos Cónsules, vuestra carta del 2 de Pluvioso.

Hoy se ha verificado la parada en la plaza de Bellecour. El dia ha sido hermoso, y el sol brillaba como en el mes de Floreal.

La Consulta ha nombrado una junta de treinta individuos que le ha presentado un dictámen en el que se expresa, que vistas las circunstancias interiores y exteriores de la Cisalpina, era indispensable conferirme la primera magistratura, hasta que las circunstancias permitan, y yo juzgue conveniente nombrarme un sucesor. Mañana pienso presentarme en la Consulta reunida. Se leerá la Constitucion, y los nombramientos, y todo quedará concluido. Estaré en Paris el décadi.....

A los mismos.

Leon 6 de Pluvioso del año X (26 de Enero de 1802)

He recibido, ciudadanos Cónsules, vuestra carta del 3 de Pluvioso. Creo que es bueno aguardar á que se firme la paz de Amiens, antes de levantar el estado de sitio de la ciudad de Brest.

A las dos me dirigí á la sala de sesiones de la Consulta extraordinaria; y pronuncié en italiano un pequeño discurso, cuya traduccion francesa va adjunta. Se ha leido la Constitucion, la primera ley orgánica, y una relativa al clero. Se han publicado los diferentes nombramientos.

Mañana os remitiré el acta de toda la Consulta, en la cual hallareis la Constitucion. Los dos ministros, cuatro consejeros de Estado, veinte prefectos, y generales y oficiales superiores me han acompañado á dicho acto, que ha sido magestuoso, y en el cual ha reinado la mayor unanimidad. Por lo tanto, espero del Congreso de Leon todo el resultado que me he prometido.

Si respecto dicho Congreso no llegan á circular rumores falsos, creo inútil que se publique nada de lo acontecido, antes de que recibais el correo que despacharé mañana. Pero en el caso de que se divulgue que la Consulta me ha nombrado Presidente, entonces podreis mandar imprimir los dos documentos adjuntos, que dan á conocer el verdadero giro que han tomado las cosas.

Permaneceré mañana en Leon para terminarlo todo, y saldré por la noche. Llegaré á Paris el décadi.....

FIN DEL LIBRO DÉCIMOTERCIO.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

CONSULADO POR VIDA.

Llegada del primer Cónsul á París.—Escrutinio del Senado que excluye sesenta miembros del Cuerpo Legislativo y veinte del Tribunado.—Los individuos excluidos son reemplazados por hombres adictos al gobierno.—Fin del congreso de Amiens.—Suscítanse algunas dificultades en el último momento de la negociacion, á consecuencia de los recelos que concibe la Inglaterra.—El primer Cónsul vence estas dificultades con su moderacion y firmeza.—Fírmase la paz definitiva el 25 *de Marzo de* 1802. *—Aunque se halla amortiguado el entusiasmo primero, producido por la paz en Inglaterra y Francia, los dos paises acojen con nueva alegria la esperanza de una reconciliacion sincera y duradera.—Legislatura extraordinaria del año X, destinada á convertir en ley el Concordato, el tratado de Amiens y otros proyectos de grande importancia.—Ley reglamentaria de los cultos añadida al Concordato bajo el título de* Artículos orgánicos. *Preséntase esta ley y el Concordato al Cuerpo Legislativo y al Tribunado ya renovados.—Tibieza con que son acogidos ambos proyectos, aun despues de excluidos los que hacian la oposicion.—Son aprobados.—El primer Cónsul señala el dia de Pascua para la publicacion del Concordato, y para que tenga lugar la primera ceremonia del restablecimiento del culto.—Organizacion del nuevo clero.—Parte que en el nombramiento de Obispos se da á los constitucionales.—El cardenal Caprara rehusa, en nombre de la Santa Sede, confirmar á los constitucionales.—Firmeza del primer Cónsul, á la cual se somete el cardenal Caprara.—Recepcion oficial de este cardenal, como Legado á látere.—Consagracion de los cuatro Obispos principales, el domingo de Ramos en la iglesia de Ntra. Señora.—Curiosidad y emocion del público.—La misma víspera del dia de Pascua en el que debe cantarse un solemne* Te Deum *en la iglesia de Nuestra Señora quiere el cardenal Caprara imponer á los constitucionales una humillante retractacion de su conducta pasada.—Nueva resistencia por parte del primer Cónsul.—El cardenal Caprara no cede hasta la noche anterior al dia de Pascua.—Repugnancia de los generales á presentarse en la iglesia de Nuestra Señora.—El primer Cónsul los obliga á ir.—*Te Deum *solemne y restauracion oficial del culto.—Adhesion del público y alegria del primer Cónsul al ver el buen éxito de sus esfuerzos.—Publicacion del* Genio del Cristianismo.—*Proyecto de una amnistía general respecto á los emigrados.—Esta medida discutida en el Consejo de Estado viene á ser objeto de un senado-consulto.—Miras del primer Cónsul acerca de la organizacion de la sociedad en Francia.—Sus opiniones acerca de las distinciones sociales, y de la educacion de la juventud.—Dos proyectos de ley de elevada importancia, sobre la institucion de la Legion de Honor, y sobre la instruccion pública.—Discusion de ambos proyectos en el Seno del Consejo de Estado.—Carácter de las discusiones de aquel gran cuerpo. —Palabras del primer Cónsul.—Presentacion de ambos proyectos al Cuerpo Legislativo y al Tribunado.—Adóptase por gran mayoría el proyecto de ley relativo á la instruccion pública.—Una minoria numerosa se pronuncia contra el proyecto relativo á la Legion de Honor.—El tratado de Amiens es presentado el último como complemento de las obras del primer Cónsul.—Acogida que se hace á este tratado. —Tómase de aquí ocasion para decir por todas partes que se debe decretar una recompensa nacional al autor de todos los bienes de que goza la Francia.—Los partidarios y los hermanos del primer Cónsul piensan en el restablecimiento de la monarquía.—Esta idea parece prematura.—La idea de nombrarle Cónsul por vida prevalece generalmente.—El Cónsul Cambacérés ofrece su intervencion con el Senado.—Disimulo del primer Cónsul que no confiesa jamas lo que desea.—Embarazo del Cónsul Cambacérés.—Sus esfuerzos en el Senado para obtener que se nombre al general Bonaparte Cónsul por toda su vida.—Los enemigos secretos del general se aprovechan de su silencio para persuadir al Senado que le basta que se prolongue su dignidad de Cónsul por espacio de diez años.—Votacion del Senado en este sen-*

tido.—Disgusto del primer Cónsul.—Manifiesta no querer admitir aquel ofrecimiento. —Su cólega Cambacérés se lo impide, y propone que se recurra á la soberania nacional, proponiendo á la Francia la cuestion de si el general Bonaparte será Cónsul por vida.—Queda encargado el consejo de Estado de redactar la pregunta que debe hacerse.—Se abren registros para recibir los votos en las mairias, tribunales y notarias.—Empeño de todos los ciudadanos en dar una respuesta afirmativa.— Cambios verificados en la Constitucion de M. Sieyes.—El primer Cónsul admite el Consulado por vida con la facultad de nombrar su sucesor.—El Senado es investido con el poder constituyente.—Quedan abolidas las listas de notabilidad y reemplazadas con colegios electorales vitalicios.—El Tribunado queda reducido á una seccion del Consejo de Estado.—La nueva Constitucion llega á ser completamente monárquica.—Lista civil del primer Cónsul.—Es proclamado solemnemente por el Senado.—Satisfaccion general por ver al fin fundado un poder fuerte y estable.—El primer Cónsul toma el nombre de NAPOLEON BONAPARTE.*—Llega su poder moral á su apogeo.—Resúmen de aquel periodo de tres años.*

Enero de 1802.

El viage del primer Cónsul á Leon habia tenido por objeto constituir la República italiana, asegurando su gobierno en el interes de la Italia y de la Francia; y tambien para desembarazarse de la oposicion, desacreditarla, dejarla ociosa y hacer ver que el bien era imposible con ella; y por último, proporcionar tiempo al Cónsul Cambacérès para excluir del Cuerpo Legislativo y del Tribunado los personages mas turbulentos é incómodos.

Embarazo de la oposicion que queda en París sin tener ningun proyecto de ley que discutir.

Todos sus deseos se habian realizado. Constituida la República italiana con el mayor explendor, se hallaba unida á la política de Francia sin perder su existencia propia. La oposicion del Tribunado y del Cuerpo Legislativo, anonadada por el mensage que retiraba el Código civil, y dejada en Paris sin tener ni un solo proyecto de ley que discutir, no sabia como salir del apuro. Por todas partes la acusaban de la interrupcion que sufrian los excelentes trabajos del gobierno, y la echaban en cara el querer imitar mezquinamente y fuera de tiempo á los agitadores de otras veces; y en tal situacion M. Cambacérès le dió el último golpe por medio de la ingeniosa combinacion que habia ideado. Al efecto llamó al sábio jurisconsulto Tronchet, quien habia entrado en el Senado por su influjo, y que gozaba en aquel cuerpo de la doble autoridad que proporciona el saber y el carácter, y le comunicó su plan, haciendo que le aprobase. Ya se ha visto en el libro precedente cual era este plan, y tambien que consistia en interpretar el artículo 38 de la Constitucion, que fijaba para el año X la salida de la primera quinta parte del Tribunado y del Cuerpo Legislativo, dando al Senado la facultad de señalar quienes habian de ser los comprehendidos en aquella quinta parte. Habia muchas razones en pro y en contra de aquella manera de entender el artículo 38, siendo la principal de todas la necesidad de suplir de algun modo la facultad de disolver, que la Constitucion no habia concedido al poder ejecutivo. M. Tronchet, hombre juicioso, buen ciudadano, que admiraba al primer Cónsul y recelaba de él, pero que le juzgaba indispensable, y reconocia con M. Cambacérès que si no se le desembarazaba de la importuna oposicion del Tribunado, se arrojaria á medidas violentas, deseando llevar á cabo el mismo bien que se le impedia hacer, se conformó con las miras del gobierno, y se encargó de preparar al Senado para que adoptase las medidas que estaban en proyecto é iban á proponérsele; lo cual logró sin mucho trabajo porque el Senado conocia que se le habia hecho cómplice y juguete del descontento de los que formaban la oposicion. Este cuerpo habia ya retrocedido con mucha prisa y muy poca dignidad en el negocio de las candidaturas, y dominado por aquella ambicion de descanso y de poder que se habia apoderado de todo el mundo, consintió en separar á los miembros de la oposicion, cuyos proyectos habia

Adopta el Senado el plan ideado por el Cónsul Cambacérès para excluir del Cuerpo Legislativo y del Tribunado á los individuos que formaban la oposicion.

secundado en un principio. Acogido, pues, este plan por los principales personages del cuerpo, Lacépède, Laplace, Jacqueminot y otros, se procedió sin demora á ponerlo en ejecucion, por un mensage fechado el 7 de Enero de 1802 (17 de Nevoso del año X.)

«Senadores, decia el mensage: el artículo 38 de la Constitucion ordena que »se renueven las primeras quintas partes del Cuerpo Legislativo y del Tribunado en el año X, y ya nos hallamos »en el cuarto mes del mismo. Los Cónsules han creido deber llamar vuestra »atencion sobre esta circunstancia. Vuestra sabiduria hallará la necesidad de »proceder sin demora á las operaciones »que deben preceder á aquella renovacion."

Este mensage cuya intencion era fácil de adivinar, dejó sorprendidos á los que hacian la oposicion en los dos cuerpos legislativos, y como era natural los irritó en gran manera. Por ligereza y arrebato se habian arrojado en aquella carrera de oposicion, sin preveer su resultado, y les causaba el mayor asombro el golpe que les amenazaba, golpe que hubiera sido mas rudo sin la intervencion del Cónsul Cambacérès. Reuniéronse, pues, para redactar una memoria y presentarla al Senado; pero M. Cambacérès, que los conocia á casi todos, se dirigió á los menos comprometidos, haciéndoles conocer que mientras mas se señalasen con su resistencia, mas atraerian sobre sus personas la atencion del Senado, y el poder de exclusion de que aquel cuerpo iba á verse revestido, disuadió á la mayor parte de ellos de su idea, y logró que aguardasen pacíficos y silenciosos, la decision de aquella autoridad suprema. En las sesiones de los dias 15 y 18 de Enero (25 y 28 de Nevoso) resolvió el Senado la cuestion que provocaba el mensage de los Cónsules, decidiendo por una inmensa mayoria, que inmediatamente se renovase la primera quinta parte de los dos cuerpos legislativos, y que se designasen por escrutinio y no por la suerte los que debian salir. Sin embargo, se atemperó esta medida en su forma, y en lugar de resolverse en escrutinio quienes habian de salir, se resolvió quienes se habian de quedar, con lo cual tomaba dicha medida el carácter de una preferencia, en vez de tener el de una exclusion. Por este medio se procedió sin demora á votar los doscientos cuarenta miembros del Cuerpo Legislativo y los ochenta del Tribunado que debian continuar en su cargo. Los senadores de quienes mas podia disponer el gobierno, poseian el secreto de los nombres que habian de salvarse de la exclusion; y en los últimos dias de Enero (fin de Nevoso y principio de Pluvioso) el Senado por medio de escrutinios incesantemente repetidos, llevó á cabo la separacion de los partidarios y de los adversarios del gobierno. Sesenta individuos del Cuerpo Legislativo, que eran los que habian mostrado mas resistencia á los proyectos del primer Cónsul, especialmente al del restablecimiento de los cultos, y veinte del Tribunado, los mas inquietos, fueron excluidos, ó como se dijo entonces *eliminados*. Los principales entre estos últimos fueron MM. Chenier, Ginguené, Chazal, Bailleul, Courtois, Ganilh, Daunou y Benjamin Constant. Los restantes menos conocidos, literatos ú hombres de negocios, antiguos convencionales y antiguos clérigos, no habian tenido mas título para entrar en el Tribunado que la amistad de M. Sieyes y de su partido; y el mismo título fue la causa de que saliesen.

Eliminacion de veinte miembros del Tribunado y de sesenta del Cuerpo Legislativo.

Tal fue el fin, no del Tribunado, que continuó su existencia algunos meses mas, sino de la importancia momentánea adquirida por aquel cuerpo. Hubiera sido de desear que gozando el primer Cónsul, como gozaba, de tanta gloria, y viéndose indemnizado por la adhesion universal de la Francia, de las incomodidades de una oposicion inoportuna, se hubiera resignado á soportar á algunos detractores poco poderosos para estorbarle y desacreditarle; resignacion que hubiera sido mas digna y menos perjudicial á la especie de libertad que podia dejarnos entónces, para prepararnos mas tarde á una libertad verdadera. Pero en este mundo la cordura es mas rara que la habilidad, y mas aun que el genio; porque la cordura supone la victoria de las propias pasiones, y tan incapaces son de obtenerla los grandes varones como los hombres mas insignificantes. Necesario es reconocer que al primer Cónsul faltó la pru-

dencia en aquella ocasion, sin que pueda hallarse en su favor mas que una excusa, y es, que animada la oposicion con su paciencia, acaso hubiera llegado á ser no solo incómoda, sino peligrosa y hasta invencible, si, como era posible, hubiera concluido por tomar parte en ella la mayoria del Cuerpo Legislativo y del Senado. Semejante excusa tiene cierto fundamento, y prueba que hay tiempos en que la dictadura es necesaria aun en los paises libres ó destinados á serlo.

Carácter de la oposicion del Tribunado.

Respecto á la oposicion del Tribunado no ha merecido, por cierto, los elogios que tan á menudo se le han tributado. Inconsecuente y quisquillosa, se opuso al Código civil, al restablecimiento de los altares, y á los mejores actos, en fin, del primer Cónsul, á la vez que miró en silencio la proscripcion de los desgraciados revolucionarios, deportados sin juzgar, á causa de aquella máquina infernal, de que no habian sido autores. Entónces se habian callado los tribunos porque la terrible explosion del 3 de Nevoso los habia dejado helados de espanto, y porque no se habian atrevido á defender los principios de la justicia en la persona de hombres, que en su mayor parte estaban manchados de sangre. ¡El ánimo y valor que no tuvieron para censurar una fragante ilegalidad, le hallaron, por desgracia, para poner trabas á medidas excelentes! Y si en algunos se conocia que les llevaba á hacer la oposicion un sentimiento sincero de libertad, en otros se podia conocer ese sensible sentimiento de envidia que tenia el Tribunado al Consejo de Estado, ó bien los hombres reducidos á no hacer nada, contra los que tenian el privilegio de hacerlo todo. Asi, pues, cometieron graves faltas, y lo que es peor, provocaron otras no menos graves de parte del primer Cónsul; lastimoso encadenamiento que tan á menudo advierte la historia en este mundo siempre agitado, y cuyo movil eterno son las pasiones.

Reemplázase la quinta parte excluida del Cuerpo Legislativo y del Tribunado con personas adictas al gobierno.

Era necesario reemplazar en el Tribunado y en el Cuerpo Legislativo á la quinta parte de individuos que se habia excluido; y la misma mayoria que habia votado las exclusiones nombró á los que habian de reemplazar á los salientes, haciéndolo del modo mas satisfactorio para el gobierno consular. Sirvieron para estas nuevas elecciones las listas de notabilidad inventadas por M. Sieyes, como base principal de la Constitucion; pues á pesar de los esfuerzos del Consejo de Estado para hallar un buen medio de formar aquellas listas, ninguno de los sistemas que se habian ideado habia hecho desaparecer el principal inconveniente, porque eran lentas y dificiles de formar, é inspiraban poco celo á los ciudadanos, que en aquella numerosa presentacion de candidatos no veian ningun medio directo é inmediato de influir en la formacion de las primeras autoridades. En realidad no eran las listas otra cosa que un medio de salvar las apariencias, y disimular la necesidad, entonces inevitable, de que los grandes cuerpos del Estado se compusiesen por sí mismos; porque toda eleccion venia á parar en mal, es decir, en nombrar á personas de opiniones extremadas. Habia costado el mayor trabajo concluir aquellas listas, y de ciento dos departamentos que existian entonces, dos de los cuales, los de Córcega, estaban fuera de la ley, y cuatro, los de la orilla izquierda del Rhin no estaban organizados, solo ochenta y tres habian enviado sus listas. Convínose que se harian las elecciones entre los individuos que figurasen en estas, reservándose indemnizar por elecciones posteriores, á los departamentos que aun no habian cumplido con lo que les prescribia la ley.

Eligióse para el Cuerpo Legislativo un número considerable de ricos propietarios, á quienes la seguridad que empezaban á gozar les inducia á abandonar el retiro en que hasta entonces habian procurado vivir. Tambien se llamó á formar parte de dicho cuerpo á algunos prefectos y magistrados, que en los últimos tres años acababan de formarse en la práctica de los negocios bajo la direccion del gobierno consular. Entre los personages á que se habia dado entrada nuevamente en el Tribunado se hallaba Luciano Bonaparte, que acababa de llegar de España, donde habia desempeñado una embajada que habia producido mas inquietudes que utilidad, y el cual hacia afectacion de no desear ya otra cosa que una existencia tranquila, dedicada á servir á su hermano

en uno de los grandes cuerpos del Estado. Con él habia entrado tambien Carnot, separado poco antes del ministerio de la Guerra, donde no habia tenido habilidad para agradar al primer Cónsul; y si bien este personage no era mas favorable al gobierno consular que los tribunos recientemente excluidos, era una persona de gravedad, respetado de todos, cuya oposicion debia ser poco activa, y al que no podia dejar olvidado la Revolucion, sin dar muestras de una odiosa ingratitud. Por otra parte, este nombramiento era el último homenage que se rendia á la libertad. Despues de estos nombramientos, el mas notable era el de M. Daru, hombre entendido en materias de administracion, muy integro, y de entendimiento claro y cultivado.

Mientras que se verificaban todas estas operaciones, regresaba el primer Cónsul á París, á donde llegó el 31 de Enero por la noche (11 de Pluvioso), despues de una ausencia de veinte y cuatro dias. A su llegada halló á todos sumisos, y completamente aplacado aquel extraño movimiento de resistencia que poco antes se habia manifestado en los dos Cuerpos Legislativos; pues hasta la nueva autoridad con que se hallaba revestido el primer Cónsul habia influido en los ánimos. Seguramente poco aumentaba al poder del primer Cónsul el gobierno de la República italiana, unido al de aquella República francesa que habia vencido y desarmado al mundo, pero semejante muestra de deferencia dada al genio del general Bonaparte por un pueblo aliado, causaba el mayor efecto. Todos los cuerpos del Estado se apresuraron á felicitarle y á dirigirle discursos, que enmedio de la exaltacion de lenguage que comunmente inspiraba, descubrian un tono marcado de respeto, como si se viera ya sobre su cabeza dominadora la doble corona de Francia é Italia.

Desembarazado el primer Consul de toda oposicion puede dar libre curso á sus proyectos.

Al presente lo podia ya todo, no solo para la organizacion de la Francia, que era su objeto principal, sino tambien para su grandeza personal que era el secundario, pues ya no tenia que temer que los Códigos que se habian redactado y seguian redactándose, y los convenios que habia concluido con el Papa para restaurar los altares, se estrellasen contra la mala voluntad ó las preocupaciones de los grandes cuerpos del Estado. No eran estos proyectos los únicos que meditaba, pues hacia algunos meses que preparaba un vasto sistema de educacion pública para acostumbrar á la juventud francesa al règimen nacido de la Revolucion. Tambien traia en proyecto un sistema de recompensas nacionales, que bajo una forma militar, conforme á la época y á la imaginacion guerrera de los franceses, pudiese servir para recompensar los grandes hechos civiles asi como los grandes hechos militares; tal era la Legion de honor, noble institucion meditada por largo tiempo en secreto, y por cierto no la menos difícil que queria hacer aceptar á la Francia republicana. Deseaba asimismo cerrar una de las llagas mas profundas de la Revolucion, cual lo era la emigracion, pues muchos franceses vivian todavia en el extrangero, alimentando los malos sentimientos que inspira el destierro, y privados de su familia de su fortuna y de su patria. Además, si era su idea borrar las huellas de nuestras profundas discordias, y conservar todo lo que la Revolucion tenia de bueno, destruyendo á la vez cuanto habia hecho malo, no era por cierto la emigracion la que se debia dejar existir. Pero á causa de los compradores de bienes nacionales, siempre susceptibles y desconfiados, era una de las cosas mas difíciles de llevar á cabo, y para la cual se necesitaba un arrojo estraordinario. No obstante, se aproximaba el momento en que semejante acto podia llevarse á efecto. Por último, si era necesario, como entónces se decia por todas partes, consolidar el poder en las manos del hombre que lo habia ejercido de un modo tan admirable; si era necesario dar á su autoridad un nuevo carácter, mas elevado y duradero que el de una magistratura de un plazo fijo de diez años, de los cuales habian ya transcurrido tres, ya habia llegado aquel caso. porque la prosperidad pública fruto del órden, de la victoria y de la paz, estaba en su colmo, y era sentida por todos tan vivamente que el tiempo podria mas bien entibiar este sentimiento que aumentarlo.

Entre tanto, todos esos proyectos de bien público y de grandeza personal que alimentaba á la vez, nece-

Febrero de 1802.

—

Continúa el congreso de Amiens.

sitaban para tener cumplimiento, que se concluyese definitivamente la paz marítima que se negociaba en el congreso de Amiens. Los preliminares de Lóndres habian fijado las bases de aquella paz, pero en tanto que no se convertian en un tratado definitivo, los interesados en turbar el reposo público y difundir la alarma, no dejaban de decir todas las semanas que los negociadores no estaban ya de acuerdo, y que en breve se verian sumidos de nuevo en la guerra marítima, tras de la cual vendria la continental. Por lo tanto, desde su regreso á Paris habia activado el primer Cónsul las negociaciones de Amiens. — Firmad, escribia diariamente á José, pues despues de los preliminares no hay ninguna cuestion importante que discutir.— Y así era la verdad, porque los preliminares de Lóndres habian resuelto las únicas cuestiones importantes, al estipular la restitucion de todas las conquistas marítimas hechas por los ingleses, á excepcion de Ceilan y de la Trinidad, que habian de sacrificar los holandeses y los españoles: si bien es verdad, que los ingleses habian solicitado en el congreso de Amiens la pequeña isla de Tabago, como el primer Cónsul se habia mantenido firme en no cederla, habian tenido que renunciar á ella; desapareciendo en su consecuencia todas las cuestiones sobre puntos importantes, y no quedando otras que zanjar, mas que las relativas á puntos accesorios, como la manutencion de los prisioneros, y el régimen con que se habia de gobernar la isla de Malta.

Ya hemos expuesto que la dificultad relativa á los prisioneros era una simple cuestion de dinero siempre fácil de resolver. El régimen que se habia de dar á Malta presentaba una dificultad mas positiva, porque una desconfianza recíproca complicaba las miras de las dos potencias. El primer Cónsul queria, por un singular presentimiento, arrasar las fortificaciones de la isla, reducirla á un peñasco, y formar en ella un lazareto neutral, y abierto á todas las naciones. Los ingleses que veian en Malta una escala para ir al Egipto, decian que el peñasco solo era demasiado importante para dejarle siempre accesible á los franceses, quienes podrian pasar desde Italia á Sicilia, y desde Sicilia á Malta; y por lo tanto, querian que se restableciese la Orden sobre sus antiguas bases, creando dos nuevas lenguas, una inglesa y otra maltesa, ésta compuesta de los habitantes de la isla, que le eran adictos. El primer Cónsul no habia querido admitir aquellas condiciones, porque teniendo en cuenta el estado de las costumbres en Francia, no podia esperarse que se pudiese componer una lengua francesa bastante numerosa para contrabalancear la creacion de una lengua inglesa. Al fin se habian puesto de acuerdo, estipulando que se restableceria la Orden sin ninguna lengua nueva; debiéndose nombrar á un nuevo gran Maestre, porque los ingleses no querian que lo fuese M. de Hompesch, quien en 1798 habia entregado la isla al general Bonaparte. Mientras se reorganizaba la Orden, quedó convenido que se solicitaria del Rey de Nápoles, proporcionase á Malta una guarnicion napolitana de 2,000 hombres, la cual ocuparia la isla en cuanto la evacuasen los ingleses. Para mayor precaucion, deseaban que alguna gran potencia garantizase aquel tratado, y pusiese á Malta al abrigo de una de esas empresas que de cinco años á aquella parte la habian hecho caer sucesivamente, ya en poder de los ingleses y ya en el de los franceses; y se pensaba pedir dicha garantía á la Rusia, fundándose en el interés que dicha potencia habia manifestado hácia la órden en el reinado de Pablo I. Sobre todos estos puntos se hallaban conformes antes de la salida del primer Cónsul para Leon. Tambien eran cuestiones resueltas el restablecimiento de las pesquerías bajo su antiguo pie, la indemnizacion territorial prometida en Alemania á la casa de Orange por la pérdida del Stathouderato, y la paz y la integridad de los territorios para Portugal y para Turquía. No obstante, desde el regreso del primer Cónsul á Paris, parecia que las negociaciones no se seguian con tanta actividad, y lord Cornwallis, inquieto, retrocedia á medida que el negociador francés se mostraba mas solícito hácia él. Nada podia sospecharse de lord Cornwallis, militar honrado y respetable, que no deseaba otra cosa que concluir amistosamente las dificultades de la negociacion, para poder unir á sus servicios militares, el gran servicio civil de dar la paz á su patria. Pero sus instrucciones eran cada vez mas rigurosas, y el disgusto que sentia se notaba en su semblante. En efec-

to, su gabinete le habia ordenado que se mostrase mas exigente y suspicaz en la redaccion del tratado; y le habia dictado condiciones en los pormenores, que eran difíciles de imponer al carácter altanero y desconfiado del primer Cónsul. Así, pues aquel valiente militar que habia creido coronar su carrera con un acto memorable, temia ver comprometida su antigua consideracion por el papel que iban á hacerle desempeñar en una negociacion escandalosamente rota. Llevado de su sentimiento, se habia franqueado con José Bonaparte, y hacia con él los mayores esfuerzos para vencer los obstáculos que se oponian á la conclusion de la paz.

Sin duda se preguntará ¿qué motivo habia podido destruir de repente, ó al menos entibiar, las disposiciones pacíficas del gabinete presidido por M. Addington? Este motivo es fácil de comprender; pues consistia en que en Lóndres se habia verificado cierto cambio, muy comun en los paises libres. Habia seis meses que estaban firmados los preliminares, y en este estado intermedio, que á excepcion del estruendo de las armas se parecia mucho á la guerra, casi nada habian gozado de los beneficios de la paz. El alto comercio, que en Inglaterra era la clase mas interesada en que se comenzasen de nuevo las hostilidades, porque la guerra le valia el monopolio universal, habia creido indemnizarse de lo que perdia, haciendo numerosas expediciones para los puertos de Francia; pero habia hallado reglamentos prohibitivos, nacidos de una lucha violenta, y los cuales no se habia tenido tiempo aun de modificar. El pueblo que esperaba que bajasen de precio los artículos alimenticios, aun no habia visto realizada su esperanza, porque se necesitaba un tratado definitivo para vencer á los especuladores á que bajasen los precios. Por último, los ricos propietarios que deseaban que se redujesen los impuestos, y la clase media que pedia la supresion del *income-tax*, no habian recogido aun los frutos prometidos con la pacificacion del mundo. Un poco de desengaño habia sucedido, pues, á aquella preocupacion inmensa por la paz, que seis meses antes se habia apoderado de improviso del pueblo ingles, pueblo tan fcáil de preocuparse como el de Francia. Pero mas que nada, habian influido en su imaginacion sombria las escenas de Leon; pues aquella toma de posesion de la Italia, que habia venido á ser tan manifiesta, y que parecia, tanto para la Francia como para su gefe, un asunto bien grande, habia excitado hasta lo sumo la envidia británica, y era un argumento de mas para el partido de la guerra. que no dejaba de decir que Francia siempre se aumentaba y engrandecia, y la Inglaterra se disminuia á proporcion. Tambien agitaba los ánimos una noticia reciente y muy generalizada, cual era la de la considerable adquisicion hecha por los franceses en América. Habian visto dar la Toscana con el título de reino de Etruria á un infante, sin conocer á qué precio compraba la España semejante don; pero ahora que el primer Cónsul reclamaba á la corte de Madrid la cesion de la Luisiana, que era lo que se habia estipulado como equivalente de la Toscana, esta condicion de tratado fue ya conocida, y semejante hecho unido á la expedicion de Santo Domingo, daba á conocer nuevos y vastos proyectos en América. A todo esto se añadia que la Francia habia adquirido un puerto considerable en el Mediterráneo, que era el de la isla de Elba, cambiada por el ducado de Piombino.

Estos diversos rumores, circulados á la vez, mientras que la Consulta reunida en Leon conferia al general Bonaparte el gobierno de Italia, habian dado en Lóndres alguna fuerza al partido de la guerra, el cual hasta entónces se habia visto obligado á mantenerse en la mayor reserva; y á saludar, al menos con algunas demostraciones hipócritas, el restablecimiento de la paz.

M. Pitt, fuera del gabinete desde el año anterior, pero mas poderoso en su retiro que lo eran en el poder sus honrados y débiles sucesores, habia enmudecido en punto á los preliminares, y á sus condiciones, pero habia aprobado el hecho de la paz. Sus antiguos cólegas MM. Windham, Dundas y Grenville, mas inferiores que él y por consecuencia menos moderados, habian censurado la debilidad del gabinete Addington y encontrado desventajosas para la Inglaterra las condiciones de los preliminares. Al saber que se habia dado á la vela una escuadra que trasportaba 20,000 hombres á Santo Domingo, habian puesto el grito en el cielo contra la simpleza

de M. Addington, que dejaba pasar una escuadra destinada á restablecer el poderio frances en las Antillas, sin estar asegurado de que se concluiria la paz definitiva; y presagiaban que serian víctimas de su imprudente confianza; pero cuando llegaron á entender los sucesos de Leon, la cesion de la Luisiana, y la adquisicion de la isla de Elba, su enojo no tuvo límites, y lord Carlisle hizo una violenta invectiva contra la ambicion gigantesca de Francia, y contra la debilidad del nuevo gabinete británico.

M. Pitt continuaba guardando silencio, pensando que debia dejar que se agotase aquel deseo por la paz, de que parecia poseida la poblacion de Lóndres, y que convenia proteger por algun tiempo al gabinete destinado á satisfacer una opinion probablemente pasagera. El mismo gabinete ingles parecia tambien conmovido de la variacion que se verificaba en la opinion pública; pero temia mucho mas á lo que se diria, si se acababa la paz apenas empezada, y si un tratado en forma no sustituia á los artículos preliminares. Limitóse, pues, á mandar salir algunos buques de guerra, á los que se habia ordenado con bastante celeridad que viniesen á los puertos, y á enviarlos á las Antillas para que vigilasen la escuadra francesa que se dirigia á Santo Domingo. Tambien envió instrucciones á lord Cornwallis, que sin mudar la esencia de las cosas, agravaban ciertas condiciones, y sobrecargaban la redaccion definitiva con precauciones ó inútiles ó desagradables para la dignidad del gobierno frances. Lord Hawkesbury queria que se estipulase con precision la cantidad que se habia de dar á la Inglaterra por el número de los prisioneros que habia tenido que mantener; y queria que la Holanda pagase á la casa de Orange una indemnizacion en metálico, ademas de la territorial que se le habia prometido en Alemania: asi mismo queria que se estipulase formalmente que el antiguo gran Maestre no habia de volver á ponerse á la cabeza de la órden de Malta; y sobretodo deseaba que figurase en el congreso de Amiens un plenipotenciario turco; porque el gabinete británico teniendo constantemente á Egipto en la memoria queria contener la audacia del primer Cónsul respecto á Oriente. Deseaba, en fin, que se redactase el tratado de tal modo que permitiese á Portugal libertarse de las estipulaciones del tratado de Badajoz, en virtud de las cuales la corte de Lisboa perdia á Olivenza en Europa, y cierta extension de territorio en América.

Tales fueron las instrucciones enviadas á lord Cornwallis. Sin embargo, hubo una proposicion que se reservó para hacerla lord Hawkesbury á M. Otto directamente: dicha proposicion era relativa á Italia.—Bien vemos, dijo lord Hawkesbury á M. Otto, que nada se puede obtener del primer Cónsul en lo que toca al Piamonte; y pedir algo en este punto seria querer un imposible; pero que el primer Cónsul conceda una pequeña indemnizacion territorial al Rey de Cerdeña en cualquier rincon de Italia, y en cambio de dicha concesion reconoceremos al instante todo lo que la Francia ha hecho en aquel pais, es decir, el reino de Etruria, la República italiana, y la liguriense.

Las variaciones solicitadas, ya por lord Cornwallis ya por lord Hawkesbury, consistian mas bien en la forma que en la esencia, y no eran contrarios ni al poder ni al orgullo de la Francia. La paz era demasiado hermosa en sí para aceptarla tal cual se proponia. Pero no pudiendo averiguar el primer Cónsul si aquellas nuevas pretensiones eran puramente una precaucion del gabinete ingles, con la intencion de que el Parlamento acogiese con mejor voluntad el tratado, ó si en efecto el volverse atrás tratándose de puntos ya concedidos, acompañando esto con armamentos por mar, encubria cierta idea secreta de rompimiento, obró como hacia siempre, yendo con resolucion á su objeto, concediendo lo que parecia debia conceder, y negando lo demas abiertamente. En cuanto á los prisioneros se negó á admitir la estipulacion precisa de pagar un tanto á la Inglaterra, pero se avino á que se nombrase una comision que arreglase las cuentas de gastos, considerando siempre como prisioneros ingleses á los soldados alemanes ó de otras naciones que hubiesen estado á su servicio: no quiso que la Holanda pagase ni un florin para el stathouder: consintió formalmente en que se nombrase un nuevo gran Maestre de la órden de Malta, pero sin hacer ninguna mencion especial de M. de Hompesch, de la que

se pudiese deducir que Francia consentia que se le impusiese la condicion de abandonar á los que la habian servido. Consintió que Rusia saliese garante de Malta, como se proponia, pero exigiendo que lo fuesen tambien Austria, Prusia y España. Por último, sin admitir en el congreso un plenipotenciario turco ó portugues, se avino á que se insertara en el tratado un artículo, que garantizase formalmente la integridad del territorio turco y la del portugues.

En cuanto al reconocimiento de las Repúblicas italiana y liguriense y del reino de Etruria, declaró que nada le importaba que no se verificase, y que por lo tanto no compraria dicho reconocimiento, por medio de ninguna concesion hecha al Rey del Piamonte, á quien habia resuelto despojar definitivamente.

Despues de haber enviado sus respuestas á su hermano José, redactadas con bastante libertad, le recomendó obrase con mucha prudencia, para probar en cualquier tiempo que la negativa á firmar la paz no nacia de él sino de la Inglaterra. Hizo ademas declarar, asi en Lóndres como en Amiens, que si no se queria aceptar lo que proponia debia manifestarse cuanto antes, para concluir de una vez, en cuyo caso iba á armar al instante la antigua escuadrilla de Boloña, y formar un campamento frente á frente de las costas de Inglaterra.

El rompimiento era tan poco deseado en Lóndres como en Paris ó Amiens. El gabinete ingles conocia que sucumbiria bajo el ridículo si aquella tregua de seis meses, consecuencia de los preliminares, no daba de sí otros resultados que haber abierto el mar á las escuadras francesas. Lord Cornwallis, que sabia que la legacion inglesa no tendria disculpa, porque solo ella habia creado las últimas dificultades, se mostró muy conciliador en la redaccion, y no siendolo menos José Bonaparte, se logró, al fin, que en la tarde del 25 de Marzo de 1802 (4 de Germinal del año X) se firmase la paz con la Gran Bretaña, en un documento sobrecargado de correcciones de todo género.

Marzo de 1802.

Firmase la paz de Amiens el 25 de Marzo de 1802.

Se tomó un plazo de treinta y seis horas para traducir el tratado en tantas lenguas, cuantas eran las potencias interesadas en él. El 27 de Marzo (6 de Germinal) se reunieron los plenipotenciarios en las casas de ayuntamiento. El primer Cónsul habia querido que todo se verificase con el mayor aparato, y para ello habia enviado hacía tiempo á Amiens un destacamento de las mejores tropas, con vestuario nuevo, y habia hecho reparar los caminos de Amiens á Calais y de Amiens á Paris, enviando tambien socorros á los trabajadores del pais, que se veian privados de trabajo, para que nadà hiciese concebir al negociador ingles una mala idea del estado de Francia. Por último, habia mandado hacer preparativos en la misma ciudad de Amiens, para que la firma del tratado se verificase con cierta solemnidad. El dia 27 á las once de la mañana fueron unos destacamentos de caballeria á buscar á los plenipotenciarios á sus respectivas moradas, y los escoltaron á las casas de ayuntamiento donde se habia preparado una sala para recibirlos. Alli invirtieron algun tiempo en revisar las copias del tratado, y finalmente, á eso de las dos de la tarde se dió entrada á las autoridades y á la multitud, ansiosa de presenciar aquel espectáculo imponente de la reconciliacion de las dos primeras naciones del universo; ¡reconciliacion que, desgraciadamente, no debia durar mucho tiempo! Los dos plenipotenciarios firmaron la paz, y despues se abrazaron cordialmente entre las aclamaciones de los concurrentes, conmovidos y enagenados de gozo. Lord Cornwallis y José Bonaparte volvieron á sus casas en medio de las demostraciones mas ruidosas de la multitud. Lord Cornwallis oyó al pueblo frances bendecir su nombre, y José entró en su casa, oyendo por todas partes el grito de *Viva Bonaparte!* que debia ser por largo tiempo, y que pudiera haber sido siempre el grito de la Francia.

Lord Cornwallis partió inmediatamente para Lóndres á pesar de habérsele invitado á que se presentase en Paris, pues temia que su gobierno no aprobase la facilidad con que se habia prestado á la redaccion del tratado, y queria asegurar la ratificacion de él con su presencia.

Si el dichoso fin del congreso de

Amiens, no excitó en el pueblo ingles las mismas demostraciones de entusiasmo que cuando se firmaron los preliminares, halló todavia una alegre y manifiesta acogida. Dijosele esta vez que iba á gozar realmente de la paz, pues se bajaria el precio de los géneros y se aboliria el *income=tax*. Asi lo creyó y se mostró verdaderamente satisfecho.

Consecuencias del tratado de Amiens.

Lo mismo sucedio en Francia; menos demostraciones exteriores, pero una satisfaccion mas efectiva, fue el espectáculo que presentó el pueblo frances; pues creia tener, al fin, la paz verdadera, la de los mares, condicion indispensable para la paz del continente. Al cabo de diez años de la lucha mas terrible y grande que han presenciado los hombres, se deponian las armas, y se cerraba el templo de Jano.

¿Quién habia hecho todo esto? ¿Quién habia traido á la Francia á tal grandeza y prosperidad, y puesto en sosiego á la Europa? Solo un hombre, por la fuerza de su espada y por la profundidad de su politica, y asi lo proclamaba la Francia, sirviéndole de eco la Europa. Despues venció en Austerlitz, en Jena, en Friedland, en Wagram, y en otras cien batallas, deslumbrando, espantando y sometiendo al mundo, pero nunca fue tan grande como entonces, porque nunca se mostró tan prudente.

Por esto todos los cuerpos del Estado acudieron de nuevo á manifestarle en discursos llenos de un verdadero entusiasmo, que despues de haber sido el vencedor, era entonces el bienhechor de la Europa. El jóven autor de tantos bienes, el que disfrutaba de tanta gloria, estaba muy lejos de creer habia llegado al término de su obra. Apasionado entonces á los trabajos de la paz, y sin estar seguro que aquella durase mucho, tenia interes en concluir lo que él llamaba la organizacion de la Francia, y conciliar todo lo que habia de verdaderamente bueno en la Revolucion, con todo lo necesario y útil en todos tiempos, de la antigua monarquía. Lo que mas tenia sobre su corazon era la restauracion del culto católico, la organizacion de la educacion pública, la vuelta de los emigrados, y la institucion de la Legion de Honor; y no eran estas solas cosas las que meditaba, sino las que le parecian mas urgentes. Dueño en adelante de los ánimos en los cuerpos del Estado, usó de las prerogativas que le concedia la Constitucion para disponer una legislatura extraordinaria. Habia vuelto de la Consulta verificada en Leon el 31 de Enero de 1802 (11 de Pluvioso); y el tratado de Amiens se habia firmado el 25 de Marzo (4 de Germinal): hacía algunas semanas que se habian concluido las promociones hechas en el Cuerpo Legislativo y en el Tribunado, y los recien elegidos se hallaban ocupando sus puestos. Asi, pues, convocó una legislatura extraordinaria para el 5 de Abril (15 de Germinal), la cual debia durar hasta el 20 de Mayo (30 de Floreal), es decir, mes y medio. Bastaba esto para llevar á cabo sus planes, por grandes que fuesen, porque la oposicion que en adelante podia encontrar no le haria perder mucho tiempo.

Abril de 1802.

Legislatura extraordinaria del año X.

El primer proyecto que se presentó al Cuerpo Legislativo fue el Concordato, que era el de mas dificil aprobacion, no por parte de las masas populares, sino de los hombres que rodeaban al gobierno, tanto en los empleos civiles como en los militares. La Santa Sede que con tanta lentitud se habia ido, ya para conceder el fondo mismo del Concordato, ya la bula de las nuevas demarcaciones eclesiásticas, y ya la facultad de confirmar á los nuevos Obispos, hacia tiempo que lo habia remitido todo al cardenal Caprara, para que se hallase en disposicion de desplegar los poderes que le habia conferido la Santa Sede, cuando el primer Cónsul lo juzgase oportuno. El primer Cónsul habia creido, con razon, que el momento en que se publicaba la paz definitiva era el mas oportuno, en que se podia, á favor de la alegria pública, dar por primera vez el espectáculo del gobierno republicano postrado al pie de los altares, y dando gracias á la Providencia por los beneficios que esta le habia dispensado.

Vuélvese á seguir el negocio del Concordato.

Asi, pues, lo dispuso todo para que el dia de Pascua de Resurreccion se verificase aquella gran solemnidad; pero los quince dias que precedieron á aquel gran acto no fueron ni los menos criticos, ni en los que menos se trabajó. Necesitábase en primer lugar, ademas

del tratado conocido con el nombre de Concordato, y que como tratado debia aprobarse en el Cuerpo Legislativo, redactar y presentar una ley que arreglara la policía de los cultos, segun los principios del Concordato y de la Iglesia galicana: necesitábase tambien formar el nuevo clero destinado á reemplazar á los antiguos titulares, cuya dimision habia solicitado de ellos el Papa, logrando que casi todos la presentasen: las Sedes que habia que reemplazar eran sesenta á la vez, eligiendo para ellas, los sacerdotes mas respetables de todos los partidos, y cuidando de no lastimar en dichas elecciones los sentimientos religiosos, de modo que no fuese á renacer un nuevo cisma del mismo exceso de celo que se pusiese en extinguir el que existia.

Tales fueron las dificultades que la tenacidad mezclada de dulzura del cardenal Caprara, y las pasiones del clero tan vivas como las de los demas hombres, hicieron sumamente graves y temibles hasta la última hora, hasta la víspera misma del dia en que se verificó el gran acto del restablecimiento del culto.

Ley de los artículos orgánicos.

El primer Cónsul empezó por la ley destinada á arreglar la policía de los cultos, que es la que se conoce en nuestro Código civil con el título de *artículos orgánicos*. Era muy voluminosa y arreglaba las relaciones del gobierno con todas las religiones, católica, protestante, y hebrea; basada sobre el principio de la libertad de los cultos, y que á la vez que concedia á todos seguridad y proteccion, les imponia el deber de la tolerancia mutua, y su sumision al gobierno. En cuanto á la religion católica que es la que profesa la casi totalidad del pueblo frances, estaba arreglada á los principios de la iglesia romana, consagrados en el Concordato, y á los de la iglesia galicana proclamados por Bossuet. En primer lugar se establecia, que ninguna bula, breve ú otro documento cualquiera de la Santa Sede, podria publicarse en Francia, sin la expresa autorizacion del gobierno; y que no seria admitido, reconocido, ni tolerado, ningun delegado de la Santa Sede que no fuese enviado públicamente como su representante oficial, por cuyo medio desaparecian esos emisarios secretos, de los cuales se habia servido la Santa Sede para gobernar clandestinamente la iglesia francesa durante la Revolucion. Toda infraccion de las reglas que resultasen, ya de los tratados con la Santa Sede, ó ya de las leyes francesas, cometida por un individuo del clero, se calificaba de *abuso*, y se remitia á la jurisdiccion del Consejo de Estado, cuerpo político y administrativo, animado de un verdadero espíritu de gobierno, y que no podia sentir hácia el clero el antiguo odio que le habia profesado la magistratura, bajo la antigua monarquía. No podia celebrarse en Francia sin una órden formal del gobierno, ningun concilio general ó particular. Debia haber un solo catecismo aprobado por la autoridad pública. Todos los eclesiásticos dedicados á la enseñanza del clero habian de profesar la declaracion de 1682, conocida con el título de Proposiciones de Bossuet; las cuales, es sabido contienen esos hermosos principios de sumision y de independencia que caracteriza particularmente á la iglesia galicana, la cual sometida siempre á la unidad católica, que ha hecho triunfar en Francia y defender en Europa, pero independiente en su régimen interior, y fiel á sus Reyes, no ha ido nunca á parar ni al protestantismo, como la iglesia alemana ó inglesa, ni á la inquisicion como la española. El primer Cónsul queria que la Iglesia quedase establecida sobre el doble principio de sumision al gefe de la Iglesia universal en cuanto á lo espiritual, y sumision al gefe del Estado en cuanto á lo temporal; y he aquí porque exigió de un modo formal que se enseñasen al clero las proposiciones de Bossuet. Decretóse en seguida en las leyes orgánicas que los Obispos nombrados por el primer Cónsul y confirmados por el Papa, elegirian á los curas, pero que antes de su instalacion habia de aprobar el gobierno sus nombramientos. Concedióse á los Obispos que formasen cabildos de canónigos en las catedrales, y seminarios en las diócesis, debiendo ser aprobados por la autoridad pública los nombramientos de los profesores de dichos seminarios. Ningun discípulo de los seminarios podia ser ordenado de sacerdote si no habia cumplido veinte y cinco años, y si no probaba que gozaba de una renta de 300 francos, y estaba aprobado por la direccion de cultos. Esta condi-

cion de propiedad no ha podido resistir á la práctica (1); pero habria sido de desear lo contrario, porque en este caso no habria venido tan á menos el clero como despues hemos visto. Los Arzobispos debian recibir una asignacion de 15,000 francos, y los obispos de 10,000. Los curas de primera clase debian recibir 1,500 francos y los segundos 1,000; sin que pudiesen acumular con sus asignaciones las rentas eclesiásticas que gozaban muchos clérigos en compensacion de los bienes eclesiásticos enagenados. Los derechos de estola y pie de altar, es decir las retribuciones voluntarias de los fieles por la administracion de ciertos sacramentos, quedaban conservados, con la condicion de que sobre ellos habian de dar un reglamento los Obispos, estipulándose por lo demas que se administrarian gratuitamente todos los auxilios religiosos. Restituianse las iglesias al nuevo clero. Los presbiterios con los jardines anejos, conocidos en nuestros campos con el nombre de la *casa del cura*, eran las solas partes de los antiguos bienes de la Iglesia que se devolvian á los sacerdotes. Se restablecia el uso de las campanas para llamar á los fieles á la iglesia, pero prohibiendo hacer otro uso de ellas sin permiso de la autoridad, cuya precaucion se tomaba por el siniestro recuerdo del toque á rebato. Ninguna fiesta, á excepcion del Domingo debia establecerse sin la autorizacion del gobierno. El culto no debia ser exterior, es decir, no debia celebrarse fuera de los templos, en las ciudades donde hubiese templos que perteneciesen á diferentes religiones. Por último, el calendario gregoriano se hallaba conciliado en parte con el republicano, y ciertamente era esta la mas grave de las dificultades; porque no se podia abolir completamente el calendario que recordaba la Revolucion mas que ninguna otra cosa, y que se habia adaptado al nuevo sistema de pesos y medidas; y por otro lado era imposible restablecer la Religion Católica sin restablecer el Domingo, y con el Domingo la semana. Sin embargo, las costumbres habian hecho ya lo que no se habia atrevido á hacer la ley, y el Domingo habia vuelto á ser en todas partes un dia de fiesta religiosa, mas ó menos observado, y mas generalmente admitido para interrumpir el trabajo de la semana. Para conciliar estos extremos adoptó el primer Cónsul un término medio, decidiendo que el año y el mes siguiesen llamándose segun el calendario republicano, y el dia y la semana segun lo establecido en el gregoriano; y, que por ejemplo, el dia de Pascua de Resurreccion se diria Domingo 28 de Germinal del año X, que correspondia al 18 de Abril de 1802. Finalmente exijló que no se pudiese desposar á nadie en la iglesia, sin que los contrayentes presentasen antes el acta del matrimonio civil; y respecto á los registros de nacidos, casados y muertos, que por fuerza de la costumbre habia continuado llevando el clero, se declaró que jamas tendrian ningun valor en derecho. Las donaciones testamentarias ú otras que se hiciesen al clero, no podian ser sino en rentas.

Tal es en sustancia la sabia y profunda ley que se conoce con el nombre de *artículos orgánicos*; y como era un acto de gobierno interior, que tocaba solo al gobierno francés, no debia someterse á la aprobacion de la Santa Sede. Bastaba que no encerrase nada contrario al Concordato para que la corte de Roma no pudiera quejarse con razon. Someterla para ver si la aprobaba, hubiera sido preparar dificultades interminables, y mas grandes y numerosas que las que habia ofrecido el mismo Concordato, y buen cuidado tenia el primer Cónsul en no exponerse á ello. Ademas, sabia que una vez restablecido públicamente el culto, la Santa Sede no romperia la nueva paz entre Francia y Roma, por artículos concernientes á la policía interior de la República. Es verdad, que mas tarde fueron dichos artículos uno de los motivos de queja que tuvo la corte de Roma con Napoleon, pero á decir verdad, mas bien fueron un pretexto que una verdadera ofensa. Por otro lado, se habian comunicado al cardenal Caprara, quien no apareció alarmado al leerlos (1), si se ha de juzgar por lo que escribió á su corte. Solo en algunas cosas se reservó su derecho, y aconsejó al Santo Padre que no se aflijiese, esperando, segun decia, que dichos artículos no se ejecuta-

(1) No fue abolida hasta Febrero del año de 1810.

(1) Estas aserciones están fundadas en la misma correspondencia del cardenal Caprara.

rian en toda su rigorosa extension.

Despues de la redaccion de las leyes orgánicas se ocupan del nombramiento de los Obispos.

Redactada la ley de los artículos orgánicos y discutida en el Consejo de Estado, fue preciso ocuparse del personal del clero; trabajo considerable por que habia de meditarse mucho, antes de decretarse definitivamente. M. Portalis, á quien el primer Cónsul habia encargado de la direccion de los cultos, y que era eminentemente apropósito, ya para tratar con el clero, ya para representarle cerca de los cuerpos del Estado, y defenderle con una elocuencia dulce, brillante é impregnada de cierta uncion religiosa; y que resistia por lo comun á la Santa Sede con una firmeza llena de respeto; se habia en esta ocasion aliado hasta cierto punto con el cardenal Caprara para acceder á una pretension de la corte de Roma, la cual consistía en excluir al clero constitucional de las nuevas sillas episcopales. Conmovido todavia el Papa con haber llevado á cabo un acto tan exorbitante á sus ojos, como el haber depuesto á los antiguos titulares, queria al menos indemnizarse de ello, alejando del Episcopado á los ministros del culto que habian simpatizado con la Revolucion francesa, y prestado juramento á la Constitucion civil. Desde que se firmó el Concordato, es decir unos ocho ó nueve meses habia, el cardenal Caprara que continuaba desempeñando de incógnito las funciones de Legado *à látere* y que veia sin cesar al primer Cónsul, le insinuaba con dulzura, pero con constancia, los deseos de la iglesia romana, adelantando atrevidamente cuando el primer Cónsul estaba de humor de dejarle hablar, y cejando en el asunto con viveza y humildad cuando le veia de humor contrario. No consistian solamente los deseos de la iglesia romana en rechazar de la nueva formacion del clero frances á los sacerdotes que apellidaba intrusos, sino tambien en recobrar las provincias perdidas de Bolonia, Ferrara y la Romania.—El Santo Padre, decia el cardenal, es muy pobre desde que ha sido despojado de sus mas fértiles provincias; tan pobre que no puede pagar tropas para su guarda, ni los gastos de la administracion de sus estados, ni al Sacro Colegio. Hasta ha perdido una parte de las rentas que tenia fuera. En medio de sus dolores es su mayor consuelo el restablecimiento de la Religion en Francia; pero no mezcleis amarguras á este consuelo, obligándole á confirmar sacerdotes que han apostatado, y privando al clero fiel de destinos ya demasiado reducidos por la nueva demarcacion.—Sí, respondia el primer Cónsul, el Santo Padre es pobre, y yo le socorreré. Los límites de los Estados de Italia no están fijados irrevocablemente, ni aun tampoco los de Europa; pero yo no puedo ahora quitar algunas provincias á la Republica italiana, que acaba de nombrarme por gefe. Entretanto, si el Santo Padre no tiene dinero y necesita algunos millones, estoy pronto á dárselos. En cuanto á los *intrusos*, añadia, es otra cosa. El Papa ha prometido, que al momento que se obtuvieran las dimisiones, reconciliaria con la Iglesia, sin distincion alguna, á todos los que se sometiesen al Concordato; y es necesario que cumpla su palabra. Yo se la recordaré, y ni como hombre ni como Pontífice faltará á ella. Por otra parte, no he venido yo á hacer triunfar tal ó cual partido, sino para reconciliarlos á todos, manteniendo la balanza igual entre ellos. De algun tiempo á esta parte me habeis obligado á leer la historia de la Iglesia, y he visto que en las disputas religiosas sucede lo mismo que en las políticas; porque tan hombres sois los sacerdotes como nosotros los militares ó magistrados. Solo concluyen estas por la intervencion de una autoridad bastante fuerte para obligar á los partidos á aproximarse y confundirse. Asi, pues, mezclaré algunos obispos constitucionales, con los que vos llamais fieles; elegiré á los mejores, elegiré pocos, pero algunos ha de haber. Vos los reconciliareis con la iglesia romana, yo los obligaré á someterse al Concordato, y todo irá bien. Por lo demas, es cosa resuelta, y es inútil hablar mas de ella. El gran Consul, como le llamaba el cardenal, se enardecia si se le contrariaba; y el cardenal desistia por entonces, porque le tenia á la vez cariño, admiracion y miedo; y asi decia al Santo Padre:—No irritemos á este hombre, pues él solo nos sostiene en este pais, donde todos están contra nosotros.

El Papa queria que no hubiera sacerdotes constitucionales entre los nuevos Obispos.

Si se entibiase por un instante su celo, ó si por desgracia llegase á morir, concluiria la religion en Francia.—Aun cuando el cardenal no salia adelante con su intento se esforzaba, sin embargo, en aparecer satisfecho, porque el general Bonaparte queria ver á todos alegres, y se ponia de mal humor cuando se le presentaba alguno con semblante triste. El cardenal se mostraba, pues, siempre alhagüeño, y por este medio habia encontrado el arte de agradarle. Por otra parte veia los trabajos y malos ratos que pasaba el general Bonaparte, y no queria aumentarlos. El general á su vez se esforzaba para explicar al cardenal cuan susceptible y recelosa es la condicion francesa, y á pesar de su poder, hacia tantos esfuerzos para convencerle, como podia hacerlo el cardenal para atraerle á sus miras. Impaciente un dia con las instancias del legado, le impuso silencio con estas palabras á la vez graciosas y profundas.—Callad, le dijo, cardenal Caprara; ¿teneis el don de hacer milagros? le teneis?..... en este caso empleadle y me hareis un gran servicio. Si no le teneis, dejadme obrar; y puesto que me encuentro reducido á los medios humanos, permitidme que use de ellos como yo lo entiendo, para salvar la Iglesia.

Es un espectáculo curioso y admirable el que encierra la correspondencia del cardenal Caprara, que se conserva integra, y por la cual se ve como aquel guerrero poderoso desplegaba á la vez una finura, una gracia y una vehemencia extraordinaria para persuadir á aquel antiguo teólogo y diplomático cardenal. Ambos habian llegado asi hasta el dia en que iba á publicarse el Concordato, sin haber podido convencerse el uno al otro. M. Portalis, que solo en este particular era del parecer de la Santa Sede, no se atrevió, como deseaba al principio, á excluir del todo á los constitucionales de las propuestas para las sesenta sedes que habia que proveer, pero solo presentó á dos de ellos. Habiéndose puesto de acuerdo con el cura Bernier, respecto á los nombramientos que debian hacerse en el clero ortodoxo, propuso los miembros mas eminentes y sábios del antiguo episcopado, y en bastante número á curas dignos de aprecio, y distinguidos por su piedad, moderacion y los muchos y continuados servicios que habian prestado durante el terror. Decia, con el clérigo Bernier, que no nombrar á ninguno de los antiguos Obispos, y si solo á curas, para que ocupasen las nuevas sedes, seria crear un clero demasiado nuevo, y demasiado desprovisto de autoridad: y que por el contrario, nombrar solo á antiguos Obispos para todas las sedes, seria dejar demasiado en olvido al clero inferior, que habia hecho notables servicios durante la Revolucion, y cuya legitima ambicion quedaria gravemente ofendida. Este modo de pensar era muy juicioso y agradó al primer Cónsul, pero manifestó no estar conforme en cuanto á que solo hubiese dos prelados constitucionales. —De las sesenta sedes, dijo, quiero dar la quinta parte al clero de la Revolucion, es decir, doce. Dos de los diez arzobispados, y diez de los cincuenta obispados serán para los Constitucionales; lo que no me parece mucho.—Despues de haberse puesto de acuerdo con MM. Portalis y Bernier, hizo con ellos las elecciones mas acertadas, si se exceptuan una ó dos. Mr. de Belloy, obispo de Marsella, prelado el mas anciano y respetable de la antigua iglesia de Francia, digno ministro de una Religion de caridad, y que á su venerable aspecto unia la piedad mas juiciosa, fue nombrado Arzobispo de Paris. M. de Cicé, antiguo guarda-sellos en el reinado de Luis XVI, y arzobispo en otro tiempo de Burdeos, hombre de firmeza y político fué promovido al Arzobispado de Aix. M. de Boisgelin, señor de elevado nacimiento, sacerdote ilustrado, instruido y amable, antiguo Arzobispo de Aix, pasó á serlo de Tours. M. de La Tour-du-Pin, antiguo Arzobispo de Auch, recibió el obispado de Troyes, y este prelado, ilustre por su saber no menos que por su nacimiento, tuvo la modestia de aceptar un puesto tan inferior al que dejaba; pero mas tarde le recompensó el primer Cónsul con el capelo de Cardenal. M. de Roquelaure, antes Obispo de Senlis, y uno de los prelados mas distinguidos de la antigua Iglesia, por hermanar un trato ameno con buenas costumbres, obtuvo el arzobispado de Malinas. M. Cambacérès, hermano del segundo Cónsul recibió el arzobispado de Rouen. El clérigo Fesch, tio del primer Cónsul, sacerdote orgulloso, que cifraba

Nombramientos para ocupar las sedes de la nueva demarcacion.

toda su gloria en oponerse á todos los planes de su sobrino, fue nombrado Arzobispo de Leon, es decir, Primado de las Galias; M. Lecoz, Obispo constitucional de Rennes, sacerdote de buenas costumbres, pero jansenista ardiente y molesto, fue nombrado Arzobispo de Besanzon. M. Primat, Obispo constitucional de Leon, padre de la antigua congregacion del Oratorio, sacerdote instruido y afable, y que habia dado escándalos sensibles, respecto al cisma, pero ninguno en cuanto á sus costumbres, fue promovido al arzobispado de Tolosa. Un cura distinguido, M. de Pancemont, que habia trabajado mucho en el asunto de las dimisiones, fue sacado de la parroquia de San Sulpicio, para ser enviado á Vannes como Obispo. Por último, el clérigo Bernier, el célebre cura de Saint-Laud de Angers, el antiguo y oculto sustentador de la guerra de la Vendée, despues su pacificador, y agente del primer Cónsul en la negociacion del Concordato, recibió el obispado de Orleans. No estaba esta sede en relacion con el gran influjo que el primer Cónsul le habia dejado tomar en los negocios de la iglesia de Francia, pero el clérigo Bernier conocia que iban unidos á su nombre los recuerdos de la guerra civil, y no le permitian que se elevase repentinamente y de un modo demasiado notable; y que el poder real y efectivo que gozaba valia mucho mas que los honores exteriores. Por otra parte le destinaba el primer Cónsul el capelo de Cardenal.

Cuando estos nombramientos, que aunque resueltos, no debian publicarse, sino despues de haberse convertido el Concordato en ley del Estado, fueron comunicados al Cardenal Caprara, opuso este la mayor resistencia, y hasta llegó á derramar algunas lágrimas, diciendo que no tenia poderes para tanto, aunque los habia recibido de Roma absolutos, y hasta la facultad extraordinaria de confirmar á los nuevos Prelados, sin necesidad de recurrir á la Santa Sede. MM. Portalis y Bernier le declararon que la voluntad del primer Cónsul era irrevocable, y que era preciso, ó someterse ó renunciar á la solemne restauracion de los altares, prometida para dentro de pocos dias. Sometióse entonces el Cardenal escribiendo al Papa, que la salvacion de las almas, que habrian quedado privadas de Religion si hubiera insistido en su empeño habia podido mas en su ánimo que el interes del clero fiel.—Sé que se me censurará, decia al Santo Padre, pero he obedecido á la que he creido ser voz del cielo.—

Consintió, pues, reservándose exigir de los constitucionales nuevamente elegidos una retractacion, que pusiese á cubierto aquella última condescendencia de la Santa Sede.

Hallándose ya todo dispuesto, el primer Cónsul mandó presentar el Concordato al Cuerpo Legislativo, para que fuese votado como una ley, segun lo prescripto en la Constitucion. Al Concordato iban unidos los artículos orgánicos. El primer dia de la legislatura extraordinaria, 5 de Abril de 1802 (15 de Germinal), los consejeros de Estado, Portalis, Regnier y Regnault de Saint-Jean-d'Angely presentaron dicho Concordato al Cuerpo Legislativo, quien á causa de no celebrar sus sesiones cuando el tratado de Amiens firmado el 25 de Marzo fue conocido en Paris, no habia sido del número de las autoridades que se habian presentado á felicitar al primer Cónsul; por lo cual se propuso en aquella primera sesion que se enviase á este una diputacion de veinte y cinco miembros para felicitarle con motivo de la paz general. En dicha proposicion no se hizo mencion siquiera del Concordato, lo que prueba el espíritu de la época, que dominaba hasta en el seno del Cuerpo Legislativo recien renovado. La diputacion se presentó al primer Cónsul el 6 de Abril (16 de Germinal).

Alocucion del primer Cónsul á una diputacion del Cuerpo Legislativo relativo al Concordato.

«Ciudadano Cónsul, dijo el presidente del Cuerpo Legislativo; la primera necesidad del pueblo frances, combatido por la Europa, era la victoria, y vos habeis salido vencedor: su mas ardiente deseo despues de la victoria era la paz, y vos se la habeis proporcionado. ¡Cuantas glorias encierra lo pasado y cuantas esperanzas nos hace concebir para lo venidero! Y todo esto es obra vuestra. Gozad, pues, del esplendor y la felicidad que la República os debe!.....» El presidente terminaba su alocucion expresando con mucho fuego y entusiasmo el reconocimiento nacional, pero sin ha-

blar ni una palabra respecto al Concordato. El primer Cónsul quiso aprovechar la ocasion para darle una especie de leccion sobre aquella materia, no hablando mas que del Concordato, á personas que solo lo habian hecho del congreso de Amiens. «Os doy gracias, dijo á la comision del Cuerpo Legislativo, por los sentimientos que habeis manifestado. Vuestros trabajos en la presente legislatura van á empezar por el mas importante de todos, cual es el que tiene por objeto hacer que desaparezcan las cuestiones religiosas, cuyo término anhela la Francia, no menos que el restablecimiento de los altares. Espero que en vuestra decision os mostrareis tan unánimes como ella; y Francia verá con la mayor alegria que sus legisladores han votado la paz de las conciencias y la paz de las familias, cien veces mas importante para la dicha de los pueblos, que la paz porque os presentais á felicitar al gobierno.

Aprobacion del Concordato por el Cuerpo Legislativo, y su conversion en ley del Estado.

Tan nobles palabras produjeron el efecto que esperaba el primer Cónsul; de modo que pasando el proyecto inmediatamente del Cuerpo Legislativo al Tribunado, fue examinado por este último con gravedad y favorablemente, y discutido sin exajeracion; adhiriéndose al informe de M. Simeon, y adoptándole por 78 votos contra 7. En el Cuerpo Legislativo tuvo 228 votos en pro, y 21 en contra.

El 8 de Abril (18 de Germinal) quedaron los dos proyectos convertidos en leyes. No existia ya ningun obstáculo; era Jueves, el Domingo siguiente era el de Ramos, y el otro el de Pascua de Resurreccion: el primer Cónsul quiso dedicar aquellos dias solemnes de la Religion Católica á la gran festividad del restablecimiento del culto. Todavia no habia sido recibido de oficio el Cardenal Caprara como Legado de la Santa Sede, y se señaló para dicha recepcion oficial el dia siguiente, Viernes. Es costumbre de los Legados *à látere* llevar delante de sí la cruz de oro, en señal del poder extraordinario que la Santa Sede delega en los representantes de aquella categoria, y queriendo el Cardenal Caprara, conforme á los deseos de su corte, que el ejercicio del culto se hiciese en Francia todo lo mas pública y manifiestamente que fuese posible, pidió, que segun costumbre, el dia en que fuese á las Tullerias, llevase delante de él la cruz un oficial vestido de encarnado, y montado á caballo. Este era un espectáculo que se temia dar al pueblo de Paris; y para evitarlo se convino que dicha cruz iria en uno de los carruages que debian preceder al del Legado.

Recepcion oficial del Cardenal Caprara como Legado *à látere*.

El Viernes 9 de Abril (19 de Germinal) el Cardenal Legado se dirigió con la mayor pompa á las Tullerias en los coches del primer Cónsul, escoltado por la guardia consular, y precedido por la cruz, que iba en uno de los carruages. Recibiòle el primer Cónsul á la cabeza de una numerosa comitiva, compuesta de sus cólegas, de varios consejeros de Estado, y de un brillante Estado mayor. El Cardenal Caprara, cuyo exterior era afable y grave, dirigió al primer Cónsul un discurso, en el cual iba mezclada la dignidad con la expresion del reconocimiento; y en seguida prestó el juramento convenido de no hacer nada contrario á las leyes del Estado, y de cesar en sus funciones al momento que se le requiriese á ello. El primer Cónsul le contestó en términos muy elevados, con la intencion de que resonasen fuera mas bien que dentro del palacio de las Tullerias.

Aquella manifestacion exterior era la primera de todas las que se preparaban, y pasó desapercibida, porque no hallándose advertido el pueblo de Paris, no pudo ceder á su acostumbrada curiosidad. A los dos dias siguientes era el Domingo de Ramos. El primer Cónsul habia ya logrado que el Cardenal aprobase el nombramiento de algunos de los principales Prelados, y queria que se les consagrase el Domingo de Ramos, para que pudiesen oficiar al siguiente de Pascua en la gran solemnidad que tenia proyectada. Eran aquellos MM. de Belloy, nombrado Arzobispo de Paris; de Cambacérès, Arzobispo de Rouen; Bernier, Obispo de Orleans, y Pancemont, Obispo de Vannes. La iglesia de Ntra. Señora estaba ocupada todavia por los constitucionales, que conservaban las llaves, y fue necesario una órden formal para obligarlos á que las entrega-

Consagracion de los cuatro primeros obispos verificada el Domingo de Ramos.

sen. Este templo magnífico se hallaba en un estado muy triste de deterioro; y nada habia dispuesto para la consagracion de los cuatro Prelados; pero se proveyó á esta necesidad á favor de una cantidad que suministró el primer Cónsul; si bien no se pudo hacer todo como se hubiera deseado, pues llegó el dia de la ceremonia, sin que hubiese dispuesto aun un lugar que sirviese de sacristia, siendo necesario emplear para este uso una de las casas inmediatas. Los nuevos Prelados se revistieron con sus ornamentos pontificales, y en aquel trage atravesaron la plaza en que se halla situada la catedral. Noticioso el pueblo de que se preparaba una gran ceremonia, habia acudido á aquel sitio, y presenciaba el acto con aspecto tranquilo y respetuoso. La presencia del venerable Arzobispo Belloy era tan noble y magestuosa que cautivó los corazones sencillos de aquella multitud; y todos, hombres y mugeres se inclinaron á su paso con respeto. La iglesia estaba llena de los numerosos cristianos que habian lamentado las desgracias de la Religion, y que no perteneciendo á ningun partido, recibian con reconocimiento el presente que aquel dia les hacia el primer Cónsul. La ceremonia fue edificante por lo mismo que carecia de toda pompa, y por el mismo sentimiento que la presidia. Los cuatro Prelados fueron consagrados con las ceremonias que en semejantes casos se acostumbran.

En aquel momento era general la satisfaccion de las masas, y por lo tanto habia la seguridad de que el gran acto fijado para el Domingo siguiente mereceria la aprobacion pública. Si se exceptúa á los hombres de partido, revolucionarios preocupados en su sistema, ó realistas facciosos, quienes veian escaparse de sus manos la palanca con que verificaban los trastornos, todo el mundo aprobaba lo que estaba aconteciendo, y el primer Cónsul podia ya reconocer que sus miras eran mas justas que las de sus consejeros.

Te Deum solemne cantado en Nuestra Señora el mismo dia de Pascua para celebrar la paz general y el restablecimiento del culto.

El siguiente Domingo, Pascua de Resurreccion, fue el destinado para cantar un solemne *Te Deum*, en celebridad de la paz general y de la reconciliacion con la Iglesia; cuya ceremonia fue anunciada por la autoridad pública, como una verdadera fiesta nacional, publicándose por medio de programas. El primer Cónsul quiso asistir á ella, acompañado de los personages mas elevados del Estado. Por conducto de las damas de palacio hizo saber á todas las esposas de los empleados de alta categoría, que satisfarian uno de sus mas ardientes deseos presentándose en la iglesia metropolitana el dia que se cantase el *Te Deum*. En su mayor parte no se hicieron mucho de rogar; pues ya se sabe los frivolos motivos que se unen á los mas piadosos para aumentar la concurrencia en esas solemnidades religiosas; y asi fue, que las mugeres mas brillantes de Paris obedecieron al primer Cónsul. Las principales de entre ellas habian sido invitadas á presentarse en las Tullerias para acompañar á Madama Bonaparte en los carruages de la nueva corte.

El primer Cónsul habia mandado seriamente á sus generales que le acompañasen; cosa bastante dificil, pues se decia en público que respecto á este punto usaban todos un lenguaje indecoroso, y hasta insubordinado. Ya se ha visto como se conducia Lannes. Augereau á quien se toleraba en Paris, era en aquel momento uno de los que se expresaban con menos decoro; y por lo tanto fue comisionado por sus compañeros para que hiciese presente al primer Cónsul el ánimo en que se hallaban de no presentarse en la iglesia de Nuestra Señora. Noticioso de ello el general Bonaparte quiso recibir á Augereau en sesion Consular, es decir, en presencia de los cónsules y de los ministros. Presentóse Augereau y le expuso su mensage; pero el primer Cónsul le llamó á su deber con esa altivez que sabia usar cuando mandaba, sobre todo á militares; le hizo conocer lo impremeditado de aquel paso, y le recordó que el Concordato era una ley del Estado; que las leyes obligaban á todos los ciudadanos, asi á los militares como hasta el último individuo; que por lo demas, él vigilaria en que fuese acatada por todos, segun era su deber en su doble calidad de general y de magistrado; que solo al gobierno y no á los oficiales del ejército tocaba juzgar la conveniencia de la ceremonia dispuesta para el dia de Pascua; que todas las autoridades habian recibido la órden

de asistir, y que todas, asi civiles como militares obedecerian; que en cuanto á la dignidad del ejército era él tan celoso y buen juez como el que mas, de sus compañeros de armas, y que estaba seguro de no comprometerla asistiendo personalmente á las ceremonias de la Religion, y, sobre todo, que no les tocaba á ellos deliberar, sino obedecer una órden, y que por lo tanto esperaba verlos á todos el Domingo en la iglesia metropolitana. Augereau no contestó; volviendo al lado de sus compañeros avergonzado de haber cometido una ligereza, y resuelto á obedecer.

Ultimas dificultades que suscita el Cardenal Caprara la víspera del dia en que debe celebrarse la ceremonia, relativas á los Obispos elegidos entre los constitucionales.

Hallábase todo dispuesto, cuando en los últimos instantes, la secreta intencion que tenia oculta el Cardenal Caprara, pareció iba á dar al traste con los nobles proyectos del primer Cónsul. Habiéndose presentado los Obispos elegidos entre los constitucionales en casa del Cardenal Caprara para el proceso de informacion que se hace cuando se presenta un Obispo á la Santa Sede, el Cardenal quiso exigirles una retractacion, en la cual abjurasen sus antiguos errores, calificando del modo mas injurioso su adhesion á la constitucion civil del clero. Este paso era humillante, no solo para ellos sino para la misma Revolucion; pero advertido el primer Cónsul, les mandó que no cediesen de ningun modo, prometiendo apoyarlos, y obligar al representante de la Santa Sede á que renunciase á pretensiones tan poco cristianas. El Cardenal Caprara no habia hallado otra excusa á su condescendencia en instituir á los que llamaba *intrusos*, que exigirles una retractacion formal de su pasada conducta; pero el primer Cónsul no lo entendia asi.=Cuando yo acepto por Obispo, decia, al cura Bernier, al apóstol de la Vendée, bien puede el Papa aceptar algunos jansenistas ó individuos de la Congregacion del Oratorio, cuya única falta ha sido adherirse á la Revolucion.=Por lo tanto, mandó á estos que no hiciesen mas que una simple declaracion, en que manifestasen su adhesion al Concordato y á los deseos de la Santa Sede consignados en aquel tratado; pues sostenia, y con razon, que conteniendo el Concordato los principios en que se habian puesto de acuerdo la Iglesia francesa y la romana, no se podia exigir mas, sin dar una muestra evidente de querer humillar á un partido en provecho de otro, lo que no consentiria de ningun modo.

El sábado en la noche, víspera del dia de Pascua, aun duraba esta disputa; y para ponerla de una vez fin, M. Portalis recibió la órden de anunciar al Cardenal Caprara, que si insistia por mas tiempo en la retractacion que solicitaba hiciesen los constitucionales, no tendria lugar la ceremonia del siguiente dia, ni se publicaria el Concordato, quedando desde luego sin efecto. Esta resolucion era formal; pues si bien el primer Cónsul se mostraba muy condescendiente con la Iglesia, sin embargo no queria ceder en los puntos que le parecian comprometer su idea, es decir la fusion de todos los partidos: tampoco ignoraba que para ser conciliador es necesario mostrarse enérgico, porque casi tanto cuesta hacer transigir á los partidos como vencerlos.

El Cardenal Caprara cede al fin respecto á los Constitucionales.

El Cardenal cedió al fin, ya muy entrada la noche; quedando convenido que los nuevamente elegidos entre el clero constitucional sufririan ante el Legado su proceso de informacion, harian profesion de viva voz de que se reconciliaban sinceramente con la Iglesia, y en seguida se declararia que se habian reconciliado, sin manifestar cómo ni en qué términos. El caso es que no se llevase á efecto la retractacion que se solicitaba.

Publicáse el Concordato el dia de Pascua.

Al dia siguiente Domingo de Pascua de Resurreccion 18 de Abril de 1802 (28 de Germinal del año X) se publicó el Concordato en todos los barrios de París con gran aparato y por las principales autoridades. Mientras que esto se verificaba en las calles de la capital, el primer Cónsul que queria solemnizar en aquel mismo dia todas las venturas que obtenia la Francia, cangeaba en las Tullerias las ratificaciones del tratado de Amiens. Cumplida esta importante formalidad se dirigió á Nuestra Señora, acompañado de los primeros cuerpos del Estado, y de un gran número de empleados de todas

categorias, de un brillante estado mayor, y de muchas señoras de alto rango que acompañaban á madama Bonaparte: componiendo este magnífico cortejo una larga fila de carruajes. Las tropas de la primera division militar reunidas en Paris cubrian la carrera desde las Tullerias hasta la iglesia metropolitana. El Arzobispo de Paris salió en procesion á recibir al primer Cónsul á la puerta de la iglesia, y presentarle el agua bendita, siendo en seguida conducido bajo el palio al sitio que le estaba reservado. El Senado, el Cuerpo Legislativo y el Tribunado, estaban colocados á ambos lados del altar; y detras del primer Cónsul se hallaban de pié los generales, vestidos de gran uniforme mas obedientes que convertidos, y afectando algunos un porte poco decoroso. En cuanto á él, vestido con el uniforme encarnado de los Cónsules, inmóvil y con el semblante severo, no manifestaba ni la distraccion de los unos, ni el recogimiento de los otros. Estaba tranquilo, grave, en la actitud de un gefe de gobierno que está verificando un gran acto de voluntad, é imponiendo con una mirada la sumision á todo el mundo.

La ceremonia fue larga y digna de su objeto, á pesar de la mala disposicion de la mayor parte de aquellos á quienes se habia obligado á presenciarla. Por lo demás el efecto debia ser decisivo, porque una vez dado el ejemplo por el hombre imponente de la época, todas las antiguas costumbres religiosas iban á aparecer de nuevo, y á desvanecer todas las resistencias.

Aquella fiesta tenia dos motivos; el restablecimiento del culto, y la paz general. Como era natural todos estaban satisfechos; y el que no abrigaba en su corazon las malas pasiones de los partidos, gozaba con la felicidad pública. Diéronse aquel dia grandes convites en casa de los ministros, á los que asistieron todos los principales empleados de los diferentes ramos de la administracion. Los representantes de las potencias estaban convidados en casa del ministro de relaciones extrangeras. Hubo tambien un banquete suntuoso en el palacio del primer Cónsul, al cual asistieron el Cardenal Caprara, el Arzobispo de Paris, los principales de los Obispos electos del nuevo clero, y los personages mas elevados del Estado. El primer Cónsul habló largo rato con el Cardenal, manifestándole el gozo que sentia por haber llevado á cabo tan grande obra. Estaba orgulloso de su valor y de su triunfo: solo una nube ligera habia oscurecido por un instante su noble frente: y esto habia sido al ver á ciertos generales cuya actitud y lenguage en aquella circunstancia habia sido poco decorosa; pero supo expresarles su descontento con una firmeza que no admitia réplica, y que no dejaba temor de que volviesen á reincidir en su falta.

Obra de M. de Chateaubriand sobre el Genio del Cristianismo.

Para completar el efecto que el primer Cónsul habia querido causar en el ánimo de todos, aquel mismo dia daba cuenta M. de Fontanes en el *Moniteur*, de un libro nuevo que en aquel momento llamaba extraordinariamente la atencion, titulado *El genio del Cristianismo*. Esta obra escrita por un jóven caballero breton llamado M. de Chateaubriand, pariente de los *Malesherbes*, y ausente por mucho tiempo de su patria, describia con inmensa brillantez las bellezas del cristianismo, y realzaba el lado moral y poético de las prácticas religiosas, objeto hacia veinte años de la burla mas amarga. Criticado violentamente por MM. Chénier y Ginguené, que censuraban los colores falsos y sumamente exagerados que lo adornaban, y sostenido con pasion por los partidarios de la restauracion religiosa, el *Genio del Cristianismo*, como todas las obras notables, muy alabado, y muy atacado, producia una impresion profunda, porque expresaba un sentimiento verdadero, y muy general entónces en la sociedad francesa, cual era el sentimiento singular é indefinible de lo que no existe, de lo que se ha despreciado ó destruido cuando se le poseia, y de lo que se desea con tristeza cuando se ha perdido. ¡Tal es el corazon humano! Lo que es, lo que existe, le fatiga ú oprime; y lo que ha cesado de ser, adquiere de repente un atractivo irresistible. Las costumbres sociales y religiosas de los antiguos tiempos, odiosas y ridículas en 1789 porque estaban en toda su fuerza, y porque eran ademas muy á menudo opresoras, ahora que el siglo XVIII, cambiado hácia su fin en un torrente impetuoso, se las habia llevado en su curso devastador, volvian al recuerdo de una generacion agitada, y conmo-

vian su corazon dispuesto á las emociones por los sucesos trágicos de quince años de horrores. Impregnada la obra del jóven escritor de ese sentimiento profundo, conmovia violentamente los ánimos, y habia sido acogida con marcado favor por el hombre que entónces dispensaba todas las glorias. Cierto es que si aquella composicion no descubria el gusto puro y la fe sólida y sencilla de los escritores del siglo de Luis XIV, pintaba de un modo encantador las antiguas costumbres religiosas que ya no existian. Sin duda se podia censurar en dicha obra el abuso de una imaginacion lozana; pero despues de Virgilio y de Horacio, ha quedado en la memoria de los hombres un lugar para el ingenioso Ovidio y para el brillante Lucano; y así, de todos los libros de aquella época solo vivirá el *Genio del Cristianismo*, porque se halla fuertemente enlazado con una época memorable, y vivirá como los frisos esculpidos en el mármol de un edificio viven con el mismo monumento á que sirven de adorno.

Al llamar á los sacerdotes al altar, haciéndolos salir de los oscuros retiros donde practicaban su culto, y conspiraban á menudo contra el gobierno, el primer Cónsul habia reparado uno de los desórdenes mas sensibles de la época, y satisfecho una de las mayores necesidades morales de toda sociedad; pero aun quedaba otro desórden de no menos tristes consecuencias, que daba á la Francia el aspecto de un pais desgarrado por las facciones, cual era el destierro de un número crecido de franceses que vivian en el extrangero, sumidos en la indigencia, odiando á veces á su patria, y recibiendo de los gobiernos enemigos el pan que muchos pagaban con acciones indignas contra la Francia. El destierro es una invencion horrorosa de la discordia, que hace infeliz al que le sufre, desnaturaliza su corazon, le pone en la necesidad de recibir una limosna del extrangero, y pasea por lejanas tierras el aflictivo espectáculo de las turbulencias de su pais. Por lo tanto, de todas las huellas de una Revolucion, es la que se debe borrar antes que ninguna otra; y así, el general Bonaparte consideraba la vuelta de los emigrados como el complemento indispensable de la pacificacion general. Era un acto reparador, y estaba impaciente por arrostrar todas las dificultades que se le opusieran, y tener la gloria de llevarlo á cabo. Respecto á los emigrados existia ya un sistema para permitirles volver, pero muy incompleto, muy parcial, muy irregular y con todos los inconvenientes de una medida general, pero sin el lustre de benéfico que podia tener: este sistema era el de borrar de las listas de los emigrados á los que tenian mas favor ó empeño, bajo el pretexto de que habian sido inscriptos indebidamente: y de este modo no eran siempre los amnistiados los hombres mas dignos de serlo ni los que debian inspirar mas interes.

Llámase á los emigrados

El primer Cónsul formó, pues, la resolucion de que volviesen todos los emigrados, salvo ciertas excepciones. Esta medida encontraba grandes dificultades: en primer lugar todas las constituciones, y en particular la Consular decian terminantemente que nunca se consentiria que los emigrados volviesen á Francia, para tranquilizar por este medio á los compradores de bienes nacionales, gente muy recelosa, y que reputaba como necesario á su seguridad, el destierro de los antiguos poseedores de sus bienes. Pero considerándose el primer Cónsul como el mas firme apoyo de aquellos compradores, y habiendo manifestado siempre la firme voluntad de defenderlos, siendo él solo en el mundo quien tenia poder para tanto; se creia bastante fuerte con la confianza que inspiraba á todos, para poder abrir las puertas de Francia á los emigrados. Así, pues, hizo preparar una resolucion, cuya primera cláusula declaraba irrevocablemente legítimas las ventas hechas por el Estado á los compradores de bienes nacionales; y tras ella seguia otra por la cual se disponia la vuelta á Francia de todos los emigrados; si bien, quedando sometidos á la vigilancia de la alta policia, y sometiendo á la misma por toda su vida, aquellos que aunque fuese una sola vez diesen motivo á ella. Sin embargo, en aquella medida general habia algunas excepciones, pues se negaba el permiso de volver, á los gefes de las facciones armadas contra la República; á los que habian obtenido algun gra-

Disposiones principales que constituian la medida de levantar el destierro á los emigrados.

do en los ejércitos enemigos; á los que hubiesen conservado empleos ó títulos en la servidumbre de los príncipes de Borbon; á los generales ó representantes del pueblo que hubiesen entrado en pacto con los enemigos (lo cual se referia al general Pichegrú y á algunos individuos de los cuerpos legislativos), y por último, á los Obispos y Arzobispos que se habian negado á presentar su dimision, solicitada por el Papa. El número de los excluidos era de poca consideracion.

La cuestion mas difícil de resolver era la que se suscitaba respecto á los bienes de los emigrados, que aun no habian sido vendidos; porque si con razon se declaraban inviolables las ventas hechas por el Estado, podia, no obstante, parecer muy duro que no se restituyesen á los emigrados los bienes que aun permanecian intactos en manos del gobierno.—Nada hago, decia el primer Cónsul si al volver á los emigrados á su patria no les devuelvo su patrimonio. Quiero borrar las huellas de nuestras guerras civiles, pero si al llenar la Francia de emigrados que están en la indigencia, permanecen sus bienes secuestrados, creo una clase de descontentos que no nos dejará ningun descanso. Ademas, ¿quién ha de comprar estos bienes en presencia de sus antiguos propietarios?—El primer Cónsul resolvió, pues, devolverles los bienes no vendidos, excepto las casas ó edificios destinados á algun servicio público.

Discusion en el Consejo privado sobre la vuelta de los emigrados.

Redactada así dicha resolucion fue sometida á un consejo privado compuesto de los Cónsules, de los ministros, y de algunos consejeros de Estado y senadores. La discusion fue viva y acalorada, porque aquella medida excitaba recelos á muchos de los que formaban la reunion. Sin embargo, el ímpetu general hácia todas las medidas reparadoras, cuya tendencia era borrar las huellas de nuestros trastornos, el prestigio de la paz general, y la positiva voluntad del primer Cónsul, todas estas causas reunidas influyeron en la adopcion del principio mismo que consignaba la entrada de los emigrados en su patria. Con todo, hubo el mayor empeño en que se insertase en aquella resolucion la palabra amnistía, para conservar á la emigracion el carácter de un acto criminal, que la nacion victoriosa y feliz queria olvidar; pero el primer Cónsul que deseaba hacer todas las cosas de un modo completo, se negó á emplear la palabra amnistía, diciendo que no se debia humillar á las personas á quienes se queria reconciliar con la Francia, y que tratarlos como criminales á quienes se concede el perdon era humillarlos en extremo. Contestáronle que el órigen de la emigracion habia sido un crimen, porque habia tenido por objeto principal combatir á su patria, y que por lo tanto debia quedar condenada por las leyes. Respecto á los bienes de los emigrados se empeñó una acalorada discusion. Los consejeros allí presentes rechazaron obstinadamente que se devolviesen los montes y plantíos, declarados inenagenables por la ley de 2 de Nevoso del año IV; porque á su modo de ver era poner en manos de los principales emigrados inmensas riquezas, y privar al Estado de un valor enorme, y sobre todo de bosques de una utilidad indispensable para el servicio de la guerra y de la marina. Apesar de todos sus esfuerzos se vió el primer Cónsul obligado á ceder, conservando así, sin imaginárselo siquiera, uno de los medios mas poderosos para influir en la antigua nobleza francesa, y el que le sirvió despues para atraérsela casi toda, restituyendo individualmente sus bienes, á los emigrados que se sometian á su gobierno.

Modificada así la resolucion quedaba por saber cómo se le daria un carácter legal. No se queria que fuese una ley, pues habia empeño en darle un carácter mas elevado, si era posible. Discurrióse, pues, hacerla objeto de un senado-consulto orgánico; y como en semejante medida se tocaba á la Constitucion misma, parecia por esto ser mas propia del Senado. Ya este cuerpo, por haber autorizado dos hechos de gran importancia, el que habia proscripto á los jacobinos, acusados falsamente como autores de la máquina infernal, y el que habia interpretado el artículo 38 de la Constitucion, excluyendo de los Cuerpos Legislativos á los que hacian la oposicion, se habia adquirido una especie de poder superior al de la misma Constitucion, por haber legitimado, ya las medidas estraordinarias, ya las nuevas disposiciones constitucionales que el gobierno habia creido necesarias. Ademas, despues de ha-

ber consumado actos de rigor, debia ser agradable al Senado el encargarse de llevar á cabo un acto de clemencia nacional. Decidióse, pues, que la resolucion que permitia á los emigrados volver á su patria, seria discutida primero en el Consejo de Estado, como lo eran los reglamentos, las leyes y los senados-consultos, y sometida despues al Senado para ser en él discutida como medida que pertenecia á la Constitucion misma.

La medida de que vuelvan los emigrados es objeto de un senado-consulto.

Asi se ejecutó todo. El proyecto de amnistia discutido en el Consejo de Estado el 16 de Abril (26 de Germinal) antevíspera de la publicacion del Concordato fue presentado diez dias despues al Senado el 26 de Abril de 1802 (6 de Floreal), y aprobado sin discusion alguna, fundándole en motivos muy notables.

«Considerando, decia el Senado, que »la medida propuesta está dictada por el »estado actual de las cosas, por la jus»ticia, y por el mismo interes nacional, »y que está conforme con el espíritu de »la Constitucion;

«Considerando que en las diferentes »épocas en que se han publicado leyes »contra la emigracion, la Francia des»pedazada por divisiones intestinas, sos»tenia casi contra toda la Europa una »guerra de que no hay ejemplo en la »historia, y la cual hacia necesarias me»didas rigorosas y extraordinarias;

«Que hallándose en el dia la Francia »en paz con los extrangeros, importa »cimentarla en el interior, valiéndose de »todos los medios que puedan unir á los »franceses, tranquilizar las familias, y »hacer olvidar los males inseparables de »una larga Revolucion;

Que nada puede conciliar mejor la »paz en el interior que una medida que »atempere la severidad de las leyes, y »haga cesar las incertidumbres y las di»laciones que resultan de las formas es»tablecidas para borrar á los emigrados »de las listas;

«Considerando que esta medida no pue»de ser mas que una amnistia, por la »cual quede perdonado el mayor número, »mas bien extraviado que criminal, al »mismo tiempo que haga recaer el cas»tigo sobre los grandes culpables, deján»dolos definitivamente inscritos en la lis»ta de los emigrados;

«Que semejante amnistía inspirada por »la clemencia, no es concedida, sin em»bargo, sino con condiciones justas en »si mismas, eficaces para que no se pue»dan concebir temores respecto á la »tranquilidad pública, y sábiamente com»binadas con el interes nacional;

«Que algunas disposiciones particulares »de la amnistia, aseguran de nuevo, el »defender de todo ataque los actos hechos »con la República, y garantizan la venta »de los bienes nacionales, cuyo mante»nimiento será siempre un objeto par»ticular de la solicitud del Senado con»servador, asi como lo es de la de los »Cónsules: el Senado adopta la resolu»cion que se le propone."

Este animoso acto de clemencia, debia merecer la aprobacion de todos los hombres cuerdos, que sinceramente deseaban el fin de nuestras turbulencias civiles. Gracias á las nuevas garantías dadas á los compradores de bienes nacionales, gracias á la confianza que les inspiraba el primer Cónsul, esta última medida del gobierno no les causó mucha inquietud, y satisfizo á los hombres honrados, por fortuna los mas numerosos, del partido realista, que recibian sin despecho el bien que se les hacia. En ellos no encontró la ingratitud que en los emigrados principales que vivian en los salones de Paris, pagando con un lenguaje detestable los beneficios del gobierno; pues segun estos era aquel acto insignificante, incompleto, injusto porque hacia distinciones entre las personas, y no restituia los bienes de los emigrados, vendidos ó no vendidos. Necesario era, pues, pasarse sin la aprobacion de aquellos fatuos declamadores; y sin embargo, tan ávido era de gloria el primer Cónsul, que estas miserables críticas turbaban á veces el placer que le causaba la aprobacion general de Francia y Europa.

Pero su ardiente deseo de hacer bien no dependia de la alabanza ó de la crítica, y apenas habia llevado á cabo el gran acto de que hemos hecho mencion, cuando empezó á preparar otros de la mayor importancia política y social. Libre de los obstáculos que presentaba á su fecunda actividad la resistencia del Tribunado, se hallaba resuelto á concluir ó adelantar en gran manera durante aquella legislatura extraordinaria de Germinal y de Floreal, la reorganizacion de la Francia. Necesario es mani-

festar sus ideas respecto á este particular.

Por los actos ya conocidos del primer Cónsul y especialmente por el del restablecimiento del culto, es fácil adivinar cual era la ordinaria tendencia de su espíritu, y su modo peculiar de pensar en las cuestiones de organizacion social. En general se sentia dispuesto á contradecir los sistemas menguados ó exagerados de la Revolucion, ó, para hablar con mas exactitud, de algunos revolucionarios; porque en sus primeros ímpetus, siempre habia sido la Revolucion generosa y atinada. Ella habia querido abolir las irregularidades, las extravagancias y las distinciones injustas, nacidas del régimen feudal, y en virtud de las cuales, no tenian por ejemplo, un judio, un católico, un protestante, un noble, un clérigo, un plebeyo; ó los borgoñones, provenzales y bretones, los mismos derechos y los mismos deberes, y no soportaban las mismas cargas, ni gozaban de unas mismas ventajas, ni, en una palabra, vivian sujetos á unas mismas leyes. Hacer de todos aquellos franceses, cualquiera que fuese su Religion, su nacimiento, su provincia, ciudadanos iguales en derechos y en deberes, y aptos para todos los destinos segun su mérito, tal habia sido el objeto de la Revolucion en sus primeros ímpetus, antes que la oposicion la irritase hasta el delirio; y tal era lo que queria el primer Cónsul, despues que el delirio habia cedido su puesto á la razon. Pero aquella quimérica igualdad que por un instante habian soñado los demagogos, que debia nivelar á todos los hombres, y que apenas admitia las desigualdades naturales que provenian de la diferencia de talentos y de genio, era para él despreciable, bien fuese una quimera del espíritu de sistema, bien el producto de la envidia.

Modo de pensar del primer Cónsul respecto á la organizacion social de Francia, y proyectos que tiene para ello.

Queria, pues, que hubiese en la sociedad una gerarquia, en cuyas gradas viniesen á colocarse sin distincion de nacimientos, y solo segun su mérito, todos los hombres, y en las que quedasen colocados aquellos que hubiesen sido elevados hasta allí por sus padres, pero sin que sirviesen de obstáculo á los que pudieran elevarse á su vez.

A esta especie de regeneracion social, resultado de la misma naturaleza, y observada en todos los paises y en todas las épocas, pensaba él darle libre curso en las instituciones que queria plantear: y como todos los hombres de talento poderoso que se aplican á descubrir en el sentimiento de las masas los verdaderos instintos de la humanidad, y prefieren oponer este sentimiento, á las menguadas miras del espíritu de sistema, asi él buscaba en las disposiciones manifestadas por el pueblo ante sus propios ojos, los argumentos para sostener sus opiniones.

A los que en materia de religion le habian aconsejado que se mostrase indiferente, habia opuesto aquel movimiento popular que acababa de verificarse á las puertas de una iglesia, para obligar á los sacerdotes á que diesen sepultura á una actriz.—¡Mirad, habia dicho á los partidarios de la indiferencia, mirad como ese pueblo es indiferente! ¿Y por qué, les habia dicho tambien, por qué vosotros enmedio del mayor arrebato revolucionario proclamasteis al Ser supremo?..... Es porque en el fondo del corazon de un pueblo hay algo que le obliga á darse un Dios; no importa cual.—

Opiniones del primer Cónsul sobre las distinciones sociales.

Respecto al modo de clasificar á los hombres en la sociedad, decia á los que no querian admitir ninguna distincion: ¿Por qué, pues, habeis instituido los fusiles y los sables de honor? Esta es una distincion, y bastante ridícula por cierta, porque nadie lleva un fusil ó un sable de honor en el pecho, y en este punto lo que los hombres desean es lo que se puede ver desde lejos.—El primer Cónsul habia hecho una observacion extraña, y se la hacia notar á aquellos con quienes solia tener conferencias. Desde que la Francia, objeto de las consideraciones de la Europa, se veia llena de ministros de todas las potencias, ó de extrangeros de distincion que venian á visitarla, le habia llamado la atencion el ver la curiosidad con que el pueblo, y aun las personas de la clase media seguian á aquellos extrangeros monstrándose codiciosos por examinar sus ricos uniformes y sus brillantes condecoraciones; y en las Tullerias se reunia una inmensa multitud nada mas que para verlos salir y entrar.—¡Mirad, decia, esas vanas fruslerías que tanto desprecian

los talentos superiores! El pueblo no es de su opinion, le gustan esas bandas de todos colores, asi como le gustan las pompas religiosas. Los filósofos demócratas llaman á estas cosas vanidad, é idolatria; supongo que asi sea, pero esa idolatria y vanidad son debilidades comunes á todo el género humano, y de ambas pueden obtenerse grandes virtudes. ¡Con esos juguetes tan desdeñados se hacen héroes! Esas pretendidas debilidades necesitan signos exteriores; y asi como el sentimiento religioso necesita un culto, el noble sentimiento de la gloria necesita distinciones visibles.

Mayo de 1802.

El primer Cónsul determinó crear un órden que reemplazase las armas de honor, que tuviese la ventaja de ser comun tanto al soldado como al general, al sabio pacífico lo mismo que al militar; que consistiese en condecoraciones semejantes en su forma á las demas de Europa, y ademas en dotaciones útiles, sobre todo para el simple soldado, cuando hubiese vuelto á sus hogares. Esto era á sus ojos un medio mas para poner á la nueva Francia en relacion con los demas paises. Puesto que en toda la Europa se señalaban á la estimacion pública los servicios hechos á su pais, ¿por qué no habia de admitirse en Francia el mismo sistema?=Las naciones, decia él, lo mismo que los individuos, no deben procurar singularizarse. El afectar hacer otra cosa que lo que todos hacen, es una afectacion reprobada por las personas juiciosas, y sobre todo por las modestas. Las bandas están en uso en todos los paises, añadia el primer Cónsul, asi, pues, que lo esten tambien en Francia: será una semejanza mas que tendremos con la Europa. La diferencia consistirá en que si en Francia solo se daban, lo mismo que sucede en Europa, á los hombres de ilustre nacimiento, yo las daré á los que hayan servido mejor al Estado en el ejército ó en la administracion, y á los que hayan llevado á cabo las mejores obras en cualquier ramo ó ciencia.

La observacion que mas daba que pensar al primer Cónsul, llegando á ser en él una verdadera preocupacion, era hasta que punto se hallaban desunidos los hombres de la Revolucion, sin que existiese entre ellos ningun lazo, estando por lo mismo sin fuerzas contra sus comunes enemigos. Mientras que todos los antiguos nobles se daban las manos; mientras que los habitantes de la Vendée vivian todavia secretamente coaligados, á pesar de hallarse sin fuerzas y sometidos, y en tanto que el clero, formaba, sin embargo de estar constituido de nuevo, una corporacion poderosa, que profesaba al gobierno una amistad equívoca, los hombres que habian hecho aquella Revolucion estaban divididos, y hasta olvidados, necesario es decirlo, por la opinion ingrata y engañosa. Apenas se dejaba que las elecciones marchasen solas, cuando al momento salian á luz nuevos personages, á los cuales no se podia achacar nada bueno ni malo, ó por el contrario revolucionarios fogosos cuyo recuerdo aterrorizaba. A los ojos de una nueva generacion que no agradecia los esfuerzos de los que desde el año 89 hasta el de 1800 tanto habian hecho y sufrido para dar la libertad á Francia, la recomendacion principal era el no haber hecho nada. El primer Cónsul estaba convencido y con razon, que si se cedia á aquel movimiento, en breve no apareceria en la escena ninguno de los hombres de la Revolucion; que se veria salir una nueva clase fácil de inclinarse hácia el realismo; que cuando mas, habria en ciertos momentos una reaccion revolucionaria, que haria aparecer de nuevo á algunos hombres sanguinarios; una prueba de ello eran las elecciones verificadas en tiempos del Directorio, las cuales habian sido alternativamente realistas á la manera del club de Clichy, ó revolucionaria á la de Babœuf, y que de convulsiones en convulsiones se vendria á parar al triunfo de los Borbones y del extrangero, es decir, á la contrarevolucion pura.

De que modo queria el primer Cónsul organizar la sociedad salida de la Revolucion.

Miraba, pues, como indispensable el poner algunas trabas al movimiento de las instituciones liberales, y asegurar asi en el poder á la generacion que habia hecho la Revolucion, exceptuando solamente á algunos individuos sanguinarios, y aun á estos queria asegurarles el olvido y el sustento. Queria fundar con aquella generacion una sociedad tranquila, regular y brillante, de la cual seria el gefe, y sus compañeros de armas y demas colaboradores suyos

la clase elevada, aristocrática si se quiere, pero en una aristocracia á la que podia ascender el mérito, y en la cual quedarian colocados ellos y sus hijos, y los hombres que hubiesen prestado grandes servicios, y en donde podrian colocarse los hombres capaces de prestar servicios nuevos. Formada asi esta sociedad, segun las eternas leyes de la naturaleza, queria él ademas rodearla con todas las glorias, y embellecerla con todas las artes, para oponerla con ventaja á aquel antiguo régimen, que existia como un vivo recuerdo en la memoria de los emigrados, y como una realidad en toda la Europa; y hasta esperaba atraer á ella á los mismos emigrados cuando el tiempo los hubiera corregido, y el atractivo de los destinos elevados los alhagase, con la condicion, sin embargo, de que se presentáran no como protectores desdeñosos, sino como servidores útiles y sumisos. ¿Qué grado de libertad política concederia á aquella sociedad asi constituida? Esto es lo que ignoraba, si bien creia que en aquella época no debia concederse mucha, porque cada vez que se concedia alguna se cambiaba en una reaccion cruel, y porque ademas creia que la libertad paralizaria su genio creador. Por otra parte, poco pensaba entonces en esto; y el pais ansioso de órden solamente, tampoco le obligaba á que pensase. Queria, pues, fundar aquella sociedad segun los principios de la Revolucion francesa; darle buenas leyes civiles, y un gobierno interior poderoso; aumentar las rentas del Estado, y hacerla grande, fuerte y respetable en el exterior; es decir, concederle todos los bienes, á excepcion de uno solo; dejando á otros el cuidado de otorgarle mas tarde, ó á ella el de tomar toda la libertad que pudiera disfrutar.

Conforme á estas ideas habia imajinado su sistema de recompensas civiles y militares, y su plan de educacion

Institucion de la Legion de Honor.

Las armas de honor inventadas por la Convencion no habian tenido buen éxito porque no se adaptaban á las costumbres, y porque habian traido consigo complicaciones administrativas muy perjudiciales, á causa de concederse á unos doble paga y negarse á otros. El primer Cónsul ideó una órden militar en su forma, pero no destinada únicamente á los militares. Llamóla Legion de Honor, queriendo imprimir en la mente la idea de una reunion de hombres dedicados al culto del honor, y á la defensa de ciertos principios. Debia componerse de quince cohortes; cada cohorte de 7 oficiales superiores, 20 comendadores, 30 oficiales y 350 simples legionarios, en todos 6,000 individuos de todos grados. El juramento que se les exigia, indicaba á que causa se consagraba el que venia á formar parte de la Legion de Honor. Cada individuo prometia dedicarse á la defensa de la República, de la integridad de su territorio, del principio de la igualdad, y de la inviolabilidad de las propiedades llamadas nacionales. Por consiguiente, era una legion que cifraba su honor en hacer triunfar los principios y los intereses de la Revolucion. A cada grado iba unida una condecoracion y dotacion. Los oficiales superiores tendrian una dotacion de 5,000 francos; los comendadores de 2,000; los oficiales de 1,000, y los simples legionarios de 250. Para estos gastos debia destinarse una dotacion en bienes nacionales. Cada cohorte debia tener su residencia en la provincia donde estuviesen situados sus bienes particulares. Todas las cohortes reunidas debian ser gobernadas por un consejo superior compuesto de siete individuos: en primer lugar los tres Cónsules, y en segundo cuatro oficiales superiores elegidos el primero por el Senado, el segundo por el Cuerpo Legislativo, el tercero por el Tribunado y el cuarto por el Consejo de Estado. El consejo de la Legion de Honor, formado de este modo, debia administrar los bienes de la Legion, y entender en el nombramiento de sus individuos. Por último, lo que acababa de completar la institucion é indicar su espíritu, era que los servicios civiles hechos en todas las carreras, así en gobernacion como en administracion, ciencias artes ó letras, eran títulos para ser admitidos, lo mismo que los servicios militares. Para partir del actual estado de cosas se decidió, que los militares que tuviesen armas de honor, serian de derecho miembros de la Legion, é ingresarian en sus filas segun su grado en el ejército.

Juramento de los legionarios.

Esta institucion solo cuenta cuarenta años y se halla ya consagrada como si hubiese atravesado muchos siglos: ¡tan-

to ha servido en dichos cuarenta años para recompensar el heroísmo, el saber y el mérito de todo género! ¡y tan solicitada ha sido por los grandes y príncipes de la Europa, mas orgullosos de su origen! El tiempo, juez de las instituciones, ha sancionado la utilidad y la dignidad de la que nos ocupa. Dejemos á un lado el abuso que ha podido hacerse de semejante recompensa en los diversos sistemas y gobiernos que se han sucedido; abuso inherente á toda recompensa dada por unos hombres á otros; y conozcamos ¡cuan hermosa, bien entendida y nueva en el mundo es una institucion que tiende á colocar en el pecho de un soldado raso y de un sabio modesto, la misma condecoracion que debia figurar sobre el pecho de los gefes del ejército, de los príncipes y de los reyes! reconozcamos tambien, que la creacion de aquella órden tan honorífica era el triunfo mas brillante de la misma igualdad, no de esa que iguala á los hombres rebajándolos, sino de la que los iguala elevándolos; reconozcamos, en fin, que si para los gefes militares ú otros personages encumbrados, no podia ser aquella condecoracion mas que un medio de satisfacer su vanidad, era para el simple soldado vuelto á sus hogares, un medio para vivir desahogadamente, al mismo tiempo que una prueba visible de su heroísmo.

Sistema de educacion inventado por el primer Cónsul.

Despues de tan bello sistema de recompensas, se habia ocupado el primer Cónsul con no menos empeño en formar un sistema de educacion para la juventud francesa. La educacion, en efecto, era entonces ninguna, y la poca que habia se daba por los enemigos de la Revolucion.

Las corporaciones religiosas destinadas á educar la juventud habian desaparecido con el antiguo órden de cosas. Verdad es que pugnaban por resucitar, pero el primer Cónsul no pensaba entregarles la nueva generacion, considerándolos como gentes que trabajaban secretamente por sus enemigos. Las instituciones con que la Convencion habia procurado reemplazarles, no habian sido mas que una quimera, ya casi desvanecida. La Convencion habia querido dar gratuitamente al pueblo la instruccion primaria, y la instruccion secundaria á las clases medias, de suerte que ambas pudiesen gozar de los beneficios de la enseñanza; pero no habia tenido resultado alguno. Las municipalidades habian dado alojamiento á los profesores de primeras letras, destinándoles en general las casas de los curas, pero no les habian señalado asignacion, ó si lo habian hecho era por medio de los asignados; de modo, que en breve la indigencia habia obligado á retirarse aquellos desdichados profesores. Las escuelas centrales en que se daba la instruccion secundaria, situadas en las capitales de departamentos, eran establecimientos en cierto modo académicos, en que habia cursos públicos, á los cuales podian asistir los jóvenes algunas horas al dia; pero tenian que volver á sus casas, ó á los pupilages establecidos por el interes particular. La naturaleza de los estudios era conforme al espíritu de la época: los estudios clásicos, considerados como una vieja rutina, se hallaban casi abandonados: las ciencias naturales y exactas y las lenguas vivas habian ocupado el lugar de las lenguas muertas; y en cada escuela habia un museo de historia natural. Semejante instruccion influia poco en la juventud; porque un curso que dura una ó dos horas al dia, no es bastante para llenar su imaginacion y ocuparla. Dejábanla, pues, que la formasen los directores de las academias particulares, enemigos entonces en su mayor parte del nuevo órden de cosas, ó especuladores codiciosos que trataban á la juventud como si fuese un objeto de tráfico, y no como un depósito sagrado que les hacia el Estado y las familias. Por otra parte, el número de las escuelas centrales era muy crecido, pues habia ciento y dos, una en cada capital de departamento; y por falta de discípulos solo treinta y dos habian llegado á ser verdaderos lugares de instruccion. No hay duda que se habian presentado algunos profesores de mérito que conservaban todavia el espíritu de los sanos estudios, pero allí, como en todas partes, las vicisitudes políticas habian hecho sentir su triste influencia; pues los profesores elegidos por jurados de instruccion, se habian sucedido como los partidos en el poder, apareciendo y desapareciendo á su vez, y los discípulos

Estado de la educacion durante la Revolucion.

con ellos. Finalmente, aquellas escuelas sin trabazon, sin unidad, y sin direccion comun, presentaban fragmentos sueltos y no un gran fundamento de instruccion pública.

Plan del primer Cónsul.

El primer Cónsul formó su proyecto de un golpe, con la resolucion de ánimo que le era propia.

En primer lugar, las rentas de Francia no permitian dar en todas partes gratuitamente la instruccion al pueblo, y por otro lado no hubiera tenido tiempo para recibirla, aunque el Estado hubiese tenido dinero para costeársela. Lo mas que se podia entonces era atender á la subsistencia del clero, y esto merced á una circunstancia particular de aquel tiempo, porque la masa de las pensiones eclesiásticas servia de pago á la mayor parte de los curas. Era, pues, imposible costear la educacion primaria para cada municipalidad; y por lo tanto, se contentaron con establecerla en las poblaciones bastante desahogadas para poder costeárselas por sí mismas. La municipalidad debia proporcionar el edificio y los enseres para la escuela, y los discípulos pagar una retribucion calculada segun las necesidades del profesor. Tal era lo único que podia hacerse entonces.

Creacion de los liceos.

Por el momento, lo mas importante era la instruccion secundaria. El primer Cónsul suprimió en su proyecto las escuelas centrales, que no eran mas que cursos públicos sin unidad y sin accion sobre la juventud. Treinta y dos escuelas centrales habian tenido mas ó menos éxito, y esto era un indicio de la necesidad de instruccion en las diversas partes de Francia. El primer Cónsul ideó plantear treinta y dos establecimientos, á quienes dió el nombre de Liceos, tomado de la antigüedad, y que eran casas de enseñanza y pupilage, donde acuartelados y encerrados los jóvenes, durante los primeros años de su adolescencia, debian sufrir la doble influencia de una extensa instruccion literaria, y de una educacion varonil, severa, suficientemente religiosa, en un todo militar, y conforme al régimen de la igualdad civil. Quiso restablecer en ellos la antigua regla clásica, que designaba en primer lugar el estudio de las lenguas antiguas, dando el segundo á las ciencias matemáticas y físicas, y dejando á escuelas especiales el cuidado de concluir la enseñanza de las últimas. En esto tenia razon, como en otras cosas; pues el estudio de las lenguas muertas no lo es solo de palabras, sino un estudio de cosas; es el estudio de la antigüedad con sus leyes, sus costumbres, sus artes y su historia, tan moral y tan instructiva. Para aprender estas cosas no hay mas que una época en la vida, y es la de la niñez, porque una vez llegada la juventud con sus pasiones y con su propension á exagerarlo todo y á viciar el gusto, ó la edad madura con sus intereses positivos, se pasa la vida, sin que el hombre haya dedicado ni un momento al estudio de ese mundo, muerto como las lenguas que nos allanan su entrada. Si una curiosidad tardía, nos lleva á aquel estudio, solo por medio de traducciones débiles y descoloridas, se puede penetrar en aquella bella antigüedad. Y en un tiempo en que las ideas religiosas han venido tan á menos, si tambien se desvaneciese el conocimiento de la antigüedad, formaríamos solo una sociedad sin enlace moral con lo pasado, y únicamente instruida y ocupada con lo presente; una sociedad ignorante y degradada, solamente á propósito para las artes mecánicas.

El primer Cónsul quiso, pues, que los estudios clásicos figurasen en su proyecto en primer lugar; y que las ciencias ocupasen el segundo; debiendo enseñarse de éstas, solo lo útil para todas las profesiones de la vida, y lo necesario para pasar de las escuelas secundarias á las especiales. La instruccion religiosa corría á cargo de capellanes, y la militar al de antiguos oficiales sacados del ejército. Todos los movimientos debian ejecutarse al paso militar y á son de tambor; y este régimen era muy conveniente en una nacion destinada toda á manejar las armas, ó en el ejército ó en la guardia nacional. Debia componerse el personal de estos establecimientos de ocho profesores de lenguas antiguas, ó eruditos, de un censor de estudios, de un ecónomo encargado de toda la parte material, y de un gefe superior con el título de provisor.

Tal era el plan de las escuelas donde el primer Cónsul queria formar la juventud francesa. Pero ¿cómo atraerla á ellas? He aquí la dificultad; dificultad que zanjó el primer Cónsul por uno de

esos medios atrevidos y seguros que es necesario emplear cuando se quiere alcanzar el objeto á que se aspira. Imaginó crear 6,400 bolsas ó plazas gratuitas, costeadas por el estado, y que tomado un precio medio de 700 á 800 francos representarian un gasto total de 5 á 6 millones al año, cantidad considerable entonces. Aquellos seis mil y tantos discípulos bastaban para componer el fondo de la poblacion de los liceos. La confianza de las familias, que debia adquirirse mas tarde, llegaria algun dia á dispensar al Estado de continuar aquel sacrificio. El producto de aquellas seis mil bolsas ó plazas formaba al mismo tiempo un recurso suficiente para cubrir la mayor parte de los gastos de los nuevos establecimientos.

El primer Cónsul pensaba distribuir del modo siguiente las bolsas que el gobierno iba á tener á su disposicion: 2,400 debian repartirse á los hijos de los militares retirados, de cortos posibles; á los de los empleados civiles que hubiesen hecho buenos servicios, y á los de los habitantes de las provincias recien incorporadas á la Francia: las otras 4,000 estaban destinadas á las academias ya establecidas, de las cuales habia, en efecto, un gran número, dirigidas y explotadas por particulares en beneficio propio. El primer Cónsul creyó prudente dejar existentes dichos establecimientos; pero uniéndolos á su plan por un medio sencillo y eficaz, reducido á que de allí en adelante solo pudiesen subsistir con la autorizacion del gobierno, y que ademas habrian de ser inspeccionados todos los años por agentes del mismo; teniendo al mismo tiempo la obligacion de enviar sus discípulos á los cursos de los Liceos, mediante una corta retribucion. Finalmente, las 4,000 bolsas debian distribuirse, despues del exámen anual, entre los discípulos de aquellas varias academias conforme al mérito que se reconociese, y al buen estado de cada una de aquellas casas. Unidas asi las academias al plan general, llegaron á formar una parte de él.

Pasando en seguida á la institucion especial se ocupó el primer Cónsul en completar su organizacion. El estudio de la jurisprudencia habia desaparecido con el antiguo sistema judicial, y él creó diez escuelas de derecho. Las de medicina, menos desatendidas, existian en número de tres, y él propuso crear seis. A esta organizacion fue unida la escuela politécnica que ya existia. Agregóse á esto una escuela de trabajos públicos, conocida despues con el nombre de escuela de Puentes y Calzadas; otra de artes mecánicas, establecida entónces en Compiègne y trasladada despues á Chalons sobre el Marne, la cual fue el primer modelo de las escuelas de artes y oficios, juzgadas hoy tan útiles, y finalmente una escuela del grande arte que hacia entonces el poder del primer Cónsul y de la Francia, una escuela del arte militar, destinada á ocupar entonces el castillo de Fontainebleau.

Faltaba á todo este conjunto un complemento, es decir, un cuerpo de enseñanza superior que proporcionase profesores á aquellos colegios, y que los abarcase á todos en su vigilancia; en una palabra, faltaba lo que despues se ha llamado la Universidad; pero aun no habia llegado el momento de establecerla; no siendo ya poco haber salvado del naufragio los establecimientos de instruccion pública, y creado con los profesores que existian colegios dependientes del Estado, en los cuales atraida la juventud de todas las clases, por el aliciente de la educacion gratuita, se formaria con arreglo á un plan comun, regular y conforme á los principios de la Revolucion francesa y á las sanas doctrinas literarias. El primer Cónsul decia al sabio Fourcroy: Esto no es mas que el principio; pero con el tiempo haremos mas y mejor.

Discusion en el Consejo de Estado acerca de la institucion de la Legion de Honor y del nuevo sistema de educacion pública.

Los dos proyectos importantes de que acabamos de hablar, fueron presentados primero al Consejo de Estado, y discutidos por este Cuerpo ilustrado, siendo objeto de acalorados debates. Enemigo el primer Cónsul de la discusion pública porque agitaba los ánimos, que habian sido conmovidos en extremo por largo tiempo, hasta la provocaba en el seno del Consejo de Estado; pues este era su gobierno representativo, y en presencia del cual se mostraba familiar, original, elocuente, permitiéndoselo todo, y permitiéndolo en los demás, y haciendo brotar por este medio mas luces que las que se podian obtener de un cuerpo nume-

roso, en el cual la solemnidad de la tribuna y los inconvenientes de la publicidad incomodan y comprimen sin cesar la verdadera libertad del pensamiento. Semejante forma de discusion seria la mejor para la ilustracion de los negocios, sino dependiese de un dueño absoluto el detenerla en los límites que su voluntad le prescribiese; pero un cuerpo de esta especie es para el despotismo ilustrado, cuando quiere efectivamente que le ilustren, la mejor de las instituciones.

Carácter de las discusiones en el seno del Consejo de Estado.

El Consejo de Estado compuesto de todos los hombres de la Revolucion, y de algunos de los que habian sobresalido despues, ofrecia en su conjunto los diversos matices de la opinion pública, y con casi toda su viveza, porque si de una parte MM. Portalis, Rœderer, Regnaud de Saint-Jean d'Angely y Devaines, representaban fuertemente el partido de la reaccion monárquica, MM. Thibaudeau, Berlier, Truguet, Emmery y Bérenger representaban el partido fiel á la Revolucion, hasta defender á veces sus preocupaciones. Pero allí, en las sesiones secretas del Consejo de Estado, las discusiones eran sinceras y verdaderamente útiles.

El proyecto de la Legion de Honor fue muy atacado, pues en este asunto, lo mismo que en el del Concordato, se adelantaba quizás algo el primer Cónsul al movimiento de los ánimos. Aquella generacion que en breve se vió al pie de los altares y se cubrió de condecoraciones con un empeño pueril, resistia aun en aquel entonces el restablecimiento de los cultos y la institucion de la Legion de Honor.

Objeciones que se hacen en el seno del Consejo de Estado contra la institucion de la Legion de Honor.

Creíase en el Consejo de Estado que la institucion de la Legion de Honor era hasta contraria á la igualdad, pues formaba una nueva aristocracia, y era retroceder demasiado á las claras hácia el antiguo régimen. El objeto tan elevado y tan positivo indicado por el juramento, es decir, el sostener los principios de la Revolucion, no causaba mucho efecto en los que hacian la oposicion. Preguntaban estos si las obligaciones contenidas en aquel juramento no eran comunes á todos los ciudadanos, si no debian acudir todos á la defensa del territorio, de los principios de igualdad, de los bienes nacionales, &c., y si particularizar aquella obligacion para los unos, no era hacerla menos rigurosa para los otros. Preguntábase tambien si aquella Legion no tenia un objeto demasiado excepcional, como por ejemplo, la defensa de un poder, con el cual estaria ligada por el lazo de los beneficios. Otros se ceñian á la Constitucion, manifestando que ella no hablaba mas que de un sistema de recompensas militares; añadiendo que se comprenderia mejor la institucion y hallaria menos dificultades que vencer, si tuviera por objeto recompensar exclusivamente los servicios militares, pues eran estos tan positivos, tan fáciles de apreciar, y tan generalmente recompensados en todas las naciones, que nadie tendria nada que decir si se ceñia á este objeto claro y limitado.

Respuesta del primer Cónsul á las objeciones hechas contra la institucion de la Legion de Honor.

El primer Cónsul respondia á todas las objeciones con la dialéctica mas vigorosa. ¿Qué hay de aristocrático, decia, en una distincion personal, vitalicia, concedida al hombre que ha acreditado su mérito, ya en la carrera civil ó en la militar; y concedida solo á él, por solo su vida, y sin que pueda trasmitirse á sus hijos? Semejante distincion es el reverso de la aristocracia, porque la propiedad de los títulos aristocráticos es el transmitirse de aquel que los ha merecido, á su hijo que nada ha hecho para ser digno de obtenerlos. Una órden es la institucion mas personal y menos aristocrática que puede concebirse. Pero se dice, que despues de esto vendrá otra cosa. Bien puede ser, añadia el primer Cónsul, pero veamos primero que es lo que se nos da ahora, y despues juzgaremos de lo que venga. Se pregunta que es lo que significa esa legion compuesta de seis mil individuos, cuales serán sus deberes, y si estos estarán en contradiccion con los que se imponen al resto de los ciudadanos, á quienes compete igualmente la defensa del territorio, de la Constitucion y de la igualdad. En primer lugar, puede contestarse que todo ciudadano debe defender la patria, y que, sin embargo, hay

un ejército, á quien se le impone mas particularmente este deber. ¿Qué tendria, pues, de notable que en el ejército hubiese un cuerpo escogido, del que se solicitase mas adhesion á sus deberes y mayor disposicion á hacer el gran sacrificio de la vida? Pero, por otra parte, exclamaba el primer Cónsul, volviendo á su idea favorita, si se quiere saber lo que será esa legion voy á decirlo. Es un ensayo para organizar á los hombres, autores ó partidarios de la Revolucion que no son ni emigrados, ni vendeanos, ni clérigos. El antiguo régimen, aunque combatido con el ariete de la Revolucion, es todavia mas fuerte que lo que se cree. Todos los emigrados se dan la mano; los vendeanos están todavia secretamente alistados, y á las palabras de rey legítimo y religion pueden reunir en un instante millares de brazos, que se levantarian, y de esto podeis estar seguros, si su cansancio y la fuerza del gobierno no los detuviese; los clérigos forman tambien un cuerpo, que en el fondo no nos profesa la mejor amistad. Necesario es, pues, que por su lado se unan los hombres que han tomado parte en la Revolucion, se enlazen entre sí, formen tambien un todo sólido, y dejen de depender del primer accidente que puede derribar á una sola cabeza. Poco faltó para que no volvieseis á caer en el caos con la esplosion del 3 de Nevoso, y quedaseis sin defensa entregados á vuestros enemigos. De diez años á esta parte no se ha hecho mas que destruir, y preciso es fundar, al fin, un edificio, donde podamos establecernos y vivir en seguridad. Esos seis mil legionarios, compuestos de todos los hombres que han hecho la Revolucion, que despues de haberla hecho la han defendido y que quieren continuarla en lo que tiene de razonable y de justo, esos seis mil legionarios militares, funcionarios civiles, y magistrados, dotados con los bienes nacionales, es decir con el patrimonio de la Revolucion, son una de las garantías mas fuertes que podeis dar al nuevo órden de cosas. Ademas, podeis estar seguros de que no ha concluido la lucha con la Europa, y que empezará de nuevo. Y ¿no será una fortuna tener en la mano un medio tan fácil de sostener y de excitar el valor de nuestros soldados? En vez de esos mil millones imaginarios que ni aun os atreveriais á prometerle, con solo tres millones de rentas en bienes nacionales podeis hacer se levanten tantos héroes para sostener la Revolucion como los que se han hallado para emprenderla.

Tales eran los argumentos del primer Cónsul, teniendo ademas otros para los que querian que la nueva órden fuese puramente militar, y solo se concediese al ejército.=Yo no quiero, decia, fundar un gobierno de pretorianos, ni recompensar únicamente á los militares. Entiendo que todos los servicios y méritos son iguales; y creo que el valor del presidente de la Convencion resistiendo al populacho, debe colocarse al lado del de Kleber tomando por asalto á San Juan de Acre. Háblase de la Constitucion, de los términos en que está concebida! y yo digo que no debemos sujetarnos á las palabras, pues la Constitucion lo ha querido decir todo, y no siempre ha conseguido decirlo, y á nosotros toca suplir esa falta. Necesario es que las virtudes civiles tengan su parte de recompensa asi como las virtudes militares, y los que se oponen á esto piensan como los pueblos bárbaros, porque nos aconsejan el culto de la fuerza brutal. Pero la inteligencia tiene derechos superiores á los de la fuerza, pues ni aun esta es nada sin la inteligencia. En los tiempos heróicos el general era el hombre mas fuerte y diestro; pero en los civilizados el general es el mas entendido de los valientes. Cuando nos hallábamos en el Cairo no podian comprendrer los egipcios como Kleber que tenia una presencia tan imponente no era el general en gefe; pero luego que Murad-Bey vió de cerca nuestra táctica, comprendió que solo yo debia ser el general de un ejército asi gobernado. Vosotros raciocinais como los egipcios, al pretender que se limiten las recompensas al valor militar. Los soldados, añadia el primer Cónsul, los soldados raciocinan mejor que vosotros. Id á sus bivaques y escuchadlos. ¿Creeis que entre sus oficiales les inspire mas consideracion el mas alto y el de una presencia mas imponente? No, sino el mas valiente; pero no creais que el mas arrojado, es precisamente el que ocupa el primer lugar en su opinion. No hay duda que despreciarian á aquel en quien sospechasen cobardía, pero en-

tre los valientes saben colocar en primer lugar al que al mismo tiempo es el mas entendido. ¿Creeis que yo mando la Francia solo porque soy reputado como un gran general? No, sino porque á la vez se me atribuyen las cualidades de hombre de Estado y de magistrado. Jamas tolerará Francia el gobierno del sable, y los que creen lo contrario se engañan miserablemente; pues se necesitarian cincuenta años de abyeccion para que sucediese asi. La Francia es una nacion noble, demasiado inteligente para que se someta al poder material, y para que pueda inaugurarse en ella el culto de la fuerza. Honremos la inteligencia y la virtud, en una palabra, todas las buenas cualidades civiles, que pueden desplegarse en todas las profesiones, y recompensémoslas todas de un modo igual, sin distincion alguna.

Estas razones, expresadas con calor y verbosidad, y saliendo de los labios del capitan mas grande de los tiempos modernos, convencieron y encantaron á todo el Consejo de Estado. Necesario es confesar que eran sinceras y asimismo interesadas. El primer Cónsul queria que se comprendiese bien, sobre todo por los militares, que no mandaba la Francia solo por ser general, sino tambien por ser hombre de genio.

No pudiendo lograr que renunciase á su proyecto, quisieron, sin embargo, que le aplazase, diciéndole que eso era ir ya muy de prisa, y que habiéndose adelantado quizas al movimiento de la opinion en el asunto del Concordato, era necesario detenerse un instante, y dejar á los ánimos un momento de desahogo; pero no dió oido á ninguno de estos consejos, pues su natural estaba siempre, en todas las cosas, impaciente por ver el resultado.

Discusion en el Consejo de Estado del plan de educacion pública.

Tambien encontró gran resistencia en el Consejo de Estado el proyecto relativo al sistema de educacion pública. El partido de la reaccion monárquica no estaba muy lejos de desear el restablecimiento de las corporaciones religiosas. El partido contrario sostenia las escuelas centrales, y queria que se mejorasen pero no que se aboliesen, manifestando al mismo tiempo alguna desconfianza respecto á las bolsas, cuya distribucion quedaba á cargo del gobierno.

Las antiguas corporaciones no son de este tiempo, decia el primer Cónsul, y por otra parte son enemigas nuestras. El clero se acomoda con el gobierno actual y lo prefiere á la Convencion y al Directorio; pero mejor le iria con los Borbones. En cuanto á las escuelas centrales no existen, son como sino fuesen. Es necesario crear un vasto sistema y organizar la educacion pública en Francia. Acaso se crea que se han ideado esas 6,400 bolsas con el objeto de adquirir influencia; pero es ver la cuestion por un lado muy mezquino. El gobierno actual tiene mas influjo que el que necesita, pues nada hay, en efecto, que no pueda hacer, sobre todo si quisiera obrar contra la Revolucion, destruir lo que ha hecho y restablecer lo que ha destruido. Asi se lo piden de todas partes; y el gobierno está acosado con escritos confidenciales de todo género, en los cuales cada uno propone la restauracion de una parte del antiguo régimen; pero hay que guardarse de ceder á tal impulso. Esas 6,400 bolsas son necesarias para organizar una sociedad nueva é impregnarla del espíritu del siglo. Ademas es necesario atender á los militares y á sus hijos, á quienes se les debe todo, y que nada han percibido de los mil millones que se les habia prometido; de modo que lo menos que debe hacerse es asegurarles lo necesario. Las bolsas son un suplemento indispensable á lo corto de sus sueldos. Los empleados civiles merecen á su vez ser recompensados y animados, si han servido bien; y por otra parte, son tan pobres como los militares. Unos y otros nos darán sus hijos para que los eduquemos amoldándolos al nuevo régimen. Las cuatro mil bolsas que repartiremos entre las academias, tambien nos servirán para crear un plantel de jóvenes, de que nos apoderaremos con el mismo objeto. Es necesario que fundemos una nueva sociedad segun los principios de igualdad civil, en la que todos encuentren su puesto, y que no presente ni las injusticias de la feudalidad, ni la confusion de la anarquía. Es urgente fundar esta sociedad porque no existe; pero para fundarla se necesitan materiales; y los únicos buenos, son los jóvenes. Preciso es, pues, apoderarnos de ellos, y si no nos los atraemos por el atractivo de la edu-

cacion gratuita, sus padres no nos los confiarán de su propia voluntad. Todos nosotros, autores, cómplices ó defensores de la Revolucion nos hemos hecho sospechosos; ¡tanto cambia la opinion de las naciones, y tanto se han desvanecido de la nuestra las ilusiones del año 89! Así, pues, no nos darán fácilmente á los hijos de familia, sino recurrimos á medios suficientes para atraérnoslos. Si formamos liceos sin bolsas, se verán aun mas desiertos, cien veces mas desiertos, que las escuelas centrales, porque los padres pueden enviar sin temor á sus hijos á unos cursos públicos en los cuales se enseña el latin y las matemáticas, pero no los enviarian con tanta facilidad á los colegios, donde la autoridad dominára completamente. El único medio de atraerlos son las bolsas. A los habitantes de los departamentos recien reunidos á la Francia, debemos tambien hacerlos franceses; y para ello no existe otro medio que tomarles sus hijos un poco á pesar suyo, y mezclarlos con los hijos de vuestros oficiales, de vuestros empleados y de vuestras familias poco desahogadas, y de este modo, la ventaja de una educacion gratuita, los dispondrá á una confianza que naturalmente no tendrian. Entonces aquellos niños aprenderán nuestro idioma y recibirán nuestro espíritu; y así fundiremos en uno á los franceses antiguos y modernos; á los del centro y á los de las márgenes del Rhin, del Escalda y del Pô.

Estas profundas razones, repetidas en mas de una sesion, y bajo mil formas diversas, de las cuales solo expresamos aquí la sustancia, hicieron prevalecer el proyecto de ley; quedando encargado M. Fourcroy de presentarle al Cuerpo Legislativo y sostener su discusion.

Adóptase en el Cuerpo Legislativo el proyecto de ley de instruccion pública.

Este proyecto y el de la Legion de Honor se presentaron casi al mismo tiempo al Cuerpo Legislativo, pues el primer Cónsul no queria dejar trascurrir aquella corta Legislatura, sin haber sentado las bases de su vasto edificio. La ley sobre la instruccion pública no encontró mayores obstáculos, y sostenida por M. Fourcroy, que habia sido el autor de ella en union con el primer Cónsul, fué aprobada por una mayoría considerable. En el Tribunado tuvo 80 bolas blancas contra 9 negras y en el Cuerpo Legislativo 251 de las primeras contra 27 de las segundas. No sucedió lo mismo con la ley relativa á la Legion de Honor, pues en ambos cuerpos encontró una viva oposicion. Luciano Bonaparte, que fué nombrado para informar acerca de ella, la defendió con tanto empeño y vivacidad, que mostró bien á las claras defendia una idea de familia. La institucion se vió atacada fuertemente en el Tribunado por MM. Savoie-Rollin y de Chauvelin, particularmente por este último, que puso cierto empeño en defender el principio de igualdad, á pesar del nombre que llevaba. Luciano, que tenia el don de la palabra, pero no bastante ejercitado, le contestó con poca sangre fria y comedimiento, lo que contribuyó mucho á indisponer al tribunado; pues á pesar de la variacion que habia sufrido este cuerpo, el proyecto presentado no obtuvo mas que 56 bolas blancas contra 38 negras. En el cuerpo Legislativo la discusion no pudo influir mucho en los ánimos, porque habiendo aprobado el Tribunado el proyecto de ley tuvo que enviar oradores que le sostuvieran, de modo que no podia haber oposicion, y sin embargo, no obtuvo la ley propuesta mas que 166 votos contra 110. El proyecto de ley quedó adoptado, pero nunca, ni aun antes de que se excluyese de ambos Cuerpos á los que formaban la oposicion, hubo una minoria tan crecida, ni una mayoria tan débil. La razon de esto es que el primer Cónsul chocó en esta ocasion con el sentimiento de igualdad, único que existia aun en los corazones. No hay duda que este sentimiento se alarmaba entonces sin razon, porque nada puede darse menos aristocrático que una institucion que tenia por objeto conceder á los militares y á los hombres entendidos, una distincion puramente vitalicia, comun á los generales y á los príncipes: pero cuando un sentimiento es vivo siempre es susceptible y receloso. El primer Cónsul convino en que habia ido muy de prisa.—Debiamos haber aguardado, dijo; es verdad. Pero teniamos razon, y necesario es aventurar algo cuando la hay. Por otra parte, el proyecto ha sido mal

Es aprobado por una corta mayoria el proyecto de ley relativo á la Legion de Honor.

defendido y no se han hecho valer á su favor buenos argumentos. Si se hubieran sabido presentar con verdad y vigor, la oposicion se hubiera rendido.

Preséntase al Cuerpo Legislativo el tratado de Amiens.

Aproximábase el fin de aquella Legislatura tan fecunda, y aun no se habia presentado al Cuerpo Legislativo el tratado de Amiens para que fuese convertido en ley. Este grande acto se habia reservado para lo último; porque se queria que en cierto modo sirviese para coronar las obras del primer Cónsul, y las deliberaciones de aquella Legislatura extraordinaria.

Motivos que habian hecho que se difiriese la presentacion del tratado.

Ademas, reputábasele como un motivo para hacer que se manifestase el reconocimiento público á favor del autor de todos los bienes que se gozaban.

La opinion pública se muestra favorable al primer Cónsul.

Hacia algun tiempo, en efecto, que todos se preguntaban sino se daria un gran testimonio de gratitud nacional, al hombre que en dos años y medio habia sacado la Francia del caos, reconciliádola con la Europa, con la iglesia y consigo misma, habiéndola organizado casi completamente. Este sentimiento de gratitud era general y muy merecido por parte del que lo inspiraba; no siendo extraño que viniese á parar en el cumplimiento de los secretos deseos del primer Cónsul, que consistian en obtener por toda su vida el poder que se le habia confiado por diez años. Sobre este punto todos estaban de acuerdo, y á excepcion de un corto número de realistas ó de jacobinos, nadie comprendia, que pudiese pasar el poder á otras manos, ni queria que se hallase en otras que en las del general Bonaparte, pues la continuacion indefinida de su autoridad era reputada por todos como la cosa mas sencilla é inevitable. Asi, pues, era fácil convertir aquella disposicion de los ánimos en un acto legal; y si diez y ocho meses antes, cuando el famoso folleto titulado: *Paralelo entre Cesar, Cromwell y el general Bonaparte*, provocó demasiado prematuramente la discusion sobre este punto, se halló alguna resistencia, no sucedia ya asi en este tiempo; pues bastaba pronunciar una palabra para que inmediatamente se ofreciese al primer Cónsul, bajo cualquier título ó forma que se quisiese, una verdadera soberania. Bastaba elegir una ocasion cualquiera, y proponerla, para que al instante fuese acogida.

Todos son de parecer que continue por toda su vida en el poder que se le habia confiado por diez años.

Efectivamente, el momento en que tantos actos memorables acababan de sucederse con notable rapidez, era el que habian elegido para hacer una manifestacion de tamaña importancia, el primer Cónsul en sus cálculos, sus amigos en su impaciencia interesada, y los espíritus avisados en su prevision, y tambien era aquel el momento en que el público, ingenuo y sincero estaba pronto á aceptarla. El general Bonaparte deseaba el poder supremo, y esto era natural y digno de excusa. Al hacer el bien habia obedecido á su genio, y al hacerlo habia esperado el premio; en lo cual no habia nada de culpable, tanto mas cuanto que en su conviccion, y ciertamente en verdad, se necesitaba todavia por largo tiempo para concluir aquel bien, un gefe poderoso. En un pais que no podia pasarse sin una autoridad fuerte y creadora, era legítimo pretender el poder supremo, cuando el que lo pretendia era el hombre mas grande de su siglo, y uno de los mas esclarecidos de todos los tiempos. Washington, enmedio de una sociedad democrática, republicana, exclusivamente mercantil, y pacífica, habia tenido razon para no ser ambicioso; pero en una sociedad republicana por casualidad, monárquica por naturaleza, rodeada de enemigos, militar desde entónces, y que no podia gobernarse ni defenderse sin unidad de accion, el general Bonaparte tenia razon en aspirar al poder supremo, no importa con que título. Su yerro no está en haber ejercido la dictadura, entonces necesaria; sino en no haber hecho uso de ella como en los primeros años de su carrera.

Deseo secreto del primer Cónsul.

El general Bonaparte ocultaba profundamente en su corazon deseos que todo el mundo, aun la parte mas sencilla del pueblo, veia con la mayor claridad. Cuando mas, se franqueaba sobre este punto con sus hermanos. Nunca decia que habia dejado de serle suficiente el título de primer Cónsul por diez años. Sin duda, cuando

se presentaba esta cuestion bajo la forma teórica, cuando de una manera general se hablaba de la necesidad que habia de una autoridad fuerte; entónces no se contenia, y exponia cuanto pensaba sobre el particular, pero sin que nunca concluyese pidiendo para sí mismo la prorogacion de su poder. Disimulado y confiado á la vez; comunicaba ciertas cosas á los unos, otras á otros, ocultando á todos algo. Con sus cólegas, y particularmente con M. Cambacérès, cuya alta cordura y juicio estimaba en mucho, y con MM. Fouché y de Talleyrand, á quienes concedia una parte de influjo, hablaba largamente de lo que interesaba á los negocios públicos, mucho mas que á sus hermanos, á los cuales estaba muy lejos de confiar los secretos de Estado; pero lo contrario sucedia en lo que le era personal, pues de esto hablaba poco á sus cólegas ó á sus ministros, y mucho á sus hermanos. Sin embargo, ni aun á estos habia descubierto la secreta ambicion de su corazon; pero era tan fácil de adivinar ó habia en el seno de su familia tanta prisa porque llegase á satisfacerla, que le evitaban el trabajo de que se franquease el primero. Hablábanle de ello sin cesar, dejándole la cómoda posicion de tener que moderar mas bien que excitar el celo por su engrandecimiento. Decianle, pues, que habia llegado el momento de constituir en su favor otra cosa que un poder efímero y pasagero, y que era necesario pensar, al fin, en proporcionarle un poder mas sólido. José con su pacífico carácter, y Luciano con su natural petulante, tendian claramente á un mismo objeto. Tenian por confidentes y cooperadores á hombres de toda su intimidad, quienes, ya en el Consejo de Estado, ya en el Senado participaban de su modo de pensar, unos por conviccion y otros por el deseo de complacer. MM. Regnaud, Laplace, Talleyrand y Rœderer, este último siempre el mas ardiente en seguir aquella senda, eran francamente de opinion de que se necesitaba volver á la monarquia cuanto antes y mas completamente fuera posible. M. de Talleyrand el mas tranquilo de ellos, pero no el menos activo, amaba mucho la monarquia, sobre todo, fina y brillante como la del palacio de Versailles, pero sin los Borbones, con los cuales se creia entónces incompatible. Asi, pues, repetia sin cesar con una autoridad que solo él podia tener, que para tratar con la Europa era mucho mas fácil hacerlo en nombre de una monarquia que de una República; que los Borbones eran para los reyes, huéspedes incómodos y faltos de consideracion; que el general Bonaparte, con su gloria, su poder, y su valor para reprimir la anarquia era para ellos el mas apetecible y deseado de todos los soberanos; y que él por su parte, podia afirmar como ministro de negocios extrangeros, que cualquier cosa que se añadiese á la autoridad actual del primer Cònsul, seria conciliarse á la Europa en vez de enojarla. Todos estos confidentes íntimos de la familia de Bonaparte tenian muy debatida entre ellos la cuestion que se trataba en este momento. Sin embargo, ir á parar de un salto á la soberania hereditaria, ya se llamase imperio ya monarquia, parecia una gran temeridad, y quizas valia mas para llegar, hacer alto en uno ó varios puntos intermedios. Pero sin cambiar el título del primer Cónsul, lo cual era mas cómodo, podia dársele el equivalente del poder real, y aun el del hereditario, dándole el Consulado por vida, con facultad de nombrar á su sucesor. Y haciendo algunas modificaciones en la Constitucion, modificaciones fáciles de obtener del Senado, que habia venido á ser una especie de poder constituyente, era posible crear una verdadera soberania con un título republicano; y hasta darle, con la facultad de nombrarse un sucesor, las únicas ventajas, apetecibles á la sazon, del poder hereditario; porque no teniendo el primer Cónsul hijos, y sí hermanos y sobrinos, valia mas confiarle la facultad de que eligiese entre ellos al que juzgase mas digno de sucederle en su poder.

Proyectos formados en el seno de la familia de Bonaparte.

Proyecto de dar al general Bonaparte el Consulado por vida, con facultad de nombrar su sucesor.

Esta idea parecia la mas prudente y cuerda, y era la que al parecer se habia adoptado en el seno de la familia de Bonaparte, la cual se hallaba en estas circunstancias en extremo agitada. Los hermanos del primer Cónsul, en cuyas frentes lucia un rayo de su gloria, y que hubie-

Agitacion interior en la familia de Bonaparte.

ran querido que llegase á ser un verdadero monarca, para ser ellos príncipes por derecho de sangre, se agitaban mucho, se quejaban de que nada eran, de haber contribuido á la elevacion de su hermano, y de no tener en el Estado un rango proporcionado á su méritos y servicios. José, cuyo carácter era mas pacífico, y estaba satisfecho con el papel que siempre desempeñaba en las negociaciones de la paz; siendo, por otra parte, rico, y gozando de cierta consideracion, no se mostraba tan impaciente; pero Luciano, que se vanagloriaba de ser un decidido partidario de la República, era sin embargo, el que se mostraba mas exigente por ver ensalzado el poder soberano de su hermano sobre las ruinas de la República. Poco antes se habia negado á comer en casa de madama Bonaparte, diciendo que no se presentaria allí hasta que hubiese un lugar señalado para los hermanos del primer Cónsul. En el seno de aquella familia, madama Bonaparte, mas digna de aprecio, por no participar de aquel ardor ambicioso, y sí, al contrario por temerle, estaba, segun era en ella comun, mas asustada que satisfecha de los cambios que se preparaban. Temia, como ya lo hemos dicho, que obligasen á su marido á pisar demasiado pronto las gradas de aquel trono en que habia visto sentados á los Borbones, y donde le parecia imposible que se sentase otro que no fuese ellos; temia que hermanos inconsiderados, ansiosos de participar de la grandeza de su hermano, apresurasen imprudentemente su elevacion, y por hacerle que subiese demasiado pronto precipitasen en un abismo á ella, á él, á sí mismos, y á todos en fin. Tranquilizada hasta cierto punto por la ternura de su esposo, acerca del peligro de un próximo divorcio, en aquel momento solo la atormentaba una idea, y era la de un nuevo César, cayendo bajo los golpes del puñal de los asesinos, en el momento que intentase colocar la corona sobre su cabeza.

Madama Bonaparte confesaba francamente sus temores á su esposo, quien la hacia callar, imponiéndole silencio con alguna aspereza. Rechazada así, se dirigia entonces á los hombres que tenian sobre él algun influjo, y les suplicaba combatiesen los consejos de sus ambiciosos y mal avisados hermanos, dando así á su repugnancia y á sus temores una publicidad sensible que desagradaba al primer Cónsul.

Entre los personages admitidos en el trato íntimo de aquella familia, el ministro Fouché era el que mas entraba en las miras de madama Bonaparte, y no porque fuese de sentimientos mas elevados que los de los demás hombres que rodeaban al primer Cónsul, ni tampoco el único de ellos que no procurase agradar á un dueño necesario; sino porque era hombre de buen sentido, que veia con cierta aprension la impaciencia de la familia de Bonaparte; que oia de mas cerca que nadie los gritos sordos, y ahogados de los republicanos vencidos, y poco numerosos, pero indignados de una usurpacion tan pronta, y porque él mismo, enmedio de aquel movimiento de cosas, se sentia conmovido al ver lo que iba á emprenderse. Aunque no queria perder la confianza del primer Cónsul, sino por el contrario poseerla mas que nunca, porque el primer Cónsul iba á ser el árbitro de todas las existencias, sin embargo, habia dejado traslucir una parte de lo que pensaba. Amigo de madama Bonaparte, habia visto los temores que la asediaban, y temiendo el resentimiento de su esposo habia procurado tranquilizarla.—Señora, le habia dicho, permaneced sosegada, y no contrarieis inútilmente á vuestro esposo; que será Cónsul por vida, rey ó emperador, todo lo que se puede ser. Vuestros temores le fatigan, y mis consejos le incomodarian. Quedémonos, pues, en nuestros puestos, y dejemos que se verifiquen los acontecimientos que ni vos ni yo podriamos impedir.

Aproximábase el desenlace de aquella escena, á medida que se llegaba al término de la legislatura extraordinaria del año X, y ya se oia á los intrigantes repetir mas á menudo y mas alto, que era necesario dar estabilidad al poder, y un testimonio de reconocimiento al bienhechor de la Francia y del mundo. Sin embargo, no podia llegarse al desenlace de un modo seguro y natural, sino por medio de un hombre, y este era el Cónsul Cambacérés. Ya hemos hablado de la influencia oculta pero efectiva y hábilmente manejada, que ejercia sobre el primer Cónsul, no menos que sobre el Senado, cuyo cuerpo miraba con una verdadera deferencia á aquel antiguo juris-

consulto, que habia venido á ser confidente del nuevo César. M. Sieyes, autor en cierto modo del Senado, habia tenido al principio algun ascendiente sobre este cuerpo; pero en breve, descubierta y burlada su intencion de inclinarle á la oposicion, M. Sieyes no era mas que lo que habia sido siempre, es decir, un talento superior, pero desabrido, sin poder alguno, y reducido en adelante á estar murmurando de todo, en su posesion de Crosne, premio vulgar de sus grandes servicios. M. Cambacérès, por el contrario, habia venido á ser el director secreto del Senado. En la coyuntura actual no pudiendo el general Bonaparte preclamarse á sí mismo, Cónsul por vida ó emperador, necesitaba que cualquier cuerpo tomase la iniciativa, y en este caso era evidente que tenia la mayor importancia el Senado, y en el Senado el hombre que le dirigia.

Aunque M. Cambacérès era muy adicto al primer Cónsul, no por eso dejaba de ver con algun disgusto un cambio que iba á ponerle á mayor distancia de su ilustre cólega. Sin embargo, conociendo que las cosas no podian quedarse en el estado en que se hallaban, y que seria trabajo perdido oponerse á los deseos del general Bonaparte; deseos, por otra parte, muy legítimos, resolvió mezclarse espontáneamente en el asunto, para que toda aquella agitacion interior viniese á parar á un resultado razonable, y para dar al gobierno una forma estable que satisfaciese la ambicion del primer Cónsul, sin destruir enteramente las formas republicanas, que todavia eran amadas de muchos corazones.

Mientras que en torno del primer Cónsul todas las conferencias giraban sobre aquel asunto, limitándose él á escuchar, y guardando á veces un silencio afectado, M. Cambacérès puso fin á aquel estado violento, hablando el primero á su cólega de lo que pasaba. No le disimuló el peligro que se corria en precipitar un asunto de aquella naturaleza, y lo ventajoso que seria conservar una forma modesta y enteramente republicana á un poder tan efectivo y tan grande como el suyo. Sin embargo, al ofrecerle en su propio nombre, y en el del tercer Cónsul Lebrun una adhesion sin límites, le declaró que estaban prontos á hacer lo que quisiese, y á excusarle el embarazo de que interviniese personalmente en aquel asunto. en unas circunstancias en las que debia aparecer como que recibia y no tomaba el título que se trataba de darle. El primer Cónsul, le expresó lo agradecido que le quedaba por aquella franqueza; convino en el peligre que se corria de hacer demasiado, y caminar de prisa; protestó que no tenia ningun deseo; que estando contento con su actual posicion, no ambicionaba cambiarla, y que, por lo tanto, no daria ningun paso para ello; que, es verdad que segun su opinion, podian introducirse algunos cambios en la forma de gobierno, pero que estaba demasiado interesado en aquella cuestion para que se mezclase en ella, y que asi aguardaria sin tomar la iniciativa.

Disimulo del primer Cónsul con su cólega Cambacérès.

M. Cambacérès contestó al primer Cónsul, que sin duda, su dignidad personal exigia mucha reserva, y le imposibilitaba tomar ostensiblemente la iniciativa; pero que si queria explicarse con sus dos cólegas y dar á conocer el fondo de su pensamiento, ellos, una vez conocidas sus intenciones, le excusarian el trabajo de manifestarlas, y pondrian sin tardanza manos á la obra. Sea que el primer Cónsul sintiese alguna repugnancia en manifestar lo que deseaba, ó bien que desease mas de lo que entónces se le destinaba, lo cierto es que se hizo mas reservado, contentándose con repetir, que no se habia fijado en nada, pero que veria con gusto que sus cólegas vigilasen el movimiento de los ánimos y hasta lo dirigiesen, para prevenir las imprudencias que pudieran cometer amigos poco hábiles.

En ninguna ocasion quiso el primer Cónsul manifestar sus deseos á su cólega Cambacérès; pues á la natural repugnancia que experimentaba se unia una ilusion, y era la de creer que sin necesidad de mezclarse en nada vendrian á poner la corona á sus pies. Pero se engañaba. El público, tranquilo, feliz y reconocido, se hallaba dispuesto á sancionar cuanto se hiciera; pero habiendo abdicado en cierto modo toda participacion en los negocios públicos, no se hallaba dispuesto á mezclarse en ellos ni aun para atestiguar la gratitud de que estaba lleno. Los cuerpos del Estado, á excepcion de algunos instigadores interesados, sentian cierta vergüenza á la

idea de presentarse á abjurar, á la faz del cielo, de aquellas formas republicanas, que no hacia mucho habian jurado defender. Muchas personas, poco versadas en los secretos de la política, hasta creian que satisfecho el primer Cónsul con el inmenso poder que gozaba, particularmente desde que le habian librado de la oposicion del Tribunado, se contentaria con tener el poder de hacer cuanto quisiese, adquiriendo la fácil gloria de ser un nuevo Washington, con mucho mas genio y gloria que el Washington americano. Asi, cuando los que promovian todas aquellas cosas decian que nada se habia hecho por el primer Cónsul cuando él tanto habia hecho por la Francia, algunos hombres sencillos contestaban con la mayor ingenuidad: Pero ¿qué quereis que se haga por él? ¿qué quereis que se le ofrezca? ¿qué recompensa será proporcionada á sus servicios? Su verdadera recompensa es su gloria.—

Apesar de haberse negado el primer Cónsul á explicarse con M. Cambacérès, este procura propagar la idea de que se le nombre Consul por toda su vida.

M. Cambacérés era demasiado cuerdo para que se vengase del disimulo del primer Cónsul dejando las cosas estancadas como se hallaban; pues antes, al contrario, conociendo que debia concluirse de una vez resolvió mezclarse al momento en aquel negocio. Segun su opinion y la de muchos hombres ilustrados, bastaba que se prorogase por diez años mas el poder del primer Cónsul, los cuales, unidos á los siete que aun le quedaban del primer periodo, hacian subir á diez y siete años la duracion total de su consulado. En efecto con esto solo hubieran quedado burlados los enemigos que ya en Francia ó en Europa tuviesen formados sus cálculos para la época del término legal de su poder. Pero M. Cambacérès sabia muy bien que el primer Cónsul no se contentaria con aquello; que debia ofrecérsele otra cosa, y que con el Consulado por vida acompañado de la facultad de nombrar á su sucesor, se alcanzarian todas las ventajas de una monarquia hereditaria, sin los inconvenientes de un cambio de titulo, y sin el disgusto que causaria dicho cambio á muchos hombres de buena fé. Fijòse, pues, en esta idea é hizo todo lo posible para propagarla en el Senado, en el Cuerpo Legislativo y en el Tribunado. Pero si bien habia muchos individuos prontos á concederlo todo, otros vacilaban y solo querian prorogar el poder del primer Cónsul por diez años mas.

El primer Cónsul habia dilatado hasta aquel dia con toda intencion la presentacion del tratado de Amiens al Cuerpo Legislativo para que fuese convertido en ley. Comprendiendo M. Cambacérès que se debia aprovechar esta circunstancia para sacar de una especie de aclamacion general las mudanzas que se proponian hacer, lo preparó todo para conseguir aquel resultado. Se habia dispuesto que el 6 de Mayo (16 de Floreal) se presentaria al Cuerpo Legislativo el tratado que completaba la paz general. El presidente del Tribunado, M. Chabot de l'Allier, era uno de los amigos del Consul Cambacérès; y este le hizo llamar para ponerse de acuerdo en la marcha que se habia de seguir; conviniéndose entre ellos que cuando pasase el tratado del Cuerpo Legislativo al Tribunado, M. Simeon propondria que se nombrase una comision que fuese á ver al primer Cónsul para atestiguarle el testimonio de gratitud de aquel cuerpo, y que entónces el presidente Chabot de l'Allier, dejaria su asiento y propondria dar el voto siguiente: «Se invita al Senado á »dar á los Cónsules un testimonio de re»conocimiento nacional.»

Dispuestas asi las cosas el 6 de Mayo (16 de Floreal) los consejeros de Estado M. Rœderer, Bruix (el almirante) y Berlier presentaron el proyecto de ley al Cuerpo Legislativo. Comunmente el Cuerpo Legislativo comunicaba pura y simplemente al Tribunado los proyectos de ley; pero esta vez, vista la importancia del objeto, quiso el gobierno comunicar directamente al Tribunado el tratado sometido á las deliberaciones legislativas; siendo elegidos para este encargo los consejeros de Estado Régnier, Thibaudeau y Bigot-Préameneu. Apenas habian acabado de hacer su comunicacion, cuando el tribuno Simeon pidió la palabra.—Puesto que el gobierno, dijo, nos ha comunicado de un modo tan solemne el tratado de paz concluido con la Gran-Bretaña, nosotros

Aprovecha el Tribunado la ocasion de presentársele el tratado de Amiens para votar una recompensa nacional al primer Consul.

debemos corresponder á este paso con otro semejante. Pido, pues, que se envie una comision al gobierno para felicitarle por el restablecimiento de la paz general. Esta proposicion fue adoptada al momento. En seguida, dejando M. Chabot de l'Allier la presidencia, en la que le reemplazó M. Estanislao de Girardin, se trasladó á la tribuna y pronunció las siguientes palabras:

Proposicion de M. Chabot de l'Allier.

«En todos los pueblos se han concedido siempre honores públicos á los hombres que con acciones brillantes han honrado á su patria, y la han salvado de grandes peligros.

«¿Qué hombre tuvo jamas mas derechos al reconocimiento nacional que el general Bonaparte?

«¿Què hombre, bien fuese á la cabeza de los ejércitos, bien al frente del gobierno, honró mas á su patria, y le hizo mas señalados servicios?

»Su valor y su genio han salvado al pueblo frances de los excesos de la anarquia, y de las desgracias de la guerra, y el pueblo frances es demasiado grande, demasiado magnánimo, para dejar tantos beneficios sin una recompensa.

«Tribunos, seamos nosotros sus órganos. A nosotros toca tomar la iniciativa, cuando se trata de expresar en una circunstancia tan memorable, los sentimientos y la voluntad del pueblo frances.»

Por conclusion de este discurso, M. Chabot de l'Allier propuso al Tribunado, que votase hacer una gran manifestacion del reconocimiento nacional hácia el primer Cónsul.

Voto del Tribunado.

Propuso ademas que se comunicase aquel voto al Senado, al Cuerpo Legislativo y al Gobierno. La proposicion fue aprobada por unanimidad.

Nómbrase una comision en el Senado para proponer de que modo se habia de cumplir el voto del Tribunado.

Esta deliberacion fue al punto conocida del Senado, y este cuerpo decidió inmediatamente que se nombrase una comision especial, para que presentase su parecer, en punto al testimonio del reconocimiento nacional que convendria dar al primer Cónsul.

La diputacion que el tribuno Simeon habia propuesto se enviase al gobierno, fue recibida en las Tullerias al dia siguiente, 7 de Mayo (17 de Floreal). El primer Cónsul se hallaba rodeado de sus cólegas, de un gran número de empleados superiores, y de generales; y tenia una actitud grave y modesta. M. Simeon tomó la palabra, y celebrando los altos hechos del general Bonaparte, y las maravillas de su gobierno, mayores todavia que las de su espada, le atribuyó las victorias de la República, la paz que las habia seguido, el restablecimiento del órden y la vuelta de la prosperidad, y terminó diciendo: «me doy prisa, y temo aparecer adulador, cuando se trata solo de ser justo, y expresar en pocas palabras un sentimiento profundo que solo la ingratitud podria sufocar. Esperamos que el primer cuerpo de la nacion se haga intérprete del sentimiento general, sobre lo cual no es permitido al Tribunado mas que desearlo, y manifestarlo asi en su voto.

l primer Cónsul, despues de dar gracias al tribuno Simeon por los sentimientos que acababa de manifestar, y de decirle que veia en ello el fruto de haberse establecido relaciones mas íntimas entre el gobierno y el Tribunado, haciendo asi una alusion directa á las mudanzas verificadas en aquel cuerpo, concluyó con estas nobles palabras: «Por lo que hace á mi, recibo con el mas sensible reconocimiento el voto emitido por el Tribunado. No anhelo otra gloria que la de haber llenado enteramente la tarea que me estaba impuesta; ni ambiciono otra recompensa que el aprecio de mis conciudadanos; conceptuándome dichoso, si ellos estan convencidos que los males que puedan esperimentar, serán siempre para mí los mas sensibles; que me es apreciable la vida, solo por los servicios que todavia pueda prestar á mi patria, y que ni aun la misma muerte será amarga para mí, si mis últimas miradas pueden ver la felicidad de la República tan asegurada como su gloria.»

Respuesta del primer Cónsul á la diputacion del Tribunado.

Ya no se trataba mas que fijarse en la clase de testimonio de reconocimiento nacional que habia de darse al general Bonaparte. Nadie se engañaba en es-

te punto, pues todos sabian que el único modo de pagar al ilustre general los inmensos beneficios que les habia dispensado, era dar mayor extension á su poder. Sin embargo, algunos hombres sencillos, individuos ya del Tribunado, ya del Senado, habian creido al votar, que se trataba de expresar al primer Cónsul el testimonio de la gratitud pública erigiéndole alguna estátua ó monumento; pero el número de estas personas era muy corto, y la mayoria del Tribunado y del Senado sabian perfectamente cómo se debia expresar aquel reconocimiento. Durante aquel dia y el siguiente las Tullerias y la casa de M. Cambacérès, quien no vivia en palacio, no se vieron desocupadas un momento. Los senadores llegaban con empeño á preguntar qué debian hacer; y tan grande era su celo que bastaba se les hubiese indicado cualquier cosa, para que al punto la hubieran decretado. Uno de ellos hasta llegó á decir al Cónsul Cambacérès: ¿Qué quiere el general? ¿Quiere ser Rey? que lo diga. Yo y todos mis cólegas los de la Constituyente estamos prontos á votar el restablecimiento de la monarquía, y con mucho mas gusto para él que para cualquier otro, porque es el mas digno de todos.—Deseosos de penetrar la verdadera idea del primer Cónsul se aproximaron á él cuanto pudieron, y echaron mano de cien medios diferentes para oir de su boca al menos una palabra algo significativa. Pero él rehusó constantemente manifestar sus intenciones, hasta al senador Laplace que era uno de sus amigos particulares, y al que habian encargado para que á título de tal sondease sus ideas. El primer Cónsul respondió siempre que cualquier cosa que hiciesen seria recibida con gratitud; pero que en su ánimo nada habia resuelto. Algunos quisieron saber si seria de su gusto una prorogacion de su poder por otros diez años, á lo cual contestó con una humildad afectada, que cualquier testimonio de la confianza pública, bien fuese ese ó cualquier otro, seria bastante para llenarle de satisfaccion. Poco instruidos los senadores con semejantes contestaciones de lo que deseaban saber, volvian á ver á los Cónsules Cambacérès y Lebrun para que les informasen acerca de la conducta que debian seguir. — Nombradle Cónsul por vida, contestaban estos, y acertareis.—Pero se dice que no desea tanto, replicaban los mas sencillos, y que diez años de próroga le son suficientes. ¿A qué ir mas léjos que lo que él desea?

Nuevo disimulo del primer Cónsul.

Costaba mucho trabajo á los Cónsules Lebrun y Cambacérès el persuadirles de lo contrario; y este último se lo advirtió al primer Cónsul.—Haceis mal, le dijo, en no explicaros con franqueza. Vuestros enemigos, porque á pesar de vuestros merecimientos los teneis aun en el mismo Senado, abusarán de vuestra reserva.—El primer Cónsul no pareció ni admirado ni lisonjeado del empeño de los senadores, y contestó á M. Cambacérès:—Dejadlos obrar; pues la mayoria del Senado está siempre dispuesta á hacer mas que lo que se le pide. Ya vereis como van mas léjos de lo que pensais.—

M. Cambacérès le replicó que se equivocaba; pero nada pudo vencer su obstinada disimulacion; y como se va á ver, tuvo esto consecuencias muy extrañas. A pesar de la opinion de MM. Cambacérès y Lubrun, muchos hombres honrados, que encontraban mas cómodo conceder de menos que de mas, creyeron que el primer Cónsul miraba una próroga de diez años como suficiente testimonio de la confianza pública, y como una cosa bastante grande para consolidar su poder. El partido de Sieyes, siempre desafecto, se habia despertado en esta ocasion y se agitaba sordamente. Los senadores unidos en secreto á este partido, embrollaron á sus cólegas indecisos, afirmándoles que la idea del primer Cónsul era conocida; que no solo se contentaba con una próroga de diez años, sino que la preferia á cualquier otra cosa; y que esto se sabia, siendo por otra parte lo mejor que se podia hacer; porque con semejante combinacion quedaba consolidado el poder público, mantenida la República, y salvada la dignidad de la nacion. Lo mismo en esta ocasion que en el negocio de las candidaturas, el valiente Lefebvre fue uno de los que se dejaron persuadir, y que creyeron hacer lo que el general Bonaparte deseaba, con votar una próroga de diez años. Hacia ya cuarenta y ocho horas que se deliberaba, y era preciso concluir de una vez. El senador Lanjuinais con el arrojo de que habia dado tantas

pruebas, atacó lo que él llamaba la notoria usurpacion de que se hallaba amenazada la República. Su discurso fue oido con sentimiento, y como cosa fuera de su lugar. Pero los enemigos mas hábiles del primer Cónsul habian preparado una diestra maniobra, haciendo prevalecer la idea de prorogar por diez años los poderes del primer Cónsul. Adoptóse, en efecto, dicha resolucion el 8 de Mayo (18 de Floreal) á la caida de la tarde. El senador Lefebvre acudió de los primeros á las Tullerias para anunciar lo que acababa de acontecer, creyendo ser portador de la noticia mas agradable que podia darse al primer Cónsul. La misma nueva llegó por todas partes, y causó una sorpresa tan imprevista como penosa.

Engañado el Senado acerca de los verdaderos deseos del primer Cónsul, se limita á votar la prorogacion de sus poderes por diez años.

El primer Cónsul, rodeado de sus hermanos José y Luciano, supo con el mayor disgusto la resolucion del Senado, y en el primer momento solo pensó en no admitir la propuesta que iba á hacérsele. Al punto mandó llamar á su cólega Cambacérès, quien habiéndose presentado, y sabiendo lo ocurrido, demasiado cuerdo y prudente para hacer alarde de su prevision y de la falta del primer Cónsul, manifestó que sin duda era muy desagradable lo ocurrido, pero fácil de reparar; que ante todo, no debia el primer Cónsul manifestar su disgusto, y que en cuarenta y ocho horas podia remediarse esto. pero que era necesario dar un nuevo aspecto al negocio, de lo cual él se encargaba. El Senado, dijo M. Cambacérès, os ofrece prorogar vuestro poder; pues bien, manifestadle vuestro reconocimiento por ello, pero decidle que como no habeis recibido vuestra autoridad de sus manos, sino de la nacion, solo de ella podeis admitir lo que os ofrece; y que por lo tanto quereis consultarla por los mismos medios que se emplearon para adoptar la Constitucion consular, es decir, por medio de registros abiertos en toda Francia. Entonces haremos que el Consejo de Estado redacte la fórmula que ha de someterse á la sancion nacional; y de este modo, á la vez que se manifiesta esta deferencia hácia la soberania del pueblo, logramos que nuestro proyecto substituya al otro. Nosotros presentaremos la cuestion para saber, no si debe prorogarse por diez años mas el poder del general Bonaparte, sino si se le debe nombrar Cónsul por vida. Si el primer Cónsul, añadió M. Cambacérès, hiciese esto por si mismo, se resentiria demasiado su decoro, y no estaria bien visto. Pero yo que soy el segundo Cónsul, y debo ser el mas desinteresado en este asunto, puedo darle impulso. El general debe partir públicamente para la Malmaison, y yo me quedaré en Paris, convocaré el Consejo de Estado, y este redactará la nueva proposicion que ha de presentarse á la nacion, para que la acepte ó no.

Reunion de familia en casa del primer Cónsul, á la cual es llamado el Cónsul Cambacérès.

Medio ideado por el Cónsul Cambacérès.

Mucho agradó al general Bonaparte esta idea, y la adoptó al punto, con el parecer tambien de sus hermanos; agradeciendo en extremo á M. Cambacérès su ingeniosa combinacion, y abandonándolo todo en sus manos. Quedó, pues, convenido que el primer Cónsul partiria al dia siguiente, despues de haberse puesto de acuerdo con M. Cambacérès sobre el texto de la respuesta que debia darse al Senado.

Esta se redactó en la mañana del siguiente dia, 9 de Mayo (19 de Floreal) entre M. Cambacérès y el primer Cónsul, y fue enviada en seguida al Senado en contestacion á su mensage.

«Senadores, decia el »primer Cónsul, la hon»rosa prueba de estima»cion consignada en vues»tra declaracion del 18, »quedará siempre grabada en mi corazon.

Respuesta del primer Cónsul al voto del Senado.

«En los tres años que acaban de trans»currir, la fortuna se ha mostrado pro»picia á la República; pero la fortuna »es inconstante; y ¡cuantos hombres mi»mados con sus favores, no se han vis»to abandonados por ella poco tiempo »despues!

«El interes de mi gloria y el de mi »felicidad debian señalar el término de »mi vida pública en el momento en que »se proclama la paz del mundo.

«Pero la gloria y la felicidad del ciu»dadano deben enmudecer cuando le »llaman el interés del Estado y el apre»cio público.

«Juzgais que debo al pueblo un nuevo

»sacrificio; bien, lo haré si el voto del »pueblo exige lo que el vuestro autoriza."

El primer Cónsul, sin explicarse, indicaba con bastante claridad que no aceptaba la resolucion del Senado tal como ella era. En seguida partió para la Malmaison, dejando á su cólega Cambacérès el cuidado de concluir aquel negocio conforme á sus deseos. Este llamó á los consejeros de Estado que con mas frecuencia secundaban las miras del gobierno, y convino con ellos lo que habia de hacerse en el seno del Consejo. Al dia siguiente 10 de Mayo (20 de Floreal) celebró el Consejo de Estado una sesion extraordinaria, á la cual asistieron los dos Cónsules Cambacérès y Lebrun, y todos los ministros, á excepcion de M. Fouché. M. Cambacérès, que la presidia, anunció el objeto de aquella reunion, y solicitó que el Consejo ilustrase al gobierno en la circunstancia importante en que se encontraba. Al momento pidieron la palabra MM. Bigot de Préameneu, Rœderer, Regnaud y Portalis, y sostuvieron que la estabilidad del gobierno era en aquel momento la primera necesidad del Estado; que las potencias extrangeras para entrar en tratos con la Francia, y el crédito público, el comercio y la industria para tomar vuelo necesitaban confianza; que el medio mas seguro de inspirársela era perpetuar el poder del primer Cónsul; que siendo solo su autoridad por diez años era efímera, sin tener solidez ni grandeza por falta de duracion; que el Senado, limitado por la Constitucion, no habia creido posible añadir mas que otros diez años á la prolongacion del poder del primer Cónsul; pero apelando á la soberania nacional, como se habia hecho al plantear todas las Constituciones anteriores, no habia que sujetarse á la ley existente, puesto que se acudia al origen de todas las leyes; para lo cual no habia mas que proponer lo siguiente: ¿Será el primer Cónsul, Cónsul por vida?—El prefecto de la policía Dubois, miembro del Consejo de Estado y hombre de carácter por lo comun decidido é independiente, hizo presente la opinion que reinaba en Paris. Todos encontraban ridícula la resolucion del Senado; decíase que Francia necesitaba un gobierno fuerte, y que puesto que se habia encontrado, siendo ademas hábil y afortunado, se debia conservar; que hubiera sido bueno no tocar á la Constitucion; pero ya que asi no se habia hecho, lo mejor era concluir de una vez y organizar aquel gobierno de un modo que se conservase siempre. Lo que decia el prefecto Dubois era verdad; y tan favorable era al primer Cónsul la opinion pública, que todos querian que se resolviese al momento la cuestion, y dar á su poder la duracion de su vida. Despues de haber oido M. Cambacérès los diferentes discursos que se pronunciaron, preguntó si alguien tenia algo que manifestar en contra, pero como se callasen los miembros de la oposicion, que eran unos cinco ó seis, esto es, MM. Berlier, Thibaudeau, Emmery, Dessoles y Bérenger, se puso á votacion lo que se habia propuesto, y fue adoptado por una inmensa mayoria. Quedó, pues, decidido que se llamaria al pueblo para que diese su voto sobre la siguiente cuestion: ¿Será Napoleon Bonaparte Cónsul por vida?—Tomada esta resolucion, M. Rœderer, que era el mas atrevido de todos los miembros del partido monárquico, propuso que se añadiese á aquella cuestion, esta otra: ¿Tendrá el primer Cónsul facultad para nombrar a su sucesor?—M. Rœderer mostraba en esta cuestion mucho empeño, y tenia razon. Si se obraba de buena fe, si no se ocultaba la segunda intencion de deshacer algun dia lo que ahora iba á verificarse, si se queria, en fin, constituir definitivamente el nuevo poder, la facultad de nombrar al sucesor era el mejor equivalente de la monarquia hereditaria, y aun superior á aquella, porque era el medio que habia dado al mundo el reinado de los Antoninos. Un Cónsul por vida con la facultad de nombrar á su sucesor era una verdadera monarquia bajo una forma republicana, y un gobierno brillante y poderoso, que al menos salvaba la dignidad de la generacion presente, que habia jurado defender la República hasta la muerte. M. Rœderer que era muy terco en sus ideas, insistió é hizo que se propusiese su segunda cuestion, la cual fue aprobada como la precedente. En seguida era necesario resolver qué forma habia de derse á ambas. Creyóse que aquella apelacion que se hacia al fallo del pueblo francès por medio de los registros abiertos en las municipalidades, era un acto que debia pertenecer al gobierno, pues venia á ser, por decirlo asi, una sim-

ple convocacion; que asi, pues, era natural que deliberase sobre ella el Consejo de Estado; que publicándose esta deliberacion, que habia tenido lugar en presencia del segundo y tercer Cónsul y en ausencia del primero, quedaban salvadas las apariencias, y que solo faltaba redactarla de un modo conveniente: una comision, compuesta de algunos consejeros de Estado, quedó encargada de redactar acto continuo lo acordado, permaneciendo mientras tanto los demas allí reunidos. Retiróse la comision y una hora despues volvió con el acta que debia publicarse al dia siguiente:

Hé aquí su contenido:

«Considerando los Cónsules de la Re»pública que la resolucion del primer »Cónsul es un homenage notable que rin»de á la soberania del pueblo; *que el »pueblo consultado sobre sus mas preciosos »intereses, no debe conocer otros límites que »los de su propio interes*, decretan lo que »sigue..... &c.

«El pueblo francés será consultado so»bre estas dos cuestiones:

«1.° ¿SERA NAPOLEON BONAPARTE CÓNSUL »POR VIDA?

«2.° ¿TENDRA LA FACULTAD DE NOMBRAR »A SU SUCESOR?

«A este efecto quedarán abiertos li»bros de registro en todas las mairias, »en las escribanias de todos los tribu»nales, en las oficinas de los notarios, »y en las de todos los empleados pú»blicos.»

El plazo para dar los votos era el de tres semanas.

M. Cambacérès pasó inmediatamente á ver al primer Cónsul, para darle cuenta de lo resuelto por el Consejo de Estado. El primer Cónsul, por una disposicion de ánimo difícil de explicar, rehusó obstinadamente admitir la segunda cuestion. ¿A quién quereis que nombre por mi sucesor dijo: ¿á mis hermanos? Pero Francia que ha consentido ser gobernada por mí, consentirá serlo por José ó Luciano? ¿Os nombraré á vos, Cónsul Cambacérès? ¿Os atreveriais á cargar con tamaña tarea? Ademas ¿los que no han respetado el testamento de Luis XIV, respetarian el mio? Un hombre muerto, sea quien sea, no vale nada. El primer Cónsul no se dió á partido sobre este punto, y hasta se incomodó con M. Rœderer, quien sin ponerse de acuerdo con nadie, y siguiendo solo los impulsos de su deseo habia hecho aquella proposicion. Asi, pues, hizo que se quitase de la resolucion del Consejo de Estado la segunda cuestion relativa al nombramiento de su sucesor. El motivo que el primer Cónsul tuvo para obrar asi en aquella circunstancia es muy oscuro. ¿Queria al dejar un vacío en la organizacion del gobierno proporcionar otro pretesto, para decir de nuevo y algo mas tarde que el poder no estaba seguro para el porvenir, ni tenia grandeza, y que era necesario convertirle en una monarquía hereditaria? ¿ó bien temia las rivalidades de familia y los conflictos que le acarrearia la facultad de elegir un sucesor entre sus hermanos y sus sobrinos? Si se ha de juzgar por el lenguage que usaba en aquella época, esta última conjetura parecerá la mas verdadera. Mas fuese de esto lo que fuese, rechazó la segunda cuestion del acto emanado del Consejo de Estado; y como no se queria perder tiempo en hacer una nueva convocacion, se remitió aquel documento, asi variado, al periódico oficial.

Salió este á luz en el *Moniteur* del dia 11 por la mañana (21 de Floreal), dos dias despues de publicada la determinacion del Senado. Anunciar que se proponia á Francia semejante cuestion era anunciar que ya estaba resuelta; pues si bien la opinion pública, pasiva, no tomaba la iniciativa en las grandes resoluciones, se podia tener, no obstante, la seguridad, de que se apresuraria a sancionar cuanto se hiciese en favor del primer Cónsul. El pueblo sentia hácia él confianza, admiracion, reconocimiento, y en fin, todos los afectos que un pueblo vivo y entusiasta es capaz de sentir por un gran hombre, del que ha recibido muchos bienes á la vez. No hay duda, que si las cuestiones de forma hubieran conservado alguna importancia, en un tiempo en que se habian visto hacer y destruir tantas constituciones á la vez, hubiera parecido muy extraño que habiendo concedido el Senado una sencilla prorogacion de diez años, esta proposicion emanada de la única autoridad que tenia poder para ello, se transformase en una proposicion de Consulado por vida, hecha por un cuerpo que no era ni el Senado, ni el Cuerpo Legislativo, ni el Tribunado, y si solo un consejo dependiente del gobierno. Es verdad que el Consejo de Estado tenia en-

tónces una importancia tan grande que casi lo hacia igual á los cuerpos legislativos; y que el apelar á la soberanía nacional era una especie de correctivo que cubria todas las irregularidades de aquel modo de obrar, y daba al Consejo de Estado el papel aparente de un simple redactor de la cuestion que se iba á proponer á la Francia. Por otra parte, nadie reparaba entónces en aquellas cosas. El resultado, es decir, la consolidacion y duracion del gobierno del primer Cónsul convenia á todos; y cualquiera que fuese el medio que mas directamente diese de sí aquel resultado, parecia el mas natural y mejor. Hízose alguna burla del Senado, el cual, en efecto, quedó algo confuso, de no haber sabido comprender mejor los deseos del general Bonaparte, y guardó silencio, no teniendo nada conveniente que decir ni hacer, pues ni podia volverse atras de su resolucion, ni apropiarse la del Consejo de Estado; y en cuanto á resistirse, no solo no tenia los medios para ello, sino ni aun la idea. Sin embargo; no era la fuerza de aquella opinion tan general que no se criticase esta determinacion en ciertos lugares; por ejemplo, en los oscuros retiros donde los republicanos fieles ocultaban su desesperacion, y en las brillantes mansiones del arrabal de san German, donde los realistas detestaban aquel nuevo poder, al que todavia no habian empezado á servir. Pero semejante censura no producia ningun efecto, y pasaba desapercibida en medio del coro de alabanzas, que por todas partes resonaba en torno del primer Cónsul, llegando hasta su oido. Solo los hombres reflexivos, y el número de estos es siempre el mas reducido, podian hacer reflexiones singulares sobre las vicisitudes de las revoluciones, y sobre las inconsecuencias de aquella generacion, que no contenta con derribar una monarquia de doce siglos, queria en su delirio hacer lo mismo con todas las de Europa; y al presente, vuelta en sí de sus primeros arrebatos, no solo reedificaba pieza por pieza el trono, que habia destruido, sino que buscaba con empeño á quien dárse-le. Afortunadamente habia encontrado un hombre extraordinario que lo ocupase, y no siempre las naciones que sienten aquella necesidad, hallan un dueño que ennoblezca sus inconsecuencias hasta el grado á que estas llegan. Sin embargo, todos se habian poseido de vergüenza; el primero, aquel dueño que no se atrevia á confesar sus deseos; y en seguida el Senado, que no se habia atrevido á adivinarlos, y que vaciló en satisfacerlos, hasta que poniendo á un lado el Consejo de Estado aquella falsa vergüenza, tuvo por todos el ánimo de confesar lo que debia decirse y hacerse.

El Tribunado y el Cuerpo Legislativo van á votar solemnemente en manos del primer Consul en favor del Consulado por vida.

Estas dificultades del momento, desaparecieron en breve para dejar lugar á una verdadera ovacion. El Cuerpo Legislativo y el Tribunado quisieron presentarse ante el primer Cónsul, á fin de dar el ejemplo; yendo en cuerpo á votar en sus manos por la perpetuidad de su poder, El motivo imaginado para disimular aquel paso fue, que hallándose detenidos los miembros del Cuerpo Legislativo y del Tribunado en sus asientos de legisladores durante aquella legislatura extraordinaria, no podian presentarse en sus pueblos para emitir sus votos. Hallóse esta razon buena, y se dirigieron en cuerpo á las Tullerias. M. de Vaublanc llevó la palabra en nombre del Cuerpo Legislativo y M. Chabot de l'Allier en nombre del Tribunado. Reproducir los discursos que se pronunciaron en aquella ocasion, seria fastidioso, y bastará decir que se reducian á expresar, como otras veces, el mismo reconocimiento y la misma confianza en el gobierno del primer Cónsul. Semejante ejemplo hubiera arrastrado á los ciudadanos á imitarlo, dado caso que hubiera habido necesidad; pero no la habia, para que el impulso partiese de tan alto. Todos se presentaban con cierto empeño en las mairias; notarias y escribanias de los tribunales para inscribir sus votos de aprobacion en los registros abiertos para recibirlos.

Empeño general de todos los ciudadanos en dar su voto á favor del Consulado por vida.

Habia llegado el fin del mes de Floreal; y se dió prisa para terminar aquella corta y memorable legislatura con la presentacion de las leyes de hacienda. El presupuesto que se presentaba era de los mas satis-

Concluye la legislatura del año X con la aprobacion de las leyes de hacienda.

factorios. Todas las rentas se habian aumentado gracias á la paz, mientras que los gastos de la guerra y de la marina habian disminuido. Ascendia el presupuesto del año X á 500 millones de francos, 26 menos que el del año IX (1) el cual habia ascendido á 526 millones, segun las cuentas mas recientes, y si se añaden los céntimos adicionales para el servicio de los departamentos, que no se incluian entonces en el presupuesto, y que ascenderian á unos 60 millones de francos, y los gastos de recaudacion, que tampoco figuraban en el presupuesto general, porque cada administracion de recaudaciones pagaba sus gastos, los cuales ascendian á 70 millones; puede valuarse el total de los gastos de Francia en aquella época á 625 ó 630 millones de francos, (2343 á 2362 millones de reales.)

La paz traia consigo algunas economias en ciertos servicios y aumentaba los gastos en otros, pero el producto visible de las contribuciones preparaba el restablecimiento del equilibrio entre los gastos y los ingresos; equilibrio tan poco previsto dos años antes. La administracion de la guerra, dividida en dos ministerios, el del material y el del personal, debia costar 210 millones de francos en vez de 250. Sin duda causará asombro que solo hubiera 40 millones de diferencia entre el estado de guerra y el de paz; pero no debe echarse en olvido que nuestros ejércitos victoriosos habian estado viviendo sobre el pais extrangero, y que vueltos á nuestro territorio, á excepcion de unos 100,000 hombres, eran alimentados por el tesoro frances. El presupuesto de la marina, que concluidas las hostilidades, se creyó podrian señalarsele solo 80 millones de francos, habia ascendido por disposicion del primer Cónsul á 105, pues segun su opinion debia emplearse el tiempo de paz en organizar la marina de un gran Estado. Otros gastos notablemente reducidos probaban el feliz progreso del crédito. Las obligaciones de los recaudadores generales, cuyo origen es ya conocido, no menos que su utilidad y buen éxito, que al principio no se habian descontado mas que á uno por ciento al mes y despues á 3/4, se descontaban ya á 1/2 por ciento al mes, es decir, á 6 por 100 al año; y de este modo se habia podido reducir sin injusticia el interes de las fianzas desde 7 á 6 por 100. Todas estas economias habian aminorado los gastos del tesoro, de 32 millones de francos á 15; y ninguna reduccion hacia tanto honor al gobierno, ni probaba mejor el crédito que gozaba. La renta del 5 por 100 que en un principio habia subido desde 12 á 40 y 50 francos, estaba entonces á 60.

Al lado de estas disminuciones de gastos, se hallaban algunos aumentos, consecuencias de los prudentes y entendidos arreglos rentísticos propuestos el año IX. y tan injustamente criticados por el Tribunado. El gobierno, como dijimos en su lugar, habia querido acabar de inscribir el tercio *consolidado*, es decir el tercio de la antigua deuda, único que se habia exceptuado de la bancarrota del Directorio. En cuanto á los dos tercios *movilizados*, es decir, condenados á caducar, habia querido darles algun valor, admitiéndolos en pago de ciertos bienes nacionales, ó concediendo su conversion en renta del 5 por 100 *consolidado*, tomándolos por la vigésima parte de su capital, que era el precio á que corrian. Deseando el primer Cónsul concluir aquellos arreglos lo mas pronto posible, hizo que se decidiese por la ley de hacienda del año X, que los dos tercios *movilizados*, serian forzosamente convertidos en rentas del 5 por 100, al tanto convenido en la ley de Ventoso del año IX. La inscripcion definitiva del tercio *consolidado*, la conversion de los dos tercios *movilizados* en rentas del 5 por 100, y otras liquidaciones que quedaban por hacer de los créditos antiguos de los emigrados, y la traslacion al gran libro de las deudas de los paises conquistados, debian hacer subir el total de la deuda pública á 59 ó 60 millones de francos de rentas del 5 por 100. Sin embargo, importaba tranquilizar los ánimos acerca de la cantidad, á que estas varias liquidaciones podian hacer subir la deuda pública. Decidióse, pues, por un artículo del mismo presupuesto del año X, que la deuda no ascenderia, ni por empréstito ni á consecuencia de las liquidaciones que quedaban por terminar, á mas de 50 millones de rentas. Se esperaba que las compras que hiciese la caja de amortizacion, profusamente dotada con bienes nacio-

(1) El presupuesto del año IX se fijó primero en 415 millones, despues en 525 y últimamente en 545 millones de francos.

nales, absorverian, antes que tuviese tiempo para producirse, aquel excedente previsto de 9 á 10 millones; pero en todo caso, un artículo del presupuesto añadia, que luego que las inscripciones excediesen de 50 millones, se crearia al momento una cantidad de amortizacion, que absorveria en quince años la suma que excediese en adelante del término prefijado á la deuda pública.

Tambien debia regularizarse el título de aquella deuda; y en su consecuencia aquellos varios nombres de *tercio consolidado, dos tercios movilizados, deuda belga*, y otros, fueron abolidos y reemplazados por el título único de 5 por 100 consolidado. Quedó establecido que la deuda se inscribiria antes que nada en el presupuesto, y que sus intereses serian pagados antes que otro gasto, y siempre al mes que siguiese al vencimiento de cada semestre. Calculábase que la deuda en rentas vitalicias que era entonces de 20 millones, podria ascender hasta 24; pero se suponia que yendo las extinciones tan de prisa como las nuevas liquidaciones, siempre seria aquella de 20 millones. En la misma cantidad estaban igualmente calculadas las pensiones civiles. Los gastos que aun podian aumentarse eran los del interior, á causa de la composicion de los caminos y otros trabajos públicos; y los del clero para el establecimiento sucesivo de los nuevos curatos: gastos todos dignos mas bien de celebrarse que de sentirse. En cuanto á los de la instruccion pública y la Legion de Honor, se proveia á ellos, como ya se ha dicho, por medio de una dotacion en bienes nacionales.

En cambio del aumento de estos gastos, la marcha de las rentas hacia entrever productos superiores aun á aquellos. Las aduanas, los correos, el registro, y las propiedades del Estado daban valores considerables. Por otra parte quedaba el recurso de las contribuciones indirectas, que hasta entónces solo se habian restablecido en provecho de las ciudades y para el servicio de los hospitales. Las quejas que se habian dado aquel año en el Cuerpo Legislativo y en el Tribunado contra la pesada carga de las contribuciones directas, habian sido muy vivas, y habian preparado nuevos argumentos en favor del restablecimiento de los impuestos sobre los consumos. Cálculos muy exactos habian hecho resaltar mas que nunca la excesiva proporcion de las contribuciones directas. La contribucion sobre la propiedad territorial ascendia á 210 millones de francos, (787 millones de reales); la personal y moviliaria á 32, (120 millones de reales); la de puertas y ventanas á 16, (60 millones de reales); y la de patentes á 21, (79 millones de reales); total 279 millones, (1046 millones de rs.) mas de la mitad, por consecuencia, en un presupuesto de ingresos de 502 millones (1883 millones de reales). Comparábanse estas sumas con las que se pagaban siendo ministros MM. Turgot y Necker, y se solicitaba el restablecimiento de una proporcion mas justa entre las diferentes contribuciones. En efecto, antes de 1789, la contribucion territorial y personal producia 221 millones de francos y la indirecta 294; total 515 millones (1931 millones de reales.) La conclusion natural de aquellas quejas era el restablecimiento de los antiguos derechos sobre las bebidas, tabaco, sal &c.; y el primer Cónsul oia con gusto aquellas reclamaciones, que le suministraban una razon poderosa para llevar á cabo una medida de hacienda, resuelta en su ánimo hacia mucho tiempo, pero que no estaba aun bastante madura para ser propuesta.

La situacion de nuestra hacienda era, pues, excelente, y cada dia que pasaba se regularizaba mas. Los 90 millones destinados, por medio de rentas creadas, á la extincion de los atrasos de los presupuestos de los años V, VI y VII, anteriores al Consulado, se habia visto eran suficientes para el efecto; los 21 millones destinados á la liquidacion del año VIII, primero del Consulado, bastaban tambien para extinguir todo este atraso; y por último, el presupuesto del año IX, primero que se habia establecido con regularidad, aunque habia ascendido á 526 millones de francos en vez de 415, se hallaba totalmente liquidado, gracias á el aumento extraordinario de los productos. Acabamos de decir, que los gastos é ingresos para el año X estaban en un perfecto equilibrio.

En resúmen, una deuda en rentas perpetuas de 50 millones de francos, perfectamente regularizada, unida bajo un solo título, y dotada suficientemente con bienes nacionales; una deuda en rentas vitalicias de 20 millones, y de pensiones civiles por otros 20; 210 millones desti-

nados al ministerio de la guerra; y 105 al de marina, componian con otros gastos menos considerables un presupuesto de 500 millones de francos (1875 millones de reales), sin contar los céntimos adicionales y los gastos de recaudacion, y de 625 millones incluyéndolos; presupuesto que se cubria con rentas que aumentaban visiblemente, sin contar el restablecimiento de las contribuciones indirectas que quedaba como un recurso para atender á las nuevas necesidades que mas tarde pudieran crearse. De este modo, despues de diez años de guerra y de conquistas soberbias, era el presupuesto de Francia de 500 millones de francos, igual al de 1789; con la diferencia, que la deuda estaba en una proporcion muy escasa, respecto á las rentas, y que aquella cantidad de 500 millones (1875 millones de reales) que subia con los céntimos adicionales y los gastos de percepcion, á 625 (2344 millones de reales) representaba todas las cargas del pais; mientras que los 500 millones de francos del presupuesto del tiempo de Luis XVI, no solo no incluia los gastos de recaudacion, sino que tampoco comprendia las rentas del clero, los derechos feudales y el trabajo personal para la composicion de caminos; cargas que ascendian á algunos centenares de millones. Si en 1802 pagaba Francia 625 millones de francos, repartidos con igualdad, en 1789 pagaba de 1100 á 1200 millones mal repartidos, y con una cuarta parte menos de territorio. Asi, pues, la Revolucion habia producido, sin contar el beneficio de una reforma social completa, alguna cosa mas que calamidades; al menos bajo el punto de vista material. En toda esta prosperidad de la hacienda no habia mas que un recuerdo sensible, y este era la bancarrota, resultado del papel-moneda; pero que de ningun modo podia imputarse al gobierno consular.

Presupuesto de la Francia antes y despues de la Revolucion.

Todos estos trabajos del gobierno no fueron esta vez recibidos como en el año IX con una oposicion violenta; pues agradaron á ambos cuerpos legislativos y fueron aprobados con observaciones sencillas acerca de la proporcion de las contribuciones directas è indirectas; observaciones que el mismo gobierno hubiera dictado si no se le hubieran hecho espontáneamente.

Este fue el último acto de aquella legislatura de cuarenta y cinco dias, destinada á tan grandes objetos.

El Tribunado y el Cuerpo Legislativo se separaron el 20 de mayo (30 de Floreal), dejando la Francia en un estado en que no se habia encontrado hasta entonces, y en el que quizas no se vuelva á ver.

Número considerable de votos que se depositan en las mairias, escribanias de los tribunales, oficinas de notarios, &c.

En aquellos momentos se presentaba la poblacion con el mayor empeño en las mairias, en las escribanias de los tribunales y en las notarias, para dar una respuesta afirmativa á la cuestion presentada por el Consejo de Estado. Calculábase en tres ó cuatro millones el número de votos que se reunirian; número corto en la apariencia para una poblacion de 36 millones de almas, pero crecido y mayor del que se pide y se obtiene en la mayor parte de las constituciones conocidas, en que 300,400 ó 500,000 electores á lo mas, expresan la voluntad nacional. En efecto, de 36 millones de individuos hay que rebajar la mitad, que pertenece á un sexo que no tiene derechos políticos; de los 18 millones que restan, hay que sacar los ancianos y los niños, hecho lo cual queda reducida á 12 millones á lo mas la poblacion varonil y válida de un pais. Asi, pues, cuatro millones de votantes llamados á formar una opinion y á expresarla, es un número extraordinario, si se piensa en los muchos hombres que hay entregados al trabajo corporal, la mayor parte sin letras, y que apenas saben bajo que forma de gobierno viven.

Sin embargo, no faltaron algunos republicanos ó realistas que se presentaron á dar un voto negativo, y que con su presencia atestiguaron la libertad que gozaban todos en aquel asunto; pero estos formaron una minoria casi imperceptible. Por lo demas, asi los que votaban en pro como en contra se mostraban tranquilos, produciendo con su concurrencia á aquel acto un movimiento que apenas se sentia, por lo sosegada y satisfecha que estaba la poblacion.

Sin embargo notábase cierta fermentacion en el ánimo de los que rodeaban al gobierno, á causa de los cambios que era indispensable hacer en la

Junio de 1802.

Cambios que se proyectan hacer en la Constitucion.

Constitucion como consecuencia del Consulado por vida. Con este motivo circulaban mil rumores diversos, que tenian su origen en los deseos de cada partido.

Los hermanos del general Bonaparte y particularmente Luciano, no habian renunciado enteramente á que se plantease la monarquia hereditaria, que les colocaria al momento en el rango de príncipes, sacándolos del estado de igualdad en que vivian con los demas grandes funcionarios del Estado. M. Rœderer, amigo y confidente de Luciano, era de todos los personages que se mezclaban en dar su opinion, el mas extremado en opiniones monárquicas, mas bien por inclinacion natural que por sugestiones interesadas. Era Consejero de Estado, y estaba encargado de la instruccion pública, bajo las órdenes del ministro del Interior Chaptal, y se aprovechaba de su posicion para dirigir á los prefectos circulares enteramente agenas al objeto de que estaba encargado, pero sí relativas á las cuestiones que ocupaban entónces la atencion del gobierno y del público. Dichas circulares, en las que se hacian á los prefectos algunas preguntas, indicándoles al mismo tiempo la respuesta que habian de dar, en un sentido enteramente monárquico, aunque no eran producto del mismo ministro, partian sin embargo de una autoridad superior, y parecian revelar un proyecto oculto, que quizas tendria su origen en regiones muy elevadas; lo cual bastaba para agitar los ánimos en las provincias, dando al mismo tiempo lugar á que circularan mil rumores.

M. Rœderer y los que participaban de sus opiniones hubieran querido que saliese de los departamentos una especie de voto espontáneo que autorizase á obrar con mas atrevimiento de lo que hasta entonces se habia hecho. Tampoco dejaban de dirigir al primer Cónsul las mas vivas instancias, para que resolviese con mas arrojo las cuestiones que se ventilaban; pero el primer Cónsul se habia ya fijado en su idea. Creia, lo mismo que todos los amigos juiciosos del gobierno, que se habia hecho bastante, al menos por entonces, estableciendo el Consulado por vida; pues equivalia á la monarquía, sobre todo añadiéndole la facultad de nombrar á su sucesor. Un movimiento de opinion bastante notable que se advertia en los hombres que rodeaban al gobierno, aun en los mas adictos, habia advertido al primer Cónsul que por entonces no se debia pasar adelante. Asi, pues, habia resuelto detenerse y calificaba de pasos indiscretos, todo lo que hacian y decian en torno suyo amigos poco diestros, cuyo celo, si bien estaba lejos de disgustarle, no era bastante general para que fuese acogido.

El mismo se ocupaba en los cambios que le parecia indispensable debian hacerse en la Constitucion. Aunque censuraba de muy buena gana la obra de M. Sieyes, pensaba conservar el fondo de ella, añadiendo solo algunas novedades cómodas para el gobierno.

Algunos piensan por un momento, en establecer una monarquia constitucional como la de Inglaterra.

Notábase una singular disposicion de ánimo en algunos hombres. Solicitábase por estos que se restableciese la monarquia, pues asi lo exigia la fuerza de las circunstancias; pero que en cambio se diesen á Francia las libertades que en una monarquia son compatibles con el trono; es decir, que se le diese pura y simplemente la monarquia inglesa, con un trono hereditario y dos cámaras independientes. M. Camilo Jordan habia publicado acerca de esto un folleto muy notado del pequeño número de personas que se mezclaban todavia en las cuestiones políticas, porque la gran masa del pueblo no tenia otra opinion que la de que se dejase hacer al primer Cónsul todo lo que quisiese. De este modo la idea de la monarquia representativa, que en los principios de la Revolucion se habia presentado á MM. Lally-Tollendal y Mounier como la forma necesaria de nuestro gobierno, y que cincuenta años despues, debia llegar á ser su forma definitiva, se apoderaba otra vez de algunas imaginaciones, presentándosele como uno de esos elevados y lejanos montes que se descubren y se ocultan repetidas veces en un camino largo, antes de llegar á ellos.

Los realistas sinceros que deseaban la monarquia aunque fuese sin los Borbones, si era imposible que estos volviesen, y hasta con el general Bonaparte, si solo con él era posible, participaban de aquella opinion, sucediendo lo mismo

á los realistas que eran hombres de partido, aunque por causas diferentes. Creian estos que con las elecciones y con la prensa libre, todo volveria á caer en la mayor confusion, como en tiempo del Directorio, y que de este nuevo caos saldria en fin la monarquia legitima de los Borbones, como término necesario á los males de la Francia.

El primer Cónsul rechaza la idea de la monarquia inglesa.

El primer Cónsul, no quiso adherirse á semejante proyecto, por mas que le valiese un trono; porque ademas de la aversion que sentia hacia las resistencias que le hubiera opuesto semejante forma de gobierno, tenia la conviccion íntima de lo imposible que era el establecerlo en el estado en que se hallaban las cosas.

Los que no han querido ver en él mas que á un militar, y á lo mas un gobernador, pero nunca un hombre de estado, han creido que no tenia la menor idea de la Constitucion inglesa, pero esto es un error completo. Viendo el primer Cónsul en la Inglaterra, al único enemigo que Francia podia temer en Europa, tenia constantemente fijos los ojos en ella, y habia penetrado hasta en los resortes mas secretos de su Constitucion, de los cuales hablaba con una sagacidad extremada en sus frecuentes conversaciones sobre materias de gobierno. Una cosa le disgustaba mucho en la Constitucion británica, y expresaba su sentir con aquella vivacidad de lenguage que le era propia: esta era el ver esos grandes negocios del Estado, que para salir bien exigen largas meditaciones, una gran consecuencia en las miras, y un secreto profundo en la ejecucion, entregados á la publicidad y á los azares de la intriga ó de la elocuencia.—Con tal que MM. Fox, Pitt ó Addington, decia él, sean mas diestros unos que otros para dirigir una intriga parlamentaria, ó bien mas elocuentes en una sesion del Parlamento, tendremos la guerra en lugar de la paz; el mundo arderá de nuevo, y la Francia destruirá á la Inglaterra ó será destruida por esta! ¡Entregar, esclamaba encolerizado, entregar la suerte del mundo á tales resortes!—Aquel gran talento, exclusivamente preocupado en que fuese buena la ejecucion de los negocios del Estado, olvidaba que si no se quieren someter dichos negocios á las influencias parlamentarias, las cuales no son mas que las influencias nacionales, representadas por hombres apasionados, falibles sin duda, como lo son todos, caen bajo influencias mucho mas lamentables, como, por ejemplo, bajo la de Madama de Maintenon en un siglo devoto, bajo las de Madama de Pompadour en un siglo disoluto; y aun si hay la fortuna, poco duradera de poseer á un gran hombre como Federico ó Napoleon, bajo la influencia de la ambicion que prueba hasta el extremo la suerte de las batallas.

Dejando á un lado este error, muy natural en el general Bonaparte, le llamaba la atencion, y asi lo manifestaba, esa libertad, exenta de convulsiones y borrascas, de que goza la Inglaterra, bajo la Constitucion británica. Pero dudaba que pudiese adoptarse al carácter frances tan pronto y tan vivo; mostrando sobre este punto la mayor incertidumbre, y mirando como imposible establecerla en Francia en aquellas circunstancias.

El primer Cónsul decia que semejante Constitucion exigia en primer lugar muchas dignidades hereditarias, un Rey, y pares hereditarios; que en Francia no dominaban tales ideas; que todos estaban prontos á obedecerle como dictador, pero que ninguno le queria monarca hereditario, lo que era entonces cierto; que lo mismo sucederia con el Senado, cuya dignidad nadie querria que fuese hereditaria, hallándose todos sin embargo dispuestos á concederle un poder constituyente extraordinario; que la necesidad de dar estabilidad al gobierno se extendia hasta conceder poderes ilimitados pero vitalicios, que tal era entónces la disposicion de los ánimos; que en su consecuencia faltaban los elementos para formar la monarquia inglesa, porque no habia ni Rey ni pares, pues los senadores por vida de M. Sieyes, nuevos aristócratas, la mayor parte sin fortuna y sosteniéndose con sueldos del Estado, caerian en el ridículo si se trataba de convertirlos en lores de Inglaterra, y que si en su defecto se queria revestir con esta dignidad á los grandes propietarios, se daria fuerza y poder á los enemigos mas temibles, porque todos ellos eran realistas en el fondo de su corazon, y mas amigos de los ingleses y austriacos que de sus compatriotas; que no habia, pues, con que formar

una cámara alta; que echando mano de los charlatanes del Tribunado y de los mudos del Cuerpo Legislativo, se podria, en rigor, formar una cámara baja, pero que, para que esta imitacion de la monarquia inglesa fuese exacta, se necesitaria la tribuna, la prensa y las elecciones, con lo cual se expondrian á empezar de nuevo la misma marcha que se siguió durante los cuatro años del Directorio, cuyos hechos que habia presenciado, no se borrarian jamas de su memoria; que entónces se vió formarse en los colegios electorales una mayoria, que bajo el pretexto de dejar á un lado á los hombres sanguinarios, no queria elegir sino á realistas mas ó menos decididos; que al mismo tiempo se habia visto á cien periódicos, defender furiosamente la causa del realismo, y excitar á todos al mismo extremo, de modo, que sin el 18 de Fructidor, sin la fuerza que habia prestado al Directorio el ejército de Italia, se hubiera presenciado el triunfo de aquella contrarevolucion disfrazada; que en breve, por una consecuencia inevitable, á aquellas elecciones realistas habian sucedido otras terroristas, que asustaron á todos los hombres honrados, obligándoles á pedir que se anulasen; que si se abria de nuevo aquella carrera á los ánimos, de convulsion en convulsion se llegaria al triunfo de los Borbones y del extrangero; y que, por último, era preciso concluir de una vez, detener aquel torrente y terminar la Revolucion, sosteniendo en el poder á los hombres que la habian hecho, y consagrando en nuestras leyes sus principios justos y necesarios.

Con este motivo repetia el primer Cónsul su tésis favorita, que consistia en decir, que para salvar la Revolucion debia salvarse primero á sus autores, sosteniéndolos al frente de los negocios, y que sin él todos hubieran desaparecido por la ingratitud de la generacion presente.—Mirad, exclamaba, ¡qué ha sido de Rewbell, Barras y La Réveillère! ¿donde están? ¿quién piensa en ellos? Los únicos que se han salvado son los que yo he tomado por la mano, colocado en el poder, y sostenido á pesar del movimiento que nos arrastra. Mirad el trabajo que me cuesta sostener á M. Fouché! M. de Talleyrand clama contra M. Fouché, y los Malouet, los Talon, y los Calonne, que me están ofreciendo sus consejos y ayuda, pronto derribarian al mismo M. de Talleyrand, si yo me prestase á ello. Alguna mas consideracion se guarda á los militares, porque se les teme, y porque no es muy fácil tomar á la cabeza del ejército el lugar que ocupan los generales Lannes y Masséna. Pero si hoy los contemplan ¿seguirán contemplándolos por mucho tiempo? ¿Se yo, acaso, lo que querrian hacer conmigo? ¿No me han propuesto nombrarme condestable de Luis XVIII? No hay duda que el espíritu de la Revolucion es inmortal y sobreviviria á los hombres: la Revolucion concluiria por triunfar, pero seria con la ayuda de los señores de la sociedad del Picadero, y todo serian reacciones, y destrozos, y por complemento de todo la contrarevolucion.—

En la actualidad, añadia el primer Cónsul, es necesario formar un gobierno con los hombres de la Revolucion, con los que tienen experiencia y han prestado servicios, sin haberse manchado en sangre, á menos que no haya sido con la de los rusos y de los austriacos; y despues agregar á estos hombres un corto número de los que han salido de nuevo á luz y á quienes se repute de capacidad; ó de hombres de los tiempos pasados, sacados si se quiere de Versailles, con tal que tambien sean de capacidad, y que se nos unan como parciales sumisos y no como protectores desdeñosos. Para alcanzar este objeto, la Constitucion de M. Sieyes es buena, haciéndole algunas modificaciones. Es necesario, ademas, consagrar el gran principio de la Revolucion, que es la igualdad civil, es decir, la justicia distributiva en todas las cosas, en legislacion, en tribunales, en administracion, en contribuciones, en servicio militar, en distribucion de empleos, &c. Hoy todo departamento es igual á otro; todo frances es igual á otro frances; todos los ciudadanos obedecen la misma ley, comparecen ante los mismos jueces, sufren el mismo castigo, reciben igual recompensa, pagan iguales contribuciones, cargan con el mismo servicio militar, y llegan á los mismos destinos, cualquiera que sea su nacimiento, su religion, y la provincia en que hayan nacido. He aquí el gran resultado social de la Revolucion, por el cual bien se merecia sufrir lo que se ha sufrido, y el que es necesario sostener invaria-

ble. Despues de este resultado hay otro que tambien se debe sostener con igual vigor, y es la grandeza de la Francia. Los clamores de la prensa y el estrépito de la tribuna, son cosas que hoy nos sentarian muy mal, y que acaso nos esten bien dentro de algun tiempo. Ahora lo que necesitamos es órden, descanso y prosperidad, manejar bien nuestros asuntos, y conservar nuestra grandeza exterior. La lucha para conservar esta grandeza no ha concluido todavia: ella empezará otra vez, y entonces, necesitaremos para sostenerla mucha fuerza y unidad en el gobierno.—

Tal es la sustancia de las conversaciones contínuas del primer Cónsul con aquellos á quienes habia admitido para que le diesen su opinion, y con los cuales preparó la reforma de la Constitucion consular.

En esto puede reconocerse su modo acostumbrado de pensar. Sin negar nada respecto al porvenir, é inquietándose solo por lo presente, veia el bien actual de la Francia en la reunion de todos los partidos, en el sostenimiento y fin de la reforma social hecha por la Revolucion, y por último, en el incremento del poder adquirido por nuestras armas. En cuanto á la libertad, la separaba á un lado, como una vuelta visible á las antiguas turbulencias, y como un obstáculo á todo lo bueno que queria hacer, y la dejaba en su mente el lugar de un problema dificil y oscuro, cuya solucion no le pertenecia, porque doce años de agitaciones y revueltas habian hecho pasar la necesidad y el deseo de ella, probablemente por mucho tiempo. M. Sieyes con su constitucion aristocrática, tomada de las repúblicas de la edad media ya en su decadencia, con su Senado revestido del poder electoral, y con sus listas de notabilidad, especie de libro de oro inmutable, habia hallado la Constitucion que mas convenia á aquella situacion y circunstancias.

El primer Cónsul no tenia intencion de tocar al Senado, pues queria, al contrario, hacerle mas poderoso; pero proyectó un primer cambio, que en la apariencia fue una concesion al influjo popular.

Las listas de notabilidad que contenian los quinientos mil individuos entre los cuales se debian elegir los consejos de distrito y de departamento, el Cuerpo Legislativo, el Tribunado y el mismo Senado, y á las que solo se tocaba para reemplazar en ellas á los muertos, ó borrar á los que se habian hecho indignos de estar inscritos (como por ejemplo, los fallidos), parecian demasiado ilusorias, y dejaban al gobierno, como hoy se diria, sin lazo que le uniese con el pais. Por otra parte, eran muy dificiles de formar, porque los ciudadanos no tenian ningun interes en mezclarse en una obra tan insignificante.

Ideas en que se fija el primer Cónsul, relativamente á la Constitucion y á las reformas que conviene hacer en ella.

El primer Cónsul pensó, que el aumento de autoridad que le estaba destinado y las otras modificaciones favorables al poder que iban á hacerse en la Constitucion, debian pagarse con una concesion popular, al menos aparente; y en su consecuencia resolvió restablecer los colegios electorales.

Julio de 1802.

Para ello imaginó diferentes especies de colegios. En primer lugar, se crearon juntas de canton, compuestas de todos los habitantes que tuviesen la edad y las demas calidades de ciudadanos, las que tenian el encargo de elegir los colegios electorales, uno de distrito y otro de departamento. El colegio de distrito debia formarse en razon de la poblacion, y tener un individuo por cada quinientas almas, y el de departamento, compuesto del mismo modo, uno por cada mil. pero sin que las elecciones para este último pudiesen salir de los seiscientos mayores contribuyentes.

Suprimense las listas de notabilidad.

Ambos colegios electorales de distrito y de departamento debian ser elegidos por vida por las juntas de canton, las cuales, hecho una vez este nombramiento general, nada les quedaba que hacer sino reemplazar á los que falleciesen ó se hiciesen indignos de pertenecer á aquellos colegios.

Establecimiento de colegios electorales por vida.

El gobierno nombraba los presidentes de todos aquellos cuerpos, así los de las juntas de canton como los de los colegios electorales; y tenia la facultad

de disolver un colegio electoral. En este caso serian convocadas las juntas de canton para componer nuevamente el colegio disuelto.

Los colegios electorales quedan encargados de presentar al Senado los candidatos para sus elecciones.

Las juntas de canton y los dos colegios electorales de distrito y de departamento presentaban á los Cónsules candidatos para los juzgados de paz, y los cuerpos municipales y departamentales. Los colegios de distrito presentaban dos candidatos para las plazas vacantes en el Tribunado: los colegios de departamento otros dos para las vacantes del Senado, y ambos presentaban dos mas cada uno, para las plazas vacantes del Cuerpo Legislativo. De modo que el Tribunado tenia su origen del consejo de distrito; el Senado del consejo de departamento, y el Cuerpo Legislativo del uno y del otro.

El Senado quedaba siempre con la facultad de elegir, entre los candidatos que se le presentasen, á los individuos del Tribunado, del Cuerpo Legislativo y del mismo Senado.

He aquí en qué consistia la mudanza hecha en la Constitucion. En vez de aquellas listas de notabilidades, completadas ó modificadas de vez en cuando por todos los ciudadanos, debia haber colegios electorales por vida, nombrados tambien por todos los ciudadanos, con la facultad de presentar candidatos, entre los cuales debia elegir el Senado, cuerpo que engendraba á todos los demas. El cambio no era muy grande, porque dichos colegios electorales por vida, á veces modificados, cuando habia que reemplazar á los que se habian muerto ó se hacian indignos de pertenecer á ellos, eran sobre poco mas ó menos tan inamovibles como las listas de notabilidades; pero se reunian en ocasiones para elegir á algunos candidatos. Bajo este punto de vista, los ciudadanos tenian alguna participacion en la formacion de los cuerpos deliberantes; sin que por otra parte fuese de temer con semejante plan el tumulto electoral.

El Cuerpo Legislativo y el Tribunado debian dividirse en cinco series, que saldrian sucesivamente una por año. El Senado reemplazaba la serie saliente, tomando los nuevos elegidos de entre los candidatos presentados. Los colegios por vida reemplazaban en seguida á los candidatos sacados de su seno, por la eleccion de aquella quinta parte.

Hecha esta concesion, que parecia entónces tan exorbitante que todos los colaboradores del primer Cónsul decian que bien se necesitaba un poder muy fuerte y muy seguro de sí mismo, para dar tanta entrada al influjo popular, se procuró completar las atribuciones del Senado, conforme á las necesidades que habian indicado los últimos acontecimientos.

Nuevas atribuciones dadas al Senado.

El Senado debia conservar, ante todo, el poder de elegir á todos los cuerpos del Estado; y ademas se le queria conferir un poder constituyente mas completo; el cual ya se le habia hecho ejercer, dándole á interpretar el artículo 38 de la Constitucion, llamándole á decidir sobre la vuelta de los emigrados, y solicitando de él que prorogase la autoridad del primer Cónsul. Era cómodo al gobierno tener á su lado un poder constituyente, dispuesto siempre á crear lo que fuera necesario.

Poder constituyente.

Se estableció, pues, que el Senado, por medio de senados-consultos, llamados orgánicos, tendria la facultad de interpretar la Constitucion, completarla, y en una palabra, hacer cuanto fuera necesario para que marchase sin obstáculos ni embarazo.

Poder de suspender la Constitucion, de disolver el Cuerpo Legislativo y de anular los fallos de los tribunales.

Se estableció tambien, que por medio de simples senados-consultos podria el Senado suspender la Constitucion ó el jurado en ciertos departamentos, y marcar en qué caso un individuo, detenido en un caso extraordinario, habia de ponerse á disposicion de sus jueces naturales ó permanecer detenido. Finalmente; se concedieron á este cuerpo dos atribuciones extraordinarias, la una propia del trono en una monarquía, y la otra que no es dada á poder alguno en ningun estado constituido regularmente: la primera era la facultad de disolver el Cuerpo Legislativo y el Tribunado; y la segunda la de anular los fallos de los tribunales, cuando estos fuesen atentatorios á la seguridad del Estado.

Esta última atribucion seria inconcebible, si no la hubiesen explicado la circunstancias de la época. En efecto, ciertos tribunales acababan de fallar en materia de bienes nacionales, de un modo que podia conducir á actos de desesperacion á la clase crecida y poderosa de los compradores.

Aumentase el número de los senadores.

Decidióse en seguida que el Senado, cuyo número de individuos debia aumentarse desde sesenta que tenia, hasta ochenta, por medio de dos nombramientos por año, lo fuese inmediatamente; de modo que habia que hacer catorce nombramientos. El primer Cónsul recibió ademas el poder de nombrar directamente hasta cuarenta senadores, con lo cual venian á ser ciento veinte los que habian de componer aquel cuerpo. Así se libraba al gobierno de sufrir nuevos disgustos como los que habia experimentado al principio de la legislatura del año X.

Modificaciones hechas en la organizacion del Consejo de Estado y del Tribunado.

El Tribunado y el Consejo de Estado fueron modificados tambien en su organizacion, pues mientras que al Consejo de Estado se podia aumentar hasta el número de cincuenta miembros, el Tribunado debia reducirse al número de cincuenta individuos, por medio de extincion sucesiva, y dividirse en secciones correspondientes á las del Consejo de Estado. Debia tambien examinar, primero en secciones y á puerta cerrada, todos los proyectos de ley que debian sometérsele despues en sesion general; debiendo siempre discutirlos por el conducto de tres oradores ante el Cuerpo Legislativo, en contradiccion con los tres consejeros de Estado, ó de acuerdo con ellos, segun hubiese sido el proyecto desechado ó aprobado. Por lo que se ve, el Tribunado no venia á ser otra cosa que un segundo consejo de Estado, con el encargo de criticar en secreto, y por lo tanto sin energia, lo que habia hecho el primero.

Por último el Tribunado y el Cuerpo Legislativo quedaron sin la prerogativa de votar los tratados; pues el primer Cónsul que se acordaba de lo que habia acontecido con el tratado de Rusia, no queria exponerse á otra escena semejante. En su consecuencia imaginó crear un Consejo privado compuesto de los Cónsules, de los ministros, de dos senadores, de dos consejeros de Estado, y de dos miembros de la Legion de Honor, que tuviesen la calidad de oficiales superiores de la misma; unos y otros nombrados por el primer Cónsul para cada ocasion importante. Este consejo privado debia ser el único á que se consultase para la ratificacion de los tratados. Tambien tenia el encargo de redactar los senados-consultos orgánicos.

Creacion de un Consejo privado.

La creacion del Consejo privado, perjudicaba al de Estado, y este último pareció resentirse. Con la nueva institucion le quitaba el primer Cónsul el conocimiento de los tratados, que hasta entónces le habia pertenecido, porque empezaba á creer que para entender en comunicaciones de aquella clase eran demasiado treinta ó cuarenta individuos.

Quedaba que organizar el poder ejecutivo sobre la nueva base del Consulado por vida. El primer Cónsul quiso que el poder que se le habia conferido por toda su vida, se diese á sus cólegas por el mismo término.—Habeis hecho bastante por mí, dijo al Cónsul Cambacèrés, para que yo asegure vuestra posicion. Quedó, pues, sentado que el poder de los tres Cónsules seria por vida, lo mismo entonces que en lo venidero. Quedaba la gran cuestion del nombramiento del sucesor del primer Cónsul, por la cual se habia de suplir el poder hereditario. El general Bonaparte habia rehusado al principio la facultad que se le queria dar de que nombrase por sí mismo á su sucesor; pero cediendo al fin, se acordó que pudiese nombrarlo cuando quisiese. En este caso debia presentarlo al Senado con el mayor aparato. El sucesor nombrado habia de prestar juramento á la República, en el seno del Senado, y en presencia de los Cónsules, de los ministros, del Cuerpo Legislativo, del Tribunado, del Consejo de Estado, del tribunal de casacion, de los Arzobispos y Obispos, de los presidentes de los colegios electorales, de los oficiales superiores de la Legion de Honor, y de los maires de las veinte y cuatro ciudades principales de la República. Despues de esta solemnidad debia

Concédese al primer Cónsul el poder de nombrar á su sucesor.

ser adoptado por el Cónsul, en vida de éste, y por la nacion, y tomar asiento en el Senado con los Cónsules, despues del tercero.

Sin embargo, si para librarse el primer Cónsul de las desazones de familia no nombraba su sucesor en vida, dejándole designado en su testamento, entonces debia antes de su muerte, entregar el testamento autorizado con su sello, á los otros Cónsules, en presencia de los ministros y de los presidentes del Consejo de Estado. Este testamento debia quedar depositado en los archivos de la República. Pero en este caso, era preciso que el Senado ratificase la voluntad testamentaria, que no se habia conocido en vida del Cónsul testador.

Si el primer Cónsul no habia nombrado en vida á su sucesor, ni tampoco en su testamento, ó bien no fuera este ratificado por el Senado, entónces los Cónsules segundo y tercero tenian el encargo de nombrar el sucesor; pero solo le proponian al Senado, al cual correspondia elegirle.

Tales fueron las formas adoptadas para garantir la transmision del poder. Era la adopcion en vez del derecho hereditario, pero nada impedia que fuese este último, porque el gefe del Estado podia elegir á su hijo, dado caso que lo tuviese; con la diferencia de que entre sus herederos podia elegir al que creyese más digno de aquel puesto.

Los Cónsules eran de derecho miembros del Senado, y debian presidirle.

Añadióse al poder del primer Cónsul una gran prerogativa, cual fue el derecho de perdonar; con lo cual se asemejó su autoridad, en cuanto fue posible, á la de un monarca.

Al advenimiento al poder del nuevo primer Cónsul, una ley debia fijar su dotacion, ó por mejor decir su presupuesto. Por entonces debia figurar en el presupuesto una dotacion de seis millones de francos (veinte y dos millones y medio de reales) para el primer Cónsul, y de un millon doscientos mil francos (cuatro millones y medio de reales) para cada uno de sus cólegas.

Algunas nuevas disposiciones relativas á los tribunales.

A todas aquellas disposiciones se añadieron algunos nuevos arreglos en lo relativo á la disciplina de los tribunales. La administracion del Estado marchaba mucho mejor que la de justicia porque dependiendo de un dueño imparcial y firme, que á cada momento podia destituir á los empleados, todo marchaba exactamente segun su espíritu. Pero los tribunales de justicia hacian de su independencia el mismo uso que se hacia entonces de cualquier clase de libertad que se concedia, que era el de entregarse á las pasiones de la época. En ciertos puntos perseguian á los compradores de bienes nacionales, al paso que en otros los favorecian con notable injusticia. Pero en ninguna parte daban muestras de aquella disciplina que despues se ha visto en ellos, y que da á un gran cuerpo de magistrados un aspecto de dignidad, aunque mezclada con cierta sumision. A la disposicion que sometia en ciertos casos á la autoridad del Senado los fallos de los tribunales, disposicion extraordinaria y por fortuna pasagera, se añadió otra de pura disciplina, cual fue la de colocar los tribunales de primera instancia, bajo la disciplina de los tribunales de apelacion, y á estos bajo la de los tribunales de casacion. Un juez que hubiese faltado á sus deberes podia ser llamado ante un tribunal superior, y reprendido ó suspendido. A la cabeza de toda la magistratura debia haber un Gran Juez, que tendria la facultad de presidir los tribunales cuando quisiese, y el encargo de vigilarlos y administrarlos; para lo cual debia ser ministro de Justicia, al mismo tiempo que magistrado.

Tales fueron las modificaciones hechas en la Constitucion consular, las unas imaginadas por el primer Cónsul, y otras propuestas por sus consejeros. Reuniéronse todas en un proyecto de senado-consulto orgánico, que debia presentarse el Senado, y ser adoptado por este cuerpo.

Consistian, como acaba de verse, en sustituir las listas de notabilidades, candidatura extensa, pero inerte é ilusoria, con colegios electorales por vida, que se reunian algunas veces para presentar candidatos á la eleccion del Senado: en dar á este cuerpo, ya encargado de las funciones electorales y del cuidado de velar sobre la Constitucion, el poder de modificarla, de completarla y de quitar los obstáculos que pudieran embarazar su marcha; y finalmente, el poder de disolver el Tribunado y el Cuerpo Legislativo: en conferir al general Bonaparte

el Consulado por vida, con facultad para nombrar á su sucesor: en darle ademas, la prerogativa mas hermosa de la corona, cual es el derecho de perdonar: en quitar al Tribunado el poder que podria darle el mucho número de individuos, reduciendo éste, y despojándole casi tambien del derecho de publicidad, haciendo por lo tanto, de él, un segundo consejo de Estado encargado de criticar los proyectos del primero: en quitar al Cuerpo Legislativo y al Consejo de Estado la intervencion en ciertos grandes negocios del gobierno, tales como la aprobacion de los tratados, y dársela á un Consejo privado; y por último, en establecer entre los tribunales una gerarquía y una disciplina.

Siempre quedaba siendo la Constitucion aristocrática de M. Sieyes, fácil de caer en la aristocracia ó en el despotismo, segun la influencia que la dirigiese, y que en aquel momento iba á inclinarse hácia el poder absoluto bajo la mano del primer Cónsul, pero que despues de su muerte podia convertirse en una clara aristocracia, si él mismo antes de morir no lo precipitaba todo en un abismo.

Al conceder, por su propia comodidad, atribuciones tan superiores al Senado, el primer Cónsul se habia proporcionado durante su vida un instrumento ciego de su voluntad, por medio del cual podria cuanto quisiera; pero, despues de su muerte, aquel instrumento quedaria independiente y poderoso á su vez. Con un sucesor menos grande, y que no tuviese tanta gloria, y con ánimos despiertos ya por consecuencia de un largo descanso, debia ofrecerse un espectáculo enteramente nuevo. La aristocracia departamental, de que se componian los colegios electorales por vida, y la aristocracia nacional de que se componia el Senado, presentando la una candidatos á la otra, podian muy bien por un concurso de miras y deseos natural y aun necesario, crear en el Cuerpo Legislativo y en el Tribunado una mayoria invencible para el monarca titulado primer Cónsul, y hacer brotar de este modo una especie de libertad; libertad aristocrática, es cierto, pero que no por eso es la menos orgullosa, consecuente y duradera de todas. Por lo demas, la libertad siempre está garantida cuando el poder está dividido y sometido á las deliberaciones.

En efecto, jamas puede haber sobre los grandes intereses del pais mas que dos opiniones plausibles. Si el poder se halla enfrente de una autoridad capaz de resistirle, ésta, ya sea aristocrática ó de cualquier otra clase, abraza, por una irresistible tendencia á contradecirle, la opinion que aquel ha rechazado; de modo que si el poder se inclina á la guerra ella quiere la paz, y si él quiere la paz ella se inclina á la guerra; si aquel tiene tendencias conservadoras, esta adopta ideas liberales. En una palabra, hay contradiccion y por lo tanto exámen y libertad; porque la libertad consiste principalmente en que todos los ciudadanos examinen y discutan franca y animosamente el pro y el contra de los negocios del Estado. Asi pues, la Constitucion de M. Sieyes, podia alcanzar alguna vez su objeto primitivo; pero en aquel momento no era mas que una máscara para la dictadura. Una Constitucion, cualquiera que sea, da siempre resultados conformes al estado en que se hallan los ánimos; hay épocas en que la tendencia dominante es la contradiccion, y otras en que la adhesion al poder es el gusto general; y dominando en aquel entonces esta opinion, la forma del poder era á todos bastante indiferente.

Caracter del nuevo gobierno, despues de la institucion del Consulado por vida.

Necesario es, sin embargo, reconocer, que aquella república en el nombre tenia una grandeza extraña, que bajo algunos puntos de vista traia á la memoria á la república romana convertida en imperio. Aquel Senado tenia el poder del Senado de la antigua Roma, poder que entregaba al Emperador cuando este era fuerte, pero que volvia á tomar cuando aquel era débil. Aquel primer Cónsul tenia tambien el poder de los Emperadores romanos, y no le faltaba el hereditario, porque podia elegir entre sus sucesores naturales ó adoptivos á aquel que quisiese. Añadiremos tambien, que se asemejaba á aquellos antiguos Emperadores en su prepotencia sobre el mundo.

La Constitucion asi modificada estaba pronta, y todos los ciudadanos habian emitido sus votos. El Cónsul Cambacérès, siempre conciliador, propuso al primer Cónsul la idea acertada y prudente de confiar al Senado el cuidado de sumar los votos recogidos, y el de pu-

blicar su número y el resultado de la votacion; pues, segun decia no sin falta de razon, este era el medio mas natural de sacar á aquel cuerpo superior de la situacion falsa, en que equivocadamente se habia puesto. En efecto, el Senado habia propuesto una próroga de diez años, y el primer Cónsul habia tomado el Consulado por vida. Despues el Senado habia enmudecido, y no habia dado ni podia dar ningun paso: asi, pues, darle á publicar el resultado de la eleccion era asociarlo á ella, y sacarle del estado embarazoso en que se hallaba.—Acudid, dijo M. Cambacérès al primer Cónsul, acudid al socorro de unos hombres que se han equivocado queriendo adivinar demasiado vuestro intento. —El primer Cónsul se sonrió á la maliciosa observacion de su prudente cólega, tan poco comun en él, y adoptó al momento la sensata proposicion que se le hacia. Enviáronse al Senado los registros en que se habian anotado los votos emitidos, y del escrutinio hecho resultó que de 3,577,259 votantes, 3,568,885 habian votado á favor del Consulado por vida. De suerte, que contra esta enorme masa de votos favorables, solo podian oponerse ocho mil y algunos centenares mas de votos en contra; los cuales componian una minoria casi imperceptible. Jamás ningun gobierno ha obtenido semejante aprobacion, ni ninguno la ha merecido en el mismo grado.

Queda el Senado encargado de contar los votos emitidos y de publicar el resultado de la votacion.

Habiéndose hecho constar este resultado, el Senado dió un senado-consulto en tres artículos. El primero estaba concebido en estos términos: *El pueblo frances* NOMBRA *y el Senado* PROCLAMA A NAPOLEON BONAPARTE, primer Cónsul por toda su vida.

Desde esta época empezó á figurar en los actos públicos el nombre de NAPOLEON al lado del apellido BONAPARTE, único por el cual se le habia conocido hasta entonces en el mundo. Aquel nombre tan brillante, y tan repetido despues por la voz de las naciones, hasta entonces solo se habia pronunciado una vez, en el acto de constituirse la República italiana. Pero conforme iba el primer Cónsul aproximándose á la soberania, se separaba aquel nombre de su apellido, para figurar solo en la lengua universal, y el general Bonaparte llamado por un momento Napoleon Bonaparte, en breve debia llamarse solo Napoleon, segun es costumbre nombrar á los Reyes.

El segundo artículo del senado-consulto disponia que se erigiese una estátua representando la Paz con el laurel de la victoria en una mano y en la otra el decreto del Senado, para que atestiguase á la posteridad el reconocimiento de la nacion.

Finalmente, el tercer artículo disponia, que el Senado en cuerpo iria á presentar al primer Cónsul, con aquel senado-consulto, la expresion de la CONFIANZA, del AMOR y de la ADMIRACION del pueblo frances. Tales son las expresiones del mismo decreto.

Agosto de 1802. — El Senado lleva á las Tullerias el senado-consulto que proclama á NAPOLEON BONAPARTE Consul por vida.

Eligióse para que se presentase el Senado en las Tullerias la mañana del 3 de Agosto de 1802 (15 de Thermidor), en que se recibia con gran solemnidad al cuerpo diplomático. Todos los ministros de la Europa ya pacificada se hallaban reunidos en un salon espacioso, donde el primer Cónsul tenia la costumbre de recibirlos, y donde hacia que le presentasen á los extrangeros de distincion. Apenas habia empezado la audiencia cuando se anunció el Senado. Al instante se dió entrada al cuerpo entero, y el presidente Barthelemy en nombre de aquel cuerpo, dirigió al primer Cónsul estas palabras.

«El pueblo frances, agradecido á los »servicios inmensos que le habeis he»cho, quiere que la primera magistra»tura del Estado sea inamovible en vues»tras manos. Ocupando asi toda vuestra »vida, no hace mas que expresar la idea »del Senado, contenida en el senado»consulto de 18 de Floreal. La nacion, »por este acto solemne de gratitud os »encomienda la mision de consolidar »nuestras instituciones.” Despues de este exordio enumeró el presidente con brevedad los grandes servicios hechos por el general Bonaparte asi en la guerra como en la paz, vaticinó prosperidades para el porvenir, sin las desgracias que quizas nadie preveia entonces, y repitió, en fin, lo que en aquel momento proclamaban todas las bocas de

la fama. El presidente leyó en seguida el texto del decreto. El primer Cónsul inclinándose ante el Senado, contestó estas nobles palabras:

«La vida de un ciudadano pertenece »á su patria. El pueblo frances quiere »que le dedique toda la mia..... y yo obe»dezco su voluntad.

«Por mis esfuerzos, por vuestra coo»peracion, ciudadanos senadores, y por »la de todas las autoridades, asi como »tambien por la confianza y voluntad de »este gran pueblo, la libertad, la igual»dad y la prosperidad de la Francia que»darán al abrigo de los caprichos de la »suerte y de la incertidumbre del por»venir. El mejor de los pueblos será el »mas feliz, porque es el mas digno de »serlo, y su felicidad contribuirá á la de »toda la Europa.

«Satisfecho, pues, por haber sido lla»mado por mandato de aquel de quien »todo dimana, á volver á sentar sobre »la tierra el órden, la justicia y la igual»dad, oiré sonar mi última hora sin pe»sar y sin inquietarme acerca de la opi»nion de las generaciones futuras.»

Despues de dar el primer Cónsul las mas afectuosas gracias al Senado le acompañó hasta la salida, y continuó recibiendo á los extrangeros que le presentaban los ministros de Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia, Suecia, Babiera, Hesse, Wurtemberg, España, Nápoles y América, porque todo el mundo estaba entonces en paz con Francia. Aquel mismo dia presentaron al primer Cónsul á lord Holland y lord Grey (los que ha conocido la generacion actual) y otra multitud de personages de distincion.

Delibérase en el Consejo de Estado el senado-consulto que contiene las modificaciones hechas en la Constitucion.

Al dia siguiente, 4 de Agosto, se sometieron al Consejo de Estado los nuevos artículos que modificaban la Constitucion. El primer Cónsul presidia aquella escena solemne; y despues de leer uno por uno todos los artículos, los motivaba con precision, claridad y vigor; expresando sobre cada uno las ideas que ya se han expuesto, provocando él mismo objeciones y contestando á ellas. Al tratar del nombramiento de su sucesor, hubo una corta discusion, en la que pudo conocerse en él alguna señal de la resistencia que habia opuesto á aquella disposicion. MM. Petiet y Rœderer sostenian que el nombramiento de sucesor hecho en el testamento, debia ser tan obligatorio como si fuese hecho por medio de una adopcion solemne en presencia de los cuerpos del Estado. El primer Cónsul no quiso que su testamento obligase al Senado, á causa de que muerto un hombre ya no era nada por grande que hubiese sido; que su última voluntad podia ser siempre anulada, y que sometiéndola al Senado para que la ratificase, no se hacia mas que reconocer una necesidad inevitable. Con este motivo pronunció sobre el derecho hereditario algunas palabras tan extrañas, que probaban que en aquel momento no pensaba en semejante derecho. En efecto, repitió desenvolviendo su idea, que el derecho hereditario estaba en contradiccion con las costumbres y opiniones que dominaban. Su natural franco le separaba de la hipocresia y de la mentira; pero, colocado, como siempre se hallan los hombres, bajo el influjo del momento presente, rechazaba el derecho hereditario, porque habia visto á los ánimos poco dispuestos á adoptarle; y porque revestido, por otra parte, con un poder de hecho monárquico, se contentaba con la realidad sin el título. Si se ha de juzgar por sus palabras, habia tomado francamente su partido sobre este punto.

Hiciéronse en seguida algunas reclamaciones contra la creacion del Consejo privado, favorables al Consejo de Estado, cuyo cuerpo perdia algunas de sus prerogativas, á consecuencia de aquella institucion. Aquí dejó ver el primer Cónsul cierto embarazo, siendo el negocio que se ventilaba perteneciente á un cuerpo al cual habia tratado hasta entonces con una predileccion tan marcada, y al que parecia despojar de una parte de su importancia. Dijo que el Consejo privado solo se instituia para casos muy raros que exigian un secreto rigoroso, imposible de guardar en una reunion de cuarenta ó cincuenta personas; pero que por lo demas, el Consejo de Estado conservaria siempre la misma importancia, y el conocimiento de los grandes negocios.

Despues de modificarse algunos pormenores, fue llevado el senado-consulto al Senado, y convertido en senado-consulto orgánico, despues de una especie de aprobacion y ratificacion. Al dia si-

guiente 5 de Agosto (17 de Thermidor) fue publicado con las solemnidades de costumbre, viniendo á ser el complemento de la Constitucion consular.

La Francia sentía una satisfaccion profunda. La familia del primer Cónsul no habia visto cumplidos todos sus temores ni satisfechos todos sus deseos; sin embargo, participaba del contento general. Madama Bonaparte empezaba á estar mas tranquila, viendo desvanecerse la idea de restablecer la monarquía en beneficio de su marido; y aquella especie de derecho hereditario que dejaba al gefe del Estado el cuidado de elegir su sucesor, satisfacia todos sus deseos, pues no teniendo hijos del general Bonaparte, y si una hija querida de su primer enlace, que era esposa de Luís Bonaparte, la cual en breve iba á ser madre, anhelaba tener un nieto y se lisonjeaba de lograr en breve su deseo, pues en este nieto creia ver el heredero del cetro del mundo: su esposo participaba tambien de esta idea. Los hermanos de Napoleon (asi le llamaremos en adelante) no estaban tan satisfechos; al menos Luciano, cuya continua actividad de espíritu nada podia calmar, y esto, no obstante, que se acababa de introducir en favor de ellos, en los artículos orgánicos, una disposicion ideada para darles gusto. La ley de la Legion de Honor, disponia que el Gran Consejo de la misma, se compondria de los tres Cónsules y de un representante de cada uno de los grandes cuerpos del Estado; en su consecuencia el Consejo de Estado habia nombrado para este cargo á José Bonaparte, y el Tribunado á Luciano. Ademas una disposicion del senado-consulto establecia que los miembros del Gran Consejo de la Legion de Honor serian senadores de derecho. Los dos hermanos de Napoleon eran pues personages principales en la hermosa institucion encargada de distribuir todas las recompensas, y ademas miembros del Senado, en donde naturalmente debian ejercer un grande influjo. José, de deseos moderados, parecia no desear nada mas; pero Luciano no estaba del todo satisfecho, pues no era esto posible en su carácter. El primer Cónsul, haciendo tambien á sus cólegas Cambacérès y Lebrun Cónsules por vida, habia querido tener á su lado compañeros felices de su propia elevacion, y lo habia conseguido. Solo un personage de la época salia bastante maltratado de aquella crisis tan favorable al engrandecimiento de todos, y era M. Fouché ministro de la policía. Sea que su opinion personal respecto á los proyectos de la familia Bonaparte, se hubiese traslucido, ó bien que hubiesen tenido buen éxito los esfuerzos intentados para desavenirle con el que disponia entonces de todos como señor, ó lo que es mas probable, porque el primer Cónsul quisiese agregar á todos sus actos recientes de clemencia y conciliacion, una medida que mas bien que otra alguna tuviese el sello de la confianza y del olvido, se suprimió el ministerio de la policía.

Suprímese el ministerio de policía.

Este ministerio, como queda dicho en otra parte, tenia entónces una importancia que no hubiera gozado jamas en un régimen regular, tanto por el poder arbitrario con que estaba investido el gobierno, como por la facilidad con que podia disponer de los fondos sin intervencion alguna. Emigrados, que ya habian entrado ó que iban á entrar en Francia, vendeanos, republicanos, clérigos no sometidos al gobierno, todos estos agentes de disturbios, eran objeto de una vigilancia que se ejercia sin debilidad; y hé aquí la razon porque dicho ministerio, aunque desempeñado por M. Fouché con mucho tacto é indulgencia, habia llegado á ser odioso á los partidos, cuyos excesos contenia. Suprimióle el primer Cónsul, y se contentó con tener la policía bajo una simple direccion general, dependiente del ministerio de justicia, la cual quedó á cargo del consejero de Estado, Real. Separóse del ministerio de Justicia á M. Abrial, hombre entendido, juicioso, y aplicado al cumplimiento de sus deberes, pero cuya lentitud y poca facilidad en el trabajo disgustaba al primer Cónsul, y se nombró ministro de Justicia á M. Régnier, despues duque de Massa, magistrado instruido, y elocuente, que habia sabido inspirar confianza y aficion al gefe que disponia entónces de todos los destinos. Con el ministerio de Justicia recibió tambien el título de Gran Juez, destino nuevamente creado por el senado-consulto orgánico. La naturaleza de su entendimiento le hacia muy poco á propósito para dirigir á M. Real en las difíciles investigaciones de la policía; de modo que M. Real, despachando direc-

MALAGA

tamente con el primer Cónsul, llegó á hacerse independiente del ministro de Justicia. Desgraciadamente se perdia con M. Fouché el conocimiento de los hombres, y las relaciones con los partidos, que nadie poseia en igual grado que él. Este sacrificio precipitado hecho á las ideas del dia era irreflexivo, y tuvo, como se verá en breve, consecuencias demasiado sensibles. Sin embargo, no se queria que apareciese que M. Fouché habia caido en desgracia, y por lo tanto se le reservó una plaza en el Senado, lo mismo que á M. Abrial. En el decreto que nombraba senador á M. Fouché, se hacia una mencion lisonjera de sus servicios; expresándose tambien que si las necesidades de la época hacian renacer la institucion que se suprimia, se iria á buscar á M. Fouché en los bancos del Senado para nombrarle de nuevo ministro de la policia. Hicierónse ademas, algunos otros cambios en el personal del gobierno. M. Rœderer que se avenia poco con el ministro del Interior Chaptal, en los asuntos de la instruccion pública de que estaba encargado, cedió la direccion de ellos al sabio Fourcroy, y recibió, lo mismo que M. Fouché y Abrial, una plaza en el Senado. El primer Cónsul nombró tambien senador al respetable Arzobispo de Paris M. de Belloy. Al obrar asi no era su ánimo que el clero tuviese ningun influjo en los negocios políticos, pero queria que todos los grandes intereses sociales se hallasen representados en el Senado, lo mismo el de la Religion que otro cualquiera

Celébrase el 15 de Agosto como aniversario del nacimiento del primer Cónsul.

El 15 de Agosto (27 de Thermidor) fue celebrado por primera vez, como dia del cumpleaños del primer Cónsul. Asi se iban introduciendo progresivamente los usos de la monarquia, que celebran como fiesta nacional el dia y cumpleaños del soberano. En la mañana de este dia, recibió el primer Cónsul al Senado, al Tribunado, al Consejo de Estado, al Clero, á las autoridades civiles y militares de la capital y al Cuerpo diplomático, que se presentaron á felicitarle por la dicha pública y su felicidad privada. Al mediodia se cantó un *Te Deum* en la iglesia de Ntra. Señora y en todas las demas de la República. Por la noche brillantes iluminaciones representaban en Paris, en una parte la figura de la Victoria, en otra la de la Paz, y en otra, en fin, sobre una de las torres de la iglesia de Ntra. Señora, el signo del Zodiaco, bajo que habia nacido el autor de todos aquellos bienes porque la nacion daba gracias al cielo.

Sesion consular en el Senado.

Algunos dias despues el 21 de Agosto (3 de Fructidor) el primer Cónsul fue con la mayor pompa á tomar posesion de la presidencia del Senado. Todas las tropas acantonadas allí, cubrian la carrera desde las Tullerias al palacio del Luxemburgo. El carruage del nuevo dueño de la Francia iba tirado por ocho caballos magnificos, como antiguamente el coche de los Reyes, y escoltado por un numeroso estado mayor y la guardia consular de caballeria. Nadie participó de la honra de acompañarle en aquel coche. En otros que le seguian iban los Cónsules segundo y tercero, los ministros, y los presidentes del Consejo de Estado. Llegado al palacio de Luxemburgo fue recibido el primer Cónsul por una diputacion de diez senadores, y conducido al asiento que le estaba preparado, y que se parecia mucho á un trono, sentado en el cual recibió el juramento á sus dos hermanos Luciano y José, que eran senadores de derecho, en su calidad de miembros del gran consejo de la Legion de Honor. Cumplida esta ceremonia, los consejeros de Estado elegidos para el efecto presentaron cinco proyectos de senados-consultos, relativos, el primero al ceremonial que habian de usar las autoridades principales; el segundo á la renovacion por series del Cuerpo Legislativo y del Tribunado; el tercero, al modo como habia de procederse en el caso de disolver aquellos dos cuerpos; el cuarto, al señalamiento de las veinte y cuatro ciudades principales de la República, y el quinto á la reunion de la isla de Elba al territorio de Francia.

A fin de dar desde luego al Senado todo el influjo que le estaba prometido en los grandes negocios del Estado, M. de Talleyrand leyó un informe de la mayor importancia, acerca de los arreglos que se preparaban en Alemania bajo la direccion de Francia, para indemnizar con los principados eclesiásticos á los príncipes hereditarios que habian perdido los estados que tenian en la orilla

izquierda del Rhin. Este asunto era de la mayor importancia en aquel momento, como se verá en breve en la continuacion de esta historia; pues con la conclusion de él, parecia que debia quedar el mundo en tranquilidad por mucho tiempo. Publicando en aquel informe al Senado los deseos é intenciones de Francia, el primer Cónsul anunciaba á la Europa sus ideas acerca de un objeto tan importante, ó por mejor decir, le intimaba su voluntad; porque era por demas sabido que no era hombre capaz de volverse atras en una resolucion anunciada de un modo tan público. Concluida la lectura de dicho informe se retiró, dejando al Senado el cuidado de examinar los cinco senados-consultos que acababan de someterse á su aprobacion.

Acompañado de nuevo hasta la salida por los diez senadores que le habian recibido á su llegada, y acogido á su paso con las aclamaciones del pueblo de Paris, volvió el primer Cónsul al palacio de las Tullerias, como un monarca constitucional que acaba de celebrar una sesion regia.

El primer Cónsul se establece en Saint-Cloud.

Era ya muy adelantado el verano, pues se estaba á últimos de Agosto, cuando el primer Cónsul fue á tomar posesion del palacio de recreo de Saint-Cloud, que no habia querido admitir en un principio cuando se le ofreció como una casa de campo. Mudando luego de parecer habia mandado hacer en él ciertos reparos, de poca consideracion en un principio, pero que concluyeron por abrazar todo el edificio, hallándose en aquella época recientemente concluidos. El primer Cónsul aprovechó la ocasion para establecerse en aquella hermosa residencia. En ella recibia en dias señalados, á los empleados superiores, á los personages elevados, á los extrangeros y á los embajadores. El domingo se decia misa en la capilla de palacio, á la que empezaban á asistir los que mas se habian opuesto al Concordato, como en otros tiempos se asistia á la misa en Versalles. El primer Cónsul, acompañado de su esposa, oia una misa muy corta, y despues se entretenia en conversacion, en la galeria del palacio, con los que habian ido á visitarle. Puestos los concurrentes en dos líneas, aguardaban que les hablase, ó buscaban sus palabras como se buscan las de los Reyes ó las del genio; y en aquel círculo no se veia á nadie ni á nadie se miraba mas que á él. Ningun potentado de la tierra ha obtenido ni ha merecido en el mismo grado los puros homenages, que le tributaban no solo Francia sino todo el mundo.

Era ya el poder imperial que se le vió despues, pero con el asentimiento universal de los pueblos, y con formas, si no tan regias, al menos mas llenas de dignidad, porque quedaba en ellas cierta modestia republicana que convenia á aquel poder nuevo, y que recordaba á Augusto, conservando en medio del poder supremo, los hábitos y apariencias del ciudadano romano.

Resúmen del periodo de tres años transcurrido desde 1799 hasta 1802.

A veces despues de un largo camino por medio de un extenso y hermoso territorio, se detiene uno un instante para contemplar desde un sitio elevado el pais que ha recorrido: imitemos este ejemplo, detengámonos, y volviendo atras la vista contemplemos los prodigiosos trabajos del general Bonaparte desde el 18 de Brumario. ¡Qué profusion y variedad de acontecimientos, y cuanta grandeza se nota en ellos!

Despues de haber atravesado los mares como por milagro, vuelto á Francia, sorprendida y gozosa de su imprevista aparicion, derribado el Directorio, apoderádose del poder, y aceptado la Constitucion de M. Sieyes, modificándola sin embargo en lo tocante al poder ejecutivo, introdujo aunque de prisa algun orden en la administracion del Estado, y en la cobranza y reparto de las contribuciones, mejoró el crédito, envió algunos socorros á los ejércitos, aprovechó el invierno para aniquilar á la Vendeé bajo una reunion imprevista de tropas, llevó con precipitacion aquellas tropas á las fronteras, y enmedio de la confusion aparente de todos aquellos movimientos, creó al pie de los Alpes un ejército invisible é inverosimil, y que estaba destinado á caer de improviso en medio de los enemigos, que se negaban á creer que existia. Ya todo dispuesto para entrar en campaña ofreció á la Europa la paz ó la guerra, y habiendo preferido la guerra, mandó que se ejecutase el paso del Rhin, impulsó á Moreau hácia el Danubio, y puso á Massena en Génova para contener á los aus-

triacos y detenerlos allí. Despues habiendo Moreau arrojado, por su parte, á M. de Kray sobre Ulma, y detenido Massena, por el suyo, con la defensa heróica de Génova, á M. Mélas al frente de dicha plaza, pasó de improviso los Alpes sin caminos transitables, con su artilleria arrastrada dentro de troncos de árboles, apareció enmedio de la Italia asombrada, cortó la retirada á los austriacos, y en una batalla decisiva perdida y ganada varias veces, se hizo dueño del ejército enemigo, recobró á Italia, y arrancó á la Europa confundida un armisticio de seis meses.

Durante estos seis meses los trabajos del primer Cónsul llegaron á ser mas asombrosos todavia. Negociando y gobernando á la vez cambió el aspecto de la política, hizo que la Europa se mostrase afectuosa hacia Francia y contraria á la Inglaterra; ganó el corazon de Pablo I; decidió las incertidumbres de la Prusia; dió ánimo á Dinamarca y Suecia para resistir á las violencias marítimas de que era objeto su comercio; anudó asi la liga de los neutrales contra la Gran-Bretaña; cerró á ésta los puertos del continente, desde el Texel hasta Cádiz, y desde Cádiz hasta Otranto, y preparó armamentos inmensos para socorrer al Egipto. Mientras tanto concluyó la organizacion de la Hacienda, restauró el crédito, pagó en numerario á los acreedores del Estado, creó el Banco de Francia, reparó los caminos, reprimió á los bandoleros que los infestaban, abrió por medio de los Alpes comunicaciones grandiosas, estableció hospicios sobre la cima de aquellos montes, emprendió la obra de la gran plaza de Alejandria, perfeccionó las fortificaciones de Mantua, abrió canales, echó nuevos puentes y empezó la redaccion de los códigos. Finalmente, transcurridos los seis meses de armisticio, como todavia vacilase el Austria en firmar la paz, impulsó á Moreau hácia delante, y concluyendo este con la memorable batalla de Hohenlinden la destruccion del poder austriaco, arrancó, bajo los mismos muros de Viena la promesa de una paz que poco despues se firmó en Luneville.

En este momento fue, cuando un crimen horroroso, la máquina infernal, poniendo en peligro, la vida del primer Cónsul irritó su alma ardiente, provocándole á cometer la única falta de que puede acusársele en aquella época, en que su conducta no mereció la menor censura; falta que consistió en la deportacion de ciento treinta revolucionarios, condenados sin formacion de causa. ¡Tristes vicisitudes de la violencia en las revoluciones! ¡Los asesinos de septiembre, caidos á su vez, no encontraban para su defensa ni leyes, ni ánimo en ninguna persona; y ni aun el Tribunado que se oponia á las mejores medidas del primer Cónsul, se habia atrevido á proferir una palabra en favor de aquellos proscriptos!

Dominador del continente y habiendo logrado desacreditar y hacer salir de la direccion de los negocios, á los ministros fautores de todas las coaliciones contra Francia, á M. de Thugut en Viena, y á M. Pitt en Lóndres, impelió á toda la Europa contra la Inglaterra. Nelson, combatiendo á los dinamarqueses en Copenhague, y los rusos asesinando á su Emperador, salvaron á la Inglaterra de los desastres que la amenazaban, pero al salvarla no le dieron ni ánimo ni medios para prolongar la guerra.

Sobrecogida la nacion inglesa de temor y de admiracion á vista del general Bonaparte, acababa, en fin, de acceder á la paz de Amiens, la mas hermosa que la Francia ha concluido.

¡Se hallaba, pues, cerrado el templo de Jano! Y entónces, queriendo el primer Cónsul agregar á la paz con las potencias europeas, la paz con la Iglesia, se habia apresurado á negociar el Concordato, á reconciliar á Roma y la Revolucion, á restablecer los altares, á devolver á Francia todo lo que necesitan las naciones civilizadas. Llegado el tercer año de su Consulado se habia presentado en los dos Cuerpos Legislativos llevando la paz con la tierra y los mares, la paz con el cielo, la amnistia para todos los proscriptos, un magnífico código de leyes, un plan poderoso de educacion pública, y un glorioso sistema de distinciones sociales. Sin embargo, aunque presentándose con las manos tan llenas de dones, habia hallado una resistencia inesperada, violenta, poco ilustrada, nacida de sentimientos buenos y malos, de la envidia en unos, y en otros del amor á una libertad imposible entónces. Libre, por la habilidad de su cólega Cambacérès, de aquella resistencia que en su fogosidad que-

ria destruir por medios violentos, acababa, en fin, de concluir todas sus obras haciendo que se aceptasen los tratados firmados con la Europa, el Concordato, su sistema de educacion seglar y nacional, y el de la Legion de Honor, y recibiendo por premio de tantos servicios el poder por toda su vida, y la grandeza de los Emperadores romanos. En aquel instante volvia á emprender el trabajo de los códigos: árbitro al mismo tiempo del continente, reformaba la Constitucion de Alemania, y distribuia el territorio á sus príncipes con una equidad reconocida de la Europa.

Si olvidando al presente lo que ha acontecido despues, nos figuramos á aquel dictador, entonces necesario, permaneciendo tan prudente como grande ha sido, y juntando en si esos dotes contrarios, que por cierto nunca ha puesto Dios en un mismo hombre, ese vigor de genio que constituye los grandes capitanes, con esa paciencia que es el razgo distintivo de los fundadores de los imperios, calmando con un largo sosiego á la sociedad francesa agitada, y preparándola poco á poco á la libertad, que es el honor y la necesidad de las sociedades modernas; y luego, despues de haber hecho á la Francia tan grande, apaciguando los celos de la Europa en vez de excitarlos, cambiando en fundamento permanente de la política general, las demarcaciones territoriales hechas en Luneville y Amiens, y concluyendo por último su carrera con un acto digno de los Antoninos, yendo á buscar á cualquiera parte al sucesor mas digno de que se le entregase aquella Francia ya organizada, preparada á la libertad y para siempre engrandecida, ¿qué hombre le hubiera jamás igualado? Pero un hombre guerrero como César, político como Augusto, y virtuoso como Marco Aurelio, hubiera sido mas que un hombre, y la Providencia no da al mundo dioses para que le gobiernen.

Por otra parte, parecia en aquella época tan moderado despues de ser tan triunfante, y legislador tan profundo despues de haber sido tan gran capitan; y manifestaba tanto amor á las artes de la paz, despues de haber brillado tanto en las de la guerra, que bien podia alucinar á Francia y al mundo. Solamente algunos de los consejeros que le rodeaban, y que eran capaces de entrever en lo presente el porvenir, se hallaban llenos de inquietud no menos que de admiracion, al ver la infatigable actividad de su espíritu y de su cuerpo, la energía de su voluntad, y la impetuosidad de sus deseos. Temblaban hasta de verle hacer el bien del modo que lo hacia, por el empeño y la prisa que se daba en hacerlo, y por la inmensidad de los mismos bienes que queria llevar á cabo. El prudente y juicioso Tronchet, que le admiraba tanto como le amaba, reputándole como al salvador de la Francia, decia, no obstante, un dia, con pesar al Cónsul Cambacérès: Este jóven empieza como César, y mucho me temo que acabe como él.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOCUARTO.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LAS SECULARIZACIONES.

Todos los gabinetes dirigen felicitaciones al primer Cónsul con motivo de haberle nombrado Cónsul por vida.—Primeros efectos de la paz en Inglaterra.—La industria británica exige que se concluya un tratado de comercio con Francia.—Dificultad que hay en poner de acuerdo los intereses mercantiles de ambas naciones.—Folletos publicados en Lóndres por los emigrados contra el primer Cónsul.—Restablecimiento de buenas relaciones con España.—Queda vacante el ducado de Parma por muerte del duque reinante.—Desea la corte de Madrid que dicho ducado se agregue al reino de Etruria.—Necesidad de aplazar cualquier resolucion respecto á este asunto.—Reunion definitiva del Piamonte á Francia.—Política del primer Cónsul respecto á Italia.—Intimas relaciones con la Santa Sede.—Altercado momentáneo con motivo de una promocion de cardenales franceses.—El primer Cónsul obtiene se nombren cinco á la vez.—Regala al Papa dos bergantines de guerra, llamados San Pedro *y* San Pablo.—*Cuestion con el bey de Alger, y su pronta terminacion.—Turbulencias en Suiza.—Descripcion de este pais y de su Constitucion.—El partido unitario y el partido oligárquico.—Viage á París del landamman Reding.—Promesas que hace al primer Cónsul, desmentidas en breve por los sucesos.—Expulsion del landamman Reding, y vuelta al poder del partido moderado.—Establécese la Constitucion del 29 de Mayo: peligro de nuevas turbulencias á consecuencia de la debilidad del gobierno helvético.—Esfuerzos del partido oligárquico para llamar sobre Suiza la atencion de las potencias.—Estas se hallan exclusivamente ocupadas en los asuntos germánicos.—Estado de Alemania á consecuencia del tratado de Luneville.—Principio de las secularizaciones, establecido en dicho tratado.—La supresion de los estados eclesiásticos, causa grandes cambios en la Constitucion germánica.—Descripcion de dicha Constitucion.—El partido protestante y el católico: Prusia y Austria: sus distintas pretensiones.—Extension y valor de los territorios que se deben distribuir.—Hace el Austria los mayores esfuerzos para que se indemnize á los archiduques despojados de sus estados de Italia, y se sirve de este motivo para apoderarse de la Baviera hasta el Inn y hasta el Isar.—La Prusia, con el pretexto de indemnizarse de lo que ha perdido junto al Rhin, y de indemnizar á la casa de Orange, aspira á crearse un establecimiento considerable en Franconia.—Desesperacion de los pequeños Estados, amenazados por la ambicion de los grandes.—Todos los interesados en los asuntos de Alemania dirigen su vista al primer Cónsul.—Decídese este á intervenir para que tenga cumplimiento el tratado de Luneville, y para concluir un asunto que á cada instante puede comprometer toda la Europa.—Prefiere la alianza de Prusia, y apoya hasta cierto punto las pretensiones de esta potencia.—Proyecto de indemnizacion formado de acuerdo con Prusia y los pequeños principados de Alemania.—Comunícase este proyecto á Rusia.—Se invita á esta corte para que en union con Francia sirva de mediadora en aquel asunto.—El Emperador Alejandro acepta.—Francia y Rusia, en su calidad de potencias mediadoras, presentan á la dieta de Ratisbona el proyecto de indemnizacion resuelto en París.—Desesperacion del Austria al verse abandonada de todos los gabinetes, y su resolucion de oponer al proyecto del primer Cónsul la demora que le proporciona la Constitucion germánica.—El primer Cónsul desbarata su cálculo y hace que la diputacion extraordinaria adopte el plan propuesto con algunas modificaciones.—Para intimidar el Austria al partido prusiano, á quien apoya la Francia, manda que sus fuerzas ocupen á Passau.—Pronta resolucion del primer Cónsul, y su amenaza de recurrir á las armas.—Intimidacion general.—Continua la negociacion.—Debates en la Dieta.—La codicia de Prusia entorpece por un momento el proyecto.—El primer Cónsul, para concluir, concede á la casa de Austria el obispado de Aichstedt.—La corte de Viena se da por satisfecha, y adopta el* conclusum *de la Dieta.—Acta de Febrero de* 1803, *y arreglo definitivo de los asuntos germánicos.—Carácter de esta difícil y brillante negociacion.*

Agosto de 1802.

Parabienes de la Europa al primer Cónsul con motivo de la institucion del Consulado por vida.

La elevacion del general Bonaparte al poder supremo, con el título de Cónsul por vida, léjos de sorprender y disgustar á los gabinetes europeos, agradó á la mayor parte, pues vieron en ella una nueva prenda de tranquilidad para todos los Estados. En Inglaterra, donde se observaba con inquieta atencion cuanto acaecia en nuestro pais, se apresuró el primer ministro M. Addington á expresar á M. Otto la satisfaccion del gobierno británico, y la completa aprobacion que daba á un acontecimiento destinado á consolidar en Francia el órden y el poder. Aunque la ambicion del general Bonaparte empezaba á inspirar temores, sin embargo se le perdonaba todavia, porque en aquella época se empleaba únicamente en dominar á la Revolucion francesa. El restablecimiento de los altares, y la amnistia concedida á los emigrados, habian encantado á la aristocracia inglesa, y particularmente al piadoso Jorge III. En Prusia no habian sido menos significativos los testimonios dados al primer Cónsul, pues comprometida aquella corte en la estimacion de la diplomacia europea por haber concluido la paz con la Convencion nacional, estaba ahora orgullosa de sus relaciones con un gobierno activo, dirigido por un hombre lleno de genio, en cuyas manos, veia con gusto, colocados definitivamente los asuntos de Francia, pues esperaba que él la protegiese en sus proyectos ambiciosos respecto á Alemania. M. de Haugwitz, felicitó, pues, cordialmente á nuestro embajador, y hasta llegó á decir, que seria mas sencillo concluir al momento y de una vez, convirtiendo en una soberania hereditaria la dictadura vitalicia que se acababa de conferir al primer Cónsul.

El Emperador Alejandro que afectaba aparecer extraño á las preocupaciones de la aristocracia rusa, y que seguia con el gefe del gobierno frances una correspondencia amistosa y frecuente, se expresó, con motivo de los nuevos cambios, en términos muy corteses y lisonjeros, cumplimentando al nuevo Cónsul por vida con tanto conato como efusion. Las ideas eran en el fondo siempre las mismas; pues asi en San Petersburgo como en Berlin, y en Lóndres, se aplaudia que se hallase garantido el orden en Francia de un modo duradero, con la prolongacion indefinida de la autoridad del primer Cónsul. En Viena, donde estaban mas resentidos que en ninguna otra parte de los golpes dados por la espada del vencedor de Marengo, empezaba á manifestarse cierta especie de benevolencia hácia el primer Cónsul; pues era tan grande en la capital del antiguo imperio germánico el odio contra la Revolucion, que se perdonaban las victorias del general al magistrado enérgico que se hacia obedecer de todos. Hasta se afectaba considerar á su gobierno como enteramente contrarevolucionario, cuando todavia no era mas que reparador. El archiduque Cárlos, que era á la sazon ministro de la guerra, decia á M. de Champagny, que el primer Cónsul habia acreditado con sus campañas ser el capitan mas grande de los tiempos modernos, y que con un gobierno de tres años, habia manifestado ser el mas hábil de todos los hombres de Estado; de modo, que uniendo el mérito del gobierno al de las armas habia puesto el sello á su gloria. Pero lo que parecerá mas extraño aun, es que la célebre reina de Nápoles Carolina, madre de la Emperatriz de Austria, y enemiga ardiente de la Revolucion y de Francia, hallándose en Viena, recibiese á M. de Champagny, encargándole felicitase en su nombre al gefe de la República.—El general Bonaparte, dijo ella, es un gran hombre. Me ha hecho mucho mal, pero esto no me impide reconocer su genio. Al contener el desórden en Francia nos ha hecho un gran servicio á todos. Si ha llegado á gobernar y ser el gefe de la nacion ha sido porque es el mas digno de todos. Diariamente le propongo yo como modelo á los jóvenes príncipes de la familia imperial, y les exhorto para que estudien á ese personage extraordinario, y para que aprendan de él cómo se dirigen las naciones, y cómo á fuerza de genio y de gloria se hace soportable el yugo de la autoridad.—

Palabras de la Reyna de Nápoles respecto al primer Cónsul.

En verdad, que ningun elogio debia lisongear tanto al primer Cónsul, como

el de aquella Reina enemiga y vencida, notable por su talento, no menos que por la impetuosidad de sus pasiones. El Santo Padre que, en union con el primer Cónsul, acababa de concluir la grande obra del restablecimiento del culto, y que á pesar de cuanto se decia en contra, miraba en aquella obra la gloria de su pontificado, se regocijaba al ver subir poco á poco hácia el trono, al hombre á aquien conceptuaba como el apoyo mas sólido de la Religion contra las preocupaciones irreligiosas de la época; y por lo tanto, expresó su satisfaccion con un afecto enteramente paternal. La España, en fin, alejada un momento de la Francia por la política inconsecuente y falsa del favorito, no guardó silencio en esta ocasion, y se mostró satisfecha de un acontecimiento, que de acuerdo con las demas córtes, conceptuaba como dichoso para toda la Europa.

Asi, pues, todo el mundo aplaudió que el reparador de tantos males y autor de tantos bienes se apoderase de la nueva autoridad que la nacion acababa de conferirle. Tratábasele como si fuese un verdadero soberano de Francia, y los ministros extrangeros hablaban de él á los ministros franceses con las mismas fórmulas de respeto que hubieran empleado para hablar de los Reyes. La etiqueta era ya casi monárquica. Nuestros embajadores usaban ya la librea verde, que era la del primer Cónsul; y todos hallaban que esto era sencillo, natural y necesario. Esta adhesion unánime á una elevacion tan improvisa y prodigiosa era sincera; y si bien es verdad que se mezclaban con ella algunos recelos, se disimulaban con la mayor prudencia. En efecto, era posible entreveer en la elevacion del primer Cónsul su ambicion, y en esta la próxima humillacion de toda la Europa; pero solo los talentos mas ilustrados podian penetrar asi en la profundidad del porvenir; y estos mismos eran los que conocian mejor que nadie el bien inmenso que ya habia llevado á cabo el gobierno consular. Mientras tanto, las felicitaciones son pasageras, y los negocios vuelven en breve á abrumar la existencia de los gobiernos, lo mismo que la de los particulares, con su carga pesada y continua.

Primeros efectos de la paz en Inglaterra.

Comenzábanse á sentir en Inglaterra los primeros efectos de la paz; pero como sucede casi siempre en las cosas de este mundo, estaban muy lejos de corresponder á las esperanzas que se habian concebido. Trescientos buques británicos que habian sido despachados á la vez para nuestros puertos, no habian podido vender sus cargamentos por entero, porque contenian muchas mercaderias prohibidas por las leyes de la República. Habiendo el tratado de 1786 abierto imprudentemente nuestros mercados á los productos británicos, la industria francesa, especialmente la de algodon, sucumbió en breve tiempo. Desde la renovacion de la guerra, las medidas prohibitivas adoptadas por el gobierno revolucionario, habian sido un principio de vida para nuestras manufacturas, que, en medio de las mas horrorosas convulsiones políticas, habian cobrado vuelo, notándose ya en ellas un progreso notable; y el primer Cónsul, como ya lo insinuamos, en el momento de firmar los preliminares de Lóndres, no tenia intenciones de renovar los males que habian resultado del tratado de 1786. En su consecuencia, las importaciones inglesas eran muy dificiles, y el comercio de la Cité de Lóndres se quejaba de ello amargamente. Sin embargo, quedábale el contrabando, el cual se hacia en grande escala, ya por las fronteras de Bélgica, mal custodiadas aun, ya por la via de Hamburgo. Los comerciantes de esta última plaza introducian las mercaderias inglesas en el continente, y encubriendo su orígen, les proporcionaban el medio para penetrar tanto en Francia como en los demas paises sujetos á su dominacion; de modo, que á pesar de la prohibicion legal que cerraba nuestros puertos á los productos, bastaba el contrabando para darles salida; tanto que las fábricas de Birmingham y de Manchester trabajaban con la mayor actividad.

Actividad de las fábricas inglesas.

Unido esto á la baratura del pan y á la anunciada supresion del *income-tax*, eran motivos de satisfaccion, que hasta cierto punto contrabalanceaban el descontento del alto comercio. Pero este descontento era grande, porque el alto comercio se aprovechaba poco de las especulaciones fundadas sobre el contrabando. Ha-

Inaccion y descontento del alto comércio.

llaba cubierto el mar de pabellones enemigos ó rivales, veíase privado del monopolio de la navegacion que le habia proporcionado la guerra, y no tenia para indemnizarse las grandes operaciones de hacienda de M. Pitt. Así, pues, se quejaba bastante alto de las ilusiones de la paz, de los inconvenientes que traía á la Inglaterra y de sus ventajas exclusivas para Francia. El desarme de la escuadra dejaba en la ociosidad á un gran número de marineros, á los cuales no podia emplear á la sazon el comercio británico, y se veia á aquellos desdichados vagar en los muelles del Támesis, á veces reducidos á la miseria: espectáculo tan triste para los ingleses, como hubiera sido para los franceses ver á los vencedores de Marengo ó de Hohenlinden, mendigando su pan por las calles de Paris.

M. Addington, animado siempre de disposiciones amistosas, habia hecho conocer al primer Cónsul la necesidad de llevar á cabo algunos convenios de comercio, que satisfaciesen á ambos paises, manifestando que este era el medio mas poderoso para consolidar la paz. Participando el primer Cónsul de las mismas opiniones habia consentido en nombrar á un agente que pasase á Lóndres para que de acuerdo con los ministros ingleses buscasen el modo de avenir los intereses de ambos pueblos, sin sacrificar la industria francesa.

Pero esto era un problema difícil de resolver. Era tal la opinion pública en Lóndres respecto á todo lo relativo á arreglos de comercio, que la llegada del agente frances causó el mayor ruido. Llamábase este *Coquebert*, y allí le llamaron *Colbert*, suponiéndole que descendia del gran Colbert, y se elogió muchísimo tan acertada eleccion para concluir un tratado de comercio.

Dificultad de un arreglo de comercio entre Francia é Inglaterra.

Apesar de la buena voluntad y capacidad del agente frances, no era de esperar que sus esfuerzos diesen un resultado satisfactorio; pues tanto de una parte como de la otra eran grandes los sacrificios que tenian que hacerse y sin compensacion. Las fábricas de hierro y las de algodon, constituyen hoy dia la industria mas rica de Francia y de Inglaterra, y son el principal objeto de la rivalidad de su comercio. Nosotros hemos logrado forjar el hierro, é hilar y tejer el algodon en inmensa cantidad, y á precio ínfimo, y naturalmente nos hallamos poco dispuestos á sacrificar ambas industrias. La fabricacion de hierro no era entonces muy considerable, y por lo tanto, solo en los tejidos de algodon y en la obra de quincalleria procuraban rivalizar las dos naciones. Los ingleses pedian que se abriesen nuestros mercados á sus algodones y quincalleria; el primer Cónsul, sensible á los clamores de nuestros fabricantes, é impaciente porque tomase en Francia incremento la riqueza manufacturera, se negaba á hacer cualquiera concesion que pudiera contrariar sus intenciones patrióticas. Los ingleses, por su parte, no trataban entonces, como no tratan ahora, de favorecer nuestros productos especiales. Nosotros hubiéramos querido introducir en sus mercados nuestros vinos y sederías; y ellos se negaban por dos razones: por la obligacion que habian contraido con Portugal de dar una preferencia á sus vinos, y por el deseo de proteger las sederias que habian empezado á desplegarse en Inglaterra; pues si la prohibicion de las comunicaciones nos habia valido la manufactura del algodon, en cambio le habia valido á ella la de la seda. Es verdad que el progreso que habia tenido entre nosotros la industria algodonera era inmenso, porque nada nos impedia obtener un éxito completo; por el contrario la de la seda en Inglaterra no podia prosperar mucho, á consecuencia del clima y tambien de cierta inferioridad de gusto. Sin embargo, los ingleses no querian sacrificarnos ni el tratado de Methuen que los ligaba al Portugal, ni sus nacientes sederias, acerca de las cuales habian concebido esperanzas exageradas.

Era casi imposible coordinar tales intereses. Habíase propuesto que se estableciera á la entrada de ambos paises sobre las mercaderias importadas en uno y en otro, derechos iguales al beneficio que percibia el contrabando, de modo que quedase libre y beneficioso para el tesoro público, un comercio que solo redundaba en beneficio de los defraudadores; pero esta proposicion alarmaba á los fabricantes ingleses y franceses. Por otra parte, convencido el primer Cónsul de la necesidad de emplear grandes medios para obtener grandes resul-

tados, y considerando entónces la industria del algodon como la primera y la mas codiciada de todas, queria animarla hasta el extremo, con la absoluta prohibicion de los productos rivales.

Medios imaginados para conciliar las dos industrias rivales de Francia é Inglaterra.

Para eludir estas dificultades, ideó el agente frances un sistema, que á primera vista seducia, pero que casi era impracticable. Propuso que se permitiese en Francia la entrada de los productos ingleses, cualesquiera que fuesen, bajo derechos moderados, con la condicion de que el buque que los importase, exportarse inmediatamente un valor equivalente en productos franceses; debiendo suceder lo mismo respecto á los buques de nuestra nacion que llegasen á los puertos de Inglaterra. Este era un medio seguro de animar el trabajo nacional en la misma proporcion que el extrangero; teniendo ademas esta combinacion la ventaja de quitar á los ingleses un medio de influjo, del cual, gracias á sus grandes capitales hacian un uso terrible en ciertos paises. Consistia aquel medio en dar fiado á las naciones con quienes traficaban, haciéndose de este modo sus acreedores por cantidades considerables, y en cierto modo socios de su comercio; conducta que habian observado en Rusia y Portugal, haciéndose asi poseedores de una parte del capital que circulaba en ambos estados. Al otorgar aquellos créditos daban mayor salida á sus productos, y se aseguraban ademas la superioridad del que presta, sobre el que pide prestado. La imposibilidad en que se veia el comercio ruso de pasarse sin ellos, imposibilidad tal que ni aun los Emperadores podian elegir entre la guerra y la paz sin exponerse á morir asesinados, probaba suficientemente el peligro de aquella superioridad.

La combinacion propuesta, cuya tendencia era encerrar en ciertos limites al comercio ingles, presentaba, por desgracia, tales dificultades en su egecucion, que no era posible adoptarla. Pero, mientras tanto, ocupaba las imaginaciones, y hacia concebir cierta esperanza de que llegarian á entenderse. La incompatibilidad de los intereses comerciales no era, sin embargo, motivo bastante para que renaciese la guerra entre ambos pueblos, si sus miras políticas podian conciliarse; y sobre todo si el ministerio de M. Addington lograba sostenerse contra el ministerio de M. Pitt.

Disposicion pacífica del gabinete Addington.

M. Addington que se conceptuaba como autor de la paz, sabia que esta era la única ventaja que tenia sobre M. Pitt, y queria conservarla; hablando sensata y amistosamente sobre este asunto en una conferencia tenida con M. Otto: Un tratado de comercio, le habia dicho, seria la garantia mas segura y positiva de la paz. Mientras tanto que llegamos á entendernos sobre este punto, es necesario que el primer Cónsul haga ciertas concesiones acerca de otros, á fin de mantener al público ingles en buena armonia con Francia. Reuniendo el Piamonte á vuestro territorio, y habiendo dado al primer Cónsul la presidencia de la República italiana, habeis tomado en realidad posesion de toda la Italia; vuestras tropas ocupan la Suiza, y vosotros arreglais como árbitros los asuntos alemanes. Nosotros pasamos por alto toda esa extension del poder frances, y queremos abandonaros el continente; pero hay ciertos paises respecto á los cuales es fácil que se enardezca el ánimo del pueblo ingles, tales, como la Holanda y la Turquia. Vosotros sois los dueños de Holanda, como consecuencia natural de vuestra posicion en el Rhin; pero no añadais ningun acto ostensible á la dominacion real que exerceis en la actualidad en aquel territorio; porque si por ejemplo, quisieseis hacer alli lo que habeis hecho en Italia, procurando los medios de dar al primer Cónsul la presidencia de aquella república, el comercio ingles veria en ello, una manera indirecta de reunir la Holanda á Francia y concebiria las mayores inquietudes. En cuanto á Turquia, cualquiera nueva manifestacion de las ideas que produjeron la expedicion de Egipto, causaria en Inglaterra una explosion de descontento repentina y general. Asi, pues, os suplicamos que no nos creeis ninguna dificultad de este género; concluyamos un mediano arreglo, respecto á nuestros asuntos mercantiles, obtengamos la garantia de las potencias para la órden de Malta, á fin de que podamos evacuar la isla, y vereis cómo se consolida la paz, y desaparecen las últimas señales de

animosidad (1).

Estas palabras de M. Addington eran sinceras, probándolo, con las grandes diligencias que hacia para obtener de las potencias la garantia del nuevo estado de cosas constituido en Malta por el tratado de Amiens. Desgraciadamente, M. de Talleyrand, con una negligencia natural en él, y con la misma con que trataba á veces los negocios mas graves, habia omitido dar á nuestros agentes instrucciones relativas á aquel objeto, y dejaba á los agentes ingleses que solicitasen solos una garantia que era la condicion prévia de la evacuacion de Malta; de lo cual resultaron demoras sensibles; y mas tarde consecuencias lamentables. M. Addington deseaba, pues, de buena fe mantener la paz; y mientras no fuese vencido por el ascendiente de M. Pitt, habia la esperanza de que se conservase. Pero M. Pitt fuera del gabinete era mas poderoso que nunca. Mientras que MM. Dundas, Wyndham y Grenville habian atacado públicamente los preliminares de Lóndres y el tratado de Amiens, él se habia mantenido aparte, dejando á sus amigos lo odioso de aquellas provocaciones abiertas á la guerra, aprovechándose de su violencia, guardando un silencio imponente, y conservando siempre las simpatías de la antigua mayoria cuyo apoyo habia tenido por espacio de diez y ocho años, y la que habia dejado á M. Addington, hasta el dia en que creyera llegado el momento de retirársela. Ademas no se permitia M. Pitt ningun acto por el cual pudiera creerse que era hostil al ministerio. Llamaba siempre á M. Addington, amigo, pero se sabia que bastaba hiciese una señal para trastornar el Parlamento. El Rey le odiaba y deseaba verle alejado de los negocios públicos; pero todo el alto comercio ingles le era adicto, y solo tenia confianza en él. Sus amigos, menos prudentes que él, hacian una guerra abierta á M. Addington, y por lo tanto se les suponia órganos del verdadero pensamiento de M. Pitt. A esta oposicion tory, se agregaba, aunque sin ponerse de acuerdo con ella, y hasta combatiéndola á veces, la antigua oposicion whig de MM. Fox y Sheridan. Esta habia abogado constantemente por la paz; pero despues de conseguida obedecia á la ordinaria propension del corazon humano, siempre inclinado á no amar lo que se posee; y parecia no apreciar ya aquella paz tan preconizada, dejando, en su consecuencia, sin contestar nada de lo que decian contra la Francia los amigos exagerados de M. Pitt. Por otra parte, la revolucion francesa bajo la forma nueva y menos liberal que habia tomado, habia perdido una parte de las simpatías de los whigs. M. Addington, tenia, pues, dos adversarios distintos; la oposicion tory de los amigos de M. Pitt, que siempre se lamentaban de la paz, y la oposicion whig que ya no la apreciaba tanto. Si caia aquel ministerio, M. Pitt era el único ministro posible; y con su nuevo advenimiento al poder, vendria otra vez la guerra; guerra inevitable y encarnizada, sin otro fin que la ruina de una de las dos naciones. Por desgracia, una de esas faltas que la impaciencia de las oposiciones les hace cometer tan á menudo, habia proporcionado á M. Pitt un triunfo inaudito. Aunque la oposicion whig combatia al ministerio de M. Addington, no lo hacia de acuerdo con los amigos exagerados de M. Pitt, hácia el cual habia sentido siempre un odio implacable. M. Burdett hizo una mocion cuyo objeto era provocar una informacion acerca del estado en que M. Pitt habia dejado á la Inglaterra despues de su larga administracion. Los amigos de este ministro se levantaron con calor, y á aquella proposicion sustituyeron otra que consistia en que se solicitase del Rey una muestra de reconocimiento nacional para el gran hombre de Estado, que habia salvado la Constitucion de Inglaterra, y aumentado en un doble su poderio; pidiendo que se votase al momento. Los que se oponian retrocedieron entonces y pidieron que se aplazase la cuestion para pasados algunos dias; peticion que M. Pitt hizo que se les concediese no sin manifestar cierto desden. Pero transcurrido aquel término, se hizo nueva mocion, hallándose ausente M. Pitt, y despues de una discusion acalorada, una inmensa mayoria rechazó la proposicion de M. Burdett, y la sustituyó con otra que contenia la mas alhagüeña expresion del reconocimiento nacional hácia el ministro caido. Enme-

Situacion amenazadora de M. Pitt en el Parlamento.

(1) Estas palabras son un resúmen exacto de varias conferencias referidas en los despachos de M. Otto.

dio de estas luchas desaparecia el ministerio Addington, al paso que el poder de M. Pitt se aumentaba con el odio mismo de sus enemigos, y su vuelta á los negocios era una probabilidad amenazadora para el sosiego del mundo. Sin embargo, suponíase, mas de lo que se conocia, de sus designios, pues no hablaba ni una palabra que pudiese dar á entender si queria la paz ó la guerra.

Los periódicos ingleses, sin usar el lenguage violento de otras veces, se mostraban menos afectuosos hácia el primer Cónsul, y empezaban á declamar de nuevo contra la ambicion de Francia, aunque sin entregarse á aquella violencia odiosa á que descendieron mas tarde. Preciso es decir con dolor, que este papel estaba reservado á franceses emigrados, á quienes la paz privaba de toda esperanza, y que ultrajando al primer Cónsul y á su patria, procuraban despertar los furores de la discordia entre dos pueblos fáciles de irritar. Un folletinista llamado Peltier, que estaba al servicio de los príncipes de Borbon, escribia contra el primer Cónsul, contra su esposa, y contra sus hermanas y hermanos, folletos abominables, en los cuales los pintaba llenos de todos los vicios. Estos folletos eran acogidos por los ingleses con el desprecio que una nacion libre y acostumbrada á la licencia de la prensa, siente hacia sus excesos, pero en Paris producian un efecto enteramente diverso. Llenaban de amargura el corazon del primer Cónsul, y un escritor vulgar, instrumento de las pasiones mas bajas y mezquinas, tenia el poder de ofender en su gloria al mas ilustre y grande de todos los hombres, á la manera de esos insectos que en la naturaleza se aplican á atormentar á los animales mas nobles de la creacion. ¡Dichosos los paises acostumbrados por mucho tiempo á la libertad! esos viles agentes de difamacion se hallan en ellos privados del medio de perjudicar; pues son tan conocidos y despreciados, que no tienen el poder de inquietar las almas grandes.

Lenguage inaudito y violento de las gacetas escritas por los emigrados franceses refugiados en Inglaterra.

Unianse á estos ultrajes las intrigas del famoso Jorge, y las de los Obispos de Arras y de Saint-Pol-de-Leon que se hallaban al frente de los Obispos que se habian negado á dar su dimision. La policia habia sorprendido á sus emisarios repartiendo folletos en la Vendée, y procurando inflamar los odios mal apagados. Estas causas, aunque despreciables de suyo, producian una verdadera incomodidad, y concluyeron con una peticion, embarazosa para el gabinete británico, hecha por el ministro frances. Demasiado afectado el primer Cónsul por unos ataques mas dignos de desprecio que de cólera, reclamó en virtud del *alien-bill*, la expulsion de Inglaterra de Peltier, de Jorge y de los Obispos de Arras y de Saint-Pol. Colocado M. Addington, ante unos adversarios dispuestos á echarle en cara la menor condescendencia hácia la Francia, no negó precisamente lo que se solicitaba y autorizaban las leyes inglesas; pero procuró contemporizar alegando la necesidad de llevarse bien con la opinion pública, opinion susceptible en Inglaterra, y dispuesta en aquel momento á estraviarse al influjo de las declamaciones de los partidos. Acostumbrado el primer Cónsul á despreciar á los partidos, no comprendió bien aquellas razones, y se quejó de la debilidad del ministerio Addington con una altivez casi ofensiva. Sin embargo, no se alteraron por esto las relaciones entre los dos gabinetes, pues ambos procuraban impedir que se renovase la guerra apenas concluida, especialmente M. Addington cuyo honor y existencia política iban unidos á la paz. Tambien veia el primer Cónsul en la continuacion de la paz una nueva gloria para él, pues solo así podria llevar á efecto sus nobles proyectos de prosperidad pública.

Estado de la España despues de la paz.

La España empezaba á respirar de su prolongada miseria. Los galeones eran, como antiguamente, el único recurso de su gobierno. Cantidades considerables de pesos depositadas durante la guerra en las capitanias generales de Méjico y del Perú habian sido transportadas á España, habiéndose ya recibido en este pais por valor de cerca de trescientos millones de francos (unos 1,120 millones de reales). Si hubiera estado encargado de regir los destinos de España otro gobierno que el de un privado inepto é incapaz, hubiera podido levantar su crédito, restaurar su poder naval, y ponerse en es-

tado de figurar de un modo mas honroso en las guerras que todavia amenazaban al mundo. Pero aquellas riquezas de América, recibidas y disipadas por manos poco hábiles, no se empleaban en los usos nobles á que debian haber sido destinadas. La menor parte servia para sostener el crédito del papel moneda, y la mayor para pagar los gastos de la corte; reservándose nada ó casi nada para los arsenales del Ferrol, de Cádiz y Cartagena. Todo lo que sabia hacer la España era quejarse de la alianza francesa, é imputarle la pérdida de la Trinidad, como si debiese acusarse á la Francia del triste papel que el príncipe de la Paz le habia hecho jugar ya en la guerra, ya en las negociaciones. Una alianza solo es provechosa, cuando da á los aliados una fuerza real, que aprecian, y la cual están obligados á tener en mucho. Pero cuando la España hacia causa comun con Francia, arrastrada á la guerra marítima por la evidencia de sus intereses, no sabia sostenerla desde el momento en que se veia empeñada en ella, y venia asi á servir mas bien de embarazo que de socorro para sus aliados, arrastrándose en su seguimiento, siempre descontenta de si misma y de los otros (1). De este modo habia pasado poco á poco de un estado de amistad á otro hóstil respecto á la Francia. La division francesa enviada á Portugal habia sido tratada de un modo indigno, como ya se ha visto, necesitándose que el primer Cónsul dirigiese una amenaza terrible para detener las consecuencias de una conducta insensata. Desde aquella época se habian mejorado un poco las relaciones. Existian entre ambas potencias, ademas de los in-

Loca disipacion de las riquezas en metálico venidas de Méjico.

(1) Si el pacto de familia hecho por Carlos III fue un error grave que nos hizo seguir mas de lo que hubiera sido conveniente, las miras de la política francesa en el reinado de aquel excelente príncipe, no obstante de estar dirijido entonces el gabinete español por manos expertas y hábiles; fácil es de conocer cuan absurda fue la alianza que, bajo las bases del mismo pacto de familia, se llevó á cabo en 19 de Agosto de 1796 con el Directorio frances, en la cual la política mezquina de un gobierno inepto y de un favorito sin capacidad ni juicio, nos ligó como esclavos á todas las empresas y caprichos del gobierno frances, obligándonos á ayudarle con nuestras fuerzas y con nuestro dinero. Pero empeñados ya en esta equivocada senda, fue, si cabe, mayor absurdo la vaguedad y contradicciones que la completa nulidad del Príncipe de la Paz hizo manifestar al gabinete español durante las negociaciones de Lóndres, dando asi un pretexto, aparentemente fundado, á los sarcasmos que con tanta profusion nos regala aquí Mr. Thiers. El que escribe estas líneas, aunque respeta como se merecen los talentos de escritor tan insigne, no puede menos de hacer algunas observaciones y rectificar algunas ideas equivocadas ó erróneas, vertidas en esta historia con mas pasion que justicia. Extraña Mr. Thiers, y hasta ridiculiza que España se quejase de la alianza con Francia, cuando efectivamente nada habia mas justo ni natural que esta queja, viendo los funestos resultados que le traia una alianza tan insensata, en que habian de estar por precision todas las ventajas por la nacion fuerte y bien gobernada, y todas las desventajas y perjuicios, para la débil y mal gobernada que se unia á ella. Hace luego un relato despreciativo de la alianza española, y esto verdaderamente es injusto. España habia ayudado á su aliada con todo lo que tenia, habia sacrificado por ella su numerosa marina, la habia servido en todas sus empresas, sin que en ello tuviese utilidad alguna. No nos haremos olvidadizos, como lo hace Mr. Thiers en otras cosas cuando le conviene, de que habia ganado para un individuo de su familia real la Toscana, pero ¡cuan bien pagada habia sido aquella adquisicion tan inútil por no decir embarazosa y pesada para España! Seis de nuestros mejores navios de línea y uno de los mas bellos territorios de América, aun no le parecen á Mr. Thiers suficiente pago para aquella concesion de su héroe, segun la frecuencia con que la cita, y la exageracion con que habla de ella. Pero no es contra el hombre grande que se valía para sus fines y para el engrandecimiento de su patria de la total incapacidad de nuestros gobernantes, no es contra el escrito que lo enzalza apasionadamente contra quien sentimos la mayor indignacion; ésta la merecen toda esos hombres imbéciles apoderados del gobierno de una nacion grande para abatirla y deshonrarla. La merece ese conjunto á la vez odioso y ridículo de príncipes ineptos, palaciegos corrompidos, y hombres públicos sin talento y sin honor, enviados como una plaga para destruir aquella brillante monarquia española, y arrastrar por el fango su nombre.

(Nota de J. M. de A.)

Vuelve á haber buena inteligencia entre Francia y España.

tereses generales que habia un siglo eran comunes á las dos, los intereses del momento, que tocaban muy de cerca á los Reyes de España, y que eran de naturaleza que los ligaban al primer Cónsul; tales como los intereses nacidos de la ereccion del reino de Etruria.

Con motivo de haberse quejado la corte de Madrid del tono de superioridad que usaba en Florencia el general Clarke ministro de Francia, el primer Cónsul habia mandado á dicho general que diese menos consejos, y tratase con mas dulzura á los jóvenes infantes llamados á reinar. Por consideraciones á la corte de España habia dejado morir al viejo gran duque de Parma, hermano de la Reina Luisa, en completa y pacífica posesion de su ducado, pero muerto este príncipe, su ducado pertenecia á Francia, en virtud del tratado que constituia el reino de Etruria. Cárlos IV y su esposa le codiciaban ardientemente para sus hijos, pues aquel aumento de territorio hubiera hecho del reino de Etruria el segundo estado de Italia. A estos deseos de la familia real de España, no se oponia enteramente el primer Cónsul; pero pedia que se dejase pasar algun tiempo, para no aumentar los recelos de las grandes cortes con un nuevo acto de omnipotencia. Entretanto conservaria aquel ducado en depósito, dejando á los gabinetes que protegian la antigua dinastia del Piamonte la esperanza de que esta seria indemnizada, y al Papa la de mejorar su condicion, que era bastante penosa desde la pérdida de las Legaciones; y por último, descansar un instante en los negocios de Italia, en los cuales hacia algunos años tenia la Europa fijados sus ojos. Las nuevas transacciones con motivo de los asuntos de Parma, aunque aplazadas, habian aproximado de nuevo á los dos gabinetes de Paris y Madrid. Cárlos IV con su esposa y su corte, acababa de presentarse en Barcelona á fin de celebrar el doble matrimonio del heredero presuntivo de la corona, despues Fernando VII, con una princesa de Nápoles, y el del heredero de la corona de Nápoles con una infanta de España; y con este motivo se desplegaba en la capital de Cataluña un lujo extraordinario, y excesivo para el estado de la hacienda española. Desde esta ciudad dirigia la corte de España los mayores testimonios de afecto á la corte consular. Cárlos IV se habia apresurado á anunciar al primer Cónsul, como á un amigo, el doble matrimonio de sus hijos; y el primer Cónsul le habia contestado con la misma diligencia, y en un tono de franqueza amistosa; pero ocupado siempre de intereses de mayor cuantía, habia querido aprovechar aquel momento para mejorar las relaciones mercantiles entre ambos paises. No habia logrado obtener que se permitiese la introduccion de nuestros algodones, porque el gobierno de Cárlos IV procuraba fomentar la industria naciente de Cataluña, pero habia conseguido que se restableciesen las ventajas que antes se concedian en la Península á la mayor parte de nuestros productos. Sobre todo habia procurado salir adelante en un objeto de grande importancia á sus ojos, cual era introducir en Francia la hermosa raza de los carneros españoles. Años antes habia tenido la Convencion nacional el feliz pensamiento de insertar en el tratado de Basilea un artículo secreto, por el cual se obligaba la España á permitir la salida por espacio de cinco años de mil ovejas y cien carneros merinos, y de cincuenta caballos padres, y ciento cincuenta yeguas andaluzas; pero las turbulencias de aquella época habian impedido que se comprase ni un carnero ni un caballo. Por órden del primer Cónsul el ministro del Interior habia enviado agentes á la Península, con la mision de ejecutar en solo un año lo que debia haberse hecho en cinco; pero el gobierno español, celoso siempre de la posesion exclusiva de aquellos hermosos animales, se negaba obstinadamente á hacer lo que se pedia, alegando como excusa, la gran mortandad que habia habido de ellos en los años precedentes. Sin embargo, contábanse en España siete millones de carneros merinos y no era difícil hallar cinco ó seis mil. Al fin, y despues de gran resistencia, ac-

Queda vacante el ducado de Parma, y la corte de España manifiesta su deseo de que se agregue aquel ducado al reino de Etruria.

Esperanzas dadas por el primer Cónsul á la corte de España.

Introduccion en Francia de los carneros merinos.

cedió el gobierno español á los deseos del primer Cónsul, aunque empleando alguna tardanza en cumplir su ofrecimiento. De este modo habian vuelto á anudarse las relaciones amistosas entre ambas córtes. El general Beurnonville embajador en Berlin, acababa de dejar aquella capital para pasar á Madrid, y habia sido llamado á Barcelona para asistir á las fiestas de la familia real.

La seguridad de la navegacion en el Mediterráneo ocupaba particularmente la atencion del primer Cónsul. El dey de Argel con bastante poca cordura quiso tratar á la Francia como á las potencias cristianas de segundo órden. Dos buques franceses habian sido detenidos en su travesia y conducidos á Argel. Uno de nuestros oficiales habia sido molestado en la rada de Tunez por un oficial argelino. La tripulacion de un buque varado en la costa de Africa habia sido hecha prisionera por los árabes. La pesca del coral se hallaba interrumpida; y finalmente un buque napolitano habia sido capturado por corsarios africanos en las aguas de las islas de Hyeres. Pedida satisfaccion al gobierno argelino por todos estos hechos, se atrevió á contestar que para hacer justicia á Francia era necesario que ésta le pagase un tributo semejante al que se exigia de España y de las potencias italianas. Indignado el primer Cónsul, hizo partir inmediatamente á un oficial de palacio, el ayudante Hullin, con una carta para el dey. En ella le recordaba que habia destruido el imperio de los mamelucos; le anunciaba que iba á enviar una escuadra y un ejército, y le amenazaba conquistar toda la costa de Africa, si los franceses y los italianos detenidos, y los buques apresados no eran devueltos inmediatamente, con la promesa formal de respetar en adelante los pabellones de Francia é Italia.—Dios ha decidido, le decia, que todos los que se muestran injustos conmigo sean castigados. Yo destruiré vuestra ciudad y vuestro puerto, y me apoderaré de vuestras costas si no respetais á Francia, cuyo gefe soy, y á Italia, donde mando.—El primer Cónsul pensaba en efecto ejecutar lo que decia, porque ya habia notado que el norte de Africa era muy fértil, y podia ser cultivado con ventaja por los europeos, en vez de servir de guarida á los piratas. Al mismo tiempo salieron tres navios de Tolon, otros dos fueron dispuestos en la rada, y cinco de los que estaban en el Oceano recibieron la órden de pasar al Mediterráneo; pero todas estas disposiciones fueron inútiles: pues sabiendo el dey con qué potencia iba á tener que combatir, se arrojó á los pies del vencedor de Egipto, soltó todos los prisioneros cristianos que tenia en su poder, devolvió los buques napolitano y franceses que habia apresado, condenó á muerte á los empleados que habian dado ocasion á la desavenencia, y solo les concedió la vida por haber intercedido por ellos el ministro de Francia. Restableció la pesca del coral, y prometió un respeto igual y absoluto hácia los pabellones frances é italiano.

Desavenencias con el dey de Argel pronto terminadas.

La Italia estaba enteramente tranquila; y la nueva República italiana empezaba á organizarse bajo la direccion del presidente que habia elegido; el que comprimia con su poderosa autoridad los movimientos desordenados, á que siempre se halla expuesto un estado nuevo y republicano. El primer Cónsul se habia decidido, al fin, á reunir oficialmente la isla de Elba y el Piamonte á la Francia. La isla de Elba cambiada con el Rey de Etruria por el principado de Piombino cedido por la corte de Nápoles, acababa de ser evacuada por los ingleses, y declarada al momento parte del territorio frances. La reunion del Piamonte consumada de hecho hacía dos años, pasada en silencio por la Inglaterra durante las negociaciones de Amiens, y admitida por la misma Rusia, que se limitaba á pedir una indemnizacion cualquiera para la casa real de Cerdeña, era tolerada por todas las cortes como una necesidad inevitable. La Prusia y el Austria estaban prontas á confirmarla con su aprobacion, si se les prometia una buena parte en la distribucion de los estados eclesiásticos. Asi, pues, la reunion del Piamonte, declarada oficialmente por un senado-consulto orgánico del 24 de Fructidor del año X (11 de Setiembre de 1802), no asombró á nadie, ni fue reputada como un gran acontecimiento. Por otra parte, el haber quedado vacante el ducado de Parma, era una es-

Estado de la Italia.

Reunion á Francia de la isla de Elba y del Piamonte.

peranza que quedaba á todos los intereses perjudicados en Italia. Dividióse el hermoso territorio del Piamonte en seis departamentos, llamados Pô, Doira, Marengo, Sesia, Stura y Tanaro, los cuales debian enviar diez y siete diputados al Cuerpo Legislativo. Turin quedó declarada una de las grandes ciudades de la República. Este fue el primer paso dado por Napoleon mas allá de lo que se llama límites naturales de Francia, es decir, mas allá del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos. A los ojos de los gabinetes de la Europa, jamas podria conceptuarse un engrandecimiento de territorio como una falta, al menos si se ha de juzgar por su conducta ordinaria; y sin embargo, hay engrandecimientos que son faltas verdaderas, como la continuacion de esta historia nos lo hará ver. Deben considerarse como tales faltas, cuando se traspasan los límites que se pueden defender con facilidad, y cuando se lastiman nacionalidades respetables, y que no es fácil domellar. Pero, preciso es reconocer que de todas las extraordinarias adquisiciones hechas por Francia en la primera cuarta parte de este siglo, ninguna merecia ser criticada menos que la del Piamonte. Si hubiera sido posible constituir inmediatamente la Italia, lo mas cuerdo habria sido reunirla toda formando un solo cuerpo de nacion; pero por grande que fuese entónces el poder del primer Cónsul, no era todavia bastante dueño de la Europa para permitirse semejante creacion. Se habia visto obligado á dejar una parte de la Italia al Austria, quien poseia el antiguo estado veneciano hasta el Adige, y otra á la España que habia pedido para los dos infantes la ereccion del reino de Etruria. Tambien el interes religioso habia exigido que dejase al Papa en Roma, y el interes de la paz general que permaneciesen en Nápoles los Borbones. Asi, pues, era imposible organizar definitiva y completamente la Italia en aquel momento. Todo lo mas que podia hacer el primer Cónsul, era proporcionarle un estado transitorio, mejor que su estado pasado, y propio para preparar su estado venidero. Al constituir en su seno una República que ocupaba el centro del valle del Pô, habia sembrado allí un gérmen de libertad y de independencia. Al apoderarse del Piamonte se proporcionaba una base sólida para combatir á los austriacos, les daba rivales llamando á los españoles á Italia; y dejando al Papa, procurando atraérsele; y tolerando á los Borbones de Nápoles, contemporizaba con la antigua política europea, sin sacrificarle por eso la política francesa. Lo que hacia entónces, era, en una palabra, un principio, que lejos de excluir preparaba mas tarde un estado mejor y definitivo.

Relaciones del primer Cónsul con el Papa despues del Concordato.

Las relaciones entre el primer Cónsul y la corte de Roma eran cada dia mas afectuosas. El primer Cónsul oia sin incomodarse las quejas del Santo Padre sobre los objetos que le entristecian, pues era extremada la sensibilidad de este venerable Pontífice en cuanto concernia á los negocios de la Iglesia. El haberse abolido una multitud de derechos que antiguamente percibia de Francia, abolicion que amenazaba extenderse á España, habia empobrecido todavia mas á la Santa Sede, de lo cual se quejaba Pio VII amargamente, no por él, porque vivia como un anacoreta, sino por su clero, que apenas tenia con que sostenerse. Sin embargo, como los intereses espirituales eran á los ojos de aquel digno Pontífice superiores á los temporales, se quejaba tambien con dulzura, pero con un sentimiento verdadero, acerca de los famosos artículos orgánicos. Se recordará que el primer Cónsul, despues de haber comprendido en un tratado con Roma, calificado de Concordato, las condiciones generales para el restablecimiento de los altares, habia dejado para una ley particular todo lo relativo á la policía de los cultos; redactando luego esta ley segun las máximas de la antigua monarquía francesa. La prohibicion de publicar ninguna bula ó cualesquiera otro documento de la Santa Sede, sin permiso de la autoridad pública: el no poder ningun Legado ejercer sus funciones, sin que el gobierno frances reconociese previamente sus poderes; la jurisdiccion del Consejo de Estado encargado de las apelaciones como de los abusos; la organizacion de los seminarios sometidos á reglas severas; la prohibicion de otorgar el matrimonio religioso antes del matrimonio civil; la in-

Reclamaciones del Papa con motivo de los artículos orgánicos.

troduccion del divorcio en nuestras leyes; la obligacion de profesar la declaracion de 1682; la atribucion completa y definitiva de los registros del estado civil á los magistrados municipales; todos estos eran otros tantos objetos acerca de los cuales dirigia el Papa sus reclamaciones al primer Cónsul, quien las escuchaba, sin querer admitirlas, considerando que todos aquellos objetos estaban arreglados cuerdamente y sin apelacion por los artículos orgánicos. El Papa reclamaba con perseverancia, aunque sin querer llegar á un rompimiento. Por último los negocios religiosos de la República italiana, y la secularizacion de los estados eclesiásticos de Alemania, á consecuencia de la cual iba á perder la Iglesia una parte del territorio germánico, ponian el colmo á sus penas; y, sin la alegria que le causaba el restablecimiento de la Religion católica en Francia, su vida, decia él, no hubiera sido mas que un largo martirio. Por lo demas, su lenguage respiraba el mas sincero afecto hácia la persona del primer Cónsul.

Este dejaba hablar al Santo Padre con una paciencia, agena enteramente de su caracter.

En cuanto á la pobreza de la Santa Sede, privada de las Legaciones, pensaba muy á menudo, y alimentaba el vago proyecto de aumentar los dominios del Santo Padre: pero no sabia cómo hacerlo, hallándose colocado entre la República italiana, que lejos de hallarse conforme á devolver las Legaciones, pedia al contrario el ducado de Parma; entre la España que codiciaba aquel mismo ducado; y los elevados protectores de la casa real de Cerdeña que querian que dicho ducado sirviese para indemnizar á aquella casa. Por lo tanto, mientras aguardaba llegase el momento en que pudiera mejorar el estado territorial del Papa, le ofrecia dinero; ofrecimiento que hubiera admitido aquel si se lo hubiese permitido la dignidad de la Iglesia. Pero á falta de socorros de este género habia puesto el mayor cuidado en pagar la manutencion de las tropas francesas, mientras pisaban los estados romanos; acababa de hacer evacuar á Ancona al mismo tiempo que á Otranto y todo el mediodía de Italia; y habia exigido del gobierno napolitano que evacuase á Ponte-Corvo, y Benevento. Finalmente, en los negocios de Alemania se sentia dispuesto á defender hasta cierto punto al partido eclesiástico, á quien el partido protestante, es decir, la Prusia, queria debilitar hasta destruirle.

A todos estos esfuerzos para complacer á la Santa Sede, agregó algunos actos de cortesia refinada. Habia hecho que se pusiese en libertad á todos los súbditos de los Estados romanos cautivos en Argel, y los habia remitido al Papa. Como este príncipe soberano no poseia ni siquiera un buque para apartar de las costas de sus estados á los piratas africanos, el primer Cónsul habia elejido en el arsenal marítimo de Tolon dos hermosos bergantines, y armándolos enteramente, y equipándolos con lujo, se los habia regalado á Pio VII, habiéndoles dado antes los nombres de *S. Pedro* y *S. Pablo*. Para colmo de atencion los habia seguido una corbeta hasta Civita-Vecchia, para volver las tripulaciones á Tolon, de modo que el Sumo Pontífice no tuviese que hacer ningun desembolso. El venerable Pontífice quiso recibir en Roma á los marinos franceses, y despues de manifestarles las pompas del culto católico en la gran basílica de San Pedro, los despidió colmados de los regalos modestos que el estado de su fortuna le permitia hacer.

El primer Cónsul regala al Papa dos buques de guerra, nombrados el *S. Pedro* y el *S. Pablo*.

Un deseo del primer Cónsul, ardiente é impetuoso como todos los que le asaltaban, acababa de suscitar nuevas dificultades con la Santa Sede, que por fortuna fueron pasageras, y en breve se vieron desvanecidas. Deseaba que la nueva iglesia de Francia tuviese sus cardenales á semejanza de la antigua, la cual habia contado otras veces ocho, nueve y hasta diez. El primer Cónsul hubiera deseado tener á su disposicion otros tantos capelos, y aun mas, si hubiera sido posible, pues en ello veia un precioso medio de influir sobre el clero frances, ansioso de aquellas elevadas dignidades, y un medio de influir, no menos precioso, y mas deseado aun por él, en el sacro Colegio que elige á los Papas y arregla los negocios de la Italia. En 1789, contaba Francia cinco cardenales: MM. de Bernis, de La Rochefoucauld, de Loménie, de Rohan y de Montmorency. Los tres primeros MM. de Bernis,

Promocion de cinco cardenales franceses á la vez.

de La Rochefoucauld y de Loménie habian muerto; M. de Rohan habia dejado de ser frances, porque su arzobispado era aleman, y M. de Montmorency era uno de los que se habian resistido á la Santa Sede cuando esta pidió las dimisiones á los antiguos titulares. El cardenal Maury, nombrado despues de 1789, era emigrado y considerado entónces como enemigo. La Bélgica y la Saboya tenian dos cardenales: el de Frankemberg, antiguo Arzobispo de Malinas, y el sabio Gerdil; pero el antes Arzobispo de Malinas se hallaba separado de su sede y no pensaba volver á ella; y el cardenal Gerdil, habia vivido siempre en Roma, entregado á los estudios teológicos, y no pertenecia á ningun pais; de modo que ni uno ni otro debian considerarse como franceses. El primer Cónsul queria que se nombrasen siete cardenales franceses, lo que no le era posible al Papa conceder en aquel momento. Es cierto que habia algunos capelos vacantes, pero se aproximaba la época en que las coronas habian de hacer algunas promociones, y era necesario proveer á ellas. La promocion de las coronas era una costumbre que casi habia venido á ser ley, en virtud de la cual el Papa autorizaba á seis potencias católicas, para que cada una le presentase un sugeto, el cual era agraciado á su presentacion con el capelo de cardenal. Dichas potencias eran Austria, Polonia, la República de Venecia, Francia, España y Portugal. Polonia y Venecia no existian, pero quedaban cuatro, inclusa Francia, y no habia suficientes capelos vacantes, para satisfacer á aquellas cortes, y atender á la peticion del primer Cónsul. El Papa hizo valer esta razon para fundar su resistencia á lo que se le exigia, pero el primer Cónsul, creyendo que en su resistencia habia, ademas de la dificultad efectiva del número, el temor de manifestar demasiada condescendencia hácia Francia, se irritó, y declaró que si se le negaban los capelos que habia pedido se pasaria sin ellos, pero no admitiria ni siquiera uno, pues no podia sufrir que la iglesia francesa, si habia de tener cardenales, tuviese menos que las demas iglesias de la cristiandad. El Papa que no queria disgustar al primer Cónsul, transigió, conformándose en nombrar cinco cardenales; pero como no habia bastantes vacantes para aquella promocion extraordinaria y para la de las coronas, se rogó á las cortes de Austria, España y Portugal que aplazasen sus justas pretensiones, á lo cual accedieron todas tres con el mayor gusto; pues entónces se complacian en satisfacer espontáneamente aquellos deseos, que en breve debian ejecutar como órdenes.

El primer Cónsul consintió en dar el capelo á M. de Bayanne, que hacia mucho tiempo era auditor del tribunal de la Rota en Francia, y decano del mismo. En seguida, propuso al Papa á M. de Belloy, Arzobispo de París; al clérigo Fesch, Arzobispo de Lyon y tio del primer Cónsul; á M. de Cambacérès, hermano del segundo Cónsul, y Arzobispo de Rouen; y por último á M. de Boisgelin, Arzobispo de Tours. Bien hubiera deseado agregar á estos cinco nombramientos otro, el del clérigo Bernier, Obispo de Orleans, pacificador de la Vendée y negociador principal del Concordato, pero la idea de comprender en una promocion tan ruidosa al hombre que tanto se habia señalado en la guerra civil, ponia en grande apuro al primer Cónsul. Asi, pues, manifestó francamente su idea al Santo Padre, rogándole que le prometiese en seguida, que el primer capelo que vacase seria para el clérigo Bernier, pero guardando aquella resolucion *in petto*, como dice la corte de Roma, y escribiendo al clérigo Bernier la causa del aplazamiento. Asi se hizo, y fue un motivo de pesadumbre para aquel prelado, aun no recompensado por los servicios que habia hecho. El clérigo Bernier conocia la buena voluntad del primer Cónsul, pero sufria cruelmente al ver el embarazo que se sentia en confesarlo públicamente: justo castigo de la guerra civil, que por otra parte recaia sobre un hombre, que por sus servicios merecia, mas que ningun otro, la indulgencia del gobierno y del pais.

El Papa envió á Francia un principe de los Dorias para que fuese portador de los birretes de los cardenales recien elegidos, y desde este momento, revestida la iglesia francesa con una gran parte de la púrpura romana, era una de las mas favorecidas y brillantes de la cristiandad.

Quedaba todavia por organizar la iglesia de Italia de acuerdo con el Papa. El primer Consul solicitaba un Concor-

dato para la República italiana; pero el Papa no se quiso dejar vencer en esta ocasion. La República italiana comprendia las Legaciones, y segun él, tratar con la república que las poseia hubiera sido reconocer el abandono de aquellas provincias. Convínose que se supliria el Concordato con una serie de Breves destinados á arreglar cada negocio de un modo especial. Por último, Pio VII se sujetó enteramente á los consejos del primer Cónsul, en lo relativo á la Constitucion definitiva de la Orden de Malta. Los prioratos se habian reunido en diferentes partes de Europa, para proceder á la eleccion de un nuevo Gran-maestre; y á fin de facilitar la eleccion, se habian convenido en dejar al Papa el cuidado de hacerla. Este, por parecer del primer Cónsul, que tenia el mayor empeño en organizar la Orden cuanto antes para que tomase inmediatamente posesion de la isla de Malta, eligió á un italiano, que fue el bailio Ruspoli, príncipe romano de una familia esclarecida. El primer Cónsul preferia un romano, á un napolitano ó aleman. El personage elegido era por otra parte un hombre prudente, ilustrado, y digno del honor que se le dispensaba. Pero era poco probable que le aceptase, y para que asi no lo hiciese se le escribió á Inglaterra, donde vivia retirado.

Las tropas francesas habian evacuado á Ancona y el golfo de Tarento, reconcentrándose en el territorio de la República italiana, en el cual debian permanecer hasta que la República hubiese creado un ejército. Dichas tropas trabajaban en los caminos de los Alpes y en las fortificaciones de Alejandria, Mantua, Legnago, Verona y Peschiera. Seis mil hombres guardaban el reino de Etruria, interin llegaba un cuerpo español. Por lo tanto Francia habia cumplido con todas las condiciones del tratado de Amiens, relativas á Italia.

Agitacion en Suiza.

Mientras que en la mayor parte de los Estados de Europa, empezaban á aquietarse los ánimos bajo la bienhechora influencia de la paz, en Suiza no se restablecia la calma, y la poblacion de aquellas montañas se agitaba con violencia. Hubiérase dicho que expulsada la discordia de Francia y de Italia por la mano del general Bonaparte, se habia refugiado en las inaccesibles asperezas de los Alpes. Dos partidos conocidos con los nombres de *unitarios* y *oligárquicos*, el de la revolucion y el del antiguo régimen, se hallaban en lucha, y ambos contrabalanceándose, casi iguales en fuerza, no producian el equilibrio, sino continuas y sensibles oscilaciones. En el espacio de diez y ocho meses se habian apoderado por turno del poder, y le habian ejercido sin razon, sin justicia y sin humanidad. Conviene exponer aquí en pocas palabras el orígen de aquellos partidos, y su conducta desde el principio de la revolucion helvética.

Suiza antes de 1789.

Antes de 1789 se componia Suiza de trece cantones: seis democráticos, que eran los de Schwitz, Uri, Unterwalden, Zug, Glaris y Appenzell, y siete oligárquicos, que eran los de Berna, Soleura, Zurich, Lucerna, Friburgo, Basilea y Schaffouse. El canton de Neufchâtel era un principado dependiente de Prusia. Los Grisones, el Valais y Ginebra formaban tres repúblicas aparte, aliadas de la Suiza, y viviendo cada una bajo un régimen particular é independiente; pero mas unida la de los Grisones al Austria por su situacion geográfica; y por la misma razon mas adictas las de Valais y Ginebra á Francia.

La República francesa introdujo un primer cambio en aquel estado de cosas. Para indemnizarse de la guerra se apoderó del pais de Bienna y del antiguo principado de Porentruy, formando el departamento de Monte Terrible, añadiéndole una parte del antiguo obispado de Basilea. Tambien se apoderó del canton de Ginebra, con el cual formó el departamento de Léman. Para indemnizar á la Suiza le agregó los Grisones y el Valais; reservándose, sin embargo, en el Valais un camino militar, que nacia del extremo del lago de Ginebra cerca de Villenueve; subia el valle del Ródano por Martigny y Sion hasta Brigg, punto donde empezaba el célebre camino del Simplon, y desembocaba sobre el lago Mayor. Despues de estos cambios de territorio, verificados por la República francesa, se sucedieron aquellos que eran consecuencia de las ideas de justicia y de legalidad, que el partido revolucionario queria hacer prevaleciesen en Suiza, á imitacion de lo que se habia verificado en Francia en 1789.

Componiase el partido revolucionario de Suiza de todos los hombres á quienes disgustaba el régimen oligárquico, y se hallaban repartidos asi en los cantones democráticos como en los aristocráticos, porque lo mismo se sufria en los unos que en los otros. Asi, pues, en los pequeños cantones de Uri, Unterwalden y Schwitz, en los cuales reunido todo el pueblo una vez al año elegia á sus magistrados, y podia examinar su conducta á cualquier hora: aquel sufragio universal, destinado á lisonjear por un instante á la multitud ignorante y corrompida, era solo una irrision. Un pequeño número de familias poderosas, que habian llegado á hacerse dueñas de todo, con el tiempo y la corrupcion, disponian como soberanas de los negocios y de todos los empleos y cargos. En Schwitz, por ejemplo, la familia Reding distribuia á su voluntad los grados en un regimiento suizo al servicio de España, lo cual era el único objeto que habia digno de solicitarse en el pais, porque aquellos grados eran la sola ambicion de todo el que no queria permanecer siendo pastor ó labrador. Los pequeños cantones tenian ademas en su dependencia á las bailias italianas, y las gobernaban, á título de pais sometido, del modo mas arbitrario. Estas democracias no eran, pues, otra cosa que lo que con el tiempo llegan á ser todas las democracias puras, á saber, oligarquias disfrazadas bajo las formas populares; y esto explica, cómo habia, hasta en los cantones democráticos, hombres profundamente ofendidos por el antiguo estado de cosas. En mas de un canton se hallaban provincias sojuzgadas, á la manera que lo estaban las bailias italianas. Asi, Berna gobernaba con la mayor dureza el pais de Vaud y el de Argovia. Finalmente, en los cantones aristocráticos, los vecinos de la clase media estaban excluidos de todos los cargos. Por lo tanto, cuando los ejércitos franceses entraron en Suiza en 1798, la sublevacion fue pronta y general. Las provincias sujetas y las bailias oprimidas se insurreccionaron contra las capitales opresoras, y en el seno de las ciudades soberanas la clase media se levantó contra la oligarquia. De los trece cantones se quisieron formar diez y nueve, todos iguales, todos gobernados de un mismo modo y dependientes de una autoridad central á imitacion de la unidad del gobierno frances. Al obrar asi, se hallaban dominados por la necesidad de una justicia distributiva, y particularmente por el deseo de salir del estado de nulidad peculiar de los gobiernos federativos. La esperanza de poder figurar de un modo mas activo en la escena del mundo, alentaba vivamente el corazon de los suizos, orgullosos de su antiguo valor, y del papel que les habia hecho representar en otro tiempo en Europa, y fastidiados de aquella neutralidad perpétua, que los reducia al estado de vender su sangre á las potencias extrangeras.

Carácter de la Revolucion suiza é imitacion de la unidad francesa.

Al aplicar á Suiza las ideas de la revolucion francesa, aplicacion verificada no solo por la conformidad de necesidades, sino tambien por el espiritu de imitacion, se desmembraron ciertos cantones para hacer de ellos otros menores, y se aglomeraron muchos distritos separados para formar con ellos un canton. Se dividió el territorio de Berna, el cual con la Argovia y el pais de Vaud componia la cuarta parte de la Suiza; y de la Argovia y del pais de Vaud, se hicieron dos cantones separados. Se quitaron á Uri las bailias italianas para crear con ellas un canton. Aumentóse el de Appenzell agregándole á Saint-Gall, Tokenburgo y Rheinthal; y al canton de Glaris se unieron las bailias de Sargans, Werdenberg, Gaster, Uznach y Raperschwill. El acrecentamiento de los cantones de Appenzell y Glaris tenia por objeto destruir para siempre el antiguo régimen democrático, dándoles una extension de territorio que hacia imposible aquel régimen. Los diez y nueve cantones se constituyeron dependientes todos de un cuerpo legislativo que les daba leyes uniformes, y de un poder ejecutivo que las acataba y hacia que fuesen acatadas. Tambien se nombraron en Suiza ministros, prefectos y subprefectos.

El partido opuesto, contra el cual se dirigia toda aquella uniformidad, adoptó el tema contrario, y quiso establecer el régimen federativo en su mayor latitud, con sus irregularidades mas extrañas, y con el aislamiento completo de unos estados federados de los otros; pues por este medio y á favor de aquellas

irregularidades y de aquel aislamiento, cada pequeña oligarquía podia recobrar su imperio. Las aristócracias de Berna, Zurich y Basilea se aliaron con las democracias de Schwitz, Uri y Unterwalden, entendiéndose perfectamente entre sí, porque en el fondo todos querian una misma cosa; es decir, el dominio de algunas familias poderosas, asi en los pequeños cantones de la montaña, como en las ciudades mas opulentas. De aquí fue el dar á los unos el nombre de *oligárquicos*, y el de *unitarios* á los que buscaban en la unidad del gobierno, la justicia y la legalidad. Hacia años que se hallaban desunidos unos y otros sin haber podido gobernar jamas la desgraciada Suiza, ni con alguna moderacion ni por largo tiempo. Las constituciones se habian sucedido allí con la misma prisa que en Francia, y en esta época se hallaba Suiza en vísperas de hacer una nueva.

Otra circunstancia agravaba aun mas las turbulencias de la Suiza, y era la disposicion en que se hallaban para buscar su apoyo en el extrangero, que es lo que siempre sucede en un pais demasiado débil para depender de sí mismo, y demasiado importante por su posicion geográfica, para que las naciones vecinas le miren con indiferencia. Teniendo el partido oligárquico muchas relaciones en Viena, Lóndres, y aun en el mismo San Petersburgo, en donde un suizo, el coronel Laharpe, habia educado al jóven Emperador, asediaba todas estas cortes con las instancias mas vivas, suplicándoles que no tolerasen que Francia, consolidando en Suiza el régimen revolucionario, sometiese á su influjo un territorio, que considerado bajo el punto de vista militar era el mas importante del continente. Tambien tenia grandes relaciones con Inglaterra. Los vecinos ricos de Berna y de varias ciudades soberanas habian depositado el capital de sus economías municipales en el banco de Lóndres; conducta, que por otro lado les honraba, porque mientras las ciudades libres de toda la Europa, y particularmente las de Alemania, habian contraido deudas enormes, las ciudades de Suiza habian reunido sumas considerables. El gobierno ingles, á pretexto de la ocupacion francesa, se habia apoderado sin escrúpulo de aquellos fondos; y aun no los habia devuelto á pesar de haberse restablecido la paz; y los oligárquicos de Berna le suplicaban que ya que no los socorriese, detuviese al menos los capitales que se habian remitido al banco de Lóndres, los cuales ascendian á la cantidad de diez millones de francos, y á la de dos los que habian depositado en el banco de Viena.

Relaciones del partido oligárquico con las potencias extrangeras.

El partido revolucionario, buscaba, como era natural, un apoyo en Francia, cosa tanto mas fácil de conseguir cuanto que los ejércitos franceses no habian evacuado aun el territorio helvético. Pero semejante ocupacion no podia durar mucho tiempo, pues era necesario evacuar de un momento á otro la Suiza como se habia hecho ya con la Italia. Aunque no se hubiese estipulado formalmente la obligacion de evacuar el territorio suizo como se habia estipulado la evacuacion del otro, no obstante, el tratado de Luneville garantizaba la independencia de la Suiza, de modo que se podia reputar como imperfecta la ejecucion de los tratados, y la paz no asegurada; mientras que nuestras tropas no se retirasen. Todos los observadores políticos tenian su vista fija en las conmociones de la Suiza, y en la Alemania donde se repartian los territorios eclesiásticos, para calcular si el ensayo de pacificacion general que se hacia entonces seria duradero. El primer Cónsul habia tomado la firme resolucion de no comprometer la paz con motivo de las ocurrencias de ambos paises, á menos que la contra-revolucion, que de ningun modo sufriria en ninguna de las fronteras de Francia, no intentase establecerse en medio de los Alpes. Muy fácil le hubiera sido hacer que le aceptasen por legislador de la Helvecia, asi como lo habia sido de la República italiana; pero la *Consulta* de Lyon habia producido tal efecto en Europa, y particularmente en Inglaterra, que no se atrevia á dar dos veces el mismo espectáculo. Asi, pues, se limitaba á dar cuerdos consejos, que siempre eran escuchados pero no seguidos, á pesar de la presencia de nuestras tropas. Aconsejaba á los suizos que renunciasen la idea de uni-

El partido revolucionario busca su apoyo en Francia.

Consejo que da el primer Cónsul á Suiza.

dad absoluta; unidad imposible en un pais tan quebrado como el suyo, é insoportable, por otra parte, á los pequeños cantones que no podian ni pagar contribuciones tan crecidas como las que se imponian á Berna ó Basilea, ni sujetarse al yugo de una regla comun: que por lo tanto, se limitasen á crear un gobierno central para los negocios exteriores de la confederacion, y que en cuanto á los interiores quedasen al cuidado de los gobiernos locales, quienes los arreglarian segun la naturaleza del terreno, costumbres y espíritu de los habitantes. Tambien les aconsejaba que tomasen de la Revolucion francesa todo lo que tenia de bueno y de incontestablemente útil, tal como la igualdad entre todos los ciudadanos y la igualdad entre todas las partes del territorio; que dejasen independientes unas de otras las provincias incompatibles, tales como las de Vaud y Berna, las bailias italianas, y Uri; que renunciasen á ciertas aglomeraciones de territorio que desnaturalizaban varios cantones pequeños, como los de Appenzell y Glaris; que pusiesen término en las ciudades principales á la dominacion alternativa de los *oligárquicos* y del populacho, y se constituyese un gobierno formado de la clase media, sin que se excluyese sistemáticamente ninguna clase; y, por último, que imitasen la política de transaccion entre todos los partidos, que era la que habia devuelto á Francia la tranquilidad que gozaba. Pero todos estos consejos, comprendidos por los hombres ilustrados, y desconocidos por los hombres apasionados, que componen siempre el mayor número, habian sido inútiles. Sin embargo, como su tendencia era la de hacer retroceder algo á la Revolucion, la faccion oligárquica, oprimida á la sazon, los acogia con gusto, alimentándose de ilusiones, como acontecia en Paris á algunos emigrados franceses, y creyendo que porque el primer Cónsul era moderado, queria restablecer el antiguo régimen.

Dificultad territorial con motivo del camino del Simplon.

Una cuestion de territorio vino á complicar mas aquella grave situacion. Habiéndose en cierto, modo confundido durante la Revolucion, Suiza y Francia, habian pasado del sistema de neutralidad al de la alianza defensiva y ofensiva, en cuyo estado no habia titubeado Suiza en conceder á Francia por el tratado de 1798 el camino militar del Valais que iba á dar al pie del Simplon. Cuando se formaron los últimos tratados, no se habia atrevido la Europa á reclamar contra aquel estado de cosas, resultado de una larga guerra, y se habia limitado á estipular la independencia de la Suiza. Prefiriendo el primer Cónsul la neutralidad de la Suiza á su alianza, creia poder hacer uso del camino del Simplon sin verse reducido á tomar parte del territorio helvético, pues lo contrario hubiera sido incompatible con la neutralidad; y para ello habia ideado hacer que le diesen la propiedad del Valais. No era esto una exigencia muy grande, porque si Suiza poseia el Valais, otras veces independiente, era porque Francia le habia agregado este territorio; pero el primer Cónsul no lo solicitaba sin compensacion, pues en cambio le ofrecia una provincia que el Austria le habia cedido por el tratado de Luneville, y era el Frickthal, pequeño pais de mucha importancia como frontera, por el cual pasaba el camino de las ciudades inmediatas á la Selva Negra, y extendiéndose desde la confluencia del Aar con el Rhin hasta el límite del canton de Basilea, unia, por consecuencia, este canton á Suiza: por otra parte, situado el Frickthal frente á la Selva Negra, tenia ademas de su propio valor otro de conveniencia no despreciable. Merced á este cambio, quedaba Francia propietaria del Valais, y no tenia necesidad de que pasasen sus tropas por el territorio helvético, pudiendo de esta suerte dejar el sistema de alianza por el de neutralidad. Los suizos, asi los unitarios como los oligárquicos, declamaban á cual mas sobre aquel asunto, y se negaban á ceder el Valais por el Frickthal, pidiendo otras concesiones de territorio á lo largo del Jura, particularmente el pais de Bienne, el de Erguel y algunas otras porciones separadas del canton de Porentruy; lo que venia á ser entregarles una parte del departamento de Monte-Terrible. Aun con estas condiciones les costaba repugnancia entregar el Valais; y como á la sombra de los intereses llamados generales, se ocultan á veces intereses particulares, temiendo los pequeños cantones que el camino del Simplon perjudicase al de San Gotardo, se negaban

enteramente al cambio propuesto. El primer Cónsul habia hecho ocupar provisionalmente el Valais por tres batallones; no queriendo, por otra parte, tomar ningun partido antes del arreglo general de los asuntos helvéticos.

Mientras se llevaba á cabo la organizacion definitiva de la Suiza, se habia formado un gobierno provisional compuesto de un consejo ejecutivo y de un cuerpo legislativo poco numeroso. Se habian redactado varios proyectos de Constitucion y s ometídolos secretamente al primer Cónsul; y este habia preferido el que le pareció mejor, remitiéndolo á Berna con cierta especie de recomendacion. El gobierno provisional compuesto de los patriotas mas moderados habia adoptado dicha Constitucion, y la habia presentado á una Dieta general para que la aceptase. De los ochenta miembros que componian esta dieta, cincuenta pertenecian al partido unitario exaltado; y con esta mayoria en breve se declaró la Dieta constituyente, redactó un nuevo proyecto concebido en las ideas de la unidad absoluta, y afectando hasta arrostrar la ira de Francia, proclamó que el Valais era parte integrante de la confederacion helvética. Los representantes de los pequeños cantones se retiraron declarando que nunca se someterian á semejante Constitucion. Dueños los patriotas moderados del gobierno provisional, y viendo lo que pasaba se pusieron de acuerdo con el ministro de Francia Verninac, y expidieron un decreto disolviendo la Dieta porque se habia excedido de sus poderes, obrando como cuerpo constituyente sin haber sido convocada para ello. Al mismo tiempo promulgaron la nueva Constitucion de 29 de Mayo de 1801, y procedieron á elegir las autoridades con arreglo á la misma. Aquellas autoridades eran el Senado, el pequeño Consejo y el landamman. El Senado que se componia de veinte y cinco individuos debia nombrar al pequeño Consejo que se componia de siete y al landamman que era el gefe de la República. Ademas de nombrar el Senado á estas autoridades debia aconsejarlas en los asuntos de interes. Como los patriotas moderados tenian al frente á los unitarios exaltados, á los cuales acababan de dispersar, disolviendo la Dieta, se vieron obligados á contemporizar con el partido oligárquico, de cuyo seno eligieron á los hombres mas juiciosos para que formasen parte del Senado, y los mezclaron con los revolucionarios, dejando siempre á estos en mayoria; pero irritados los revolucionarios, cinco de ellos no quisieron admitir el cargo que se les daba, con lo cual se encontró cambiada la mayoria; siendo esto tanto mas sensible cuanto que una vez formado el Senado debia completarse por sí mismo, como se verificó en sentido oligárquico. Asi, pues, cuando fue necesario nombrar al landamman, y optar entre M. Reding, que era el gefe del partido oligárquico, y M. Dolder que lo era de los revolucionarios moderados, quedó elegido M. Reding por un voto de mayoria. M. Dolder era un hombre juicioso y de bastante capacidad, pero de poca energia. M. Reding era un antiguo oficial poco ilustrado, pero enérgico, que habia servido á las potencias extrangeras en un cuerpo suizo, y que en 1798 habia hecho con inteligencia la guerra de montaña contra el ejército frances. Era del pequeño canton de Schwitz, y el gefe de aquella familia privilegiada que disponia de todos los grados en el regimiento de Reding. El partido oligárquico de toda la Suiza habia adoptado á este como á una especie de gefe de tribu, y le habia otorgado su confianza. Aunque M. Reding era un hombre tosco, no carecia de cierta finura; y lisonjeado con su nueva dignidad, procuraba conservarla, para lo cual sabia que necesitaba grangearse la buena voluntad de Francia. Para el efecto, y de acuerdo con los suyos, ideó presentarse de repente en Paris para tratar de persuadir al primer Cónsul que el partido de los oligárquicos era el de los hombres honrados; que era preciso soportarle en el poder y permitirle que gobernase á su modo; y que solo asi, seria Suiza adicta á Francia. El primer Cónsul recibió á M. Reding con muchas consideraciones, y le escuchó con alguna atencion. M. Reding afectó hallarse libre de preocupaciones, y mas bien militar que oligárquico, y se

Constitucion del 29 de Mayo de 1801 aprobada por Francia y puesta en ejecucion.

Por culpa de los patriotas produce la Constitucion del 29 de Mayo el triunfo del partido oligárquico.

Viage de Mr. Reding á Paris.

manifestó lisonjeado por hallarse próximo al primer general de los tiempos modernos, y dispuesto como él á sobreponerse á las pasiones de los partidos. Tambien presentó varios medios conciliadores y otras reformas que se podian aceptar, si su conducta correspondia á sus promesas. Segun sus proyectos, el Senado debia aumentarse hasta el número de treinta individuos, debiendo elegirse los cinco nuevos senadores exclusivamente entre los patriotas. Tambien debia elegirse entre ellos un segundo landamman que alternaria con el primero en el exercicio del poder. Comisiones cantonales compuestas á medias por el Senado y por los mismos cantones, debian dar á cada uno la constitucion que le conviniese. Acordaron tambien que la Argovia y el pais de Vaud quedarian independientes de Berna, pero que en cambio no tendrian efecto las aglomeraciones de territorios que habian trastornado ciertos pequeños cantones. Con todas estas condiciones el primer Cónsul prometió reconocer el gobierno de Suiza, volverla al estado de neutralidad perpetua, y retirar de ella las tropas francesas. Para asegurarse el camino militar que deseaba, se convino que se desmembraria el Valais y se cederia á Francia la parte que se halla en la orilla derecha del Ródano. En cambio cederia Francia el Frickthal y ademas una parte de territorio por el lado del Jura. M. Reding partió lleno de esperanzas, creyendo haber adquirido el favor del primer Cónsul, con el cual podria hacer en adelante en Suiza cuanto quisiera.

Compromisos que contrae M. Reding con el primer Cónsul.

Pero apenas regresó á Berna el gefe del partido oligárquico, cuando arrastrado por los suyos, trocóse completamente, como no podia menos de suceder estando bajo semejantes influencias, y con tan pocas ideas de gobierno como las que él tenia. Aumentáronse al Senado cinco miembros, sacados del partido patriota, y dieron por compañero á M. Reding para que alternase con él en el cargo de landamman un cólega, que si bien no fue el mismo Mr. Dolder, lo fue M. Rugger, personage de consideracion entre los revolucionarios moderados. Estos nuevos nombramientos, que en el pequeño Consejo encargado del poder ejecutivo proporcionaron la mayoria al partido de la Revolucion, la dejaron en el Senado al partido oligárquico. Ademas, siendo M. Reding, landamman por aquel año, nombró todas las autoridades en el interes de su partido; y envió tanto á Viena como á las demas córtes, agentes adictos á la contrarevolucion, con instrucciones hostiles á Francia, que en breve fueron conocidas por esta potencia. M. Reding pedia con el mayor empeño que todas las potencias enviasen sus representantes para que le secundasen contra la influencia del encargado de negocios de Francia M. Verninac. El único agente que no se atrevió á reemplazar fue á M. Stapfer, ministro de Suiza en Paris, hombre respetable, adicto á su patria, que habia sabido grangearse la confianza del gobierno frances, y que por lo tanto era muy dificil separarle de aquel puesto. M. Reding habia prometido dejar independientes el pais de Vaud y la Argovia; y sin embargo, por todas partes circulaban peticiones para provocar la restitucion de aquellas provincias al canton de Berna. Apesar de la promesa de dejar exentas las bailias italianas, Uri solicitaba con la mayor arrogancia, y hasta amenazando, que se le devolviese el valle Levantino. Las comisiones cantonales encargadas de redactar las constituciones particulares de cada canton, eran, excepto dos ó tres, enteramente contrarias al nuevo órden de cosas, y favorables al restablecimiento del antiguo. Tampoco se hacia caso de la cuestion del Valais ni del camino prometido á Francia. Finalmente, viendo los habitantes del pais de Vaud cuan inminente era la contrarevolucion, se habian insurreccionado; y mas bien que someterse al gobierno de M. Reding solicitaban su incorporacion á Francia.

Apenas regresa M. Reding á Suiza, se entrega al partido oligarquico, y le favorece exclusivamente.

De este modo entregada un año antes la desgraciada Helvecia á las extravagancias de los unitarios absolutos, era aquel año presa de las tentativas contrarevolucionarias de los oligárquicos. Entónces tomó el primer Cónsul su partido en cuanto al Valais; declarando, que lo separa-

No teniendo el primer Cónsul necesidad de contemplar al gobierno Suizo, proclama la independencia del Valais.

ba de la confederacion, y le devolvia su independencia. No hay duda que esta era la mejor solucion, porque dividir aquel gran valle para dar una orilla á Suiza y otra á Francia era obrar contra la naturaleza de las cosas; y dejándole todo á la Suiza, creándose en él un camino y establecimientos militares franceses, era hacer imposible la neutralidad helvética. Cuando M. Reding supo semejante resolucion no pudo contenerse; sostuvo que el primer Cónsul habia faltado á sus promesas, lo que era falso, y propuso á la aprobacion del pequeño Consejo una carta concebida en términos tan violentos, que retrocedió este lleno de espanto. La situacion no podia, pues, sostenerse entre los oligárquicos de los grandes y pequeños cantones que trabajaban por constituir el antiguo régimen, y los revolucionarios sublevados en el pais de Vaud para obtener su reunion á Francia. M. Dolder y sus amigos del pequeño Consejo encargado del poder egecutivo, que eran seis contra tres, se reunieron, y aprovechándose de la ausencia de M. Reding, que habia pasado á los pequeños cantones, declararon nulo todo lo hecho por él, disolvieron las comisiones cantonales, y convocaron en Berna una asamblea de notables, compuesta de cuarenta y siete individuos, elegidos entre los hombres mas respetables y moderados de todas las opiniones. Debia someterse á su aprobacion la Constitucion del 29 de Mayo, recomendada por Francia; hacer en ella las modificaciones que se juzgasen indispensables, y organizar inmediatamente las autoridades públicas segun aquella misma Constitucion.

El partido revolucionario moderado se apodera de nuevo del poder.

Para quitar á los oligárquicos el apoyo del Senado en cuyo cuerpo tenian mayoría, se decretó la suspension del mismo. Al saber esta novedad acudió M. Reding, y protestó contra las resoluciones tomadas; pero privado del apoyo del Senado, que se hallaba suspenso, se retiró, declarando que no renunciaba á su calidad de primer magistrado, y se trasladó á los pequeños cantones para fomentar en ellos la insurreccion. Consideróselo como dimisionario y se confió al ciudadano Ruttimann el cargo de primer landamman. De este modo arrancada la Suiza por turno de las manos de los unitarios absolutos y de las de los oligárquicos, se encontraba por una serie de pequeños golpes de Estado, vuelta al poder de los revolucionarios moderados. Por desgracia, estos últimos no tenian á su cabeza, como los moderados franceses cuando hicieron el 18 de Brumario, un gefe poderoso, para dar á la prudencia y la cordura el apoyo de la fuerza. No obstante, ilustrados por los acontecimientos, todos los partidarios de la revolucion, cualquiera que fuese su matiz, se hallaban dispuestos á entenderse, y adoptar como buena la Constitucion del 29 de Mayo, introduciendo en ella ciertos cambios. Pero M. Reding trabajaba para sublevar los pequeños cantones, y la necesidad de recurrir á un brazo poderoso, fuera de Suiza, pues en Suiza no habia ninguno, era casi inevitable, aunque nadie se atrevia aun á confesarlo. Los oligárquicos, que veian cierta su ruina con la intervencion francesa, echaban en cara á los revolucionarios que deseaban aquella intervencion, acusándolos por ello como si fuese un crimen, y estos la rechazaban altamente por no proporcionar semejante arma á sus adversarios. Finalmente, deseando el primer Cónsul excusar inquietudes á la Europa, se habia decidido, siempre que no ocurriesen acontecimientos extraordinarios, á no comprometer las tropas francesas en las turbulencias de la Suiza. Asi, pues, aunque se hallaban 30,000 franceses enmedio de los Alpes, jamas nuestros generales habian accedido á las demandas de los diferentes partidos, y nuestros soldados asistian con el arma al brazo á todos aquellos desórdenes. Hasta su inmovilidad vino á ser un motivo de censura, y los patriotas dijeron con cierta apariencia de razon, que siendo general la paz en Europa, y no teniendo los ejércitos franceses que defenderlos contra los austriacos, ni queriendo defenderlos contra las sublevaciones del interior, el único fruto que sacaban de su presencia era el costo de alimentarlos, y el sentimiento que siempre causa á los naturales de un pais el verle ocu-

Depónese á M. Reding, quien se retira á los pequeños cantones.

Los moderados, para dar una satisfaccion al pais, solicitan que se retiren las tropas francesas.

pado por los extrangeros. La retirada de nuestras tropas llegó en breve á ser una especie de satisfaccion patriótica, que los moderados se creyeron obligados á dar á todos los partidos; y en su consecuencia la solicitaron del primer Cónsul, mientras que M. Reding excitaba el fuego de la insurreccion en las montañas de Schwitz, Uri y Unterwalden. Parecia tanto mas necesario otorgar la satisfaccion pedida, cuanto que la separacion del Valais, definitivamente resuelta, causaba el mayor disgusto á los patriotas Suizos. El primer Cónsul consintió en la evacuacion, queriendo dar al partido moderado un apoyo moral completo; aunque temia el experimento que iba á hacerse, y dió inmediatamente las órdenes necesarias para que aquella se verificase. Quedaron 3,000 hombres de tropas suizas á disposicion del nuevo gobierno; dejándole ademas, inmediatas á las fronteras las medias brigadas helvéticas que se hallaban al servicio de Francia; creyendo que con estas fuerzas podrian salir adelante sin necesidad de recurrir á nuestro ejército. Una calma momentánea sucedió á la agitacion que reinaba; y la Constitucion del 29 de Mayo fue aceptada con algunas modificaciones, á excepcion de los pequeños cantones que se negaron á ponerla en ejecucion. No obstante parecia que deseaban permanecer tranquilos, al menos por entónces.

El primer Cónsul consiente en la evacuacion.

Los moderados entregados á sus propias fuerzas.

La separacion del Valais se llevó á efecto sin dificultad, quedando constituido de nuevo en un pequeño estado independiente bajo la proteccion de Francia y de la República italiana; reservándose Francia por única señal de dominio, un camino militar, sostenido á su costa, y provisto por ella de almacenes y cuarteles. El camino quedó declarado exento de toda especie de peage, lo que era un beneficio inmenso para el pais. Al abrir el camino del Simplon, formando la gran calzada que le atraviesa hoy, Francia hacia al Valais un don magnífico y que de seguro valia el precio que se le habia exigido.

Los asuntos de Suiza permanecieron, pues, sin resolverse definitivamente. Alegres en un principio los oligárquicos con la retirada de las tropas francesas en breve se alarmaron, pues temieron que al perder dueños incómodos, no hubiesen perdido tambien protectores útiles en el caso probable de nuevas convulsiones revolucionarias. Es cierto que solo los hombres juiciosos eran los que pensaban asi; pues los otros, lisonjeándose de derribar otra vez el gobierno de los patriotas moderados, deseaban ardientemente que la evacuacion fuese definitiva, y por medio de sus agentes secretos, suplicaron á las córtes extrangeras no permitiesen que las tropas francesas volvieran á entrar en Suiza. Habiase podido, decian, tolerar la continuacion de su presencia como consecuencia de la guerra; pero su vuelta, si tenia efecto, debia considerarse como la violacion de un territorio independiente, garantido por toda la Europa.

Los asuntos de Suiza permanecen en suspenso, sin que la Europa se atreva á mezclarse en ellos.

El primer Cónsul conocia sus manejos, porque acababa de descubrirse la correspondencia del landamman Reding, y habia sido remitida á Paris. Pero esto no le llamó mucho la atencion; y aun se explicó sobre este asunto con libertad y sin restriccion como siempre acostumbraba hacerlo. Dijo que para nada queria la Suiza, pues preferia la paz general á la conquista de semejante territorio; pero que no sufriria en él un gobierno enemigo de Francia, y que sobre este punto eran irrevocables sus resoluciones.

Las instancias de los oligárquicos suizos, produjeron cierto movimiento en Inglaterra, ejerciendo algun influjo no sobre el gabinete, sino sobre el partido de Grenville y Wyndham que en todas las cosas procuraba hallar nuevos motivos de queja contra Francia. En Austria y Prusia se hallaban demasiado ocupados con los arreglos territoriales de Alemania para que se mezclasen en los asuntos de la Helvecia; y ademas, necesitaban demasiado el favor del primer Cónsul para pensar siquiera en darle un disgusto. M. de Cobentzel que se hallaba en Viena, llevó su atencion hasta enseñar á nuestro embajador M. de Champagny, todo lo que le escribia el partido de Reding, y las respuestas desanimadoras que se daban á las vivas instancias de aquel partido. La Rusia, perfectamente ilustrada acerca de las mi-

ras del primer Cónsul, conoció, que las turbulencias de la Suiza eran para él un embarazo del que deseaba salir, mas bien que una ocasion artificiosamente preparada para procurarse un territorio ó un influjo mas.

Asuntos de Alemania.

Por mucha que fuese la gravedad que tuviesen en sí mismos los asuntos de Suiza, y por graves que pudiesen llegar á ser si nuestras tropas volvian á pisar el territorio helvético, en aquel momento no podia distraer la atencion de las potencias, que se hallaba fija en los negocios de Alemania. Ya hemos visto anteriormente que por haberse cedido á Francia la orilla izquierda del Rhin habian perdido muchos príncipes sus estados, y que en Luneville se habia convenido indemnizarlos, secularizando los numerosos principados eclesiásticos que existian en la antigua Alemania. Esta era la ocasion forzosa de una nueva y completa division del territorio germánico, y semejante cuestion no dejaba á la mayor parte de las cortes del Norte que fijasen su atencion en otras.

Uso que el Austria quiere hacer de la paz.

Aniquilada el Austria por una larga lucha, procuraba reparar su desquiciada hacienda, y levantar el crédito de su papel moneda. El archiduque Cárlos habia ganado todo el influjo que habia perdido M. de Thugut, y este príncipe que habia hecho la campaña, mejor que ningun otro general del imperio, era un partidario decidido de la paz. La gloria que habia adquirido en las márgenes del Rhin combatiendo á los generales Jourdan y Moreau, se habia eclipsado en las márgenes del Tagliamento combatiendo contra el general Bonaparte; y no estaba en ánimo de probar nueva fortuna contra aquel temible adversario. Motivos mas elevados aun, influian en sus disposiciones políticas. Veia arruinada la casa de Austria por largas y sangrientas guerras, en las cuales habian tenido mas parte las pasiones que la razon, y se decia, que si el Austria habia sido bastante afortunada, aunque vencida, para hallar con la adquisicion de los Estados Venecianos una indemnizacion de la pérdida de los Paises Bajos y del Milanesado, quizas perderia con una tercera guerra los Estados Venecianos sin ninguna compensacion. Transformado este príncipe en ministro, empleaba todos sus esfuerzos en formar un ejército mejor organizado y menos costoso, que los que hacia diez años se oponian en vano al ejército frances. El Emperador, hombre juicioso y de talento mas sólido que brillante, participaba de las opiniones del archiduque, y solo pensaba en sacar el mejor partido posible del asunto de las indemnizaciones; esperando hallar una ocasion favorable para reparar los últimos reveses de su casa.

Sus pretensiones en el asunto de las indemnizaciones germánicas.

Miras de la Prusia con motivo de la nueva distribucion territorial de Alemania.

La Prusia, que en 1795 se habia separado de la coalicion para concluir en Basilea su paz con la República francesa, y que desde aquella época habia restablecido su hacienda por medio de la neutralidad, y adquirido nuevas provincias, á consecuencia del último levantamiento de Polonia, buscaba ahora en la particion de los bienes de la iglesia germánica, un medio de engrandecerse en Alemania, que era lo que mas anhelaba. Sobre el trono de Prusia habia un Rey jóven, muy juicioso, que ponia el mayor empeño en pasar por honrado, y que lo era en efecto, pero que estimaba en mucho hacer adquisiciones de territorio, siempre y cuando no tuviese que comprarlos con la guerra. Por lo demas, habia en Prusia un medio muy extraño para explicarlo todo de un modo decoroso. Los actos equivocos y de dudosa honradez se atribuian á M. de Haugwitz, al cual se imputaban por lo comun todos los actos que no sabian como justificarlos; dejándose él inmolar gustoso por la buena reputacion del Rey. Siendo esta corte ilustrada y hallándose libre de preocupaciones, habia sabido avenirse de un modo pasable con la Convencion y el Directorio, y muy bien con el primer Cónsul. Al advenimiento de este último al poder, habia manifestado la voluntad de interponerse entre las potencias beligerantes para obligarlas á la paz, y despues que el primer Cónsul habia conquistado la paz por sí solo, ella hacia valer, al menos, sus buenas intenciones; lo lisonjeaba sin cesar, y le dejaba entrever para lo venidero un tratado de alianza ofensiva y defensiva, con tal que

la favoreciese en la particion de los despojos de la iglesia germánica.

Aunque desinteresada la Rusia en los asuntos de Alemania, no le falta voluntad de tomar alguna parte en ellos.

Sin interes la Rusia en la cuestion territorial que se agitaba en Alemania, no era ni llamada ni autorizada á mezclarse en ella por el tratado de Luneville, pero, sin embargo, de buena gana hubiera tomado alguna parte en aquel asunto. Ser tomada por árbitro hubiera lisonjeado la vanidad del jóven Emperador; vanidad que empezaba á traslucirse bajo una modestia é ingenuidad aparentes. Este príncipe se habia sometido al principio al conde Pahlen y al conde Panin que le habian subido al trono por medio de una catástrofe horrorosa; pero su honradez y su orgullo, no podian tolerar por mucho tiempo semejante yugo. Costábale mucho trabajo tener á su lado hombres que despertaban en él horribles recuerdos, y se creia humillado de tener ministros que le tratasen como si fuese un príncipe menor de edad. Ya hemos dicho que rodeado de los compañeros de su juventud, MM. de Strogonoff, Nowosiltzoff y Czartoryski, y de un amigo de edad mas madura M. de Kotschoubery, ansiaba el momento de apoderarse con sus amigos de los negocios del imperio. Asi, pues, se habia aprovechado de una ocasion que le ofreció el carácter imperioso del conde Pahlen para desterrarle á la Curlandia, haciéndo lo mismo con el conde Panin, é introduciendo á M. Kotschoubery en el gabinete. Para vice-canciller nombró al príncipe Kurakin, antiguo personage del gobierno ruso, hombre de estado fácil de dirijir, muy aficionado al brillo del poder, y que prestaba con el mayor agrado su nombre, conocido de la Europa, á los cuatro ó cinco jóvenes que empezaban á gobernar secretamente el imperio. En aquella extraña sociedad de un Czar de veinte y cuatro años, y de algunos señores rusos ó polacos de la misma edad, se habian formado, como dijimos en otro lugar, singulares ideas acerca de todas las cosas. Pablo I y aun la misma Catalina eran considerados por ellos como príncipes bárbaros y sin ilustracion; la particion de la Polonia era mirada como un atentado; y la guerra hecha á la Revolucion francesa, como el resultado de ciegas preocupaciones. La mision de la Rusia para lo venidero debia ser otra: debia proteger los débiles, contener á los fuertes, obligar á Francia é Inglaterra á no traspasar los límites de la justicia, y forzarlas á que respetasen en su lucha los intereses de las naciones. ¡Dichosas pretensiones y nobles pensamientos si hubiesen sido formales; y si no se hubieran parecido á aquellas veleidades liberales de la nobleza francesa, educada en la escuela de Voltaire y de Rousseau, que habló de humanidad y libertad hasta el dia en que la Revolucion francesa vino á pedirles que conformase sus actos á sus teorías! Entonces aquellos grandes señores filósofos vinieron á ser los emigrados de Coblentza. Sin embargo, asi como hubo en Francia una parte de la nobleza fiel hasta lo último á sus primeros sentimientos, del mismo modo entre aquellos jóvenes gobernadores de Rusia se distinguian dos por tener ideas mas fijas y por su firmeza de carácter, y estos eran M. de Strogonoff y el príncipe Adam de Czartoryski. M. de Strogonoff daba muestras de ser un hombre de talento sólido y sincero. El príncipe Czartoryski, aplicado, instruido, grave ya á la edad de veinte y cinco años, habiendo adquirido sobre Alejandro una especie de ascendiente, estaba animado de los sentimientos hereditarios en su familia, es decir, del deseo de librar á la Polonia de su yugo; y se esforzaba, como se verá en breve, porque diesen aquel resultado las combinaciones de la política rusa. Con tales inclinaciones debian estar todos aquellos jóvenes deseosos por empezar á ejercer en Alemania aquel papel equitativo y soberano que tanto los seducia. Hábil el Austria habia sabido conocer sus disposiciones y habia pensado aprovecharse de ellas; y viendo claramente la predileccion que el primer Cónsul tenia á la Prusia, ella se habia inclinado hácia el Emperador Alejandro; le lisonjeaba, y le ofrecia el papel de árbitro en los asuntos de Alemania. No era por falta de ambicion por lo que el Czar no se apoderaba de aquel papel, sino porque no era fácil hacerlo en presencia del general Bonaparte, á quien un tratado formal concedia el derecho y el deber de mezclarse en la cuestion de las indemnizaciones germánicas, y que no era hombre de dejar

hacer á otros lo que le pertenecia á él. Asi, pues, aunque el Emperador Alejandro estaba impaciente por figurar en la escena del mundo, mostraba una reserva digna de elogio en su edad, sobre todo con los sentimientos ambiciosos que abrigaba su corazon.

Lo que venian á ser las indemnizaciones germánicas.

Ahora es necesario penetrar en el obscuro y difícil negocio de las indemnizaciones germánicas; negocio que entablado en el congreso de Rastadt, despues de la paz de Campo-Formio; abandonado á consecuencia del asesinato de nuestros plenipotenciarios, y de la segunda coalicion; seguido despues de la paz de Luneville; empezado varias veces y nunca concluido, era una cuestion de mucha gravedad para Europa, que siempre se dejaba á un lado no sabiendo como resolverla, y que solo podia serlo por la firme voluntad del primer Cónsul, porque era imposible que la Alemania bastase por sí sola para ello.

Pérdida de los príncipes alemanes en la orilla izquierda del Rhin.

Por los tratados de Campo-Formio y de Luneville habia venido á ser la orilla izquierda del Rhin propiedad de Francia, desde el punto en que aquel gran rio sale de Suiza entre Basilea y Huningue, hasta aquel en que entra en el territorio holandes, entre Emerick y Nimega. Pero con la cesion de esta orilla á Francia, varios príncipes alemanes de todas clases y condiciones tanto hereditarios como eclesiásticos habian tenido pérdidas considerables, asi en territorio como en rentas. La Baviera habia perdido el ducado de Dos-Puentes, el Palatinado del Rhin y el ducado de Juliers. Wurtemberg y Baden habian sido privados del principado de Montbeliard y otros dominios. Los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, habian quedado casi sin estados. Los dos Hesses habian perdido varios señorios. Los Obispos de Lieja y de Basilea habian quedado sin obispados. La Prusia se habia visto obligada á renunciar en beneficio de Francia el ducado de Gueldre, parte del de Clèves y el pequeño principado de Mœurs; territorios situados en el curso inferior del Rhin. Finalmente una multitud de príncipes de segundo y tercer órden habian visto desaparecer sus principados y sus feudos imperiales. No se reducian á estos los príncipes desposeidos de sus estados á consecuencia de la guerra. En Italia dos archiduques de Austria habian tenido que renunciar, el uno el ducado de Módena y el otro á la Toscana. En Holanda, la casa de Orange-Nassau aliada de la Prusia, habia perdido el stathouderato, y ademas una gran cantidad de bienes personales.

Segun las reglas de estricta justicia solo los príncipes alemanes debian ser indemnizados en el territorio germánico. Los dos archiduques, tios ó hermanos del Emperador, teniendo de mucho tiempo atras la calidad de príncipes italianos, no tenian otro títulos para obtener una indemnizacion en Alemania, que el ser parientes del Emperador. ¡Y despues de haber sido el Emperador quien habia impulsado á la desventurada Alemania á la guerra, y quien la habia expuesto á sufrir pérdidas tan considerables de territorio, queria obligarla á que indemnizase á sus propios parientes, arrastrados tambien á tomar parte, contra su gusto, en una guerra loca y mal dirigida! Otro tanto podia decirse del Stathouder. Si este príncipe habia perdido sus estados, no debia la Alemania pagar las faltas que le habian hecho cometer. Pero el Stathouder era cuñado del Rey de Prusia, y no queriendo hacer este Rey por su familia, menos de lo que hacia el Emperador por la suya, pedia que la casa de Orange-Nassau fuese indemnizada en Alemania. Era, pues, necesario indemnizar, ademas de los príncipes alemanes á los archiduques, privados de sus estados en Italia, y á los Orange-Nassau desposeidos del stathouderato. En el tratado de Luneville, y anteriormente en el de Campo-Formio, se habia solicitado de Francia que consintiese en el establecimiento de los archiduques en Alemania. Prusia en el congreso de Basilea, é Inglaterra en el de Amiens, tambien habian exigido que se indemnizase al Stathouder, sin designar de qué modo ni donde, pero con la intencion conocida de que fuese en la extension del territorio germánico, y como Francia no debia considerar las indemnizaciones sino bajo el punto de vista del equilibrio general, im-

Austria y Prusia quieren indemnizar en Alemania á los archiduques italianos y á la familia de Nassau.

portándole poco que fuese un Obispo ó un príncipe de Nassau el que se hallase establecido en Fulde; ó que fuese un Arzobispo ó un archiduque el que ocupase á Salzburgo, consintió en ello como debia hacerlo.

Habiendo ratificado la Dieta el tratado de Luneville, aceptó de un modo formal, aunque con sentimiento, la carga que el Emperador imponía al territorio germánico. Los tratados de Basilea y de Amiens, que estipulaban una indemnizacion para el Stathouder, eran, es cierto, estraños á la confederacion; pero con el influjo que procuraba á Inglaterra la posesion del Hannover, y con el poder que Prusia tenia sobre la Dieta, aseguradas, por otra parte, una y otra del concurso de la Francia, no temian una negativa al reclamar una indemnizacion territorial para el Stathouder. De modo, que por un consentimiento casi unánime, estaba convenido que asi el Stathouder como los archiduques italianos tendrian su parte en los obispados secularizados. Es verdad que no faltaban hermosos dominios en Alemania para indemnizar á los príncipes alemanes, italianos y holandeses, pues habia muchos y muy considerables sometidos al régimen eclesiástico, y secularizándolos se podian encontrar extensos campos poblados de habitantes, y de rentas muy pingües para suministrar Estados á todas las víctimas de la guerra.

Valor aproximativo de los territorios eclesiásticos.

Seria difícil señalar el valor exacto en territorio, en habitantes y en rentas de la totalidad de los principados de Alemania que podian secularizarse. La paz de Westfalia habia secularizado ya un gran número; pero los que aun quedaban componian como una sexta parte de la Alemania propiamente dicha, asi en extension como en poblacion. En cuanto á las rentas, si se ha de tener en cuenta los cálculos de la época, muy incompletos y muy dudosos, podian ascender á 13 ó 14 millones de florines; pero mucho se equivocaria quien considerase esta suma como el total de la renta de los principados de que aquí se trata, pues de esa cantidad estaban deducidos los gastos de recaudacion y de administracion, y tambien el importe de una multitud de beneficios eclesiásticos, tales como abadías, canongías, &c., que no estaban comprendidos en el producto líquido que acabamos de manifestar, y que por la secularizacion debian pertenecer al nuevo poseedor; es decir, que si se calcula el producto de aquellos paises, como se calculaba en Francia en 1803, y como se calcula mas rigorosamente hoy, bien puede apreciarse en tres ó cuatro veces mas el total de dicha renta, y por consecuencia en 40 ó 50 millones de florines (375 ó 450 millones de reales).

Es, pues, imposible apreciar de otro modo el valor cierto de aquellos estados, sino afirmando que comprendian como la sesta parte de la Alemania propiamente dicha. Por otra parte, basta citarlos para conocer que muchos de entre ellos componen hoy dia provincias florecientes, y algunas de las mas hermosas de la confederacion. Empezando por el Oriente y el mediodía de Alemania, se hallaban en el Tyrol los obispados de Trento y de Brixen, que el Austria consideraba como que le pertenecian, y que por dicho motivo hubiera deseado no verlos figurar en la masa de las indemnizaciones germánicas, pero que á pesar de ella se hallaban comprendidos en el número de los bienes disponibles. El cálculo que se hacia de sus productos variaba desde 200,000 florines hasta 900,000. Pasando del Tyrol á Baviera se presentaba el hermoso obispado de Salzburgo, hoy dia una de las provincias mas importantes de la monarquía austriaca, que comprendia el valle del Salza, que producia 1,200,000 florines segun unos, y 2,700,000 segun otros, y que proporcionaba una clase de soldados excelentes, tan hábiles tiradores como los tiroleses. En el obispado de Salzburgo se hallaba comprendida la prepositura de Berchtolsgaden, muy preciosa por el producto que daba de sal. Ya en la Baviera, estaba el obispado de Augsburgo junto al Lech, el de Freisingen junto al Isar, y finalmente el de Passau en la confluencia del Inn y del Danubio, todos tres muy codiciados por la Baviera, cuyo territorio hubieran completado ventajosamente, y que juntos producian 800,000 florines; cantidad aumentada y disminuida como de costumbre por los pretendientes que se los disputaban. Al otro lado del Danubio,

Enumeracion de los principados eclesiásticos que debian ser secularizados.

es decir en Franconia, se encontraba el rico obispado de Wurtzburgo, cuyos Obispos habian ambicionado antiguamente el título de duques de Franconia, y eran bastante opulentos para fabricar en Wurtzburgo un palacio casi tan hermoso como el de Versalles. Apreciábase este beneficio en 1,400,000 florines de renta, y con el obispado de Bamberg, contiguo al anterior, en mas de 2,000,000. Este era el lote que mejor podia redondear el territorio de Baviera en Franconia, é indemnizarla de sus inmensas pérdidas. La Prusia lo codiciaba tambien á causa de su valor y de su proximidad á los marquesados de Anspach y de Bareuth. Puede citarse todavia el obispado de Aichstedt en la misma provincia, muy inferior á los dos precedentes, pero no obstante, muy considerable.

Quedaba la parte de los arzobispados de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, situada á la derecha del Rhin, arzobispados y electorados á la vez, y cuya renta era difícil de valuar. Tambien quedaban las porciones del electorado de Maguncia, enclavadas en Turinga, tales como Erfurth y el territorio de Eischsfeld; y ademas bajando hácia Westfalia, el ducado de este nombre, cuya renta se apreciaba en 400 ó 500,000 florines; los obispados de Paderbon, de Osnabruck y de Hildesheim, que segun se suponia podian producir 400,000 florines cada uno, y, por último, el extenso obispado de Munster, el tercero de Alemania en producto y el mayor en territorio, y que producia entonces, segun decian 1,200,000 florines.

Si se une á estos arzobispados, obispados y ducados, en número de catorce, á estos restos de los antiguos electorados eclesiásticos, lo que quedaba de los obispados de Spira, Worms, Strasburgo, Basilea y Constanza, muchas ricas abadias, y finalmente cuarenta y nueve ciudades libres, que no se querian secularizar sino incorporar á los estados inmediatos (que era lo que entonces se llamaba *mediatisar*), se tendrá una idea casi exacta de todos los bienes de que se podia disponer para hacer olvidar á los príncipes seculares las desgracias de la guerra. Necesario es añadir, que si no se hubiera pretendido indemnizar á los archiduques y al Stathouder, para los cuales se solicitaba la cuarta parte al menos de los dominios de que se podia disponer, no hubiera habido necesidad de suprimir todos los principados eclesiásticos, evitando á la Constitucion germánica el golpe destructor que en breve la hirió.

En efecto, secularizar todos los Estados eclesiásticos á la vez, era dirigir un golpe terrible á aquella Constitucion, porque dichos estados desempeñaban un papel considerable. Aqui debemos dar algunos detalles para que se conozca aquella antigua Constitucion, la mas antigua de Europa, la mas respetable despues de la Constitucion inglesa, y que iba á perecer por la codicia de los mismo príncipes alemanes.

Antigua constitucion germánica.

El imperio germánico era electivo. Aunque hacia mucho tiempo que la corona imperial no salia de la casa de Austria; se necesitaba que á cada nuevo cambio de reinado, una eleccion formal la confiriese al heredero de aquella casa, que por derecho era Rey de Bohemia y de Hungria, archiduque de Austria, duque de Milan, de Carintia, de Styria &c,..... pero no gefe del imperio. Antiguamente hacian la eleccion siete príncipes electores, pero en la época de que hablamos la hacian ocho, cinco seglares y tres eclesiásticos. Los cinco seglares eran: la casa de Austria por Bohemia; el elector palatino por la Baviera y el Palatinado; el duque de Sajonia por Sajonia, el Rey de Prusia por Brandeburgo, y el Rey de Inglaterra por Hannover. Los tres electores eclesiásticos eran: el Arzobispo de Maguncia, que poseia una parte de las dos orillas del Rhin en los alrededores de Maguncia, la misma ciudad de Maguncia y las orillas del Mein hasta mas arriba de Aschaffemburgo; el Arzobispo de Tréveris que poseia el pais de Tréveris, es decir, el valle del Mosela desde las fronteras de la antigua Francia hasta la union de aquel rio con el Rhin, hácia Coblenza; y por último el Arzobispo de Colonia, que poseia la orilla izquierda del Rhin desde Bonn hasta las cercanias de Holanda. Estos tres Arzobispos eran elegidos por sus cabildos, salvo la institucion canónica reservada al Papa, segun la costumbre general de la Iglesia, en todos los paises donde el poder

La corona imperial era electiva

Cinco electores seglares y tres eclesiásticos.

real no se habia abrogado el derecho de hacer los nombramientos eclesiásticos. Los canónigos, individuos de aquellos cabildos y electores de sus Arzobispos, eran elegidos entre la mas alta nobleza alemana. Asi, pues, los que elegian al Arzobispo de Maguncia debian ser miembros de la nobleza inmediata; es decir de la nobleza dependiente del imperio, y no de los príncipes territoriales en cuyos estados se hallaban situados sus dominios. De modo, que ni el Arzobispo ni los canónigos encargados de elegirle podian ser súbditos dependientes de un príncipe cualquiera, á excepcion del Emperador. Necesitábase esta precaucion, porque el Arzobispo elector de Maguncia era un personage elevado, canciller de la confederacion, y presidente de la Dieta germánica. Los Arzobispos electores de Tréveris y de Colonia, no tenian mas títulos que los de un empleo antiguo que habia desaparecido con los siglos. El Arzobispo de Colonia era antiguamente canciller del reino de Italia, y el de Tréveris, canciller del reino de las Galias.

Estos ocho príncipes electores concedian la corona imperial. En la primera mitad del último siglo, cuando la guerra de sucesion de Austria, se habia querido obligarles á que eligiesen por Emperador á un príncipe de Baviera; pero en breve por una antigua costumbre y un respeto tradicional, todos se habian fijado de nuevo en la descendencia de Rodolfo de Habsburgo. Por otra parte, los electores católicos se encontraban allí en mayoría, es decir cinco contra tres, y la preferencia de los católicos por el Austria era natural y de siglos. El imperio no era solo electivo, sino representativo, si debemos hacer esta aplicacion á un tiempo sin analogia con el nuestro. Deliberábase acerca de los negocios de la confederacion en una, dieta general que se reunia en Ratisbona, bajo la direccion del canciller Arzobispo de Maguncia.

El poder del Emperador limitado por una dieta.

Componíase la dieta de tres colegios; el colegio electoral, formado de los ocho electores que acabamos de citar: el de los príncipes, donde tomaban asiento todos los príncipes seglares ó eclesiásticos, cada cual por el territorio de que era soberano directo, (ciertas casas tenian varios votos segun la importancia de los principados que representaban en la dieta, y otras por el contrario no tenian mas que una parte de voto como los condes de Westfalia); por último el colegio de las ciudades, compuesto de los cuarenta y nueve representantes de las ciudades libres; ciudades casi todas arruinadas, y que tenian muy poco influjo en aquel gobierno deliberativo de la antigua Alemania.

Los tres colegios que componian la Dieta germánica.

Colegio de los electores.

Colegio de los príncipes.

Colegio de las ciudades.

Las formas para emitir los votos eran extremadamente complicadas. Cuando el protocolo se hallaba abierto, cada colegio votaba separadamente. Los electores, ademas de su representacion en su colegio propio, tenian representantes en el de los príncipes, de modo que votaban en dos colegios á la vez. El Austria tenia asiento en el colegio electoral por la Bohemia, y en el de los príncipes por el archiducado de Austria. La Prusia tenia asiento en el de los electores por el Brandeburgo, y en el de los príncipes por Anspach, Bareuth, &c. La Baviera tenia asiento en el de los electores por Baviera, y en el de los príncipes por Dos Puentes, Juliers, &c.; y asi los demas. No se discutia precisamente, pero cada estado, llamado por órden de gerarquía, emitia verbalmente su opinion por medio de un ministro; y verificándose esto varias veces, cada cual tenia tiempo de modificar la suya. Cuando los colegios eran de diferente dictámen, entraban en conferencias y procuraban entenderse. A esto se llamaba *relacion* y *correlacion* entre los colegios. Hacianse concesiones los unos á los otros, y concluian por tener una misma opinion á lo cual se llamaba *conclusum*.

Modo de deliberar en los tres colegios.

La importancia de los tres colegios no era igual, pues apenas se hacia caso del de las ciudades. Antiguamente, en la edad media, cuando toda la riqueza estaba concentrada en las ciudades libres, estas tenian el medio de hacerse oir, dando ó rehusando dar su dinero; pero no sucedia asi desde que Nuremberg, Augsburgo y Colonia, habian dejado de ser los centros del poder mer-

cantil y rentístico; pues ademas de que las formas que se empleaban respecto á ellas eran ofensivas, hacian poco aprecio de su opinion. Los electores, es decir, las grandes casas, con su voto en el colegio de los electores, y con su voto y el de su clientela en el colegio de los príncipes, ganaban casi todas las votaciones.

No se conoceria esta Constitucion por entero, si no se dijese que independiente de aquel gobierno general, habia otros gobiernos locales para proteger los intereses particulares y para la comun reparticion de las cargas de la confederacion. Este gobierno local era el de los círculos; porque toda la Alemania estaba dividida en diez círculos, de los cuales el último, el de Borgoña, no era mas que un vano título, porque comprendia provincias que hacia tiempo habian dejado de pertenecer al imperio. El príncipe mas poderoso del círculo era el director. Convocaba para deliberar á los estados que componian el círculo; ejecutaba sus resoluciones y acudia al socorro de los estados amenazados de alguna violencia. Dos tribunales del imperio, uno en Wetzlar y otro en Viena, administraban justicia entre aquellos confederados diversos, Reyes, Príncipes, Obispos, Abades y Repúblicas.

Division de Alemania en diez círculos.

Tal cual como aparece esta Constitucion era un verdadero monumento de los siglos. Ofrecia algunos de los caracteres de la libertad, no de la que protege á los individuos en las sociedades modernas, sino de la que protege á los Estados débiles contra los fuertes, admitiéndolos en el seno de una confederacion para defender su existencia, sus propiedades y sus derechos particulares, y para apelar de la tirania del mas fuerte á la justicia de todos. De aquí nacía cierta extension de entendimiento, un estudio profundo del derecho de gentes, y un gran conocimiento en el arte de manejar á los hombres en las asambleas, arte muy parecido, aunque con apariencias diversas, al que se emplea en los gobiernos representativos que existen en la actualidad.

Carácter político y moral de la Constitucion germánica.

Las secularizaciones debian producir en aquella constitucion un cambio considerable. En primer lugar hacian desaparecer del colegio electoral los tres electores eclesiásticos, y del colegio de los príncipes un gran número de individuos católicos. La mayoria católica que en este último colegio habia sido de 54 votos contra 43 iba á cambiarse en minoria, porque los príncipes llamados á reemplazar aquellos votos eran casi todos protestantes; y esto era un profundo ataque dado á la Constitucion y al equilibrio de las fuerzas. No hay duda que la tolerancia, resultado del espíritu del siglo, habia quitado á las palabras *partido protestante* y *partido católico* su antiguo significado religioso; pero en cambio habian adquirido un significado político en extremo alarmante. El partido protestante significaba el partido prusiano, y el católico el austriaco. Ambas influencias se dividian hácia tiempo la Alemania, y puede decirse que la Prusia era el gefe de la oposicion en el imperio, y el Austria el gefe del partido del gobierno. Al hacer de la Prusia Federico el Grande una potencia de primer órden por medio de los despojos austriacos, habia encendido un odio violento entre las dos grandes casas alemanas; odio que adormecido por un momento en presencia de la Revolucion francesa, habia vuelto á despertarse en breve, desde que separándose Prusia de la coalicion habia hecho su paz con Francia, enriqueciéndose con la neutralidad, mientras que Austria se aniquilaba sosteniendo sola la guerra emprendida de comun acuerdo. Mas ahora, sobre todo, que concluida la guerra, era necesario dividir el patrimonio de la Iglesia, la codicia de las dos córtes añadia nuevos combustibles al odio que las dividia.

Cambios que debian resultar en la Constitucion germánica á causa de las secularizaciones.

Transformacion de los partidos protestante y católico, en partidos prusiano y austriaco.

La Prusia queria naturalmente aprovecharse de la ocasion, para debilitar para siempre al Austria valiéndose de las secularizaciones. Por su parte el Austria era á fines del siglo XVIII el apoyo del partido católico, asi como lo habia sido en la guerra de los Treinta Años y en las guerras de Cárlos Quinto; pe-

Intimas relaciones del Austria con el partido católico.

ro no por esto, los protestantes se inclinaban siempre á favor de Prusia, ni los católicos á favor del Austria; pues, al contrario, los celos de vecindad alteraban á menudo sus relaciones. Asi, Baviera, católica ferviente, pero alarmada sin cesar por las miras del Austria sobre su territorio, votaba comunmente con Prusia; al contrario de Sajonia (1), que aunque protestante, se oponia con frecuencia á Prusia por la desconfianza de su vecindad, y votaba con el Austria; pero en general los clientes del Austria eran los príncipes, católicos y particularmente los Estados eclesiásticos. Estos votaban en su favor cuando habia que conferir el imperio; y eran de su opinion en las asambleas donde se discutian los negocios generales. No teniendo ejércitos, dejaban á los reclutadores austriacos que hiciesen alistamientos en sus dominios; y ademas suministraban heredamientos ó infantazgos á los príncipes menores de la casa imperial. El archiduque Cárlos, por ejemplo, acababa de recibir un rico beneficio con el maestrazgo de la Orden Teutónica que se le habia conferido. Habiendo fallecido el Obispo de Munster y el Arzobispo de Colonia, los cabildos de ambas sedes habian nombrado al archiduque Antonio para que reemplazase á los prelados difuntos. Así, pues, como sucede en todos los paises aristocráticos, la iglesia suministraba dotaciones á los menores de las grandes familias; y como, era natural, desagradaba mucho á la Prusia que los Estados eclesiásticos diesen al Austria soldados, dotaciones, y votos en la Dieta.

Una vez emprendida la reforma de la Constitucion, los príncipes alemanes iban á verificar otros cambios, especialmente la supresion de las ciudades libres, y de la nobleza inmediata.

Las ciudades libres, su orígen y su inevitable supresion.

Las ciudades libres debian su orígen á los Emperadores; pues asi como los Reyes de Francia emancipaban antiguamente los comunes de la tirania de los señores, del mismo modo los Emperadores habian dado á las ciudades de Alemania, formadas por la industria y el comercio, una existencia independiente, derechos reconocidos, y á veces hasta privilegios. Hé aquí el orígen de aquellas repúblicas democráticas, célebres por sus riquezas y por su inteligencia, que figuraban en aquella extensa feudalidad alemana, al lado de señores feudales y de eclesiásticos soberanos, que llevaban coronas de condes y de duques. Augsburgo, Nuremberg y Colonia habian merecido otras veces bien de la Alemania y de la humanidad entera, por sus artes, industria y comercio. Todas estas ciudades habian caido bajo el yugo de las pequeñas aristocracias locales, y la mayor parte se hallaban gobernadas de una manera lamentable. Las que habian podido sostener su comercio escapaban á la ruina comun, y presentaban el aspecto de repúblicas en un estado bastante próspero; pero eran codiciadas por los príncipes inmediatos, que procuraban agregarlas á su territorio. La Prusia, particularmente, hubiera querido incorporar á sus estados la ciudad de Nuremberg, y Baviera la de Augsburgo, aunque estas ciudades habian decaido mucho de su antiguo esplendor.

La nobleza inmediata, su orígen, su existencia actual amenazada.

La nobleza inmediata tenia un orígen bastante parecido al de las ciudades libres, porque su título dimanaba de la proteccion imperial concedida á los señores, demasiado débiles para defenderse por si mismos. Asi, pues, se hallaba repartida particularmente en Franconia y Suavia, porque en la época de la destruccion de la casa de Suavia, encontrándose los señores de aquel territorio sin Señor feudal se habian entregado al Emperador. Llamábase nobleza *inmediata*, porque dependia directamente del Emperador y no de los príncipes, en cuyos dominios se hallaban situados sus bienes. Dábase tambien el mismo título de *inmediato* á todo estado, ciúdad, feudo ó abadia que dependiese directamente del imperio; y el de *mediato* á todo Estado que dependia directamente del príncipe en cuyo territorio se hallaba enclavado. La nobleza inmediata que dividia su obediencia entre el Señor local y el Emperador, á quien reconocia como su único señor feudal, estaba orgullosa con aquel vasallage mas elevado, servia en los ejércitos y en

(1) Es necesario, sin embargo, notar que en aquella época el elector de Sajonia era católico, aunque su pais era protestante.

las cancillerias, y entregaban las poblaciones de los pueblos y ciudades que les pertenecian á los reclutadores austriacos.

Los príncipes territoriales, cualquiera que fuese su partido, deseaban la doble incorporacion á sus estados de las ciudades libres y de la nobleza inmediata. El Austria miraba con la mayor indiferencia la desaparicion de las ciudades libres, porque tambien codiciaba cierto número de ellas, pero, no le sucedia asi en lo relativo al sostenimiento de la nobleza inmediata, hácia la cual sentia cierta aficion particular. Por último, en general, deseaba que se conservase todo aquello que fuese susceptible de ser conservado.

Carácter de la revolucion que se verificaba en aquel momento en Alemania.

Desde nuestro punto de vista moderno, nada debe parecernos mas natural y mas legítimo, que la reunion de todas aquellas partes de territorio, ciudades ó señorios, inmediatos al cuerpo de cada Estado. Esto hubiera sido, sin duda, mejor, si como en Francia en 1789, hubieran reemplazado en Alemania aquellas libertades locales con una libertad general, garantizando á la vez todas las existencias y todos los derechos. Pero aquellas incorporaciones iban á aumentar el poder absoluto de los Reyes de Baviera y de los duques de Wurtemberg, y por lo tanto, debia mirarse con sentimiento aquella mudanza.

En la historia de las monarquias europeas hay dos revoluciones muy diferentes por su objeto y por su fecha: es la primera aquella en que el poder real conquistó del feudalismo las pequeñas soberanias locales, absorbiendo asi muchas existencias particulares para formar un solo estado; y la segunda, aquella en que despues de haber formado el poder real un estado único, se ha visto obligado á contar con la nacion y á conceder una libertad general, uniforme, regular, preferible con mucho á las libertades particulares del feudalismo. Despues de haber concluido Francia su primera revolucion, emprendió la segunda en 1789: la Alemania se hallaba en 1803 en la primera, y aun no la ha concluido. El Austria sin mas mira que la de conservar su influjo en el imperio, defendia la antigua Constitucion germánica y con ella las libertades feudales de Alemania, al contrario de la Prusia, que codiciosa por aumentar sus estados, y queriendo absorber las ciudades libres y la nobleza inmediata, se hacia innovadora por ambicion, y tendia á dar á la Alemania las formas de la sociedad moderna, es decir, á empezar en el antiguo imperio germánico, sin quererlo y sin saberlo, la obra de la Revolucion francesa.

Si las miras constitucionales de aquellas dos potencias eran diversas, sus pretensiones territoriales no lo eran menos.

El Austria queria que se indemnizase con profusion á sus dos archiduques, y bajo este pretexto extender y mejorar la frontera de sus propios estados. Poco se ocupaba del duque de Módena á quien por los tratados de Campo-Formio y de Luneville se daba el Brisgau (pequeña provincia del pais de Baden) y de la cual se cuidaba el duque muy poco, prefiriendo gozar tranquilamente en Venecia de sus inmensas riquezas, acumuladas con suma avaricia; pero no sucedia asi al Austria respecto al archiduque Fernando, antiguo soberano de Toscana, para el cual solicitaba el hermoso arzobispado de Salzburgo, que hubiera unido el Tyrol al cuerpo de la monarquia austriaca, y ademas la prepositura de Berchtolsgaden, enclavada en el arzobispado de Salzburgo. Ambos principados se le habian prometido formalmente, pero ella deseaba obtener algo mas; pues queria para el mismo archiduque el obispado de Passau, que aseguraba á su casa la importante plaza de Passau, situada en la confluencia del Inn y del Danubio, el magnífico obispado de Augsburgo que se extiende á lo largo del Lech, en el centro mismo de la Baviera, y por último, el condado de Werdenfels (1) y la abadía de Kempten, dos posesiones situadas en la pendiente de los Alpes del Tyrol, dominando una y otra los nacimientos de los rios que atraviesan la Baviera, tales como el Inn, el Isar, el Loisach y el Lech. Si á esto se agregan diez y nueve ciudades libres en Suavia y mas de doce grandes abadias cercanas; si se

Peticiones del Austria.

(1) Este condado dependia del obispado de Freisingen.

piensa que el Austria, á mas de lo que pedia para el archiduque en Suabia, tenia muchas antiguas posesiones en este territorio, con facilidad se comprenderán sus intenciones en aquella circunstancia. En efecto, por medio de la pretendida indemnizacion al archiduque Fernando, queria tomar posicion en el centro de Baviera por Augsburgo; mas arriba de Baviera por Werdenfels y Kempten, y mas allá del mismo territorio por sus posesiones de Suabia, y al estrecharla asi entre las garras del águila imperial, obligarla á que la cediese la parte de sus estados que hacia tiempo codiciaba; es decir, el nacimiento del Inn y quizas el del Isar.

Extender su dominio en la Baviera para formarse una frontera mejor, y prolongar al mismo tiempo sus puestos militares en los Alpes tiroleses, hasta los límites de la Suiza, era una de las pretensiones mas antiguas del Austria. La posesion de la linea del Isar era la idea que mas acariciaba, y no hubiera sido la última de sus miras si hubiera quedado satisfecha. Para obtenerla hubiera abandonado á la casa de Baviera la ciudad y el obispado de Augsburgo, y ademas todas las posesiones austriacas en Suabia. Llevado á cabo este plan, la ciudad de Munich que se halla situada junto al Isar no podia permanecer siendo la residencia del gobierno bávaro; y Augsburgo hubiera sido la nueva capital del elector palatino; pero esto era absorver casi la mitad de aquel electorado y arrojar enteramente la casa palatina á Suabia. A falta de este plan demasiado hermoso, el Austria se hubiera consolado de sus desgracias con la posesion de la linea del Inn, pues de este rio solo poseia la parte inferior desde Braunau hasta Passau; mientras que por mas arriba entre Braunau y los Alpes tiroleses, poseia Baviera las dos orillas de aquel rio. El Austria hubiera deseado poseer el Inn en toda su extension, desde su entrada en Baviera por Kufstein hasta su reunion con el Danubio, pues si bien esta linea hubiera comprendido menos territorio que la del Isar, era todavia muy hermosa, y mucho mas sólida considerada militarmente: bien fuese esta ó la otra, tenia siempre confianza el Austria de adquirirla por medio de un cambio. Asi, pues, desde que se agitaba entre los gabinetes la cuestion de las indemnizaciones, no cesaba de atormentar con sus ofrecimientos, y con sus amenazas cuando no era escuchada, al desdichado elector de Baviera, el cual comunicaba al momento sus ansiedades á sus dos protectores naturales Prusia y Francia.

Modo como quiere el Austria dar sus partes respectivas en las indemnizaciones á las otras casas alemanas.

He aqui la parte que queria tomar el Austria de la distribucion de las indemnizaciones. Veamos lo que queria hacer de las otras.

Por las pérdidas que habia tenido la Baviera en la orilla izquierda del Rhin, pérdidas que sobrepujaban á las de todos los otros príncipes alemanes, porque esta casa habia perdido el ducado de Dos Puentes, el Palatinado del Rhin, el ducado de Juliers, el marquesado de Berg-op-Zoom, y otra porcion de territorios en Alsacia, el Austria le señalaba los obispados de Wurtzburgo y de Bamberg, en Francónia, muy bien situados para Baviera, pues confinaban con el Palatinado superior, pero que apenas igualaban á las dos terceras partes de lo que debia dársele. Acaso hubiera añadido el Austria á aquel lote el obispado de Freisingen, situado junto al Isar, cerca de Munich. A la Prusia pensaba dar un gran obispado al norte, el de Paderborn por ejemplo, y quizas dos ó tres abadias como Essen y Werden; por último, al Stathouder un territorio cualquiera en Westfalia, es decir, una cuarta parte á lo mas de lo que ambicionaba la casa de Brandeburgo para sí y para su pariente. Despues de haber concedido á los dos Hesses, á Baden y á Wurtemberg algunos despojos del clero inferior, y un cierto número de abadias á la multitud de pequeños príncipes hereditarios, los cuales, segun decia, se reputarian felices con tomar lo que se les diese, el Austria queria conservar, con los grandes territorios del Norte y del centro de Alemania, tales como Munster, Osnabruck, Hildesheim y Fulde, y con los restos de los electorados de Colonia, Maguncia y Tréveris, los tres electores eclesiásticos; salvando por este medio su influjo en el imperio.

De estos tres electorados eclesiásticos, el primero que era el de Maguncia, acababa de pasar á poder del coadjutor

del último Arzobispo. Este nuevo titular, miembro de la casa de Dalberg, era un prelado instruido, de ingenio, y hombre de mundo. El electorado de Tréveris pertenecia á un príncipe de Sajonia que vivia aun retirado en el obispado de Augsburgo, cuyo título añadia al de Tréveris, olvidando en la asidua observancia de las prácticas religiosas, y en la opulencia que le procuraban las pensiones de su familia su perdida grandeza electoral. El electorado de Colonia se hallaba vacante por la muerte del titular; y lo mismo sucedia á los obispados de Munster, de Freisingen, de Ratisbona y á la prepositura de Berchtolsgaden. Bien tomase parte el Austria ó no en la eleccion de los cabildos, lo cierto es que habia dejado nombrar, en presencia de un comisario imperial, al archiduque Antonio Obispo de Munster y Arzobispo de Colonia. Irritada la Prusia habia reclamado enérgicamente, diciendo, que con el nombramiento de nuevos titulares se querian suscitar obstáculos á las secularizaciones é impedir la libre ejecucion del tratado de Luneville. Estas reclamaciones tenian por objeto impedir que no se proveyera del mismo modo los beneficios vacantes todavia de Freisingen, Ratisbona y Berchtolsgaden.

Pretensiones contrarias de la Prusia.

Podria formarse una idea bastante acertada de los proyectos de Prusia, solo con pensar que eran exactamente contrarios á los del Austria. En primer lugar juzgaba, y con razon, que se exageraban en un doble al menos las pérdidas del gran duque de Toscana, que se conceptuaban en Viena como de unos 4,000,000 de florines de renta. Semejante aserto era muy exagerado pues no se hacia distincion alguna entre los ingresos y los gastos; hecha la cual, ascendia la renta líquida que habia perdido el gran duque á solo 2,500,000 florines. La Prusia sostenia que las rentas de Salzburgo, Passau y Berchtolsgaden igualaban, si es que no excedian á las de Toscana, sin contar que separado este pais de la monarquia austriaca, no tenia para esta ningun valor de posicion, mientras que Salzburgo, Berchtolsgaden y Passau, enlazadas al mismo cuerpo de aquella monarquia, le daban una frontera excelente, y en los montañeses de Salzburgo una numerosa poblacion militar; pues se creia que el Austria podria sacar de ella 25,000 hombres. No existia, pues, ningun motivo fundado para agregar al lote del archiduque los obispados de Augsburgo y de Aichstedt, la abadia de Kempten y el condado de Werdenfels, ni tampoco las ciudades libres y las abadias que solicitaba en Suabia. Sin embargo, no insistia tanto sobre la exageracion de las pretensiones del Austria como lo hacia sobre la legitimidad de las suyas. Apreciaba en un doble de su valor verdadero las pérdidas que decia haber sufrido, y disminuia en la mitad el precio de los territorios que reclamaba para indemnizarse. En primer lugar participaba de uno de los deseos del Austria, cual era el de adelantarse todo lo posible hácia el centro y mediodia de Alemania; pues queria hacer en Franconia lo que el Austria procuraba hacer en Suabia; y doblar al menos su territorio. La ambicion constante de estas dos grandes cortes ha sido siempre tomar posiciones avanzadas en el centro de Alemania, ya para precaverse una contra otra, ya contra Francia, y ya tambien para tener bajo su influjo los estados del centro de la Confederacion. En sus primeros ímpetus de ambicion habia pedido Prusia, nada menos que los obispados de Wurtzburgo y de Bamberg, contiguos á los marquesados de Anspach y de Bareuth, y destinados, segun el parecer de todos para indemnizar á Baviera; pero habia encontrado su pretension tales objeciones, particularmente en Paris, que le habia sido preciso renunciar á ella.

A falta de Wurtzburgo y Bamberg, Prusia, que solo habia perdido el ducado de Gueldre, una parte del ducado de Cleves, el pequeño principado de Mœurs, algunos derechos de portazgos que se habian suprimido en el Rhin, y los territorios de Savenaer, Huissen y Marburgo cedidos á la Holanda, lo cual representaba en todo una renta de 700,000 florines segun Rusia y de 1,200,000 segun Francia, queria nada menos que una parte del norte de Alemania; es decir, los obispados de Munster, de Paderborn, de Osnabruck y de Hildesheim, y ademas los restos del electorado de Maguncia en Thuringa, tales como Eichsfeld y Erfurth, y finalmente el obispado de Aichstedt, y la célebre ciudad de Nuremberg en Franconia, de donde no que-

ria abandonar sus pretensiones.

Haciendo, respecto á la indemnizacion que debia darse al Stathouder, los mismos cálculos que el Austria tocante á la indemnizacion del duque de Toscana, pedia para la casa de Orange-Nassau un establecimiento contiguo al territorio prusiano, conteniendo los paises siguientes: el ducado de Westfalia, el pais de Recklinghausen, y los restos de los dos electorados de Colonia y de Tréveris, en la derecha del Rhin. De esto resultaba para el Stathouder, ademas de la ventaja de estar próximo á la Prusia, ventaja muy grande para ambos, la de hallarse colocado cerca de la Holanda y en disposicion de aprovecharse de los cambios de la fortuna. Si ahora se piensa en la falsedad de las valuaciones de Prusia, si se piensa que despues de haber exagerado hasta el doble y aun en el triple el cálculo de sus pérdidas, disimulaba en la misma proporcion el valor de los objetos que pedia en compensacion; que, por ejemplo, valuaba en 350,000 florines la renta del obispado de Munster, que segun cálculos imparciales hechos en Paris ascendia á 1,200,000; y en 150,000 florines la del obispado de Osnabruck, que se apreciaba en Paris en 369,000, y asi de todo lo demas, se podrá formar una idea de la loca exageracion de sus pretensiones.

Mostrábase algo mas generosa que el Austria hácia los príncipes de segundo y tercer órden, porque eran otros tantos votos protestantes que iban á introducirse en la Dieta. Segun su opinion debian suprimirse los electores eclesiásticos de Colonia y de Tréveris, dejando á lo mas existir el de Maguncia con los restos de su elocторado, situados á la orilla derecha del Rhin, y reemplazar los electores eclesiásticos secularizados, con electores protestantes elegidos de entre los príncipes de Hesse, Wurtemberg, Baden, y aun de Orange-Nassau, si era posible. El apoyo que el Austria buscaba en la Rusia, lo solicitaba Prusia de Francia, ofreciendo si se la secundaba en sus pretensiones, enlazar su política á la del primer Cónsul, comprometerse con él por medio de una alianza formal, garantizar todos los arreglos hechos en Italia, tales como la creacion del reino de Etruria, la nueva Constitucion dada á la República italiana, y la reunion del Piamonte á Francia. Al mismo tiempo hacia los mayores esfuerzos para llevar á Paris la negociacion que el Austria procuraba entablar en San Petersburgo; pues sabia que fuera de Paris no era juzgada con mucha benignidad; que en todas las cortes censuraban amargamente que hubiese abandonado la causa de Europa por la de la Revolucion francesa; que si se criticaban las pretensiones del Emperador, las suyas eran juzgadas con mas severidad, porque le faltaba la excusa de las grandes pérdidas que habia sufrido la casa de Austria en la última guerra; y finalmente, que no podia esperar otro apoyo que el de Francia, y que acceder á que la negociacion se entablase en otro punto, seria relevar de toda obligacion al primer Cónsul, y admitir árbitros mal dispuestos á su favor. Asi, pues, rehusó todas las proposiciones del Austria, la cual, viendo perdida su causa, le ofrecia el entenderse solo con ella; que por este medio se concederian la una á la otra la parte del leon, sacrificando á todos los príncipes de segundo y tercer órden, y que en seguida se dirigirian á San Petersburgo para que el Emperador aprobase la particion que ellas hubiesen hecho, con el objeto especial de sustraer la Alemania al yugo de los franceses.

Arrójase Prusia en los brazos de Francia.

Siguiendo los príncipes alemanes el ejemplo de Prusia, habian recurrido todos á Francia; y en vez de solicitar en Lóndres, San Petersburgo, Viena ó Berlin lo hacian en Paris. La Baviera, atormentada por el Austria; los duques de Baden, de Wurtemberg y de Hesse, celosos los unos de los otros; las pequeñas familias asustadas de la codicia de las poderosas; las ciudades libres amenazadas con la incorporacion; la nobleza inmediata, expuesta al mismo peligro que las ciudades libres; todos, grandes y pequeños, repúblicas y soberanos hereditarios, defendian su causa en Paris, los unos por medio de sus ministros, y los otros directamente y en persona. El antiguo Stathouder habia enviado á su hijo el príncipe de Orange, despues Rey de los Paises Bajos, príncipe distinguido, á quien el primer Cónsul habia re-

Los príncipes alemanes imitan á Prusia, y todos recurren á Francia.

cibido con mucha consideracion. Otros muchos príncipes se habian presentado en Paris, y todos frecuentaban con empeño aquel palacio de Saint-Cloud, donde un general de la República era obsequiado al igual de los Reyes.

Singular espectáculo que ofrecen las potencias alemanas en el momento de las secularizaciones.

¡Singular espectáculo que daba entonces la Europa, y que prueba bien la inconsecuencia de las pasiones humanas, y la profundidad de los designios de la Providencia!

La Prusia y el Austria habian arrastrado á la Alemania á una guerra injusta contra la Revolucion francesa, y en ella habian sido vencidas, conquistando Francia toda la orilla izquierda del Rhin, por el derecho de victoria, derecho incontestable cuando la potencia victoriosa ha sido provocada. Desde entónces se hallaban sin estados una parte de los príncipes alemanes, y era natural indemnizarlos en Alemania y no indemnizar mas que á ellos. Sin embargo, la Prusia y el Austria que los habian comprometido, querian indemnizar á expensas de aquella desgraciada Alemania, á sus parientes, italianos como los archiduques, ú holandeses como el Stathouder, y lo que es mas extraño aun, querian á la sombra de sus parientes indemnizarse á sí mismas, siempre á costa de aquella Alemania, víctima de sus faltas. Y ¿de donde habian de sacarse aquellas indemnizaciones? de los mismos bienes de la Iglesia: es decir, que los defensores del trono y del altar, que se habian refugiado en sus dominios despues de vencidos, pretendian indemnizarse de las desgracias de la guerra despojando al altar que habian ido á defender, é imitando á la Revolucion francesa que habian venido á atacar! Y ¡lo que es mas extraordinario aun, si es posible, pedian al representante victorioso de aquella Revolucion que les repartiese aquellos despojos del altar, que ellos no sabian dividir entre sí!

Poco se cuidaba el primer Cónsul de que se agitasen en torno suyo para llevar la negociacion tan pronto aquí como allí; pues sabia que solo tendria lugar en Paris, porque así lo deseaba él, y porque era lo mejor bajo cualquier punto de vista que se mirase. Dueño de sus acciones despues de la paz general, escuchó sucesivamente á las partes interesadas: á la Prusia, que solo deseaba obrar con él y por él; al Austria, que á la vez que procuraba llevar el negocio á San Petersburgo, no descuidaba, sin embargo, nada para disponer á su favor al primer Cónsul; á la Baviera que le pedia consejos y apoyo contra las propuestas amenazadoras del Austria; á la casa de Orange, que habia enviado su hijo á Paris; á las casas de Baden, de Wurtemberg y de Hesse, que le prometian la adhesion mas completa si se les concedian algunas ventajas, y, por último, á la masa de los pequeños príncipes que hacian valer su antigua alianza con Francia. Despues de haber oido á todos estos varios pretendientes, en breve reconoció el primer Cónsul, que sin la intervencion de una voluntad poderosa, quedaria en peligro la tranquilidad de Alemania, y por consecuencia la del continente. Decidióse, pues, á ofrecer, y en realidad á imponer, su mediacion, pero presentando arreglos que pudiesen honrar la justicia de Francia y la sabiduria de su política.

Política del primer Cónsul en los negocios de Alemania.

Nada mas sensato ni mas admirable que las miras del primer Cónsul en aquella dichosa época de su vida, en que cubierto de la mayor gloria que llegó á alcanzar en tiempo alguno, no tenia, sin embargo, bastante fuerza material para despreciar á la Europa, y dispensarse de recurrir á una política profundamente calculada. Conocia bien que con las disposiciones mal seguras de Inglaterra debia pensar en prevenir el peligro de una nueva guerra general; que con este objeto era urgente proporcionarse una alianza sólida en el continente; que la de la Prusia era la que mas le convenia; que esta corte innovadora por naturaleza, por origen y por interes tenia con la Revolucion francesa afinidades que no podia tener ninguna otra corte; que atrayéndosela formalmente se hacian imposibles las coaliciones, porque al grado de fuerza á que habia llegado Francia solo se atreverian á atacarla hallándose unidas todas las naciones contra ella, pero si faltaba una sola á la coalicion, y sí la potencia disidente se habia unido á Fran-

cia, jamas correrian los azares de una nueva guerra. Sin embargo, á la vez que el primer Cónsul pensaba aliarse á la Prusia, comprendia con una notable exactitud que no debia hacerla tan fuerte que sojuzgase al Austria, porque entónces vendria á ser en su dia la potencia peligrosa en lugar de ser la aliada útil; que por lo tanto no debia sacrificársele ni los pequeños príncipes antiguos amigos de Francia, ni todos los estados eclesiásticos sin excepcion, estados poco fuertes, poco militares, y preferibles para vecinos á los príncipes seglares y guerreros; ni, en fin, las ciudades libres, respetables por sus recuerdos, y sobre todo á título de repúblicas para la República francesa; que sacrificar al mismo tiempo á la Prusia todos aquellos pequeños estados hereditarios, eclesiásticos y republicanos, era favorecer la realizacion de aquella unidad alemana, mas peligrosa para el equilibrio europeo, si llegaba á constituirse, que lo habia sido antes la potencia austriaca; que, en una palabra, al inclinar la balanza hácia el partido protestante é innovador, era necesario tener cuidado con no volcarla, porque seria impulsar al Austria á la desesperacion, quizas precipitarla á su caida, reemplazar entonces un enemigo con otro, y preparar á la Francia para el porvenir una rivalidad con la casa de Brandeburgo, tan temible como la que la habia puesto en guerra con la casa de Austria, durante varios siglos.

El primer Consul piensa dirigirse al interes de la Prusia y al orgullo de la Rusia para que tenga buen éxito la negociacion.

Preocupado el primer Cónsul con tan cuerdas ideas, emprendió en primer lugar atraer á la Prusia á miras moderadas. Una vez puesto de acuerdo con ella, queria negociar con los interesados de segundo órden, y contentarlos por medio de una justa indemnizacion de sus pérdidas; en seguida tenia la idea de abrir en San Petersburgo una negociacion de mera cortesia para lisonjear el orgullo del jóven Emperador, que se descubria perfectamente bajo una fingida moderacion, y para atraerle de este modo á que aprobase los arreglos territoriales que se hiciesen. Con la concurrencia de la Prusia satisfecha y de la Rusia lisonjeada, esperaba que el Austria se resignase por fuerza, siempre y cuando se pusiese cuidado en no exasperarla demasiado, con los arreglos que se verificasen.

Primer plan del primer Cónsul, y mérito que en sí encierra.

En combinaciones tan complicadas es necesario formar diferentes proyectos antes de llegar al definitivo. La idea del primer Cónsul en lo relativo á la distribucion territorial de Alemania, habia sido en un principio alejar unas de otras las tres grandes potencias centrales del continente, Austria, Prusia y Francia, y colocar entre ellas la masa de la Confederacion germánica. Con este fin, el primer Cónsul habria concedido al Austria, no la totalidad de sus pretensiones, es decir la linea del Isar, porque en este caso hubiera sido necesario trasladar la casa palatina á Suabia y á Franconia; sino la linea del Inn, es decir el obispado de Salzburgo, la prepositura de Berchtolsgaden, el pais comprendido entre el Salza y el Inn, y ademas los obispados de Brixen y de Trento, situados en el Tyrol. Indemnizada asi el Austria por sí y por los dos archiduques, deberia renunciar á toda posesion en Suabia, y asi se hallaria situada enteramente detras del Inn, compacta y cubierta con una frontera excelente, hallando de este modo el descanso que necesitaba y dándoselo á la Baviera, pues quedaria resuelta la antigua cuestion del Inn.

Del mismo modo que se hubiera hecho renunciar al Austria su establecimiento en Suabia, se haria para que la Prusia renunciase á establecerse en Franconia, solicitando de ella que abandonase los margraviatos de Anspach y de Bareuth. Con estos margraviatos y los obispados contiguos de Wurtzburgo y de Bamberg, con las posesiones que el Austria debia renunciar en Suabia, y con los obispados de Freisingen y de Aichstedt, situados en las posesiones bávaras, se hubiera compuesto á la casa palatina un territorio bien redondeado, extendiéndose á la vez en Baviera, Suabia y Franconia, y capaz de servir de barrera entre Francia y Austria. A este precio hubiera podido la casa palatina abandonar los restos del palatinado del Rhin y el hermoso ducado de Berg, situado en el otro extremo de Alemania, es decir, hácia la Westfalia. Alejada

Prusia de Franconia como Austria de Suabia, hubiera sido llevada de hecho al Norte, para lo cual se hubiera suprimido el obstáculo que la separaba, es decir, las dos ramas de la casa de Mecklemburgo, estableciendo ambas familias en los territorios que quedasen vacantes en el centro de Alemania. De este modo se hallaria Prusia situada en las orillas del Báltico, y además en posesion de los obispados de Munster, de Osnabruck y de Hildesheim. Indemnizada asi de sus pérdidas antiguas y nuevas, hubiera podido abandonar todo el ducado de Clèves, del cual habia pasado á Francia la parte situada en la izquierda del Rhin, aumentando la de la derecha la masa de las indemnizaciones. Entonces, separada ya del Austria por el abandono de la Franconia, lo hubiera estado de Francia por su alejamiento de las márgenes del Rhin.

Con los ducados vacantes de Clèves, Berg y Westfalia, con los restos de los electorados de Colonia, Tréveris y Maguncia, con los territorios maguncienses de Erfurth y de Eichsfeld, con el obispado de Fulde y otras posesiones eclesiásticas, con los restos del palatinado del Rhin, y con el gran número de abadias *mediatas* ó *inmediatas* repartidas por toda la Alemania, hubiera habido con que componer un estado á la casa de Mecklemburgo y á la de Orange; y con que indemnizar á las casas de Hesse, de Baden y de Wurtemberg, y á la multitud de príncipes inferiores.

Finalmente, con las sedes de Aichstedt, de Augsburgo, de Ratisbona y de Passau, hubiera habido con que conservar dos de los tres electores eclesiásticos, cálculo que entraba en la idea del primer Cónsul, porque no queria alterar demasiado la Constitucion germánica, y porque tenia un placer en proteger la Iglesia en cualquier pais.

En este plan, tan sábiamente concebido, quedaban situadas Austria, Prusia y Francia, muy lejos unas de otras; la Confederacion germánica se hallaba reunida en un solo cuerpo, y colocada en medio de las grandes potencias del continente, desempeñando el papel útil, importante y honroso de separarlas é impedir que viniesen á las manos; los estados alemanes adquirian una perfecta demarcacion y la Constitucion germánica no quedaba destruida, sino útilmente reformada.

Habiendo propuesto á la Prusia el plan del primer Cónsul no lo rechazó al pronto, pues convenia á esta potencia quedar compacta, costear el Báltico, y ocupar todo el norte de Alemania; de modo que su consentimiento definitivo dependia de la cuantidad de lo que se le ofreciese, cuando se tratara de arreglar los pormenores de la distribucion. Pero si los príncipes de Alemania, cuyos estados no estribaban en aquel momento mas que sobre la móvil voluntad de los negociadores, podian ser trasladados con facilidad al norte ó al mediodia, al poniente ó al levante, no sucedia lo mismo respecto á los dos príncipes de Mecklemburgo, confinados en el extremo septentrional de la Confederacion, sólidamente establecidos en medio de vasallos que les eran adictos, extraños á todas las vicisitudes territoriales causadas por la guerra, y dificiles de conformarse con una variacion tan considerable. Por otra parte, bastaba que dijesen una palabra á Inglaterra para que esta trabajara porque no se llevase á cabo un proyecto que entregaba las orillas del Báltico á la Prusia.

La negativa de los príncipes de Mecklemburgo, hace imposible el plan primitivo del primer Cónsul.

Bien fuese espontáneamente ó no, lo cierto es que los príncipes de Mecklemburgo, se negaron de un modo terminante al cambio que se les ofrecia, sin embargo de que la Prusia, encargada de hacerles la propuesta, les habia insinuado claramente que al querer Francia tenerlos por vecinos los queria tambien como amigos, y que por lo tanto se mostraria liberal respecto á ellos en la distribucion de las indemnizaciones.

Por muy importante que fuese la parte del plan que no podia ejecutarse, bien merecia lo restante qus se trabajase para su realizacion. En efecto, siempre era bueno llevar al Austria detras del Inn, y concederle de una vez para siempre aquel objeto eterno de sus deseos; siempre era bueno concentrar la Prusia en el norte de Alemania, y sacarla de la Franconia, donde su presencia no era útil á nadie, y hasta podia ser peligrosa para ella en caso de guerra; porque hallándose las provincias de

Anspach y de Bareth en el camino que debian seguir los ejércitos frances y austriaco, era muy difícil que se respetase su neutralidad. La continuacion de esta historia hará conocer el grave inconveniente de semejante situacion.

Las pretensiones obstinadas de Prusia y Austria añaden nuevas dificultades al magnífico plan del primer Cónsul.

Pero la Prusia y el Austria eran muy exigentes en cuanto las pertenecia. Aunque el Austria hallaba muy seductora la frontera del Inn, no queria ceder nada en Suabia, y pretendia tener en ella posesiones aun despues de adquirida la línea del Inn. Tambien pedia, ademas de Salzburgo y Berchtolsgaden y del país comprendido entre el Salza y el Inn, el obispado de Passau. Los obispados de Brixen y de Trento que se le concedian, no los estimaba como un donativo, porque se hallaban en el Tyrol, y todo lo que estaba en este pais le parecia pertenecerle, hasta el punto que al concederle dichos obispados creia no se le daba nada de nuevo. Por su parte, no queria la Prusia ceder ninguna de sus pretensiones en Franconia. En semejante situacion, el primer Cónsul tomó el partido de abandonar lo mejor por lo posible; necesidad dolorosa pero frecuente en los grandes negocios, y trató de entenderse definitivamente con Prusia, para ponerse en seguida de acuerdo con Rusia, reservando para el fin de la negociacion entenderse con el Austria, que manifestaba una obstinacion desesperada, y á la cual era imposible vencer sino despues de haber conseguido muchas aprobaciones acerca de aquel proyecto.

El primer Cónsul renuncia á sus primeras ideas para llegar á un arreglo posible.

Antes de todo, anunció su firme resolucion de no permitir que se inmolase ningun interes; de no darlo todo á las casas poderosas con perjuicio de las débiles; de no suprimir todas las ciudades libres, y de no destruir completamente al partido católico. El general Beurnonville, embajador de Francia en Berlin, que se hallaba en aquel momento con licencia en Paris, recibió en el mes de mayo de 1802 (Floreal del año X) encargo de avistarse con M. de Luchesini, ministro de Prusia, y firmar un convenio en el cual se extipulasen los arreglos particulares á las casas de Brandeburgo y de Orange.

La Prusia reprodujo todas sus pretensiones; pero como con nadie tenia la probabilidad de tratar con tantas ventajas como con la Francia, se vió obligada á conformarse con un arreglo, que, aunque inferior á lo que ella deseaba, debia parecer á toda la Alemania un acto de parcialidad hácia aquella potencia.

Arreglo particular con Prusia por lo que toca á ella.

Ya hemos dicho que Prusia perdia en la orilla izquierda del Rhin el ducado de Güeldre, una parte del de Clèves, y el pequeño principado de Mœurs; que cedia á la Holanda algunos distritos, y que finalmente iba á verse privada del producto de los portazgos del Rhin, á consecuencia de una disposicion general relativa á la navegacion. Todas estas pérdidas reunidas disminuian sus rentas en 2,000,000 de florines segun ella, en 750,000 segun Austria; en 1,000,000 segun Rusia; y en 1,200,000 ó 300,000 segun Francia, y esto haciéndola mucho favor. Por un convenio firmado el 23 de Mayo de 1802 (3 de Pradial del año X) prometió Francia á Prusia que obtendria los obispados de Hildesheim y de Paderborn, una parte del obispado de Munster, los territorios de Erfurth y de Eichsfeld, restos del antiguo electorado de Maguncia, y finalmente algunas abadías y ciudades libres, que representaban en todo 1,800,000 florines de renta, 500,000 mas que el supuesto cálculo de las pérdidas que debian compensarse. Nada obtenia en Franconia, lo cual era para Prusia un gran motivo de sentimiento; pero Eichsfeld y Erfurth eran puntos intermedios que le proporcionaban paradas para llegar á sus provincias de Franconia; de modo que fingiendo resignarse á los grandes sacrificios que hacia, firmó satisfecha en el fondo de las adquisiciones que acababa de obtener. Al dia siguiente se concluyó con ella otro convenio particular, respecto á la indemnizacion de la casa de Orange-Nassau. No se situó á esta casa en Westfalia, segun deseaba, sino en el Hesse superior, dándole el obispado y la abadía de Fulde; la abadía de Corvey, algo distante de Fulde; la de Weingarten y algunas otras. Por este convenio sin hallarse situada demasiado próxima de la Holanda

y de los recuerdos del stathouderato, se encontraba, sin embargo, bastante cerca del pais de Nassau, donde debian ser indemnizadas todas las ramas de esta familia.

Como todas estas ventajas concedidas á la Prusia y á su parentela, solo se habian concedido con el fin de asegurar su alianza, el primer Cónsul quiso aprovechar aquella ocasion, para arrancarle su adhesion formal á todo lo que habia hecho en Europa. Asi, pues, exigió y obtuvo del gefe de la casa de Orange-Nassau el reconocimiento de la República bátava, y la renuncia al stathouderato; y de la Prusia el reconocimiento de la República italiana y del reino de Etruria, y una aprobacion implícita de la reunion del Piamonte á Francia. De este modo el Rey Federico Guillelmo se hallaba encadenado á la política del primer Cónsul, en la parte que mas desagradaba á la Europa; y, sin embargo, no titubeó, dando su adhesion en el mismo acto que se le señalaba su parte en las indemnizaciones germánicas.

Despues de haberse entendido el primer Cónsul con la Prusia se pone de acuerdo con la Baviera.

Despues de haber concluido con las pretensiones de la Prusia, fiel el primer Cónsul á su plan de entenderse sucesiva é individualmente con los principales interesados, firmó el mismo dia un convenio con Baviera, tratándola en él como antigua aliada de Francia. En dicho convenio se le aseguraba todos los principados eclesiásticos situados en su territorio, el obispado de Augsburgo (menos la ciudad que debia conservarse como ciudad libre) y el obispado de Freisingen; las vertientes del Tyrol, ambicionadas por el Austria, tales como la abadia de Kempten y el condado de Werdenfels; la plaza de Passau, sin el obispado de este nombre, situado en territorio austriaco y destinado al archiduque Fernando; el obispado de Aichstedt, situado en las márgenes del Danubio; los dos grandes obispados de Wurtzburgo y de Bamberg, que componian una parte notable de la Franconia, y, en fin, varias ciudades libres y abadias de Suabia, solicitadas por el Austria para sí en sus sueños de ambicion, particularmente Ulma, Memmingen, Buchorn, &c. No quedaba resuelta la cuestion del Inn entre Austria y Baviera, pues, se dejaba al cuidado de ambas potencias interesadas el dilucidarla y arreglarla por medio de cambios recíprocos. Concentrada de este modo la casa palatina en Suabia y Franconia, adquiria un territorio bastante compacto, pues solo el ducado de Berg, situado en los confines de Westfalia, se hallaba alejado del cuerpo de sus estados. Habíasele hecho abandonar todo el palatinado del Rhin con el fin de reunir su territorio, pero se hallaba completamente indemnizada de lo que se le habia quitado; pues si habia perdido una renta de 3 millones de florines, recibia en compensacion 3 millones y algunos miles florines mas.

Arreglos con Baden, Wurtemberg, y los dos Hesses.

Fijadas las indemnizaciones de Prusia y de Baviera se habia resuelto lo mas dificil, pues se habia contentado á dos estados amigos de Francia y los mas considerables de Alemania, despues del Austria; de modo que no era ya de temer que se presentase ningun obstáculo invencible. No obstante, aun habia que ponerse de acuerdo con Baden, Wurtemberg y los dos Hesses. Baden y Wurtemberg se hallaban bajo la proteccion de Rusia, pues sus soberanos eran parientes de la familia imperial; de modo que con Rusia debia arreglarse la parte de indemnizacion que debia dárseles. Como ya hemos dicho, entraba en el plan del primer Cónsul que el Emperador Alejandro tomase parte en los arreglos de Alemania, é interesarle en ellos tratando bien á sus protegidos, lisonjeando su orgullo, y manifestando apreciar mucho su influjo; cosa á que tambien estaba obligado por los articulos secretos, anejos al último tratado de paz, por los cuales se habia comprometido á ponerse de acuerdo con el gabinete ruso para el negocio de las indemnizaciones germánicas. El primer Cónsul habia pensado que no debia dejársele tiempo para reclamar su derecho de intervencion, y en su correspondencia personal con el jóven Emperador, al hablarle en confianza de todos los grandes negocios de Europa, habia solicitado que le diese á conocer sus intenciones, respecto de las casas de Wurtemberg y de Baden, que tenian el honor de hallarse enlazadas con la familia imperial. En efecto, la Empe-

Acuerdo con la Rusia.

ratriz viuda de Pablo I y madre de Alejandro era una princesa de Wurtemberg, y la Emperatriz reinante esposa de Alejandro era una princesa de Baden, y una de las tres lindas hermanas nacidas en la pequeña corte de Carlsruhe, y sentadas en aquella época en los tronos de Baviera, de Suecia y de Rusia.

Lisonjeado el Czar con estas primeras proposiciones, aceptó con gusto los ofrecimientos del primer Cónsul, y ni un instante siquiera participó de la idea del Austria que queria llevar la negociacion á San Petersburgo; pues por mucho que le hubiera llenado de satisfaccion que el negocio mayor del continente se tratase en su corte, tuvo el buen sentido de no pretenderlo, y autorizó á M. de Markoff para que tratase aquel asunto en Paris. Wurtemberg y Baden eran para él casi nada en aquella negociacion, pues su principal interes era tomar una parte ostensible en toda la negociacion. Nada dejó el primer Cónsul que desear al Emperador Alejandro en cuanto á la exterioridad del papel que iba á representar, pues le ofreció uno en que debia figurar con igualdad al del gabinete frances, proponiéndole que Francia y Rusia se constituyesen mediadoras entre los diferentes estados de la confederacion germánica.

El primer Cónsul imagina constituir á Francia y Rusia como mediadoras, y proponer en su nombre á la dieta germánica los arreglos resueltos por él.

Esta era una idea de las mas felices. En efecto, despues de haberse puesto de acuerdo con los principales interesados respecto á las indemnizaciones que se les harian, era preciso ponerse al fin en comunicacion con el cuerpo germánico reunido en Ratisbona, y conseguir de él que ratificase los arreglos convenidos parcialmente. El primer Cónsul ideó reunir en un plan general todos los diferentes convenios verificados y presentarle á la dieta de Ratisbona en nombre de Francia y Rusia, cuyas potencias se constituian espontáneamente en mediadoras. De este modo se salvaba la dignidad del cuerpo germánico, que no parecia organizado directorialmente por Francia, sino que, en el apuro en que le ponian las ambiciones rivales levantadas en su seno, aceptaba como árbitras á las dos potencias mas grandes del continente y á las mas desinteresadas. No podia ocultarse bajo una forma mas decorosa para Alemania, ni mas lisonjera para un jóven soberano que acababa de entrar en la escena del mundo, la voluntad real de Francia; y al aceptar el primer Cónsul, el hombre lleno de gloria, consumado en las armas y en la política, un papel igual al de un príncipe que aun no habia hecho nada, obraba del modo mas hábil que puede darse, porque gracias á semejantes consideraciones, atraia á la Europa para que secundase sus miras. El carácter de la verdadera política es preferir siempre el resultado efectivo al efecto exterior; pues el efecto se produce inevitablemente, cuando se ha obtenido el resultado efectivo.

Habiendo aceptado el Emperador Alejandro la proposicion del primer Cónsul, quedó convenido que se presentaria á la dieta germánica una nota firmada por los gabinetes frances y ruso, ofreciendo en ella espontáneamente su mediacion. Faltaba que se pusiesen de acuerdo, en cuanto á los arreglos que debian consignarse en aquella nota. Mucho trabajo costó al primer Cónsul que M. de Markoff aceptase las estipulaciones ya convenidas con las principales potencias alemanas, y contrarias á las miras del Austria, sin que por esto le fueran enteramente perjudiciales. Mientras que el jóven Alejandro afectaba no participar de ninguna de las pasiones de la aristocracia europea, M. de Markoff, en Paris, y M. de Woronzoff en Londres, hacian alarde, sin el menor disimulo, de todas las pasiones que hubieran podido sentir un emigrado frances, un tory ingles, ó un noble austriaco. M. de Markoff, especialmente, era un ruso taciturno y mal humorado, desprovisto de esa atractiva flexibilidad que se encuentra muy á menudo entre los hombres distinguidos de su nacion, y que si bien tenia talento, era mayor su orgullo, y exagerada la idea que se habia formado del poder que tenia entonces su gabinete. El primer Cónsul no era hombre que tolerase la ridícula altivez de M. de Markoff, y sabia contener al embajador y hacerle conocer su posicion, guardando, no obstante, hácia su soberano los debidos miramientos. Ofreció-

Dificultades que se encuentran en M. de Markoff para entenderse acerca del plan de las indemnizaciones.

ronse para Wurtemberg, Baden y Baviera, ventajas ciertamente superiores á las pérdidas que habian sufrido estas tres casas; pero, M. de Markoff, indiferente al bienestar de los parientes del Emperador, y aun hasta á la política rusa, que desde la paz de Teschen empezaba á favorecer los pequeños estados alemanes, en su celo por la causa de la vieja Europa se mostraba no ruso sino austriaco, y parecia que solo el Austria le interesaba exclusivamente. Odiaba á la Prusia, ponia en duda todos sus asertos, admitia, por el contrario, todos los del Austria, y pedia para esta tanto cuanto pudieran haber exigido en Viena. El obispado de Salzburgo y la prepositura de Berchtolsgaden, concedidos por consentimiento de todos al archiduque Fernando, producian sobre poco mas ó menos tanto como la Toscana es decir 2,500,000 florines; y sin embargo, á estos dos principados eclesiásticos se habian agregado los obispados de Trento y de Brixen. Pero M. de Markoff, abogado del Austria, no queria que se tuviese en cuenta esta adicion, pues hallándose estos obispados en el Tyrol, pertenecian, de tal modo al Austria, que segun su parecer era quitárselos al Emperador para dárselos al archiduque. Contestábasele á esto que Trento y Brixen eran principados eclesiásticos, del todo independientes, aunque situados en el territorio austriaco, y que por lo tanto no pertenecerian al Austria hasta que se les hubiesen concedido con todas las formalidades necesarias.

Celo de M. de Markoff por el Austria.

El Austria queria ademas el obispado de Passau que le aseguraba la importante plaza del mismo nombre, situada en la confluencia del Inn y del Danubio, y que formaba una cabeza de puente en la Baviera. Se estaba conforme en dar al Austria el obispado de Passau sin la plaza, lo que era posible y conveniente, porque todo el territorio de dicho obispado se hallaba situado en Austria y la plaza de Passau en Baviera. Conceder esta plaza al Austria era darle una posicion ofensiva y amenazadora para Baviera; y por lo tanto nada era mas natural que conceder el obispado al archiduque Fernando, y Passau al elector palatino. Pero el Austria conceptuaba á Passau como una posicion capital, y M. de Markoff la defendia por cuenta del Austria con el mayor calor. Por todas partes se deseaba poner fin á una negociacion tan larga, y conociendo M. de Markoff que al fin concluirian por pasarse sin la Rusia, se propuso transigir y quedó de acuerdo con M. de Talleyrand acerca del plan definitivo.

Dificultad relativa á la ciudad de Passau.

Las ventajas concedidas por el primer Cónsul á la Prusia y á la casa de Orange, fueron insertadas por completo en el plan definitivo á pesar de la oposicion de M. de Markoff. Eran estas, como ya se ha dicho, para la Prusia los obispados de Hildesheim, Paderborn y Munster (este último en parte solamente) Eichsfeld y Erfurth, y ademas algunas abadias y ciudades libres; y para la casa de Orange-Nassau, Fulde y Corvey. Insertáronse en el mismo plan las estipulaciones ya convenidas para la Baviera, es decir, los obispados de Freisingen y de Augsburgo, el condado de Werdenfels, la abadia de Kempten, la ciudad de Passau, sin el obispado; los obispados de Aichstedt, de Wurtzburgo y de Bamberg, y ademas varias ciudades libres y abadias de Suabia.

Plan definitivo adoptado por Rusia y Francia.

Parte de la Prusia y de la casa de Orange.

Parte de Baviera.

El Austria debia recibir para el archiduque de Toscana los obispados de Brixen, Trento, Salzburgo y Passau (este último sin la ciudad de Passau) y la prepositura de Berchtolsgaden, que todo componia una renta de 3,500,000 florines, en cambio de un producto líquido de 2,500,000, con la ventaja de la proximidad del territorio, ventaja que no presentaba la Toscana. Nada ganaba el Austria en Suabia, pero conservaba sus antiguas posesiones, y á ella le tocaba cambiarlas, si queria, por la frontera del Inn. El Brisgau, estaba, como en los tratados anteriores, asegurado al duque de Módena.

Parte del archiduque Fernando, que representaba al Austria.

Tratóse muy bien á la casa de Baden, lo cual parecia interesar muy poco á M. de Markoff. Habia perdido dicha casa varios señorios y ter-

Parte de la casa de Baden.

renos en Alsacia y el Luxemburgo, que compondrian á lo mas una renta de 315,000 florines, y se le aseguró una de 450,000 florines en territorios inmediatos á sus dominios, tales como el obispado de Constanza, los restos de los obispados de Spira, Strasburgo y Basilea, y las bailias de Lademburgo, Bretten y Heidelberg, todo sin contar la dignidad electoral que se le destinaba.

Parte de la casa de Wurtemberg.

La casa de Wurtemberg fue tratada tambien con mucho favor, pues se le concedió la prepositura de Ellwangen y varias abadias, formando una renta de 380,000 florines, en compensacion de 250,000 que habia perdido.

Parte de las casas de Hesse y de Nassau y de los pequeños príncipes alemanes.

Las casas de Hesse y de Nassau, fueron tambien indemnizadas con territorios situados junto á sus dominios, y proporcionados á sus pérdidas. Los principes inferiores fueron protegidos cuidadosamente por Francia, y recibieron territorios cuyos productos equivalian casi á los de los terrenos de que habian sido despojados. Las casas de Aremberg y de Solms fueron trasladadas á Westfalia. Los condes de Westfalia, obtuvieron el obispado inferior de Munster. Casi ningun caso se habia hecho de Inglaterra, la cual parecia no tomarse mucho interes en la cuestion de las indemnizaciones germánicas. Sin embargo, no se habia echado en olvido que el Rey Jorge III era elector de Hannover, y que apreciaba mucho esta antigua corona de su familia, y hasta la consideraba como su último recurso en esos momentos de tristeza sombria en que creia ver á la Inglaterra trastornada por una revolucion. Queriase que este príncipe se mostrase favorable á aquel arreglo, y como por otra parte se solicitaba que abandonase algunos de sus derechos en favor de las ciudades de Bremen y de Hamburgo, é hiciese otros pequeños sacrificios en favor de la Prusia, se le concedió el obispado de Osnabruck, contiguo al Hannover, indemnizacion superior á lo que perdia, y que tenia por objeto interesarle en el buen éxito de la mediacion.

Parte de la casa de Hannover.

Reservóse cierto número de abadias *mediatas*, para completar la indemnizacion de los príncipes que pudieran salir perjudicados en aquella primera reparticion, y para proporcionar pensiones á los miembros del clero, de cuyas rentas se habia dispuesto. Generalmente, los príncipes que recibian territorios eclesiásticos quedaban encargados de señalar pensiones á todos los titulares que aun viviesen, asi á los Obispos y Abades, como á los individuos de los cabildos y demas empleados suyos, lo cual era un simple deber de humanidad hácia los beneficiados, cuyos bienes tomaban, destruyendo al mismo tiempo su categoria de príncipes. Pero si de este modo se habia provisto á las necesidades del clero suprimido en la orilla derecha del Rhin, no se habia podido hacer otro tanto con el clero de la orilla izquierda; y no pudiendo este recurrir contra Francia, á consecuencia de los tratados, en ninguna parte hubiera hallado medios de existencia, á no haberse destinado para proveer á su manutencion gran parte de las abadias mediatas reservadas.

Territorios reservados para proporcionar algunos recursos al clero desposeido de sus bienes.

Tales fueron las particiones territoriales convenidas con M. de Markoff. Distribuíanse sobre poco mas ó menos 14 millones de florines, en cambio de 13 de pérdida, y lo que mas probará la codicia de las grandes cortes, es que el Austria tomaba como unos cuatro millones por sus archiduques; Prusia dos por ella, y medio por el Stathouder; Baviera tres que era el equivalente de sus pérdidas; Wurtemberg, Baden, los dos Hesses y Nassau, dos; y todos los demas príncipes inferiores reunian dos y medio; de modo que Austria y Prusia obtenian la mejor parte para sí, y para príncipes que no formaban parte de la Confederacion germánica.

Cambios en la Constitucion germánica.

Faltaba que arreglar las disposiciones Constitucionales, en las cuales era tambien necesario ponerse de acuerdo. Inclinado al principio el primer Cónsul á conservar dos electores eclesiásticos, tuvo que contentarse despues, contrariado por la obstinacion del Austria, y privado de recursos para hacerlo por la codicia de las grandes cortes, á conservar uno solo. El elector de Colonia habia

Consérvase un solo elector eclesiástico, que es el de Maguncia, y se traslada su sede á Ratisbona.

muerto, reemplazándole solamente en la forma el archiduque Antonio, pero sin que el Austria tuviese pretensiones de sostener como válida la eleccion. El elector Arzobispo de Tréveris, príncipe de Sajonia, que se hallaba retirado en su segundo beneficio que era el obispado de Augsburgo, no era digno de lastima, mucho menos cuando debia señalársele una pension de 100,000 florines. El elector de Maguncia, era á la sazon un príncipe de la casa de Dalberg, del cual ya hemos hablado, y para ser conservado tenia, ademas de sus cualidades personales, la importancia de su sede, á la cual estaba anexa la cancillería del imperio de Alemania y la presidencia de la Dieta. Conservósele, pues, la cualidad de archicanciller del Imperio, presidente de la Dieta, y se le dió el obispado de Ratisbona, donde aquella tenia asiento. Ademas se le dejó la bailía de Aschaffemburgo, resto del antiguo electorado de Maguncia, quedando convenido que se le proporcionaria una renta de un millon de florines, echando mano para el efecto de las propiedades reservadas.

En su consecuencia, de los tres electores eclesiásticos solo debia quedar uno, el cual unido á los cinco electores seglares componian seis en todo. El primer Cónsul quiso aumentar su número y dejarlo impar, y por lo tanto propuso que fuesen nueve los electores; nombrando al efecto al margrave de Baden por la buena conducta que habia observado este príncipe con Francia, y por su parentezco con la familia imperial de Rusia, y al duque de Wurtemberg y al landgrave de Hesse, por su importancia en la Confederacion. Estos tres electores eran protestantes, que unidos á los otros dividian el colegio electoral en seis protestantes y tres católicos; hallándose de este modo cambiada la mayoría en favor del partido protestante, pero sin que lo fuese hasta el punto de quitar al Austria su influjo legítimo, porque esta tenia seguros en cualquier tiempo los votos de Bohemia, Sajonia y Maguncia, muy á menudo el de Hannover, y en ciertos casos el de Baden y Wurtemberg.

Convínose que los príncipes indemnizados con territorios eclesiásticos, tomarian asiento en el colegio de los príncipes, por los señoríos cuyos títulos adquirian, lo cual cambiaba la mayoría de este colegio tambien en favor del partido protestante. Pero, gracias al respeto que inspiraba la casa por tantos años imperial, y al interes que tenian los príncipes inferiores en conservar la Constitucion germánica, los votos protestantes, creados nuevamente, no eran todos contrarios al Austria. Suponíase que á pesar de que el partido prusiano ó protestante, como quiera llamársele, habia adquirido la mayoría numérica en el colegio de los electores y de los príncipes, á consecuencia de los nuevos arreglos, podria el Austria, con el antiguo prestigio que la rodeaba, con las prerogativas anejas á la corona imperial, con su influencia directa sobre el elector de Ratisbona, y con el poder de ratificacion que poseia respecto á todas las resoluciones de la Dieta, contrabalancear la oposicion de Prusia, y permanecer siendo bastante poderosa para impedir que se introdujese la anarquía en el cuerpo germánico. Suponíase tambien, que al quitar al Austria la mayoría numérica, lo mas que se habia hecho era impedirla que dominase á su placer á la Alemania, y la arrastrase á la guerra conforme pluguiera á su orgullo ó á su ambicion: al menos, tal era la opinion del nuevo archicanciller, hombre muy versado en el conocimiento práctico de la Constitucion germánica.

Consecuencias de los nuevos arreglos adoptados, respecto á la distribucion de los votos en la Dieta.

Era necesario, por último, organizar el colegio de las ciudades, poco influyente en ningun tiempo, y destinado á serlo menos en lo venidero. Aunque el tratado de Luneville no hiciese mérito de la supresion de las ciudades libres, y sí solo de los principados eclesiásticos, sin embargo, era tan ilusoria la existencia de muchas de aquellas ciudades, tan oneroso para sí mismas su gobierno, tan incómoda para todos la excepcion que formaban en medio del territorio germánico, que se hacia preciso suprimir un gran número de ellas. La proteccion que habian buscado en otros tiempos en

Lo que vino á ser el colegio de las ciudades.

su cualidad de ciudades *inmediatas*, es decir, dependientes solo del Emperador, la hallaban en la justicia de la época, y en la observancia de las leyes, mucho mas exacta que en lo antiguo. No obstante, suprimirlas todas hubiera sido demasiado rigoroso, y se puede afirmar, que á no haber mediado el primer Cónsul, las mas célebres hubieran sucumbido bajo la ambicion de los gobiernos inmediatos, pero él miraba como un honor conservar las principales de ellas. Queria conservar á Augsburgo y Nuremberg á causa de su celebridad histórica; á Ratisbona, por reunirse allí la Dieta; á Wetzlar, á causa de residir en ella la cámara imperial; y á Francfort y Lubeck, por su importancia mercantil. A estas ideó agregar Hamburgo y Bremen, que aunque muy considerables, quizas las mas considerables de todas, no tenian la cualidad de ciudades imperiales. Bremen dependia del Hannover, y quedó rescatada cambiándola por una parte del obispado de Osnabruck, y Hamburgo que gozaba de una verdadera independencia, pero que no tenia voto en el colegio de las ciudades, lo tuvo en adelante. El primer Cónsul agregó privilegios útiles á la existencia excepcional de las ciudades libres. Quedaban declaradas para lo venidero neutrales en las guerras del imperio, y exentas de toda carga militar, tales como reclutamientos, contingente de hacienda, y alojamientos; medio ideado para legitimar y hacer respetar la neutralidad que se les concedia. Otro de los beneficios que debian gozar mas que ninguna otra parte de los estados germánicos, era la supresion del vejatorio y oneroso derecho de peage, establecido en los grandes rios de Alemania. Los peages feudales establecidos en el Rhin, en el Weser y en el Elba, fueron suprimidos, habiéndose calculado de antemano y compensado las pérdidas que resultarian de dicha supresion á los estados ribereños. Hasta se habia obligado á ciertos príncipes á que renunciasen las propiedades que tenian en algunas ciudades libres, tales como Augsburgo, Francfort y Bremen, concediéndoles un aumento en sus indemnizaciones, y todos estos beneficios se debieron á los reiterados y constantes esfuerzos de Francia. De este modo, dejaban de ser ciudades libres todas aquellas que habian perdido su importancia, pero en cambio se habian puesto en aquella categoría dos ciudades ricas; y tanto la existencia de estas como la de las demas no suprimidas, se habia mejorado y engrandecido, quedando en posicion de hacer muchos y grandes servicios á la libertad del comercio, y de obtener en ello grandes beneficios.

Nueva situacion de las ciudades libres.

Concluido del todo este trabajo, se extendió en un convenio firmado el 4 de Junio por M. de Markoff y por el plenipotenciario frances. Advertida dia por dia el Austria de todos los pasos que daba M. de Markoff se habia quedado atras, y por su parte el primer Cónsul no habia tenido mucho empeño en salirle al encuentro, queriendo, como lo habia hecho desde un principio, obtener la mayor parte de los consentimientos individuales, para vencer en seguida, con el conjunto de los consentimientos obtenidos, á los que pretendiesen otra cosa, y por esto los convenios directos con Wurtemberg y los otros Estados figuraron en el plan como otros tantos tratados particulares de Francia con los paises indemnizados.

Fuera de esto, M. de Markoff no quiso comprometerse sino condicionalmente, reservando la decision para su corte. Convínose; pues, que si su corte aceptaba el plan propuesto, se pasaria inmediatamente á Ratisbona la nota que lo contuviera, y seria presentada á la Dieta en nombre de Francia y Rusia, cuyas potencias se constituian mediadoras cerca del cuerpo germánico. Uniendo así á la Rusia á su proyecto, y puesto ademas el primer Cónsul de acuerdo acerca del mismo con Prusia, Baviera y los principales estados de segundo y tercer órden, debia vencer á la fuerza la resistencia del Austria. Pero temiendo los esfuerzos que iba á hacer esta potencia en San Petersburgo para conmover el ánimo del jóven Emperador, despertar sus escrúpulos é interesar su justicia contra su vanidad demasiado lisonjeada del papel que se le habia ofrecido, encargó al general Hedouville, nuestro embajador en San Petersburgo, que declarase en términos mesurados pero positivos, que solo se aguardaria diez dias el consentimiento del gabinete ruso, y la ratificacion del convenio del 4 de Junio. Esto significaba claramente,

Concédese á la Rusia un plazo de diez dias para que se decida.

que si Rusia no apreciaba bastante el honor de arreglar en union con Francia el nuevo estado de Alemania, el primer Cónsul no se detendria, constituyéndose único mediador. De modo, que si en la condescendencia que habia atestiguado á la corte de Rusia, habia manifestado su habilidad y su buen juicio, no sucedia menos en la firmeza que mostraba al fin de la negociacion entablada con ella.

En aquel momento se hallaba el Emperador Alejandro fuera de San Petersburgo, y tenia en Mémel una entrevista con el Rey de Prusia. Aunque la diplomacia rusa fuese toda favorable al Austria y contraria á la Prusia, cuya ambicion y condescendencia hácia la Francia criticaba amargamente, el Emperador Alejandro no participaba de aquellas ideas. Estaba persuadido, sin saber por qué, que la Prusia era una potencia mucho mas temible que el Austria; y creia que el secreto del gran arte de la guerra, habia permanecido en las filas del ejército prusiano, despues de la muerte de Federico II, persuacion que conservó hasta la batalla de Jena. Habia oido hablar del Rey que gobernaba la Prusia, de su juventud, de sus virtudes, de su ilustracion y de la resistencia que oponia á sus ministros, y creyendo ver alguna analogia entre la posicion de este Rey y la suya, habia concebido el deseo de conocerle personalmente, y en su consecuencia le habia propuesto una entrevista en Mémel. El Rey de Prusia habia accedido al momento, porque alimentaba siempre el proyecto de interponerse entre Prusia y Francia, persuadido que ejerceria en sus relaciones una influencia útil, que haria que viviesen en buena armonia, que teniendo la balanza entre ellas la tendria en Europa, y que á la importancia de aquel papel se uniria la certidumbre de conservar la paz, cuya conservacion habia venido á ser el objeto que mas le preocupaba. Este papel, que por un instante habia soñado representarle en el reinado de Pablo, le parecia mas fácil reinando Alejandro, cuya edad é inclinaciones se asemejaban á las suyas; y confirmado en esta idea por M. de Haugwitz, se habia trasladado á Mémel con la cabeza llena de las mas honrosas ilusiones. Reunidos Federico Guillelmo y Alejandro, quedaron muy contentos uno de otros, y se juraron una amistad eterna. El Rey de Prusia era sencillo y algo desmañado; el Emperador Alejandro, por el contrario, amable, solícito y pródigo de demostraciones; no tuvo á menos dar los primeros pasos hacia el descendiente de Federico el Grande, al cual manifestó el mayor afecto. La hermosa Reina de Prusia se hallaba presente á aquella entrevista; y desde dicha época, le tributó el Emperador Alejandro una atencion respetuosa y caballeresca. Finalmente se separaron muy satisfechos uno de otro, y convencidos que se amaban no como Reyes sino como hombres. En efecto, una de las pretensiones del Emperador Alejandro era permanecer en el trono siendo hombre; y cuando volvió á su corte repetia á todos los que lo rodeaban que, al fin, habia hallado un amigo digno de él. A todo lo que le decian del gabinete prusiano, de su ambicion y de su codicia, contestaba siempre dando la explicacion empleada cuando se hablaba de la Prusia, á saber, que todo aquello era verdad respecto de M. de Haugwitz, pero falso tratándose del jóven y virtuoso Rey. Nada hubiera él deseado mas sino que se explicasen tambien así todos los actos de la corte de Rusia. En el instante en que ambos monarcas iban á separarse, llegó á Mémel un correo extraordinario portador de una carta del primer Cónsul para el Rey Federico Guillelmo, y en la cual le daba parte de las ventajas concedidas á la Prusia, y del plan definitivo convenido con M. de Markoff. Ahora, añadia el primer Cónsul, todo depende del consentimiento del Emperador de Rusia. Contento el Rey Federico Guillelmo de aquel resultado, no quiso desperdiciar la ocasion para hablar de los negocios alemanes al jóven amigo que creia haber adquirido para toda la vida. Pero este amigo se negó á escucharle, prometiendo contestarle, al momento que sus ministros pusiesen en su conocimiento el plan resuelto en Paris.

Entrevista del Rey de Prusia y del Emperador de Rusia en Mémel.

Se estaba ya á mediados de Junio de 1802 (fin de Pradial del año X). Los correos aguardaban en San Petersburgo la llegada del Emperador Alejandro, y el general Hédouville, puntual en extremo

en cumplimiento de sus órdenes, habia ya presentado una nota anunciando, que si pasado el plazo propuesto no se habian explicado en pro ó en contra, consideraria la respuesta como negativa, y la mandaria á Paris. El vice-canciller Kurakin que se sentia mas inclinado hácia Francia que sus cólegas, se empeñó con el general Hedouville para que retirase dicha nota, á fin de no ofender al Emperador Alejandro, prometiéndole que en cuanto llegase este monarca, se someteria á su decision el asunto de que se trataba, y se daria la respuesta sin tardanza. De vuelta el Emperador á su capital oyó á sus ministros, y varios de ellos le aconsejaron con calor que desaprobase el plan que se le proponia. El gabinete parecia dividido, pero mas dispuesto á favor del Austria que de la Prusia. Aunque Alejandro, con su fina y precoz penetracion conoció que el dueño de los negocios de Occidente le daba á representar un papel solo en la apariencia, conservándole en la realidad, y aunque comprendió que las condiciones que debian presentarse en Ratisbona, en nombre de ambos, llegaban enteramente decretadas de Paris, contento, sin embargo, con las consideraciones exteriores que se tenian á su imperio, satisfecho de un precedente que unido al de Teschen establecia para lo venidero, el derecho que tenia la Rusia para mezclarse en los negocios germánicos; convencido, por otra parte, que el primer Cónsul obraria por sí, si el gabinete ruso vacilaba mucho tiempo; pareciéndole que las pretensiones del Austria, cuya potencia hacia en aquel momento los últimos esfuerzos en San Petersburgo, eran absurdas y fuera de razon; y, por último, asediado cada dia mas con las cartas del Rey de Prusia, se decidió en favor del plan propuesto, y ratificó el convenio del 4 de Junio: pudiendo decirse lo hizo contra el parecer de sus ministros. Mientras daba su consentimiento, llegaba á San Petersburgo el príncipe Luis de Baden para invocar los derechos de parentezco, y empeñarse para que aprobase un plan que aumentaba la fortuna y los títulos de su casa; pero encontraba satisfechos sus deseos. Algunos dias despues, este desgraciado príncipe espiraba en Finlandia, víctima de una caida de carruage en el momento que pasaba á ver á su hermana la reina de Suecia, despues de haber visitado á su hermana la Emperatriz de Rusia.

Alejandro ratifica el plan propuesto.

Al dar el Emperador Alejandro su consentimiento, puso dos condiciones, no expresas sino verbales, dejando á la cortesía del primer Cónsul el tomarlas ó no en consideracion. La primera era relativa al Obispo de Lubeck, duque de Oldemburgo y tio del Emperador, cuyo príncipe perdia con la supresion del peage de Elsfleth en el Weser, una renta bastante considerable, y pedia una indemnizacion; lo cual se reducia á buscar algunos miles florines mas. La segunda condicion del Emperador era relativa á la casa de Mecklemburgo, á la cual deseaba se confiriese la dignidad electoral; dignidad que dicha casa mostraba poco empeño en alcanzar. Esto era mas difícil, porque de concederse este nuevo favor ascenderia á diez el número de los electores, tomando asiento un protestante mas en el colegio electoral, pero este era asunto que debia arreglarse ulteriormente con la Dieta.

Los ministros de Francia y Rusia reciben el encargo de anunciar en Ratisbona la mediacion de ambas potencias.

Todo se habia dispuesto para que los correos que volviesen de San Petersburgo se trasladasen á Ratisbona y entregasen á los ministros de Rusia y Francia la órden de obrar inmediatamente. La Rusia habia nombrado como ministro extraordinario suyo para este objeto á M. de Buhler, su representante ordinario cerca de la corte de Baviera; y el primer Cónsul habia elegido para desempeñar el mismo papel á M. de Laforest, ministro de Francia en Munich, quien por sus conocimientos en los negocios alemanes, y por su actividad, reunia las cualidades necesarias para desempeñar bien las funciones difíciles de que iba á verse encargado. La nota que anunciaba la mediacion de ambas córtes habia sido redactada de antemano y enviada á los dos ministros frances y ruso para que pudieran presentarla en cuanto volviesen los correos de San Petersburgo. Ambos tenian órden de dejar á Munich y trasladarse inmediatamente á Ratisbona. M. de Laforest la cumplimentó al momento, y comprometió á M. de Buhler á que le siguiese sin tardanza.

Llegaron á Ratisbona el 16 de Agosto (28 de Thermidor).

Diputacion extraordinaria del imperio encargada de presentar un proyecto de indemnizacion.

La Dieta se habia desembarazado de la obra difícil de la nueva organizacion germánica, cometiendo este trabajo á una diputacion extraordinaria compuesta de algunos de los principales Estados alemanes; siguiendo en esto lo que se habia verificado en otras épocas y en circunstancias semejantes, particularmente cuando la paz de Westfalia. Los ocho Estados elegidos eran: Brandeburgo *(Prusia)*; Sajonia, Baviera, Bohemia *(Austria)*, Wurtemberg, orden Teutónica *(Archiduque Cárlos)*, Maguncia y Hesse-Cassel, los cuales se hallaban representados por ministros que deliberaban segun las instrucciones de sus gobiernos.

Todos estos ministros no se hallaban presentes; y costó mucho trabajo á M. de Laforest reunirlos en Ratisbona, tanto mas, cuanto que reducida el Austria á la desesperacion, habia tomado el partido de oponer á la viveza de la accion francesa las demoras de la Constitucion germánica. La nota, en forma de declaracion, se remitió el 18 de Agosto (30 de Thermidor) en nombre de las dos cortes, al ministro directorial de la Dieta, encargado de recibir todas las comunicaciones oficiales. Diose copia de ella al plenipotenciario imperial, porque habia al lado de la diputacion extraordinaria, lo mismo que si fuese la misma Dieta, un plenipotenciario ejerciendo la prerogativa imperial, la cual consistia en recibir copias de las proposiciones dirigidas á la Confederacion para examinarlas y ratificarlas ó desecharlas en nombre del Emperador.

La nota de las potencias mediadoras, concebida en términos dignos y amistosos, pero firmes, decia sencillamente, que no habiendo podido entenderse los Estados alemanes acerca del modo de ejecutar el tratado de Luneville, y hallándose interesada toda la Europa en que la obra de la paz recibiese su complemento con el arreglo de los negocios germánicos; la Francia y la Rusia, potencias amigas y desinteresadas, ofrecian su mediacion á la Dieta, le presentaban un plan y declaraban, *que el interes de Alemania, la consolidacion de la paz, y la tranquilidad general de la Europa, exigian que todo lo concerniente al arreglo de las indemnizaciones germánicas se concluyese en el espacio de dos meses.* No hay duda que era algo imperioso fijar asi este plazo, pero él manifestaba la formalidad del paso dado por las dos cortes, y bajo este punto de vista era indispensable.

Término de dos meses fijado á la dieta de Ratisbona

Semejante declaracion debia producir y produjo el mayor efecto. El ministro directorial, es decir, el presidente la remitió inmediatamente á la diputacion extraordinaria.

Mientras se obraba con tanta resolucion en Ratisbona, el embajador de Francia en Viena comunicaba oficialmente á la corte de Austria el proyecto de mediacion, declarándole que no se habia querido ofenderla, ni tal cosa se deseaba, pero que la imposibilidad de entenderse con ella habia obligado á que se tomase un partido definitivo, partido reclamado imperiosamente por la tranquilidad de la Europa. Insinuósela ademas, que el plan no arreglaba todas las cosas de un modo irrevocable, que aun habia muchos medios para servir á la corte de Viena, ya en sus negociaciones con Baviera, ya en sus esfuerzos para asegurar á los archiduques la sucesion del Orden Teutónico y del último electorado eclesiástico; y que en todas estas cosas la condescendencia del primer Cónsul seria proporcionada á la del Emperador. Por lo demas, M. de Champagny, nuestro embajador, tenia órden de no entrar en ningun pormenor, y dar á entender que toda discusion formal debia empeñarse exclusivamente en Ratisbona.

Enmedio de aquellas inevitables demoras de la diplomacia, los príncipes indemnizados se hallaban impacientes por ocupar los territorios que les habian cedido; y para ello solicitaron el permiso de Francia, quien consintió á fin de hacer mas irrevocable el plan propuesto. Al punto hizo ocupar la Prusia á Hildesheim, Paderbon, Munster, Eichsfeld y Erfurth. Wurtemberg y Baviera, que no estaban menos impacientes que Prusia, enviaron destacamentos de tropas á los principados eclesiásticos que les habian cedido. La re-

Ocupacion inmediata de los territorios cedidos á cada partícipe.

sistencia por parte de estos no podia ser grande, porque los poseedores eran prelados ancianos, ó cabildos que administraban los beneficios vacantes, sin tener medios ni voluntad para defenderse. El rigor que empleaban los invasores se parecia mucho al que en otro tiempo se habia echado en cara á la Revolucion francesa. La protectora natural de aquellos desgraciados eclesiásticos era el Austria, encargada de exercer el dominio imperial; pero la mayor parte de aquellos principados se hallaban situados muy lejos de su territorio, y los que estaban mas próximos como los obispados de Augsburgo y de Freisingen no podian ser socorridos sin invadir el territorio bávaro, lo cual era un acto de graves consecuencias. Sin embargo, interesaba al Austria conservar el obispado de Passau, y le era por otra parte fácil ponerle á cubierto de que la ocupasen los bávaros. Emprender su defensa era un acto de vigor propio á reanimar la abatida situacion del Austria.

Ocupa el Austria el obispado de Passau.

Ya hemos indicado la posicion geográfica de este obispado, enteramente situado en el Austria, á excepcion de la ciudad de Passau que lo está en Baviera. La corte de Viena queria, como ya se ha visto, que dicha ciudad se diese al archiduque en union con el obispado: las tropas austríacas se hallaban en las mismas puertas de Passau y solo tenian que dar un paso para entrar: la tentacion debia pues, ser grande, y no faltaban pretextos para caer en ella. En efecto, al ver el desgraciado Obispo aproximarse á la capital de sus dominios las tropas bávaras se dirigió al Emperador, protector natural de cualquier estado del imperio expuesto á violencias. El plan que daba su obispado parte á Baviera, parte al archiduque Fernando, no era todavia mas que un proyecto y no una ley del imperio, y hasta que se convirtiese en tal debia considerarse su ejecucion como un acto ilegal. Verdad es, que se estaban cometiendo actos semejantes en toda Alemania; pero ¿por qué no habian de impedirse allí donde fuera posible? ¿por qué no habia de darse una señal de vida y de vigor?

Desesperada el Austria en el mayor grado, se quejaba de todo el mundo; de Francia, que sin decirle nada habia negociado con Rusia el plan que cambiaba la faz de Alemania; de Rusia porque en San Petersburgo se habia conservado en secreto la adopcion del plan propuesto; y de Prusia y sus confederados que buscaban su apoyo en los gobiernos extrangeros para trastornar completamente el imperio; pero sus quejas no eran fundadas, pues á nadie debia culpar del abandono en que la dejaban todos en aquel momento, mas que á sí misma, á sus pretensiones exageradas, y á sus astucias mal entendidas. Habia querido negociar con Rusia ocultándose de Francia, y Francia habia negociado con Rusia ocultándose de ella: habia querido que el extrangero se mezclase en los negocios del imperio, recurriendo para ello al Emperador Alejandro; y Prusia y Baviera, imitando su ejemplo habian recurrido á Francia, con la diferencia que Prusia y Baviera hacian intervenir á una potencia amiga del cuerpo germánico, y obligada á intervenir por los mismos tratados. En cuanto á las ocupaciones, es cierto que eran prematuras, é ilegales en rigor de derecho, pero, desgraciadamente para la lógica del Austria, ella misma acababa de ocupar á Salzburgo y Berchtolsgaden.

Mas sea de esto lo que se quiera, exasperada el Austria, y queriendo manifestar que no se abatia su ánimo por una multitud de circunstancias desgraciadas, llevó á cabo un acto poco conforme á su ordinaria circunspeccion, mandando á sus tropas que entrasen en los arrabales de Passau para ocupar la plaza, acompañando al mismo tiempo este acto con explicaciones cuyo objeto era atenuar el efecto que debia producir. Declaraba que al obrar así, no hacia mas que acceder á la peticion formal del Obispo de Passau; que no era su ánimo decidir por la fuerza una de las cuestiones contenciosas sometidas á la Dieta germánica; que solo queria llevar á cabo un acto puramente conservador, y que al momento que la Dieta decidiese aquel particular, retiraria sus tropas, abandonando la ciudad disputada al propietario que quedase legalmente en posesion de ella, despues de la aprobacion del plan definitivo de las indemnizaciones.

Sus tropas entraron en Passau el 18 de Agosto. Estas y las bávaras se diri-

gian á la plaza cada una por su lado, y poco faltó para que no viniesen á las manos, lo cual hubiera encendido de nuevo la guerra en Europa; pero la prudencia de los oficiales encargados de la ejecucion supo prevenir aquella desgracia, y los austriacos quedaron dueños de la plaza.

Carácter de la generalidad de los personages reunidos en Ratisbona, y sensacion que produce en ellos la ocupacion de Passau.

Semejante conducta era mas atrevida que la que correspondia al Austria, porque era oponer en un punto importante un acto formal de resistencia á la declaracion de las dos potencias mediadoras. Por lo tanto causó el mayor efecto en el numeroso público aleman que se hallaba reunido en Ratisbona. Habia en esta ciudad representantes de todos los Estados que se conservaban ó suprimian, y que satisfechos ó descontentos, procuraban los unos que se adoptase el plan propuesto, y los otros que se variase en la parte que les tocaba. Allí abundaban los magistrados de las ciudades libres, abades, prelados, y sobre todo nobles *inmediatos*, que abundando en los ejércitos y en las cancillerías de las cortes alemanas, figuraban en gran número como ministros en la Dieta. Los mismos que representaban á cortes favorecidas en la particion, y que por esto debian aparecer contentos, conservaban, no obstante, sus pasiones personales, y como nobles alemanes estaban muy lejos de hallarse satisfechos. M. de Goertz, por ejemplo, ministro de Prusia en Ratisbona, era, en su cualidad de tal, partidario del plan de indemnizaciones, pero en la de noble *inmediato* sentia en el alma que desapareciese el antiguo órden de cosas. Otros varios ministros de cortes alemanas se hallaban en el mismo caso; y todos estos personages componian una multitud apasionada, adicta en extremo al Austria. No tenian gran queja contra Francia, porque conocian muy bien que era desinteresada en todo aquello, y que su único objeto era poner fin á los asuntos germánicos; pero censuraban del modo mas severo á Prusia y Baviera, calificando amargamente la codicia de ambas cortes, sus relaciones con Francia, y el deseo que mostraban de destruir la antigua Constitucion. La noticia de la ocupacion de Passau produjo una sensacion viva y agradable en todos ellos. Era necesario, decian, manifestar entereza y vigor; Francia no tenia tropas en el Rhin; su paz con Inglaterra no era tan sólida, que la permitiese comprometerse con tanta facilidad en los negocios de Alemania; por otra parte, el primer Cónsul acababa de recibir una especie de autoridad monárquica, en recompensa de haber procurado la paz al mundo, y no podia destruir tan pronto un beneficio que tan bien se le habia pagado. Asi, pues, para abatir todas las manos que se habian levantado á la vez contra la Constitucion germánica, no se necesitaba mas que desplegar energia, pasar el Inn y dar una leccion á Baviera.

Extiéndese á toda Europa el efecto producido en Ratisbona por la ocupacion de Passau.

El efecto que la ocupacion de Passau produjo en Ratisbona, se extendió en breve á toda la Europa, y sorprendió mucho al primer Cónsul, el cual tenia fija su atencion en la marcha de aquellas negociaciones. Hasta allí se habia abstenido cuidadosamente de dar ningun paso que pudiera poner en peligro la paz general, pues su objeto era consolidarla; pero no era hombre que se dejaba desafiar públicamente, y sobre todo no queria comprometer el resultado de aquella negociacion cuando tantos esfuerzos hacia para conseguirlo, y cuando sus intenciones eran tan rectas. Asi, pues, conociendo el efecto que causaria en Ratisbona el arrojo del Austria, si no se reprimia al momento, y particularmente si se vacilaba en ello, llamó inmediatamente á M. de Lucchesini ministro de Prusia, y á M. de Cetto, ministro de Baviera, é hizo conocer á ambos cuanto importaba tomar una resolucion pronta y enérgica, en vista de la nueva actitud del Austria, y el peligro que corria el plan de indemnizaciones, si se vacilaba lo mas mínimo en aquellas circunstancias. Ambos ministros lo conocian tan bien como cualquiera otra persona, porque el interes de sus córtes bastaba para ilustrarlos en este asunto, y, por lo tanto, se adhirieron sin titubear á las ideas del primer Cónsul. Éste les propuso que se comprometiesen por medio de un convenio formal, en el cual se declararia de nuevo, que se hallaban

prontos á emplear todos los medios necesarios para que prevaleciese el proyecto de mediacion, y que, si dentro del plazo de los sesenta dias, fijado para los trabajos de la Dieta, no se evacuaba la plaza de Passau, Francia y Prusia unirian sus fuerzas á las de Baviera, para asegurar á esta la parte de indemnizacion que se le habia prometido. Firmóse este convenio la misma noche del dia en que se propuso, á saber el 5 de Setiembre de 1802 (18 de Fructidor del año X). El primer Cónsul no llamó á M. de Markoff, previendo que opondria mil dificultades, todas en interes del Austria, y porque no necesitaba de la Rusia para llevar á efecto un acto de energia. Por otra parte, el convenio era mucho mas amenazador firmado por dos potencias decididamente resueltas á ejecutarlo. Contentáronse con comunicarlo á M. de Markoff, invitándole á que le remitiese á San Petersburgo, para que su gabinete pudiera adherirse á él si lo creia conveniente.

Setiembre de 1802.

Convenio entre Francia, Prusia y Baviera para obligar á los austriacos á evacuar la plaza de Passau.

Al dia siguiente, el primer Cónsul mandó á su ayudante de campo Lauriston con el convenio que acababa de firmarse y una carta para el elector de Baviera, en la cual le decia que se tranquilizase, garantizándole de nuevo toda la parte de indemnizacion que se le habia prometido, y anunciándole que en la época fijada entraria un ejército frances en Alemania á sostener la palabra de Francia y Prusia. El ayudante de campo Lauriston tenia órden de presentarse en Passau para que todos le viesen, y para juzgar por sí mismo cual era el número de austriacos reunidos en la frontera de Baviera. En seguida debia trasladarse á Ratisbona, pasar de allí á Berlin y volver por Holanda. Tambien llevaba cartas para la mayor parte de los príncipes de Alemania.

Todo esto era mas de lo necesario, para que produgese su efecto en el ánimo de los alemanes. El coronel Lauriston partió al punto y llegó á Munich sin pérdida de momento, causando su presencia la mayor alegria al desgraciado elector. Todos los pormenores que contenia la carta del primer Cónsul fueron repetidos de boca en boca. El coronel Lauriston continuó sin tardanza su viage, se convenció por sí mismo del corto número de austriacos que se hallaban junto al Inn, incapaces de hacer otra cosa mas que una baladronada, y se trasladó á Ratisbona, y desde esta ciudad á Berlin.

Semejante prontitud y energia sorprendió al Austria, y atemorizó á los que trataban de hacer oposicion en la Dieta, probándoles que cuando una potencia como Francia se habia comprometido públicamente con otra como Prusia á llevar un plan adelante, era porque tenian intenciones y poder para lograrlo. Por otra parte, era tan evidente la intencion de los mediadores, y tan conocido su objeto de asegurar la tranquilidad del continente con la conclusion de los asuntos de Alemania, que la razon debia unirse al convencimiento de la superioridad de sus fuerzas para hacer que desapareciesen todas las resistencias. Es verdad que aun habia que vencer las dificultades de forma, de las cuales iba á servirse el Austria para paralizar la adopcion del plan, al menos que no obtuviese alguna concesion que aminorase su pesar y salvase la dignidad del gefe del imperio, muy comprometida en aquella ocasion.

Hallábase reunida en aquel momento la diputacion extraordinaria encargada por la Dieta de preparar un *conclusum* para someterle á su aprobacion, y presentes en las personas de sus ministros los ocho estados que la componian, á saber, Brandeburgo, Sajonia, Baviera, Bohemia. Wurtemberg, Orden Teutónica, Maguncia y Hesse-Cassel. Abierto el protocolo, cada cual habia empezado á dar su opinion, y de los ochos estados, cuatro admitieron sin vacilar el plan de los mediadores. Brandeburgo, Baviera, Hesse-Cassel y Wurtemberg, expresaron su gratitud hácia las altas potencias que con tan buena voluntad habian acudido al socorro del cuerpo germánico, sacándole del apuro con su desinteresada mediacion; declararon ademas que el plan era muy cuerdo, y que debia aceptarse salvo algunos pormenores, respecto á los cuales la gran diputacion podria emitir

Apertura del protocolo en el seno de la diputacion extraordinaria.

Cuatro de los ochos estados adoptan el proyecto de mediacion.

sin inconveniente su parecer, y proponer modificaciones útiles; por último, respecto al plazo fijado añadieron que interesaba á la tranquilidad de Alemania y á la de Europa concluir cuanto antes. Sin embargo, estos cuatro estados no se explicaron de una manera precisa sobre aquel plazo de dos meses; pues hubiera sido comprometer su dignidad recordar aquel término riguroso para proponer que debian someterse á él, aunque tal era su intencion al recomendar la brevedad á los otros Estados sus compañeros.

Opinion particular de Maguncia.

Era de esperar que Maguncia fuese de la misma opinion porque era el único electorado eclesiástico que se conservaba, y ademas se le habia fijado una renta de un millon de florines; pero el baron de Albini, representante del Arzobispo elector, hombre de talento y de perspicacia, aunque deseaba con todo su corazon que se llevase adelante el plan propuesto, no se atrevia á aprobar en presencia de todo el partido eclesiástico un plan que destruia la antigua Iglesia feudal de Alemania, pues seria dar á entender que solo lo hacia porque se conservaba el electorado del Arzobispo, de quien era representante. Ademas este Arzobispo no estaba satisfecho del todo, pues la única parte de renta que se le aseguraba en territorio era la bailia de Aschaffemburgo, último resto del electorado de Maguncia; y produciendo esta apenas unos 300,000 florines, no dejaba de tener sus inquietudes respecto á la parte restante hasta el millon que se le habia prometido, la cual debia percibir de varias asignaciones sobre los bienes de la Iglesia que se reservaban.

Asi, pues, la opinion de M. Albini fue muy ambigua; agradeció mucho á las altas potencias mediadoras su intervencion amistosa, se lamentó bastante de los males que sufria la Iglesia germánica, y distinguió en el plan dos partes, una que comprendia la distribucion de los territorios, y la otra las consideraciones generales que acompañaban el proyecto. En cuanto á las distribuciones de territorio, el ministro de Maguncia aprobaba las proposiciones de las potencias mediadoras, á escepcion de la parte que se referia á las pequeñas indemnizaciones; y en cuanto á las consideraciones generales, que contenian la indicacion de los reglamentos que debian hacerse, le parecian insuficientes, y sobre todo que no se hallaban bastantemente aseguradas las pensiones del clero. Necesario es confesar, que en este punto no estaban desprovistas de razon las observaciones del representante de Maguncia.

Su opinion no era, pues, una aprobacion formal.

Opinion de Sajonia.

Sajonia pedia reservar todavia su voto, costumbre muy admitida en las deliberaciones de la Dieta; pues como se hacian varias votaciones, cualquiera podia reservar su opinion y emitirla en sesiones posteriores. Este Estado, muy desinteresado y cuerdo, colocado ordinariamente bajo el influjo de Prusia, pero adherido por inclinacion al Austria; católico por otra parte, por la religion de su príncipe, aunque protestante por la religion de su pueblo, sentia ciertos escrúpulos penosos, pues vacilaba entre sus afecciones que hablaban en su corazon á favor de la antigua Alemania, y su razon que le inclinaba al plan de las potencias mediadoras.

Opinion de Bohemia y de la Orden Teutónica.

Bohemia y la Orden Teutónica eran dos Estados enteramente austriacos: del primero solo podremos decir que el Emperador era Rey de Bohemia, y del segundo que el archiduque Cárlos, hermano del Emperador, su generalísimo y su ministro de la guerra, era gran maestre de la Orden Teutónica. Afectábase en Viena y en Ratisbona establecer una diferencia entre el ministro de Bohemia, por ejemplo, y el ministro imperial. El ministro de Bohemia, representando especialmente la casa de Austria, podia entregarse á todas las pasiones de familia; de modo, que le obligaban á decir las cosas mas acerbas. El ministro imperial, hablando en nombre del Emperador, afectaba expresarse con mas gravedad, y desde el punto de vista de los intereses generales del imperio; en una palabra, habia en sus expresiones menos verdad y mas pedantería. M. de Schraut, era ministro por Bohemia, y M. de Hugel lo era del Emperador. Este último, que en cuanto á la inteligencia de las formulas era de los mas

consumados, tenia por otra parte, un ingenio muy sútil, como muchos de aquellos alemanes, que habiendo envejecido en la Dieta, ocultaban bajo la pedanteria de las formas toda la astucia de los cortesanos. El ministro del gran maestre teutónico era M. de Rabenau, y estaba tan sometido á la diputacion austriaca, que esta le redactaba hasta sus notas, á vista y sabiendas de la Dieta, obligando á este apreciable ministro á representar un papel que lastimaba su delicadeza. M. de Hugel, ministro por el Emperador, dirigia los votos austriacos, y estaba encargado de luchar, valiéndose de artificios y dilaciones, contra el partido prusiano y las potencias mediadoras.

Ministros que representan los Estados en la diputacion extraordinaria.

El representante de Bohemia. M. Schraut, se quejó altamente en la primera sesion de la conducta que se habia observado con el Austria, y contestó con amargura al cargo que se le hacia, de no haberse conformado jamas á nada; causa principal en que se fundaban las potencias mediadoras para intervenir. Este ministro declaró que de nueve meses á aquella parte el gabinete imperial no habia podido obtener ni una sola respuesta del gobierno frances á las proposiciones que se le habian hecho; que le habian dejado ignorar todo lo que se trataba en Paris; que jamas habia podido penetrar su embajador en el secreto de la mediacion, y que solo habia llegado á su conocimiento, por medio de la comunicacion presentada á la Dieta en Ratisbona. En seguida se quejó M. de Schraut en cuanto á la parte de indemnizacion señalada al archiduque Fernando, pretendiendo que se habia violado el tratado de Luneville, porque asegurándose en este que se indemnizaria al archiduque de todas sus pérdidas, se le daban como un equivalente de los cuatro millones de florines que habia perdido, 1,350,000 cuando mas; porque segun M. de Schraut, Salzburgo solo producia 900,000 florines, Berchtolsgaden 200,000 y Passau 250,000. Todo esto era una pura mentira. Por lo demas, Bohemia no daba su voto.

Palabras amargas del representante de Bohemia.

Mas moderado el representante de la Orden Teutónica, solo quiso admitir el plan como un documento que se podria consultar.

De todo esto resultaba que Brandeburgo, Baviera, Hesse-Cassel y Wurtemberg eran cuatro votos á favor del plan; que Maguncia lo aprobaba tambien en el fondo, pero que era necesario obligarla á que se decidiese; que Sajonia formaria parte de la mayoria en cuanto esta se manifestase, y que solo dos votos, Bohemia y la Orden Teutónica, eran del todo contrarios, al menos hasta que se diese al Austria una satisfaccion.

Inmediatamente se comunicó este resultado al primer Cónsul; quien al punto que tuvo conocimiento del discurso del representante de Bohemia, en el cual se imputaba al obstinado silencio de Francia la imposibilidad de haber llevado á cabo el arreglo de los negocios germánicos, se propuso contestarle y no quedar bajo el golpe de semejante imputacion. Asi lo verificó inmediatamente por medio de una nota, que M. de Laforest debia presentar á la Dieta. En ella manifestaba el sentimiento que le causaba verse obligado á publicar negociaciones, que por su naturaleza debian permanecer secretas; pero, añadia, que puesto que se le ponia en tal caso, calumniando públicamente sus intenciones, declaraba que las pretendidas proposiciones hechas por el Austria al gabinete frances tenian por objeto, no el arreglo del asunto de las indemnizaciones, sino la extension de la frontera austriaca hasta el Isar y hasta el Lech, es decir, borrar á Baviera del número de las potencias alemanas; y que semejantes pretensiones que no habian tenido buen éxito ni en Paris, ni en San Petersburgo, ni por último en Munich, donde se habian presentado con cierto tono amenazador, habian sido la causa de que interviniesen las potencias mediadoras, para asegurar la tranquilidad de Alemania, y con ella la de todo el continente.

Réplica del primer Cónsul al discurso del representante de Bohemia.

Esta contestacion, merecida, pero exagerada en cuanto á la imputacion que se hacia al Austria de haber procurado extenderse hasta el Lech (en efecto solo habia hablado del Isar) afligió extraordinariamente al gabinete imperial, el cual se convenció que tenia que luchar

con un adversario tan resuelto en la política como en la guerra.

Medios empleados para decidir el voto de Maguncia.

Entretanto era necesario que la negociacion siguiese adelante; para cuyo efecto, empleó M. de Laforest, con la autorizacion de su gabinete, los medios necesarios á fin de que Maguncia se decidiese. Prometióse á M. de Albini, representante del elector de Maguncia, que se aseguraria la renta del archicanciller, no por medio de asignaciones, sino en territorios *cercanos*, no dependientes de ningun príncipe; añadiendo á esta promesa formal, algunas amenazas demasiado claras en el caso de que el plan no tuviese efecto. De este modo se obligó á M. de Albini á que se decidiese; pero no era posible hacer que se admitiese el plan pura y sencillamente, pues el honor del Cuerpo germánico exigia, que al adoptarle la diputacion extraordinaria, como base de su trabajo, introdujese en él algunos cambios. El interes de algunos príncipes inferiores reclamaba que se hiciesen algunas modificaciones; y hasta Prusia, por motivos poco delicados, estaba de acuerdo con Maguncia en separar del plan las consideraciones generales, y redactarlas bajo una nueva forma. En efecto, en dichas consideraciones se hallaba una relativa á los bienes *médiatos* de la Iglesia, los cuales se habian reservado para que sirviesen, ya para completar algunas indemnizaciones, ya para atender con ellos á las pensiones eclesiásticas. Muchos de estos bienes se hallaban situados en el territorio de Prusia, y esta potencia, apesar de haber sido tratada tan favorablemente, alimentaba la esperanza de salvarlos para apropiárselos exclusivamente. Asi, pues, se adhirió á las ideas de Maguncia, y convino con este Estado, en retocar la parte del plan que contenia las consideraciones generales; y adoptar las bases principales de la particion territorial en un *conclusum* previo, decretando que los cambios que debian hacerse, se verificarian de comun acuerdo con los ministros de las potencias mediadoras. Ademas, quedaba entendido que todo este trabajo se concluiria antes del 24 de Octubre de 1802 (2 de Brumario del año XI) en cuya fecha terminaba el plazo de dos meses; contándose no desde el dia en que habian hecho las potencias su declaracion, sino desde aquel en que se habia *dictado* su nota á la diputacion, es decir desde el dia en que se habia leido y copiado en las sumarias de la Dieta.

Adóptase un *conclusum* previo, en los plazos indicados por las potencias mediadoras

El 8 de Setiembre (21 de Fructidor) se adoptó el *conclusum* previo, á pesar de todos los esfuerzos que hizo en contra el ministro imperial M. Hugel. Brandeburgo, Baviera, Wurtemberg, Hesse-Cassel y Maguncia, es decir, cinco estados de ocho, admitieron el *conclusum* previo, que contenia el conjunto del plan, salvo algunas modificaciones accesorias que debian verificarse de acuerdo con los ministros mediadores. En esta sesion dió Sajonia un paso adelante, emitiendo un voto en término medio. Este estado queria que se recibiese el plan como un *hilo de direccion* en el laberinto de las indemnizaciones.

Bohemia y la Orden Teutónica no quisieron aprobarlo de ningun modo.

Segun las formas constitucionales el ministro imperial debia comunicar el *conclusum* votado á los ministros mediadores; pero M. de Hugel se obstinó en no hacer nada. Por lo demas, se excusaba sin cesar de los obstáculos que ponia á la negociacion, y hacia los mayores esfuerzos para provocar un paso amistoso de parte de los ministros de Francia y de Rusia, repitiéndoles diariamente que la menor ventaja que se concediese á la casa de Austria, para salvar, al menos, su honor, la decidiria á aprobar aquel trabajo. A la sazon consistia toda su política en cansar á las dos legaciones francesa y rusa, á fin de atraer al primer Cónsul, ya á que le concediese una parte de territorio junto al Inn, ya para que se hiciese una nueva combinacion de votos en los tres colegios, que asegurase la conservacion del influjo austriaco en el imperio. La conducta que M. de Laforest, consumado en aquella especie de táctica, adoptó, é hizo que adoptase su gabinete, fue marchar obstinadamente al objeto, á pesar de la legacion austriaca, no conceder nada en Ratisbona, y dirigir á Paris á los ministros austriacos,

Táctica de los agentes austriacos para retardar la negociacion, y constancia de los agentes mediadores en impedirlo

diciéndoles, que quizas allí obtendrian alguna cosa, pero de ningun modo si ponian mayores obstáculos al curso de la negociacion.

Queriendo la legacion imperial ganar tiempo para negociar en Paris, hizo todo lo posible para que se admitiese un nuevo *conclusum* con algunas modificaciones, el cual debia remitirse á los ministros mediadores, para entenderse con ellos acerca de los cambios que se creyesen convenientes. Pero esta tentativa no dió de sí otro resultado, sino indisponerse hasta cierto punto con la legacion de Sajonia, y hacer que este miembro de la gran diputacion se uniese á la mayoría de los cinco votos que ya se habia manifestado.

Aunque el *plenipotenciario imperial*, segun decia M. de Laforest, se interponia como una muralla, entre la diputacion extraordinaria y los ministros mediadores, porque se obstinaba en no comunicar á estos los actos de aquella diputacion extraordinaria, convínose, no obstante, que las reclamaciones dirigidas á la Dieta por los pequeños príncipes, se comunicarian oficialmente á ambos ministros, que todo esto tendria lugar por medio de simples notas, y que las modificaciones que resultasen á consecuencia de dichas reclamaciones, constarian en décretos, cuyo conjunto formaria el *conclusum definitivo*.

Reclamaciones de los príncipes inferiores.

Al momento que se abrió la senda á las reclamaciones, no se hicieron estas esperar mucho tiempo, como es de creer, si bien provenian todas de los príncipes inferiores, porque lo perteneciente á las grandes casas se habia verificado en París, cuando la negociacion general. Estos príncipes inferiores se agitaban en todas direcciones para hallar quien los protegiese. Desgraciadamente, algunos empleados franceses, hombres criados en los desórdenes del Directorio, se dejaron gratificar, tomando el dinero que repartian sin discernimiento los príncipes alemanes, impacientes por mejorar de suerte. Las mas de las veces, los miserables agentes que recibian aquellos donativos vendian un crédito que no tenian. Esta fue la única circunstancia lamentable de aquella gran negociacion. M. de Laforest, hombre de mucha integridad, y representante principal de Francia en Ratisbona, hacia poco caso de las recomendaciones que le dirigian en favor de tal ó tal casa, y hasta las denunciaba á su gobierno. Advertido el primer Cónsul, escribió varias cartas al ministro de la policía para que hiciese cesar aquel tráfico odioso, que no ocasionaba mas que engaños, porque aquellas pretendidas recomendaciones, pagadas á precio de oro, no ejercian ningun influjo en los arreglos que se verificaban en Ratisbona.

Dificultades que suscita la Prusia con motivo de las asignaciones sobre los bienes reservados.

No consistia la mayor dificultad en arreglar los suplementos de las indemnizaciones, sino en imponerlos sobre los bienes reservados, que debian cargar ademas con las pensiones del clero abolido. Los esfuerzos de Prusia para salvar de aquella doble carga los bienes situados en sus Estados, provocaron graves contestaciones, y perjudicaron mucho á la dignidad de aquella corte. En primer lugar era necesario encontrar el completo de la renta prometida al príncipe archicanciller, elector de Maguncia, y para ello se ideó un medio. En el número de las ciudades libres se hallaban Ratisbona y Wetzlar, esta última conservada en su cualidad de ciudad libre á causa de residir en ella la cámara imperial; pero mal administradas una y otra, como la mayor parte de las ciudades libres, no era de sentir que perdiesen sus privilegios; y por lo tanto se cedieron al príncipe archicanciller; lo cual no dejaba de ser muy conveniente y decoroso porque en Ratisbona tenia la Dieta su asiento, y en Wetzlar lo tenia el supremo tribunal del imperio, y era muy natural darlas al príncipe director de los negocios germánicos. Ambas ciudades, y particularmente Ratisbona, quedaron muy contentas del nuevo destino que se les daba. Poseyendo el príncipe archicanciller á Aschaffemburgo, Ratisbona y Wetzlar, tenia en territorio asegurada una renta de 650,000 florines: faltaba, pues, proporcionarle otros 350,000. Necesitábanse, ademas, 53,000 para la casa de Stolberg é Isemburgo, y 10,000 para el duque de Oldemburgo, tio y protegido del Emperador Alejandro, de modo que de los bienes reservados de la Iglesia, habia que sacar 413,000 florines ademas de

las pensiones eclesiásticas. Baden y Wurtemberg habian ya aceptado la parte que correspondia á los bienes reservados en sus Estados; y Prusia y Baviera debian proporcionar cada una la mitad de los 413,000 florines que faltaban. La Baviera, estaba demasiado sobrecargada, ya por la cantidad de las pensiones que le habian caido en suerte, ya por las deudas que pesaban sobre sus nuevos estados, por haberse transferido á ellos las de los antiguos. La Prusia no queria soportar ni aun 200,000 florines de los 413,000; y para procurárselos habia ideado hacerlos pagar á las ciudades libres de Hamburgo, Bremen y Lubeck, ciudades que ella codiciaba ardientemente. Semejante avaricia causaba el mayor escándalo en Ratisbona, y M. de Goertz, ministro de Prusia, estaba tan corrido que pretendió dejar su cargo, impidiéndoselo M. de Laforest, en el interes mismo de la negociacion.

La facultad de reclamar concedida á los príncipes habia hecho renacer multitud de pretensiones ya extinguidas; habiendo contribuido tambien á ello el rumor muy público en Ratisbona que el Austria estaba próxima á obtener en Paris un suplemento de indemnizacion en favor del archiduque Fernando. Envidiosa Hesse-Cassel de la suerte que habia cabido á Baden; Hesse-Darmstadt de lo que se habia hecho por Hesse-Cassel, y Orange-Nassau de lo que se anunciaba á favor del ex-duque de Toscana, pedian tambien un aumento de indemnizaciones que en ninguna parte podian hallarse. Las ocupaciones á viva fuerza, continuadas sin interrupcion, aumentaban la confusion general. El Cuerpo germánico se hallaba en el mismo estado en que se habia visto la Francia en la época de la asamblea constituyente, y en el momento de la abolicion del régimen feudal. El margrave de Baden que heredaba á Manheim, antigua propiedad de la casa de Baviera, se hallaba indispuesto con esta última casa, por una coleccion de cuadros; faltando poco para que no viniesen á las manos unos destacamentos de tropas de ambos príncipes. Para completar este triste espectáculo, teniendo el Austria pretensiones de origen feudal, sobre una multitud de terrenos en Suabia, mandaba arrancar á la fuerza los pilares que tenian las armas de Wurtemberg y de Baviera en las diferentes ciudades ó abadias concedidas á estos estados por el plan de indemnizaciones. Finalmente, apoderada la Prusia del obispado de Munster, no queria poner en posesion á los condes del imperio de la parte que les correspondia de dicho obispado.

El Austria ofrece una transaccion.

En medio de todos aquellos desórdenes, conociendo el Austria que debia transigir, ofreció adherirse inmediatamente al plan de las potencias mediadoras, si se le concedia la orilla del Inn, en cambio de algunas de sus posesiones de Suabia que cederia á la Baviera. Propuso de nuevo á esta casa la ciudad de Augsburgo para que trasladase á ella la corte; y pidió ademas la creacion de dos nuevos electores, de los cuales uno seria el archiduque de Toscana, llamado á ser soberano de Salzburgo, y el otro el archiduque Cárlos, gran maestre á la sazon de la Orden Teutónica. Con estas condiciones estaba pronta el Austria á mirar á sus archiduques como suficientemente recompensados, y acceder á las miras de las potencias mediadoras.

El primer Cónsul no podia, sobre todo despues de la ocurrencia de Passau, obligar á la Baviera á ceder la frontera del Inn; y por otro lado era muy difícil que la Alemania aceptase tres electores á la vez todos de la casa de Austria, á saber, los de Bohemia, Salzburgo y Orden Teutónica. Por último, no queria sacrificar la ciudad libre de Augsburgo. Asi, pues, contestó, que aunque estaba dispuesto á pedir algunos sacrificios á Baviera, le era imposible exigirle que cediese la frontera del Inn; é insinuó, que quizas se alargaria hasta proponer á la Baviera que abandonase un obispado, como el de Aichstedt, por ejemplo, pero que no podia pasar de ahí.

Octubre de 1802.

Entretanto transcurria el tiempo, pues se estaba ya en Vendimiario (Octubre) y se aproximaba el término final fijado para el 2 de Brumario (24 de Octubre). Los ministros mediadores querian concluir pronto: ya habian oido todas las reclamaciones, acogido las que merecian serlo, y redactado los reglamentos que debian acompañar la distribucion de los territorios. La dignidad electoral reclamada por el

Emperador Alejandro para Mecklemburgo habia sido negada, porque hubiera sido añadir un nuevo elector protestante á los seis que existian en un colegio compuesto de nueve; y la desproporcion era ya demasiado grande para que se aumentase aun mas. Habiase hecho una nueva distribucion de los *votos viriles* (asi se llamaban los votos en el colegio de los príncipes) y transferido á los nuevos estados los votos de los príncipes desposeidos en la orilla izquierda; resultando de aquí en el colegio de los príncipes, lo mismo que en el de los electores, un cambio considerable á favor de los protestantes, porque á los prelados ó abades reemplazaban príncipes seglares de la religion reformada. A fin de establecer una especie de contrapeso se habian concedido nuevos votos al Austria por Salzburgo, Styria, Carniola y Carintia; pero los príncipes católicos carecian de principados que pudiesen servir de pretexto á la creacion de nuevos votos en la Dieta; de modo, que á pesar de todo lo hecho, la proporcion, que, como ya hemos dicho, era otras veces de 54 votos católicos contra 43 protestantes, habia venido á ser de 31 votos de los primeros contra 62 de los segundos. Sin embargo, no debia deducirse de esto que la inferioridad del partido austriaco fuese proporcionada á su número, porque como ya tambien lo hemos dicho, no todos los votos protestantes eran otros tantos sufragios que tenia seguros la Prusia; y con las prerogativas imperiales, con el respeto que se tenia á la casa de Austria y con los temores y recelos que empezaba á inspirar la casa de Brandeburgo, podia mantenerse la balanza entre las dos casas rivales.

El colegio de las ciudades se habia organizado de una manera independiente, y habian procurado hacerle menos inferior á los otros dos. Las ocho ciudades libres quedaban reducidas á seis porque Wetzlar y Ratisbona pasaban al dominio del archicanciller. La Prusia queria que se suprimiese este tercer colegio y dar á cada una de las seis ciudades un voto en el colegio de los príncipes; lo cual hubiera sido un medio para suprimir todavia una ó dos, especialmente Nuremberg cuya posesion ambicionaba; pero la legacion francesa se negó obstinadamente á ello.

Nada se dijo acerca de la situacion de la nobleza *inmediata* la cual se hallaba en un estado de ansiedad cruel, porque la Prusia y la Baviera la amenazaban abiertamente.

La diputacion extraordinaria adopta definitivamente el conclusum.

Por último, aproximándose el término fijado para el 2 de Brumario, se sometió el nuevo proyecto á la aprobacion de la diputacion extraordinaria. Brandeburgo, Baviera, Hesse-Cassel, Wurtemberg y Maguncia le aprobaron; Sajonia, Bohemia y la Orden Teutónica declararon que lo tomaban en consideracion, pero que antes de resolverse definitivamente querian aguardar el fin de la negociacion entablada en Paris con el Austria, porque obrando de otro modo, decian, se expondrian á votar un plan que seria necesario modificar en seguida.

La diputacion extraordinaria tenia que emitir su voto definitivo, y solo quedaban tres ó cuatro dias para cumplirse el plazo de los dos meses; y el honor de las grandes potencias mediadoras exigia que se adoptase el plan en el término que habian fijado. M. de Laforest y M. de Buhler que marchaban francamente de acuerdo, hacian los mayores esfuerzos, para que el 29 de Vendimiario (21 de Octubre) quedase definitivamente adoptado el *conclusum*. Para lograrlo tenian que vencer infinitas dificultades, porque M. de Hugel hacia circular la voz que de un momento á otro llegaria un correo de Paris portador de grandes cambios, y que hasta en el mismo Paris se deseaba que se retardase la negociacion; llegando tambien hasta amenazar á M. Albini, diciéndole que segun noticias ciertas, en breve recibiria órdenes del elector de Maguncia, en las que se desaprobaria su conducta y se le mandaria se abstuviese de votar. Al obrar asi era su idea intimidar á uno de los cinco votos favorables y uno de los mas fieles hasta aquel momento, pero habia llevado tan léjos sus amenazas, que ofendido M. de Albini se afirmó mas en su resolucion. Para colmo de embarazo la Prusia acababa en el último momento de crear nuevos obstáculos, pues queria que se la dispensase de suministrar de sus bienes reservados la parte que le tocaba de los 413,000 florines que se necesitaban: aspiraba tambien á apropiar-

se ciertas pertenencias eclesiásticas situadas en sus Estados, y concedidas á diferentes príncipes por el plan de indemnizaciones; y, en una palabra, tenia mil pretensiones mas vejatorias y cada vez mas fuera de su lugar, que apareciendo de una manera imprevista al fin de la negociacion eran capaces por su naturaleza de frustrarla. No era M. de Goertz, personage muy apreciable y que se avergonzaba del papel que le hacian representar, el que provocaba todas estas dificultades, sino un hacendista que le habian agregado. Finalmente, MM. de Laforest y de Buhler hicieron el último esfuerzo, y el 29 de Vendimiario (21 de Octubre) la diputacion extraordinaria de los ocho estados adoptó definitivamente el *conclusum*, hallándose asi cumplida en cierto modo la mediacion en el plazo señalado por las potencias mediadoras. El último dia votó Sajonia con los cinco estados que formaban la mayoria ordinaria por respeto á la misma mayoria.

Empero todavia quedaban muchos pormenores que arreglar. La particion de los territorios y los reglamentos orgánicos no formaban una misma acta; y se habia solicitado que se reuniesen en una sola resolucion, á la cual se le daria un titulo conocido ya en el formulario germánico, á saber, el de *recès* (1). Hallándose concluido aquel trabajo de la diputacion extraordinaria, debia en seguida pasarse á la Dieta germánica de la cual era solo una comision la diputacion extraordinaria. Al redactar el *conclusum* definitivo se habia tenido la precaucion de decir, que el *recès* se comunicaria directamente á los ministros mediadores; queriendo prevenir de este modo la negativa que podian hacer los ministros imperiales, de transmitir las comunicaciones á los ministros mediadores, negativa que ya habia producido sensibles demoras.

La legacion austriaca se apoya en las últimas cuestiones que quedan por resolver para retardar la redaccion definitiva.

Al punto se pusieron á trabajar para unir en un solo documento el acta principal y los reglamentos orgánicos, y esto proporcionó á M. de Hugel ocasion para suscitar nuevas y embarazosas cuestiones. Asi es, que preguntaba obstinadamente si no se comprenderia en el *recès* la obligacion que habia de dar los 413,000 florines al archicanciller, al duque de Oldemburgo y á las casas de Isemburgo y de Stolberg; si no era aquel el momento de proveer á las pensiones del Arzobispo de Tréveris, y de los Obispos de Lieja, Spira y Strasburgo, cuyos estados habian pasado con la orilla izquierda del Rhin á la Francia, y que no sabian á quien dirigirse para obtener pensiones alimenticias, y si no se concederia una indemnizacion á la nobleza inmediata por la pérdida de sus derechos feudales, indemnizacion que se le habia prometido anteriormente.

A todas las peticiones relativas al pago de los 413,000 florines contestaba la Prusia con una negativa, ó remitiendo esta carga á las ciudades libres. La Baviera, decia con razon, que estaba muy empeñada, y que iba á ver disminuidos todavia mas sus recursos á consecuencia de lo que se concediese al Austria en la negociacion entablada en Paris. M. de Hugel replicaba que no era asi como debia hacerse frente á deudas sagradas.

La mala voluntad de la Prusia proporciona un pretexto legítimo á las demoras del Austria.

Estas contestaciones producian en Ratisbona un efecto muy desagradable. Quejábanse sobre todo de la codicia de la Prusia, y de las contemplaciones de la Francia hácia ella; nadie reconocia ya, decian, el gran carácter del primer Cónsul, cuando permitia que asi se abusase de su nombre y de su favor. Todos los ánimos se inclinaban de nuevo á favor del Austria; aun aquellos que le eran mas opuestos. Deciase que en caso de tener que sufrir un influjo preponderante en el imperio, mas valia sufrir el de la antigua casa de Austria, la cual, si bien habia abusado antes de su supremacia, mas bien habia protegido que oprimido á los alemanes. Entre los estados de segundo órden tales como Baviera, Wurtemberg, los dos Hesses y Baden empezaba á notarse cierta disposicion á formar en el centro de Alemania una liga para resistir lo mismo á la Prusia que al Austria.

Irritacion en Ratisbona contra la Prusia.

(1) *Recès*. Acta en que antes de separarse la Dieta se hace constar todo lo que ha resuelto en sus deliberaciones.

Noviembre de 1802

Redaccion definitiva del *Recès* del 23 de Noviembre.

Ultimamente, á pesar de todo el arte que se desplegó para explotar aquellas dificultades, se redactó el *recès* y fue aprobado por la diputacion extraordinaria el 2 de Frimario del año XI (23 de Noviembre de 1802.) En él no se indicaba ningun recurso para subvenir al pago de los 413,000 florines que habian quedado sin asignacion. Antes de dar la última mano á la obra, se queria conocer, segun decian, el resultado de las negociaciones entre Austria y Francia.

La legacion imperial se veia, pues, definitivamente vencida por la actividad y constancia de los ministros mediadores, quienes continuaban invariablemente su marcha, apoyados en una mayoria de cinco votos y á veces de seis, cuando Sajonia se unia á la mayoria á causa de la resistencia obstinada del Austria. M. de Hugel tomó el partido de abandonarlo todo. Era necesario transmitir el *recès* de aquella comision especial, llamada diputacion extraordinaria, á la misma Dieta; y para esto se decidió que si los ministros del Emperador se negaban á dar aquel paso, se pasarian sin ellos. Sin embargo, aun los alemanes mas favorables al plan de indemnizaciones, se inclinaban á la fiel observancia de las reglas constitucionales, pues no solo encontraban ya el imperio bastante conmovido con el cambio de Constitucion, sino que entreveian una nueva dominacion tanto ó mas temible que la antigua. Aquellos mismos que en su origen eran partidarios de la Prusia, se unian á los que siempre habian venerado al Austria como la imágen mas perfecta del antiguo órden de cosas. Habiase llegado á ese punto que en breve se alcanza en las revoluciones, de desconfiar de los nuevos dueños y odiar algo menos á los antiguos. Asi, pues, todos deseaban que no se hiciese nada sin la concurrencia de los ministros imperiales; y la noticia de una conferencia en Paris entre Austria y el primer Cónsul hizo concebir á todos la esperanza alhagüeña de que llegarian á ponerse de acuerdo.

Atraido, al fin, M. de Hugel al sistema de la condescendencia, consintió en comunicar los actos de la diputacion extraordinaria á los ministros mediadores á fin que estos pudieran dirigirse á la Dieta, y solicitar que se adoptase el *recès* como ley del imperio. Pero por una puerilidad de antiguo formalista se negó M. Hugel á remitir el *recès* con las armas imperiales, y solo comunicó un simple impreso con un despacho que garantizaba su autenticidad.

Sin perder ningun tiempo, el 4 de Diciembre (13 de Frimario) los dos ministros frances y ruso comunicaron el *recès* á la Dieta, declarando que lo aprobaban enteramente en nombre de sus cortes respectivas, y pidiendo que se tomase inmediatamente en consideracion, y se adoptase cuanto antes como ley del imperio. Semejante prontitud era un medio para que llegasen pronto los ministros de los estados alemanes que estaban ausentes, y las instrucciones á los que todavia no las habian recibido.

Diciembre de 1802.

Comunícase á la Dieta el *recès* adoptado por la diputacion extraordinaria.

Respecto á la composicion de la Dieta se necesitaban adoptar otras muchas precauciones. Admitir á votar todos los estados suprimidos en la orilla izquierda por la conquista de Francia, y en la derecha por el sistema de las secularizaciones, era exponerse á una resistencia invencible por su parte, ó bien condenarlos á que ellos mismos pronunciasen su propia supresion. Convínose con el ministro directorial, es decir con el archicanciller, que se convocarian exclusivamente los Estados que se conservaban en el imperio, bien se hubiesen cambiado sus títulos ó existiesen como antiguamente. Asi, pues, no se convocó al colegio de los electores, ni á Tréveris ni á Colonia, pero sí á Maguncia cuyo título estaba constituido *ex jure novo*. Del colegio de los príncipes se suprimieron aquellos cuyos territorios habian sido incorporados á la República francesa ó á la República helvética, tales, por ejemplo, como los príncipes seglares y eclesiásticos de Dos Puentes, Montbelliard, Lieja, Worms, Spira, Basilea y Strasburgo; y se dejaron provisionalmente todos los príncipes que habian obtenido nuevos principados, salvo

Precauciones adoptadas para componer la Dieta.

regularizar su titulo mas tarde, y transferirlo á los territorios secularizados que les habian sido devueltos. En el colegio de las ciudades se suprimieron todas las que habian sido incorporadas, conservándose solo seis, á saber; Augsburgo, Nuremberg, Francfort, Bremen, Hamburgo y Lubeck.

La Dieta empieza á emitir sus opiniones.

Estas precauciones eran indispensables, y produjeron el resultado que era de esperar. Ninguno de los Estados suprimidos se presentó, y en los primeros dias de Enero comenzó la Dieta sus deliberaciones. El protocolo estaba abierto; y sucesivamente se llamaba á los Estados en los tres colegios. Los unos daban inmediatamente su opinion, y los otros la reservaban para despues, como era costumbre en la Dieta. Aguardaban para decidirse definitivamente, el último cambio que debia sufrir el *conclusum* á consecuencia de la negociacion entablada en Paris entre la Francia y la corte de Viena.

Habian llegado las cosas al punto que queria el primer Cónsul, para conceder al fin al Austria alguna satisfaccion. En rigor, bien se hubiera podido alcanzar el objeto, y hacer que votasen los tres colegios, á pesar de su oposicion. Aun aquellos alemanes, que sentian mas aquel cambio, conocian que era preciso concluir de una vez, y estaban resueltos á votar á favor del *recès*, con cuya aprobacion se legalizarian en cierto modo las tomas de posesion ya verificadas; y los indemnizados podrian gozar tranquilamente de sus nuevos territorios, sin que se lo impidiese el negarse el Emperador á sancionar aquella determinacion. Sin embargo, por muy poca razon que hubiera tenido el Emperador para oponerse á la nueva Constitucion, bastaba no hallarse conforme con ella, para colocar al imperio en una situacion falsa, incierta, y poco conforme á las intenciones de las potencias mediadoras. Valia mucho mas transigir con Viena; y tal era la intencion del primer Cónsul, quien solo habia dilatado tanto el hacerlo, para tener que conceder menos al Austria, y por lo tanto exigir menos de Baviera; porque solo esta podia proporcionar lo que habia de darse á aquella.

En efecto, á últimos de Diciembre, consintió en tener una entrevista con M. de Cobentzel, y quedaron acordes en las concesiones que debian hacerse en favor de la casa de Austria.

Para obtener la sancion imperial hace el primer Cónsul algunas concesiones al Austria.

Habiendo manifestado la Baviera una repugnancia invencible á conceder la linea del Inn, sea á causa de las preciosas salinas que se hallaban entre el Inn y el Salza, ó bien por la situacion de Munich, que se quedaria demasiado próxima á la nueva frontera, habia sido preciso renunciar á aquella especie de arreglo. Entónces se habia limitado el primer Cónsul á ceder el obispado de Aichstedt, situado junto al Danubio, con una poblacion de 70,000 habitantes, y 350,000 florines de renta, destinado al principio á la casa palatina. Por medio de este aumento de indemnizacion concedido al archiduque Fernando, se quitaban de su lote los obispados de Brixen y de Trento, secularizados en beneficio del Austria, quien de esta suerte hacia ver de un modo bastante claro el interes que se ocultaba á la sombra del que manifestaba tener por su pariente; si bien es verdad que por precio de esta secularizacion separaba de sus propios dominios la pequeña prefectura del Ortenau para aumentar la parte del duque de Módena, compuesta, como ya se sabe, del Brisgau. Ortenau se hallaba situado en el pais de Baden é inmediato á Brisgau.

El Austria habia solicitado que se creasen dos electores mas de su casa: concedióse uno, que fue el gran-duque Fernando destinado tambien á ser elector de Salzburgo; de modo que eran diez electores en lugar de los nueve que contenia el plan de los mediadores, y de los ocho que contenia la última constitucion germánica. Por este medio mejoraba Austria su situacion en el colegio electoral, pues se juntaban en él cuatro electores católicos Bohemia, Baviera, Maguncia y Salzburgo, contra seis protestantes, Brandeburgo, Hannover, Sajonia, Hesse-Cassel, Wurtemberg y Baden.

Convenio firmado con el Austria el 26 de Diciembre.

Insertáronse estas condiciones en un convenio firmado en Paris el 26 de Diciembre de 1802 (5 de Nevoso del año

XI), por M. de Cobentzel y José Bonaparte. Invitóse á M. de Markoff para que accediese á él en nombre de la Rusia, y no se hizo de rogar, pues era enteramente adicto al Austria. La Baviera se conformó, solicitando que se la indemnizase del sacrificio que se exigia de ella, y sobre todo que no se la hiciese cargar con la parte de aquellos 413,000 florines que nadie queria pagar.

El Austria habia prometido no oponer mas obstáculos á la obra de la mediacion, y cumplió sobre poco mas ó menos su palabra. Ademas de las concesiones obtenidas en Paris, queria alcanzar otra, que solo podia negociar en Ratisbona, con los redactores del *recès*, relativa al número de votos viriles del colegio de los príncipes. Mientras se hallaba abierto el protocolo en la Dieta, y todos manifestaban sucesivamente sus opiniones, la diputacion extraordinaria se hallaba tambien reunida, y repasaba de nuevo el plan de la mediacion, despues del convenio de Paris. Asi, pues, estaba discutiendo la Dieta un proyecto que la diputacion extraordinaria variaba diariamente. Ya se habian insertado en él los cambios territoriales convenidos en Paris; tambien se habia comprendido la creacion del nuevo elector de Salzburgo, y finalmente se habian introducido nuevos votos viriles que cambiaban la proporcion de los votos protestantes y católicos en el colegio de los príncipes, haciendo ascender á 54 el número de los votos católicos contra 77 protestantes, en lugar de 31 de los primeros contra 62 de los segundos. Empero ya era tiempo de poner término á todas estas cuestiones, particularmente á la relativa á los 413,000 florines. La Baviera que acababa de perder 350,000 florines con Aichstedt no podia pagar 200,000 mas, ni tampoco era justo obligarla á ello; y por lo tanto, todos habian hallado muy natural que se negase á dicho pago. Pero la Prusia que no habia perdido nada, tampoco queria soportar la parte que le tocaba de tan ligera carga. No se hará la guerra por 200,000 florines, habia dicho M. de Haugwitz; y esta frase tan miserable é inoportuna, habia disgustado á todos en Ratisbona, y rebajado hasta lo sumo el papel que representaba la Prusia, colocándola en posicion muy inferior al Austria, la cual al resistirse defendia al menos territorios y principios constitucionales.

En rigor bien hubiera podido el primer Cónsul vencer aquella avaricia, pero necesitando de la Prusia hasta el fin para que su plan tuviese buen èxito, se veia obligado á tratarla con los mayores miramientos. No se sabia cómo pagar, ni al archicanciller, ni las pensiones eclesiásticas, ni algunas otras deudas que desde tiempo atras pesaban sobre los bienes reservados. Repartir dicha carga bajo la forma de *meses romanos* (1) sobre la totalidad del cuerpo germánico, era imposible, en atencion á lo difícil que habia sido en todos tiempos que la Confederacion saldase los gastos comunes; de lo cual era una prueba el estado ruinoso en que se hallaban las plazas federales. Fue, pues, necesario idear un medio que disminuia algo la liberalidad del primer plan frances respecto á la navegacion de los rios. Habianse suprimido todos los peages sobre el Elba, el Weser y el Rhin, sin embargo de que era indispensable proveer á algunos gastos para conservar los desembarcaderos y los caminos por donde se tiraba de las embarcaciones, y sin los cuales en breve se hubiera visto interrumpida la navegacion. Para cubrir todas estas atenciones se adoptó el partido de establecer sobre el Rhin un arbitrio moderado, muy inferior á todos los peages del origen feudal, con que antiguamente se gravaba la navegacion por aquel rio; y del excedente de dicho arbitrio se resolvió tomar los 350,000 florines del príncipe archicanciller, los 10,000 del duque de Oldemburgo, los 53,000 de las casas de Isemburgo y de Stolberg, y algunos miles florines mas para poner de acuerdo á varios príncipes, que del modo mas mezquino querian que pagasen otros lo que les correspondia á ellos. Asi se satisfizo la avaricia de Prusia; se descargó á la Baviera de los 200,000 florines que por su parte debia haber suministrado, reduciendo su pérdida á la cesion que habia

Creacion de un arbitrio en el Rhin para procurarse las sumas que son necesarias para cubrir ciertas atenciones.

(1) Dábase el nombre de meses romanos á los gastos comunes que se repartian entre toda la confederacion, segun las proporciones antiguamente establecidas.

hecho de Aichstedt, y se cumplió la promesa hecha al príncipe archicanciller de asegurarle una renta independiente. Todos los alemanes lo deseaban así, pues creian que un millon de florines era justamente lo necesario para el príncipe que tenia el honor de presidir la Dieta germánica, y que era ya el último representante de los tres electores eclesiásticos del sacro imperio. Este mismo quedó nombrado administrador único de aquel arbitrio, de acuerdo con Francia, quien tenia el derecho de vigilar sobre los gastos que se hicieran en la orilla izquierda; y bajo este punto de vista, no podia la Francia quejarse de aquel arreglo, porque desde aquel momento el príncipe archicanciller estaba interesado en mantener buenas relaciones con ella.

Febrero de 1803.

La Dieta germánica adopta definitivamente el *recès* el 25 de Febrero.

Finalmente, retocado el plan por la última vez, fue adoptado el 25 de Febrero (6 de Ventoso del año XI) por la diputacion extraordinaria, y remitido inmediatamente á la Dieta donde fue aprobado casi por unanimidad por los tres colegios. Sólo se encontró oposicion por parte de Suecia, cuyo monarca, anunciando ya su falta de juicio, la cual ocasionó su caida del trono, y asombrando á la Europa con sus régias locuras, censuró violentamente la conducta de las potencias mediadoras y de las córtes alemanas que habian concurrido á atacar de un modo tan grave la antigua Constitucion germánica. Semejante arrebato, tan ridículo de parte de un príncipe en quien nadie pensaba, no turbó la satisfaccion que todos sentian al ver terminadas las largas cuestiones del imperio.

Los alemanes, aun los que echaban de menos el antiguo órden de cosas, pero que pensaban con equidad y justicia, confesaban que en aquel momento se recogian los inevitables frutos de una guerra imprudente; que habiéndose perdido á consecuencia de la misma la orilla izquierda del Rhin habia sido necesario hacer una nueva particion del suelo germánico; que sin duda era esta mas ventajosa para las casas grandes que para las pequeñas, pero que sin la Francia aun hubiera sido mayor la desigualdad y la injusticia; que la Constitucion, modificada en muchas partes, se hallaba, sin embargo, salvada, porque en el fondo de las cosas era imposible haberla reformado de un modo mas ilustrado y conservador; finalmente, reconocian, que sin el vigor del primer Cónsul se hubiera introducido la anarquía en Alemania, á consecuencia de tantas y tan distintas pretensiones como las que habian aparecido en un momento. Lo que prueba, mucho mas que los mejores discursos, el sentimiento de gratitud que entonces sentian todos hácia el gefe del gobierno frances, es, que habiendo quedado varias cuestiones sin resolver, se deseaba que no retirase su mano poderosa hasta que todo se hallara zanjado; y que la Francia quedase obligada, en cualidad de garante, á velar por su obra.

Gratitud del cuerpo germánico hácia el primer Cónsul.

En efecto, existia aun mas de una cuestion general ó particular, que no habian podido resolver las potencias mediadoras. La Prusia se hallaba en completo desacuerdo con la ciudad de Nuremberg, y la trataba con la mayor tirania; y la misma potencia no habia querido todavia ceder á los condes de Westfalia la parte que les tocaba del obispado de Munster. Francfort andaba en contestaciones con los príncipes inmediatos por una carga que se le habia impuesto en compensacion de ciertas propiedades cedidas por estos. La Prusia y la Baviera querian aprovecharse del silencio que guardaba el *recès* para incorporar á sus estados la nobleza inmediata. El Austria queria hacer valer en Suabia una porcion de derechos feudales de oscuro origen y atentatorios á la soberania de los duques de Wurtemberg, de Baden y de Baviera; y sobre todo acababa de cometer un inaudito atentado contra la propiedad. Los principados eclesiásticos, recientemente secularizados tenian depositados sus fondos en el banco de Viena, fondos que les pertenecian y que debian haber pasado á los príncipes indemnizados; pero el gobierno austriaco se habia apoderado de dichos fondos, que ascendian á 30 millones de florines, dejando sumidos á algunos príncipes en la desesperacion.

Cuestiones aplazadas para ser resueltas mas tarde.

Todas estas violencias hacian desear que se instituyese una autoridad que pusiese el *recès* en ejecucion, como se habia hecho despues de la paz de Westfalia. Deseábase tambien la formacion de los antiguos círculos encargados de vigilar y defender los intereses particulares. Por último, quedaba que arreglar la Iglesia alemana, la cual privada de su existencia y gerarquia debia recibir una nueva organizacion.

El primer Cónsul no habia podido encargarse de resolver estas últimas dificultades, porque para ello hubiera sido necesario que se hubiese constituido en legislador permanente de Alemania; pero habia salvado el equilibrio del imperio, que era parte del equilibrio europeo, señalando los territorios que correspondian á cada estado, y dando á cada uno el influjo que debia tener en la Dieta. Lo demas solo pertenecia á la misma Dieta encargada del poder legislativo, y bien podia hacerlo, secundada, empero, por la Francia, garante de la nueva Constitucion germánica como lo era de la antigua. Los débiles amenazados por los fuertes invocaban ya aquella garantia; y á las grandes cortes alemanas tocaba prevenir con su moderacion que interviniese nuevamente en sus asuntos un brazo extrangero. Por desgracia no se podia alimentar semejante confianza en vista de la conducta que observaban la Prusia y el Austria.

El Emperador, despues de haber hecho esperar largo tiempo su ratificacion, la envió, al fin, pero con dos condiciones; de las cuales, una tenia por objeto la conservacion de todos los privilegios de la nobleza *inmediata*; y la otra, hacer una nueva distribucion de votos protestantes y católicos en la Dieta, lo cual era cumplir solo á medias la palabra dada al primer Cónsul por precio del convenio de 26 de Diciembre.

Carácter general de aquella prolongada negociacion.

Por lo demas, las dificultades verdaderamente de intereses europeos, es decir, las de territorio, estaban vencidas, gracias á la enérgica y prudente intervencion del general Bonaparte. Si alguna cosa habia mostrado el ascendiente que tenia sobre la Europa, era, sin duda, aquella negociacion dirigida con tanta habilidad, y en la cual, reuniendo á la justicia la destreza y el teson, sirviéndose á su vez de la ambicion de la Prusia y del orgullo de la Rusia para resistir al Austria, y estrechando á esta sin desesperarla, habia impuesto á la Alemania su voluntad, pero en bien de la misma Alemania y tranquilidad del mundo; único caso en que es permitido y útil intervenir en los negocios de otro.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LIBRO DÉCIMOSESTO.

ROMPIMIENTO DE LA PAZ DE AMIENS.

Esfuerzos del primer Cónsul para restablecer la grandeza colonial de la Francia.—Espíritu del antiguo comercio.—Ambicion de todas la potencias por poseer colonias.—La América, las Antillas y las Indias orientales.—Mision del general Decaen en la India.—Esfuerzos para recobrar á Santo Domingo.—Descripcion de esta isla.—Revolucion de los negros.—Carácter, poder y política de Toussaint Louverture.—Aspira á hacerse independiente.—El primer Cónsul manda que salga una expedicion para asegurar la autoridad de la metrópoli.—Desembarcan las tropas francesas en Santo Domingo, en el Cabo y en Puerto Príncipe.—Incendio del Cabo.—Sumision de los negros.—Prosperidad momentánea de la colonia.—El primer Cónsul se dedica á restaurar la marina.—Mision del coronel Sebastiani en Oriente.—Cuidado especial con que se atiende á la prosperidad interior.—El Simplon, el monte de Ginebra, y la plaza de Alejandria.—Campamento de veteranos en las provincias conquistadas.—Nuevas ciudades fundadas en la Vendée.—La Rochela y Cherburgo.—El Código civil, el Instituto, la administracion del clero.—Viage á Normandia.—Envidia de la Inglaterra excitada por la grandeza de la Francia.—El alto comercio ingles es mas hostil á la Francia que la aristocracia inglesa.—Desencadenamiento de las gacetas escritas por los emigrados.—Pensiones concedidas á Jorge y á los chuanes.—Reclamaciones del primer Cónsul.—Efugios del gabinete británico.—Artículos de represalias insertados en el Moniteur.—*Continuacion de los asuntos suizos.—Los pequeños cantones se insurreccionan, y marchan sobre Berna á las órdenes del landamman Reding.—El gobierno de los moderados se ve obligado á refugiarse en Lausana.—Solicítase la intervencion, y el primer Cónsul la concede despues de haberla negado.—Manda al general Ney con* 30,000 *hombres, y llama á Paris á diputados elegidos entre todos los partidos, para dar una nueva constitucion á la Suiza.—Agitacion en Inglaterra y clamores del partido de la guerra contra la intervencion francesa.—Asustado el gabinete ingles, comete la falta de mandar que no se evacue á Malta, y la de enviar á Suiza un agente ingles para que fomente la insurreccion.—Prontitud con que se verifica la intervencion francesa.—El general Ney somete la Helvecia en pocos dias.—Preséntanse al primer Cónsul los diputados suizos reunidos en Paris.—Discurso que les dirige.—Acta de mediacion.—Admiracion de la Europa al ver la juiciosa conducta del primer Cónsul en estas circunstancias.—El gabinete ingles queda en el mayor embarazo al notar la prontitud de la intervencion y su buen resultado.—Discusion acalorada en el parlamento británico.—Violencias del partido Grenville, Windham, &c.—Nobles palabras de M. Fox en favor de la paz.—La opinion pública se calma por un momento.—Llegada de lord Withworth á Paris, y del general Andréossy á Lóndres.—Buena acogida que reciben ambos embajadores.—Sintiendo el gabinete británico haber retenido á Malta, quiere evacuarla, y no se atreve á hacerlo.—Publicacion intempestiva de una memoria del coronel Sebastiani sobre el estado del Oriente.—Mal efecto que causa en Inglaterra.—El primer Cónsul quiere tener una explicacion personal con lord Withworth.—Larga y memorable entrevista.—La franqueza del primer Cónsul es mal comprendida y mal interpretada.—Discurso acerca del estado de la República, que contiene un párrafo ofensivo al orgullo británico.—Mensage régio en respuesta.—Ambas naciones se dirigen una especie de desafio.—Irritacion del primer Cónsul, y palabras que dirige á lord Withworth en presencia del cuerpo diplomático.—El primer Cónsul pasa súbitamente de las ideas de paz á las de guerra.—Sus primeros preparativos.—Cede la Luisiana á los Estados-Unidos, mediante la cantidad de ochenta millones.—M. de Talleyrand se esfuerza en calmar al primer Cónsul, y opone una inercia calculada á la irritacion siempre en aumento de los dos gobiernos.—Lord Withworth le secunda.—Prolóngase esta situacion.—Necesidad de salir de ella.—El gabinete británico concluye por confesar que quiere conservar á*

Malta.—El primer Cónsul le contesta intimándole la ejecucion de los tratados.—Temiendo el ministerio Addington sucumbir en el Parlamento, persiste en pedir á Malta.—Imagínanse términos medios que no tienen ningun resultado.—Propone Francia que quede Malta depositada en poder del Emperador Alejandro.—El gabinete ingles se niega á ello.—Partida de los dos embajadores.—Rompimiento de la paz de Amiens.—Ansiedad pública tanto en Lóndres como en Paris.—Causas de la brevedad de aquella paz.—¿En quién debe recaer la culpa de su rompimiento?

Enero de 1802.

—

Esfuerzos del primer Cónsul para restablecer el antiguo comercio de Francia.

Mientras que el primer Cónsul arreglaba como árbitro supremo los negocios del continente europeo, su ardiente actividad, abrazando los dos mundos, se extendia hasta la América y las Indias, para restablecer en ellas la antigua grandeza colonial de la Francia.

Cual era antiguamente el espíritu que animaba á las potencias mercantiles.

Hoy dia que todas las naciones europeas son mas bien manufactureras que comerciantas; hoy, que han llegado á imitar y á sobrepujar los efectos que iban á buscar mas allá de los mares; hoy, en fin, que las grandes colonias, emancipadas de sus metrópolis, han llegado al rango de Estados independientes, el cuadro del mundo ha cambiado hasta el punto de no ser conocido. Ambiciones nuevas han sucedido á las que entonces le dividian, y apenas se comprenden las causas porque hace un siglo se derramaba la sangre de los hombres. La Inglaterra poseia á título de colonia la América del Norte; España poseia al mismo título la América del Sur; Francia era dueña de las principales Antillas y de la mas hermosa de todas, cual era la de Santo Domingo: Inglaterra y Francia se disputaban la India. Cada una de estas potencias imponia á sus colonias la obligacion de no dar mas que á ella los géneros tropicales; de no recibir mas que de ella los productos de Europa; de no admitir mas que sus buques, y de no proporcionar marineros sino á su marina; viniendo á ser asi cada colonia, una plantacion, un mercado y un puerto cerrado. La Inglaterra queria sacar exclusivamente de sus provincias de América los azúcares, las maderas de construccion y los algodones en rama; la España queria ser la única en extraer de Méjico y del Perú los metales tan codiciados por todas las naciones; y Francia é Inglaterra querian dominar la India para exportar el algodon en hilo, las *musolinas* y las *indianas*, objetos de codicia universal, suministrarle en cambio sus productos, y hacer este tráfico solo en buques de su nacion. Hoy dia estos deseos vehementes de las naciones han dado lugar á otros. El azúcar que era necesario extraer de una planta nacida y cultivada bajo un sol ardiente, se saca ahora de una planta cultivada junto al Elba y junto al Escalda. Los algodones hilados con tanta finura y paciencia por las manos de los indios, se hilan en Europa con máquinas puestas en movimiento por la combustion del carbon de piedra. La musolina se teje en las montañas de la Suiza y del Forez. Las *indianas*, tejidas en Escocia, Irlanda Normandia y Flandes, y pintadas en Alsacia, surten la América y se extienden hasta las Indias. A excepcion del café y del té, productos que el arte no sabria imitar, todo se ha igualado y aun sobrepujado. La química europea ha reemplazado ya la mayor parte de las materias buenas para teñir, las cuales iban á buscarse en medio de los trópicos: los metales salen de las entrañas de las montañas europeas; se saca el oro del Oural; y la España empieza á hallar plata en su propio seno. A todas estas revoluciones industriales se ha unido una gran revolucion política. La Francia ha favorecido la insurreccion de las colonias inglesas de la América del Norte; la Inglaterra ha contribuido, en cambio, á la insurreccion de las colonias de la América del Sud; y unas y otras son ya potencias grandes ó destinadas á serlo. Bajo la influencia de las mismas causas se ha desarrollado en Santo Domingo una sociedad africana, cuyo porvenir es desconocido. La India, en fin, bajo el cetro de la Inglaterra, no es mas que una conquista, arruinada por los progresos de la industria europea, y destinada á alimentar algunos oficiales,

algunos empleados y algunos magistrados de la metrópoli. En nuestros dias las naciones quieren producirlo todo por si mismas, hacer que las demas menos hábiles acepten el excedente de sus productos, y solo consienten en tomarse unas de otras las primeras materias, procurando aun en esto hacerlas producir lo mas cerca posible de su suelo, como son testigos los ensayos reiterados que se han hecho para aclimatar el algodon en Egipto y en la Algeria. De esta suerte, al grande espectáculo de la ambicion colonial ha sucedido el espectáculo de la ambicion manufacturera. Asi cambia el mundo sin cesar, y cada siglo necesita alguuos esfuerzos de la memoria y de la inteligencia para comprender al siglo que le precedió.

La inmensa revolucion industrial y mercantil empezada en el reinado de Luis XVI con la guerra de América, se concluyó en el de Napoleon, con el bloqueo continental. La larga lucha de la Inglaterra y de la Francia ha sido la causa principal; pues mientras la primera queria apropiarse el monopolio de los productos exóticos, la segunda se vengaba imitándolos. El autor de esta imitacion fue Napoleon, cuyo destino era renovar bajo todos conceptos la faz del mundo. Pero antes de arrojar á la Francia en el sistema continental y manufacturero, como lo hizo mas tarde, Napoleon, Cónsul, lleno de las ideas del siglo que acababa de transcurrir, y teniendo en la marina francesa una confianza, que luego le abandonó, probó vastas empresas para restaurar nuestra prosperidad comercial.

Antiguo comercio de Francia con sus colonias.

Esta prosperidad habia sido bastante grande en otro tiempo para justificar el sentimiento de su pérdida y las tentativas que se hacian para recobrarla. En 1789 extraia la Francia de sus colonias azúcar, café, algodon, añil, &c. por valor de 250 millones de francos al año, (940 millones de reales) de los cuales consumia de unos 80 á 100 (300 á 375 millones de reales) y exportaba á toda la Europa dichos productos, y principalmente azúcar refinada por valor de los otros 150 millones de francos (563 millones de reales.) Seria necesario doblar al menos aquellos valores para encontrar hoy dia su equivalente, y es seguro que apreciaríamos mucho y colocariamos en la línea de nuestros primeros intereses á las colonias que nos proporcionáran materia para un comercio de 500 millones de francos (cerca de 1900 millones de reales). La Francia encontraba en este comercio un medio de atraer á su suelo una parte del numerario de España, quien nos daba sus pesos fuertes por nuestros productos coloniales y manufactureros. En la época de que hablamos, es decir en 1802, privada la Francia de los géneros coloniales, principalmente del azúcar y del café, sin tenerlos ni aun para su uso, los pedia á los americanos, á las ciudades anseáticas, á la Holanda, á Génova; y despues de la paz á los ingleses, pagándolos en metálico, pues no tenia en su industria, apenas renaciente, los medios de pagarlos en productos de sus manufacturas. El numerario faltaba muy á menudo, pues desde la época de los asignados no habia vuelto á su antigua abundancia, y asi lo daban á conocer los esfuerzos continuos que hacia el nuevo banco para adquirir pesos duros, que salian de España por medio del contrabando. Asi el comercio se quejaba por la escasez del numerario, y por el perjuicio que le ocasionaba el verse obligado á comprar á dinero el azúcar y el café que extraiamos en otro tiempo de las posesiones francesas. Necesario es, sin duda, atribuir estas quejas á algunas ideas falsas sobre la manera con que se establece la balanza del comercio, pero tambien es necesario atribuirlas á un hecho verdadero, cual era la dificultad de procurarse efectos coloniales, y la dificultad, mayor aun, de pagarlos en dinero, el cual habia llegado á ser muy escaso despues de los asignados, ó en cambio de los productos de nuestra industria, poco abundantes aun.

Motivos que indujeron al primer Cónsul á las grandes empresas coloniales.

Si á todo esto se añade que un gran número de colonos, ricos otras veces, y á la sazon arruinados, pululaban por las calles de Paris, y unian sus quejas á las de los emigrados, podrá formarse una idea completa de las causas que influian en el ánimo del primer Cónsul, y le inclinaban hácia las grandes empresas coloniales. Dominado por tan poderosos

estímulos habia cedido á Cárlos IV el reino de Etruria en cambio de la Luisiana; y por su parte habia cumplido todas las condiciones del tratado, pues los infantes se hallaban en el trono de Etruria, y reconocidos por todas las potencias continentales: queria por lo tanto que Cárlos IV las cumpliese por su lado, para lo cual le acababa de exigir que le entregase inmediatamente la Luisiana. En las aguas de Holanda, en el puerto de Helvœtsluis se hallaba reunida una expedicion de dos navios y algunas fragatas para transportar tropas á las orillas del Mississipí y tomar posesion de aquel hermoso territorio. Como el primer Cónsul tenia á su disposicion el ducado de Parma, estaba pronto á cederlo á la España en cambio de las Floridas y de la provincia de Sena, perteneciente á la Toscana, con la cual pensaba indemnizar al Rey de Cerdeña. Pero habiendo dejado conocer indiscretamente el gobierno español los pormenores de aquella negociacion al embajador de Inglaterra, la envidia inglesa suscitó multitud de obstáculos á la conclusion de aquel contrato. El primer Cónsul se ocupaba al mismo tiempo de las Indias, y habia confiado el gobierno de nuestras factorias de Pondichery y Chandernagor al general Decaen, que era uno de los oficiales mas valientes del ejército del Rhin. Este oficial en quien la inteligencia igualaba al valor, y que era á propósito para las mas grandes empresas, habia sido elegido y enviado á las Indias con miras lejanas pero profundas. Los ingleses, habia dicho el primer Cónsul al general Decaen, dándole instrucciones admirables, son los dueños del continente de la India: ya sabeis que son suspicaces y envidiosos; y por lo tanto, es necesario no darles ningun recelo; conducirse con dulzura y sencillez, sufrir en aquellas regiones todo lo que no sea incompatible con el honor, y no tener con los príncipes vecinos mas relaciones que las indispensables para la conservacion de las tropas francesas y de las factorias. Pero, añadia el primer Cónsul, es menester observar aquellos pueblos y príncipes que se resignan con dolor al yugo británico; estudiar sus costumbres, sus recursos, y los medios de comunicarse con ellos en caso de guerra; averiguar qué clase de ejército europeo seria necesario para ayudarles á sacudir la dominacion inglesa, de qué material deberia estar provisto, y sobre todo cuales serian los medios de alimentarle; descubrir un puerto que pudiera servir de punto de desembarco á una escuadra que condujese tropas; calcular el tiempo y los medios necesarios para apoderarse de dicho puerto por un golpe de mano; redactar, seis meses despues de vuestra permanencia, una memoria acerca de todos estos particulares, y enviarla con un oficial inteligente y seguro que lo haya visto todo y sea capaz de añadir explicaciones verbales á las escritas que traiga; hacer lo mismo pasados otros seis meses, añadiendo los conocimientos que se adquieran de nuevo, y enviar esta segunda memoria tambien con un oficial seguro é inteligente, y cada seis meses hacer otro tanto, pesando bien en la redaccion de estas memorias el valor de cada expresion, porque una palabra podria influir en las resoluciones mas graves; finalmente conducirse, en caso de guerra, segun las circunstancias, permaneciendo en el Indostan ó retirándose á la isla de Francia, enviando en cualquier caso muchos buques ligeros á la metrópoli para instruirla de las determinaciones tomadas por el capitan general.=Tales eran las instrucciones dadas al general Decaen, no con la idea de encender otra vez la guerra sino de aprovecharse hábilmente de ella si llegaba á estallar de nuevo.

Expedicion para ocupar la Luisiana.

Negociacion para obtener la Florida.

Mision del general Decaen en las Indias.

El primer Cónsul habia dirigido todos sus esfuerzos hácia las Antillas, asiento principal del poder colonial de Francia; pues en otro tiempo el comercio frances sostenia sus principales relaciones con Martinica, Guadalupe y Sto. Domingo. Esta última figuraba particularmente al menos por las tres quintas partes en los 250 millones de francos en efectos que la Francia importaba antiguamente de sus colonias; y era entonces la mas hermosa y codiciada de todas las posesiones de ultramar. La Martinica habia tenido la dicha de librarse de las consecuencias de la revolucion de los negros; pero Gua-

Expedicion de Sto. Domingo.

dalupe y Santo Domingo habian sufrido un trastorno horroroso, y se necesitaba nada menos que un ejército para restablecer en ellas no la esclavitud, que habia llegado á ser imposible, al menos en Santo Domingo, sino la legítima dominacion de la metrópoli..

Descripcion de Santo Domingo.

En esta isla que tiene cien leguas de largo y treinta de ancho, situada con ventaja á la entrada del golfo de Méjico, notable por su fertilidad y propia para cultivar el azúcar, café y añil; en esta isla magnífica cultivaban la tierra algo mas de veinte mil blancos propietarios, un número igual de hombres libres de varios colores, y unos cuatrocientos mil esclavos negros, y sacaban de ella abundantes productos coloniales que se valuaban en unos 150 millones de francos (563 millones de reales), que eran transportados á Europa por medio de 30,000 marineros franceses, para cambiarlos por igual valor de productos nacionales. ¿Qué mérito no tendria hoy á nuestros ojos una colonia que nos diese 300 millones de francos de productos, y nos procurase la salida de efectos nacionales por valor de otros 300, porque 150 millones en 1789, correspondian al menos á 300 millones en 1845. Por desgracia, entre aquellos hombres blancos, mulatos y negros, fermentaban pasiones violentas, debidas al clima, y al estado de aquella sociedad, en la cual se hallaban los dos extremos sociales: la riqueza llena de orgullo y la esclavitud rencorosa; y en ninguna otra colonia se veia que los blancos fuesen tan opulentos y obstinados en mostrarse superiores, ni los mulatos tan envidiosos de la superioridad de la raza blanca, ni los negros tan inclinados á sacudir el yugo de ambos. Las opiniones de la asamblea constituyente de Paris iban á resonar enmedio de las pasiones naturales de aquel pais, y debian provocar una tempestad horrorosa, como los huracanes que produce en aquellos mares el súbito encuentro de dos vientos contrarios. Los blancos y los mulatos apenas suficientes para defenderse si hubieran estado unidos, se hallaban divididos, y despues de haber comunicado á los negros el contagio de sus pasiones, los habian inducido á que se sublevaran contra ellos. En primer lugar habian sufrido su crueldad y despues su triunfo y su dominacion; sucediendo allí lo que en toda sociedad donde estalla la guerra de las clases: la primera habia sido vencida por la segunda, y ambas á su vez por la tercera. Pero habia allí una circunstancia particular que no se ve en otras partes, y era que estas clases llevaban sobre sus rostros las señales de su orígen diverso; su odio participaba de la violencia de los instintos físicos, y su rabia era brutal como la de los animales salvages. Por esto los horrores de aquella revolucion habian sobrepujado á todo lo que se habia visto en Francia en 1793, y apesar de la distancia que atenúa siempre las sensaciones, la Europa, afectada ya por los espectáculos del continente, se habia conmovido hasta lo sumo con las atrocidades inauditas provocadas por dueños imprudentes y á veces crueles, y cometidas por esclavos feroces. Las leyes de la sociedad humana, semejantes en todos los lugares, habian hecho nacer allí, como en otras partes, despues de largas tempestades, el cansancio que pide un dueño y un ente superior, propio para el caso. Este dueño fue del color de la raza triunfante, es decir, negro. Llamábase Toussaint Louverture, y era un viejo esclavo, que si bien no tenia la audacia generosa de Spartaco, estaba adornado con un disimulo profundo, y un genio de gobierno verdaderamente extraordinario. Militar de medianos conocimientos, poseyendo á lo mas el arte de las emboscadas en un pais de dificil acceso, y aun inferior en esto á algunos de sus lugar-tenientes, habia adquirido, sin embargo, un ascendiente prodigioso por su inteligencia en dirigir el conjunto de las cosas. Aquella raza bárbara que se veia despreciada por los europeos, estaba orgullosa de contar en sus filas á un ser, cuyas grandes facultades reconocian los mismos blancos; y veia en él un titulo vivo que le daba derecho á la libertad, y á la consideracion de los demas hombres. Por esta causa habia aceptado su yugo de hierro, cien veces mas pesado que el de los antiguos colonos, y sufria la dura obligacion del trabajo, que era la que mas detestaba en su esclavitud. Aquel esclavo, cenvertido en dictador, habia restablecido en Santo Domingo un

Toussaint Louverture, su orígen, su carácter y su genio.

estado tolerable, y llevado á cabo cosas que podrian llamarse grandes, si el teatro de los sucesos hubiera sido otro, y si aquellas hubieran sido menos efímeras.

Gobierno de Toussaint Louverture.

En Santo Domingo, como sucede en todo pais, presa de una larga guerra civil, se habia hecho una division entre la raza guerrera, propia para las armas, y aficionada á ellas, y la raza trabajadora menos inclinada á los combates, fácil para dejarse conducir al trabajo, pero pronta á arrojarse de nuevo en los peligros, si su libertad se veia amenazada. Como es natural, la primera era diez veces menos numerosa que la segunda.

Ejército negro formado segun el modelo de los ejércitos franceses.

Toussaint Louverture habia formado con la primera de dichas clases un ejército permanente de unos 20,000 soldados, organizados en medias brigadas, segun el modelo de los ejércitos franceses, y con oficiales negros y algunos mulatos y blancos. Esta tropa bien pagada, bien alimentada, bastante temible, bajo un clima que solo ella podia soportar, y sobre un suelo cubierto de recios y espinosos matorrales, estaba formada en varias divisiones y mandadas por generales de su color, la mayor parte bastante inteligentes, pero mucho mas feroces aun, tales como Cristobal, Dessalines, Moises, Maurepas y Laplume, todos partidarios de Toussaint, cuyo genio reconocian, y cuya autoridad llevaban con gusto. El resto de la poblacion habia vuelto al trabajo, con el nombre de cultivadores, y á cada negro se le habia dejado un fusil para que se sirviese de él en el caso que la metrópoli atentase á su libertad, pero habian sido obligados á volver á las plantaciones abandonadas de los colonos.

Los negros cultivadores vuelven al trabajo.

Toussaint habia proclamado que eran libres, pero que estaban obligados á trabajar cinco años mas en las propiedades de sus antiguos dueños, con derecho á una cuarta parte del producto bruto. Los propietarios blancos habian sido invitados á volver, aun aquellos que en un momento de desesperacion se habian asociado á la tentativa de los ingleses sobre Santo Domingo; y los que habian vuelto habian sido bien acogidos, recibiendo de nuevo sus propiedades llenas de negros que se llamaban libres, y á los cuales entregaban segun el reglamento de Toussaint, la cuarta parte del producto bruto, valuada en la práctica del modo mas arbitrario. Un gran número de ricos propietarios antiguos no se habian presentado ni enviado sus comisionados, bien porque hubiesen sucumbido en la insurreccion de la colonia, ó bien porque hubiesen emigrado con la antigua nobleza francesa, de la cual formaban parte; y sus bienes, secuestrados, como los bienes nacionales en Francia, habian sido dados en arrendamiento á oficiales negros, á un precio que les permitia enriquecerse, y por cuyo medio, ciertos generales como Cristobal y Dessalines habian adquirido mas de un millon de francos de renta anual. Estos oficiales negros, tenian el cargo de inspectores del cultivo en el distrito de que eran comandantes militares, y en los continuos viages que hacian trataban á los negros con la dureza peculiar de amos nuevos. A veces vigilaban para que los colonos no cometiesen con ellos ninguna injusticia; pero con mas frecuencia los condenaban á ser azotados por pereza ó insubordinacion, y hacian una especie de caza incesante con el objeto de que volviesen al trabajo los que habian contraido aficion á la vagancia. Las frecuentes revistas que se pasaban en las parroquias daban á conocer los cultivadores que faltaban de sus plantaciones, y suministraban los medios de hacerlos volver á ella; y á veces Dessalines y Cristobal los mandaban ahorcar á su propia vista. De este modo el trabajo habia recobrado una actividad increible, bajo el mando de aquellos nuevos gefes, que explotaban en beneficio suyo la sumision de los negros que pretendian ser libres. Estamos muy lejos de tener esto en poco, porque aquellos gefes que sabian imponer á sus semejantes la condicion de trabajar, aun que solo para su beneficio exclusivo, y aquellos negros que los sufrian, sin gran ventaja para ellos, y unicamente indemnizados con la idea de que eran libres, nos inspiran mas estimacion que el espectáculo de una pereza innoble y bárbara, como el que han presentado los negros entregados á sí mismos en las colonias recien emancipadas.

Gracias al régimen establecido por

Toussaint, la mayor parte de las plantaciones abandonadas se cultivaban de nuevo, de modo que en 1801, despues de diez años de conmociones, la isla de Santo Domingo, regada de sangre, presentaba un aspecto de fertilidad casi igual al que tenia en 1789. Independiente Toussaint de Francia, habia dado á la colonia una libertad de comercio casi absoluta; y semejante régimen de libertad, peligroso para las colonias de fertilidad mediana, que produciendo poco y caro tienen interes en tomar los productos de la metrópoli, á fin de que esta tome los suyos, es, por el contrario, excelente para una colonia rica y fecunda, que no necesita ningun favor para la salida de sus productos, y que se halla interesada en tratar libremente con todas las naciones, y en buscar sus objetos de necesidad ó de lujo, donde los encuentre mejores y mas baratos. En este caso se hallaba Santo Domingo. Esta isla habia mejorado notablemente con la libre concurrencia de los pabellones extrangeros, sobre todo del pabellon americano: abundaban los víveres; las mercaderias de Europa se vendian á buen precio y sus géneros se despachaban al momento que aparecian en los mercados. Añádase que los nuevos colonos, asi los negros que habian llegado á serlo, merced á la insurreccion, como los blancos reintegrados en sus bienes, se hallaban libres de compromisos con los capitalistas de la metrópoli, y no estaban, como los antiguos colonos de 1789, cargados de deudas y obligados á deducir de sus ganancias el interes de los enormes capitales que les habian prestado. Asi, pues, eran mas opulentos, apesar de ser menores las ganancias que tenian. Las ciudades del Cabo, Puerto Principe, San Marcos y Cayos habian recobrado cierto esplendor. Las huellas de las guerra se hallaban por todas partes borradas, y en la mayor parte de las ciudades se veian casas elegantes, construidas por oficiales negros y habitadas por ellos, que podian rivalizar con las mejores de aquellos antiguos propietarios blancos, antes tan orgullosos y tan afamados por su lujo y su disolucion.

Toussaint da á Santo Domingo la libertad de comercio.

Prosperidad de la isla.

Reunion de la parte española á la parte francesa de Santo Domingo.

El gefe negro de la colonia habia puesto el colmo á su prosperidad reciente, ocupando con el mayor arrojo la parte española de Santo Domingo. Esta isla se hallaba antes dividida en dos partes, la una de las cuales, situada al Este, que era la primera que se presentaba á la vista yendo de Europa, pertenecia á los españoles, y la otra situada al Oeste, dando frente á Cuba y al interior del golfo de Mégico pertenecia á los franceses. Esta parte compuesta de dos promontorios que forman ademas de un extenso golfo interior una porcion de radas y puertos pequeños, era mas propia que la otra para las plantaciones, las cuales necesitan estar cerca de los puntos de embarque, y por esto estaba cubierta de ricos establecimientos. La parte española, por el contrario, poco montañosa y con pocos golfos, contenia menos ingenios y cafetales, pero en cambio alimentaba mucho ganado, caballos y mulos. Reunidas ambas partes podian hacerse mutuamente grandes servicios, mientras que separadas por un régimen colonial exclusivo, eran como dos islas lejanas, teniendo la una lo que le faltaba á la otra, y no pudiendo dárselo á causa de la distancia. Toussaint, despues de haber alejado á los ingleses, habia fijado todas sus miras en la ocupacion de la isla española. Afectando la mayor sumision á la metrópoli, á la vez que obraba segun su voluntad, se habia armado con el tratado de Basilea, por el cual cedia España á Francia toda la isla de Santo Domingo, y habia intimado á las autoridades españolas le entregasen la provincia que retenian en su poder. En aquel momento se hallaba en Santo Domingo un comisario frances; porque desde la Revolucion, la metrópoli solo estaba representada en dicha isla por comisarios apenas atendidos; y temiendo este agente las complicaciones que podrian resultar en Europa de llevarse á cabo semejante incorporacion, mucho mas no habiendo recibido ninguna orden de Francia, se habia opuesto, aunque inutilmente á la resolucion de Toussaint quien sin hacer caso de las objeciones que le hacia, puso en movimiento todas las divisiones de su ejército, y exigió de las autoridades españolas, inca-

paces de oponerle resistencia las llaves de Santo Domingo. Habiéndoselas entregado, se dirigió en seguida á todas las ciudades, tomando posesion de ellas á título de representante de Francia, pero portándose en realidad como soberano, y haciéndose recibir en las iglesias bajo de palio y presentándole el agua bendita.

La reunion de las dos partes de la isla bajo un mismo gobierno, habia producido al momento resultados excelentes en beneficio del comercio y del órden interior. La parte francesa, abundantemente provista de todos los productos de ambos mundos, habia dado una cantidad considerable de ellos á los colonos españoles en cambio de ganados, caballos y mulos, de que carecia. Al mismo tiempo, los negros que querian sustraerse al trabajo para entregarse á la vagancia, no encontraban en la parte española ningun asilo contra las pesquizas incesantes de la policia negra.

Política de Toussaint Louverture respecto á Francia é Inglaterra.

Reuniendo, como se ha visto, todos estos medios, habia logrado Toussaint en dos años poner de nuevo la colonia en un estado floreciente. No se podria formar una idea exacta de su política, si no se supiera al mismo tiempo como se portaba con Francia é Inglaterra. Transformado este negro de esclavo en hombre libre, y casi en soberano, conservaba en el fondo de su corazon una simpatia involuntaria hácia la nacion, cuyas cadenas habia arrastrado, y le repugnaba ver á los ingleses en Santo Domingo; resultando de aquí los esfuerzos que habia hecho para expulsarlos de la isla, como, en efecto, lo habia logrado. Su talento político, profundo aunque inculto, le confirmaba en sus sentimientos naturales, y le hacia conocer que los ingleses eran los señores mas peligrosos, porque con su poder marítimo harian efectiva y absoluta su autoridad sobre la isla; y por lo tanto no queria á ningun precio sufrir su dominio, Al evacuar los ingleses á Puerto Príncipe le habian ofrecido que le reconocerian como monarca de Santo Domingo si consentia en asegurarles el comercio de la colonia; pero él se habia negado á ello, sea porque todavia respetase algo á la metrópoli, ó bien porque atemorizado con la noticia de la paz de Europa, temiese una expedicion francesa capaz de reducir á la nada su trono. Por otra parte, la vanidad de pertenecer á la primera nacion militar del mundo, y el secreto placer de ser general al servicio de Francia y recibir su nombramiento de las mismas manos del primer Cónsul, habian podido en Toussaint mucho mas que todos los ofrecimientos de Inglaterra; y asi se habia resuelto á permanecer siendo frances. Contener á los ingleses á cierta distancia, viviendo en paz con ellos; reconocer en el nombre la autoridad de Francia, y obedecerla, únicamente hasta el punto de no provocar sus fuerzas, tal era la política de este hombre singular. Habia recibido á los comisarios del Directorio, y sucesivamente los habia vuelto á enviar á Francia, particularmente al general Hédouville, pretendiendo que desconocian los intereses de la madre patria al exigirle cosas imposibles ó funestas para ella.

Política interior de Toussaint Louverture.

Su política interior no era menos digna de atencion que la exterior. Su comportamiento hácia las diferentes clases de habitantes negros, blancos ó mulatos, correspondia á lo que acabamos de decir de él. Detestaba á los mulatos como los mas próximos á su raza, y lisonjeaba por el contrario á los blancos con el mayor cuidado, con tal que obtuviese de ellos algunos testimonios de estimacion, que le probasen que su genio hacia olvidar su color. Respecto á este particular mostraba una vanidad de negro afortunado, de la cual no podria darnos una idea exacta toda la vanidad de los blancos del antiguo mundo que de la nada llegan á hacerse hombres de importancia. En cuanto á los negros, eran tratados por él con una severidad increible, pero, con justicia, sirviéndose para atraérselos de la religion, que profesaba ostentosamente, y sobre todo de la libertad, la cual prometia defender hasta la muerte, y de la que era para los hombres de su color un emblema glorioso, porque veian en él, lo que por medio de aquella podia llegar á ser un negro. Su elocuencia salvage los encantaba. Desde lo alto del púlpito, á donde subia muy á menudo, les hablaba de Dios y de la igualdad de las razas

humanas, sirviéndose al mismo tiempo de parábolas extrañas y oportunas. Un dia, por ejemplo, queriendo que los negros tuviesen confianza en sí mismos, llenó un vaso con granos de maiz negro, mezclando entre ellos algunos blancos, y despues, agitando aquel vaso, les hizo notar cuan en breve desparecian los granos blancos entre los negros, y les dijo: Hé aquí lo que son los blancos entre vosotros. Trabajad, asegurad vuestro bienestar por medio de vuestro trabajo; y si los blancos de la metrópoli quieren usurparnos nuestra libertad, volveremos á empuñar nuestros fusiles y los venceremos de nuevo.—Adorado así por los negros, era temido al mismo tiempo por su rara vigilancia. Dotado de una actividad sorprendente en su edad, habia colocado en el interior de la isla paradas de caballos de una ligereza extremada, y se trasladaba, seguido de algunos guardias, de un extremo á otro de la isla, con una rapidez prodigiosa, andando á veces cuarenta leguas á caballo en un mismo dia, y llegando como el rayo á castigar el delito de que habia tenido conocimiento. Previsor y avaro, hacia acopio de dinero y de armas en las montañas del interior, enterrándolo todo, segun decian, en unas montañas llamadas las Mornes del Caos, cerca de un edificio que habia venido á ser su residencia ordinaria; y aquellos eran recursos para una guerra venidera que no cesaba de mirar como probable y próxima. Procurando, sin cesar, imitar al primer Cónsul, se habia formado una guardia particular, un cierto séquito, y habitaba en una especie de palacio; en el cual recibia á los propietarios de todos colores, y particularmente á los blancos, maltratando á los negros que no se portaban con el decoro que era debido. Apesar de lo repugnante de su figura aun con el uniforme de teniente general, no le faltaban aduladores y lisonjeros; y, lo que es mas triste aun, obtuvo mas de una vez que algunas mugeres blancas pertenecientes á antiguas y ricas familias de la isla, se prostituyesen á él, á fin de obtener su proteccion. Sus cortesanos le persuadieron que era en la América igual al general Bonaparte en Europa, y que debia colocarse en la misma posicion. Luego que supo que se habia firmado la paz, y llegó á preveer que podia restablecerse la autoridad de la metrópoli, se apresuró á convocar el consejo de su colonia para redactar una Constitucion, como en efecto se reunió y redactó una, bastante ridícula. Segun las disposiciones de aquella obra informe, el consejo de la colonia decretaba las leyes, y el gobierno general las sancionaba, y ejercia el poder ejecutivo en toda su plenitud. Como era natural, Toussaint fue nombrado gobernador por vida, con la facultad de elegir á su sucesor; de modo que no podia ser mas completa y pueril la imitacion de lo que se hacia en Francia. En cuanto á la autoridad de la metrópoli nadie pensó en ella, pues solo debia sometérsele la Constitucion para que la aprobase, pero dado este paso ningun poder tendria la metrópoli sobre la colonia, porque el consejo hacia las leyes, Toussaint gobernaba, y podia, si lo tenia á bien, privar al comercio frances de todas sus ventajas; lo cual sucedia entonces habiéndolo tambien hecho escusable la guerra, pero que no debia tolerarse por mas tiempo. Cuando se le preguntaba á Toussaint, qué clase de relaciones sostendria Santo Domingo con Francia, contestaba: El primer Cónsul enviará comisionados *para tratar conmigo*. Algunos de sus amigos mas cuerdos, particularmente el coronel frances Vincent, encargado de la direccion de las fortificaciones, le advirtieron el peligro que podia traerle semejante conducta, diciéndole que debia separar de su lado á los aduladores de todos los colores; y que siguiendo asi provocaria una expedicion francesa, cuyo resultado seria su ruina. Pero el amor propio de aquel esclavo le arrastró, y quiso, como él decia, que el primero de los negros fuese de hecho y de derecho en Santo Domingo, lo que el primero de los blancos era en Francia, es decir gefe por vida, con la facultad de nombrar á su sucesor. En seguida despachó á Europa al coronel Vincent con la mision de que explicase al primer Cónsul su nuevo establecimiento constitucional, á fin de que le aproba-

Inclinacion de Toussaint Louverture á imitar al primer Consul.

Constitucion de Santo Domingo, dispuesta por Toussaint, y por la cual es nombrado gobernador por vida con la facultad de nombrar á su sucesor.

se; y para que le pidiese ademas la confirmacion de todos los grados militares concedidos á los oficiales negros.

Acogida que hace el primer Cónsul á la proposicion de Toussaint Louverture.

Aquella pretension ridícula de imitar su grandeza y asemejarse á él, dió mucho que reir al primer Cónsul, sin que tuviese el menor influjo sobre sus resoluciones. No tenia inconveniente que el que se titulaba el primero de los negros le llamase el primero de los blancos, con la condicion que el lazo que uniera á la colonia con la metrópoli fuese el de la obediencia, y que la propiedad que habia de tener sobre aquel pais, que hacia algunos siglos era frances, fuera efectiva y no en el nombre. Confirmar los grados militares que se habian apropiado aquellos negros no era á sus ojos ninguna cosa dificil. Asi, pues, los confirmó todos, y nombró á Toussaint teniente general gobernador de Santo Domingo en nombre del gobierno frances; pero al mismo tiempo quiso que hubiera en la isla un capitan general del cual fuera Toussaint lugar-teniente, pues sin esta condicion, era lo mismo para Francia que si no existiera Sto. Domingo. Resolvióse, pues, enviar un general y un ejército. La colonia se hallaba floreciente, y valia tanto como otras veces; los colonos que se hallaban en Paris pedian sus bienes; gozábase de la paz aunque quizas por poco tiempo; las tropas se hallaban ociosas, y los oficiales llenos de ardor y de entusiasmo pedian una ocasion para prestar nuevos servicios en cualquiera parte de la tierra: Francia no podia, pues, resignarse á perder tan hermosa posesion sin emplear para conservarla las fuerzas de que disponia. Tales fueron los motivos de la expedicion, cuya salida hemos contado. El general Leclerc, cuñado del primer Cónsul habia recibido instrucciones para contemplar á Toussaint, ofrecerle el papel de lugar-teniente de Francia, la confirmacion de los grados y de los bienes adquiridos por sus oficiales y la garantia de la libertad de los negros, pero reconociendo la autoridad efectiva de la metrópoli representada por el capitan general. A fin de probar á Toussaint la benevolencia del gobierno, le devolvian sus dos hijos que se habian educado en Francia, acompañados de su preceptor M. Coisnon. A todo esto añadió el primer Cónsul una carta escrita en un lenguaje noble que debia lisonjear á Toussaint, pues le trataba como al primer hombre de su raza, y parecia que se prestaba de buen grado á establecer una especie de comparacion entre el pacificador de la Francia y el de Santo Domingo.

Confirma todos los grados militares tomados por los negros.

Quiere que Toussaint se halle á las órdenes de la Francia, y para obligarle á ello manda una grande expedicion.

Instrucciones dadas al general Leclerc.

Pero tambien habia previsto la resistencia de los negros, y se hallaban tomadas todas las medidas para vencerla á viva fuerza. Si no se hubieran apresurado tanto ó hubiera habido menos impaciencia por aprovecharse de la firma de los preliminares para atravesar la mar, que habia quedado libre, se hubiera obligado á las escuadras á que se aguardasen unas á otras en un lugar convenido, á fin de que llegasen todas juntas á Santo Domingo, y sorprender á Toussaint antes que se pusiese en estado de defensa. Por desgracia, en la incertidumbre en que se hallaban en el momento de la expedicion, acerca de si se firmaria la paz definitiva, era necesario hacerlas salir de los puertos de Brest, Rochefort, Cádiz y Tolon, sin que se aguardasen, y con la órden de llegar cuanto antes á su destino. El almirante Villaret-Joyeuse, dando á la vela de Brest y de Lorient, con diez y seis navios y una fuerza de 7 á 8,000 hombres, tenia órden de cruzar por algun tiempo en el golfo de Gascuña, por si lograba reunirse con el almirante Latouche-Tréville, que debia salir de Rochefort con seis navios, seis fragatas y 3 ó 4,000 hombres. Si no lo lograba debia pasar á las Canarias por si encontraba á la division de Linois que habia salido de Cádiz, y á la de Ganteaume que habia dado á la vela del puerto de Tolon, ambas con un convoy de tropas; y por último debia dirigirse á la bahia de Samana, que es la primera que se presenta á una escuadra que va de Europa. Conformándose todas estas escua-

Salen las escuadras de los puertos de Brest, Rochefort, Cadiz y Tolon.

dras á las órdenes que habian recibido, se buscaron sin pérdida de tiempo, y llegaron en épocas diferentes al lugar de la cita comun, que era Samana. El almirante Villaret llegó el 29 de Junio de 1802 (9 de Pluvioso): el almirante Latouche le siguió de cerca, pero las divisiones de Cádiz y de Tolon llegaron á Santo Domingo mucho despues. Las escuadras de los almirantes Villaret y Latouche-Tréville conducian unos 11 á 12,000 hombres. El capitan general Leclerc, despues de haber conferenciado con los gefes de la escuadra pensó que importaba no perder tiempo, y que era necesario presentarse ante todos los puertos á la vez, para apoderarse de la colonia antes que Toussaint tuviese tiempo de ponerse en estado de defensa; y porque ademas, todas las noticias que llegaban de las Antillas le hacian temer una acogida poco amistosa. En su consecuencia, el general Kerversau, con 2,000 hombres transbordados en fragatas, debia dirigirse á Santo Domingo, capital de la parte española; el almirante Latouche-Tréville, con su escuadra que conducia la division de Boudet, debia abordar en Puerto-Príncipe, y finalmente, el mismo capitan general con la escuadra del almirante Villaret, tenia el proyecto de dirigir el rumbo al Cabo y apoderarse de esta ciudad. La parte francesa, que comprendia, con una parte notable de la isla, los dos promontorios que se adelantan al oeste, se dividia en departamentos del norte, del oeste y del sur: la ciudad del Cabo era el puerto principal y la capital del departamento del norte; Puerto-Principe lo era de el del oeste; y Cayos y Jacmel eran los dos puertos que rivalizaban en riqueza é influencia en el sur. De modo, que ocupando á Santo Domingo, por la parte española, y al Cabo y Puerto-Principe por la francesa, estaban casi en posesion de toda la isla, á excepcion de las montañas del interior, cuya conquista solo se podia concluir con el tiempo.

Plan de un desembarco simultáneo en Santo Domingo, Puerto-Príncipe y el Cabo.

Las divisiones navales dejaron la bahia en que anclaban y se dirigieron á sus respectivos destinos en los primeros dias de Febrero. Advertido Toussaint, de que en Samana se habia presentado un gran número de velas, habia acudido en persona, para juzgar por sí mismo el peligro que le amenazaba. No dudando á la vista de la escuadra francesa la suerte que le esperaba, tomó el partido de recurrir al último extremo antes que sufrir la autoridad de la metrópoli. No estaba seguro, ni tampoco lo creia, que se quisiese reducir de nuevo á los negros á la esclavitud, pero pensaba que se queria ponerlos bajo la obediencia de Francia, y esto le bastaba para decidirle á resistirse. Para ello, resolvió persuadir á los negros que peligraba su libertad, y atraerlos, de este modo, del cultivo á la guerra, saquear las ciudades marítimas, incendiar los edificios, asesinar á los blancos, retirarse en seguida á las mornes (asi se llaman ciertas montañas de forma particular que cruzan en todas direcciones la parte francesa de la isla de Santo Domingo) y aguardar en aquellas guaridas que el clima diezmase á los blancos, para en seguida arrojarse sobre ellos y acabar de exterminarlos. Sin embargo, esperando detener al ejército frances con simples amenazas, y temiendo quizas tambien si mandaba actos demasiado atroces, no ser obedecido por los gefes negros, quienes, á su ejemplo, habian tomado aficion á las relaciones con los blancos, ordenó á sus oficiales que á las primeras intimaciones de la escuadra contestasen que no tenian órden para recibirla; que si insistia la amenazasen, en caso de querer verificar el desembarco, con la destruccion de todas las ciudades; y por último, que si aquel se llevaba á efecto, lo destruyesen é incendiasen todo, retirándose al interior de la isla. Tales fueron las órdenes dadas á Cristobal, que gobernaba el departamento del Norte, al feroz Dessalines, gefe del departamento del oeste, y á Laplume, negro mas humano, que mandaba en el sur.

Determinaciones de Toussaint al ver llegar la expedicion francesa.

Habiendo llegado la escuadra de Villaret á Monte-Cristo pidió prácticos que la dirigiesen á las radas de Fuerte-Delfin y del Cabo, y despues de habérselos procurado, no sin trabajo, destacó al paso á la division de Magon sobre Fuerte-Delfin, y llegó al frente del puerto del Cabo el 3 de Febrero (14 de Pluvioso). Todas las balizas ó boyas habian desa-

parecido, los fuertes estaban armados y era evidente que se hallaban en ánimo de defenderse. Una fragata, enviada para comunicar con tierra, recibió la respuesta dictada por Toussaint. Segun decia Cristobal, no tenian instrucciones, y por lo tanto era necesario aguardar la respuesta del comandante en gefe que en aquel momento se hallaba ausente, pero que se resistiria con el incendio y el degüello á cualquier tentativa de desembarco que se verificase á viva fuerza. La municipalidad del Cabo, compuesta de personas notables, blancas y de color, acudió á manifestar sus ansias y angustias al capitan general Leclerc. Hallábase á la vez alegre por la llegada de los soldados de la madre patria, y llena de espanto al pensar en las horrorosas amenazas de Cristobal. En breve participó de sus angustias el alma del capitan general, quien se hallaba colocado entre la obligacion de cumplir su encargo, y el temor de exponer á los furores de los negros una poblacion blanca y francesa. Sin embargo, era preciso desembarcar; y así, pues, prometió á los habitantes del Cabo que obraria con prontitud y vigor para sorprender á Cristobal y no dejarle tiempo para que cumpliese sus horribles instrucciones. Exhortóles fuertemente á que se armasen en defensa de sus personas y de sus bienes, y les remitió una proclama del primer Cónsul, destinada á tranquilizar á los negros acerca del objeto de la expedicion. En seguida tuvo la escuadra que hacerse mar adentro para obedecer á una condicion de los vientos, regular en aquellos parages. Una vez en alta mar, el capitan general determinó, de acuerdo con el almirante Villaret-Joyeuse el plan de un desembarco. Consistia este en trasbordar las tropas á bordo de las fragatas, y desembarcarlas en los alrededores del Cabo, al otro lado de las alturas que dominan la ciudad, cerca de un lugar que se llama el embarcadero del Limbé; y despues, mientras estas procuraban llegar á la ciudad, penetrar con la escuadra en los canalizos, y llevar á cabo un doble ataque por tierra y por mar. Esperábase, que al obrar con gran celeridad se podria tomar la ciudad antes que Cristobal tuviese tiempo de realizar sus amenazas siniestras. Si el capitan Magon y el general Rochambeau habian logrado apoderarse del fuerte Delfin, debian secundar el movimiento del capitan general.

Respuesta que Toussaint habia mandado dar á las intimaciones de la escuadra.

Plan del general Leclerc para desembarcar en el Cabo.

Al dia siguiente se trasladaron las tropas á bordo de las fragatas y otros buques ligeros, desembarcando en seguida cerca del embarcadero del Limbé, operacion que duró todo el dia. Al siguiente se pusieron las tropas en marcha hácia la ciudad, y la escuadra entró en los canalizos. Dos navios, el *Patriota* y el *Scipion*, anclaron delante del fuerte de Picolet, que hacia sus disparos con bala roja, y apagaron en breve sus fuegos. El dia estaba muy adelantado, y la brisa de tierra que por la tarde reemplaza á la del mar obligó de nuevo á la escuadra á alejarse hasta el otro dia. Mientras que se hacia mar adentro, tuvo el dolor de ver elevarse una luz rogiza que parecia salir de las aguas, y en breve devorar las llamas la ciudad del Cabo. Cristobal, aunque menos feroz que su gefe, habia obedecido, no obstante, sus órdenes; prendiendo, en su consecuencia, fuego á los barrios principales, y limitándose á asesinar algunos blancos, obligando á los demas á seguirle á los montes. Mientras que una parte de estos desgraciados blancos espiraba bajo el acero de los negros, ó se veia obligada á seguirlos, la otra unida á la municipalidad, se habia escapado de manos de Cristobal, y buscaba su salvacion saliendo al encuentro del ejército frances. Grande fue la angustia de todos durante aquella horrible noche, asi la de los desgraciados expuestos á tantos peligros, como la de las tropas de mar y tierra, que veian el incendio de la ciudad, y la horrorosa situacion de sus compatriotas sin poder socorrerlos.

Incendio de la ciudad del Cabo.

El dia siguiente 6 de Febrero, mientras que el capitan general Leclerc se dirigia apresuradamente hácia el Cabo, flanqueando las alturas, el almirante hizo rumbo hácia el puerto y ancló en él. Con la retirada de los negros habia cesado la resistencia. Al momento hizo desembarcar á 1,200 marineros al mando del general Humbert para que acudiesen al

socorro de la ciudad, arrancasen sus restos del furor de los negros y se diesen la mano con el capitan general. Este habia llegado ya por su lado, sin haber alcanzado á Cristobal que habia emprendido la fuga: en cambio hallaron á los habitantes que habian seguido á la municipalidad, que errantes y en el mayor desconsuelo, se llenaron de alegria, al verse socorridos con tanta prontitud y libres definitivamente del peligro. Todos corrieron á sus casas incendiadas: las tropas de marina les ayudaron á apagar el fuego, y las de tierra fueron en persecusion de Cristobal, logrando impedir con su actividad que los negros destruyesen las ricas posesiones de la llanura del Cabo, y rescatar de su poder á muchos blancos que no habian tenido tiempo de llevárselos consigo.

Mientras que en el Cabo tenian lugar todos estos acontecimientos, el valiente capitan Magon habia desembarcado la division de Rochambeau á la entrada de la bahia de Mancenilla, penetrando despues en ella con sus navios para secundar el movimiento de las tropas. Su conducta vigorosa, que ya presagiaba lo que habia de hacer en Trafalgar, ayudó tanto el ataque de la division de Rochambeau, que se apoderaron de improviso de Fuerte-Delfin, antes que los negros pudiesen causar ningun destrozo. Este segundo desembarco acabó de limpiar la campiña de los alrededores del Cabo, y obligó á Cristobal á retirarse de hecho á las mornes. Establecido el capitan general Leclerc en el Cabo, mandó apagar el incendio, cuyos desastres no correspondieron, por fortuna, á las horrorosas amenazas del lugarteniente de Toussaint; pues solo pegó fuego á los techos de las casas. El número de los blancos que habian sido degollados, no era tampoco tan grande como el que se temia, y muchos de estos volvian sucesivamente acompañados de sus criados que habian permanecido siéndoles fieles. Toda la rabia de las hordas negras se habia saciado en los ricos almacenes del Cabo. La tropa y el pueblo se emplearon en borrar como mejor fue posible las huellas del incendio. Llamóse á los negros cultivadores, que estaban ya cansados de aquella vida de exterminio y de sangre; á la cual queria conducirseles de nuevo, y muchos volvieron al lado de sus dueños y á su trabajo. En pocos dias recobró la ciudad cierto aspecto de órden y de actividad. El capitan general envió una parte de sus buques hácia el continente de América, para que le trajesen víveres, que reemplazasen á los recursos que acababan de ser destruidos.

El capitan Magon y la division de Rochambeau ocupan á Fuerte-Delfin.

En este intervalo, haciendo la escuadra del almirante Latouche-Treville, rumbo hácia el oeste, habia doblado la punta de la isla, y presentádose al frente de Puerto-Principe para verificar su desembarco. Un blanco llamado Agé, comprometido en las filas de los negros, oficial animado de buenos sentimientos, mandaba en ausencia de Dessalines, quien residia en San Marcos. Su repugnancia á ejecutar las órdenes que habia recibido, el vigor del almirante Latouche-Treville, la prontitud del general Boudet, y la fortuna, en fin, que favorecia esta parte de las operaciones, salvaron la ciudad de Puerto-Príncipe de las desgracias que habian abrumado á la del Cabo. El almirante Latouche mandó construir balsas armadas con artilleria, y por este medio logró desembarcar de improviso las tropas en la punta del Lamentin, haciendo en seguida vela para Puerto-Principe. Mientras que los navios verificaban este rápido movimiento, las tropas se adelantaban por su lado hácia la ciudad. En el camino se hallaba el fuerte de Bizoton, al cual se aproximaron sin hacer un disparo.—Dejémonos matar sin hacer fuego, esclamó el general Boudet, á fin de prevenir un choque, y salvar, si podemos, á nuestros desgraciados compatriotas del furor de los negros.—En efecto, este era el único medio de evitar el degüello que amenazaba á los blancos. Al ver la guarnicion negra del fuerte de Bizoton la actitud amistosa y resuelta de las tropas francesas, se rindió alistándose en las filas de la division de Boudet, la cual llegó á Puerto Príncipe en el momento mismo en que el almirante Latouche-Treville fondeaba con sus navios. Cuatro mil negros componian la guarnicion de dicha plaza; y desde las alturas por donde se adelantaba el ejérci-

El almirante Latouche-Treville y el general Boudet ocupan á Puerto Príncipe.

to veíase á aquellos negros, repartidos por las principales plazas ó situados al frente de los muros. El general Boudet mandó á dos batallones para que franqueasen la ciudad, y con el grueso de la division marchó hácia los reductos que la defendian.—Somos amigos, gritaron las primeras avanzadas de negros; no tireis.—Confiados nuestros soldados en estas palabras se adelantaron con el arma al brazo; pero una descarga de fusileria y de metralla, hecha casi á quema ropa, puso fuera de combate á 200 hombres, matando á unos é hiriendo á otros, contándose entre estos últimos el valiente general Pamphile-Lacroix. Entonces cargaron á la bayoneta á aquellos miserables negros, y mataron á los que no tuvieron tiempo de ponerse en fuga. El almirante Latouche, que durante la travesia, decia sin cesar á los generales del ejército, que los fuegos de una escuadra eran superiores á los de cualquiera posicion de tierra, y que en breve lo haria ver, se situó bajo las baterías de los negros, y en pocos instantes logró apagar sus fuegos. Cañoneados los negros tan de cerca, y asaltados en las calles por las tropas de la division de Boudet, huyeron en desórden, sin prender fuego á nada, dejando las arcas públicas llenas de dinero, y los almacenes de una inmensa cantidad de géneros coloniales. Desgraciadamente se llevaron consigo á muchos blancos, á los cuales trataron sin piedad en su precipitada fuga, señalando sus huellas con el incendio y el saqueo de las posesiones del campo. Columnas de humo daban á conocer á lo lejos su retirada.

Es salvada la ciudad de Puerto-Príncipe por las rápidas operaciones del almirante y de los generales.

Al saber el feroz Dessalines el desembarco de los franceses, dejó á San Marcos, pasó por detrás de Puerto Príncipe y por medio de una rápida marcha ocupó á Léogane para disputar á los franceses el departamento del sur. El general Boudet envió un destacamento que ahuyentó á Dessalines de Léogane. Habia noticias que el general Laplume, menos bárbaro que los otros, y desconfiando, por otra parte de los mulatos, enemigos implacables de los negros, estaba dispuesto á someterse. Al momento despachó el general Boudet algunos emisarios para que tratasen con él; y el resultado fue rendirse Laplume, entregando intacto á nuestras tropas aquel rico departamento, que comprendia á Léogane, Goave la grande y Goave la pequeña, Tiburon, los Cayos, y Jacmel. La sumision del negro Laplume fue un acontecimiento feliz, porque de este modo se hallaba libre de los destrozos de la barbarie la tercera parte de la colonia. Durante este tiempo la parte española de la isla caia tambien en poder de nuestras tropas. El general Kerversau, enviado á Santo Domingo con algunas fragatas y 2,000 hombres de desembarco, secundado por los habitantes y por el influjo del Obispo frances Mauvielle, tomaba posesion de la mitad de la parte española, donde mandaba Pablo Louverture, hermano de Toussaint. Por su lado el capitan Magon, situado en Fuerte-Delfin, habia logrado por medio de diestras negociaciones y por el influjo del mismo Obispo Mauvielle, atraerse al general mulato Clervaux, y apoderarse de la hermosa llanura de Santiago. De este modo, en los diez primeros dias de Febrero las tropas francesas ocupaban el litoral, los puertos, las capitales de la isla y la mayor parte de los terrenos cultivados. Solo quedaban á Toussaint tres ó cuatro medias brigadas negras con los generales Maurepas, Cristobal y Dessalines, y con sus tesoros y acopios de armas en las montañas llamadas mornes del Caos. Desgraciadamente, tenia tambien en su poder á muchos blancos, á los cuales conservaba en rehenes, y trataba muy mal mientras que se le antojaba ponerlos en libertad ó degollarlos. Era preciso aprovechar la estacion que era favorable, para acabar de someter la isla.

El negro Laplume entrega intacto á nuestras tropas el departamento del sur.

El general Kerversau ocupa la parte española de Sto. Domingo.

El pais montañoso y desigual que servia de refúgio á Toussaint, se hallaba situado al oeste, entre el mar y el monte Cibao, que es el nudo central al cual se enlazan todas las cordilleras de la isla. Este pais vierte sus escasas aguas conducidas por muchos arroyuelos en el rio Artibonito, el cual de-

Proyectos del general Leclerc para someter totalmente la isla.

sagua en el mar por entre las Gonaivas y Puerto-Príncipe, muy cerca de San Marcos. Era necesario marchar de todos los puntos á la vez, del Cabo, de Puerto Príncipe y de San Marcos, á fin de poner á los negros entre dos fuegos y rechazarlos sobre las Gonaivas para envolverlos en seguida allí; pero para penetrar en aquellas montañas habia que atravesar estrechas gargantas, casi impenetrables á causa de la vegetacion de los trópicos, en cuyo fondo agazapados los negros, y siendo tan diestros tiradores, presentaban una resistencia difícil de arrollar. Empero, los antiguos soldados del Rhin, transportados mas allá del Atlántico solo debian temer el clima. Solo él podia vencerlos; y en efecto, solo él los ha vencido en este siglo heróico porque únicamente sucumbieron bajo el sol de Santo Domingo y bajo las nieves de Moscou!

El capitan general Leclerc estaba resuelto á aprovecharse de los meses de Febrero, Marzo y Abril, para concluir aquella ocupacion, porque mas tarde, los calores y las lluvias hacen imposible las operaciones militares. Gracias á la llegada de las divisiones navales del mediterráneo, mandadas por los almirantes Ganteaume y Linois, el ejército de desembarco ascendia á 17 ó 18.000 hombres. Es verdad que habia algunos soldados enfermos; pero 15,000 estaban en estado de maniobrar y el capitan general tenia, por tanto, todos los medios para llevar á cabo su obra.

Envíanse á Toussaint sus hijos, por si se puede asi atraerle á la obediencia.

Antes de continuar las operaciones quiso dirigir una intimacion á Toussaint. Este negro, capaz de cometer las mayores atrocidades para llevar adelante sus miras, era, sin embargo, sensible á las afecciones de la naturaleza. El capitan general habia traido consigo, de órden del primer Cónsul, á los dos hijos de Toussaint, educados en Francia, á fin de probar si los cuidados y solicitud filiales tenian algun imperio sobre su corazon. El preceptor encargado de su educacion, debia conducirlos á presencia de su padre, entregarle la carta del primer Cónsul, y procurar atraerle á la Francia, prometiéndole que seria la segunda autoridad de la isla.

Toussaint recibió á sus hijos y á su preceptor en su morada de Ennery, que era su residencia ordinaria. Por largo tiempo los estrechó entre sus brazos, y por un instante pareció subyugado por su emocion. Aquel corazon anciano, devorado por la ambicion, se sintió conmovido. Los hijos de Toussaint, y el hombre respetable que los habia educado, le pintaron entonces el poder y la humanidad de la nacion francesa, las ventajas que le reportaria su sumision, pues le aseguraria una posicion respetable en Santo Domingo, y á sus hijos un porvenir brillante; y el peligro, al contrario, de una ruina casi cierta si se obstinaba en resistirse. Uniose á estos jóvenes la madre de uno de ellos para tratar de vencer á Toussaint; quien, conmovido con tantas instancias, pidió algunos dias para reflexionar, durante los cuales pareció luchar entre dos extremos, tan pronto combatido por el temor de una lucha desigual, tan pronto dominado por el deseo ambicioso de ser el dueño único del hermoso territorio de Haïti; tan pronto, en fin, exasperado á la idea de que los blancos iban, quiza, á sumergir de nuevo á los negros en la esclavitud. La ambicion y el amor de la libertad pudieron mas en él que la ternura paternal. Mandó llamar á sus dos hijos, los estrechó de nuevo entre sus brazos, dejó á su eleccion que escogiesen entre la Francia que habia hecho de ellos hombres civilizados, y él, que les habia dado el ser, y les declaró que continuaria amándoles aun cuando se hallasen en las filas de sus enemigos. Agitados aquellos desgraciados hijos como su padre, vacilaron tambien como él, mas al fin, uno de ellos se arrojó á su cuello declarando que queria morir á su lado, ó ser negro libre, y el otro, incierto acerca del partido que debia tomar, siguió á su madre á una de las posesiones del dictador.

Entrevista de Toussaint con sus hijos. Su emocion y sus dudas.

Se decide por la guerra.

La respuesta de Toussaint, convenció al general Leclerc de la necesidad que habia de renovar inmediatamente las hostilidades, y en su consecuencia hizo sus preparativos, y empezó sus operaciones el 17 de Febrero.

Renuévanse las operaciones militares.

Su plan era atacar á la vez por el norte y por el oeste el pais cubierto de montañas y malezas, y casi inaccesible, adonde se habia retirado Toussaint con sus generales negros. Maurepas ocupaba la estrecha garganta llamada de los Tres-Rios que desemboca hacia el mar por Puerto-Paz. Cristobal se hallaba situado en las vertientes de las mornes, hácia la llanura del Cabo. Dessalines se hallaba en San Marcos, cerca de la embocadura del Artibonito, y tenia órden de prender fuego á San Marcos y defender las mornes del Caos por la parte de oeste y la del sur. Apoyábase en un fuerte bien construido y defendido, y provisto de municiones, reunidas por la previsíon de Toussaint. Este fuerte, llamado la Cresta del Gorrion, estaba edificado en la llanura que atraviesa é inunda el Artibonito, formando mil sinuosidades antes de desaguar en el mar. En el centro de aquel pais, entre Cristobal, Maurepas y Dessalines se hallaba Toussaint con una reserva de tropa escogida.

Principian las operaciones el 17 de Febrero.

El 17 de Febrero, se puso en marcha el capitan general Leclerc al frente de su ejército formado en tres divisiones. A su izquierda, la division de Rochambeau, que habia salido de Fuerte-Delfin, debia dirigirse hacia San Rafael y San Miguel; la division de Hardy debia marchar sobre la Marmelada por la llanura del norte, y la division de Desfourneaux debia pasar á Plasencia, dirigiéndose por el Limbé. Estas tres divisiones tenian que atravesar estrechas gargantas, y trepar á alturas escarpadas para penetrar en el pais de las mornes y apoderarse de los riachuelos que forman el curso superior del Artibonito. El general Humbert con un destacamento tenia el encargo de desembarcar en Puerto Paz, subir por la garganta de los Tres-Rios y hacer retroceder al negro Maurepas hasta la Gran Morne. Mientras que estos cuerpos marchaban del norte al sur, el general Boudet tenia órden de dirigirse del sur al norte, saliendo de Puerto-Príncipe para ocupar á Mirebalais, las Verrettes y San Marcos. Asaltados asi los negros por todos lados, habia la esperanza de encerrarlos en la Gonaivas que era su único asilo. Estas disposiciones eran muy acertadas, tratándose de un enemigo al que era necesario envolver y llevar siempre delante, mas bien que combatirle en regla. Cada cuerpo frances tenia bastante fuerza para no sufrir en ninguna parte un contratiempo formal. Contra un gefe experimentado, que hubiera tenido á su disposicion tropas europeas para concentrarlas de improviso y resistir á un solo cuerpo enemigo, este plan hubiera sido defectuoso.

Las tres divisiones de Rochambeau, Hardy y Desfourneaux que se pusieron en marcha el 17, cumplieron valerosamente lo que se les habia encargado, treparon por alturas espantosas, atravesaron terrenos cubiertos de malezas impenetrables, y sorprendieron á los negros con sus precipitadas marchas casi sin disparar un tiro, á pesar que el enemigo les hacia fuego por todas partes. El 18 la division de Desfourneaux se hallaba en los alrededores de Plasencia, la de Hardy en los de Dondon y la de Rochambeau en San Rafael.

Ocupacion de Plasencia, Dondon y San Rafael.

El 19 la division de Desfourneaux ocupó á Plasencia, cuya ciudad le fue entregada por Juan Pedro Dumesnil, negro bastante humano, el cual se rindió á los franceses con su tropa. La division de Hardy penetró á viva fuerza en la Marmelada, arrollando á Cristobal que se hallaba á la cabeza de 2,400 negros entre tropas de linea y cultivadores sublevados. La division de Rochambeau se apoderó de San Miguel. Los negros estaban sorprendidos de tan bruscos é inesperados ataques, y decian que hasta entónces no habian visto tropas semejantes entre los blancos. Solo Maurepas que defendia la garganta de los Tres-Rios contra el general Humbert, se resistió vigorosamente. No teniendo este último general bastante fuerza, se habia enviado á su socorro al general Debelle con un refuerzo de 1,200 á 1,500 hombres; pero no habiendo podido desembarcar á tiempo en Puerto-Paz, y contrariado en sus ataques por una lluvia horrorosa, aun no se le habia reunido.

El capitan general, despues de haber permanecido dos dias en aquellos sitios á causa del mal tiempo, mandó avanzar á la division de Desfourneaux hácia las Gonaivas; á la de Hardy sobre Ennery, y á la de Rochambeau sobre una temible posicion llamada la Barranca de las Culebras. El 23 de Febrero

Toma de la Barranca de las Culebras.

entrò en las Gonaivas la division de Desfourneaux, habiéndolas entregadas á las llamas; la division de Hardy se apoderó de Ennery, principal residencia de Toussaint, y la valiente division de Rochambeau se hizo dueña de la Barranca de las Culebras. Para forzar esta última posicion era necesario penetrar en una garganta muy estrecha, formada por alturas perpendiculares, poblada de árboles gigantescos, erizada de zarzales y espinos, y defendida por buenos tiradores negros, y en seguida desembocar en una meceta, ocupada por Toussaint con 3,000 granaderos de su color y toda su artillería. El intrépido Rochambeau penetró audazmente en dicha garganta; á pesar del incómodo fuego que se le hacia, escalò aquellas pendientes escabrosas, matando á bayonetazos á los negros que tardaban en retirarse, y desembocó sobre la meceta. Ya en ella los veteranos del Rhin, dieron fin á todo con una sola carga. Ochocientos negros quedaron tendidos, y toda la artillería de Toussaint cayó en poder de nuestros soldados.

Mientras tanto, ejecutando el general Boudet las òrdenes del capitan general, habia dejado en Puerto-Príncipe al general Pamphile-Lacroix con 600 á 800 hombres de guarnicion, dirigiéndose con la demas fuerzas sobre San Marcos, donde se hallaba Dessalines, aguardando á los franceses, y dispuesto á cometer las mayores atrocidades. El mismo, armado con una antorcha, prendió fuego á una rica posesion que tenia en San Marcos, é imitándole los suyos, se retiraron en seguida degollando á una parte de los blancos, y arrastrando en su seguimiento á los demas á su horrible asilo de las mornes. El general Boudet, ocupó, pues, únicamente ruinas inundadas de sangre. Mientras que perseguia á Dessalines, éste, por medio de una marcha rápida, se habia dirigido sobre Puerto-Príncipe, cuya ciudad suponia que estaba mal defendida, como asi era efectivamente; pero el valiente general Pamphile-Lacroix, habia reunido su tropa, poco numerosa, y la habia arengado con entusiasmo. Al mismo tiempo, noticioso el general Latouche del peligro, bajó á tierra con sus marineros, diciendo al general Lacroix: En el mar estábais á mis órdenes, justo es que en tierra esté yo á las vuestras, para defender ambos la vida y la propiedad de nuestros compatriotas.—Rechazado Dessalines no pudo saciar su barbarie y se refugió en las mornes del Caos. El general Boudet volvió apresuradamente á Puerto Principe, y hallò que se habia salvado por la union de las tropas de mar y tierra, pero enmedio de aquellas marchas y contramarchas, no pudo secundar los movimientos del general en gefe, y los negros no habian sido envueltos ni arrojados en las Gonaivas.

San Marcos es entregado á las llamas por Dessalines.

Sin embargo, habian sido batidos por todas partes. La toma de la Barranca de las Culebras, defendida por el mismo Toussaint los habia desanimado del todo; y el capitan general Leclerc quiso poner el colmo á su desaliento destruyendo al negro Maurepas, que se sostenia contra los generales Humbert y Debelle en el fondo de la garganta de los Tres-Rios. A este fin destacó la division de Desfourneaux, la cual debio caer sobre la Gran Morne, al pie de la cual venia á salir la garganta de los Tres-Rios. Asaltado asi por todas partes, no tuvo el negro Maurepas mas recurso que rendirse, como, en efecto lo verificó con 2,000 negros de los mas valientes. Este fue el golpe mas terrible que sufrió el poder moral de Toussaint.

Ríndese el general negro Maurepas.

Era necesario quitar al enemigo el fuerte de la Cresta del Gorrion y las montañas llamadas mornes del Caos, para forzar á Toussaint en su último asilo, á menos que no se retirase á las montañas del interior de la isla, y viviese en adelante como un partidario sin medios para obrar, y despojado de todo prestigio. El capitan general hizo marchar contra el fuerte y las montañas á las divisiones de Hardy y de Rochambeau por un lado, y á la de Boudet por otro. Perdiéronse algunos centenares de hombres al aproximarse con demasiada confianza á las obras del fuerte, el cual se hallaba mejor defendido que lo que se suponia, por cuya causa fue preciso establecer una especie de sitio en regla, ejecutar trabajos, establecer bate-

Marzo de 1802.

rias, &c. Dos mil negros, buenos soldados, mandados por algunos oficiales menos ignorantes que los demas, custodiaban y defendian aquel depósito de los recursos de Toussaint. Este, secundado por Dessalines, procuró interrumpir los trabajos del sitio haciendo ataques nocturnos; pero nada pudo lograr, y en poco tiempo se halló el fuerte estrechado tan de cerca, que hizo posible el ataque. Desesperada la guarnicion tomó entónces el partido de hacer una salida de noche para atravesar las líneas de los sitiadores y fugarse, como asi lo verificó, logrando en el primer momento engañar la vigilancia de nuestras tropas, y atravesar sus campamentos; pero, reconocidos en breve, y asaltados por todos lados, parte de la guarnicion tuvo que retroceder al fuerte y parte fue destruida por nuestros soldados. En seguida se apoderaron de aquella especie de arsenal, en donde hallaron una copia considerable de armas y de municiones, y muchos blancos cruelmente asesinados.

Toma del fuerte de la Cresta del Gorrion.

El capitan general hizo recorrer, en seguida, en todas direcciones las mornes de las cercanias, para no dejar ningun asilo á las bandas fugitivas de Toussaint, y destruirlas antes de la estacion de las calores. En los Verrettes fue testigo el ejército de un espectáculo horrible. Hacia tiempo que los negros conducian en su seguimiento bandadas de blancos á los cuales obligaban á fuerza de golpes á que andasen tan de prisa como ellos; pero no esperando sustraerlos del ejército que los seguia muy de cerca, degollaron á ochocientos blancos entre hombres, mugeres, ancianos y niños. Nuestro ejército halló la tierra cubierta con esta hecatombe horrorosa; y nuestros generosos soldados, que tanto habian combatido en todas las partes del mundo, y que tantas escenas sangrientas habian presenciado, pero que nunca habian visto degollar á las mugeres y los niños, fueron sobrecogidos de un horror profundo, y de una cólera excitada por el amor á la humanidad; cólera que fue fatal á los negros que pudieron hallar, á los cuales persiguieron á todo trance, sin dar á ninguno cuartel.

Son asesinados los blancos en los Verrettes.

Habia llegado ya el mes de Abril. Los negros se hallaban sin recursos, al menos por entonces; y el desaliento era profundo entre ellos. Animados los gefes con los buenos procederes del capitan general Leclerc hácia los que se habian rendido, á los cuales habia dejado sus grados y posesiones, pensaron deponer las armas. Cristobal, por medio de los negros ya sometidos se dirigió al capitan general, ofreciéndole someterse, si se le prometia tratarle como á los generales Laplume, Maurepas y Clervaux. El capitan general, que era tan humano como cuerdo, accedió con gusto á las proposiciones de Cristobal y aceptó sus ofrecimientos. La sumision de Cristobal trajo consigo en breve la del feroz Dessalines, y por último la del mismo Toussaint. Este habia quedado casi solo, pues apenas le seguian algunos negros decididos. Continuar sus correrias en el interior de la isla, sin emprender nada importante, capaz de levantar entre los negros su crédito abatido, le parecia inútil, y que serviria solo para agotar el celo de sus últimos partidarios. Por otra parte él mismo se hallaba rendido, y sin esperanzas, pues solo alimentaba la que podia inspirarle el clima. En efecto, hacia mucho tiempo que estaba acostumbrado á ver á los europeos, y sobre todo á los militares, desaparecer bajo la accion de aquel clima devorador, y se lisonjeaba de encontrar en breve en la fiebre amarilla un auxiliar poderoso. Pensó, pues, que debia aguardar en paz que llegase el momento propicio, y que entonces acaso le saldria bien recurrir de nuevo á las armas. En su consecuencia manifestó que queria entrar en tratos. El capitan general que no esperaba poder alcanzarle, ni aun persiguiéndole sin descanso, en las numerosas y lejanas guaridas de la isla, consintió en concederle una capitulacion semejante á la concedida á sus lugartenientes. Asi, pues, se le restituyeron sus grados y sus propiedades con la condicion de que habia de habitar en el lugar que se le señalase, sin poder cambiar de permanencia sino con permiso del capitan general. En su conse-

Abril de 1802.

Sumision de los generales negros Cristobal y Dessalines.

Toussaint piensa en rendirse.

cuencia, se retiró á su posesion de Ennery, en la cual permaneció vigilado muy de cerca, pues sospechando el capitan general Leclerc que su sumision era solo aparente, tomó todas sus medidas para prenderle al primer acto que probase su mala fe.

Toussaint obtiene para lugar de su retiro su posesion de Ennery.

Mayo de 1802.

Desde esta época, fin de Abril y principio de Mayo, se restableció el órden en la colonia, y se vió renacer la prosperidad que habia gozado en tiempo del dictador. Los reglamentos publicados por él quedaron en toda su fuerza y vigor; y casi todos los negros cultivadores habian vuelto á sus plantaciones. Una gendarmeria negra perseguia á los vagamundos y los traia á las posesiones de que dependian, segun las declaraciones de testigos. Las tropas de Toussaint muy reducidas en número y sometidas á la autoridad francesa; permanecian tranquilas y no parecian dispuestas á sublevarse, siempre y cuando se les conservase su estado presente. Cristóbal, Maurepas, Dessalines y Clervaux, que conservaban sus grados y sus bienes, estaban dispuestos á acomodarse á este régimen tan bien como se habian acomodado al de Toussaint-Louverture; y para esto bastaba tan solo que se les asegurase la conservacion de sus riquezas y de su libertad.

Sumision general de la colonia.

El capitan general Leclerc, militar valiente, amable y cuerdo, ponia todo su conato en restablecer el órden y la seguridad en la colonia. Habia continuado admitiendo á los pabellones extrangeros para favorecer la introduccion de víveres, señalándoles cuatro puertos principales, el Cabo, Puerto-Príncipe, Cayos y Santo Domingo, y prohibiendo á los buques tocar en otras partes á fin de impedir la introduccion clandestina de armas á lo largo de la costa. Solo habia limitado la importacion en lo relativo á los productos de Europa, pues habia reservado á los comerciantes de la metrópoli la introduccion exclusiva de ellos. En efecto, ya habia llegado una gran cantidad de buques mercantes del Havre, Nantes y Burdeos; y era de esperar que en breve la prosperidad de Santo Domingo refluiria no en beneficio de los ingleses y de los americanos, como en la época que gobernaba Toussaint, sino en beneficio de la Francia, sin que la colonia perdiese por ello ninguna de sus ventajas.

Sin embargo, siempre se temia un doble peligro; por una parte el clima, funesto siempre á las tropas europeas; y por el otro la incurable desconfianza de los negros, que por mas que se hacia, era imposible que dejasen de pensar si se querria sumirles de nuevo en lo esclavitud. A los 17 ó 18,000 hombres que se hallaban en la colonia, se habian unido nuevamente 3 ó 4,000 transportados por otras divisiones navales, que habian dado á la vela de los puertos de Holanda y Francia; de modo que el número de los soldados de la expedicion ascendia á 21 ó 22,000 hombres. De estos estaban ya fuera de combate 4 ó 5,000, é igual número en los hospitales; y 12,000 á lo mas quedaban para hacer frente á una nueva lucha, si los negros recurrian otra vez á las armas. El capitan general ponia el mayor cuidado en procurarles descanso, víveres frescos, y saludables acantonamientos, y no descuidaba nada para que fuese completo y definitivo el éxito de la expedicion que se le habia confiado.

Estado del ejército de Santo Domingo en el momento que parecia concluida la expedicion.

El valiente general Richepanse que habia desembarcado en la Guadalupe con 3 ó 4000 hombres, en breve sojuzgó á los negros revelados, volviéndolos á la esclavitud, despues de haber destruido á sus gefes. Esta especie de contrarevolucion era posible y ningun peligro ofrecia en una isla de tan corta extension como la Guadalupe; pero traia consigo un inconveniente muy grave, cual era el asustar á los negros de Santo Domingo, haciéndoles sospechar que les estaba reservada la misma suerte. Por lo demas, el estado de nuestras Antillas era tan próspero que no pudiera haberse esperado mejor en tan corto tiempo; y en todos nuestros puertos mercantiles se preparaban expediciones para empezar de nuevo el rico tráfico que Francia hacia otras veces con ellas.

Sumision de la Guadalupe por las armas del general Richepanse.

Esfuerzos del primer Consul para restablecer la marina francesa.

Continuando el primer Cónsul su tarea con perseverancia, habia trasladado al litoral los depósitos de las medias brigadas destinadas á las colonias. Aumentábalas continuamente con reclutas, y aprovechaba todas las expediciones que hacian los buques mercantes ó la marina militar, para mandar nuevos destacamentos. Habia aumentado á 130 millones de francos (unos 488 millones de reales) el presupuesto especial del ministerio de marina, suma considerable en un presupuesto total de 589 millones de francos (720 si se cuenta segun el valor actual del dinero); habia mandado se empleasen cada año 20 millones de francos (75 millones de reales) en materias navales, que se comprarian en todos los paises; y ademas que se construyesen y botasen al agua doce navios de linea cada año. Decia sin cesar que la marina debia crearse durante la paz, porque durante ella, se hallaba libre el campo de las maniobras; es decir el mar, y abierta la senda de las provisiones. «El primer año de un ministerio, es»cribia al almirante Decrès, es un año »de aprendizage. El segundo del vuestro »empieza ahora. Teneis que restablecer »la marina francesa; y esta es una ta»rea hermosa para un hombre que se »halla en la fuerza de su edad; y tan»to mas hermosa, cuanto mas evidentes »han sido nuestras pasadas desgracias. »Emprendedla, pues, y continuadla sin »descanso. TODAS LAS HORAS QUE SE PIER»DEN EN LA EPOCA EN QUE VIVIMOS, SON »UNA PERDIDA IRREPARABLE.» (14 de Febrero de 1803).

La mente activa del primer Cónsul se habia convertido de las Indias y la América, al imperio otomano, cuya caida le parecia próxima, y cuyos restos no queria que sirviesen para aumentar las posesiones rusas ó inglesas. Habia renunciado al Egipto con la condicion de que los ingleses respetasen la paz; pero si esta se rompia por causa suya, se creia libre para volver á sus primeras ideas acerca de un pais que consideraba siempre como el camino de las Indias. Pero ningun proyecto formaba en aquel entonces, y su intencion era sola la de impedir que se aprovechasen los ingleses de la paz para establecerse en las bocas del Nilo. Un compromiso formal los obligaba á salir del Egipto en el término de tres meses, y á pesar de que ya habian transcurrido doce ó trece desde la firma de los preliminares de Lóndres y siete ú ocho desde la del tratado de Amiens, no parecian muy dispuestos á evacuar á Alejandria. El primer Cónsul mandó, pues, llamar al coronel Sebastiani, oficial de inteligencia no comun, y le mandó se embarcase en una fragata para que recorriese las costas del mediterráneo, pasase á Tunez y á Tripoli para dar á conocer el pabellon de la República italiana, se trasladase en seguida á Egipto para examinar la situacion de los ingleses, y la manera cómo estaban establecidos, y para que averiguase cuanto intentaban permanecer allí. Ademas, debia observar lo que pasaba entre los turcos y los mamelucos; visitar á los jeques árabes, y cumplimentarlos en su nombre; trasladarse á Siria para verse con los cristianos y ponerlos bajo la proteccion francesa, y conferenciar con Djezzar-Bajá, defensor de San Juan de Acre, y prometerle la amistad de la Francia si trataba con consideracion á los cristianos y favorecia nuestro comercio. Por último, el coronel Sebastiani tenia órden de volver por Constantinopla, para renovar al general Brune, nuestro embajador, las instrucciones del gabinete, por las cuales se mandaba á dicho general desplegase la mayor magnificencia, tratase amigablemente al Sultan, le prometiese nuestro apoyo contra sus enemigos, cualesquiera que fuesen, y en una palabra, no descuidase nada para hacer á la Francia respetable en Oriente.

Mision del coronel Sebastiani en el mediterráneo.

Junio de 1802.

Trabajos interiores del primer Cónsul.

Aunque el primer Cónsul se hallaba muy ocupado con estas empresas lejanas, no dejaba de procurar por todos los medios imaginables la prosperidad interior de Francia. Continuaba la redaccion del Código Civil; y una seccion del Consejo de Estado y otra del Tribunado se reunian diariamente en casa del Cónsul Cambacérès, para resolver las dificultades naturales á tan grande obra. Tambien se habia continuado con la mayor actividad la composicion de los caminos. El primer Cónsul los habia distribuido, como ya he-

mos dicho, en series, de veinte cada una, y sucesivamente pasaban de unas á otras los fondos extraordinarios que se les habian destinado. La obra de los canales de San Quintin y del Ourcq, no se habia interrumpido ni por un instante. Los trabajos mandados ejecutar en Italia, ya en los caminos ó en las fortificaciones, continuaban llamando la atencion del primer Cónsul, pues queria que si la guerra marítima empezaba de nuevo y traia consigo la continental, se hallase la Italia definitivamente ligada á la Francia por medio de grandes comunicaciones, y fuertes obras de defensa. Habiendo facilitado la posesion del Valais los trabajos del gran camino del Simplon, se hallaba casi concluida esta obra asombrosa; no asi la del camino del monte Cenis, pues habia sido preciso dedicar todos los recursos disponibles á la execucion del camino del monte Ginebra, á fin de que en todo el año de 1803, se hallase concluido siquiera uno. En cuanto á la plaza de Alejandria habia venido á ser el objeto de una correspondencia diaria entre el primer Cónsul y el hábil ingeniero Chasseloup. Preparábanse en ella cuarteles para una guarnicion permanente de 6,000 hombres, hospitales para 3,000 heridos, y almacenes para un grande ejército. Se habia empezado á fundir toda la artillería italiana con el objeto de hacer cañones del calibre de 6, de 8 y de 12; y por último el primer Cónsul, recomendaba al vice-presidente Melzi que mandase fabricar un gran número de fusiles.—Solo teneis 50,000 fusiles le escribia, y eso no es nada. En Francia tengo yo 500,000, ademas de los que se hallan en manos del ejército, y, sin embargo, no descansaré hasta que tenga un millon.—

Caminos y plazas fuertes.

El primer Cónsul acababa de imaginar la formacion de colonias militares, á semejanza de las de los antiguos romanos. En su consecuencia, habia mandado que se eligiesen en el ejército los soldados y oficiales que contasen largos años de servicio y heridas honrosas; y en seguida que pasasen al Piamonte y se les distribuyesen bienes nacionales situados en las inmediaciones de Alejandria, y de un valor proporcionado á su situacion, desde el soldado hasta el oficial. Estos veteranos, asi dotados, debian casarse con mugeres piamontesas, reunirse dos veces al año para maniobrar, y refugiarse en la plaza de Alejandria con todo lo que tuviesen de mas precioso, á la primera noticia de peligro. Por este medio pensaba el primer Cónsul arraigar en Italia los sentimientos y la sangre francesa; y esto mismo debia ejecutarse en los nuevos departamentos del Rhin, y en los alrededores de Maguncia.

Colonias de veteranos en Italia y en los departamentos del Rhin.

El autor de tan hermosas concepciones meditaba alguna cosa semejante para las provincias de la República, todavia infestadas de un espíritu contrario al de la nacion, tales como la Vendée y la Bretaña. Queria fundar en ellas á la vez grandes establecimientos y ciudades. Los agentes de Jorge que venian de Inglaterra, bajaban de las islas de Jersey y de Guernesey, desembarcaban en las costas del Norte, atravesaban la Peninsula Bretona por Loudéac y Pontivy, y se diseminaban ya en el Morbihan, ya en el Loira Inferior para mantener en ambas provincias la desconfianza y preparar en caso necesario la insurreccion. El primer Cónsul, en su correspondencia con la gendarmeria, dirigia á veces sus movimientos y las pesquizas que habia que hacer; y previendo la posibilidad de nuevas turbulencias, habia ideado construir en los principales pasos de las montañas y de los bosques, torres coronadas con una pieza de artillería giratoria; y capaces de contener cincuenta hombres de guarnicion, algunos víveres y municiones, y servir de apoyo á las colunas movilizadas. Embargado ademas con la idea de que tanto debia pensarse en civilizar el pais como en contenerle, habia mandado perfeccionar la navegacion del Blavet para hacer navegable este rio hasta Pontivy, formando asi el primer proyecto de esa navegacion excelente, que sigue á lo largo de las costas de la Bretaña desde Nantes hasta Brest, penetrando en el interior del pais por varios conductos navegables, y asegurando en cualquier tiempo el abastecimiento del grande arsenal de Brest. El primer Cónsul habia

Proyecto para fundar nuevas ciudades en Bretaña y la Vendée.

Canal de Nantes á Brest.

resuelto que se construyesen en Pontivy grandes edificios para el alojamiento de tropas, y para que sirviesen de residencia á un numeroso estado mayor, á tribunales, á la administracion militar, y por último á las fábricas de manufacturas que queria establecer á expensas del Estado. Tambien habia mandado que se buscasen los sitios mas á propósito para fundar nuevas ciudades, asi en la Bretaña como en la Vendée; y al mismo tiempo hacia que se trabajase en las fortificaciones de Quiberon, de Belle-Isle y de Isla de Dios.

Empiézase el fuerte de Boyard.

Se habia empezado á construir, segun sus planes, el fuerte de Boyard con el objeto de hacer de la ensenada comprendida entre la Rochela, Rochefort y las islas de Ré y de Oleron una rada extensa, segura é inaccesible á los ingleses. Era natural que Cherburgo llamase tambien su atencion. No creyendo que se concluiria el dique bastante pronto, habia mandado apresurar los trabajos sobre tres puntos, á fin de hacerlos salir del agua lo mas pronto posible y establecer en ellos tres baterias capaces de tener al enemigo á una distancia respetable.

Dique de Cherburgo.

En medio de todos estos trabajos emprendidos para la grandeza marítima, mercantil y militar de la Francia, el primer Cónsul sabia hallar tiempo para ocuparse de las escuelas, del Instituto, del progreso de las ciencias y de la administracion del clero.

Su hermana Elisa y su hermano Luciano, en union con MM. Suard, Morellet y Fontanes, componian lo que en la historia literaria de Francia se ha llamado, una oficina de ingenio.

Reorganizacion del Instituto.

Todas estas personas afectaban mucha aficion por los recuerdos de lo pasado, particularmente en materia de letras humanas; y preciso es confesar que solo en este caso puede justificarse el gusto por lo pasado. Pero á esta aficion muy justa, mezclaban otros gustos muy pueriles, tales como preferir los antiguos cuerpos literarios al Instituto; y hasta hablaban publicamente de volver á constituir la Academia francesa con los literatos que habian sobrevivido á la Revolucion, como, por ejemplo, MM. Suard, La Harpe, Morellet, &c. Los rumores que se divulgaban sobre este particular producian mal efecto; y el Cónsul Cambacérès, atento á todas las circunstancias que podian perjudicar al gobierno, advirtió á tiempo al primer Cónsul de lo que pasaba, el cual á su vez manifestó á sus dos hermanos, el disgusto que le causaba aquel género de pretensiones.

Agosto de 1802.

Con este motivo se ocupó del Instituto, y declaró que cualquier sociedad literaria que tomase otro título que el del Instituto, y quisiera, por exemplo, llamarse Academia francesa, seria disuelta, si tenia la pretension de tomar un carácter público. La segunda clase, que era la que entónces venia á ser la antigua Academia francesa, permaneció dedicada á las letras humanas; pero suprimió la clase de ciencias morales y políticas, por la marcada aversion que tenia, no precisamente á la filosofia (mas tarde se verá su modo de pensar sobre este punto) sino á ciertos hombres que afectaban profesar la filosofia del siglo XVIII, en su parte mas contraria á las ideas religiosas. Asi, pues, incorporó esta clase á la de literatura, diciendo que su objeto, era comun pues la filosofía, la política, la moral, y la observacion de la naturaleza humana eran el fondo de la literatura; que el arte de escribir no era mas que la forma; que no debia separarse lo que debia estar unido; que la clase destinada á la literatura seria inútil, y la consagrada á las ciencias morales y políticas muy pedantesca, si quedaban separadas en derecho; que los escritores que no meditasen ó discurriesen, ó los que discurriesen ó meditasen y no fuesen escritores, no serian ni lo uno ni lo otro; y, por último, que aun el siglo mas fecundo en talentos, podria apenas proporcionar á uno solo de aquellos cuerpos, individuos dignos de ellos, si no se queria descender á buscarlos en las medianias. Estas ideas, verdaderas ó falsas, servian al primer Cónsul mas bien de pretexto que de razon para deshacerse de una sociedad literaria, que contrariaba sus miras políticas respecto al restablecimiento del culto. De las dos clases no hizo, pues, mas que una, y agregando á ella á MM. Suard, Morellet y Fontanes, la

declaró segunda clase del Instituto, correspondiente á la Academia francesa. Mientras que llevaba á cabo esta reunion, pedia al sabio Haüy que compusiese una obra elemental de física, la cual faltaba todavia para la enseñanza; y contestaba á Laplace, quien acababa de dedicarle su grande obra sobre el mecanismo celeste, estas palabras tan orgullosas y nobles. «Os doy gracias por »vuestra atencion, y deseo que al leer »las generaciones venideras vuestra obra, »no olviden el aprecio y amistad que »me mereció su autor.» (26 de Noviembre de 1802.)

Septiembre de 1802. — Administracion del Clero.

Desde que se restauró el culto, observaba el primer Cónsul con la mayor atencion la conducta del Clero. Casi todos los Obispos nombrados se hallaban ya en sus diócesis; y aunque la mayor parte se portaba bien, algunos, sin embargo, animados del espiritu de secta, cometian el yerro de no emplear en sus nuevas funciones la dulzura y caridad evangélicas, únicas que pueden poner fin á un cisma. Si MM. de Belloy en Paris, Boisgelin en Tours, Bernier en Orleans, Cambacérès en Rouen, y Pancemont en Vannes, se conducian como verdaderos pastores, piadosos y sabios, otros habian manifestado tendencias desagradables en el exercicio de su ministerio. El Obispo de Besanzon, por ejemplo, jansenista y antiguo constitucional, queria probar á los sacerdotes de su diócesis, que la constitucion civil del clero era una institucion verdaderamente evangélica y ortodoxa, conforme al espíritu de la Iglesia primitiva; y por lo tanto reinaba en su diócesis la mayor inquietud. Preciso es confesar, sin embargo, que era el único Obispo constitucional que diese motivos de queja; y que las faltas que debian desterrarse del clero, procedian, sobre todo, de la intolerancia de los Obispos ortodoxos. Varios de ellos ostentaban el orgullo de un partido victorioso, y rechazaban con dureza á los sacerdotes juramentados. Los Obispos de Burdeos, de Aviñon y de Rennes, separaban á dichos sacerdotes del servicio de las parroquias, procuraban humillarlos, y de este modo disgustaban la parte de la poblacion que les era adicta.

Nada puede darse mas enérgico que el lenguage que usaba el primer Cónsul con este motivo. El mismo escribia á ciertos Obispos, ú obligaba al Cardenal Legado á que les escribiese, y amenazaba con quitar de su sedes, y llamar ante el Consejo de Estado á los prelados que turbasen el sosiego de la nueva Iglesia.—Yo he querido, escribia á los prefectos, levantar los altares caidos y poner término á las cuestiones religiosas, pero no hacer triunfar un partido sobre el otro, y mucho menos un partido enemigo de la Revolucion. Los sacerdotes constitucionales que han permanecido fieles á las reglas de su estado, que han observado buenas costumbres y no han causado escándalos, son para mi preferibles á sus adversarios; porque, al fin y al cabo, lo único que puede tachárseles es haber abrazado la causa de la Revolucion, que es la nuestra.—El Cardenal Fesch, su tio, parecia haber echado en olvido en la diócesis de Leon las instrucciones del gobierno, y el primer Cónsul le escribió estas palabras: «Humillar á los sa»cerdotes constitucionales y no hacer ca»so de ellos, es faltar á la justicia, al »interes del Estado, á mi interes y al »vuestro, señor Cardenal; es faltar á lo »que tengo expresamente mandado, y »esto me disgusta mucho.»

Pero asi como se mostraba severo con los que no correspondian á lo que era de esperar de ellos, asi se mostraba pródigo y atento con los que se conformaban con su política firme y conciliadora. A los unos les regalaba ornamentos de iglesia, á los otros muebles para sus habitaciones, y á todos sumas considerables para los pobres. En un solo invierno entregó en dos ó tres ocasiones 50:000 francos á M. de Belloy para que los distribuyese entre los indigentes de su diócesis. Al Obispo de Vannes, que era un modelo cumplido del prelado amable, piadoso, bienhechor, envió 10,000 francos para que amueblase su palacio episcopal, 10,000 para que los distribuyese entre los sacerdotes que mas lo merecieran, y 70,000 para los pobres de su diócesis. En el año XI, de que vamos hablando, remitió 200,000 francos al Obispo Bernier, para que socorriese secretamente con ellos á las víctimas de la guerra civil de la Vendée.

Liberalidad respecto al clero.

cantidad que distribuyó dicho prelado de un modo hábil y humano. Todos estos fondos los sacaba de la caja del ministerio del interior, á la cual provenian de diferentes productos que entonces no entraban en el tesoro, y cuyo origen purificaba, consagrándolos á los usos mas nobles.

Octubre de 1802.

Hallábanse ya en el otoño de 1802; el tiempo era magnífico, y parecia que la naturaleza queria dispensar á aquel año feliz una segunda primavera; pues merced á una temperatura de una benignidad extremada los arbustos florecian por segunda vez. Entonces asaltó al primer Cónsul el deseo de visitar la Normandia, de cuya provincia habia oido hablar de varios modos. Entonces lo mismo que ahora, presentaba este hermoso pais el espectáculo interesante de ricas fábricas, elevándose enmedio de campos verdes y bien cultivados; y participando de la actividad general que se despertaba en toda Francia, ofrecia el aspecto mas animado que puede darse. Sin embargo, algunas personas, y particularmente el Cónsul Lebrun, habian procurado persuadir al primer Cónsul que la Normandia era una provincia realista, pues asi lo temian, recordando la energia y fuerza con que se habia opuesto en 1792 á los excesos de la Revolucion. El primer Cónsul quiso trasladarse á ella, examinarla con sus propios ojos, y conocer el efecto que su presencia produciria en sus habitantes, debiendo acompañarle en esta excursion Madama Bonaparte.

Viage del primer Cónsul á Normandia en el otoño de 1802.

El primer Cónsul invirtió quince dias en este viage. Atravesó por Rouen, Elbeuf, Havre, Dieppe, Gisors y Beauvais; visitó los campos y las fábricas, lo examinó todo por sí mismo, y en todas ocasiones se presentó sin guardias á la poblacion, ávida de contemplarle. Los obsequios y homenages de que era objeto paralizaban su viage. A cada momento encontraba en el camino al clero de los pueblos pequeños que le presentaba el agua bendita, y á los maires que le ofrecian las llaves de sus ciudades, y le dirigian asi á él como á su esposa, los discursos que se dirigian antiguamente á los reyes y reinas de Francia. El primer Cónsul estaba encantado al ver la acogida que le hacian, y especialmente al notar la prosperidad que empezaba á renacer por todas partes. «Elbeuf, escribia á su cólega Cambacé»rés, se ha aumentado una tercera par»te despues de la Revolucion, y no es »mas que una sola fábrica.» El Havre le llamó particularmente la atencion y y adivinó el gran papel que estaba llamado á representar en el mundo mercantil. «Por todas partes, escribia en »otra ocasion al Cónsul Cambacérés, ha»llo á todos del mejor espíritu. La Nor»mandia no es tal como Lebrun me la »habia pintado. Está francamente deci»dida por el gobierno; y yo encuentro »aquí la unanimidad de sentimientos, »que hicieron tan hermosos los dias de »1789.» Todo esto era verdad; y la Normandia le expresaba perfectamente los sentimientos de la Francia; pues representaba aquella poblacion honrada y sincera de 1789, al principio entusiasta de la Revolucion, asustada despues de sus excesos, acusada de realismo por los procónsules, cuyos furores condenaba, y gozosa entonces al encontrar de una manera inesperada el órden, la justicia, la igualdad y la gloria, todo, en fin, menos la libertad, de la cual, por desgracia, hacia muy poco caso.

Noviembre de 1802.

El primer Cónsul volvió á su palacio de Saint-Cloud á mediados de Noviembre.

Celos que inspira á la Inglaterra la prosperidad inaudita de Francia.

Imagínese á un envidioso presenciando los triunfos de un rival temible, y se formará una idea, sobre poco mas ó menos, exacta de los sentimientos que sufria la Inglaterra á la vista del espectáculo de la prosperidad de la Francia. ¡Esta nacion poderosa é ilustre tenia, sin embargo, en su propia grandeza, con que consolarse de la grandeza agena! pero una envidia singular la devoraba. Mientras que los triunfos del general Bonaparte habian sido un argumento contra el ministerio de M. Pitt, habian sido acogidos en Inglaterra con cierto aplauso; pero desde que estos triunfos, continuos y acrecentados, eran los de la misma Francia; despues que se la habia visto engrandecerse con la paz tanto como con la guerra, y lo mismo por la política que por las armas; desde que en

diez y ocho meses habian visto á la República italiana, convertirse, bajo la presidencia del general Bonaparte, en una provincia francesa; agregado el Piamonte á nuestro territorio, con el consentimiento de todas las potencias del continente; á Parma y la Luisiana aumentando nuestras posesiones, por la simple ejecucion de los tratados; á la Alemania, en fin, constituida de nuevo por nuestro influjo: desde que habia visto llevarse á cabo todo esto, tranquila y naturalmente, como cosa nacida de una situacion aceptada por la generalidad, se habia apoderado de todos los ingleses un despecho profundo, que no se disimulaba; asi como no se disimula ningun sentimiento en un pueblo apasionado, orgulloso y libre.

Las clases que gozaban menos ventajas de la paz, manifestaban mas á las claras que las otras su envidia. Ya hemos dicho que los fabricantes de Birmingham y de Manchester, indemnizados con el contrabando de las dificultades que encontraban en nuestros puertos, se quejaban poco; pero que el alto comercio, viendo los mares cubiertos con pabellones rivales, y agotado con los empréstitos el manantial de los beneficios rentísticos, echaba de menos la guerra y se manifestaba mas descontento de la paz que la misma aristocracia. Por su parte esta aristocracia, por lo comun tan orgullosa y tan patriota, que no dejaba á ninguna clase de la nacion el honor de servir y amar, mas que ella lo hacía, la grandeza británica, no le disgustaba mucho en esta ocasion distinguirse del alto comercio, manifestando miras mas elevadas y generosas. Asi, pues, queria algo menos á M. Pitt, desde que era tan querido del mundo mercantil, y se colocaba con cierto empeño en torno del príncipe de Gales, modelo de las costumbres y de la licencia aristocráticas, y particularmente al lado de M. Fox, quien les complacia por la nobleza de sus sentimientos y su elocuencia incomparable. Pero el alto comercio, poderoso en Lóndres y en los puertos, y teniendo por órganos á MM. Windham, Grenville y Dundas, cubría la voz del resto de la nacion y animaba con sus pasiones la prensa británica. Asi los periódicos de Lóndres empezaban á manifestarse muy hóstiles, abandonando sin embargo á los diaros escritos por los emigrados franceses, el cuidado de ultrajar al primer Cónsul, á sus hermanos, hermanas y á toda su familia.

Debilidad del ministerio Addington.

Por desgracia, el ministerio Addington carecia de energia; se dejaba conducir por aquel viento tempestuoso que empezaba á soplar, y cometia por debilidad actos verdaderamente desleales. Todavia continuaba socorriendo á Jorge Cadoudal, cuya perseverancia en conspirar era conocida, poniendo á su disposicion cantidades considerables para la manutencion de los sicarios, que sin cesar corrian desde Portsmouth á Jersey y de Jersey á la costa de Bretaña. Seguia tolerando en Lóndres al folletinista Peltier, á pesar de los medios legales que para echarlo de la capital le suministraba el *alien-bill*; trataba á los príncipes desterrados con consideraciones muy naturales; pero no se limitaba á esto, pues los invitaba á las revistas de las tropas, recibiéndolos en ellas con las condecoraciones de la antigua monarquia. Repetimos que obraba asi por debilidad, porque si M. Addington se hubiera visto libre del influjo de partido, hubiera repugnado á su probidad semejantes actos. No ignoraba que al pagar á Jorge alimentaba á un conspirador, pero á presencia del partido de Windham, Dundas y Grenville, no se atrevia á despedir y acaso á enagenar para siempre á aquellos gastados instrumentos de la politica inglesa.

Altercado sensible entre el primer Cónsul y el gabinete británico, á causa de los periódicos, de Jorge, y de los príncipes franceses.

Semejante conducta disgustaba en extremo al primer Cónsul. A las peticiones reiteradas de un tratado de comercio, contestaba, reclamando que se pusiese freno á algunos periódicos, que se expulsase á Jorge y á Peltier, y que se alejase de Lóndres á los príncipes franceses.—Concededme, decia, las satisfacciones que se me deben y que solo pueden negárseme declarándose cómplice de mis enemigos, y yo buscaré en seguida los medios de satisfacer vuestros intereses lastimados.—Pero el ministerio ingles no hallaba como satisfacer ninguna de las peticiones del primer Cónsul. En cuanto á la represion de algunos periódicos, MM. Ad-

dington y Hawkesbury, contestaban con razon: La prensa es libre en Inglaterra; imitadnos y despreciad sus licencias. Si quereis se la denunciará pero á vuestra cuenta y riesgo, es decir, corriendo la suerte de proporcionar un triunfo á vuestros enemigos.—En cuanto á Jorge, Peltier y los príncipes emigrados, M. Addington no podia hacer valer ninguna excusa legal, porque el *alien-bill* le daba el derecho de alejarlos; pero se cubria con la necesidad de contemporizar con la opinion pública de Inglaterra; y necesario es convenir que este era un argumento muy triste, tratándose de algunos de los hombres, cuya expulsion se reclamaba.

El primer Cónsul no se daba por vencido.—Desde luego, decia, el consejo que me dais de que desprecie la licencia de la prensa seria bueno si se tratara de que yo despreciase la licencia de la prensa francesa en Francia; pues se comprende, que uno se decida en su propio pais á tolerar los inconvenientes de la libertad de escribir, en consideracion á las ventajas que procura. Esta es una cuestion interior, y en la cual cada nacion es juez para hacer lo que mejor le parezca. Pero no se debe sufrir que la prensa injurie diariamente á los gobiernos extranjeros, y altere las relaciones de Estado á Estado; pues lo contrario seria un abuso muy grave y un peligro sin compensacion; y la prueba de este peligro se halla en las relaciones actuales de Francia con Inglaterra. Sin los periódicos estariamos en paz, con ellos casi estamos en guerra. Vuestra legislacion es, pues, mala en lo tocante á la prensa; pues deberiais permitírselo todo tratándose de vuestro gobierno, pero nada contra los gobiernos extrangeros. Sin embargo, quiero dejar á un lado las injurias de los periódicos ingleses; respeto vuestras leyes, aun en lo que tienen de incómodo para las demás naciones, pues este es un disgusto de vecindad al que me resigno. Pero ¿por qué sufris en Inglaterra á los franceses que hacen en Lóndres un uso tan odioso de vuestras instituciones, y que escriben tantas infamias? ¿Por qué no os valeis del *alien-bill* que justamente tiene por objeto impedir á los extrangeros que causen perjuicios? Y ¿por qué os negais á expulsar á Jorge y sus sicarios, cómplices evidentes de la máquina infernal, y á los Obispos de Arras y de Saint-Pol-de-Leon, que excitan públicamente á la insurreccion á las poblaciones de la Bretaña? ¿Que viene á ser en vuestras manos el tratado de Amiens, que expresamente extipula que no se sufrirá que en uno de los estados se fraguen tramas contra el otro? No hay duda que se debe respetar que concedais un asilo á los príncipes emigrados; pero ya que el gefe de su familia se halla en Varsovia ¿qué inconveniente hay en enviarlos á todos á su lado. ¿Por qué, sobre todo, les permitis, que usen condecoraciones que las leyes francesas no reconocen, que son motivo de disgusto, y que no cuadran bien con lo que se debe á la Francia, porque esas condecoraciones se llevan en presencia de nuestro embajador, y á veces hasta en la misma mesa? Me pedis, añadia un tratado de comercio y de mejores relaciones entre ambos paises; empezad, pues, manifestando mas benevolencia hácia la Francia, y entónces procuraré buscar los medios de conciliar nuestros intereses rivales.—En verdad, que en tales razones solo debia censurarse la debilidad del grande hombre, que, dominando á la Europa, se tomaba el trabajo de escribirlas. En efecto ¿qué le importaba al poderoso vencedor de Marengo, ni Jorge, ni Peltier, ni el conde de Artois con sus condecoraciones régias? ¡Contra los puñales de los asesinos tenia su fortuna; contra los ultrages de los folletinistas, su gloria, y contra la legitimidad de los Borbones tenia el amor de la Francia! Pero ¡oh debilidad de las almas grandes! ¡Aquel hombre colocado tan alto, se atormentaba por cosas que estaban tan bajas! Ya hemos lamentado este error de su parte, y no podemos dejar de lamentarle de nuevo al aproximarnos al momento en que produjo tan fatales consecuencias.

No pudiendo el primer Cónsul contenerse, se vengaba insertando respuestas en el *Moniteur*, á veces escritas por él, y cuyo origen podia conocerse por un incomparable vigor de estilo. Quejábase de la deferencia del ministerio británico hácia el conspirador Jorge y hácia el disfamador Peltier. Preguntaba por qué toleraba tales huéspedes y porque les permitia tales actos contra un gobierno amigo, cuando los tratados le imponian el deber, y las leyes existen-

tes le daban los medios de reprimirlos. El primer Cónsul iba á veces mas lejos, y dirigiéndose al mismo gobierno ingles, le preguntaba en los artículos del *Moniteur*, si aprobaba y queria aquellos manejos odiosos y aquellas diatrivas infames, pues que los toleraba, ó bien si no queriéndolos, era demasiado débil para impedirlos; y concluia, que no existia ningun gobierno donde no se podia reprimir la calumnia, prevenir el asesinato, y proteger, en fin, el órden social europeo.

Entonces el ministerio inglés se quejaba á su vez.—Esos diarios cuyo lenguage os ofende, decia, no son oficiales, y no podemos responder de ellos; pero el *Moniteur* es el órgano reconocido del gobierno frances; y, por otra parte, es fácil descubrir en su lenguage hasta el origen de sus inspiraciones. Ese periódico nos injuria diariamente; y por lo tanto, podemos tambien con mas fundamento pedir una satisfaccion.

Estas tristes recriminaciones llenaron durante algunos meses los despachos y las comunicaciones de los dos gobiernos. Pero de pronto sobrevinieron acontecimientos mas graves, que proporcionaron á sus disposiciones irascibles un objeto mas peligroso es verdad, pero al menos mas digno.

Nuevos acontecimientos en Suiza

Libre la Suiza de las manos del oligárquico Reding, habia caido en las del landamman Dolder, gefe del partido de los revolucionarios moderados. La retirada de las tropas francesas habia sido una concesion hecha á este partido, á fin de hacerle mas popular, y una prueba de la impaciencia que sentia el primer Cónsul por librarse de los negocios suizos; empero no cogió el fruto de sus buenas intenciones. Casi todos los cantones habian adoptado la nueva Constitucion, y obedecian á los hombres encargados de ponerla en ejecucion; pero en los pequeños cantones de Schwitz, Uri, Unterwalden, Appenzel, Glaris y los Grisones, el espíritu de rebelion, avivado por M. Reding y sus amigos, en breve habia sublevado á las poblaciones de las montañas. Los oligárquicos lisonjeándose que podian arrastrarlas á la fuerza, desde la salida de las tropas francesas, habian reunido al pueblo en las iglesias, y habian hecho que desechase la Constitucion propuesta. Habianle persuadido que Milan estaba sitiada por un ejército austriaco, y que la República francesa estaba tan próxima á su ruina como en 1799. Sin embargo, aunque habian logrado que desechase la Constitucion, no habian podido impulsarle á que encendiese la guerra civil; pues los pequeños cantones se habian limitado á enviar sus diputados á Berna para declarar al ministro de Francia Verninac, que no era su ánimo derribar al nuevo gobierno, pero que querian separarse de la confederacion helvética, constituirse á parte en sus montañas, y volver á su régimen propio, que era la aristocracia pura. Tambien solicitaban arreglar sus nuevas relaciones con el gobierno central establecido en Berna bajo los auspicios de Francia. Como era natural, el ministro Verninac desechó tales comunicaciones, y declaró que no reconocia mas gobierno helvético que el que tenia su asiento en Berna.

En los Grisones tenian lugar escenas tumultuosas, que ponian en claro, mas que nada, las influencias secretas que agitaban entonces á la Suiza. En medio del valle del Rhin superior que cultivan los montañeses grisones, se hallaba el señorio de Bazuns, perteneciente al Emperador de Austria; señorio que le valia la cualidad de miembro de la liga gris, y una accion directa en la composicion de su gobierno, pues elegia al amman del pais entre tres candidatos que le presentaban. Desde que Francia reunió los Grisones á la confederacion helvética, el Emperador que habia quedado siendo propietario de Bazuns, gobernaba este dominio por medio de un administrador; el cual se habia puesto á la cabeza de los grisones insurreccionados, tomando parte en todas las reuniones, en que estos habian declarado su deseo de separarse de la confederacion helvética para establecer el antiguo órden de cosas. Tambien habia recibido y aceptado la mision de llevar sus votos á los pies del Emperador, y con ellos la súplica de que los tomase bajo su proteccion.

Es seguro que no se podia manifestar de un modo mas claro el partido en que procuraban apoyarse en Europa. A esta agitacion de los ánimos se unia algo mas grave aun: tomábanse las armas, se componian los fusiles dejados por los

austriacos y los rusos en la última guerra, y se ofrecian y se daban diez y ocho sueldos diarios á los antiguos soldados de los regimientos suizos, expulsados de Francia, devolviéndoles sus antiguos oficiales. Creyendo sencillamente los pobres habitantes de las montañas, que peligraban su religion y su independencia, acudian en tumulto á llenar las filas de aquella tropa insurreccionada. Los ricos oligárquicos suizos adelantaban dinero en abundancia á cuenta de los millones depositados en Londres, pues estaban seguros de reembolzarlos al punto que triunfaran. El landamman Reding era el gefe de aquella liga; y estos nuevos mártires de la independencia helvética invocaban los recuerdos de Morat y de Sempach.

Apenas se puede comprender semejante imprudencia de su parte, hallándose el ejército frances rodeando por todos lados las fronteras de Suiza; pero se habia persuadido á los insurreccionados que el primer Cónsul tenia atadas las manos, que las potencias iban á intervenir, y que no podria dar órden que entrase un regimiento en Suiza sin exponerse á una guerra general, que de seguro no arrostraria para sostener al landamman Dolder y á sus cólegas.

Los oligárquicos sublevan los pequeños cantones contra el gobierno de los revolucionarios moderados.

A pesar de aquella agitacion los pobres montañeses de Uri, de Schwitz, y de Unterwalden, que eran los mas comprometidos en tan triste acontecimiento, no obraban tan de prisa como sus gefes hubieran deseado, y habian declarado que no saldrian de sus cantones. El gobierno helvético tenia sobre poco mas ó menos de 4 á 5,000 hombres á su disposicion, de los cuales, 1000 ó 1200 componian la guarnicion de Berna, algunos otros centenares se hallaban repartidos en varias guarniciones y 3,000 en el canton de Lucerna, en el límite del de Unterwalden, destinados á observar la insurreccion. Una partida de insurreccionados se hallaba apostada en el pueblo de Hergyswil. En breve vinieron á las manos, resultando algunos hombres muertos y heridos por ambas partes. Mientras que esto acontecia en la frontera de Unterwalden, el general Andermatt, que mandaba las tropas del gobierno, habia querido enviar algunas compañías de infantería á la ciudad de Zurich para que custodiasen el arsenal y le salvasen de las manos de los oligárquicos; pero la parte aristócrata de Zurich se resistió cerrando sus puertas á los soldados del general Andermatt. En vano hizo este algunos disparos contra la ciudad, pues le contestaron, que primero se dejarian quemar que rendirse y entregar la ciudad de Zurich á los opresores de la independencia helvética. Al mismo tiempo, los partidarios de la antigua aristocracia de Berna en el pais de Argovia y en el Oberland se agitaban hasta el punto de hacer temer una sublevacion. En el canton de Vaud pedian como de ordinario su reunion á Francia; asi pues, el gobierno suizo no sabia como salir de tan peligrosa situacion. Combatido á mano armada por los oligárquicos, no tenia á su favor ni los patriotas ardientes que querian la unidad absoluta, ni las masas pacíficas, inclinadas á la Revolucion, pero que no conocian de ella mas que los horrores de la guerra y la presencia de las tropas extrangeras: de modo, que en aquel momento podia juzgar lo que valia la popularidad que habia adquirido al precio de la retirada de las tropas francesas.

Amenazado el gobierno helvético por todas partes, solicita la intervencion de Francia.

En medio de su apuro, concluyó un armisticio con los insurgentes, y en seguida se dirigió al primer Cónsul, solicitando con empeño la intervencion de la Francia, la cual solicitaban tambien los insurgentes por su lado, pues querian arreglar sus relaciones con el gobierno central, bajo los auspicios del ministro Verninac.

El primer Cónsul se niega á la intervencion solicitada.

Al punto que se supo en Paris la peticion del gobierno helvético, se arrepintió el primer Cónsul de haber accedido con demasiada facilidad á las ideas del partido de Dolder, asi como á su propio deseo de librarse cuanto antes de los asuntos suizos, todo lo cual le habia llevado á retirar prematuramente las tropas francesas. Ocupar ahora de nuevo la Suiza en presencia de la Inglaterra, que se quejaba de nuestra accion demasiado manifiesta sobre los estados del continente, era

un acto de mucha gravedad. Por lo demas, aun no sabia todo lo que pasaba en Suiza, ni tampoco hasta qué punto los provocadores del movimiento de los pequeños cantones habian manifestado sus verdaderos designios, en conformidad á lo que eran realmente; es decir, agentes de la contrarevolucion europea, y aliados del Austria y de la Inglaterra. Negóse, pues, á la intervencion que se le pedia por todos, y cuya inevitable consecuencia hubiera sido la vuelta de las tropas francesas á Suiza, y la ocupacion militar de un Estado independiente garantido por la Europa.

Esta respuesta causó la mayor consternacion al gobierno helvético, y en Berna no sabian qué hacer, al verse amenazados con el próximo rompimiento del armisticio, y con la sublevacion de los campesinos del Oberland. Ciertos individuos del gobierno imaginaron sacrificar al landammam Dolder, y violentándole hasta cierto punto le obligaron á que presentase su dimision, á lo cual tuvo la debilidad de acceder. El Senado, mas firme, rehusó aceptar aquella dimision, pero el ciudadano Dolder persistió en hacerla. Entónces se recurrió al medio ordinario de que se valen todos los cuerpos que no saben qué hacerse, y se nombró una comision extraordinaria, encargada de buscar medios de salvacion pública. Pero habiendo concluido al mismo tiempo el armisticio, los sublevados se adelantaron sobre Berna, obligando al general Andermatt á replegarse ante ellos. Componian en todo unos 1,500 ó 2,000 hombres que llevaban crucifijos y carabinas, é iban precedidos por los soldados de los regimientos suizos, que estaban antes al servicio de Francia; antiguos restos del diez de Agosto. En breve se presentaron á las puertas de Berna, é hicieron algunos disparos de artilleria con unas piezas muy malas que llevaban. La municipalidad de Berna, bajo pretexto de salvar la ciudad, intervino y negoció una capitulacion; por la cual se convino, que para no exponer á Berna á los horrores de un ataque á viva fuerza se retiraria el gobierno con las tropas del general Andermatt al pais de Vaud. Esta capitulacion se llevó inmediatamente á cabo, y el gobierno se trasladó á Lausana, á donde le siguió el ministro de Francia. Concentradas sus tropas despues que habian cedido el pais á los insurgentes, se hallaban en Payern, en número de 4,000 hombres, todos en buen sentido, y animados ademas por el buen espíritu que se manifestaba en el pais de Vaud, pero incapaces de conquistar de nuevo á Berna.

El gobierno helvético se ve obligado á retirarse á Lausana.

El partido oligárquico se estableció al punto en Berna; y para hacer las cosas completas, reinstaló á M. de Mulinen en su cargo de *Avoyer* que desempeñaba en 1798, época en que se hizo la primera revolucion. Nada faltaba, pues, á esta contrarevolucion, ni en el fondo, ni en la forma, y sin las locas ilusiones de los partidos, sin los rumores ridículos que habian circulado en Suiza acerca de la pretendida impotencia del gobierno frances, no se comprenderia una tentativa tan extravagante.

Completa contrarevolucion en Berna.

Entretanto, habiendo llegado las cosas á este punto, no se debia contar con la paciencia del primer Cónsul. Los dos gobiernos, residentes en Lausana y en Berna, acababan de mandar enviados cerca de su persona, el uno para suplicarle que interviniese, y el otro para amonestarle que no se moviese á nada. El enviado del gobierno oligárquico era un individuo de la misma familia de Mulinen, y llevaba la mision de renovar las promesas hechas por M. Reding, que tan mal habian sido cumplidas, y tener una entrevista con los embajadores de todas las potencias residentes en Paris, á fin de poner la Suiza bajo su proteccion.

Los dos partidos se dirigen al primer Cónsul.

Pero lo mismo unas súplicas que otras eran ya inútiles para con el primer Cónsul, pues no era hombre para vacilar en presencia de una contrarevolucion tan fragante, cuyo objeto era entregar los Alpes á los enemigos de Francia. En su consecuencia, no quiso recibir al agente del gobierno oligárquico, y contestó á los que se habian encargado de manifestar las instrucciones que traia dicho agente, que tenia ya tomada su resolucion.—Desde este momento, les dijo, ceso de mostrarme neutral y de

Resolucion enérgica del primer Cónsul.

permanecer en la inaccion. He querido respetar la independencia de la Suiza, y contemplar las susceptibilidades de la Europa, y he llevado el escrúpulo hasta cometer una verdadera falta, cual ha sido el haber retirado de dicho pais las tropas francesas. Pero basta ya de condescendencia por los intereses de los enemigos de la Francia. Mientras que no he visto en Suiza mas que conflictos cuya tendencia era solo dar á un partido una poca de mas fuerza que al otro, he debido dejarla entregada á sí misma; pero hoy que se trata de una contrarevolucion evidente, llevada á cabo por los soldados que estaban otras veces al servicio de los Borbones y que despues pasaron al de la Inglaterra, no puedo dejarme engañar. Si los insurreccionados querian dejarme alguna ilusion, debian haberse conducido con mas disimulo, y no haber colocado á la cabeza de sus columnas los soldados del regimiento de Bachmann. No sufriré la contrarevolucion en ninguna parte, ni en Suiza, ni en Italia, ni en Holanda ni tampoco en Francia. No entregaré á 1,500 soldados mercenarios ganados por la Inglaterra, esos FORMIDABLES BALUARTES DE LOS ALPES, los cuales no ha podido la coalicion europea arrancar en dos campañas á nuestros soldados rendidos de fatiga. Se me habla de la voluntad del pueblo suizo, y no puedo verla en la voluntad de doscientas familias aristocráticas; pues aprecio demasiado á ese valiente pueblo para creer que quiera sufrir semejante yugo. Pero en cualquier caso, hay una cosa que estimo mas que la voluntad del pueblo suizo, y es la seguridad de cuarenta millones de hombres, á los cuales mando. Voy á declararme mediador de la confederacion helvética, y á darle una constitucion fundada en la igualdad de los derechos, y en la naturaleza de su terreno. Treinta mil hombres se hallarán en la frontera para asegurar la ejecucion de mis intenciones benéficas; pero, si contra lo que espero, no puedo asegurar la tranquilidad de un pueblo tan digno de interes, y al cual quiero hacer todo el bien que merece, tengo tomado mi partido. Reuniré á la Francia todo lo que por sus costumbres y terreno se asemeja al Franco-Condado, y lo demás se lo daré á los montañeses de los pequeños cantones, devolviéndoles el régimen que tenian en el siglo XIV, y entregándolos á sí mismos. Mi resolucion está ya tomada: ó una Suiza amiga de la Francia, ó fuera del todo la Suiza.—

El primer Cónsul mandó á M. de Talleyrand que hiciese salir de Paris en el termino de doce horas al enviado de Berna, y le dijese que solo en Berna podia ser de alguna utilidad á sus comitentes, aconsejándoles que se separasen al instante, si no querian ver en Suiza á un ejército frances. Al mismo tiempo redactó por sí mismo una proclama corta y enérgica, dirigida al pueblo helvético, y concebida en los términos siguientes:

Proclama del primer Cónsul al pueblo suizo.

«Habitantes de la Helvecia: hace dos años »que ofreceis un espectáculo que aflige á todo »el mundo. Sucesivamente se han apoderado del poder facciones opuestas, »que han señalado su imperio pasagero »con un sistema de parcialidad que acusa su flaqueza y su falta de conocimientos.

«En este mismo año, deseó vuestro »gobierno que se retirase de Helvecia el »pequeño número de tropas francesas »que se hallaban en ella, y el gobierno »frances aprovechó gustoso esta ocasion »de honrar vuestra independencia; pero en breve vuestros partidos se han »agitado con nuevo furor, y la sangre »de los suizos ha corrido, derramada »por manos suizas.

«Hace tres años que estais disputando sin entenderos. Si por mas tiempo »se os deja abandonados á vosotros mismos, os matareis durante otros tres »años, sin que por eso os entendais mejor. Vuestra historia prueba por otra »parte que vuestras guerras intestinas »jamas han podido terminarse sino con »la intervencion amistosa de la Francia.

«Es cierto que habia tomado el partido de no mezclarme en vuestros asuntos, pues habia visto á vuestros gobiernos pedirme siempre consejos y no seguirlos nunca, y á veces hasta abusar »de mi nombre segun sus intereses y »sus pasiones. Pero yo no puedo ni debo »permanecer insensible á las desgracias »que os amenazan; y he tenido que »apartarme de mi resolucion. Yo seré el »mediador de vuestras diferencias; pero »mi mediacion será eficaz, y cual con-

»viene al gran pueblo, en cuyo nombre »os hablo."

Disposiciones que acompañan á la proclama del primer Cónsul

A este noble preámbulo iban unidas disposiciones imperativas. Cinco dias despues de publicada aquella proclama, el gobierno refugiado en Lausana debia trasladarse á Berna; el gobierno insurreccional debia disolverse; todas las partidas armadas, á excepcion del ejército del general Andermatt debian dispersarse, y los soldados de los antiguos regimientos suizos entregar las armas á las justicias de sus pueblos. Por último, se invitaba á todos los hombres que habian desempeñado cargos públicos, para que se trasladasen á Paris, á fin de conferenciar con el primer Cónsul acerca de los medios que deberian adoptarse para concluir de una vez las turbulencias de su patria.

El ayudante de campo Rapp lleva á Suiza la proclama del primer Cónsul.

El primer Cónsul mandó á su ayudante de campo el coronel Rapp, que se trasladase inmediatamente á Suiza, para que entregase su proclama á todas las autoridades legales ó insurreccionales; y que en seguida se dirigiese á Lausana, y despues á Berna, Zurich, Lucerna, y por último, á cualquier parte en que hubiera alguna resistencia que vencer. El coronel Rapp debia ademas ponerse de acuerdo para los movimientos de las tropas con el general Ney, encargado de mandarlas, y á las que se habian dado órdenes para que se pusiesen en marcha. En Ginebra se formaba un campamento de 7 á 8 000 hombres de tropas sacadas del Valais, de la Saboya y de los departamentos del Ródano. En Pontarlier se reunian 6,000 hombres, y en Huninga y Basilea otros 6,000. Otra division de igual fuerza se concentraba en la República italiana para entrar en Suiza por las bailias italianas. El general Ney debia aguardar en Ginebra las noticias que le comunicara el coronel Rapp, y á la primera señal de este entrar en el pais de Vaud con la columna formada en Ginebra, reunirse en marcha á la que hubiera penetrado por Pontarlier, y dirigirse á Berna con 12 ó 15,000 hombres. Las tropas que entrasen por Basilea tenian órden de unirse en los pequeños cantones al destacamento que penetrase por las bailias italianas.

El general Ney queda encargado de apoyar la proclama con 30,000 hombres.

Tomadas todas estas disposiciones con una prontitud extraordinaria, porque en cuarenta y ocho horas se resolvió lo que se habia de hacer, se redactó la proclama, se expidió á todos los cuerpos la órden de marchar, y salió el coronel Rapp para Suiza, aguardó el primer Cónsul con una tranquila audacia el efecto que producia en Europa una resolucion tan atrevida, y que agregada á todo lo que habia hecho en Italia y en Alemania, iba á hacer mas evidente una superioridad que saltaba ya á los ojos de todos. Pero cualquiera que fuese el resultado, aunque trajese consigo la guerra, su resolucion era un acto de cordura y de prudencia, porque se trataba nada menos que de sustraer los Alpes á la coalicion europea. Cuando se pone la energia al servicio de la prudencia, es este uno de los espectáculos mas hermosos que puede presentar la política.

Conducta de los ministros europeos en Paris.

El agente del partido oligárquico de Berna, al verse acogido tan bruscamente, no dejó de dirigirse á los embajadores de las cortes de Austria, Rusia, Prusia é Inglaterra. M. de Markoff, aunque declamaba diariamente contra la conducta de Francia en Europa, no se atrevió á contestar nada. Los demas representantes guardaron tambien silencio, á excepcion de M. Merry, ministro de Inglaterra, quien despues de ponerse en relaciones con el enviado de Berna, despachó inmediatamente un correo, dando parte á su gobierno de lo que pasaba en Suiza, y anunciándole que el gobierno de Berna invocaba formalmente la proteccion de la Inglaterra.

Emocion en Inglaterra con motivo de los acontecimientos de Suiza.

Lord Hawkesbury recibió el correo despachado por M. Merry, al mismo tiempo que llegaron á Lóndres los periódicos franceses. Al momento toda la Inglaterra se puso del lado de aquel valiente pueblo de Helvecia, que, segun decia, defendia su religion y su libertad contra un bárbaro opresor. La misma emocion que en nuestros dias hemos visto comunicarse á to-

da la Europa en favor de los griegos asesinados por los turces, fingian experimentarla en Inglaterra á favor de los oligárquicos de Berna, que excitaban á los desgraciados campesinos á armarse por la causa de sus privilegios. Inmediatamente abrieron suscriciones para sostener la insurreccion; sin embargo, era la emocion demasiado ficticia para ser general, y no pasó del círculo de las clases elevadas, que son las que comunmente se agitan solas en los asuntos diarios de la política. MM. Grenville, Windham y Dundas hicieron varios viages para enardecer los ánimos, y acusaron con nueva vehemencia lo que llamaban la debilidad de M. Addington. El parlamento habia sido disuelto, é iba á reunirse por la primera vez despues de una eleccion general. El gabinete ingles, al verse entre el partido Pitt que se separaba de él de un modo visible, y el partido Fox, que aunque muy templado despues de la paz, no habia cesado de hacer la oposicion, no sabia en donde encontrar un apoyo. Asi, pues, temia las primeras sesiones del nuevo parlamento, y creyó que debia dar algunos pasos diplomáticos que le sirviesen de argumento contra sus adversarios.

Apuros y falsos pasos dados por el gabinete británico.

El primer paso que imaginó dar fue transmitir una nota á París, para reclamar en favor de la independencia de la Suiza, y protestar contra toda intervencion material por parte de la Francia. No era esto, en verdad, un modo de detener al primer Cónsul, sino exponerse pura y simplemente á un cambio desagradable de comunicaciones. Pero el gabinete Addington no se limitó á esto, sino que tambien envió á Suiza á M. Moore, con la mision de verse y conferenciar con los gefes de la insurreccion; juzgar si estaban bien resueltos á defenderse, y ofrecerles en este caso los recursos pecuniarios de Inglaterra. Asimismo tenia órden de comprar armas en Alemania para suministrarlas á los revoltosos. Necesario es reconocer que semejante conducta no era leal ni fácil de justificar; pero no contenta aun la Inglaterra dirigió comunicaciones de mucha gravedad á la corte de Austria para reanimar su antigua aversion contra la Francia, irritar el resentimiento reciente que alimentaba con motivo de los asuntos germánicos, y sobre todo alarmarla respecto á la frontera de los Alpes, llegando hasta ofrecerla un subsidio de cien millones de florines (unos 787 millones de reales), si queria tomar sobre sí y defender la causa de la Suiza. Tal fue al menos la noticia que comunicó á Paris el mismo M. de Haugwitz, que procuraba siempre estar al corriente de cuanto podia interesar al sostenimiento de la paz. Igual tentativa, aunque mucho mas embozada y disimuladamente hizo la Inglaterra, con el Emperador Alejandro, porque sabia que se hallaba muy ligado á la política de la Francia á consecuencia de la mediacion egercida en Ratisbona; pero no dió ningun paso cerca del gabinete prusiano, notoriamente adherido al primer Cónsul, y al que por esta causa trataba con reserva y frialdad.

Todos estos pasos del gabinete británico, aunque eran muy fuera de propósito en plena paz, no podian tener grandes consecuencias, porque dicho gabinete iba á hallar á todas las córtes de Europa mas ó menos ligadas á la política del primer Cónsul; los unos como la Rusia, porque á la sazon se hallaban asociados á sus obras; los otros como la Prusia y el Austria porque deseaban obtener de él ventajas personales. En efecto, este era el momento en que el Austria solicitaba y acababa de obtener un aumento de indemnizacion en favor del archiduque de Toscana. Pero el gabinete ingles cometió un acto mucho mas grave, y que mas tarde tuvo inmensas consecuencias. Habia ya dado la órden para evacuar el Egipto, pero no la de evacuar á Malta; y este retardo habia tenido hasta entonces causas dignas de excusa, y que mas bien podian imputarse á la cancilleria francesa que á la inglesa; pues M. de Talleyrand, como se recordará, habia descuidado el dar cumplimiento á una de las estipulaciones del tratado de Amiens, por la cual quedó convenido que se solicitaria de Prusia, Rusia, Austria y España que garantizasen el nuevo órden de cosas establecido en Malta. Los primeros dias despues de haberse firmádo aquel tratado, interesados los ministros ingleses en obtener aquella garantia an-

El gabinete británico aplaza la evacuacion de Malta.

tes de evacuar á Malta, habian puesto el mayor empeño en reclamarla de todas las córtes; pero los agentes franceses no habian recibido instrucciones de su ministro, y no obstante, M. de Champagny tuvo la prudencia de obrar en Viena como si las hubiese recibido, y el Austria concedió la garantia pedida. El jóven Emperador de Rusia, al contrario, participando poco de la pasion de su padre respecto á lo que tocaba á la órden de San Juan de Jerusalen, y hallando onerosa la garantia que se solicitaba, porque mas tarde ó mas temprano podia atraerle la obligacion de abrazar el partido de Francia ó de Inglaterra, no estaba dispuesto á concederla; y como por otra parte no hubiese recibido instrucciones el ministro frances para secundar al ministerio ingles, ni se hubiese atrevido á suplirlas, no se vió el gabinete ruso en la precision de explicarse, aprovechándose al contrario de aquella situacion para no contestar. Lo mismo sucedió en Berlin y por los mismos motivos. Por causa de esta negligencia prolongada por varios meses, no se habia decidido la cuestion de garantía, y los ministros ingleses, sin mala intencion por su parte, habian quedado autorizados para demorar la evacuacion. La guarnicion napolitana, que, segun el tratado debia guarnecer á Malta, mientras se reconstituia la Orden, habia sido recibida en la isla, pero solo fuera de las fortificaciones. Al fin se puso en movimiento la cancilleria francesa, pero demasiado tarde; y ostigado esta vez el Emperador habia rehusado su garantia. Tambien habia sobrevenido otro apuro: el gran Maestre nombrado por el Papa, el bailio Ruspoli, espantado con la suerte de su antecesor M. de Hompesch, y viendo que la carga de la Orden de Malta no consistia ya en combatir á los infieles, sino en mantenerse en equilibrio entre dos grandes naciones marítimas, con la certidumbre de llegar á ser presa de la una ó de la otra, no quiso aceptar la dignidad onerosa y vana que se le habia ofrecido, y resistió á las instancias de la corte romana, lo mismo que á las ejecutivas del primer Cónsul.

Motivos que habian hecho diferir hasta el mes de Noviembre de 1802 la evacuacion de Malta.

Tales eran las causas que habian demorado la evacuacion de la isla de Malta hasta Noviembre de 1802; de lo cual resultó, que diese al gabinete ingles la peligrosa tentacion de diferirla por mas tiempo. En efecto, el mismo dia en que el agente Moore salió para Suiza, una fragata hizo vela hácia el Mediterráneo para llevar á la guarnicion de Malta la órden de permanecer en ella. Esta era una falta muy grave por parte de un ministerio que queria conservar la paz, porque iba á excitar en Inglaterra una codicia nacional, á la cual nadie podria resistir despues de haberla excitado. Ademas, faltaba formalmente al tratado de Amiens, en presencia de un adversario que habia cifrado su orgullo en ejecutarle con la mayor puntualidad, y que lo cifraba todavia mas en que lo ejecutasen todos los signatarios. De modo que semejante conducta era á la vez imprudente y poco regular.

Imprudencia de la resolucion tomada por el gabinete británico respecto á la isla de Malta.

Las reclamaciones del gabinete británico en favor de la independencia suiza, fueron muy mal acogidas del gabinete frances; y si bien era fácil entrever las consecuencias de aquella mala acogida, el primer Cónsul persistió mas que nunca en sus resoluciones. Asi, pues, reiteró sus órdenes al general Ney, mandándole que las ejecutase con la mayor prontitud y decision; pues queria probar que la pretendida revolucion nacional de Suiza no era mas que una tentativa ridícula, provocada por el interes de algunas familias, y reprimida tan pronto como ensayada.

El primer Cónsul rechaza las reclamaciones del gabinete ingles relativas á la Suiza.

Estaba convencido que en aquella circunstancia obedecia á un gran interes nacional, y tambien se veia excitado por la especie de desafio que se le habia hecho en presencia de la Europa, pues los insurgentes decian en voz alta, y sus agentes lo repetian en todas partes, que el primer Cónsul tenia las manos atadas y que no se atreveria á obrar. La respuesta que de órden suya se dió á lord Hawkesbury tenia algo de extraordinario, y la damos aquí en sustancia, sin que aconsejemos que sea imitada por nadie.—Quedais en el encargo de declarar, escribia M. de Talleyrand á M. Otto, que si el ministerio británico en el interes de su situacion parlamenta-

ria, publica ó dice algo de lo cual pueda sacarse en claro que el primer Cónsul no ha hecho tal ó cual cosa porque se lo han impedido; al momento lo hará. Respecto á la Suiza, digan lo que digan ó dejen de decir, su resolucion es irrevocable. No entregará los Alpes á 1,500 mercenarios pagados por la Inglaterra; ni quiere que la Suiza se convierta en un nuevo Jersey. El primer Cónsul no desea la guerra, porque cree que el pueblo frances puede hallar en la extension de su comercio tantas ventajas como en la extencion de su territorio; pero ninguna consideracion le detendrá si el honor ó el interes de la República exigen que vuelva á empuñar las armas. Jamas hablareis de guerra, decia tambien M. de Talleyrand á Mr. Otto, pero tampoco sufrireis jamas que se os hable de ella. La menor amenaza, por indirecta que fuese, deberia ser contestada con la mayor altivez. Por otra parte, ¿con qué clase de guerra nos amenazarian? ¿Con la guerra marítima? Pero nuestro comercio apenas acaba de renacer, y la presa que entregaríamos á los ingleses seria de muy poco valor. Nuestras Antillas se hallan provistas de soldados aclimatados, pues solo Santo Domingo contiene 25,000. Es verdad que bloquearia nuestros puertos, pero al instante mismo que se hiciese la declaracion de guerra, la Inglaterra se hallaria bloqueada á su vez. Nuestras tropas ocuparian las costas de Hannover, de Holanda, de Portugal y de Italia hasta Tarento; y todos esos territorios que, segun dice, dominamos tan abiertamente, Liguria, Lombardia, Suiza y Holanda, en vez de permanecer en la situacion incierta en que se hallan, y en la cual nos suscitan miles dificultades, serán convertidos en provincias francesas, de las cuales sacaremos recursos inmensos, y se nos obligará asi á realizar ese imperio de las Galias, con el cual se procura sin cesar espantar á la Europa. ¿Y qué sucederia si dedejando el primer Cónsul á Paris se trasladase á Lila ó á San Omer, reuniese todos los barcos chatos de Flandes y de Holanda, preparase medios de transporte para 100,000 hombres, é hiciese vivir á la Inglaterra en las angustias de una invasion siempre posible y casi cierta.? ¿Suscitaria la Inglaterra una guerra continental? Pero, ¿dónde hallaria aliados? No será en la Prusia y en Baviera, que deben á la Francia la justicia que ambos estados han obtenido en los arreglos territoriales de Alemania; ni en el Austria aniquilada por haber querido servir la política británica. En todo caso, si se renovase la guerra del continente, la Inglaterra tendria la culpa de que conquistásemos á la Europa. El primer Cónsul no tiene mas que treinta y tres años, y todavia no ha destruido mas que Estados de segundo órden! ¿Quién sabe el tiempo que podria necesitar para cambiar, si se le obligase á ello, la faz de la Europa y resucitar el imperio de Occidente?—

Palabras extraordinarias del primer Cónsul á la Inglaterra.

Todas las desgracias de la Europa y tambien todas las de la Francia estaban encerradas en aquellas palabras formidables, que se creerian escritas mucho despues, segun son proféticas (1). Asi el leon, ya adulto, empezaba á sentir su fuerza, y estaba pronto á hacer uso de ella. La Inglaterra, cubierta con la barrera del Océano se complacia en excitarla; pero no era imposible salvar dicha barrera, y aun faltó poco para que lo fuese; y si asi hubiera sucedido, la Inglaterra hubiera llorado amargamente su conducta, producto de una envidia incurable. Por otra parte, observaba una política cruel respecto al continente, porque este era quien iba á experimentar todas las consecuencias de una guerra provocada sin razon como sin justicia.

M. Otto tenia órden de no hablar ni de Malta ni del Egipto, porque ni aun se queria suponer que la Inglaterra pudiese quebrantar un tratado solemne, firmado á la faz del mundo. Limitábanse á encargarle que reasumiese toda la política de la Francia en estas palabras: *Todo el tratado de Amiens*, y *nada mas que el tratado de Amiens.*

M. Otto, que era un hombre de talento, cuerdo, y en extremo decidido por el primer Cónsul, pero capaz de alterar en algo con un fin útil, la ejecucion de las órdenes que recibia, dul-

(1) El despacho que hemos transcrito en substancia es de 1.° de Brumario del año XI, y está escrito por M. de Talleyrand á M. Otto, y dictado por el Primer Consul.

cificó mucho las altivas palabras de su gobierno; y sin embargo, su respuesta no dejó de apurar á lord Hawkesbury, el cual asustado con la próxima reunion del parlamento, hubiera querido tener algo de satisfactorio que comunicarle. Asi, pues, insistió para obtener una nota; pero M. Otto tenia órden de negársela y se la negó, declarando, no obstante, que la reunion de los principales ciudadanos de Suiza en Paris no tenia por objeto imitar lo que se habia hecho en Leon con la consulta italiana, sino solo dar á la Suiza una Constitucion prudente, basada en la justicia y en la naturaleza del pais, sin que causase el triunfo de un partido sobre otro. Lord Hawkesbury, quien, durante esta conferencia con M. Otto, era aguardado por el gabinete ingles reunido en aquel momento, para saber la respuesta de la Francia, pareció turbado y descontento. A semejante declaracion: *Todo el tratado de Amiens, y nada mas que el tratado de Amiens*, cuya extension comprendia porque hacia alusion á Malta, replicó con esta máxima. *El estado del continente en la época del tratado de Amiens, y nada mas que aquel estado.*

Modo como se encuentra sentada la cuestion entre la Francia y la Inglaterra.

Este modo de establecer la cuestion provocó por parte del primer Cónsul una respuesta inmediata y categórica. La Francia, contestó M. de Talleyrand por sus órdenes, acepta la condicion establecida por lord Hawkesbury. En la época en que se firmó el tratado de Amiens, la Francia tenia 10,000 hombres en Suiza, 30,000 en el Piamonte, 40,000 en Italia y 12,000 en Holanda. ¿Se quiere que las cosas vuelvan á este estado? En aquella época se le ofreció á la Inglaterra entenderse con ella acerca de los negocios del continente, con la condicion que reconoceria y garantizaria los Estados nuevamente constituidos, á lo cual se negó, queriendo permanecer extraña al reino de Etruria, á la República italiana y á la liguriense. Asi tenia la ventaja de no dar su garantia á aquellos nuevos estados, pero tambien perdia los medios para mezclarse mas tarde en lo que les conviniese. Por lo demas, ella sabia muy bien todo lo que ya se habia hecho, y todo lo que debia hacerse. Conocia que se habia nombrado al primer Cónsul présidente de la República italiana; no ignoraba el proyecto que tenia de reunir el Piamonte á la Francia, pues se le habia negado la indemnizacion que habia pedido para el Rey de Cerdeña; y á pesar de todo, firmó el tratado de Amiens. ¿De qué se queja, pues? Ella exigió solamente que se evacuase el golfo de Tarento en tres meses, y lo ha sido en dos. En cuanto á la Suiza era tambien conocido que se trabajaba en constituirla, y nadie podia imaginarse que la Francia permitiese en ella una contrarevolucion. Pero en todo caso, aun mirando la cuestion bajo el punto de vista del derecho mas estricto, ¿qué objecion se puede hacer? El gobierno helvético ha reclamado la mediacion de la Francia: los pequeños cantones la han reclamado tambien, y pedido que, bajo los auspicios del primer Cónsul, se restablezcan sus relaciones con la autoridad central. Los ciudadanos de todos los partidos, aun los del partido oligárquico, tales como MM. de Mulinen y de Affry, se hallan en Paris conferenciando con el primer Cónsul. ¿Qué encuentra de nuevo la Inglaterra en los asuntos de Alemania? ¿qué vienen á ser sino la literal ejecucion del tratado de Luneville, conocido y publicado antes del tratado de Amiens? ¿Por qué ha firmado la Inglaterra los arreglos adoptados para la Alemania si le parecia mal el secularizarla? ¿Por qué el Rey de Hannover que es tambien Rey de la Gran Bretaña ha aprobado la negociacion germánica aceptando el obispado de Osnabruck? ¿Por qué, sino por consideracion á la Inglaterra se ha tratado tan bien y con tanta profusion á la casa de Hannover? Hace seis meses que el gabinete británico no queria mezclarse en los asuntos del continente; hoy dia ha mudado de parecer; que haga, pues, lo que quiera. ¿Pero tiene mas intereses en este asunto que la Prusia, la Rusia y el Austria? Pues bien, todas estas tres potencias han aprobado al momento lo hecho en Alemania: ¿qué mayores derechos podrá alegar la Inglaterra para juzgar de los intereses del continente? Es cierto que en la grande negociacion germánica no ha figurado el nombre del Rey de Inglaterra, ni siquiera se ha tratado de esto, lo cual habrá podido ofender á su pueblo, que procura ocupar, y tiene de-

recho á ello, un gran lugar en Europa, ¿pero quién tiene la culpa de esto sino la misma Inglaterra? Nada hubiera deseado mas el primer Cónsul que darle muestras de amistad y de confianza; y resolver en union con ella las grandes cuestiones que acaban de resolverse en comun con la Rusia; pero para que haya amistad y confianza es necesario que se den muestras de ello; y en vez de ser asi, solo se oyen en Inglaterra gritos de odio contra la Francia. Se dice que la Constitucion inglesa exige que sea asi. Sea enhorabuena, pero no manda que se sufran en Lóndres á los folletinistas franceses, ni á los autores de la máquina infernal, ni que se reciban y traten como príncipes con todos los honores debidos á la soberania, á los miembros de la casa de Borbon. Al momento que se muestren hácia el primer Cónsul otros sentimientos, se le obligará tambien á que corresponda á ellos, y á dividir con la Inglatera la influencia europea que esta vez ha querido dividir con la Rusia.

Juicio sobre la conducta de las dos naciones

Es cierto, que ignoramos si nuestros sentimientos patrióticos nos ciegan, pero nosotros buscamos la verdad sin consideracion á ningun pais, y nos parece que nada hay que contestar al vigoroso argumento del primer Cónsul. Al firmar la Inglaterra el tratado de Amiens, no ignoraba que la Francia dominaba los estados vecinos; que ocupaba con sus tropas la Italia, la Suiza y la Holanda, y que iba á proceder á la particion de las indemnizaciones germánicas; no lo ignoraba, y sin embargo, ansiosa de obtener la paz, habia firmado el tratado de Amiens, sin ocuparse de los intereses del continente. Pero ahora que la paz tenia á sus ojos menos encantos que en los primeros dias; ahora que su comercio no hallaba todas las ventajas que habia esperado en un principio; ahora que el partido de M. Pitt levantaba la cabeza; ahora, en fin, que la calma habia sucedido á las agitaciones de la guerra, y permitia conocer mas distintamente el poder y la gloria de la Francia, la Inglaterra estaba celosa, y no pudiendo alegar que Francia quebrantaba el tratado de Amiens, alimentaba la idea de violarlo ella misma del modo mas atrevido y mas inaudito.

Juicio de M. de Haugwitz acerca del gabinete británico.

Parécenos que M. de Haugwitz con su raro y preciso talento, apreciaba en su justo valor el gabinete británico, cuando en aquella ocasion dijo á nuestro embajador: Ese débil ministerio Addington tenia tanta prisa en concluir la paz, que todo lo pasó por alto sin hacer ninguna objecion; pero hoy que conoce que la Francia es grande, y que saca las consecuencias de su grandeza, quiere romper el tratado que ha firmado.

Actitud que toman la Rusia, la Prusia y el Austria, con motivo de los asuntos de Suiza.

Mientras tenia lugar este cambio de comunicaciones entre Francia é Inglaterra, la Rusia, que habia recibido las reclamaciones de los insurgentes de Suiza, y las quejas de los ingleses, remitió á Paris un despacho muy mesurado, y en el cual sin reproducir ninguna de las recriminaciones de la Gran Bretaña, insinuaba, sin embargo, al primer Cónsul, que para conservar la paz era necesario calmar ciertos recelos excitados en Europa por el poder de la República francesa, y que á él tocaba disiparlos con su moderacion y su respeto á la independencia de los estados vecinos. Este era un consejo muy prudente, con relacion á los asuntos de Suiza, que nada tenia de ofensivo para el primer Cónsul, y que sentaba muy bien al papel de moderador imparcial, en el cual cifraba el jóven Emperador la gloria de su reinado. En cuanto á la Prusia, habia declarado que aprobaba mucho que el primer Cónsul no sufriese en Suiza un foco de intrigas inglesas y austriacas, y que aun tendria mucha mas razon si se les quitaba todo pretexto de queja, teniendo cuidado de no renovar en Paris la consulta de Leon. Por último, respecto al Austria, esta potencia afectaba no mezclarse en nada, ni aun se atrevia á ello, necesitando todavia á la Francia para la continuacion de los asuntos alemanes.

Los suizos oponen una resistencia muy débil á la intervencion de Francia.

El primer Cónsul era de la opinion de sus amigos, pues queria obrar con prontitud, y no imitar en Paris la consulta de Leon, es decir, no hacerse presidente

de la República helvética. Ademas, aquella resistencia desesperada, que segun se decia, debia opónerle el patriotismo de los suizos no habia sido mas que lo que debia ser, una extravagancia de emigrados. Desde que el coronel Rapp, que habia ya llegado á Lausana, se presentó á las avanzadas de los insurgentes, sin ser seguido ni de un soldado, y llevando solo la proclama del primer Cónsul, encontró á muchos enteramente dispuestos á someterse. El general Bachmann, manifestando su sentimiento por no haber tenido siquiera veinte y cuatro horas mas para arrojar al gobierno helvético en el lago de Ginebra, se retiró, sin embargo, á Berna, donde el partido de los oligárquicos pensaba oponer alguna resistencia, pues queria absolutamente obligar á la Francia á que emplease la fuerza, creyendo comprometerla asi con las potencias europeas. Iban á verse satisfechos sus deseos, porque dicha fuerza llegaba apresuradamente. En efecto, las tropas francesas, situadas en la frontera á las órdenes del general Ney entraron, y desde aquel momento no titubeó en disolverse el gobierno insurreccional, retirándose los miembros que le componian y declarando que cedian á la violencia. Por todas partes se sometieron sin dificultad, excepto en los pequeños cantones, donde la agitacion era mayor, pues en ellos habia nacido la insurreccion. Sin embargo, en ellos, lo mismo que en otras partes la opinion de las personas sensatas prevaleció al fin al aproximarse nuestras tropas, cesando á su presencia toda resistencia formal. El general frances Serras á la cabeza de algunos batallones se apoderó de Lucerna, de Stanz, de Schwitz y de Altorf. M. Reding fue detenido con algunos agitadores, y los revoltosos se dejaron desarmar sucesivamente. El gobierno helvético, refugiado en Lausana, se trasladó á Berna, escoltado por el general Ney con una sola media brigada. En pocos dias la ciudad de Constanza, en la cual habia fijado su residencia el agente ingles Moore, se llenó de emigrados del partido oligárquico, que volvian á ella despues de haber repartido sin utilidad el dinero de la Inglaterra, confesando públicamente la ridiculez de una intentona tan descabellada. M. Moore regresó á Lóndres á dar cuenta del mal éxito de aquella Vendée helvética que se habia procurado suscitar en los Alpes.

Completa sumision de la Suiza.

Tan completa y pronta sumision tenia una gran ventaja, pues probaba que los suizos, cuyo valor, aun contra una fuerza superior nadie podia poner en duda, no se creian obligados ni aun por su interes á resistir á la intervencion de la Francia; lo cual destruiria cualquier motivo fundado de reclamacion por parte de la Inglaterra.

Era necesario concluir aquella obra de pacificacion dando una constitucion á la Suiza, y una constitucion fundada en la razon y en la naturaleza del pais. El primer Cónsul, para quitar á la mision del general Ney, el carácter demasiado militar que parecia tener, en lugar del título de general en gefe le dió el de ministro de Francia, con instrucciones precisas para que se portase con dulzura y moderacion con todos los partidos. Por otra parte no habia en Suiza mas que 6,000 franceses, pues los demas habian permanecido en la frontera.

Reúnense en Paris varios ciudadanos suizos de todos los partidos.

Habíase invitado para que pasasen á Paris á hombres que pertenecian á todas las opiniones, lo mismo á revolucionarios ardientes como á los oligárquicos pronunciados, con tal que fuesen personages de influjo en su pais, y se hallasen rodeados de alguna consideracion. Los revolucionarios de todos los matices, nombrados por los cantones acudieron sin vacilar; pero los oligárquicos se negaron á nombrar sus representantes; pues querian permanecer extraños á lo que se hiciese en Paris para tener el derecho de protestar. Fue necesario que el primer Cónsul nombrase á los hombres que debian representar dicho partido; y entre los varios que eligió, fueron de notar MM. de Mulinen, de Alffry, y de Watteville, hombres distinguidos por sus familias, por sus talentos, y por su carácter. Estos caballeros persistian en no presentarse en Paris, pero M. de Talleyrand les dió á entender que esto seria un despecho muy mal entendido de su parte; que no se les llamaba para que asistiesen al sacrificio de opiniones que les eran tan ca-

ras, y si, al contrario, para mantener la balanza igual entre ellos y sus adversarios; y que por lo tanto siendo ciudadanos honrados y personas ilustradas, no debian negarse á contribuir á formar una constitucion, en la cual se procuraria de buena fe conciliar todos los intereses legítimos, y por cuyo medio se fijaria por largo tiempo la suerte de su patria. Movidos por estas reflexiones, tuvieron el buen sentido de sustraerse al influjo de las facciones, y contestaron á la honorífica invitacion que se les hacia trasladándose inmediatamente á Paris. El primer Cónsul los acogió con distincion, les dijo que lo que él deseaba debian desearlo todos los hombres moderados, porque él queria la Constitucion que la misma naturaleza habia dado á la Suiza, es decir, la antigua, menos las desigualdades de ciudadano á ciudadano y de canton á canton. Despues de haber procurado asegurar particularmente á los oligárquicos, porque contra ellos acababa de emplear la fuerza, nombró á cuatro individuos del Senado, á MM. Barthélemy, Rœderer, Fouché y Demeunier, y les encargó conferenciasen con los diputados suizos, juntos ó separados, y les atrajesen cuanto fuera posible á miras razonables; bien entendido que él se reservaba siempre el derecho de decidir las cuestiones en que no pudieran ponerse de acuerdo. Antes que se comenzase á trabajar recibió en audiencia á los principales de ellos, elegidos por sus cólegas para que se presentasen á él; y les dirigió un discurso improvisado, juicioso, profundo, y original en su lenguaje (1), el cual fue escrito al instante para ser transmitido á toda la diputacion.

Queda encargada una comision del Senado en conferenciar con los diputados suizos.

Alocucion del primer Cónsul.

—Es necesario, les dijo en sustancia, que permanezcais siendo lo que la naturaleza ha querido que seais, es decir, una reunion de pequeños estados confederados, diversos por su régimen asi como lo son por su terreno, y unidos los unos á los otros por un simple lazo federal que no sea ni costoso ni molesto. Es necesario tambien que concluyan las dominaciones injustas de canton á canton, que sujetan un territorio á otro; y asimismo el gobierno de los ciudadanos ricos aristócratas, que en las grandes ciudades constituyen á una clase súbdita de otra clase. Estas son barbaries de la edad media, que la Francia llamada á constituiros no puede tolerar en vuestras leyes. Es preciso que la igualdad verdadera, la que constituye la gloria de la Revolucion francesa, triunfe entre vosotros como entre nosotros, que cualquier pueblo ó ciudadano sea igual á los otros en derechos y en deberes. Concedidas estas cosas, vosotros no debeis admitir las desigualdades, sino las diferencias que la naturaleza ha establecido entre vosotros. Yo no veo que podais vivir bajo un gobierno uniforme y central como el de Francia; pues nadie me persuadirá que los montañeses descendientes de Guillelmo Tell, pueden ser gobernados como los ricos habitantes de Berna ó de Zurich. Los primeros necesitan la democracia absoluta y un gobierno sin impuestos; lo cual seria para los segundos un contrasentido. Por otra parte, ¿para qué quereis un gobierno central? ¿Para tener grandeza? Ella no os está bien, al menos tal como la sueñan la ambicion de vuestros unitarios. Para tener una grandeza semejante á la de Francia se necesita un gobierno central ricamente dotado y un ejército permanente. ¿Querriais pagar todo esto, podriais pagarlo? Y aunque asi fuera, ¿qué hariais con 15 ó 20,000 hombres de tropas permanentes al lado de la Francia que cuenta 500,000, del Austria que tiene 300,000 y de la Prusia que sostiene 200,000? Vosotros figurásteis con brillo en el siglo XIV contra los duques de Borgoña, porque entonces todos los Estados estaban reducidos, y sus fuerzas diseminadas. Hoy dia la Borgoña es un punto de la Francia. Seria necesario que midieseis vuestras armas con toda la Francia ó con toda el Austria. Para tener semejante grandeza, ¿sabeis lo que necesitais? Uniros á la Francia, confundiros con este gran pueblo, participar de sus ven-

(1) Este discurso fue escrito por algunas personas; y de él existen varias versiones, de las cuales dos se encuentran en los archivos de los negocios extrangeros. He reunido de ellos lo que constaba en todos y lo que concuerda con las cartas escritas sobre este asunto por el primer Cónsul.

tajas; y de este modo quedariais asociados á todos los cambios y vicisitudes de su fortuna. Pero esto no lo podeis querer, ni yo tampoco lo quiero; pues el interes de la Europa exige lo contrario. Vosotros teneis vuestra grandeza peculiar qne vale tanto como cualquiera otra. Debeis ser un pueblo neutral, cuya neutralidad respete todo el mundo, porque le obligueis á respetarla; y ser en vuestro pais libres, invencibles y respetados es una existencia muy noble y honrosa. Para esto vale mucho mas el régimen federativo; pues si bien hay en él menos de esa unidad atrevida y emprendedora, hay en cambio mas de esa inercia que sabe resistir; y no es vencido en un dia como un gobierno central, porque reside en todas y en cada una de las partes de la confederacion. Por lo mismo son de mas importancia para vosotros, vuestras milicias que un ejército permanente; y vosotros todos debeis ser soldados el dia en que se vean amenazados los Alpes. Entonces, el ejército permanente es el pueblo entero, y en vuestras montañas, vuestros intrépidos cazadores son una fuerza respetable por su ánimo y por su número. Vosotros no debeis tener mas soldados pagados y permanentes, que los que pasan á otros Estados para aprender el arte militar, y traer luego á su pais el fruto de su enseñanza. Una confederacion que deja á cada uno su independencia nativa, la variedad de sus costumbres y de su territorio, y que sea invencible en sus montañas, tiene toda la grandeza moral que puede apetecerse. Si yo no fuera un amigo sincero de la Suiza, y quisiera tenerla bajo mi dependencia, desearia un gobierno central que se hallase reunido en cualquier parte, pues á este le diria: Haced esto ó lo otro, ó paso la frontera dentro de veinte y cuatro horas. Un gobierno federativo se salva al contrario por la misma imposibilidad en que se halla de dar una respuesta pronta; se salva por su lentitud. En ganando dos meses de tiempo puede librarse de toda exigencia exterior. Pero al querer permanecer independientes no olvideis que es preciso que seais amigos de la Francia; pues su amistad os es necesaria. La habeis obtenido por espacio de dos siglos, y á ella sois deudores de vuestra independencia. Por ningun precio, pues, debe consentirse que la Suiza sea un foco de intrigas y de sordas hostilidades, ni que sea para el Franco-Condado y la Alsacia, lo que las islas de Jersey y de Guernesey son para la Bretaña y la Vendée. No lo debe ser ni para ella ni para Francia, ni lo sufriré por otra parte. Solo hablo aqui de vuestra Constitucion general, porque no llega á mas mi saber. En cuanto á vuestras constituciones cantonales, vosotros debeis ilustrarme y hacerme conocer vuestras necesidades; os escucharé y procuraré satisfaceros, quitando, sin embargo, de vuestras leyes las injusticias de los tiempos pasados. No olvideis, sobre todo, que os hace falta un gobierno justo, digno de un siglo ilustrado, conforme á la naturaleza de vuestro pais, y sobre todo económico. Con estas condiciones durará, y yo quiero que dure; porque si el gobierno que vamos á constituir de comun acuerdo, llegase á caer, la Europa diria, ó que yo lo he querido asi para apoderarme de Suiza, ó que no he sabido hacer nada bueno; y yo no quiero dejarle derecho para que dude ni de mi buena fe, ni de mi saber.—

Tal fue el sentido exacto de las palabras del primer Cónsul, pues solo las hemos alterado para abreviarlas. Imposible era pensar con mas justicia y elevacion. Al momento se pusieron á trabajar; y se discutió la Constitucion federal en la reunion de todos los diputados suizos. Las constituciones cantonales fueron preparadas con los diputados de cada canton y revisadas en una asamblea general. Cuando las pasiones se hallan apagadas, y prevalece el buen sentido, es fácil formar la Constitucion de un pueblo; porque solo se trata de escribir algunas ideas justas que se hallan en el ánimo de todo el mundo. Las pasiones de los suizos estaban muy lejos de hallarse amortiguadas; pero sus diputados reunidos en Paris estaban ya mas tranquilos. La variacion de sitio y la presencia de una autoridad superior, benévola é ilustrada, habian atemperado sus pasiones de un modo sensible; y ademas dicha autoridad estaba allí para hacerles adoptar ese corto número de ideas justas, que son las que únicamente quedan susbsistentes cuando se han disipado las tempestades de las pasiones.

Adoptáronse las disposiciones siguientes:

Disposiciones contenidas en el acta de mediacion.

Dejóse á un lado la idea quimérica de los unitarios, y se convino que cada canton tendria su constitucion particular, su legislacion civil, sus formas judiciales, y su sistema de contribuciones. Unicamente quedaban confederados en cuanto á los intereses comunes á toda la confederacion; y sobre todo respecto á las relaciones con los demas Estados. Esta confederacion debia ser representada por una Dieta, compuesta por un enviado por cada canton, el cual debia tener uno ó dos votos en las deliberaciones, segun la extension de la poblacion que representaba; como por ejemplo, los representantes de Berna, Zurich, Vaud, San Gall, Argovia y los Grisones, cuya poblacion pasaba de cien mil almas debian tener dos votos; los demas no tenian mas que uno; y de este modo contaba la Dieta veinte y cinco. Debia reunirse una vez al año y estarlo durante un mes, cambiando cada año de residencia, para trasladarse alternativamente á los cantones de Friburgo, Berna, Soleura, Basilea, Zurich y Lucerna: el canton donde residia la Dieta era por aquel año el canton director, y su gefe, bien fuese avoyer ó burgomaestre era durante dicho año el landamman de toda la Suiza; cuyas funciones eran las de recibir á los ministros extrangeros, acreditar á los ministros suizos, convocar la milicia, y ejercer, en una palabra, las funciones del poder ejecutivo de la confederacion.

La Suiza debia tener al servicio de la confederacion una fuerza permanente de 15,000 hombres, y su sostenimiento debia costar 490,500 libras. La misma Constitucion repartia el contingente de hombres y dinero en todos los cantones, conforme á su poblacion y á su riqueza; pero todo suizo de edad de diez y seis años era soldado é individuo de la milicia, y en caso de necesidad podia ser llamado á defender la independencia de la Helvecia.

La confederacion no tenia mas que una moneda comun á toda la Suiza.

No tenia mas aranceles ni aduanas que en la frontera general, y dichos aranceles debian ser aprobados por la Dieta. Cada canton guardaba para sí el producto que se percibia en su frontera.

Quedaban suprimidos los derechos de peage, de origen feudal, reservándose solo los necesarios para la conservacion de los caminos y de la navegacion. El canton que no obedeciese los decretos de la Dieta podia ser llevado ante un tribunal compuesto de los presidentes de los tribunales criminales de los demas cantones.

Tales eran las atribuciones, muy limitadas por cierto, del gobierno central. Las demas atribuciones de la soberanía, no mencionadas en el acta federal, se habian dejado á la soberania particular de los cantones: eran estos diez y nueve; y todas las cuestiones territoriales, tan combatidas entre los antiguos Estados soberanos y los estados súbditos, quedaban resueltas en beneficio de los últimos. Vaud y Argovia, sujetos otras veces á Berna; Turgovia á Schaffhouse, y el Tesino á Uri y Unterwalden, quedaban constituidos cantones independientes. Los pequeños cantones, tales como los de Glaris y Appenzell, los cuales se habian aumentado con el fin de desnaturalizarlos, se hallaban libres de la extension incómoda que se les habia dado. El canton de San Gall se formó de todas las partes de que se habia desembarazado á los cantones de Appenzell, Glaris y Schwitz; conservando solo este último alguna parte de su acrecentamiento. Si á los diez y nueve cantones siguientes, Appenzell, Argovia, Basilea, Berna, Friburgo, Glaris, los Grisones, Lucerna, San Gall, Schaffouse, Schwitz, Soleura, Tesino, Turgovia, Unterwalden, Uri, Vaud, Zug y Zurich, se agrega el de Ginebra, que era entonces departamento frances, el Valais, que estaba independiente, y Neufchâtel, principado perteneciente á la Prusia, se tendrán los veinte y dos cantones que existen en la actualidad.

Respecto al régimen particular impuesto á cada canton, se habia conformado á sus antiguas constituciones locales, quitándolas lo que tenian de feudal ó de aristocrático. En los pequeños cantones democráticos de Appenzell, Glaris, Schwitz, Uri y Unterwalden se restablecieron los *landsgemeinde*, ó juntas de ciudadanos mayores de veinte años, para determinar sobre todos los asuntos y nombrar al landamman, pues obrar de otro modo hubiera sido pro-

vocarlos á la rebelion. Restableciose el gobierno de la clase media en Berna, Zurich, Basilea y otros cantones semejantes, pero con la condicion de que tendrian siempre entrada franca en ella, otros ciudadanos; pues con tal que se tuviese mil libras de renta en Berna y quinientas en Zurich, se podia ser miembro de la clase que gobernaba, y se estaba en aptitud para desempeñar cualquier cargo público. Habia como antiguamente un gran consejo encargado de formar las leyes, un pequeño consejo encargado de velar en su ejecucion, y un avoyer ó burgomaestre encargado del poder ejecutivo, bajo la vigilancia del pequeño consejo. En los cantones en que la naturaleza del terreno habia hecho nacer divisiones administrativas particulares, como los *Rhodes interiores y exteriores* en el Appenzell, y las *Ligas* en los Grisones, semejantes divisiones fueron respetadas y conservadas. Todo esto era, en una palabra, la antigua Constitucion helvética, corregida segun los principios de la justicia y las luces de la época: era la antigua Suiza, que permanecia siendo federativa, pero aumentada con los paises antes súbditos, los cuales se elevaban á la cualidad de cantones, conservando la democracia pura dónde lo exigia la naturaleza del terreno, y el gobierno de la clase rica, pero no exclusiva, donde era necesaria esta forma de gobierno. En esta obra tan justa y tan prudente, cada partido ganaba y perdia alguna cosa; pues ganaba lo que era justo y perdia lo que era injusto y tiránico. Los unitarios veian desaparecer su quimera de unidad y de democracia absoluta, pero ganaban la emancipacion de los paises, antes súbditos, y el poder ascender al gobierno de la aristocracia en los cantones oligárquicos. Estos veian desaparecer á los paises súbditos (Berna particularmente perdia á Argovia y Vaud) y tambien la dignidad de patricios; pero obtenian la supresion del gobierno central y la autorizacion de los derechos de la propiedad en las ciudades ricas, tales como Zurich, Basilea y Berna.

Eleccion de las personas encargadas de poner en vigor la nueva Constitucion.

Pero quedaba la obra incompleta, si al resolver la forma de las instituciones, no se hacia al mismo tiempo la eleccion de las personas que debian gobernar. Al presentar el primer Cónsul la Constitucion francesa del año VIII, y la italiana del año X, habia designado en la misma Constitucion á los hombres encargados de desempeñar las grandes funciones constitucionales; y esto era obrar con mucha cordura, porque cuando se trata de pacificar á un pais, que por largo tiempo se ha visto agitado, los hombres importan tanto como las cosas.

La tendencia ordinaria del primer Cónsul, era poner al momento cada cosa en su lugar. Si le hubiera sido posible, hubiera en Francia llamado al poder á las altas clases de la sociedad, conservando tambien á los hombres que por su mérito se hubieran elevado hasta él, y asegurando á todos los que mas tarde se hicieron dignos, los medios de elevarse á su vez; pero ni aun habia tratado de hacer la prueba, porque la antigua aristocracia francesa se hallaba emigrada ó apenas vuelta de la emigracion, y por lo tanto era del todo extraña á la situacion del pais y á sus negocios. Ademas se habia visto obligado á apoyarse en la misma Francia, y en uno de los partidos en que se hallaba dividida; y como era natural se habia apoyado en el partido revolucionario, que era el suyo. En Francia, pues, se habia rodeado, al menos por entonces, de hombres pertenecientes á la Revolucion; pero en Suiza podia obrar con mas libertad; no tenia que apoyarse en ningun partido, porque obraba desde fuera, desde la cumbre del gobierno de la poderosa Francia; y tampoco tenia que luchar con una aristocracia emigrada. Asi, pues, no vaciló, y cediendo á las inclinaciones naturales de su alma, dividió el poder entre los partidarios del antiguo régimen y del nuevo. Comisiones nombradas en Paris, debian pasar á cada canton para llevar la Constitucion cantonal, y elegir á los individuos que debian ser investidos con el carácter de autoridades; teniendo el primer Cónsul cuidado de componer dichas comisiones de un número igual de revolucionarios y oligárquicos á fin de equilibrar sus fuerzas. Por último, teniendo, en fin, que elegir al primer landamman de toda la confederacion helvética que debia ejercer dicho cargo, nombró resueltamente á M. de Affry, personage el mas

distinguido pero el mas moderado del partido oligárquico.

M. de Affry era un hombre de cordura y firmeza, dedicado á la profesion de las armas, que habia servido antiguamente á Francia, y ciudadano del canton de Friburgo, que era entonces uno de los menos agitados de la Confederacion. Nombrado M. de Affry landamman se elevaba su canton á la dignidad de canton director. Un hombre de otra época, juicioso, militar, unido por costumbre á la Francia, é individuo de un canton pacífico, tenia en su favor á los ojos del primer Cónsul razones decisivas; y por lo tanto nombró á M. de Affry. Por otra parte, despues de haber casi desafiado á la Europa interviniendo en los negocios de Suiza, no debia aglomerar impresiones penosas para ella, instalando en Suiza la demagogia y sus turbulentos gefes. No debia hacer esto ni atribuirse la presidencia de la República helvética, como se habia atribuido la de la República italiana. Tranquilizar á la Suiza reformándola de un modo prudente y cuerdo, y arrancarla á los enemigos de la Francia dejándola independiente y neutral, tal era el problema que habia que resolver, y que resolvió en pocos dias con el mayor arrojo y prudencia.

Cuando se halló concluida esta obra excelente, que con el título de Acta de mediacion, ha proporcionado á la Suiza el periodo mayor de tranquilidad y de buen gobierno, de que ha gozado de cincuenta años á esta parte; el primer Cónsul reunió á los diputados que se hallaban en Paris, y á presencia de los cuatro senadores que habian presidido todos los trabajos, se la entregó, pronunciando un discurso corto y enérgico, recomendándoles la union, la moderacion, la imparcialidad, y en una palabra, la conducta que él observaba en Francia: en seguida los despidió para que pasasen á su pais á reemplazar el gobierno provisional é impotente del landamman Dolder.

Buen efecto que produce en Suiza y en Europa el acta de mediacion.

Muchos suizos alucinados quedaron asombrados y descontentos, pero las masas que son las que mas sienten el bien verdadero, recibieron el acta con sumision y reconocimiento. Esta impresion fue mas notable en los pequeños cantones, pues aunque habian sido vencidos no se les trataba como tales. En efecto, M. Reding y los suyos acababan de ser puestos en libertad. La prontitud de esta mediacion y la justicia con que se llevó á cabo, causó en Europa tanta sorpresa como asombro. Este era un nuevo acto de poder moral, semejante á los que el primer Cónsul habia verificado en Alemania y en Italia, pero mas hábil y mas meritorio aun, si es posible, porque la Europa habia sido á la vez desafiada y respetada: desafiada hasta el punto que lo exigia el interes de la Francia, y respetada en sus intereses legítimos, los cuales eran la independencia y la neutralidad del pueblo suizo.

La Rusia felicitó al primer Cónsul por haber llevado á un término tan pronto y feliz un negocio tan arduo; el gabinete prusiano, se expresó sobre el mismo asunto en términos lisonjeros, por el órgano de M. de Haugwitz; y la Inglaterra quedó asombrada y en el mayor apuro, como que se veia privada de un motivo de queja, con el cual tanto ruido habia hecho.

Discusiones en el parlamento de Inglaterra con motivo de lo que acababa de pasar en Suiza.

El Parlamento, tan temido por MM. Addington y Hawkesbury, acababa de invertir en acaloradas discusiones el tiempo que el primer Cónsul habia empleado en constituir la Suiza. Estas discusiones habian sido tempestuosas, brillantes, y dignas particularmente de admiracion, cuando M. Fox hizo oir la voz de la justicia y de la humanidad, contra la inmensa envidia de sus compatriotas. No hay duda que estas discusiones habian hecho patente la insuficiencia del gabinete Addington, pero tambien habian hecho resaltar de tal modo la violencia del partido de la guerra, que le habian debilitado momentáneamente en el parlamento, y dado alguna mas consistencia al ministerio; con cuya existencia recobraba la paz algunas de las probabilidades que habia perdido.

El tema de aquellas discusiones fue el discurso de la corona pronunciado el 23 de Noviembre. «En mis relaciones »con las potencias extrangeras, habia di»cho S. M. B., he estado hasta el pre»sente animado del sincero deseo de

»consolidar la paz. Sin embargo, me es »imposible perder de vista, ni por un »solo instante, el prudente y antiguo »sistema de política que enlaza íntima»mente nuestros propios intereses á »los intereses de las demas naciones; y »por lo tanto no puedo ser indiferente »á cualquier cambio que se verifique en »su fuerza, y en su respectiva posicion. »Yo arreglaré invariablemente mi con»ducta, apreciando en su justo valor la »situacion de la Europa, y vigilaré cons»tantemente por el bien de mi pueblo. »Vosotros pensareis sin duda como yo, »que es de nuestro deber adoptar las »medidas de seguridad mas á propósito »para ofrecer á mis súbditos la espe»ranza de conservar las ventajas de la »paz."

A este discurso que ponia de manifiesto la nueva posicion que respecto á la Francia habia tomado el gabinete británico, iba unida una peticion de subsidios, para aumentar hasta 50,000 marineros el armamento de paz, armamento que segun las primeras previsiones de M. Addington solo debia ascender á 30,000. Los ministros añadian, que en caso de necesidad, podrian salir en menos de dos meses de los puertos de Inglaterra cincuenta navios.

La discusion fue larga y tempestuosa y durante ella tuvo el ministerio lugar de conocer que nada habia ganado con las concesiones hechas al partido de Grenville y Windham. M. Pitt se ausentó á propósito; y sus amigos se encargaron de desempeñar por él el papel violento que aquel desdeñaba.—Como! exclamaron MM. Grenville y Canning, cómo! ¿ha conocido al fin, el ministerio que teníamos intereses en el continente; que el vigilar por ellos es una parte importante de la política inglesa, y que no han cesado de ser sacrificados desde la falsa paz que se firmó con Francia? Qué! ¿ha sido acaso la invasion de la Suiza la que ha hecho conocer esto al ministerio? Sí, solo entonces ha empezado á descubrir que nos hallábamos excluidos del continente; que nuestros aliados eran inmolados á la ambicion insaciable de esa pretendida República francesa, que solo ha cesado de amenazar con un trastorno demagógico á la sociedad europea, para amenazarla con una tirania militar horrorosa. ¿Acaso, decian á MM. Addington y Hawkesbury, acaso estaban cerrados vuestros ojos á la luz, mientras que se negociaban los preliminares de la paz, mientras se llevaba á cabo el tratado definitivo, y mientras ese tratado empezaba á ejecutarse? Apenas habiais firmado los preliminares de Lóndres, cuando nuestro eterno enemigo, se apoderaba descaradamente de la República italiana, haciéndose nombrar su presidente; se adjudicaba la Toscana bajo el pretexto de concederla á un infante de España, y por precio de esta falsa concesion se apoderaba de la parte mas hermosa del continente americano, de la Luisiana. He aqui lo que hacia al dia siguiente de firmarse los preliminares, mientras que vosotros estábais ocupados negociando en la ciudad de Amiens; ¡y no llamaba esto vuestra atencion! Apenas habiais firmado el tratado definitivo, *aun no se habia enfriado el lacre con que estampásteis sobre aquel tratado las armas de Inglaterra*, cuando descubriendo nuestro infatigable enemigo las intenciones que os habia ocultado con tanta destreza, reunia el Piamonte á la Francia y destronaba al digno Rey de Cerdeña, á ese constante aliado de la Inglaterra que habia permanecido siéndole invariablemente fiel durante una lucha de diez años; que, encerrado en su capital por las tropas del general Bonaparte, y no pudiendo salvarse sino por medio de una capitulacion no queria firmarla porque contenia la obligacion de declarar la guerra á la Gran Bretaña. Cuando Portugal y Nápoles nos cerraban sus puertos, el Rey de Cerdeña nos abria los suyos, y sucumbió por habérnoslos dejado siempre abiertos! Pero no es esto todo: el tratado definitivo se concluyó en Marzo; en Junio se reunió el Piamonte á la Francia, y en Agosto el gobierno consular anunciaba pura y sencillamente á la Europa que la Constitucion germánica habia dejado de existir. Todos los estados alemanes se han visto confundidos, y distribuidos á gusto de la Francia, y la sola potencia en cuya fuerza y constancia podíamos contar con fundamento para contener la ambicion de nuestro enemigo, el Austria, se halla tan debilitada, reducida y humillada, que no sabemos si podrá volver á levantarse. Y ese Stathouder, á quien ha-

Discurso de MM. Grenville y Canning.

biais prometido que se le indemnizaria de un modo igual á sus pérdidas; ese Stathouder ha sido tratado de un modo ridículo para él, ridículo para vosotros que os constituisteis protectores de la casa de Orange, la cual ha recibido por el stathouderato un miserable obispado, casi lo mismo que la casa de Hannover, que se ha visto despojada de sus propiedades personales de un modo indigno. Muy á menudo se ha dicho, exclamaba lord Grenville que la Inglaterra habia sufrido por causa del Hannover: no se dirá, por cierto, ahora lo mismo, pues el Hannover ha sufrido á causa de la Inglaterra. El Hannover ha sido despojado de su antiguo patrimonio porque era Rey de Inglaterra; y ni aun siquiera se han puesto en juego esas formas de pura cortesia que se usan entre las potencias de un mismo órden; ni siquiera se le ha dicho á vuestro Rey, que la Alemania, su antigua patria, y aun todavia su asociada hoy en la Confederacion, que el pais mayor del continente iba á ser enteramente desquiciado, revuelto desde el fondo hasta la superficie. Vuestro Rey no ha sabido nada, nada mas que lo que haya podido comprender de un mensage dirigido por el ministro Talleyrand al Senado conservador. ¿Acaso, no es la Alemania uno de esos paises cuya situacion importa á la Inglaterra? Asi es de creer, porque sino los ministros que nos dicen por boca de S. M., que no permanecerian insensibles á cualquier cambio considerable que se verificase en Europa, hubieran salido en esta ocasion de su estupor y de su letargo. Por último, no hace nada que Parma ha desaparecido de la lista de los Estados independientes, convirtiéndose en un territorio del cual puede disponer á su gusto el presidente de la República francesa. Todo esto se ha verificado á vuestra vista y casi sin interrupcion; pues de los catorce meses que van transcurridos desde aquella paz funesta, ni siquiera uno ha pasado que no se haya señalado con la caida de algun estado amigo ó aliado de la Inglaterra. ¡Y no habeis notado nada, nada habeis visto! y despertais ahora de repente, ¿pero por qué? en favor de quién? en favor de los valientes suizos, muy dignos por cierto de interes, muy dignos de todas las simpatias de la Inglaterra, pero no mas interesantes para ella que el Piamonte, la Lombardia y la Alemania. Y ¿qué habeis descubierto ahi que sea mas extraordinario, mas perjudicial que lo que ha sucedido de catorce meses á esta parte? Cómo! ¿nada ha llamado en el continente vuestra atencion, ni el Piamonte, ni la Lombardia ni la Alemania? ¿y solo los suizos os inducen á pensar que la Inglaterra no debe permanecer impasible á un cambio en el equilibrio de las potencias europeas? Habeis sido, decia M. Canning los hombres mas ineptos del mundo; porque al reclamar en favor de la Suiza, habeis hecho desempeñar á la Inglaterra un papel ridículo, y la habeis expuesto al desprecio de nuestro enemigo. ¿Podriais decirnos qué ha hecho, qué papel ha desempeñado el agente inglés que se hallaba en Constanza, cosa sabida de todo el mundo? Es público y notorio que habeis dirigido reclamaciones al primer Cónsul de la República francesa en favor de la Suiza, ¿podriais decirnos lo que os ha contestado? Lo que nosotros sabemos es, que despues de vuestras reclamaciones, los suizos han depuesto las armas ante las tropas francesas, y que los diputados de todos los cantones reunidos en Paris reciben las leyes del primer Cónsul. ¡Reclamais, pues, en nombre de la Gran Bretaña sin exigir que se os escuche! Mas valia que os hubiérais callado, como hicisteis cuando desapareció el Piamonte y cuando se trastornó la Alemania, que no que reclamárais para no ser escuchados! Y despues de todo, asi debia suceder porque obrásteis tan inconsideradamente hablando como antes cuando guardábais silencio; porque hablásteis sin haber preparado medios de ser atendidos, sin tener ni una escuadra, ni un ejército, ni un aliado. Es necesario, ó callarse, ó levantar la voz con la certidumbre de ser escuchado; pues no se entrega asi á la ventura la dignidad de una gran nacion. Nos pedis subsidios y ¿para qué? Si pensais renovar la guerra nos pedis demasiado poco, y de lo contrario exigis mucho. Sin embargo, os los concederemos, pero con la condicion que dejareis el cuidado de emplearlos al hombre á quien reemplazásteis, único que puede salvar la Inglaterra de la crisis en que tan imprudentemente la habeis precipitado.

Los ministros ingleses no obtenian,

pues, ni una ventaja siquiera en precio de las concesiones que hacia al partido enemigo de la paz, porque hasta le censuraba las reclamaciones hechas en favor de la Suiza; y necesario es conocer que si las censuras de sus adversarios tenian algun fundamento, era sin duda en esto, pues la conducta del ministerio en este asunto habia sido pueril.

Entretanto, en medio de aquellas declamaciones, lord Grenville se habia adelantado á decir una cosa muy grave, y sobre todo muy extraña en boca de un antiguo ministro de negocios extrangeros; pues al censurar á MM. Addington y Hawkesbury el que hubiesen desarmado la escuadra, licenciado el ejército, y evacuado el Egipto y el Cabo, les alabó que no hubiesen retirado las tropas inglesas de Malta. Sin duda habeis obrado asi por negligencia, por ligereza, exclamaba; ¡feliz ligereza, única cosa que podemos aprobar! Pero confiamos que no dejareis esa última prenda que ha quedado por casualidad en nuestras manos, y que la conservareis para indemnizarnos con ella de todas las infracciones de los tratados, cometidas por nuestro insaciable enemigo.—

No podia proclamarse con mas atrevimiento la violacion de los tratados.

Discurso de M. Fox.

En medio de aquel desencadenamiento de las pasiones, el elocuente y generoso Fox, hizo oir palabras juiciosas de moderacion y de honor nacional en la verdadera acepcion de esta última palabra.—Pocas relaciones me unen con los miembros del gabinete, dijo dirigiéndose á la oposicion Grenville y Canning, y por otra parte no estoy muy acostumbrado á defender á los ministros de S. M., pero me asombra todo lo que oigo, y sobre todo al pensar en los que lo dicen. En verdad que siento mas que ninguno de los honorables cólegas y amigos de M. Pitt, la grandeza de la Francia, que cada dia se aumenta mas asi en Europa como en América; lo siento, pero no por eso participo de las prevenciones de esos ilustrados individuos contra la República francesa. Pero, finalmente ¿ese acrecentamiento extraordinario de la Francia, que os sorprende y os asusta, cuando se ha verificado? ¿Ha sido acaso en tiempo del ministerio de MM. Addington y Hawkesbury, ó bien cuando dirigian los negocios del Estado MM. Pitt y Grenville? ¿No adquirió la Francia, siendo ministros en Inglaterra MM. Pitt y Grenville, toda la linea del Rhin; no invadió la Holanda, la Suiza y la Italia hasta Nápoles? ¿Y se engrandeció, acaso de tal manera porque no se le opuso resistencia, porque se sufrió cobardemente dichas invasiones? Parèceme que no; porque MM. Pitt y Grenville habian anudado una coalicion formidable para ahogar á esa Francia ambiciosa, y tenian sitiadas las plazas de Valenciennes y Dunkerque, destinando ya la primera al Austria y la segunda á la Gran Bretaña. Entonces se procuraba invadir á esa Francia, á quien se acusa de quererse entrometer por la fuerza en los asuntos de otro, para imponerle un régimen que no queria tolerar, y obligarla á que aceptase la familia de los Borbones, cuyo yugo rechazaba; y por uno de esos movimientos sublimes, cuyo recuerdo conserva eternamente la historia, y aconseja imitartarlos, la Francia rechazó á sus invasores. No se le pudo quitar ni Valenciennes ni Dunkerque, ni tampoco dictarle leyes; y al contrario ella las dictó á los demas. Pues bien, nosotros, aunque adictos en extremo á la causa de la Gran Bretaña, sentimos una involuntaria simpatía, hácia ese generoso ímpetu de libertad y de patriotismo, y estamos muy léjos de ocultarlo. ¿No aplaudian vuestros padres la resistencia que oponia la Holanda á la tirania de los españoles? ¿la antigua Inglaterra no ha aplaudido siempre la noble inspiracion en todos los pueblos? Y vosotros, que lamentais hoy dia la grandeza de la Francia, ¿no sois los que habeis provocado su vuelo victorioso? ¿No sois vosotros los que por tomar á Valenciennes y Dunkerque, la impulsásteis á que se apoderara de la Bélgica; y los que al quererla imponer leyes, la provocásteis para que ella las diese á la mitad del continente? Hablais de la Italia; ¿pues no estaba ya en poder de los franceses cuando empezásteis á tratar? ¿Acaso no lo sabiais? ¿No era esta una de vuestras quejas? Y vosotros, cólegas de M. Pitt, que conociais entonces cuan necesaria se habia hecho la paz para aliviar los sufrimientos de una guerra de diez años, y cuan indispensable era para remediar algo los males que eran vuestra obra,

¿no consentisteis que los ministros actuales la firmasen por vosotros? ¿Por qué no os opusisteis entonces? Y si entonces no os opusisteis, ¿por qué no sufris hoy que se cumplan sus condiciones? No dudo que el Rey del Piamonte os interese mucho, pero debiais mirar que el Austria, con cuya potencia estaba mas aliado que con vosotros, le habia abandonado, no haciendo siquiera mencion de él en las negociaciones, de miedo que la indemnizacion que se diese á aquel príncipe, no disminuyese en parte los estados venecianos, los cuales codiciaba para sí misma. ¡Y tendria la Inglaterra la pretension de sostener mejor que el Austria la independencia de Italia! Decis que la Alemania ha sido desquiciada; ¿pero qué se ha hecho en Alemania? Se han secularizado los Estados eclesiásticos para indemnizar á los príncipes hereditarios en virtud de un artículo formal del tratado de Luneville; tratado firmado nueve meses antes de los preliminares de Lóndres, doce antes del tratado de Amiens, y firmado en la época en que MM. Pitt y Grenville eran ministros de Inglaterra. Cuando MM. Addington y Hawkesbury subieron al poder, la pretendida division de Alemania estaba convenida, prometida y decretada, á vista y á sabiendas de la Europa. Y si es esto lo que entendeis por el trastorno de la Alemania; quejaos tambien de la Rusia que lo ha consumado á medias con la Francia. Decis tambien, que porque el elector de Hannover era, por su desgracia, Rey de Inglaterra, ha sido muy mal tratado, y en verdad, que hasta ahora no habia oido decir que se hallase descontento de su parte; porque sin perder nada ha obtenido un rico obispado. Por lo demas, sospecho mucho que los que tanto muestran interesarse por el elector de Hannover, y tanta solicitud le manifiestan, pretenden ganar por su medio la confianza del Rey de Inglaterra, y trabajar tambien en introducirse en sus consejos. No hay duda que la Francia es muy grande, mas grande que lo que debe desear un buen ingles, pero su grandeza, de la cual son autores los últimos ministros británicos, la conociamos antes de los preliminares de Lóndres antes de las negociaciones de Amiens; y no creo que esto pueda ser un motivo para quebrantar tratados solemnes. Velad por su exacta ejecucion, y si son violados, reclamad la fe jurada; he ahí vuestro derecho y vuestro deber. Pero, porque la Francia nos parezca hoy demasiado grande, mas grande que lo que antes la habiamos juzgado, no se debe romper un compromiso solemne; no se debe, por ejemplo, conservar á Malta, porque esto seria una indigna falta de fe que comprometaria el honor británico. Si es verdad que Francia no ha cumplido todas las condiciones del tratado debemos conservar á Malta hasta que las cumpla, pero no un instante mas. Creo que los ministros no darán lugar á que se diga de ellos, lo que se dijo de los ministros franceses despues de los tratados de Aix-la-Chapelle, de Paris y de Versailles, que los habian firmado con el designio secreto de romperlos á la primera ocasion. Creo que MM. Addington y Hawkesbury no son capaces de semejante cosa, pues esto seria manchar el honor de la Gran Bretaña. Ademas, esas invectivas continuas contra la grandeza de la Francia, esos temores que se procuran exitar, solo sirven para conservar viva la inquietud y el odio entre dos grandes pueblos. Estoy seguro, que si en Francia hubiera una asamblea semejante á esta, se hablaria de la marina inglesa y de su dominacion sobre los mares, del mismo modo que en este recinto hablamos de los ejércitos franceses, y de su dominacion sobre el continente. Comprendo que exista una noble rivalidad entre dos naciones poderosas; pero pensar en la guerra y proponerla porque una nacion se engrandezca y prospere, seria insensato é inhumano. Si os anunciaran que el primer Cónsul hacia un canal para llevar la mar desde Dieppe á Paris, hay gentes que lo creerian, y que propondrian la guerra. Se habla de las manufacturas francesas y de su progreso; yo las he visto y las he admirado; pero si he de decir lo que siento, las temo tanto como á la marina de Francia; y estoy seguro que cuando se establezca la lucha entre las manufacturas inglesas y las francesas estas quedarán vencidas. Dejéselas, pues, ensayar sus fuerzas; pero que sea en Manchester y en San Quintin. En ambos puntos se halla abierta la liza; y ellos deben ser el palenque en que deben encontrarse las dos naciones. Emprender la guerra para asegurar el triunfo de la

una ò de la otra seria bárbaro. Se censura que los franceses prohiben en sus puertos la entrada de nuestros productos; ¿podeis acaso negarles este derecho? Y vosotros que os quejais, ¿podreis decirnos si hay alguna nacion que haga mas uso del sistema prohibitivo que vosotros? Es posible que una parte de nuestro comercio sufra algo, pero esto ha sucedido en todas épocas, desde la paz de 1763, y de 1782. Entónces habia industrias, desarrolladas por la guerra mas allá de sus proporciones ordinarias, las cuales debian entrar en límites mas estrechos, al paso que otras debian aumentarse. ¿Qué se ha de hacer en todo esto? ¿Debemos, por satisfacer la ambicion de nuestros comerciantes derramar á torrentes la sangre de la nacion inglesa? Por lo que hace á mi, he tomado ya mi partido. Si por satisfacer pasiones insensatas, es necesario sacrificar millares de hombres, me atengo á las locuras de la antigüedad: mejor quiero que se derrame la sangre por las expediciones romancescas de un Alejandro, que por la grosera codicia de algunos mercaderes ansiosos de oro.—

Tan nobles palabras, en las que el patriotismo mas sincero no perjudicaba á la humanidad, porque ambos sentimientos pueden conciliarse en un corazon generoso, produjeron el mayor efecto sobre el parlamento de Inglaterra. Se habian exagerado mucho los progresos de nuestra industria y de nuestra marina; pues si bien, no hay duda, que ambas empezaban á fomentarse, se daba por hecho y cumplido, lo que apenas empezaba; y semejantes exageraciones publicadas por el alto comercio, se habian divulgado de un modo funesto entre todas las clases de la nacion británica. Las palabras elocuentes y sensatas de M. Fox, atenuaron á tiempo dichas exageraciones, y fueron escuchadas con fruto, aunque hirieron las simpatías nacionales. Por otra parte, aunque se hallaban descontentos y alarmados de nuestra grandeza, no se deseaba la guerra; y el partido Grenville y Windham se habia comprometido con su violencia; al contrario de M. Fox á quien honraba en extremo el apoyo que prestaba al gabinete. Creíasele muy próximo al poder por esta conducta enteramente nueva; y se aseguraba que en breve reforzaria á aquel ministerio débil, que habia desempeñado en las discusiones un papel mediano é incierto, aprobando lo qne se decia por la paz, sin atreverse á decirlo por si mismo. Por lo demas, se aprobó sin enmiendas el proyecto de contestacion al discurso de la corona, y se votaron los subsidios. Por algun tiempo pareció que los ministros ingleses se habian salvado, lo que no disgustó á M. Addington, aunque era poco ambicioso, y agradó mucho á lord Hawkesbury, que tenia mas empeño en ser ministro que su cólega. Esta especie de triunfo dispuso á estos dos hombres de Estado á sostener mejores relaciones con la Francia, porque deseaban la paz, pues sabian que solo habian ascendido al poder con la paz, y que si ella acababa, descenderian del poder con ella. En efecto, al primer cañonazo que se disparase, era imposible que M. Pitt dejase de ser llamado por todas las clases de la nacion á tomar las riendas del gobierno.

Triunfo del ministerio ingles en el Parlamento y calma momentánea que resulta.

La pronta y prudente conclusion de los asuntos de Suiza habia hecho desaparecer la queja principal que habia entre ambas naciones, y lord Hawkesbury habia pedido que se hiciese partir para Lóndres al embajador de Francia el general Andréossy, ofreciendo que saldria al mismo tiempo para Paris lord Withworth embajador de Inglaterra. El primer Cónsul consintió en ello, porque á pesar de algunos movimientos de cólera que empezaba á excitar en su alma la malevolencia británica, y apesar de las imágenes de una grandeza inaudita que entreveia á veces como consecuencia de la guerra, todavia estaba enteramente inclinado á la paz. Al provocarle ó irritarle, se le inducia, sin duda, á que se dijese á si mismo, que, despues de todo, la guerra era su vocacion natural, su orígen, y quizas su destino; que sabia gobernar de una manera superior, pero que antes que gobernar habia sabido combatir; que esta era su profesion, su arte por excelencia; y que si Moreau habia llegado con

Sale lord Withworth para Paris y el general Andréossy para Lóndres.

Lo que entonces pasaba en el alma del primer Cónsul.

los ejércitos franceses á las puertas de Viena, el iria mucho mas allá. Repetíase muy á menudo todo esto, y en aquel momento se ofrecian, en efecto, á su espíritu visiones extrañas. Veia á los imperios destruidos, reformada la Europa, y cambiado su poder consular en una corona, que no seria menor que la de Carlo Magno. Al punto que se le amenazaba, ó se le irritaba, brotaban una despues de otra en su vasta inteligencia aquellas imágenes fatales y seductoras, como se dejaba conocer en su lenguage, en los despachos que dictaba á su ministro de negocios extrangeros, y en las miles cartas, en fin, que dirigia á los agentes del gobierno. Sin embargo, tambien se decia que tarde ó temprano no podia faltarle toda aquella grandeza, y hallaba que la paz habia durado poco; que Santo Domingo no estaba definitivamente reconquistado; que la Luisiana no habia sido ocupada todavia, y que la marina francesa no estaba restablecida. Segun su opinion, necesitaba antes de empezar de nuevo la guerra, cuatro ó cinco años de continuos esfuerzos en el seno de una paz profunda. El primer Cónsul se hallaba animado de la pasion hácia las grandes obras y construcciones, pasion natural en los fundadores de imperios; y se complacia en esas plazas fuertes que edificaba en Italia; en esos grandes caminos que abria en los Alpes; en esos planos de nuevas ciudades que pensaba levantar en Bretaña, y en esos canales que iban á unir las ensenadas del Sena y del Escalda. Gozaba de un poder absoluto, de una admiracion universal, y todo esto enmedio de una tranquilidad profunda que debia serle apetecible y dulce despues de haber dado tantas batallas, atravesado tantos países, y entregado á tantos azares su fortuna y su vida.

El primer Cónsul deseaba, pues, sinceramente la continuacion de la paz, y por lo tanto consintió en todo lo que podia asegurar su duracion. En su consecuencia, mandó partir al general Andréossy para Londres, y recibió con la mayor distincion á lord Withworth. Este personage destinado á representar á Jorge III en Francia, era un verdadero caballero ingles, sencillo, aunque ostentoso en su representacion, sensato, diestro, pero terco y orgulloso, como los hombres de su nacion y poco ó nada á propósito, para usar de esas consideraciones hábiles y delicadas, tan necesarias para tratar con un carácter á la vez terrible y amable, como el del primer Cónsul. Hubiera sido preferible un hombre de talento á un gran señor, ó ambas cosas á la vez, para desempeñar un cargo semejante al lado de un gobierno que necesitaba ser lisonjeado y considerado. Sin embargo como á primera vista no se conocen las faltas de cada cual, y en la primera entrevista todo parece bien, lord Withworth fue acogido con suma deferencia, y su esposa, la duquesa de Dorset, una de las principales señoras de Inglaterra, fue el objeto de las mas delicadas atenciones. El primer Cónsul dió en obsequio de estos esposos magníficas fiestas en Saint-Cloud y en las Tullerias; M. de Talleyrand desplegó para recibirlos toda la elegancia y finura que le distinguian; y los dos Cónsules Cambacérès y Lebrun tuvieron órden de hacer por su parte cuanto quisiesen, lo que verificaron de un modo notable. A todas estas atenciones se unió otra no menos lisonjera, cual fue el publicarlas.

Carácter de lord Withworth embajador de Inglaterra.

Acogida que se le hace en Paris.

Aunque el interes tuviese una gran parte en la aversion que la Inglaterra tenia á la Francia, no dejaba de tener tambien alguna el orgullo ofendido; por lo tanto las consideraciones y obsequios prodigados por el primer Cónsul al embajador británico produjeron en Lóndres muy buen efecto en la opinion pública, é inclinaron, por un instante, los ánimos á mejores sentimientos. El general Andréossy pudo notarlo muy bien, pues recibió una acogida lisonjera, casi igual á la que recibia lord Withworth en Paris. En los meses de Diciembre y de Enero volvió á renacer cierta calma y tranquilidad, y los fondos, que habian bajado en ambos paises, fueron subiendo poco á poco, y llegaron al precio á que se habian hallado en el momento de mayor confianza. El 5 por 100 habia subido á 57 ó 58 francos.

Enero de 1803.

El invierno de 1803 fue casi tan brillante como el de 1802; y hasta pareció que se

Calma y satisfaccion durante el invierno de 1803.

disfrutaba mayor calma, porque la situacion interior estaba perfectamente organizada, sin tener quien la combatiera, mientras que el año anterior la oposicion del Tribunado causaba cierto malestar incómodo. Todos los empleados de alta categoria, cónsules y ministros, tenian órden de franquear sus casas, tanto á sus subordinados como á la sociedad parisiense y extrangera. Las clases mercantiles estaban satisfechas del movimiento general de los negocios. El sentimiento del bienestar se extendia por todas partes, y hasta empezaba á invadir los círculos de los emigrados que habian vuelto. Cada dia se veia á un nuevo personage, heredero de un nombre ilustre, desprenderse del grupo ocioso, agitado y maldeciente de la antigua nobleza francesa, para ir á solicitar en los salones graves y monotonos de los cónsules Cambacérès y Lebrun alguna plaza en la magistratura ó en la hacienda; mientras que otros se presentaban hasta en la casa de Madama Bonaparte para solicitar alguna plaza en la nueva corte. Hablábase mal de los que las obtenian, pero se les tenia envidia, y no estaban todos muy lejos de imitarlos.

Apuro del gabinete británico respecto á Malta, cuya isla no se atreve á evacuar aunque lo desea.

Este estado de cosas habia durado una parte del invierno, y sin duda hubiera durado mas, sin una circunstancia que empezaba á causar el mayor apuro al gabinete británico, cual era la evacuacion de Malta. Al cometerse la grave falta de mandar que no se verificase la evacuacion, se habia hecho nacer en el pueblo ingles una tentacion muy peligrosa, la de retener un punto que dominaba el Mediterráneo; y en este estado para hacer ya posible el abandono de la isla, se hubiera necesitado, ó que hubiera habido en Inglaterra un ministerio bastante fuerte, ó que la Francia la hubiese hecho alguna concesion, para facilitar el abandono de una prenda tan interesante. Pero en Inglaterra no existia tal ministerio, ni el primer Cónsul estaba dispuesto á evitar dificultades al que habia, á costa de sacrificios por su parte; pues lo mas que se podia pedirle era que no se diese mucha prisa á exigir la ejecucion de los tratados.

Una nueva circunstancia hacia mas ejecutivo el peligro de aquella situacion. Hasta entonces habia habido un pretexto para demorar la ejecucion del tratado de Amiens, respecto á Malta, y era el haberse negado la Rusia á aceptar la garantía del nuevo órden de cosas establecido en aquella isla. Pero apreciando despues el gabinete ruso los males que podia traer consigo su negativa, y queriendo coadyuvar sinceramente al sostenimiento de la paz, se habia apresurado á volver atras de su primera determinacion por un movimiento de honradez que hacia honor al jóven Alejandro. Pero para dar algun motivo á este cambio, habia puesto algunas condiciones insignificantes á su garantía, tales como el reconocimiento por todas las potencias de la soberania de la Orden sobre la isla de Malta; la introduccion de los naturales en el gobierno y la supresion de la lengua maltesa. Semejantes condiciones no cambiaban nada al tratado, porque casi se hallaban contenidas en él. Interesada tambien la Prusia en asegurar la paz, habia concedido su garantía en los mismos términos que la Rusia. El primer Cónsul se habia apresurado á aprobar las nuevas condiciones, agregadas al artículo X del tratado de Amiens, y las habia aceptado formalmente.

La Rusia acepta al fin la garantía de la Orden de Malta, y proporciona á los ingleses un medio de evacuar la isla.

El gabinete ingles no podia ya retroceder; y debia ó aceptar la garantía, tal cual se presentaba, ó que se constituyese en un estado que pusiera en evidencia su mala fe, porque las nuevas cláusulas imaginadas por la Rusia, eran tan insignificantes que en razon no se podian desechar. Aunque embarazado con las circunstancias que él mismo se habia creado, estaba, sin embargo, dispuesto, á aprovecharse del último acto del gobierno ruso, como una ocasion natural para evacuar á Malta, salvo la condicion de exigir algunas precauciones aparentes, respecto al Egipto y al Oriente; pero en estas circunstancias sobrevino de pronto un incidente desgraciado, que sirvió de pretexto á su mala fe, si de mala fe obraba, ó de intimidacion á su debilidad, dado caso que

El gabinete ingles se halla dispuesto á aprovecharse de la ocasion para evacuar á Malta.

solo hubiese en él debilidad.

Incidente desgraciado que hace renacer todas las dificultades de la evacuacion.

Ya hemos visto que el coronel Sebastiani habia sido enviado á Tunez, y de Tunez á Egipto, para asegurarse si los ingleses estaban ó no dispuestos á dejar á Alejandria; para observar lo que pasaba entre los turcos y los mamelucos; para restablecer la proteccion francesa sobre los cristianos, y entregar al general Brune nuestro embajador en Constantinopla una nueva confirmacion de sus primeras instrucciones. El coronel habia desempeñado cumplidamente su mision; habia hallado á los ingleses establecidos en Alejandria sin que pareciesen dispuestos á abandonar la plaza; á los turcos en guerra encarnizada con los mamelucos; á la poblacion echando de menos á los franceses, y resonando en el Oriente el nombre del general Bonaparte. El coronel hacia mencion de todo esto en una memoria, y hasta habia añadido en ella que en la situacion en que se hallaba el Egipto, colocado entre los turcos y los mamelucos, bastaba un cuerpo de 6,000 hombres para volverle á conquistar. Semejante memoria, aunque escrita en un lenguaje muy circunspecto no debia publicarse, porque habia sido escrita solo para el gobierno, y porque en ella se decian muchas cosas, que solo él debia saberlas. Por ejemplo, el coronel Sebastiani, se quejaba amargamente del general Stuart, que ocupaba á Alejandria, el cual habia tratado de hacerle asesinar en el Cairo. En su conjunto probaba esta memoria que los ingleses no soñaban siquiera en evacuar á Alejandria; y esto decidió al primer Cónsul para mandarla insertar en el *Moniteur*. Hallaba que la Inglaterra se tomaba una libertad muy lata, respecto á ejecutar el tratado de Amiens, y aunque todavia no queria mostrarse muy ejecutivo en lo tocante á la evacuacion de Malta y de Alejandria, sin embargo, no le parecia mal manifestar públicamente por medio de aquel documento, la lentitud con que la Inglaterra cumplia sus compromisos, y la mala voluntad de sus oficiales hácia los nuestros. Dicha memoria se insertó en el *Moniteur* del dia 30 de Enero; y aunque en Francia llamó poco la atencion, produjo en Inglaterra una sensacion tan viva como imprevista. La expedicion de Egipto habia hecho á los ingleses muy susceptibles en cuanto tenia relacion con este pais, y á cada momento creian ver á un ejército frances pronto á embarcarse en Tolon para Alejandria. La relacion de un oficial frances, exponiendo el estado miserable de los turcos en Egipto, la facilidad de ahuyentarlos, lo vivo que estaban los recuerdos que habian dejado los franceses, y sobre todo la queja que hacia del mal comportamiento de un oficial británico, los alarmó, los ofendió y les hizo salir de la calma en que habian empezado á entrar. Sin embargo, este efecto hubiera sido pasagero, si los partidos no hubieran puesto el mayor conato en agravarlo. MM. Windham, Dundas y Grenville, gritaron mas fuerte que nunca, y ahogaron con sus quejas y clamores la voz de los hombres generosos, tales como M. Fox y sus amigos. En vano se esforzaban estos diciendo que nada habia en aquella memoria de extraordinario, y que si el primer Cónsul hubiera tenido formado algun proyecto sobre el Egipto, no lo hubiera publicado. No se quiso escucharles, y se declamó con violencia. Dijose que el ejército ingles habia sido insultado, y que se necesitaba una ruidosa reparacion para vengar su honor ultrajado. Esta impresion, producida en Lóndres por la memoria del coronel Sebastiani, volvió á Paris como un sonido rechazado por numerosos ecos. Ofendido el primer Cónsul al ver siempre desfigurar sus intenciones, acabó por perder la paciencia. Le pareció muy extraño que los que le estaban en deuda, pues se habian quedado atras respecto á dos puntos esenciales, la evacuacion de Alejandria y de Malta, estuviesen tan dispuestos á quejarse, cuando al contrario podian dirigírseles quejas; y por lo tanto encargó á M. de Talleyrand en Paris y al general Andréossy en Lóndres

Inséritase en el *Moniteur* la memoria del coronel Sebastiani relativa á su mision en Oriente

Efectos que produce dicha insercion.

Nueva agitacion en Inglaterra.

Ofendido el primer Cónsul al ver lo que pasa en Londres provoca una explicacion, diferida por largo tiempo, acerca de la ocupacion de Malta y de Alejandria.

que concluyesen de una vez, y tuviesen una explicacion categórica sobre la ejecucion de los tratados, diferida por tanto tiempo.

Semejante explicacion era muy fuera de propósito en aquel momento. Los ministros ingleses que no se atrevian á evacuar á Malta antes de la publicacion de la memoria del coronel Sebastiani, se sentian con menos fuerza para llevarla á cabo despues del efecto causado por dicha publicacion; y en su consecuencia se negaron á explicarse, apoyando su negativa en motivos que por primera vez daban á conocer intenciones sospechosas. Lord Withworth recibió el encargo de sostener que se debia á la Inglaterra una compensacion por las ventajas que habia obtenido la Francia; que el tratado de Amiens se habia fundado sobre este principio, porque si se habian concedido á una de las dos potencias numerosas posesiones en la América y en las Indias, habia sido en consideracion á las conquistas hechas por la otra en Europa; que habiéndose adjudicado la Francia despues de la paz nuevos territorios, y nueva extension de influjo, debia la Inglaterra tener sus equivalentes; que por este motivo hubiera podido negarse á evacuar á Malta, pero que deseando el ministerio conservar la paz, estaba ya pronto á llevar á efecto dicha evacuacion, sin tener la idea de pedir ninguna compensacion por ella, cuando salió á luz la memoria del coronel Sebastiani, y que despues de publicada esta habia tomado el partido de no conceder nada respecto á Malta, si no se daba á la Inglaterra una doble satisfaccion, asi sobre el ultraje hecho al ejército ingles, como sobre las miras del primer Cónsul acerca del Egipto; miras que estaban expresadas en la memoria en cuestion, y de una manera que debia ofender é inquietar á Su Magestad británica.

Primera manifestacion de las intenciones del gabinete británico respecto á Malta.

Cuando M. de Talleyrand recibió semejante declaracion sintió la mayor sorpresa; pues aunque comprendia los recelos que debia causar en Inglaterra todo cuanto tocaba al Egipto, no podia figurarse que un motivo tan insignificante como la memoria del coronel Sebastiani, pudiera variar la resolucion de evacuar á Malta, dado caso que esta resolucion fuese verdadera. Al momento dió parte de ello al primer Cónsul, quien quedó sorprendido á su vez, si bien, segun su caracter fue mas su irritacion que su sorpresa. No obstante, juzgó del mismo modo que M. de Talleyrand que se debia salir de aquella situacion penosa, intolerable, y peor que la guerra. El primer Cónsul se dijo, que si los ingleses deseaban conservar á Malta, y que si todas sus recriminaciones no eran mas que puros pretextos para ocultar su deseo, era necesario explicarse con ellos de un modo claro y preciso, y haciéndoles entender, que era imposible acerca de este particular engañarle, ni cansarle, ni hacer que variase de opinion; y que si por el contrario, eran sinceras las inquietudes que manifestaban, se debia tranquilizarlos, haciéndoles conocer sus intenciones con un lenguage de verdad que no les dejase ninguna duda. En su consecuencia, resolvió ver personalmente á lord Withworth, y hablar á este embajador con una franqueza sin límites, á fin de persuadirle bien que tenia tomado su partido acerca de dos puntos; la evacuacion de Malta, la cual queria exigir imperiosamente, y la paz, cuya conservacion deseaba con la mayor buena fe, siempre y cuando se ejecutasen los tratados. Este era un nuevo ensayo que iba á hacer; iba á decirlo todo, todo absolutamente, aun lo que jamas se dice á los enemigos, á fin de calmar su desconfianza, si solo eran desconfiados, ó convencerles de su falsedad, si obraban de mala fé. De esto debia resultar, como va á verse, una escena extraña.

El primer Cónsul adopta el partido de explicarse directamente con el embajador de Inglaterra.

El 8 de Febrero por la tarde invitó á lord Withworth á que se presentase en las Tullerias, y le recibió con la mayor cordialidad, haciéndole sentar al lado de una mesa que habia en medio de su gabinete y ocupando él un asiento en el lado opuesto (1). Le dijo que

Febrero de 1803.

Entrevista del primer Cónsul con lord Withworth verificada el 18 de Febrero.

(1) El primer Cónsul refirió aquel mismo dia esta conversacion al ministro de

habia querido verle y conferenciar directamente con él, á fin de convencerle de sus verdaderas intenciones, cosa que ninguno de sus ministros podia hacer tan bien como él. En seguida, hizo una recapitulacion de sus relaciones con la Inglaterra desde su orígen; manifestó el cuidado que habia tenido en ofrecer la paz desde el dia mismo de su advenimiento al Consulado; las negativas que habia recibido; el empeño con que habia vuelto á anudar las negociaciones desde que lo habia podido hacer de un modo honroso, y por último, las concesiones que habia hecho para llegar á la conclusion del tratado de Amiens. Despues expresó el disgusto que sentia al ver lo mal pagados que eran por la Gran Bretaña los esfuerzos que hacia para vivir con ella en buenas relaciones; recordó los malos procederes que habian seguido inmediatamente á la cesasion de hostilidades; el desencadenamiento de los periódicos ingleses, y la licencia permitida á los emigrados para publicar folletos y gacetillas, licencia que no podia ser justificada por los principios de la Constitucion británica; las pensiones concedidas á Jorge y á sus cómplices; los continuos desembarcos de *chuanes* en las islas de Jersey y de Guernesey; la acogida hecha á los príncipes franceses, á quienes se habia recibido con las insignias de la antigua monarquia; y por último, el envio de agentes á Suiza é Italia, para suscitar por todas partes dificultades á la Francia.—Cada viento, exclamó el primer Cónsul, cada viento que se levanta en Inglaterra, no me trae mas que odio y ultrajes. Y he aquí añadió, que hemos llegado á una situacion, de la cual es indispensable salir. ¿Quereis ó no, ejecutar el tratado de Amiens?..... En cuanto á mí lo he cumplido con la mas escrupulosa fidelidad. Este tratado me obligaba á evacuar á Nápoles, Tarento y los Estados romanos en el término de tres meses, y antes de que hubiesen transcurrido, las tropas francesas habian salido de todos esos paises. En cambio hace diez meses que se cangearon las ratificaciones, y aun se hallan las tropas inglesas en Malta y en Alejandria. Inútil es, pues, que se trabaje por engañarnos sobre este punto: ¿quereis la paz ó la guerra? Si quereis la guerra, no teneis mas que decirlo; la haremos, con encarnizamiento, y hasta la ruina de una de las dos naciones; pero si quereis la paz es menester evacuar á Alejandria y Malta, porque, añadió el primer Cónsul con el acento de una resolucion irrevocable, ese peñasco de Malta sobre el cual se han levantado tantas fortificaciones, tiene, sin duda, una gran importancia, bajo el punto de vista marítimo, pero mayor la tiene á mis ojos, y es la de interesar hasta el mas alto grado el honor de la Francia. ¿Qué diria el mundo, si dejásemos quebrantar un tratado solemne firmado con nosotros? Dudaria de nuestra energia. Por lo que hace á mí tengo tomado mi partido: prefiero veros en posesion de las alturas de Montmartre, que de Malta.—

¡Espantosa palabra, que se realizó por desgracia de la Francia!

Lord Withworth, silencioso é inmóvil, y sin comprender bastante la escena que presenciaba, contestó brevemente á las declaraciones del primer Cónsul. Alegó la imposibilidad que habia de calmar en algunos meses el odio suscitado entre ambas naciones por una larga guerra; hizo valer el obstáculo de las leyes inglesas que no ofrecian ningun medio para reprimir la licencia de los escritores; y explicó, en fin, que las pensiones concedidas álos *chuanes*, eran como una remuneracion de servicios pasados, pero no el pago de servicios venideros, (confesion singular en boca de un embajador), y la acogida hecha á los príncipes emigrados, como un acto de hospitalidad hácia la desgracia; hospitalidad que estaba en uso en la nacion británica. Todo esto no podia justificar ni la tolerancia que habia con los folletinistas franceses, ni las pensiones concedidas á los asesinos, ni que se permitiese á los príncipes de Borbon usar las insignias de

---

relaciones exteriores para que la comunicase á nuestros ministros cerca de las Córtes extrangeras; y tambien habló de ella á sus cólegas y á varias personas, las cuales consignaron su recuerdo. Finalmente, lord Withworth la transmitió íntegra á su gabinete. Asi, pues, circuló por toda la Europa y se hicieron de ella mil versiones diferentes; y segun estas, y tomando de todas lo que me ha parecido incontestable, la he reproducido aquí. No refiero los terminos sino el fondo de las cosas, cuya verdad garantizo.

la antigua monarquía. El primer Cónsul hizo notar al embajador, cuan poco satisfactoria era su respuesta, y volvió á insistir sobre el objeto importante, que era la evacuacion de Malta y de Alejandría. En cuanto á la evacuacion de Alejandría, lord Withworth afirmó, que en aquellos momentos se habia ya verificado; y respecto á la de Malta, manifestó que la tardanza habia consistido en la dificultad de obtener la garantía de las grandes cortes, y en las reiteradas negativas del gran Maestre Ruspoli. Pero añadió que ya se iba á evacuar la isla, cuando los cambios verificados en Europa, y sobre todo la memoria del coronel Sebastiani habian suscitado nuevas dificultades. Al llegar aquí interrumpió el primer Cónsul al embajador ingles. ¿De qué cambios quereis hablar? le dijo. No será por cierto de la presidencia de la República italiana, pues se me confirió antes de firmarse el tratado de Amiens: ni tampoco de la ereccion del reino de Etruria, suceso que os era conocido antes de aquel tratado, porque se os pidió é hicisteis esperar el próximo reconocimiento de dicho reino. No será, pues, eso de lo que quereis hablar. ¿Será del Piamonte? Será de la Suiza? Cosa es esa que no valdria la pena, pues ambos hechos añaden muy poco á la realidad de las cosas. Mas aun en este caso, no teneis hoy el derecho de quejaros; porque antes del tratado de Amiens, dije á todo el mundo lo que pensaba hacer con el Piamonte; lo dije al Austria, á la Rusia, á vosotros. Jamas he prometido el restablecimiento de la casa de Cerdeña en sus Estados; ni aun he querido nunca estipular para ella una indemnizacion determinada. Por lo tanto, demas sabiais que tenia el proyecto de agregar el Piamonte á la Francia; ademas, que esta agregacion no cambia en nada mi poder en Italia, poder absoluto, que quiero que lo sea, y que seguirá siéndolo. En cuanto á la Suiza, estábais bien convencidos que yo no habia de sufrir una contrarevolucion. Pero todas esas alegaciones no deben ser tomadas con seriedad, ni combatidas. Mi poder sobre la Europa despues del tratado de Amiens, no es ni menos ni mas que el que era. Yo os hubiera invitado á tomar parte en los asuntos de Alemania, si me hubierais manifestado mejor voluntad. Demasiado sabeis que en todo lo que he hecho, he querido solo completar la ejecucion de los tratados, y asegurar la paz general. Por lo que hace al presente ved, averiguad, y decidme si hay en alguna parte un Estado al que yo amenace ó pretenda invadir. Ninguno hay, bien lo sabeis; al menos, mientras que la paz se conserve. Lo que decis acerca de la memoria del coronel Sebastiani, no es digno de las relaciones de dos naciones grandes. Si abrigais algunos recelos respecto á mis miras sobre Egipto, quiero probar, milord, el tranquilizaros. Si, he pensado mucho en Egipto, y pensaré todavia mas, si me obligais á comenzar de nuevo la guerra, pero no comprometeré la paz que gozamos de poco tiempo á esta parte por reconquistar aquel pais. El imperio turco amenaza ruina; y por mi parte contribuiré á sostenerlo en cuanto me sea posible; pero si se desploma, quiero que la Francia tenga una parte de él. No obstante, podeis estar seguro que no precipitaré los acontecimientos. Si asi lo hubiera querido, hubiera podido dirigir sobre Alejandría uno de los numerosos armamentos que he enviado á Santo Domingo. Los 4,000 hombres que teniais allí no hubieran sido un obstáculo para mí, pues, al contrario, me hubieran servido de escusa. Hubiera invadido de improviso el Egipto, y esta vez es seguro que no me le hubierais arrancado; pero en nada de esto pienso. ¿Creeis, añadió el primer Cónsul, que yo me hago ilusiones acerca del poder que exerzo hoy sobre la opinion de la Francia y de la Europa? No, este poder no es tan grande que me permita llevar á cabo impunemente una agresion no motivada; si asi lo hiciera se volveria contra mi la opinion de la Europa, y perderia mi ascendiente político: en cuanto á la Francia necesito probarle que se me ha hecho la guerra, y que yo no la he provocado, para obtener de ella el impetu, el entusiasmo que quiero excitar contra vosotros, si me llevais al combate. Es necesario que toda la sinrazon esté de vuestra parte, y no de la mia: por esto no medito ninguna agresion. Todo lo que yo tenia que hacer en Alemania y en Italia está hecho; y nada he hecho que no lo haya anunciado, publicado y confesado de antemano antes de concluir un tratado. Ahora, bien, si aun dudais de mi deseo de conservar la paz,

escuchad y juzgad hasta qué punto soy sincero. Bien jóven todavia, he llegado á obtener un poder y fama, á los cuales será muy difícil poder añadir mas; y ¿creeis que yo quiera arriesgar ese poder y esa fama en una lucha desesperada? Si el Austria me declara la guerra, yo sabré encontrar el camino de Viena; y si la guerra es con vosotros, os quitaré todos los aliados que podais tener en el continente, y os impediré que podais aproximaros á tierra desde el Báltico hasta el golfo de Tarento. Vosotros nos bloquearéis, pero yo os bloquearé á mi vez; vosotros nos encerrareis en el continente como en una prision, pero yo os encerraré tambien en la extension de los mares. Pero como al fin será necesario concluir de una vez, me valdré de medios mas directos: reuniré ciento cincuenta mil hombres, y una inmensa flotilla; ensayaré pasar el estrecho, y quizas sepulte en el fondo de los mares mi fortuna, mi gloria, y mi vida. ¡No es verdad, milord, que un desembarco en Inglaterra es una temeridad muy extraña! Al expresarse el primer Cónsul asi, con grande asombro de su interlocutor, se puso á enumerar las dificultades y los peligros de semejante empresa; la cantidad de material, y el número de hombres y de buques que seria menester poner en el estrecho, todo lo cual haria, para ver si le era posible destruir á la Inglaterra; y siempre insistiendo mas y manifestando como mayor la probabilidad de perecer á la de salir bien de aquella tentativa, añadió con una energia extraordinaria: Esta temeridad, milord, esta temeridad tan grande, estoy resuelto á intentarla si me obligais á ello. Expondré en ella mi ejército y mi persona; pero tened entendido que esta empresa adquirirá conmigo probabilidades de buen éxito, que no tendria con ningun otro. Yo he pasado los Alpes en el invierno; yo sé cómo se hace posible lo que parece imposible á la generalidad de los hombres; y si llego á lograr mi intento, vuestros nietos mas remotos llorarán con lágrimas de sangre, la resolucion que me habreis obligado á tomar. Considerad, repuso el primer Cónsul, considerad, si debo yo hoy que me veo poderoso, feliz y tranquilo, arriesgar mi poder, felicidad y sosiego en semejante empresa; y si no soy sincero cuando os digo que quiero la paz.—Despues, calmándose alguna cosa, añadió: Mas vale para vosotros como para mi, que me satisfagais en el límite de los tratados. Es menester que evacueis á Malta; que no tolereis en Inglaterra á mis asesinos; dejad si quereis que me injurien los periódicos ingleses, pero no esos miserables emigrados que deshonran la proteccion que les concedeis; y á los cuales os permite expulsar de Inglaterra la ley del *Alien-bill*. Obrad con cordialidad conmigo, y os prometo trataros con la mayor sinceridad y buena fe; os prometo trabajar sin descanso para conciliar nuestros intereses en lo que puedan serlo. ¡Calculad el poder que ejerceriamos sobre el mundo si ambas naciones llegaran á ponerse de acuerdo. Vosotros teneis una marina, que no podria igualar en diez años de continuos esfuerzos, y empleando todos mis recursos; pero yo tengo 500,000 hombres, prontos á marchar bajo mis órdenes donde yo quiera conducirlos. Si vosotros sois dueños de los mares, yo soy dueño de la tierra: pensemos, pues, en unirnos mas bien que en combatirnos, y arreglaremos á nuestra voluntad los destinos del mundo. A la Francia y á la Inglaterra reunidas todo les será posible en el interes de la humanidad y de nuestro doble poder.—

Este lenguage tan extraordinario por su franqueza, habia sorprendido y turbado al embajador de Inglaterra, quien por desgracia, aunque era un hombre muy honrado, no podia apreciar la grandeza y la sinceridad de las palabras del primer Cónsul. Para oir semejante conferencia y poder contestar á ella hubiera sido menester que las dos naciones se hubiesen hallado reunidas presenciándola.

El primer Cónsul no dejó de advertir á lord Withworth, que dentro de dos dias iba á abrir las sesiones del Cuerpo Legislativo, conforme á lo mandado en la Constitucion Consular, que fijaba dicho acto para el 1.° de Ventoso (20 de Febrero); que segun costumbre presentaria la exposicion anual de la situacion de la República, y que no debia sorprenderse la Inglaterra al ver que el gobierno frances expresaba sus intenciones con la misma franqueza que lo habia hecho al embajador. Lord Withworth se retiró para dar cuenta á su gabinete de lo que acababa de oir y de saber.

En efecto, el primer Cónsul habia redactado por sí mismo el cuadro de la situacion de la República; y preciso es confesar que jamas ningun gobierno presentó uno tan hermoso, ni lo hizo con un lenguage mas noble. La calma y la tranquilidad apoderándose de todos los ánimos; el restablecimiento del culto verificado con una prontitud asombrosa y sin la menor turbulencia; las huellas de las discordias civiles borradas por todas partes; el comercio recobrando su actividad; la agricultura progresando; las rentas del Estado aumentando visiblemente; los trabajos públicos verificándose con una celeridad prodigiosa; las obras de defensa sobre los Alpes, en el Rhin y en las costas, continuando con igual rapidez; toda la Europa dirigida por el influjo de la Francia, sin que se diese por ofendida, á excepcion de la Inglaterra, tal era el cuadro que el primer Cónsul tenia que presentar; cuadro trazado por él con una mano maestra. Al dia siguiente de la apertura, 21 de Febrero (2 de Ventoso), tres oradores del gobierno presentaron esta exposicion al Cuerpo Legislativo, segun costumbre introducida bajo el Consulado, y su lectura produjo ese efecto sorprendente que debia causar en todas partes. Pero el pasage relativo á la Inglaterra, objeto de una curiosidad general, estaba expresado con tanta energía, y sobre todo con una precision tan categórica, que debia motivar una próxima solucion. Despues de dar cuenta de la feliz conclusion de los negocios germánicos, de la pacificacion de la Suiza, y de la política conservadora de la Francia hácia el imperio turco, aquel documento añadia que las tropas británicas ocupaban todavía á Alejandria y Malta; que el gobierno frances tenia derecho para quejarse; que entretanto acababa de saber que los navios encargados de transportar á Europa la guarnicion de Alejandria, habian ya entrado en el Mediterráneo. En cuanto á la evacuacion de Malta no decia cuando debia verificarse, pero añadia estas palabras significativas:

Exposicion del estado de la República presentada en la primera sesion del Cuerpo Legislativo.

«El gobierno garantiza á la nacion »la paz del continente, »y le es permitido esperar la continuacion de la paz marítima. Esta paz es la necesidad y el »deseo de todos los pueblos. Para conservarla hará el gobierno todo lo que »sea compatible con el honor nacional, »esencialmente enlazado con la exacta »ejecucion de los tratados.

Pasage de la exposicion relativo á la Inglaterra.

«Pero en Inglaterra se disputan el »poder dos partidos. El uno ha concluido la paz y parece decidido á conservarla, el otro ha jurado á la Francia »un odio implacable. De ahí, esa fluctuacion en las opiniones y en los consejos, y esa actitud á la vez pacífica y »amenazadora.

«Mientras que dura esta lucha de los »partidos, la prudencia exige que el gobierno de la República tome algunas »medidas. Quinientos mil hombres deben estar y se hallarán prontos á defenderla y á vengarla. ¡Extraña necesidad, impuesta por pasiones miserables »á dos naciones á quienes un mismo »interes y una misma voluntad, apegan »á la paz!

«Cualquiera que sea el éxito en Lóndres de las intrigas puestas en uso, no »podrán arrastrar á otros pueblos á nuevas coaliciones, y el gobierno lo dice »con justo orgullo, la Inglaterra sola no »se atreveria á luchar hoy contra la »Francia.

«Pero concibamos mejores esperanzas, y creamos bien que el gabinete »británico solo escuchará los consejos de »la prudencia y la voz de la humanidad.

«Sí, sin duda la paz se consolidará »cada dia mas; las relaciones de ambos »gobiernos tomarán ese carácter de benevolencia que conviene á sus mutuos intereses; un reposo feliz hará olvidar »las largas calamidades de una guerra »desastrosa, y la Francia y la Inglaterra, ayudándose á labrar su recíproca »dicha, merecerán el reconocimiento de »todo el mundo."

Para juzgar con acierto esta manifestacion no debe compararse á lo que hoy se llama en Francia y en Inglaterra el *Discurso de la Corona*, sino al *Mensage* del presidente de los Estados-Unidos; y este puede explicar y justificar los pormenores en que entraba el primer Cónsul. Habia querido absolutamente hablar de los partidos que dividian á la Inglaterra, á fin de tener el medio de expresarse con libertad acerca de sus enemigos, sin que

sus palabras pudiesen aplicarse al mismo gobierno ingles. Este era un modo muy atrevido y peligroso de mezclarse en los negocios de un pais vecino; y sobre todo era herir cruel é inútilmente el orgullo británico, pretender en términos tan altivos que la Inglaterra, reducida á sus solas fuerzas, no podia luchar contra la Francia. Así cometia el primer Cónsul una injusticia en la forma, cuando en el fondo no tenia ninguna de que acusarse.

Marzo de 1803.

Efecto que produce en Inglaterra la exposicion del estado de la República.

Cuando llegó á Lóndres la exposicion del estado de la República, exposicion tan hermosa pero tan altiva, produjo en aquella capital mas efecto que la memoria del coronel Sebastiani, y mucho mas tambien que los actos del primer Cónsul en Italia, Suiza y Alemania, tan censurados por los ingleses (1). Las intempestivas palabras acerca de la imposibilidad en que se hallaba la Inglaterra para luchar sola con Francia llenaron de indignacion el corazon de todos los ingleses. Agréguese á esto que el primer Cónsul habia acompañado aquel último documento con una nota en la que pedia al gobierno británico se explicase definitivamente acerca de la evacuacion de Malta.

El gabinete ingles se veia al fin obligado á tomar una resolucion, y á declarar al primer Cónsul sus intenciones respecto á aquella isla tan disputada, y causa de tan grandes acontecimientos. Su apuro era grande, porque no queria ni confesar la intencion de quebrantar un tratado solemne, ni prometer la evacuacion de Malta, cosa imposible á su debilidad. Instigado por la opinion pública para que hiciese algo, y no sabiendo qué hacer, tomó el partido de dirigir un mensage al Parlamento, cuyo medio sirve á veces en los gobiernos representativos, para entretener los ánimos, y engañar su impaciencia, pero que puede llegar á ser muy peligroso, cuando no se sabe claramente á donde se quiere conducirlos, y solo se busca procurarles una satisfaccion momentánea.

En la sesion del 8 de Marzo se presentó en el Parlamento el mensage siguiente:

«JORGE, REY....

Mensage del Rey de Inglaterra al Parlamento.

»Su Magestad cree necesario informar á »la Cámara de los Comunes, que haciéndose en los puertos de Francia y de »Holanda considerables preparativos militares, ha juzgado conveniente adoptar nuevas medidas de precaucion para »la seguridad de sus estados. Aunque los »preparativos de que se trata tengan por »objeto aparente las expediciones coloniales, como existen actualmente entre »Su Magestad y el gobierno frances discusiones de gran importancia, cuyo resultado es incierto, Su Magestad ha determinado hacer esta comunicacion á »sus fieles comunes, bien persuadido »que, aunque estos participan de su deseo é infatigable solicitud por conservar la paz, puede, sin embargo, descansar con la mayor confianza en su »espíritu público y en su liberalidad, y »contar con que le pondrán en estado »de emplear todas las medidas que las »circunstancias puedan exigir para defender el honor de su corona, y los »intereses esenciales de su pueblo."

Imposible es imaginar un mensage mas torpemente concebido. Descansaba sobre errores de hecho, y tenia ademas algo de ofensivo para la buena fe del gobierno frances. En primer lugar no habia un buque disponible en nuestros puertos, pues todos los que se hallaban en estado de darse á la vela, estaban en Santo Domingo, empleados en su mayor parte como transportes, en llevar tropas. Es verdad que se construian muchos en nuestros astilleros, y esto no era un misterio; pero no se soñaba siquiera en armar un solo navio. Solamente en el puerto holandes de Helvoëtsluis habia una pequeña expedicion de dos navios y dos fragatas con 3,000 hombres con destino á la Luisiana, que

(1) Yo mismo he oido decir á cierto alto personage, uno de los mas respetables miembros de la diplomacia inglesa, cuarenta años despues, cuando ya el tiempo habia destruido en él todas las pasiones de aquella época, que aquellas palabras donde se decia que la Inglaterra sola no podia luchar contra la Francia, habian llenado de indignacion á todos los ingleses, y que desde aquel dia habia podido considerarse la guerra como inevitable.

estaban allí detenidos hacia algunos meses temiendo á los hielos, habiéndose anunciado de antemano á toda la Europa el objeto de su mision. Decir que aquellos armamentos destinados en la apariencia á las colonias, podrian tener en realidad otro objeto, era una insinuacion de las mas ofensivas. Pretender, en fin, que existian discusiones de grande importancia entre los dos gobiernos, era muy imprudente, porque hasta en aquel momento todo se habia limitado á que Francia profiriese algunas palabras relativas á Malta, y que Inglaterra las oyese sin darles ninguna contestacion. Hacer de esto un objeto de disputa, era declarar en aquel mismo instante que pensaban negarse á la execusion de los tratados; á menos que no se pretendiese que algunas expresiones sacadas de la memoria del coronel Sebastiani ó de la exposicion del estado de la República, constituian un motivo de queja suficiente para poner en pie de guerra todas las fuerzas de la Inglaterra. El mensage, pues, no podia sostener un exámen, y era á la vez inesacto y ofensivo.

Lord Withworth, que ya empezaba á conocer algo mejor al gobierno cerca del cual se hallaba acreditado, adivinó al momento la impresion que produciria en el ánimo del general Bonaparte el mensage presentado al Parlamento ingles. Asi, pues, le costó mucho sentimiento dar copia de él á M. Talleyrand, invitando á este ministro á que corriese á ver al general para calmarle, y persuadirle que esto no era una declaracion de guerra sino una simple medida de precaucion. Al punto se trasladó M. de Talleyrand á las Tullerias, y nada pudo lograr del arrebatado dueño que las ocupaba. Hallóle profundamente irritado por la iniciativa tan brusca que habia tomado el gabinete británico; porque aquel mensage extraño que nada motivaba, parecia una provocacion hecha á la faz del mundo. Pensaba que se le desafiaba públicamente, se creia ofendido, y preguntaba donde habia ido el gabinete británico por todas las mentiras contenidas en su mensage; porque, segun decia, no existia un solo armamento en los puertos de Francia, ni tampoco habia aun una diferencia declarada entre los dos gabinetes.

Efecto que produce en el primer Cónsul el mensage del Rey de Inglaterra.

M. de Talleyrand obtuvo del primer Cónsul que contendria su resentimiento, y que si era preciso hacer la guerra dejaria á los ingleses la injusticia de provocarla. Esta era la intencion del primer Cónsul, pero le era dificil contenerse, segun se sentia ofendido. El mensage habia sido comunicado el 8 de Marzo al Parlamento de Inglaterra, y conocido en Paris el 11. Desgraciadamente, dos dias despues era Domingo, dia en que se recibia al cuerpo diplomático en las Tullerias. Una curiosidad muy natural habia atraido á ellas á todos los ministros extrangeros, que deseaban ver la actitud del primer Cónsul en aquella circunstancia, y sobre todo la del Embajador de Inglaterra. Mientras el primer Cónsul aguardaba que fuera la hora de la audiencia, se hallaba al lado de Madama Bonaparte, jugando en su aposento con el niño que debia entonces ser su heredero, y que era el hijo primogénito de Luis Bonaparte y de Hortensia de Beaubarnais. M. de Rémusat, prefecto del palacio, anunció que estaba ya formado el circulo y entre otros nombres pronunció el de lord Withworth. Este nombre produjo en el primer Cónsul una impresion notable; dejó al niño con quien se entretenia, tomó ásperamente la mano de Madama Bonaparte, entró en el salon de recepcion, pasó por delante de los ministros extrangeros que se agrupaban á su paso, y se dirigió directamente al representante de la Gran Bretaña.—Milord, le dijo con la mayor agitacion, ¿teneis noticias de Inglaterra? Y casi sin aguardar la respuesta añadió: ¿Con qué quereis la guerra?—No, general, contestó con mucha mesura el embajador; conocemos demasiado las ventajas de la paz.--¿Con que quereis la guerra? continuó el primer Cónsul con voz bastante alta, y de modo que lo oyesen los concurrentes. Hemos estado combatiéndonos por espacio de diez años, ¿quereis, pues, que sigamos combatiendo todavia por espacio de otros diez? ¿Cómo se han atrevido á decir que la Francia estaba haciendo armamentos? Se ha querido engañar al mundo. En nuestros puertos no hay un buque siquiera, pues todos los navios en estado de servicio han sido enviados á Santo Domingo. El solo arma-

mento que existe se halla en las aguas de Holanda; y hace cuatro meses que nadie ignora que está destinado á la Luisiana. Se ha dicho que hay cuestiones entre la Francia y la Inglaterra; pero yo no tengo ningun conocimiento de ellas. Lo único que sé, es que la isla de Malta no ha sido evacuada en el plazo prefijado; pero no creo que vuestros ministros quieran faltar á la lealtad inglesa rehusando ejecutar un tratado solemne; al menos no nos lo han dicho todavia. Tampoco creo que con vuestros armamentos háyais querido intimidar al pueblo frances; porque al pueblo frances, milord, podrán matarlo; pero intimidarle, jamas!—Sorprendido el embajador, y algo turbado, á pesar de su sangre fria, contestó que no se queria ni lo uno ni lo otro, sino que al contrario solo se deseaba vivir en buena inteligencia con la Francia.—Entonces, repitió el primer Cónsul, es necesario respetar los tratados. ¡Desgraciado el que no los respete! En seguida pasó por delante de MM. de Azara y de Markoff, y les dijo en voz bastante alta, que los ingleses no querian evacuar á Malta; que se negaban á cumplir sus compromisos, y que en adelante seria necesario *cubrir los tratados con un velo negro*. Continuando su vuelta, distinguió al ministro de Suecia, y su presencia le recordó los ridículos despachos dirigidos á la Dieta germánica, los cuales se habian hecho públicos al momento.—¿Olvida vuestro Rey le dijo, que no se halla la Suecia en tiempos de Gustavo Adolfo, y que ha descendido á ser potencia de tercer rango?—Asi concluyó de recorrer el círculo; siempre agitado, con la mirada centelleante, espantoso como una potestad colérica, pero desprovisto de la dignidad y calma que sientan tan bien en el poderoso.

Conociendo, sin embargo, el primer Cónsul que habia ido mas allá de lo conveniente, se dirijió de nuevo al embajador de Inglaterra, y le preguntó con un metal de voz mas dulce cómo se hallaba la señora embajadora duquesa de Dorset; le expresó el deseo que tenia de que pasase en Francia la buena estacion, ya que habia pasado la mala; y añadió que esto no dependeria de él, sino de la Inglaterra; y que si se veia obligado de nuevo á tomar las armas, la responsabilidad pesaria por entero, á los ojos de Dios y de los hombres, sobre aquellos que se hubieran negado á cumplir su compromiso. Esta escena debia irritar profundamente el amor propio del pueblo ingles, y dar lugar á una reciprocidad sensible de malos tratamientos. Miradas las cosas en su verdadero punto de vista toda la culpa estaba de parte de los ingleses, porque su ambicion tan poco disimulada respecto á Malta era un verdadero escándalo. Hubiera pues debido dejárseles toda entera la injusticia que habia en el fondo de la cuestion, sin cometer por sí otra sinrazon respecto á la forma; pero, ofendido el primer Cónsul, sentia cierto placer en que los impetus de su cólera resonaran de un extremo al otro del mundo.

Este suceso se hizo público al momento, porque habia tenido lugar en presencia de mas de doscientos testigos; y cada uno de estos le refirió á su modo, y lo exageró cuanto le fue posible. No dejó de causar un gran sentimiento en toda Europea, y contribuyó á aumentar los apuros del gabinete británico. Ofendido lord Withworth se quejó á M. de Talleyrand, y le declaró que no se volveria á presentar en las Tullerias, si no se le daba la seguridad formal de que no volveria á sufrir semejante tratamiento. M. de Talleyrand, contestó verbalmente á sus justas quejas; y en esta ocasion su calma, su aplomo y su finura fueron de grande utilidad á la política del gabinete, comprometida por la vehemencia natural del primer Cónsul.

Cambio que se verifica en las ideas del primer Cónsul.

En el alma inquieta y apasionada de Napoleon, se verificaba una revolucion imprevista. De aquellas perspectivas de una paz laboriosa y fecunda, con la cual alimentaba poco ha su activa imaginacion, pasó de pronto á las perspectivas de guerra, de grandeza prodigiosa adquirida por medio de la victoria, y de renovar la faz de la Europa restableciendo el imperio de Occidente, cuya idea se presentaba tan á menudo en su imaginacion. Asi se arrojó bruscamente del uno al otro extremo, pues si antes se lisonjeaba de ser el bienhechor de la Francia y del mundo, quiso luego convertirse en su asombro. Apoderóse de él una cólera, á la vez personal y pa-

triótica; y vencer á la Inglaterra, humillarla, domarla, destruirla, vino á ser desde aquel dia la pasion de su vida. Persuadido que todo le es posible al hombre con tal que tenga mucha inteligencia, perseverancia y voluntad, se adhirió de pronto á la idea de pasar el estrecho de Calais, y desembarcar en Inglaterra uno de esos ejércitos que habian vencido á la Europa. Decia entre sí, que tres años antes el San Bernardo y los yelos del invierno, reputados por la mayor parte de los hombres como obstáculos invencibles, no lo habian sido para él; y lo mismo se dijo respecto al brazo de mar que se halla entre Douvres y Calais; empezando desde entonces á calcular el modo de atravesarle, con la conviccion profunda de que habia de conseguirlo. Desde aquel momento, es decir, desde el dia en que se tuvo noticia del mensage del Rey de Inglaterra, datan sus primeras órdenes; y desde entónces tambien, este genio, estraviado en política por el conocimiento de su poder, volvia á ser el prodigio de la naturaleza humana, al tratar de prever y allanar todas las dificultades de una vasta empresa.

Primeras órdenes del primer Cónsul para prepararse á la guerra.

Al momento envió á Flandes y Holanda al coronel Lacuée para que visitase los puertos de ambos paises, y examinase su forma, extension, poblacion y material naval. Encargóle se procurase un estado aproximativo, de todas las embarcaciones destinadas al cabotage y á la pesca, desde el Havre hasta el Texel, que fuesen capaces de seguir á la vela una escuadra de guerra. Asi mismo despachó otros oficiales á Cherburgo, San Malo, Grenville y Brest, con órden de que pasasen revista á todos los lanchones que servian para la pesca á fin de conocer su número, su valor y el total de sus toneladas. Mandó que se empezasen á reparar las lanchas cañoneras que en 1801 habian compuesto la antigua flotilla de Boloña. Dió órden á los ingenieros de mar que le presentasen modelos de barcos chatos, capaces de llevar cañones de grueso calibre; y tambien les pidió el plano de un extenso canal entre Boloña y Dunkerque, á fin de establecer una comunicacion entre ambos puertos. Mandó que se procediese al armamento de las costas y de las islas, desde Burdeos hasta Amberes. Dispuso que se inspeccionasen inmediatamente todos los bosques que lindaban con las costas de la Mancha, con el objeto de averiguar la naturaleza y cantidad de maderas que contenian, y examinar el partido que se podria sacar de ellas para la construccion de una inmensa flotilla de guerra. Finalmente, noticioso que algunos emisarios del gobierno ingles, trataban de comprar los bosques del Estado Romano, despachó al momento agentes con los fondos necesarios para comprarlos, y con recomendaciones que no dejaban al Papa la facultad de elegir entre los compradores.

El primer Cónsul se dispone á cerrar á los ingleses todos los puertos del continente.

Segun las miras del primer Cónsul, tres actos debian señalar el principio de las hostilidades: la ocupacion del Hannover, del Portugal y del golfo de Tarento, á fin de cerrar inmediata y absolutamente á los ingleses las costas del continente desde Dinamarca hasta el Adriático. A este fin, empezó á formar en Bayona la artilleria de un cuerpo de ejército; reunió en Faenza una division de 10,000 hombres y 24 piezas de artilleria destinado á pasar al reino de Nápoles; y mandó desembarcar á las tropas embarcadas en Hervoëtsluis, para la expedicion de la Luisiana. Pensando que era demasiada peligroso que se diesen á la mar en vísperas de una declaracion de guerra, dirigió una parte de ellas á Flesinga, puerto perteneciente á la Holanda, pero colocado bajo el poder de la Francia mientras ocupamos aquel pais; enviando al mismo tiempo á él un oficial revestido con todos los poderes pertenecientes á un comandante militar en tiempo de guerra, y con órden de armar la plaza sin la menor demora. El resto de aquellas tropas pasó á Breda y Nimega, puntos en los cuales debia reunirse un cuerpo de 24,000 hombres, el cual á las órdenes del entendido y valeroso general Mortier, debia invadir el Hannover al primer acto de hostilidad que cometiese la Inglaterra.

Sin embargo, no era cosa muy fácil esta invasion considerada bajo el punto de vista político. El Rey de In-

glaterra era, por el Hannover, miembro de la Confederacion germánica, y como tal tenia derecho en ciertos casos á la proteccion de los estados confederados. El Rey de Prusia, director del círculo de la Sajonia inferior, en el cual se hallaba comprendido el Hannover, era el protector natural de este estado; y por lo tanto era necesario recurrir á él, y obtener su beneplácito: y el darle le debia costar mucho porque era comprometer la Alemania del Norte en la contienda formidable que iba á empeñarse, y exponerla quizas al bloqueo del Weser, del Elba y del Oder por los ingleses. Es cierto que el gabinete de Postdam manifestaba estar adherido á la Francia, que le proporcionaba abundantes indemnizaciones, y su adhesion podia llegar hasta negarse á tomar parte en los proyectos de la coalicion, hacer los mayores esfuerzos para frustrarlos, y hasta dar parte de ellos al primer Cónsul; pero en el estado de las cosas, la intimidad de Prusia y Francia, no se habia convertido totalmente en una alianza positiva, con la cual pudiera contarse con seguridad para exigir de aquella potencia cualquier sacrificio. Conociéndolo así el primer Cónsul hizo partir al instante á su ayudante de campo Duroc, que conocia perfectamente la corte de Prusia, para que informase á dicha corte del peligro de un próximo rompimiento entre la Francia y la Inglaterra, y la intencion que tenia el gobierno frances de llevar la guerra á todo trance, y de apoderarse del Hannover. El general Duroc debia añadir, que el primer Cónsul no queria la guerra por la guerra, y que si algunos monarcas estraños á la contienda, tales como el Rey de Prusia y el Emperador de Rusia, hallaban algun medio de arreglar aquella diferencia, induciendo á la Inglaterra á que respetase los tratados, se detendria al punto en aquella senda de encarnizadas hostilidades, en la cual estaba pronto á precipitarse.

Mision de Duroc en Berlin.

El primer Cónsul creyó tambien conveniente, dar algunos pasos cerca del Emperador de Rusia. Hasta entonces habia tratado con dicho soberano algunos de los grandes negocios de la Europa, y queria interesarle en su causa, haciéndole juez de lo que pasaba entre la Francia y la Inglaterra. Al efecto le escribió una carta que debia entregarle el coronel Colbert; en la cual, reasumiendo todos los acontecimientos ocurridos desde la paz de Amiens se manifestaba dispuesto á someterse á su mediacion, aunque sin solicitarla todavia, en el caso que la Gran Bretaña se sometiese tambien, pues hasta tal punto confiaba, segun decia, en la bondad de su causa y en la justicia del Emperador Alejandro.

Conducta del primer Cónsul respecto al Emperador de Rusia.

A todas estas determinaciones tomadas con tanta prontitud debia añadirse alguna otra relativa á la Luisiana. Acababan de ser desembarcados los 4000 hombres que debian ocuparla: pero ¿qué se debia hacer? ¿qué partido habia que tomar respecto á aquella rica posesion? No habia motivo para inquietarse acerca de las otras colonias; porque la isla de Santo Domingo estaba llena de tropas, y en todos los buques mercantes, prontos á darse á la vela, se embarcaban á toda prisa los soldados que se hallaban en los depósitos coloniales. La Guadalupe, la Martinica y la isla de Francia estaban tambien provistas de numerosas guarniciones; y para disputárselas á los franceses se hubieran necesitado expediciones inmensas. Pero la Luisiana no tenia un soldado. Era esta una provincia de mucha extension, para cuya defensa en tiempo de guerra no bastaba una guarnicion de 4,000 hombres. Ademas, los habitantes de la Luisiana, aunque de origen frances, habian sufrido tantos dueños, en el espacio de un siglo, que solo procuraban hacerse independientes. Los americanos del Norte no estaban muy satisfechos de vernos en posesion de las bocas del Mississipí y de su principal desembocadura en el golfo de Méjico, y hasta andaban en tratos con Francia, á fin de proporcionar á su comercio y á su navegacion condiciones ventajosas de tránsito en el puerto de Nueva Orleans. Por lo tanto, para conservar la Luisiana, debiamos tener en cuenta, los grandes esfuerzos que harian los ingleses para arrebatárnosla; la indiferencia de los habitantes, y la mala voluntad de los americanos; pues estos últimos no querian tener

El primer Cónsul se decide á ceder la Luisiana á los americanos, mediante una crecida suma.

otros vecinos que los españoles. Todos los sueños coloniales del primer Cónsul se habian desvanecido de un golpe á vista del mensage del Rey Jorge III, y al momento habia formado su nueva resolucion.—No conservaré, dijo á uno de sus ministros, una posesion que no se hallaria segura en nuestras manos, y que quizas me indispondria con los Americanos, ó entibiaria nuestras relaciones. Por el contrario, quiero servirme de ella para atraèrmelos, para indisponerlos con los ingleses, y para crear enemigos á estos que nos vengarán un dia, si no logramos vengarnos por nosotros mismos. He tomado mi partido; cederé la Luisiana á los Estados-Unidos, pero como no tienen ningun territorio que darnos en cambio, les pediré una cantidad de dinero que me servirá para los gastos del armamento extraordinario que tengo proyectado hacer contra la Gran Bretaña.—El primer Cónsul no queria contraer empréstitos; y esperaba que con proporcionarse extraordinariamente una gran cantidad; aumentar de un modo muy moderado los impuestos y verificar lentamente la venta de algunos bienes nacionales, podria hacer frente á los gastos de la guerra. Al punto convocó á M. de Marbois, ministro del tesoro, y antiguo empleado en América, y á M. Decrès, ministro de marina, para oir su parecer, aunque ya tenia tomado su partido. M. de Marbois se declaró en favor de la enagenacion de aquella colonia y M. de Decrès en contra. El primer Cónsul prestó á sus razones la mayor atencion, sin que por esto diese á entender que le hacian mella; pues los escuchó como lo hacia á menudo, aun cuando tuviese resuelto lo que habia de hacer, para asegurarse si habia ó no desconocido alguna parte notable de la cuestion sometida á su juicio. Confirmado por lo que habia oido en su resolucion, mandó á M. de Marbois, que sin perder un instante llamase á M. de Livingston, ministro de América, y entrase en negociaciones con él respecto á la cesion de la Luisiana. Acababa justamente de llegar á Europa M. de Monroë, para arreglar con los ingleses la cuestion de derecho maritimo, y con los franceses la cuestion de franquicias en el Mississipi. A su llegada á Paris se encontró con la proposicion inesperada del gabinete frances, en la cual no tan solo se le facilitaba ya el paso por la Luisiana, sino que se le proponia la agregacion de dicho territorio á los Estados-Unidos. Aunque no tenia poderes para el efecto no titubeó un momento el ministro americano en entrar en tratos, salvo la ratificacion de su gobierno. M. de Marbois le pidió ochenta millones de francos (300 millones de reales), veinte de los cuales (75,000,000 reales vellon) debian servir para indemnizar al comercio americano de las capturas hechas ilegalmente durante la última guerra, y sesenta (225,000,000 de reales vellon) para el tesoro frances. Los veinte millones destinados á aquel primer objeto debian asegurarnos toda la benevolencia de los comerciantes de los Estados-Unidos. En cuanto á los sesenta millones destinados á Francia se convino que el gabinete de Washington crearia anualidades que se negociarian con casas holandesas, á un tanto ventajoso, y casi á la par. Concluyóse el tratado sobre estas bases y se remitió á Washington, para que fuese ratificado. De este modo adquirieron los americanos de los franceses aquel pais que ha completado su dominacion en la América del Norte, y los ha hecho dueños del golfo de México para el presente y para el porvenir. Por consecuencia, deben su nacimiento y su grandeza á la prolongada lucha de la Francia contra la Inglaterra; pues al primer acto de dicha lucha debieron su independencia, y al segundo el complemento de su territorio. En breve se verá el uso á que se destinaron aquellos sesenta millones, y los resultados que estuvieron á punto de dar.

Enagénase la Luisiana por la cantidad de ochenta millones de francos.

Tomadas estas precauciones, el primer Cónsul siguió con la mayor paciencia el desenlace de la negociacion. Habiéndosele ya pasado el primer impetu, que no fue dueño de contener al recibir el mensage del Rey de Inglaterra, prometió y cumplió su palabra, de portarse con la mayor moderacion posible, y dejarse incitar tan visiblemente, que la Francia y la Europa no pudieran engañarse acerca de quienes eran los verdaderos autores de la guerra.

Sigue la negociacion.

Esfuerzos laudables de M. de Talleyrand para evitar la guerra.

M. de Talleyrand, que en esta circunstancia se condujo con una prudencia extremada, habia contribuido mas que nadie á inspirar en el primer Cónsul aquellas nuevas disposiciones. Este ministro comprendia bien que una guerra con la Inglaterra, seria solo renovar la lucha de la Revolucion con la Europa, en vista de la dificultad de hacerla decisiva, y en vista del influjo de los subsidios británicos, que en breve la harian continental; y para evitar la desgracia de una conflagracion universal, se habia decidido á poner en juego aquella inercia de que á veces se servia con el primer Cónsul, como el agua que se echa sobre un fuego ardiente para moderar su violencia. Si en ciertas ocasiones su inercia habia tenido inconvenientes, fue en esta de un gran socorro; y con otro gabinete que el que entonces regia tan debilmente los destinos de Inglaterra, acaso hubiera logrado evitar un rompimiento, ó al menos retardarlo por algunos meses mas. En su consecuencia, despues de haberse puesto de acuerdo con el primer Cónsul, dirigió al gabinete británico una comunicacion franca y sencilla, que tenia por objeto advertir á aquel gabinete, las precauciones militares que empezaban á tomarse en Francia, pero solo desde aquel dia, es decir, desde que se habia tenido conocimiento del mensage del Rey Jorge III al Parlamento.—Puesto que la Inglaterra se pone bajo un pie de guerra, decia M. de Talleyrand, no debe sorprenderse que la Suiza, que iba á ser evacuada no lo sea, ni tampoco que se haya dirigido un cuerpo de tropas hácia el mediodia de Italia, con el objeto de volver á ocupar á Tarento, ni que entre en Holanda un cuerpo de 20,000 hombres, y tome posicion muy próxima al Hannover; ni que se reuna en Bayona el material de una division para obrar, en caso de necesidad, contra Portugal, ni que, en fin se pase en nuestros puertos de los trabajos de pura construccion á los de armamento. No hay duda, que se aumentará la emocion en Inglaterra, y que los que diariamente excitan la opinion pública, deducirán de todo esto que la Francia medita nuevas agresiones; pero ¿qué se ha de hacer? es necesario resignarse á ello, puesto que al fin el gabinete británico ha tomado la iniciativa de esas medidas de precaucion, que concluyen por ser en realidad medidas de provocacion.—En efecto, se hacian armamentos en Inglaterra con la mayor actividad, se verificaba la leva en los muelles del Támesis y en medio de la ciudad de Lóndres; y de este modo se preparaban los cincuenta navios de linea, que, segun lo anunciado en el Parlamento, debian, en caso de rompimiento, hallarse prontos á darse á la vela el mismo dia de la declaracion de guerra.

Esfuerzos inútiles de los ministros ingleses para que M. Pitt entrase á formar parte del ministerio.

Conociendo el ministerio Addington, cuan insuficiente era en aquellas circunstancias, habia hecho á M. Pitt algunas proposiciones, á fin de que entrase á formar parte del gabinete; pero M. Pitt las habia rechazado con la mayor altivez, y continuaba viviendo casi siempre alejado de Lóndres y de las agitaciones de los partidos. Conociendo su fuerza y previendo los acontecimientos que iban á hacerla necesaria, preferia obtener el poder de aquellos acontecimientos, mas bien que de las manos de los débiles ministros, que eran sus efímeros poseedores. Rehusó, pues, sus ofrecimientos, dejándolos con su negativa sumidos en un embarazo cruel. Habianse dado todos estos pasos sin conocimiento del Rey Jorge III, pues se hubiera opuesto á ello; porque sentia hácia M. Pitt una repugnancia invencible, hallando en él, con opiniones que eran las suyas, un ministro que casi era un dueño. Por el contrario, hallaba á M. Fox adornado con un carácter noble y atractivo, pero que participaba de opiniones que le eran odiosas, y por lo tanto no queria ni al uno ni al otro. Procuraba, pues, conservar á M. Addington, hijo de un médico, á quien profesaba el mayor cariño; y á lord Hawkesbury, hijo de lord Liverpool, su confidente íntimo; tambien procuraba conservar la paz si era posible, y sinó, se resignaba á la guerra, que habia venido á ser para él una especie de costumbre, siempre y cuando se hallasen al frente de los negocios sus ministros actuales. MM. Addington y Hawkesbury, eran de su misma opinion; pero hubieran deseado adquirir algun refuerzo, y

despues de haber sido un ministerio de paz constituirse en ministerio de guerra. A falta de M. Pitt, que habia rechazado sus proposiciones, no era posible unirse á MM. Windham y Grenville, porque su violencia traspasaba mucho la opinion de la Inglaterra. MM. Addington y Hawkesbury se sentian inclinados á dirigirse á M. Fox, cuyas ideas pacíficas les convenian mucho, pero la voluntad del Rey era aquí un obstáculo insuperable; viéndose, por lo tanto reducidos á permanecer solos, débiles, aislados en el Parlamento, y por consiguiente entregados desde entonces á la discrecion de los partidos. Y como el partido que tenia mas fuerza en aquel momento, porque explotaba las pasiones nacionales era el partido de Grenville, el cual empezaba á distinguirse por su violencia del partido Pitt, se vengaba de no poder llegar al ministerio, obligando al poder á hacer lo que él mismo hubiera hecho. La debilidad del gabinete le llevaba, pues, á la guerra, casi de un modo tan seguro como si hubiera contado en su seno á MM. Windham, Grenville y Dundas.

Apuros de MM. Addington y Hawkesbury.

MM. Addington y Hawkesbury se hallaban al presente en el mayor apuro por el ruido que habian causado con motivo de los acontecimientos de Suiza, ya reteniendo á Malta, ya contestando á una frase altiva del primer Cónsul, por medio de un mensage presentado al Parlamento. Mucho hubieran deseado hallar un medio para salir del compromiso; pero, desgraciadamente se habian colocado en una situacion, en la cual todo lo que no fuera la conquista definitiva de Malta debia parecer insuficiente en Inglaterra, y provocar una irritacion tal que ella misma les haria sucumbir. En cuanto á Malta, ninguna esperanza tenian de obtenerla del primer Cónsul.

Término medio imaginado por M. de Talleyrand.

M. de Talleyrand acudió á su socorro, insinuándoles, seria quizas un medio de calmar la opinion pública en Inglaterra y disipar sus recelos, el concluir un convenio, en el cual se concederia, por ejemplo, la evacuacion de la Suiza y de la Holanda por precio de la evacuacion de Malta, comprometiéndose á la vez á respetar la integridad del imperio turco.

Esta proposicion no correspondia á los deseos de los ministros ingleses, porque Malta era la condicion absoluta que les habian impuesto los dominadores de su debilidad. Necesitaban, ó satisfacer la codicia despertada por su falta, ó sucumbir en pleno Parlamento. Entretanto, no dejaban de conocer que se cubririan de ridículo á los ojos de la Inglaterra, de Francia y de la Europa, si continuaban permaneciendo en una posicion equívoca, y no atreviéndose á decir lo que querian. Al fin, manifestaron sus pretensiones el 13 de Abril (1803). Causándoles el primer Cónsul, alguna inquietud, respecto al Egipto, necesitaban, segun decian, poseer á Malta, como un medio para ejercer una vigilancia capaz de tranquilizarlos. Para esto ofrecian dos hipótesis:

Abril de 1803

Los ministros ingleses necesitan á Malta para poder presentarse ante el Parlamento

Proposiciones de los ministros británicos.

ó poseer la Inglaterra perpétuamente los fuertes de la isla, dejando el gobierno civil á la Orden; ó bien poseer dichos fuertes por espacio de diez años, y al cabo de ellos devolverlos, no á la Orden sino á los mismos malteses. En ambos casos se obligaria la Francia á secundar una negociacion con el Rey de Nápoles para obtener de este príncipe que cediese á la Inglaterra la isla de Lampedouse, próxima á la de Malta; con el designio manifiesto de crear en ella un establecimiento marítimo.

Lord Withworth hizo cuanto pudo para que M. de Talleyrand aprobase aquellas peticiones, y, hasta se dirigió al hermano del primer Cónsul, José, que no menos que M. de Talleyrand temia los azares de una lucha desesperada, en la cual seria, quizas, necesario arriesgar toda la grandeza de los Bonapartes. José prometió hablar á su hermano, pero sin grandes esperanzas de lograr su objeto. La sola proposicion que le parecia tener alguna probabilidad de buen éxito, era la de dejar por algun tiempo en posesion de los ingleses las fortalezas de la isla de Malta,

Lord Withworth se dirige á José Bonaparte á fin de que trabaje cuanto pueda para que se conserve la paz.

conservando con gran cuidado la existencia de la Orden, para que en breve se la pudiesen devolver dichas fortalezas, ofreciendo en cambio á la Francia el reconocimiento inmediato de los nuevos Estados de Italia. En su consecuencia, José y M. de Talleyrand hicieron los mayores esfuerzos para decidir al primer Cónsul manifestándole, entre otras cosas, que la conservacion de la Orden de S. Juan de Jerusalen seria un testimonio cierto á los ojos del público, que la ocupacion de los fuertes solo seria por un tiempo limitado, y que de este modo se salvaria la dignidad del gobierno frances. Pero el primer Cónsul mostró una obstinacion invencible; pues todos esos arbitrios le parecieron indignos de su carácter. Dijo, que mas valdria abandonar pura y sencillamente la isla de Malta á los ingleses; que esto seria una especie de indemnizacion concedida voluntariamente á la Inglaterra, en cambio de las pretendidas usurpaciones hechas por la Francia despues de la paz de Amiens; que explicada de este modo semejante concesion tendria algo de franqueza y de sencillez, y ofreceria mas bien la apariencia de un acto de justicia voluntaria que la de un acto de debilidad; que, por el contrario, conceder embozadamente, pero en realidad, la isla de Malta (porque los fuertes eran toda la isla, y cederlos algunos años, equivalia á conceder su posesion perpetua) seria indigno de él; que nadie se engañaria, y que en los mismos esfuerzos que se hiciesen para disimular aquella concesion se conoceria el sentimiento de su propia debilidad.—No, dijo, ó Malta ó nada. Pero Malta es la dominacion del Mediterráneo; y nadie creerá que yo consiento dar la dominacion del Mediterráneo á los ingleses, sino por miedo de medir mis fuerzas con las suyas. Asi, pues, perderé á la vez la mar mas importante del mundo, y la opinion de la Europa, que cree en mi energia y la reputa superior á todos los peligros. —Pero, respondia M. de Talleyrand, el caso es que los ingleses tienen en su poder á Malta, y no por romper con ellos se la vais á arrancar.—Es verdad, replicaba el primer Cónsul, pero no les cederé sin combatir una ventaja tan inmensa; se la disputaré con las armas en la mano, y espero poner á los ingleses en tal estado, que se vean obligados á devolver á Malta, y aun algo mas; todo esto sin contar, que si llego á Douvres, desaparecerán de una vez esos tiranos de los mares. Por otra parte, al fin y al cabo será preciso combatir con un pueblo, á quien la grandeza de la Francia le es insoportable; y por lo tanto, mas vale que sea hoy que mañana. La energia nacional no se ha debilitado todavia por una larga paz; yo soy jóven; los ingleses no tienen razon, menos razon que nunca; y yo prefiero concluir. Malta ó nada, repetia sin cesar; pero estoy resuelto, y ellos no se quedarán con Malta.—

Resistencia del primer Cónsul á las instancias de José y de M. de Talleyrand.

Sin embargo, el primer Cónsul consintió que se negociase la cesion de Lampedouse á los ingleses, ó de cualquiera otra isla pequeña en el Norte del Africa, con tal que evacuasen inmediatamente á Malta.—En buen hora, decia, que tengan un puerto de arribada en el Mediterráneo: pero no quiero que tengan dos Gibraltares en este mar, uno á la entrada, y otro en el centro.

Esta respuesta causó á lord Withworth un gran disgusto, y asi como se habia manifestado al principio dispuesto á algun acomodo, con la esperanza de lograr su objeto, se mostró despues altivo, enojado, y poco comedido. Pero M. de Talleyrand se habia propuesto soportarlo todo para impedir, ó al menos retardar un rompimiento. Lord Withworth dijo á M. de Talleyrand que poco importaba á la Inglaterra que el primer Cónsul hiciese punto de honor lo que no debia, y que la Inglaterra no era uno de esos Estados pequeños, á los cuales podia imponer su voluntad, y hacerles sufrir todas sus maneras de entender ó no la politica. M. de Talleyrand le contestó con calma y dignidad, que la Inglaterra, por su parte, no tenia el derecho, bajo pretexto de desconfianza, de exigir que se le abandonase uno de los puntos mas importantes del globo; que no habia ninguna potencia en el mundo que pudiese imponer á las demas las consecuencias de sus sospechas, fundadas ó no; que esto seria una manera muy cómoda de ha-

Conducta inoportuna de lord Withworth y paciencia de M. de Talleyrand.

cer conquistas, pues solo habria que manifestar inquietudes, para hallarse autorizados á tomar posesion de cualquiera parte de la tierra.

El gabinete británico se resuelve á la guerra.

Lord Withworth comunicó esta respuesta al gabinete ingles, el cual viéndose colocado entre la evacuacion de Malta, cuyo suceso ocasionaria su caida, ó la guerra, tomó la culpable resolucion de preferir la guerra contra el único hombre que podia hacer correr á la Inglaterra graves peligros. Una vez tomada esta resolucion el gabinete ingles creyó, que para complacer mas y mas al partido que le dominaba, debia mostrarse, arrogante, altivo, y pronto á romper por todo. En su consecuencia mandó á lord Withworth que exigiese la ocupacion de Malta al menos por diez años, la cesion de la isla de Lampedouse, la evacuacion inmediata de la Suiza y de la Holanda, y una indemnizacion precisa ó determinada en favor del Rey del Piamonte; ofreciendo, en cambio, á título de compensacion, el reconocimiento de los estados italianos. Si las condiciones de Inglaterra no eran aceptadas, el embajador debia pedir inmediatamente sus pasaportes.

Mayo de 1803.

Este despacho era del 23 de Abril, y llegó á Paris el 25. El 2 de Mayo era el término fatal. Asustado lord Withworth de semejante rompimiento, dió algunos pasos cerca de M. de Talleyrand para lograr un avenimiento; y M. de Talleyrand, por su parte, procuró hacerle entender, que no debiendo tener ninguna esperanza de obtener á Malta, ni por diez años ni por menos, debia pensarse en otro arreglo; si bien se conocía por el giro de sus respuestas que trataba de evitar una conclusion inmediata. Lord Withworth, conforme en un todo con sus intenciones, estaba resuelto á no adelantar el término del 2 de Mayo; pues no habia ningun hombre por atrevido que fuera, que no entreviese con espanto las consecuencias de semejante guerra. En este conflicto, lo único que habia de malo y casi imposible de vencer, era, que los ministros ingleses querian salvar á cualquier precio su existencia, y que el primer Cónsul queria arrostrar todos los peligros de una lucha espantosa, por sostener el honor de su gobierno, y la preponderancia de la Francia en el Mediterráneo. Asi transcurrieron siete dias sin que se hubiese llevado á cabo el rompimiento.

Lord Withworth pide sus pasaportes.

Por último, llegado el 2 de Mayo, no atreviéndose lord Withworth á faltar á las órdenes de su corte, pidió sus pasaportes. M. de Talleyrand, para ganar algun tiempo, le contestó, que iba á poner en conocimiento del primer Cónsul su peticion; le rogó de nuevo que no partiese tan pronto, y le afirmó, que á fuerza de buscar, quizás se hallaria un modo imprevisto de arreglarlo todo. M. de Talleyrand vió al primer Cónsul, conferenció con él, y despues presentó una nueva proposicion bastante ingeniosa, que consistia en poner la isla de Malta en manos del Emperador de Rusia para que la tuviera en depósito, mientras se concluian las diferencias sobrevenidas entre la Francia y la Inglaterra. Semejante combinacion debia quitar á los ingleses todo pretexto de desconfianza, porque no podia ponerse en duda la lealtad del jóven Emperador, y esto le constitua juez de la contienda. A propósito, acababa este príncipe de contestar á las comunicaciones del primer Cónsul, diciéndole que estaba pronto á ofrecer su mediacion, si con ella se lograba evitar la guerra; cuyo ofrecimiento acababa tambien de hacer el jóven Rey de Prusia. Habia, pues, la seguridad de hallar dispuestos á ambos monarcas á tomar sobre sí la carga de una mediacion. Si la Inglaterra se negaba, probaria que no eran ciertos sus temores sobre Malta y sobre el Egipto, cuando no la tranquilizaba un depositario seguro; sino que lo que queria era una conquista para su nacion, y un argumento para el Parlamento.

Nueva proposicion relativa á poner a Malta en depósito en manos de la Rusia.

M. de Talleyrand, gozoso por haber encontrado semejante medio, se presentó en casa de lord Withworth, para comprometerle á aplazar su partida, y á transmitir la nueva proposicion á su gabinete. Las órdenes que habia recibido este embajador eran tan positivas, que no se atrevia á faltar á ellas; y no obstante accedió á los deseos de M. de

Talleyrand, temiendo dar un paso, acaso irremediable, si tomaba inmediatamente sus pasaportes. En su consecuencia despachó un correo á Lóndres, portador de las últimas proposiciones del gabinete frances, y de sus disculpas por haberse permitido demorar la ejecucion de las órdenes de su corte.

M. de Talleyrand envió igualmente un correo extraordinario al general Andréossy, quien no habia vuelto á ver á los ministros ingleses desde las últimas comunicaciones, encargándole que diese un paso decisivo. El general Andréossy cumplió su cometido, é hizo oir á los ministros ingleses la voz del honor y de la honradez, diciéndoles, que si no era su intento obtener á Malta, quebrantando los tratados, ningun motivo podian tener para negarse á depositar aquella prenda preciosa en manos poderosas, desinteresadas y completamente seguras. M. Addington, pareció conmovido, porque en el fondo deseaba una solucion pacífica. Este gefe del gabinete decia con bastante sencillez que deseaba que lo ilustrasen; expresaba su sentimiento por no estarlo bastante en una situacion tan grave, y permanecia indeciso entre el doble temor de cometer una debilidad ó de provocar una guerra funesta. Lord Hawkesbury mas ambicioso y tenaz se mostró inflexible; y el gabinete, despues de haber deliberado, rechazó la proposicion. Se queria satisfacer la ambicion nacional, y este objeto no se llenaba con entregar la isla de Malta ni á un tercero desinteresado. Por otra parte, depositarla en poder de dicho tercero era probablemente perderla para siempre; porque sabian muy bien que no habia en el mundo ningun árbitro que en semejante cuestion pudiese dar la razon á la Inglaterra. Para disimular su negativa empleó el gabinete británico un argumento del todo falso, diciendo que tenia la certidumbre que la Rusia no aceptaria la mision que queria encargársele. Lo que era incierto, porque la Rusia acababa de ofrecer su mediacion; y algun tiempo despues, cuando llegó á su noticia la última proposicion del gabinete frances, se apresuró á declarar que consentia en lo que en ella se manifestaba, á pesar de los peligros inherentes al depósito que se trataba de poner en sus manos. Sin embargo, los ministros ingleses quisieron tentar un último medio de obtener á Malta, é imaginaron uno que no podia ser aceptado. Juzgando por sí mismos al primer Cónsul creyeron que se negaba á entregar la isla de Malta, temiendo á la opinion pública; y por lo tanto le propusieron que se añadiesen algunos artículos públicos al tratado de Amiens, y se consignase en un artículo secreto la obligacion de dejar á las tropas inglesas en Malta. Los artículos públicos debian decir, que la Suiza y la Holanda serian evacuadas al momento; que el Rey de Cerdeña recibiria una indemnizacion territorial; que los ingleses obtendrian la isla de Lampedouse, y que entretanto permanecerian en Malta. En el artículo secreto debia constar que su permanencia en Malta duraria diez años.

La Inglaterra rechaza la proposicion del depósito, y pide conservar á Malta por medio de un artículo secreto.

Esta respuesta que salió de Lóndres el 7 de Mayo llegó á Paris el 9, y el 10 lord Withworth la comunicó por escrito á M. de Talleyrand, á quien no pudo ver, porque este ministro se hallaba al lado del primer Cónsul, el cual estaba en cama, de resultas de un vuelco de su carruage. Cuando se le hizo á éste la propuesta de un artículo secreto, la rechazó con la mayor altivez, y no quiso oir hablar mas de ella. A su vez ideó un último medio, bastante diestro para mentener en equilibrio las dos ambiciones nacionales, asi bajo el respecto de las ventajas efectivas, como bajo el de las aparentes. Este medio consistia en dejar á los ingleses en Malta por tiempo indeterminado, siempre y cuando los franceses ocupasen el golfo de Tarento por igual espacio de tiempo. En esta nueva combinacion, habia grandes ventajas de circunstancias. Los ministros ingleses ganaban la especie de empeño que habian tomado de obtener á Malta; y los franceses ocupaban una posicion igual á la suya en el Mediterráneo; pero en breve todas las potencias se hubieran visto precisadas á intervenir, y á hacer los mayores esfuerzos para que los ingleses evacuasen á Malta, si habian de salir los franceses del reino de Nápoles. Sin embargo, el primer Cónsul no queria proponer este nuevo arreglo, á no tener la esperanza de que le aceptasen; y por lo tanto, encargó á M. de Ta-

lleyrand que se condujese en ello con la mayor prudencia y reserva.

Al siguiente dia, 11 de Mayo, vió M. de Talleyrand á lord Withworth, y le dijo que no podia aceptarse un artículo secreto, porque el primer Cónsul no queria engañar á la Francia, acerca de las concesiones que hiciese á la Inglaterra; pero que en cambio iba á presentar otra proposicion, cuyo resultado seria ceder á Malta, con la condicion de un equivalente para la Francia. Lord Withworth declaró, que solo podia admitir la contestacion á la propuesta enviada por su gabinete; y que habiendo tomado una vez sobre sí la responsabilidad de retardar su salida, no podia hacerlo de segunda, á no ser que el gabinete frances se conformase con las peticiones de su gobierno. Nada contestó á esto M. de Talleyrand, y ambos ministros se separaron tristes y apesadumbrados por no haberse podido avenir. Lord Withworth pidió sus pasaportes para el dia siguiente, pero manifestó que viajaria con mucha lentitud, con lo cual tendrian tiempo para escribir á Lóndres y recibir contestacion, antes de que él se embarcase en Calais. Convinose que los embajadores cruzasen al mismo tiempo la frontera, y que lord Withworth permaneceria en Calais hasta que el general Andréossy se hallase en Douvres.

Reinaba en Paris la mayor curiosidad, y una multitud inmensa asediaba la casa del embajador de Inglaterra para saber si hacia sus preparativos de viage. Al siguiente dia 12, despues de haber aguardado durante todo él, para dar tiempo al gabinete frances á que reflexionase, lord Withworth emprendió su viage para Calais á cortas jornadas. El rumor de su marcha produjo gran sensacion en Paris, y todo el mundo penetró los inmensos acontecimientos que iban á señalar este nuevo periodo de la guerra.

Salida de lord Withworth.

M. de Talleyrand habia enviado un correo al general Andréossy, comunicándole la nueva propuesta, de que los franceses ocuparian á Tarento, en cambio de la ocupacion de Malta por los ingleses. Esta proposicion no debia hacerse en nombre de la Francia ni por el embajador frances, sino por el ministro de Holanda M. de Schimmelpenninck, presentándola como una idea personal, y manifestando la seguridad de que la Francia la aprobaria. Verificóse asi, pero el gabinete británico no la acogió, y el general Andréossy se dispuso á dejar la Inglaterra. No era menor la ansiedad que reinaba en Lóndres que la que se habia manifestado en Paris. La sala del Parlamento se veia sin cesar llena de gente, y cada cual preguntaba á los ministros noticias de la negociacion. Toda la fogosidad belicosa habia desaparecido en el momento de tomar semejante determinacion, y se empezaban á temer las consecuencias de una lucha desesperada. El pueblo de Lóndres no deseaba que se empezase otra vez la guerra; y solo el partido Grenville y el alto comercio estaban satisfechos.

Salida del general Andréossy.

El general Andréossy fue despedido con las mayores consideraciones, y con sentimiento general: llegó á Douvres al mismo tiempo que lord Withworth á Calais, es decir el 17 de Mayo. Inmediatamente se trasladó lord Withworth al otro lado del estrecho, se apresuró á visitar al embajador frances, le colmó de atenciones y de pruebas de amistad, y le condujo á bordo del buque que debia volverle á Francia; separándose ambos embajadores en presencia de la multitud inquieta, conmovida y triste. En aquel momento solemne parecia que las dos naciones se decian á Dios, para no volverse á ver sino despues de una guerra espantosa, y de trastornar el mundo. ¡Cuán diferentes hubieran sido los acontecimientos, si como habia dicho el primer Cónsul, ambas potencias, la una marítima y la otra continental, se hubieran unido y puesto de acuerdo para arreglar tranquilamente los intereses del universo! ¡La civilizacion general hubiera progresado aun mas; se hubiera visto asegurada para siempre la independencia de la Europa; y las dos naciones no hubieran preparado la dominacion del Norte sobre el Occidente dividido!

Ambos embajadores se separan en Douvres.

Tal fue el lamentable fin de la breve paz de Amiens.

No disimulamos la fuerza de nuestros sentimientos nacionales: echar la culpa á la Francia nos costa-

Juicio sobre las causas de semejante rompimiento.

ria muchísimo, pero lo haríamos sin vacilar si creyésemos que en esta ocasion la tenia, como sabremos hacerlo cuando, por desgracia, la tenga, porque la verdad es el primer deber del historiador. Pero á pesar de las graves y prolongadas reflexiones que hemos hecho, acerca de la renovacion de la lucha de ambas naciones, no podemos condenar á la Francia. El primer Cónsul se portó en aquella circunstancia con la mejor buena fé; pues si bien, segun hemos confesado, fue á veces injusto en cuanto á las formas: de nada puede culpársele en cuanto al fondo de las cosas. Las quejas de la Inglaterra, relativas á los cambios verificados en la situacion de ambos Estados despues de la paz, eran infundadas. En Italia, la República italiana habia elegido por su presidente al primer Cónsul; pero en realidad esto no añadia nada á la dependencia de dicha República, que no existia ni podia existir sino por la Francia. Por otra parte este acontecimiento habia tenido lugar en Febrero, y el tratado de Amiens se concluyó el mes de Marzo de 1802. La ereccion del reino de Etruria, y la cesion del ducado de Parma y de la Luisiana á la Francia, eran hechos públicos, anteriores á la expresada época de Marzo de 1802. Necesario es agregar que la Inglaterra casi habia prometido en el congreso de Amiens el reconocimiento de los nuevos estados de Italia. La reunion del Piamonte habia sido tambien prevista y confesada en las negociaciones de Amiens, pues el negociador ingles habia hecho algunos esfuerzos para obtener una indemnizacion en favor del Rey del Piamonte. La Suiza y la Holanda no habian dejado de ser ocupadas por nuestras tropas, ya durante la guerra, ya en la paz; y en mas de una conferencia, lord Hawkesbury habia conocido que nuestro influjo sobre dichos estados era una consecuencia de la guerra, sobre lo cual no se quejaria, con tal que se reconociese definitivamente su independencia. La Inglaterra, no podia, pues, suponer que la Francia dejaria consumar una contrarevolucion en Suiza ú Holanda, es decir, en sus fronteras, sin mezclarse en ello. En cuanto á las secularizaciones era un acto obligatorio por los tratados; acto justo, moderado, llevado á efecto á medias con la Rusia, consentido por todos los estados de Alemania, inclusa el Austria, y finalmente, aprobado por el mismo Rey de Inglaterra, quien en su cualidad de Rey de Hannover, se habia adherido á la reparticion de las indemnizaciones, extremadamente ventajosa para él. ¿Qué es, pues, lo que podia censurarse á Francia en el continente? Solo su grandeza, su grandeza reconocida por los tratados, admitida por la Inglaterra en el congreso de Amiens, y que se descubria mas claramente en la calma de la paz y en medio de las negociaciones, en las cuales influia de una manera irresistible por su poder y su habilidad.

La reconvencion hecha á la Francia acerca de sus pretendidos proyectos sobre el Egipto, era un pretexto falso, porque el primer Cónsul no formaba ningunos en dicha época, y el coronel Sebastiani, habia sido enviado con el objeto de observar lo que pasaba en aquel pais, y asegurarse si los ingleses estaban dispuestos á evacuar á Alejandria. El exámen de los mas secretos documentos, no deja ninguna duda sobre este particular.

¿En què, pues, podia fundarse la extraña violacion del tratado de Amiens, en lo relativo á Malta? Para explicarse esto de un modo satisfactorio no hay mas que recordar los acontecimientos transcurridos en el espacio de quince meses.

Los ingleses, apasionados y vehementes como todos los grandes pueblos, deseaban en 1801, despues de diez años de lucha, un instante de reposo, y lo deseaban con ardor, como siempre se desea cualquier cambio. Este sentimiento, mucho mas vivo por la miseria de las clases jornaleras en 1801, vino á ser uno de esos arrebatos que en los gobiernos libres derriban ó levantan los ministerios. M. Pitt se retiró: sucedióle el debil ministerio Addington, é hizo la paz con condiciones claras, perfectamente conocidas de su nacion y del mundo. Concedió las ventajas adquiridas por la Francia despues de diez años, porque la paz era imposible sin estas condiciones. Algunos meses despues, esta paz no parecia dar de si todas las ventajas que se habian esperado de ella; ¿pero cuando ha igualado la realidad á la esperanza? Los ingleses vieron á la Francia engrandecida por la guerra, engrandecerse aun mas con las negociaciones y con los trabajos de la industria y del

comercio; y la envidia inflamó de nuevo su corazon. Pidieron un tratado de comercio, que fue negado por el primer Cónsul, convencido que las manufacturas francesas, reciencreadas no podian progresar sin una proteccion decidida. Sin embargo, los fabricantes ingleses estaban satisfechos, porque el contrabando proporcionaba todavia grandes salidas á sus manufacturas; pero el alto comercio de Lóndres, asustado de la concurrencia con que lo amenazaban los pabellones frances, español, holandes y genoves, que habian vuelto á aparecer sobre los mares; privado del beneficio que le proporcionaban los empréstitos, y enlazado con MM. Pitt, Windham y Grenville; el alto comercio de Lóndres, llegó á ser hostil, mas hostil que la misma aristocracia inglesa. Sostenia relaciones intimas con la Holanda, y se quejaba del imperio que la Francia ejercia en aquel pais. Habiéndose verificado en Suiza una contrarevolucion, por la misma buena fe del primer Cónsul, que la habia mandado evacuar antes de tiempo, fue necesario que las tropas francesas volviesen á entrar en este pais. Esto fue un nuevo pretexto, que en breve llevó la irritacion hasta su colmo; y el partido de la guerra compuesto del alto comercio, teniendo á su cabeza á M. Pitt, ausente del Parlamento, y á lord Grenville y los suyos presentes á todas las discusiones, hizo cuanto pudo para llevar las cosas á un rompimiento. La prensa británica se desencadenó contra la Francia de un modo espantoso; y la de los emigrados franceses se aprovechó de la ocasion para traspasar en violencia los límites de los periódicos ingleses.

Desgraciadamente un ministerio débil que queria la paz, pero que temia al partido de la guerra, asustado del ruido ocasionado con motivo de los sucesos de Suiza, cometió la falta de dar contra órden respecto á la evacuacion de Malta. Desde aquel instante, la paz fue irrevocablemente sacrificada; porque una vez indicada á la ambicion inglesa la rica presa de Malta, no era posible negársela. Habiendo hecho la prontitud y la moderacion de la intervencion francesa en Suiza que se desvaneciese la queja motivada á consecuencia de dichos sucesos; el gabinete británico hubiera querido evacuar á Malta, pero no se atrevia á ello. El primer Cónsul le intimó, con el lenguage de la justicia y del orgullo ofendido, que cumpliese el tratado de Amiens; y de intimacion en intimacion, se llegó al lamentable rompimiento que acabamos de referir.

De este modo, la aristocracia mercantil inglesa, mucho mas activa en esta circunstancia, que la antigua aristocracia nobiliaria, ligada con los ambiciosos del partido tory, ayudada de los emigrados franceses, y mal reprimida por un ministerio débil; aquella aristocracia mercantil y sus asociados, excitando y provocando un carácter impetuoso, animado del doble sentimiento de su fuerza y de la justicia de su causa, fueron los verdaderos autores de la guerra. Creemos ser verídicos y justos, al designarlos con estos rasgos á la posteridad, la cual, por lo demas, pesará las injusticias y sinrazones de unos y otros, en balanzas mas seguras que las nuestras, en lo cual convenimos, porque conocemos que las sostendrá con una mano fria y tranquila.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOSESTO.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

CAMPAMENTO DE BOLOÑA.

Mensage del primer Cónsul á los grandes cuerpos del Estado, y respuesta de estos. —Palabras de M. de Fontanes.—Violencias de la marina inglesa contra el comercio frances.—Represalias.—Los comunes y los departamentos ofrecen al gobierno por un movimiento expontáneo barcos chatos, fragatas y navios de línea.—Entusiasmo general.—Reunion de la marina francesa en los mares de Europa.—Estado en que la guerra coloca á las colonias.—Continuacion de la expedicion de Santo Domingo.— La fiebre amarilla.—Destruccion del ejército frances.—Muerte del capitan general Leclerc.—Insurreccion de los negros.—Ruina definitiva de la colonia de Santo Domingo.—Regresan las escuadras.—Carácter de la guerra entre la Francia y la Inglaterra.—Fuerzas comparadas de ambos paises.—El primer Cónsul se resuelve á intentar un desembarco.—Prepara con una actividad extraordinaria los medios para verificarlo.—Construcciones en los puertos y en las ensenadas interiores de los rios.— Fórmanse seis campamentos de tropas desde el Texel hasta Bayona.—Medios pecuniarios.—El primer Cónsul no quiere recurrir á un empréstito.—Venta de la Luisiana.—Subsidios de los aliados.—Concurrencia de la Holanda, de Italia y de España. —Incapacidad de España.—El primer Cónsul la releva de que cumpla el tratado de San Ildefonso, mediante socorros pecuniarios.—Ocupacion de Otranto y de Hannover.—Modo de pensar de todas las potencias con motivo de la nueva guerra.—Austria, Prusia y Rusia.—Sus ansiedades y sus miras.—La Rusia pretende limitar los medios de las potencias beligerantes.—Ofrece su mediacion, y el primer Cónsul la acepta con un interes calculado.—La Inglaterra contesta con frialdad á los ofrecimientos de la Rusia.—Mientras tienen lugar estas negociaciones, el primer Cónsul hace un viage por las costas de Francia, á fin de apresurar los preparativos de su grande expedicion.—Le acompaña su esposa.—Mézclase el trabajo mas activo á las pompas regias. —Amiens, Abbeville y Boloña.—Medios ideados por el primer Cónsul para trasladar un ejército de Calais á Douvres.—Tres especies de buques.—Sus cualidades y defectos.—Flotillas de guerra y de transporte.—Inmenso establecimiento marítimo creado en Boloña como por encanto.—Proyecto de concentrar dos mil embarcaciones en Boloña, cuando se concluyesen las construcciones en los puertos y en los rios.—Preferencia dada á Boloña sobre Dunkerque y Calais.—El estrecho, sus vientos y corrientes.—Abrense los puertos de Boloña, Etaples, Wimereux, y Ambleteuse.—Obras destinadas á proteger el fondeadero.—Distribucion de tropas á lo largo de la costa. —Sus trabajos y sus ejercicios militares.—El primer Cónsul, despues de haberlo visto y arreglado todo, deja á Boloña para visitar á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes.—Proyectos sobre Amberes.—Su permanencia en Bruxelas.—Concurren á esta ciudad los ministros, embajadores y obispos.—El cardenal Caprara en Bélgica.— Viage á Bruxelas de M. Lombard, secretario del Rey de Prusia.—El primer Cónsul procura tranquilizar al Rey Federico Guillelmo por medio de francas comunicaciones.—Regresa á Paris.—El primer Cónsul quiere pasarse al fin sin la mediacion de la Rusia, y anuncia una guerra á muerte contra la Inglaterra.—Quiere obligar á la España á que se explique, y á ejecutar el tratado de San Ildefonso, dejándole la eleccion de los medios.—Extraña conducta del príncipe de la Paz.—El primer Cónsul denuncia al Rey de España los malos procederes de su privado.—Doloroso abatimiento de la corte de España.—Se somete, y promete un subsidio.—Continuacion de los preparativos de Boloña.—El primer Cónsul se dispone á llevar á cabo su empresa en el invierno de 1803.—Manda disponer un apeadero cerca de Boloña, en el Puente de los Ladrillos, á donde hace frecuentes excursiones.—Reúnense en las costas de la Mancha todas las divisiones de la flotilla.—Brillantes combates de las lanchas cañoneras contra bergantines y fragatas.—Confianza que se adquiere respecto al buen éxito de la expedicion.—Intima union de los marineros y soldados.—Esperanza de verificar en breve la expedicion.—Acontecimientos imprevistos, que llaman por un momento la atencion del primer Cónsul hácia los asuntos interiores.

Junio de 1803.

La opinion general de la Francia culpa á la Inglaterra por la renovacion de la lucha.

La aficion á la guerra que naturalmente debia suponerse en el primer Cónsul, le hubiera hecho sospechoso á la opinion pública en Francia, y acaso se le hubiera acusado por haber roto demasiado pronto las relaciones con la Inglaterra, si esta no se hubiera encargado de justificarle completamente, violando el tratado de Amiens. Pero era evidente para todos que la Inglaterra no habia podido resistir á la tentacion de apropiarse la isla de Malta, procurándose de este modo una compensacion, poco legítima, de nuestra grandeza. Aceptábase, pues, la guerra como una necesidad exigida por el honor y el interes, si bien nadie se hacia ilusiones acerca de sus consecuencias. Sabíase que la guerra con la Inglaterra, podia llegar á ser la guerra con la Europa; que su duracion era tan incalculable como su extension, porque no era tan fácil ir á concluirla á Lóndres como se podia concluir en las puertas de Viena cualquier contienda con el Austria: ademas debia ocasionar un perjuicio considerable al comercio, porque en breve se verian cerrados los mares. Sin embargo, dos consideraciones disminuian mucho el sentimiento que debia tener la Francia; pues con un gefe como Napoleon, la guerra no era la señal de nuevos desórdenes interiores, y se lisonjeaban por otra parte de presenciar, quizás, alguna maravilla de su genio, que terminase de un solo golpe la rivalidad de ambas naciones

Francas comunicaciones diplomáticas hechas á los grandes Cuerpos del Estado.

Queriendo el primer Cónsul en esta ocasion guardar las mayores consideraciones con la opinion pública, se condujo como pudieran haberlo hecho en el gobierno representativo mas antiguo. Convocó al Senado, al Cuerpo Legislativo y al Tribunado, y les comunicó los documentos de la negociacion que merecian ser conocidos. En efecto, podia dispensarse de guardar disimulo, porque, á excepcion de algunas faltas, hijas de la vivacidad de su carácter, nada tenia que echarse en cara. Los tres Cuerpos del Estado contestaron á la comunicacion del primer Cónsul nombrando diputaciones encargadas de manifestarle que aprobaban completamente su conducta en aquellas circunstancias. Un hombre, que descollaba en esa elocuencia estudiada y solemne que tan bien sienta cuando se habla á nombre de grandes corporaciones, M. Fontanes, que acababa de entrar en el Cuerpo Legislativo por influjo de la familia Bonaparte, expresó al primer Cónsul los sentimientos de aquel Cuerpo, y lo hizo en términos dignos de ser conservados en la historia.

Respuesta de los Cuerpos del Estado.

Nobles palabras de M. de Fontanes.

«La Francia, dijo, se »halla de nuevo dispues»ta á empuñar las armas »que han vencido á la »Europa..... ¡Desgraciado el gobierno »ambicioso que quiera llamarnos otra »vez á los campos de batalla, y que »envidiando á la humanidad un inter»valo tan corto de reposo, vuelva á »sumirla en las calamidades de que ape»nas acaba de salir!..... La Inglaterra »no podrá decir que defiende los prin»cipios conservadores de la sociedad »amenazados en sus fundamentos; pero »nosotros, si, podremos usar ese len»guage si la guerra se enciende otra »vez; nosotros, vengaremos entonces »los derechos de los pueblos y la causa »de la humanidad, rechazando el ataque »injusto de una nacion que negocia pa»ra engañar, que pide la paz para em»pezar de nuevo la guerra, y solo fir»ma los tratados para romperlos..... No »lo dudemos, no; si se da la señal, la »Francia se agrupará por un movi»miento unánime, en torno del héroe »que admira. Todos los partidos que le »rodean en silencio rivalizarán en celo »y energía. Todos conocen que necesi»tan su genio, y que solo él puede so»portar el peso y la grandeza de nues»tros nuevos destinos.....

«Ciudadano primer Cónsul: el pueblo »frances no puede alimentar sino gran»des ideas y sentimientos heróicos co»mo los vuestros. El ha vencido para te»ner la paz; la desea como vos, pero »tambien como vos, no teme la guer»ra. La Inglaterra que se cree tan bien »protegida por el Océano, ¿ignora que »á veces aparecen en el mundo hom»bres extraordinarios, cuyo genio lleva

»á cabo, lo que antes que ellos lo hi»ciesen, parecia imposible? Y si uno »de esos hombres hubiera aparecido, »¿deberia ella provocarle imprudente»mente, y obligarle á alcanzar de su »fortuna, todo lo que tiene derecho á »esperar de ella? Un gran pueblo es ca»paz de todo teniendo á su frente á un »gran hombre, con el cual va siempre »unida su gloria, sus intereses y su »felicidad."

Los ingleses persiguen al comercio frances antes de ninguna declaracion regular de guerra.

En este lenguage brillante y preparado, no se podia reconocer el entusiasmo que reinaba en 1789, pero sí la confianza inmensa que todo el mundo tenia en el héroe que regia los destinos de Francia, y del cual esperaban todos ardientemente que humillaria á la Inglaterra. Una circunstancia, fácil, por otra parte de preveer, aumentó la indignacion pública. Casi en el momento de la partida de los dos embajadores y sin preceder ninguna manifestacion especial, se supo que los buques de la marina real inglesa perseguian al comercio frances. Dos fragatas habian apresado en la bahia de Audierne á dos buques mercantes que buscaban un refugio en Brest. Pronto á estos primeros actos se agregaron muchos otros, cuya noticia llegaba de todos los puertos. Semejante violencia era poco conforme al derecho de gentes. Respecto á este particular existia una estipulacion formal en el último tratado firmado entre la América y la Francia (30 de Setiembre de 1800,—art. 8); y si bien es cierto, que en el tratado de Amiens, no se habia fijado ningun plazo, en caso de rompimiento, para comenzar de nuevo las hostilidades contra el comercio; este plazo lo prescriben los principios morales del derecho de gentes, superior á todos los tratados escritos de las naciones. Esta novedad, volvió al primer Cónsul todo el ardor de su carácter, y queriendo usar al momento de represalias, redactó un decreto, por el cual declaraba prisioneros de guerra á todos los ingleses que viajaban por Francia en el acto del rompimiento de ambas naciones. Puesto que se quiere, decia que simples comerciantes, inocentes de la política de su gobierno, paguen las consecuencias de aquella política, estoy autorizado á obrar del mismo modo, y á asegurarme medios de cange, constituyendo prisioneros á los súbditos británicos, que se hallan en la actualidad en el territorio frances.—Semejante medida, aunque motivada por la conducta de la Gran Bretaña, presentaba, no obstante, un carácter de rigor que podia inquietar á la opinion pública, y hacerle temer la renovacion de las violencias de la última guerra; y por lo tanto, M. Cambacérès insistió tenazmente y obtuvo del primer Cónsul, que se modificasen aquellas disposiciones. Gracias á sus esfuerzos, la medida de detencion se limitó solo á los súbditos británicos que servian en el ejército, ó que desempeñaban cualquiera comision de su gobierno; y ni aun á estos se encerró, quedando solamente prisioneros bajo su palabra de honor, en diferentes plazas fuertes.

El primer Cónsul manda detener á todos los ingleses que viajan por Francia.

Entusiasmo general en Francia, y empeño en hacer donativos voluntarios para la construccion de buques chatos.

En breve se halló toda la Francia en conmocion. Desde el último siglo, es decir, desde que la marina inglesa habia aventajado á la nuestra, se habia apoderado de todos los ánimos la idea de concluir con una invasion la rivalidad marítima de ambos pueblos. Luis XVI y el Directorio habian hecho preparativos de desembarco: el Directorio especialmente, habia mantenido por espacio de algunos años cierto número de barcos chatos en las costas de la Mancha, y sin duda se recordará, que en 1801, poco antes de firmarse los preliminares de paz, el almirante Latouche-Tréville habia rechazado los esfuerzos reiterados que habia hecho Nélson para apoderarse al abordage de la flotilla de Boloña. Habia llegado á ser una especie de tradicion popular, que con barcos chatos podia transportarse un ejército desde Calais á Douvres. Por un movimiento eléctrico, los departamentos y las ciudades principales, ofrecieron al gobierno, cada uno segun sus medios, barcos chatos, corbetas, fragatas, y hasta navios de línea. El departamento del Loiret fue el primero que concibió tan patriótica idea, imponiéndose una cantidad de 300000 francos, para construir y armar una fra-

gata de 30 cañones. A esta señal respondieron los departamentos, los ayuntamientos, y hasta las corporaciones particulares con un entusiasmo universal. Los maires de Paris abrieron suscriciones, que en breve se vieron cubiertas con multitud de firmas. Entre los modelos de barcos, propuestos por la marina, los habia de varias dimensiones, que costaban desde 8,000 hasta 30,000 francos; (de 30 mil á 113 mil reales) de modo que cada pueblo podia proporcionar su celo á sus medios. Ciudades pequeñas tales como Coutances, Bernay, Louviers, Valogne, Foix, Verdun y Moissac, dieron simples barcos chatos de primera ó segunda dimension. Las ciudades mas considerables ofrecieron fragatas, y hasta navios de alto bordo. Paris ofreció un navio de 120 cañones; Leon uno de 100; Burdeos uno de 80, y Marsella uno de 74. Los donativos de las grandes ciudades eran aparte de los que hacian los departamentos; de modo que aunque Burdeos habia ofrecido un navio de 80, el departamento de la Gironda se suscribió por 1,600,000 francos (6 millones de reales) que debian emplearse en construcciones navales; y á pesar de que Leon habia ofrecido un navio de 100 cañones, el departamento del Ródano añadió un donativo patriótico que ascendia á la octava parte de sus contribuciones. El departamento del Norte agregó un millon (3,750,000 reales) á los fondos votados por la ciudad de Lila. Los departamentos se imponian en general desde 200 á 300,000 francos (750,000 á 1,125,000 reales) hasta 900,000 y 1,000,000 (3,375,000 á 3,750,000 reales.) Algunos ofrecian su contingente en efectos del pais propios para la marina. El departamento de la Costa de Oro, regalaba al Estado 100 cañones de grueso calibre, los cuales debian fundirse en Creuzot, y el departamento del Lot y Garona, votaba una adicion de cinco céntimos á sus contribuciones directas durante los años XI y XII, para comprar en el pais lienzo para las velas. Imitando la República italiana tan noble impulso, ofreció al primer Cónsul 4 millones de libras milanesas, (algo mas de 16 millones de reales) para construir dos fragatas que debian llamarse *el Presidente* y *la República italiana*, y ademas doce lanchas cañoneras, con el nombre de los doce departamentos italianos. No quisieron quedarse atras los grandes cuerpos del Estado, y el Senado cedió de su dotacion para construir un navio de 120 cañones. Simples casas de comercio, como la de Barillon, y empleados de hacienda, tales como los recaudadores generales por ejemplo, ofrecieron barcos chatos. Semejante recurso no era de despreciar porque era imposible evaluarle en menos de cuarenta millones de francos (150 millones de reales), lo cual comparado á un presupuesto de 500 millones de francos (1875 millones de reales) no dejaba de tener una importancia verdadera. Unido á esto el precio de la Luisiana, que era de 60 millones de francos (225 millones de reales), los diversos subsidios obtenidos de los aliados y el aumento natural del producto de las contribuciones, no iba á tener el gobierno necesidad de recurrir al medio costoso y casi imposible en aquella época de un empréstito en rentas.

Se construyen barcos en las orillas de todos los rios.

En breve daremos á conocer detalladamente la formacion de aquella flotilla, capaz de conducir 150,000 hombres, 400 cañones y 10,000 caballos, y que en poco estuvo que no verificase la conquista de Inglaterra. Al presente bastará decir, que la cualidad principal impuesta por los marinos á aquellos barcos chatos, de cualquier dimension que fuesen, era que no calaran mas de 6 á 7 pies de agua, estando solo 3 ó 4 desarmados. Podian pues, navegar por todos nuestros rios, y bajar por ellos hasta su desembocadura, para reunirse en seguida en los puertos de la Mancha, navegando á lo largo de las costas. Esto proporcionaba una ventaja inmensa, porque faltos nuestros puertos de astilleros, de maderas y de operarios, no se hubieran podido construir en algunos meses 1,500 ó 2,000 barcos; y esta dificultad desaparecia construyéndose tambien en el interior. Cubriéronse de astilleros improvisados las orillas del Gironda, del Loira, del Sena, del Somme, del Oise, del Escalda, del Mosa y del Rhin; y los trabajadores del pais, dirigidos por contramaestres de la marina, bastaron para aquellas singulares construcciones, que al principio asombraron al pueblo, que le proporcionaron á veces motivos para sus burlas, pero que en breve, vinieron á ser para la Inglaterra un objeto de serios temo-

res. En Paris, desde la Rapée hasta los Inválidos se estaban construyendo noventa lanchas cañoneras, que daban ocupacion á mas de 1,000 trabajadores.

Diseminacion de las escuadras francesas en las Antillas.

Lo primero que debia mandarse, á causa de la nueva guerra con la Inglaterra, era la reunion de nuestra marina, diseminada á la sazon en las Antillas, y ocupada en hacer entrar á las colonias bajo la autoridad de la Metrópoli. Este fue, en efecto, el primer cuidado del primer Cónsul; quien se apresuró á llamar á nuestras escuadras, mandando que dejasen en la Martinica, Guadalupe y Santo Domingo, todo lo que pudiesen en hombres, municiones y material. Solo las fragatas y los buques ligeros debian permanecer en América. Pero era necesario no hacerse ilusiones. Si la guerra con la Inglaterra no podia despojarnos de las pequeñas Antillas, tales como la Guadalupe y la Martinica, debia hacernos perder la mas preciosa de todas, la de Santo Domingo, aquella por cuya conservacion se habia sacrificado un ejército.

Continuacion de la expedicion de Santo Domingo.

Ya se ha visto, que el capitan general Leclerc despues de operaciones acertadas, aunque con grandes pérdidas en su ejército, se habia hecho dueño de la colonia, pudiendo lisonjearse de haberla sometido á la metrópoli; y á Toussaint retirado en su domicilio de Ennery, aguardando al mes de Agosto como término del reinado de los europeos sobre la tierra de Haïti. No se equivocaba este negro terrible al vaticinar el triunfo del clima de América sobre los soldados de Europa. Pero no debia gozar de su triunfo, porque él mismo estaba destinado á sucumbir bajo el rigor de nuestro cielo. ¡Tristes represalias de la guerra, de razas encarnizadas en disputarse las regiones del Ecuador!

Súbita invasion de la fiebre amarilla.

Apenas empezaba el ejército á establecerse en Santo Domingo y á descansar de sus fatigas, cuando una plaga, frecuente en aquellas regiones, pero mas mortífera esta vez que nunca, vino á herir á los nobles soldados del ejército del Rhin y del Egipto, trasladados á las Antillas. Sea que el clima, por un decreto desconocido de la Providencia, fuese aquel año mas destructor que de costumbre, ó bien que su accion fuese mayor sobre soldados fatigados, acumulados en número considerable, y formando un foco de infeccion mas poderoso, la muerte se enconó en ellos con una rapidez y una violencia espantosas. Veinte generales perecieron casi á un tiempo, y los oficiales y soldados sucumbieron á millares. A los 22,000 hombres que habian llegado en varias expediciones, 5,000 de los cuales habian quedado fuera de combate, y otros 5,000 estaban enfermos de diversas dolencias, habia añadido el primer Cónsul á fines de 1802, otros 10,000 mas. Los recien llegados fueron acometidos de la peste en el momento mismo de desembarcarse. En dos meses perecieron 15,000 hombres, quedando por tanto, reducido el ejército á 9 ó 10,000; aclimatados, es verdad, pero convalecientes la mayor parte, y poco á propósito para volver á tomar inmediatamente las armas.

Gozo de Toussaint Louverture á la aparicion de la peste, y sus manejos secretos.

Lleno de gozo Toussaint Louverture, desde los primeros destrozos ocasionados por la fiebre amarilla, al ver realizarse sus siniestras predicciones, sintió renacer todas sus esperanzas; y desde el fondo de su retiro de Ennery se puso en correspondencia secreta con sus afiliados, les mandó que se hallasen prontos, y les recomendó que le informasen con exactitud de los progresos de la enfermedad, y particularmente del estado de salud del capitan general, sobre cuya cabeza, deseaba, en su cruel impaciencia, cayese el azote de la peste. Pero estos manejos no fueron tan ocultos que no llegasen á noticia del capitan general, y particularmente á la de los generales negros, los cuales se apresuraron á ponerlos en conocimiento de la autoridad francesa; pues á la vez que obedecian á Toussaint, le envidiaban, y este sentimiento no habia dejado de contribuir á su pronta sumision. Aquellos *negros dorados*, como los llamaba el primer Cónsul, se hallaban contentos con el descanso y opulencia que gozaban; y á la vez que no tenian ganas de empezar de nuevo la guerra, temian que si Toussaint volvia á recobrar su poder, les hiciese expiar su desercion. En su consecuencia

hablaron al capitan general Leclerc á fin de que se apoderase del antiguo dictador. La accion sorda que este ejercia, se notaba ya por un síntoma alarmante: los negros que componian su antigua guardia, los cuales estaban repartidos entre las tropas de la colonia, que se hallaban al servicio de la metrópoli, abandonaban las filas para volver, segun decian, al cultivo de la tierra, pero en realidad para trasladarse á las mornes, cercanas á Ennery. Colocado el capitan general entre el doble peligro de la fiebre amarilla, que destruia su ejército, y la sublevacion que se anunciaba por todas partes, y teniendo ademas las instrucciones del primer Cónsul que le mandaban se desembarazase de los gefes negros, á la primera señal de desobediencia, resolvió prender á Toussaint, pues le daban suficiente causa para hacerlo las cartas de este que habian sido interceptadas. Pero para apoderarse de este gefe poderoso, que se hallaba ya rodeado de un ejército de sublevados, era necesario emplear el mayor disimulo. Para el efecto, se le pidieron consejos acerca de los medios que debian emplearse para que volviesen al cultivo muchos negros que se hallaban fugitivos, y sobre la eleccion de los parages mas adecuados para restablecer la salud del ejército. Este era el verdadero medio de atraer á Toussaint á una entrevista, pues con él se lisonjeaba su vanidad.—Ya lo veis, esclamó, esos blancos no pueden pasarse sin el viejo Toussaint.—Trasladose en efecto al lugar de la cita, rodeado de una tropa de negros; pero apenas llegó fue acometido, desarmado y conducido á bordo de un navio. Sorprendido y avergonzado, aunque resignándose á su suerte, no profirió mas que estas palabras notables: Al derribarme, solo ha caido el tronco del árbol de la libertad de los negros, pero quedan las raices, y ellas brotarán, porque son profundas y numerosas.—Enviósele á Europa, y fue encerrado en el fuerte de Joux.

El general Leclerc manda el arresto de Toussaint Louverture.

Por desgracia se habia propagado entre los negros el espíritu de revolucion, penetrando en sus corazones con la desconfianza acerca de los proyectos de los blancos, y con la esperanza de vencerlos. La noticia de lo acontecido en la Guadalupe, en cuya isla se acababa de restablecer la esclavitud, habia circulado en Santo Domingo, causando una impresion extraordinaria Algunas palabras, pronunciadas en la tribuna del Cuerpo Legislativo en Francia, acerca del restablecimiento de la esclavitud en las Antillas, palabras que solo tenian aplicacion á la Martinica y á la Guadalupe, pero que, con alguna desconfianza, podian hacerse extensivas á Santo Domingo, habian contribuido á inspirar á los negros la conviccion de que se pensaba volverlos á la servidumbre, y esta idea hacia estremecer de indignacion asi á los generales como á los simples cultivadores. Algunos oficiales negros mas humanos y mas dignos de gozar de su nueva fortuna, tales como Laplume, Clervaux y hasta el mismo Cristobal, los cuales, no aspirando como Toussaint á ser dictadores de la isla, se acomodaban perfectamente con la dominacion de la metrópoli, con tal que se respetase la libertad de su raza, se expresaron con un ardor que no debia dejar ninguna duda acerca de sus sentimientos.—Nosotros queremos, decian, permanecer siendo franceses, y ser obedientes, y servir con fidelidad á la madre patria, porque no deseamos volver á la vida aventurera y peligrosa que antes hemos tenido; pero si la metrópoli quiere sumir en la esclavitud á nuestros hermanos ó á nuestros hijos, es necesario que se decida á degollarnos á todos.—El general Leclerc, cuya lealtad les era bien conocida, los tranquilizaba por algunos dias, cuando les aseguraba sobre su honor que eran una impostura las intenciones que se atribuian á los blancos; pero en el fondo la desconfianza era incurable, y por mas que hizo el general en gefe no logró disiparla. Si Laplume y Clervaux, unidos de buena fe á la metrópoli, razonaban, como lo hemos dicho, Dessalines, que era un verdadero monstruo, cual lo pueden formar la esclavitud y la rebelion, no pensaba mas que en excitar, con una profunda perfidia, á los negros contra los blancos, y á los blancos contra los negros; en irritar á unos y á otros; en triunfar en medio de la matanza, y en reemplazar á Toussaint Louverture, cuya prision habia sido el

Disposicion de los generales negros.

El espíritu de revolucion se generaliza entre los negros, al saber que los de la Guadalupe han vuelto á la esclavitud.

primero en reclamar.

Desarme de los negros.

En tan angustiosa situacion, no quedando al capitan general mas que una parte muy pequeña de su ejército, el cual se disminuia diariamente, y viéndose amenazado al mismo tiempo por una próxima insurreccion, creyó de su deber mandar el desarme de los negros; cuya medida parecia razonable y necesaria. Los gefes negros de buena fe como Laplume y Clervaux la aprobaban; y los que se hallaban animados de pérfidas intenciones, como Dessalines, la provocaban con ardor. Procedióse al momento á ello, y para lograrlo fue necesario emplear la violencia. Muchos negros se refugiaron en las mornes, y otros se dejaron martirizar, antes que devolver lo que miraban como su misma libertad; es decir, su fusil. Los oficiales negros, en particular, se mostraban crueles en esta clase de pesquisas, y hacian fusilar á los hombres de su color; unos para evitar la guerra, y otros al contrario para excitarla. Recogiérónse, no obstante, por este medio, unos 30,000 fusiles, la mayor parte de fábrica inglesa, comprados por la prevision de Toussaint. Semejante rigor provocó algunas insurrecciones en el Norte, en el Oeste y en los alrededores de Puerto-Príncipe. Cárlos Belair, sobrino de Toussaint, negro que gozaba de cierta superioridad y prestigio sobre sus iguales, por sus costumbres, su talento y su saber; al cual por estos motivos, pensaba su tio haberlo nombrado su sucesor; irritado por algunas ejecuciones cometidas en el departamento del Oeste, se retiró á las mornes y enarboló el estandarte de la rebelion. Dessalines, que vivia en San Marcos, pidió con las mayores instancias que le encargasen la persecucion del rebelde; y encontrando aquí la doble ocasion de hacer alarde de su celo engañoso, y de vengarse de un rival que le habia sido muy molesto, hizo á Cárlos Belair una guerra encarnizada. Al fin logró darle alcance y le prendió con su muger, enviando á ambos ante una comision militar, la cual mandó fusilar á aquellos desgraciados. Dessalines se disculpaba con los negros, alegando las crueles órdenes de los blancos, y no dejaba de aprovecharse de la ocasion para destruir á un rival aborrecido. ¡Lamentables atrocidades que prueban que las pasiones del corazon humano, son las mismas en todas partes, y que el clima, la época y la diferencia de razas, no causan en el hombre una diferencia notable! Todo impulsaba, pues, á que los negros se sublevasen, así la sombría desconfianza que se habia apoderado de ellos, como las medidas de rigor que era preciso tomar, y las feroces pasiones que los dividian; pasiones que era necesario tolerar y á veces poner en juego. A todos estos males de la situacion, se añadieron faltas nacidas de la confusion que empezaba á introducirse en la colonia, á causa de la enfermedad y de los peligros que se presentaban por todos lados, y de la dificultad de comunicarse de una á otra parte de la isla. Habíase sacado de Puerto-Príncipe al general Boudet para enviarle á las islas del Viento, á fin de reemplazar á Richepanse, víctima de la fiebre amarilla, y le habia sustituido el valiente general Rochambeau, tan inteligente como intrépido, pero que habia contraido en las colonias, donde habia servido, todas las preocupaciones de los criollos que las poblaban. Por lo tanto, odiaba á los mulatos, lo mismo que podian odiarlos los antiguos colonos; hallando que eran violentos, disolutos y crueles; y decia que preferia á los negros, porque eran, segun él, mas sencillos, mas sobrios, y mas duros para la guerra. Colocado este general en el mando de Puerto-Príncipe y del Sur, donde abundaban los mulatos, mostró tanta desconfianza á estos como á los negros á los primeros asomos de insurreccion, y encarceló á un gran número de ellos. Pero lo que mas les irritó, fue el que volviese á desterrar al general Rigaud, antiguo gefe de los mulatos, rival y enemigo por largo tiempo de Toussaint, vencido y expulsado por él, y que se aprovechaba, como era natural, de la victoria de los blancos para volver á Santo Domingo, donde esperaba ser bien acogido. Pero la falta que los blancos habian cometido al principio de la revolucion de Santo Domingo con las gentes de color, la cometieron tambien al fin. El general Rochambeau no quiso admitir á Rigaud, y le mandó que se volviese á embarcar

Ejecucion de Carlos Belair.

El general Rochambeau: sus imprudencias respecto á los mulatos.

para los Estados-Unidos. Los mulatos ofendidos y tristres trataron entónces de unirse á los negros, lo cual debia acarrear grandes males, sobre todo en el sur, donde dominaban.

Insurreccion general de los negros.

Todas estas causas reunidas hicieron general la insurreccion, que en un principio solo se habia mostrado parcial. En el norte Clervaux, Maurepas y Cristobal se refugiaron en las mornes, no sin cierto disgusto, pero arrastrados por un sentimiento al que no podian resistir, cual era el amor á su libertad amenazada. En el oeste el bárbaro Dessalines, arrojando al fin la máscara se unió á los rebeldes. En el sur, unidos los mulatos á los negros, se pusieron á destrozar aquella bella provincia, que hasta entónces habia permanecido intacta y floreciente como en sus mejores dias. Solo el negro Laplume permaneció fiel, unido definitivamente á la metrópoli, prefiriendo su gobierno al bárbaro mando de los hombres de su color.

Desercion de Clervaux, Cristobal y Dessalines.

Reducido el ejército frances á ocho ó diez mil hombres apenas en estado de servir, no poseia mas que la ciudad del Cabo, en el norte, y algunas posiciones en los alrededores de ella, á Puerto Príncipe y San Marcos en el oeste, y á los Cayos, Jeremias y Tiburon en el sur. Las angustias del desgraciado Leclerc eran extremadas. Tenia consigo á su muger, á la cual acababa de enviar á la isla de la Tortuga para salvarla de la peste. Habia visto morir al sábio y hábil M. Benezech, y á algunos de los generales mas distinguidos de los ejércitos del Rhin y de Italia; acababa de saber el fallecimiento de Richepanse; diariamente presenciaba la muerte de sus mas valientes soldados, sin poderlos socorrer, y veia aproximarse el instante en que no podria defender contra los negros la pequeña parte de litoral que le quedaba todavia. Atormentado por tan desoladoras reflexiones, se hallaba mas expuesto que ningun otro, á que le atacase el mal que destruia al ejército, y, en efecto, fue acometido, á su vez, y despues de una corta enfermedad, que, tomando el carácter de una fiebre continua, concluyó por extinguir sus fuerzas, espiró, espresándose hasta el fin en un lenguage noble, y sin parecer ocupado de otra cosa que de su muger y de sus compañeros de armas, á quienes dejaba en tan horrorosa situacion. Murió en Noviembre de 1802.

Temores de Leclerc y su muerte.

El general Rochambeau tomó el mando que le correspondia por antigüedad, y si bien no faltaban á este nuevo gobernador de la colonia valor ni talentos militares, carecia de prudencia y de la sangre fria que debe tener un gefe extraño á las pasiones de los trópicos. Concentrando sus fuerzas en el Cabo y abandonando el oeste y el sur, se hubiera podido sostener, aunque con mucho trabajo; pero él quiso hacer frente en todos los puntos á la vez, y solo pudo hacer en cada uno esfuerzos impotentes aunque enérgicos. Habia vuelto al Cabo para tomar posesion del mando, y llegó á dicha ciudad en el momento que Cristobal, Clervaux y los gefes negros del norte, trataban de atacar y apoderarse de aquella capital de la isla. El general Rochambeau tenia para defenderla algunos centenares de soldados y la guardia nacional del Cabo, compuesta de propietarios, valientes como todos los hombres de aquellos paises. Ya Cristobal y Clervaux se habian apoderado de uno de los fuertes, pero el general Rochambeau le recobró, desplegando un valor admirable, y secundado por la energia de la guardia nacional, la cual se portó tan bien, que creyendo los negros que habia llegado á la isla un ejército de refuerzo, se retiraron al punto. Pero durante esta defensa heroica, tenia lugar en la rada una escena horrorosa: habíanse enviado á bordo de los navios unos 1,200 negros por no poder guardarlos en tierra y no querer dar este refuerzo al enemigo: las tripulaciones, diezmadas por la enfermedad, presentaban una fuerza muy inferior á la de los negros, y temiendo, al ruido del ataque del Cabo, ser degolladas por ellos, arrojaron (horror nos causa el decirlo) un gran número al mar. En aquel mismo instante, se trataba del mismo modo en el sur de la

El general Rochambeau reemplaza en el mando al general Leclerc.

El general Rochambeau vuelve al Cabo.

Ataque y defensa del Cabo.

isla á un mulato llamado Bardet, al cual le ahogaron por una injusta y atroz desconfianza. Desde entonces, los mulatos, inciertos aun sobre el partido que debian tomar, se unieron á los negros, degollaron á los blancos, y acabaron de destrozar la hermosa provincia del Sur.

Estado desesperado de la colonia en el momento de renovarse la guerra entre la Francia y la Gran-Bretaña.

Terminemos este lúgubre relato, del cual nada útil puede sacar la historia. En la época de la renovacion de la guerra entre la Francia y la Gran-Bretaña, encerrados los franceses en el Cabo, en Puerto Príncipe y en los Cayos, apenas podian defenderse contra les negros y los mulatos coligados. La noticia de la guerra europea vino á aumentar su desesperacion; pues solo podian elegir entre los negros que se habian vuelto feroces como nunca, y los ingleses, que esperaban se viesen obligados á rendirse á ellos, para enviarlos prisioneros á Inglaterra despues de haberlos despojado de los restos de su fortuna.

Pérdidas causadas á la Francia por la expedicion de Santo Domingo.

De los 30 ó 32,000 hombres enviados por la metrópoli á la isla de Sto. Domingo, quedaban de 7 á 8000; y entre los que habian perecido se contaban mas de veinte generales, de los cuales era Richepanse el mas digno de sentimiento. En aquellos mismos dias Toussaint Louverture, profeta siniestro, que habia vaticinado y deseado todos aquellos males, moria de frio en Francia prisionero en el fuerte de Joux, mientras que nuestros soldados sucumbian bajo los rayos de un sol devorador. ¡Asi servia la muerte de un negro de genio superior, de lamentable compensacion á la pèrdida de tantos blancos heróicos!

Tal fue el sacrificio que hizo el primer Cónsul al antiguo sistema comercial de Francia, sacrificio que se le ha censurado amargamente. Sin embargo, para juzgar con acierto los actos de los que están al frente de los gobiernos, es necesario tener siempre en cuenta las circunstancias, bajo cuyo imperio obran. Cuando reinaba la paz con todo el mundo, cuando las ideas del antiguo sistema de comercio volvian á invadirlo todo como un torrente, cuando en París y en todos los puertos los comerciantes y los colonos arruinados, pedian á voz en cuello el restablecimiento de nuestra prosperidad comercial, cuando millares de oficiales, viendo con disgusto interrumpida su carrera á causa de la paz, pedian servir en cualquiera parte donde se necesitase su brazo, ¿era posible negarse á los clamores de los unos, á la actividad de los otros, y rechazar la ocasion de restaurar el comercio de la Francia? ¿Qué no ha hecho la Inglaterra para conservar el norte de la América, y la España para conservar el sur? ¿Qué no haria la Holanda para conservar á Java? Los pueblos no pierden nunca ninguna gran posesion sin hacer lo posible por retenerla en su poder, aunque no tengan esperanzas de lograrlo. Ya veremos si la guerra de América ha servido de leccion á los ingleses, y si no tratan de defender el Canadá el dia en que esta colonia del norte ceda á la inclinacion natural que la atrae hácia los Estados Unidos.

El primer Cónsul habia llamado á Europa á todas nuestras escuadras, á excepcion de las fragatas y de los buques ligeros; y ya se hallaban todas en nuestros puertos á excepcion de una de cinco navios que se habia visto obligada á arribar á la Coruña; y de otro navio que se habia refugiado á Cádiz. Era necesario reunir todos estos elementos para emprender una lucha cuerpo á cuerpo con la Gran Bretaña.

Dificultades inherentes á una guerra con la Inglaterra.

Era una obra difícil, aun para el gobierno mas hábil y mas sólidamente establecido, el luchar con la Inglaterra. Es cierto que le era fácil al primer Cónsul ponerse al abrigo de sus golpes, pero tambien lo es que los suyos no podian dañar mucho á su enemigo. La Inglaterra y la Francia habian conquistado un imperio casi igual, la primera sobre el mar y la segunda sobre tierra. Empezadas las hostilidades, iba la Inglaterra á desplegar su pabellon en ambos hemisferios, y á apoderarse de algunas colonias holandesas ó españolas, y quizás, pero con mas dificultad de algunas francesas (1): iba á interrumpir la navegacion á todos los pueblos, y á apropiár-

(1) Mr. Thiers que se olvida fácilmente de los hechos y de las cosas en tratan-

sela exclusivamente. Esto era todo lo que podia hacer; porque un desembarco de tropas en el continente, solo le hubiera proporcionado un desastre semejante al del Helder en 1799. La Francia, por su lado, podia, por la fuerza ó por el influjo, prohibir á los ingleses el acceso del litoral europeo desde Copenhague hasta Venecia, y reducirlos á no tocar mas que en las orillas del Báltico para conducir desde las alturas del Polo los géneros coloniales, de los cuales iba á ser la única depositaria durante la guerra. Pero en aquella lucha de las dos grandes potencias que dominaban, cada cual sobre uno de los dos elementos, sin tener el medio de salir de ellos para llegar una á otra, era de temer que se viesen reducidas á amenazarse sin herirse, y que el mundo, hollado y maltratado por ambas en su lucha, no concluyese por revelarse contra una de ellas, á fin de sustraerse á las consecuencias de tan horrorosa contienda. En tal situacion, el triunfo debia pertenecer á aquella que supiera salir del elemento donde reinaba para alcanzar á su rival, y si este esfuerzo era imposible, á aquella que supiese hacer su causa bastante popular en el universo, para atraerle á su partido. Esto era difícil para ambas naciones; porque para apropiarse la Inglaterra el monopolio del comercio se veia reducida á atormentar á los neutrales; y para cerrar la Francia el continente al comercio de la Inglaterra, se veia obligada á violentar á todas las potencias de la Europa. Si se queria vencer á la Inglaterra, era, pues, necesario resolver uno de estos dos problemas; ó pasar el Océano y marchar sobre Lóndres, ó dominar el continente, y obligarle bien por la fuerza ó por la política á no admitir los productos británicos; en una palabra, era necesario realizar, ó un desembarco ó el bloqueo continental. En la continuacion de esta historia se verá por qué serie de acontecimientos pasó sucesivamente Napoleon de la primera de estas empresas á la segunda; por qué encadenamiento de prodigios, se aproximó al principio á su objeto, casi hasta alcanzarle, y por qué combinacion de faltas y desgracias se alejó en seguida de él, y concluyó por sucumbir. Por fortuna, antes de llegar á aquel lamentable término, hizo la Francia tales cosas, que la nacion á quien la Providencia ha permitido llevarlas á cabo, será eternamente gloriosa, y quizas merecerá llamarse la mas grande de las naciones.

La lucha de ambas naciones debia tener por resultado ó un desembarco ó el bloqueo continental.

Tales eran las proporciones que inevitablemente debia tomar la guerra entre la Francia y la Gran Bretaña. Desde 1792 á 1801, habia sido la lucha del principio democrático contra el principio aristocrático; y bajo el gobierno de Napoleon, sin cesar de tener aquel carácter, iba á ser la lucha de un elemento contra otro elemento, con mas dificultades para nosotros que para los ingleses; porque todo el continente, por antipatía á la Revolucion francesa, y por envidia á nuestro poder, debia odiar á la Francia mucho mas que los neutrales detestaban á la Inglaterra.

Napoleon forma el proyecto de intentar un desembarco en Inglaterra.

En breve conoció el primer Cónsul con su mirada penetrante toda la extension de aquella guerra, y sin vacilar tomó su resolucion. Era esta pasar el estrecho de Calais con un ejército, y concluir en el mismo Lóndres la rivalidad de ambas naciones. Por tres años consecutivos va á vérsele, aplicando todas sus facultades á aquella prodigiosa empresa, y tranquilo, confiado y hasta feliz; tanta era la esperanza que tenia en aquella tentativa, que le debia conducir, ó á ser el dueño absoluto del mundo, ó á sepultarle en el fondo del Océano con su ejército y su gloria.

Fuerzas navales de la Francia y de la Inglaterra en 1803.

Acaso se diga que Luis XIV y Luis XVI no se vieron reducidos á tales extremos para combatir á la Inglaterra, y que numerosas escuadras, disputándose la inmensidad del Océano ha-

do de prodigar alabanzas á su patria, ha trascordado sin duda que en las campañas que se siguieron hasta la caida de Napoleon no perdió España ninguna de sus colonias, pues los puntos aislados que cayeron en manos de los ingleses fueron en breve recobrados. Francia fue la que perdió todas sus colonias en estas guerras.

(Nota del Traductor.)

bian bastado al efecto. Pero á esto contestaremos que en los siglos XVII y XVIII, aun no habia creado la Inglaterra, apoderándose del comercio universal, la mayor poblacion marítima del globo; y que los medios de las dos marinas eran mucho menos desiguales en aquellas épocas. El primer Cónsul estaba decidido á hacer los mayores esfuerzos para sacar de su abatimiento á la marina francesa, pero dudaba mucho el conseguirlo, aunque poseia costas muy extensas, y aunque tenia á su disposicion los puertos y los astilleros de la Holanda, de la Bélgica, de la antigua Francia, y de la Italia. No citamos los de España, porque se hallaba entonces gobernada de un modo demasiado indigno, para que pudiese ser una aliada útil (1). Contando todas sus fuerzas navales reunidas á la sazon en Europa, no podia el primer Cónsul poner en estado de servicio en todo aquel año mas que 50 navíos de línea. Podia proporcionarse 4 ó 5 en Holanda, 20 ó 22 en Brest, 2 en Lorient, 6 en La Rochela, 5 que habian llegado de arribada á la Coruña, uno en Cádiz, y 10 ó 12 en Tolon; total unos 50. Con los bosques que cubrian su vasto dominio, y cuyas maderas, bajando por los rios, llegaban á los astilleros de la Holanda, de los Paises Bajos y de la Italia podia construir otros cincuenta navíos de línea, y hacer que cien navíos llevasen su glorioso pabellon tricolor: pero para armarlos se necesitaban mas de 100,000 marineros, y apenas poseia 60,000. La Inglaterra iba á tener 75 navíos de línea prontos á darse á la vela; y le era fácil ascender su armamento total á 120, con el número de fragatas y buques pequeños que tal armamento necesita: podia embarcar 120,000 marineros y algunos mas, si renunciando á contemporizar con los neutrales, ejercia la leva sobre sus buques mercantes: poseia, ademas, almirantes experimentados y llenos de confianza, porque habian vencido, portándose en la mar como se conducian en tierra los generales Lannes, Ney y Massena.

La Inglaterra puede reunir al momento 75 navíos de línea y aumentar sus fuerzas hasta 120.

La desproporcion de las dos escuadras, resultado del tiempo y de las circunstancias, era, pues, muy grande; pero no por esto desesperó el primer Cónsul. Queria que se hiciesen construcciones navales en el Texel, en el Escalda, en el Havre, en Cherburgo, en Brest, en Tolon y en Génova; y pensaba mezclar cierto número de soldados en la composicion de sus tripulaciones, supliendo por este medio la inferioridad do nuestra poblacion marítima. Habia sido el primero en conocer que un navío tripulado por 600 buenos marineros y 200 ó 300 soldados elegidos, que por espacio de dos ó tres años se ejercitasen en las maniobras y en la puntería, era capaz de medir sus fuerzas con cualquiera clase de navío; pero empleando estos medios ú otros, hubiera necesitado, segun decia, diez años, para crear una marina, y no podia esperar diez años, con los brazos cruzados, mientras que su marina corriendo los mares en pequeños destacamentos se pusiese en estado de luchar con la marina inglesa. Emplear diez años para formar una escuadra sin hacer nada notable entre tanto, hubiera sido una prolongada confesion de impotencia, triste para todo gobierno, y mas triste para él, que habia hecho su fortuna y que debia continuarla, aturdiendo y deslumbrando al mundo. Por lo tanto, á la vez que se esforzase en reorganizar la escuadra francesa, debia intentar audazmente atravesar el estrecho, y servirse al mismo tiempo del temor que inspiraba su espada para obligar á la Europa que cerrase á la Inglaterra todas las costas del continente. Si á su genio para ejecutar las grandes empresas unia una política hábil, podia con ambos medios reunidos, ó destruir de un solo golpe en el mismo Lóndres el poder británico, ó arruinarle á la larga arruinando su comercio.

Sin renunciar el primer Cónsul á reorganizar la marina francesa, se decide á intentar un desembarco como el medio mas pronto.

(1) Indignacion causa que se hable asi de la España que perdió despues los últimos restos de su marina peleando heróicamente en Trafalgar, no en provecho propio, pues ningun interes tenia en aquella guerra, sino para servir á las miras y á la ambicion de Francia, cuyos escritores en pago nos tratan de tal modo.

(Nota del Traductor.)

Muchos almirantes no participan de la opinion del primer Consul, sobre la posibilidad de pasar el estrecho.

Muchos de los almirantes franceses, y particularmente el ministro Decrés, le aconsejaba que reorganizase lentamente nuestra marina, formando pequeñas divisiones navales, que corriesen los mares hasta que se hallasen en disposicion de maniobrar formando grandes escuadras; exhortándole que aguardase hasta entónces, y que no confiase en los planes imaginados para atravesar el estrecho. El primer Cónsul no quiso conformarse á sus miras; pues si bien se proponia restaurar la marina francesa, tambien queria hacer una tentativa mas directa para destruir á la Inglaterra. En su consecuencia, mandó que se hiciesen numerosas construcciones navales en Flesinga, ciudad de que disponia á consecuencia de su poderio sobre Holanda; en Amberes que habia venido á ser puerto frances; en Cherburgo, en Brest, en Lorient, en Tolon, y por último en Génova, ocupada por la Francia por la misma razon que ocupaba á la Holanda: hizo reparar y armar 22 navios en Brest; concluir 2 en Lorient, y reparar, botar al agua y armar 5 en la Rochela: reclamó de la España los medios necesarios para carenar y abastecer de víveres la escuadra que habia llegado de arribada á la Coruña, y envió desde Bayona todo lo que era posible enviar por tierra asi en hombres y material como en dinero: tomó las mismas precauciones respecto al navío que se hallaba en Cádiz; y mandó se armase la escuadra de Tolon, la cual queria que constase de 12 navios. Estos varios armamentos, unidos á 3 ó 4 navios holandeses, debian, como ya lo hemos dicho, hacer subir á unos 50 las fuerzas de la Francia, sin contar lo que mas tarde se pudiera obtener de las marinas holandesa y española, y sin contar los que se podrian construir en los puertos de Francia, y armar mezclando á los marineros con los soldados. Sin embargo, el primer Cónsul no se lisonjeaba de reconquistar con tales fuerzas, en batalla naval la superioridad ni aun la igualdad marítima sobre la Inglaterra; sino servirse de ellas para conservar el mar,

Orden para armar al momento los 50 navios de que puede disponer la Francia.

para que fuesen y viniesen á las colonias, y para que le abriesen durante algunos instantes el estrecho de Calais: todo esto por medio de movimientos, cuya profunda combinacion podrá juzgarse en breve.

Destino que se da á los 50 navios de la marina francesa en los planes del primer Cónsul.

Todos los esfuerzos de su genio se concentraron hácia el estrecho de Calais. Cualesquiera que fuesen los medios de transporte que se hubiesen ideado, se necesitaba, lo primero de todo, un ejército, y él concibió el proyecto de formar uno, que nada dejase que desear respecto á su número y organizacion; de distribuirle en varios campamentos desde el Texel hasta los Pirineos, y disponerle de suerte que pudiera concentrarse con rapidez á cualquiera punto del litoral, hábilmente elegido. Ademas del cuerpo de 25,000 hombres reunidos entre Breda y Nimega, para marchar sobre el Hannover, mandó la formacion de seis campamentos; el primero en los alrededores de Utrecht, el segundo en Gante, el tercero en San Omer, el cuarto en Compiegne, el quinto en Brest y el sexto en Bayona; éste último destinado á imponer con su presencia á la España por motivos que mas tarde daremos á conocer. En primer lugar comenzó por formar parques de artillería en todos aquellos diferentes puntos, precaucion que tomaba siempre antes que ninguna otra; pues decia, que esto era lo mas difícil de organizar; en seguida mandó que se dirigiesen á cada campamento las medias brigadas de infantería que fuesen necesarias para que cada una constase de 25,000 hombres á lo menos. La caballería se dirigió con mas lentitud, y en una proporcion menor que la acostumbrada; porque, en la hipótesis de un desembarco, solo se podian transportar pocos caballos. Necesitábase, pues, que la cualidad y cantidad de la infantería, la excelencia de la artillería y el número de sus cañones, pudiesen compensar en un ejército de tal naturaleza, la inferioridad numérica de la caballería; pero bajo este doble punto de vista la infantería y la artillería francesas reunian todas las condiciones que

Formacion de seis campamentos en las costas del Océano.

se podian desear. El primer Cónsul cuidó de reunir en las costas toda el arma de dragones, y formar con ella cuatro grandes divisiones: sabiendo servir á pie y á caballo los soldados de este arma, debian embarcarse solo con sus sillas, y ser útiles como infantes, hasta que pudiesen serlo como soldados de caballería cuando se hallasen montados en los caballos que se hubiese quitado al enemigo.

Reúnense 400 piezas de artillería al ejército expedicionario.

Diéronse las disposiciones oportunas para armar y disponer los tiros de 400 piezas de campaña, ademas de un extenso parque de piezas de sitio. Las medias brigadas, que entonces se componian de tres batallones, debieron suministrar dos de campaña, fuerte cada uno de 800 plazas, tomando del tercero el número de hombres necesarios para completar los otros dos; y quedando los restantes en los depósitos para recibir á los conscriptos, instruirlos ó disciplinarlos. No obstante, cierto número de conscriptos fue enviado inmediatamente á los batallones de campaña, para mezclar entre los veteranos de la República soldados visoños, llenos de viveza, de ardor y con la docilidad de la juventud.

Ley de reemplazo y medios empleados para ascender el ejército á 480,000 hombres.

Habíase introducido definitivamente la conscripcion en nuestra legislatura militar, y á propuesta del general Jourdan se habia regularizado en tiempo del Directorio. Sin embargo, la ley que la establecia presentaba aun algunos vacios, que se llenaron con una nueva ley del 26 de Abril de 1803. Habíase fijado el contingente en 60,000 hombres al año, debiendo comprenderse en el alistamiento todos los mozos desde la edad de 20 años: dicho contingente estaba dividido en dos partes de 30,000 hombres cada una: el alistamiento de la primera debia verificarse siempre en tiempo de paz; y la segunda componia la reserva, y podia ser llamada en caso de guerra para completar los batallones. Hallábanse á mediados del año XI (Junio de 1803), y el gobierno solicitaba el permiso para proceder al alistamiento del contingente de los años XI y XII sin tocar á las reservas de ambos años; con lo cual ingresarian en las filas del ejército 60,000 conscriptos de una vez. Llamándolos asi de antemano habia tiempo de instruirlos y acostumbrarlos al servicio militar en los campamentos formados en las costas. Finalmente, podíase recurrir, en caso necesario, á la reserva de aquellos dos años, lo cual daria otros 60,000 hombres, de los que no se pensaba echar mano sino en caso de una guerra continental. De modo que este pedido de 30,000 hombres por año, no podia fatigar mucho á una nacion compuesta de 109 departamentos. Ademas, podia contarse con una parte de los contingentes de los años VIII, IX y X, los cuales no habian sido llamados, gracias á la paz que se habia gozado en tiempo del Consulado. Pero como un atraso en hombres es tan difícil de recobrar como el de las contribuciones, el primer Cónsul hizo en este particular una especie de liquidacion. Sobre aquellos contingentes atrasados, pidió un cierto número de hombres, elegidos entre los mas robustos y los mas dispuestos; y eximió un número mayor en el litoral que en el interior, destinando al servicio de los guardacostas, los que no habian sido llamados al ejército. De este modo aumentó el ejército con otros 50,000 hombres, de mas edad y robustez que los conscriptos de los años XI y XII; ascendiendo en todo el ejército á 480,000 hombres, repartidos en las colonias, el Hannover, la Holanda, la Suiza, la Italia y Francia. De este efectivo, 100,000 hombres destinados á guardar la Italia, la Holanda el Hannover y las colonias, no pesaban sobre el tesoro frances; pues los paises donde se hallaban atendian á los gastos de su manutencion: los otros 380,000 eran pagados del todo por la Francia y estaban enteramente á su disposicion. Rebajando de ellos 40,000 por los soldados enfermos, ausentes, en camino, &c, y 40,000 por los gendarmes, veteranos, inválidos, y los destinados para instructores, se podia contar con 300,000 hombres dispuestos, aguerridos y capaces de entrar inmediatamente en campaña. Si de estos se destinaban 150,000 para combatir á la Inglaterra, quedaban otros 150,000, de los cuales, 70,000

Distribucion del ejército en Italia, Holanda, Hannover, costas del Océano, interior de la Francia y colonias.

que formaban los depósitos, bastaban para guardar el interior, y 80,000 podian acudir al instante sobre el Rhin, en caso de que en el continente se notase algun movimiento. Pero semejante ejército no debia contarse por su número; pues aquellos 300,000 hombres, casi todos experimentados, hechos á los trabajos y á la guerra, y mandados por gefes excelentes, valian por 600 ó 700,000 y acaso por 1,000,000 de esos soldados que comunmente se tienen despues de una larga paz; pues es inmensa la diferencia entre un soldado aguerrido y el que no lo es. En este particular nada tenia que desear el primer Cónsul, pues mandaba el mejor ejército del universo.

El gran problema que habia que resolver era la reunion de los medios de transporte, para trasladar aquel ejército de Calais á Douvres. El primer Cónsul no habia fijado todavia sus ideas sobre este particular; pues solo habia determinado definitivamente, despues de una larga serie de observaciones, la forma de las construcciones navales. Los buques de fondo chato, fáciles de varar y de andar á la vela y al remo, habian parecido á todos los ingenieros de marina el medio mas á propósito para la travesia, ademas de la ventaja de poder ser construidos en todas partes, aun en las ensenadas superiores de nuestros rios. Pero quedaba por determinar el modo de reunirlos, el de ponerlos al abrigo en puertos convenientemente situados, armarlos, equiparlos, y hallar en fin el mejor sistema de maniobras, para moverlos con órden al frente del enemigo. Para esto era necesario hacer una serie de experiencias largas y dificiles. El primer Cónsul tenia el proyecto de trasladarse en persona á Boloña, en las costas de la Mancha, permanecer allí bastante tiempo para estudiar los lugares, las circunstancias del mar y de las épocas, y organizar por sí mismo, en todas sus partes, la vasta empresa que meditaba.

El primer Cónsul quiere trasladarse á las costas del Océano, para concertar el plan de desembarco, pero aguarda que las construcciones se hallen mas adelantadas.

Mientras aguardaba que las construcciones navales, mandadas ejecutar en toda la Francia, se hallasen mas adelantadas, para que su presencia en las costas pudiese ser útil, se ocupaba en Paris de dos cuidados esenciales; tales como la hacienda y sus relaciones con las potencias del continente; porque por una parte era preciso buscar fondos para atender á los gastos de la empresa, y por otra tener la certidumbre de no ser incomodado durante la ejecucion por los aliados continentales de la Inglaterra.

Mientras tanto se ocupa en asegurar sus medios rentísticos y sus relaciones con los Estados del continente.

La hacienda no era la dificultad menor que presentaba la renovacion de la guerra. La Revolucion francesa habia devorado bajo la forma de asignados una masa inmensa de bienes nacionales, viniendo á parar en la bancarrota: los bienes nacionales estaban casi agotados, y el crédito arruinado para mucho tiempo. Para salvar de la enagenacion los 400 millones de francos (1500 millones de reales) de bienes nacionales que quedaban en 1800, se habian repartido entre varios servicios públicos, tales como la instruccion pública, los inválidos, la Legion de Honor, el Senado y la Caja de amortizacion; y de este modo, cambiados en dotaciones, aliviaban el presupuesto del Estado, y presentaban un valor inmenso para el porvenir, gracias al aumento de la propiedad territorial, aumento constante en todos tiempos, pero mayor despues de una revolucion. No obstante, debian disminuirse algo para restituir alguna porcion á los emigrados; porcion poco considerable, porque los bienes no enagenados pertenecian casi en su totalidad á los de la Iglesia. Débense añadir á los que quedaban los bienes situados en el Piamonte y en los nuevos departamentos del Rhin, por valor de 50 á 60 millones de francos (188 á 225 millones de reales) tales eran los recursos en bienes nacionales de que se podia disponer. En cuanto á los empréstitos, el primer Cónsul estaba resuelto á no recurrir á ellos. Debe recordarse que cuando en el año IX concluyó la liquidacion de atrasos de los años anteriores, se aprovechó de la alza de los

Medios rentísticos ideados para hacer frente á la nueva guerra.

Valores que quedan en bienes nacionales.

fondos públicos, para satisfacer en rentas una parte de los atrasos de los años V, VI, VII y VIII; pero esta fue la única operacion de este género que se permitió, saldando íntegramente en metálico los atrasos de los años IX y X. En el presupuesto del año X, último que se habia votado, se habia sentado como principio que la deuda pública no excederia jamas de 50 millones de francos de rentas; y que si lo contrario llegaba á suceder, se crearia inmediatamente un recurso para amortizar el excedente en quince años. Semejante precaucion habia sido necesaria para sostener la confianza, porque, á pesar del bienestar general, estaba el crédito tan destruido que las rentas del 5 por 100, no subian de 56, ni habian pasado de 60 en el momento en que mas se creia en la paz.

Hace mucho tiempo en Inglaterra y muy poco en Francia que los fondos públicos han venido á ser el objeto de un comercio regular, del cual participan las casas principales, siempre dispuestas á tratar con los gobiernos, para proporcionarles las cantidades que necesitan. No sucedia asi en aquella época, en la que ninguna casa de Francia se hubiera atrevido á hacer un empréstito; pues hubiera perdido todo su crédito en cuanto se hubiera sabido que hacía negocios con el Estado; y si algunos especuladores temerarios hubieran consentido en hacer un préstamo, habrian dado á lo mas 50 francos de una renta del 5 por 100, lo cual hubiera expuesto al tesoro á cargar con el enorme interes de un 10 por 100. El primer Cónsul no queria, pues, valerse de un recurso tan costoso. Existia en aquella época otra manera de contraer empréstito; cual era el de empeñarse con las grandes compañias de abastecedores encargados del suministro de los ejércitos, pagándoles de un modo irregular lo que se les debia, indemnizándose ellas en cambio, haciendo pagar sus servicios dos ó tres veces mas de lo que valian. Asi los especuladores atrevidos, á quienes no disgustan los grandes negocios, en vez de especular con los empréstitos, se arrojaban con avidez sobre los abastos. Por consiguiente, dirigiéndose á ellos, se hubiera hallado el medio de suplir á los empréstitos; pero este medio era mucho mas costoso que el de los mismos empréstitos. El primer Cónsul pensaba pagar exactamente á los abastecedores para obligarles á cumplir regularmente sus contratas, y para que estas se verificasen á precios razonables. Asi, pues, no queria ni echar mano del recurso de la enagenacion de los bienes nacionales, los cuales no podian venderse todavia con ventaja, ni del recurso de los empréstitos, muy dificiles de verificar y muy caros; ni, finalmente, del recurso de los grandes abastecimientos, cuyos contratos traian consigo abusos dificiles de calcular. Lisonjeábase que con mucho órden y economia, y con el aumento natural del producto de los impuestos, y algunos ingresos accesorios que vamos á dar á conocer, podria librarse de la dura necesidad que los especuladores imponen á los gobiernos que se hallan privados á la vez de crédito y de recursos.

El primer Cónsul rechaza la idea de recurrir al crédito.

El último presupuesto, el del año X (Septiembre de 1801 á Septiembre de 1802), se habia fijado en 500 millones de francos (1875 millones de reales) y con los gastos de recaudacion y los céntimos adicionales en 620 millones de francos (2325 millones de reales) de cuya cantidad no se habia pasado, merced á la paz: pero las contribuciones habian excedido con sus productos las previsiones del gobierno. Habiase calculado una renta de 470 millones de francos (1763 millones de reales) y votado una pequeña enagenacion de bienes nacionales para igualar los gastos con los ingresos. Pero los impuestos habian excedido en 33 millones de francos (124 millones de reales) la cantidad prevista; y por consiguiente no habia sido necesario enagenar la parte de bienes nacionales destinada al efecto. Este aumento inesperado de recursos provenia del derecho de registro, el cual, gracias al número creciente de los contratos privados, habia producido 172 millones de francos en lugar de 150; de los derechos de aduanas, los cuales merced á la reanimacion del comercio, habian producido 31 millones de francos en vez de 22, y, por último, de los productos de correos y de algunos otros menos importantes.

Aumento del producto de los impuestos del año X.

Espérase que en el año XI haya el mismo aumento á pesar de la guerra.

A pesar de haberse renovado la guerra, se esperaba igual aumento en el producto de los impuestos, y el tiempo probó cuan fundada era dicha esperanza. Bajo el gobierno enérgico del primer Cónsul no se temian ni los desórdenes ni los contratiempos; y sosteniéndose la confianza, las transacciones privadas, el comercio interior, y los cambios cada dia mas considerables con el continente, debian seguir una progresion constante. Solo el comercio marítimo estaba expuesto á sufrir quebranto, pero el producto de las aduanas que figuraba entonces por valor de 30 millones de francos (de 112 y medio millones de reales) daba bastante á conocer que no debia resultar de aquellos quebrantos una gran pérdida para el tesoro. Contábase, pues, con razon, con un ingreso de 500 millones de francos (unos 1875 millones de reales). El presupuesto del año XI (Septiembre de 1802 á Septiembre de 1803) acababa de ser votado en Marzo teniendo en consideracion la posibilidad de la guerra, y se habia fijado en 589 millones de francos (unos 2209 millones de reales) sin incluir los gastos de recaudacion, pero sí una parte de los céntimos adicionales. Se habian aumentado, en su consecuencia, 89 millones de francos al presupuesto; obteniendo parte de este aumento el ministerio de marina, cuyo presupuesto habia subido de 105 á 126 millones de francos; y el de la guerra, cuyo presupuesto se habia aumentado de 210 á 243 millones de francos. Lo sobrante de aquel exceso se habia repartido en las obras públicas, los cultos, la nueva asignacion de los Cónsules, y los gastos fijos de los departamentos comprendidos aquel año en el presupuesto. Habíase hecho frente á este aumento de gastos, con el aumento que se suponia del producto de los impuestos, con los céntimos adicionales destinados antes á los gastos fijos de los departamentos, y con varios otros ingresos procedentes de los paises aliados. Debia, pues, considerarse equilibrado el presupuesto corriente, á excepcion de un excedente indispensable para los gastos de la guerra; pues no era de suponer que bastasen para cubrir las necesidades de la nueva situacion, unos veinte millones de francos (75 millones de reales) añadidos para los gastos de la marina, y unos treinta (113 millones de reales) para los del ejército. La guerra con el continente costaba poco, porque en cuanto nuestros ejércitos victoriosos pasaban el Rhin y el Adige, lo que acontecia al principiarse las operaciones, se sostenian á expensas del enemigo; pero no se hallaban entonces en aquel caso; porque los seis campamentos establecidos desde el litoral de la Holanda hasta los Pirineos, debian vivir sobre el suelo frances, hasta el dia en que pasasen el estrecho. Ademas, era preciso atender á los gastos de las nuevas construcciones navales, y colocar en nuestras costas una cantidad enorme de artilleria; para todo lo cual y poder hacer frente á las necesidades de la guerra con la Gran-Bretaña apenas bastaban 100 millones de francos (375 millones de reales) mas al año (1). He aquí los recursos de que pensaba valerse el primer Cónsul.

Fíjase el presupuesto del año XI en 589 millones sin contar los gastos de recaudacion.

Necesidad de hallar un recurso anual de 100 millones de francos que añadir al presupuesto.

Acabamos de hacer mencion de algunos ingresos extrangeros que figuraban ya en el presupuesto del año XI, á fin de cubrir en parte la cantidad de 89 millones que excedia este presupuesto al del año X. Estos ingresos eran los de Italia. No teniendo la República italiana un ejército, y necesitando por tanto el nuestro, pagaba 1,600,000 francos al mes, (6 millones de reales) ó sean 19,200,000 francos al año, (72 millones de reales) para la manutencion de las tropas francesas: la Liguria, que se hallaba en el mismo caso, suministraba 1,200,000 francos, (cuatro millones y medio de rs.) al año, y Parma 2,000,000; (siete y medio millones de reales) todo lo cual proporcionaba un recurso anual de 22 millones y medio de francos (unos

(1) Esta cantidad parecerá bien pequeña si se juzga segun el valor actual de nuestros presupuestos; pero es necesario siempre tener en cuenta los valores de la época, entendiendo que 100 millones entonces correspondian á 200 ó 250 de hoy, y quizas mas cuando se trata de gastos militares.

86 millones de reales) que como ya hemos dicho figuraba en el presupuesto del año XI. Faltaba todavia que buscar una cantidad de 100,000,000 de francos (375,000,000 de reales), los cuales seria probablemente necesario añadir á los 589 millones de francos del presupuesto del año XI.

Los donativos voluntarios, el precio de la Luisiana, y los subsidios de los demas Estados aliados, eran los medios, con que contaba el primer Cónsul. Los donativos voluntarios de las ciudades y de los departamentos ascendian á unos 40 millones de francos (150 millones de reales), de los cuales debian satisfacerse 15 millones de francos en el año XII y los restantes en los años siguientes: el precio de la Luisiana enagenada en 80 millones de francos, de los cuales 60 debian librarse sobre Holanda en beneficio del tesoro frances, quien recibiria íntregros 54, deducidos los gastos de negociacion, presentaba el segundo recurso. y si bien los americanos no habian aceptado todavia legalmente el contrato, ya la casa Hope ofrecia anticipar una parte de aquella cantidad. Distribuyendo estos 54 millones en dos años, tocaba á unos 27 millones, que añadidos á los 15 de los donativos voluntarios; hacia ascender á 42 el suplemento anual para los años XI y XII (Septiembre de 1802 á Septiembre de 1804). Por último, la Holanda y la España debian suministrar lo que faltaba. Libre la Holanda del stathouderato por nuestras armas, y defendida contra la Inglaterra por nuestra diplomacia, que le habia hecho restituir la mayor parte de sus colonias, hubiera deseado verse libre de una alianza que de nuevo la arrastraba á la guerra; permanecer neutral entre la Francia y la Gran-Bretaña, y sacar todos los beneficios de la neutralidad, estando situada muy ventajosamente entre los dos paises. Pero el primer Cónsul habia tomado una resolucion cuya justicia nadie podrá negar (1), cual era la de que concurriesen todas las naciones marítimas á nuestra lucha con la Gran-Bretaña.—La Holanda y la España, decia sin cesar, quedan perdidas si somos vencidos; y todas sus colonias de la India y de la América, serán tomadas, ó destruidas, ó incitadas á la rebelion por la Inglaterra. No hay duda que para ambas potencias seria muy cómodo no tomar parte en la guerra, asistir á nuestras derrotas si somos vencidos, y aprovecharse de nuestras victorias si salimos victoriosos, porque si el enemigo queda derrotado, lo será tanto en beneficio suyo como en el nuestro. Pero no sucederá así; y ellas combatirán con nosotros y con el mismo esfuerzo que nosotros. Uniendo todos nuestros medios, quizas no podamos vencer á los dominadores de los mares; de consiguiente, si quedamos aislados y reducidos cada uno á nuestras propias fuerzas, seremos insuficientes, y por lo tanto derrotados.--El primer Cónsul habia, pues, concluido, que la España y la Holanda debian ayudarle; y puede decirse con verdad, que al obligarlas á concurrir á sus designios, las obligaba solamente á ser previsoras en su propio interes. De cualquier modo, para hacerles oir el lenguage de la razon, tenia, respecto á la Holanda la fuerza, pues nuestras tropas ocupaban á Flessinga y Utrecht, y respecto á la España tenia el tratado de San Ildefonso.

Cantidad de los donativos voluntarios.

Precio de la Luisiana valuado en 54 millones de francos, líquidos.

Motivos que tiene el primer Cónsul para hacer concurrir á todas las naciones marítimas á la guerra contra la Inglaterra

Por lo demas, en Amsterdam todas las personas ilustradas y patriotas, y M. de Schimmelpenninck á su frente, pensaban como el primer Cónsul; asi, pues, no fue muy dificil ponerse de acuerdo, quedando convenido que la Holanda nos ayudaria de la manera siguiente: La Holanda se comprometia á alimentar y pagar un cuerpo de

Convenio para arreglar la concurrencia de la Holanda en la lucha contra la Inglaterra.

(1) Imposible parece que á tal extremo lleve la pasion á un escritor de tan superior talento como Mr. Thiers. Es seguramente una graciosa manera de resolver dificultades en honra y provecho de su patria, dar por sentado que su capricho y conveniencia tenian fuerza de ley, y que cualquier cosa estaba completamente justificada con tal que le fuese útil, debiendo los demas pueblos sacrificarle su sosiego, sus intereses y su sangre, por que asi le convenia.

(Nota del Traductor)

18,000 franceses, y de 16,000 holandeses, en todo 34,000 hombres: á esta fuerza de tierra prometia añadir una fuerza naval, compuesta de una escuadra de línea, y de una flotilla de barcos chatos: la escuadra de línea debia constar de 5 navios de alto bordo, 5 fragatas y los buques necesarios para trasladar 25,000 hombres y 2,500 caballos desde el Texel á las costas de Inglaterra: la flotilla debia componerse de 350 barcos chatos de todas dimensiones, y ser á propósito para trasladar 37,000 hombres y 1,500 caballos desde las bocas del Escalda á las del Támesis. En cambio la Francia garantizaba á la Holanda su independencia, la integridad de su territorio europeo y colonial; y en caso de triunfar de la Inglaterra, la restitucion de las colonias que habia perdido en las últimas guerras. El socorro que se obtenia por medio de este arreglo era considerable, asi en hombres como en dinero, porque desde aquel momento, cesaban de pesar 18,000 franceses sobre el tesoro de Francia; 16,000 holandeses iban á aumentar nuestro ejército, y á nuestros recursos navales iban á agregarse medios de transporte para 62,000 hombres y 4,000 caballos. Dificil seria calcular por qué cantidad debia figurar tal socorro en el presupuesto extraordinario del primer Cónsul.

Concurrencia de la España.

Quedaba que obtener la concurrencia de España, potencia mucho menos dispuesta á dedicarse á la causa comun que la Holanda. Ya se la ha visto, bajo la influencia caprichosa del príncipe de la Paz, fluctuar miserablemente entre las direcciones mas contrarias, y tan pronto inclinarse hácia la Francia á fin de obtener un establecimiento en Italia, tan pronto hácia la Inglaterra para emanciparse de los esfuerzos que le imponia un aliado animoso é infatigable, y perder en aquellas fluctuaciones la preciosa isla de la Trinidad. Impotente en cualquier caso, bien fuese amiga ó enemiga, no se sabia qué hacer con ella ni en la paz ni en la guerra; y no porque fuese de despreciar ni se tuviese en poco aquella noble nacion que albergaba tanto patriotismo, y cuyo magnífico territorio contenia los puertos del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena. Pero un gobierno indigno hacia traicion con su total incapacidad á la causa de España y á la de todas las potencias marítimas. Por lo tanto, despues de haberlo reflexionado bien el primer Cónsul, no pensó sacar del tratado de alianza de San Ildefonso otro partido que el de obtener algunos subsidios. Este tratado, firmado en 1796, en la primera época del gobierno del príncipe de la Paz, obligaba á la España á ayudar á Francia con 24,000 hombres, 15 navios de línea, 6 fragatas y 4 corbetas. El primer Cónsul tomó la resolucion de no reclamar dicho socorro; pues se dijo, con razon que arrastrar á la España en la guerra no seria hacer un servicio á la Francia ni á ella; que la España no figuraria de un modo brillante; que al momento se veria privada de su único recurso, los pesos de Mégico, cuya llegada quedaria interceptada; que no podria equipar ni un ejército, ni una escuadra; que en su consecuencia no serviria de ninguna utilidad, y suministraria á la Inglaterra el pretexto, que hacia mucho tiempo estaba buscando, para insurreccionar á toda la América del Sur; que si bien era verdad, que la participacion de la España en las hostilidades cambiaba en costas enemigas para los navios ingleses todas las de la Península, ninguno de sus puertos podia tener una influencia útil, como los de la Holanda, en una operacion de desembarco; que por lo tanto, no habia un gran interes de tenerlos á su disposicion; que bajo el punto de vista de las relaciones mercantiles, el pabellon británico estaba excluido de España por los aranceles, y que los productos franceses continuarian hallando en paz como en guerra, una preferencia segura. Por todas estas consideraciones, mandó decir secretamente á M. de Azara, embajador de Cárlos IV en Paris, que si su corte no queria tomar parte en la guerra, consentia en dejarla que permaneciese neutral, con tal que le diese un subsidio mensual de 6,000,000 de francos (22 millones y medio de rs.) ó sean 72 millones de francos al año, (270 millones de reales), y se llevase á cabo un tratado de comercio que diese mas franca entrada á los productos franceses que el que habia en la actualidad.

El primer Cónsul quiere convertir en un Subsidio los socorros estipulados por el tratado de San Ildefonso.

Esta propuesta moderada no halló

en Madrid la acogida que se merecia. Hallábase el príncipe de la Paz en relaciones íntimas con los ingleses, haciendo abiertamente traicion á la causa de la alianza; y sospechándolo asi el primer Cónsul habia situado en el mismo Bayona uno de los seis campamentos destinados á operar contra la Inglaterra; pues estaba resuelto á declarar la guerra á la España, mas bien que permitir que abandonase la causa comun. Mandó, pues, al general Beurnonville, su embajador, que se explicase sobre este particular de una manera perentoria. Usurpando los ingleses una autoridad absoluta sobre los mares le obligaban á ejercer una autoridad semejante sobre el continente para la defensa de los intereses generales del mundo.

Cargas impuestas al Hannover y al reino de Nápoles.

A los socorros de los estados aliados, es necesario añadir los que iban á sacarse de los estados enemigos, ó mal intencionados al menos, los cuales iban á ocuparse por tropas francesas. El Hannover debia proveer á la subsistencia de 30,000 hombres: la division formada en Faenza, y en camino hácia el golfo de Tarento debia vivir á expensas de la corte de Nápoles. Instruido el primer Cónsul por su embajador, sabia exactamente que la Reina Carolina, dirigida por el ministro Acton, estaba enteramente de acuerdo con la Inglaterra, y que no se pasaria mucho tiempo, sin que se viese obligado á expulsar á los Borbones del continente de la Italia. Asi, pues, se explicó francamente con la Reina de Nápoles.—No sufriré, le dijo, á los ingleses en Italia, asi como tampoco en España y en Portugal; de modo, que al primer acto de complicidad con la Inglaterra, la guerra me hará justicia de vuestra enemistad. Yo puedo haceros ó mucho bien ó mucho mal; y á vos toca elegir. No deseo apoderarme de vuestros estados, pues me bastan que sirvan á mis designios contra la Inglaterra; pero de seguro me apoderaré de ellos si se destinan á serle útiles.—El primer Cónsul hablaba con sinceridad, porque aun no se habia hecho gefe de dinastia y no pensaba conquistar reinos para sus hermanos. En su consecuentia, exigió que la division de 15,000 hombres situada en Tarento fuese mantenida por el tesoro de Nápoles, salvo saldar cuentas mas tarde. Consideraba esta carga como una contribucion impuesta á enemigos, lo mismo que la que iba á pesar sobre el reino de Hannover.

Total de recursos creados por el primer Cónsul.

Recapitulando cuanto antecede se halla que los recursos del primer Cónsul eran los siguientes: Nápoles, la Holanda y el Hannover debian sostener á 60,000 hombres: la República italiana, Parma, la Liguria y la España, debian pagarle un subsidio determinado: la América se disponia á satisfacerle el precio de la Luisiana: el patriotismo de los departamentos y de las ciudades principales, le suministraban suplementos de contribuciones enteramente voluntarios: finalmente, las rentas públicas prometian un aumento de productos, aun durante la guerra, gracias á la confianza que inspiraba un gobierno enérgico y reputado como invencible. Con todos estos medios se lisonjeaba el primer Cónsul, poder añadir á los 589 millones de francos del presupuesto del año XI el recurso extraordinario de 100 millones anuales durante dos, tres ó cuatro años; y para lo venidero tenia las contribuciones indirectas. Asi estaba seguro de poder sostener un ejército de 150,000 hombres en las costas, otro de 80,000 en el Rhin, las tropas necesarias para ocupar la Italia, la Holanda y el Hannover; 50 navios de línea y una flotilla de transporte, de una fuerza y magnitud desconocida y sin ejemplo hasta entonces, pues se trataba de embarcar en ella 150,000 soldados, 10,000 caballos y 400 piezas de artillería.

El mundo estaba agitado, y puede decirse que espantado, de los aprestos de aquella lucha gigantesca entre las dos naciones mas poderosas del globo. Y era imposible que no se resintiese de las consecuencias de la guerra entre la Inglaterra y la Francia; porque los neutrales iban á sufrir las vejaciones de la marina británica, y el continente iba á verse obligado á prestarse á las miras del primer Cónsul, bien cerrando sus puertos á los ingleses ó sufriendo ocupaciones incómodas y dispendiosas. En el fondo todas las potencias echaban la culpa del rompimiento á la Inglaterra. La pretension de conservar á Malta habia parecido á to-

Disposiciones de las potencias del continente respecto a la Francia y á la Inglaterra.

dos, aun á los que menos benevolencia nos demostraban, una manifiesta violacion de los tratados, que nada de lo que habia pasado en Europa desde la paz de Amiens, podia justificar. La Prusia y el Austria habian sancionado por convenios formales lo que se habia hecho en Italia y en Alemania, y aprobado por medio de notas lo acontecido en Suiza. La Rusia no se habia adherido tan expresamente á la conducta de Francia; pero, salvo algunas reclamaciones recordatorias de la indemnizacion prometida al Rey de Cerdeña, y diferida por tanto tiempo, habia aprobado casi todos nuestros actos, y elogiado particularmente nuestra intervencion en Suiza, llevada á efecto con tanta destreza, y concluida con tanta equidad. Asi, pues, ninguna de las tres potencias del continente, podia encontrar en los acontecimientos de los dos últimos años, nada que justificase la usurpacion de Malta, y asi lo manifestaban con franqueza. Sin embargo, á pesar de este modo de ver las cosas, mas bien se inclinaban á la Inglaterra que á la Francia.

Censuran á Inglaterra; pero miran con mala voluntad á Francia.

Aunque el primer Cónsul habia puesto todo su conato en reprimir la anarquía, las naciones del norte de la Europa no podian dejar de reconocer en él á la Revolucion francesa victoriosa, y con mucha mas gloria que la que les convenia que tuviese. Dos de ellas, la Prusia y el Austria, eran demasiado poco marítimas para que les pusiese en cuidado el gran interés de la libertad de los mares; y la tercera, es decir, la Rusia, tenia en dicha libertad un interes todavia lejano, para que le preocupase vivamente. Mucho mas afectaba á las tres la preponderancia de la Francia sobre el continente, que la preponderancia de la Inglaterra sobre el Océano. El derecho marítimo que la Inglaterra queria hacer prevalecer, les parecia un atentado á la justicia y al interes del comercio general, pero la dominacion que la Francia ejercia ya, é iba á ejercer cada vez mas en Europa, era un peligro inmediato y abrumador que les turbaba en extremo. Asi, pues, culpaban mucho á la Inglaterra de haber provocado aquella nueva guerra, y lo decian sin rebozo; pero habian vuelto á sentir hácia la Francia, esa mala voluntad, que la sabiduría y la gloria del primer Cónsul habian hecho que desapareciese por un instante, al quedar como sorprendido su odio por la fuerza del genio.

Palabras significativas de M. de Cobentzel y del Emperador Francisco II.

Algunas palabras proferidas por los personages mas elevados de aquella época, prueban mejor que cuanto pudiéramos decir los sentimientos de las potencias, respecto á nosotros. M. Felipe de Cobentzel, embajador en Paris y primo de Luis de Cobentzel, ministro de negocios extrangeros en Viena, comiendo un dia con el almirante Decrès, cuyo vivo genio provocaba la viveza del de los demas, no pudo menos de decir: Sí; toda la culpa está de parte de la Inglaterra, y nadie puede negar que sus pretensiones no pueden sostenerse; pero hablando con franqueza, vosotros causais demasiado miedo á todo el mundo, para que haya alguien que ahora piense temer á la Inglaterra (1).—El Emperador de Alemania, Francisco II, que ha concluido en nuestros dias su larga y prudente vida, y que bajo una simplicidad aparente ocultaba una gran penetracion, hablando con nuestro embajador M. de Champagny, sobre la nueva guerra, y expresando su sentimiento con la mejor buena fe, afirmaba que estaba resuelto á permanecer en paz, si bien le atormentaban inquietudes involuntarias, que apenas se atrevia á manifestar. Animándole entónces M. de Champagny para que se explicase con confianza, añadió el Emperador: Si el general Bonaparte que tantos prodigios ha verificado, no lleva á cabo el que prepara en la actualidad, y no pasa el estrecho, nosotros seremos las víctimas, porque se arrojará sobre nosotros, y combatirá á la Inglaterra en Alemania.—El Emperador Francisco, que era hombre bastante tímido, sintió haberse explicado asi, y quiso volverse atras, pero ya no era tiempo, pues M. de Champagny transmitió á Paris por el primer correo las palabras del Emperador (2).

(1) He leido estas palabras en una nota escrita por el mismo Decrès, y dirigida inmediatamente á Napoleon.

(2) No necesito decir que he extractado esta relacion de un despacho auténtico del embajador de Francia.

En esto daba aquel príncipe la prueba de una rara prevision, pero que le sirvió muy poco; puesto que él mismo, ofreció mas tarde á Napoleon motivo para combatir, como decia, á la Inglaterra en Alemania.

Por lo demás, el Austria era de todas las potencias la que menos tenia porque temer las consecuencias de aquella guerra, si sabia resistir á las sugestiones de la corte de Lóndres. En efecto, ella no tenia ningun interes marítimo que defender, pues que no poseia ni comercio, ni puertos, ni colonias. El puerto cegado de la antigua Venecia, que acababan de darle, no le habia podido crear intereses de aquel género; y no siendo como la Prusia, la España ó Nápoles, soberana de costas extensas que la Francia se sintiese inclinada á ocupar, le era muy fácil permanecer extraña á la contienda. Por el contrario, ganaba una completa libertad de accion en los asuntos germánicos; pues obligada la Francia á hacer frente á la Inglaterra, no podia atender exclusivamente á la Alemania; y el Austria por el contrario podia hacer cuanto quisiese en las cuestiones que habian quedado sin resolver. Esta potencia queria, como ya se ha visto, cambiar el número de votos en el colegio de los príncipes, apropiarse fraudulentamente todos los valores moviliarios de los estados secularizados, impedir las incorporaciones de la nobleza *inmediata*, arrancar el Inn á la Baviera, y recobrar por todos estos medios su superioridad en el Imperio. La ventaja de resolver todas estas cuestiones, como ella lo entendia, la consolaba mucho de la renovacion de la guerra, y sin su prudencia extremada, casi la hubiera inspirado alegria.

Disposiciones particulares y cálculos del Austria

Las dos potencias del continente mas apesadumbradas en aquel momento, eran la Prusia y la Rusia, aunque por motivos muy diferentes; pero la mas afectada era la Prusia. Se comprenderá fácilmente, conociendo el carácter de su Rey, y lo que odiaba la guerra y los gastos, cuan penosa debia serle la perspectiva de una nueva conflagracion europea. La ocupacion del Hannover tenia ademas para su reino muchos inconvenientes, y para evitarla habia tratado de concluir un arreglo que pudiese convenir al mismo tiempo á la Francia y á la Inglaterra. En su consecuencia, habia ofrecido á la Inglaterra ocupar aquel electorado con las tropas prusianas, prometiéndola no ser mas que el depositario amistoso, con la condicion de que dejaria libre la navegacion del Elba y del Weser. Por otra parte, habia ofrecido al primer Cónsul conservar el Hannóver por cuenta de la Francia, entregando en el tesoro frances las rentas del pais. Este doble celo, atestiguado á las dos potencias, tenia por objeto, primero el salvar la navegacion del Elba y del Weser de los rigores de la Inglaterra, y segundo librar al norte de la Alemania de la presencia de los franceses; y ambos intereses eran para la Prusia de gran cuantía. Todos los productos de su territorio se exportaban por el Elba y la ciudad de Hamburgo, y por el Weser y la de Bremen: las telas de Silesia que componian su mayor riqueza de exportacion eran compradas por Hamburgo y Bremen, cambiadas en Francia con vinos, y en América con géneros coloniales: de modo que si los ingleses bloqueaban el Elba y el Weser quedaba perdido todo su comercio. No era menor el interes de no tener á los franceses en el norte de Alemania. En primer lugar su presencia inquietaba á la Prusia; y ademas le valia quejas amargas por parte de los príncipes alemanes que formaban su clientela en el imperio. Decian estos que ligada la Prusia á la Francia por razones de ambicion, abandonaba la defensa del territorio germánico, y hasta contribuia con su cobarde complacencia á atraer la invasion extrangera; llegando hasta sostener que estaba obligada, por el derecho germánico, á intervenir para impedir que los franceses ocupasen el Hannover. Estos príncipes no tenian razon, segun los principios rigurosos del derecho de gentes, porque los estados alemanes, aunque unidos los unos á los otros por un lazo federativo, tenian el derecho individual de paz y guerra, y cada cual podia estar por su cuenta en paz ó en guerra con una potencia, sin que la confederacion se ha-

Sentimiento profundo de la Prusia con motivo de la nueva guerra.

Sus esfuerzos para evitar la ocupacion del Hannover, encargándose ella misma de hacerlo.

llase con dicha potencia en las mismas relaciones. En efecto, hubiera sido muy extraño que el rey Jorge III pudiera decir que estaba en guerra por la Inglaterra, que es inaccesible, y en paz por el Hannover que no lo es: semejante modo de entender el derecho público hubiera sido demasiado cómodo; y cuando se quiso hacerle prevalecer respondió el primer Cónsul con un apólogo tan verdadero como ingenioso.—Habia entre los antiguos, dijo, ciertos templos que servian de asilo á los que entraban en ellos. Un esclavo que procuraba refugiarse en uno de dichos templos, ya casi habia pasado el dintel cuando fue cogido por el pie. No se desconoció el antiguo derecho establecido, y por lo tanto no se sacó al esclavo de su asilo, pero se le cortó el pie que habia permanecido fuera del templo.—La Prusia negociaba, pues, antes de declararse definitivamente acerca de la ocupacion del Hannover, anunciada por lo demas por el primer Cónsul como cierta y próxima.

Esfuerzos hechos por la Rusia para que Francia é Inglaterra acepten su mediacion.

El reciente rompimiento entre la Francia y la Inglaterra sorprendió desagradablemente á la corte de Rusia, á causa de los cuidados que entonces ocupaban á aquella corte. El jóven Emperador habia dado un nuevo paso en la ejecucion de sus proyectos, y entregado algo mas á sus jóvenes amigos los negocios del imperio. Despues de dar gracias por sus servicios al príncipe de Kourakin, llamó á M. de Woronzoff, personage de importancia y hermano del embajador de Rusia en Lóndres, y le dió el título de canciller, ministro de negocios extrangeros, dividiendo al mismo tiempo la administracion del Estado en ocho departamentos ministeriales. En seguida se habia dedicado á poner al frente de aquellos varios departamentos hombres de un mérito conocido, aunque teniendo cuidado de poner á sus lados, como adjuntos á MM. de Czartoryski, de Strogonoff y de Nowositzoff. De este modo el príncipe Adam Czartoryski estaba al lado de M. de Woronzoff, como adjunto al departamento de negocios extrangeros; y como quiera que M. de Woronzoff, se hallaba muy á menudo en sus posesiones, á causa de su salud, el príncipe Adam, era casi el único encargado de las relaciones exteriores del imperio. M. de Strogonoff, se hallaba agregado al ministerio de justicia; y M. de Nowositzoff al del interior. El príncipe de Kotschoubey, que era el de mas edad de los amigos personales del Emperador habia sido nombrado ministro en propiedad, y encargado del departamento del Interior. Los ocho ministros debian deliberar en comun acerca de todos los negocios del Estado, y dar anualmente al Senado cuenta de todo. Hacer deliberar á los ministros era ya un cambio considerable, y mayor aun hacer que diesen cuenta al Senado; y el Emperador Alejandro consideraba esto como un paso dado hácia las instituciones de los paises civilizados y libres. Ocupado de estas reformas interiores, sintió el mayor disgusto al verse llamado al campo inmenso y peligroso de la política europea, y asi lo manifestó á los representantes de las dos potencias beligerantes. Estaba descontento de la Inglaterra, cuyas excesivas pretensiones, y cuya evidente mala fe en los negocios de Malta, turbaban de nuevo á la Europa; y tambien estaba descontento de la Francia, pero por otros motivos. La Francia no habia hecho demasiado caso de la peticion reiterada con tanta frecuencia para que concediese una indemnizacion al Rey del Piamonte, y ademas, concediendo á la Rusia un influjo aparente en los negocios germánicos, se habia apropiado de un modo demasiado claro el influjo efectivo. El jóven Emperador habia llegado al fin á conocerlo, y celoso, apesar de que era tan jóven, de que se hablase de él, empezaba á notar con cierto disgusto la gloria del gran hombre que dominaba al Occidente. Asi, la corte de Rusia se hallaba descontenta de todo el mundo. Aconsejándose el Emperador con sus ministros y sus amigos, decidió que ofreceria la mediacion de la Rusia, invocada de un modo bastante claro por la Francia; y procuraria, por este medio, prevenir una conflagracion universal; que al mismo tiempo se diria á todos la verdad; que no se disimularia á la Inglaterra manifestarle cuan poco legítimas eran sus pretensiones respecto á Malta, y que se haria conocer al primer Cónsul la necesidad en que se hallaba de cumplir al fin con el Rey del Piamonte, y de tener ciertos miramientos du-

rante aquella nueva guerra, con las pequeñas potencias que componian la clientela de la corte de Rusia.

Comunicaciones de la Rusia á la Francia y á la Inglaterra.

En su consecuencia, el gabinete ruso manifestó al general Hédouville por el órgano de M. de Woronzoff; y á M. de Talleyrand, por medio de M. de Markoff, el disgusto que sentia al ver turbada de nuevo la paz general por las ambiciones rivales de Francia y de Inglaterra. Reconoció que las pretensiones de Inglaterra sobre Malta eran infundadas, pero dió á entender que las empresas continuas de la Francia, habian hecho nacer aquellas pretensiones, sin justificarlas; y añadió que la Francia haria bien en moderar su accion en Europa, si no queria que la paz fuese imposible á todas las naciones. Ofreció la mediacion de la Rusia, por sensible que fuese para ella, mezclarse en diferencias, que habiéndole sido extrañas hasta entónces, concluirian, si se mezclaba, por serle personales; y concluyó diciendo, que si á pesar de su buena voluntad, no tenian ningun éxito favorable sus esfuerzos para restablecer la paz, el Emperador confiaba que la Francia miraria con consideracion á los amigos de la Rusia, especialmente al Rey de Nápoles, que habia venido á ser su aliado en 1798, y al reino de Hannover, y garantido por ella á título de estado aleman. Tal era el sentido de las comunicaciones del gabinete ruso.

La juventud criada en la disipacion, usa por lo comun un lenguage frivolo y ligero; pero la juventud educada de una manera grave y seria, es magistral y pedantesca; porque nada hay mas difícil á la juventud que el comedimiento y la mesura. Asi se explica, como los jóvenes gobernantes de la Rusia daban lecciones á los dos gobiernos mas poderosos del globo, dirigido el uno por un gran hombre, y el otro por grandes instituciones. El primer Cónsul se sonrió, porque hacia tiempo que habia adivinado cuanta inexperiencia y pretension habia en el gabinete ruso; pero sabiendo dominarse en el interes de sus vastos designios, no quiso complicar los negocios del continente, y provocar en el Rhin una guerra que le hubiera distraido de la que preparaba en las orillas del canal de la Mancha. Por lo tanto, recibiendo, como si no se apercibiese de ello, las lecciones que le daban desde San Petersburgo, resolvió poner coto á las censuras del jóven Czar, constituyéndole árbitro absoluto de la cuestion que ocupaba á todo el mundo. Al efecto ofreció al gabinete ruso por conducto de M. de Talleyrand y del general Hédouville, depositar en su poder una obligacion en virtud de la cual se comprometia á sufrir la decision del Emperador Alejandro, cualquiera que fuese, pues confiaba enteramente en su justicia. Semejante proposicion era tan cuerdo como hábil. Si la Inglaterra no la admitia, confesaba, ó que desconfiaba de su causa, ó del Emperador Alejandro; agraviaba á este, y autorizaba al primer Cónsul á hacerle una guerra á muerte; viniendo á ser una consecuencia legitima de dicha guerra el cerrar todos los puertos colocados bajo el influjo de la Francia, y la ocupacion de todos los paises que perteneciesen á la Inglaterra. Sin embargo, respecto á los reinos de Nápoles y de Hannover, tomando el primer Cónsul el tono decidido que convenia á sus planes, declaró que haria cuanto exigiese la guerra que se le habia suscitado, y que no habia sido empezada por él.

El primer Cónsul brinda al Czar con dejarle árbitro absoluto en la cuestion de la Francia con la Inglaterra.

Acogida que hace el primer Cónsul á las comunicaciones de la Rusia.

Despues de haber adoptado la actitud que le parecia mejor en aquel momento, respecto á las potencias del continente, el primer Cónsul mandó se verificasen al instante las ocupaciones ya preparadas y anunciadas. El general Saint-Cyr que se hallaba en Faenza, en la Romania, con una division de 15,000 hombres, y un material considerable de artilleria, tal cual se necesitaba para armar la rada de Tarento, recibió órden, que ejecutó inmediatamente, de atravesar el estado romano para dirigirse á las extremidades de Italia, satisfaciendo todos los gastos del camino, á fin de no indisponerse con el Santo Padre. Segun el convenio concluido con la corte de Nápoles, las tropas francesas debian ser alimentadas por el gobierno napolitano. El general Saint-

Ocupacion del golfo de Tarento.

Cyr, juzgado por el primer Cónsul como debia serlo, es decir como uno de los primeros generales de la época, principalmente cuando mandaba en gefe, estaba en una posicion embarazosa enmedio de un reino enemigo; pero era hombre capaz de hacer frente á todas las dificultades. Por otra parte, sus instrucciones le dejaban una latitud inmensa. Se le habia mandado que á la primera señal de insurreccion en las Calabrias las dejase para apoderarse de la capital del reino. Habiendo ya conquistado á Nápoles por la primera vez sabia mejor que nadie cómo debia hacerlo.

Ocupacion de Ancona.

El primer Cónsul mandó ocupar ademas á Ancona, despues de haber dado al Papa todas las satisfacciones debidas. La guarnicion francésa debia pagar exactamente lo que consumiera, no incomodar en nada al gobierno civil de la Santa Sede, y aun ayudarle en caso de necesidad contra los perturbadores, si llegaba á haberlos.

Ocupacion del Hannover.

Al mismo tiempo se habian comunicado las órdenes oportunas para invadir el Hannover. Las negociaciones de la Prusia habian quedado sin éxito; y la Inglaterra habia declarado que bloquearia el Elba y el Weser, si se tocaba á los estados de la casa de Hannover, bien se hiciese esto por los prusianos ó por los franceses. Esta pretension era ciertamente injustísima. Nada mas justo que impidiese que el pabellon frances circulase en el Elba y el Weser; pero nada tampoco mas inicuo que interrumpiese el comercio de Bremen y de Hamburgo, porque los franceses hubiesen invadido el territorio en medio del cual se hallaban situadas aquellas ciudades; que exigiese que toda la Alemania arrostrase la guerra con la Francia por los intereses de la casa de Hannover, y que la castigase de una inaccion forzada destruyendo su comercio. La Prusia se vió reducida á quejarse amargamente de la injusticia de semejante proceder, y en definitiva, á sufrir el pabellon británico en las bocas de los dos rios alemanes, asi como la presencia de los franceses en el seno del Hannover. Ya no tenia el mismo interes en encargarse de la ocupacion, desde que vió habia de quedar interrumpido su comercio de todos modos. El primer Cónsul le manifestó su sentimiento, le prometió no pasar el limite de Hannover, y se escusó de dicha invasion con las necesidades de la guerra, y con la inmensa ventaja que tenia para él cerrar á los ingleses los dos mayores conductos mercantiles del continente.

Marcha del general Mortier con 25,000 hombres por la Holanda y los obispados de Munster y de Osnabruck.

El general Mortier recibió la órden de marchar adelante. Se habia colocado con 25,000 hombres al extremo del norte de la Holanda, sobre la frontera del obispado inferior de Munster perteneciente á la casa de Aremberg, despues de las secularizaciones. Hallándose asegurados del consentimiento de esta casa, se pasaba por su territorio al del obispado de Osnabruck, recien incorporado al mismo Hannover. Asi se lograba no pisar el territorio prusiano, consideracion que era indispensable tener con la corte de Prusia. El primer Cónsul habia recomendado al general Mortier que tratase bien á los pueblos que atravesase, y sobre todo que tuviese los mayores miramientos con las autoridades prusianas que iba á encontrar en toda la frontera del Hannover; y dicho general, tan cuerdo y probo como valeroso, era el mas apropósito para desempeñar tan difícil mision. Púsose en marcha por medio de los áridos arenales y los matorrales pantanosos de la Frisia y de la Westfalia inferior, penetró por Meppen en el Hannover, y llegó á las orillas del Hunte en el mes de Junio. El ejército hannoveriano ocupaba á Diepholz; y despues de algunos encuentros de caballeria se replegó detras del Weser. Aunque se componia de soldados excelentes, sabia que era inútil la resistencia, y que si se obstinaba en combatir solo atraeria nuevas desgracias sobre el pais; asi, pues, ofreció capitular de un modo honroso, á lo cual accedió con gusto el general Mortier. En su consecuencia, se convino en Suhlingen, que el ejército hannoveriano se retiraria con armas y bagages detras del Elba; que se comprometeria bajo su

Convenio de Suhlingen con el ejército hannoveriano.

palabra de honor á no servir en la presente guerra, á menos que no se cangeasen con igual número de prisioneros franceses; y que el gobierno del pais y la recaudacion de los impuestos corresponderia á la Francia; salvo el respeto debido á los individuos, á las propiedades particulares y á los diferentes cultos.

Remitióse este convenio, llamado de Suhlingen, al primer Cónsul y al Rey de Inglaterra para que recibiese su doble ratificacion. El primer Cónsul se apresuró á dar la suya, no queriendo reducir á la desesperacion al ejército hannoveriano, imponiéndole condiciones mas duras; pero cuando este mismo convenió se presentó al anciano Jorge III, sintió una cólera muy violenta, y dícese que hasta le tiró al rostro del ministro que se le presentó. Este Rey habia considerado siempre en sus sombrias meditaciones, que el Hannover debia ser el último asilo de su familia, asi como habia sido su cuna. La invasion de sus estados patrimoniales le causó un sentimiento indecible; y se negó á firmar el convenio de Suhlingen, exponiendo asi á sus soldados hannoverianos á la cruel alternativa de rendir las armas ó de dejarse degollar hasta el último. Su gabinete alegó por excusa de tan singular determinacion que el Rey queria permanecer extraño á todo lo que se emprendiese contra sus estados; que ratificar aquel convenio seria aprobar la ocupacion del Hannover; que dicha ocupacion era una violacion del territorio germánico, y que apelaba á la Dieta de la violencia hecha á sus súbditos. Este modo de argumentar era el mas extraño y el que menos podia sostenerse, bajo cualquier punto de vista que se mirase.

El Rey Jorge III se niega á ratificar el convenio de Suhlingen.

Cuando esta noticia llegó á Hannover, quedó consternado el valiente ejército mandado por el mariscal Walmoden. Hallábase situado detrás del Elba, en medio del pais de Luneburgo, ocupando una fuerte posicion, y resuelto á defender su honor. Por su parte, el ejército frances, que hacia tres años no disparaba un tiro, nada mejor deseaba que dar un combate brillante. Sin embargo, prevaleció el dictámen mas cuerdo: el general Mortier, que era tan humano como valiente, hizo cuanto pudo para dulcificar la suerte de los hannoverianos. No exigió que se rindiesen prisioneros de guerra: contentóse con que se les diesen á todos sus licencias, y convino con ellos que dejarian sus armas en el campo y se retirarian á sus hogares, prometiendo no volverse á reunir ni tomar las armas. El material de guerra que habia en el reino, material muy considerable, fue entregado á los franceses. Las rentas del pais debian pertenecerle, asi como tambien las propiedades personales del elector de Hannover; en cuyo número se contaban los hermosos caballos padres de la raza hannoveriana, los cuales fueron enviados á Francia. La caballeria echó pie á tierra, y entregó 3500 caballos excelentes, que sirvieron para la remonta de la caballeria francesa.

Capitulacion del ejército hannoveriano.

El ejército frances adquiere los caballos de Hannover.

El general Mortier se apoderó de una manera indirecta de la administracion del pais, dejando la mayor parte en las manos de las autoridades locales. Si no se trataba de oprimir al Hannover podia muy bien sostener á 30,000 hombres; y esta fue la fuerza que se pensó que viviese sobre dicho pais, prometiéndose al Rey de Prusia que no excederia de aquel número. Al mismo tiempo se solicitó de este monarca, que, para evitar los largos rodeos que era necesario dar por la Holanda y la Westfalia inferior, consintiese en el establecimiento de un camino de etapa por medio del territorio prusiano, pagando exactamente á los asentistas, señalados de antemano, el suministro de las tropas francesas que se dirigiesen á Hannover ó volviesen de este Estado; á lo cual accedió el Rey de Prusia por complacer al primer Cónsul. Desde entonces se establecieron comunicaciones directas, sirviéndose de ellas para enviar un gran número de soldados de caballeria, que iban á pie y volvian con tres caballos, el que montaban, y dos que tenian de la brida. La posesion de esta parte de Alemania fue muy útil para nuestra caballeria, y en breve sirvió para hacerla excelente en cuanto á los caballos, asi como ya lo era en cuanto á los ginetes.

Mientras que se verificaban todas es-

tas diferentes ocupaciones militares el primer Cónsul continuaba sus preparativos en las costas de la Mancha. Hacia comprar materias navales en Holanda, y principalmente en Rusia, á fin de hallarse provisto de ellas antes que las disposiciones poco amistosas de esta última potencia no la indujesen á negarnos la venta de dichos efectos. Construianse barcos chatos de todas dimensiones en las ensenadas del Gironda, del Loira, del Sena, del Somme y del Escalda: millares de trabajadores cortaban los árboles de los bosques del litoral: todas las fábricas de fundicion de la República se ocupaban en fabricar morteros, obuses y cañones del mayor calibre: los parisienses veian construirse un centenar de barcos en los muelles de Bercy, de los Inválidos y de la Escuela Marítima; y todos empezaban á comprender que una actividad tan prodigiosa no podia tener por objeto hacer una simple demostracion solo para inquietar á la Inglaterra.

Despues de haber arreglado el primer Cónsul sus relaciones con las potencias del continente, se entrega enteramente á los preparativos de desembarco.

El primer Cónsul se habia propuesto partir para las costas de la Mancha, al momento que se hallasen mas adelantadas las construcciones que se hacian, y dejase en órden los negocios mas urgentes. Las sesiones del Cuerpo Legislativo se habian dedicado á aprobar tranquilamente la conducta diplomática del gobierno respecto á la Inglaterra; á prestarle el apoyo moral mas completo; á votar el presupuesto, cuyas principales disposiciones, se han dado ya á conocer, y por último á discutir sin ruido, pero con madurez, los primeros títulos del código civil. Desde aquella época no era ya el Cuerpo Legislativo mas que un gran consejo, extraño á la política, y únicamente destinado á los negocios.

Hallándose libre el primer Cónsul á fines de Julio, se propuso recorrer todas las costas hasta Flessinga y Amberes; visitar á la Bélgica, que aun no habia visto; los departamentos del Rhin que no conocia, y hacer, en una palabra, un viage militar y político. Madama Bonaparte debia acompañarle, y participar de los honores que le esperaban. Por primera vez habia pedido al ministro del tesoro público los diamantes de la corona, para componer los adornos de su esposa. Queria mostrarse á los nuevos departamentos y hasta en las mismas orillas del Rhin, como si fuese un soberano; porque tal se le miraba desde que era Cónsul por vida, y tenia el poder de elegir á su sucesor. Sus ministros debian personarse con él, los unos en Dunkerque, los otros en Lila, en Gante, en Amberes y en Bruselas. Tambien se habia invitado á los embajadores extrangeros para que le visitasen. Teniendo que mostrarse á pueblos de un catolicismo ardiente, habia juzgado oportuno aparecer en medio de ellos, acompañado del Legado del Papa; y bastó que expresase simplemente su deseo, para que el Cardenal Caprara, á pesar de su edad y de sus achaques, y despues de haber obtenido el permiso del Papa, aumentase el cortejo consular en los Paises Bajos; dándose las órdenes oportunas para que se hiciese á este príncipe de la Iglesia una acogida magnifica.

Viage del primer Cónsul á las costas de la Mancha.

El primer Cónsul partió el 23 de Junio. Primero visitó á Compiegne, donde se hacian construcciones de barcos á orillas del Oise, y en seguida á Amiens, Abbeville y Saint-Valery, donde se construia en las orillas del Somme. La ciudad de Amiens, le ofreció, segun una antigua costumbre, cuatro cisnes, de una blancura extremada, los cuales fueron enviados al jardin de las Tullerias. Por todas partes, estallaba á su presencia la adhesion hácia su persona, el odio á los ingleses y el zelo por combatir y vencer á aquellos antiguos enemigos de la Francia. Oia á las autoridades y á los habitantes con la mayor bondad; pero su atencion estaba enteramente fija en el objeto que le ocupaba; los astilleros, los almacenes, y el hacer provisiones de todas especies atraian exclusivamente su ardiente solicitud. Pasaba revista á las tropas que empezaban á reunirse hácia Picardía, inspeccionaba su equipo, agasajaba á los antiguos soldados que le eran conocidos, y les infundia la mayor confianza en el buen éxito de su vasta empresa.

Salida del primer Cónsul el 23 de Junio.

Apenas concluia estas visitas volvia á su alojamiento, y aunque rendido de cansancio dictaba una multitud de órdenes

que todavia existen, para eterna instruccion de los gobiernos encargados de grandes preparativos. Aquí, el tesoro habia retardado la libranza de fondos á favor de los empresarios; allí, el ministro de marina habia descuidado remitir materias navales; acá, la direccion de bosques habia retardado, por varias formalidades, la corta de árboles, y en otra parte, en fin, la direccion de artillería no habia remitido las piezas ni las municiones necesarias. El primer Cónsul reparaba estas negligencias, ó allanaba aquellos obstáculos con el poder de su voluntad. De este modo, llegó á Boloña, centro principal de todos sus esfuerzos, y punto premeditado de partida para la grande expedicion proyectada contra la Inglaterra.

Exposicion de los medios imaginados para atravesar el estrecho de Calais.

Este es el momento de dar á conocer detalladamente el inmenso armamento imaginado para transportar 150,000 hombres al otro lado del estrecho de Calais, con el número de caballos, cañones, municiones y víveres que tal ejército necesitaba. Transportar 20 ó 30,000 hombres al otro lado de los mares es una operacion grande y dificil; y la prueba de ello se halla en la expedicion de Egipto, que se ejecutó hace cincuenta años, y en la de Argel verificada en nuestros dias. ¿Cuanto mas, no lo será el embarcar 150,000 soldados, 10 ó 15,000 caballos, y 300 ó 400 piezas de artilleria con sus tiros correspondientes? Un navio de linea puede contener medianamente 600 ó 700 hombres en una travesia de pocos dias, y una fragata grande la mitad; de modo que para embarcar semejante ejército, se necesitarian 200 navios de linea; es decir una fuerza naval quimérica, que solo la alianza de Francia y de Inglaterra, unidas para un mismo objeto, pudiera hacer posible. Por lo tanto, hubiera sido una empresa imposible trasladar 150,000 hombres á Inglaterra, si la Inglaterra se hubiera hallado á la misma distancia de Francia que el Egipto ó la Morea. Pero para llegar á la Inglaterra solo habia que atravesar el estrecho de Calais, es decir recorrer ocho ó diez leguas marinas; y para hacer semejante travesia, no se necesitaban grandes buques; de los cuales tampoco podian haberse servido, porque de Ostende al Havre no hay un puerto capaz de recibirlos; y en la costa opuesta no hubiera habido uno donde hubiesen podido abordar, á no dar un gran rodeo. En vista, pues, de la travesia, y de la naturaleza de los puertos, se habian fijado todas las ideas en buques pequeños; los cuales tambien bastaban para arrostrar todas las circunstancias de mar que pudieran presentarse. Largas observaciones, hechas en las costas, habian hecho descubrir dichas circunstancias, y determinar los buques que se adaptaban mejor para la travesia. En verano, por ejemplo, reinan en el canal de la Mancha calmas casi absolutas y bastante largas, para que se puedan contar cuarenta y ocho horas de un mismo tiempo; y se necesitaban sobre poco mas ó menos este número de horas, no para atravesarle sino para que saliese de los puertos la inmensa flotilla que se trataba de reunir. Durante esta calma los cruceros ingleses estaban reducidos á la inmovilidad; y los buques construidos para navegar, asi al remo como á la vela, podian pasar impunemente aun á la presencia de una escuadra enemiga. Las espesas brumas de la estacion fria, unidas á vientos nulos ó débiles, ofrecian otro nuevo medio de hacer la travesia en presencia de una fuerza enemiga, ó inmóvil, ó engañada por la niebla. Por último, habia otra ocasion favorable, y era la que ofrecian los equinocios; pues sucede á veces que despues de las tempestades del equinocio cae de pronto el viento, y deja el tiempo necesario para atravesar el estrecho, antes que vuelva la escuadra enemiga, obligada por la tempestad á hacerse mar adentro. Tales eran las circunstancias generales, señaladas por todos los marinos que vivian en las costas del canal de la Mancha.

Dificultad de transportar las tropas por mar.

Julio de 1803.

Es admitida generalmente la idea de los barcos chatos para pasar el estrecho de Calais.

Calmas en verano, y cerrazones en invierno, ambas propias para la travesia.

Habia un caso, en el que en cualquiera estacion, ó con cualquier tiempo, menos con una tempestad, podia siempre pasarse el estrecho; este era aquel,

en que por medio de hábiles maniobrar se llevase por algunas horas al canal una grande escuadra de línea; pues entónces protegida la flotilla por dicha escuadra podia darse á la vela, sin cuidarse del crucero enemigo.

Pero para reunir una grande escuadra francesa entre Calais y Douvres, se necesitaban unas combinaciones tan difíciles, que no se debia contar con ello. Tambien se necesitaba construir la flotilla de transporte de modo que pudiese pasar, al menos en la apariencia, sin ninguna fuerza auxiliar; porque si hubiera sido palpable por su construccion que no podia sostenerse en la mar sin una escuadra de socorro, los enemigos hubieran conocido al momento el secreto de aquella grande operacion; y una vez advertidos, hubieran reconcentrado todas sus fuerzas navales en el estrecho, y prevenido las maniobras que las escuadras francesas pudieran haber hecho para dirigirse á él.

Forma de las costas y de los puertos de la Mancha.

A las observaciones hechas sobre la naturaleza de los vientos y de la mar, se unian las que se habian sacado de la forma de las costas. Los puertos franceses del estrecho quedaban secos en la marea baja; y solo presentaban un fondo de ocho ó nueve pies en la marea alta; de modo que era necesario que los buques cargados no hiciesen mas que siete á ocho pies de agua para flotar, y que pudiesen soportar el encallamiento sin sufrir ningun perjuicio. Por lo que hace á la costa de Inglaterra los puertos situados entre el Támesis, Douvres, Folkstone y Brighton, eran muy pequeños; pero cualquiera que fuese su capacidad, se necesitaba para verificar semejante desembarco arrojarse simplemente á la costa; y por este motivo, buques apropósito para que encallasen. Tales eran las diferentes razones que habian hecho adoptar barcos chatos que pudiesen manejarse al remo, á fin de pasar, bien durante las calmas ó durante las nieblas, y que pudiesen llevar cañones de grueso calibre sin calar mas que siete ú ocho pies de agua, á fin de que pudieran moverse con libertad en los puertos franceses de la Mancha, y encallar sin peligro en las playas de Inglaterra.

La forma de los buques se arregla á las circunstancias locales

Para satisfacer todas estas condiciones, se idearon grandes lanchas cañoneras, con el fondo chato, construidas con solidez, y de dos especies distintas, para que pudiesen corresponder á dos necesidades diferentes. Las lanchas de la primera especie se llamaron propiamente lanchas cañoneras; estaban construidas de manera que podian llevar cuatro piezas de grueso calibre, desde las de 24 hasta las de 36, dos en la popa y dos en la proa, y por consiguiente en estado de contestar al fuego de los navios y de las fragatas. Quinientas lanchas cañoneras armadas con 4 piezas, podian así igualar al fuego de 20 navios de 100 cañones. Estaban aparejadas como bergantines, es decir, con dos masteleros, tripuladas por 24 marineros, y capaces de contener una compañía de infantería de 100 hombres con su estado mayor, sus armas y sus municiones.

Tres clases de embarcaciones.

Lanchas cañoneras propiamente dichas.

Las embarcaciones de segunda especie, que se llamaron, para distinguirlas de las otras, barcos artilleros, no estaban tan bien armadas ni se podian manejar con tanta facilidad, y estas se destinaban para conducir ademas, de la infantería, la artillería de campaña. Estos barcos, llamados artilleros, tenian en la popa una pieza de 24 y en la proa una de campaña, colocadas sobre sus cureñas, y con los aparejos necesarios para embarcarla y desembarcarla en algunos minutos. Llevaban ademas un arcon de artillería lleno de municiones y colocado sobre el puente, de modo que no incomodase la maniobra, y pudiese desembarcarse con suma prontitud. Finalmente, contenian en el centro mismo de su cala una pequeña cuadra, la cual debian ocuparla dos caballos para la artillería, con víveres para muchos dias. Esta cuadra, situada en el centro, abierta por lo alto y cubierta con una tapadera movediza, se hallaba combinada con la arboladura, de modo que un caballo embragado é izado rapidamente por la verga, era bajado á su puesto con la mayor facilidad. Estos barcos artilleros, inferiores por su armamento á las lanchas cañoneras, pero que podian ti-

Barcos artilleros.

rar balas grandes, y arrojar metralla con la pieza de campaña colocada sobre el puente, tenian la ventaja de llevar, ademas de una porcion de infantería, á toda la artillería del ejército, con dos caballos para presentarla en línea en el primer momento del desembarco. Los demas tiros debian colocarse en buques de transporte, cuya organizacion daremos despues á conocer. Menos apropósito que las lanchas cañoneras para las maniobras y los combates, estaban aparejados, como las grandes barcas que viajan por nuestras costas, teniendo tres grandes velas en tres mástiles sin cofa ni juanete, y estaban tripulados por solo seis marineros. Podian contener, como las lanchas cañoneras, una compañía de infantería con sus oficiales, y ademas dos conductores de tren, y algunos artilleros. Si se suponen 300 ó 400 de estos barcos, se verá que podian llevar ademas de una masa considerable de infantería, 300 á 400 piezas de campaña, con un carro de municiones, suficientes para una batalla. Las demas municiones, unidas al resto de los tiros y demas útiles necesarios para la artillería, debian ir en los buques de transporte.

Los peniches.

Tales eran los barcos chatos de la primera y segunda especie. Habíase reconocido como necesario construir una tercera clase de barcos, mas ligeros y movibles que los precedentes, que solo hiciesen dos ó tres pies de agua y pudiesen abordar en cualquier parte. Eran estos, grandes lanchas estrechas y de 60 pies de largo, con un puente movedizo, que se ponia ó se quitaba con facilidad; á estos se daba el nombre de peniches; estas grandes lanchas estaban provistas de unos sesenta remos, y de un velámen ligero para en caso de necesidad, y navegaban con extremada ligereza. Cuando sesenta soldados, adiestrados en manejar los remos tan bien como los marineros, las ponian en movimiento, se deslizaban sobre el mar, como esos ligeros botes que se destacan del costado de nuestros grandes navíos, y que sorprenden á la vista por la rapidez de su marcha. Estos peniches podian contener de 60 á 70 soldados y 2 ó 3 marineros para dirigirlos. Llevaban á bordo un pequeño obus y una pieza de á 4, y no debian recibir otro cargamento que las armas de los que iban en ellos, y algunos víveres de campaña, en clase de lastre.

Despues de numerosos experimentos se habian decidido definitivamente por estas tres clases de buques que satisfacian todas las circunstancias necesarias para la travesía, y que situados en batalla presentaban una temible línea de fuegos. Las lanchas cañoneras mas fáciles para las maniobras y mejor armadas, ocupaban la primera línea; los barcos artilleros, inferiores bajo estos dos conceptos, se colocaban en segunda línea, haciendo frente en los claros que separaban las lanchas, de modo que no hubiese ningun espacio privado de fuegos; y los peniches, que solo tenian pequeños obuses, y que eran mas temibles por sus fuegos de fusilería, colocados tan pronto á vanguardia como á retaguardia ó en las alas de la línea, podian precipitarse con rapidez al abordage, si tenian que combatir á una escuadra, echar sus hombres á tierra si se queria verificar un desembarco, ó ponerse en salvo si era necesario soportar el fuego de la artillería de grueso calibre.

De estas tres clases de embarcaciones habian de reunirse de 1,200 á 1,500, las que debian conducir, al menos, 3,000 piezas de grueso calibre, sin contar un gran número de piezas de menores dimensiones; es decir, que podian lanzar tantos proyectiles como la mayor escuadra. Su fuego era peligroso, por ser rasante, y dirigido á flor de agua. Combatiendo contra navíos presentaban un objeto difícil de acertar, y tiraban por el contrario sobre otro al que era fácil acertar siempre: podian ademas moverse, dividirse y envolver al enemigo. Pero si bien tenian todas las ventajas de poderse dividir, tenian tambien todos sus inconvenientes. Introducir el órden en aquella masa movediza y prodigiosamente numerosa, era un problema muy difícil, y á resolverlo se aplicaron sin cesar por espacio de tres años el almirante Bruix y Napoleon. Mas tarde se verá á qué grado de precision llegaron en las maniobras, y hasta qué punto se resolvió por ambos aquel problema.

¿Qué efecto hubiera producido una escuadra de alto bordo, atravesando á toda vela aquella masa de embarcaciones pequeñas, arrollando á las que

Encuentro posible de una escuadra de alto bordo con una flotilla de lanchas cañoneras.

encontrase á su paso echando á pique á las que alcanzara con sus balas, pero envuelta á su vez por aquella nube de enemigos, recibiendo por todos lados un fuego de artillería peligroso, asaltada por la fusilería de 100,000 infantes, y quizas invadida por intrépidos soldados, diestros en el abordage? Nadie podrá decirlo, porque nadie puede formarse una idea de una escena tan extraña, sin ningun antecedente conocido, que pueda ayudar al entendimiento, y preveer las diversas circunstancias y azares de semejante combate. El almirante Decrès, hombre de superior talento, pero que le gustaba denigrarlo todo, admitia la probabilidad, de que sacrificando 100 embarcaciones y 10,000 hombres, se podria arrostrar el encuentro de una escuadra enemiga, y pasar el estrecho.—Diariamente se pierde ese número en una batalla, respondia el primer Cónsul, y ¿cuando ninguna batalla ha prometido los resultados que nos hace esperar un desembarco en Inglaterra?—Pero siempre era un mal muy grave el encuentro con los cruceros ingleses. Quedaba, no obstante, la probabilidad de pasar el estrecho en medio de una calma que paralizase las operaciones del enemigo, ó á favor de una niebla que le impidiese ver nuestra flotilla; y, por último, la probabilidad que mas debia tranquilizar á todos, cual era la aparicion de pronto en el estrecho durante algunas horas de una escuadra francesa.

Opinion del almirante Decrès acerca de la flotilla de Boloña.

De cualquier modo que fuese, estas embarcaciones tenian bastante fuerza para defenderse, para abordar á una costa y desembarazarla de estorbos, para quitar al enemigo cualquiera idea de una escuadra de socorro, y para dar confianza á los marineros y soldados encargados de tripularlas. Sin embargo, presentaban inconvenientes que dimanaban de su propia construccion. Teniendo en lugar de una quilla profundamente sumergida, un fondo llano que penetraba poco en el agua, y llevando ademas una fuerte arboladura, debian tener poca firmeza, é inclinarse á los costados facilmente con el viento, y hasta zozobrar si les cogia una improvisa ráfaga, como sucedió en la rada de Brest á una lancha cañonera mal lastrada. Este acontecimiento tuvo lugar á la vista del almirante Ganteaume, quien lleno de temor lo participó al momento al primer Cónsul. Pero este accidente no se reprodujo; pues teniendo ciertas precauciones en el modo de distribuir las municiones que les servian de lastre, las embarcaciones de la flotilla adquirieron bastante firmeza para arrostrar un tiempo hecho, y no les aconteció otro contratiempo que el de encallar, lo cual era natural, puesto que navegaban siempre á lo largo de las costas, y tambien hecho de adrede por los que las tripulaban con el objeto de salvarse de los ingleses. Por lo demas, cuando sucedia esto, volvian á salir á flote á la siguiente marea.

Inconvenientes derivados de la construccion de los barcos chatos.

Otro inconveniente ofrecian mucho mas perjudicial, cual era el de abatir el rumbo, es decir, ceder á las corrientes, á causa de su pesada estructura, que presentaba mayor volúmen al agua que su arboladura al viento. Este inconveniente se agravaba, cuando privadas de viento, tenian que dirigirlas al remo, y á la fuerza de las corrientes solo podia oponerse la de los remeros. En este caso, podian ser llevadas las embarcaciones muy lejos de su objeto, ó lo que es peor, llegar á él por separado unas de otras, porque siendo de distintas formas, debian abatir el rumbo diversamente. Asi lo habia experimentado el mismo Nélson, cuando en 1801 atacó á la flotilla de Boloña, pues no habiendo podido obrar á un tiempo sus cuatro divisiones, sus esfuerzos no tuvieron ningun resultado favorable por la falta de union. Semejante defecto, perjudicial en cualquiera mar, lo era mucho mas en la Mancha, donde á cada marea habia dos corrientes fuertísimas. Cuando la mar crece ó mengua, produce alternativamente dos corrientes opuestas, cuya direccion está señalada por la figura de las costas de Francia y de Inglaterra. El canal de la Mancha es muy ancho entre el cabo de Finisterre y el de Cornouailles; y muy estrecho al este, entre Calais y Dou-

Corrientes de la Mancha.

vres. Al crecer la mar penetra con mas fuerza por la salida mas ancha; lo que produce al crecer la marea una corriente que sube del oeste al este, de Brest á Calais; verificándose el mismo efecto en sentido contrario, cuando la mar mengua, pues entonces huye con mas rapidez por la salida mas extensa, resultando en la marea baja una corriente del este al oeste, de Calais á Brest. Esta doble corriente, recibiendo cerca de las costas y de la misma forma de ellas diversas alteraciones, debia incomodar la navegacion de aquellas 200 embarcaciones, y esta incomodidad seria mas ó menos de temer segun la debilidad del viento y la fuerza de la corriente. Esto disminuia mucho la ventaja de atravesar el estrecho en calma, que sin duda era una de las que mas se deseaban. No obstante, la estrechez y poca profundidad del canal entre Boloña y Douvres permitia anclar á igual distancia de ambas costas; y los almirantes conceptuaban, como posible, detenerse en el caso de verse arrastrados en demasia por la corriente, y aguardar al ancla que volviese la corriente contraria, lo cual no podia traer otra pérdida de tiempo que tres ó cuatro horas; lo cual aunque era una dificultad, no era insuperable (1).

Este inconveniente habia sido causa que se abandonasen en breve una especie de barcos, de vela y remo, llamados *prames*. Estos, enteramente llanos, y sin ninguna curba en sus costados, y aun de tres quillas, eran verdaderos pontones flotantes, destinados á llevar muchos cañones y caballos. Al principio se habia imaginado construir cincuenta, lo cual hubiera proporcionado medio de transporte para 2500 caballos, y una fuerza de 600 piezas de artilleria; pero la inferioridad de sus cualidades para la navegacion, hizo que se abandonasen, construyéndose solo doce ó quince.

No hablaremos de las grandes barcas cortas y anchas, armadas con una pieza de á 24 en la popa, que se llamaban *caiques*, ni de las corbetas que calaban poco, y estaban destinadas á llevar una docena de cañones de grueso calibre; construidas unas y otras á título de ensayo, y que la experiencia impidió que se multiplicasen. Asi, pues, la totalidad de la escuadrilla se compuso casi exclusivamente de las tres especies de embarcaciones, cuya descripcion acabamos de hacer, es decir, de lanchas cañoneras, de barcos artilleros y de peniches.

Cada lancha y cada barco artillero podia contener una compañia de infanteria, y cada peniche las dos terceras partes de otra; de modo que si se reunian 500 lanchas, 400 barcos, y 300 peniches, es decir 1200 embarcaciones, habia el medio de embarcar 120,000 hombres. Supóngase que la escuadra de Brest condujese 15 ó 18,000 y la de Texel 20,000, podian desembarcarse en Inglaterra 150 ó 160,000 hombres: 120,000 en una sola masa abordo de la flotilla, y 30 ó 40,000 en distintas divisiones á bordo de las dos grandes escuadras, salidas, una de Holanda y la otra de Bretaña.

Y esto era lo bastante para vencer y reducir á aquella orgullosa nacion, que pretendia dominar el mundo desde su inviolable guarida.

Medios para transportar el material.

Pero no todo se reduce á conducir hombres; pues estos necesitan material, es decir, víveres, armas y caballos. La flotilla llamada de guerra podia embarcar los hombres, las municiones indispensables para los primeros combates, víveres para unos veinte dias, y la artilleria de campaña con un tiro de dos caballos por pieza. Pero se necesitaba ademas el resto de los tiros, de 7 á 8000 caballos al menos para la caballeria, municiones para toda una campaña, víveres para uno ó dos meses, y un gran parque de sitio, para el caso en que hubiera que destruir algunas murallas. La dificultad mayor era el transportar los caballos, pues se necesitaban al menos 600 ó 700 embarcaciones, solo para llevar de 7 á 8000.

Para llenar esta falta no habia necesidad de construir mas buques; pues los destinados al cabotage y á la pesca debian suministrar un material na-

(1) Todo lo que aquí se refiere está extractado de la voluminosa correspondencia de los almirantes, particularmente de la del almirante Bruix con el ministro de Marina y con Napoleon. Debe entenderse, pues, que nada supongo, y que reasumo cuanto es posible con la precision histórica, todo lo que hay de esencial en aquella correspondencia, que creo calificar con mucha justicia llamándola admirable.

Cómpranse todas las embarcaciones destinadas á la pesca en las costas del Oceano, en Francia, Bélgica y Holanda.

val listo y considerable. Se podian comprar en todas las costas desde San Maló hasta el Texel, y en el mismo interior de la Holanda, buques de cabida de 20 á 60 toneladas, destinados al cabotage y á la pesca del bacalao y del arenque, muy sólidos, excelentes para la mar y capaces de recibir cualquier cargamento, disponiéndolos convenientemente. Una comision formada con dicho objeto, compraba desde Brest hasta Amsterdam, buques que costaban de 12 á 15,000 francos cada uno. Ya se habia hecho de algunos centenares de ellos, y no era difícil proporcionarse los demas.

Ascendiendo la flotilla de guerra á 1200 ó 1300 embarcaciones, y la de transporte á 900 ó 1,000, habia que juntar 2200 ó 2300 buques, reunion naval prodigiosa, sin ejemplo en lo pasado, y que quizás no le tenga tampoco en el porvenir.

Ahora se comprenderá cuan imposible hubiera sido construir en uno ó dos puntos de la costa aquel número de buques; pues por pequeñas que hubiesen sido sus dimensiones, nunca se hubieran podido proporcionar en un mismo sitio, los materiales, los trabajadores y los astilleros necesarios á su construccion. Habia sido, pues, indispensable, que todos los puertos y ensenadas de los rios, concurriesen á aquel objeto; y bastante era reservar á los puertos de la Mancha, en los cuales debian reunirse, el cuidado de acomodar y conservar aquellas 2,000 embarcaciones.

Puertos dispuestos para recibir los 2300 buques de que se componia la flotilla.

Pero despues de haberlas construido, muy lejos unas de otras, era necesario reunirlas en un solo punto de Boloña á Dunkerque, y pasar por medio de los cruceros ingleses, resueltos á destruir dichas embarcaciones cualquiera que fuese su número. En seguida, debian recibirlas en tres ó cuatro puertos, situados en cuanto fuese posible bajo un mismo viento, y á corta distancia unos de otros, á fin de que pudiesen aparejar y dar á la vela todas á la vez. Era, preciso, en fin, situarlas sin embarazo, sin confusion, al abrigo del fuego enemigo y cerca de nuestras tropas, de modo que pudiesen embarcarse y desembarcar á menudo, y aprender á cargar y descargar rápidamente hombres, caballos y cañones.

Ingenieros y almirantes de que se habia rodeado el primer Cónsul en Boloña.

Todas estas dificultades solo podian resolverse sobre los mismos sitios en que se presentaban, por Nápoleon, viendo las cosas por sus propios ojos, y rodeado de los oficiales mas hábiles y especiales. Habia llamado á Boloña á M. Sganzin, ingeniero de marina, y uno de los primeros de aquel cuerpo distinguido; á M. de Forfait, que habia sido ministro de marina durante algunos meses, hombre de conocimientos medianos en materia de administracion, pero muy versado en el arte de las construcciones navales, de mucha invencion, y adicto en extremo á una empresa, de la cual habia sido, bajo el mando del Directorio, uno de los promovedores mas ardientes, y por último al ministro Decrès y al almirante Bruix, dos personages de los que ya se ha hablado, y que merecen que se les de á conocer mas detalladamente.

MM. Sganzin y Forfait.

El primer Cónsul hubiera querido tener algunos menos buenos generales en sus ejércitos de tierra, y algunos mas en sus ejércitos de mar; pero solo la guerra y la victoria forman buenos generales. La guerra no nos habia faltado durante doce años; pero, desgraciadamente, nuestra marina, desorganizada con la emigracion, se habia encontrado, en su consecuencia, inferior á la de los ingleses; y viéndose obligada siempre á estar encerrada en los puertos, nuestros almirantes habian perdido, no el valor sino la confianza. Los unos tenian demasiada edad, y los otros poca experiencia. Cuatro llamaban en aquel momento la atencion de Napoleon, y eran Decrès, Latouche-Treville, Ganteaume y Bruix. El almirante Decrès era un hombre de mucho talento, pero muy descontentadizo, que no veia nunca sino el lado malo de las cosas; crítico excelente de las operaciones de otro, y bajo este concepto, buen ministro, pero gobernador poco activo, muy útil, sin embargo, al lado de Na-

El almirante Decrés.

poleon, cuya actividad suplia á la de todo el mundo, y que necesitaba consejeros que tuviesen menos confianza que él. Por estas razones el almirante Decrès era el mejor de los cuatro para estar al frente del ministerio de marina, asi como hubiera sido el peor á la cabeza de una escuadra. Ganteaume era un oficial valeroso, inteligente, instruido y muy capaz de conducir una division naval al combate; pero fuera de este, siempre indeciso, vacilante, dejando escapar á la fortuna sin aprovecharse de ella, no debia destinarse en ninguna empresa difícil. Latouche-Treville y Bruix eran los dos marinos mas distinguidos de la época, y ciertamente destinados, si no hubieran muerto, á disputar á la Inglaterra el imperio de los mares. Latouche-Treville, era un hombre lleno de valor y de audacia, que unia el talento y la experiencia al ánimo, y que sabia inspirar á los marinos los sentimientos que le animaban; siendo bajo este concepto el mejor de todos, pues tenia lo que á nuestra marina le faltaba, es decir la confianza en si mismo. Por último, Bruix, de cuerpo endeble y de salud escasa, gastado por los placeres, dotado de una vasta inteligencia y de un genio de organizacion raro, hallando recurso á todo, profundamente experimentado, único hombre que hubiera dirigido cuarenta navios de línea á la vez, y tan hábil para concebir como para ejecutar, hubiera sido el verdadero ministro de la marina, á no ser tan á propósito para el mando. No se reducian á estos todos los gefes de nuestra escuadra: quedaban Villeneuve, que despues fue tan desgraciado; Linois, el vencedor de Algeciras, actualmente en la India, y otros que figurarán en su lugar; pero los cuatro que hemos citado eran entonces los principales.

El almirante Ganteaume.

El almirante Latouche-Treville.

El almirante Bruix.

El primer Cónsul quiso confiar al almirante Bruix el mando de la flotilla, porque aquí era necesario crearlo todo; á Ganteaume la escuadra de Brest, que solo tenia que verificar un transporte de tropas; y finalmente, á Latouche-Treville la escuadra de Tolon, la cual estaba encargada de una maniobra difícil y audaz, pero decisiva, que daremos á conocer mas tarde. Teniendo el almirante Bruix que organizar la flotilla, estaba sin cesar en contacto con el almirante Decrès. Ambos tenian demasiado talento para no ser rivales, y por lo tanto enemigos; por lo demas su natural y carácter eran incompatibles. Declarar las dificultades invencibles, y criticar las tentativas que se hacian para vencerlas, esto era lo que hacia el almirante Decrès: verlas, estudiarlas, y procurar triunfar de ellas, asi obraba el almirante Bruix. Necesario es añadir que tenian desconfianza el uno del otro: el almirante Decrès temia siempre que se denunciasen al primer Cónsul los inconvenientes de su inaccion; y el almirante Bruix los de su vida desarreglada. Bajo el mando de un gefe débil, estos dos hombres hubieran puesto en agitacion con sus divisiones á toda la flotilla; pero mandando el primer Cónsul, hasta era útil aquella diferencia de opiniones. Bruix, proponia las combinaciones; Decrés las criticaba; y el primer Cónsul pronunciaba su fallo de un modo seguro é infalible.

Rivalidad entre el almirante Decrès y el almirante Bruix.

Rodeado de aquellos hombres, y en los mismos sitios donde debian verificarse los trabajos, decidió Napoleon todas las cuestiones que habian quedado sin resolver. Urgia su llegada á Boloña, porque á pesar de la energía y de la frecuencia de sus órdenes habian quedado muchas cosas atrasadas. No se construia en Boloña, en Calais ni en Dunkerque, pero se reparaba la antigua flotilla y se disponian á hacer los preparativos necesarios para recibir las 2,000 embarcaciones construidas ó compradas, al momento que se reunieran. Faltaban trabajadores, maderas, hierro, cáñamo, y artilleria de grueso calibre para alejar á los ingleses, que venian con frecuencia á lanzar proyectiles incendiarios.

La presencia del primer Cónsul, rodeado de MM. Sganzin, Forfait, Bruix, Decrès y otros muchos oficiales, imprimió en breve á su empresa una nueva actividad. Ya habia empleado en Paris una medida que quiso hacer extensiva á Boloña y á los demas puntos por donde pasaba. Mandó que se incluyesen en la conscripcion 5 ó 6,000 hombres pertenecientes á todas las pro-

Actividad que se nota en Boloña.

fesiones destinadas al trabajo de carpinteria y cerrageria, tales como carpinteros, aserradores, maestros de obra gruesa, cerrageros y herreros, los cuales eran dirigidos por maestros que se elegian entre los operarios de la marina.

De qué modo se procuran operarios.

Concediase una alta paga á los que se mostraban inteligentes y trabajaban con voluntad; y en breve se vieron los astilleros llenos de una muchedumbre de operarios constructores, cuya primitiva profesion hubiera sido dificil adivinar.

Abundaban los bosques en las cercanias de Boloña; y una órden del primer Cónsul habia entregado á la marina todos los de aquellos alrededores. Las maderas, empleadas el mismo dia en que se cortaban estaban verdes, pero podian servir de estacas, y se necesitaban millares de ellas para los puertos de la Mancha. Tambien podian sacarse tablones y planchas para las costillas y cubiertas de los buques. En cuanto á las maderas útiles para sacar de ellas curbas, se traian del Norte. Las materias navales, tales como cáñamos, palos para los mástiles, cobre y alquitran, transportadas de Prusia y de Suecia á Holanda, para conducirlos, por la navegacion interior, de Holanda y de Flandes á Boloña, estaban detenidas en aquel momento por varios obstáculos en los canales de la Bélgica. Inmediatamente partieron oficiales con órdenes y fondos para apresurar su llegada. Por último, las fábricas de fundicion de Douai, de Lieja y de Strasburgo, estaban algo atrasadas á pesar de su actividad. El sabio Monge que acompañaba por todas partes al primer Cónsul, recibió la comision de trasladarse á Lieja para acelerar los trabajos y hacer que fundiesen morteros y piezas de artilleria de grueso calibre. El general Marmont habia sido encargado de la artilleria, y diariamente salian en posta ayudantes de campo para estimular su celo, y señalarle las expediciones de cañones y de cureñas que mas falta hacian. En efectó, necesitábanse ademas de la artilleria de los buques, de 500 á 600 cañones para formar baterias, á fin de tener al enemigo retirado de los astilleros.

De qué modo se proporcionan maderas

De qué modo se proporciona el cáñamo, el cobre y el alquitran.

Dadas estas primeras órdenes, era preciso ocuparse de la gran cuestion de los puertos de reunion, y de los medios para proporcionar su capacidad á la extension de la flotilla. Se necesitaba agrandar unos, formar otros y defenderlos todos; y el primer Cónsul despues de haber conferenciado con MM. Sganzin, Forfait, Decrès y Bruix, tomó las disposiciones siguientes:

Descripcion del estrecho de Calais.

Hacia tiempo que el puerto de Boloña habia sido indicado como el mejor punto de partida para una expedicion dirigida contra la Inglaterra. Al adelantarse la costa de Francia hácia la de Inglaterra, forma un cabo que se llama el cabo Grisnez. A la derecha de este cabo se extiende la costa al este, hácia el Escalda, teniendo en frente la vasta extension del mar del Norte. A la izquierda se encuentra al lado opuesto la costa de Inglaterra, formando asi una de las riberas del estrecho, y despues desciende de improviso del norte al sur hácia la embocadura del Somme. Los puertos que se hallan á la derecha del cabo Grisnez, tales como Calais y Dunkerque, situados fuera del estrecho, no son tan buenos para puntos de partida, como los situados á la derecha, tales como Boloña, Ambleteuse y Étaples, que se hallan en el mismo estrecho, y que por dicha razon han sido siempre preferidos. En efecto, si se parte de Dunkerque ó de Calais, es necesario doblar el cabo Grisnez para entrar en el estrecho, arrostrar el ímpetu de los vientos de la Mancha, que siempre se hacen sentir al doblar el cabo, y venir á colocarse al viento de Boloña para abordar entre Douvres y Folkstone. Al contrario sucede viniendo de Inglaterra á Francia, pues entónces es mas natural dirigirse hácia Calais que hácia Boloña. Para ir á Inglaterra, que era el caso de la expedicion proyectada, eran mas oportunos Boloña y los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez que Calais y Dunkerque; pero tenian el inconveniente de presentar menos extension y fondo que estos últimos, lo cual se explica por la acumulacion de arenas y guijarros, siempre mayor en un espacio reducido como un estrecho.

Puerto de Boloña.

No obstante, el puerto de Boloña, formado en el lecho de

un pequeño rio pantanoso, el Liana, era susceptible de ser considerablemente agrandado. La ensenada del Liana, formada por dos mecetas que se separan en las cercanias de Boloña, dejando entre ellas un espacio de figura semicircular, podia convertirse, con grandes trabajos, en un puerto extenso. El lecho del Liana presentaba de seis á siete pies de agua en la plea-mar, durante las mareas medianas; y era posible aumentarlo hasta nueve ó diez limpiando su fondo. Era, pues, practicable, formar en aquel lecho pantanoso del Liana, y sobre poco mas ó menos á la altura de Boloña, una ensenada de figura igual al terreno, es decir semicircular, capaz de contener algunos centenares de buques, en mayor ó menor número, segun el radio que se le diese. Esta ensenada y el lecho profundizado del Liana, podian contener de 1200 á 1300 buques, y por consecuencia la mitad de la flotilla. Pero no se reducia todo á tener una superficie suficiente; sino que se necesitaban muelles de mucha extension para que tantos buques pudiesen, sino todos á la vez, al menos una gran parte de ellos, atracar y tomar sus cargamentos; y así, la extension de los muelles era de tanta importancia como la de los mismos puertos. En nada de esto se habia pensado durante el Directorio, porque jamas se habia concebido el proyecto de reunir hasta 150,000 hombres y 2000 embarcaciones. El primer Cónsul, no titubeó, á pesar de que conocia lo trabajoso que era, mandar que al momento se profundizase la ensenada de Boloña y del lecho del Liana; y aquellos 150,000 hombres que constituian por su número la dificultad de la empresa, iban á trabajar para vencerla, formando ellos mismos el puerto donde debian embarcarse. Para ello se decidió que los campamentos, situados en un principio á alguna distancia de las costas, se aproximarian inmediatamente al mar, y que los mismos soldados extraerian la enorme masa de arena que era preciso sacar.

Creacion de la ensenada de Boloña.

Al punto se mandó que se construyese una esclusa para cavar el canal y procurarse la profundidad de agua necesaria. Los puertos, que no están formados como el de Brest, por las sinuosidades de una costa que entra mucho en el mar, y que se llaman de embarrancadero, lo están en lo general en la embocadura de pequeños rios, que creciendo en la marea alta forman entónces una ensenada, donde se encuentran los buques flotando; y disminuyendo á la marea baja, hasta no presentar mas que grandes arroyos corriendo sobre un lecho de limo, dejan durante algunas horas á los buques encallados en sus orillas. Las arenas que arrastran estos rios, amontonadas por el mar en frente de las embocaduras forman bancos ó barras que son un obstáculo para la navegacion. Para vencer este obstáculo se construyen en los lechos de los rios presas, que abriéndose en la plea-mar recogen las aguas, y que cerradas en la baja mar las retienen, no dejándolas ir hasta el momento en que se quiere hacer la limpia. Llegado este momento, para el cual se elije el de la baja-mar se abre la esclusa; el agua se precipita en el cauce y llevándose las arenas con este desborde artificial, va cabando un canal ó paso. Los ingenieros llaman á esto una esclusa de limpia, y esto es lo que se apresuraron á construir en la ensenada superior del Liana.

Construccion de una esclusa de limpia.

Veinte mil pies de árboles cortados en el bosque de Boloña sirvieron para guarnecer de estacas las dos orillas del Liana y la circunferencia de la ensenada semicircular. Una parte de aquellos pies de árboles aserrados en gruesos tablones, y extendidos sobre las estacas, sirvieron para formar anchos muelles á lo largo del Liana y de la ensenada semicircular. Los numerosos buques de la flotilla podian así atracar á los muelles para embarcar ó desembarcar los hombres, los caballos y el material.

Construccion de muelles de madera.

Estando situada la ciudad de Boloña, á la derecha del Liana, y la ensenada á la izquierda y casi frente á frente, el Liana se extendia longitudinalmente entre ambas; y para comunicarse con mas facilidad de una orilla á otra se construyeron puentes, por la parte arriba del punto en donde empezaba el fondeadero.

Muy lejos estaban estos grandes trabajos de bastar á todas las necesidades.

Un grande establecimiento marítimo supone talleres, astilleros, almacenes, cuarteles, panaderías, hospitales, y en fin, todo lo que se necesita para encerrar grandes acopios de efectos ó víveres, para recibir marinos sanos ó enfermos, y para alimentarlos, vestirlos, y armarlos. ¡Vease cuantos esfuerzos y tiempo no habrán costado establecimientos tales como los de Brest y Tolon. Y sin embargo, tratábase entonces de crear aqui otros establecimientos de no menos importancia, porque aquellos talleres, astilleros, almacenes y hospitales debian corresponder á las necesidades de 2,300 embarcaciones, 30,000 marineros, 10,000 operarios y 120,000 soldados; asi es que si estas construcciones no hubiesen sido para un tiempo limitado, hubieran sido absolutamente imposibles. No obstante, la dificultad de ejecutarlas, en vista de la cantidad de cosas que habia que reunir en un solo punto, era inmensa.

Construccion improvisada de almacenes, hospitales y cuadras.

Alquiláronse en Boloña todas las casas que podian ser convertidas en oficinas, almacenes y hospitales; como igualmente todas las casas de campo y quintas de los alrededores que podian servir para el mismo uso. Levantáronse tinglados para los trabajadores de la marina, y cuadras de madera para los caballos. En cuanto á las tropas, debian campar á cielo raso en barracas construidas con los restos de las maderas de los bosques de los alrededores. El primer Cónsul eligió á la derecha é izquierda del Liana, sobre las dos mecetas cuya separacion formaba la ensenada de Boloña, el sitio que debian ocupar las tropas. Treinta y seis mil hombres fueron distribuidos en dos campamentos, llamado el uno de la izquierda y el otro de la derecha; viniendo á ocupar estas dos posiciones el cuerpo de tropas reunidas en Saint-Omer á las órdenes del general Soult. Los demas cuerpos debian aproximarse sucesivamente á la costa al momento que se hallase dispuesto donde debian acomodarse. Las tropas se iban á hallar, en verdad, al aire libre, expuestas á vientos fuertes y frios, pero provistas de gran cantidad de madera para construirse barracas y calentarse.

Mandáronse hacer por todas partes inmensas provisiones, las cuales fueron trasladadas á estos almacenes improvisados. Hízose venir, por medio de la navegacion interior, que, como se sabe, está muy perfeccionada en el norte de Francia, harinas para amasar galleta, arroz, cebada, carnes saladas, vinos y aguardientes. Sacáronse de la Holanda grandes cantidades de quesos de bola, y todas estas materias alimenticias debian servir al consumo diario de los campamentos, y para el cargo de víveres de las dos flotillas de guerra y de transporte. Con facilidad puede calcularse la cantidad que era necesario reunir, si se piensa que se trataba de alimentar al ejército, á la escuadra y á la numerosa muchedumbre de operarios, primero en los campamentos y despues en una expedicion de dos meses; lo cual supone víveres para cerca de 200,000 bocas, y forrage para 20,000 caballos. Si se agrega á todo esto que reinó la mayor abundancia sin que llegase á faltar nada, se comprenderá que ningun gefe de gobierno ejecutó jamas en ningun pueblo otra cosa igual.

Mas no bastaba un solo puerto para toda la expedicion. Boloña no podia contener mas que 1200 ó 1300 buques y se necesitaba espacio para recibir á unos 2300; y aunque aquel puerto hubiera tenido cabida para todos, hubiera sido operacion muy larga hacerlos salir por un mismo canal. En ciertas circunstancias de mar era tambien un gran inconveniente no tener mas que un solo lugar de refugio. Si, por ejemplo, se hacia salir á un gran número de buques y el mal tiempo ó el enemigo los obligaba á que volviesen súbitamente, podian apiñarse unos con otros á la entrada, faltar la marea y quedar perdidos. Habia, á unas cuatro leguas de Boloña bajando hacia el sur, un pequeño rio, el Canche, cuya embocadura formaba una bahia tortuosa, y llena de arena, abierta por desgracia á todos los vientos, que presentaba un fondeadero mucho menos seguro que el de Boloña, y en el cual se habia formado un pequeño puerto de pesca, el de Étaples. Cerca de este mismo rio Canche, á una legua en el interior se encontraba la plaza fortificada de Montreuil. Era difícil

Puertos auxiliares del de Boloña.

Puerto de Étaples, y campamento de Montreuil.

formar en él una ensenada, pero se podia plantar una serie de estacas á fin de atar los buques, y construir sobre dichas estacas muelles de madera, propios para el embarque y desembarque de las tropas. Este era un abrigo bastante seguro para 300 ó 400 buques; y se podia salir con casi los mismos vientos que de Boloña. La distancia en que se hallaba de este puerto, distancia de 4 ó 5 leguas presentaba alguna dificultad para que las operaciones fuesen simultáneas, pero esto era una dificultad secundaria, y un asilo para 400 embarcaciones era cosa demasiado importante para despreciarla. El primer Cónsul formó allí un campamento destinado á las tropas reunidas entre Compiegne y Amiens, reservando su mando al general Ney, vuelto ya de su mision á la Suiza. Este campamento se llamó de Montreuil. Las tropas recibieron la órden de construir barracas para alojarse, como las que habian hecho las que estaban acampadas al rededor de Boloña. Tambien se prepararon edificios para los víveres, hospitales, y demas necesidades, en fin, de un ejército de 24,000 hombres. Suponiendo que el centro del ejército era Boloña, la izquierda era el campamento de Étaples.

Un poco al norte de Boloña, antes del cabo-Grisnez, se hallaban otras dos bahias, formadas por dos rios pequeños, cuyo lecho estaba obstruido con el limo y las arenas, pero en las cuales subia el agua de la alta mar á 6 ó 7 pies. La una se hallaba á una legua y la otra á dos de Boloña, y situadas al mismo viento. Limpiando su fondo, y construyendo presas, era posible abrigar en ellas algunos centenares de buques, y esto bastaba para completar los medios de colocar á toda la flotilla. El mas próximo de dichos rios era el Wimereux, que desagua cerca de un pueblo del mismo nombre; y el otro era el Selacque, que desemboca cerca de un pueblo casi todo de pescadores, llamado Ambleteuse. En el reinado de Luis XVI se habia pensado ahondar las ensenadas, pero los trabajos verificados en dicha época habian desaparecido completamente con el fango y las arenas. El primer Cónsul mandó á los ingenieros que examinasen aquellos sitios, y en el caso de una respuesta favorable á sus miras, debian emplearse allí las tropas y acamparse en barracas como en Étaples y en Boloña. Aquellos dos puertos debian contener, el uno 200 y el otro 300 buques; de modo que se podian abrigar en ellos 500. La guardia, los granaderos reunidos, las reservas de caballería y de artillería y los diversos cuerpos que se estaban formando en Lila, Douai y Arras debian encontrar allí medios para embarcarse.

Puertos de Wimereux y de Ambleteuse destinados á la vanguardia y á la reserva.

Quedaba la flotilla bátava, destinada á conducir el cuerpo del general Davout, y la cual, segun el tratado concluido con la Holanda, era independiente de la escuadra de línea reunida en el Texel, aunque por desgracia, la flotilla bátava se armaba con menos actividad que la francesa. Tambien era necesario resolver si partiria del Escalda para la costa de Inglaterra escoltada por algunas fragatas, ó si se la traeria á Dunkerque y Calais para que diese á la vela de los puertos situados á la derecha del cabo Grisnez: el almirante Bruix debia decidir lo que le pareciese mejor. El cuerpo del general Davout, que formaba la derecha del ejército, se hallaria asi aproximado al cuerpo del centro. Tampoco se habia perdido la esperanza de hacerle doblar el cabo Grisnez y establecerle en Ambleteuse y Wimereux á fuerza de ensanchar las ensenadas y estrechar los campamentos. Entónces, las flotillas francesa y bátava, reunidas en número de 2300 buques, y conduciendo los cuerpos de los generales Davout, Soult, Ney, y ademas la reserva; es decir 120,000 hombres podian partir simultáneamente, con un mismo viento, de los cuatro puertos situados en el interior del estrecho, con la certidumbre de obrar de acuerdo y reunidas. Las dos grandes escuadras de guerra que se aparejaban la una en Brest y la otra en el Texel, debian llevar los 40,000 hombres, cuyo destino era el secreto exclusivo del primer Cónsul.

La flotilla bátava, destinada á transportar el cuerpo del general Davout.

Para completar todas las partes de aquella vasta organizacion, era necesario poner la costa al abrigo de los ataques de los ingleses; pues ademas de lo que trabajarian por impedir la concen-

tracion de la flotilla en Boloña, vigilando el litoral desde Burdeos hasta Flessinga, era de presumir que á imitacion de lo que habian hecho en 1801, procurarian destruirla, bien incendiándola en los puertos, bien atacándola en sus fondeaderos cuando saliesen algo afuera á maniobrar. Era preciso, pues, hacer imposible que los ingleses se aproximasen, no solo para garantir á los mismos puertos, sino para asegurar su libre salida y entrada; porque si la flotilla quedaba condenada á permanecer en la inaccion, seria incapaz de maniobrar y de hacer una operacion en grande.

Medios empleados para fortificar la costa de Boloña.

No era muy fácil impedir que los ingleses se aproximasen á la costa, vista la forma de esta, que era derecha sin ningun punto entrante ni saliente, y que por lo tanto no proporcionaba ningun medio para que los tiros llegasen á la distancia necesaria; sin embargo se proveyó á esta falta de un modo bastante ingenioso. Delante de la orilla de Boloña se adelantaban penetrando en el mar dos rocas, una á la derecha llamada la punta de la Crèche, y la otra á la izquierda conocida con el nombre de la punta del Heurt. Entre una y otra habia un espacio de 2,500 toesas, muy seguro, muy cómodo para fondeadero, y en el cual podian estar con mucha comodidad en varias lineas 200 ó 300 buques. Estas rocas cubiertas con el agua en la marea alta, quedaban descubiertas cuando aquella bajaba. El primer Cónsul mandó fabricar sobre ellas dos fuertes de canteria, de forma semicircular, con sólidas casamatas, presentando dos lineas de fuegos, una superior y otra inferior, para que pudiesen cubrir con sus proyectiles el fondeadero que se extendia del uno al otro. Al momento se puso mano á la obra; y los ingenieros de la marina y del ejército, secundados por los albañiles sacados de la conscripcion, empezaron los trabajos, los cuales pretendia el primer Cónsul verlos concluidos á la entrada del invierno. Pero como cuidaba tanto de multiplicar las precauciones, quiso garantir tambien el centro de la linea con un tercer punto de apoyo, el cual elegido en medio se encontraba en frente del puerto; y como en este sitio no habia mas que un fondo de arena movediza, el primer Cónsul ideó construir de madera este nuevo fuerte. Inmediatamente numerosos trabajadores empezaron á clavar en el fondo, cuando bajaba la marea, centenares de estacas, las cuales debian servir de base á una bateria de 18 piezas de á 24. Casi siempre se hacian estos trabajos, sufriendo el fuego de los ingleses.

Construcciones de los fuertes de la Crèche y del Heurt.

Ademas de estos tres puntos avanzados en la mar y situados paralelamente á la costa de Boloña, el primer Cónsul mandó cubrir de cañones y morteros todos los puntos un poco salientes de la costa, y no dejó ni uno solo en que se pudiese colocar artilleria, sin armarle con piezas de grueso calibre. Otras precauciones suficientes para el caso se tomaron respecto á Étaples y los nuevos puertos que se estaban haciendo.

Tales fueron los vastos proyectos de trabajos que el primer Cónsul formó y mandó ejecutar á vista de la naturaleza de los sitios donde debian verificarse, y de acuerdo con los ingenieros y los oficiales de marina. La construccion de la flotilla adelantaba con rapidez desde las costas de la Bretaña hasta las de Holanda; pero antes de verificarse su reunion en los puertos de Ambleteuse, Boloña y Étaples, se necesitaba concluir la excavacion de las ensenadas y la construccion de los fuertes, reunir en la costa el material de artilleria, concentrar las tropas junto al mar, y crear los establecimientos necesarios á sus necesidades. Creíase que todo esto estaria ya concluido para el invierno.

El primer Cónsul fija para el invierno la ejecucion de sus proyectos.

Despues de su permanencia en Boloña pasó el primer Cónsul á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes. Tenia el mayor empeño en ver este último puerto, y en asegurarse por sus mismos ojos de lo que habia de verdad en las diversas relaciones que le habian hecho. Despues de haber examinado la situacion de dicha ciudad, con aquella prontitud y aquel golpe de vista seguro que solo él poseia, no le quedó la menor duda acerca de la posibilidad de convertir á Amberes en un gran arsenal marítimo. Am-

Sale el primer Consul de Boloña y visita á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes.

beres tenia á sus ojos dos propiedades particulares: estaba situado en el Escalda frente á frente del Támesis, y en comunicacion inmediata con la Holanda, por medio de una de las mejores navegaciones interiores, y por consecuencia al alcance del mas rico depósito de materias navales; pues podia recibir sin dificultad por el Rhin y el Mosa las maderas de los Alpes, de los Vosges, de la Selva Negra, de la Wetteravia y de los Ardennes. Por último, los trabajadores de Flandes, atraidos naturalmente por la proximidad, debian ofrecer millares de brazos para la construccion de los navios. El primer Cónsul resolvió, pues, formar en Amberes una escuadra cuyo pabellon flotaria siempre entre el Escalda y el Támesis; lo cual habia de causar el mayor disgusto á los ingleses sus enemigos, cuya enemistad seria ya irreconciliable en adelante. Al punto mandó ocupar los terrenos necesarios á la construccion de vastas ensenadas, que aun existen en el dia, y que son el orgullo de la ciudad de Amberes; las cuales, comunicando con el Escalda, por medio de una esclusa de las mayores dimensiones, debian ser capaces de contener toda una escuadra de guerra, y tener siempre 30 pies de agua, cualquiera que fuese la altura del rio. El primer Cónsul queria que se construyesen 25 navios en este nuevo puerto de la República; y mientras aguardaba nuevas experiencias relativas á la navegacion del Escalda, mandó que se empezasen á construir varios navios de 74, sin renunciar por esto á que se construyesen mas tarde de mayores dimensiones. Esperaba convertir á Amberes en un establecimiento igual á los de Brest y Tolon, pero mucho mejor situado para turbar el sosiego de la Inglaterra.

Ventajas de la situacion de Amberes.

Orden para la formacion de un gran establecimiento marítimo

De Amberes se trasladó á Gante, y de Gante á Bruxelas. Estas poblaciones belgas descontentas en todas épocas del gobierno que las ha regido, se mostraban poco dóciles hácia la administracion francesa; y el fervor de sus sentimientos religiosos, aumentaba alli, mas que en otras partes, las dificultades de la administracion de los cultos. El primer Cónsul encontró al principio alguna frialdad, ó para hablar con mas exactitud, una adhesion menos expansiva; que en las antiguas provincias francesas. Pero semejante frialdad desapareció en breve cuando se vió al jóven general rodeado del clero, asistiendo con respeto á las ceremonias religiosas, acompañado de su esposa, la cual á pesar de su disipacion, albergaba en su alma la piedad de una muger, y de una muger del antiguo régimen. M. de Roquelaure, arzobispo de Malinas, era un anciano respetable y de ameno trato, y el primer Cónsul le recibió con infinitas consideraciones, devolvió á su familia bienes considerables secuestrados por el Estado, se presentó á menudo al pueblo acompañado de aquel metropolitano de la Bélgica, y logró con su comportamiento calmar las desconfianzas religiosas del pais. En Bruxelas le aguardaba el Cardenal Caprara, y su encuentro produjo el mejor efecto. Prolongándose la permanencia del primer Cónsul en dicha ciudad, se presentaron en ella los ministros y el Cónsul Cambacérès, para celebrar algunos consejos. Presentóse tambien una parte de los miembros del cuerpo diplomático, para obtener audiencias del gefe de la Francia. Rodeado asi de ministros, de generales y de numerosas y brillantes tropas, el general Bonaparte tuvo en aquella capital de los Paises Bajos una corte que tenia todas las apariencias de la soberania. Hubiérase dicho que un Emperador de Alemania venia á visitar el patrimonio de Cárlos V. Pasaron los dias con una prontitud que el primer Cónsul no echaba de ver; y numerosos negocios le llamaban á Paris, pues tenia que dar las órdenes para la ejecucion de lo que se habia resuelto en Boloña, y seguir las negociaciones con la Europa, las cuales, en aquel estado de crisis, eran mas activas que nunca. Renunció, pues, por entonces á visitar las provincias del Rhin, dejándolo para otro viage; pero antes de salir de Bruxelas, recibió una visita en que se reparó mucho, y que merecia repararse á causa del personage que la hacia.

Agosto de 1803.

Permanencia en Bruxelas.

Este personage era M. Lombard, secretario íntimo del Rey de Prusia. Desconfiando el jóven Federico Guillelmo

Es visitado el primer Cónsul en Bruxelas por M. Lombard, secretario del Rey de Prusia.

de sí mismo y de los demas, tenia la costumbre de retener el trabajo de sus ministros, y someterle á un nuevo exámen, que verificaba en union de M. Lombard, hombre de talento y de saber, y el cual, gracias á aquella real intimidad, habia adquirido en Prusia la mayor importancia. M. de Haugwitz, hábil para valerse de todas las influencias, habia tenido el arte de atraerse á M. Lombard, de modo que el Rey, pasando de las manos del ministro, á las de su secretario particular, solo encontraba las mismas inspiraciones; es decir, las de M. de Haugwitz. Asi, pues, M. Lombard, representaba á la vez cerca del primer Cónsul, en Bruxelas, al Rey y al primer ministro, es decir, á todo el gobierno prusiano, menos á la corte, agrupada exclusivamente en torno de la Reina, y animada de otro espíritu que el del gobierno.

Causas de la visita de M. Lombard.

La venida de M. Lombard á Bruxelas, era la consecuencia de la agitacion en que se hallaban los gabinetes desde la renovacion de la guerra entre la Francia y la Inglaterra. La corte de Prusia estaba en la mayor ansiedad; ansiedad que se habia aumentado por las recientes comunicaciones del gabinete ruso; el cual, atraido á su pesar, de sus negocios interiores á los europeos, hubiera querido indemnizarse, desempeñando un papel de importancia; á cuyo efecto se habia esforzado en un principio en hacer aceptar su mediacion á ambas partes beligerantes, recomendando tambien sus protegidos á la Francia: pero el resultado de sus primeros pasos no habia correspondido á sus deseos. La Inglaterra habia acogido sus proposiciones con la mayor frialdad, negándose abiertamente á poner la isla de Malta en depósito, y á suspender las hostilidades mientras que durase la mediacion: solo admitia ésta si la nueva negociacion comprendia el conjunto de los negocios de Europa; y por consecuencia, quedaba en cuestion todo lo que los tratados de Luneville y de Amiens habian resuelto. Aceptar la mediacion con tales condiciones era rechazarla. Mientras que la Inglaterra contestaba de este modo, la Francia por su lado, acogiendo con la mayor deferencia la intervencion del jóven Emperador, habia ocupado, no obstante, sin titubear, los paises recomendados por la Rusia, tales como el Hannover y Nápoles. La corte de San Petersburgo estaba, pues, altamente ofendida al ver el poco caso que la Inglaterra hacia de su mediacion, y la Francia de sus recomendaciones para que limitase el campo de las hostilidades, y por lo tanto, habia dirigido sus miras á la Prusia para comprometerla á formar un tercer partido que diese la ley á los ingleses y á los franceses, y particularmente á estos, mas temibles que los ingleses, aunque mas atentos y políticos. El Emperador Alejandro, que en su entrevista con el Rey de Prusia en Memel, le habia jurado una amistad eterna, por creer descubrir entre ambos, muchas analogias, de edad, de talento y de virtud, procuraba persuadir al jóven monarca, por medio de una correspondencia frecuente, que habian nacido el uno para el otro; que eran los únicos hombres honrados de la Europa; que en Viena no habia mas que falsedad, en Paris ambicion, y en Lóndres avaricia; y que ellos debian unirse estrechamente para contener y gobernar á la Europa. El jóven Emperador mostrando un tacto y sutileza precoz habia procurado, sobre todo, persuadir al Rey de Prusia, que era el juguete del primer Cónsul, y que engañado con su alhagüeño trato le hacia peligrosos sacrificios de política, en cambio de intereses que no valian la pena; que por su condescendencia, habia sido invadido el Hannover; que los franceses no limitarian allí sus ocupaciones; que la razon que les inducia á cerrar á los ingleses el continente los llevaria mas lejos del Hannover, conduciéndolos hasta Dinamarca, á fin de apoderarse del Sund; y que entonces bloquearian los ingleses el Báltico, como bloqueaban el Elba y el Weser, y cerrarian la última salida que quedaba al comercio del continente. Este temor, expresado por la Rusia, no podia ser sincero, porque el primer Cónsul no pensaba en llevar sus ocupaciones hasta Dinamarca, ni era posible que pensase en ello. Habia ocupado á Han-

Descontento de la Rusia, y sus esfuerzos para formar un tercer partido en Europa.

nover á título de propiedad inglesa; á Tarento en virtud de la dominacion reconocida por todos de la Francia sobre la Italia; pero invadir la Dinamarca, atravesando el centro de Alemania, era imposible, á no empezar conquistando la misma Prusia; y por fortuna, la política de la Francia no habia adquirido entonces semejante extension.

Efecto de las sugestiones de Rusia sobre la Prusia.

Apesar de que las sugestiones de la Rusia eran engañosas, inquietaban al Rey de Prusia, incómodo ya con la ocupacion de Hannover, la cual le habia valido ademas de las quejas de los estados alemanes, grandes perjuicios en su comercio, pues bloqueados por los ingleses el Elba y el Weser, habia cesado de pronto la exportacion de los productos prusianos. Los lienzos de Silesia, que comunmente se compraban por Hamburgo y Bremen, cuyo extenso comercio alimentaban, habian sido desechados el mismo dia de la declaracion del bloqueo, especialmente por el alto comercio, quien se habia negado con cierta malicia, á toda especie de transacciones, á fin de estimular mas á la corte de Prusia, y hacerle conocer con mas fuerza, los males que resultaban de la ocupacion del Hannover, única causa del bloqueo del Elba y del Weser. Desde entónces los mas grandes personages experimentaban pérdidas considerables; entre los cuales se contaba M. de Haugwitz, quien habia perdido la mitad de sus rentas; sin que este contratiempo alterase en lo mas mínimo la calma que constituia el principal mérito de su genio político. Asediado el Rey por las quejas de la Silesia se habia visto obligado á prestar á aquella provincia un millon de escudos (15 millones de reales) sacrificio muy grande para un príncipe tan económico y ansioso por restablecer el tesoro de Federico el Grande. Y aun todavia en aquel momento le pedian otra cantidad doble de la anterior.

Agitado por las sugestiones rusas y por las quejas del comercio prusiano, el Rey Federico Guillelmo temia ademas, si se dejaba llevar por dichas sugestiones y quejas, verse comprometido en relaciones que lo enemistasen con Francia; lo cual hubiera dado al traste con toda su política, que de algunos años á aquella parte descansaba en la alianza francesa; y para salir de aquel estado penoso de ansiedad acababa de enviar á Bruxelas á M. Lombard, con la mision de observar al jóven general, de penetrar sus intenciones, de asegurarse, si era cierto, como se decia en San Petersburgo, que trataba de llevar sus ocupaciones hasta Dinamarca, y, por último, si como tambien se decia en San Petersburgo, era peligroso fiarse de aquel hombre extraordinario. M. Lombard, debia esforzarse al mismo tiempo, en obtener algunas concesiones relativas al Hannover; pues el Rey Federico Guillelmo hubiera deseado que se redujese á algunos miles de hombres el cuerpo que ocupaba aquel reino, lo cual hubiera calmado los temores sinceros ó afectados, que inspiraba la presencia de los franceses en Alemania; y que se evacuase el pequeño puerto de Cuxhaven, el cual situado en la misma embocadura del Elba era propiedad en el nombre de los hamburgueses, pero servia en realidad á los ingleses para continuar su comercio; de modo que si no se hubiese ocupado á título de territorio hamburgues, los ingleses hubieran hecho su comercio como en plena paz; quedando desde entónces sin efecto el objeto que se proponia la Francia. Tan cierto era esto, que en 1,800 cuando se apoderó la Prusia del Hannover, lo primero que hizo fue ocupar á Cuxhaven.

La Prusia solicita dos concesiones.

Lo que la Prusia ofrece en cambio de las dos concesiones que solicita.

En cambio de estas dos concesiones ofrecia el Rey de Prusia sostener el sistema de neutralidad del Norte, basado en la antigua neutralidad prusiana, que comprenderia ademas de la Prusia y el Norte de Alemania, los nuevos estados alemanes, y quizas hasta la misma Rusia, pues al menos asi lo creia el Rey Federico Guillelmo. Segun este monarca, semejante neutralidad garantizaria á la Francia el reposo del continente, y la dejaria libre para emplear todos sus esfuerzos contra la Inglaterra, lo cual á su entender merecia de su parte algunos sacrificios. Tales eran los diversos asuntos confiados á la prudencia de M. Lombard.

Entrevista de M. Lombard con el primer Cónsul.

Este secretario del Rey partió de Berlin para Bruxelas, muy recomendado á M. de Talleyrand por M. de Haugwitz; y muy lisonjeado con la idea de aproximarse y conferenciar con el primer Cónsul. Advertido éste de las disposiciones con que llegaba M. Lombard, le acogió de un modo brillante, y adoptó el mejor medio de introducirse en su ánimo, lisonjeándole por medio de una confianza sin límites, y manifestándole aun sus mas secretos pensamientos. Por otra parte, bien podia hacerlo entónces, sin riesgo, como lo verificó con una franqueza, y una verbosidad atractivas. Dijo á M. Lombard que no queria adquirir ningun nuevo territorio en el continente, pues solo deseaba conservar lo que las potencias habian reconocido como propiedad de la Francia, por medio de tratados públicos y secretos, á saber: el Rhin, los Alpes, el Piamonte, Parma, y el sostenimiento de sus relaciones con la República italiana y el reino de Etruria: estaba pronto á reconocer la independencia de la Suiza y de la Holanda; y resuelto á no mezclarse en los asuntos de Alemania, contando desde el *recès* de 1803; pues solo procuraba reprimir el despotismo marítimo de los ingleses, de seguro mas insoportable á otros que á él, porque la Prusia, Rusia, Suecia y Dinamarca se habian unido dos veces en veinte años, en 1780 y 1800, para hacerle cesar. Por lo tanto, á la Prusia tocaba ayudarle en aquella empresa; á la Prusia, que era la aliada natural de la Francia, de quien habia recibido en pocos años una multitud de servicios, y de la cual esperaba otros mayores. Si en efecto salia victorioso, completamente victorioso ¿qué no podria hacer por ella? ¿No tenia en su mano el Hannover, aquel complemento tan natural, tan necesario del territorio prusiano? ¿y no seria este un precio inmenso y cierto de la amistad que le manifestase en aquella circunstancia el Rey Federico Guillelmo? Pero para que saliese victorioso y se mostrase reconocido, era necesario que le ayudasen de un modo eficaz. Una buena voluntad ambigüa, una neutralidad mas ó menos extensa, eran solo socorros muy medianos. Era preciso ayudarle á cerrar completamente las costas de la Alemania, soportar algunos sufrimientos momentáneos, y ligarse á la Francia por un tratado de union patente y positivo. Lo que desde 1795 se conocia con el nombre de neutralidad prusiana no bastaba para asegurar la paz del continente; pues para hacerla cierta se necesitaba la alianza formal, pública, ofensiva y defensiva de la Prusia y de la Francia; existiendo la cual, ninguna potencia continental se atreveria á formar un solo proyecto. La Inglaterra quedaria entónces sola, reducida á luchar cuerpo á cuerpo con el ejército de Boloña; y si á la perspectiva de esta lucha se unia el cerrar para ella los mercados de la Europa, se veria obligada á transigir, ó seria aniquilada por la formidable expedicion que se preparaba en las costas de la Mancha. Mas para esto, repetia sin cesar el primer Cónsul, se necesita la alianza efectiva de la Prusia, y una concurrencia formal y completa de su parte á los proyectos de la Francia. Entónces venceria, entónces podria colmar de bienes á su aliada, y hacerle un presente, que no pedia, pero que deseaba ardientemente en el fondo de su corazon; cual era el Hannover.

Buen efecto que causa en el ánimo de M. Lombard el lenguaje del primer Cónsul.

El primer Cónsul, por la sinceridad y el calor de sus explicaciones, y el brillo de su imaginacion, no habia engañado, como en breve propaló en Berlin una faccion enemiga, sino convencido á M. Lombard. Habia concluido persuadiéndole que no meditaba nada contra la Alemania, que solo queria procurarse medios de accion contra la Inglaterra, y que el pago que daria á la Prusia si concurria á sus miras con franqueza y sinceridad, seria un engrandecimiento magnífico de territorio. En cuanto á las concesiones solicitadas por M. Lombard, el primer Cónsul le habia manifestado los graves inconvenientes que le impedian acceder á ellas; porque dejar que el comercio británico se ejerciese libremente, mientras se hacia una guerra que, hasta el dia tan incierto de un desembarco, no podia herir en nada á la Inglaterra, era abandonar á esta todas las ventajas de la lucha. El primer Cónsul llegó hasta declarar que estaba pronto á indemnizar á expensas del tesoro frances los per-

juicios que sufriese el comercio de Silesia. Sin embargo, en el caso que la Prusia, consintiese en estipular una alianza ofensiva y defensiva, estaba dispuesto á hacer algunas de las concesiones que deseaba el Rey Federico Guillelmo.

M. Lombard, convencido, deslumbrado y encantado con las familiaridades que habia usado con él el gran hombre, cuyas menores atenciones apreciaban con orgullo los príncipes, regresó á Berlin dispuesto á comunicar á su señor y á M. de Haugwitz todas aquellas ideas de que estaba lleno su espíritu.

El primer Cónsul, despues de haber tenido en Bruxelas una corte brillante, no teniendo ya nada que le detuviese en Flandes, mientras no se hallasen mas adelantados los trabajos mandados hacer en las costas, regresó á Paris, á donde le llamaban tantas atenciones del gobierno y de la diplomacia. Pasó por Lieja, Namur y Sedan; siendo recibido en todas partes con marcadas muestras de júbilo y entusiasmo, y llegó á Saint-Cloud en los primeros dias de Agosto.

Regresa el primer Cónsul á Paris.

A la vez que continuaba los preparativos de su grande expedicion, tenia deseos de ilustrar y fijar definitivamente sus relaciones con las grandes potencias del continente. En las inquietudes que manifestaba la Prusia, habia conocido claramente la influencia rusa, y tambien en la mala voluntad que le manifestaban en Madrid. El gabinete español se negaba, en efecto, á explicarse acerca del modo de ejecutar el tratado de San Ildefonso, y decia que la mediacion rusa hacia esperar todavia un fin pacífico, y que se debia aguardar al resultado de ella antes de tomar un partido decisivo. Otras circunstancias habian desagradado tambien al primer Cónsul; y una de ellas era la evidente parcialidad de la Rusia en el ensayo de mediacion que acababa de hacer; pues á pesar de que el primer Cónsul la habia aceptado con la mayor deferencia, y la Inglaterra, por el contrario, habia opuesto dificultades de toda especie, ya negándose á confiar la isla de Malta en manos de la potencia mediadora, ya argumentando hasta lo infinito acerca de la extension de la negociacion, la diplomacia rusa mas inclinada á la Inglaterra que á la Francia, parecia no hacer mas caso de la deferencia de la una que de la mala voluntad de la otra, como lo manifestaban las proposiciones recienllegadas de San Petersburgo. La Rusia declaraba, que, segun su parecer la Inglaterra debia devolver la isla de Malta á la Órden de San Juan de Jerusalen; pero que en cambio, era conveniente que se le concediese la isla de Lampedouse; que la Francia debia proporcionar ademas una indemnizacion al Rey de Cerdeña, reconocer y respetar la independencia de los Estados próximos á ella, y evacuar para siempre no solo á Tarento y el Hannover, sino tambien el reino de Etruria, la República italiana, la Suiza y la Holanda.

El primer Cónsul pone fin á la mediacion rusa.

Condiciones de una avenencia con la Inglaterra, ideadas por la Rusia.

Semejantes condiciones podian aceptarse bajo algunos conceptos, pero de ningun modo bajo otros. Conceder á Lampedouse en compensacion de Malta, era dar á los ingleses, el medio de hacer con dinero, que nunca les faltaba, un segundo Gibraltar en el Mediterráneo. Cerca habia estado el primer Cónsul de acceder á ello para conservar la paz, pero lanzado ahora en la guerra, y animado con la esperanza de salir victorioso, no queria hacer semejante sacrificio. Indemnizar al Rey del Piamonte no era para él cosa muy difícil, pues estaba pronto á destinar á este objeto el ducado de Parma ó un equivalente: evacuar á Tarento y el Hannover una vez restablecida la paz, era una consecuencia natural de la misma paz; pero evacuar la República italiana que no tenia ejército, y la Suiza y la Holanda, que al momento que se retirasen las tropas francesas se verian amenazadas de una contrarevolucion, era pedirle que entregase á los enemigos de la Francia los Estados, de que le habian dado el derecho de disponer diez años de guerras y de victorias. El primer Cónsul no podia, pues, admitir semejantes condiciones; y lo que le decidió, todavia mas á no permitir que continuase aquella mediacion, fue el modo con que se ofrecia. El primer Cónsul habia consentido

El primer Cónsul rechaza estas proposiciones.

en admitir la decision suprema, absoluta y sin apelacion del jóven Emperador, porque esto era interesar el honor de aquel monarca á que se manifestase justo y era al mismo tiempo tener la certeza de concluir de una vez; pero admitir el fallo parcial de los agentes rusos enteramente adictos á la Inglaterra, era suscribir á una negociacion desventajosa y sin término.

En su consecuencia, despues de haber discutido las proposiciones de la Rusia, despues de haber puesto de manifiesto la injusticia y el peligro de algunas, declaró que estaba siempre pronto á aceptar la decision personal del mismo Czar, pero no una negociacion conducida por su gabinete, de una manera poco amistosa para la Francia, y tan complicada, que no se podia aguardar su fin; que agradecia los buenos oficios del gabinete de San Petersburgo, pero que renunciaba á servirse mas de ellos, sin que por esto se entendiese que encomendaba á la guerra el cuidado de proporcionar la paz. La declaracion del primer Cónsul concluia con estas palabras, que revelan profundamente su carácter. «El primer Cónsul ha hecho todo lo posible para conservar la paz; y »habiendo sido inútiles sus esfuerzos, ha »debido conocer que la guerra estaba en »el órden del destino. Hará, pues, la »guerra, y no retrocederá ante una na»cion orgullosa, acostumbrada de veinte años á esta parte á someter á su vo»luntad á todas las naciones." (29 de Agosto de 1803.)

Tratóse á M. de Markoff con la mayor frialdad, y asi lo tenia merecido, por su lenguage y el comportamiento que usaba en Paris. Aprobador constante de la Inglaterra, de sus pretensiones y de su conducta, era el detractor público de la Francia y de su gobierno. Cuando se le decia que no se conformaba con las intenciones, al menos aparentes, de su amo, el cual hacia alarde de la mayor imparcialidad entre la Francia y la Inglaterra, contestaba, que *el Emperador tenia su opinion y los rusos la suya.* Era de temer que no se atrajese, en breve, alguna tempestad, semejante á la que habia descargado sobre lord Withworth; y aun mas desagradable, porque el primer Cónsul no sentia por M. de Markoff el afecto y consideracion que profesaba á lord Withworth.

Una vez roto el hilo de aquella falsa mediacion, sin romper, no obstante, con la Rusia, el primer Cónsul quiso obligar á la España á que se explicase acerca del modo como pensaba ejecutar el tratado de San Ildefonso. Tratábase de saber si tomaria parte en la guerra, ó si permaneceria neutral, suministrando á la Francia un subsidio en vez de un socorro de hombres y navios; pues el primer Cónsul no podia dedicarse enteramente á su expedicion, mientras que esta cuestion no quedase resuelta.

Despues de haber puesto término á la mediacion rusa, el primer Cónsul obliga á la España á explicarse.

La España sentia una repugnancia extremada en decidirse, y esto habia ocasionado que variase de sentimientos respecto á la Francia. Sin duda debia serle gravoso seguir á una potencia vecina en todas las vicisitudes de su política; pero al comprometerse por el tratado de San Ildefonso, en los lazos de una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, la España habia contraido una obligacion positiva, cuyas consecuencias era imposible poner en duda. Pero aparte de esta obligacion, necesario era que aquella nacion hubiese degenerado indignamente, para querer mantenerse á un lado, cuando iba á ventilarse por última vez la cuestion de la supremacia marítima. Si esta quedaba por la Inglaterra, era evidente que la España perderia su comercio, sus colonias y sus galeones, y finalmente, todo lo que de tres siglos á aquella parte componia su poderio y su riqueza (1). Cuando el pri-

(1) Como ya hemos dicho en otra parte, el autor de esta obra pierde todas las dotes de historiador imparcial, y hasta el buen juicio de hombre de talento, en tratando de justificar y encomiar los hechos de Napoleon y de la Francia de su tiempo, dando como sentado y justo á y obligatorio para los demas todo lo que convenia á su ambicion ó á su grandeza. Para llegar á este fin no se cuida de echar mano de suposiciones falsas, y hasta á veces pueriles, como son las que da aquí para justificar la razon con que se obligaba á España á una guerra desastrosa de todos modos para ella, pues la victoria no le podia dar mas que un dueño absoluto é incontrastable en Francia, y la derrota pérdidas sensibles

mer Cónsul la instigaba á obrar, lo hacia no solo para que cumpliese con un compromiso formal, sino tambien para que llenase sus mas sagrados deberes consigo misma; pero teniendo en consideracion la incapacidad en que se hallaba, permitia que permaneciese neutral, proporcionándole asi los medios de recibir los pesos fuertes de Mégico, con tal que destinase una parte para la guerra hecha en beneficio comun; en una palabra, con tal que pagase su deuda en metálico, ya que no podia pagar su deuda de sangre á la causa de la libertad de los mares.

Llega la España sin saberse por qué á un verdadero estado de hostilidad respecto á la Francia.

Nuestras relaciones con la España, alteradas, como ya se ha visto, con motivo de los sucesos de Portugal; un poco mejoradas despues, gracias á haber quedado vacante el ducado de Parma, se habian enfriado de nuevo hasta el punto de llegar á ser enteramente hostiles. Quejábanse diariamente en Madrid que se hubiese cedido la Luisiana, en cambio del reino de Etruria, al cual llamaban reino en el nombre, porque siendo incapaz de guardarse á sí mismo, tenian que guardarle las tropas francesas; y sobre todo, quejábanse de que Francia hubiese cedido la Luisiana á los Estados-Unidos. Deciase que si la Francia habia querido enagenar aquella preciosa colonia, debia haberse dirigido al efecto al Rey de España y no á los americanos, que vendrian á ser peligrosos para Mégico; y que si la Francia hubiera devuelto aquella colonia á Cárlos IV, este Rey se hubiera encargado de salvarla de las manos de los americanos y de los ingleses. En verdad que era ridículo que un gobierno que iba á perder á Mégico, el Perú y toda la América del sur, tuviese la pretension de poder conservar la Luisiana, la cual no era española ni por sus costumbres, ni por su inclinacion, ni por su idioma. Sin embargo, la enagenacion de la Luisiana, era uno de los cargos mas graves que se hacian en Madrid á la Francia, hasta el punto de pretender que dicha enagenacion era causa suficiente para verse libre de todo compromiso y obligacion hácia ella. Pero el verdadero motivo de todo aquel mal humor, era la negativa del primer Cónsul á agregar el ducado de Parma al reino de Etruria; negativa forzosa, porque estaba obligado á conservar algunos territorios para indemnizar al Rey del Piamonte, desde que se solicitaba con tanto afan una indemnizacion para aquel príncipe; y tambien porque, desde la enagenacion de la Luisiana, no eran las Floridas un objeto de cambio que se pudiese aceptar. El gabinete de Madrid no se habia limitado á manifestar su incomodidad á la Francia, guardando una conducta desabrida, sino que habia pasado á malos procederes: nuestro comercio era tratado de un modo indigno: bajo el pretexto de que hacian el contrabando, se habia apoderado de algunos buques, enviando sus tripulaciones á los presidios de Africa: no se tomaban en consideracion las reclamaciones de los súbditos franceses; y ni aun se dignaban contestar al embajador acerca de ningun particular. Para poner el colmo á los ultrajes acababa de tolerarse que los ingleses se apoderasen de algunos buques franceses en los fondeaderos de Algeciras y de Cádiz; en cuyo hecho, dejando á un lado la alianza, habia una violacion de territorio, que era indigno sufrir. La escuadra refugiada en la Coruña, estaba, con el achaque falso de que debia sufrir la cuarentena, fuera del fondeadero, donde no podia permanecer en seguridad; obligábase á los individuos de las tripulaciones á que muriesen á bordo, faltos de los recursos mas indispensables, y con especialidad del aire saludable de tierra. Bloqueada aquella escuadra por otra inglesa, no podia hacerse á la mar, sin descansar antes, sin que diese una carena de consideracion á los navíos, y sin que se renovasen sus víveres y municiones; todo lo cual se lo negaban,

---

sin compensacion alguna. Cuando por el contrario, la paz, aun cuando la dejaria espuesta á las vejaciones que siempre sufre un pais débil, colocado entre potencias poderosas, no podia esponerla á los ataques directos que con tanta seguridad trae en apoyo de sus palabras el autor de esta obra. Verdaderamente el gobierno español habia degenerado hasta la bajeza, pero no en resistirse á la Francia, sino en servirla como esclavo, en vez de sostener su dignidad, siguiendo una línea de política que le habian hecho ya impracticable sus mismos absurdos.

(Nota del Traductor.)

aun con el dinero en la mano (1). Finalmente, por una especie de baladronada, que ponia el colmo á sus malos procederes, mientras que el gabinete de Madrid dejaba á la marina española en un estado que causaba lástima, se ocupaba con el mayor cuidado del ejército de tierra, y organizaba las milicias, como si hubiera querido preparar una guerra nacional contra la Francia.

Motivos que podian impulsar al príncipe de la Paz a obrar como lo hacia.

¿Qué era lo que así podia impulsar á su perdicion al ineptо privado, cuyo mando envilecia la noble sangre de Luis XIV, y reducia á una nacion valiente á un estado vergonzoso de debilidad? La falta de firmeza en las ideas, la vanidad ofendida, la pereza, la incapacidad, tales eran los miserables móviles de aquel usurpador de la monarquia española. Antiguamente se habia inclinado hácia la Francia, y esto era bastante para que en su inconstancia se inclinase ahora hácia la Inglaterra. El primer Cónsul no habia podido dísimular el desprecio que le inspiraba, mientras que por el contrario, los agentes ingleses y rusos lo colmaban de adulaciones y lisonjas; y, sobre todo, la Francia le pedia ánimo, valor, actividad, y un gobierno que dirigiese bien los asuntos españoles, y esto era mas que lo que se necesitaba para que él detestase á un aliado tan exigente. Todo esto concluirá, habia dicho el primer Cónsul, *por un trueno*; y así se anunciaba, con siniestros resplandores, el rayo oculto en aquella nube espesa, que empezaba á amontonarse sobre el antiguo trono de España.

El sexto campamento de los formados en las costas del océano se reunia en Bayona, acelerándose sus aprestos y aumentándose su fuerza hasta formar un verdadero ejército, al mismo tiempo que se reunia otro cuerpo de tropas en los Pirineos orientales, poniéndose todas al mando de Augereau, quien fue nombrado general en gefe. El embajador de Francia recibió la órden de pedir á la corte de España una satisfaccion por todas las ofensas que habia hecho, y la reparacion de todos los males que habia causado; que, en su consecuencia, pusiese en libertad á los franceses detenidos, indemnizándolos de las pérdidas que habian sufrido; que castigase á los comandantes de los fuertes de Algeciras y de Cádiz, que habian permitido que los ingleses se apoderasen de algunos buques franceses, estando bajo el fuego de sus baterias; que se restituyesen los buques aprehendidos; que se admitiese en las ensenadas del Ferrol á la escuadra refugiada en la Coruña, y que se mandase fuese carenada y abastecida, procediéndose al momento á saldar la cuenta de sus costos con la Francia; que se licenciasen todas las milicias; y, por último, que la España eligiese, ó dar á la Francia un subsidio, ó

Peticiones perentorias dirigidas al gabinete de Madrid.

---

(1) Lo que el autor quiere dar aquí como malos procederes de la España, era el que como nacion independiente, castigase, segun sus leyes, á los extrangeros que valiéndose del predominio de su pais querian introducir contrabando en ella; y que segun los reglamentos sanitarios obligase á guardar cuarentena á una escuadra francesa procedente de Santo Domingo, donde hacia horrorosos estragos la fiebre amarilla; terrible epidemia que importada por buques de ultramar en algunas ciudades de Andalucia habia diezmado sus habitantes. Segun Mr. Thiers, en siendo por Francia y en beneficio de Francia, no solamente nada importaba que se destruyese el pais, ni se asolasen sus ciudades, sino que era un deber hacerlo así en virtud de ese nuevo derecho público que se desprende de sus justificaciones. En cuanto a los buques franceses apresados junto á nuestras costas, ya se sabe cuantas cosas tiene que sufrir una nacion débil; y bien cercanos están los ultrajes é insultos que nuestra aliada actual la Inglaterra ha hecho sufrir pocos meses ha á nuestro pabellon y en nuestros mismos puertos.

Comprendemos que un hombre grande dirigiendo una gran nacion, y empeñado en una lucha colosal, echase mano de cuantos medios pudiesen serle útiles ó necesarios para llevar á cabo su empresa, aun aquellos que llevan consigo el carácter de injustos: comprendemos que un historiador lo diga así, y hasta alabariamos su franqueza; pero echar mano para justificar estos medios, no en la grande escala de la necesidad misma de la empresa, sino en miserables y falsos subterfugios, nos parece indigno no solamente de un escritor tan entendido como M. Thiers, sino hasta del historiador mas adocenado.

(Nota del Traductor.)

ayudarla con 15 navios y 24,000 hombres, segun lo estipulado en el tratado de San Ildefonso. El general Beurnonville debia manifestar todo esto al príncipe de la Paz; decirle que si la corte de Madrid persistia en su loca y culpable conducta, solo sobre él descargaria la justa indignacion del gobierno frances, y que pasando la frontera las tropas francesas, se denunciaria al Rey y al pueblo de España, el yugo vergonzoso bajo que gemian, y del cual iban á librarlos. Si hecha esta declaracion al príncipe de la Paz no producia efecto, el general Beurnonville debia pedir una audiencia al Rey y á la Reina, repetirles lo que habia dicho al Príncipe, y si no se le hacia justicia, retirarse de la corte mientras recibia nuevos despachos de Paris.

El general Beurnonville se avista con el príncipe de la Paz.

Impaciente el general Beurnonville por poner término á ultrajes tan intolerables se apresuró á presentarse en casa del príncipe de la Paz, y decirle las duras verdades que debia hacer llegar á sus oidos; y para no dejarle ninguna duda acerca de la formalidad de aquellas amenazas, le enseñó varios párrafos de los despachos del primer Cónsul. El príncipe de la Paz perdió el color, derramó algunas lágrimas, manifestándose ya humilde ya arrogante; y concluyó declarando que el señor de Azara, tenia el encargo de entenderse en Paris con M. de Talleyrand; que ademas, aquello no le correspondia á él, que solo era príncipe de la Paz; que al escuchar al embajador de Francia se salia del papel que debia representar, porque era generalísimo de los ejércitos españoles, y no desempeñaba ningun otro cargo en el Estado; y que por lo tanto cualquiera declaracion que se tuviera que hacer debia dirigirse al ministro de Estado y no á él. Hasta se negó á tomar una nota que el general Beurnonville debia entregarle al concluir su entrevista; pero el general, irritado hasta el estremo, le dijo: Caballero, en vuestra antesala hay cincuenta personas, y voy á tomarlas por testigos de que os negais á recibir una nota que interesa al servicio de vuestro Rey, para

M. de Beurnonville recibe por respuesta que todo debe tratarse con el señor de Azara.

hacer constar que si no he podido cumplir con mi deber, no es mia la culpa, sino solo vuestra.—Intimidado el príncipe recibió la nota, y el general Beurnonville se retiró.

Queriendo el general desempeñar cumplidamente sus instrucciones, quiso ver al Rey y la Reina, y les halló sorprendidos, confusos, como si no comprendiesen nada de lo que pasaba; y le repitieron que el caballero de Azara, acababa de recibir instrucciones para arreglarlo todo con el primer Cónsul. Nuestro embajador dejó la corte, cortó sus relaciones con los ministros españoles, y se apresuró á poner en conocimiento de su gobierno lo que habia hecho y el poco resultado que habia obtenido.

Instrucciones que habia recibido de Madrid el señor de Azara.

Efectivamente, habia recibido el señor de Azara una comunicacion singular, inoportuna y desagradable para él. Este español, hombre de talento y de ingenio, era partidario sincero de la alianza entre España y Francia, y amigo personal del primer Cónsul desde las guerras de Italia, en donde habia desempeñado un papel conciliador entre el ejército frances y el Santo Padre. No ocultaba, por desgracia, el disgusto y dolor que le causaba el estado miserable de la corte de España, y ésta, descontenta, echaba la culpa al embajador de la poca consideracion que gozaba. En los despachos que acababa de recibir le decia el gabinete de Madrid, que era un humilde servidor del primer Cónsul, que de nada informaba á su corte y que no sabia salvarla de ninguna exigencia; llegando hasta manifestarle, que si el primer Cónsul no hubiera tenido tanto empeño en que permaneciese en Paris, se hubiera nombrado á otro representante. Por conclusion, se le encargaba que ofreciese á la Francia un subsidio de dos millones y medio de francos al mes (9,375,000 reales), declarando que esto era todo lo que la España podia hacer, pues no podia pagar un maravedí mas. El señor de Azara, transmitió aquellas proposiciones al primer Consul, y en seguida envió su dimision á Madrid.

El primer Cónsul llamó á M. de Hermann, secretario de embajada, que habia tenido relaciones personales con el prín-

cipe de la Paz, y le encargó que llevase sus órdenes á Madrid. M. Hermann debia dar á entender al príncipe de la Paz, que era preciso que se sometiese, ó se resignase á una caida inmediata preparada por los medios que Mr. Hermann tenia en su cartera. El primer Cónsul habia escrito una carta al Rey, en la cual denunciaba á aquel infeliz monarca las desgracias y vergüenzas de su corona, de manera, que despertase en él, sin ofenderle, el sentimiento de su dignidad; poniéndole, en seguida entre la alternativa de alejar de su lado á su favorito, ó de ver entrar inmediatamente á un ejército frances. Si despues de haber visto el príncipe de la Paz á M. Hermann, no daba una satisfaccion completa á la Francia, sin subterfugios ni nuevas remisiones al embajador en París, el general Beurnonville debia pedir una audiencia solemne á Cárlos IV, y entregarle en mano propia la terrible carta del primer Cónsul; y si á las veinte y cuatro horas despues no era depuesto y despedido el príncipe de la Paz, el general Beurnonville debia salir de Madrid, enviando á Augereau la órden de pasar la frontera.

Mision de M. Hermann en Madrid, y denuncia de la conducta del príncipe de la Paz al Rey de España por medio de una carta del primer Cónsul.

M. Hermann llegó á Madrid, y viendo al príncipe de la Paz, le manifestó las intenciones y deseos del primer Cónsul, encontrándole no ya arrogante y bajo, sino bajo solamente. Un ministro español que hubiera tenido la conviccion de defender los intereses de su pais, de representar dignamente á su Rey, y no cubrirle de ignominia, hubiera hecho frente á la desgracia, y lo hubiera arrostrado todo hasta la muerte antes que permitir tales exigencias de un gobierno extrangero: pero la posicion miserable del príncipe de la Paz no le dejaba ningun recurso para que mostrase energia. Sometióse, pues, y afirmó bajo su palabra de honor, que acababan de enviarse instrucciones al señor de Azara, y poderes para que accediese á todo lo que quisiera el primer Cónsul. Púsose esta respuesta en conocimiento del general Beurnonville; y éste, que tenia órdenes para exigir una solucion inmediata, sin darse por satisfecho de que se remitiese de nuevo aquel asunto á Paris, declaró al príncipe de la Paz, que sus instrucciones le ordenaban que no diese crédito á su palabra, y que, ó se firmase en el mismo Madrid la aceptacion de las condiciones del primer Cónsul, ó que entregase al Rey la carta fatal. El príncipe de la Paz repitió su triste respuesta; de que todo se concluiria al momento en Paris, conforme á los deseos del primer Cónsul. Aquella corte degradada creia salvar su honor dejando al señor de Azara el triste papel de someterse á las voluntades de la Francia, y remitiendo á 800 leguas de ella el espectáculo de su envilecimiento. El general Beurnonville, se creyó entonces obligado á presentar al Rey la carta del primer Cónsul. Los directores del Rey, es decir, la Reina y El príncipe hubieran podido negar la audiencia solicitada, pero en este caso Augereau hubiera recibido la órden de entrar en España. Para salir del paso idearon un medio, cual fue aconsejar á Cárlos IV, que recibiese la carta, persuadiéndole al mismo tiempo que no la abriese, pues contenia expresiones, de que se ofenderia; y esforzándose en probarle, que recibiéndola evitaria la entrada del ejército frances, y no abriéndola salvaria su dignidad. Dispuestas asi las cosas, el general Beurnonville fue admitido en el Escorial á presencia del Rey y de la Reina, no hallándose allí el príncipe de la Paz, pues el embajador tenia órden de no permitirlo; y entregó al monarca español, la denuncia abrumadora, de que era portador. Cárlos IV, con una libertad y frescura que probaba su ignorancia, dijo al embajador.—Recibo la carta del primer Consul puesto que él lo quiere, pero en breve os la devolveré sin haberla abierto. Dentro de pocos dias sabreis que este paso era inútil, porque el señor de Azara tiene el encargo de arreglarlo todo en Paris. Yo aprecio al primer Cónsul; quiero ser su fiel aliado, y proporcionarle todos los

De qué modo cumple M. Hermann su mision.

Susto del príncipe de la Paz, y su constancia en persistir que se arregle todo con el señor de Azara.

El Rey de España recibe la carta del primer Cónsul.

Medios imaginados para prevenir sus proyectos.

socorros de que puede disponer la corona.—Despues de esta respuesta oficial, recobrando el Rey el tono de una familiaridad poco digna del trono y de la situacion en que se hallaba, habló en términos vulgares de la viveza de su amigo el general Bonaparte, y de su resolucion de perdonarle todo, para no romper la union que existia entre ambas córtes. El embajador se retiró confundido, sufriendo cruelmente á la presencia de tal espectáculo, y creyendo debia aguardar un nuevo correo de Paris, antes de enviar al general Augereau la órden de marchar.

Ordenes remitidas á Paris para concluir á gusto del primer Cónsul las diferencias sobrevenidas con la corte de España.

Esta vez habia dicho verdad el príncipe de la Paz; pues el señor de Azara habia recibido la autorizacion necesaria para firmar las condiciones impuestas por el primer Cónsul. Convinose que la España permaneceria neutral; que en cambio de los socorros estipulados en el tratado de San Ildefonso, pagaria á la Francia un subsídio de 6 millones de francos al mes, (22 y medio millones de reales) de los cuales se quedaria con una tercera parte para el arreglo de las cuentas que existian entre ambos gobiernos; y que la España satisfaria en un solo pago los cuatro meses vencidos desde el principio de la guerra, es decir 16 millones de francos (60 millones de reales). Un agente llamado de Hervas, que trataba en Paris los asuntos rentísticos de la corte de Madrid, debia pasar á Holanda para contratar un empréstito con la casa de Hope, entregándole los pesos fuertes que debian venir de Mégico. Dióse por entendido que si la Inglaterra declaraba la guerra á la España, cesaria el subsidio; y en cambio de estos socorros se estipuló, que si llegaba á triunfar de la Gran Bretaña el primer Cónsul, la Francia haria que se devolviese á su aliada, primero la isla de la Trinidad, y ademas, en caso de un triunfo completo la célebre fortaleza de Gibraltar.

Tratado de subsidio entre la España y la Francia.

Firmado este convenio, insistió el señor de Azara en presentar su dimision, aunque se hallaba pobre y privado de todo recurso para aliviar su precoz vejez; y poco tiempo despues murió en Paris. El príncipe de la Paz tuvo aun bastante poca dignidad para escribir á su agente Hervas, y encargarle, segun decia, el arreglo de sus negocios personales con el primer Cónsul. Segun él, todo lo que habia pasado no era hijo mas que de un error, una de esas incomodidades comunes entre personas que se aman, y que despues quedan mas amigas que antes. Tal era aquel personage, y tal la elevacion y fuerza de su carácter.

Setiembre de 1803.

Ya habia llegado el otoño; aproximábase la mala estacion, y una de las tres ocasiones que se creian ser las mejores para pasar el estrecho, iba á presentarse con las nieblas y las largas noches del invierno. Por lo tanto, el primer Cónsul se ocupaba sin descanso en su grande empresa. El fin de la cuestion con España habia venido muy á tiempo, no solo para proporcionarle recursos pecuniarios, sino tambien para tener mas tropas de que disponer; pues el ejército reunido en los Pirineos recibió la órden de disolverse; y los cuerpos que le componian fueron encaminados hácia el Océano. Varios de estos cuerpos se situaron en Saintes, próximos á la escuadra de Rochefort, y otros recibieron órden de dirigirse á Bretaña para ser embarcados en la grande escuadra de Brest. Augereau mandaba el campamento formado en aquella provincia. El proyecto del primer Cónsul, iba sazonándose en su cabeza, y le parecia que para desconcertar mas al gobierno ingles era menester atacarle por varios puntos á la vez, y que una parte de los 150,000 hombres destinados á la invasion debiau ser desembarcados en Irlanda; tal era el objeto de los preparativos que se hacian en Brest. El ministro Decrès habia tenido una entrevista con los irlandeses fugitivos, que ya habian procurado librar á su patria del yugo de la Inglaterra; los cuales prometian un levantamiento general, en el caso que desembarcasen 18,000 hombres con un material completo y gran número de armas; solicitando por premio de sus es-

Continuacion de los preparativos para la expedicion de Inglaterra.

La escuadra de Brest destinada á la Irlanda.

fuerzos que la Francia no hiciese la paz sin exigir la independencia de la Irlanda. El primer Cónsul habia consentido en ello con la condicion de que un cuerpo de 20,000 irlandeses, al menos, se uniria al ejército frances, y combatiria con él mientras durase la expedicion. Los irlandeses eran confiados y fecundos en promesas, como lo son todos los emigrados; sin embargo, habia entre ellos algunos que no daban grandes esperanzas, ni aun prometian ningun socoro efectivo pôr parte de la poblacion; empero, segun su parecer, debian hallarla, al menos, en buen sentido, y esto era bastante para dar apoyo á nuestro ejército, poner en grande apuro á la Inglaterra, y acaso paralizar 40 ó 50,000 soldados ingleses. La expedicion de Irlanda tenia tambien la ventaja de mantener incierto al enemigo sobre el verdadero punto de ataque. En efecto, sin esta expedicion, la Inglaterra hubiera creido qne solo se abrigaba el proyecto de pasar el estrecho para dirigir un ejército sobre Lóndres; pero con los preparativos de Brest, muchas personas pensaban que todo lo que se hacia en Boloña, era solo una farsa; y que el proyecto verdadero consistia en una grande expedicion contra la Irlanda. Las dudas que se inspiraban respecto á este particular eran ya un primer resultado muy útil.

La escuadra que se habia quedado en el Ferrol se hallaba ya fondeada, reparándose, y provista de víveres frescos, que tanto necesitaban las tripulaciones. La de Tolon se estaba preparando. Comenzábase en Holanda á equipar la escuadra de alto bordo, y á reunir la masa de lanchas cañoneras necesarias para formar la flotilla bátava. Pero en Boloña, principalmente marchaba todo con un ardor y una rapidez maravillosos.

El primer Cónsul hace le dispongan un apeadero en Boloña en una pequeña alqueria del Puente de los Ladrillos.

Persuadido el primer Cónsul que es necesario verlo todo por si mismo, y que los agentes mas seguros son muy á menudo inexactos en sus relaciones, bien por falta de atencion ó de inteligencia, cuando no por deseos de mentir, formó la intencion de trasladarse con frecuencia á Boloña; para cuyo efecto mandó alquilar una pequeña alqueria en un pueblo llamado Puente de los Ladrillos, y hacer en ella los aprestos necesarios para habitarla con su servidumbre militar. Salia por la tarde de Saint-Cloud, y pasando las sesenta leguas que separan á Paris de Boloña, con la misma rapidez que corren los príncipes para gozar placeres vulgares, llegaba á las cuarenta ó cuarenta y cinco horas al teatro de sus inmensos trabajos, y lo examinaba todo, antes de entregarse por un momento al sueño. Habia querido que el almirante Bruix, extenuado de fatiga, y á veces bastante agitado por sus disputas con el ministro Decrès, no viviese en Boloña, sino en la misma costa, sobre una altura desde la cual se divisaba el puerto, la rada y los campamentos. Allí se habia construido una barraca bien calafateada, dentro de la cual acababa su vida aquel hombre tan digno de ser sentido, teniendo sin cesar á su vista todas las partes de la vasta creacion, de que estaba encargado. Se habia resignado á vivir en aquella morada peligrosa á su debilitada existencia, á fin de satisfacer la inquieta vigilancia del gefe del gobierno (1). Tambien habia mandado el

(1) Hé aquí un extracto de la correspondencia del ministro Decrès, que prueba la adhesion del almirante Bruix á aquella empresa, y retrata bien la naturaleza de su carácter. Pero sus padecimientos eran menos imaginarios que lo que creia el ministro Decrès, porque murió al año siguiente.

Boloña 7 de Enero de 1804.

El ministro de la marina y de las colonias, al primer Cónsul.

Ciudadano Consul:

El almirante Bruix, no ha dejado de conocer vuestro descontento, y me ha parecido muy aliviado con haberme hallado en disposicion de hablar en confianza con él. *Ve diariamente al general Latouche en los puertos de Boloña*, y esta idea, de todo tendrá para él menos de agradable.

Es tan grande y de tanta importancia, me ha dicho, el asunto que se trae entre manos, que no puede ser confiado sino al hombre que el primer Cónsul crea mas digno de ello. Concedo que no debe admitirse ninguna consideracion particular; y que si el primer Cónsul cree á Latouche mas capaz, debe nombrarle, y hará bien. Por lo que hace á mí, en la situacion á que han llegado las cosas, no puedo abandonar

primer Cónsul construir una barraca igual para su uso, próxima á la del almirante, y en ella pasaba algunas veces los dias y las noches; llevando su vigilancia hasta exigir que los generales Davout, Ney y Soult residiesen sin interrupcion enmedio de los campamentos; asistiesen en persona á los trabajos y á las maniobras, y le diesen diariamente cuenta de las menores circunstancias. El general Soult, que se distinguia por la preciosa cualidad de la vigilancia, le era de la mayor utilidad. Cuando el primer Cónsul habia recibido de sus lugartenientes la correspondencia diaria, á la cual contestaba al instante, salia para averiguar por sí mismo la exactitud de las relaciones que le habian dirigido no creyendo nunca mas que á sus propios ojos.

Los ingleses procuraban en cuanto podian impedir la ejecucion de los trabajos destinados á proteger el fondeadero de Boloña; y su crucero compuesto por lo regular de unos veinte buques, tres ó cuatro navios de 74, cinco ó seis fragatas y diez ó doce bergantines y corbetas, y un cierto número de lanchas cañoneras, hacian un fuego continuo sobre nuestros trabajadores. Sus proyectiles venian á caer en el puerto y en los campamentos, y aunque no hacian mucho daño; incomodaban bastante, y cuando se hallasen reunidas muchas embarcaciones, era posible causaran algun destrozo considerable, y acaso algun incendio. Se habia verificado tambien que una noche, adelantándose con mucho arrojo en sus lanchas, sorprendieron el taller donde se trabajaba en la construccion del fuerte de madera, cortaron las mazas que servian para clavar las estacas, y paralizaron los trabajos por varios dias. El primer Cónsul sintió el mayor disgusto, y dió nuevas órdenes para impedir que en adelante sucediese otro caso igual. Lanchas armadas, relevándose como centinelas, debian pasar la noche, al rededor de las obras. Estimulados los operarios y picados en su honor, asi como los soldados qus se conducen al enemigo, se pusieron á trabajar á la vista de los ingleses y bajo el fuego de su artilleria. Solo en la marea baja podian seguirse los trabajos; y al momento que quedaban descubiertas las cabezas de las estacas, para poder apisonarlas, ponian manos á la obra, aun antes de que se retirasen las aguas y permanecian hasta la siguiente marea, con la mitad del cuerpo en el agua, trabajando y cantando bajo el fuego de los ingleses. Entretanto, el primer Cónsul con su asombrosa fecundidad, inventó nuevas precauciones para alejar al enemigo. Mandó hacer experimentos en las costas, para conocer á qué distancia llegaria la bala de un cañon de grueso calibre, disparándolo bajo un ángulo de 45 grados, y sobre poco mas ó menos como se tira con un mortero. Dicho experimento dió por resultado que las balas de calibre de á 24, llegaron á una distancia de 2,300 toesas, con lo cual se obligó á los ingleses á alejarse otro tanto. Pero aun hizo mas, pues pensando siempre en el mismo objeto, fue el primero que ideó un medio que causa hoy dia espantosos estragos y que parece debe ejercer un gran influjo en la guera maritima, cual es el

Esfuerzos de los ingleses para impedir los trabajos de Boloña.

---

la partida y serviré á las órdenes de Latouche.—Pero ¿te lo permite tu salud?—Sí, será menester que me lo permita, y creo que lo hará.—Pide el primer Cónsul tanta actividad, y da un ejemplo tan extraordinario!--Pues bien! he visto que ese ejemplo era una leccion que me daba, y no será perdida.—Cómo! ¿entrarás en todos los pormenores, inspeccionarás cada buque?—Sí, lo haré puesto que asi lo quiere, y aunque yo crea que mi método, que consiste en hacer se trabaje mucho y mostrarse poco, vale tanto como el suyo.--Pero el primer Cónsul....—Oh! él puede mostrarse á cada momento porque siempre subyuga; pero nosotros que no somos *él*, ni siquiera el Efestion de tu Alejandro, debemos obrar con mas reserva. Pero él lo quiere, él lo entiende asi, y yo quiero mostrarle que sé hacer cuanto desea.--

Hé aquí, ciudadano Cónsul, una parte de mi diálogo con él. Parecia que estaba tan bueno, cuando habiendo entrado algunos generales al fin de nuestra conferencia, y preguntádole por su salud, pasó de improviso á su aire moribundo, y empezó á quejarse con voz dolorida. ¡Sacrificio involuntario á su antigua costumbre!

De todo lo que me ha dicho resulta, que teme mucho que le quiteis el mando, que no me ha ocultádo que abrigaba este temor, y que me ha prometido hacerlo todo del modo mas minucioso segun vos mismo le dais el ejemplo, y esto á contar desde hoy.

DEGRES.

El primer Cónsul idea emplear los proyectiles huecos para mantener á los ingleses á la distancia conveniente

emplear contra los buques proyectiles huecos. Mandó que hiciesen fuego á los barcos con obuses, cuyas bombas reventando, bien en el casco ó en el vélamen, debian producir, ó brechas considerables en el cuerpo del buque, ó un gran destrozo en sus aparejos. *Es necesario atacar la madera*, escribia, *con proyectiles que se revienten;* pero como nada se hace con facilidad, particularmente cuando hay que vencer antiguas costumbres, tuvo que reiterar muy á menudo sus instrucciones. Cuando los ingleses vieron que en vez de una de esas balas macizas, que si bien atraviesan como el rayo cuanto encuentran á su paso, no hacen un destrozo mayor que su diámetro, les lanzaban un proyectil que aunque con menos fuerza, estalla como una mina, ó en los costados del navio ó sobre la cabeza de sus defensores, quedaron sorprendidos, y se mantuvieron á una distancia respetable. Finalmente, para mayor seguridad, el primer Cónsul ideó un medio no menos ingenioso, cual fue el establecimiento de baterias submarinas; es decir que mandó colocar baterias de cañones y morteros de grueso calibre en el fondo del mar, las cuales quedaban descubiertas en la marea baja, y cubiertas cuando aquella crecia; costando no poco trabajo el asegurar las plataformas, sobre que debian colocarse las piezas, é impedir que se cubriesen de arena, ó se hundiesen. Logróse, sin embargo; y á la hora de la marea baja, que era la del trabajo, cuando los ingleses se aproximaban para interrumpirle, eran recibidos con descargas de artilleria que partian de improviso de la linea de la baja mar; de suerte, que en cierto modo se adelantaban los fuegos y retrocedian con la misma mar. Estas baterias no sirvieron mas que mientras se construyeron los fuertes, pues desde que estos quedaron concluidos fueron aquellas inútiles (1).

Establécense baterias submarinas cubiertas por las aguas en la pleamar y descubiertas en la marea baja, las cuales contienen á gran distancia al enemigo.

El fuerte de madera fue el primero que se concluyó, gracias á la naturaleza de la construccion. Estableciéronse sólidas plataformas sobre la cabeza de las estacas, y algunos pies mas elevadas de la mayor marca; y se armó con diez piezas de grueso calibre y algunos grandes morteros; y desde que empezaron á hacer fuego, no volvieron á presentarse los ingleses á la entrada del puerto. En toda la ribera escarpada se pusieron cañones de á 24, de á 36, y morteros, colocándose en la costa unas 500 bocas de fuego, por cuya razon recibió de los ingleses y de los franceses el nombre de *Costa de hierro*, viniendo á ser desde entonces inaccesible. Entretanto se concluian los fuertes de canteria, sin otro obstáculo que el de la mar; pues á la entrada del invierno, particularmente, son algunas veces tan fuertes las marejadas á impulso de los vientos de la Mancha, que destruyen é inundan las obras mas sólidas y elevadas: por dos veces se llevaron trozos de murallas enteros, y precipitaron desde lo alto de ellas al fondo del mar piedras enormes. No obstante, continuáronse aquellas dos importantes obras, indispensables á la seguridad del fondeadero.

Durante aquellos trabajos las tropas aproximadas á las costas habian construido sus barracas, y trazado sus campamentos, á semejanza de verdaderas ciudades militares, divididas en barrios y atravesadas por largas calles; y concluido este trabajo, se habian repartido alrededor de la ensenada de Boloña, pues se habian dividido los trabajos, y cada regimiento debia sacar una porcion determinada de aquella enorme masa de arena y de fango que llenaba el fondo del Liana. Los unos limpiaban el cauce del rio, ó la ensenada semicircular, y los otros clavaban las estacas destinadas á formar los muelles. Tambien se habia empezado á formar los puertos de Wimereux y de Ambleteuse, empresa reconocida como posible; y trabajábase en extraer la arena y el limo, en construir exclusas, y finalmente en formar un canal de entrada por me-

Hacen las tropas la excavacion de las ensenadas.

(1) Todos estos pormenores están estractados de las correspondencias originales del almirante Bruix y de Napoleon, que ya hemos citado.

dio de repetidas presas. Otros destacamentos se ocupaban en abrir caminos para unir entre sí y con los bosques inmediatos los puertos de Wimereux, de Ambleteuse, de Boloña y de Etaples.

Excelentes disposiciones físicas y morales de las tropas reunidas en el campamento de Boloña.

Las tropas destinadas á tan fuertes trabajos se relevaban despues de haber desempeñado sus tareas, y las que habian cesado de remover la tierra, se entregaban á maniobras de todo género, propias para perfeccionar su instruccion. Vestidas con trages fuertes de trabajadores, calzadas con zuecos ó zapatos de suelas de madera para preservarlas de la humedad del suelo, bien alojadas, alimentados abundantemente, gracias al sueldo que recibian por su trabajo, á mas de su prest, y viviendo á campo raso, gozaban de una perfecta salud, apesar de hallarse en medio de un clima crudísimo y en la mala estacion. Contentas, ocupadas, animadas, de la mayor confianza acerca del buen éxito de la empresa que se preparaba, adquirian diariamente aquella doble fuerza física y moral que debia servirles para vencer al mundo.

Empiézase á reconcentrar la flotilla

Habia ya llegado el momento de reconcentrar la flotilla. La construccion de los barcos de todas especies se hallaba casi concluida en todas partes; despues de lo cual se habian conducido á la embocadura de los rios, y habian sido aparejados y armados en los puertos. Los trabajadores que habian quedado libres en el interior habian sido formados en compañías y conducidos tanto á Boloña como á los otros puertos, donde se proponian destinarlos en el cuidado y conservacion de la flotilla, ya reunida.

Fue, pues, necesario proceder á aquellas concentraciones, esperadas con impaciencia por los ingleses, en la confianza de destruir hasta el último de nuestros pequeños buques; y en esto es en donde mejor pueden juzgarse los recursos de la imaginacion del primer Cónsul. Las divisiones de la flotilla que debia reunirse en Boloña, iban á partir de todos los puntos de las costas del Océano, desde Bayona hasta Texel, para juntarse en el estrecho de Calais; y debian navegar siempre próximas á la tierra, y encallar cuando se vieran muy estrechadas por los cruceros ingleses; pero uno ó dos accidentes acaecidos á los buques de la flotilla, suministraron al primer Cónsul la idea de un sistema de socorro, tan seguro como ingenioso. Habiendo visto que algunas lanchas que habian varado en la costa para huir del enemigo, habian sido socorridas oportunamente por los habitantes de los pueblos vecinos, llamó esta circunstancia su atencion, y mandó distribuir á lo largo del mar, desde Nantes hasta Brest, desde Brest hasta Cherburgo, y desde Cherburgo y el Havre hasta Boloña, numerosos cuerpos de caballeria, los cuales tenian consigo baterías de campaña adiestradas á maniobrar con rapidez, y á correr al galope sobre las arenas compactas que deja la mar en descubierto al retirarse, las cuales por lo general tienen la solidez necesaria para sostener el peso de los caballos y carruages. Nuestros escuadrones, arrastrando en su seguimiento á la artilleria, debian recorrer sin cesar la playa, adelantarse ó retirarse con la mar, y proteger con sus fuegos la travesía de las embarcaciones. Comunmente la artilleria volante, solo usa de piezas de pequeño calibre; pero el primer Cónsul habia hecho varios experimentos, hasta lograr que tirasen piezas de á 16 con de misma rapidez que si fueran de á 4 ó la á 8. Tambien habia exigido y logrado que cada soldado de caballeria, fuese apto para cualquier servicio; que echase pie á tierra, sirviese las piezas ó corriese con la carabina en la mano al socorro de los marineros que se arrojasen en la costa. «Es necesario recordar á los »húsares, escribia al ministro de la guer»ra que un soldado frances debe ser gi»nete, infante y artillero, que debe ha»cer frente á todo.....» (29 de Septiembre). Los generales Lemarrois y Sebastiani tenian el mando de toda aquella caballeria; y habian recibido la órden de estar siempre á caballo, de hacer maniobrar diariamente á los escuadrones con sus piezas, y de estar siempre enterados del movimiento de los convoyes para escoltarlos en su marcha (1).

Ingenioso destino dado á la caballeria y á la artilleria de campaña, para proteger las divisiones de la flotilla en su navegacion á lo largo de las costas

(1) La siguiente carta, escrita á causa

Este sistema, dió, como se verá, resultados excelentes. Las embarcaciones estaban divididas en convoyes de 30, 50 y hasta 60 velas, y debian empezar á salir hácia fines de Setiembre, de San Malo, Granville, Cherburgo y de las orillas de Caen, del Hávre y de Saint-Valery. Pocas eran las que habia mas allá de la punta de Brest, pero guardaban los ingleses con tanto cuidado aquella parte de nuestras costas, que era oportuno no hacer la travesia sino despues de haber efectuado numerosos ensayos. Un mismo comandante no debia conducir los convoyes desde el punto de partida hasta el de llegada; pues se habia creido que el oficial de mar que conocia bien las costas de Bretaña, por ejemplo, no conoceria quizas tan bien las de Normandía ó Picardía. Asi, pues, se habian distribuido estos segun sus conocimientos locales; y, como sucede á los prácticos, no salian del distrito que se les habia fijado, en cuyo límite recibian el convoy, lo conducian hasta el del distrito inmediato, y asi se los transmitian de mano en mano hasta Boloña. Habianse embarcado tropas en los buques y hasta caballos en los que estaban destinados á recibirlos; cargándolos, en una palabra, como debian estarlo durante la travesia de Francia á Inglaterra; pues el primer Cónsul habia mandado que se examinase con el mayor cuidado cómo se sostenian en la mar con el peso que debian conducir.

Hácia últimos de Setiembre (primeros de Vendimiario del año XII) salió de Dunkerque para doblar el cabo de Grisnez y dirigirse á Boloña, una division compuesta de lanchas cañoneras, barcos artilleros y peniches, al mando del capitan de navío Saint-Haouen, el cual, apesar de ser muy arrojado y valiente, marchaba con la mayor precaucion. Cuando se halló á la altura de Calais, se dejó intimidar por una circunstancia poco importante en la realidad, cual fue la de ver á un crucero ingles trasponer como si fuese en busca de otros buques. Temiendo entonces verse asaltado en breve por una escuadra numerosa, en vez de forzar velas para ganar el puerto de Boloña, arribó al de Calais. Noticioso el almirante Bruix de aquella falta, acudió en persona para repararla en cuanto fuera posible, y viendo, en efecto, que los ingleses habian vuelto en gran número, y que era evidente iban á encarnizarse sobre el puerto de Calais para impedir que saliese la division que se habia refugiado en él, se dirigió á Dunkerque para apresurar la organizacion de una segunda division que se hallaba lista en aquel puerto, y hacerla que acudiese al socorro de la primera.

Combates sostenidos por los capitanes Saint-Haouen y Pevrieux en las cercanias del cabo Grispez, para conducir á Boloña las divisiones de Dunkerque y de Calais.

Los ingleses se hallaban al frente de Calais con una fuerza considerable, especialmente en bombardas, y el dia 27 de Septiembre (4 de Vendimiario) lanzaron un gran número de bombas sobre la ciudad y el puerto, que causaron la muerte de uno ó dos hombres, si bien no hicieron ningun daño á las embar-

---

de un descuido que se habia cometido, prueba en que estado habia puesto la costa.

30 de Octubre de 1803.

Al general Davout.

Ciudadano general Davout: He visto con sentimiento por el parte del general de brigada Seras, que los ingleses han tenido tiempo para coger y desmantelar la embarcacion que habia encallado entre Gravelines y Calais. En la situacion en que se halla la costa no debia esto suceder, y los destacamentos de caballeria y piezas movibles debian haber estado allí, para impedir á los ingleses que se hubiesen apoderado de la embarcacion. Esta es la segunda vez, que los buques varados en esa costa no han sido socorridos; cuya culpa la tiene el encargado por vos de la vigilancia de ella. Nombrad á dos generales de brigada para que la inspeccionen, el uno desde Calais hasta Dunkerque, y el otro desde Dunkerque hasta el Escalda. Los piquetes de caballeria deben organizarse de modo que se cruzen sin cesar, y las piezas deben estar enganchadas, para que á la primera señal puedan llegar en breve tiempo á los sitios donde abarranquen las embarcaciones. Finalmente, esos generales inspectores deben estar siempre á caballo, hacer maniobrar las baterias de tierra, inspeccionar los artilleros guarda-costas, y escoltar las flotillas desde que se pongan en movimiento. Mandadme una nota con el número de puestos que háyais colocado, y el sitio donde háyais mandado establecer artilleria volante.

caciones. Al momento acudió al galope á la playa la artillería volante, y contestando con un fuego bien nutrido al que hacian los ingleses, se vieron estos obligados á retirarse, confusos y avergonzados por haber conseguido tan poco. Al dia siguiente mandó el almirante Bruix á la division de Saint-Haouen que se hiciese á la vela para hacer frente al crucero enemigo, impedir un nuevo bombardeo, y, si le era posible, doblar el cabo, á fin de dirigirse á Boloña. Al mismo tiempo debia hacerse al mar la division de Dunkerque, al mando del capitan Pevrieux, para apoyar á la primera; y el contra-almirante Magon, que mandaba en Boloña, tenia órden para salir por su parte de aquel puerto con todas las fuerzas que estuviesen en estado de darse á la vela, y dar la mano á las divisiones de Saint-Haouen y Pevrieux, si lograban doblar el cabo Grisnez.

El 28 de Setiembre por la mañana (5 de Vendimiario del año XII) el capitan Saint-Haouen salió atrevidamente de Calais y se adelantó hasta tiro de cañon. Los ingleses hicieron un movimiento para ponerse al viento, y aprovechándose hábilmente de él el capitan Saint-Haouen se dirigió á toda vela hácia el cabo Grisnez. Mas un poco mas allá del cabo le alcanzaron de nuevo los ingleses y rompieron sobre la division un fuego terrible de artillería. Era de temer que unos veinte buques enemigos, algunos de ellos de gran porte, echasen á fondo á nuestras débiles embarcaciones; pero nada de esto sucedió; y el capitan Saint-Haouen, continuó su navegacion bajo el fuego de los ingleses, sin sufrir mucho daño. Un batallon de la 46 y un destacamento de la 22, manejaban el remo con admirable sangre fria bajo un fuego muy vivo, pero, por fortuna, poco mortífero. A este tiempo habia acudido á la playa la artillería volante y sus fuegos respondian con ventaja al de los ingleses. Finalmente, despues de medio dia el capitan Saint-Haouen fondeó en la rada de Boloña en union de un destacamento que habia salido de dicho puerto á las órdenes del contra-almirante Magon. La segunda division de Dunkerque, que se habia dado á la mar, se hallaba ya á vista del cabo Grisnez; pero detenida por la calma y la marea se vió obligada á fondear de la parte de allá de dicho cabo á lo largo de una costa descubierta. Así permaneció hasta el momento en que cambiando la coriente pudo dirigirse hácia Boloña; pero á falta de viento se vió obligada á servirse de los remos. Quince buques ingleses entre fragatas, corbetas y bergantines le aguardaban en el cabo Grisnez, en donde siendo mayor la profundidad del agua, y pudiendo los cruceros ingleses aproximarse mas á tierra, sin que quedase á nuestras embarcaciones el recurso de varar-se en la playa, debian concebirse serios temores por su suerte. Mas á pesar de todo, pasaron como las de la víspera, manejando nuestros soldados el remo con la mayor intrepidez, y recibiendo los ingleses de nuestra artillería, mas daño que el que podian hacer á nuestras lanchas cañoneras. La flotilla de Boloña y la division de Saint-Haouen, habian vuelto á salir al encuentro de la division de Pevrieux, uniéndose á ella á la altura de un lugar llamado la Torre de Croy, delante de Wimereux. Entonces las tres divisiones reunidas se detuvieron, y formándose en linea, presentando á los ingleses sus proas armadas de cañones, se dirigieron hácia ellos rompiendo un vivo fuego, el cual duró dos horas. Las balas de nuestras pequeñas embarcaciones solian acertar los grandes buques ingleses, y por el contrario era muy raro cuando daba en ellas una bala enemiga. Al fin se retiraron los ingleses, llevando algunos buques bastante maltratados, y en necesidad de ir á reponerse al arsenal. Una de nuestras lanchas, atrevesada de un balazo, que fue la única á quien sucedió este accidente, tuvo bastante tiempo para varar en la playa antes de irse á fondo.

El feliz éxito de estos primeros encuentros inspira una confianza general.

Este combate que fue seguido mas tarde de otros muchos mas importantes y mortíferos, produjo un efecto decisivo en la opinion de la marina y del ejército; pues dió á conocer que con dificultad podrian los grandes buques de los ingleses echar á pique nuestras ligeras embarcaciones, y que estas harian mas daño á sus gigantescos adversarios que el que recibieran de ellos; como asimismo el socorro que se podia sacar de la cooperacion de las tropas de tierra, las cuales sin estar

todavia egercitados habian manejado el remo, y servido la artilleria de marina con una rara destreza, y sobre todo se habian manifestado sin temor al mar, y sumamente solícitos en secundar á los marineros (1).

Apenas se hizo esta prueba se puso el mayor empeño en renovarla; y numerosos convoyes partieron sucesivamente de todos los puertos de la Mancha, para la reunion general que debia verificarse en Boloña. Varios oficiales de marina, los capitanes Saint-Haouen y Pevrieux, cuyos nombres acabamos de citar, y los capitanes Hamelin y Daugier, se distinguieron en aquella especie de navegacion de cabotage por su valor y por su habilidad. Navegando nuestras embarcaciones ya á la vela, ya al remo, seguian á lo largo de la costa á pequeña distancia de los destacamentos de caballeria y de artilleria prontos á protegerlas. Rara vez se vieron obligadas á refugiarse en la orilla, porque casi siempre navegaron á la vista de los ingleses, sosteniendo sus fuegos, y á veces deteniéndose, cuando tenian tiempo, para hacer frente al enemigo y presentarle su proa armada con piezas de grueso calibre, logrando no pocas hacer retirar á los bergantines, las corbetas y aun á las fragatas. Si en algunas ocasiones vararon fue mas bien por el mal tiempo, que por huir de la fuerza de sus adversarios: cuando esto les acontecia, saltaban los ingleses en sus esquifes para apoderarse de las lanchas ó peniches embarrancados; pero corriendo nuestros artilleros con sus piezas á la playa, ó bien nuestros soldados de caballeria, cambiados de pronto en infantes, y casi en marineros, venian hasta en medio de las olas al socorro de los marineros, alejaban las lanchas inglesas con el fuego de sus carabinas, y las obligaban á hacerse de nuevo á la mar, sin llevar presa alguna, y á veces despues de haber perdido varios de sus mas intrépidos marineros.

Octubre de 1803.

En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, entraron en Boloña cerca de mil embarcaciones, entre lanchas cañoneras, barcos artilleros y peniches que habian salido de varios puertos. De todos ellos solo cayeron en poder de los ingleses tres ó cuatro, perdiéndose en el mar otros diez ó doce.

A consecuencia de los experimentos hechos en la travesia á lo largo de la costa, se hacen algunos cambios en el armamento y estiva de las embarcaciones.

Estas cortas y frecuentes travesias dieron ocasion para hacer muchas observaciones útiles; dando tambien á conocer la superioridad de las lanchas cañoneras sobre los barcos artilleros; pues estos se movian con mas dificultad, abatian mas el rumbo, y sobre todo, no eran sus fuegos tan certeros. La falta de estos barcos artilleros estaba en su construccion, y su construccion en la necesidad de colocar la artilleria de campaña; y por lo tanto, no habia mas remedio que resignarse. Los peniches, nada dejaban que desear, en cuanto á su maniobra y ligereza. Por lo demás, todo el conjunto tenia una marcha pasadera, aun sin el socorro de las velas. Habia divisiones llegadas del Havre á Boloña casi siempre al remo, que habian andado unas dos leguas por hora. Algunos cambios en su estiva, es decir, en su cargamento, debian mejorar sus cualidades para la navegacion.

Estos mismos experimentos fueron causa de que se hiciese un cambio general en la artilleria de toda la flotilla. Los cañones de grueso calibre colocados en la proa y en la popa, estaban encajados en unas correderas, pudiendo solo adelantar ó retroceder en línea recta por medio de ellas, resultando de aquí que para hacer fuego era necesario que las embarcaciones hiciesen varias maniobras y movimientos, siéndoles imposible contestar al fuego de los ingleses cuando estaban en marcha, porque entonces solo les presentaban el costado. Y en la rada, los obligaban las corrientes á tomar una posicion paralela á la costa, de modo que tampoco podian presentar al enemigo sino su flanco desarmado. Pero luego que se conoció la firmeza de aquellas embarcaciones, y que la aseguraron por un sistema de estiva mejor calculado, se construyeron cureñas semejantes á las de la artilleria de campaña, que permitieron tirar

(1) Esto mismo se halla expresado asi en todas las correspondencias escritas de Boloña al dia siguiente de aquellos dos combates.

en todas direcciones; de suerte que bien estuviesen las embarcaciones ancladas ó en marcha, podian hacer fuego cualquiera que fuese su posicion, sin verse obligadas á virar. Las lanchas cañoneras podian, pues, disparar cuatro balas en todas direcciones, y con algun uso, era posible llegasen asi los soldados como los marinos, á hacer los disparos con buena punteria y sin inconveniente peligroso.

Correspondencia establecida entre las divisiones de la flotilla y las del ejercito, é intimidad entre marinos y soldados.

Púsose el mayor cuidado en establecer la mayor intimidad entre los marinos y los soldados, destinando unas mismas embarcaciones á unas mismas tropas. La capacidad de las lanchas cañoneras y de los barcos artilleros habia sido calculada de modo que pudiesen contener una compañia de infantería ademas de algunos artilleros; y tal fue la base de que se sirvieron para la organizacion general de la flotilla. Los batallones se componian entónces de nueve compañias; y las medias brigadas de dos batallones de campaña, pues el tercero permanecia en depósito; y conforme á esta organizacion, se distribuyeron las lanchas cañoneras y los barcos artilleros: nueve lanchas ó barcos formaban una seccion, y contenian nueve compañias ó un batallon, y dos secciones formaban una division, y correspondian á una media brigada; de modo que cada barco ó lancha correspondia á una compañia, cada seccion á un batallon, y la division á la media brigada. Oficiales de marina mandaban, segun sus grados, la lancha, seccion ó division. Para adherir perfectamente las tropas á la flotilla, se destinó cada division á una media brigada, cada seccion á un batallon, y cada lancha ó barco artillero á una compañia; y una vez hecha esta distribucion permaneció invariable. Asi debian las tropas conservar siempre unas mismas embarcaciones, y adherirse á ellas como el soldado de caballeria á su caballo; debiendo tambien llegar por este medio á conocerse los oficiales de mar y tierra, y los soldados y marineros, tener confianza los unos en los otros, y hallarse mas dispuestos á ayudarse mútuamente. Cada compañia debia proporcionar al buque que le pertenecia una guarnicion de veinte y cinco hombres, los cuales debian estar embarcados por espacio de un mes, durante el cual vivian con la tripulacion, bien en la mar para las maniobras, bien en su estancia en los puertos; haciendo todo lo que hacian los mismos marineros, trabajando en las maniobras, y ejercitándose, sobre todo, en manejar el remo y servir la artilleria. Pasado el mes eran reemplazados por otros veinte y cinco soldados de la misma compañia, los cuales, por igual espacio de tiempo se entregaban á los mismos ejercicios de mar; y asi sucesivamente toda la compañia hacia su estancia á bordo; con lo cual cada hombre era por turno soldado de tierra y de mar, artillero, infante, marinero, y hasta ingeniero, á consecuencia de los trabajos verificados en las ensenadas. Los marineros tomaban tambien parte en esta enseñanza reciproca, pues tenian á bordo armas de infanteria, y cuando se hallaban en el puerto hacian sobre los muelles el ejercicio de soldado; y esto proporcionaba un refuerzo de 15,000 infantes, los cuales, desembarcados en Inglaterra, serian capaces de defender la flotilla á lo largo de las costas donde habria varado. Si á estos 15,000 hombres se agregaba un refuerzo de 10,000 podrian sin peligro aguardar en la orilla las victorias del ejército de invasion.

Al principio quedaron los peniches excluidos de esta organizacion, porque no podian llevar toda una compañia, y mas bien eran capaces de conducir rápidamente las tropas á tierra que de hacer frente al enemigo. No obstante, mas tarde se formaron de ellos varias divisiones, destinándolos en particular á la vanguardia del ejército, compuesta únicamente de granaderos. Mientras tanto se organizaron en escuadras en el puerto, y todos los dias, las tropas que aun no tenian destino, se ejercitaban ya en manejarlos con el remo, ya en hacer disparos con el ligero obus con que estaban armados.

Especial cuidado en el cargamento de las embarcaciones, y maniobras para aprender á embarcar y desembarcar.

Arreglado ya lo que hemos referido, se ocuparon de otra operacion no menos importante, cual era el cargamento de las embarcaciones. En uno de sus viages mandó el primer Cónsul cargar y descargar varias

veces á su vista algunas lanchas, barcos y peniches, y determinó al momento el modo como debia verificarse (1). Se les asignaron como lastre, balas, bombas y municiones de guerra, en cantidad suficiente para una larga campaña; y en la cala se colocaron galletas, vino, aguardiente, carnes saladas, y queso de Holanda, para mantener durante veinte dias toda la masa de hombres que componian la expedicion. En su consecuencia, la flotilla de guerra debia llevar, ademas del ejército y sus 400 bocas de fuego, tirada cada una por dos caballos, municiones para una campaña, y víveres para veinte dias. La flotilla de transporte debia llevar, como ya lo hemos dicho, el excedente de los tiros de la artillería, los caballos necesarios para la mitad de la caballería, víveres para dos ó tres meses, y por último, todos los bagajes. A cada division de la flotilla de guerra debia seguir una division de la flotilla de transporte; y en cada embarcacion, habia un subteniente de artillería encargado de las municiones, y otro de infantería de los víveres. Debia estar siempre embarcado todo en las dos flotillas, de modo que á la primera señal de partida, no hubiese mas que proceder al embarco de las tropas y de los caballos. Ejercitados los hombres en tomar las armas, y en embarcarse por medias brigadas, batallones y compañías á bordo de la flotilla, no invertian en ello mas tiempo que el necesario para dirigirse desde los campamentos al puerto. En cuanto á los caballos se habia logrado simplificar y acelerar su embarque de un modo sorprendente: por grande que fuese la extension de los muelles era imposible atracar á ellos todas las embarcaciones á la vez; siendo por lo tanto necesario colocar nueve, una contra la otra, y solo la primera atracada al muelle: embragado el caballo era izado por medio de una verga del primer buque, y trasladado nueve veces de verga en verga, hallándose en dos ó tres minutos colocado en el último barco; y de este modo, hombres y caballos podian hallarse en dos horas á bordo de la flotilla de guerra; necesitándose tres ó cuatro para embarcar en la de transporte los nueve ó diez mil caballos restantes. Hallándose así todo el cargamento siempre á bordo, en pocas horas se podian levar anclas; y como no era posible que durante una sola marea saliese de los puertos un número tan grande de embarcaciones, el embarque de hombres y caballos no podia causar ninguna pérdida de tiempo.

A fuerza de repetir todas estas maniobras, se llegaron á verificar con tanta prontitud como precision. Todos los dias, hiciese el tiempo que hiciese, excepto en el de tempestad, salian 100 ó 150 embarcaciones para maniobrar ó anclar en rada al frente del enemigo. Despues se verificaba á lo largo de la costa un simulacro de desembarco. Primero, barrian la playa por medio de un fuego nutrido de artillería, y en seguida se aproximaban á la tierra para desembarcar hombres, caballos y cañones. A veces, cuando no podian ganar la tierra, entraban los hombres en el mar con cinco ó seis pies de agua, sin que nunca hubiese habido que lamentar ninguna desgracia; tal era la destreza y el arrojo que desplegaban. A veces tambien se desembarcaban así los caballos: echábanlos al mar, y hombres metidos en botes los dirigian con una brida hasta la orilla. De esta suerte no podía ofrecer el desembarco sobre una costa enemiga, ningun accidente que no se hubiese previsto y arrostrado varias veces, aun añadiendo todas las dificultades que podian presentarse para vencerlas, aun las de la noche (2); exceptuando, no obstante, la dificultad del fuego enemigo; que debia ser mas bien un estímulo que un

(1) Boloña 16 de Noviembre de 1803.

Al ciudadano Fleurieu.

He pasado aquí el dia para estar presente al alastramiento de una lancha y de un barco cañoneros: su cargamento es una de las maniobras mas importantes del plan de campaña, porque nada debe olvidarse, y todo repartirse con la mayor igualdad. Todo empieza á tomar un giro satisfactorio.....

(2) Boloña 9 de Noviembre de 1803.

Al Cónsul Cambacérès.

He pasado una parte de la última noche presenciando las evoluciones de las tropas durante la misma, maniobra de que un cuerpo instruido y bien disciplinado puede á veces sacar mucha ventaja, contra levantamientos en masa.

obstáculo para aquellos soldados, los mas valientes del universo, por naturaleza y por sus hábitos de guerra.

Aquella variedad de ejercicios de tierra y de mar, aquellas maniobras mezcladas con rudos trabajos, gustaban á aquellos soldados deseosos de aventuras, llenos de imaginacion, y ambiciosos como su ilustre gefe. Un alimento considerablemente aumentado, gracias al precio de los jornales añadido á su prest, una actividad continua, y el aire mas libre y sano, todo debia darles una fuerza física extraordinaria, á la cual añadia una fuerza moral no menos grande la esperanza de ejecutar un prodigio. Asi se preparaba poco á poco aquel ejército sin igual, que en dos años debia hacer la conquista del continente.

Presencia frecuente del primer Consul en el campamento de Boloña.

El primer Cónsul pasaba entre ellos gran parte de su tiempo, lleno de confianza al verlos tan dispuestos, solícitos y animados de su misma idea, y exitando á todos con su presencia. Veíanle á caballo, tan pronto sobre la cumbre de las rocas como al pie de ellas, galopando sobre las arenas compactas que deja la mar en seco, trasladándose asi por la playa de un puerto á otro (1); á veces embarcado en ligeros peniches para asistir á las escaramuzas de nuestras lanchas cañoneras con los cruceros ingleses, é incitando á nuestros marinos á cargar al enemigo, hasta que el fuego de nuestras frágiles embarcaciones obligaba á las corbetas y á las fragatas á hacerse mar adentro. Comunmente se obstinaba en arrostrar los peligros del mar, y en una ocasion, habiendo querido visitar la linea de anclage, á pesar del mal tiempo que hacia, naufragó no lejos de la orilla: afortunadamente hacian los hombres pie, y arrojándose los marineros al agua, y formando un grupo compacto para resistir á la marea le condujeron sobre sus hombros, en medio de las olas que se estrellaban sobre sus cabezas.

Noviembre de 1803.

Un dia que, recorriendo la playa, se habia animado á la vista de las costas de Inglaterra, escribió las siguientes líneas al Cónsul Cambacérès: «He pasado estos tres dias en »medio del campamento y del puerto. »Desde las alturas de Ambleteuse he visto »las costas de Inglaterra, asi como se »ve desde las Tullerías el Calvario. Dis»tínguianse las casas y el movimiento. »Lo que nos separa de ellas es un foso »que se atravesará, en cuanto haya va»lor para intentarlo.» (16 de Noviembre de 1803. *Archivo de la secretaría de Estado.*)

Fíjase para mediados del invierno de 1803 á 1804 la época en que debe llevarse á efecto la empresa.

Su impaciencia por llevar á cabo aquella grande empresa no conocia límites (2). Al principio habia pensado verifi-

(1) El 1.º de Enero de 1804 escribió desde Etaples al Cónsul Cambacérès.

,,Ayer por la mañana llegué á Etaples ,,y os escribo desde mi barraca: hace un hor,,roroso viento de sudoeste: este país se pa,,rece mucho al de Eolo..... Ahora mismo ,,voy á montar á caballo para dirigirme á ,,Boloña por la playa.»

Y anteriormente el 12 de Noviembre le escribió:

,,He recibido, ciudadano Cónsul, vues,,tra carta del 18 (Brumario). La mar con,,tinua aquí levantada, y la lluvia cae á ,,torrentes. Todo el dia de ayer lo pasé á ,,caballo y embarcado: demas está que os ,,diga que estuve constantemente hecho una ,,sopa; pero en la estacion actual, nada se ,,haria sino se arrostrase el agua. Por for,,tuna esto me sienta perfectamente, y ja,,mas me he visto tan bueno

,,Boloña 12 de Noviembre.»

El 1.º de Enero de 1804 escribió al ministro de marina.

,,Mañana á las ocho de ella pasaré re,,vista á toda la flotilla, inspeccionándola ,,por divisiones. Un comisario de marina irá ,,nombrando á todos los oficiales y solda,,dos que componen las tripulaciones. Todos ,,estarán en su puesto de batalla con el ma,,yor órden. En el momento que entre en ,,cada buque se saludará con el grito tres ,,veces repetido de *viva la República* y otras ,,tres de *viva el primer Cónsul.* En esta ,,ocasion me acompañará el ingeniero en ge,,fe, el comisario del armamento y el co,,ronel comandante de artillería.

,,Mientras dure la revista, las tripula,,ciones y tropa de todos los barcos de ,,la flotilla, permanecerán en su puesto, y ,,se colocarán centinelas para impedir que ,,nadie pase al muelle que da frente á la ,,flotilla.

(2) Las siguientes cartas prueban bien su impaciencia y el deseo que tenia de

carla á fines del otoño; y ahora pensaba emprenderla al principio del invierno, ó lo mas tarde á mediados de él; pero los trabajos tomaban mucha mas estension, y cada dia ocurrian nuevas mejoras tanto á él como al almirante Bruix, perdiéndose tiempo en introducirlas; pero estas dilaciones inevitables redunda-

verificar la expedicion en Nevoso ó Pluvioso, es decir en Enero ó Febrero. Una de ellas está dirigida al almirante Ganteaume, que estuvo destinado por un momento á mandar la escuadra de Tolon antes de mandar la de Brest. Los cálculos que se ponen en estas cartas no son exactamente los que damos en nuestra relacion, pues hasta mas tarde no se fijó el primer Cónsul en el número definitivo de los hombres y de las embarcaciones; y esta resolucion definitiva es la que hemos adoptado en nuestra relacion.

Al ciudadano Rapp.

Inmediatamente os dirigireis á Tolon, y entregareis la adjunta carta al general Ganteaume; tambien os informareis del estado de la marina, de la organizacion de las tripulaciones, y del número de navios que están en la rada ó se hallan prontos á entrar; y permanecereis en Tolon hasta nueva órden. Cuarenta y ocho horas despues de vuestra llegada, me remitireis un correo extraordinario con la respuesta del general Ganteaume; y diariamente me escribireis lo que háyais hecho, entrando en los mas minuciosos pormenores acerca de todas las partes de la administracion. Todos los dias pasareis en el arsenal una ó dos horas: tambien os informareis del dia en que debe pasar por esas inmediaciones el tercer batallon de la 8ª ligera, que sale de Antibes con órden de dirigirse á Saint Omer para la expedicion, y os trasladareis al lugar mas próximo á Tolon para inspeccionarle dándome á conocer su estado.

Visitareis las islas de Hieres para ver de què modo están guardadas y armadas; y de todas las cosas notables que observeis me dareis una relacion circunstanciada.

—

Paris 28 de Noviembre de 1803.

Al general Ganteaume, consejero de Estado, y prefecto marítimo en Tolon.

Ciudadano general: he enviado á esa al general Rapp, uno de mis ayudantes de campo; el cual permanecerá algunos dias en ese puerto y se instruirá detalladamente de todo lo que concierne á vuestro departamento.

Hace dos meses que os participé, que contaba tener en el corriente Frimario 10 navios, 4 fragatas y 4 corbetas prontos á darse á la vela del puerto de Tolon, y que desearia que esta escuadra fuese abastecida con víveres para cuatro meses, para

25,000 hombres de infantería que debian embarcarse á su bordo. Espero que á las cuarenta y ocho horas despues de recibida esta carta, me deis á conocer por conducto del correo extraordinario del general Rapp, el dia preciso en que una escuadra de esta fuerza podrá darse á la vela de Tolon, los buques que se hallen en la rada y prontos á partir en el momento de recibir esta carta; y los que pueden hallarse en ella el 15 de Frimario y el 1.º de Nevoso. Mis deseos son que vuestra expedicion pueda darse á la vela, lo mas tarde, en los primeros dias de Nevoso.

Vengo de Boloña, donde reina la mayor actividad, y en donde espero reunir para mediados de Nevoso 300 lanchas cañoneras, 500 barcos artilleros, y 500 peniches; llevando cada peniche un obus de á 36, cada lancha tres cañones de á 24, y cada barco uno tambien de á 24. Mandadme á decir vuestro parecer acerca de esta flotilla. ¿Creeis que pueda conducirnos á las orillas de Albion? Ella puede transportar 100,000 hombres; y ocho horas de una noche que nos sean favorables decidirán de la suerte del universo.

El ministro de marina ha continuado su viage hácia Flessinga, para visitar la flotilla bátava, compuesta de 100 lanchas y 300 barcos cañoneros, capaces de recibir 30 000 hombres, y la escuadra del Texel capaz de conducir otros 30,000.

No necesito estimular vuestro zelo; pues sé que hareis cuanto os sea posible para activarlo todo. Contad con mi estimacion.

—

París 12 de Enero de 1804.

Al ciudadano Daugier, capitan de navío, comandante del batallon de los marineros de la guardia.

Ciudadano Daugier: deseo que salgais hoy mismo de Paris, y os dirijais directamente á Cherburgo. Al llegar dareis las órdenes oportunas para que salgan las embarcaciones de la flotilla que se encuentran en aquel puerto, y permanecereis en él el tiempo necesario para allanar todos los obstáculos, y acelerar las expediciones.

Os trasladareis á todos los puertos de la misma derrota donde sepais existen barcos de la flotilla; apresurareis su salida, y dareis las correspondientes instrucciones para que los buques no estén meses enteros en esos puertos, particularmente en Dielette.

La misma mision que en Cherburgo, de-

ban en beneficio de la instruccion de los soldados y de los marineros. En rigor, bastaban aquellos ocho meses de aprendizage para haber acometido la expedicion proyectada; pero se necesitaba dejar transcurrir otros seis meses, si se queria que todo se hallase dispuesto, que el equipo y armamento estuviese concluido, y que la instruccion de los soldados y marineros no dejase nada que desear.

Disposiciones relativas á la flotilla bátava.

Otras consideraciones decisivas reclamaban una nueva demora, siendo la principal de aquellas el retardo en que se hallaba la flotilla bátava que debia conducir el ala derecha mandada por el general Davout. Habiendo manifestado el primer Cónsul su deseo de tener á su lado un oficial distinguido de la marina holandesa, pusieron los holandeses á sus órdenes al contra-almirante Verhuel, y habiendo llamado su atencion la inteligencia y sangre fria de aquel marino, solicitó que se le encargase de todo lo concerniente á la organizacion de le flotilla holandesa, y habiéndose asi verificado, en breve se llevó á cabo dicha organizacion con la rapidez deseada. Esta flotilla preparada en el Escalda debia ser conducida á Ostende, porque se habia echado de ver el peligro de partir de puntos tan lejanos como el Escalda y Boloña; y de Ostende se creia poder hacerla pasar á Ambleteuse y á Wimereux, en cuanto se hallasen concluidos estos puertos. De este modo se procuraba la ventaja inmensa de aparejar todos juntos, es decir, de hacer salir de cuatro puertos situados á un mismo viento, y próximos los unos á los otros á 120,000 hombres, 15,000 marineros y 10,000 caballos. Pero para esto, era menester algunos meses mas, tanto para el alistamiento de la flotilla bátava, como para la conclusion de los puertos de Wimereux y de Ambleteuse.

Tampoco estaban todavia listas otras dos partes del ejército de invasion: la escuadra de Brest, destinada á desembarcar el cuerpo de Augereau en Irlanda, y la escuadra holandesa del Texel destinada á embarcar el cuerpo de 20,000 hombres, acampado entre Utrech y Amsterdam. Unidos estos dos cuerpos á los 120,000 hombres del campamento de Boloña, hacian ascender á 160,000, sin los marineros, el total del ejército de invasion. Necesitábanse algunos meses mas para que se hallasen completamente armadas las escuadras del Texel y de Brest.

Destino reservado á la escuadra de Tolon.

Una sola condicion faltaba para proporcionar el triunfo, y el primer Cónsul la miraba como la certidumbre de aquel. Todas aquellas embarcaciones, ya experimentadas podian perfectamente atravesar las ocho leguas del estrecho, pues la mayor parte de ellas habian hecho una travesía de ciento y doscientas leguas para llegar á Boloña; y muy á menudo su fuego estendido y rasante, habia respondido con ventaja al fuego dominante y concentrado de los navios. Habia la probabilidad de que pasasen sin ser alcanzadas ni vistas, bien en las calmas del verano ó en las cerrazones del invierno; y aun suponiendo todo lo peor, si llegaban á encontrar las veinte y cinco ó treinta corbetas, bergantines y fragatas del crucero ingles, tambien podian pasar, aunque se sacrificasen cien lanchas ó barcos de los 2,300 que componian la flotilla (1). Pero habia un caso en que desaparecia hasta la menor probabilidad de mal éxito, y era aquel en que trasladada de pronto al es-

---

sempeñareis en Granville y en Saint-Malo. Me escribireis desde ambos puertos.

Lo mismo hareis en Lorient, Nantes, Rochefort, Burdeos y Bayona.

La estacion se adelanta; todo lo que no se halle en Boloña en todo el corriente Pluvioso no nos servirá de nada. Necesario, es pues, que activeis y dispongais todos los trabajos teniendo esto presente.

Os asegurareis en cada puerto si son suficientes las disposiciones que se han tomado para defenderlos, y si bastan al efecto las guarniciones que se hallan en ellos.

(1) He aquí el extracto de una carta del ministro Decrés, quien de todos los hombres que se hallaban al lado de Napoleon, era el que alimentaba menos ilusiones; la cual prueba que, sacrificando unas cien embarcaciones se creia poder pasar el estrecho.

Boloña 7 de Enero de 1804.

El ministro de Marina al primer Cónsul.

Empiézase á creer firmemente por aquí,

trecho una escuadra francesa, ahuyentase el crucero ingles, dominase la Mancha por dos ó tres dias, y protegiese el paso de nuestra flotilla. En este caso se desvanecian todos los recelos, y caian á la vez todas las objeciones suscitadas contra la empresa, á menos que no ocurriese una tempestad imprevista, cosa improbable, si se elegia bien el tiempo, y que por lo tanto no ocurria á nadie. Pero necesitábase que la escuadra de Tolon que era la tercera de las de alto bordo, se hallase enteramente equipada; y no lo estaba todavia. El primer Cónsul la destinaba para una grande combinacion cuyo secreto ignoraban todos, hasta el ministro de marina; cuya idea maduraba poco á poco en su cabeza, sin que dijese ni una palabra á nadie, y dejando á los ingleses en la persuasion de que la escuadrilla debia bastarse á sí misma, puesto que se la armaba tan completamente, y todos los dias la presentaban á la vista de las fragatas y de los navios.

El primer Cónsul tan audaz en sus pensamientos, era en la ejecucion el mas prudente de todos los capitanes. Aunque tenia reunidos 120,000 hombres, no queria partir sin la concurrencia de la escuadra del Texel, que debia conducir otros 20,000, sin la de Brest que debia llevar 18,000, y sin las de La Rochela, del Ferrol y de Tolon, que tenian el encargo de desembarazar el estrecho por medio de una sabia maniobra. Esforzábase en tener todos estos medios listos para Febrero de 1804, y ya se lisonjeaba de lograrlo, cuando graves acontecimientos acaecidos en el interior de la República, llamaron de improviso su atencion, y la arrancaron, por un momento, de la grande empresa, sobre la cual tenia fijos los ojos el mundo entero.

Graves acontecimientos distraen del campamento de Boloña la atencion del primer Cónsul.

---

que la partida de la flotilla está mas próxima que lo que se creia, y se me ha prometido prepararse todos muy formalmente para ello. Nadie piensa en los peligros, y todos no ven mas que á César y su fortuna.

Las ideas de los subalternos no pasan del límite de la rada y de su corriente. Raciocinar acerca del viento, del puerto y de la línea de anclage como unos ángeles. En cuanto á la travesia es asunto vuestro, y en el que no se meten. Dicen que sabeis mas que ellos, y que vuestra vista vale mas que todos sus anteojos. Tienen por todo lo que hagais la fe del carbonero.

Hasta al almirante le sucede otro tanto. Jamás os ha presentado ningun plan, porque en realidad no tiene ninguno; y porque ademas vos no se lo habeis pedido. El momento de la ejecucion será el que le decidirá. Es muy posible que se vea obligada á sacrificar cien embarcaciones que atraigan sobre ellas al enemigo, mientras que las demás, partiendo en el momento de la derrota de aquellas, lleguen sin obstáculo á su destino.

Por lo demas, ni un libro en folio podria contener todos las ideas que tiene formadas sobre este particular. ¿Cual será al que adopte? A las circunstancias toca decidirlo.....

FIN DEL LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO.

CONSPIRACION DE JORGE

Temores de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo que la guerra es comunmente para ella.—Opinion que al principio se forma en Lóndres acerca de los proyectos del primer Cónsul, y terror que al fin llegan todos á concebir.—Medios ideados para resistir á los franceses.—Discútense en el Parlamento.—Vuelve M. Pitt, á la Cámara de los Comunes.—Su comportamiento y el de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—M. Windham solicita que se forme un ejército regular á imitacion del frances.—Limítanse á la creacion de un ejército de reserva, y á un alistamiento de voluntarios.—Precauciones adoptadas para guardar el litoral.—El gabinete británico adopta los medios antiguamente practicados por M. Pitt, y secunda las tramas de los emigrados.—Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses MM. Drake, Smith y Taylor.—Los príncipes refugiados en Lóndres se unen á Jorge y á Pichegrú, y toman parte en una trama, cuyo objeto es asaltar al primer Cónsul con una partida de chuanes en el camino de la Malmaison.—A fin de asegurarse la adhesion del ejército en caso de triunfo, se dirigen al general Moreau, gefe de los descontentos.—Intrigas del general Lajolais.—Locas esperanzas concebidas por algunas frases del general Moreau.—Primera salida de una partida de chuanes, mandada por Jorge.—Su desembarco en la cala de Biville, y su marcha por medio de la Normandía.—Jorge se oculta en París, y prepara los medios de ejecucion.—Segundo desembarco, compuesto de Pichegrú y de otros emigrados de alta categoría.—Pichegrú tiene una entrevista con Moreau.—Encuentra á este irritado contra el primer Cónsul, deseando su caida y su muerte, pero de ningun modo dispuesto á secundar la venida de los Borbones.—Chasco que se llevan los conjurados.—Su desaliento, y la pérdida de tiempo que les causa.—El primer Cónsul, á quien la policía servia muy mal desde la retirada de M. Fouché, descubre el peligro que le amenaza.—Manda poner en manos de una comision militar algunos chuanes recien detenidos, para obligarles á confesar lo que sepan.—De este modo adquiere algunas revelaciones.—Es denunciada toda la trama.—Sorpresa al saber que Jorge y Pichegrú se hallan en París, y que Moreau es su cómplice.—Consejo extraordinario en el que se resuelve arrestar á Moreau.—Disposiciones del primer Cónsul.—Muéstrase indulgente con los republicanos, y colérico contra los realistas.—Su resolucion de castigar á estos de un modo terrible.—Encarga al Gran juez que le presente á Moreau, para terminarlo todo con una explicacion personal y amistosa.—La actitud de Moreau ante el Gran juez hace abortar aquella buena resolucion.—Los conjurados presos declaran que debia ponerse á su frente un príncipe frances, y que tenia el proyecto de entrar en Francia por la cala de Biville.—Resolucion del primer Cónsul de apoderarse de él, y entregarle á una comision militar.—El coronel Savary es enviado á la cala de Biville, para aguardar al príncipe y detenerle.—Ley terrible que impone la pena de muerte á cualquiera que dé asilo á los conjurados.—Paris cerrado por algunos dias.—Prisiones sucesivas de Pichegrú, de MM. de Polignac, de M. de Riviere y del mismo Jorge.—Declaracion de Jorge.—Habia venido á Paris para atacar al primer Cónsul á viva fuerza.—Otras noticias confirman que un príncipe debia hallarse á la cabeza de los conjurados.—Auméntase la irritacion del primer Cónsul.—El coronel Savary aguarda inútilmente en la cala de Biville.—Empiézase á investigar donde se hallan los príncipes de la casa de Borbon.—Piénsase en el duque de Enghien, el cual se hallaba en Ettenheim, á orillas del Rhin.—Envíase á un oficial de gendarmería para que haga algunas averiguaciones.—Equivocada relacion de este, y fatal coincidencia con una nueva declaracion de un criado de Jorge.—Error y ciega cólera del primer Cónsul.—Consejo extraordinario, á consecuencia del cual se resuelve arrancar al príncipe de su domicilio.—Su arresto y su traslacion á París.—Descúbrese parte del error, pero demasiado tarde.—El príncipe es enviado ante una comision

militar, y fusilado en un foso del castillo de Vincennes.—Carácter de aquel funesto acontecimiento.

Agosto de 1803.

La Inglaterra empezaba á conmoverse á vista de los preparativos que se hacian enfrente de sus costas, y á los cuales habia dado poca importancia en un principio.

La guerra no es para la Inglaterra, lo que para las demas naciones.

Para un pais insular que solo toma parte en las grandes luchas de las naciones, con navios por lo comun victoriosos, y á lo mas con ejércitos que solo desempeñan el papel de auxiliares, la guerra es un estado poco incómodo, que no altera el sosiego público, y que ni aun perjudica siquiera el movimiento diario de los negocios. La estabilidad del crédito de Lóndres, en medio de la mayor efusion de sangre humana es la prueba patente de ello. Si á estas consideraciones se añade que el ejército se recluta de mercenarios, y que la escuadra se compone de gente de mar, á los cuales importa poco vivir á bordo de los buques del Estado, ó á bordo de los buques mercantes, y que al mismo tiempo para ellos tienen las presas un atractivo inmenso, se concebirá mucho mejor que para un pais asi, la guerra es una carga que solamente grava en contribuciones, y una especie de especulacion, en la cual se comprometen algunos millones para que la exportacion de los productos del pais sea mucho mas considerable. Solo para las clases aristócratas que mandan esas escuadras y esos ejércitos, que derraman su sangre mandándolos, y aspiran, en fin, á aumentar la gloria de su pais, tanto como conquistar nuevas salidas para su comercio, la guerra recobra su gravedad y sus peligros, pero nunca sus grandes temores y ansiedades, porque parece que no existe el peligro de la invacion.

Opinion que tenian los ingleses de la flotilla reunida en Boloña.

Esta clase de guerra era la que MM. Windham y Grenville, y el débil ministerio que se arrastraba en pos de ellos, creian haber atraido sobre su patria. Bajo el gobierno del Directorio habian oido hablar de barcos chatos, pero tan á menudo y con tan poco efecto, que habian concluido por no creer en ellos. Sir Sidney Smith, mas experimentado acerca de esto que todos sus compatriotas, porque habia visto á su vez desembarcar en Egipto á los franceses, turcos é ingleses, tan pronto á pesar de cruceros temibles, como de los valerosos soldados colocados en la orilla, habia dicho en la tribuna del Parlamento, que á lo mas se podrian reunir en el canal de la Mancha sesenta ú ochenta lanchas cañoneras, ciento si se queria exagerarlo mucho, pero que no se reunirian mas, y que por lo tanto el máximum de fuerza que era posible desembarcar en Inglaterra seria 25 ó 30,000 hombres. Segun este oficial, el mayor peligro que habia que preveer era el que desembarcase en Irlanda un ejército frances, doble ó triple del que otra vez habia desembarcado en dicha isla; ejército, que despues de haber agitado y asolado mas ó menos el pais, concluiria como el anterior por sucumbir y rendir las armas. Por otra parte, tenian á su favor la sorda enemistad que existia en Europa contra la Francia, y que despertada en breve, llamaria hácia el continente las fuerzas del primer Cónsul. En su consecuencia, lo mas que se podia temer era la guerra de los primeros dias de la Revolucion, señalada de nuevo con algunas victorias del general Bonaparte sobre el Austria, pero con todas las probabilidades de un trastorno general en un pais tan variable como la Francia, que hacia quince años, no habia tenido por espacio de tres un mismo gobierno, y con la ventaja permanente para la Inglaterra de hacer nuevas conquistas marítimas. Estas previsiones se han realizado, merced á muchas desgracias y faltas; pero va á verse, los peligros inminentes que durante muchos años amenazaron la existencia de la Gran Bretaña.

Graves inquietudes concebidas en Inglaterra cuando empezaron á ser mas conocidos los preparativos que se hacian en Boloña.

En breve se desvaneció la confianza de los ingleses á vista de los preparativos que se hacian en la costa de Boloña. Oíase hablar de 1,000 á 1,200 barcos chatos (ignoraban que pasarian de 2,000) y todos estaban sorprendidos; sin embargo, se tranquilizaron, dudando que llegaran á reunirse, y sobre todo de la posibilidad de

abrigarlos en los puertos de la Mancha. Pero la concentracion de aquellos barcos chatos en el estrecho de Calais, verificada á pesar de los numerosos cruceros ingleses, lo bien que navegaban y combatian, la construccion de las vastas ensenadas para recibirlos, el establecimiento de baterias formidables para protejerlos en el fondeadero, y la reunion de 150,000 hombres prontos á embarcarse, hacian desaparecer una á una las ilusiones de su presuntuosa seguridad. Bien conocian que semejantes preparativos no podian ser una farsa, y que habian provocado con demasiada ligereza al mas atrevido y hábil de todos los hombres; es verdad, que habia ingleses de edad y experiencia, que confiados en que jamás se habia violado el territorio de su isla no temian el peligro que les amenazaba; pero el gobierno y los gefes de partido no pensaban, que en la ansiedad que les oprimia, era muy cuerdo dejar entregada á la ventura la seguridad del territorio británico. Veinte, ni treinta mil franceses, por muy valientes que fuesen, ó por bien dirijidos que se hallasen, no les hubieran causado ningun espanto; pero 150,000 hombres, llevando á su cabeza al general Bonaparte, llenaban de terror á todas las clases de la nacion. Y no era esto por cierto una prueba de falta de valor, porque el pueblo mas valiente del mundo no hubiera dejado de estar inquieto en presencia de un ejército, que habia llevado á cabo tan grandes cosas y que todavia iba á verificar otras tan grandes.

La inmovilidad de las potencias continentales aumentaba la gravedad de su situacion. El Austria no queria por ciento ó doscientos millones, atraer sobre sí los golpes que amenazaban á la Inglaterra: la Prusia estaba ligada á la Francia, no por simpatía sino por interés; y la Rusia censuraba á las dos partes beligerantes, y se erigia en juez de su conducta, pero no se pronunciaba formalmente por ninguna. Si los franceses no pasaban en el norte mas allá del Hannover, no habia ninguna esperanza, al menos en aquel momento, de arrastrar al imperio ruso á la guerra; y era evidente que aquellos no pensarían siquiera en darle este motivo para tomar las armas.

Los preparativos debieron, pues, ser proporcionados á la extension del peligro. En cuanto á la marina tenian poco que hacer para conservar su superioridad sobre la Francia. La vispera del rompimiento tenian armados ya 60 navios de línea y alistados 80,000 marineros; y en cuanto se declaró la guerra aumentaron hasta 75 el número de los primeros y hasta 100,000 el de los segundos, cuyo armamento completaban 100 fragatas y corbetas. Nélson al frente de una escuadra escogida, debia ocupar el Mediterráneo, bloquear á Tolon, é impedir una nueva tentativa contra el Egipto: lord Cornwallis con una segunda escuadra tenia el encargo de bloquear por sí mismo á Brest, y á la Rochefort y el Ferrol por sus lugartenientes; finalmente, lord Keith, comandante de todas las fuerzas navales de la Mancha y del mar del Norte, tenia la mision de guardar las costas de Inglaterra y vigilar las de Francia; su segundo era sir Sidney Smith, y cruzaba con navios de 74, fragatas, bergantines, corbetas y un cierto número de lanchas cañoneras desde la embocadura del Támesis hasta Portsmouth, y desde el Escalda hasta el Somme, cubriendo por una parte la costa de Inglaterra, y bloqueando por otra los puertos de Francia. Una cadena de buques ligeros, que se correspondian por medio de señales en toda aquella extension de mar, debian dar la alarma al menor movimiento que se notase en nuestros puertos.

Preparativos que opone la Inglaterra á los de la Francia.

Distribucion de las fuerzas navales inglesas.

Con estas medidas creian los ingleses haber condenado á la inmovilidad nuestras escuadras de Brest, Rochefort, el Ferrol y Tolon, y organizado en el estrecho un sistema de vigilancia, capaz de tranquilizarlos.

Pero no bastaba esto en presencia de un peligro tan nuevo, como el de una invasion del territorio británico. Casi todos los marinos que se habian consultado, habian declarado, sobre todo á vista de los preparativos del primer Cónsul, que era imposible asegurar que, á favor de una niebla, de una calma ó de una larga noche, no desembarcarian los franceses en la costa de Inglaterra. No hay duda que el nuevo Faraon podia ser precipitado en las olas antes de tocar en la orilla; pero, si llegaba á desembarcar, no ya con 150,000 hombres, sino

solo con 100,000, y aun con 80,000 ¿quién le resistiria? Aquella nacion orgullosa, que tan poco se habia cuidado de las desgracias del continente; que no habia temido renovar una guerra, que estaba acostumbrada á hacer con la sangre de los otros pueblos, y con el oro que prodigaba, se veia en aquel momento reducida á sus propias fuerzas, obligada á armarse, y á no confiar á mercenarios, por otra parte poco numerosos, la defensa de su propio suelo. La Inglaterra, tan envanecida con su marina, temia entonces no tener un ejército que oponer á los temibles soldados del general Bonaparte.

Discusion en el Parlamento relativa á la formacion de un ejército.

La formacion de un ejército era, pues, en aquel momento, el objeto de todas las discusiones de la cámara de los comunes. Y como enmedio de los mayores peligros es donde se muestra siempre mas ardiente el espíritu de partido, con motivo de la guerra y la manera de sostenerla, se encontraban y combatian los principales personages del Parlamento.

El débil ministerio Addington habia sobrevivido á todas sus faltas, y aun tenia que dirigir, pero por poco tiempo, la guerra que tan ligera y criminalmente habia dejado renacer. La mayoria del Parlamento conocia que no era capaz de soportar la carga que habia echado sobre sí; pero no queriendo provocar un cambio de ministerio, le sostenia contra sus adversarios, aun contra M. Pitt, á quien, no obstante, deseaba ver al frente de los negocios. Este poderoso gefe de partido habia vuelto á presentarse en el Parlamento, á donde le llamaban su secreta impaciencia, la magnitud de los peligros públicos y su odio contra la Francia; pero siempre mas moderado que sus auxiliares Windham, Grenville y Dundas, habia hecho el firme propósito de serlo todavia mas, en vista de una reciente votacion en el Parlamento, en donde habiéndose querido fulminar un voto de censura al ministerio, solo cincuenta y tres votos se habian pronunciado por la afirmativa. La mayoría, por una disposicion bastante comun en las asambleas políticas, hubiera querido que se apoderasen del timon del Estado los hombres de mas fama y capacidad, pero sin ocasionar para ello una crisis ministerial; y conociéndolo asi M. Pitt, mientras aguardaba ser llamado de nuevo al frente de los negocios, tomaba parte en todas las discusiones, como si hubiera sido ministro, pero mas bien para apoyar y completar las medidas del gobierno que para contradecirlas.

Fuerza y organizacion del ejército ingles.

La principal de estas medidas era la organizacion de un ejército; pues el de Inglaterra, compuesto de irlandeses, escoceses, hannoverianos, hesseses, suizos y aun malteses, y formado por medio de los reclutamientos, tan generalizado en Europa antes de instituirse la conscripcion, se hallaba diseminado en la India, en la América y en todos los puertos ingleses del Mediterráneo. Como ya se ha visto se habia conducido muy bien en el Egipto; y ascendia á unos 130,000 hombres. Es sabido que se necesita una administracion muy buena para que de 130,000 hombres haya 80,000 que puedan servir activamente. A esta fuerza, cuya tercera parte al menos se absorvia en las guarniciones de Irlanda, se agregaban 50,000 hombres de milicias, recienaumentadas hasta 70,000, tropa nacional, á la cual no se podia hacer salir de su provincia, que nunca se habia batido, y mandada por oficiales retirados y por señores ingleses, muy patriotas, sin duda, pero poco conocedores de la guerra, y demasiado novicios, para oponerlos á las tropas veteranas que habian vencido á la coalicion europea.

El gabinete Addington propone la formacion de un ejército de reserva.

¿Cómo proveer á tal insuficiencia? Rodeado el ministerio de los militares mas instruidos, imaginó crear un ejército llamado de reserva, fuerte de 50,000 hombres, compuesto de ingleses llamados á servir por medio de la suerte, y que solo podria destinarse en la extension del Reino-Unido. Con esto se suplia al ejército de línea y se le suministraba un refuerzo de 50,000 hombres: permitiase el reemplazo, pero en vista de las circunstancias, debia hacerse á un precio muy subido. Bien se conocerá que esto no era gran cosa, pero sí lo único que se podia emprender por el momento. M. Windham, segun las miras del partido de la guerra, atacó la proposicion como insuficiente; y

pidió que se crease un ejército de línea, el cual, compuesto, segun los principios del ejército frances, es decir, por la conscripcion, se hallase á las órdenes absolutas del gobierno, y pudiese ser llevado donde se estimase necesario. Dijo que lo que el ministerio habia ideado era solo un aumento de milicias; que no valdria mas que aquellas, principalmente al frente del enemigo que tenian que combatir; que perjudicaria el reclutamiento del ejército con la facultad de reemplazo introducida en la nueva ley, pues los individuos dispuestos á servir hallarian mas ventajas entrando á servir por otro en el ejército de reserva, que alistándose en el de línea; y por último, que lo único que se podia oponer á las tropas del general Bonaparte, era un ejército regular formado del pueblo, que pudiese trasladarse á cualquier parte donde se hiciese la guerra, y llegase por este medio á ejercitarse en sus peligros y trabajos.—Para cortar el diamante, decia M. Windham, se necesita el diamante.—

M. Windham solicita un levantamiento en masa y que se cree un ejército formado segun los principios del ejército frances.

La Inglaterra que poseia ya una marina queria tener tambien un ejército; ambicion muy natural, porque es raro que la nacion que tiene una de las dos grandezas, no quiera tener tambien la otra. Pero M. Pitt dió á aquellas proposiciones la respuesta de un entendimiento frio y positivo. Todas las ideas de M. Windham, eran, segun su parecer, muy buenas, pero ¿cómo crear un ejército en algunos dias? cómo disciplinarle y aguerrirle? ¿cómo componer los cuadros y hallar oficiales? Semejante institucion no podria ser obra de un momento; y lo que se acababa de imaginar era lo único que se podia practicar entonces; sin que dejára de ser muy difícil el organizar los 50,000 hombres que se pedian, instruirlos y proporcionarles oficiales de todas graduaciones. M. Pitt conjuró pues, á su amigo M. Windham que renunciase á sus ideas, al menos por entonces, y se adhiriese con él al plan del gobierno.

M. Pitt combate en el Parlamento la opinion de M. Windham.

M. Windham no hizo caso de los consejos de M. Pitt, y persistió en su sistema, apoyándole con nuevas y mayores razones. Al mismo tiempo solicitó un levantamiento en masa á semejanza del de Francia en 1792, y echó en cara al débil ministerio Addington el no haber pensado en aquel gran recurso de los pueblos amenazados en su independencia. Aquel enemigo de la Francia y de Napoleon, por un efecto bastante comun de odio, elogió lo que mas detestaba, y casi exageró nuestra grandeza, nuestro poder, y el peligro con que el primer Cónsul amenazaba á la Inglaterra, todo para censurar al ministerio ingles porque no tomaba bastantes precauciones.

Aprobóse la formacion del ejército de reserva, no obstante los desprecios del partido Windham, que le llamaba un aumento de milicias. Contábase con esta combinacion para aumentar el ejército de línea; pues se creia que los hombres designados por la suerte al servicio de las armas, preferirian mejor alistarse en este ejército, que en cualquier otro; y de consiguiente quizas ingresarian en sus filas de 20 á 30,000 reclutas mas.

Adóptase una parte de las ideas de M. Windham y se forman cuerpos de voluntarios.

Entretanto, creciendo el peligro de hora en hora, y siendo cada vez menos probable la cooperacion del continente, se recurrió á la proposicion del partido mas ardiente, viniendo á parar á la idea de un alistamiento en masa, para lo cual pidió el ministerio y obtuvo la facultad de llamar á las armas á todos los ingleses desde la edad de 17 hasta la de 55 años. Debiase echar mano de los voluntarios, y en su defecto de los hombres llamados por la ley, formarlos en batallones, é instruirlos durante cierto número de horas por semana, señalando un sueldo á los voluntarios que perteneciesen á las clases trabajadoras para indemnizarlos de la pérdida de su tiempo.

Obligado en esta ocasion M. Windham á reconocer que se tomaban sus ideas, se quejó de que se hacia tarde y mal, y criticó algunos detalles de la medida; la cual puesta á votacion fue aprobada, y en breve se vió en todas las ciudades y condados de Inglaterra al pueblo llamado á las armas, instruirse todas las mañanas en el ejercicio con el uniforme de voluntarios. Vistieron este uniforme todas las clases y hasta el respe-

table M. Addington se presentó en el Parlamento con dicho trage que tan mal sentaba á sus maneras, y hasta cargó con algun ridículo por aquella manifestacion. El anciano Rey y su hijo el Príncipe de Gales, pasaron en Lóndres varias revistas, á las cuales cometieron los Príncipes franceses el imperdonable yerro de asistir. Viéronse en Lóndres hasta 20,000 de aquellos voluntarios, lo que en verdad no era mucho para una poblacion tan considerable; pero sí lo bastante en toda la Inglaterra para suministrar una fuerza imponente, si hubiese estado organizada; pero no asi se improvisan soldados y mucho menos oficiales. Si en Francia se habia dudado del mérito de los barcos chatos, mucho mas se desconfiaba en Inglaterra del mérito de aquellos voluntarios, pues si no se dudaba de su valor, se dudaba de su comportamiento en la guerra, pues no estaban acostumbrados á ella. A estas medidas se añadió el proyecto de fortificaciones de campaña en torno de Lóndres, en los caminos que conducian á aquella capital, y en todos los puntos amenazados de la costa. Destinóse una parte de las fuerzas activas para guardar la costa desde la isla de Wight hasta la embocadura del Támesis. Se estableció un sistema de señales para dar la alarma á la primera aparicion de los franceses, por medio de hogueras encendidas á lo largo de las costas. Construyéronse carros de una forma particular, para conducir con la mayor rapidez las tropas á los puntos amenazados; y en una palabra, asi de este lado del estrecho como del otro, se hicieron esfuerzos extraordinarios para inventar nuevos medios de defensa y de ataque, y para vencer los elementos, y asociárselos á su causa. Ambas naciones atraidas sobre las dos orillas, daban en aquel momento un grande espectáculo al mundo: turbada la una cuando pensaba en su inexperiencia de las armas, se tranquilizaba al considerar aquel Océano que la servia de barrera; y la otra, llena de confianza en su valor, en su experiencia de la guerra y en el genio de su gefe, media con la vista el brazo de mar que detenia su ardor, se acostumbraba todos los dias á despreciarle, y miraba como cosa cierta el atravesarle llevando á su frente al vencedor de Marengo y de las Pirámides.

Revistas pasadas á los voluntarios, tanto en Lóndres como en las grandes ciudades de Inglaterra.

Fortificaciones al rededor de Lóndres y en los principales puntos de la costa.

Sistema de señales.

Carros para llevar las tropas con prontitud de un lugar á otro.

Ambas á dos no suponian otros medios en la otra que los que tenian á la vista. Creyendo los ingleses que Brest y Tolon estaban exactamente bloqueados, no se figuraban que pudiese aparecer una escuadra en la Mancha: ejercitándose los franceses todos los dias en navegar en sus lanchas cañoneras, no se imaginaban que existia otro medio de atravesar el estrecho; pues nadie sospechaba la principal combinacion del primer Cónsul. Sin embargo, los unos temian y los otros esperaban alguna imprevista invencion de su genio; y esta era la causa del desasosiego que reinaba de un lado de la Mancha, y de la confianza que se notaba en el otro.

Necesario es reconocer que los medios preparados para resistirnos eran poca cosa, si se lograba atravesar el estrecho. Suponiendo que se llegasen á reunir en Lóndres y la Mancha 50,000 hombres del ejército de línea, y 30 ó 40,000 del de reserva, y que se uniese á estas tropas regulares el mayor número posible de voluntarios, no hubieran podido tampoco igualar á la fuerza numérica del ejército frances destinado á pasar el estrecho. Ni ¿qué hubieran podido hacer todos reunidos, aunque su número hubiese sido dos ó tres veces superior, contra los 150,000 hombres, que en diez y ocho meses, batieron al mando de Napoleon en Austerlitz, Jena y Friedland, á todos los ejércitos europeos, al parecer tan valientes, de seguro mas aguerridos y cuatro ó cinco veces mas numerosos que las fuerzas británicas? Los preparativos de los ingleses eran, pues, de un valor muy poco efectivo, y el Océano era siempre su defensa mas segura. En todo caso, cualquiera que fuese el resultado definitivo, el gobierno británico se veia ya cruelmente castigado con aquella agitacion que reinaba en todas las clases, y con la mudanza experimentada por ellas

Valúanse los medios reunidos por los ingleses para resistir á los franceses.

mismas, pues los artesanos se veian arrancados de sus talleres, los comerciantes de sus negocios, y los señores ingleses de su opulencia. Semejante agitacion prolongada por algun tiempo, vendria á ser una desgracia inmensa, y acaso un grave peligro para el órden público.

El gabinete británico recurre al medio acostumbrado de suscitar en Francia turbulencias interiores.

El gobierno británico recurrió en su ansiedad á todos los medios, aun á los mas reprobados, para conjurar el golpe que le amenazaba. Durante la primera guerra habia fomentado insurrecciones contra todos los poderes que se habian sucedido en Francia; y despues, aunque no eran muy posibles las insurrecciones bajo el fuerte gobierno del primer Cónsul, habia conservado en Lóndres, y hasta sostenido durante la paz, á todos los caudillos de la Vendée y príncipes emigrados; y esta tenacidad en dar abrigo á los culpables instrumentos de una guerra poco generosa, habia contribuido no poco, como ya se ha visto, á indisponer de nuevo los dos paises. Estas diversiones son, sin duda, uno de los recursos ordinarios de la guerra, y la insurreccion de una provincia, es una de las diversiones que se miran como mas útiles, y que se emplean sin ningun escrúpulo. Nada de particular tenia que los ingleses tratasen de insurreccionar á la Vendée pues el primer Cónsul procuraba sublevar la Irlanda; y los medios eran recíprocos y muy usados. Pero en aquel momento no existia ninguna probabilidad de poder insurreccionar á la Vendée; y por lo tanto, el destino de los chuanes y de su gefe Jorge Cadoudal, no podia ser sino el intentar algun golpe abominable, como el de la máquina infernal ú otro semejante. Llevar los medios de insurreccion hasta aquel extremo, para derribar á un gobierno enemigo, es recurrir á prácticas de muy dudosa legitimidad; pero tratar de conseguir aquel fin atacando á las personas que gobiernan, es traspasar todos los límites del derecho de gentes, admitido entre las naciones.

Caracter moral de los medios empleados por el gobierno británico.

Por los mismos hechos se juzgará del grado de complicidad de los ministros británicos en los criminales proyectos meditados de nuevo por los emigrados franceses refugiados en Lóndres. No se habrá echado en olvido á aquel temible gefe de los chuanes del Morbihan, Jorge Cadoudal, que fue el único de los vendeanos presentados al primer Cónsul que resistió á su ascendiente, retirándose, en su consecuencia, primero á la Bretaña y despues á Inglaterra, estableciéndose en Lóndres donde vivia en el seno de una verdadera opulencia, distribuyendo á los refugiados franceses las cantidades que les concedia el gobierno británico, y pasando su tiempo en la sociedad de los príncipes emigrados, particularmente en la de los dos mas activos, el conde de Artois y el duque de Berry. Nada era mas natural que estos príncipes quisiesen volver á Francia; y nada mas comun, ya que no justo, que para ello se valiesen de la guerra civil; pero, desgraciadamente para su honor, no podian contar con una guerra civil, sino solo con las tramas y complots.

Jorge Cadoudal en Lóndres.

La paz habia desesperado á todos los proscriptos, lo mismo á los príncipes que á los demas; y la guerra les volvia sus esperanzas, no solo porque les aseguraba la ayuda de una parte de la Europa, sino, porque, segun ellos, debia arruinar la popularidad del primer Cónsul. Se correspondian con la Vendée por medio de Jorge, y con Paris por medio de los emigrados que habian vuelto: lo que ellos soñaban en Inglaterra, lo soñaban sus partidarios en Francia; y las menores circunstancias que llegaban á concordar con sus ilusiones, cambiaban al momento estas en realidad. Decíanse, pues, los unos y los otros en aquellas lamentables correspondencias, que la guerra iba á ser un golpe funesto para el primer Cónsul; que su poder, ilegítimo para los franceses que habian permanecido fieles á la familia de los Borbones, y tiránico para los que permanecian siendo fieles á la Revolucion, solo se soportaba porque habia restablecido la paz y el órden: que de estos títulos desaparecia completamente el uno con el rompimiento con la Inglaterra y se hallaba muy comprometido el otro, porque era dudoso que pudiera mante-

Correspondencias y manejos de los emigrados.

nerse el órden en medio de la agitacion de la guerra: por lo tanto, el gobierno del primer Cónsul iba á despopularizarse como todos los que le habian precedido. La masa de los hombres pacíficos debia culparle de haber renovado las hostilidades con la Europa, y no debia creer tanto en su buena estrella, al ver que no se allanaban ya las dificultades bajo sus pies. Tenia ademas otras clases de enemigos de los que se podian servir con mucha utilidad; en primer lugar los revolucionarios, y despues los hombres que le envidiaban su gloria; los cuales hormigueaban en el ejército. Decian que los jacobinos estaban exasperados, y los generales poco satisfechos de haber contribuido á hacer de un igual un dueño. Para derribar al primer Cónsul no habia, pues, mas que crear un solo partido con todos estos descontentos. Todo lo que se escribia de Francia y todo lo que se contestaba de Lóndres, venia siempre á parar en este plan: reunir los realistas, los jacobinos y los descontentos del ejército en un solo partido para anonadar al usurpador Bonaparte.

Gran conspiracion tramada en Lóndres por Jorge y los prín cipes franceses.

Tales eran las ideas que alimentaban en Lóndres los príncipes franceses, y las que se manifestaban al gabinete británico para pedirle fondos, los cuales prodigaba aquel, sabiendo al menos de un modo general, lo que se trataba de hacer.

Tramóse, pues, una vasta conspiracion, y fue seguida con la impaciencia ordinaria de los emigrados; dándose parte de ella á Luis XVIII, que se hallaba en Varsovia; pero este príncipe, que nunca estaba de acuerdo con su hermano el conde de Artois, cuya estéril é imprudente actividad desaprobaba, se negó á tomar parte en dicha conspiracion. ¡Singular contraste entre aquellos dos príncipes! El conde de Artois era bondadoso, pero sin prudencia; y Luis XVIII era prudente sin ser bondadoso: el conde de Artois tomaba parte en proyectos indignos de su corazon, y Luis XVIII los rechazaba porque eran indignos de su talento, y porque desde luego estaba resuelto á permanecer extraño á todos los nuevos manejos á que la guerra iba á dar ocasion. Colocado el conde de Artois á larga distancia de su hermano mayor, excitado por su ardor natural, y por el de los emigrados, y, lo que es mas sensible todavia, por el de los mismos ingleses, tomó parte en todos los proyectos que hicieron nacer las circunstancias en aquellos cerebros agitados por una exaltacion continua. Las comunicaciones de los emigrados franceses con el gabinete ingles, tenian lugar por conducto del subsecretario de Estado M. Hammon, á quien se ha visto figurar en varias negociaciones; y al que se dirigian para todo en Inglaterra. Fuera de este pais se comunicaban los emigrados con tres agentes de la diplomacia británica. M. Taylor, su ministro en Hesse; M. Spencer Smith, que lo era en Stuttgard, y M. Drake, de igual clase en Baviera. Situados estos tres agentes cerca de nuestras fronteras, procuraban anudar en Francia intrigas de todas clases, y secundar las que se tramaban en Lóndres: estaban en correspondencia con M. Hammon y tenian á su disposicion considerables sumas de dinero. Dificil es creer que todos estos manejos fuesen de esas oscuras intrigas de policia, que á veces se permiten los gobiernos como simples medios de informacion, y para cuyo efecto se consagran pequeños fondos: por el contrario, eran verdaderos proyectos politicos que pasaban por mano de los agentes mas elevados, que venian á parar al ministerio mas importante, cual lo era el de negocios extrangeros, y que costaban hasta millones.

El conde de Artois se asocia á la cons piracion con la mayor imprudencia.

Parte que toman en ella los agentes de la Inglaterra.

Niégase Luis XVIII á asociarse a la conspiracion de Jorge.

Los principes franceses mas mezclados en aquellos proyectos eran, el conde de Artois, y su segundo hijo el duque de Berry. El duque de Angulema residia entónces en Varsovia al lado de Luis XVIII; y los príncipes de Condé vivian en Lóndres, pero sin sostener relaciones con los príncipes de la rama principal, y siempre aparte de sus proyectos; pues los Condés eran tratados como soldados, siempre dispuestos á tomar las armas, y solo propios para este uso. Mientras que el abuelo

El conde de Artois, el duque de Berry, el duque de Angulema y los Condés.

y el padre de los Condés estaban en Lóndres, su hijo menor el duque de Enghien se hallaba en el pais de Baden, entregado al placer de la caza, y al afecto que sentia por una princesa de Rohan. Hallándose los tres al servicio de la Gran-Bretaña, habian recibido la órden de estar dispuestos á empezar de nuevo la guerra, y habian obedecido como los soldados obedecen al gobierno que los paga: ¡triste papel sin duda para los Condés, pero no obstante menos triste que el de fraguar conspiraciones!

Plan y objeto de la conspiracion.

Hé aquí cual fue el plan de la nueva conjuracion: insurreccionar á la Vendée no presentaba ninguna probabilidad de triunfo; cuando, al contrario, atacar directamente enmedio de Paris al gobierno del primer Cónsul, parecia un medio pronto y seguro de llegar al objeto; pues derribado el gobierno consular, nada era posible, segun los autores del proyecto, sino los Borbones. Y siendo así que el gobierno consular se encerraba todo en la persona del general Bonaparte, era necesario destruir á este. La conclusion era forzosa. Pero era necesario destruirlo de un modo cierto: una puñalada, ó una máquina infernal eran de éxito dudoso; porque dependia de la firmeza de la mano de un asesino, ó de las eventualidades de una explosion. Quedaba un medio no ensayado hasta entónces, y por lo tanto no desacreditado, cual era el de reunir cien hombres determinados, con el intrépido Jorge á su cabeza, asaltar el carruage del primer Cónsul en el camino de Saint-Cloud ó de la Malmaison; atacar á su guardia que se compondria á lo mas de unos doce caballos, dispersarla, y matarle así en aquella especie de combate: de este modo estaban seguros que no se les escaparia. Jorge que era valiente, que tenia pretensiones militares, y no queria hacer el papel de asesino, exigió que se hallasen á su lado dos príncipes, ó uno al menos, para que ganasen así con la espada en la mano la corona de sus antepasados. Y ¡quién lo creeria! ¡Aquellas cabezas trastornadas con la emigracion, se figuraron que atacando al primer Cónsul rodeado de su escolta, daban una especie de batalla, y no eran asesinos! Presentábanse como iguales al noble archiduque Cárlos cuando combatia con el general Bonaparte en el Tagliamento ó en Wagram, con la sola diferencia del número de los soldados. ¡Lamentables sofismas en los cuales no podian creer sino á medias los mismos que los hacian, y que prueban en aquellos desgraciados príncipes, no una perversidad natural, sino una perversidad adquirida en la guerra civil y en el destierro! Entre aquellos hombres solo Jorge estaba en su posicion, y representaba su verdadero papel. Era maestro en aquel arte de las sorpresas, habiéndose formado enmedio de los bosques de la Bretaña; y al ejercer ahora su arte en las puertas de Paris, no temia verse confundido con esos instrumentos, de quienes se echa mano para despreciarlos en seguida, porque esperaba tener príncipes por cómplices. Así se aseguraba toda la dignidad compatible con el papel que iba á desempeñar; y con su atrevida actitud ante el tribunal de justicia, probó en breve, que no era él, el que se habia envilecido ó humillado en aquella funesta circunstancia.

Mas no se reducia todo á esto, pues despues del combate era necesario recoger el fruto de la victoria, y prepararlo todo para que la Francia se arrojase en los brazos de los Borbones. Habiéndose casi destruido los partidos unos con otros, no quedaba ninguno que fuese verdaderamente poderoso. Los revolucionarios violentos eran odiados, y los revolucionarios moderados, refugiados al lado del primer Cónsul, no tenian ninguna fuerza. Solo quedaba en pie el ejército, y lo que importaba era conquistarlo; pero siendo este en extremo adicto á la Revolucion, por la cual habia derramado su sangre, sentia cierto horror hácia aquellos emigrados, á quienes tantas veces habia visto con los uniformes ingleses ó austriacos. Pero la envidia, esa eterna y perversa pasion del corazon humano, ofreció á los conspiradores realistas útiles y preciosos socorros.

Combinaciones de los conspiradores para asociar á su trama los partidos que dividian la Francia.

Hablábase mucho de la indisposicion del general Moreau con el general Bonaparte. Ya hemos dicho en otro lugar que el general del ejército del Rhin,

Imprudente conducta de Moreau: motivos de su resentimiento contra el primer Cónsul.

prudente, reflexivo y firme en la guerra, era en la vida privada un hombre débil y negligente, que se dejaba gobernar por los que le rodeaban; que bajo este funesto influjo se habia apoderado de él el vicio mezquino de la envidia; que colmado de honores y agasajos por el primer Cónsul, le habia cobrado ojeriza sin otra razon que la de que él era el segundo en el Estado y el general Bonaparte el primero; que estando ya en esta disposicion, Moreau habia faltado á las consideraciones debidas, negándose á acompañar al primer Cónsul á una revista, y que éste, siempre pronto á devolver ofensa por ofensa se habia abstenido de convidar á Moreau al festin que daba todos los años para celebrar la fundacion de la República, y que Moreau habia cometido la falta de ir aquel mismo dia á comer vestido de paisano, con algunos oficiales descontentos, á uno de esos lugares públicos, en donde se está puesto á la vista de todos; lo que habia causado gran disgusto á las personas sensatas, y grande alegria á los enemigos de la causa pública. Hemos contado todas estas miserias de la vanidad, que empezando por vulgares quisquillas de mugeres, concluyen entre los hombres por escenas trágicas. Si es dificil prevenir una incomodidad entre personages elevados, mas dificil es todavia impedir que siga adelante, una vez declarada. Desde aquel dia no habia cesado Moreau de manifestarse mas y mas hostil hácia el gobierno consular. Al concluirse el Concordato, clamó contra la dominacion del clero; cuando se instituyó la Legion de honor, manifestó que aquello era restablecer la aristocracia; y por último, habia declamado contra el restablecimiento del poder real, censurando amargamente la institucion del Consulado por vida; concluyendo con no presentarse ni en el palacio del gefe del gobierno, ni en casa de los Cónsules. La renovacion de la guerra le ofrecia una ocasion honrosa de presentarse de nuevo en las Tullerias, no para ofrecer sus servicios al general Bonaparte, sino á la Francia; pero habiendo entrado Moreau poco á poco en aquellas malas sendas, donde los pasos son tan rápidos, no habia considerado tanto en el rompimiento de la paz las desgracias que podian sobrevenir al pais, como el mal que podia resultar de ella á un rival aborrecido; y se habia puesto á un lado para observar como saldria del apuro aquel enemigo que se habia creado él mismo. En su consecuencia vivia en Grosbois, con mucho desahogo y abundancia, justo premio de sus servicios, como hubiera podido hacerlo un gran ciudadano, víctima de la ingratitud de su príncipe.

El primer Cónsul se atraia envidiosos, no solo por su gloria, sino tambien por su familia. Murat, á quien por largo tiempo no habia querido aquel conceder una de sus hermanas en matrimonio; Murat que con un corazon excelente, un talento natural, y un valor caballeresco, se servia á veces muy mal de todas sus cualidades; Murat, por una vanidad que disimulaba ante el primer Cónsul, pero de la cual hacia alarde cuando no estaba á la vista de aquel dueño severo, ofuscaba á los que siendo demasiado pequeños para envidiar al general Bonaparte, envidiaban al menos á su cuñado. Habia, pues, envidiosos grandes y pequeños, y unos y otros se agrupaban en torno de Moreau, en Paris durante el invierno, y en Grosbois, durante el verano, donde tenia una corte de descontentos, y en donde se hablaba con una indiscrecion sin limites. El primer Cónsul lo sabia, y se vengaba no solo con el progreso constante de su poder, sino manifestando públicamente el desprecio que le inspiraban. Despues de haberse impuesto por mucho tiempo una reserva extremada, habia concluido por no poderse contener, y devolvia á aquellas vulgares inteligencias sus sarcasmos; pero los suyos eran los del genio, y se repetian de boca en boca, á lo menos tanto como los que se decian en la sociedad de Moreau.

Si los partidos inventan diferencias que no existen para servirse de ellas; con mas razon se servirán pronta y pérfidamente de las que existen. Al momento habian rodeado á Moreau, y, á dar crédito á los descontentos de todos los partidos, él era el general cumplido y el ciudadano modesto y virtuoso: el general Bonaparte no era mas que el capitan imprudente y dichoso, el usurpador sin genio, el corso insolente, que se atrevia á derribar la República, y subir las gradas del trono que se levantaba de nuevo. Era necesario, decian, dejarle que se perdiese en su loca

y ridícula empresa contra la Inglaterra, y Moreau debia guardarse de ofrecerle su espada. Asi, despues de haber tratado al vencedor del Egipto y de la Italia como á un aventurero, se miraba la expedicion patriótica que tanto le ocupaba, como la calaverada mayor que pueda darse.

Medios ideados por los realistas para ponerse en relaciones con Moreau.

En estas desgraciadas divisiones, hallaban los conspiradores de Lóndres medios para urdir fácilmente la segunda parte de su proyecto. Necesitábase ganar á Moreau, y por su medio al ejército, y entónces, muerto el primer Cónsul en el camino de la Malmaison, Moreau ganado, vendria á la cabeza del ejército, á reconciliar aquella temible parte de la nacion, con los Borbones, que hubieran tenido el valor de reconquistar su trono con la espada en la mano. Pero ¿como franquearse con Moreau, que se hallaba en Paris rodeado de una sociedad republicana, mientras estaban ellos en Londres en medio de la flor y nata de los chuanes? Necesitábase una tercera persona para el caso: mas del fondo de los desiertos de la América habia llegado una, muy ilustre, si bien por culpa suya habia perdido mucho de su primera gloria; dotada de grandes cualidades, y con relaciones entre los realistas y los republicanos: era esta Pichegrú, el vencedor de la Holanda, deportado por el Directorio á Sinnamari. Habiéndose fugado del lugar de su destierro, habia llegado á Londres, donde vivia con el secreto deseo de no permanecer mucho tiempo en Inglaterra, y volver á Francia aprovechándose de la política del gobierno, que llamaba sin distincion á los culpables ó á las víctimas de todos los partidos. Pero la guerra, suspendida por un instante, habia empezado en breve, y con ella las ilusiones y las locuras de los emigrados, á los cuales habia vendido Pichegrú su libertad, al venderles su honor. Habianle hecho entrar en la conspiracion casi á su pesar, y le habian encargado que fuese cerca de Moreau la persona intermediaria que necesitaban para atraer á este último á la causa de los Borbones, y para fundir en un solo partido los republicanos y los realistas de todos los matices.

Emplean á Pichegrú para este objeto.

El plan que se habia adoptado concordaba bastante con ciertas apariencias del momento, para estar bien concebido, pero no lo suficiente con la realidad para que tuviese buen éxito; sin embargo, ofrecia mas verosimilitud que la que necesitaban hombres impacientes, para quienes todo era bueno, con tal que se agitasen, y distragesen por medio de aquella agitacion la pesada ociosidad del destierro. Determinado el plan se ocuparon de la ejecucion.

Ante todo era necesario pasar á Francia. Aunque Jorge queria que le acompañasen uno ó dos de los príncipes, no tenia el mayor empeño en que le siguiesen inmediatamente; pues conocia que era menester prepararlo todo antes de hacerles venir á Francia, á fin de no exponerlos á una prolongada permanencia en Paris, á vista de la policia vigilante. Decidióse, pues, á partir el primero, y á dirigirse á Paris para componer allí la gavilla de chuanes, con la cual debia atacar la guardia del primer Cónsul. Mientras tanto, debia Pichegrú ponerse de acuerdo con Moreau, valiéndose primero de una tercera persona, y despues avistándose directamente con aquel, para lo cual se trasladaria á Paris. Finalmente, cuando todo se hallase preparado, cuando se contase á la vez con los chuanes para el ataque, y con Moreau para arrastrar consigo la adhesion del ejército, entónces vendrian los príncipes la víspera ó el dia de la ejecucion.

Partida de Jorge para París.

Hallándose determinado todo esto, Jorge, con cuya fidelidad se podia contar, salió de Lóndres para Paris, acompañado de una gavilla de chuanes, armados todos como malhechores que fuesen á recorrer los caminos. Jorge llevaba en un cinto el valor de un millon en letras de cambio; y debe creerse que no eran los príncipes quienes proporcionaban las cantidades que circulaban entre los fraguadores de aquellas tramas, porque su posicion era muy triste; sino que procedian del manantial comun, es decir, del tesoro británico.

Un oficial de la marina real inglesa, el capitan Wright, marino intrépido, fue el encargado de tomar en Deal ó Hastings, á bordo de un buque ligero,

á los emigrados de la expedicion, y desembarcarlos en el punto de la costa, á donde quisiesen abordar. Desde que el primer Cónsul, advertido de los contínuos desembarcos de los chuanes, habia mandado que se custodiasen con la mayor vigilancia las costas de Bretaña, aquellos habian cambiado de direccion, y desembarcaban por la Normandía. Entre Dieppe y el Tréport, á lo largo de una costa escarpada, llamada de Biville, se hallaba una salida misteriosa practicada en la hendidura de una roca, y frecuentada tan solo por los contrabandistas. Un cable fuertemente atado en la cumbre de un peñasco, bajaba por dicha hendidura hasta tocar en el mar: á un grito que servia de señal, los secretos guardianes del paso echaban el cable, del cual se apoderaba el contrabandista, y con su ayuda trepaba á lo alto del precipicio, que tendria de 200 á 300 pies de elevacion, llevando un pesado fardo sobre su espalda. Los afiliados de Jorge habian descubierto esta senda, y habian pensado apropiarse su uso, cosa no muy difícil teniendo dinero de que disponer: para completar la comunicacion con Paris se habian proporcionado una serie de albergues, ya en las quintas aisladas, ya en los castillos habitados por nobles normandos, realistas fieles y discretos, que apenas salian de sus moradas; y de este modo podian llegar desde la costa de la Mancha hasta Paris, sin pasar por ninguna carretera, y sin entrar en ninguna posada ni otro sitio público: finalmente, para no comprometer aquella senda frecuentándola demasiado, la reservaban para los personages mas importantes del partido. El dinero con que se compraba el silencio de algunos de aquellos realistas, en cuyos albergues se refugiaban, la fidelidad de los otros, y sobre todo la distancia de los lugares frecuentados, hacian muy difíciles las indiscreciones, y cierto el secreto, al menos por algun tiempo.

Nuevo camino que adoptan los chuanes para penetrar en Francia.

Embarcado Jorge en el buque del capitan Wright, desembarcó al pie de la roca de Biville el 21 de Agosto de 1803, en el mismo momento en que el primer Cónsul inspeccionaba las costas: atravesó el paso de los contrabandistas, y de albergue en albergue, llegó con algunos de sus mas fieles partidarios, hasta Chillot, uno de los arrabales de Paris, donde le tenian preparado su alojamiento, y desde donde podia trasladarse por la noche á Paris, ver á sus asociados, y preparar el golpe de mano, para cuya ejecucion habia venido á Francia.

Llega Jorge á Paris en Agosto de 1803.

Valeroso y sensato, tenia Jorge las pasiones de su partido, pero sin que se formase la menor ilusion, y por lo tanto, juzgaba mejor que los demás lo que se podia ó no hacer; emprendiendo por audacia y valor, lo que sus cómplices emprendian por alucinamiento. Llegado á Paris, conoció en breve que el primer Cónsul no estaba despopularizado, como lo habian escrito á Lóndres; que los realistas y los republicanos no estaban tan dispuestos á arrojarse en busca de novedades, segun se le habia anunciado, y que asi en este particular, como en todos, la realidad estaba muy léjos de igualar á las promesas. Pero como no era hombre capaz de desanimar á sus asociados, manifestándoles sus observaciones, se puso á trabajar. Ademas, para dar un golpe de mano no necesitaba el socorro de la opinion pública; y muerto el primer Cónsul, la Francia se veria obligada, á falta de otra cosa mejor, á admitir á los Borbones. Desde el fondo de su impenetrable retiro envió emisarios á la Vendée, para ver, si con motivo de la conscripcion, podia lograr que se insurreccionase de nuevo, y si los conscriptos del pais decian, como otras veces, que servir por servir, mas valia empuñar las armas contra el gobierno revolucionario, que á su favor; pero halló la mayor inercia en la Vendée. Solo su nombre entre todos los nombres vendeanos habia conservado algun poder, porque se le miraba como un realista incorruptible, que habia preferido el destierro á los favores del primer Cónsul; sentian algunas simpatías hácia el representante de una causa que tenia á su favor los secretos afectos de la poblacion; pero no queria ya ninguno correr de nuevo por medio de matorrales, vericuetos y caminos. Por otra parte, los sacerdotes, que eran los verdaderos inspiradores del pueblo vendeano, estaban á favor del primer Cónsul. Todo

Lo que Jorge encuentra en Paris.

lo mas que podia esperarse era juntar algunas partidas insignificantes; y lo que era mas triste para los conspiradores, ya no se hallaban como antiguamente aquellos chuanes determinados, los cuales estaban prontos á todo, mas bien que volver á sus ocupaciones laboriosas y pacíficas. Sin embargo, era preciso buscar algunos que fuesen á la vez valientes y discretos; y en dos meses que estaba Jorge en Paris, apenas habia podido reunir treinta. A ninguno se le decia el objeto de su reunion, no se conocian los unos á los otros, y solo sabian que se les destinaba á una próxima empresa en favor de los Borbones, lo cual les convenia; y que mientras tanto se les pagaba muy bien, lo que tampoco dejaba de convenirles. Secretamente les preparaba Jorge uniformes y armas para el dia del combate.

Cuesta á Jorge mucho trabajo el poder formar una partida.

Desde el seno del misterio en que vivia, habia querido saber, empleando para ello infinitas precauciones, si la parte del proyecto que tocaba á los republicanos, aunque en nada le correspondia, marchaba mejor que la de los realistas. Al efecto, se valió de un breton fiel para que sondease las intenciones de M. Fresnieres, tambien breton, secretario de Moreau, y en relaciones con todos los partidos, aun con M. Fouché. Esto era aproximarse mucho al peligro, porque M. Fouché, en aquel momento, buscaba atentamente la ocasion de hacer algun servicio al primer Cónsul. Fresnieres no dijo nada que pudiese hacer concebir grandes esperanzas respecto á Moreau, y sus respuestas fueron casi insignificantes; pero Jorge no lo tuvo en cuenta, y resuelto á intentarlo todo, ostigó á sus partidarios en Lóndres para que obrasen, porque comprometido hacia algunos meses en medio de Paris, corria en él inútilmente los mayores peligros.

Mientras que Jorge trabajaba por su lado, los agentes de Pichegrú obraban por el suyo, y se habian ya avistado con Moreau. Los que Pichegrú habia encargado de esto eran antiguos asentistas, especie de hombres que á veces llegan á ser los familiares de los generales. Preguntaron á Moreau si se acordaba de aquel antiguo compañero de armas, y si aun le conservaba algun resentimiento. No era Moreau quien debia tener mucho afecto á Pichegrú, al cual habia denunciado al Directorio, presentando los papeles del carro de Klinglin; pero entregado entonces á su odio presente, no era capaz de pensar en lo pasado; de modo que manifestó la mayor benevolencia y simpatías por las desgracias de aquel antiguo amigo. Entonces le preguntaron si no queria interesarse por Pichegrú, y usar de su influjo para obtener que volviese á Francia; porque, si se habia concedido una amnistía á todos los vendeanos y los soldados de Condé ¿seria menos acreedor á ella el vencedor de la Holanda?... Moreau contestó, que deseaba con toda su alma volviese aquel antiguo compañero de armas; que consideraba aquella vuelta como una justicia debida á sus servicios, y que con mucho gusto contribuiria por su parte, á que se verificase, si sus actuales relaciones con el gobierno se lo permitieran, pero que indispuesto con los hombres que gobernaban no volveria á poner los pies en las Tullerías. De aquí vinieron naturalmente á parar, á hacerse confidencias relativas á las quejas que debia tener, á la aversion que debia sentir hácia el primer Cónsul, y por último á su deseo de ver á la Francia libre de su persona.

Primeras proposiciones hechas á Moreau.

Conocidas ya las disposiciones de Moreau, se envió cerca de él á uno de sus antiguos oficiales, el general Lajolais, que era uno de los hombres mas peligrosos que podia admitir en su intimidad una persona que no sabia gobernarse. El general Lajolais era pequeño y cojo, dotado en grado sumo del talento de la intriga, devorado por la necesidad y casi reducido á la indigencia. Para ganarlo, se mandó á su lado á un desertor de los ejércitos republicanos, disfrazado de vendedor de encages, con cartas de Pichegrú, y una gran cantidad de dinero. Poco trabajo costó al emisario conquistar á Lajolais; y éste, ganado ya á la conspiracion, se dedicó á visitar á Moreau, y le arrancó la confidencia de su odio y de sus deseos, que tendian nada menos que á destruir el gobierno consular por todos los medios posibles. Lajolais no llegó hasta hacerle propo-

El general Lajolais es empleado como intermediario cerca de Moreau.

siciones directas; pero crédulo, como lo son todos los entremetidos, se figuró que bastaba una sola palabra para que Moreau se decidiese á tomar una parte activa en la conspiracion; y creyendo mas de lo que en realidad era, mandó á decir á los que le habian comisionado, mucho mas de lo que creia. De este modo se urdian tramas de tanta importancia, y por agentes que se engañaban en parte á sí mismos, y engañaban en lo restante á los que los empleaban. Lajolais dió las mayores esperanzas á los enviados de Pichegrú, é instigado por ellos, consintió en partir para Lóndres, á fin de hacer en persona una relacion verbal á los grandes personages, de quienes habia venido á ser instrumento.

Lajolais y su conductor se vieron obligados á pasar por Hamburgo á fin de trasladarse á Lóndres con mas seguridad, de modo que perdieron mucho tiempo. Desembarcados en Inglaterra, hallaron que las autoridades británicas habian dado las órdenes convenientes para que se les recibiese al punto, y de este modo llegaron á Lóndres, y fueron introducidos á presencia de Pichegrú y de los directores de la intriga. La llegada de Lajolais causó una loca alegría á todas aquellas almas impacientes. El conde de Artois tenia la imprudencia de asistir á los conciliábulos, comprometiendo así su rango, su dignidad y su familia. Es verdad que solo era conocido de los principales; pero la vivacidad de sus sentimientos y de su lenguage, excitando la atencion, le hizo en breve ser conocido de todos. Al oir contar á Lajolais, con una exageracion ridícula, todo lo que le habia dicho Moreau, y manifestar que al momento que se presentase Pichegrú obtendria la adhesion de aquel general republicano; no pudiendo el conde de Artois contener su alegría, exclamó: Si se ponen de acuerdo nuestros dos generales en breve estaré de vuelta en Francia.—Estas palabras atrajeron sobre él las miradas de los conjurados, quienes despues de haberse informado, supieron que el personage que se expresaba así era el primer príncipe de la sangre, el hijo de los Reyes, llamado tambien á ser Rey, y á quien el influjo corruptor del destierro inducia á cometer actos tan poco dignos de su rango y de su corazon. La satisfaccion era tan grande, dijo uno de los agentes, el cual contó despues estos pormenores, *que si el Rey de Inglaterra se hubiera hallado presente, hubiera querido ser del viaje* (1).

Segundo desembarco.

Convinose que sin mas tardanza se dirigirian á Francia para dar la última mano á la ejecucion de la empresa. Ya era tiempo de apresurarse, porque el desgraciado Jorge, dejado solo á vanguardia, enmedio de los agentes de la policía consular, corria los mas serios peligros. A fines de Diciembre se le habia enviado un segundo destacamento de emigrados para que no se creyese abandonado. Se habia decidido que aquella vez se embarcaria para Francia Pichegrú, acompañado de grandes personages, tales como M. de Rivière y uno de los señores de Polignac, y que irian á incorporarse con Jorge por la senda ya conocida. Al momento que aquellos nuevos enviados lo tuviesen todo preparado, y cuando M. de Rivière, que era el hombre de mas sangre fria afirmase que habia llegado el momento, y que estaba ya en sazon (2) la empresa proyectada, para que pudiesen arriesgarse los príncipes, el conde de Artois ó el duque de Berry, ó ambos, debian venir á Francia, para tomar parte en el pretendido combate contra la persona del primer Cónsul.

Enero de 1804.

Llegada de Pichegrú á Paris.

Partió, pues, Pichegrú, con los principales emigrados franceses, para aquella expedicion, en la cual iba á perder para siempre su gloria, ya marchita, y su vida, que debió haber empleado de otra manera: partió en los primeros dias del año 1804, á bordo del buque del capitan Wright, y desembarcó en la misma costa de Biville el 16 de Enero. El vencedor de la Holanda, acompañado de los miembros mas ilustres de la noble-

(1) Estas palabras, así como toda la relacion de aquel lamentable asunto estan extractadas con escrupulosa fidelidad del voluminoso proceso que se siguió, del cual una parte ha sido publicada, y la otra ha permanecido en los archivos del gobierno. Solo hemos tomado como dignos de fe los detalles que no han admitido duda por la concordancia de todas las declaraciones, y que llevan el carácter evidente de la verdad.

(2) Véase en otro lugar, algo despues, la declaracion de M. de Rivière.

za francesa, halló á Jorge que habia venido á recibirle hasta cerca del mar, y de albergue en albergue, por medio de los bosques de la Normandia llegó á Chaillot el 20 de Enero.

Jorge no habia podido reunir toda la gente que queria; pero como era arrojado, estaba pronto con la que tenia á su disposicion, á acometer al primer Cónsul y darle infaliblemente la muerte; pero antes era necesario entenderse de una manera definitiva con Moreau, para asegurarse el porvenir. Los agentes vieron de nuevo á éste, y le dijeron que Pichegrú habia llegado secretamente y deseaba tener una entrevista con él, á lo cual accedió Moreau, citándole una noche al baluarte de la Magdalena; pues no quiso recibir en su casa á Pichegrú. Bien hubiera querido éste presentarse solo á la cita, porque era frio y prudente, y no le gustaba mucho la sociedad de las personas vulgares y bulliciosas, que le abrumaban con su impaciencia, y cuya compañia era el primer castigo de su conducta; pero no pudo lograrlo, y acudió á la cita con varias personas, y entre ellas Jorge, quien queria examinarlo todo por sí mismo, y saber sobre qué fundamentos iba á arriesgar su vida en una tentativa desesperada.

Resultado de la entrevista.

En una noche oscura y fria del mes de Enero, se aproximaron á una señal dada, Moreau y Pichegrú. Era la primera vez que se volvian á ver desde la época en que combatian juntos en el Rhin, y en la que la vida de ambos estaba pura, y su gloria sin mancilla. Apenas se habian repuesto de la emocion que debian causarles tantos recuerdos, cuando se presentó Jorge, y se dió á conocer. Sorprendido Moreau, se mostró de pronto frio y descontento, y pareció culpar mucho á Pichegrú de tal encuentro. Separáronse, pues, sin decirse nada de utilidad, y quedaron citados para verse de nuevo y en otra parte.

Esta primera entrevista, produjo en Jorge una funesta impresion. *Esto va mal*, fueron sus primeras palabras. El mismo Pichegrú empezaba á temer que se habia aventurado demasiado. Entretanto los intrigantes que servian de agentes vieron de nuevo á Moreau, y no disimulándole nada, le dijeron que se trataba de conspirar para derribar el gobierno del primer Cónsul. Moreau no trató de oponerse á esto,

Moreau no quiere prestarse á la vuelta de los Borbones.

aunque se empleasen los medios que se podian adivinar aunque no se manifestaban; pero mostró una repugnancia invencible á trabajar por los Borbones, y sobretodo á mezclarse personalmente en semejante empresa. Aprovechar en beneficio de la República y en el suyo la caida del primer Cónsul era su ambicion evidente; pero semejante asunto solo podia tratarse entre Pichegrú y él. Recibióle esta vez en su propia casa, y despues de varios accidentes que estuvo en poco lo descubriesen todo, tuvo una larga y seria conferencia con aquel antiguo compañero de armas. En ella se habló de todo. Moreau no quiso salir del círculo de ciertas ideas: pretendia tener un partido considerable en el Senado y en el ejército; y segun él, si llegaban á librar á la Francia de los tres Cónsules, el poder seria colocado de seguro en sus manos; del cual se serviria para salvar la vida de los que hubieran librado á la República de su opresor; pero de ningun modo entregaria á los Borbones la República emancipada. En cuanto á Pichegrú, el antiguo conquistador de Holanda, y uno de los generales mas ilustres de la Francia, se haria mas que salvarle la vida, pues se le reintegraria en sus honores y en sus grados, y se le elevaria á los primeros puestos del Estado. Preocupado Moreau con estas ideas, expresó á Pichegrú el asombro que le causaba, verle mezclado con tales gentes. No necesitaba este de las advertencias de Moreau para hallar insoportable la sociedad de los chuanes, con quienes vivia; pero el mismo Moreau era la prueba, de que cuando se entra en conspiraciones, es dificil no verse rodeado en breve de un círculo de miserables. Pichegrú era demasiado sensato é inteligente para participar de las ilusiones de Moreau, y procuró persuadirle que despues de la muerte del primer Cónsul no habia otro gobierno posible que el de los Borbones. Todo esto era superior á la inteligencia de Moreau,

Nueva entrevista de Pichegrú y Moreau que tampoco produce ningun resultado.

inteligencia muy mediana fuera del campo de batalla; y por lo tanto se obstinaba en creer que muerto el general Bonaparte, seria él el primer Cónsul de la República. Aunque no se hablaba de la muerte del primer Cónsul, se daba esta por entendida, como el medio de librar la escena de aquel personage que la ocupaba. Por lo demas, sin que sea buscar excusas para aquellos fatales tratos, es necesario decir para apreciarlas exactamente, que habiendo visto los personages de aquella época morir á tantos, ya en el cadalso ó en el campo de batalla, y dado ó sufrido tantas órdenes terribles, la muerte de un hombre no tenia para ellos la importancia y el horror que el fin de las guerras civiles y las dulzuras de la paz han hecho, por fortuna, que nazca entre nosotros.

Pichegrú se muestra desesperado, vistas las disposiciones de Moreau.

Pichegrú salió esta vez desesperado, y dijo al confidente que le habia guiado en casa de Moreau y que le volvia á su oscuro retiro: Tambien tiene este ambicion: quiere á su vez gobernar la Francia. ¡Pobre hombre! no sabria gobernarla por espacio de veinte y cuatro horas.—Instruido Jorge de todo lo que pasaba, exclamó con la acostumbrada energia de su alma: Usurpador por usurpador, mejor quiero al que gobierna, que á ese Moreau, que no tiene corazon ni cabeza.—Asi es como al verle de cerca, trataban al hombre, á quien sus escritores y charlatanes presentaban como el modelo de las virtudes públicas y guerreras.

Las disposiciones en que se hallaba Moreau causaron la mayor desesperacion en aquellos infelices emigrados. Todavia tuvieron una nueva entrevista con él, en Chaillot y en casa del mismo Jorge, probablemente sin que supiese Moreau en casa de qué personage se hallaba. Jorge que asistia á la conferencia, se retiró á poco diciendo bruscamente á Pichegrú y á Moreau: Yo me retiro: acaso quedando solos llegueis á entenderos.—

Pero no sucedió asi; y por el resultado de la conferencia quedaron convencidos los emigrados que se habian comprometido locamente en un proyecto, cuyo resultado solo podia ser una catástrofe. M. de Rivière estaba desconsolado, y él y sus amigos decian lo que se dice siempre, cuando se vé que nadie participa de las pasiones de uno: la Francia es apática; no quiere mas que el sosiego, y es infiel á sus antiguos sentimientos.—En efecto, no estaba la Francia, como se les habia asegurado, indignada contra el gobierno consular, ni todos los partidos estaban prontos á entenderse para derribarle. Algunos envidiosos sin genio eran los únicos que pensaban destruirle, y aun estos no querian comprometerse en un complot cuyo objeto era patente. En cuanto á la Francia, aunque sentia, sin duda, que se hubiese roto tan pronto la paz y aunque acaso desconfiase de la pasion al poder y á la guerra que se notaba en el general Bonaparte, no por eso dejaba de mirarle como su salvador. Estaba prendada de su gobierno, y por nada queria precipitarse otra vez en los azares de una nueva revolucion.

Desaliento de los emigrados comprometidos en la conspiracion tramada en Lóndres.

Ya estaban tentados aquellos infelices á retirarse los unos á Bretaña y los otros á Inglaterra; pues desengañados por el conocimiento de los hechos, los de mas elevada categoria, sentian tambien cierta repugnancia hácia aquellos con quienes se veian obligados á vivir. M. de Rivière y Pichegrú, que eran los mas cuerdos de todos, se confiaban sus repugnancias y sus temores. Un dia, queriendo Pichegrú imponer respeto á aquellos chuanes demasiado importunos, contestó con amargura y desprecio á uno de ellos que le decia: *Mi general, sois de los nuestros.—No; estoy con vosotros.* Lo que significaba que su vida estaba entre sus manos, pero no su voluntad y su razon.

Todos estaban pues sumidos en una incertidumbre cruel: Jorge estaba siempre dispuesto á asaltar al primer Cónsul, salvo ver en seguida lo que se haria despues; pero los otros se preguntaban, que ¿á qué cometer un atentado inútil? En este estado se hallaban, cuando todos estos manejos que se seguian de seis meses á aquella parte, concluyeron por llamar la atencion de la policia, pero demasiado tarde para que pudiera vanagloriarse de su vigilancia. La sagacidad del primer Cónsul le salvó y perdió á los imprudentes enemigos

que fraguaban su pérdida. El castigo comun de los que se comprometen en tales empresas es el detenerse cuando ya es tarde: por lo regular son descubiertos, presos y castigados, cuando la conciencia, la razon y el temor empiezan á abrirles los ojos, y se disponen á retroceder en la senda del mal.

Aquellas idas y venidas, continuadas desde Agosto hasta Enero, y pasando sobre todo tan cerca de un hombre tal como el antiguo ministro Fouché, que tenia el mayor empeño en descubrir algo, no podian dejar de ser apercibidas. En otra parte hicimos mencion, que M. Fouché habia sido privado de la cartera del ministerio de policía, porque el primer Cónsul habia querido inaugurar el Consulado por vida, con la supresion de un ministerio de rigor; y desde entonces la policía habia sido incorporada y como ocultada en el ministerio de justicia. El gran juez Régnier que no era perito en aquella clase de negocios los habia abandonado al Consejero de Estado Réal, hombre de talento, pero vivo y crédulo, y que no tenia ni con mucho la segura y penetrante sagacidad de M. Fouché. Asi, pues, la policía estaba servida muy medianamente, y se afirmaba al primer Cónsul que jamas se habia conspirado menos. Pero éste estaba muy lejos de alimentar aquella seguridad, y por otra parte, no se la dejaba tener M. Fouché, quien fastidiado de la ociosidad en que le tenia su cargo de senador, y habiendo conservado sus relaciones con sus antiguos agentes, estaba perfectamente informado, y daba cuenta al primer Cónsul de sus observaciones. Escuchando el primer Cónsul todo lo que le decian MM. Fouché y Réal, leyendo con asiduidad las relaciones de la gendarmeria, siempre las mas útiles, porque son las mas exactas y escritas con mejor fé, tenia la conviccion de que se tramaban complots contra su persona. En primer lugar, una induccion general, sacada de las circunstancias, le hacia pensar que la renovacion de la guerra, debia ser una ocasion para que los emigrados y los republicanos ensayasen alguna tentativa. Varios indicios, tales como la aprehension de chuanes en todas direcciones, y los anuncios que le enviaban los gefes vendeanos que le eran adictos le probaban que la induccion era exacta. Habiéndole remitido de la misma Vendée un parte en que se le anunciaba que se veian formarse partidas de conscriptos rebeldes, envió á los departamentos del oeste al coronel Savary, cuya adhesion no conocia límites, y cuya inteligencia y valor habia puesto mas de una vez á prueba: acompañábanle algunos hombres escogidos de la gendarmeria, y llevaba el encargo de seguir el movimiento, y dirigir varias columnas movilizadas, que se habian mandado á la Vendée. El coronel Savary partió, lo observó todo por sus propios ojos y conoció claramente las señales de una accion sorda y desconocida. Esta accion era la de Jorge, quien, desde Paris se esforzaba en preparar una insurreccion en la Vendée. Sin embargo, nada se descubrió relativo al terrible secreto, que Jorge habia guardado para sí y sus principales asociados. Dispersadas las gavillas, volvió el coronel Savary á París, sin haber sabido nada de importante.

Primeros indicios que tiene la policía.

Parte el coronel Savary á la Vendée.

Otra intriga, cuyo hilo habia caido en las manos del primer Cónsul, y la cual seguia él con cierto placer, prometia algunas luces, aunque todavia no habia arrojado de sí ningunas. Los tres ministros ingleses de Hesse, Wurtemberg y Baviera, que tenian tambien encargo de dirijir algunas tramas en Francia, se aplicaban á ello con el mayor celo, pero con muy poca destreza. Son poco apróposito los extrangeros para conducir semejantes tramas. M. Drake, que residia en Baviera, era el mas activo, y hasta vivia fuera de Munich, para recibir con mas facilidad á los agentes que le llegasen de Francia; y para asegurar mejor su correspondencia habia seducido á un director de correos bávaro. Un frances muy intrigante, que habia sido en otro tiempo republicano, y con el cual habia emprendido todos aquellos manejos, confesándole claramente el objeto de las intrigas británicas, lo habia descubierto todo á la policía. M. Drake queria, en primer lugar, tener conocimiento de los secretos del primer Cónsul relativos al

Manejos de los agentes británicos, que concuerdan con la conspiracion de Jorge.

desembarco, y despues ganar algun general de importancia; apoderarse, si era posible, de una plaza como Strasburgo ó Besanzon, y empezar una insurreccion. Desembarazarse del general Bonaparte, era siempre con términos mas ó menos explícitos, la parte esencial del proyecto. Gozoso el primer Cónsul, de pillar en fragante delito á un diplomático inglés, mandó dar mucho dinero al intermediario que engañaba á M. Drake, con la condicion que habia de continuar aquella intriga; y hasta proporcionó él mismo el modelo de las cartas que debian escribirse á M. Drake. En dichas cartas daba numerosos y verdaderos pormenores sobre sus costumbres personales, el modo de redactar sus planes y de dictar sus órdenes, y añadia que todo el secreto de sus operaciones se encontraba en una gran cartera negra, la cual estaba siempre en poder de M. de Meneval, ó de un ugier de confianza. M. de Meneval era incorruptible, pero no el ugier, el cual pedia un millon por entregar la cartera. Despues insinuaba el primer Cónsul que en Francia se fraguaban otras intrigas ademas de la que dirigia M. Drake, y que importaba conocerlas bien, para no perjudicarse reciprocamente, y si, al contrario, para servirse de ella. Finalmente, añadia, como una revelacion muy importante, que el verdadero proyecto de desembarco tenia por objeto á la Irlanda; que lo que se hacia en Boloña era una pura farsa, la cual se procuraba presentar con alguna verosimilitud, aumentando mas y mas sus preparativos, y que nada habia de formal sino las dos expediciones ordenadas en Brest y en el Texel (1).

Aquel torpe y culpable diplomático, que cometia el doble yerro de comprometer las funciones mas sagradas, y de desempeñar tan torpemente la policia, recibia todos aquellos detalles con una

---

(1) He aqui los curiosos extractos de las cartas dictadas por el primer Cónsul.

Al gran Juez.

9 de Brumario del año XII (1.° de Noviembre de 1803.)

Seria importante que hubiese en Munich cerca de Drake, un agente secreto que llevase nota de todos los franceses, que pasasen á aquella ciudad.

He leido todas las relaciones que me habeis enviado, y me han parecido muy interesantes. Es necesario no apresurarse en hacer prisiones. Cuando el agente haya dado todas las noticias necesarias, se determinará un plan con él, y entonces se verá lo que debe hacerse.

Deseo que escriba á Drake, y que para inspirarle confianza, le de á conocer, que mientras puede darse el gran golpe, cree poder prometerle tomar de la misma mesa del primer Cónsul, de su gabinete secreto, y escritas de su propia mano, notas relativas á su grande expedicion, y otros papeles importantes; que esta esperanza está fundada en el ugier del gabinete, el cual habiendo sido miembro de la sociedad de los jacobinos, aunque goza de la confianza del primer Cónsul, y se halla en la actualidad encargado de la custodia de su gabinete, pertenece sin embargo al comité secreto; pero que para esto se necesitan dos cosas: la primera que se prometerán cien mil libras esterlinas, si verdaderamente se entregan aquellos papeles de tan grande importancia, escritos de la misma mano del primer Cónsul; y segunda, que se enviará á un agente frances del partido realista para proporcionar á dicho ugier los medios de ocultarse, porque no hay duda que seria preso al momento que desapareciesen documentos de tamaña importancia.

. . . . . .

Bonaparte no escribe casi nunca; pues todo lo dicta, paseandose por su gabinete, á un jóven de veinte años, llamado Meneval; que es el único individuo no solo que entra en su gabinete, sino que tambien penetra en otras tres habitaciones que siguen al gabinete. Este joven ha reemplazado á Bourrienne, á quien ha despedido el primer Cónsul, á pesar de conocerle desde su infancia. . . . . .

. . . . . Meneval no es hombre de quien pueda esperarse nada.

. . . . . Pero las notas que contienen los grandes cálculos del primer Consul las escribe por sí mismo y no las dicta. Hay sobre su mesa una gran cartera, con otras tantas divisiones como ministerios: esta cartera hecha con mucho cuidado la cierra el primer Cónsul, y siempre que este sale de su gabinete, Meneval es el encargado de colocar aquella cartera en un armario de corredera que está debajo de su bufete, sujeto con tornillos en el suelo.

Puede extraerse dicha cartera, sin que las sospechas recaigan mas que sobre Meneval ó el ugier, que es el que enciende fuego y limpia el aposento: por lo tanto seria necesario que desapareciese el ugier. En la expresada cartera debe hallarse cuan-

extremada avidez; pedia otros nuevos, sobre todo relativos á la expedicion que se preparaba en Boloña, anunciaba que iba á ponerse de acuerdo con su gobierno, respecto al asunto de la cartera negra, por la cual se exigia una cantidad tan crecida; y en cuanto á los otros manejos de que se deseaba tener noticias, para que no se perjudicasen los unos á los otros, decia, que no estaba instruido de ellos, (lo que era cierto) pero que si acaso se encontraban, no habia mas que unirse, estrecharse, y caminar todos á un mismo fin, porque, añadía M. Drake, importa poco que sea uno ú otro el que *derribe la fiera, y basta que todos vosotros esteis prontos para darle caza* (1).

A tan indigno papel descendió un agente revestido del carácter oficial, y tan odioso lenguage se atrevió á usar.

Pero nada de esto daba ninguna luz en lo que se procuraba averiguar. M. Drake ignoraba la gran conspiracion de Jorge, cuyo secreto no se habia divulgado; y en su ridícula confianza no habia podido hacer ninguna revelacion útil.

---

to ha escrito el primer Cónsul de algunos años á esta parte, porque es la que lleva en todos sus viages, y la que va sin cesar desde París á la Malmaison y á Saint-Cloud. En ella deben estar todas las notas secretas de las operaciones militares; y puesto que solo puede llegarse á destruir su autoridad confundiendo sus proyectos, no hay duda que la sustraccion de esta cartera los confundiria todos.

—

Al gran Juez.

París 3 de Pluvioso del año XII (24 de Enero de 1804).

Las cartas de Drake parecen muy importantes. Desearia que Méhée, anunciase en su próxima nota, que el comité habia sentido la mayor alegria á la idea de que Bonaparte queria embarcarse en Boloña; pero que hoy dia se tiene la certeza que son falsas todas las demostraciones de Boloña; y que, aunque costosas, lo son mucho menos que lo que parece á primera vista..... que todos los buques de la flotilla pueden utilizarse en los usos comunes; y que esto mismo hace conocer que aquellos preparativos no son mas que amenazas, y que no se quiere formar alli un establecimiento fijo.

Que es menester no hacerse ilusiones; que el primer Cónsul era muy astuto, y que se creia en una posicion demasiado buena, para intentar una operacion dudosa, en la cual se comprometeria mucha fuerza. Su verdadero proyecto, segun puede juzgarse por sus relaciones exteriores, es la expedicion de la Irlanda, que se verificará a la vez por la escuadra de Brest y por la del Texel. . ..

Nada se dice acerca de la expedicion del Texel, aunque se sabe que está lista, y se mete mucho ruido con los campamentos de Saint-Omer, de Ostende y de Flessinga. La gran cantidad de tropas reunidas en forma de campamentos tiene un objeto político. Bonaparte está muy contento con tenerlas reunidas y en pie de guerra para hacer un cuarto de conversion y caer sobre la Alemania, si cree necesario á sus proyectos hacer la guerra continental.

Otra expedicion hay decididamente determinada y es la de Morea. Bonaparte tiene 40,000 hombres en Tarento; y la escuadra de Tolon va á hacerse á la vela para dicho punto. El primer Cónsul cree hallar un considerable ejército ausiliar de griegos.

Es necesario continuar siempre el negocio de la cartera; decir (para acreditarse) que el ugier acaba de presentar varios párrafos de cartas escritas por el mismo Bonaparte; que se puede sacar de aquel hombre el mayor partido, pero que quiere mucho dinero. El proyecto es entregar efectivamente dicha cartera, en la cual pondrá el primer Cónsul todas las notas y noticias que quiere que se crean; pero para que den mucha importancia á dicha cartera, es necesario que adelanten en metálico lo menos 50,000 libras esterlinas.

—

Al ciudadano Réal.

Malmaison 28 de Ventoso del año XII (19 de Marzo de 1804.

Os ruego que remitais al ciudadano Maret la última carta escrita por Drake, para que la mande imprimir en la coleccion de documentos relativos á este negocio.

Os ruego tambien que pongais dos notas; la una para dar á conocer que el ayudante de campo del supuesto general, no es otro que un oficial enviado por el prefecto de Strasburgo; y la otra para manifestar que el ugier era una pura invencion del agente; y que al lado del gobierno no hay ningun ugier ni empleado, cuya fidelidad pueda vencer el oro corruptor de la Inglaterra.

(1) Tales son las expresiones de que se vale M. Drake. Las cartas escritas de su mano fueron depositadas en el Senado, y presentadas á todos los miembros del cuerpo diplomático que quisieron verlas.

El primer Cónsul, persuadido siempre que los hombres que habian concebido el proyecto de la máquina infernal, debian, con mas razon, preparar alguna cosa en aquellas circunstancias; y llamándole la atencion las varias prisiones verificadas en Paris, en la Vendée y en Normandia, dijo á Murat, que era entonces gobernador de Paris, y á M. Rèal, que dirigia la policía: Es seguro que los emigrados estan trabajando. Se han verificado varias prisiones, y es menester, enviar á algunos de los presos ante una comision militar, quién los condenará, y ellos hablarán antes de dejarse fusilar.—Esto que referimos acontecia del 25 al 30 de Enero, mientras tenian lugar las entrevistas de Pichegrú con Moreau, y empezaban ya los conjurados á desanimarse. El primer Cónsul mandó que le presentasen la lista de los presos, entre los cuales se hallaban algunos agentes de Jorge, que habian llegado antes ó despues de él, y era uno de ellos un antiguo médico de los ejércitos vendeanos, que habia desembarcado en Agosto con el mismo Jorge. Despues de haber examinado las circunstancias particulares de cada uno, el primer Cónsul señaló cinco, diciendo: O mucho me equivoco, ó entre estos hay algunos hombres informados que no dejarán de hacer revelaciones.—Hacia tiempo que no se hacia uso de las leyes publicadas con anterioridad, que permitian la institucion de los tribunales militares, pues el primer Cónsul habia querido que durante la paz cayesen en desuso; pero al renovarse la guerra creyó deber hacer uso de ellas; particularmente para los espias que venian á observar sus preparativos contra la Inglaterra; habiendo ya hecho detener, juzgar y fusilar á algunos. Al punto se empezó la sumaria contra los individuos designados por él: los dos primeros resultaron inocentes; otros dos convencidos como culpables de crímenes que la ley castiga con la muerte fueron sentenciados, y se dejaron fusilar sin confesar nada, pero declarando que habian venido á Francia para defender la causa del Rey legítimo, la cual, en breve se veria triunfante sobre las ruinas de la República. Ademas profirieron horrorosas amenazas contra la persona del gefe del gobierno.

El primer Cónsul descubre con su prodigiosa capacidad toda la conspiracion.

El quinto que era al que particularmente habia señalado el primer Cónsul, como quien debia revelarlo todo, declaró en el acto de llevarle al suplicio que tenia que descubrir grandes secretos. Al punto uno de los empleados mas hábiles de la policia, le tomó declaracion, en la cual lo confesó todo; diciendo que habia desembarcado en el mes de Agosto en la costa de Biville con el mismo Jorge, y que habian venido atravesando los bosques, de guarida en guarida hasta Paris, con el fin de matar al primer Cónsul, atacando á viva fuerza su escolta. Concluyó indicando algunos de los sitios donde se refugiaban los chuanes que mandaba Jorge, y particularmente algunos tratantes de vinos.

Declaracion importante de uno de los agentes de Jorge.

Esta declaracion fue un rayo de luz. La presencia de Jorge en Paris era altamente significativa, pues no era de presumir que semejante personage permaneciese seis meses en la capital misma, y con una partida de sicarios, para llevar á cabo una tentativa sin importancia. Conociase ya el punto de desembarco en la costa de Biville, la existencia de un camino por medio de los bosques, y algunos de los oscuros albergues donde se ocultaban los conjurados. Una rara casualidad habia revelado un nombre, que dió á conocer circunstancias muy graves. Algunos chuanes desembarcados en época anterior por la misma costa de Biville habian cambiado algunos tiros con los gendarmes, y en un trozo de papel que habia servido de taco, se habia hallado escrito el nombre de *Troche*, que era el de un relojero de Eu. Este tenia un hijo muy jóven al que cabalmente empleaban en la correspondencia. Mandósele arrestar en secreto y conducir á Paris; donde se le interrogó y confesó cuanto sabia. Declaró que era él quien iba á recibir los conjurados á la costa de Biville, y quien los conducia á las primeras paradas: refirió la historia de los tres desembarcos, que conocen nuestros lectores, el de Jorge en Agosto, y los de Diciembre y Enero, en los que entraron Pichegrú, y MM. de Rivière y de Polignac; pero no conocia el nombre ni las cualidades de los personages á quienes habia servido de guia. Solo sabia, que en los primeros dias de Febrero

debia verificarse un cuarto desembarco por el mismo punto de Biville, teniendo él el encargo de recibir á los nuevos desembarcados.

Febrero de 1804.

Arréstanse algunos agentes de Jorge.

En los primeros dias de Febrero se hicieron varias pesquisas, y desde Paris hasta la costa se registraron los lugares indicados á fin de descubrir las guaridas que servian á los emigrados viageros; vigilóse con el mayor cuidado á los tratantes de vino, denunciados por el agente de Jorge, y en pocos dias se hicieron varias prisiones importantes, particularmente dos, que arrojaron gran luz sobre aquel negocio. Primero se aprehendió á un jóven llamado Picot, criado de Jorge, y chuan intrépido, el cual hallándose armado con pistolas y puñal, se resistió hasta lo último, declarando que queria morir por el servicio de su Rey. Con este se aprehendió á un tal Bouvet de Lozier, oficial principal de Jorge, quien se dejó prender sin provocar el mismo tumulto, y manifestando la mayor calma.

Estos hombres estaban armados como malhechores prontos á cometer los mayores crímenes, y ademas de las armas traian consigo cantidades considerables en oro y plata. En el primer instante parecian muy exaltados; mas poco á poco se fueron calmando, y concluyeron haciendo algunas declaraciones. He aquí lo que aconteció con el llamado Picot. Arrestado el 8 de Febrero (18 de Pluvioso) no quiso al principio decir nada, pero poco á poco se le indujo despues á hablar. Confesó que habia venido de Inglaterra con Jorge, quien hacia seis meses se hallaba con él en Paris, y no ocultó el motivo de su venida á Francia. Asi, pues, no podia ponerse en duda la presencia de Jorge en Paris, y que esta tenia un gran objeto; pero no se supo mas. Bouvet de Lozier no decia nada, pues era este persona superior á Picot por su educacion y por sus maneras. En la noche del 13 al 14 de Febrero, Bouvet de Lozier llamó de pronto á su carcelero. Habia procurado ahorcarse, y no habiéndolo conseguido, entregado á cierta especie de delirio, solicitó que se recibiesen las declaraciones que iba á hacer. En tónces aquel desgraciado declaró, que antes de morir por la causa del Rey legítimo, queria quitar la máscara al pérfido personage, que habia arrastrado á tantos valientes al abismo, comprometiéndolos inútilmente, é hizo una declaracion tan grave y extraña que dejó confuso y sorprendido á M. Rèal. Dijo, que estando ellos en Lóndres al lado de los príncipes, Moreau envió uno de sus oficiales á Pichegrú, ofreciéndole ponerse al frente de un movimiento en favor de los Borbones, y prometiendo que el ejército seguiria su ejemplo. A esta noticia habian partido todos, con Jorge y el mismo Pichegrú, para cooperar á aquella revolucion. Llegados á Paris, Jorge y Pichegrú se habian avistado con Moreau para ponerse de acuerdo, y este entónces, cambiando de lenguage habia pedido que se destruyese al primer Cónsul en su beneficio, á fin de hacerse dictador él mismo. Jorge, Pichegrú y sus amigos se habian negado á tal propuesta; y á causa de las demoras, causadas por las pretensiones de Moreau, la policía habia tenido tiempo de hacer sus pesquisas, resultando de ellas su prision y la de otros. Este trágico deponente añadió, que *se escapaba de en medio de las sombras de la muerte*, para vengarse y vengar á sus amigos *del hombre que los habia perdido á todos* (1).

La presencia de Jorge en Paris queda probada por varias declaraciones.

Revelaciones inesperadas de Bouvet de Lozier, que comprometen gravemente á Moreau.

(1) Cito aquí la misma declaracion de Bouvet de Lozier. Este documento como todos los relativos á la conspiracion de Jorge, de los cuales iremos haciendo mencion, están sacados de una obra en ocho volúmenes en 8.° que tiene por título:

PROCESO INSTRUIDO POR EL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL Y ESPECIAL DEL DEPARTAMENTO DEL SENA, RESIDENTE EN PARIS, CONTRA JORGE, PICHEGRU, Y OTROS, ACUSADOS DE CONSPIRACION CONTRA LA PERSONA DEL PRIMER CONSUL. PARIS, C.-F. PATRAS, IMPRESOR DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL. 1804. (EJEMPLAR DE LA BIBLIOTECA REAL.)

Declaracion de Atanasio Jacinto Bouvet de

De este modo, de un suicidio no consumado, salia contra Moreau una terrible denuncia, denuncia muy exagerada por la desesperacion, pero que sin embargo presentaba la conspiracion por entero. M. Rèal, asombrado, corrió á las Tullerias, y, halló al primer Cónsul, levantado ya aunque era muy de madrugada, pues asi lo tenia por costumbre, para ponerse á trabajar. Aun estaba sirviéndole su ayuda de cámara Constant, cuando á las primeras palabras de M. Rèal, le puso el primer Cónsul la mano en la boca, le hizo callarse, y despidiendo á su ayuda de cámara se quedó solo con él para oir su relato, el cual no pareció le asombraba; negándose á creer enteramente la declaracion en lo que concernia á Moreau. Comprendia perfectamente el proyecto de reunir á todos los partidos en contra suya, y que se valiesen de Pichegrú como intermediario entre los realistas y los republicanos; pero para creer en la culpabilidad de Moreau, queria que se probase se hallaba Pichegrú en Paris. Si nuevas revelaciones hacian desaparecer su duda, el lazo en

Cómo recibe el primer Cónsul la noticia de estar implicado Moreau en la conjuracion. Antes de obrar contra él quiere que se pruebe la presencia de Pichegrú en Paris.

Lozier, hecha en presencia del gran Juez, ministro de Justicia.

TOMO II, PAGINA 168.

Un hombre que sale de las puertas del sepulcro, envuelto todavia entre las sombras de la muerte, es el que pide venganza contra aquellos que con su perfidia le han arrojado á él y á su partido en el abismo en que se encuentra.

Enviado para sostener la causa de los Borbones, se halla obligado ó á combatir en favor de Moreau, ó renunciar á una empresa que era el único objeto de su mision.

Monsieur (1) debia pasar á Francia para ponerse á la cabeza de un partido realista; Moreau prometia unirse á la causa de los Borbones; pero venidos los realistas á Francia, Moreau se retracta.

Les propone que trabajen para él y le nombren dictador.

La acusacion que le hago acaso no tenga todas las pruebas necesarias.

He aquí los hechos; á vosotros toca apreciarlos.

Un general que ha servido á las órdenes de Moreau, Lajolais, fue enviado por él á Lóndres para que se avistase con el príncipe: Pichegrú era la persona intermediaria: Lajolais se conforma en nombre y de parte de Moreau con las principales bases del plan propuesto.

El príncipe prepara su partida; se envia mayor número de realistas á Francia, y en las conferencias que tienen lugar en Paris entre Moreau, Pichegrú y Jorge, el primero manifiesta sus intenciones, y declara que no trata de trabajar en favor de un Rey sino de un dictador.

De aquí la duda, la division y la pérdida casi total del partido realista.

He sabido por Jorge que Lajolais se hallaba al lado del príncipe al principio de Enero de este año.

(1) *Tomado en un sentido absoluto, como está aquí, se entiende en Francia el primer hermano del Rey.*

Despues le ví llegar á Poterie el 17 de Enero, dos dias despues de su desembarco con Pichegrú, por la via de nuestra correspondencia, la cual os es demasiado conocida.

Volví á ver al mismo Lajolais, el 25 ó 26 de Enero, cuando vino a buscar á Jorge y Pichegrú al carruage, en que me hallaba con ellos en el baluarte de la Magdalena, para conducirlos á verse con Moreau que se hallaba á algunos pasos de allí en los Campos Elíseos. La conferencia que tuvieron nos hizo ya presagiar lo mismo que Moreau propuso abiertamente despues en otra entrevista que tuvo solo con Pichegrú; á saber: que era imposible el restablecimiento del Rey, y que por lo tanto debia trabajarse para que le colocasen á él al frente del gobierno con el título de Dictador, no dejando á los realistas sino la probabilidad de ser sus colaboradores y sus soldados.

No sé qué peso tendrá para vosotros el aserto de un hombre arrancado, habrá una hora de la muerte que él mismo se habia dado, y que tiene á su vista la que le reserva un gobierno ofendido.

Pero no he podido contener el grito de la desesperacion, ni dejar de atacar á un hombre que me ha reducido á ella.

Por lo demás podreis encontrar hechos conformes á los que acabo de declarar en la continuacion del gran proceso en que estoy complicado.

Firmado, BOUVET,

ayudante-general del ejército realista.

tre los realistas y Moreau se encontraba efectivamente establecido, y se podia obrar directamente contra éste. Por lo demas no se le escapó la menor palabra de cólera ó de venganza; y parecia mas bien curioso y meditativo que irritado.

Pensóse interrogar de nuevo á Picot, criado de Jorge, para saber si tenia conocimiento de la presencia de Pichegrú en Paris. Asi se verificó, y tratándole con la mayor dulzura, se logró que declarase abiertamente, como en efecto lo hizo, todo lo relativo á Pichegrú y á Moreau. Sabia menos que Bouvet de Lozier; pero lo que sabia era, quizas, mas significativo, porque resultaba de ello que la desesperacion producida por la conducta de Moreau habia descendido hasta las últimas filas de los conjurados. En cuanto á Pichegrú declaró positivamente haberle visto en Paris, pocos dias antes; y afirmó que se hallaba todavia en la capital. Respecto á Moreau, contó que habia oido á los oficiales de Jorge, expresar su sentimiento por haberse dirigido á aquel general, quien por sus ambiciosas pretensiones iba á hacer que todo saliese fallido (1).

Queda probada la presencia de Pichegrú.

Conocidos estos hechos durante todo el dia 14, el primer Cónsul convocó al momento un consejo secreto en las Tullerias, compuesto de los dos Cónsules Cambacérès y Lebrun, de los principales ministros, y de M. Fouché, quien, á pesar de que no era ministro, tenia una gran parte en aquella informacion. El consejo se celebró en la noche del 14 al 15. La cuestion merecia ser examinada detenidamente: la conspiracion era de una evidencia incontestable: el plan de asaltar al primer Cónsul, con una partida de chuanes mandados por Jorge, no admitia duda: la concurrencia de todos los partidos republicanos ó realistas, era tambien cierta, por la presencia de Pichegrú, quien debia haber servido de intermediario entre los unos y los otros. Respecto á la culpabilidad de Moreau era muy difícil fijar el grado de ella; pero ni Bouvet de Lozier en su desesperacion, ni Picot en su sencillez de soldado, podian haber inventado aquella circunstancia singular, del perjuicio que ocasionaban á los realistas las miras personales de Moreau. Era claro, que sino se arrestaba á éste general, se le hallaria denunciado á cada momento en el transcurso de la causa; que estas denuncias se divulgarian, y que entónces pareceria, ó que se le calumniaba pérfidamente, ó que le tenian miedo y no se atrevian á perseguir á un criminal, porque este criminal era el segundo personage de la República.

Consejo secreto en el cual se resuelve el arresto de Moreau.

Semejante consideracion era para el primer Cónsul de las mas decisivas, pues costaba mucho á su orgullo y á su política, que se pusiese en duda la firmeza de su gobierno.—Se dirá, exclamó que, temo á Moreau. Mas no sucederá asi. He sido el mas clemente de los hombres, pero seré el mas terrible cuando sea necesa-

Motivos que deciden al primer Cónsul á mandar se proceda á la prision de Moreau.

(1) *Extracto de la segunda declaracion de Luis Picot, hecha* el 24 de Pluvioso del año XII (14 de Febrero, á la una de la mañana) *ante el Prefecto de policia.*

TOMO II, PAGINA 392.

Ha declarado:

Que los gefes han echado suertes, para ver quien atacaria al primer Cónsul;

Que el objeto es apoderarse de él, si se le encuentra en el camino de Boloña, ó asesinarle al presentarle una peticion en la parada, ó cuando va al teatro;

Que cree firmemente que Pichegrú está no solo en Francia sino que todavia permanece en París.

—

Extracto de la tercera declaracion de Luis Picot, hecha el 24 de Pluvioso (14 de Febrero).

TOMO II, PAGINA 395.

Ha declarado:

Que Pichegrú ha tomado constantemente el nombre de Cárlos, y que le ha oido llamar asi varias veces

Que ha oido hablar á menudo del general Moreau, y que los gefes han repetido frecuentemente, delante de él, que estaban muy disgustados de que los príncipes hubiesen metido á Moreau en aquel asunto, pero que ignora cuando ha visto Jorge á Moreau.

rio; y castigaré á Moreau, como á otro cualquiera, puesto que entra en tramas, odiosas por su objeto, y vergonzosas por las relaciones indignas que dan á entender.—Asi, pues, no vaciló un instante en ordenar la prision de Moreau. Para hacerlo asi habia otra razon muy poderosa. Jorge y Pichegrú no estaban presos: es verdad que se habia aprehendido á tres ó cuatro de sus cómplices; pero la gavilla de conspiradores se hallaba toda fuera de las manos de la policia, y era posible que el temor de ser descubiertos los llevase á apresurar la tentativa para que habian venido á Francia: por esto, era preciso precipitar el proceso y apoderarse de todos los gefes que se pudiera, con lo cual inevitablemente se obtendrian otras revelaciones. Resolvióse, pues, inmediatamente el arresto de Moreau y con el suyo, el de Lajolais y otros que desempeñaban el papel de terceros y cuyos nombres habian sido revelados.

El primer Cónsul estaba muy irritado, pero no precisamente contra Moreau; pues mas bien parecia querer prevenirse que vengarse. Queria tener á Moreau en su poder, convencerle, obtener de él los descubrimientos que necesitaba, y en seguida perdonarle; y creia que si lo lograba seria el colmo de la habilidad y de la dicha.

Eligese la jurisdiccion que debe juzgar á Moreau.

Era preciso elegir la jurisdiccion que debia entender en el asunto de Moreau. El Cónsul Cambacérès, que conocia perfectamente las leyes, manifestó el peligro de la jurisdiccion ordinaria en asunto de tal naturaleza, y propuso, puesto que Moreau era militar, enviarle ante un consejo de guerra compuesto de los personages mas elevados del ejército, lo cual tambien estaba autorizado por las leyes existentes. El primer Cónsul se opuso á ello (1).—Diriase, añadió, que yo he querido desembarazarme de Moreau, y hacerle asesinar por mis propias hechuras.—En su consecuencia buscó un término medio, cual fue el enviar á Moreau ante el tribunal criminal del Sena; pero permitiendo la Constitucion suspender el jurado en ciertos casos y en la extension de ciertos departamentos, se decidió, que inmediatamente se decretaria dicha suspension respecto al departamento del Sena. Esta era una falta cuyo principio era honroso. El público vió en la suspension del jurado un acto tan rigoroso, como pudiera haberlo sido la remision del acusado ó acusados ante una comision militar; y de este modo, sin poder reclamar el mérito de haber respetado las formas de la justicia, cargó el gobierno con todos sus inconvenientes, como se verá en breve. Ademas se resolvió que el gran Juez Regnier, redactaria un informe acerca del complot que se acababa de descubrir y sobre las causas de la prision de Moreau, el cual se comunicaria al Senado, al Cuerpo Legislativo y al Tribunado.

El consejo habia durado toda la noche. A la mañana siguiente se envió un destacamento de gendarmes escojidos y algunos oficiales de justicia, á la habitacion de Moreau, y no habiéndole encontrado fueron á Grosbois; y le hallaron en el puente de Charenton, de vuelta á Paris; donde fue preso sin estrépito, y con muchas consideraciones, y conducido al Temple. Al mismo tiempo que él fueron presos Lajolais y los asentistas que habian servido de intermediarios.

Efecto que produce en el público la prision de Moreau.

Aquel mismo dia se presentó al Senado, al Cuerpo Legislativo y al Tribunado el mensage que contenia el informe de Regnier, el cual causó un asombro doloroso á los amigos del gobierno, y una especie de maliciosa alegria á sus enemigos mas ó menos pronunciados, de los cuales quedaban todavia un cierto número en los grandes cuerpos del Estado. Segun estos, todo aquello no era mas que una invencion de la policia, una maquinacion del primer Cónsul, por medio de la cual queria desembarazarse de un rival que le daba cuidado, y rehacer su popularidad comprometida, inspirando inquietud por sus dias. Se desencadenaron como sucede siempre en circunstancias iguales; y en vez de decir: *la conspiracion de Moreau*, los que se preciaban de agudos decian: *la conspiracion contra Moreau.* El hermano de este general, que era miembro del Tribunado, se precipitó á la Tribuna de aquella asamblea, declaró que su hermano habia sido

(1) Repito aquí el testimonio del mismo M. Cambacérès.

calumniado, y que para hacer patente su inocencia solo pedia se le enviase ante la justicia ordinaria y no ante una justicia especial. Solo reclamaba en favor de su hermano que se le facilitaran los medios de hacer resplandeciese la verdad.—Oyéronse sus palabras con frialdad, pero tambien con sentimiento. La mayoria de los tres cuerpos estaba á la par decidida por el gobierno, pero afligida. Parecia que desde el rompimiento de la paz, se hubiese desmentido algo la fortuna del primer Cónsul, hasta entónces tan dichosa como grande. No creian que hubiese inventado aquella conspiracion, pero sentian el mayor disgusto al ver que su vida se hallaba todavia en peligro, y que era preciso para defenderla, herir las cabezas mas elevadas de la República. Contestaron, pues, al mensage del gobierno, con otro que contenia la expresion, comun en tales circunstancias, del interes y adhesion que sentian por el gefe del Estado, y de los votos ardientes que formaban para que la justicia se administrase con prontitud y rectamente.

Aquellas prisiones causaron el mayor ruido y asi debia suceder. La mayoria del público estaba muy dispuesta á indignarse contra toda tentativa que pusiese en peligro los preciosos dias del primer Cónsul; sin embargo ponia en duda la realidad del complot. Es verdad que la abominable máquina infernal habia hecho que se creyese en todo; pero el crímen habia precedido entónces al proceso, y se habia presentado bajo la forma del mas atroz atentado. Esta vez, al contrario, se anunciaba un proyecto de asesinato, y por este simple anuncio, se empezaba prendiendo á uno de los hombres mas ilustres de la República, que pasaba por ser el objeto de todos los celos del primer Cónsul. Los espiritus malévolos preguntaban, ¿donde estaba Jorge, donde Pichegrú? y segun ellos, ninguno de estos personages se hallaba en Paris, y por lo tanto no se le hallaria en la capital, porque todo aquello no era mas que una farsa muy mal urdida y una invencion abominable.

Irritacion del primer Cónsul al ver que algunas personas dudan de la realidad de la conspiracion.

Si al aspecto del nuevo peligro que amenazaba su persona, se habia presentado el primer Cónsul al principio con la mayor serenidad y calma, se irritó al contrario profundamente, al ver las negras calumnias que se forjaban del mismo peligro que corria. Preguntábase si no era bastante ser el blanco de tramas horrorosas, y le habia tambien de ser preciso pasar por maquinador de complots; por envidioso, cuando era perseguido por la mas baja envidia, y por autor de pérfidos proyectos contra la vida de otro, cuando su propia vida corria los mayores peligros. Apoderóse de él la cólera, que se aumentó en la continuacion de la causa; y mostró una especie de encarnizamiento en descubrir los autores de la conspiracion, no para poner su vida á cubierto, pues estaba tan confiado en su fortuna que ni siquiera pensaba en aquella, sino para confundir la infamia de sus detractores, los cuales le presentaban como el inventor de unas tramas, de que habia estado en poco fuese víctima, y de que todavia podia serlo.

La cólera del primer Cónsul se dirige esta vez no contra los republicanos sino contra los realistas.

Esta vez no estaba irritado contra los republicanos sino contra los realistas. Cuando el atentado de la máquina infernal, queria castigar obstinadamente á los republicanos, aunque no eran los autores de dicho atentado, porque veia en ellos un obstáculo á todo el bien que pensaba hacer; pero en aquel momento tenia su indignacion otro objeto. Desde su advenimiento al poder, habia hecho todo lo posible por los realistas: los habia sacado de la opresion y del destierro; les habia devuelto la cualidad de franceses y de ciudadanos, y les habia restituido sus bienes en cuanto habia sido posible, haciendo todo esto contra la opinion y voluntad de sus partidarios mas fieles. Para traer otra vez á los sacerdotes, habia arrostrado las preocupaciones mas arraigadas del pais y del siglo; para levantar el destierro á los emigrados, habia tenido que hacer frente á las alarmas de la clase mas suspicaz y desconfiada, cual era la de los compradores de bienes nacionales; y finalmente, habia dado á algunos de aquellos realistas destinos de importancia, y empezado á emplearlos hasta al lado de su persona. En efecto, cuando se compara el estado en que los habia encontrado al salir del

régimen de la Convencion y del Directorio, y aquel en que los habia puesto, es imposible dejar de conocer que jamas se hizo tanto por un partido; que jamas hubo protector mas generoso, con ideas de justicia mas elevadas, y que jamas se pagó una conducta tan noble con tan negra ingratitud. El primer Cónsul habia llegado al punto de arriesgar su popularidad en favor de los realistas, y lo que es peor hasta el de perder casi la confianza de los hombres sinceramente adictos á la Revolucion, porque habia hecho con esto se digese y se creyese tambien que pensaba restablecer los Borbones. En pago de estos esfuerzos y beneficios, los realistas habian querido hacerle volar en 1800 por medio de un barril de pólvora; y ahora querian asesinarle en un camino; siendo estos tambien los que en sus salones le acusaban de inventar los complots que ellos mismos habian fraguado.

Los conjurados declaran unanimemente que debe venir á Paris un príncipe.

Tales fueron las ideas que llenaron en breve su ardiente alma, y que produjeron en él una imprevista y súbita reaccion contra el partido culpable de semejantes ingratitudes. Asi, pues, su venganza no buscaba en esta ocasion á los republicanos: no hay duda que no le disgustaria ver á Moreau obligado á recibir el beneficio abrumador de su clemencia; pero deseaba descargar sobre los realistas todo el peso de su cólera, y estaba resuelto, como decia, á no concederles cuartel. Las revelaciones que se siguieron, aumentaron aquella disposicion de ánimo, convirtiéndola en una especie de pasion.

Mientras que se buscaba con el mayor cuidado á Jorge y á Pichegrú, se hicieron nuevas prisiones, y se obtuvieron de Picot y de Bouvet de Lozier, detalles mas completos y mas graves que todos los que hasta entonces habian dado. No queriendo aparecer estos hombres como asesinos, se apresuraron á manifestar que habian llegado á Paris con los señores mas principales de la corte de los Borbones, particularmente MM. de Polignac y de Rivière, y finalmente que debia ponerse un príncipe á su cabeza. Decian que le estaban aguardando de un momento á otro, y que creian que aquel príncipe tan esperado, debia formar parte del último desembarco que estaba anunciado para Febrero. Circulaba entre ellos la voz que aquel príncipe era el duque de Berry (1).

Las declaraciones sobre este particular no pudieron ser mas precisas, concordantes y completas; y el complot adquirió á los ojos del primer Cónsul una funesta claridad. Vió al conde de Artois y al duque de Berry, rodeados de emigrados, afiliados á los republicanos por medio de Pichegrú, teniendo á su servicio una gavilla de sicarios, y hasta prometiéndoles ponerse á su frente para asesinarle en una embos-

Marzo de 1804.

(1) *Extracto de la cuarta declaracion de Luis Picot, hecha ante el Prefecto de policía*, el 25 de Pluvioso (15 de Febrero).

TOMO II, PAGINA 398.

Ha declarado:

Yo me desembarqué con Jorge entre Dunkerque y la ciudad de Eu. Ignoro si ha habido algunos desembarcos anteriores, pero sí se han verificado dos posteriores. Tratábase de un cuarto desembarco mucho mas numeroso, en el cual debian saltar á tierra veinte y cinco personas, contándose en este número el duque de Berry. Ignoro si este desembarco se ha efectuado; pero sé, que Bouvet y el llamado Armand debian salir al encuentro del príncipe.

Extracto del segundo interrogatorio de Bouvet el 30 de Pluvioso (20 de Febrero).

TOMO II, PAGINA 172.

Pregunta. ¿En qué época y de qué manera creeis que se han puesto de acuerdo Moreau y Pichegrú, para ayudar al plan que ha venido Jorge á ejecutar en Francia, cuyo objeto era el restablecimiento de los Borbones?

Respuesta. Creo que hace mucho tiempo que Pichegrú y Moreau sostenian una correspondencia entre sí; y solo con las seguridades que Pichegrú dió al príncipe, de que Moreau apoyaba con todos sus medios un movimiento en Francia en su favor, se determinó de un modo vago el siguiente plan: el restablecimiento de los Borbones; que Pichegrú ganase á los consejos; un movimiento en Paris, sostenido con la presencia del príncipe; un ataque á viva fuerza dirigido contra el primer Cónsul; y la presentacion del príncipe á los ejércitos por Moreau, quien de antemano debia haber preparado al efecto todos los ánimos.

cada, que ellos llamaban un combate leal con armas iguales. Entonces se apoderó de él una especie de furor, y no tuvo mas deseos que el de aprehender á aquel príncipe que debia llegar á Paris, desembarcando en la costa de Biville. Aquella viveza de lenguage con que se expresaba contra los jacobinos cuando la máquina infernal, la empleaba entonces contra los príncipes y los grandes señores que descendian á representar aquel papel.—Los Borbones creen, decia, que se puede derramar mi sangre como la de los mas viles animales; y sin embargo, mi sangre vale tanto como la suya. Quiero devolverles el terror que pretenden inspirarme. Perdono á Moreau su debilidad, y el haberse dejado llevar de su necia envidia; pero haré fusilar cruelmente al primero de esos príncipes que caiga en mis manos; y de este modo sabrán con qué clase de hombre tienen que habérselas.—Tal era el lenguage que usaba durante aquel terrible proceso. Estaba sombrio, agitado, amenazador, y lo que era mas notable que nada, trabajaba menos. Parecia que por un momento habia olvidado á Boloña, Brest y el Texel.

Mision del coronel Savary en la costa de Biville para aprehender al príncipe cuya llegada se anunciaba.

Sin perder momento mandó llamar al coronel Savary, en cuya adhesion podia descansar del todo. El coronel Savary no era ningun malvado, por mas que hayan dicho los detractores ordinarios de todo régimen caido. Poseia un talento notable; pero habiendo vivido siempre en los ejércitos, no se habia formado principios fijos sobre nada, y no conocia otra moral que guardar fidelidad á un gefe de quien habia recibido los mayores beneficios. Habia pasado algunas semanas en el Bocage, disfrazado y expuesto á los mayores peligros. El primer Cónsul le mandó se disfrazára de nuevo, y fuese á apostarse con un destacamento de gendarmeria escogida á la costa de Biville. Estos gendarmes eran respecto á la gendarmeria, lo que la guardia consular, respecto á lo demas del ejército; es decir, la reunion de los soldados mas valientes y escogidos de su arma. Se les podian encargar las mas dificiles comisiones, sin temer que cometiesen la menor infidelidad. A veces por necesidades imprevistas del servicio partian dos de ellos en una silla de posta, conduciendo varios millones en oro al fondo de las Calabrias ó de la Bretaña, sin que jamas pensasen faltar á su deber. No eran estos, pues, sicarios, como algunos han pretendido, sino soldados que obedecian á sus gefes con una exactitud rigorosa; exactitud temible, es verdad, bajo un régimen arbitrario, y con las leyes de la época. El coronel Savary debió tomar unos cincuenta de aquellos hombres, disfrazarlos, armarlos bien, y conducirlos á la costa de Biville. Ninguno de los deponentes dudaba que debia hallarse un príncipe, entre los que debian desembarcar de un momento á otro; y solo variaban sus declaraciones en un punto, á saber: si dicho príncipe seria el duque de Berry ó el conde de Artois. El coronel Savary recibió la órden de pasar noche y dia en la cumbre de la parte mas escarpada de la costa, aguardar el desembarco, apoderarse de todos los que formasen parte de él, y trasladarlos á Paris. El primer Cónsul habia tomado su resolucion; y estaba decidido á llevar ante una comision militar y hacer fusilar al momento, al primer príncipe que cayese en sus manos. ¡Lamentable y terrible resolucion, cuyas consecuencias horrorosas se verán en breve!

Fatal resolucion del primer Cónsul respecto al primer príncipe que caiga en su poder.

A la vez que daba el primer Cónsul estas órdenes, manifestaba otros sentimientos respecto á Moreau. Teniale á sus pies comprometido y desconceptuado, y queria tratarle con una generosidad sin límites. El mismo dia de su prision dijo al gran Juez: Es necesario que todo lo que tiene relacion con los republicanos concluya entre Moreau y yo. Id á interrogarle á su prision; traedle en vuestro carruage á las Tullerías; que convenga en todo conmigo, y yo olvidaré los extravios producidos por una envidia y unos celos, que mas bien que suyos son de los que le han rodeado.—Por desgracia, le era mas fácil al primer Cónsul perdonar, que á Moreau aceptar su perdon. Confesarlo todo, es decir, arrojarse á los pies del primer Cónsul, era una humi-

En tanto que el primer Cónsul quiere fusilar á un príncipe de la casa de Borbon desea perdonar á Moreau.

llacion que no se podia esperar de un hombre, cuya alma serena, si bien se elevaba poco tambien se humillaba poco. Si M. Fouché hubiera sido entonces ministro de la policia, deberia habérsele confiado este encargo, pues era el único hombre capaz, por su talento familiar é insinuante, de introducirse en un alma endurecida por el orgullo y la desgracia, y aun contemporizar con aquel orgullo, diciéndole con cierta especie de indulgencia, cuyo lenguage solo él sabia usar: Habeis querido derribar al primer Cónsul, pero habeis sucumbido: sois su prisionero; lo sabe todo; y os perdona y quiere volveros á vuestra antigua posicion. Aceptad su buena voluntad; no os dejeis engañar por una falsa dignidad, hasta el punto de rechazar una gracia inesperada, que os colocará en la posicion en que deberiais hallaros, á no haber jugado vuestra existencia conspirando.—En lugar de este tercero poco escrupuloso pero hábil, enviaron para que se avistase con Moreau á un hombre honrado, quien, presentándose ante el ilustre acusado con todo el aparato de su ministerio, echó á tierra las buenas intenciones del primer Cónsul. El gran Juez Regnier, llegó á la prision en trage de ceremonia, acompañado del secretario del consejo de Estado Locré, y habiendo mandado comparecer á Moreau le interrogó largamente con frios miramientos. Aquel mismo dia, Lajolais, que tambien se hallaba preso, habia dicho sobre poco mas ó menos, cuanto concernia á las relaciones de Moreau con Pichegrú, confesando haber servido de intermediario para unir á Pichegrú con Moreau; haber ido á Lóndres, haber traido á Pichegrú y haberle puesto en los brazos de Moreau, todo con la intencion, segun decia, de obtener por los empeños del uno que se levantase el destierro al otro. Lajolais solo habia callado las relaciones con Jorge, porque una vez confesadas estas hubieran quitado toda apariencia de veracidad á su declaracion, pero este infeliz ignoraba que estando probadas por otras declaraciones las relaciones de Pichegrú con Jorge y los principales emigrados, manifestar solo el secreto de las entrevistas de Moreau con Pichegrú, era establecer un lazo fatal entre Moreau, Jorge y los príncipes emigrados: de modo que las declaraciones de Lajolais bastaban para poner en evidencia la culpabilidad de Moreau. Lo primero que se debia hacer era ilustrar amistosamente á este último, acerca de la marcha de la causa para no exponerle á mentir inútilmente; pues era necesario obligarle á que lo confesase todo, probándole que nada se ignoraba. Si á esto se hubiera añadido el tono y el lenguage que podian incitarle á tener confianza, acaso se hubiera provocado un momento de abandono que hubiera salvado á aquel infeliz. Mas en lugar de obrar así, el gran Juez interrogó á Moreau acerca de sus relaciones con Lajolais, Pichegrú y Jorge; y sobre cada uno de estos puntos le dejó siempre decir que no sabia nada, que no habia visto á nadie, y que ignoraba por qué se le hacian todas aquellas preguntas; y no le advirtió que se engolfaba en un laberinto de negativas inútiles que le comprometian. Aquella entrevista con el gran Juez no tuvo, pues, el resultado que esperaba el primer Cónsul, y que hubiera hecho posible un acto de clemencia tan noble como útil.

El gran juez Regnier es enviado á la prision de Moreau para provocar un acto de confianza por parte de éste.

M. Regnier volvió á las Tullerias para dar cuenta del resultado del interrogatorio de Moreau. —Pues bien, repuso el primer Cónsul, pues que no quiere ser franco conmigo tendrá que serlo con la justicia.—El primer Cónsul mandó seguir la causa con el mayor rigor, y desplegó una extremada actividad para apoderarse de los culpables; pues solo pensaba en salvar el honor de su gobierno, gravemente comprometido, si no se probaba la realidad del complot, con la doble prision de Jorge y Pichegrú. Sin esto seria tenido como un envidioso de baja especie, que habia querido comprometer y perder al segundo general de la República. Diariamente se aprisionaban nuevos cómplices de la conjuracion, que no dejaban ninguna duda acerca del conjunto y pormenores del plan, y particularmente sobre la resolucion de asaltar el carruage del primer Cónsul entre Saint-Cloud y París; sobre la venida de un jóven príncipe para ponerse á la cabeza de los conjurados; sobre la llegada de Pichegrú para con-

Habiéndose negado Moreau á franquearse con el gran Juez es entregado á la justicia.

certarse con Moreau; sobre su divergencia de opiniones, y la paralizacion que habia sido su consecuencia y habia ocasionado la pérdida de todos. Conocianse, pues, todos los hechos, pero no se aprehendia á ninguno de los gefes, cuya presencia hubiera convencido á los espíritus mas incrédulos; ni tampoco al príncipe tan esperado, con el cual queria el primer Cónsul, en su cólera, hacer un sangriento sacrificio. El coronel Savary, apostado en la costa de Biville, escribia que lo habia visto todo, y se habia cerciorado perfectamente de la exactitud de las revelaciones obtenidas respecto al modo de verificarse los desembarcos, en cuanto al camino misterioso abierto entre Biville y Paris, y en cuanto á la existencia del pequeño buque, que se presentaba todas las noches, daba algunas bordadas á lo largo de la costa, y parecia querer aproximarse siempre, sin verificarlo nunca. Creiase, que bien por no hacerse en la costa las señales de convenio entre los conjurados (porque no eran conocidas) ó bien porque desde Paris se hubieran mandado avisos á Lóndres, se habia dado contraórden respecto al desembarco, ó al menos se habia mandado suspender. El coronel Savary tenia órden de aguardar con una paciencia imperturbable.

El coronel Savary aguarda por largo tiempo en la costa de Biville.

En Paris se descubrian diariamente nuevos rastros de Pichegrú y de Jorge; y mas de una vez habia estado en poco el que no fuesen aprehendidos. El primer Cónsul que no se paraba en términos medios, resolvió presentar una ley, cuyo espíritu probará la idea que los hombres de aquel tiempo al salir de la Revolucion se formaban de las garantías de los ciudadanos, tan respetadas en la actualidad. Propúsose, pues, al Cuerpo Legislativo una ley por la cual se condenaba á muerte á todo aquel que ocultase á Jorge, Pichegrú y á sesenta de sus cómplices, cuyas señas se daban: castigábase tambien con seis años de presidio á los que habiéndolos visto ó conociendo su retiro, no los denunciasen. Esta ley formidable que ordenaba bajo pena de muerte un acto bárbaro, fue adoptada el mismo dia que se presentó, sin que nadie se opusiera á ella.

Ley contra los que den asilo á Jorge y á sus cómplices.

Apenas se publicó fue seguida de medidas no menos rigorosas. Como era de temer que los conjurados, al verse perseguidos de tal suerte, pensasen en la fuga, se cerró á Paris; dejando entrar á todo el mundo pero sin que se permitiese salir á nadie, por espacio de un cierto número de dias. Para asegurar el cumplimiento de esta medida se colocaron en todas las puertas de la ciudad destacamentos de la guardia de infantería; y la de caballería patrullaba continuamente á lo largo de los paredones del cerco, con órden de detener á cualquiera que pasase por encima de ellos, y de hacer fuego á la persona que tratase de huir. Finalmente, los marineros de la guardia distribuidos en botes, se estacionaron en el Sena dia y noche. Solo los correos del gobierno tenian la facultad de salir, despues de haber sido registrados y reconocidos, de modo que no pudiera haber engaño.

Paris cerrado durante varios dias.

Por un momento parecia que todo habia vuelto á los malos dias de la Revolucion, extendiéndose por todo Paris una especie de terror. Los enemigos del primer Cónsul abusaban de ello cruelmente, y decian de él, cuanto se habia dicho en otra época del antiguo comité de salud pública. Dirigiendo él mismo la policía, estaba al corriente de cuanto se hablaba; y su exasperacion, aumentada sin cesar, le inducia á cometer los actos mas violentos: se habia vuelto taciturno, duro, y no guardaba consideraciones á nadie. Desde los últimos acontecimientos no disimulaba su mal humor contra M. de Markoff; y una nueva circunstancia hizo que estallase de un modo doloroso. Entre las personas presas se hallaba un suizo, que pertenecia, se ignora en qué calidad, á la embajada rusa; hombre sumamente intrigante, que no convenia á una legacion extrangera tenerlo en su servicio; pero á esta falta, M. de Markoff añadió otra mayor, cual fue la de reclamarle. El primer Cónsul mandó que no se le entregase, y que se le vigilase aun mas que antes; haciendo de paso conocer á M. de Markoff, lo indecoroso de su conducta. Con este

Vuelve Paris á estar durante algunos dias como en la época del Terror.

motivo llamaron su atencion dos circunstancias, en las que no habia reparado hasta entónces, cuales eran, que M. de Entraigues, antiguo agente de los príncipes emigrados, se hallaba en Dresde con una comision diplomática del Emperador de Rusia, y que un tal Vernègues, otro emigrado al servicio de los Borbones, y enviado por ellos á la corte de Nápoles, se hallaba en Roma, y tomaba la cualidad de súbdito ruso. El primer Cónsul solicitó de la corte de Sajonia que despidiese á M. de Entraigues, y de la de Roma que procediese á la inmediata prision y extradicion del emigrado Vernègues, reclamando estos actos de rigor de una manera perentoria, que no dejaba medio de contestar con una negativa. En la primera recepcion diplomática, sometió á una prueba ruda al adusto M. de Markoff, asi como poco antes lo habia hecho con el grave lord Withworth. Le dijo que hallaba muy extraño que los embajadores tuviesen á su servicio hombres que conspiraban contra la república, y mas extraño todavia que se atreviesen á reclamarlos.—¿Cree acaso la Rusia, añadió, tener alguna superioridad sobre nosotros que le permita portarse asi? ¿Nos cree tan débiles y afeminados que tengamos que tolerar tales cosas? Se equivoca; pues de ningun príncipe de la tierra, sufriré nada que no sea digno y decoroso.

En la disposicion en que se halla el primer Cónsul de no guardar consideraciones á nadie, trata á M. de Markoff como habia tratado á lord Withworth.

Diez años antes, la benévola Revolucion de 1789 habia venido á ser la sangrienta Revolucion de 1793, por las contínuas provocaciones de enemigos insensatos; y en aquel momento se verificaba un efecto de aquel mismo género en el alma ardiente de Napoleon. Portándose aquellos mismos enemigos con Napoleon, como se habian portado con la Revolucion, llevaban del bien al mal, y de la moderacion á la violencia, al que hasta entonces solo habia sido un sabio á la cabeza del Estado. Los realistas, á quienes habia librado de la opresion; la Europa, á la cual habia procurado vencer con su moderacion, despues de haberla vencido con su espada; en una palabra, todo cuanto habia contemplado y mimado mas, iba á sufrir y á ser maltratado en obras y en palabras, pues á ello estaba dispuesto el primer Cónsul. Era esta una tempestad que excitaba en su alma heróica y grande la ingratitud de los partidos, y la imprudente malevolencia de la Europa.

Reinaba en Paris una ansiedad cruel. La terrible ley publicada y dirigida contra los que ocultasen á Jorge, Pichegrú y sus cómplices, no habia hecho concebir á ninguna persona la baja idea de entregarlos; pero tampoco queria nadie concederles un asilo. Aquellos desgraciados, á quienes dejamos desunidos y desconcertados por sus divergencias, andaban de noche errantes de casa en casa, pagando á veces seis y ocho mil francos por que les diesen asilo algunas horas. Pichegrú, M. de Rivière y Jorge se hallaban en una horrorosa perplegidad: este último soportaba valerosamente su situacion, pues estaba acostumbrado á los azares de la guerra civil; y por otra parte no se sentia humillado, pues habia comprometido consigo á los personages mas elevados: asi solo pensaba en salir de àquel mal paso, como de tantos otros habia salido, por su inteligencia y resolucion. Pero aquellos miembros de la nobleza francesa, que habian creido que la Francia ó al menos su partido, iban á recibirlos con los brazos abiertos, y no hallaban mas que frialdad, indiferencia y hasta censura, estaban desconsolados y arrepentidos de su empresa. Ya conocian mejor todo lo odioso del proyecto, porque no se ofrecia á su vista con los colores engañosos, que la esperanza del triunfo presta á todas las cosas; y las relaciones con gente indigna á que se habian condenado penetrando en Francia con una gavilla de chuanes. Pichegrú, que unia á vicios lamentables, ciertas cualidades excelentes, como la sangre fria, la prudencia y una elevada penetracion, veia bien que en lugar de haberse levantado de su primera caida se habia precipitado en el fondo de un abismo. Una primera falta cometida algunos años antes, la de aceptar culpables relaciones con los Condés, le habia llevado á ser un traidor, y despues un proscripto; y ahora iba á ser hallado entre los cómplices de un pro-

Angustia de los conjurados perseguidos de muerte en Paris.

yecto de asesinato. ¡Esta vez quedaría destruida totalmente la gloria del vencedor de Holanda! Al saber la prision de Moreau adivinó la suerte que le esperaba, y exclamó que estaba perdido. Odiaba la familiaridad de aquellos chuanes; y se consolaba en la sociedad de M. de Rivière, al que encontraba mas cuerdo y sensato que los demas amigos del conde de Artois, enviados á Paris. Una noche, reducido ya á la desesperacion, cojió una pistola, y ya iba á levantarse la tapa de los sesos, cuando se lo impidió el mismo M. de Rivière. Otra vez, viéndose privado de asilo tuvo una inspiracion que le hace honor, y que honra sobre todo al hombre á quien recurrió en aquel momento. Entre los ministros del primer Cónsul, se encontraba M. de Marbois, uno de los proscriptos del 18 de Fructidor. Pichegrú no titubeó en llamar una noche á su puerta, y mostrarle de nuevo al proscripto de Sinnamari, pidiendo á otro proscripto de Sinnamari, que habia venido á ser ministro del primer Cónsul, que infringiese la ley de su señor. M. de Marbois le recibió con dolor, pero sin inquietud por lo que toca á su persona. El honor que se le hacia contando con su generosidad, le hacia él á su vez al primer Cónsul, no dudando de su aprobacion. Enmedio de aquellas tristes escenas consuela el espectáculo que ofrecian aquellos hombres tan diferentes, contando los unos con los otros: Pichegrú con M. de Marbois y M. de Marbois con el primer Cónsul. En efecto, despues, M. de Marbois confesó lo que habia hecho, y el primer Cónsul le manifestó su agrado por medio de una carta qne contenia la noble aprobacion de su generosa conducta.

Prision de Pichegrú.

Pero semejante situacion no podia ser muy duradera, y debia tener un próximo término. Un oficial agregado á Pichegrú, vendió su secreto y le entregó á la policia. Una noche, mientras que el general dormia teniendo al lado sus armas, de las cuales no se separaba, y los libros que acostumbraba leer, hallándose la luz apagada, penetró en su asilo para apoderarse de él un destacamento de gendarmería escogida. Despertado al ruido quiso echar mano de sus armas; pero no tuvo tiempo para ello; y aunque se defendió vigorosamente, en breve, vencido, tuvo que rendirse, y fue trasladado al Temple, donde debia concluir del modo mas desgraciado, una vida tan brillante en otro tiempo.

Prision de MM. de Rivière y de Polignac.

Poco despues de su prision, M. Armando de Polignac y despues de él M. Julio de Polignac y M. de Rivière, perseguidos sin descanso, fueron presos á su vez no por denuncia, sino descubiertos al cambiar de domicilio. Estas prisiones causaron un efecto profundo y general en la opinion pública. Las personas honradas, libres del espíritu de partido, se convencieron de la realidad del complot; acerca de lo cual no les dejaba la menor duda la presencia de Pichegrú y de los amigos personales del Conde de Artois. Los graves peligros que habia corrido y que aun corria el primer Cónsul se presentaron de improviso, y todos sintieron con mas fuerza que nunca el interes que debia inspirar una vida tan preciosa. Ya no era el envidioso rival de Moreau que habia querido perder á este general, sino el salvador de la Francia que se habia expuesto á las maquinaciones incesantes de los partidos. No obstante, los malévolos aunque algo desconcertados, no se callaron. Segun ellos, MM. de Polignac y de Rivière, eran hombres imprudentes, incapaces de permanecer tranquilos, y que agitándose sin cesar con el Conde de Artois habian venido únicamente para ver si las circunstancias eran favorables á su partido: pero en todo aquello no habia ni una trama formal, ni un peligro tal que justificase el interes que se procuraba inspirar por la persona del primer Cónsul.

Para cerrar la boca á estos declamadores y confundirlos, se necesitaba una prision mas, y esta era la de Jorge. Entónces, viendo juntos á MM. de Polignac, de Rivière, Pichegrú y Jorge, seria imposible decir que se hallaban en Paris como simples observadores. En breve debia obtenerse esta última prueba, merced á los medios terribles empleados por el gobierno.

Seguido y acosado Jorge por multitud de agentes, obligado á cambiar de asilo todos los dias, y no pudiendo salir de Paris, á causa de estar guardado por tierra y por mar, debia al fin ser

aprehendido. Seguíanse de cerca sus huellas, pero justo es reconocer en honor de la época, que nadie habia querido entregarle, aunque todos deseasen su prision. Los que se aventuraban á recibirle no querian ocultarle mas que un dia; de modo que todas las noches tenia que mudar de asilo. El 9 de Marzo al anochecer, varios ministros de justicia rodearon una casa que se habia hecho sospechosa por las entradas y salidas de personas de mala catadura. Jorge, que estaba allí, procuró escaparse para buscar un asilo en otra parte, y salió á eso de las siete de la noche, subiendo cerca del Panteon, en un cabriolé dirijido por un criado de confianza, jóven chuan valiente y arrojado. Los ministros de justicia siguieron el cabriolé corriendo cuanto podian, hasta que lograron alcanzarle en la encrucijada de Bussy. Estrechaba Jorge á su compañero para que arrease mas aprisa, cuando uno de los agentes, que llegó primero, cogió el caballo por la brida; pero Jorge le tendió muerto á sus pies de un pistoletazo. En seguida se precipitó del cabriolé para huir, disparando otro pistoletazo sobre otro agente al que hirió de gravedad; pero rodeado por el pueblo, y detenido á pesar de sus esfuerzos, fue entregado á la fuerza pública que habia acudido apresuradamente. Al momento se le reconoció por aquel terrible Jorge, á quien se buscaba tanto tiempo habia, y al que al fin se tenia preso, y esto produjo en Paris una alegría general. En efecto, víviase en una especie de opresion, de la cual todos se veian aliviados. Con Jorge fue preso el criado que le acompañaba, el cual apenas habia tenido tiempo para huir á algunos pasos de aquel sitio.

Prision de Jorge verificada el 9 de Marzo.

Jorge fue conducido á la prefectura de policía; y pasada la primera emocion, aquel gefe de los conjurados apareció de nuevo tranquilo. Era jóven y vigoroso, tenia anchas espaldas, rostro lleno, mas bien franco y sereno que sombrío y malo, como debia haberlo hecho creer el papel que desempeñaba; y traia encima dos pistolas, un puñal y unos 60,000 francos asi en oro como en billetes de Banco. Interrogado inmediatamente, confesó sin vacilar su nombre y el motivo de su presencia en Paris.—Habia venido, dijo, para atacar al primer Cónsul, no introduciéndose con cuatro asesinos en su palacio, sino acometiéndole abiertamente en campo raso en medio de su guardia consular: esta empresa debia acometerla en compañía de un príncipe frances, el cual se proponia venir á Francia, pero aun no habia llegado. Jorge estaba casi orgulloso de la naturaleza de aquel complot, poniendo un cuidado especial en distinguirlo de un asesinato. Sin embargo, le dijeron, vos enviasteis á Paris á Saint-Réjant para que preparase la máquina infernal.—Yo le envié, respondió Jorge, pero no le habia indicado los medios de que debia servirse.— ¡Pésima justificacion que prueba bien que Jorge no era extraño á aquel horrible atentado! Por lo demas, este atrevido conjurado se obstinó en guardar silencio en cuanto tocaba á los otros, repitiendo que ya habia bastantes víctimas, y que no se debia aumentar su número (1).

Respuesta atrevida de Jorge en el momento de su prision.

---

(1) *Extracto del primer interrogatorio de Jorge, hecho por el Prefecto de policía,* el 18 de Ventoso (9 de Marzo).

TOMO II, PAGINA 79.

Nos, consejero de Estado, Prefecto de policía, hemos hecho comparecer ante nos á Jorge Cadoudal, y le hemos interrogado del modo que sigue:

Pregunta. ¿Qué habeis venido á hacer á Paris?

Respuesta. He venido para acometer al primer Cónsul.

P. Cuales eran vuestros medios para acometer al primer Cónsul?

R. Todavia contaba con muy pocos; pero pensaba reunirlos.....

P. De qué naturaleza eran vuestros medios de ataque contra el primer Cónsul?

R. De viva fuerza.

P. Teniais muchos partidarios?

R. No, porque no debia atacar al primer Consul hasta que se hallase en Paris un principe frances, y éste no ha llegado todavia.

P. ¿No escribisteis en la epoca del 3 de Nevoso á Saint-Réjant reprendiéndole por la lentitud que ponia en ejecutar vuestras órdenes contra el primer Cónsul?

R. Yo habia dicho á Saint-Réjant que reuniese medios en Paris, pero no que ejecutase el hecho del 3 de Nevoso ....

Con la prision de Jorge y sus declaraciones, quedaba probado el complot y justificado el primer Cónsul; ya no se podia repetir, como se hacia de un mes á aquella parte, que la policia inventaba las conspiraciones que pretendia descubrir; y el que perteneciese al partido realista no tenia mas que bajar los ojos, al ver que un príncipe frances prometia pasar á Francia con una gavilla de chuanes, para dar una llamada batalla en un camino real. Bien es verdad que les quedaba la excusa de decir que no habria venido; lo cual es posible y aun probable; pero mejor hubiera sido que hubiese cumplido su palabra, que hacer aquella promesa vana á los desgraciados que arriesgaban su cabeza con tales seguridades. Y no era solo Jorge el que anunciaba la venida de un príncipe; sino que tambien la manifestaban los amigos del conde de Artois, MM. de Rivière y de Polignac, los cuales confesaban la parte mas importante del proyecto, rechazando de ellos la idea que aquel fuese un asesinato; pero declaraban haber venido á Francia para alguna cosa que no definian, para una especie de movimiento, al frente del cual debia figurar un príncipe frances. Ellos no habian hecho mas que adelantársele para asegurarse con sus propios ojos si era útil y conveniente que viniese (1).

Respuestas de MM. de Riviere y de Polignac.

Extracto del segundo interrogatorio de Jorge Cadoudal, el 18 de Ventoso (9 de Marzo).

TOMO II, PAGINA 83.

Pregunta. ¿Cuanto tiempo hace que estais en Paris?

Respuesta. Habrá unos cinco meses; pero en totalidad no habré permanecido quince dias.

P. ¿Dónde habeis vivido?

R. No tengo á bien decirlo.....

P. ¿Qué motivo os ha traido á Paris?

R. He venido con la intencion de acometer al primer Cónsul.

P. ¿Cuales eran vuestros medios de ataque?

R. El ataque debia ser á viva fuerza.

P. ¿Donde pensábais encontrar dicha fuerza?

R. En toda la Francia.

P. ¿Hay, pues, en toda la Francia una fuerza organizada á vuestra disposicion y á la de vuestros cómplices?

R. No es asi como debe entenderse la fuerza de que acabo de hablar.

P. ¿Qué se debe entónces entender por dicha fuerza?

R. Una reunion en París, la cual no se halla todavia organizada, pero lo hubiera sido al momento que se hubiera resuelto definitivamente el ataque.

P. ¿Cuál era vuestro proyecto y el de los conjurados?

R. Poner un Borbon en lugar del primer Cónsul.

P. ¿Y cuál de los Borbones era el designado?

R. Cárlos Javier Estanislao, antes *Monsieur*, reconocido por nosotros por Luis XVIII.

P. ¿Qué papel debiais desempeñar en el ataque?

R. El que me hubiera señalado uno de los ex-príncipes franceses, que debia hallarse en París.

P. ¿Ha sido, pues, el plan concebido, y debia ser ejecutado de acuerdo con los ex-príncipes franceses?

R. Sí, ciudadano juez.

P. ¿Habeis, pues, conferenciado con dichos ex-príncipes en Inglaterra?

R. Sí, ciudadano.

P. Quién debia proporcionaros fondos y armas?

R. Hacia ya tiempo que tenia los fondos á mi disposicion; pero todavia me faltaban las armas.

---

(1) *Extracto del primer interrogatorio de M. de Rivière hecho por el consejero de Estado Real* el 16 de Ventoso (7 de Marzo).

TOMO II, PAGINA 259.

Pregunta. ¿Qué tiempo hace que estais en París?

Respuesta. Habrá cosa de un mes.

P. ¿Por qué vias habeis venido de Lóndres á Francia?

R. Por la costa de Normandía en un buque ingles, cuyo capitan creo se llama Wright.

P. ¿Cuántos pasageros venian en el buque, y quienes eran?

R. No lo sé.

P. ¿Sabeis si el ex-general Pichegrú y Lajolais eran algunos de dichos pasageros, y si se hallaba entre ellos M. Julio de Polignac?

R. No siendo cosa que me interesaba, lo ignoro.

. . . . . .

P. ¿Llegado á la costa donde desembarcásteis, por qué camino os trasladásteis á Paris.

R. Por el de Rouen, unas veces á pie y otras á caballo.

Estos caballeros, procuraban, asi como Jorge, excusarse de estar en tan mala compañia, repitiendo que debia hallarse con ellos un príncipe frances. No habiendo venido este príncipe, ni proponiéndose ya venir, estaban seguros de no ponerle en ningun peligro, pues se hallaba á cubierto, estando al otro lado del canal de la Mancha. Estos imprudentes no

Se adquiere la certidumbre que debe venir un príncipe á París.

P. ¿Cuales han sido los motivos de vuestro viage y de vuestra permanencia en la capital?

R. El asegurarme del estado de las cosas, y de la situacion política é interior, á fin de dar parte á los príncipes, quienes, segun mis observaciones, hubieran juzgado si estaba en su interes venir á Francia ó permanecer en Inglaterra. Sin embargo, debo decir que en aquel momento no tenia ninguna mision particular de ellos; pero habiéndoles servido siempre con zelo .....

P. ¿Cuál ha sido el resultado de las observaciones que habeis hecho sobre la situacion política, el gobierno y la opinion pública? ¿Qué hubiérais dicho á los príncipes acerca de todo eso, si hubiérais podido escribirles, ó regresar á su lado?

R. En general he creido ver en Francia mucho egoismo, apatía, y un gran deseo de conservar la tranquilidad.

Extracto del segundo interrogatorio hecho á M. Armando de Polignac, el 22 de Ventoso (13 de Marzo).

TOMO II, PAGINA 239.

Desembarqué en las costas de Normandía; y despues de permanecer en varios asilos ocultos habité cerca de la isla de Adam en un lugar en que se hallaba Jorge, conocido tambien con el nombre de Loriène.

Hemos venido á Paris juntos, y con algunos oficiales á sus órdenes.

Al partir de Lóndres sabia cuales eran los proyectos del conde de Artois; y yo le era demasiado adicto para que dejase de acompañarle.

Su plan era llegar á Francia, y hacer proponer al primer Cónsul que abandonase las riendas del gobierno, á fin de que su hermano pudiera apoderarse de ellas.

Si el primer Cónsul hubiera desechado esta proposicion, el conde estaba decidido á empeñar un ataque á viva fuerza, para procurar conquistar de nuevo los derechos que mira como pertenecientes á su familia.

Cuando partí no ignoraba que aun no estaba dispuesto á venir á Francia; y si me he adelantado, ha sido con la idea de ver, como ya lo he dicho, á mis padres, á mi esposa y á mis amigos.

Cuando se trató de un segundo desembarco, el conde de Artois me dió á entender, que en razon á la confianza que tenia en mí y al zelo que siempre le habia manifestado, deseaba que fuese uno de los de la expedicion, y esto me decidió á embarcarme en el primer buque.

Debo haceros observar que en el momento de mi partida declaré en voz alta, que si todos aquellos medios no tenian el sello de la lealtad, me retiraria y volveria á Rusia ....

Pregunta. ¿Ha llegado á vuestra noticia que el general Moreau haya visto á Pichegrú y Jorge Cadoudal?

Respuesta. He sabido que hubo una conferencia muy formal en Chaillot, casa número 6, donde vivia Jorge Cadoudal, entre dicho Cadoudal, el general Moreau y el ex-general Pichegrú.

Me han asegurado que Jorge Cadoudal despues de diferentes proposiciones y explicaciones, habia dicho al general Moreau: Si quereis, os dejaré con Pichegrú, y entonces quizas concluireis por entenderos.

Que finalmente, el resultado no habia dejado mas que incertidumbres desagradables, pues aunque Jorge Cadoudal y Pichegrú parecian fieles á la causa del príncipe, Moreau permanecia indeciso, y hacia sospechar que abrigaba ideas de intereses particulares. Despues, he sabido que hubo otras conferencias entre el general Moreau y el ex-general Pichegrú.

Extracto del interrogatorio hecho á M. Julio de Polignac, ante el consejero de Estado Réal, el 16 de Ventoso (7 de Marzo) *el cual se cita en el acta de acusacion.*

TOMO I, PAGINA 61.

Preguntado .....

Contestó: Que pareciéndole, asi como á su hermano, que lo que se queria hacer no era tan noble como naturalmente debia esperarse, habian tratado de retirarse á Holanda.

Invitado á explicar los motivos de sus temores,

Ha contestado: que sospechaba, que en lugar de llenar una mision cualquiera relativa á un cambio de gobierno, se trataba de obrar contra un solo individuo, y que era al primer Cónsul, á quien el partido de Jorge se proponia atacar.

sospechaban que habia otros que no se hallaban tan á cubierto, y que quizas pagarian con su sangre los proyectos concebidos y preparados en Lóndres.

¡Pluguiese al cielo que el primer Cónsul se hubiese contentado con los que tenia en su poder para confundir á sus enemigos! Tenia el medio de hacerlos temblar, aplicándoles legalmente las penas contenidas en nuestros códigos, y podia ademas cubrirlos de confusion, porque las pruebas que habia obtenido eran abrumadoras para sus contrarios. Todo esto era mas de lo que necesitaba á su seguridad y dicha; pero, como ya lo hemos dicho, indulgente entonces con los revolucionarios, estaba indignado contra los realistas, furioso al ver su ingratitud, y resuelto á hacerles sentir el peso de su poder. Ademas de la venganza abrigaba su corazon otro sentimiento, cual era cierta especie de orgullo. Decia en alta voz á todo el que lo visitaba, que para él era lo mismo un Borbon, ó algo menos[1], que Moreau y Pichegrú; que creyéndose aquellos príncipes inviolables, comprometian á su placer á un gran número de infelices de todas clases, y despues se ponian á cubierto al otro lado del mar; que hacian mal en contar tanto con aquel asilo; que concluiria por pescar á uno, y que á este le haria fusilar como un culpable cualquiera; que era necesario, que al fin supiesen qué clase de hombre era él cuando se le atacaba; que lo mismo le daba derramar la sangre de un Borbon que la del último de sus chuanes, que en breve haria ver al mundo que todos los partidos eran iguales á sus ojos; que aquellos que atrajesen sobre su cabeza su mano temible, sentirian su peso, cualesquiera que fuesen, y que despues de haber sido el mas clemente de los hombres, se veria que podia ser el mas terrible.

Resolucion obstinada del primer Cónsul en castigar á un príncipe de Borbon.

Nadie se atrevia á contradecirle: el cónsul Lebrun se callaba; el cónsul Cambacérès se callaba tambien, dejando ver, no obstante, esa desaprobacion silenciosa, que era su resistencia á ciertos actos del primer Cónsul. M. Fouché que queria estar otra vez en favor, y que, aunque inclinado en general á la indulgencia, deseaba indisponer al gobierno con los realistas, aprobaba mucho la necesidad de hacer un ejemplar. M. de Talleyrand, que, por cierto no era cruel, pero que jamas sabia contradecir al poder, á menos que no fuese su enemigo, y que llevaba hasta un grado funesto el gusto de complacerle cuando le amaba, M. de Talleyrand decia tambien con M. de Fouché, que demasiado se habia hecho por los realistas, que á fuerza de tratarlos bien se habia llegado hasta inspirar dudas sensibles á los hombres de la Revolucion, y que, al fin, era preciso castigar severamente y sin excepcion. Salvo el Cónsul Cambacérès, todo el mundo lisonjeaba aquella cólera, la cual no necesitaba ser lisonjeada en aquellos momentos, para llegar á ser temible y quizas cruel.

Nadie cotradice las intenciones del primer Cónsul

Estaba tan arraigada en el primer Cónsul la idea de castigar solo á los realistas, y mostrarse clemente con los revolucionarios, que trató de probar con Pichegrú lo que habia querido hacer con Moreau. Habíase apoderado de su corazon una piedad profunda al pensar en la horrorosa situacion de aquel general ilustre, asociado á chuanes, y expuesto á perder ante un tribunal no solo la vida sino tambien los últimos restos de su honor.—Bello fin, dijo á M. Réal, bello fin para el vencedor de la Holanda! Pero no deben los hombres de la Revolucion devorarse á sí mismos. Hace tiempo que pienso en la Cayena, pues es el pais mas hermoso de la tierra para fundar en él una colonia. Pichegrú ha estado en él proscripto, lo conoce, y es el mas capaz de todos nuestros generales para crear allí un gran establecimiento. Pasad á su prision á verle, decidle que le perdono, y que no es sobre él ni sobre Moreau, ni los de su clase, en los que quiero descargar los rigores de la justicia. Preguntadle cuantos hombres y millones se necesitarán para fundar una colonia en Cayena; yo se los daré, y él irá á recuperar su gloria, haciendo servicios á la Francia.

Prométese el perdon á Pichegrú.

M. Réal pronunció en la prision de Pichegrú aquellas nobles palabras. Al principio no quiso aquel darlas crédito, pues imaginó que se queria sedu-

cirle para que hiciese traicion á sus compañeros de infortunio; pero, convencido en breve, por M. Réal, que no se le pedia ninguna declaracion, puesto que todo se sabia, ne pudo ocultar su emocion; su alma cerrada se abrió; derramó lágrimas, y habló mucho de la Cayena; confesando, qué por una singular prevision habia pensado á menudo en su destierro, lo que se podia hacer en ella, y aun preparado algunos proyectos. En breve se verá por que fatal ocurrencia, las generosas intenciones del primer Cónsul no dieron otro resultado que una lamentable catástrofe.

A cada momento aguardaba este con la mayor impaciencia noticias del coronel Savary, quien se hallaba apostado con cincuenta hombres en la costa de Biville; y en mas de veinte dias que se hallaba en observacion no se habia verificado ningun desembarco. El bergantin del capitan Wright aparecia todas las noches y daba algunas bordadas, pero no tocaba jamas en tierra; ya porque, segun hemos dicho, aguardasen los pasageros una señal que no se les hacia, ó ya porque las noticias de Paris les impidiesen desembarcar. El coronel Savary, tuvo, al fin, que decir, que su mision se prolongaba inútilmente y sin objeto.

Despechado el primer Cónsul por no tener en sus manos á algunos de aquellos príncipes que atentaban contra su vida, fijaba sus miradas en todos los puntos en que residian. Rodeado una mañana en su gabinete de MM. de Talleyrand y Fouché, hacia que le enumerasen los individuos de aquella desgraciada familia, tan digna de compasion por sus faltas como por sus infortunios. Decianle que Luis XVIII y el duque de Angulema, residian en Varsovia; que el conde de Artois y el duque de Berry se hallaban en Lóndres; que los Príncipes de Condé se encontraban tambien en Lóndres, y que solo uno, el tercero, el mas jóven, el mas emprendedor, el duque de Enghien, vivia en Ettenheim, próximo á Strasburgo. Por este lado era por donde los agentes ingleses MM. Taylor, Smith y Drake, procuraban fomentar algunas intrigas, y la idea de que aquel jóven príncipe podia servirse del punto de Strasburgo como el conde de Artois habia querido servirse de la costa de Biville, asaltó de pronto la mente del primer Cónsul, y resolvió enviar al lugar donde se hallaba el príncipe á un oficial subalterno de gendarmería, bastante agil para que tomase algunos informes. Habia en dicha arma uno que cuando jóven habia servido al lado de los príncipes de Condé; y á éste se le mandó disfrazarse, y pasar á Ettenheim para proporcionarse algunas noticias acerca del príncipe, de su género de vida y de sus relaciones.

Investigase el paradero de los Príncipes de Borbon.

Enviase á Ettenheim á un oficial para que observe al duque de Enghien.

El oficial partió para Ettenheim. Hacia algun tiempo que el príncipe vivia al lado de una princesa de Rohan, de quien estaba muy enamorado, dividiendo su tiempo entre este afecto y el gusto á la caza, el cual satisfacia en la Selva Negra. Habia recibido órden del gabinete británico para que se trasladase á las orillas del Rhin, sin duda para que pudiese aprovecharse del movimiento, con cuya falsa esperanza entretenian á su gobierno MM. Drake, Smith y Taylor. El Príncipe creia por su parte, que iba á emprender de nuevo la guerra contra su pais; lamentable papel que habia ya desempeñado por espacio de algunos años: pero nada prueba que tuviese conocimiento del complot de Jorge; y al contrario todo induce á creer que lo ignoraba. Ausentábase á menudo para ir á la caza, y algunas personas decian que para asistir al teatro en Strasburgo. Lo cierto es que este rumor tenia bastante consistencia, porque su padre le escribió desde Lóndres, invitándole á ser mas prudente, en términos bastantes severos (1). El príncipe tenia

(1) *El príncipe de Condé al duque de Enghien.*

Wanstead, 16 de Junio de 1803.

MI QUERIDO HIJO:

Hace mas de seis meses se está asegurando aquí que habeis hecho un viage á Paris; otros dicen que solo habeis estado en Strasburgo. Necesario es convenir que ha sido arriesgar inutilmente vuestra vida y vuestra libertad; porque respecto á vuestros principios, creo que están tan profundamente

á su servicio algunos emigrados, y particularmente á un cierto marques de Thumery.

Informe del oficial enviado á Ettenheim.

El oficial enviado para que adquiriese informes, llegó disfrazado, y se hizo dar en la misma casa del Príncipe numerosos pormenores, de los cuales era muy fácil á ánimos prevenidos sacar inducciones funestas. Deciase que el jóven duque se ausentaba muy á menudo; que á veces no volvia hasta pasados muchos dias, y que otras se trasladaba á Strasburgo. Habia con él un personage, al que daban mas importancia que la que tenia, y que era conocido por un nombre, que los alemanes que daban aquellas relaciones pronunciaban muy mal, y de modo que hacia creer que era el general Dumouriez; no siendo en realidad, sino el marques de Thumery, cuyo nombre acabamos de citar, y el mismo que el oficial, engañado por la pronunciacion alemana, tomó de buena fe, por el del célebre general Dumouriez. Dicho oficial consignó todos estos pormenores en su informe, escrito, como se ve, bajo el influjo de ilusiones fatales, y al momento le remitió á Paris.

Coincidencia fatal del informe hecho acerca del duque de Enghien, con la declaracion de un criado de Jorge.

Este informe fatal llegó el 10 de Marzo por la mañana, y en la tarde del dia anterior, por la noche, y aun á la siguiente mañana, se habia hecho y repetido una declacion no menos fatal, por el llamado Léridant, que era el criado de Jorge que fue preso con él. Al principio se habia negado este á contestar á las preguntas de la justicia, pero habia concluido por hablar con una sinceridad que parecia completa, y acababa de declarar, que en efecto existia un complot; que un príncipe estaba á su frente, y que dicho príncipe debia llegar ó habia llegado; que en cuanto á él creia lo último, porque habia visto algunas veces en casa de Jorge á un hombre jóven, muy fino, muy bien vestido, y que era el objeto del respeto general. Esta declaracion, repetida á menudo, y cada vez con nuevos pormenores, habia sido presentada al primer Cónsul; y habiéndole entregado casi al mismo tiempo el informe del oficial de gendarmería, produjo en su cabeza una fatal combinacion de ideas. Las ausencias del duque de Enghien se enlazaron con la supuesta presencia de un príncipe en Paris: aquel joven á quien mostraban los conjurados tanto respeto no podia ser un príncipe llegado de Londres, porque la costa de Biville estaba guardada con el mayor cuidado; y si solo el duque de Enghien, que podia llegar de Ettenheim á Paris en cuarenta y ocho horas, y volver en el mismo tiempo, despues de pasar algunos momentos en medio de sus cómplices. Pero lo que afirmaba á los ojos del primer Cónsul aquel desgraciado cálculo, era la supuesta presencia de Dumouriez; con la cual se completaba el plan de un modo notable. El conde de Artois debia llegar por la Normandia con Pichegrú, y el duque de Enghien por la Alsacia con Dumouriez: los Borbones para entrar en Francia se hacian acompañar por dos célebres generales de la República. A tan engañosas apariencias no resistió el buen juicio del primer Cónsul, de ordinario tan recto y tan firme, y quedó convencido. Necesario es haber visto á algunas imaginaciones ocupadas en una investigacion de aquel género, sobre todo si cualquier pasion las dispone á creer lo que sospechan, para comprender hasta qué punto son ligeras las inducciones; y para bendecir cien veces la lentitud de la

---

grabados en vuestro corazon como en los nuestros, y por este lado estoy tranquilo. Me parece que al presente podriais confiarnos lo que haya sucedido, y si es cierto lo que se dice, darnos cuenta de lo que hayais observado en vuestros viages.

A propósito de vuestra salud, que tan querida nos es por muchos títulos, es verdad que os he dicho que la posicion en que os hallais podia ser muy útil, por muchos motivos. Pero estais muy cerca: tened mucho cuidado, y no echeis en olvido ninguna precaucion para ser advertido á tiempo, y hacer vuestra retirada con seguridad, en el caso que pasase por la cabeza del primer Cónsul la idea de apoderarse de vos. No vayais á creer que es valor arrostrarlo todo en este particular...

. . . . . .

Firmado:

LUIS JOSE DE BORBON.

justicia, que salva á los hombres de esas fatales suposiciones, sacadas de pronto de algunas coincidencias casuales.

Al leer el primer Cónsul el informe del oficial enviado á Ettenheim, que acababa de remitirle el general Moncey comandante de la gendarmeria, se apoderó de él una agitacion extremada. Recibió muy mal á M. Réal, que se presentó en aquel momento, le reprendió por haberle dejado ignorar por tanto tiempo, pormenores de tanta importancia, y creyó tener de buena fe en su poder, la segunda y mas temible parte del complot. Esta vez no le detenia la mar; el Rhin, el duque de Baden, y el cuerpo germánico, no eran obstáculos para él. Al momento convocó un consejo extraordinario compuesto de los tres cónsules de los ministros y de M. Fouché, que habia vuelto á ser ministro de hecho, aunque no tuviese el título. Al mismo tiempo llamó á las Tullerias á los generales Ordener y Caulaincourt. Pero, mientras se presentaban todos estos señores habia buscado los mapas del Rhin para formar un plan de rapto, y no encontrando los que buscaba habia tirado al suelo todos los mapas de su biblioteca. M. de Meneval, hombre pacífico, prudente, incorruptible, sin el cual no se hallaba el primer Cónsul, porque le dictaba hasta las cartas mas secretas, no estaba en aquel momento en las Tullerias; y habiéndole mandado llamar, le reprendió injustamente por su ausencia, y continuó su trabajo en el mapa del Rhin, en un estado de agitacion extraordinaria.

Celebróse el consejo; y lo que en él pasó se halla consignado en las memorias de un testigo ocular.

Consejo extraordinario en el cual se resuelve el rapto del duque de Enghien.

Al momento se propuso la idea de apoderarse del príncipe y del general Dumouriez, sin inquietarse por la violacion del territorio germánico, aunque dirigiendo al gran duque de Baden las correspondientes excusas por aquel hecho. El primer Cónsul pidió consejos, pero con todas las apariencias de haber tomado ya su resolucion: no obstante escuchó con la mayor paciencia las objeciones que se hicieron. Su cólega Lebrun se mostró asustado del efecto que tal acontecimiento produciria en Europa. El cónsul Cambacérès tuvo el arrojo de combatir abiertamente la idea que acababa de proponerse: esforzóse en manifestar todos los peligros de semejante resolucion, ya en lo interior como en lo exterior de la República, y el carácter de violencia que debia imprimir al gobierno del primer Cónsul. Hizo valer la consideracion de que seria un asunto de mucha gravedad, juzgar y fusilar á un príncipe de sangre real, aunque se sorprendiese en fragante delito en el territorio frances; pero que irle á buscar á un territorio extrangero, era ademas de la violacion de dicho territorio, dar al príncipe todas las apariencias de un inocente, y cargar el gobierno con el baldon de haber ábusado odiosamente de la fuerza: conjuró al primer Cónsul por su gloria personal y por el honor de su política, que se abstuviese de cometer un acto que colocaria su gobierno en el rango de aquellos gobiernos revolucionarios, de los cuales tanto cuidado habia puesto en distinguirse. Insistió, en fin, en su idea con un calor que no le era comun, y propuso, como término medio, que se aguardase á que aquel príncipe ó cualquier otro, fuese aprehendido en territorio frances para aplicarle entonces con el mayor rigor las leyes de la época. Esta proposicion no fue admitida, oponiendo á ella qué no era de creer que el príncipe que debia penetrar en Francia por la Normandia ó el Rhin, viniese á exponerse á peligros ciertos é inevitables, cuando ya Jorge y todos los agentes de la conspiracion se hallaban presos; que por otra parte, al apoderarse del príncipe que se encontraba en Ettenheim tambien se apoderarian de sus papeles y cómplices; que asi se adquiririan las pruebas de su culpabilidad, y que entónces se podria castigarle apoyándose en la evidencia adquirida; que era conceder la mas peligrosa de las impunidades el sufrir con paciencia que los emigrados conspirasen á las puertas de Francia, á la sombra de un territorio extrangero; que los Borbones y sus partidarios tramarian á cada momento nuevas conspiraciones; y que seria menester castigar diez veces por una, mientras que dando un gran golpe, podia volverse de nuevo al sistema de clemencia natural en el primer Cónsul:

Opinion del cónsul Cambacérès.

que los realistas necesitaban que se hiciese un ejemplar; que en cuanto á la cuestion de territorio, debia darse á aquellos pequeños príncipes alemanes, lo mismo que á todo el mundo, una severa leccion, y que por lo demas era hacer un servicio al gran duque de Baden, el apoderarse del príncipe sin reclamárselo; porque siéndole imposible negar la extradicion á una potencia como la Francia, caeria sobre él la censura de la Europa por haberla concedido. Finalmente se añadió, que despues de todo, solo se trataba de asegurar la persona del príncipe, sus cómplices y sus papeles; y que cuando todo esto se hallase en poder del gobierno y se hubiesen examinado las pruebas y el grado de culpabilidad, entónces se veria lo que era necesario hacer.

El primer Cónsul apenas prestó atencion á lo que se alegó en pró y en contra, y escuchó como un hombre resuelto ya de antemano. Nadie pudo vanagloriarse de haber influido en su determinacion. Sin embargo, no parece que se incomodó por la resistencia de M. Cambacérès.—Conozco, le dijo, que la causa que os ha obligado á hablar es la adhesion que me teneis. Os lo agradezco; pero no me dejaré matar sin defenderme. Quiero hacer temblar á esas gentes, y enseñarlas á que se estén quietas.

La idea de llenar de terror á los realistas, de hacerles conocer que no se atacaba impunemente á un hombre como él, y que la sangre sagrada de los Borbones, no tenia á sus ojos otro valor que la de cualquiera otro personage ilustre de la República, esta idea y otras, en las cuales tenian una parte igual, el cálculo, la venganza y el orgullo de su poder, le dominaban violentamente. Al punto dió las órdenes necesarias; y en presencia del general Berthier, prescribió á los coroneles Ordener y Caulaincourt la conducta que debian observar. El coronel Ordener debia dirigirse á las orillas del Rhin, tomar 300 dragones, algunos pontoneros y varias brigadas de gendarmería, proveer dicha fuerza de víveres para cuatro dias, llevar cierta cantidad de dinero para no ser gravoso á los habitantes de los pueblos, pasar el rio por Rheinau, caer sobre Ettenheim, envolver la ciudad, y apoderarse del príncipe y de los emigrados que le rodeaban. Mientras tanto, otro destacamento, apoyado con algunas piezas de artillería, debia dirigirse por Kehl á Offemburgo y permanecer allí en observacion hasta que la operacion se hallase terminada. En seguida, el coronel Caulaincourt debia ir á presentarse al gran duque de Baden, para entregarle una nota que contenia una explicacion del acto que se acababa de cometer. La explicacion se reducia á decir, que á causa de haber tolerado el gobierno del gran duque aquella reunion de emigrados, se habia visto obligado el gobierno frances á disolverla por sí mismo; y que, por otra parte, la necesidad de obrar con prontitud y secreto no le habian permitido dar un conocimiento previo al gobierno de Baden.

Inútil es añadir, que al dar el primer Cónsul estas órdenes á los oficiales encargados de ejecutarlas, no se tomaba el trabajo de explicarles, cuales eran sus intenciones al apoderarse del príncipe, ni qué pensaba hacer con él. Mandaba como general á hombres que obedecian como soldados. Sin embargo, el coronel Caulaincourt, á quien unian á la antigua familia real, y particularmente á los Condés relaciones de nacimiento, estaba muy triste y conmovido, aunque por su parte no tuviese mas que llevar una carta, y estuviese muy lejos de preveer la horrible catástrofe que se preparaba. El primer Cónsul no pareció cuidarse de ello, y mandó á todos que se pusiesen en marcha al salir de las Tullerias.

Ejecutáronse puntualmente las órdenes que acababa de dar. Cinco dias despues, es decir, el 15 de Marzo, el destacamento de dragones partió de Schelestadt con las mayores precauciones, pasó el Rhin y sorprendió y envolvió la pequeña ciudad de Ettenheim, antes que llegase á ella la menor noticia de aquel movimiento. El príncipe, que habia recibido anteriormente consejos de prudencia, pero que en aquel momento no tenia ninguna noticia positiva de la expedicion dirigida contra su persona, se encontraba entónces en la morada que tenia por costumbre habitar en Ettenheim. Viéndose asaltado por fuerza armada, quiso al principio defenderse, pero pronto comprendió la

Prision del duque de Enghien verificada el 15 de Marzo.

imposibilidad ; y se rindió declarando él mismo su nombre á los que le buscaban sin conocerle; y con mucho sentimiento por la pérdida de su libertad, porque todavia ignoraba la extension del peligro que corria, se dejó conducir á Strasburgo, y encerrar en la ciudadela.

No se hallan en Ettenheim ni los papeles que se buscan ni al general Dumouriez.

No se habian descubierto ni los papeles importantes que habian creido encontrar, ni al general Dumouriez, á quien se suponia al lado del príncipe, ni ninguna de aquellas pruebas del complot que tanto se habian alegado para motivar la expedicion. En lugar del general Dumouriez habian hallado al marques de Thumery, y algunos otros emigrados de poca importancia. Inmediatamente se remitió á Paris el informe, que contenia los estériles pormenores de la prision.

El resultado de la expedicion hubiera debido ilustrar al primer Cónsul y á sus consejeros, acerca de la temeridad de las conjeturas que habian formado. Sobre todo, el error cometido respecto al general Dumouriez era muy significativo. Hé aquí las ideas que por desgracia se apoderaron del primer Cónsul, y de los que pensaban como él en aquella circunstancia. Teniendo ya en su poder á uno de aquellos príncipes de Borbon, á los cuales costaba tan poco mandar que se formasen complots, y encontrar imprudentes y locos prontos siempre á comprometerse por ellos, era preciso ó hacer un terrible ejemplar, ó exponerse á provocar una carcajada de desprecio por parte de los realistas, si se dejaba en libertad al príncipe despues de haberle preso; porque no dejarian de decir, que despues de haberse hecho culpables de una calaverada, enviando á prenderle en Ettenheim, temian á la opinion pública y á la Europa; y en una palabra, que habian querido cometer el crimen, pero que les habia faltado el ánimo. En vez de hacerles reir, era mejor hacerles temblar. Y sobre todo, aquel príncipe tenia algun motivo para hallarse en Ettenheim, tan próximo á la frontera y en semejantes circunstancias. ¿Era posible que advertido como lo habia sido (las cartas halladas en su poder lo probaban) permaneciese sin ningun objeto tan cerca del peligro? ¿que no fuese cómplice en algun grado en el proyecto de asesinato? En cualquier caso, era seguro que se hallaba en Ettenheim para secundar un movimiento de emigrados en el interior, para exitar á la guerra civil, y para empuñar de nuevo las armas contra la Francia, actos todos que eran castigados con penas severas por las leyes de todas las épocas; y en su consecuencia le debian ser aplicadas.

Opinion que se forman acerca del papel del príncipe en la conspiracion.

Tales fueron los raciocinios que el primer Cónsul se hizo á sí mismo, y que se repitieron mas de una vez. No hubo despues mas consejo, como el que acabamos de referir, sino frecuentes conferencias entre el primer Cónsul y los que lisonjeaban su pasion. Nunca le abandonaba esta funesta idea: los realistas son incorregibles, y es preciso atemorizarlos. Mandóse, pues, la traslacion del príncipe á Paris, y que fuese puesto á disposicion de una comision militar, acusándole de haber procurado exitar la guerra civil, y empuñado las armas contra la Francia. Sentada asi la cuestion, estaba resuelta de antemano de una manera sangrienta. El 18 de Marzo fue sacado el Príncipe de la ciudadela de Strasburgo y conducido con escolta á Paris.

Condúcese al príncipe á Paris y es entregado á una comision militar.

En el momento en que aquel terrible sacrificio se aproximaba, el primer Cónsul quiso estar solo.

Al efecto partió el 18 de Marzo, Domingo de Ramos, para la Malmaison, en cuyo retiro estaba mas seguro de hallar la soledad y el descanso. A excepcion de los Cónsules, de los ministros y de sus hermanos no recibió á nadie. Paseábase solo horas enteras, afectando su rostro una calma que no gozaba su corazon. La prueba de su inquietud se halla en su misma ociosidad, porque durante los ocho dias de su permanencia en la Malmaison, casi no dictó una carta, único ejemplo de ociosidad que dió en toda su vida: y sin embargo, algunos dias antes ocupaban toda la actividad de su pensamiento, Brest, Boloña y el Texel! Su esposa, que estaba instruida, como toda su familia, de la

prision del príncipe; su esposa, que á mas de la simpatía que sentia hácia los Borbones, tenia horror á la efusion de sangre real; y que, con aquella prevision del corazon propia de las mugeres, apercibia, quizas, en un acto cruel, la vuelta de venganzas posibles contra su esposo, contra sus hijos, y contra ella misma; su esposa deshecha en lágrimas le habló varias veces del Príncipe, no creyendo aun, pero temiendo, que se hubiese resuelto su pérdida. El primer Cónsul que ponia cierto orgullo en comprimir los impulsos de su corazon generoso y bueno, por mas que hayan dicho los que no le conocieron, el primer Cónsul rechazaba aquellas lágrimas cuyo efecto temia que obrasen sobre él; y respondia á madama Bonaparte con una familiaridad que procuraba revestir con cierta dureza: Tú eres una muger, y no entiendes nada de mi política; tu papel es callarte.—

El desdichado Príncipe salió de Strasburgo el 18 de Marzo, y llegó á Paris el 20 á eso del mediodia. Hasta las cinco de la tarde fue detenido en la barrera de Charenton, custodiado en su coche por la escolta que le acompañaba (1). En esta fatal ocurrencia habia alguna confusion en las órdenes, porque no estaban tranquilos los que las daban.

Segun las leyes militares, el comandante de la division debia nombrar la comision, reunirla, y mandar se ejecutase la sentencia. Murat era comandante de Paris y de la division; y cuando llegó á sus manos la órden de los Cónsules, experimentó el mayor sentimiento; porque ya hemos dicho que era valiente, y aunque irreflexivo á veces, su natural era muy bueno. Algunos dias antes habia aplaudido el vigor que desplegaba el gobierno al mandar la expedicion de Ettenheim; pero encargado ahora de continuar las crueles consecuencias de ella, su corazon no se sentia con fuerzas. Asi es que lleno de despecho, dijo á uno de sus amigos señalando su uniforme, que el primer Cónsul queria echar en él una mancha de sangre. Inmediatamente corrió á Saint-Cloud para manifestar á su temible cuñado los sentimientos que le animaban; pero el primer Cónsul, que participaba de ellos, mas que lo que hubiera querido, temiendo que su gobierno no pareciese débil ante el vástago de una raza enemiga, ocultó, bajo un rostro de hierro, la secreta agitacion que le dominaba, y dirigiendo á Murat palabras duras y severas, le reprendió su debilidad, calificándola en términos humillantes, y concluyó diciéndole, que ocultaria lo que él llamaba su cobardía, firmando con su mano consular las órdenes que debian darse entonces.

Dolor y resistencia de Murat.

El primer Cónsul habia mandado al coronel Savary que se retirase ya de la costa de Biville, en donde habia esperado en vano á los príncipes mezclados en el complot, y le confió la mision de vigilar el sacrificio del Príncipe, en el cual no habia tenido ninguna parte. El coronel Savary estaba siempre dispuesto á dar por el primer Cónsul su vida y su honor: nunca aconsejaba, y ejecutaba como soldado lo que le mandaba un dueño, á quien profesaba una adhesion sin límites. El primer Cónsul mandó redactar todas las órdenes, las firmó por sí mismo, y ordenó á Savary que las entregase á Murat, y pasase á Vincennes para presidir á su ejecucion. Dichas órdenes eran terminantes y positivas: contenian la formacion de la comision, el nombramiento de los coroneles de la guarnicion que debian ser miembros de ella, el del general Hullin para presidente, la órden para que se reuniesen al momento, y quedase todo concluido en aquella noche; y que, si, como no podia dudarse, la sentencia era de muerte, se fusilase al momento al preso. Un destacamento de gendarmería escogida y otro de la guarnicion, debian pasar á Vincennes, para dar la guardia del tribunal, y ejecutar la sentencia. Tales eran aquellas órdenes funestas, firmadas de la misma mano del primer Cónsul. Legalmente debian ejecutarse en nombre

Ordenes dadas por el primer Cónsul.

(1) Acaba de publicarse por M. Nougarède de Fayet, un escrito sobre la catástrofe del duque de Enghien. Las investigaciones concienzudas y en extremo hábiles que distinguen este trozo de historia especial deben merecerle la mayor confianza. M. Nougarède de Fayet dice que el príncipe fue conducido á la puerta del ministerio de negocios extrangeros. Es posible que este hecho sea exacto, pero no habiéndole podido probar de un modo cierto, he admitido la tradicion mas general.

de Murat; pero no tuvo éste casi ninguna parte en aquella sangrienta catástrofe. El coronel Savary conforme le habia sido ordenado, se trasladó á Vincennes, para vigilar que todo se cumpliese con la mayor exactitud.

Sin embargo, no todas aquellas órdenes eran irrevocables; y quedaba un medio de salvar al desgraciado príncipe. M. Réal debia trasladarse á Vincennes para interrogarle detenidamente, y conseguir que declarase lo que supiese del complot, del cual se le creia cómplice, aunque no se podia alegar ninguna prueba. M. Maret en persona habia llevado durante la noche á casa del consejero de Estado Réal la órden por escrito mandándole se trasladase á Vincennes para hacer aquel interrogatorio. Si M. Rèal veia al prisionero, oia de su boca la explicacion verídica de los hechos, y se sentia conmovido por su franqueza, y por sus repetidas instancias de ser conducido á la presencia del primer Cónsul, M. Rèal podia comunicar sus impresiones al que tenia la vida del Príncipe en sus poderosas manos. Asi, pues, aun despues de dada la sentencia, habia un medio de salir de la terrible senda en que se habian empeñado, concediendo noblemente al duque de Enghien un perdon solicitado tambien con nobleza.

Este era el último recurso que quedaba para salvar la vida del jóven príncipe, y para evitar que el primer Cónsul cometiese una gran falta; y en él pensaba éste en aquel momento, aun despues de las órdenes que acababa de dar. En efecto, en aquella triste noche del 20 de Marzo, se hallaba encerrado en la Malmaison, con su esposa, su secretario, y algunas damas y oficiales. Solo, distraido, y afectando calma y tranquilidad, habia concluido por sentarse ante una mesa, y jugaba al aljedrez con una de las damas mas distinguidas de la corte consular (1), la cual, sabiendo que habia llegado el príncipe, temblaba de espanto al pensar en las consecuencias posibles de aquel dia funesto. Esta señora no se atrevia á levantar los ojos y mirar al primer Cónsul, quien en su distraccion murmuró varias veces los versos mas conocidos de nuestros poetas acerca de la clemencia, primero los que Corneille ha puesto en boca de Augusto, y despues los que Voltaire puso en la de Alzira.

Esto no podia ser una sangrienta ironía; porque hubiera sido demasiado vil y demasiado inútil. Pero aquel hombre tan firme estaba agitado; y á veces consideraba en su interior cuan grande y noble es conceder el perdon á un enemigo vencido y desarmado. Aquella señora creyó que el príncipe se habia salvado, y se llenó de gozo; mas no sucedió asi por desgracia.

La comision se habia reunido apresuradamente, ignorando la mayor parte de los individuos que la componian quien era el acusado; pues solo se les habia dicho que iban á juzgar á un èmigrado, perseguido por haber atentado á las leyes de la República. Dijoseles luego su nombre; pero algunos de aquellos soldados de la República, niños aun á la caida de la monarquia, sabian apenas que el nombre de Enghien pertenecia al heredero presuntivo de los Condés. No obstante, sus corazones sufrian, porque hacia ya varios años que no se condenaba á ningun emigrado. Condújose, al fin, al príncipe ante ellos: estaba tranquilo y hasta orgulloso, y no sospechaba todavia la suerte que le esperaba. Interrogado sobre su nombre y sus actos contestó con firmeza, y rechazó toda especie de participacion en el complot, en cuyo descubrimiento se continuaba trabajando por los tribunales; pero confesó, acaso con demasiada ostentacion, que habia servido contra la Francia, y que se hallaba á orillas del Rhin para servir de nuevo contra ella. Insistiendo el presidente acerca de este punto con la intencion de manifestarle el peligro de una declaracion hecha en tales términos, repitió lo que habia dicho con una firmeza ennoblecida por el peligro, pero que ofendió á aquellos veteranos, acostumbrados á derramar su sangre para defender el suelo de su patria; y esta impresion fue lamentable. El príncipe solicitó varias veces y con valor ver al primer Cónsul. En seguida se le volvió á la torre, y el consejo empezó á deliberar. Aunque las declaraciones repetidas del príncipe, habian hecho conocer en él á un enemi-

(1) Esta dama era madama de Remusat, y consignó esta relacion en sus Memorias, que han quedado manuscritas hasta el dia, sin haberse impreso, las cuales son tan interesantes como bien escritas.

go implacable de la República, aquellos soldados se sentian conmovidos, al ver su juventud y su valor. Sentada la cuestion de aquel modo, solo podia dar de sí un resultado funesto; pues las leyes de la República y de todos los tiempos, castigaban con la pena capital el hecho de servir contra la patria. Sin embargo, se habian violado muchas leyes en el proceso del príncipe, ya apoderándose de él en territorio extrangero, ya privándole de un defensor, y estas consideraciones debieron haber influido algo en el ánimo de los jueces; pero en la confusion en que estos desgraciados se hallaban sumidos, sintiendo mas de lo que puede decirse el hallarse encargados de comision tan triste, pronunciaron la sentencia de muerte: no obstante, la mayor parte de ellos manifestaron su deseo de que se remitiese la condena á la clemencia del primer Cónsul, y particularmente que se le presentase el príncipe, segun éste lo solicitaba; pero las órdenes que habian recibido aquella mañana, en que se les ordenaba quedase todo concluido durante la noche, eran precisas y terminantes. Solo M. Rèal podia con su presencia, é interrogando al príncipe, obtener una próroga; mas no pareció M. Rèal. En esto habia ya transcurrido la noche y se aproximaba el dia. Condújose al príncipe á uno de los fosos del castillo, y allí, recibió con una firmeza y serenidad digna de su nacimiento, las balas de los soldados de la República, á quienes habia combatido tantas veces enmedio de las filas de los austriacos. ¡Tristes represalias de la guerra civil! El desgraciado príncipe fue sepultado en el mismo sitio en que habia caido.

Sentencia de la comision militar y su ejecucion.

El coronel Savary partió inmediatamente, para dar cuenta al primer Cónsul quedaban ejecutadas sus órdenes.

En el tránsito encontró á M. Rèal, que venia á interrogar al preso. Este consejero de Estado, rendido de cansancio por haber estado trabajando varios dias y noches seguidas, habia mandado á sus criados que no le despertasen; de modo que la órden del primer Cónsul no llegó á su poder hasta las cinco de la mañana; y cuando acudió fue demasiado tarde. No fue esto, una maquinacion urdida como se ha dicho, á fin de suponer un nuevo crimen en el primer Cónsul; nada de esto; fue una casualidad, una pura casualidad, que quitó al infortunado príncipe la sola probabilidad que tenia para salvar su vida, y al primer Cónsul una ocasion feliz para no echar un borron en su gloria. ¡Lamentable consecuencia de la violacion de las formas ordinarias de la justicia! ¡Cuando se atropellan aquellas formas sagradas, inventadas por la experiencia de los siglos para poner á cubierto la vida de los hombres del error de los jueces, queda aquella á merced de una casualidad, de una ligereza! ¡La vida de los acusados, el honor de los gobiernos, dependen á veces de un encuentro casual! No hay duda que el primer Cónsul habia tomado su resolucion; pero se sentia inquieto; y si hubiera llegado hasta sus oidos el clamor del desgraciado Condé solicitando la vida, no lê hubiera hallado insensible, y hubiera cedido á los impulsos de su corazon, lo que hubiera sido glorioso para él.

El coronel Savary llegó á la Malmaison en extremo conmovido; y su presencia provocó una escena de dolor. Al verle Madama Bonaparte adivinó que el príncipe ya no existia, y se echó á llorar: M. de Caulaincourt, se lamentó lleno de despecho, diciendo que habian querido deshonrarle. El coronel Savary penetró en el gabinete del primer Cónsul, quien se hallaba solo con M. de Meneval; y le comunicó lo acaecido en Vincennes. Inmediatamente le preguntó el primer Cónsul: ¿Ha visto Rèal al preso?—Apenas habia acabado el coronel de responder negativamente, cuando se presentó M. Rèal, excusándose, temblando, de no haber ejecutado las órdenes que habia recibido. El primer Cónsul, sin expresar ni aprobacion ni censura, despidió á aquellos instrumentos de su voluntad, y se encerró en una pieza de su biblioteca, donde permaneció solo por espacio de varias horas.

Aquella tarde comieron algunas personas de su familia en la Malmaison: todos los semblantes estaban graves y tristes; y nadie se atrevia á hablar. El primer Cónsul guardaba silencio como todos: pero empezando aquel silencio á ser ya embarazoso, le rompió él mismo al levantarse de la mesa. Habiendo llegado en aquel momento M. de Fontanes, fue el único interlocutor del primer Cónsul. Estaba asombrado del hecho, cuyo rumor

llenaba á Paris, pero no se habia atrevido á expresar su sentimiento en el sitio en que se hallaba; de suerte que escuchó mucho, respondiendo raras veces. El primer Cónsul hablando casi siempre y procurando llenar el vacio que dejaba el silencio de los concurrentes, discurrió sobre los príncipes de todos los tiempos, sobre los Emperadores romanos, sobre Tácito, sobre los juicios de este historiador, y sobre las crueldades de que se acusa á los gefes de los gobiernos, siendo asi que solo obran, á impulso de necesidades inevitables: finalmente, llegando por largos rodeos al trágico suceso de aquel dia, pronunció estas palabras: Se pretende destruir la Revolucion atacando á mi persona: yo la defenderé, porque yo soy la Revolucion, yo, yo..... Desde hoy en adelante, cada cual verá bien lo que hace, porque ya se sabe *de lo que somos capaces.*—

Palabras del primer Cónsul acerca de la muerte del duque de Enghien.

Es aflictivo verse obligado á decir en descrédito de la humanidad que el terror inspirado por el primer Cónsul obró eficazmente sobre los príncipes de Borbon y sobre los emigrados; pues al ver que el territorio germánico no habia podido poner á cubierto al desventurado duque de Enghien no se creyeron seguros en ninguna parte, y desde aquel dia cesaron las tramas de aquel género. ¡Pero esta triste utilidad no podrá justificar aquellos actos! Mas valia que el primer Cónsul, tan á menudo expuesto en los campos de batalla, corriese un peligro mas, que adquirir su seguridad á tal precio.

En breve circuló por todo Paris la noticia de que se habia preso á un príncipe y que éste habia sido conducido á Vincennes y fusilado; y semejante nueva causó un grande y lamentable efecto. Desde la prision de Pichegrú y Jorge, el primer Cónsul habia venido á ser el objeto de la solicitud pública: todos se hallaban indignados contra aquellos que se habian asociado á los chuanes para amenazar su vida; mostrábanse muy severos con Moreau, cuya culpabilidad, aunque menos manifiesta, empezaba á ser para todos verosímil, y se hacian ardientes votos por la conservacion del hombre que no cesaba de ser á los ojos de todos, el genio tutelar de la Francia. La sangrienta ejecucion de Vincennes verificó una reaccion súbita é imprevista. Los realistas se irritaron hasta lo sumo, si bien todavia fue mayor su espanto; pero los hombres honrados, quedaron profundamente afligidos, al ver á un gobierno tan admirable hasta entónces, mancharse las manos en sangre, y ponerse en solo un dia al nivel de aquellos que habian hecho morir á Luis XVI, y, necesario es conocerlo, sin tener para ello la excusa de las pasiones revolucionarias que en 1793 habian trastornado las cabezas mas firmes y los mejores corazones.

Solo se hallaban satisfechos los revolucionarios ardientes, aquellos, á cuyo insensato reinado habia puesto fin el primer Cónsul, los cuales veian ahora que en solo un dia habia venido á ser casi su igual, y ninguno de ellos temia ya que el general Bonaparte trabajase en adelante en favor de los Borbones.

¡Singular miseria del espíritu humano! ¡Aquel hombre extraordinario, de un ánimo tan grande, tan justo, de un corazon tan generoso, hacia poco que se mostraba severo é inflexible con los revolucionarios y sus excesos! Juzgaba sus extravios sin ninguna indulgencia, y á veces sin justicia; y les echaba en cara amargamente haber derramado la sangre de Luis XVI, deshonrado á la Revolucion, y hecho imposible la reconciliacion de Francia con la Europa. Asi juzgaba en la calma de su razon; mas de pronto, excitadas sus pasiones, habia repetido, en un momento, el acto cometido en la persona de Luis XVI, que tan amargamente censuraba á los que le habian precedido, y se habia colocado respecto á la Europa en un estado de oposicion moral, que en breve hizo inevitable la guerra general, y que le obligó á ir á buscar la paz ¡paz magnífica, en verdad! á los confines de la Europa, á Tilsitt.

¡Cuán á propósito son tales espectáculos para confundir el orgullo de la razon humana, y enseñar que el genio mas grande no se salva de cometer faltas vulgares, cuando abandona á las pasiones, por un instante solo, el gobierno de sí mismo!

Mas, para ser enteramente justos, despues de haber lamentado aquel funesto extravío de las pasiones, remontémonos en busca de los que las provo-

caron. ¿Quienes fueron estos? Siempre aquellos mismos emigrados, que despues de haber irritado á la Revolucion, todavia inocente, abandonaron su patria, para buscar en todas partes enemigos á la Francia. Vuelta aquella Revolucion de sus extravios, y guiada por un grande hombre, se mostraba ya cuerda, humana y pacífica: habia llamado al seno de la patria á aquellos emigrados, les habia devuelto sus bienes, y se preparaba á devolverles tambien todo el brillo de su antigua situacion. ¿Y cómo correspondian estos emigrados á tanta clemencia? ¿Eran agradecidos? ¿permanecian al menos pacíficos? No. Habian acudido á una nacion vecina, envidiosa de nuestra grandeza, y se habian servido de sus libertades en contra de la Francia. A fuerza de publicar indignos folletos habian irritado el orgullo de dos pueblos, cuyas pasiones eran demasiado fáciles de excitar; y despues de haber contribuido á ponerles de nuevo las armas en la mano, no se habian limitado á ser los soldados del gobierno británico, sino que tambien le habian prestado el socorro de las conspiraciones, colorando con sofismas miserables un proyecto de asesinato, y enviando á Francia á Jorge y Pichegrú. Habia un corazon á quien ofendia la gloria del primer Cónsul, y á él se recurrió. Extraviaron, pervirtieron al débil Moreau; le engañaron, se dejaron engañar por él, y despues, cuando á fuerza de imprudencias fueron descubiertos por el ojo vigilante del hombre á quien querian destruir, se denunciaron los unos á los otros, y creyendo justificarse, y ennoblecerse, habian dicho en alta voz que un príncipe frances debia ponerse á su cabeza para aquellas horribles hazañas. El grande hombre contra quien iban dirigidas tan odiosas tramas, indignado de verse expuesto á los mortíferos ataques de aquellos á quienes habia librado de la persecucion, habia cedido, al fin; á una cólera funesta. Habia esperado al pie de un peñasco á aquel príncipe cuya llegada se anunciaba; le habia esperado en vano, y, con la cabeza trastornada por las declaraciones de los mismos conjurados, habia visto, en efecto, á un príncipe en las orillas del Rhin, aguardando allí la renovacion de la guerra civil. Extraviada su razon á vista de esto, habia tomado á aquel príncipe por el gefe de los conspiradores que amenazaban su vida; y poniendo una especie de orgullo en apoderarse de él en el territorio germánico, y en castigar á un Borbon como á una persona vulgar, le habia castigado, en efecto, para hacer ver á los emigrados y á la Europa, cuán peligroso é insensato era el dirijir tramas contra él.

Doloroso espectáculo en que todos eran culpables, hasta las víctimas; en el que se veia á franceses hacerse el instrumento de la grandeza británica contra la grandeza francesa; á los Borbones, hijos y hermanos de Reyes, destinados á ser Reyes á su vez, mezclarse con chuanes y bandidos; al último de los Condés pagar con su sangre tramas en que no tenia parte, y este Condé, á quien quisiera hallarse puro y sin tacha, porque fue la víctima, hacerse tambien culpable, alistándose de nuevo bajo la bandera británica contra la bandera francesa, y finalmente, á un gran hombre, extraviado por la cólera, por el instinto de la conservacion y por el orgullo, perder en un instante aquella cordura que admiraba el universo, y descender al papel de aquellos sangrientos revolucionarios, que habia sugetado con sus triunfantes manos, fundando su gloria en no imitarlos. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que ha sido herido quiere herir á su vez; cada golpe recibido es devuelto al instante; la sangre quiere sangre, y de este modo las revoluciones vienen á ser una serie de sangrientas represalias, que serian eternas si no llegase, al fin, un dia, un dia en que unos y otros se detienen, en que se renuncia á devolver golpe por golpe, y en que á aquella cadena de venganzas se substituye una justicia pacífica, imparcial y humana, colocando sobre ella, si es que hay algo superior á la justicia, una política elevada é ilustrada, que de las sentencias de los tribunales no deja ejecutar mas que las necesarias, perdonando á los corazones extraviados, susceptibles de oir la voz de la razon y del honor. Defender el órden social, conformándose con las estrictas reglas de la justicia y sin abandonar ni conceder nada á la venganza, tal es la leccion que debe sacarse de aquellos trágicos acontecimiento. Tambien es necesario aprender en ellos, que se debe juzgar con indulgen-

cia á esos hombres de todos los partidos, que colocados antes que nosotros en la carrera de las revoluciones, criados enmedio de las turbulencias corruptoras de las guerras civiles, y excitados sin cesar con la vista de la sangre, no miraban los unos la vida de los otros con el respeto que por fortuna nos ha inspirado el tiempo, la reflexion y una larga paz.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOOCTAVO Y DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO DÉCIMO.

EVACUACION DEL EGIPTO.

Interes general que excitan las negociaciones entabladas en Lóndres.—Pregúntase por todas partes, qué influencia ejercerá en dichas negociaciones la muerte de Pablo I.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Forma con sus jóvenes amigos un gobierno secreto que dirige todos los negocios del Estado.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en París por M. de Kalitcheff en nombre de Pablo I.—Recibe á Duroc con benevolencia.—Reitera sus promesas de seguir en armonia con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Lóndres.—Condiciones anticipadas de ambas partes.—Conquista de ambos paises por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir una parte de sus conquistas marítimas, pero lo hace depender todo de la cuestion de saber si la Francia conservará el Egipto.—Ambos gobiernos están tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de aguardar el resultado de los acontecimientos de la guerra.—Advertido el primer Cónsul de que la negociacion depende de aquellos acontecimientos, apremia á España para que penetre en Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer á Egipto.—Destino de las fuerzas navales.—Varios proyectos de expediciones.—Navegacion de Ganteaume al salir de Brest.—Este almirante pasa con felicidad el estrecho.—Pronto ya á hacer rumbo hácia Alejandria se asusta con peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto despues de la muerte de Kleber.—Sumision del pais, y situacion próspera de la colonia bajo su aspecto material.—Incapacidad y anarquía en el mando.—Funesta division de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, quien quiere abarcarlo todo á la vez.—A pesar de los anuncios reiterados que recibe acerca de una expedicion inglesa no toma precaucion alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Aboukir el 8 de Marzo.—El general Friant que solo tiene 1500 hombres hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Si se hubieran agregado dos batallones á la division de Alejandria se hubiera salvado el Egipto.—Tardia reconcentracion de fuerzas, mandada por Menou.—Llegada de la division de Lanusse, y segundo combate dado con fuerzas, insuficientes el dia 13 de Marzo.—Llega al fin Menou con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la division de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canopo dada el 21 de Marzo, la cual queda indecisa.—Los ingleses quedan dueños de la playa de Alejandria.—Larga dilacion, durante la cual hubiera podido mejorar Menou el estado de los franceses, maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo.—No hace nada.—Intentan los ingleses una operacion sobre Rosetta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—En seguida penetran en lo interior.—Ultima ocasion de salvar

el Egipto en Ramanieh, perdida por la incapacidad del general Menou.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh, y separan la division del Cairo de la de Alejandria.—Cortado el ejército frances en dos partes no tiene otro recurso que capitular.—Rendicion del Cairo por el general Belliard.—Menou, encerrado en Alejandria, sueña con la gloria de una defensa semejante á la de Génova.—Los franceses pierden definitivamente el Egipto. Págs. 5 á 47.

LIBRO UNDÉCIMO.

PAZ GENERAL.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar 2,000 hombres que tenia á bordo, y vuelve á Tolon.—Se apodera en la travesia del navio *Swiftsure*.—El almirante Linois, enviado desde Tolon á Cádiz, se ve obligado á anclar en la bahía de Algeciras.—Combate brillante de Algeciras.—Una escuadra compuesta de franceses y españoles sale de Cádiz para socorrer á la division de Linois.—Vuelven á Cádiz las escuadras combinadas.—Combate de retaguardia con el almirante ingles Saumarez.—Horrorosa equivocacion de dos navios españoles, que engañados por la noche, se toman mutuamente por enemigos, se combaten hasta el último extremo, y se vuelan ambos.—Glorioso hecho de armas del Capitan Troude.—Corta campaña del Principe de la Paz contra Portugal.—La Córte de Lisboa se apresura á enviar un negociador á Badajoz, para someterse al deseo de Francia y España.—Curso de los negocios europeos despues del tratado de Luneville.—Influencia creciente de la Francia.—Permanencia en París de los infantes de España, destinados á reinar en Etruria.—Continuan las negociaciones en Lóndres entre M. Otto y lord Hawkesbury.—Nueva manera de proponer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden á Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas, y Malta en el Mediterráneo.—El primer Cónsul contesta á semejantes pretensiones, amenazando conquistar á Portugal, y hacer en caso necesario un desembarco en Inglaterra.—Acalorada polémica entre el *Moniteur* y los periódicos ingleses.—El gabinete británico renuncia á Malta, y reasume todas sus pretensiones en la isla española de la Trinidad.—El primer Cónsul ofrece la isla francesa de Tabago, á fin de salvar las posesiones de una corte aliada.—El gabinete británico se niega á admitirla.—Loca conducta del Príncipe de la Paz, que suministra medios para un desenlace inesperado.—Este Príncipe trata con la Corte de Lisboa sin ponerse de acuerdo con Francia, y priva á la legacion francesa del argumento que empleaba fundado en los peligros que corria Portugal.—Irritacion del primer Cónsul, y amenazas de guerra á la Corte de Madrid.—M. de Talleyrand propone al primer Cónsul concluir las negociaciones á costa de los españoles, entregando la isla de Trinidad á los ingleses.—Es autorizado M. Otto para hacer aquella concesion, pero solo en el último caso.—Mientras se siguen las negociaciones hace Nélson los mayores esfuerzos para destruir la escuadrilla de Boloña.—Brillantes combates delante de Boloña, sostenidos por el almirante, Latouche Treville contra Nélson.—Derrota de los ingleses.—Gozo en Francia é inquietudes en Inglaterra á consecuencia de aquellos dos combates.—Disposiciones recíprocas de los dos paises á una avenencia.—Prescíndese de las últimas dificultades y se concluye la paz, bajo la forma de preliminares, con el sacrificio de la isla de la Trinidad.—Alegria extremada en Inglaterra y Francia.—El coronel Lauriston, encargado de llevar á Lóndres la ratificacion del primer Cónsul, es conducido en triunfo por espacio de muchas horas.—Reunion de un Congreso en la ciudad de Amiens, para concluir la paz definitiva.—Serie de tratados firmados unos despues de

otros.—Paz con Portugal, con la Puerta Otomana, con la Baviera, con la Rusia, etc. —Fiesta á la paz, fijada para el 18 de Brumario.—Asiste á ella lord Cornwallis, plenipotenciario en el Congreso de Amiens.—Acojida que le hace el pueblo de París.—Banquete de la Cité en Londres.—Testimonios extraordinarios de simpatia que se dan en aquellas circunstancias las dos naciones. 48 á 79.

LIBRO DUODÉCIMO.

CONCORDATO.

La Iglesia Católica durante la Revolucion francesa.—Constitucion civil del Clero, decretada por la Asamblea Constituyente.—Aquella Constitucion habia querido asemejar la administracion del culto á la del reino, establecer una diócesis por departamento, hacer que los fieles eligiesen á los Obispos, y dispensar á estos de la institucion canónica.—Juramento á esta Constitucion que se exigió del Clero.—Oposicion á prestarle, y cisma.—Diversas categorias de sacerdotes, su representacion y su influencia.—Inconveniente de aquel estado de cosas.—Medios que proporcionó á los enemigos de la Revolucion para turbar el sosiego del Estado y de las familias.—Varios sistemas propuestos para remediar el mal.—El sistema de la inaccion.—El sistema de una Iglesia francesa, cuyo gefe seria el primer Cónsul.—El sistema de proteccion al protestantismo.—Opinion del primer Cónsul sobre los varios sistemas propuestos. —Forma el proyecto de restablecer la Religion Católica, acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.—Quiere deponer á los antiguos Obispos titulares, reducir á 60 sedes las 158 existentes, crear un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas sectas, apropiar al Estado la policia de los cultos, señalar un sueldo á los sacerdotes, en vez de una dotacion territorial, y por último, que la Iglesia apruebe la venta de los bienes nacionales.—Relaciones amistosas del Papa Pio VII con el primer Cónsul.—Monseñor Spina, encargado de negociar en Paris, retarda dicha negociacion atendiendo al interes temporal de la Santa Sede.—Deseo secreto de recobrar las Legaciones.—Monseñor Spina conoce al fin la necesidad de apresurarse.—Se avista con el clérigo Bernier, encargado de tratar por Francia.—Dificultades del plan propuesto á la corte romana.—El primer Cónsul envia su proyecto á Roma, y pide su respuesta al Papa.—Son consultados tres cardenales.—Despues de esta consulta quiere el Papa, que la Religion Católica sea declarada Religion del Estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares, y tambien de aprobar de otro modo que con su silencio la venta de los bienes de la Iglesia, etc. —Debates con M. de Cacault, ministro de Francia en Roma.—Cansado el primer Cónsul de aquella tardanza manda á M. de Cacault que deje á Roma en el término de cinco dias, si durante aquel plazo no se adopta el Concordato.—Temores del Papa y del Cardenal Consalvi.—M. de Cacault sugiere al gobierno pontificio la idea de enviar á Paris al cardenal Consalvi.—Salida de este para Francia, y sus temores.—Su llegada á Paris.—Buena acogida que le hace el primer Cónsul.—Conferencias con el clérigo Bernier.—Pónense de acuerdo acerca del principio de la Religion del Estado.—Declárase la Religion Católica, como la de la mayoria de los franceses.—Acéptanse con algun cambio en la redaccion, las demas condiciones propuestas por el primer Cónsul, relativas á que sean depuestos los antiguos Obispos titulares, á la nueva demarcacion, y á la venta de los bienes de la Iglesia.—Pónense definitivamente de acuerdo sobre todos los puntos.—Esfuerzos intentados en el último momento por los adversarios del restablecimiento del culto, á fin de impedir que el primer Cónsul firme el Concordato.—El primer Cónsul persiste en su idea.—Fírmase el Concordato el 15 de Julio de 1801.--Vuelve á Roma el Cardenal Consalvi.--Satisfac-

cion del Papa.--Solemnidad de las ratificaciones.--Elige al Cardenal Caprara como Legado *á látere*.--El primer Cónsul deseaba celebrar el 18 de Brumario la paz con la Iglesia, al mismo tiempo que con todas las potencias de Europa.--La necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para obtener sus dimisiones lo retarda --El Papa pide á todos los antiguos Obispos constitucionales ó no constitucionales que hagan su dimision.--Prudente sumision de los constitucionales.--Noble resignacion de los individuos del antiguo clero.--Admirables respuestas.--Solo se resisten los Obispos retirados en Londres.--Todo está pronto para el restablecimiento del culto en Francia, pero una viva oposicion en el seno del Tribunado causa nuevas dilaciones.--Necesidad de vencer aquella oposicion antes de pasar adelante. 80 á 115.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

EL TRIBUNADO.

Administracion interior.--Quedan las carreteras libres de bandoleros, y reparadas.--Renace el comercio.--Exportaciones é importaciones del año 1801.--Resultados materiales de la Revolucion francesa, respecto á la industria, agricultura y poblacion. --Influencia de los prefectos y subprefectos en la administracion.--Orden y celeridad en el despacho de los negocios.—Viages de los consejeros de Estado por los distritos.--Discusion del Código civil en el Consejo de Estado.--Brillante invierno de 1801 á 1802.--Afluencia extraordinaria de extrangeros en Paris.--Corte del primer Cónsul.--Organizacion de su servidumbre civil y militar.--La guardia consular.--Prefectos de palacio, y damas de honor.--Hermanas del primer Cónsul.--Hortensia de Beauharnais contrae matrimonio con Luis Bonaparte.--MM. de Fox y de Calonne en Paris.--Bienestar y lujo de todas las clases.--Aproximase la legislatura del año X. Suscítase una viva oposicion contra las mejores obras del primer Cónsul.--Causas de aquella oposicion, la cual se extiende no solo entre los miembros de las asambleas deliberantes, sino tambien entre algunos gefes del ejército.--Conducta de los generales Lannes, Augereau y Moreau.—Abrese la legislatura.--Dupuis, autor de la obra sobre el Origen de todos los cultos, es nombrado presidente del Cuerpo Legislativo. --Escrutinio para las plazas vacantes en el Senado.-Nombramiento del clérigo Gregoire, contrario á las propuestas del primer Cónsul.--Explosion violenta en el Tribunado acerca de la palabra *súbdito* escrita en el tratado con Rusia.—Oposicion al Código civil.--Irritacion del primer Cónsul.--Discusion en el Consejo de Estado sobre la conducta que se debe observar en aquellas circunstancias.--Se adopta el partido de aguardar á la discusion de los primeros títulos del Código civil.--El Tribunado los desecha.--Nuevos escrutinios para las plazas vacantes del Senado.--El primer Cónsul propone á antiguos generales, que no son del número de sus hechuras.--El Tribunado y el Cuerpo Legislativo los desechan, y se ponen de acuerdo para proponer á M. Daunou, conocido por su oposicion al gobierno.--Discurso vehemente del primer Cónsul en una reunion de senadores.—Amenazas de dar un golpe de Estado. --Intimidada la oposicion se somete, é imagina un subterfugio para anular el efecto de sus primeros escrutinios.--El Cónsul Cambacérés disuade al primer Cónsul de adoptar ninguna medida ilegal, y le persuade se libre de los que le hacen la oposicion, por medio del artículo 38 de la Constitucion, que fija para el año X la salida de la quinta parte del Cuerpo Legislativo y del Tribunado.--El primer Cónsul adopta aquella idea.--Se suspenden los trabajos legislativos.--Aprovéchase esta ocasion para reunir en Lyon bajo el título de consulta, una Dieta italiana.—Antes de dejar el primer Cónsul á Paris, envia á Santo Domingo una escuadra con tropas.--Proyecto de reconquistar aquella colonia.--Negociaciones de Amiens.--Objeto de la consulta convo-

cada en Lyon.—Diversos modos de reconstituir la Italia.--Proyecto del primer Cónsul respecto á este punto.--Creacion de la República italiana.--Es proclamado el general Bonaparte presidente de aquella república.—Entusiasmo de los italianos y de los franceses, reunidos en Lyon.--Gran revista pasada al ejército de Egipto.—Vuelve á Paris el primer Cónsul. 116 á 162.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

CONSULADO POR VIDA.

Llegada del primer Cónsul á Paris.--Escrutinio del Senado, que excluye sesenta miembros del Cuerpo Legislativo y veinte del Tribunado.--Los individuos excluidos son reemplazados por hombres adictos al gobierno.--Fin del congreso de Amiens.--Suscítanse algunas dificultades en el último momento de la negociacion, á consecuencia de los recelos que concibe la Inglaterra.--El primer Cónsul vence estas dificultades con su moderacion y firmeza.--Fírmase la paz definitiva el 25 de Marzo de 1802. --Aunque se halla amortiguado el entusiasmo primero, producido por la paz en Inglaterra y Francia, los dos paises acojen con nueva alegria la esperanza de una reconciliacion síncera y duradera.--Legislatura extraordinaria del año X, destinada á convertir en ley el Concordato, el tratado de Amiens y otros proyectos de grande importancia.--Ley reglamentaria de los cultos añadida al Concordato bajo el título de *Artículos orgánicos*. Preséntase esta ley y el Concordato al Cuerpo Legislativo y al Tribunado ya renovados.--Tibieza con que son acogidos ambos proyectos, aun despues de excluidos los que hacian la oposicion.--Son aprobados.--El primer Cónsul señala el dia de Pascua para la publicacion del Concordato, y para que tenga lugar la primera ceremonia del restablecimiento del culto.--Organizacion del nuevo clero.--Parte que en el nombramiento de Obispos se da á los constitucionales.---El cardenal Caprara rehusa en nombre de la Santa Sede confirmar á los constitucionales.---Firmeza del primer Cónsul, á la cual se somete el cardenal Caprara.--Recepcion oficial de este cardenal, como Legado *á látere*.--Consagracion de los cuatro Obispos principales, el domingo de Ramos en la iglesia de Nuestra Señora.--Curiosidad y emocion del público.--La misma víspera del dia de Pascua en el que debe cantarse un solemne *Te Deum* en la iglesia de Nuestra Señora, quiere el cardenal Caprara imponer á los constitucionales una humillante retractacion de su conducta pasada.--Nueva resistencia por parte del primer Cónsul.--El cardenal Caprara no cede hasta la noche anterior al dia de Pascua.---Repugnancia de los generales á presentarse en la iglesia de Nuestra Señora.---El primer Cónsul los obliga á ir.---*Te Deum* solemne y restauracion oficial del culto.---Adhesion del público, y alegria del primer Cónsul al ver el buen éxito de sus esfuerzos.---Publicacion del *Genio del Cristianismo*.---Proyecto de una amnistia general respecto á los emigrados.---Esta medida discutida en el Consejo de Estado viene á ser objeto de un senado-consulto.---Miras del primer Cónsul acerca de la organizacion de la sociedad en Francia.--Sus opiniones acerca de las distinciones sociales, y de la educacion de la juventud.---Dos proyectos de ley de elevada importancia, sobre la institucion de la Legion de Honor, y sobre la instruccion pública.--Discusion de ambos proyectos en el seno del Consejo de Estado. --Carácter de las discusiones de aquel gran cuerpo.---Palabras del primer Cónsul.--- Presentacion de ambos proyectos al Cuerpo Legislativo y al Tribunado.---Adóptase por gran mayoria el proyecto de ley relativo á la instruccion pública.--Una minoria numerosa se pronuncia contra el proyecto relativo á la Legion de Honor.--El tratado de Amiens es presentado el último como complemento de las obras del primer Cónsul.--Acogida que se hace á este tratado.--Tómase de aquí ocasion para decir por

todas partes que se debe decretar una recompensa nacional al autor de todos los bienes de que goza la Francia.—Los partidarios y los hermanos del primer Cónsul piensan en el restablecimiento de la monarquia.--Esta idea parece prematura.—La idea de nombrarle Cónsul por vida prevalece generalmente.—El cónsul Cambacérés ofrece su intervencion con el Senado.—Disimulo del primer Cónsul que no confiesa jamas lo que desea.--Embarazo del cónsul Cambacérés.--Sus esfuerzos en el Senado para obtener que se nombre al general Bonaparte Cónsul por toda su vida.--Los enemigos secretos del general se aprovechan de su silencio para persuadir al Senado que le basta que se prolongue su dignidad de cónsul por espacio de diez años.--Votacion del Senado, en este sentido.--Disgusto del primer Cónsul.--Manifiesta no querer admitir aquel ofrecimiento.--Su cólega Cambacérés se lo impide, y propone que se recurra á la soberania nacional, proponiendo á la Francia la cuestion de si el general Bonaparte será Cónsul por vida.--Queda encargado el consejo de Estado de redactar la pregunta que debe hacerse.--Se abren registros para recibir los votos en las mairias, tribunales y notarias.--Empeño de todos los ciudadanos en dar una respuesta afirmativa.--Cambios verificados en la Constitucion de M. Sieyes.--El primer Cónsul admite el Consulado por vida con la facultad de nombrar su sucesor.--El Senado es investido con el poder constituyente.--Quedan abolidas las listas de notabilidad, y reemplazadas con colegios electorales vitalicios.--El Tribunado queda reducido á una seccion del Consejo de Estado.--La nueva Constitucion llega á ser completamente monárquica.--Lista civil del primer Cónsul.--Es proclamado solemnemente por el Senado.--Satisfaccion general por ver al fin fundado un poder fuerte y estable.--El primer Cónsul toma el nombre de *Napoleon Bonaparte*.--Llega su poder moral á su apogeo.--Resúmen de aquel periodo de tres años. 163 á 223.

LIBRO DECIMOQUINTO.

LAS SECULARIZACIONES.

Todos los gabinetes dirigen felicitaciones al primer Cónsul con motivo de haberle nombrado Cónsul por vida.--Primeros efectos de la paz en Inglaterra.--La industria británica exige que se concluya un tratado de comercio con Francia.--Dificultad que hay en poner de acuerdo los intereses mercantiles de ambas naciones.--Folletos publicados en Lóndres por los emigrados contra el primer Cónsul.--Restablecimiento de buenas relaciones con España.--Queda vacante el ducado de Parma por muerte del duque reinante.--Desea la corte de Madrid que dicho ducado se agregue al reino de Etruria.--Necesidad de aplazar cualquier resolucion respecto á este asunto.--Reunion definitiva del Piamonte á la Francia.--Política del primer Cónsul respecto á Italia.--Intimas relaciones con la Santa Sede.--Altercado momentáneo con motivo de una promocion de cardenales franceses.--El primer Cónsul obtiene se nombren cinco á la vez.--Regala al Papa dos bergantines de guerra, llamados *San Pedro* y *San Pablo*.--Cuestion con el bey de Alger, y su pronta terminacion.--Turbulencias en Suiza.—Descripcion de este pais y de su Constitucion.--El partido unitario y el partido oligárquico.--Viage á Paris del landamman Reding.--Promesas que hace al primer Cónsul, desmentidas en breve por los sucesos.--Expulsion del landamman Reding, y vuelta al poder del partido moderado.--Establécese la Constitucion del 29 de Mayo: peligro de nuevas turbulencias á consecuencia de la debilidad del gobierno helvético.--Esfuerzos del partido oligárquico para llamar sobre Suiza la atencion de las potencias.--Estas se hallan exclusivamente ocupadas en los asuntos germánicos.--Estado de Alemania á consecuencia del tratado de Luneville.--Principio de las secularizaciones, establecido en dicho tratado.--La supresion de los estados eclesiásticos,

causa grandes cambios en la Constitucion germánica.---Descripcion de dicha Constitucion.--El partido protestante y el católico: Prusia y Austria, sus distintas pretensiones.--Extension y valor de los territorios que se deben distribuir.--Hace el Austria los mayores esfuerzos para que se indemnize á los archiduques despojados de sus estados de Italia, y se sirve de este motivo para apoderarse de la Baviera hasta el Inn y hasta el Isar.---La Prusia, con el pretexto de indemnizarse de lo que ha perdido junto al Rhin, y de indemnizar á la casa de Orange, aspira á crearse un establecimiento considerable en Franconia.--Desesperacion de los pequeños Estados, amenazados por la ambicion de los grandes.--Todos los interesados en los asuntos de Alemania dirigen su vista al primer Cónsul.--Decídese este á intervenir para que tenga cumplimiento el tratado de Luneville, y para concluir un asunto que á cada instante puede comprometer toda la Europa.--Prefiere la alianza de Prusia, y apoya hasta cierto punto las pretensiones de esta potencia.--Proyecto de indemnizacion, formado de acuerdo con Prusia y los pequeños principados de Alemania.--Comunícase este proyecto á Rusia.—Se invita á esta corte para que en union con Francia sirva de mediadora en aquel asunto.---El Emperador Alejandro acepta.--Francia y Rusia, en su calidàd de potencias mediadoras, presentan á la Dieta de Ratisbona el proyecto de indemnizacion resuelto en Paris.---Desesperacion del Austria al verse abandonada de todos los gabinetes, y su resolucion de oponer al proyecto del primer Cónsul la demora que le proporciona la Constitucion germánica.--El primer Cónsul desbarata su cálculo y hace que la diputacion extraordinaria adopte el plan propuesto con algunas modificaciones.--Para intimidar el Austria al partido prusiano, á quien apoya la Francia, manda que sus fuerzas ocupen á Passau.--Pronta resolucion del primer Cónsul, y su amenaza de recurrir á las armas.--Intimidacion general.---Continua la negociacion.---Debates en la Dieta.---La codicia de Prusia entorpece por un momento el proyecto.---El primer Cónsul, para concluir, concede á la casa de Austria el obispado de Aichstedt.---La corte de Viena se da por satisfecha, y adopta el *conclusum* de la Dieta.---Acta de Febrero de 1803, y arreglo definitivo de los asuntos germánicos.--Carácter de esta dificil y brillante negociacion. 224 á 284.

LIBRO DÉCIMOSESTO.

ROMPIMIENTO DE LA PAZ DE AMIENS.

Esfuerzos del primer Cónsul para restablecer la grandeza colonial de la Francia.--Espíritu del antiguo comercio.--Ambicion de todas las potencias por poseer colonias.---La América, las Antillas y las Indias orientales.—Mision del general Decaen en la India.—Esfuerzos para recobrar á Santo Domingo.—Descripcion de esta isla.—Revolucion de los negros.—Carácter, poder y política de Toussaint Louverture.—Aspira á hacerse independiente.—El primer Cónsul manda que salga una expedicion para asegurar la autoridad de la metrópoli.—Desembarcan las tropas francesas en Santo Domingo, en el Cabo de Puerto Príncipe.—Incendio del Cabo.—Sumision de los negros.—Prosperidad momentánea de la colonia.—El primer Cónsul se dedica á restaurar la marina.—Mision del coronel Sebastiani en Oriente.—Cuidado especial con que se atiende á la prosperidad interior.—El Simplon, el monte de Ginebra, y la plaza de Alejandria.—Campamento de veteranos en las provincias conquistadas.—Nuevas ciudades fundadas en la Vendée.—La Rochela y Cherburgo.—El Código civil, el Instituto, la administracion del clero.—Viage á Normandia.—Envidia de la Inglaterra excitada por la grandeza de la Francia.—El alto comercio ingles es mas hóstil á la Francia que la aristocracia inglesa.—Desencadenamiento de las gacetas escritas por los emigrados.—Pensiones concedidas á Jorge y á los chuanes.—

Reclamaciones del primer Cónsul.—Efugios del gabinete británico.—Artículos de represalias insertos en el *Moniteur*.—Continuacion de los asuntos suizos.—Los pequeños cantones se insurreccionan, y marchan sobre Berna á las órdenes del landamman Reding.—El gobierno de los moderados se ve obligado á refugiarse en Lausana.—Solicítase la intervencion, y el primer Cónsul la concede despues de haberla negado.—Manda al general Ney con 30,000 hombres, y llama á Paris á diputados elegidos entre todos los partidos, para dar una nueva Constitucion á la Suiza.—Agitacion en Inglaterra, y clamores del partido de la guerra contra la intervencion francesa.—Asustado el gabinete ingles, comete la falta de mandar que no se evacue á Malta, y la de enviar á Suiza un agente ingles para que fomente la insurreccion.—Prontitud con que se verifica la intervencion francesa.—El general Ney somete la Helvecia en pocos dias.—Preséntanse al primer Cónsul los diputados suizos reunidos en Paris.—Discurso que les dirige.—Acta de mediacion.—Admiracion de la Europa al ver la juiciosa conducta del primer Cónsul en estas circunstancias.—El gabinete ingles queda en el mayor embarazo al notar la prontitud de la intervencion y su buen resultado.—Discusion acalorada en el parlamento británico.—Violencias del partido Grenville, Windham, etc.—Nobles palabras de M. Fox en favor de la paz.—La opinion pública se calma por un momento.—Llegada de lord Withworth á Paris, y del general Andréossy á Lóndres.--Buena acogida que reciben ambos embajadores. Sintiendo el gabinete británico haber retenido á Malta, quiere evacuarla, y no se atreve á hacerlo.--Publicacion intempestiva de una memoria del coronel Sebastiani sobre el estado del Oriente.--Mal efecto que causa en Inglaterra --El primer Cónsul quiere tener una explicacion personal con lord Withworth.---Larga y memorable entrevista.---La franqueza del primer Cónsul es mal comprendida y mal interpretada. ---Discurso acerca del estado de la República, que contiene un párrafo ofensivo al orgullo británico.---Mensage régio en respuesta.---Ambas naciones se dirigen una especie de desafio.---Irritacion del primer Cónsul, y palabras que dirige á lord Withworth en presencia del cuerpo diplomático.--El primer Cónsul pasa súbitamente de las ideas de paz á las de guerra.---Sus primeros preparativos.--Cede la Luisiana á los Estados-Unidos, mediante la cantidad de ochenta millones.--M. de Talleyrand se esfuerza en calmar al primer Cónsul, y opone una inercia calculada á la irritacion siempre en aumento de los dos gobiernos.--Lord Withworth le secunda.--Prolóngase esta situacion.---Necesidad de salir de ella.---El gabinete británico concluye por confesar que quiere conservar á Malta.--El primer Cónsul le contesta intimándole la ejecucion de los tratados.--Temiendo el ministerio Addington sucumbir en el Parlamento, persiste en pedir á Malta.--Imagínanse términos medios que no tienen ningun resultado.--Propone Francia que quede Malta depositada en poder del Emperador Alejandro.--El gabinete ingles se niega á ello.--Partida de los dos embajadores.--Rompimiento de la paz de Amiens.---Ansiedad pública tanto en Lóndres como en París. --Causas de la brevedad de aquella paz.---¿En quién debe recaer la culpa de su rompimiento? 285 a 353.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

CAMPAMENTO DE BOLOÑA.

Mensage del primer Cónsul á los grandes cuerpos del Estado, y respuesta de estos. —Palabras de M. de Fontanes.—Violencias de la marina inglesa contra el comercio frances.—Represalias.—Los comunes y los departamentos ofrecen al gobierno por un movimiento expontáneo barcos chatos, fragatas y navios de línea.—Entusiasmo general.—Reunion de la marina francesa en los mares de Europa.—Estado en que la

guerra coloca á las colonias.—Continuacion de la expedicion de Santo Domingo.—La flebre amarilla.—Destruccion del ejército frances.—Muerte del capitan general Leclerc.—Insurreccion de los negros.—Ruina definitiva de la colonia de Santo Domingo.—Regresan las escuadras.—Carácter de la guerra entre la Francia y la Inglaterra.—Fuerzas comparadas de ambos paises.—El primer Cónsul se resuelve á intentar un desembarco.—Prepara con una actividad extraordinaria los medios para verificarlo.—Construcciones en los puertos y en las ensenadas interiores de los rios.—Fórmanse seis campamentos de tropas desde el Texel hasta Bayona.—Medios pecuniarios.—El primer Cónsul no quiere recurrir á un empréstito.—Venta de la Luisiana.—Subsidios de los aliados.—Concurrencia de la Holanda, de Italia y de España.—Incapacidad de España.—El primer Cónsul la releva de que cumpla el tratado de San Ildefonso, mediante socorros pecuniarios.—Ocupacion de Otranto y de Hannover.—Modo de pensar de todas las potencias con motivo de la nueva guerra.—Austria, Prusia y Rusia.—Sus ansiedades y sus miras.—La Rusia pretende limitar los medios de las potencias beligerantes.—Ofrece su mediacion, y el primer Cónsul la acepta con un interes calculado.—La Inglaterra contesta con frialdad á los ofrecimientos de la Rusia.—Mientras tienen lugar estas negociaciones, el primer Cónsul hace un viage por las costas de Francia, á fin de apresurar los preparativos de su grande expedicion.—Le acompaña su esposa.—Mézclase el trabajo mas activo á las pompas regias.—Amiens, Abbeville y Boloña.—Medios ideados por el primer Cónsul para trasladar un ejército de Calais á Douvres.—Tres especies de buques.—Sus cualidades y defectos.—Flotillas de guerra y de transporte.—Inmenso establecimiento marítimo creado en Boloña como por encanto.—Proyecto de concentrar dos mil embarcaciones en Boloña, cuando se concluyesen las construcciones en los puertos y en los rios.—Preferencia dada á Boloña sobre Dunkerque y Calais.—El estrecho, sus vientos y corrientes.—Abrense los puertos de Boloña, Etaples, Wimereux, y Ambleteuse.—Obras destinadas á proteger el fondeadero.—Distribucion de tropas á lo largo de la costa.—Sus trabajos y sus ejercicios militares.—El primer Cónsul, despues de haberlo visto y arreglado todo, deja á Boloña para visitar á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes.—Proyectos sobre Amberes.—Su permanencia en Bruxelas.—Concurren á esta ciudad los ministros, embajadores y Obispos.—El cardenal Caprara en Bélgica.—Viage á Bruxelas de M. Lombard, secretario del Rey de Prusia.—El primer Cónsul procura tranquilizar al Rey Federico Guillelmo por medio de francas comunicaciones.—Regresa á Paris.—El primer Cónsul quiere pasarse al fin sin la mediacion de la Rusia, y anuncia una guerra á muerte contra la Inglaterra.—Quiere obligar á la España á que se explique, y á ejecutar el tratado de San Ildefonso, dejándole la eleccion de los medios.—Extraña conducta del Príncipe de la Paz.—El primer Cónsul denuncia al Rey de España los malos procederes de su privado.—Doloroso abatimiento de la corte de España.—Se somete, y promete un subsidio.—Continuacion de los preparativos de Boloña.—El primer Cónsul se dispone á llevar á cabo su empresa en el invierno de 1803.--Manda disponer un apeadero cerca de Boloña, en el Puente de los Ladrillos, á donde hace frecuentes excursiones.--Reúnense en las costas de la Mancha todas las divisiones de la flotilla.--Brillantes combates de las lanchas cañoneras contra bergantines y fragatas.--Confianza que se adquiere respecto al buen éxito de la expedicion.--Intima union de los marineros y soldados.--Esperanza de verificar en breve la expedicion.--Acontecimientos imprevistos, que llaman por un momento la atencion del primer Cónsul hácia los asuntos interiores. 354 á 415.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO.

CONSPIRACION DE JORGE.

Temores de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo

que la guerra es comunmente para ella.—Opinion que al principio se forma en Lóndres acerca de los proyectos del primer Cónsul, y terror que al fin llegan todos á concebir.—Medios ideados para resistir á los franceses.—Discútense en el Parlamento.—Vuelve M. Pitt, á la Cámara de los Comunes.—Su comportamiento y el de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—M. Windham solicita que se forme un ejército regular á imitacion del frances.--Limítanse á la creacion de un ejército de reserva, y á un alistamiento de voluntarios.--Precauciones adoptadas para guardar el litoral.--El gabinete británico adopta los medios antiguamente practicados por M. Pitt, y secunda las tramas de los emigrados.--Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses MM. Drake, Smith y Taylor.--Los príncipes refugiados en Lóndres se unen á Jorge y á Pichegrú, y toman parte en una trama, cuyo objeto es asaltar al primer Cónsul con una partida de chuanes en el camino de la Malmaison.--A fin de asegurarse la adhesion del ejército en caso de triunfo, se dirigen al general Moreau, gefe de los descontentos.--Intrigas del general Lajolais.--Locas esperanzas concebidas por algunas frases del general Moreau.--Primera salida de una partida de chuanes, mandada por Jorge.--Su desembarco en la cala de Biville, y su marcha por medio de la Normandia.--Jorge se oculta en Paris, y prepara los medios de ejecucion.--Segundo desembarco, compuesto de Pichegrú y de otros emigrados de alta categoria.--Pichegrú tiene una entrevista con Moreau.--Encuentra á este irritado contra el primer Cónsul, deseando su caida y su muerte, pero de ningun modo dispuesto á secundar la venida de los Borbones.--Chasco que se llevan los conjurados.--Su desaliento, y la pérdida de tiempo que les causa.--El primer Cónsul, á quien la policia servia muy mal desde la retirada de M. Fouché, descubre el peligro que le amenaza.--Manda poner en manos de una comision militar algunos chuanes reciendetenidos, para obligarles á confesar lo que sepan.--De este modo adquiere algunas revelaciones.--Es denunciada toda la trama.--Sorpresa al saber que Jorge y Pichegrú se hallan en Paris, y que Moreau es su cómplice.--Consejo extraordinario en el que se resuelve arrestar á Moreau.--Disposiciones del primer Cónsul.--Muéstrase indulgente con los republicanos, y colérico contra los realistas.--Su resolucion de castigar á estos de un modo terrible.--Encarga al Gran juez que le presente á Moreau, para terminarlo todo con una explicacion personal y amistosa.—La actitud de Moreau ante el Gran juez hacer abortar aquella buena resolucion.--Los conjurados presos declaran que debia ponerse á su frente un Príncipe frances, y que tenia el proyecto de entrar en Francia por la cala de Biville.--Resolucion del primer Cónsul de apoderarse de él, y entregarle á una comision militar.--El coronel Savary es enviado á la cala de Biville, para aguardar al Príncipe y detenerle.—Ley terrible que impone la pena de muerte á cualquiera que dé asilo á los conjurados.—Paris cerrado por algunos dias.—Prisiones sucesivas de Pichegrú, de MM. de Polignac, de M. de Riviere y del mismo Jorge.—Declaracion de Jorge.—Habia venido á Paris para atacar al primer Cónsul á viva fuerza.—Otras noticias confirman que un Príncipe debia hallarse á la cabeza de los conjurados.—Aumèntase la irritacion del primer Cónsul.—El coronel Savary aguarda inútilmente en la cala de Biville.—Empiézase á investigar donde se hallan los Príncipes de la casa de Borbon.—Piénsase en el duque de Enghien, el cual se hallaba en Ettenheim, á orillas del Rhin.—Envíase á un oficial de gendarmeria para que haga algunas averiguaciones.—Equivocada relacion de este, y fatal coincidencia con una nueva declaracion de un criado de Jorge.—Error, y ciega cólera del primer Cónsul.—Consejo extraordinario, á consecuencia del cual se resuelve arrancar al Príncipe de su domicilio.—Su arresto y su traslacion á Paris.—Descúbrese parte del error, pero demasiado tarde.—El Príncipe es enviado ante una comision militar, y fusilado en un foso del castillo de Vincennes.--Carácter de aquel funesto acontecimiento. 416 á 461.

FIN DEL INDICE.